

BEATRIZ BERNAL

CRISTALIÁN
DE ESPAÑA

EL REY

POR quanto por parte de vós doña Juana Bernal de Gatos, viuda, vecina de la villa de Valladolid, hija y única heredera de Beatriz Bernal, difunta, mujer que fue del bachiller Torres de Gatos, nos fue fecha relación que la dicha vuestra madre había compuesto un libro titulado *Don Cristalián de España*, de que hicistes presentación juntamente con un privilegio original dado a Cristóbal Pelegrín, el cual lo cedió en la dicha vuestra madre, y otra vez se había impreso con licencia y privilegio del Emperador y Rey mi señor, que está en gloria, y porque había muchos días que se había cumplido y estábades pobre y padecíades necesidad nos pedistes y suplicastes os le mandásemos prorrogar y conceder de nuevo por tiempo de veinte años o como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la pregmática por Nós hecha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíamos de mandar dar esta nuestra cédula para vós en la dicha razón, y Nós tuvimoslo por bien. Y por la presente, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años, primeros siguientes que se cuenten desde el día de la fecha desta nuestra cédula, vós o la persona que vuestro poder oviere podáis imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace minción. Y por la presente damos licencia y facultad a cualquier impresor destos nuestros reinos que vós nombráredes para que por esta vez lo pueda imprimir, con que después de impreso, antes que se venda, lo traigáis al nuestro Consejo juntamente con el original que en él se vio, que va rubricado y firmado al cabo de Pedro Zapata del Mármol, nuestro escribano de Cámara, de los que en el nuestro Consejo residen, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, o traigáis fe en pública forma cómo por corrector nombrado por nuestro mandado se vio y corrigió la dicha impresión por el dicho original y se imprimió conforme a él, y que quedan ansimismo impresas las erratas por él apuntadas, para cada un libro de los que así fueren impresos, y se os tase el precio que por cada volumen ovieredes de haber. Y mandamos que durante el dicho tiempo persona alguna sin vuestra licencia no lo pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que del dicho libro tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere. La cual dicha pena sea la tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare y la otra tercia parte para nuestra Cámara. Y mandamos a los del nuestro Consejo, Presidentes y Oidores de las nuestras audiencias, alcaldes, alguaciles de la nuestra Casa, Corte y Chancillerías, y a todos los corregidores, asistente, gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios, y otros jueces y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, así a los que agora son como a los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que así vos hacemos, y contra el tenor y forma della ni de lo en ella contenido no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar por alguna manera, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Fecha en San Lorenzo, a diez y siete días del mes de agosto de mil y quinientos y ochenta y cuatro años.

YO EL REY

Por mandado de Su Majestad,
Antonio de Eraso

SÍGUESE EL PROEMIO DEL AUTOR, DIRIGIDO A LA CATÓLICA REAL MAJESTAD EL REY DON FILIPE NUESTRO SEÑOR

LA humana felicidad, muy Alto y muy Poderoso Señor, hallo yo que consiste en poseer abundancia de bienes en dos maneras: bienes de naturaleza, que tenemos por propiedad, y bienes de fortuna, que tenemos por arbitraria voluntad. Cuáles sean unos y cuáles los otros no pienso ser ignoto a ningún mortal, porque los naturales son aquellos que nos atraen a algún género de virtud, como a bien vivir, servir a Dios, ser bienquistas;¹ con los amigos, quietos; con los enemigos, pacíficos; finalmente, a ser llanos con muchos y afables con todos, y si por naturaleza alguna cosa contraria hiciésemos, ya no se nombrarían bienes, sino al contrario. Pues los de fortuna, que ella en dos maneras distingue, conviene a saber, spirituales y temporales, unos que puede dar de fama, así como victoria en batallas, fortuna en aventuras, palmas en triunfos, o alguna gloriosa memoria en los presentes siglos; otros que podemos llamar inconstantes y falibles (por darlos ella a quien se le antoja), que son rentas, haciendas, títulos, señoríos y estados; por manera que quien de los referidos bienes se hallare digno enteramente, a lo humano se hallará capaz de la propuesta felicidad, teniendo no solamente ditado² de dichoso, pero de bienaventurado, de que puede sacar tal hilo que halle el ovillo de la bienaventuranza que para siempre ha de durar.

Lo cual por mí considerado muchas veces, entre mí pensaba en qué personas hallar pudiese las cualidades que para esta propuesta beatitud convenían para dirigir esta obra que de entre mis ocupaciones había sacado; y es verdad que, aunque con la imaginación vagando anduve, nunca hallé otra que a la de Vuestra Majestad se igualase, en quien no menos resplandece que la febea Diana³ entre las nocturnas luminarias; porque, de los de naturaleza, las loables, generosas y famosas virtudes y grandes hazañas, dignas de perpetua memoria, de los valerosos y católicos reyes don Fernando y don Filipe vuestros abuelos,⁴ y del famosísimo emperador don Carlos Semper Augusto, padre vuestro, dan declaración de las que en Vuestra Majestad han de suceder. Pues de los de fortuna, así de los dignos de memoria como de los inconstantes, florece fama y no falta estado, y si oviese particularmente de cada uno hacer mención, no obstante que me faltaría tiempo, tenía necesidad de más subtil ingenio y más experta pluma y liberal mano para discernirlo y declararlo. Solamente digo que, contando desde el

origen de vuestra famosísima prosapia hasta nuestros tiempos, los valerosos reyes de vuestra genealogía habían de estar puestos como espejos a que todos los nacidos que tienen deseo de subir en el carro de la Fama se compusiesen y armasen para que de tan inmortales dechados sacasen perpetua labor, porque han sido tantos, que quien contarlos quisiese sería contar sepulcros de muertos y nacimiento de vivos.

Lo cual todo pospuesto (como cosa infinita), propongamos agora que todas las obras han sido, son y han de ser fabricadas a fin de ser dirigidas a tales personas que a cada una (según su merecimiento) favorezcan y amparen. En la presente veo yo, Serenísimo Señor, dos grandes contrarios: el mucho merecer de a quien se dirige y la brozna y apocada⁵ orden con que se halla lo dirigido; porque, bien mirado, es tan alto vuestro merecimiento, que si la famosa *Ilíada* del Griego⁶ y la capacidad del Mantuano⁷ y la subtil imaginación de Ovidio y la apasionada *Farsalia*⁸ del Lucano en estos tiempos se compusieran y acabaran, a Vuestra Serenísima Persona se ofrecieran, cuanto más una tan misérrima obra como ésta, que del más flaco lector no se halla digna; pero sabiendo que puesto vuestro⁹ sublime y claro merecimiento en lo alto (donde siempre está) y puesta su nulidad en lo bajo (do¹⁰ jamás se ha alzado), soy cierta hará lo que la piedra imán, donde conjunta podrá manifestar el vigor y fuerza de quien la sustenta.

No se maraville Vuestra Majestad que una persona de frágil sexu como yo haya tenido osadía de os dirigir y enderezar la presente obra, pues mi íntimo deseo me exime de culpa por tres razones: la primera es suplicar a Vuestra Majestad que, quiriéndola admitir y examinar, mande hacer della lo que su yerro¹¹ mereciere; la segunda, para que, siendo admitida y de vuestro favor amparada, estoy muy satisfecha que sin temor de fluctuosa ni adversa tempestad osará navegar, manifestándose a quien la quisiere leer; la tercera y última, porque los insignes príncipes han de ser aficionados a leer los libros que cuentan las aventuras y extremados hechos en armas que haya habido en el mundo, para que los despierte y habitúe en altos pensamientos; especialmente éste, hallado por tan estraña aventura.

Y es que yendo un Viernes de la Cruz¹² con otras dueñas¹³ a andar las estaciones,¹⁴ ya que la aurora traía el mensaje del venidero día llegamos a una iglesia adonde estaba un muy antiguo sepulcro en el cual vimos estar un defunto embalsamado, y yo siendo más curiosa que las que comigo iban de ver y saber aquella antigüedad, llegueme más cerca, y mirando todo lo que en el sepulcro había, vi que a los pies del sepultado estaba un libro de crecido volumen, el cual (aunque fuese sacrilegio) para mí apliqué, y acuciosa de saber sus secretos, dejada

la compaňía me vine a mi casa, y abriéndole, hallé que estaba escripto en nuestro común lenguaje, de letra tan antigua que ni parecía española ni arábiga ni griega; pero todavía creciendo mi deseo y abrazándome con un poco de trabajo, vi en él muy diversas cosas escriptas, de las cuales como pude traduje y saqué esta historia, pareciéndome de más subtil estilo que ninguna otra cosa, donde se cuentan las hazañas y grandes hechos en armas que este valeroso príncipe don Cristalián de España y el infante Lucescanio su hermano hicieron.

Con la cual¹⁵ y comigo suplico a Vuestra Majestad use de aquellos instrumentos que para sacar lumbre nueva se requiere, por que tocando el eslabón de vuestro alto estado en el pedernal de vuestro tan subido merecimiento caiga la centella de vuestro humanísimo favor en la yesca de mi simple escriptura para que, aprendida la pajuela de mi entrañable deseo, se encienda la candela de mi poco saber; la cual después de encendida, será de tan inviolable resplandor que ni viento terreno ni soplo humano baste a la apagar; mayormente que, representado el favor de Vuestra Majestad, eternamente permanecerá.

AQUÍ COMIENZA LA HISTORIA DE LOS ESFORZADOS Y INVINCIBLES CABALLEROS DON CRISTALIÁN DE ESPAÑA Y EL INFANTE LUCESCANIO SU HERMANO, HIJOS DEL EMPERADOR DE TRAPISONDA¹⁶

FUE un rey en España llamado Vincislav. Comenzó a reinar de edad de diez y siete años, en fin de los cuales recibió orden de caballería y luego se fue por el mundo a buscar las aventuras, dándoles cima con la mayor honra que jamás caballero ganó. Al tercero año de su reinado tomó por mujer a la hermosa Coplesiana, hija del rey de Numidia,¹⁷ en la cual hubo un solo hijo, llamado Bracamor de España. Este insigne príncipe llegando a la edad para recibir orden de caballería, fue de tanto valor, que por su alto hecho de armas alcanzó por mujer a la infanta Pinalba, hija del rey Galterio de Hungría, que a la sazón era la más hermosa doncella que en grandes partes se podía hallar. De ahí a poco tiempo murió el rey Vincislav y el príncipe Bracamor fue alzado por rey de España. De ahí a dos años hubo un hijo llamado Lindedel de España, por el nacimiento del cual fueron hechas muy grandes fiestas en todos sus reinos y señoríos.

Pues siendo ya el príncipe de edad de seis meses, ya que comenzaba a dar a sus padres aquel pasatiempo que los niños en tal edad acostumbran dar con sus graciosos meneos, acaeció que estando el rey y reina en su gran palacio trabajando¹⁸ con el niño en los brazos del ama vieron entrar por una finiesteria una muy hermosa ave, de grandeza de un gavilán; era tanta su hermosura, que todos pararon mientes¹⁹ en ella. Estándola mirando, comenzó a revolar por una y por otra parte, de la cual salía un menudo rocío de tan suave olor que a todos daba conhorte.²⁰ Después que el rocío cayó, los que en el palacio estaban quedaron sin sentido, y así estuvieron por espacio de una hora, y cuando volvieron en su acuerdo hallaron menos el príncipe. Fue tan grande la alteración de la reina en haber perdido a su hijo por tal aventura, que hiriéndose con sus manos su hermoso rostro cayó tal como muerta en los brazos del rey Bracamor, el cual no menos que

la reina sentía su gran pérdida; pero como era uno de los sabios príncipes de su tiempo, con muy dulces palabras comenzó a conhortar a la reina diciéndole:

—Mi señora, no vea yo tanta tristeza en vuestra real persona por las cosas que Dios tiene ordenadas. Dad descanso a vuestro corazón, que Dios por la su merced lo guardará, en cualquier poder que él estuviere.

Por muchas palabras de conhorte que el rey a la reina decía, no aprovechaban: tanto era su llanto, y asimismo el de todas las dueñas y doncellas de su palacio. Esta triste y dolorosa nueva se divulgó: fue tan grande la vuelta,²¹ así de los altos hombres que a la sazón en la corte estaban como de la gente común, que parecía hundirse la ciudad. El rey mandó, so pena de perder la vida, que aquellos llantos cesasen, por razón que, viéndolo la reina, sus ojos distilaban infinitas lágrimas. A la sazón que en el palacio estaban²² con la congoja que oído habéis, entró por la puerta de la sala una doncella; todos pararon mientes en su hermosa postura.²³ Ella se hincó de hinojos ante el rey y la reina, y besándoles las manos dijo en alta voz (que todos lo oyeron):

—Serenísimos reyes, el sabio Doroteo mi señor, que vos mucho ama aunque dél tenéis poca noticia, besa vuestras reales manos, y por mí vos hace saber que antes que el excelente príncipe Lindedel fuese robado, él fue sabidor dél²⁴ por su artes,²⁵ y que vos hace saber que él está en poder de quien más que a sí le ama y precia, por la bondad y alta caballería que, guardándole Dios, en él ha de haber. Por tanto, conviene a vuestras reales personas estar muy alegres, que tiempo verná²⁶ que esta gran tristeza sea tornada en demasiada alegría. Y por agora no hay más que decir, sino que la vuestra merced —dijo al rey— me dé licencia, porque luego me quiero tornar.

La reina le dijo:

—¡Ay buena doncella! Muchas gracias doy a Dios y al sabio Doroteo, pues tanto conhorte ha dado a mi corazón en tiempo de tanta tristeza.

—Amiga —dijo el rey—, diréis a vuestro señor que yo le doy muchas gracias por el gran servicio que nos ha hecho.

La reina dio a la doncella muchas joyas, y el rey envió al sabio mucho haber,²⁷ y con esto la doncella se volvió para su señor muy contenta con las mercedes recibidas.

*Capítulo Primero
En que se recuenta²⁸ quién al príncipe Lindedel robó.*

HUBO una ínsula, llamada de las Maravillas, de la cual era señora una doncella muy gran sabidora en las artes. Fue tanto el su saber, que jamás quiso tomar marido, por que nadie tuviese mando ni señorío sobre ella. Esta doncella había nombre Membrina, la cual alcanzó a saber que aquel príncipe, hijo del rey Bracamor de España, había de ser en el mundo muy señalado por su alta caballería y punó por lo tener en su poder por más lo servir, como adelante oiréis.

Dice la historia que Nicóstata,²⁹ aquella excelentísima mujer que todas las guerras de Troya escribió, cuenta que el rey Príamo, entre todos sus hijos, hubo solamente dos hijas, a la hermosa Policena y a la sabia Casandra, la cual tuvo grande y verdadero amor a su hermano Troilo. Sabed que cuando aquél fue muerto por la mano de Aquiles, como la historia de Troilo lo cuenta,³⁰ su hermana Casandra supo la triste nueva, y por que los griegos no hubiesen en su poder las armas y espada de Troilo, que muy grande haber valían, por sus artes las sacó de la batalla; y como ella por su gran saber le era manifiesto la destrucción que en Troya había de venir, juntamente con las armas de su hermano encerró todos los grandes tesoros del rey Príamo su padre en el Castillo Velador, y puso en él tales guardas y encantamientos que nadie de allí lo pudiese sacar si no fuese tal caballero que en bondad de armas pasase a su hermano Troilo, que por segundo era nombrado.

Y volviendo a nuestro propósito, aquella sabia doncella Membrina, sabiendo por sus artes cómo el príncipe Lindedel de España había de ser uno en el mundo nombrado, propuso en su corazón de lo robar y tener en su compañía hasta que fuese de edad para recibir orden de caballería. Cuando ella lo vio en su poder estrañamente fue leda,³¹ y tomándolo en sus brazos dijo:

—Niño hermoso, bienaventurado es el día en que naciste, pues tanto bien al mundo ha de venir por tu alta caballería.

Luego envió a llamar a Briamantel, que era un caballero honrado, de los principales de su tierra, y como ante ella fue venido, díjole:

—Mi amigo Briamantel, tened mucho cuidado deste niño, que grande es el bien que Dios os ha hecho en dárosle en vuestro poder, ca³² sabed que por todas partes viene de reyes, y si Dios vida le da, ha de ser luz y espejo de toda la caballería del mundo.

Briamantel le besó las manos por las mercedes que le hacía en darle tan gran cargo como aquél era, y muy alegres él y su mujer, llevaron el niño a su casa,

adonde le criaron como a tal persona convenía, siendo visitado todos los días de Membrina. Y así como oído habéis fue criado en aquella Ínsula de las Maravillas el príncipe Lindedel hasta que fue de edad para recibir orden de caballería. En este tiempo estaba el más apuesto doncel que en gran parte se podía hallar, ca era más grande de cuerpo que otro, y estrañamente hermoso de rostro.

Un día, yendo Membrina a visitarlo (la cual él tenía por madre), díjole:

— Mi buena señora, si yo merezco ser caballero, ya me parece que es tiempo, ca sabed que recibo grande afrenta cuando a mi amo³³ Briamantel veo que toma sus armas y caballo y yo no puedo hacer lo mismo siendo ya de la edad que soy. Por tanto, mi señora, pues está en la vuestra mano, no es razón que más tiempo se pase.

Ella respondió:

— Mi señor Lindedel, llegado es el tiempo que los vuestros deseos habrán efecto, ca sabed que ya tengo todo aparejo para que en el nombre de Dios seáis caballero.

Cuando el príncipe oyó así hablar a Membrina estrañamente fue ledo, y díjole:

— Mi señora, juntamente con la merced que se me hace me habéis de otorgar un don.

Membrina le dijo que ya ella sabía lo que le quería pedir, y dijo:

— Valeroso príncipe, demandad todo aquello en que yo serviros pueda.

Como él se oyó llamar príncipe, grande fue el alegría que su corazón sintió, y díjole:

— Mi señora, el don que me habéis otorgado es que, pues vos y no otro tiene poder para saberlo, que me digáis quiénes son mis padres.

— Eso haré yo de grado —dijo Membrina—, pues ya estáis en tiempo para recibir orden de caballería. Vos, mi señor, sabréis que sois hijo de aquel preciado rey Bracamor de España y la reina Pinalba, hija del rey Galter de Hungría.

Cuando el príncipe oyó decir que era hijo del rey Bracamor estrañamente fue ledo, y dijo:

— A Dios doy infinitas gracias por las grandes mercedes que dél he recibido. Conviéneme luego ir por el mundo a buscar las aventuras hasta que algo valga para osar parecer ante el rey Bracamor mi padre, que par en el mundo no tiene.

Y volviéndose a Membrina, dijo:

— Mi buena señora, ¿quién es aquel caballero de quien orden de caballería he de recibir?

— El rey Nibleo de Torques, —dijo Membrina—, que a la sazón es el mejor caballero que hay por estas partes.

— En el nombre de Dios³⁴ —dijo el príncipe—. Bien sería que luego partiésemos para la su corte.

— De buena mañana —dijo Membrina— será, Dios queriendo.

— Hágase todo como vos lo mandáredes.

¿Quién vos podrá contar la demasiada alegría que Briamantel su amo tenía, y asimesmo el ama que le crio, que era su mujer? Teníanse por muy honrados en haber tenido cargo de tan preciado príncipe como lo él era.

Allí estuvieron una pieza hablando en lo que más les agradaba, y cuando fue hora, Membrina se despidió y se fue a su aposento, y otro día³⁵ de mañana se vino al de Briamantel llevando consigo todo el aparejo que para novel caballero convenía. Cuando Membrina llegó ya el príncipe y Briamantel se andaban paseando por un jardín; como la vieron, luego salieron adonde ella estaba, la cual se humilló ante el príncipe y le dijo:

— Veis aquí, mi señor, todo recaudo para que orden de caballería recibáis.

Luego mandó desliar las armas:³⁶ ellas eran blancas³⁷ y lucientes, de caballero novel; el escudo, asimismo era de un limpio acero. Luego el príncipe fue armado de la mano de Briamantel. A esta hora entró un hombre con un hermoso caballo, asimismo blanco, ricamente guarnido. Membrina dijo:

— Mi señor, este caballo doy yo para vuestro servicio, que es el mejor que hay en el mundo.

— Tal parecer tiene él —dijo Briamantel—. Agora no falta sino el espada.

— Ésa le daré yo —dijo Membrina—, y la mejor que a la sazón hallar se puede; ca sabed que fue de Troilo, hijo segundo del rey Príamo, la cual saqué del Castillo Velador con harto afán, por los grandes encantamientos que la infanta Casandra allí hizo. Sus armas quisiera yo haber, pero no pude sino sola la espada, por razón que las armas ha de sacar aquel caballero que en voluntad y alta caballería pasare a Troilo. Teniendo vos, mi señor, en vuestro poder el espada, a vos y no otro es otorgada esta aventura.

Y diciendo esto sacó el espada, que dentro en una caja traía. El príncipe la tomó y vio que era la mejor que jamás había visto: tenía la guarnición tan rica que no se podía apreciar. El príncipe propuso en su corazón, en siendo caballero, de no se entremeter en otra cosa sino en ir a ganar las armas del Castillo Velador, y así lo prometió a Membrina; ella le dijo:

— Vamos luego de aquí.

— Vamos —dijo el príncipe.

Capítulo Segundo

Cómo el príncipe Lindedel de España fue armado caballero, y de lo que en principio de su caballería le aconteció.

El príncipe y Briamantel subieron en sus caballos, y Membrina y sus doncellas en sus palfrenes,³⁸ y un escudero que el príncipe llevaba, que había nombre Vandiano. Briamantel le llevaba el yelmo³⁹ y las doncellas de Membrina llevaban el escudo, y así, tomaron su camino para la corte del rey Nibleo, adonde el príncipe Lindedel fue armado caballero con aquella honra que a su real persona convenía, y a ruego del rey Nibleo se detuvieron allí algunos días.

En breve se despidieron dél. Salidos que fueron del palacio, Membrina dijo:

—Mi señor, yo me quiero ir para la mi ínsula: ved qué mandáis en que servir os pueda.

El príncipe dijo:

—A Dios ruego yo que me traiga a tiempo que yo pueda pagar algo de lo mucho que debo.

—Harta merced es —dijo Membrina— querer la vuestra merced de mí recibir algún servicio.

Y así, se despidieron los unos de los otros; pero no pudo tanto Briamantel sufrirse que las lágrimas no le vinieron⁴⁰ a los ojos cuando el príncipe se despidió. Y así, se fueron para la Ínsula de las Maravillas, quedando el príncipe solo con su escudero, que la lanza le llevaba.

Tomaron su camino para el Castillo Velador, con intención de no se partir de aquella demanda hasta cobrar las armas de Troilo, que ende⁴¹ estaban. Al tercero día de su camino, por él vio venir un caballero armado de unas ricas y lucentes armas. Ellos se encontraron y se saludaron muy cortésmente; el caballero dijo al príncipe:

—Paréceme, señor caballero, que ha poco que recibistes orden de caballería, según lo muestran vuestras armas noveles.

—Así es —dijo el príncipe—, que hoy es el quinto día que esa orden recibí.

—Pues que así es, venid comigo, si por bien lo tuviéredes; que yo voy a la corte del emperador de Costantinopla y allí veréis la cosa más estraña que en el mundo es nacida, que es la princesa Cristalina, hija del emperador, que no hay doncella en grandes partes que con la su hermosura igualar se pueda. Por servir a esta princesa reside en la corte del emperador toda la flor de la caballería, y allí, señor caballero, podréis ejercitar vuestra persona, por cuanto todos los caballeros de la corte y fuera della no entienden sino en hacer grandes fiestas y regocijos por servicio desta hermosa princesa, y asimismo dan cima a muchas aventuras que a la corte del emperador vienen.

—Por cierto, señor caballero —dijo el príncipe—, si yo pudiera hacer vuestro ruego fuera muy alegre en ir en la vuestra compañía, pero tengo que hacer en otra parte, y seríame mal contado⁴² si el camino dejase.

—Pues que así es —dijo el caballero—, a Dios seáis encomendado.

Y así, le despidieron el uno del otro. El príncipe se fue su camino y comenzó a cuidar en la gran hermosura de la princesa Cristalina, y propuso en su corazón, si Dios le dejaba dar cima a la aventura del Castillo Velador, de ir luego a servir al emperador. Y así como lo pensó lo puso por obra cuando para ello tuvo lugar; pero sabed que su corazón fue puesto en grandes congojas por el amor desta hermosa princesa, y jamás tuvo descanso hasta que en su servicio estuvo.

No sin grandes pensamientos de lo que oído habéis, caminó catorce días sin hallar aventura que de contar sea, siempre llevando su camino para el Castillo Velador. Entrando un día a hora de prima⁴³ por una floresta vio a par de un hermoso prado un arco maravillosamente obrado; en medio dél estaba un limpio y luciente escudo colgado; él era de hueso de animal, que no parecía sino una hermosa turquesa;⁴⁴ había la orla tan rica, que jamás fue visto otra cosa tal. A la una parte del arco estaba una doncella, de estraña hermosura y ricamente guarnida, en una silla sentada; tenía la mano siniestra puesta en su rostro y lloraba agramente.⁴⁵ En la otra parte del arco estaba otra doncella, con tanta estrañez de fealdad cuanto la otra tenía en hermosura. Sabed que tenía la color muy negra y los ojos grandes, saltados, y la boca asimismo desemejada,⁴⁶ y los dientes largos, y no muy blancos y muy ralos; había la frente cubierta de vello, asaz negro, y de la misma color tenía los cabellos; eran algo cortos y revueltos hacia arriba; encima dellos tenía una hermosa guirnalda de frescas y lindas flores. Mostraba en su rostro y meneos demasiada alegría.

El príncipe fue espantado⁴⁷ de ver las doncellas tan estremadas la una de la otra. Así como cerca del arco llegó saludolas muy cortésmente. La doncella que la tristeza mostraba tener calló, que no le respondió cosa alguna; la otra alegremente le volvió las saludes, diciéndole:

—Señor caballero, paréceme que ha poco tiempo que recibistes orden de caballería, según vuestras armas dan dello testimonio.

—Así es verdad —dijo el príncipe—, que no ha muchos días que soy caballero.

—Pues que así es, yo os quiero pedir un don; que no creo seréis tan desmesurado⁴⁸ que dejéis de hacer ruego de tan apuesta doncella como yo lo soy.

Y diciendo esto, ella procuraba de agraciarse con habla y meneos. El príncipe, que mirándola estaba, no pudo estar sin reír de gana, diciéndole,

—Por cierto, señora doncella, vos tenéis razón, porque vuestro estremo es tan grande que no hay cosa que por serviros dejase de hacer: el don yo le otorgo.

—Muchas mercedes —dijo la doncella—. Sabed que el don que me habéis prometido es que antes que de aquí paséis os habéis de quitar el yelmo, para ver si sois tan hermoso de rostro como apuesto parecéis armado.

—Por cierto, señora doncella —dijo el príncipe—, poco trabajo recibiré yo por el don que vos he otorgado.

Y diciendo esto, Vandiano su escudero le quitó el yelmo. Así como la doncella el rostro le vio, estrañamente fue dél pagada;⁴⁹ ca sabed que el príncipe era de los hermosos caballeros que a la sazón en el mundo se podía hallar, así en el rostro como en la proporción de su cuerpo. La doncella le dijo:

—Señor caballero, porque me parecéis mejor que otro que yo haya visto, vos quiero hacer el más bienandante de cuantos hoy son nacidos dándoos mi amor, siendo yo la más preciada doncella que hay en estas partes.

El príncipe le respondió:

—Señora doncella, esa merced no entiendo yo recibir, por cuanto dejo el corazón en otra parte: la sombra dél traigo comigo.

La doncella le dijo:

—Catad,⁵⁰ señor caballero, que soy señora de gran tierra, hija del jayán⁵¹ Argadón, y con su bravo y esforzado corazón tiene debajo de su señorío todas estas tierras, y no ha otra hija sino a mí. Yo soy tan amada del jayán Argadón mi padre, que viéndome tan lozana y en edad de recibir marido me dio licencia que le tomase a mi voluntad. Asimismo me dio este preciado escudo, puesto aquí de la manera que le veis para que todos los caballeros andantes que por aquí pasasen parasen mientes en él. Es tal, que ha más valor de lo que parece, que caballero que al cuello le llevare, todos los encatamientos que hoy son en el mundo no le podrán empecer.⁵² El escudo llevará el caballero que a mí llevare: ved cuánto bien os está guardado, sin que trabajo alguno tomásedes, por haber tan preciada doncella como lo soy. Asimismo vos hago saber que habéis de escoger una de dos cosas: o tomarme a mí por vuestra legítima mujer o entrar en la más obscura y triste prisión que hay en el mundo. Dadme presto la respuesta, que me semeja que no tenéis conocimiento para recibir las mercedes que los dioses vos quieren hacer en este tiempo.

El príncipe la estaba mirando y riéndose entre sí, y decía: «Por Dios, estraña aventura es esta que al principio de mi caballería me ha acaecido», y díjole:

—Señora doncella, de las dos cosas que me habéis dado a escoger, yo me determino de no tomar una ni otra. ¿Qué más triste y obscura prisión puede ser para mí que teneros yo en mi compañía? Pues esta prisión no es razón que yo de grado la tome. De la otra que vós, señora, decís, yo me guardare de entrar en ella, si Dios quisiere.

—No lo consentirán los dioses —dijo la doncella— que caballero tan desmesurado se escape de mis manos.

Y diciendo esto tomó⁵³ una corneta que de unas cuerdas de oro al cuello traía colgada, y tocola tan recio que muy lueñe de ahí se oyó. Díjole.

—Atended, caballero, si no hay en vos tanta cobardía como hermosura en vuestro rostro tenéis.

—De grado haré yo vuestro mandado —dijo él—, fuera de las dos cosas que me distes a escoger.

Y volvióse a la hermosa doncella que de la otra parte del arco estaba, diciendo

—Señora doncella, muy ledo sería si la causa de vuestra tristeza decir me quisiese desedes:

—¡Ay señor caballero —dijo ella—, que la mi cuita es muy grande! Ca sabed que el padre de esa doncella que ahí veis es el más bravo y desemejado jayán que hoy es en el mundo. Yo, mi señor, soy doncella de la casa del emperador Escanio de Constantinopla, y yendo por estas partes con mandado de la princesa Cristalina mi señora fui presa por este jayán, y por la mi desastrada⁵⁴ suerte él se pagó tanto de la mi hermosura, que luego en el mismo día me demandó mi amor diciendo que no le quería sino para me hacer señora de su corazón juntamente con todo su señorío. Yo como en tal cuita me vi, pedile que, pues tanto me amaba, que no fuese nuestro casamiento hasta que juntamente su hija tomase marido. Esto pedí yo porque sabía el don que a su hija había prometido, que era no le dar marido sino aquel que ella de su voluntad quisiese tomar. El caballero que a su hija desdeña ha de hacer batalla con el jayán, y luego el caballero es muerto o vencido por razón deste escudo que aquí veis colgado, que ha tal virtud que trayéndole al cuello, como le trae el jayán cuando ha de hacer batalla, de todos los del mundo no puede ser vencido. Ningún caballero no puede gozar desta virtud sino este jayán Argadón. Ha otra virtud contra los encantamientos, de la cual dicen que puede gozar cualquier caballero que en su poder le tuviere.

—Por cierto —dijo Lindedel—, el escudo es preciado.

La doncella le dijo:

—Muchos y muy buenos caballeros son muertos y presos por este jayán por razón deste escudo, y como él me ama demasiadamente, yo le rogué que hoy me dejase estar en esta floresta en compañía de su hija, y mi intención fue dar este aviso de la virtud del escudo a cualquier caballero que por aquí viniese, por si la fortuna le hiciese tan venturoso que pudiese matar o prender a este jayán.

—No temáis, señora doncella —dijo el príncipe Lindedel—; que desta vez⁵⁵ él pagará el daño que ha hecho en tomar atrevimiento de prender doncella de casa del emperador Escanio:

—Caballero —dijo la doncella—, ¿de dónde conocéis vos al emperador mi señor?

—No lo conozco —dijo Lindedel—, que lo nunca vi, pero tengo gran deseo de lo servir.

—Muy mayor le terníades, señor caballero —dijo la doncella—, si conociédes su real persona y la grandeza de su estado.

—Si Dios a mí la vida no me quita, yo seré muy presto en el su servicio.

—Así lo quiera Dios —dijo la doncella— que nos quiera librar del poder de Argadón.

En este tiempo vieron venir a muy gran priesa por la falda de la floresta al jayán sobre un grande y hermoso caballo; las armas que traía eran de un fino acero; venía sin escudo, con intención de tomar el del arco; traía en su compañía un solo escudero con una gruesa lanza en las manos. Así como junto al arco llegó dijo en alta voz:

—¿Quién eres tú, cosa captiva,⁵⁶ que tuviste atrevimiento de desdeñar a mi querida y muy amada hija? Levántate —dijo a ella— y mira la hermosa venganza que desta cosa vil te daré. Y escoge una de dos cosas, cual más te agradare: o darle la muerte repentina o ponerle en perpetua prisión para que siempre muera, como suele acaecer a los malandantes que en la mi prisión están.

—Argadón —dijo Lindedel de España—, si tanta bondad en ti hubiese como abundancia de palabras soberbias, combatirte hías⁵⁷ comigo a guisa de buen caballero: lo que tú⁵⁸ no acostumbras hacer sino falsa y alevosamente, poniéndote al cuello el escudo encantado, que todos los del mundo no te podrán vencer.

El jayán le respondió:

—Por que veas en cuánto te tengo, yo haré batalla contigo sin este escudo. Pero ha de ser con tal condición que, si yo te venciere, luego se celebren las solemnes bodas tuyas y de mi amada hija, y si yo de ti fuere vencido, que el mi tan preciado escudo sea tuyo. Y este partido⁵⁹ te hago porque mi hija está muy pagada de la tu apostura.

—De tales bodas me guarde Dios —dijo el príncipe—; pero la batalla yo la otorgo, con las condiciones dichas.

Luego el jayán envió a su escudero a muy grande priesa al castillo por un escudo. Traído que fue, el jayán se lo echó al cuello diciendo en alta voz:

—Sed ledá, hija mía, que hoy os daré marido.

Y diciendo esto tomó su lanza y embrazó su escudo. Ya el príncipe Lindedel se había apartado lo que vio que era menester para la justa, y hiriendo entrabmos de las espuelas a los caballos se vinieron a encontrar de las lanzas, y el príncipe hirió al jayán por medio del escudo y se lo falsó,⁶⁰ pasándole la lanza de la otra parte. El jayán erró su encuentro, y él y su caballo vinieron a tierra. Así del fuerte golpe como de la gran caída, quedó el jayán tendido, sin bullir pie ni mano, saliéndosele repentinamente el alma. Como Lindedel le vio de la manera que oído habéis, dijo a Vandiano su escudero que el yelmo le quitase, creyendo que desmayado estaba del recio encuentro, y mandó que a grande priesa le diesen aire en el rostro por ver si tornaría, pero todo su afán era por demás, que ya él era muerto. Como el príncipe tal lo viese, dijo:

—Ya desta vez no tomaré tan hermosa esposa como el jayán cuidaba darmel.

⁵⁶ Desdichada. infeliz.

⁵⁷ Te combatirías, lucharías.

⁵⁸ 1587: ‘Io siue tu’ (3v).

⁵⁹ Ventaja, concesión.

⁶⁰ Traspasó.

¿Qué os diré de Barsina (que así había nombre la hija del jayán) cuando entendió que su padre era muerto? Comenzó a hacer muy esquivo⁶¹ llanto, mesándose sus negros y cortos cabellos, y decía:

—¡Ay captiva, que hoy pierdo no tan solamente mi padre, mas⁶² marido que yo tanto deseaba! ¡Ay dioses! ¿Cómo consentistes que de sólo un encuentro fuese muerto el más fuerte y más bravo jayán de cuantos hoy son nacidos? ¡Ay mal caballero, en mal punto yo vi la tu buena apostura!

El príncipe Lindedel hubo duelo della, y dijo:

—Señora doncella, no curéis de fatigar vuestra persona por lo que ya no puede dejar de ser, pues el mal tratamiento que a los caballeros andantes y a las doncellas que por aquí pasaban hacía le dieron tal fin.

De la doncella hermosa vos digo que estaba demasiadamente leda, y dijo:

—Señor caballero, de Dios hayáis el galardón de tan gran merced como hoy me ha hecho por vuestra mano en librarme del poder del jayán Argadón.

—Señora doncella —dijo el príncipe Lindedel—, si Argadón algún deservicio⁶³ ha hecho al emperador Escanio, ya él tiene su pago.

—Mi buen señor —dijo la doncella—, ¡cómo da testimonio vuestra persona de vuestra alta caballería! Mi señor, este preciado escudo es vuestro, juntamente con toda la tierra del jayán:

—Ésa no tomaré yo —dijo el príncipe—, que la quiero para mi señora Barsina, por que del todo no se queje de mí. Y vamos luego de aquí, por que sepamos si hay en el castillo algún caballero preso:

—Sí hay —dijo Flenisa, que así había nombre la doncella hermosa—, porque después que el jayán me tiene en su poder he visto llevar a la prisión dos muypreciados caballeros que con él se combatieron y por razón del escudo fueron vencidos.

El príncipe Lindedel rogó muy ahincadamente a Barsina que con ellos se fuese al castillo; ella dijo que hasta que viniesen por el cuerpo de su padre, que de allí no iría, pues había sido causa de su desastrada muerte. Flenisa le dijo:

—Amiga Barsina, vamos al castillo, que luego enviaremos recaudo como lleven el cuerpo adonde sepultar le quisiéredes.

Tantas y tan buenas palabras le supo decir Flenisa, que Barsina se fue en su compañía, subiendo las dos en el palafrén de Vandiano, dejando solamente el cuerpo del jayán al escudero que consigo había traído. Y Vandiano tomó el escudo del arco, y así, fueron muy presto en el castillo, y como la gente que en él estaba (que todo era de servicio) vio venir a Barsina haciendo tan esquivo llanto, luego cuidaron que el jayán su señor era muerto, y daban muy grandes voces.

El príncipe Lindedel se apeó de su caballo y dijo a aquella gente que luego cesase su llanto, y mandó ir por el cuerpo del jayán y que le diesen sepultura adonde Barsina mandase, y luego fue hecho. Rogó a Flenisa que con Barsina quedase, por la consolar mientras él iba a buscar aquellos caballeros que presos estaban. Tomando las llaves de la prisión a una mujer de quien el jayán tenía mucha confianza, se fue por el castillo adelante, y cuando allá llegaron fue muy

⁶¹ Áspero.

⁶² Sino, pero.

⁶³ Mala acción, ofensa.

espantado de la crueldad de Argadón, porque la prisión era la más triste y escura y de tan mal olor que pensar se puede, y de allí sacó tres caballeros atados con gruesas cadenas de hierro.

Cuando el príncipe Lindedel los vio hubo mucha compasión dellos, porque le parecieron caballeros de alta guisa; y no menos se maravillaron ellos de ver así al príncipe, armado de armas noveles, y en ver llorar la mujer que las llaves de la prisión solía tener cuidaron lo que podía ser, y más se certificaron cuando les quitaron las cadenas. Uno de los tres caballeros dijo al príncipe:

—Señor caballero, por lo que debéis a la orden de caballería, que vos nos digáis quién sois, que según los llantos que en el castillo habemos oído, creemos que el jayán es muerto, y si vos, señor, lo matastes, dadnos vuestras manos, que es mucha razón que vos las besemos, como al mejor caballero que hoy es en el mundo.

Y diciendo esto se humillaron ante él, y el príncipe los hizo levantar diciéndoles:

—Mis buenos señores, al jayán Argadón matole su gran soberbia y los desaguisados⁶⁴ que a los caballeros y doncellas andantes hacía.

Los caballeros se le tornaron a humillar, espantados de su alta caballería siendo caballero novel y de tan tierna edad. Como Flenisa los vio, dijo en alta voz:

—¡Ay mi señor don Zafir de Marbella! Y ¿vos estabades en la prisión de Argadón?

Cuando don Zafir paró mientes en Flenisa y la conoció fue muy espantado, y dijo:

—Mi señora, y ¿qué ventura tan estraña es ésta?

—Fue mi mala ventura⁶⁵ —dijo Flenisa— si con este caballero no topara, que a todos nos libró de su poder.

Allí les contó toda la postura de la batalla y de la manera que Argadón murió. Don Zafir, que muy gracioso caballero era, dijo a Barsina, que muy triste estaba:

—Señora doncella, a muchos costó caro no querer otorgaros vuestro amor tomándoos por esposa y señora.

Pero a cosa que don Zafir dijese Barsina no respondía: tanta era la tristeza que tenía por la su gran perdida.

⁶⁴ Malos tratamientos, agravios.

⁶⁵ Entiéndase: ‘Mala fuera mi ventura’.

Capítulo Tercero

De cómo Lindedel de España supo quién eran los caballeros, y ellos asimismo quién era él, y cómo de allí se partió para el Castillo Velador.

DICE la historia que Flenisa dijo al príncipe Lindedel:

—Mi señor, este que aquí veis —señalando a don Zafir— es caballero muy preciado de la casa del emperador de Constantinopla.

—¡Mal haya Argadón, —dijo Lindedel—, que con su escudo tanto daño hacía!

Y volviéndose a los otros dos caballeros, les dijo:

—Mis buenos señores, si no habéis por qué vos encubrir, mucho holgaría de saber quién sois.

El uno dellos respondió:

—Mi señor, aunque a todo el mundo nos encubriésemos, a la vuestra merced no era razón de nos encubrir. Sabed que este caballero ha nombre el Fuerte Dorante, es príncipe de Macedonia. Yo he nombre don Velarte, soy príncipe de Inglaterra.

Cuando el príncipe Lindedel oyó decir quién los caballeros eran, abrazolos y díjoles

—Mis buenos señores, perdonadme si no os he hecho aquel tratamiento que a vuestras reales personas convenía.

Ellos se le humillaron, y don Zafir respondió:

—Por cierto, harto buen tratamiento se nos ha hecho en sacarnos de la prisión de Argadón, y mejor se nos haría si la vuestra merced nos dijese quién es.

—Eso haré yo de grado, dado que⁶⁶ no haya causa por que con razón diga quién soy; que ha muy poco que soy caballero, que esta batalla que hice con Argadón fue la primera después que recibí orden de caballería.

—Por cierto —dijo Dorante de Macedonia—, alto ha sido el principio de vuestra caballería.

—Yo he nombre —dijo él—, pues tanta voluntad tenéis de lo saber, Lindedel. Soy príncipe de España.

—A Dios merced —dijo Dorante— que he hallado la cosa del mundo que yo más deseaba; ca sabed, mi señor, que sois mi cormano.

Los príncipes se hicieron gran acatamiento. Dorante era hijo de una hermana de la reina Pinalba. Así lo cuenta la historia, que estos dos príncipes tuvieron siempre mucha amistad. Flenisa dijo al príncipe Lindedel:

—Mi señor, ya es tiempo que la vuestra merced se desarame y tome algún descanso del trabajo pasado.

—El trabajo fue poco —dijo él—, porque Dios lo guio mejor que yo lo merecía.

Luego fue desarmado, y así, estuvieron holgando en aquel castillo tres días. El príncipe Lindedel les mostró la espada que Membrina le había dado, y ellos se maravillaron de ver cosa de tanto valor, y él les dijo cómo había sido de Troilo, hijo del rey Príamo de Troya. Allí les contó de la manera que Membrina la hubo con

⁶⁶ Por más que, aunque.

industria de su gran saber (como arriba se ha contado) y cómo su intento era de irse a probar en la aventura del Castillo Velador, donde estaban las armas de Troilo, «antes que a otra parte vaya. Y si Dios tan bienandante me hiciere que le dé cima, toda mi vida entiendo gastar, después de haber visto mis padres, en servicio del emperador de Constantinopla, que me dicen que es uno de los insignes príncipes del mundo».

Don Velarte y Dorante de Macedonia le dijeron que entendían de hacer lo mismo, y con esta determinación se partieron del castillo dejando por señora dél y de toda la tierra a Barsina, hija del jayán Argadón. Dorante de Macedonia y don Velarte dijeron a Flenisa:

—Señora doncella, si sois servida, acompañaros hemos hasta Constantinopla; que no queremos probarnos en el Castillo Velador, por que nos parece sería afán perdido procurar de haber las armas de Troilo teniendo este buen caballero su espada, habiendo en él la bondad que hay.

—Muchas mercedes dijo⁶⁷ Flenisa —, que yo ver quiero las maravillas del Castillo Velador, si el príncipe en su compañía llevar me quisiere.

Lindedel de España que al⁶⁸ no deseaba, le dijo que no solamente la llevaría en su compañía al Castillo Velador, mas que de allí la acompañaría hasta Constantinopla. Flenisa se le humilló, y así, se despidieron los unos de los otros. El príncipe Lindedel y la doncella tomaron su camino para el Castillo Velador, llevando Lindedel el escudo de Argadón, los príncipes y don Zafir se partieron para Constantinopla. Y yendo Lindedel y Flenisa por su camino hablando en las cosas de la corte del emperador Escanio, ella le dijo.

—La vuestra merced crea que así como es el más poderoso príncipe de los cristianos, así reside en su corte toda la flor de la caballería del mundo. A la sazón que yo de la corte partí era venido a ella Lustramante, príncipe de la Gran Bretaña, y es uno de los apuestos caballeros que hay en el mundo. Este príncipe vino con intención de pedir a la princesa Cristalina por mujer, y ella sabiendo su voluntad, grandemente lo desdeñó, y jamás muestra placer con los grandes servicios que Lustramante le hace.

Gran pesar sintió en su corazón el príncipe Lindedel en oír estas nuevas, y propuso de dejar la vista de sus padres, si Dios le dejaba acabar aquella aventura, yirse luego a Constantinopla. E yendo de la manera que oído habéis, un día a hora de nona llegaron a vista del Castillo Velador. Lindedel de España le miró, y según las señas que Membrina le había dado, luego conoció ser él; y mirando a una y a otra parte no vio persona a quien preguntar pudiese, y el castillo era tan alto que parecía estar junto a las nubes. Y andando en torno dél vio que no había puerta ni finiestra, de que fue muy espantado, y mirando a lo más alto del castillo vio que andaban unos hombres a manera de veladores⁶⁹ por entre las almenas. Lindedel de España les comenzó a dar voces y hacerles señas. Esto tanto le aprovechó como nada, y estando en esto, no sabiendo qué hacer, vieron venir por el camino un escudero sobre un palafrén. Como el príncipe Lindedel le vio, díjole:

—Buen escudero, si vos pluguiere, atendedme un poco.

⁶⁷ 1587: ‘dixy’ (5r).

⁶⁸ Otra cosa.

⁶⁹ Vigías.

Él dijo que haría su mandado.

—Muchas gracias a vos —dijo Lindedel—. Yo vos ruego que me digáis cómo ha nombre este castillo.

—Eso diré yo de grado, por cuanto me parecéis persona a quien se debe todo servicio: éste se llama el Castillo Velador, y tiene este nombre porque de noche y de día jamás cesan de lo velar.

—Llamado los he —dijo Lindedel de España— por señas, que las voces no creo que las oyeron.

—Por demás es llamarlos —dijo el escudero—, que a nadie responden, porque son personas encantadas.

—Paréceme —dijo el príncipe— que pues no tienen⁷⁰ puerta alguna, no debe haber entrada para él.

—No —dijo el escudero—: estraña es la entrada que en este castillo hay. No muy lejos de aquí está una cueva que dicen que es la puerta del castillo, pero no sé yo quién por ella osase entrar. En estas partes hay muchos caballeros que han probado la entrada, pero no se osan alongar mucho, según la gran escuridad hay dentro,⁷¹ y algunos han entrado y nunca salieron. Dicen los que algo saben de la cueva, que les fallece el corazón y mueren con espanto que toman de se ver en tanta escuridad.

—Mucho os ruego —dijo el príncipe— que me mostréis esa cueva.

—Y ¿para qué lo queréis saber? —dijo el escudero.

—Para ver lo que dentro está —dijo él.

—No pase por vos tal pensamiento, que no hay tal caballero en el mundo que por ella osase entrar.

—Mucho os ruego que me la mostréis, porque yo quiero probar mi ventura como los otros la probaron.

—Pues que así es —dijo el escudero—, seguidme, que de aquí prometo a Dios de dejar el camino que voy y aguardar el fin desta aventura. Agora sabed, señor caballero, que en muriendo el que allá entra, luego le echan fuera.

—Grandes son las maravillas que debe haber en este castillo.

—Grandes —dijo el escudero—, que más querría ser el caballero a quien esta aventura esta guardada que ser señor del mundo.

Y yendo hablando en lo que habéis oído, dijo el escudero:

—Veis allí, señor caballero, entre aquellas dos peñas, la boca de la cueva.

Como a ella llegaron, el príncipe se apeó de su caballo y miró la cueva, y no creo yo que hubiera caballero en el mundo, por bravo y esforzado corazón que tuviera, que no temiera aquella entrada. Lindedel del España dijo a Flenisa y a Vandiano que le aguardasen allí.

—¡Ay mi señor —dijo Flenisa—, por Dios no queráis que tan gran daño venga al mundo como la vuestra muerte y no acometáis cosa tan estraña!

Vandiano asimismo le rogaba lo que Flenisa, pero no les aprovechó nada su ruego, antes en pensar que Flenisa estaba presente le creció el corazón, y encomendándose a Dios y llamando el nombre de Jesús que en todo le favoreciese,

⁷⁰ Quizá sea errata por ‘tiene’, pero bien puede referirse a ‘los residentes’.

⁷¹ Parece faltar ‘que’ en este pasaje (5v), pero hay otros similares esparcidos por el texto.

entró por la cueva adelante, quedando Vandiano haciendo tan esquivo llanto como si a su señor del todo perdiera.

Yendo Lindedel de España su camino, era tanta la escuridad que dentro de la cueva había como si estuvieran todas las tinieblas del mundo. Andando así, tentando por una y por otra parte, sintía que por donde iba era cosa muy angosta y húmeda, por manera que a cualquier parte que llegaba estaba todo mojado. Habiendo andado una gran pieza oyó una muy temerosa⁷² voz que le dijo:

—Lindedel de España, en mal punto emprendiste esta entrada; que yo te hago cierto que antes que mucho tiempo pase tú serás muerto de la más cruda muerte que nunca caballero murió.

Cuando él se oyó nombrar por su propio nombre fue muy maravillado, y respondió diciendo:

—¿Quién eres tú que me amenazas, que muy poco temor tengo a lo que dices, pues la muerte y la vida esta en las manos de Dios y no en la tuya? Pero si tú eres caballero tal que merezcas combatirte conmigo, haz de manera que yo vea un poco de luz, si para ello tienes poder.

—Tú la verás, y tan presto que te pesará dello.

—Comoquiera que me avenga, yo la querría ver.

Y diciendo esto, no tardó mucho que luego no viese un poco de luz, a manera de cuando hace la noche muy escura, que alguna cosa se devisa. Y andando más adelante oyó un muy gran ruido de agua, que parecía estar cerca de la mar; luego sintió los pies que en el agua se le mojaban, y no pasó más adelante y allí atendió la aventura que Dios le quisiese dar. Estando de la manera que oído habéis, oyó otra voz que le dijo:

—Caballero tan sandio⁷³ como atrevido, ¿osarás pasar acá?

—Osaré, si hay en que pase.

A esta hora le pareció que había un poco de más luz; luego vio a la orilla del agua un barco, dentro del cual venía un hombre tan desemejado que le pareció no haber visto otra cosa tal. Traía su remo en la mano; Lindedel le dijo:

—¿Tú pasar me has de la otra parte?

El hombre calló, que no le respondió cosa alguna. Como esto vio, determinose de entrar en él, y así como fue dentro, el hombre comenzó a remar a muy gran prisa, y llegado que fue a la otra parte, el príncipe Lindedel saltó muy presto en tierra, y volviendo a mirar hacia el agua, ni vio hombre ni barco ni señal de agua.

Estando maravillado de lo que había visto, súbitamente vino el día tan claro como si fuera hora de nona, hallándose Lindedel en un muy hermoso patio lleno de muy ricos mármoles de jaspe de diversas colores. Y estando mirando la compostura dello sintió pasos cerca de sí, y volviendo la cabeza vio un caballero armado de todas armas. Como Lindedel lo vio, saludolo muy cortésmente; el caballero le dijo:

—¿Quién sois vos que tuvistes atrevimiento de entrar en la nuestra morada?

⁷² Hoy diríamos ‘temible’.

⁷³ Estúpido.

—Quienquier que yo sea —dijo Lindedel—, os serviré, si la mi amistad quisiéredes, con tal condición que me digáis en qué parte deste castillo hallaré las armas de Troilo.

El caballero se rio dél a manera de escarnio, y díjole:

—Caballero, si tan buena gracia tenéis en pelear como en demandar lo que no⁷⁴ vos tiene pro,⁷⁵ de aquí digo que me doy por vencido.

—Señor caballero —dijo Lindedel—, la gracia yo la querría hallar en vos en decirme lo que os pido por que el tiempo no se gastase en balde.

—No gastará —dijo el caballero—; pero antes que os las muestre quiero que sepáis como sé herir⁷⁶ de espada.

Y diciendo esto abrazó su escudo y echó mano a su espada y víñose para Lindedel, que atendiéndole estaba, y así, se comenzaron a herir de duros y muy pesado golpes, haciendo una cruda batalla que duró una gran pieza, porque el caballero del castillo sabía muy diestramente herir; pero como tenía delante de sí al mejor caballero que a la sazón en el mundo se podía hallar, aprovechóle tanto, que en breve tiempo lo traía a su voluntad, muy fatigado de los golpes que le daba, derramando de sí mucha sangre, especialmente de una herida que en la pierna derecha tenía, y andaba tan lazo que no entendía sino en se defender. Lindedel que su flaqueza sintió, comenzóle a dar tanta priesa que, falleciéndole las fuerzas al caballero, dio consigo en el suelo. Lindedel que así lo vio, fue presto sobre él, y cortándole las enlazaduras del yelmo, asimismo le cortó la cabeza. Esto hecho, limpió su espada y metióla en la vaina, y miró si tenía alguna herida que de pelear le estorbase y halló una pequeña en la pierna siniestra, tal que daño alguno no le hacía.

Dado fin a la batalla como oído habéis, subió arriba y vio una pequeña puerta a la mano siniestra, y entró por ella y llegó a una sala al cabo de la cual halló otra puerta abierta, y como a ella llegó para entrar sintió gran ruido dentro, y no pudo entender qué cosa fuese, pero determinóse de entrar y vio una hermosa cuadra maravillosamente obrada. A la una parte della estaba un alberque⁷⁷ de alabastro por muchas partes dorado, de en medio dél salía un grueso caño de agua, estaba bañándose en él una hermosa doncella. El príncipe Lindedel la estuvo⁷⁸ mirando; la doncella alzó los ojos, y como le vio, dijo en alta voz:

—¡Ay mal caballero! Y ¿cómo tuviste atrevimiento de entrar acá? Yo te haré morir de la más cruda muerte que nunca caballero murió.

El príncipe le dijo:

—Mi señora, la vuestra merced sea de me perdonar si contra vos he errado, que mi intención no es de enojar a nadie.

—No vos valen nada vuestras excusas, ni vos escusarán de daros el castigo que vuestro atrevimiento merece.

Diciendo esto, comenzó a dar muy grandes voces diciendo:

⁷⁴ Suplo ‘no’ (6r).

⁷⁵ Provecho, interés.

⁷⁶ A lo largo del texto, ‘herir’ no siempre significará causar herida, sino atacar, golpear.

⁷⁷ Alberca.

⁷⁸ 1587 ‘estuo’ (6r).

— ¡Salid, salid, mis caballeros, y tomad la emienda de quien tanto atrevimiento tuvo! ¡Haced de manera que el escudo encantado de Argadón no le aproveche!

Cuando la hermosa doncella esto acabó de decir oyó muy gran ruido, y abriendo otra puerta que una parte de la cuadra estaba, luego salieron diez caballeros muy bien armados, y sin nada le decir, todos juntos le acometieron. Lindedel que venir los vio, arrimose a una parte de la cuadra por se mejor amparar, y echando mano a su buena espada, embrazando su escudo, comenzó entre ellos la más brava y esquiva batalla que pensar se puede.

La revuelta fue tan grande, y el ruido de las armas, que parecía, quien lo oía, estar en una gran herrería. Los caballeros, al parecer, eran de gran hecho de armas, pero nada les valía; que lo habían⁷⁹ con aquel valeroso príncipe, que al que delante se le paraba no había menester segundo golpe. Por manera que a poco rato tenía a sus pies muertos cuatro caballeros, y los otros seis andaban tan maltrechos y perdían tanta sangre que ya no entendían sino en se amparar de los duros y pesados golpes que recibían. Como él ya los traía a su voluntad, por que tiempo no le faltase comenzolos a herir con más ardimento, de tal manera que luego los dos⁸⁰ cayeron muertos. Viendo este estrago los cuatro que heridos estaban, que ya no esperaban sino el pago que los otros habían llevado, comenzaron a huir hacia el alberque donde la hermosa doncella se estaba bañando, diciendo:

— ¡Ay por Dios, señora, amparadnos deste cruel caballero!

Como la doncella así los vio venir, saltó muy presto del alberque y fuese para el príncipe, y abrazóse con él con tan extrañas fuerzas, que parecía a Lindedel que no había jayán en el mundo que tales las tuviera. A él le convino dejar la espada, y echando el escudo a las espaldas punó por la derribar, y así anduvieron una pieza. En este tiempo ya las fuerzas de la doncella se iban apocando; como Lindedel esta flaqueza sintió en ella, tomola en sus brazos y sentola en el suelo diciéndola:

— Señora, por el afán pasado vos llevaréis la vitoria: yo me otorgo por vuestro vencido.

Ella no le respondió cosa alguna, antes puso la mano siniestra en el suelo. Repentinamente la tierra se abrió y la hermosa doncella se lanzó por aquella abertura, y lo mismo hicieron los caballeros vivos y muertos. Mucho fue espantado Lindedel en ver tal maravilla, y dijo:

— Por Dios, grande debía de ser el saber de Casandra, pues tales encatamientos en guarda de las armas de su hermano supo hacer.

A la sazón Lindedel estaba algo cansado y sentóse en el borde del alberque, y mirándose, vio que algunas heridas tenía, pero no en parte peligrosa que pelear le estorbase. Las armas tenía rotas por muchas partes; la loriga,⁸¹ desmallada, y aderezóse lo mejor que pudo. Levantándose (que ya se le hacía muy tarde para ver lo que tanto deseaba), fuese para la puerta por donde los caballeros habían entrado, y en saliendo por ella descendió por una escalera que a la otra parte estaba, y como abajo fue, hallose en una deleitosa huerta, que mucho descanso recibió en la mirar. Andando a una y a otra parte por ella, vio un caballero que a

⁷⁹ Que se las tenían, que disputaban.

⁸⁰ Dos de ellos.

⁸¹ Cota de malla.

la sombra de un aciprés estaba recostado. Él era grande y membrudo, y había las armas negras. Y como al príncipe vio, luego se levantó y dijo en alta voz:

—¿Sois vos el que tanto daño ha hecho en nuestro castillo?

—El daño que yo he hecho —dijo Lindedel— yo no lo sé, porque no conozco los caballeros con quien batalla hice; pero soy aquel que la mi venida es para llevar las armas de Troilo que en este castillo están.

—¿Sois vos —dijo el caballero— por ventura por quien yo ando vestido de duelo por la espada que la alevosa Membrina por sus malas artes de aquí sacó?

—Soy —dijo Lindedel— el que esa espada que decís tiene.

—Pues así es —dijo el caballero—, a tiempo sois que lo pagaréis.

Diciendo esto, se comenzaron a herir con tanta voluntad como aquellos que cada uno deseaba para si la victoria; era tan grande el ruido que traían, que semejaban combatirse veinte caballeros. El caballero era muy diestro, tanto, que a Lindedel parecía jamás haber visto caballero que con tanto esfuerzo y ardimento se combatiese, y así, anduvieron una gran pieza sin se herir el uno al otro. El caballero negro dio un golpe a Lindedel en el brazo izquierdo, de que se sintió mal y se le iba mucha sangre; como tan mal herido se vio, creciole la ira en tal manera que alzando su buena espada dio un golpe al caballero que le quito una armadura del brazo derecho, que se le cortó por el hombro. Con el gran dolor que sintió dio consigo en el suelo. Lindedel fue prestamente sobre él, y quitándole las enlazaduras del yelmo para le cortar la cabeza, poniéndole la punta del espada a la garganta dijo:

—Caballero, muerto sois si no vos otorgáis por vencido.

—Eso no haré yo —dijo él— hasta que el alma del cuerpo me salga.

—Pues que así es —dijo Lindedel—, yo haré de manera que presto lo seáis.

Y diciendo esto le cortó la cabeza. Alzando el brazo que herido tenía, vio que podía bien traer el escudo; no se quiso allí más detener, y diose a andar por la huerta adelante, al cabo de la cual estaba una pequeña puerta cerrada, y abriéndola, se entró por ella hasta llegar a un jardín. A la mano derecha estaba una escalera de husillo,⁸² estrecha y muy alta; él subió por ella hasta que llegó a unos corredores que en fin della estaban, en medio de los cuales estaba una portada estraña y ricamente labrada. Lindedel se entró por ella, y andando una pieza vio una grande y espaciosa sala; holgó mucho de la ver. Sabed que estaban en las paredes della historiadas aquellas grandes batallas que entre los griegos y troyanos pasaron. Estaba maravillado de ver los grandes hechos en armas que los hijos del rey Príamo, especialmente Héctor y Troilo, hicieron.

Andando mirando a una y a otra parte vio un sepulcro; llegándose cerca dél, pareciole muy rico: tenía el cobertor de oro, y en torno dél estaban muchas y muy ricas piedras de inestimable valor. Y pensando cómo podría ver lo que dentro estaba, miró por todas partes y vio que no tenía cerradura. Forzándose por lo abrir, tanto afán tomó, que dio con el cobertor de la otra parte. Como el sepulcro quedó abierto, vio dentro dél un caballero armado de ricas y lucientes armas; en los pechos tenía unas letras de oro que decían así.

⁸² Caracol.

Aquel venturoso y esforzado caballero que la ventura le dejare llegar a ver mi sepulcro, sepa que ya no le queda al que hacer sino haber batalla comigo; y si fuere tal su ventura que me venciere, los encantamientos del Castillo Velador serán luego deshechos, y las armas de aquel tan estremado entre todos los caballeros, llamado Troilo, quedarán libres para quien tomar las quisiere.

Y así como el príncipe acabó de leer las letras, el caballero del sepulcro dio un salto en tierra, y tomando un escudo que junto a sí tenía, con su espada en la mano se fue para Lindedel, que ya aguardándole estaba, y luego se comenzó entre ellos una muy brava y espantosa batalla. ¿Qué vos diré del caballero del sepulcro, sino que andaba tan ligero que a Lindedel le parecía no haber recibido tales y tan pesados golpes? Pero todo su ardimento le valía poco, porque Lindedel era flor y espejo de toda la caballería del mundo, y así, anduvieron los dos en la batalla por espacio de media hora sin que en este tiempo se pudiese saber cuál llevaba lo mejor. El caballero del sepulcro alzó su espada y dio un golpe a Lindedel sobre la cabeza, con tanta fuerza, que la una rodilla le hizo hincar en el suelo, sacándole el yelmo de la cabeza. Como Lindedel recibió golpe tan desatinado, asimismo viendo que estaba en aventura de perder la vida, creció el corazón, y alzó su buena espada y dio un golpe al caballero por encima del escudo, con tanta fuerza, que se le hizo dos partes. Cuando el caballero se vio sin escudo temía mucho los golpes de Lindedel, y con razón, porque del primero que después de estar sin él le dio le hendió la cabeza hasta los dientes, y luego el caballero cayó muerto y repentinamente fue desaparecido Lindedel se arrimó al sepulcro muy mal herido.

Capítulo Cuarto

De cómo los que estaban aguardando a la boca de la cueva entraron en el Castillo Velador y de las maravillas que en él vieron.

DICE la historia que como los escuderos y Flenisa quedaron a la boca de la cueva aguardando el príncipe, oyeron un grande y temeroso ruido, y volvieron a mirar a la boca de la cueva y no la vieron. Vandiano dijo:

—No me creáis si la aventura del Castillo Velador no es ya acabada.⁸³ ¡Corramos al castillo!

Así, movieron todos con demasiada alegría, y como al castillo llegaron vieron en él unas grandes puertas abiertas, y luego entraron en él y le anduvieron hasta llegar a la gran sala, donde hallaron a Lindedel arrimado al sepulcro, como arriba vos contamos. Estaba tal como muerto, de la mucha sangre que dél había salido, casi perdido el sentido. Como así lo vieron, fueron a él a gran prisa; Vandiano y el escudero lo desarmaron; la hermosa doncella le tomó la cabeza con sus manos, echándole agua en el rostro, luego fue tornado en su acuerdo. La doncella le dijo:

⁸³ Entiéndase: ‘Apostaría que la aventura del Castillo Velador ya es acabada’. Hay varias frases así en el texto.

—¡Ea mi señor, esforzaos, que con vos traéis la maestra para curar vuestras llagas!

—A Dios merced —dijo Lindedel—, que no es ése poco bien para mí. Mucho vos ruego, mi buena señora, que luego me apretéis estas heridas.

—Mejor será, mi señor —dijo ella—, que seáis curado, que me parece que está la vuestra merced mal herido, según lo muestran vuestras armas.

Ya la noche sobrevenía, y Vandiano encendió lumbre. El príncipe dijo a Flenisa:

—Antes que yo sea curado quiero que vamos a buscar por este castillo las armas de Troilo que en él están.

—De buena mañana —dijo Flenisa— será, que al presente más necesidad tiene la vuestra merced de ser curado que de buscar las armas, pues ya las tenéis ganadas.

—Yo me siento tal —dijo el príncipe—, que después de curado estaré algunos días sin que levantar me pueda.

—Pues que la vuestra voluntad es, hágase como lo mandáis.

Y luego le apretó las llagas lo mejor que pudo, y así, movieron para una cámara dentro de la cual hallaron cosas extrañas, tales, que todos cuantos las vieron fueron espantados. Allí hallaron las armas de Troilo metidas en una caja de plata, y vieron que eran las más ricas que en el mundo podían ser. Lindedel fue muy ledo de ver cosa tan preciada, y luego las tornaron a su caja y miraron en otras cajas que en la cámara estaban, y abriéndolas, hallaron en una tantas y tan ricas piedras, que sin cuento era su valor; entre estas piedras estaban doce carbunclos⁸⁴ que no se podían apreciar; todas las demás eran diamantes, rubís, esmeraldas, que nunca jamás se vieron tales. Y luego la tornaron a cerrar, y abriendo otra que junto a ella estaba, hallaron un ceptro real, que tomándole Vandiano en sus manos, daba más luz de sí que la lumbre que encendida tenía: tantas y tan preciadas eran las piedras que en él había. Estrañamente fue ledo el príncipe Lindedel en ver tales y tan extrañas cosas como en aquel castillo había. Dentro en otra caja hallaron un estoque que fue del rey Príamo, tal, que no había quien apreciar le pudiese: tan rica era la guarnición que tenía. Dentro de su misma caja, en unas fundas de hilo de plata, hallaron dos sillas: la una fue del rey Príamo, la otra de la reina Hécuba su mujer; eran de oro fino maravillosamente obradas, todas guarnidas de piedras y perlas de gran valor. Tornáronlas a sus fundas, y miraron toda la cámara y no vieron otra cosa más de lo que oído habéis, y así, se salieron della.

Severín (que así había nombre el escudero que con ellos había entrado) dijo que atendiesen un poco, que él traería recaudo para un lecho en que el príncipe fuese curado, que muy cerca de allí estaba una su tía y muy presto sería su venida. Lindedel se lo agradeció; él salió del castillo, y antes que mucho tiempo pasase fue de vuelta con todo recaudo. Luego el príncipe fue curado de sus llagas, y en ocho días fue dellas guarido. Estando un día Flenisa sola con el príncipe Lindedel, le dijo:

—Mi señora, ¿cuándo ha de ser la vuestra partida a Constantinopla?

—Cuando la vuestra merced para ello me diere licencia —dijo ella—, pues que ya sois guarido de vuestras llagas.

⁸⁴ Carbúnculos, rubíes.

—Bien creo yo, mi señora —dijo Lindedel—, que así⁸⁵ como vos tuvistes poder de me sanar las llagas del cuerpo, lo ternéis para sanarme otras que a mi ver⁸⁶ son incurables. Éstas sin el vuestro favor, bien creo yo que muy presto será el fin de mi vida llegado.

Sabed que Flenisa era una de las apuestas doncellas que a la sazón había, y cuidó que el príncipe estaba apasionado de su amor y no le pesó, porque asimismo ella estaba dél muy pagada. Y con los ojos bajos, algo encendida la color de su rostro, le respondió:

—Por cierto, mi señor, si Dios a mí me dio gracia para sanar las llagas que decís como de las del cuerpo que al presente tenéis, no recibiréis daño, si Dios quisiere.

Como el príncipe así la oyó hablar, quísola besar las manos, pero ella las tiró afuera⁸⁷ y le dijo:

—Mi señor, mandad lo que quisiéredes que en vuestro servicio se haga.

El príncipe le dijo:

—Señora Flenisa, en obligación quedo de serviros mientras Dios vida me diere. La merced que yo quiero que me hagáis, que sea luego la vuestra partida, por que de mi parte beséis las manos al emperador Escanio y a la emperatriz dándoles estas joyas que del rey Príamo fueron. Solamente daréis a mi señora la princesa Cristalina la caja de las piedras y perlas, y direisla que perdone la su merced el atrevimiento que tomo de hacer un tan pequeño servicio a una tan alta princesa como ella es. Y asimismo le diréis de mi parte que yo prometo a su grandeza que cuando yo fuere tal caballero que ante la su merced parecer merezca, yo iré a servir al emperador su padre. Yo, mi señora, os acompañaré este camino hasta dejaros en Constantinopla, y de allí me iré por el mundo a buscar las aventuras, donde, si pudiere, gane alguna honra para osar parecer ante mi señora la princesa.

Cuando Flenisa entendió todo el hecho del príncipe disimuló su pensamiento, ca sabed que era una de las entendidas doncellas que se hallaban en gran parte, y aunque algo corrida,⁸⁸ respondió diciéndole:

—Mi señor, yo me tengo por la más bienandante de cuantas nacieron en haberse ofrecido cosa en que yo serviros pueda. Lo que la vuestra merced me manda se hará con toda voluntad, y de aquí prometo a la vuestra merced de en este caso hacer todo cuanto mis fuerzas bastaren.

El príncipe le dio muchas gracias y le prometió grande haber, juntamente con hacerla señora del Castillo Velador, en que al presente estaban. Y así, dieron fin a su habla y aparejaron su partida para otro día por la mañana.

⁸⁵ Suplo ‘así’ (7v).

⁸⁶ Suplo ‘ver’ (7v).

⁸⁷ Las retiró.

⁸⁸ Avergonzada.

Capítulo Quinto

De cómo el príncipe Lindedel de España se partió del Castillo Velador en compañía de Flenisa, y de lo que en Constantinopla le acaeció.

OTRO día por la mañana los escuderos tenían aparejado todo lo necesario para la partida y las cajas puestas en sus palafrenes. El príncipe se armó y subió en su caballo, Flenisa y los escuderos en los palafrenes, y así, tomaron su camino para Constantinopla, y en todo él no les avino cosa que de contar sea. Ya que cerca de la ciudad estaban vieron venir un escudero que unas armas llevaba en un palafrén: Lindedel de España las miró; pareciéndole buenas, dijo:

—Amigo, mucho os ruego que digáis cuyas⁸⁹ son estas armas, que me semeja que no he visto otras que mejor me parezcan.

—Señor caballero —dijo él—, son de un caballero andante que agora nuevamente es venido a unos torneos que el lunes venidero se han de comenzar.

—Amigo —dijo el príncipe—, holgaría si vos pluguiese decirme quién son los caballeros que entran en él.

Y el escudero le dijo.

—Señor caballero, estos torneos se hacen por servicio de la princesa Cristalina. Entra en ellos Lustramante, príncipe de la Gran Bretaña. Créese que éste casará con la princesa, porque es caballero de muy alto hecho de armas. Él y los caballeros andantes son de una parte, y de la otra los cortesanos. Dicho os he lo que me demandastes: a Dios seáis encomendado, que no me puedo aquí más detener.

Y volviéndose a Flenisa, díjole:

—Mucho quisiera hallarme desocupado para entrar en estos torneos y probarme con Lustramante, pues me dicen que tan buen caballero es.

—Eso puede la vuestra merced bien hacer —dijo ella.

—Bien decís —dijo el príncipe—, si no me atendiesen, porque si en los torneos entro no podré salir sin hacer muy gran falta. Y pues yo, señora Flenisa, vos dejo cerca de la ciudad de Constantinopla, de aquí me voy adonde me atienden. Por la fe que a Dios debéis vos ruego que siempre de mí tengáis memoria cuando ante la princesa mi señora vos halláredes.

—De grado haré vuestro mandado —dijo ella.

Y así, se despidió el uno del otro. El príncipe dijo a sus escuderos que se fuesen con Flenisa, y que después que hubiesen hecho su mandado él los atendía en la floresta, que cerca de la ciudad estaba. Y así, se partieron la doncella y los escuderos tomando el camino para Constantinopla, que cerca de allí estaba. Llegada que fue, entró en el palacio, adonde halló al emperador y emperatriz y princesa en la sala, y hacíase aquel día una gran fiesta por razón de unos embajadores que de tierra extraña eran venidos. Flenisa holgó mucho de llegar a tal tiempo, y luego fue a besar las manos al emperador. Él dijo:

—Amiga Flenisa, mucho te has detenido con el mandado de la princesa.

⁸⁹ De quién.

Y ella contó delante de todos los que en el palacio estaban todo lo que le había sucedido con el jayán y su hija. Mucho rieron de lo que al príncipe Lindedel acaeció con la hija del jayán, y loaron mucho su alta caballería. El emperador preguntó a Flenisa qué era de aquel caballero; ella le dijo cómo se había ido al Castillo Velador y que en él había ganado las armas de Troilo, y asimismo dijo todo lo que en acabar aquella aventura le acaeció, de que fueron todos muy espantados.

—Pues atended —dijo Flenisa—, que más maravillas hay de las que cuidáis.

Luego dijo a Vandiano y a Severín que subiesen las fundas con las sillas, y ellos hicieron su mandado. Descogiéndolas, sacáronlas: todos cuantos las vieron dijeron que en el mundo no había otra cosa más hermosa que ver. Flenisa dijo:

—Esta silla, que del rey Príamo fue, envía Lindedel de España a vuestra majestad. Esta otra, que fue de la reina Hécuba, envía a la emperatriz mi señora.

Luego sacó el ceptro real y el estoque, que todos fueron maravillados de ver tan preciadas joyas.

—Con razón —dijo el emperador— este rey Príamo dicen que fue el más poderoso príncipe de tesoros que cuantos en su tiempo hubo.

—El príncipe me rogó —dijo Flenisa— que por él besase a vuestras majestades las manos, y que recibiesen este pequeño servicio juntamente con el deseo que de serviros tiene.

—Por cierto —dijo el emperador—, las joyas que él me envía son preciadas, y asimismo lo es él: no podía parecer sino a aquel buen rey Bracamor su padre, que fue uno de los mejores caballeros que hubo en su tiempo.

Flenisa se fue a humillar ante la princesa, y allí hizo traer la caja de las piedras y perlas, ca viéndola, se admiraron de ver el gran resplandor que della salía. Flenisa dijo a la princesa:

—Mi señora, el príncipe Lindedel os manda por mí besar vuestras reales manos; que no mirando a su poco merecimiento ni a la grandeza de vuestro estado, seáis servida de recibir este pequeño servicio.

Cuando bien miraron lo que en la caja venía vieron que valía tan gran suma que no se podía apreciar. La princesa dijo:

—Por cierto, el servicio que el príncipe me ha hecho es grande, pero en mucho más tengo su alta caballería; que a mi pensar no hay caballero en el mundo que se le iguale, pues ha dado cima a la aventura del Castillo Velador.

A aquella sazón estaba en el palacio el príncipe Lustramante, el cual amaba de corazón a la princesa Cristalina y a fama de la su gran hermosura había salido de su tierra. Oyendo aquellas palabras a la princesa en loor del príncipe Lindedel sintió tan gran dolor, que aína⁹⁰ muriera con pesar, y propuso en su corazón, en acabándose los torneos, de le ir a buscar por el mundo para se probar con él. Y el tiempo que la fiesta duró no se hablaba otra cosa sino en el príncipe Lindedel. Acabada que fue, el emperador se entró en su aposento, y la emperatriz y princesa en los suyos. La princesa llevó consigo a Flenisa, la cual siempre tenía en la memoria lo que al príncipe prometió, y tales palabras supo decir a la princesa, que luego le comenzó a amar. Entonces no había cosa que ella más desease que la vista del príncipe Lindedel.

⁹⁰ Por poco, casi.

Otro día por la mañana los escuderos se fueron a despedir del emperador, emperatriz y princesa; el emperador les mandó dar grande haber, enviando muchas saludes al príncipe y rogándole muy afincadamente que lo más presto que pudiese lo viniese a ver. Y así, se despidieron y tomaron su camino para la floresta, adonde hallaron a su señor, el cual holgó mucho con la su venida. Ellos le dijeron lo que el emperador les había mandado; Lindedel preguntó a Vandiano si había visto a la princesa Cristalina; él dijo que sí, y que era tan estraña la su hermosura, que más parecía cosa del cielo que humana. Vandiano contó allí lo que la princesa había hecho y la voluntad que tenía de la su vista; el príncipe dio un pequeño sospiro, al parecer de quien lo oía, no sin falta de pasión. Asimismo preguntó cuándo se comenzaban los torneos; Vandiano le dijo que el lunes primero.

Diciendo esto, salieron de la floresta y fuéreronse a una villa que doce millas⁹¹ de Constantinopla estaba, donde se aparejo el príncipe Lindedel de todo lo que hubo menester para el torneo; ca sabed que dejó las armas noveles, por no ser conocido, y tomó otras, las más ricas y lucientes que pudo haber. Asimismo tomó otro escudero, que en la corte del emperador ya los suyos eran conocidos.

Ya el campo donde los torneos se habían de hacer estaba todo cercado, y no había en todo él sino dos puertas abiertas: por la una había de entrar Lustramante y los de su parte, que eran cien caballeros, todos de la Gran Bretaña, que como salió de su tierra sin licencia de su padre, todos los caballeros mancetos vinieron en su busca, y como supieron que en la corte del emperador Escanio estaba, fuéreronse todos allí. Como él tan bien acompañado se vio, acordó de concertar aquel torneo por que se viese la su alta caballería de los caballeros de la Gran Bretaña.

Venido que fue el día que se había de comenzar el torneo, estando el emperador y emperatriz y princesa en el gran palacio entró un escudero que el príncipe Lindedel enviaaba, y después que hubo besado las manos al emperador díjole:

—Serenísimo príncipe, yo soy escudero de un caballero estraño que suplica a vuestra majestad, aunque no os⁹² haya hecho servicio alguno, tengáis por bien de le hacer merced poniéndole en la cuenta de los ciento a la parte de los cortesanos. Esta merced pide por el gran deseo que de servir a vuestra majestad tiene.

El emperador le respondió:

—Amigo, diréis a ese caballero que yo soy contento de le dar la licencia que pide, y plega a Dios que sea tal que por su buena caballería le conozcamos.

El escudero besó las manos al emperador, y así, se salió del palacio y se fue adonde su señor le estaba aguardando, el cual le rescribió con mucho placer por las buenas nuevas que le traía. Luego se aparejó y se fue a Constantinopla. A la sazón que entró en la ciudad vio pasar al emperador, emperatriz y princesa: fue tan turbado de ver la tan estraña hermosura de la princesa, que casi le fallesció el corazón. En este tiempo ya el emperador era pasado.

El príncipe Lindedel se fue a la gran plaza donde el torneo se había de hacer, atendiendo que el torneo se comenzase. Estando en esto, llegó un caballero ante los miradores del emperador diciéndole que Lustramante le enviaba para que su majestad diese licencia que el torneo se comenzase; el emperador se la dio. Luego

⁹¹ Un milla equivalía a 1000 pasos completos; aprox., 1,5 km.

⁹² Suplo 'os' (9r).

el caballero se volvió a Lustramante y díjole lo que el emperador mandaba; Lustramante y todos los de su parte, que estaban aparejados, movieron para donde el torneo se había de hacer, y así, entraron por la una puerta. Sabréis que de la parte de los cortesanos, los más preciados eran el Fuerte Dorante y don Velarte⁹³ y don Zafir de Marbella, que el príncipe Lindedel había sacado de la prisión del jayán, adonde Flenisa estaba presa. Estos caballeros, con todos los de su parte, entraron por la otra puerta.

De Lustramante os digo que iba muy ledo en verse a tiempo donde pudiese mostrar su gran ardimento, y el primero que comenzó a herir fue él, y luego todos sus caballeros. Asimismo le salieron al encuentro don Velarte,⁹⁴ Dorante y don Zafir con todos los otros caballeros cortesanos. El torneo se mezcló en tal manera en breve tiempo, que espanto ponía a quien los miraba: tales y tan pesados golpes se daban los unos a los otros. De Lustramante vos digo que hería tan a menudo a una y a otra parte, que por donde él iba daba bien a conocer su alta caballería. Don Velarte y el Fuerte Dorante y don Zafir andaban haciendo maravillas, porque a la verdad eran muy preciados caballeros; pero todo les valía nada, que muchos de su parte estaban en el suelo, por manera que muy claro se veía que los de la parte de Lustramante llevaban lo mejor del torneo. Mucho le pesaba al emperador, porque si Lustramante llevaba adelante su ardimento los de su corte serían muy presto vencidos.

En este tiempo el príncipe Lindedel se quitó una ropa con que sus armas traía cubiertas; tomando su lanza, hiriendo de las espuelas a su caballo se puso a la parte de los cortesanos. El emperador, que mirándolo estaba, dijo:

— Éste debe ser el caballero estraño que me demandó licencia para entrar en el torneo. Si él tales obras tiene como parecer, alta será su caballería: seméjame que nunca vi caballero que tan bien pareciese armado.

Como el príncipe Lindedel alzó los ojos a los miradores y vio a su señora la princesa, pareciole que los cien caballeros que por contrarios tenía eran tanto como nada. Comenzó a dar tales golpes a diestro y a siniestro, que al que derecho alcanzaba le hacía volar de la silla. De tal manera fue discurriendo por una y por otra parte, que a poca de hora no hubo tal caballero que delante se le osase poner. Como el emperador y todos los altos hombres que mirando estaban vieron las maravillas en armas que el príncipe Lindedel hacía estaban muy espantados pensando quién podía ser aquel caballero que tan estremado era entre todos. La princesa Cristalina dijo a Flenisa (que cerca della estaba):

— Amiga, ¿quién podrá ser aquel caballero que tanto se señala?

Flenisa le respondió:

— Yo, mi señora, no sé quién pueda ser.

— A mi ver —dijo la princesa—, no he visto otro que mejor que él parezca armado.

E por mirar los estraños golpes que Lindedel daba dejaron su habla. Como los cortesanos vieron tan buen caballero de su parte, tornaron a subir en sus caballos, y fue tanta la vuelta que hubo en el torneo con la venida del príncipe Lindedel, que

⁹³ 1587: ‘Valarte’ (9r).

⁹⁴ 1587: ‘Valarte’ (9r).

Lustramante no podía ya tener a los de su parte, que todos iban de caída. Viendo que toda su perdición era aquel caballero, punó de se ver con él, cosa que tanto el príncipe Lindedel deseaba, y así, deseándolo los dos, prestamente se vinieron a juntar. Como Lustramante viese ante sí al caballero de quien tanto daño los de su parte habían rescebido, díjole:

—Señor caballero, mucho querría, si vos pluguiese, probarme con vos de la lanza y después del espada, porque me semeja que sois uno de los buenos caballeros del mundo.

Lindedel le respondió que era dello contento. El emperador y todos los que mirando estaban esperando el fin de su habla, acabada que fue, luego los vieron partir; cada uno tomó su lanza, y apartándose lo que les convenía se vinieron a encontrar tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas, y el príncipe Lindedel recibió tal encuentro que hubiera de caer del caballo perdiendo la una estribera; pero como era uno de los mejores caballeros del mundo, muy presto la tornó a cobrar, metiendo mano a su espada. Lustramante y su caballo fueron en tierra, y como era de gran ánimo no soltó la rienda; levantándose lo mejor que pudo, tornó a subir en su caballo y echó mano a su espada: ellos se dieron tales y tan mortales golpes, que espanto ponía a quien los miraba. Y como estos dos mejores caballeros estaban ocupados, el Fuerte Dorante y don Velarte, con todos los que de su parte había, se dieron tanta priesa, que los contrarios les volvieron las espaldas; todos salieron fuera del campo. Los cortesanos se quedaron solos mirando el príncipe Lindedel y a Lustramante, sin tener otra cosa que hacer más de esperar el fin de aquella batalla. El emperador decía que jamás había visto tales dos caballeros; pero mucha ventaja hacía al otro el caballero extraño, porque Lustramante ya andaba muy cansado. Lo que el príncipe Lindedel no hacía, porque tan ligeramente hería a su contrario como si en aquel punto entrara en la batalla; e como conoció a Lustramante que ya andaba algo fatigado, comenzole a herir muy a menudo, y díjole:

—Mirad, señor caballero, si queréis que lleguemos al cabo nuestra batalla.

—No —dijo Lustramante—; porque yo creo me costaría la vida, y estos torneos no fueron hechos sino para haber placer.

Esto dijo Lustramante conociendo la gran ventaja que le hacía el príncipe, y él le respondió

—Por cierto, señor caballero, yo he conocido tanto vuestra alta caballería, que creo que no hay otro que más que vós valga.

E así ceso la batalla. Lustramante se le humilló, y así, se partieron. El emperador y todos los altos hombres que mirándolos estaban se maravillaron de verlos así partir, y fueron muy ledos, porque claramente se veía que si la batalla llegaran al cabo, que Lustramante fuera muerto. El emperador deseaba mucho saber quién fuese aquel caballero que tanto había honrado su corte. El Fuerte Dorante y todos los cortesanos llegaron al príncipe y le dijeron:

—Pues que tan buena compañía, señor caballero, hoy nos habéis hecho, razón es que el emperador vos haga la honra que tan preciado caballero como vos meresce.

—Señores caballeros —dijo él—, a tiempo seré de la rescebir; que por la fe que a Dios debo no puedo por agora hacer vuestro ruego, que tengo mucho que hacer

en otra parte, que aun en lo que me he detenido he hecho mucha falta. Yo seré luego de vuelta, si Dios la vida no me quita. Venido que sea, pienso estar siempre en servicio del emperador.

Como los caballeros le vieron así jurar, no le quisieron más importunar, y así, se partieron dél encomendándolo a Dios. El príncipe se salió luego del campo fuera de la ciudad, con intención de no parescer tan presto ante su señora por ganar más honra de la que hasta allí había ganado. Los caballeros cortesanos tomaron consigo a Lustramante y fuéreronse con él ante el emperador; él los recibió con mucha alegría, diciéndole:

—Señor Lustramante, bien habéis mostrado la alta sangre de la Gran Bretaña, de donde venís, en las grandes maravillas que vós hoy habéis hecho.

—Mi señor —dijo Lustramante—, siempre me pesó de me oír loar por lo poco que valgo; pero da Dios la buena ventura a quien es servido, pues otro mejor que yo lo meresce, que es aquel buen caballero, de cuya compañía prometo jamás me partir si él la mía quisiere, porque tengo creído que no hay en el mundo quien se le iguale.

—Mucho me pesó —dijo el emperador— de que lo dejastes ir, porque tan preciado caballero no era razón que se fuera sin rescebir alguna honra por lo mucho que nos sirvió.

Los caballeros le dijeron todo lo que con él habían pasado.

—Pues que así es, vaya a la buena ventura, que bien creo yo que a tan buen caballero no le faltará en todas partes que hacer.

Así, se fueron para el palacio, adonde llegados, estuvieron hablando una gran pieza en lo que en el torneo les había acaecido. Ya haciéndose tarde, se fueron todos a reposar dejando grandes fiestas concertadas para otro día.

Capítulo VI

Que recuenta una estraña aventura que en el palacio del emperador Escanio acaesció.

O TRO día después de nona las fiestas se comenzaron en el palacio de muchas danzas y juegos que duraron cuatro horas, y antes que del todo se acabasen entró por la puerta de la sala una doncella vestida de paños de duelo con un antifaz negro puesto en su rostro, y como llegó al emperador alzolo, y besándole las manos dijo:

—Serenísimo emperador Escanio, yo soy venida ante vuestra majestad por el rey de la Pequeña India, que es muy cerca de la vuestra gran ciudad de Constantinopla. Está con la mayor cuita que nunca nadie estuvo.

Y diciendo esto derramaba mucha abundancia de lágrimas.

—Y ¿qué es la cuita que trae? —dijo el emperador.

—Vuestra majestad sabrá —dijo ella— que este rey por su mala suerte oyó decir la estraña hermosura de la infanta Florvereda, hija del rey de Candía,⁹⁵ que está preso en poder del jayán Alfojarán. La reina su mujer, madre de esta hermosa infanta, prometió con juramento de no dar a su hija por mujer a otro caballero sino al que librarse al rey su marido de la prisión en que estaba. Como el rey de la Pequeña India vio tan buen tiempo para efectuar lo que a su corazón tanta pena daba, fuese para al reino de Candía, y llegando donde la reina y infanta estaban, fue a besarles las manos y juró de poner en libertad el rey o perder la vida en la demanda. Y así, se despidió de la reina y se fue a la Torre del Sol, donde a la sazón estaba el gigante Alfojarán, y hubo con él su batalla, por manera que el rey mi señor fue vencido; el jayán no le quiso matar, porque era muy amigo del rey su padre. Como él se viese vencido y sin ninguna esperanza de haber en su poder a la infanta Florvereda, sintió tal dolor en su corazón, que luego súbitamente perdió la habla y ser de persona, sin jamás poderse mover. Como los caballeros que en su compañía iban tan maltrecho le viesen, cuidaron morir con pesar, ca era de todos muy amado. Acordaron de lo llevar al sabio Doroteo, para saber dél si tenía algún remedio su mal; como el sabio le vio, hubo duelo del, y no pasó mucho tiempo después cuando sacando un rico collar hecho dos partes y dándole a los caballeros que con él venían, les dijo:

—Por haberme dado gran dolor ver este rey de tal manera, os doy en este collar el remedio para su salud. Sed ciertos que si no viniérades a mí, mientras el mundo durara jamás hallárades remedio para su mal. Y sabed que no solamente lleváis remedio para el mal del rey, pero para dar libertad al rey de Candía.

Y díjoles:

—Vosotros⁹⁶ habéis de ir con él a la corte del buen emperador de Constantinopla, y en ella podrá ser que halléis tal caballero que en bondad de armas nadie a él se iguale; y si ahí no estuviere, buscarlo heis en otra parte. Hay necesidad que todos los caballeros de la corte del emperador se prueben en este

⁹⁵ Antiguo nombre de Creta.

⁹⁶ 1587: ‘Vosorros’ (10r).

collar, y si hubiere alguno que Dios le diere tal ventura que estas dos partes de collar juntare con sus manos de tal manera que no parezca quiebra alguna, luego el rey será guardado de todo mal, y asimismo sacará de la prisión de Alfojarán al rey de Candía.

Los caballeros le dieron muchas gracias por el bien que había hecho al rey su señor, dándole mucho haber por el collar, pero él no lo quiso tomar, diciendo que del rey quería rescebir el galardón dándole Dios salud. Con esto se despidieron del sabio Doroteo, y así, somos venidos ante vuestra majestad. Vea cuando manda que la prueba del collar se comience.

—Sea luego —dijo el emperador.

La doncella le besó las manos y se fue donde estaba el rey y sus caballeros. Luego movieron para la ciudad de Constantinopla, en medio de los cuales venía el rey dentro de unas andas en cuya guarda venían veinte caballeros ancianos. De la manera que oído habéis entraron por la ciudad de Constantinopla y luego se fueron al palacio del emperador, donde estaban todos los altos hombres de la corte; ca sabed que eran muchos y muy preciados, entre los cuales estaba Galterio, hijo del rey Galter,⁹⁷ hermano de la reina Pinalba, madre del príncipe Lindedel de España, y el Fuerte Dorante de Inglaterra, don Zafir de Marbella y otros muchos de que aquí no hacemos mención.

Estando de la manera que oído habéis, esperando la ventura del rey de la Pequeña India, entró por el palacio un caballero que con el rey venía; haciendo su acatamiento, dijo al emperador cómo el rey estaba en su palacio: si daba su majestad licencia para que subiese.

—Súbanle —dijo el emperador—, y sea en tal hora que quede libre de su enfermedad.

—Así plega a Dios —dijo el caballero.

Y tornose donde el rey estaba. Luego le tomaron en hombros seis caballeros de los que con él venían, y acompañáronle los otros, y así llegaron a la sala. Todos fueron espantados de lo ver, que no había ahí tal que lo mirase que no fuese puesto en mucha tristeza. Estaba tendido, sin se menear; era de edad de veinte y cinco años, muy hermoso de rostro y de gentil compostura en el cuerpo. La doncella que con ellos venía puso ante el emperador una mesa redonda cubierta con un paño de duelo, y de una caja sacó el collar hecho dos partes. La doncella dijo al emperador:

—Mande vuestra majestad a estos caballeros que se comiencen a probar:

—Comiencen —dijo él.

Y luego mandó a Galterio que fuese el primero. Él se levantó y se fue a la mesa donde el collar estaba, y tomándolo en sus manos punó por lo juntar, pero no estaba para él guardada aquella aventura, y como él esto vio, tornose a sentar diciendo:

—Más valor ha de haber en el caballero que esta aventura acabare.

E luego llegó a la mesa Merealdo del Lago, hijo del rey de Tesalia, y tomando el collar en sus manos hizo lo que Galterio, y volvióse diciendo:

—No se guardó para mí esta aventura.

⁹⁷ 1587: ‘Galier’ (10v).

Luego vino don Felisel de Jasa y hizo lo que los otros, y volvióse a sentar diciendo que aquella aventura era venida a la corte para afrontar los caballeros del emperador; las doncellas de palacio se rieron de verlo estar con pasión. Luego vino don Zafir de Marbella y tomó el collar en sus manos, y como no le juntó, dijo:

Si algún tanto más me detuviera, pudiera ser acabar esta aventura.

Y así lo hicieron todos los otros, y tanto hicieron como el primero. El emperador miró a Lustramante y díjole:

—Parésceme, señor Lustramante, que para vos esta guardada esta aventura.

—Ligera cosa es de creer —dijo Lustramante—, según ayer me fue en el torneo.

—No se hable en eso —dijo el emperador—, que vós hecistes tanto en él como el mejor caballero del mundo. Por amor de mí que luego os probéis.

—Por cumplir ese mandado lo haré yo —dijo Lustramante—, que no por la esperanza que tengo de dar cima a esta aventura.

Diciendo esto se levantó y se fue a probar, y tomando el collar en sus manos, él hizo por lo juntar, pero no pudo. Mucho le pesó a Lustramante en no acabar aquella aventura, por ser en presencia de su señora la princesa Cristalina. Maldecía su ventura, que tan contraria le era, y volviéndose, dijo al emperador:

—Mi señor, por mí se puede decir: «bien vengas, mal...».⁹⁸

El emperador le dijo:

—Dios da la ventura a quien le place, no porque en vos falta todo lo que en el mejor caballero del mundo se puede hallar.

Lustramante se le humilló. El emperador tuvo mucha pena en no haber dado fin a la aventura alguno de cuantos caballeros allí estaban, y había mucho duelo del rey de la Pequeña India en pensar que se había de volver de su corte como se vino.

Cuando los caballeros que habéis oído y la doncella que con el rey venían vieron que ya no había caballero en el palacio que probar se pudiese, comenzaron a hacer un triste llanto pensando en el afán que habían de tomar por el mundo, pues en la corte del emperador no habían hallado caballero que alegres los hiciese, y con su llanto comenzaron a coger su collar. Estando en esto entró por la puerta del palacio un doncel; humillándose ante el emperador, le dijo:

—Sea vuestra majestad servido de dar licencia a un caballero extraño para que en esta aventura del collar se pruebe.

El emperador dijo:

—Amigo, el caballero venga en buenhora a se probar. Y tal ventura le dé Dios que dé cabo a esta aventura, que todos holgaríamos dello por la salud del rey de la Pequeña India.

El doncel se despidió y se salió del palacio, el cual fue a decir a su señor lo que el emperador le había respondido. Dice la historia que como la doncella que el collar tenía en la mesa vio lo que el doncel dijo al emperador, detúvose sin lo coger, esperando la ventura que Dios tenía por bien de dar aquel caballero. Dijo el emperador a Lustramante:

—Mucho holgaría que Dios diese victoria a este caballero por la salud del rey, que tengo gran duelo de verle tan maldoliente.

⁹⁸ El proverbio comolecto es ‘Bien vengas, mal, si vienes solo’.

Y estando diciendo esto entró por la sala el caballero estraño armado de unas armas ricas y muy preciadas; no traía en su compañía otra persona salvo el doncel que al emperador había enviado. Todos los que en el palacio estaban les semejó no haber visto caballero que tan bien pareciese armado. El emperador dijo:

—Si Dios da tan buena ventura a este caballero como apostura tiene, de aquí digo que el rey de la Pequeña India es guarido de su mal.

Luego llegó el caballero y se humilló al emperador y a la emperatriz haciéndoles grande acatamiento, sin les besar las manos, y apartose afuera, y arrimándose a una parte del palacio se estuvo algún tanto quedo,⁹⁹ hasta que la doncella del collar le dijo:

—Señor caballero, venid a la prueba, que me semeja, según vuestra buena apostura, que todos habemos de ser alegres.

El caballero volvió en sí como de sueño (ca sabed que en ver la estraña hermosura de la princesa¹⁰⁰ fue repentinamente privado de todo su sentido) y fuese adonde el collar estaba, y tomándole en sus manos, luego fue junto, de tal suerte que en él no se parecía señal. Sabed que súbitamente el rey fue guarido, y luego se puso de hinojos ante el caballero diciéndole:

—Mi señor, dadme vuestras manos, que en besarlas me terné por más honrado que si las besase al mayor señor que hay en el mundo. Y así, creo, pues a esta aventura distes cima, que vós sois luz y espejo de toda la caballería.

El caballero no se las quiso dar, antes le hizo levantar diciéndole:

—Mi buen señor, a Dios conviene dar las gracias de las semejantes mercedes.

Estando así el emperador y todos los del palacio con demasiada alegría, salvo Lustramante (que como deseaba tanto el servicio de la princesa no quisiera que en el mundo hubiera caballero que aquella aventura acabara, pues él no la había acabado), a la sazón llegó el caballero al emperador y dijo que su majestad le diese licencia, que no se podía más detener, que le atendían en otra parte. El emperador le respondió:

—Por buena fe, caballero, desta vez es razón que seáis forzado, por que no nos acaezca con vos lo que con otro caballero que venció el torneo, que se fue de nuestra corte sin darse a conocer.

La princesa, que cerca del emperador estaba, tenía mucha voluntad de conocer al caballero, y díjole:

—Señor caballero, si el ruego del emperador mi señor no quisiéredes hacer, a mí se me ha de otorgar un don, que soy doncella.

Él se turbó tanto, que a grande afán pudo responder diciéndole:

—¿Quién en el mundo sería tan sandio que dejase de hacer vuestro mandado? El don yo le otorgo, con todo lo demás que vuestra alteza mandar me quisiere.

—Señor caballero —dijo la princesa—, sabed que el don que yo demandar os quiero es que os quitéis el yelmo y nos digáis quién sois.

Mucho holgó el emperador de lo que la princesa había dicho. El caballero dijo a su doncel que el yelmo le quitase; él hizo su mandado: todos los caballeros que en el palacio estaban fueron espantados de ver la gran hermosura del caballero. Él

⁹⁹ Quietó.

¹⁰⁰ 1587: priecesa' (11r).

se humilló ante el emperador y emperatriz y princesa por les besar las manos, aunque ellos no se las quisieron dar. Y estando en esto llegó Flenisa, y humillándose ante el emperador, le dijo:

—Mi señor, honre vuestra majestad a este caballero, que es el príncipe Lindedel de España, aquel que del Castillo Velador sacó por su alta caballería las armas de Troilo.

Cuando el emperador tal oyó levantose de su silla, y abrazándole, dijo:

—¡Ay buen caballero, y cómo es doblada nuestra alegría con la vuestra vista!

Luego le hizo desarmar y que le cubriesen de un rico manto, que mandó traer, de cetí¹⁰¹ carmesí sembrado de unas lazadas de oro, dándole muchas gracias por el rico y gran presente. Flenisa se sentó cerca de la princesa, por la mejor poder hablar, y díjole:

—Mi señora, ¿qué os parece de aquel caballero? ¿Si hay en él¹⁰² lo que yo publicaba?

La princesa le dijo:

—Calla, Flenisa, que agora no es tiempo de hablar en eso.

A la sazón entraron por la sala Vandiano y Severín, escuderos del príncipe, y juntamente con ellos venía el escudero que había enviado al emperador a pedir licencia para entrar en el torneo de Lustramante. Luego fue de todos conocido; el emperador le llamó diciéndole:

—Buen escudero, mucho querría que del todo nos hiciédes alegres con deciros si vuestro señor es en la nuestra ciudad

El escudero se humilló ante el emperador y dijo:

—El caballero que es mi señor y venció el torneo es el príncipe Lindedel de España.

Cuando el emperador esto oyó, díjole:

—¡Ay mi buen señor, creído tengo que para vos guardó Dios todas las buenas venturas! Bien semejáis al rey Bracamor vuestro padre.

Cuando Lustramante vio que el príncipe Lindedel era el que venció el torneo, humillósele diciendo:

—Mi señor, yo me tengo por bienandante en ser vencido por la mano del mejor caballero que al presente hay en el mundo.

El príncipe le respondió:

—Mi señor Lustramante, en el torneo se vio y conoció vuestra alta caballería, y si alguna falta hubo, fue en los caballeros que venían en vuestra compañía.

—Muchas mercedes —dijo él— por la honra que la vuestra merced me da sin la yo merescer, pues salí vencido del torneo.

El emperador atajó sus hablas preguntando a Lindedel por la aventura del Castillo Velador, y así en esto como en otras cosas estuvieron hablando hasta que fue hora de cenar y fueron puestos aquellos grandes aparadores.¹⁰³ Puestas las tablas, todos se sentaron a cenar, cada uno como a su estado convenía; allí fueron servidos de muchos y muy preciados manjares. Allí conoció Lustramante que el príncipe Lindedel amaba a la princesa, porque jamás los ojos della partía, y algunas

¹⁰¹ Tela de seda.

¹⁰² ¿No hay en él..., ¿Acaso hay en él...

¹⁰³ Mueble con estantes y cajones para guardar la vajilla y todo lo necesario para preparar la mesa.

veces con rostro muy honesto, mesuradamente, la princesa le miraba. Gran dolor sintió Lustramante, pero propuso de lo olvidar forzando su voluntad, conociendo que la princesa no lo amaba, pues dél jamás había querido rescebir servicio alguno.

Acabada que fue la cena y alzadas las tablas estuvieron hablando una pieza en lo que más les agradaba. Cuando fue hora de dormir, el emperador se fue a su aposento, y asimismo la emperatriz y princesa. Al príncipe Lindedel aposentaron dentro de palacio. Lustramante llevó consigo al rey de la Pequeña India.

Como la princesa se vio dentro de su cámara envió a dormir a sus doncellas; quedó sola con Flenisa, la cual era una de las más entendidas doncellas que a la sazón había en el palacio del emperador, y como vio que la princesa mandaba ir las doncellas cuidó que la quería hablar alguna cosa en poridad.¹⁰⁴ Pero no lo hizo, antes estuvo esperando que Flenisa le hablase, como otras veces solía hacer. En este tiempo, estando peinando sus muy rubios cabellos, dijo a la princesa:

—Mi señora, como la vuestra merced no me dice nada, ¿qué le paresce de la apostura de aquel buen caballero?

A la princesa le vino una muy hermosa color al rostro, y dijole:

—Por cierto, Flenisa, tú tienes razón de loar al príncipe Lindedel, porque si Dios tuvo por bien de hacerle uno de los mejores caballeros del mundo, no menos le dotó de gracia y apostura, sin haber falta en su persona.

Flenisa, que tenía mucho deseo de servir al príncipe, dijo:

—Mi señora, mucha razón tiene de llamarse vuestro caballero.

—¡Ay Flenisa! —dijo la princesa—. ¿De dónde te vino tanta osadía y atrevimiento dando tanto favor al príncipe Lindedel diciéndome que él se llama mi caballero? No creo yo que él será tan sandio —dijo la princesa.

—No sé si lo es —dijo Flenisa—, pero yo le oí decir que no querría más estado, ni Dios se le diese mayor, que alcanzar ser vuestro caballero.

Dijo la princesa.

—De lo que antes dejiste a lo que agora dices hay mucha diferencia, porque muchas cosas se desean que jamás se alcanzan.

—Ésta —dijo Flenisa— yo la doy por alcanzada o a mí me ha de costar la vida, pues en el príncipe hay merecimiento para se lo llamar. ¿Paréceos, mi señora, que hay diferencia deste caballero a Lustramante? Pues yo sé que el emperador tiene pensamiento de le dar a vuestra alteza por legítima mujer.

—¡Ay Flenisa —dijo la princesa—, no hables tal cosa, que moriré con pesar!

—Lo que yo digo a vuestra alteza es muy gran verdad, que yo lo sé del duque mi tío, que lo hablaba a la duquesa en mucha poridad.

—Pues que a ti, Flenisa, te parece, quiero recibir por mi caballero al príncipe, pues dices que él más que cuantos caballeros hay en el mundo lo merece.

Como esto oyó Flenisa, hincó los hinojos en tierra y besó las manos a la princesa muchas veces, diciéndole:

—Mi señora, las mercedes que esta noche se me han hecho, el príncipe las servirá por mí.

Hablando en esto y en otras cosas se les pasó gran parte de la noche.

¹⁰⁴ En privado.

Capítulo VII

De cómo el príncipe Lindedel se partió de la corte del emperador con el rey de la Pequeña India y de lo que en la Torre del Sol les acaeció, y asimismo cuenta de cómo el príncipe Lindedel fue sacado del palacio del rey de Candía por una doncella.

YA os contamos cómo el príncipe Lindedel fue aposentado en el palacio del emperador, el cual viéndose en su aposento, dijo a Vandiano que luego se fuese a dormir. Como él se viese solo en su lecho, comenzó a cuidar muy fieramente, diciendo:

—¡Oh príncipe Lindedel, cómo te conviene morir la más desastrada muerte que jamás nadie murió, pues mis días se han de ir consumiendo sin que la princesa mi señora sepa la causa de mi muerte! ¡Ay Flenisa, y que galardón tan crecido sería el tuyo si esta noche me hicieses tan bienandante que mi señora supiese mi gran cuita! Pero ¿qué digo? ¿Puédeme a mí venir otro más crecido bien que morir por amor de la más alta doncella en hermosura y estado que hoy es en el mundo nacida? ¡Ven, ven ya, muerte, y consume mis tristes días, pues me faltó ventura para la vida sustente!

En esto y en otras semejantes cosas pasó este valeroso príncipe toda la mayor parte de la noche, con suspiros y gemidos muy dolorosos, muy descuidado de las mercedes que la princesa mediante su buena amiga Flenisa le había hecho.

Venida la mañana, el emperador se levantó y se fue a su capilla a oír misa, donde halló al príncipe Lindedel y a Lustramante y al rey de la Pequeña India. Luego se comenzó la misa, y como fue acabada se salieron al gran palacio, donde el rey de la Pequeña India se humilló ante Lindedel rogándole ahincadamente le otorgase un don; el príncipe le alzó por las manos y le dijo:

—Demandad lo que quisiéredes, que yo vos lo otorgo.

—Mi señor, sabed que el don que me habéis otorgado es que luego nos partamos para la Torre del Sol, porque por vuestra mano ha de ser libre el rey de Candía, y estando libre, cobraré yo en mi poder la cosa del mundo que más amo, que es la infanta Florvereda su hija:

Él dijo:

—La partida sea cuando mandáredes, que por mí no perderá el rey su libertad.

Él se le humilló. Al emperador pesó mucho de aquella partida, porque quisiera que el príncipe residiera en su corte algunos días, pero viendo que al no podía hacer, rogole que desde la Torre del Sol se volviese; el príncipe se lo prometió, no acaeciendo alguna cosa que se lo estorbase. Luego el rey y el príncipe se despidieron del emperador y de allí fueron al aposento de la emperatriz, donde hallaron a la princesa. La emperatriz les dijo:

—¿Qué venida es ésta, tan de mañana?

El rey la respondió:

—La nuestra partida es luego para la Torre del Sol, por librar al rey de Candía de poder de Alfojarán.

—Mucho me pesa —dijo la emperatriz.

—No tenga vuestra majestad pena —dijo Lindedel—, que con el ayuda de Dios luego ha de ser la vuelta, pues no tengo otro deseo sino estar en servicio del emperador.

—No os engañáis —dijo ella—, porque él os ama y precia por vuestro gran valor.

El príncipe se le humilló y pasó adelante a besar las manos a la princesa, y puesto de hinojos ante ella le dijo:

—Mi señora, no quiero que la vuestra merced mire a lo poco que yo valgo, sino que sin merecerlo se me han de hacer grandes mercedes dándome a besar vuestras blancas y hermosas manos.

La princesa le respondió (paso¹⁰⁵ y con mucha gracia, por que la emperatriz no lo oyese):

—Vuestro merecimiento es mucho, por cuya causa se vos han hecho mercedes poco ha.

Y tendiendo sus hermosas manos, se las dio a besar. El príncipe no tuvo lugar de la hablar más palabra, porque la emperatriz volvió la cabeza; luego el príncipe se levantó. Ya el rey de la Pequeña India se había despedido de la emperatriz, y así, se fue luego a despedir de la princesa, a quien prometió, si Dios tan bienandante le hacía de darle por señora a la infanta Florvereda, que juntos le vernían a servir; la princesa le dijo:

—Pues yo espero de ver lo que me prometéis: quiero rogar a Dios por la libertad del rey su padre.

Y así, se despidieron. El príncipe y el rey se salieron luego del palacio, y al pasar de un corredor estaba Flenisa aguardando al príncipe, y como le vio, llamole y él se llegó a la finiestra donde ella estaba. Ella dijo:

—Mi señor, grandes son las mercedes que mi señora la princesa, a ruegos y importunidades mías, ha tenido por bien de haceros; ca sabed, mi señor, que vos ha recibido por su caballero.

Cuando el príncipe tan estrañas nuevas para él oyó, estuvo por una pieza que no pudo hablar: tanta gloria sintió en su corazón. Tornando en sí, quiso besar las manos a Flenisa, pero ella las tiró afuera; el príncipe le dijo:

—Señora Flenisa, bendita sea la hora que vos conocí, pues tanto bien por vos me ha venido. Yo prometo a Dios de vos dar tal galardón como es la merced que me habéis hecho.

Flenisa le besó las manos, dando fin a su habla. El príncipe Galterio su tío, y Dorante de Macedonia y don Velarte de Inglaterra, que en su busca venían, llegaron allí; como sabían que estaban de partida, rogáronle que los llevase consigo a la Torre del Sol; el príncipe les dijo que fuesen en buenhora, que él holgaba de llevar tan buena compañía en aquella jornada. Vista la voluntad del príncipe, todos se despidieron de Galterio; él les dijo que si la princesa Manelisa (que así había nombre su mujer) no le atendiera, holgara de ir en su compañía, y diciendo esto los encomendó a Dios. Ellos y los caballeros se fueron cada uno a su aposento, donde fueron armados, y subieron todos en sus caballos; con mucho placer

¹⁰⁵ En voz baja.

salieron de Constantinopla guiando su camino para la Torre del Sol, y en todo él no les avino cosa que de contar sea. Del príncipe Lindedel os digo que iba tan lozano, con tanta alegría pensando en las grandes mercedes que la princesa su señora le había hecho, que¹⁰⁶ teníase por el más bienandante de cuantos nacieron en haber tan presto alcanzado lo que por tantos príncipes en el mundo era deseado.

De ahí a pocos días llegaron a la Torre del Sol y luego procuraron de hablar a Alfojarán. Hizo su batalla con él y lo venció, dejándole herido de muerte y convertido a la fe de Cristo, en la cual feneceó sus días.

Este jayán dejó una sola hija, hermosa en gran manera y bien acostumbrada. Haciendo esta hermosa doncella llanto por el jayán su padre, pareció tan bien a Grineldo el Bastardo, que se enamoró della. Éste era un caballero de casa del emperador Escanio que en compañía del príncipe Lindedel iba, el cual rogó ahincadamente al príncipe le quisiese dar aquella doncella por mujer. Él fue muy ledo, porque deseaba hacerle todo bien por haberle muerto a su padre, y Grineldo era muy preciado caballero. Finalmente, que la doncella hizo el ruego del príncipe y tuvo por bien de se tornar cristiana y tomar a Grineldo por marido. El príncipe les hizo grandes mercedes, por do¹⁰⁷ vivieron muy contentos.

Antes que esto se hiciese dieron sepultura al cuerpo de Alfojarán y sacaron al rey de Candía de la prisión en que estaba. Como él vio tantos y tan preciados caballeros ante sí, díjoles:

—Mis buenos señores, ¿cuál de vos es el que me ha sacado de poder de Alfojarán?

Luego le fue dicho que el príncipe Lindedel. El rey se iba a humillar ante él, pero el príncipe no se lo consintió; así, se hicieron grandes acatamientos. El rey de Candía daba muchas gracias a Dios y al príncipe en verse con libertad. Todos aquellos caballeros hablaron al rey, y estuvieron allí tres días por amor de Grineldo el Bastardo.

Pasando este tiempo, luego se partieron con mucha alegría para el reino de Candía, donde fueron recibidos de todos los del reino con muchas fiestas, y cuando llegaban a la ciudad donde la reina estaba, tres millas antes salieron la reina y la infanta a recibirlos. El rey de Candía y todos aquellos caballeros se apareon; eso mismo hizo la reina y la infanta; el rey tomó a la reina en sus brazos, y así estuvieron no sin lágrimas el uno y el otro de demasiada alegría que sentían en sus corazones. Luego llegó aquella hermosa infanta Florvereda, y besándola el rey su padre en el rostro, le dijo:

—Hija mía, bendito sea Dios que te pintó, pues por tu estremada hermosura soy libre del poder de Alfojarán.

Y así, se volvió a la reina diciéndole:

—Señora, honrad mucho a este valeroso príncipe, pues por él, después de Dios, tengo libertad.

El príncipe se humilló ante la reina y infanta, y ellas le alzaron por las manos y le hicieron la mesura¹⁰⁸ que a su real persona convenía.

¹⁰⁶ Suplo ‘que’ (12v).

¹⁰⁷ Por lo cual.

¹⁰⁸ Reverencia.

Del rey de la Pequeña India vos digo que de verse ante aquella hermosa infanta no podía hablar, ni dijo cosa más de cuanto les besó las manos. Luego llegaron aquellos príncipes a hacer lo mismo, y tornaron a subir en sus caballos y entráronse en la ciudad con demasiada alegría, donde fueron hechos grandes recibimientos. Todos se fueron apear al palacio del rey, y a los cuatro príncipes aposentaron dentro. Allí se hicieron en espacio de ocho días grandes fiestas.

Sabed que en este tiempo que estos príncipes y caballeros estuvieron en la corte del rey de Candía se hicieron las solemnes bodas del rey de la Pequeña India con la hermosa infanta Florvereda. Duraron las fiestas bien treinta días, en fin de los cuales, estando un día que se hacía gran fiesta en el palacio, entró una doncella tan estraña y tan ricamente guarnida que a todos los que la vieron hizo admirar. Ella se llegó junto al príncipe Lindedel sin le hacer acatamiento alguno, y dijole:

—Señor caballero, conviene que luego os partáis de la corte del rey de Candía y os vais comigo a dar cima a la más estraña aventura que jamás en el mundo fue vista: esta es otorgada a vos, y no a otro de cuantos son nacidos:

—Señora doncella —dijo él—, mucho sería ledo si decir me quisiesedes a qué parte tengo de ir.

—Eso no diré yo; mas haceros he cierto que si la fortuna vos favorece para que deis fin a esta aventura, ganaréis la mayor honra que jamás caballero ganó. Y la vuestra partida ha de ser luego, si en la mi compañía queréis ir:

—Señora doncella —dijo el príncipe—, quien dejara tal compañía por ir solo, sandia cosa sería. La partida sea cuando mandáredes.

Mucho pesó al rey de Candía y a la reina, y¹⁰⁹ asimismo al rey de la Pequeña India, en ver así partir al príncipe, pero convínoles de sufrirse,¹¹⁰ pues al no se podía hacer. Luego el príncipe fue armado y se despidió de los reyes y reina y infanta, y asimismo de todos los caballeros que en su compañía habían venido, y rogáronle muy ahincadamente los llevase en su compañía. El príncipe les respondió que yendo cualquiera dellos, cuanto más todos, que la su ida sería bien escusada;¹¹¹ antes les rogaba que luego se volviesen a Constantinopla y diesen su desculpa al emperador, y que él dejaba de ir a servirle porque le convino ir con aquella doncella; ellos le prometieron que así lo harían como él lo mandaba, y despidiéronse los unos de los otros.

El príncipe subió en su caballo y tomó el camino que la doncella le guio. Lustramante y los dos príncipes Dorante y don Velarte se partieron de la corte del rey de Candía para Constantinopla y contaron al emperador de la manera que la doncella llevó al príncipe. Mucho pesó al emperador, porque lo deseaba tener en su compañía, y lo mismo hizo a la princesa Cristalina, que como ella lo comenzaba a amar, quisiera verlo siempre delante de sus ojos, y así, quedaron con deseo de saber lo que la doncella le quería.

Dice el cuento que yendo el príncipe Lindedel en compañía de la doncella, él la iba rogando muy afectuosamente le dijese a qué parte iban y qué era lo que había de hacer, y ella no le respondió cosa alguna. Y sabed que la doncella que tan

¹⁰⁹ Suplo ‘y’ (13r).

¹¹⁰ Resignarse.

¹¹¹ De más, superflua.

apuesta y hermosa parecía se volvió la más fea y desemejada que pintar se podía. Vandiano fue muy espantado, y llegose a su señor y díjole:

—Señor, ¿la vuestra merced no mira a esta doncella cómo de hermosa se ha tornado tan fea que pone muy gran espanto a quien la mira?

El príncipe volvió la cabeza, y viola tan disforme que fue maravillado. Vandiano dijo:

—Señor, si la vuestra merced me cree, no debe de ir en compañía desta doncella.

Esto decía él no con falta de temor, y el príncipe se rio y le dijo:

—No temas, Vandiano, yendo en la mi compañía.

—¿No hay quien no tema —dijo Vandiano— viendo cosa semejante?

Así anduvieron muchos días, pareciendo la doncella cada día más fea. En este tiempo llegaron a un puerto de mar, donde hallaron un batel cerca de tierra; la doncella dijo al príncipe:

—Caballero, conviene que entres en este batel.

El príncipe le dijo.

—Paréceme que no hay remos para poder pasar.

—No son menester —dijo ella—, que yo pasaré el batel sin ellos.

Y diciendo esto saltó en él así como venía en su palafrén, y dijo al príncipe que entrase presto si quería pasar. Él respondió que de grado entraría, pero que su caballo y el palafrén de su escudero era imposible entrar.

—De eso no tengáis cuidado, porque ellos entrarán sin que daño ninguno reciban.

Y como esto dijo, el príncipe y Vandiano se apearon y saltaron dentro en el batel con la doncella. Apenas fueron entrados cuando el caballo y palafrén se fueron tras dellos, y entrando en él, se echaron como si cayeran muertos. Luego el batel comenzó a andar de tal manera que en muy poco rato fueron en alta mar. Cuando el príncipe allí se vio en un batel tan pequeño pareciole ser imposible salvar las vidas, según la gran tormenta que a la sazón que ellos en la mar entraron se comenzó.

Así como oído habéis, con las olas de la tempestuosa mar subiendo casi hasta el cielo y otras veces les parecía llegar al profundo della, por manera que venida la escuridá de la noche siempre andado de la manera que oído habéis, no cesando la tormenta un punto, venida que fue la mañana plugo a Dios que vieron tierra, de que el príncipe holgó mucho, y llegándose a ella tomaron puerto. El príncipe dijo a la doncella:

—A lo menos decidnos en qué tierra somos.

—No lo podéis saber por agora —dijo ella—. Por tanto, subid en vuestro caballo y venid conmigo.

El príncipe hizo lo que la doncella le dijo, y tomaron su camino por donde la doncella le quiso guiar sin saber en qué parte estaban ni adónde iban. Así anduvieron todo aquel día, y tomándoles la noche en un camino sin ningún albergue, otro día por la mañana halláronse cerca de una montaña poblada de árboles muy espesos; estaban todos casi secos, y las hojas como si las hubieran puesto fuego. Entre ellos andaban muchas aves a maravilla grandes, todas negras.

Dellas¹¹² estaban echadas sobre los árboles, éstas tenían un canto tan temeroso, que no había persona que las oyese, por de recio y esforzado corazón que fuese, que no tomase mucha alteración de las oír. El príncipe dijo a la doncella:

—Decidme, ¿qué tierra es esta donde hay tanta tristeza?

La doncella le dijo:

—Agora te quiero decir en qué parte estás. Sábete, caballero, que estás en la Temerosa Montaña. Tiene este nombre porque jamás entró en ella persona que de temor no muriese; y si tú quieres saber a lo que vienes, has de entrar por medio della y allá lo sabrás.

El príncipe dijo a Vandiano:

—Quédate tú aquí, al pie desta montaña, que yo quiero ver lo que dentro della está.

Vandiano le comenzó a rogar muy ahincadamente que pues aquella doncella le había dicho el peligro que había de la entrada, que tuviese por bien de volverse. El príncipe le respondió:

—Amigo, el sobrado amor que me tienes te hace no me aconsejar lo que bien me está. Yo no tengo dejar de saber lo que hay en esta montaña, por bien o mal que me venga.

—Pues que así es —dijo Vandiano—, la vuestra merced sea de me llevar consigo.

—No querría —dijo Lindedel— que te acaeciese algo de que daño recibieses.

—Yendo yo, mi señor, en la vuestra compañía no tengo de qué temer. Pues faltándome ésta no quiero más vivir.

—Pues que así loquieres —dijo el príncipe—, vamos en el nombre de Dios.

Y así, comenzaron a entrar por la montaña, y no anduvieron mucho cuando oyeron unas voces muy espantables, que a grande afán Lindedel las pudo sufrir, y volviendo la cabeza vio a Vandiano que había ya caído del palafrén, privado de todo su sentido. Cuando él así lo vio, hubo mucho pesar, y dijo a la doncella que le aguardase hasta sacar su escudero fuera de la montaña, y a su caballo, que con las voces ya no le podía llevar. La doncella le dijo que era contenta, con tal que se diese priesa, que se le hacía muy tarde.

Trabando de Vandiano, viole sin sentido, y como mejor pudo púsole sobre el palafrén, y con la una mano le iba teniendo y con la otra llevaba su caballo de diestro,¹¹³ y dándose la mayor priesa que pudo, no tardó mucho tiempo en llegar al cabo de la montaña. Y saliendo fuera della, arrendó su caballo a unos árboles y comenzó a hablar a Vandiano; pero no le aprovechó nada, que él estaba tal como muerto, por manera que le convino dejarle así encomendándole a Dios. No sin mucha pena se partió dél y tornó a tomar el camino que primero llevaba.

De ahí a un cuarto de hora que de allí se partió, Vandiano fue en todo su acuerdo, y como se vio fuera de la montaña quedó muy espantado, y mirando, vio al caballo de su señor, y a su palafrén, arrendado. Luego entendió lo que podía ser: que el príncipe le debió sacar de la montaña. Acordándosele de lo que en ella había oído, comenzó a hacer muy triste llanto creyendo que nunca más había de ver a su

¹¹² Algunas de ellas.

¹¹³ De las riendas.

señor, y acordó atenderlo allí hasta que la muerte le viniese, pues no teniendo qué comer, no podía mucho durar.

El príncipe, que por la montaña muy apriesa caminaba, llegando adonde Vandiano había caído de su palafrén oyó las mismas voces que antes había oido. Llegando cerca de la doncella, preguntola quién daba aquellas voces tan temerosas; ella no le quiso responder; el príncipe no curó más de preguntalle nada, viendo que no le tenía pro. Andando más adelante vio un hombre, cuyo rostro y facción era de manera de jimio, guardando unos cabrones negros. El príncipe le dijo:

- Por ventura hallaré en ti más gracia que en la compañía que llevo.
- ¿Qué es lo que quieres saber? —dijo el hombre.
- Quién da estas temerosas voces —dijo él.
- En un castillo que allá arriba hallaréis sabréis todo lo que deseáis.
- Tanto me has dicho como nada —dijo el príncipe.

Y diose priesa en su andar. Mientras más adelante iba, más cerca oía aquellas espantables voces, y parando mientes, vio el castillo que en medio de la montaña estaba.

Capítulo VIII

De cómo el príncipe Lindedel llegó al castillo de la Temerosa Montaña y de lo que en él le acaeció.

El príncipe lo miró, y pareciole no haber visto otro mayor. Él era todo negro como el carbón; tenía en torno una muy honda cava, que parecía, a quien la miraba,¹¹⁴ llegar a los abismos. La doncella que con el príncipe iba trabó de una soga muy negra que estaba colgada, y en asiendo della, luego se puso a la finiestra un hombre muy más desmejado y espantable que pintar se puede, y como vio al príncipe, díjole:

- Caballero, ¿osarás subir acá?
- Osaré —dijo Lindedel—, si me muestras por dónde.
- Por esta finiestra —dijo él.

Y diciendo esto le echaron unas escalas. Como el príncipe vio tan buen aparejo, luego comenzó a subir por ellas, y entrando en el castillo no vio a persona alguna, y tornándose a parar a la finiestra por ver si subía la doncella, no vio a ella ni a otra persona, y miró por las escalas y no las vio. Miraba por el castillo si vería alguna puerta, pero no vio nada. Como se viese de la manera que oido habéis, estaba tan desesperado que quería morir con pesar. Y desta manera se anduvo paseando bien una hora, en fin de la cual vio salir por una pared del castillo un hombre muy anciano; tenía los cabellos y barbas blancos y muy largos; había los vestidos negros, que le arrastraban por el suelo. Y como vio al príncipe, díjole:

- Caballero, ¿qué es lo que deseáis saber?

¹¹⁴ 1587: ‘mira’ (14r).

—Deseo —dijo el príncipe— saber en qué tierra estoy y cuyo es este castillo y qué es lo que tengo de hacer de mí.

Dijo él:

—Quiero que lo sepáis, por cuanto me parecéis buen caballero. Digo que esta montaña por donde entrastes es una tierra y morada de demonios.

—Tal parecer tiene ella —dijo Lindedel—, y este castillo lo mismo.

—Acá hemos sabido, por una aventura que pocos días ha que acabastes, que sois el mejor caballero del mundo, y que ganastes las armas de Troilo que en el Castillo Velador estaban. Hágooos saber que la vuestra venida a estas partes es para hacer batalla con Troilo, que en este castillo está; y si la vuestra ventura fuere tal que lo vencieredes, vuestra fama durará tanto cuanto el mundo durare; y si fuéredes vencido, para siempre jamás quedaréis aquí, en pago de vuestro atrevimiento de haber emprendido tan gran hecho de osar entrar en esta montaña.

El príncipe le dijo:

—¿Cómo es posible que esté aquí Troilo habiendo tantos años que lo mató Aquiles estando los griegos sobre Troya? Salvo si tengo de hacer batalla con su espíritu, y esto me parece cosa imposible.

—No —dijo el hombre anciano—; pero yo os hago cierto que él tomará aquella forma y manera de cuerpo que tenía estando en el mundo, y las mismas fuerzas sin faltarle cosa, y esto tenedlo por cierto. Y las armas que ha de llevar para se combatir, no ha cuarto de hora que del mundo las han traído. Por manera que si él venciere, no será con más ventaja que si vivo fuera.

El príncipe le respondió:

—Si ello es así como vos lo decís, yo soy contento de hacer batalla; pero decidme si ha de ser a pie o a caballo, porque, como veis, yo no tengo caballo, por no le poder pasar acá de espanto.

—De vos me maravillo yo cómo pasastes, cuanto más el caballo. La batalla ha de ser a pie.

—Mucho querría saber quién sois —dijo Lindedel.

—Si tanto lo deseáis —dijo el anciano—, yo os lo diré. Sabed que yo soy Antíoco, ayo que a Troilo crio.

Y diciendo esto, aquel hombre anciano se fue de la manera que había venido, pareciéndole al príncipe que se había entrado ligeramente por la pared. Luego el príncipe se paró a la finiestra y miró a la montaña y vio aquellas aves negras que por ella andaban muy tristes, los picos abiertos, las alas tendidas: mostrando tener mucho calor, y como iban volando daban consigo un tan gran golpe en el suelo, que parecía quedar medio muertas. Desta manera estaban una pieza, y luego se tornaban a levantar y tornaban a volar como primero. El príncipe estaba muy espantado de ver tales cosas. Estando de la manera que oído habéis, apareciole delante Antíoco y díjole:

—Señor caballero, venid conmigo, que Troilo os atiende.

El príncipe que esto oyó, luego enlazó su yelmo y dijo a Antíoco que por dónde había de salir.

—Seguidme —dijo él.

Llegándose a una pared, luego se abrió tanto cuanto era necesario para poder entrar y salir holgadamente. Así como salieron, bajaron por una escalera de caracol

muy angosta, y a cada vuelta della estaba una pequeña finiestra que le daba luz, y mirando bien a estas finiestras, vio que estaba en cada una dellas un rostro tan espantable que el corazón aína le falleciera: tanto espanto le ponían aquellas disformes figuras. Pero, como siempre, llamaba en su corazón a Dios y a su bendita Madre que le acorriesen. Diciendo una vez, viéndose muy fatigado, el bendito nombre de Jesú, tornó en sí diciendo:

—¿Qué es esto, Lindedel? ¿Por ventura no te acuerdas de aquella que par en el mundo no tiene, que es mi señora Cristalina? Pues teniéndola yo en mi memoria no tengo de qué temer,

A este tiempo acabaron de bajar la escalera, y llegando a un patio donde hallaron tanto humo que allí pensó el príncipe acabar sus días, porque el mal olor que había privaba a todo hombre de sentido, el príncipe dijo a Antíoco que lo sacase de allí, si no, que muerto era. Él lo tomó por la mano y lo sacó a un campo, casi desacordado del humo que rescebido había, y volviendo en sí, dio muchas gracias a Dios. Y alzando los ojos vio a Troilo que para él se venía su paso a paso. Al príncipe la paresció no haber visto caballero que mejor le paresciese armado. Así como Troilo llegó cerca dél díjole:

—Caballero, tu valiente y esforzado corazón me hace tenerte en mucho. Tú eres en la batalla comigo por razón que tomaste las mis armas del Castillo Velador, aunque a mí es notorio haberlas ganado como buen caballero; pero no satisfaciéndome con esto, fue mi voluntad de me probar contigo. Y si yo te venciere, como mi ayo Antíoco te ha dicho, la tu gran fama que por el mundo anda estendida será presto escurescida, y demás desto, tú quedaras aquí en esta nuestra morada para siempre jamás.

El príncipe le respondió que era contento de hacer batalla con él, con tal condición «que si yo venciere, tenga seguridad que no seré de naide ofendido».

—De eso sed cierto, caballero, que de aquí no recibiréis daño alguno. Antes, si yo fuere vencido, la misma doncella que aquí os trujo os tornará a volver.

—Pues en el nombre de Dios —dijo el príncipe.

Luego se apartó el uno del otro un pequeño trecho; abrazando los escudos, echaron mano a las espadas; comenzáronse a herir de duros y muy pesados golpes, y era tanto el ruido de las armas, que verdaderamente parescía combatirse diez caballeros. Bien habría media hora que la batalla se comenzó y aún no se conocía en ninguno dellos mejoría, porque los dos eran muy ligeros y de grandes fuerzas y sabíanse mucho bien defender el uno del otro. Pero al fin ya traían las armas rotas por muchos lugares y sus carnes despedazadas, y salíales tanta sangre, que todo aquel espacio donde se combatían estaba cubierto della. Ya que andaban muy cansados, Troilo dijo al príncipe:

—Señor caballero, si os place descansemos un poco, que bien conozco que lo hemos menester.

El príncipe lo tuvo por bueno, que ya andaba con mucha fatiga, y saliéndose afuera, cada uno descansaba sobre la manzana de la espada.¹¹⁵ Estando un poco desta manera, luego el príncipe dijo a Troilo:

¹¹⁵ El remate (habitualmente esférico) de la empuñadura para evitar que se escapase de la mano.

— ¡Ea caballero! Demos fin a nuestra batalla, que a mí me hace menester porque se me va mucha sangre.

— Así sea — dijo Troilo.

Y viniéndose el uno contra el otro, hiriéndose de tan duros y esquivos golpes como si en aquel punto se comenzaran a combatir. El príncipe andaba muy enojado de sí mismo porque aquella batalla le duraba tanto, y tenía pensamiento que si vencido fuese le venía grande daño. Y con esto le creció el corazón, y alzando su buena espada dio tal golpe a Troilo sobre el yelmo, que las enlazaduras le quebró y sacóselo de la cabeza. Como Troilo se vio en tanto peligro, arrojó la espada de la mano y fuese para el príncipe, que le tiraba en aquel tiempo un golpe, y recibiólo en el escudo, y echándosele presto a las espaldas, abrazose con él punando de lo derribar. Viéndose de tal manera el príncipe, soltó el espada y abrazose con él, y así anduvieron luchando media hora; pero al fin el príncipe, que de mayor fuerza era, dio un tan gran golpe con Troilo en el suelo, que le fue forzado soltar al príncipe quedando él medio muerto. Tomó su espada muy presto (que cabe sí¹¹⁶ la vio), y poniéndole la punta a la garganta, le dijo:

— Caballero, muerto eres si no te otorgas por vencido.

Troilo que algún tanto había tornado en sí, dijo:

— Por vencido yo me otorgo, teniéndome por honrado por lo ser por la mano del mejor caballero del mundo; y tengo muy gran pesar por no estar allá en él para nunca me apartar de serviros.

Luego el príncipe se levantó, y limpiando su espada la metió en la vaina. Llegando Antíoco, tomó a Troilo y levantole del suelo; haciendo: traer una silla, le asentó en ella y luego mandó traer otra para el príncipe. Viéndose muy fatigado de las heridas, dijo:

— ¿Por ventura habría quien nos tome la sangre?¹¹⁷

— No — dijo Troilo —, pero daros han una agua con que luego seáis guardado.

Y en diciendo esto, luego se aparesció ante Troilo aquella doncella que al príncipe trujo. Él le dijo:

— Amiga, id muy presto a la fuente que en los Campos de Pretenda está y traed un poco de aquel agua con que este caballero sea guardado.

Luego la doncella se desaparecio, y no tardó tres credos cuando vino con el agua; y Troilo dijo a Antíoco que luego desarmase al príncipe, y así fue hecho, y lavándole las llagas, repentinamente fue guardado, quedando como antes que entrase en la batalla. Él dio muchas gracias a Troilo por lo mucho que por él había hecho y rogole que se lavase para ser guardado como él; Troilo le respondió que de las sus llagas no recibía daño alguno. Así, se levantó luego de la silla el príncipe y se tornó armar con ayuda de Antíoco, y dijo a Troilo si había otra cosa que hacer allí, que él se quería ir. Y por que dél tuviese siempre memoria, le rogaba afectuosamente le dijese a qué parte podía hallar aquella fuente de tanta virtud. Troilo le dijo:

— Por que sepáis, señor caballero, cuánto os precio por vuestra alta caballería, os hago saber que no solamente esta agua aprovecha para lo que habéis visto, pero

¹¹⁶ Junto a sí.

¹¹⁷ Corte la hemorragia.

para cuantas enfermedades hay en el mundo. Podréis vos, señor, ir por ella, y no otro de cuantos son nascidos; y para la haber en vuestro poder habéis de pasar mucho afán en los Campos de Pretenda, donde esta fuente está, en el señorío del Soldán de Liquia. Nadie sabe della; tiene grandes guardas por que no puedan haber de aquella agua. Ya habéis oído lo que deseáis saber: luego, si queréis, os podéis volver. Veis ahí a par de vos la doncella que os trujo.

Acabando de decir esto, luego desaparecieron Troilo y su ayo, quedando el príncipe solo con la doncella. Ella le dijo:

—Señor caballero, seguidme.

Y moviendo a muy gran priesa, no tardó mucho tiempo cuando se vieron fuera de la montaña. Cuando Lindedel fuera se vio, hincó los hinojos en tierra y dio muchas gracias a Dios por las mercedes que le había hecho. Llegándose a Vandiano su escudero, le recordó (que durmiendo estaba); cuando él se levantó y vio a su señor cabe sí, grande fue su alegría. El príncipe le dijo:

—Amigo, echa los frenos¹¹⁸ a los caballos y vamos de aquí.

—Vamos —dijo Vandiano—, que yo no he otro deseo.

Así, movieron de la montaña. Vandiano rogó a su señor muy afincadamente le dijese lo que en ella le había acaecido; él se lo contó. Vandiano fue estrañamente espantado, no cesando de se santiguar. Yendo desta manera llegaron adonde habían tomado puerto, y saltaron en el mismo batel que habían pasado y fueron por la mar adelante hasta llegar al lugar donde embarcaron, y salieron en tierra. La doncella dijo al príncipe:

—Yo, señor caballero, me voy, que ya no he qué hacer en vuestra compañía.

Él le dijo que fuese a la buena ventura cuando por bien tuviese, y sin decir más se le desapareció. Pues como la doncella se partió del príncipe Lindedel, él propuso de se ir a España a ver a sus padres, y de allí irse a Costantinopla y estar siempre en la corte del emperador, por gozar de la vista de su señora. Y con este pensamiento caminó bien tres días, después de los cuales vio venir un enano sobre un rocín hiriéndole con un azote a muy gran priesa, y como al príncipe llegó, dijo:

—Caballero, por la fe que mantenéis, que si sabéis nuevas de un caballero que ha nombre el príncipe Lindedel, me digáis dónde le podré hallar. Y si por estas señas no le conosciéredes, es el que sacó las armas de Troilo del Castillo Velador.

El príncipe le respondió:

—Amigo, yo soy. Por tanto, dime lo que quieres.

Cuando el enano entendió que él era Lindedel de España dijo:

—Yo doy muchas gracias a Mahoma por la merced que me ha hecho por me encontrar con vos, mi señor, porque la vuestra gran bondad es por el mundo muy nombrada. Sabed que el Soldán de Liquia mi señor está en muy gran cuita, porque le tienen cercado en un castillo fuerte el rey Lizamán de Salmatar con otros siete reyes moros, y ha bien siete años que el Soldán mi señor mantiene guerra contra ellos: y en fin, hanle puesto en tanta fatiga que no le han dejado villa ni castillo. Estando el Soldán como habéis oído, un caballero viejo de su casa le dijo: «Yo, señor, ha pocos días que compré un esclavo natural de Constantinopla, y sin falta debe ser de buena parte, porque se duele mucho de la vuestra cuita. Díjome que

¹¹⁸ El herraje que se pone en la boca del caballo para gobernarle.

dijese a vuestra alteza que si supiéredes de un caballero, y es el príncipe Lindedel de España, que él os dará venganza de vuestros enemigos: tanta es la su gran bondad en armas». Como el Soldán esto oyese, luego me mandó que porque sé bien las lenguas fuese en vuestra busca, y si tuviese tal ventura de hallarlos, os rogase de su parte que pues Dios os tenía guardado para remedio de sus necesidades y para quitar los tuertos¹¹⁹ que por el mundo se hacían, que tuviéredes por bien de le socorrer en tan gran necesidad como agora está, y si hacer lo quisieredes, que fuese muy presto.

El príncipe le dijo:

—Amigo, yo quiero ir contigo de voluntad, que mi intención es amparar los que poco pueden. Y vamos luego, pues tanta necesidad hay.

Él tomó su camino para Liquia y dejó el que llevaba. Yendo un día a grande andar, dijo al enano:

—Dime, amigo, ¿por qué razón aquellos reyes tienen guerra contra el Soldán?

—Sabréis, mi señor —dijo el enano—, que el Soldán tiene una sola hija, cuyo nombre es la infanta Agolandria: es la más hermosa doncella que hay en aquellas partes. El rey de Salmatar, que es el principal caballero de la guerra, está muy pagado della, y pidiola al Soldán su padre por mujer, pero él no se la quiso dar por razón que la infanta no era contenta de aquel casamiento, a cuya causa el Soldán esta en tanto trabajo: el rey de Salmatar dice que lo desdeñó grandemente, y hizo juramento de no tomar descanso hasta le destruir toda su tierra.

—Mal hace el rey de Salmatar —dijo el príncipe— en querer casar con la infanta contra su voluntad; pero si Dios a mí vida me da, el comprará caramente el enojo que al Soldán ha hecho contra razón.

En este tiempo llegaron a Liquia, donde el príncipe fue recibido con gran alegría del Soldán y de la infanta Agolandria su hija. Dice la historia que el príncipe Lindedel miró la gente que el Soldán tenía y vio que era muy poca, y ordenó de salir con ella una noche y dar en el real¹²⁰ de los enemigos. Como ellos estaban sin cuidado de recibir daño del castillo, fueron todos desbaratados y los más dellos muertos; los reyes se escaparon con muy gran trabajo, por manera que les convino alzar su real. Desta manera quedó el Soldán libre.

Otro día siguiente envió el príncipe Lindedel de parte del Soldán un rey de armas¹²¹ al rey de Salmatar rogándole mucho que por que de una parte ni de otra no se rescibiese daño, que hiciesen ellos dos su batalla, y que fuese entre ellos tal convenencia: que si el rey de Salmatar venciese, que el Soldán le daba su fe¹²² de darle a la infanta Agolandria por mujer juntamente con todo su señorío, y si el príncipe Lindedel a él venciese, que le dejase libre su tierra. El rey de Salmatar, que gran cuita de amor pasaba por la infanta, fue muy contento del partido que el Soldán le hacía, porque no sabía él con quién la batalla había de hacer, por manera que el príncipe y rey hicieron su batalla. Fue vencido el rey, y convínole luego partirse dejando al Soldán toda su tierra libre.

¹¹⁹ Injusticias, abusos.

¹²⁰ Campamento.

¹²¹ Emisario para cuestiones de carácter bélico.

¹²² Palabra.

Esto hecho, estando un día el príncipe y el Soldán en su palacio acordose el príncipe del captivo que el enano le había dicho que era de Constantinopla, y rogó al Soldán que allí lo mandase venir; luego fue hecho. Sabed que el captivo era don Zafir de Marbella, el que yendo pocos días antes sobre la mar, a él y otros cativaron. El príncipe le abrazó y dijo:

—Señor don Zafir, mal tratada veo vuestra persona.

—Mi señor —dijo don Zafir—, si la vuestra merced de mí no tuviera memoria, yo no tuviera poder de venir aquí aunque sabía quién era el caballero que al rey de Salmatar venció.

Y volviéndose al Soldán, le pidió que don Zafir fuese libre; el Soldán le respondió que aquello y todo lo demás que mandase se haría.

Muy pocos días se detuvo allí el príncipe Lindedel, y tomando licencia del Soldán y de la infanta aparejó su partida. Y Dios que tan bien lo quiso guiar, acaesció que el mismo día que se quería partir entró en el palacio del Soldán un caballero de parte del Gromate Benzahamí, que era un caballero mancebo hermano del rey de Salmatar, ardid¹²³ de corazón y de alto hecho de armas. El caballero desafió al Soldán por razón que no había querido dar su hija al rey de Salmatar por mujer. Teníase el Gromate Benzahamí por escarnido, y propuso de se vengar del Soldán o perder la vida. Finalmente, el príncipe Lindedel hizo batalla con él y lo venció y mató, quedando el Soldán muy alegre de la victoria que Alá le había dado contra sus enemigos. La infanta asimismo daba muchas gracias al príncipe por la haber librado del poder del rey de¹²⁴ Salmatar.

El príncipe estuvo allí sólo el día que hizo la batalla con el Gromate Benzahamí; otro día por la mañana se despidió del Soldán y de la infanta; él le ofresció toda su tierra diciendo que, pues se la había dado, que se sirviese della y la tuviese por propia suya. El príncipe le dio muchas gracias, y subiendo en su caballo, y en su compañía don Zafir de Marbella, tomaron su camino para los Campos de Pretenda. Bien anduvieron seis días sin aventura hallar. Otro día a hora de prima oyeron unas voces que con mucha ansia y dolor se daban, como de persona puesta en mucha fatiga. El príncipe las oyó y tuvo mucha voluntad de saber qué cosa fuese, y dijo a don Zafir:

—Vamos hacia donde dan aquellas voces y sabremos si es alguna persona que ha menester nuestra ayuda.

Don Zafir dijo que fuesen donde él mandase, y movieron para allá. Cuando cerca llegaron, el príncipe se adelantó y llegó donde las voces se daban, y vio una muy alta peña, y él se la paró a mirar y le semejó que llegaba a las nubes. Al pie de la cual estaba un sepulcro negro, junto a él una doncella, asaz hermosa, presa de la manera que oiréis. Lo que dentro del sepulcro estaba la tenía asida por la ropa que vestida tenía, de manera que parte della estaba dentro, y como en tal cuita se viese, daba tan dolorosas voces llamando a Dios que la acorriese en tal menester. Como cerca de sí viese al príncipe, dijole:

—Ay señor caballero, por Dios habed duelo de la mi desastrada suerte y quitadme del poder de la más cruel cosa que en el mundo puede haber!

¹²³ Ar doroso.

¹²⁴ Suplo ‘de’ (16v).

Como el príncipe tal aventura viese, apeose de su caballo y trabó de la doncella punando por sacarla la ropa del sepulcro, pero no pudo. Y como vio que tirar della no le tenía pro, sacó su espada. Entonces llegó don Zafir y los escuderos, y cortó la ropa junto al sepulcro y hizo apartar afuera a la doncella. Apenas había acabado de hacer lo que oído habéis cuando oyeron un muy gran ruido, y no tardó mucho tiempo cuando la piedra del sepulcro se abrió, de la cual salían grandes llamas de fuego, y humo tan negro y espeso que todo el campo escurecía, de tal manera que no sabían adónde estaban. De ahí a poco tiempo el humo desapareció, quedando el campo como primero. Salió del sepulcro una visión tan espantosa que cuantos la vieron cayeron en tierra, salvo el príncipe, que llamando a Dios esforzó su corazón, y abrazando su escudo tomó su espada en la mano. Acabado de hacer esto, aquella espantable visión le dijo:

— ¿Cómo piensas tú defenderte de mis manos con esas armas que traes?

— Más me pienso defender con otras —dijo el príncipe.

— Y ¿qué armas son éas?

El príncipe tomó la espada por la punta, y alzola arriba y dijo

— Con esta cruz en que mi Redemptor tomó muerte y pasión. Y no tengo temor de ti aunque todos los demonios que en las tristes moradas son se me parasen delante.

El demonio que dentro de aquella espantable visión estaba, le respondió:

— Tú tienes razón, que mientras esas armas trujeres, yo ni otro que más pueda no te podemos empescer. Y pues Dios te hizo de tan fuerte corazón que la mi vista no te pudiese dañar, mucho te ruego que me des aquella doncella que de mi poder sacaste, porque es mía de derecho y tú no me la puedes llevar.

— ¿Por qué razón es tuya? —dijo el príncipe.

— Yo te lo diré —dijo el demonio—. Tú sabrás que esa doncella es natural de España y ha sido criada en casa del rey Bracamor tu padre, y enamorose della un caballero que había nombre Romeril el Galán. Este caballero pasó tanto afán por ella, y ella se dio tan poco por él, que vino a tales términos que¹²⁵ estando una noche hablando desde un jardín a ruego de otras doncellas, fueron tales los desfavores que ella le hizo, que luego allí delante sacando su espada, se lanzó por ella y dio fin a su triste vida. Como ella vio que sin falta era muerto, dijo: «¡Agora me llevase el Demonio, pues tanto mal por la mi hermosura ha venido!»; y yo, que más cerca della me hallé, luego de improviso la arrebaté y la truje donde la viste, y no tuve más poder de la meter del todo dentro de sepulcro, porque a gran priesa llamaba a Dios que la acorriese, y así, llegando tú, la sacaste de mi poder.

— Pues que ella es cristiana —dijo el príncipe—, ¿qué poder puedes tú tener sobre ella?

— Si tú no la socorrieras —dijo el demonio—, yo la tuviera como la viste hasta que se le saliera el alma del cuerpo, y si ella agora muriese, la su alma sería mía

— Pues yo no te la he de dar —dijo el príncipe.

Como el demonio no tenía poder de le empecer, dio un tan gran aullido que parecía verdaderamente que todos aquellos campos se abrían, y luego desapareció y el sepulcro fue cerrado. El príncipe se fue adonde su compañía estaba y trabó

¹²⁵ Suplo ‘que’ (17r).

dellos por los alzar, que estaban en tierra. Don Zafir fue el primero que se levantó, vergonzoso de lo que le había acaecido, y antes que el príncipe hablase dijo:

—¿Qué os parece, mi señor, qué buen corazón tengo para buscar las aventuras? Yo conozco tanto de mí, que no merezco traer armas ni llamar me caballero.

—No habléis en eso —dijo Lindedel—, que no siento¹²⁶ caballero en el mundo, por esforzado que sea, que tuviera corazón para mirar una cosa de tanto espanto.

—Agora me decid qué se hizo él.¹²⁷

—Tornose a su triste morada —dijo el príncipe.

Y luego trabó de la doncella, que más muerta que viva estaba. Ya los escuderos estaban en pie, el príncipe dijo a Vandiano que aparejase un palafrén para aquella doncella; ellos lo hicieron como él lo mandó y luego fueron todos a caballo. De ahí a poco rato, yendo por su camino, vieron estar en medio de un valle una hermosa fuente a la sombra de muchos y muy frescos árboles; pareciole al príncipe que allí era bien apearse, y diciéndolo a don Zafir, luego lo pusieron por obra, y allí comieron y descansaron una pieza del trabajo que por el largo camino habían pasado.

Capítulo IX

Cómo el príncipe Lindedel, después de apeado en la fuente con su compañía, supo quién era la doncella, y de otras cosas que por aquellas partes le acaeció.

El príncipe dijo a la doncella cómo él sabía ya toda su hacienda,¹²⁸ que le dijese si era así como el demonio le había dicho; ella dijo que sí.

—Buena abogada tuvistes en la Madre de Dios —dijo él—, pues con tanta piedad y misericordia os favoreció.

—Eso puedo yo bien decir —dijo la doncella—, pues permitiéndolo ella fui por vuestra mano socorrida.

El príncipe preguntó por el rey Bracamor y la reina Pinalba; la doncella le dijo que todos estaban muy buenos, «sino que tienen mucha tristeza por el príncipe Lindedel su hijo, que nunca le han visto después que de su palacio fue robado, y dicen que es el mejor caballero que es nacido en el mundo».

Don Zafir dijo a la doncella si lo deseaba ver.

—Sí —dijo ella—, porque después de ser mi natural señor es mi cormano.

Don Zafir le dijo:

—Pues veislo delante de vos.

Cuando la doncella tal oyó, hincó los hinojos ante él tomándole las manos para se las besar; el príncipe las tiró afuera y la hizo levantar, y le preguntó cuya hija era.

¹²⁶ Conozco.

¹²⁷ Qué fue de él.

¹²⁸ Sus hechos, su historia.

—Eso diré yo de grado —dijo Landina, que así había nombre—. Vos, mi señor, sabréis que soy hija del duque de Bretaña y de la duquesa su mujer, vuestra tía, que es hermana del rey Bracamor; y como ellos estuviesen en tanta soledad con deseo de la vuestra vista, el duque mi padre acordó de me enviar a la corte del rey Bracamor: ha bien tres años que estoy en su casa. Agora por mis pecados acaeciome lo que visto habéis; yo sé bien que el rey Bracamor y la reina Pinalba estarán en muy gran fatiga por la mi pérdida.

—Presto sabrán de vos —dijo el príncipe.

—A Dios merced que con tan buena compañía tengo de ir este camino y tan buen recibimiento yo habré yendo la vuestra merced juntamente conmigo.

De esta manera estuvieron hablando hasta que vieron el sol que iba perdiendo su fuerza. Ya que querían subir a caballo pasó cabe la fuente un moro asaz viejo; como aquella compañía vio, parose para hablar, y saludolos muy cortésmente, según la usanza de moros; ellos le tornaron las saludes. El moro les pidió por Alá le diesen alguna cosa, si tenían allí, para comer, porque venía muy fatigado del largo camino; el príncipe se lo mandó dar. Después que el moro hubo comido, le rogó que les dijese en qué parte estaban; el moro les dijo:

—Estas partes donde estáis se llaman los Campos de Pretenda, y por otro nombre se llama el Campo Venturoso. por las grandes aventuras que en él se hallan.

Acabado de decir esto, el moro se despidió y se fue su camino. El príncipe dijo a Landina que se quedase en aquella fuente en compañía de Severín, por cuanto él quería andar los Campos Venturosos en busca de una fuente que en ellos estaba, «que ha muy gran virtud».

Así, el príncipe y don Zafir subieron en sus caballos y tomaron su camino por la falda de una floresta, y vieron venir contra sí un enano, tan apuesto, que no parecía en su rostro sino una hermosa doncella. Venía muy bien guarnido, en un palafrén blanco corriendo a muy gran priesa, y como vio al príncipe (que algo iba delantero), díjole:

—¡Ay por Dios, señor caballero, amparadme!

—¿De quién has temor? —dijo Lindedel.

—De una bestia desemejada que tras mí viene; que ha muerto a mi señor, y yo como en su poder lo vi, comencé de huir. Y por Dios que no os detengáis más aquí, que no puede mucho tardar.

—¿Quién era tu señor? —dijo don Zafir.

—El mejor caballero del mundo —dijo el enano.

—Y ¿cómo había nombre?

—Rocaredo de la Barba Partida.

—Y ¿sabes cierto que es ya muerto?

—No sé —dijo el enano—, que no osé tanto aguardar más de cuanto vi que lo tomó entre sus brazos, y corría tan ligeramente con él como un gavilán.

—Agora nos di, ¿de qué parte es ese caballero?

—Es de la Gran Bretaña —dijo el enano—, y salió de su tierra en compañía de Lustramante,¹²⁹ y como los torneos de Constantinopla fueron acabados, él se vino por el mundo a buscar las aventuras, y fue tal su dicha, que vino por estas partes.

El príncipe le dijo:

—Amigo, guíame adonde está tu señor.

—Eso no haré yo —dijo el enano—, que gran temor tengo de la muerte.

—No temas —dijo él— yendo en la mi compañía.

—No os conozco yo —dijo el enano— para poner mi vida en condición.

—Fía tanto de mí —dijo el príncipe—, que te ampararé que daño alguno no recibas.

—Pues que así es, seguidme.

Y así, se dieron andar a gran priesa. Dende¹³⁰ a poco rato vieron venir corriendo muy ligeramente una mujer a manera de salvaje, tan alta, que al parecer de quien la miraba no había jayán que mayor que ella fuese; tenía los cabellos tan largos que casi llegaban al suelo, la color del rostro era como de raíces. Cuando el enano la vio venir, dijo:

—¡Ay captivo, que muerto soy; que veis aquí la bestia que mató a mi señor!

No hubo dicho esto cuando llegó la desemejada, y echando la mano arrebató el enano de encima del palafrén y luego dio la vuelta, que no parecía sino torbellino. Como el príncipe vio llevar el enano, tomó muy presto su lanza a Vandiano diciendo:

—Pues Dios no me ayude si te me has de esconder.

Él tenía mucha pena, y decía que jamás sería alegre si no cobraba aquel enano; y pensando en esto dábase la mayor priesa que podía no perdiendo de vista la desemejada bestia, que corría muy ligero, y ella se entró por un recuesto¹³¹ donde se asentó para descansar, creyendo que no la vían ni era de nadie sentida, y comenzó a desnudar el enano con sus fuertes y agudas uñas. Cerca de allí estaba una cueva donde ella hacía su habitación. Como el príncipe la vio, apeose de su caballo y fuese donde ella estaba lo más paso y presto que pudo, antes que el enano daño alguno recibiese, y como junto a ella fue, muy presto la tomó por sus largos y crecidos cabellos, dándole con ellos una vuelta a la garganta con tanta fuerza que casi ella perdió el sentido. En este tiempo llegó don Zafir y Vandiano; ya el enano era salido dentre sus brazos. Don Zafir dijo al príncipe:

—¿Cómo la vuestra merced no da la muerte a esa bestia?

Él dijo que no la quería matar, por ser mujer, «sino atarla a un árbol de manera que por algunos días no se pueda soltar». A todos pareció muy bien, y como estaba desacordada, con sus mismos cabellos la ataron a un roble, donde la dejaron estar. El príncipe preguntó al enano qué tal se sentía; él dijo que estaba muy quebrantado, que lo había apretado mucho cuando del palafrén le sacó.

—Pues vos, señor caballero, de la muerte me librastes, de aquí prometo de no me partir de vuestro servicio y compañía.

El príncipe le dijo que hiciese a su voluntad, y diciendo esto se fue a la cueva donde aquella bestia hacía su habitación, y no anduvo mucho cuando vio a

¹²⁹ 1587: ‘Lustramente’ (17v).

¹³⁰ De allí.

¹³¹ Montículo, loma.

Rocaredo en el suelo tendido, y como de tal manera lo vio, cuidó que muerto era, y trabando dél lo sacó arrastrando al campo. Don Zafir y Vandiano le tomaron y le quitaron el yelmo, y como el aire le dio, luego tornó en sí, y abriendo los ojos vio que estaba libre de aquella bestia fiera, y dijo:

—¡Ay señor caballero, por Dios que me deis con quien haya consejo la mi ánima, que soy herido de muerte!

Mucho holgó el príncipe en ver que el caballero estaba vivo, y dijo a don Zafir que luego mirase las heridas que tenía: halláronlo muy mal herido en muchas partes, de tal manera que parecía cosa imposible poder vivir. Sabed que aquella bestia, por lo despedazar, le abrió sus carnes por muchas partes.

El príncipe dijo que quería subir en la cumbre de la montaña, porque allí entendía hallar la Fuente de Pretenda, y si así fuese, con aquella agua sería luego guardado aquel caballero. Don Zafir dijo que quería ir en la su compañía; el príncipe le dijo que fuese a su voluntad, y mandó a Vandiano y al enano que quedasen con Rocaredo y ellos tomaron su camino, y como fueron encima de lo alto miraron a una y a otra parte y vieron una fuente la más hermosa que jamás se vio, cercada de una fresca arboleda. Llegándose junto a ella vieron un salvaje que estaba durmiendo; como el príncipe llegó a tomar del agua el salvaje despertó, y como vio a los caballeros fue prestamente a tocar un cuerno que al cuello tenía, tocándole tan recio que pareció que cien leguas¹³² se oía.

Así como el cuerno sonó, salieron de detrás de una ramada un escuadrón de salvajes con sus bastones en las manos y fuérnone a los caballeros a muy gran priesa. El príncipe como venir los vio, echó mano a su buena espada, y don Zafir ansimismo. Los salvajes juntaron con ellos como canes rabiosos, y daban en ellos mortales golpes. El príncipe andaba tan ligero y dábale tan buena maña, que de cada golpe echaba uno muerto en el suelo; y mirando por don Zafir, viole estar en el suelo y salirle mucha sangre por la boca y oídos de un gran golpe que en la cabeza le dieron, y cuidó que muerto era. Fue tan sañudo de lo ver así, que hería muy de corazón en los salvajes, de tal manera que como no traían armas presto los desbarató, dellos muertos y dellos mal heridos.

Como se viese libre, fue presto a socorrer a don Zafir, que mucho le pesaba de le ver tan mal herido. Estándole quitando el yelmo vio que subía por la montaña un felisteo¹³³ tan grande que espanto ponía a quien le miraba. Venía dando muy grandes voces, pero el príncipe no le entendía cosa alguna; traía unas armas, todas de huesos de animales, solamente de la cinta abajo, por razón que era tan grande que no había ninguno que le alcanzase a herir. Traía en sus manos una grande y pesada maza de hierro con unas agudas púas.

Como el príncipe le vio venir contra sí, cubriose muy bien de su escudo y echó mano a su espada y esperó la ventura que Dios le quisiese dar. El felisteo alzó su maza por le herir en la cabeza, pero no le avino así, que el príncipe era muy ligero y supo bien guardarse dando un salto al través; el felisteo erró el golpe, y antes que levantase la maza del suelo, el príncipe le dio una gran herida en la pierna derecha, de que se sintió el felisteo mucho, porque le había entrado el espada por entre el

¹³² Una legua equivalía a 3 millas; aprox., 4,5 km..

¹³³ Equivalente a ‘jayán’.

armadura y casi le cortó del todo la pierna por la rodilla. Finalmente, de ahí a poco cayó en el suelo dando muy grandes bramidos, y como era tan demasiado grande, alcanzó con el brazo siniestro al príncipe y trájole para sí con tanta fuerza que le quebró las enlazaduras; pero como el príncipe llevaba su espada en la mano y el felisteo no tenía armadura de la cinta arriba, metióselo por los pechos, y fue herido de tal manera que, pasándole el corazón, luego el felisteo se estendió con la rabia de la muerte, y el príncipe quedó libre, dando muchas gracias a Dios por las mercedes que le había hecho en darle victoria contra aquella cosa tan sin razón.

Luego miró por don Zafir y viole que ya se levantaba, y fuese para él, y quitándole el yelmo, viole mal herido en la cabeza, y de allí lo llevó a la fuente y le lavó todas las heridas con aquel agua y fue luego guarido; el príncipe fue muy ledo de verlo sano como de antes estaba. Cogieron un barril de agua de la fuente y a muy gran priesa bajaron de la cumbre por amor de Rocaredo, que mal herido quedaba y se le había ido mucha sangre. Cuando Vandiano los vio venir dábales voces que se apresurasen, que a Rocaredo se le salía el alma. Ellos fueron muy apriesa, y lavaron con el agua sus heridas y luego fue sano como de antes estaba; y como él viese al príncipe y a don Zafir, fue muy espantado, y dijo a Espanil (que así había nombre el enano):

—Dime; ¿quién son estos caballeros.

—No lo sé —dijo Espanil—, sino que a vos y a mí han dado la vida.

Y luego le contó todo lo que oído habéis, de lo cual Rocaredo fue muy espantado. Él se fue a humillar ante el príncipe por le besar las manos, mas él las tiró afuera y le hizo levantar diciéndole:

—Por cierto, yo soy muy ledo de haber venido por estas partes, por haber restaurado la vida a caballero de la Gran Bretaña por lo que yo debo a Lustramante. Y vamos luego de aquí, que nos atiende una doncella que en una fuente dejamos.

E diciendo esto subieron en sus caballos (ca sabed que entretanto que el príncipe subió por el agua Vandiano tomó el caballo de Rocaredo, que andaba suelto por el campo) y fueron su camino. Cuando a la fuente llegaron y los vio Landina, fue demasiado el placer que hubo, por cuanto ella no estaba sin falta de temor, y con mucha alegría recibió al príncipe y a los caballeros y preguntó quién era Rocaredo. Vandiano le contó todo lo que en los Campos Venturosos les había acaecido, y allí descansaron una pieza y luego tomaron su camino para España. Rocaredo se despidió del príncipe diciendo que se quería ir a Constantinopla en busca de Lustramante, y Lindedel le dijo que holgaba de su partida, y que le rogaba que besase las manos al emperador de su parte, y a Lustramante. Espanil dijo a Rocaredo que, si licencia le daba, él se quería quedar en compañía del príncipe Lindedel.

—Licencia yo te la doy, porque me semeja que haces buen trueque.

Despedido que fue Rocaredo del príncipe, tomó su camino para Constantinopla, donde fue recibido de Lustramante con mucha alegría. Besadas las manos al emperador, ante todos los hombres que en el palacio estaban contó las maravillas del príncipe Lindedel, que en el señorío de Liquia había hecho, y la batalla que con Troilo hizo por razón de las armas que sacó del Castillo Velador. Todos fueron espantados de oír tan estraña aventura; el emperador dijo

—Este caballero es el máspreciado que en el mundo nació, y ya pluguiese a Dios que yo lo viese en la mi compañía.

Rocaredo dijo que en viendo al rey Bracamor su padre, luego tenía pensamiento de venirle a servir. Cuando la princesa Cristalina oyó tales nuevas de su caballero fue grande su alegría, y deseaba ya verlo en la corte del emperador su padre.

Dice la historia que estando un día el rey Bracamor hablando en cosas de pasatiempo con sus altos hombres vio entrar mucha gente en la ciudad; queriendo saber qué cosa fuese, envió un doncel de su palacio, y de ahí a poco rato llegó al rey y díjole:

—Señor, aquella gente que entra por el palacio viene en seguimiento de una doncella que, según su traje, debe ser de lueñas tierras. Dice que la vuestra merced sea de darla licencia para entrar.

El rey mandó que entrase, y como ella fue delante, díjole:

—Rey Bracamor, yo vengo aquí de parte del fuerte Vandalión a te desafiar por razón de que el príncipe Lindedel tu hijo mató en Liquia el Gromate Benzahamí su cormano; y asimismo desafía a él, si en la tu corte estuviere.

Acabando de decir esto, el rey dio un sospiro diciendo:

—Pluguiera a Dios que el príncipe fuera en estas partes, que mi corte tuviera más alegría de la que al presente veis. Pero decid a Vandalión que soy contento de hacer batalla con él, que dentro de tres días me hallará en el campo.

La doncella salió del palacio sin le hacer acatamiento alguno; subiendo en su palafrén se fue donde Vandalión estaba y díjole lo que el rey Bracamor le había respondido; él se holgó mucho con la buena respuesta que le traía. Como la doncella fue salida del palacio del rey, luego esta nueva fue a oídos de la reina Pinalba, la cual con mucha pasión se vino donde el rey estaba y díjole:

—Señor, ¿qué nuevas son estas que hoy han venido a nuestro palacio, tan tristes para mí?

Diciendo esto derramaba muchas lágrimas. El rey la conhortó y rogó que no tomase pasión, pues al no se podía hacer; que él esperaba de dar aquel moro el castigo que merecía.

Sabréis que como el príncipe Lindedel y su compañía llegaron en España, que la ciudad donde el rey Bracamor al presente estaba era muy cerca, y viniendo para ella, pasando por una floresta donde Vandalión tenía armadas sus tiendas (el cual había propuesto de no entrar en poblado hasta matar o vencer al rey Bracamor, pues el príncipe su hijo no podía haber), andándose paseando por delante de sus tiendas vio venir al príncipe y a su compañía, y como viese a dos caballeros a guisa de pelear, luego pensó que serían de la corte de rey Bracamor, y preguntándoselo, ellos le respondieron que para qué lo quería saber.

—Porque si dellos sois, os conviene morir mala muerte.

El príncipe fue airado en oírle palabras de tanta soberbia, y luego en su devisa conoció que era moro, y díjole:

—Tú, perro moro, pagarás las palabras que has dicho, si comigo te quieres combatir; y mucho deseo saber la tu venida a esta tierra.

— Yo te la diré, pues lo quieras —dijo Vandalión—. Yo vengo por hacer batalla con el rey Bracamor por no estar en España su hijo el príncipe Lindedel; que si aquí estuviera, juntamente con el rey su padre feneciera sus días.

— Y ¿por qué razón los desamas? —dijo el príncipe.

— Porque mató al Gromate Benzahamí mi cormano; y si él no se viniera tan presto de la tierra del Soldán, yo hubiera tomado la emienda dél. Y por esta razón lo desamo, y jamás seré alegre hasta llevar nuevas de su muerte al rey de Salmatar.

— No le vayan nuevas de la tuya —dijo el príncipe—, que me semeja que estás muy cerca. Y pues has venido con tanto orgullo, dígote que yo tomo la batalla por el rey Bracamor y por el príncipe su hijo.

— ¿Qué sé yo —dijo Vandalión— si el rey lo tendrá por bueno? Y ya que lo tuviese, a mí no me satisface aunque te venciese.

— Pues que por ellos no quieras que haga la batalla —dijo el príncipe—, tómala por mí, porque deseo ver si conforman tus obras con tus soberbiasas palabras.

Vandalión, sin le responder cosa alguna, se entró en su tienda, y desde ahí a pequeño rato salió armado de unas ricas y lucientes armas, y tomando del campo el uno y el otro lo que les convenía, se vinieron tan reciamente a encontrar, que Lindedel perdió una estribera y del gran encuentro quedó algo alterado, pero tuvo lugar de descansar porque Vandalión fue a tierra llevando en su cuerpo un trozo de la lanza, que le pasaba de parte a parte, de tal manera que jamás de allí se levantó.

Estas nuevas fueron luego al rey Bracamor, y cabalgando a gran priesa, él y los altos hombres de su corte fueron a conocer al caballero a quien Dios tan buena ventura había dado. y llegando el rey a la floresta donde estaba el príncipe, luego conoció a Landina, de que fue maravillado, pero no al príncipe ni a don Zafir, aunque tenían las cabezas desarmadas. Cuando Landina vio al rey fue muy alegre y fuese para él muy apriesa; el rey le dijo:

— Landina, ¿qué buena ventura es ésta, hallaros yo en compañía de estos caballeros acordándome de la triste salida que hecistes de mi palacio?

— ¡Ay mi señor —dijo ella—, que quien a vos escusó de hacer batalla con Vandalión me libró a mí del poder del Diablo!

— Agora me decid quién es este tan buen caballero.

Ya el príncipe estaba de hinojos ante el rey.

— El príncipe Lindedel vuestro hijo —dijo ella.

Cuando el rey tal oyó, fue tanta su alegría, que estuvo algún tanto fuera de su acuerdo, y tornando en sí, le tomó entre sus brazos; besándole muchas veces en el rostro, le tuvo una pieza abrazado. Luego llegó don Zafir a besarle las manos.

— Vamos luego de aquí —dijo el rey—, que no quiero gozar solo de tanta alegría sin la reina Pinalba.

Luego subieron en sus caballos, y Landina en su palafrén, y diéronse tanta priesa, que en poco tiempo llegaron al palacio, donde ya la reina estaba esperando con demasiada alegría, por saber que era muerto Vandalión y que el que le mató era el príncipe Lindedel su hijo. Llegando al palacio, la reina salió hasta la puerta, el príncipe se humilló ante ella por le besar las manos; ella lo abrazó, y besándolo en el rostro, le decía, llorando de alegría:

—Hijo mío, bendito sea el día en que tu naciste, pues tanta alegría Dios ha dado en mi corazón con tu vista.

Y dejándole después de gran rato haber gozado dél, tomó a Landina, que mucho la amaba, y preguntola adónde había estado. Luego llegó don Zafir a besar las manos a la reina. Hecho esto, mandó que los desarmasen y les diesen sendos mantos, haciéndolos sentar. Don Zafir comenzó a contar de la manera que habían hallado a Landina en los Campos de Pretenda; asimismo contó delante de los altos hombres de España los grandes hechos en armas del príncipe Lindedel y la batalla que hizo con Troilo, de que fueron muy espantados. También dijo del agua que traía de la Fuente de Pretenda, que jamás se podía acabar teniendo cuidado de echar agua en la vasija que estaba. Todo aquel día pasaron con mucha alegría; así lo hicieron otros muchos en tanto que el príncipe allí se detuvo, entendiendo todos los caballeros españoles en muchos regocijos de justas y torneos por la venida de su príncipe y señor.

Capítulo X

Cómo fue forzado al príncipe Lindedel salir de la corte del rey su padre, y de lo que en aquella salida le sucedió.

ESTANDO el príncipe Lindedel, muy alegre con la vista de sus padres, en muy grandes pasatiempos, a hora de vísperas entró en el palacio del rey un caballero armado salvo las manos y la cabeza; humillándose ante el rey y la reina, les dijo:

—¿Es aquí el príncipe Lindedel?

—Sí —dijo el rey—, que ese que cabe vos está es.

El caballero volvió la cabeza, y como le vio, después de besarle las manos le dijo:

—Serenísimo príncipe, el rey Tinablante de Siria y el rey de Gratamur os envían a saludar como al más estremado caballero en armas de cuantos son nacidos. Están con tanta necesidad, que casi tienen perdidas las vidas y sus señoríos: ruegan os, por lo que debéis a quien sois y a la orden de caballería, que luego salgáis de aquí y los vais a socorrer y ayudar, porque después de Dios tienen puesta su esperanza y remedio en la vuestra merced. Ca sabed que el emperador Natarselo de Trapisonda, estando muy poderoso de tesoros, envió a decir a estos reyes, que junto a su señorío confinan, que tuviesen por bien de darle parias¹³⁴ y llamarse sus vasallos; donde no,¹³⁵ que él no podía hacer otra cosa sino tomarles sus señoríos. Estos reyes no lo quisieron hacer; el emperador fue muy airado, y allegando grandes huestes, hales hecho muy cruel guerra, por manera que ya el reino de Gratamur está por suyo y él está en Siria contra el rey Tinablante, que ha casi perdido toda su tierra. Así que, serenísimo príncipe, veis aquí la gran necesidad

¹³⁴ Tributos.

¹³⁵ Cuando no, y si no.

destos dos reyes: la vuestra merced sea de los ir a favorecer y ayudar, pues nacistes para quitar los tuertos que en el mundo se hacen.

El príncipe le respondió:

—Por cierto, a mí me pesa de ver lo que padecen estos dos tan buenos reyes tan injustamente, y pues al no se puede hacer, sea luego de buena mañana la mi partida.

El caballero le besó las manos por la buena respuesta. Mucho pesó a la reina Pinalba en pensar que tan presto había de ver apartado de sí el príncipe su hijo. Otro día de mañana el príncipe se armó y se fue a despedir de sus padres; ellos le rogaron muy afincadamente que, acabado aquello a que iba, luego se volviese.

—Así será —dijo él— como vuestra alteza lo manda.

Y besándoles las manos se despidió dellos. Don Zafir hizo lo mismo, con el gran deseo que tenía de andar en compañía del príncipe. Subiendo en sus caballos, se fueron con el caballero, y tomando el camino para el reino de Siria, en todo él no les avino cosa que de contar sea. Llegado el príncipe, fue muy bien recibido de los reyes, que tanto deseaban su vista, y dándole cuenta del estrecho en que el emperador de Trapisonda les había puesto, el príncipe se dio tan buena maña, que en espacio de tres meses cobró el reino de Gratamur y tomó mucha parte del imperio de Trapisonda. Finalmente, fue acordado entre el príncipe Lindedel y el emperador Natarselo se diese una batalla campal con tal pacto y convenencia: que si el emperador venciese, que el príncipe le dejase libre toda la tierra que le había tomado, y si fuese vencido por el príncipe, que le dejaría libre todo lo demás que le quedaba del imperio.

Esta convenencia hacía el emperador porque decía que del reino de Tafinis, que era de un su cuñado, le eran venidas de refresco grandes compañías de gente, y él sabía bien que el príncipe había perdido mucha de la suya, y tuvo pensamiento que con esta batalla¹³⁶ cobraría todo lo que había perdido; pero no le acaeció así, porque le fue la Fortuna contraria y fue vencido todo su ejército, pero él fue muerto por la mano del príncipe Lindedel. Acabada la batalla, luego fue el príncipe siguiendo su victoria; tomó todas las fuerzas¹³⁷ del imperio y puso en ellas personas de mucha confianza. Esto hecho, fuéreronse a la gran ciudad de Tebes, donde reposaron el trabajo pasado.

Los reyes de Gratamur y de Siria daban muchas gracias a Dios por la victoria que les había dado; loaban mucho el saber del sabio Doroteo, porque él fue quien les hizo enviar en busca del príncipe y les certificó que si no fuese por su mano jamás se verían restituidos sus señoríos. Y andándose paseando y hablando en lo que más les agradaba, entraron los altos hombres del imperio y humilláronse ante el príncipe y dijeronle que la su merced fuese otro dio a recibir la corona del imperio, y así, luego otro día siguiente le eligieron por emperador de Trapisonda, haciéndose todas las ceremonias que para tal acto se requerían, y juntamente muy grandes fiestas y llamándose bienandantes en tener señor que de todo el mundo era temido.

¹³⁶ 1587: ‘batallaa’ (20r).

¹³⁷ Fortalezas.

Estas nuevas del nuevo emperador se divulgaron por toda la cristiandad. Luego el Fuerte Dorante y don Velarte y el príncipe Lustramante lo supieron, y partieron a gran prisa a Trapisonda y fueron muy bien recibidos del emperador Lindedel, donde estuvieron con mucha alegría algún tiempo. Un día, a hora de prima, entró por el palacio el sabio Doroteo y Grineldo el Bastardo, que con él había encontrado en el camino. Grande fue el alegría del emperador cuando vio a Doroteo, que lo deseaba mucho ver. Como el sabio le vio, le besó las manos; él le dijo:

—Amigo Doroteo, yo doy muchas gracias a Dios de verme en tiempo de poderos gratificar parte de lo mucho que os debo: ya yo sé que por vuestra gran saber tengo este estado.

El emperador le hizo grandes mercedes, y asimismo a don Zafir de Marbella y a Grineldo. Desta manera estuvieron en muchas fiestas y regocijos, pero todo no daba contento al emperador en se ver en parte donde no podía ver a su señora la princesa Cristalina; así que, no teniendo reposo su corazón, acordó de enviar al emperador Escanio a pedir a la princesa para que dél y del imperio fuese señora. Fueron por embajadores el Fuerte Dorante y don Velarte de Inglaterra; llegados en Constantinopla, el emperador los mandó luego aposentar, y como oyó su embajada fue muy alegre, y dijoles:

—Por cierto, si el emperador Lindedel me pidiera mi hija siendo caballero andante me tuviera por muy honrado de se la dar, sabiendo como sé su alta caballería, cuanto más siendo emperador de Trapisonda.

—Pues que así es —dijo Dorante—, luego el emperador sabiendo vuestra voluntad será aquí.

A gran prisa le enviaron un caballero avisándole de lo que el emperador Escanio les respondió. Sabido por el emperador Lindedel, fue muy alegre, y luego aparejó su partida como a su estado convenía. Estando ya para se partir, entró a él Vandiano y rogole que antes de la su partida le diese orden de caballería.

—Eso haré yo de grado —dijo el emperador—, que en ti será bien empleada. Vela esta noche las armas:¹³⁸ de buena mañana serás caballero.

Así fue hecho. Acabando el emperador de oír misa, dio a Vandiano su escudero la orden de caballería. A la sazón entraron en la capilla dos caballeros armados, y besándole las manos le dijeron que el rey de Trebencia, vasallo suyo, se le había rebelado; él les dijo

—No tengáis pena, que él será bien castigado en breve.

Lustramante pidió al emperador que le diese licencia para ir a Trebencia con la gente que allá enviase. Vandiano se humilló ante el emperador y le rogó lo mismo, y luego se partieron con la más gente que llevar pudieron, por manera que el de Trebencia fue muerto en la batalla por no querer dar la obediencia al emperador Lindedel. De Vandiano os digo que él hizo maravillas; contóselas Lustramante al emperador; él le dijo, poniéndole la mano sobre el hombro:

—Amigo Vandiano, por los grandes servicios que de ti he rescebido te hago señor del reino de Trebencia.

Vandiano le besó las manos, y Lustramante dijo al emperador:

¹³⁸ El aspirante debía pasar a noche en vela orando junto a sus armas.

—Por cierto, señor, ello es muy bien empleado en tan buen caballero como Vandiano.

Luego fue el mandado del emperador a los principales del reino que tomasen por su rey y señor a Vandiano; ellos no osaron hacer otra cosa, así que le dieron la corona de rey. Andando el tiempo fue de todos muy amado, ca era muy bueno; y pacificado que hubo su reino, luego se vino a la corte del emperador, de quien fue muy bien recibido; y como para la su partida estuviese aparejado, tomó su camino para Constantinopla llevando en su compañía al rey de Gratamur y al de Siria, y a Lustramante y al rey Vandiano, con el sabio Doroteo, que mucho se holgaba con él.

Capítulo XI

Cómo el emperador y su compañía llegaron a Constantinopla, y de cómo tomó por mujer a la princesa Cristalina.

GRAN recibimiento fue hecho al emperador Lindedel cuando llegó a Constantinopla, a quien con mucha alegría estaban esperando. Otro día después de haber llegado, el emperador fue desposado con la princesa Cristalina, y también lo fue Lustramante con la infanta Greceida, hermana de Dorante de Macedonia, que poco tiempo había que era venida a la corte del emperador; don Velarte, con la graciosa infanta Serinda, hija del rey de Bohemia, cormana del emperador Lindedel. De ahí a pocos días se celebraron las bodas. Por la venida del rey Bracamor y de la reina Pinalba fueron hechos grandes regocijos de cosas de placer que la sabia Membrina, que a los casamientos vino, y el sabio Doroteo hicieron. Detúvose el emperador Lindedel en Constantinopla hasta que la emperatriz Cristalina, que preñada estaba, pariese. Cuando el tiempo fue llegado, parió un hijo, cuyo nombre fue don Cristalián de España, el cual quedó a criar en Constantinopla en poder de sus abuelos.

Agora sabed que estando todos estos señores en el palacio del emperador Escanio entró en la sala una doncella ricamente guarnida; ella preguntó por el emperador Lindedel; luego se le mostraron; humillando se ante él, le dio una carta de creencia;¹³⁹ como el emperador la leyó, dijo a la doncella:

—Agora podéis decir a lo que sois venida.

—Poderoso emperador de Trapisonda —dijo ella—, la princesa Agolandria mi señora manda por mí besar vuestras reales manos, y háceos saber cómo luego que salistes de aquellas tierras, el Soldán de Liquia su padre murió. Ella tiene mucha voluntad de tornarse cristiana, y asimismo de hacer convertir toda su tierra. Háceos saber que está cerca de la gran ciudad de Constantinopla para efectuar lo que dicho tengo.

Estrañamente fue ledo el emperador Lindedel en oír tales nuevas, y así lo fueron todos los que en el palacio estaban, y a gran priesa salió el emperador,

¹³⁹ De autorización del emisor para tratar algún asunto en su representación.

acompañando de sus altos hombres, a recibir a la princesa. Cuando llegó, ella se le humilló, el emperador la tomó por las manos y le hizo el recebimiento que a su estado convenía, y llegado que fue al palacio, las dos emperatrices le hicieron grande acatamiento, y asimismo las dos princesas Greceida y Serinda se holgaron mucho y se maravillaron de su estraña apostura, aunque venía vestida de paños de duelo por la muerte de su padre. Luego ante todas cosas¹⁴⁰ dijo que la su voluntad era de vivir y morir en la fe de Jesucristo, que le diesen agua de baptismo. Entonces llamaron a un arzobispo, y aparejando las cosas necesarias fue cumplido su buen deseo, dando gracias a Dios que a conocimiento de su sancta fe le había traído.

Esto hecho, la emperatriz Cristalina le mandó dar muy ricas y preciadas ropas, por que dejase los paños de duelo. Acrecentó tanto su hermosura después de vestida, que si no era la emperatriz, en todo el palacio no había otra que se le igualase. El Fuerte Dorante fue muy pagado della, y rogó al emperador Lindedel que, pues era en su mano, hiciese de manera que la princesa Agolandria le recibiese por su caballero; el emperador fue muy ledo en oír a Dorante, porque deseaba todo bien a la princesa Agolandria, y de ahí a pocos días el emperador lo habló a la princesa: ella dijo que haría su mandado, y en breve tiempo se velaron.¹⁴¹

Esto hecho, el rey Bracamor y la reina Pinalba se despidieron del emperador Escanio y de la emperatriz diciendo que ya era tiempo de irse a España, y lo mismo hicieron del emperador su hijo y de la emperatriz Cristalina y de todos los demás. Tomando su camino para España, llegaron en breve tiempo, sin hallar impedimento en el camino, donde fueron muy bien recibidos de los de su reino. Luego que el rey Bracamor fue partido, el emperador Lindedel aparejó su partida para Trapisonda, en cuya compañía fueron todos aquellos príncipes y princesas, y despidiéndose del emperador Escanio y de la emperatriz, ella tomó su hija entre sus brazos; derramando muchas lágrimas la besaba en el rostro encomendándola a Dios. El emperador Lindedel dijo:

— Mi señora, no hay de qué tomar tristeza, pues queda en Constantinopla don Cristalián.

Y así, se despidieron del emperador y emperatriz, el sabio Doroteo y la sabia Membrina¹⁴² y el rey Vandiano. Así, salieron de Constantinopla con mucha alegría y tomaron su camino para el imperio de Trapisonda, y en todo él no les avino cosa que se lo estorbase, y cuando allá llegaron fuéreronles hechos grandes recebimientos, y los del imperio fueron muy pagados de la gran hermosura de la emperatriz Cristalina. Muchos días pasaron que no se entendía en otra cosa sino en fiestas y regocijos.

En este tiempo el emperador Lindedel tenía mucha memoria de Flenisa,¹⁴³ y pensó en su corazón de la casar con el rey de Gratamur, que era caballero mancebo y de buena gracia; Flenisa asimismo era de gentil apostura, y andándose un día el emperador paseando con el rey de Gratamur le dijo su pensamiento; el rey le respondió que no le podía hacer a él mayor merced que tomar mujer por la su

¹⁴⁰ Antes que nada.

¹⁴¹ Casaron.

¹⁴² 1587: 'Bembrina' (21r).

¹⁴³ 1587: 'Flnisa' (21r).

mano, y cuando su majestad mandase estaba aparejado para cumplir su mandado. El emperador le dio las gracias por la buena respuesta que le daba, y luego hizo que los desposasen,¹⁴⁴ y de ahí a poco se velaron. Y desta manera fue pagada Flenisa del servicio que al emperador había hecho, aunque ella era merecedora de todo, por ser de todas partes de sangre real. El rey Vandiano fue casado con Damasia, doncella muy graciosa de la emperatriz.

Hechos todos estos casamientos, todos aquellos príncipes pidieron licencia para se ir a sus tierras. Aunque al emperador y emperatriz les pesó, viendo que al no se podía hacer, tuviéronlo por bien, y así, cada uno tomó el camino para su tierra, donde fueron muy bien recibidos. Como aquellos príncipes fueron partidos de la ciudad de Triópola, donde a la sazón estaba el emperador, el sabio Doroteo y la sabia Membrina se despidieron del emperador y emperatriz; antes de su partida les hicieron grandes mercedes, y con esto fueron muy contentos cada uno para su tierra. Membrina fue muy bien recibida en la Ínsula de las Maravillas y dio a Briamantel las saludes del emperador su criado, que muy maltrecho estaba en el lecho, diciéndole que el emperador tenía dél mucha memoria.

Así, quedaron el emperador y emperatriz muy contentos de su señorío, y la emperatriz se hizo preñada, y venido el tiempo de su parto, parió un hijo, no menos hermoso que don Cristalián, al cual llamaron Lucescanio. Con el nacimiento deste infante fueron hechas en el imperio grandes alegrías, y estando todos con mucho placer llegó Espanil el enano muy quejoso, diciendo que a todos había hecho grandes mercedes y dél no había tenido memoria; el emperador le dijo:

—Espanil, tú tienes mucha razón.

Y luego le hizo merced de la Ínsula del Mar. Grande fue el alegría que Espanil tuvo en verse tan gran señor, y besando las manos al emperador y emperatriz se partió para ella y fue recibido luego por señor de los de la ínsula,¹⁴⁵ y de ahí a pocos días se casó con una gentil doncella y vivió allí muy descansadamente.

¹⁴⁴ Contrajesen esponsales, se diesen palabra de matrimonio.

¹⁴⁵ 1587: 'India' (21v).

Capítulo XII

De cómo la emperatriz Cristalina fue robada, y asimismo el infante Lucescanio su hijo, y de lo que el emperador sintió.

ASÍ como la mudable Fortuna, de su propia condición sea no tener las cosas siempre en un ser, antes usando de su oficio (que, entre otros que tiene, es dar pesar a los que viven en alegría, y a los tristes, a las veces alegrarlos dándoles prosperidad, y a los que la tienen, quitársela), así, habiendo puesto en la cumbre de su rueda a este valeroso emperador Lindedel, quiso tan presto mudarle de la alegre y sabrosa vida que tenía.

Dice la historia que el emperador Lindedel y emperatriz Cristalina se fueron a una hermosa floresta a tener parte del verano, por los muchos calores que en Trapisonda hacía; en medio della estaba un hermoso castillo, que llamaban de la Torre Blanca. Aquella torre estaba cercada de finiestras, y poniéndose la emperatriz a una dellas dijo al emperador que holgaba mucho de estar allí la mayor parte del verano; el emperador la respondió que todo el tiempo que ella quisiese lo tendría él por bien, y así, estuvieron tres meses en aquella fresca y deleitosa morada, yéndose los más días a caza, llevando muchas veces consigo a la emperatriz por la dar placer.

Estando un día el emperador en aquel castillo con sus altos hombres, concertaron de irse a volar una garza, y después de idos, la emperatriz dijo a sus doncellas que quería irse a una fresca fuente que allí cerca, dentro de la floresta, estaba, porque hacía mucha calor. Luego se aparejó la ida, y la emperatriz dijo al ama que llevase consigo al infante Lucescanio, y así, se fueron a la fuente, junto a la cual tendieron un paño de oro en que la emperatriz se sentó y allí estuvo gozando de mucha frescura. De ahí a poco rato la emperatriz pidió al ama que le diese el infante; ella se lo puso en los brazos, la emperatriz comenzó a jugar con él.

Estando desta manera vieron que súbitamente se escurecía el cielo, y comenzaron tantos truenos y relámpagos, que cuantos lo oyeron cayeron sin sentido en el suelo. La emperatriz se abrazó con su hijo y su ama (que cerca della estaba); así se estuvieron por una pieza. Como los truenos y relámpagos siempre duraban, oiréis una gran maravilla: que comenzó a caer mucha agua, y juntamente con ella centellas de fuego muy espesas. Todo esto cayó sobre las dueñas y doncellas que en compañía de la emperatriz habían venido, no tocando a la emperatriz ni al infante ni a su ama. Visto por las dueñas y doncellas esto, y que se quemaban, no tuvieron otro remedio sino irse huyendo de la fuente adonde no las tocaba el fuego. Ellas miraban a la emperatriz y al infante y a su ama, y víanlas cercadas de fuego. De ahí a poco tiempo vieron que bajó una nube del cielo que repentinamente los arrebató, y tornándose a subir, de ahí a poco rato la perdieron de vista, y cuando esto acaeció era tarde.

Las dueñas y doncellas no sabiendo qué se hacer, acordaron de se volver al castillo, y apenas fueron llegadas cuando el emperador vino de su caza, y como le vieron venir, salieron a recibir con un llanto muy doloroso, mesándose sus cabellos. El emperador fue muy turbado en las ver; preguntóles que por qué hacían aquel

gran duelo; ellas le dijeron que por la pérdida de la emperatriz y infante, y contáronle de la manera que habéis oído que acaeció, de que todos quedaron espantados.

El emperador, como era tan valeroso y de tanto animo que jamás en su persona mostró punto de flaquezza, aunque en su corazón sentía grave dolor en verse apartado de la cosa del mundo que él más amaba, dijo ante sus altos hombres que él no podía entrar en el castillo, sino que desde allí se quería ir por el mundo en busca de la emperatriz y infante; y si su ventura fuese tan contraria que hallar no la pudiese, que él entendía de fenecer sus días en aquella demanda. Luego se armó, y subiendo en su caballo se despidió de sus caballeros encomendándoles la gobernación del imperio, y ellos se despidieron dél con muy grandes llantos. Así, se partió el emperador, llevando en su compañía a Grineldo el Bastardo y a Rocaredo de la Barba Partida y al rey Vandiano y algunos caballeros de Trapisonda, e tomaron su camino por donde la ventura los quisiese guiar. Todos los caballeros y dueñas y doncellas se fueron a la ciudad de Trapisonda haciendo muy grande llanto; cuando los de la ciudad lo oyeron y entendieron, asimismo daban voces por la pérdida de su señora la emperatriz Cristalina.

Dice la historia que aquellas tan tristes y dolorosas nuevas se divulgaron por el mundo, y que luego se pusieron en aquella demanda el Fuerte Dorante y don Velarte y el buen caballero Lustramante, y de Constantinopla fueron muchos caballeros, y asimismo de España, porque en todas estas partes tenían mucho sentimiento de tan gran pérdida, y todos prometieron de no volver a sus tierras hasta saber nuevas ciertas de la emperatriz. Yendo el emperador como oido habéis, acompañado de muchos pensamientos, acordose de ir a la Ínsula de las Maravillas, por que creía que aquel hecho no le sería encubierto a la sabia Membrina, y con esta determinación se dio muy gran priesa en el camino.

En todo él no le avino cosa que se lo estorbase, y aunque le aviniera, él llevaba pensamiento de no se detener. E como llegase ya cerca de la ínsula, antes que en ella entrase vio venir por el mismo camino un día a hora de prima una doncella en un palafrén, cubierta de paños de duelo y un antifaz asimismo negro en el rostro, acompañada de otras cinco doncellas vestidas de lo mismo. El emperador las estuvo mirando, y pareciéndole venir a su propósito, decía:

—¡Ay doncellas, cómo venís todas vestidas de la librea¹⁴⁶ que mi triste corazón está! Mi ánima huelga con la vuestra vista.

Y asimismo todo el camino por donde el emperador Lindedel iba era cercado de una muy espesa y hermosa arboleda, y como era de mañana, había muchas y diversas aves que en aquel tan hermoso lugar hacían su habitación. El emperador que mirándolas iba, las lágrimas le vinieron a los ojos sin las poder resistir, y dando un muy triste sospiro, comenzó a decir contra las aves, que en su dulce canto estaban:

—¡Oh, cuán triste y doloroso me es a mí, sin ventura y sin alegría, vuestro dulce canto! ¡Oh frescas verduras, cómo dais tanta fatiga a mi triste corazón siendo guarnidas de tanta esperanza, y yo tan sin ella que jamás pienso cobrar lo que perdí!

¹⁴⁶ Uniforme.

Y calló, que por entonces no dijo más, dando tan grandes sospiros, que a quien los oía le parecía abrírsele el corazón por muchas partes. Yendo desta manera llegaron junto al emperador las doncellas que por el camino venían; una dellas alzó su antifaz y dijo:

—No menos tristeza, serenísimo emperador, y gran sentimiento he tenido y tengo yo de vuestra gran pérdida que vuestra real persona muestra tener; pero como de las cosas que Dios tiene ordenadas nadie puede huir, ni podemos decir mal hechas son, pues su Divina Majestad dello es servido, debemos conformarnos con su voluntad.

Así como aquella doncella se descubrió el rostro y comenzó a hablar, luego el emperador conoció ser la sabia Membrina, y con su vista ya quanto¹⁴⁷ fue conhortado, y díjole:

—Amiga, ¿qué os parece cómo yo no fui merecedor de más bien que al presente tengo? Consuélome con que mis días serán muy pocos viéndome sin la cosa del mundo que yo más amaba.

—Mi señor —dijo Membrina—, vamos a la mi ínsula y descansará vuestra majestad del trabajo pasado que en el largo camino ha tomado: allí yo diré lo que sobre este caso se pudiere hacer.

El emperador le dijo:

—Mi buena amiga, aquí me lo podéis decir, por cuanto yo tengo hecho juramento de no entrar jamás en poblado hasta que cobre lo que perdí.

Desto pesó mucho a Membrina, y díjole:

—Pues que así es, apeémonos aquí, a la sombra desta arboleda.

—Así sea —dijo el emperador.

Y luego dejaron los caballos y el emperador se sentó, y Membrina asimismo; los otros caballeros se estuvieron en pie esperando lo que Membrina quería decir, la cual habló en esta manera:

—Cristianísimo emperador Lindedel, cuando la excelente emperatriz Cristalina fue robada yo fui dello sabidora; he hallado en mis artes que vós, mi señor, no curéis de fatigar vuestra real persona en esta demanda, porque a otro y no a vós es otorgado este hecho; y si queréis saber a quién, bien os lo puedo decir, que es aquel valeroso príncipe don Cristalián vuestro hijo.

Esto dijo Membrina alto, que todos lo oyeron. Cuando el emperador esto oyó, sintió tal dolor en su corazón, que, cayendo sin sentido, todos cuidaron que muerto era. Membrina le tomó la cabeza en sus manos; el rey Vandiano fue muy presto a una fuente que en aquellas partes estaba, y trayendo del agua, se la echaron en el rostro, y a poca de hora el emperador tornó en su acuerdo diciendo palabras de mucho dolor, de tal manera que a todos hacía llorar, y no había ahí tal que palabra de conhorte le pudiese decir: tanta era la tristeza que ellos tenían. Una pieza pasada, Membrina se esforzó a le hablar, y díjole:

—Mi señor, agora es tiempo de mostrar la grandeza de vuestra real sangre, y sé que vuestro corazón jamás de nadie fue vencido. Hay necesidad que agora más que nunca se esfuerce a sufrir, pues al no puede ser.

¹⁴⁷ Un tanto, algo.

Como el emperador esto oyó, dando muy fuertes gemidos de dolor, y todos sus caballeros asimismo, de lo ver con tanta pena, se despidieron de Membrina. Ella le rogaba muy afincadamente y con mucha voluntad se volviese a Trapisonda y que allí aguardase la ventura que Dios le quisiese dar; y si esto no quisiese hacer, que allí en la su ínsula se podía quedar y se le haría allí todo servicio, que era tierra de mucha caza y que pasaría su pena allí mucho mejor que en otra parte. El emperador le agradeció mucho su buena voluntad, y le dijo que no era menester, porque para él ya no era descanso ninguno, y que jamás esperaba tener a la emperatriz. Pues tan largo tiempo había de estar sin ver a quien tanto amaba, antes estaba determinado de se ir adonde gentes no viese, porque allí sus días feneraría muy presto, según las grandes angustias su corazón sentía.

Membrina punó mucho de lo apartar de aquel camino, y asimismo aquellos caballeros, pero no le pudieron mudar su propósito. Así, se despidió della y se fue su camino sin más poder hablar, y Membrina se volvió a su ínsula, no sin lágrimas de ver ir tal al emperador. Como él se partió de la sabia Membrina, anduvo cuanto tres millas sin que a ninguno de los que con él iban pudiese hablar palabra. Pasando este tiempo, dijo:

—Mis buenos amigos, yo os agradezco mucho el afán que en la mi compañía habéis tomado, y pues me veis en tiempo que no puedo gratificaros lo mucho que por mí habéis hecho, yo os ruego que cada uno de vos se vuelva a su tierra, que yo solo me quiero ir adonde la ventura guiar me quisiere, no llevando comigo sino al rey Vandiano. Y esto es mi voluntad y nadie no me diga al contrario, que no sería bastante de me lo estorbar. Y la vuestra partida sea luego.

Como aquellos caballeros vieron la voluntad determinada y mandado del emperador, no osaron al hacer, sino luego se despidieron dél haciendo tan gran sentimiento como si muerto le tuvieran.

Así como el emperador Lindedel de aquellos caballeros que consigo llevaba se partió, tomó el camino del reino de Organia, porque allí le pareció que menos que en otra parte sería conocido, y diose tanta priesa a andar con el deseo que de verse solo tenía, que en pocos días, aunque el camino era largo, llegó adonde deseaba, y anduvo mirando por un cabo y por otro, a una y a otra parte, sin entrar en ningún poblado, hasta que Dios le guio a una cabaña de pastores, y como a ellos llegó, el emperador les dijo:

—Amigos, que hayáis buena ventura, ¿sabriádes me decir si hay por estas partes alguna montaña que esté apartada de toda buena conversación? Porque lo que yo ando agora a buscar, en las semejantes partes se puede hallar.

Los pastores le respondieron:

—Si vos, caballero, eso andáis a buscar, sabed, señor, que diez millas de aquí están unas montañas las más espantosas que pensar se pueden, por razón de la su gran espesura, especialmente a una parte que se llama la Triste Montaña, que no es hoy hombre nacido que se acuerde haber visto nadie en ella entrado que salir le viesen; y por esta causa tiene otro nombre, que se llama la Montaña Vedada, porque el rey de Organia ha puesto pena de muerte a cualquiera que en ella emprendiere a entrar. Por tanto, si a ella quisieredes ir, yo sé que hallaréis lo que vais a buscar, pero ha de ser con las condiciones que dicho tengo.

El emperador fue tan ledo de oír aquellas nuevas, que en aquel tiempo no le pudiera venir cosa que más alegre le hiciera, y dándoles muchas gracias se despidió dellos y se fue su camino para la Montaña Vedada; y así como a ella llegó, vio tanta espesura de árboles, que le pareció cosa imposible poder entrar dentro, y apeándose de su caballo, dijo al rey Vandiano:

—Amigo, tú me dejas en aquella parte que mi corazón más descanso terná; puédeste volver a tu tierra, porque no es razón que tan presto quede sin señor. Una cosa te ruego que por mí hagas, y esto por la crianza que en ti he hecho: que nadie sepa de ti adónde yo hago mi triste morada.

Cuando Vandiano así oyó hablar al emperador, con la tristeza grande que tenía de ver lo que el emperador de sí determinaba de hacer, cubriéndosele el corazón dio consigo en el suelo. El emperador que tal le vio, muy presto le tomó la cabeza entre sus manos, y decía, mirando el rostro del rey Vandiano (que muerto parecía):

—¡Ay captivo! ¿Y cómo vivo yo cuando éste, pensando en la mi desastrada suerte, tal dolor sintió?

Alzó los ojos al cielo y comenzó a decir:

—¡Oh soberano Dios! Y ¿cómo permites que yo viva para con la vida pasar mil veces por la muerte? ¡Oh muerte, y cuán sabrosa es a mí la tu membranza! Yo espero que de ti ha de venir el remedio de todas mis angustias pasadas y por venir. ¡Ay de mí! ¿Qué estoy aguardando, que no sé cuándo Dios terná por bien de haber piedad de mí? Yo tengo creído que será tarde, según los mis grandes pecados.

Estando el emperador haciendo su triste llanto volvió el rey Vandiano del desmayo que tenía, y como el emperador le vio en sí tornado, díjole:

—Amigo Vandiano, ¿qué dolor has sentido, que así has mudado la color de tu rostro?

—Siento la muerte —dijo el rey Vandiano— viendo a vuestra real persona puesta en tanta necesidad. ¡Que para tan gran mal en esta vida no haya remedio si Dios por la su merced no lo envía!

Diciendo esto derramaba infinitas lágrimas por su rostro. El emperador hacía lo mismo, por manera que estuvo una pieza que no le pudo hablar; pero al fin le dijo:

—Amigo, mucho te ruego que no me des más pena de la que yo me tengo, sino que luego hagas lo que yo te mando.

El rey Vandiano le respondió:

—Eso no haré yo, aunque vaya contra lo que debo en cuanto no hacer vuestro mandado; que nunca Dios quiera que en tanta necesidad yo a vuestra majestad deje, sino que adonde la vuestra muerte fuere, los mis días han de fenecer.

—Pues que tú así loquieres —dijo el emperador—, sígueme, que yo no me puedo más detener.

Y así, se levantó y dijo a Vandiano que quitase los frenos a los caballos, por que de hambre no pereciesen, pues que en ellos no podían ir. Vandiano hizo su mandado, y así como los caballos fueron sueltos el emperador se entró por la montaña, y el rey Vandiano con él, y no anduvieron mucho cuando el rey Vandiano se sintió herir en los pechos, a manera como si un hombre que mucha fuerza tuviera con las manos, de la montaña le quisiera echar, sin ver persona

alguna; y como Vandiano esto vio, dijo al emperador (que algo se había adelantado no se pudiendo él mudar):

—¡Atended señor, atended, que grandes maravillas hay en esta montaña! Mirad cómo me quieren echar fuera y no veo quién.

El emperador volvió la cabeza y no vio a nadie, y dijo:

—Yo ninguna cosa veo.

El rey Vandiano, que de gran corazón era, dijo:

—Dios no me ayude si yo no hiciere todo mi poder para pasar adelante.

En esto él puso todas sus fuerzas, y no las hubo puesto cuando repentinamente a vista del emperador le asieron por los cabellos llevándolo así colgado, que los pies al suelo no llegaban. El emperador, que así lo vio ir, recibió mucha pena, pero bien vio que allí su ayuda no aprovecharía, por cuanto aquello era hecho por arte, y por tanto, no trabajó de le socorrer. Estando el emperador así como oído habéis, mirando a Vandiano, fue echado fuera de la montaña, y tornando a mirar, no la vio, antes le pareció estar en una fragosa sierra. Vandiano dijo:

—¡Grandes cosas son las que Dios tiene por bien de mostrar en los hechos del emperador! Pues yo fío en su imensa majestad, que siempre en todas sus cosas le ha favorecido, que en esta que tanto le va, por su divina clemencia no será desamparado.

Y así, estuvo este rey pensando por una pieza, no sabiendo qué hacer de sí. A la fin, acordó de se volver, no sin muchas lágrimas, viendo que estando allí poca pro traía al servicio del emperador; y miró a una y a otra parte a ver si vería los caballos, y no los pudo ver. Así, con la tristeza que podéis pensar se anduvo por aquellos campos en busca de sus caballos, y no los pudiendo ver, estaba muy fatigado. A esta hora se le apareció en medio de un camino un niño, de tan tierna edad, que al parecer de quien lo miraba no había sino tres años. El niño le dijo:

—Caballero, ¿qué ventura os ha traído por estas partes?

El rey Vandiano, que en el niño paró mientes, fue muy maravillado de lo ver, ca tenía ricas vestiduras, y díjole:

—Niño pequeño, por estas partes me trujo mi desventura, y otra cosa no te sabré decir.

—Ni yo quiero que vós me la digáis —dijo el niño—, ca yo sé más de la vuestra hacienda que vós mismo podéis saber.

Como Vandiano lo vio hablar tan sesudamente fue muy espantado, y díjole:

—Niño hermoso y de tierna edad, pues en ti puso Dios tanto saber, agora me di, si te pluguiere, cómo en estas partes hay cosas tan estrañas.

Luego le contó lo que le había acaecido cuando el emperador entró en la Montaña Vedada; el niño se rio y le dijo:

—Amigo, no os tiene pro saber más de lo que visto habéis; pero porque me parecéis buen caballero, y asimismo he conocido de vos tener mucha voluntad de las cosas que tocan al servicio del emperador Lindedel, decir os he lo que bien os está. Hallaréis los caballos que a buscar andáis allí, detrás de aquel recuesto. Como los halláredes, tomad el camino del imperio de Constantinopla, y diréis al emperador Escanio que porque yo sé que él es uno de los más valerosos príncipes de todo el mundo, yo le deseo mucho servir. Y si la libertad quisiere de la emperatriz Cristalina su hija, y asimismo la del emperador Lindedel, que por tan

perdido lo deben tener como a la emperatriz, que siendo el príncipe don Cristalián, que en su poder tiene, de edad de catorce años, que al presente es de tres, que luego lo dé a quien por él enviare para lo armar caballero, porque lo ha de ser de la mano del Caballero Encubierto. El principio de su caballería será tan alto cual nunca caballero hizo, y por la su mano, y no de otro, el emperador Lindedel y emperatriz Cristalina serán restituidos en su libertad; y que esto le envío a decir por que nadie no pierda tiempo ni se trabaje en los buscar, que su afán se sería perdido. Y con esto vos podéis ir.

El rey Vandiano le rogó muy afincadamente que le dijese quién era, que lo mucho deseaba saber.

—Caballero —dijo el niño—, a vos no os conviene saber lo que me demandáis.

Diciendo esto, de improviso el niño se le desapareció. El rey quedó muy espantado de las grandes cosas que visto había, y luego fue donde los caballos estaban, y echándoles los frenos (que en los arzones de las sillas habían dejado) subió en su caballo, llevando el del emperador de diestro, y tomó su camino para el imperio de Constantinopla.

Como el rey Vandiano salió de la Montaña Vedada el emperador se volvió por el camino primero que llevaba, y no anduvo mucho cuando vio venir una dueña asaz vieja, de grandeza de un jayán, con una vestidura negra larga. El emperador se fue para ella y la saludó muy cortésmente; ella se le humilló haciéndole gran acatamiento queriéndole besar las manos; el emperador las quitó afuera y le dijo:

—Buena amiga, si os pluguiere, decidme quién sois.

La jayana no le respondió cosa alguna, antes le hizo su acatamiento, y así, pasó adelante. El emperador la estuvo mirando, y dijo:

—¡Cosas extrañas son las que en esta montaña he visto!

Y fuese su camino, y a poca de hora vio un jayán tan desemejado como nunca viera. Él se vino al emperador, y hincando los hinojos ante él quísole besar las manos, y el emperador no se lo consintió, antes le hizo levantar. El emperador se maravilló mucho del buen tratamiento que los jayanes le hacían, y dijo:

—Amigo, yo os agradezco la buena voluntad que de vos, y asimesmo de una dueña que va adelante, que entiendo debe ser de vuestra compañía, he recibido.

El jayán, sin le responder, le tomó por la mano y se entró por lo más espeso de la montaña, y era tanta la espesura, que no podían andar, si no fuera por una gran cochilla que el jayán en sus manos llevaba y con ella iba cortando las ramas por hacer lugar para ir adelante. Y así anduvieron gran parte del día, hasta llegar a una arboleda adonde vieron muchas y diversas aves estar en las ramas de los árboles echadas, por manera que en sí mostraban tener mucha tristeza. El emperador las miraba, y viéndolas de aquella manera, las lágrimas le venían a los ojos; y andando más adelante, vieron una muy rica tienda colgada de paños de oro, en medio de la cual estaba un muy rico dosel y debajo una silla, y en ella un rey asentado con vestidos de duelo, y en su cabeza tenía una rica corona y en las manos un libro abierto de crecido volumen; tenía los ojos bajos, a manera de estar leyendo. El emperador le estuvo mirando para le conocer, mas semejole jamás le haber visto. Volvióse al jayán y preguntóle quién era aquel rey; el jayán no le respondió. Como aquello vio, calló, que no le preguntó más.

Pasando más adelante oyeron un ruido muy grande, que casi no se podía sufrir, mientras más adelante iban más se oía. Luego el jayán comenzó andar a más prisa, y en este tiempo era el ruido tan grande, que quien le oía no sabía si estaba en cielo o en tierra; y así anduvieron hasta que llegaron a vista de unos grandes palacios estrañamente labrados. Las puertas tenían de oro y plata y cobre y hierro; finalmente, eran de todo metal. Estaban hechas por tal arte, que jamás cesaban de abrir y cerrar, y estas eran las que hacían el gran ruido que oído habéis. De fuera, junto a ellas, estaba un muy fiero león que todas las veces que las puertas se abrían pugnaba por entrar dentro; ellas se cerraban tan presto que su afán era en vano. Por las partes de dentro se parecía un grande y temeroso toro que asimismo cuando las puertas se abrían pugnaba por salir y no podía: semejaba, al que mirándolos estaba, que el uno y el otro tenían muy grande enemistad. El emperador los estuvo mirando una pieza.

A la mano derecha del palacio estaba un padrón¹⁴⁸ de mármol y una imagen de una enana asaz hermosa, su vestidura era de hilo de oro, y sus muy rubios cabellos tendidos por las espaldas, y en las sus manos tenía un pergamo cogido. El emperador se llegó por ver la imagen; el jayán le trabó del pergamo y luego se descogió. Estaba todo escrito con letras de oro, que decían así:

Este que aquí veis ha nombre el Palacio Bramador, por razón del gran ruido que con sus grandes y muy fuertes puertas hace. Ningún caballero de los que agora armas traen no sea tan atrevido que esta aventura ose emprender, ca sepa de cierto que será muerto, hasta aquel venidero tiempo que un valeroso doncel llamado don Cristalián reciba orden de caballería. Para este bienaventurado príncipe de los dos imperios, hijo de aquel valeroso emperador Lindedel de Trapisonda, están guardadas las grandes aventuras de la Montaña Vedada.

Acabando el emperador de leer el letrero de la imagen que en sus manos tenía, luego el jayán le tomó por la mano y le¹⁴⁹ llevó en una muy fresca floresta, en medio de la cual había una muy hermosa fuente y cabe ella una rica tienda, asimismo aderezada como la que arriba oístes. El jayán metió al emperador en ella y hízole señas que allí se sentase; él hizo su ruego, y así como en la silla se sentó, luego quedó sin ningún sentido; el jayán le dejó y se fue para su morada.

Oído habéis cómo el jayán Doroteo, mágico sobre todos los mágicos, amaba de corazón al emperador Lindedel. Sabida la pérdida de su mujer la emperatriz Cristalina, trabajó de saber quién y cómo la había robado, y supo también por sus artes cómo no podía ser libre sino por mano de su hijo el príncipe don Cristalián. Visto esto por Doroteo, tanto hizo, que guio al emperador a las partes del reino de Organia. El niño que a Vandiano apareció en el camino era este Doroteo, que con su saber se tornaba de la manera y figura que él quería, por que el rey Vandiano no le conociese, por cuanto ya otra vez le había visto cuando el emperador fue a Trapisonda, como arriba oístes, y díjole todo lo que había de hacer para que la emperatriz fuese libre. Y aquellos dos jayanes que el emperador en la Montaña

¹⁴⁸ Columna o lápida con alguna inscripción.

¹⁴⁹ 1587: 'la' (24v).

Vedada halló eran este sabio Doroteo y su mujer Cuadravaca (que así había nombre), pero él los vio de tal figura que le pareció nunca haber visto tal jayán. Ya oístes cómo le mostró todos los encantamientos que en aquella montaña estaban, aunque él no los había hecho; pero hizo traer allí la tienda en que puso al emperador, hecha de tal arte, que así como se sentó en ella, súbitamente se le quitó el sentido: como ya oístes. Esto hizo aquel gran sabio por quitar de pena al emperador, que le parecía que, según él sentía la pérdida de su muy amada mujer, no podía mucho durarle la vida. Pues que tan largo tiempo había de estar sin ella, a Doroteo le pareció que para acrecentamiento de su salud era mejor que estuviese de la manera que oído habéis.

Capítulo XIII

De cómo el rey Vandiano llegó en Costantinopla, y de los grandes llantos que se hicieron teniendo por perdido al emperador Lindedel, como su hija lo era, y de lo que en aquel camino le acaeció.

TORNANDO al rey Vandiano, que como oído habéis se partió del niño que en el camino le apareció y por su mandado tomó el camino de Constantinopla llevando el caballo del emperador de diestro, desta manera anduvo ocho días sin que cosa alguna su camino le estorbase, y yendo un día a hora de vísperas, oyó que de lejos le daban voces diciendo:

—¡Atended, caballero, atended!

Vandiano volvió la cabeza por ver quién lo llamaba, y vio que por el camino venían dos caballeros y una doncella al más correr de sus caballos. Como el rey los vio, a muy gran priesa enlazó su yelmo, y como los caballeros llegaron, el uno dellos dijo contra el rey:

—Caballero, por cortesía que vós me deis ese caballo que lleváis de diestro, pues no lo habéis menester, para un caballero amigo desta doncella que allí a pie dejamos muy mal herido.

El rey Vandiano le respondió:

—Caballero, de grado hiciera lo que me rogáis, pero el caballo ha tal señor, que nadie merece en él subir, por buen caballero que sea. Por tanto, no os trabajéis de me lo pedir, que no os lo tengo de dar.

—Pues dadnos ese en que vós vais y subid en ese otro.

—Eso no haré yo —dijo el rey Vandiano—, que haría gran traición.

—Pues vos habéis de hacer de dos cosas la una —dijo el caballero—: o nos dad el caballo o nos decid cuyo es, pues en tanto le tenéis.

—Cuyo es —dijo el rey Vandiano—, téngole en tanto, que en el mundo no hubo ni habrá otro mejor caballero que él. Y esto os digo, y no queráis de mí saber otra cosa por agora, que no vos lo diré ni me detendré más en responder a vuestra demanda.

Y diciendo esto diose de andar. El un caballero fue muy enojado, y dijo al otro y a la doncella que le siguiesen, que él moriría o había de cobrar el caballo, agora fuese por fuerza, ahora de grado.

Diciendo esto puso las espuelas a su caballo, y así como lo alcanzó, le dijo:

—Para Santa María,¹⁵⁰ don caballero sandio, vos compréis caramente vuestra mala crianza.

—Menos hay en vos —dijo el Rey—, pues queréis lo que vuestro no es.

—En la batalla sois comigo —dijo el caballero—, y lo que no queréis hacer de grado vos converná que lo hagáis por fuerza.

—Ésa tomaré yo —dijo el rey Vandiano— antes que hacer cosa que no deba.

Diciendo esto soltó el caballo del emperador Lindedel, que de diestro llevaba, y embrazando su escudo echó mano a su espada. El caballero le dijo:

—Atended, caballero, que primero quiero que nos probemos de las lanzas.

Esto decía él porque era muy gran justador y no se quería detener mucho en la batalla de las espadas. Luego se volvió a su escudero, que otra lanza le traía, y díjole:

—Dad esta lanza aquel caballero, pues no trae ninguna.

El escudero hizo lo que su señor le mandó, y apartáronse el uno del otro lo que les fue menester y viniéronse a encontrar tan poderosamente que el rey Vandiano quebró su lanza en el escudo del caballero, que se lo falsó y le hizo una pequeña llaga en la tetilla; mas el caballero le encontró tan poderosamente que lo voló por las ancas del caballo. Tan grande fue la herida que le dio, que cuidaron que muerto era, porque no bullía pie ni mano. El caballero dijo contra la doncella y su compañero:

—Agora habremos el caballo a pesar de su dueño.

El otro le respondió:

—Ya no creo que él habrá pesar mi placer, según está.

—En lugar de un caballo —dijo la doncella— habemos cobrado dos.

El caballero mandó a su escudero que le quitase el yelmo, por ver si estaba muerto o vivo; el escudero hizo su mandado y el caballero fue sobre él con intención de le cortar la cabeza si no se otorgaba por vencido. Como el escudero le quitó el yelmo, el caballero le conoció, y dio una gran voz diciendo:

—¡Santa María, valme!¹⁵¹ ¿Qué es esto que veo? Si el rey Vandiano es muerto, jamás seré alegre.

Como el otro caballero oyó nombrar al rey Vandiano víñose para él a muy gran priesa, y como lo vio, muy presto descendió de su caballo, y asimismo el otro caballero, y tomándole la cabeza entre sus manos decía:

—¡Oh mi amigo, y cuánta razón tenías tú de decir que era el mejor caballero del mundo tu señor! ¡Cómo por ser tú bueno y más leal que cuantos nacieron yo te he dado mal galardón!

Y esto decía el caballero con las lágrimas en los ojos acordándose del emperador Lindedel. Sabed que estos caballeros eran el Fuerte Dorante y don Velarte de Inglaterra, que andando por el mundo en busca de la emperatriz

¹⁵⁰ Fórmula de juramento.

¹⁵¹ Válome, ayúdame.

Cristalina se habían encontrado y había días que andaban en una compañía acabando muchas y muy estrañas aventuras, y andando a unas y a otras partes, la ventura los guio al reino de Organia, donde encontraron aquella doncella que consigo traían, que con un caballero que mal herido estaba hallaron en un camino, y el caballero estaba a pie (que otro caballero le había muerto su caballo), y dándoles la doncella cuenta de cómo aquel caballero su amigo estaba a pie, vieron ir al rey Vandiano con el caballo del emperador Lindedel, adonde acaeció todo lo que oído habéis.

A esta hora el rey Vandiano tornó algo en su acuerdo (que muy quebrantado estaba de la gran caída que había dado), y el Fuerte Dorante le dijo:

—Mi buen amigo, mucho os ruego que me perdonéis; que si contra vos yo erré, hícelo no sabiendo quién érades. Vos teníades mucha razón de guardar el caballo del emperador que nadie no subiese en él, que es mucha razón, pues no hay en el mundo quien se le iguale, así en grandeza como en ser toda la flor de la caballería del mundo.

Como el rey Vandiano le oyó hablar ya él estaba más acordado, y abrió los ojos, y como vio a Dorante de Macedonia fue muy ledo, y dijo:

—Mi señor, agora me tengo por bienandante en haber encontrado con vos. Decidme, ¿quién es ese otro caballero que en vuestra compañía viene?

—Es don Velarte de Inglaterra —dijo Dorante.

—A Dios merced —dijo Vandiano— que visto he las dos personas que yo más deseo servir, después de al emperador Lindedel mi señor.

Don Velarte le dijo:

—Mi buen señor, ¿qué tal os sentís?

—Bueno —dijo él—, que no siento mal ninguno.

Diciendo esto, prestamente se levantó y el Fuerte Dorante y don Velarte lo abrazaron. La doncella, que mirándolos estaba, les dijo:

—Caballeros, paréceme que, según la amistad que hay entre vosotros y ese caballero, que por mí habéis hecho tanto como nada. Mucho os ruego que no me dejéis hasta que a mi caballero deis algún remedio como de allí pueda ir.

—Así será —dijo don Velarte.

La doncella se le humilló; Dorante y don Velarte tornaron a subir en sus caballos, y asimismo el rey Vandiano, y se fueron para donde el caballero herido estaba. Luego lo hicieron poner en un palafrén de uno de los escuderos, y así comenzaron a caminar hacia un pequeño lugar que muy cerca de allí estaba, y allí dejaron el caballero y la doncella, y ellos y el rey Vandiano tomaron el camino de Costantinopla. El Fuerte Dorante preguntó al rey dónde dejaba su señor, o qué ventura le había traído por aquella tierra.

—Han nos dicho que el emperador Lindedel ha hecho juramento de jamás entrar en poblado hasta hallar a la emperatriz: mucho nos pesa si así es, por el poco reposo que tendrá.

—Grandes son las maravillas que yo os puedo decir sobre ese caso —dijo el rey— que han acaecido.

—Contádnoslas —dijo don Velarte.

El rey les dijo que lo que decían era así: que como el emperador salió de Trapisonda tomó su camino para la Ínsula de las Maravillas y la sabia Membrina

le dijo cómo la libertad de la emperatriz Cristalina había de ser por la mano del príncipe don Cristalián su hijo, que él no se trabajase de gastar su tiempo en la buscar, que su afán sería perdido. Finalmente, el rey Vandiano les contó todo lo que deste hecho él sabía, de lo cual fueron todos muy espantados; asimismo les contó todo lo que con el niño le había acaecido, y que por su consejo iba a Costantinopla.

—Vos hacéis muy bien —dijeron ellos—, que el niño debe ser alguna gran persona, pues dijo aun más que Membrina.

Y así, se fueron hablando en esto y en otras cosas, continuando su camino hasta que llegaron a Costantinopla. Acabando el emperador de comer entraron por la sala los tres caballeros desarmados las manos y las cabezas; como el emperador los vio, luego los conoció y les dijo:

—Mis buenos señores, ¿qué venida es la vuestra?

Dorante y don Velarte se humillaron ante él y le besaron las manos; el emperador los hizo levantar, y en esto llegó el rey Vandiano, y hincando los hinojos en el suelo le tomó las manos para se las besar derramando muchas lágrimas. Como el emperador le viese llorar, no pudo su corazón tener tanto sufrimiento que las lágrimas no le viniesen a los ojos cayéndole por la barba (que muy cana y larga la tenía), y dijo al rey Vandiano:

—Amigo, ¿dónde dejáis a vuestro señor; que según en vos veo señales de tanta tristeza, temo oír las nuevas que me traéis?

El rey Vandiano le dijo:

—Paréceme, señor, que todas las cosas acaecidas vienen por la mano de Dios, y en esto es razón que vuestra majestad y todos sus criados y servidores tomemos algún conhorte.

Estando en esto salió la emperatriz (que le habían dicho cómo aquellos caballeros eran venidos), y como los vio así, como persona fuera de juicio comenzó a decir, hiriéndose en el rostro:

—Amigos, ¿cómo no me traéis nuevas de aquella sola hija que parí, luz del imperio de Costantinopla?

En esto el Fuerte Dorante y don Velarte se llegaron a ella y la hicieron sentar, diciéndole que no convenía a persona de tan alta guisa como ella era hacer tanto sentimiento, que en las adversidades mejor que en tiempo de alegría se había de parecer la grandeza de su real persona.

—¡Ay mis buenos señores —dijo ella—, que yo muy bien conozco que lo que hago va fuera de razón, pero no puedo acabar menos comigo viendo la mi tan gran pérdida! Decidme, ¿adónde queda el emperador Lindedel mi hijo?

El rey Vandiano, que no cesaba de llorar, oyendo a la emperatriz dijo:

—Ninguno de los que aquí vienen sabemos si el emperador es muerto o vivo, que en parte lo dejamos, y de tal manera, que le tengo por más perdido o tanto como a la emperatriz mi señora.

Entonces les contó todo lo que oído habéis, de lo cual todos los que en el palacio estaban mucho se maravillaron. La emperatriz se cayó desmayada en oír aquellas nuevas; el emperador daba muy grandes sospiros, que era gran dolor de lo mirar, derramando muchas lágrimas. A esta hora tornó la emperatriz de su desmayo y comenzó a decir:

— ¡Oh triste emperatriz, que tantas angustias y dolores te estaban guardadas al fin de tus días!

Era tan grande el llanto que había en todo el palacio de todas las dueñas y doncellas que en él había, como si aquellos dos príncipes ante sus ojos muertos los tuvieran. La emperatriz dijo al ama del príncipe don Cristalián:

— Amiga, dadme acá vuestro hijo, pues me parece que Dios le ha dado tan buena ventura que por la su mano ha de ser la emperatriz Cristalina libre.

Y tomando el niño en los brazos comenzó a decir, besándole en el rostro:

— ¡Hijo mío, quién fuese tan bienandante que pudiese ver el principio de tu alta caballería, pues por ella has de dar tanto bien a los dos imperios de Costantinopla y Trapisonda! ¡Oh mi hijo pequeño y de tan tierna edad, Dios te haya en su encomienda, pues tanta alegría por el tu esforzado corazón ha de venir al mundo!

E diciendo esto se lo tomaron de los brazos, porque teniéndolo consigo derramaba infinitas lágrimas. Acabando que hubo la emperatriz de hablar con el príncipe, Dorante de Macedonia y don Velarte se levantaron y dijeron al emperador y emperatriz cómo ellos habían andado mucha parte del mundo en busca de la emperatriz Cristalina, y que tenían propuesto de jamás volver a sus tierras hasta hallar o saber adónde estaba; que pues ya sabían cómo por otro ninguno no podía ser librado sino por la mano del príncipe don Cristalián, «a quien Dios guarde», que ellos se querían ir a sus tierras, si su majestad les daba licencia.

El emperador se la dio, y les agradeció mucho el afán que por buscar a la emperatriz habían tomado, y le besaron las manos, y asimismo a la emperatriz, y también se despidieron del rey Vandiano.

Y así, se salieron a la gran plaza y vieron venir una doncella al más correr de su palafrén. Ellos se la pararon a mirar y pareciores ser de tierra estraña, y como vieron que su derecho camino era hacia el palacio, volviéronse con ella, por ver si traía algunas nuevas que alegres los hiciesen. Estando el emperador y emperatriz como oído habéis, entró la doncella estraña, y como vio al emperador hincó los hinojos ante él por le besar las manos; él se las dio, y ella se levantó y le dio una carta de creencia, y como él la hubo leído, dijo a la doncella:

— Agora podéis decir a lo que sois venida.

La doncella dijo alto (que todos lo oyeron):

— Serenísimo emperador de Costantinopla, el jayán Doroteo mi señor me mandó que vuestras reales manos besase, y que hace saber a vuestra majestad que, después del emperador Lindedel, a otra persona más que a vos no desea servir. Y por que vuestra majestad conozca la voluntad que a su servicio tiene, le envía por mí a decir que sabiendo el robo de la emperatriz Cristalina, doliéndose mucho del emperador Lindedel, él supo por sus artes cómo la emperatriz no podía ser libre sino por la mano del valeroso príncipe don Cristalián vuestro nieto; y como esta libertad no puede ser tan presto, por causa de la tierna edad del príncipe, temió que la vida del emperador Lindedel sería muy poca, según la mucha tristeza que consigo traía, y él por sus artes y saber lo llevó a la Montaña Vedada, adonde está, y allí le mostró las grandes maravillas que en ella estaban. Y después que se las hubo mostrado lo puso en parte adonde no siente bien ni mal, hasta el día que la emperatriz sea libre, que será, Dios queriendo, de hoy en once años. Y que os pide,

por lo que debéis a vuestras reales personas, que en este tiempo estéis muy alegres, pues al no se puede hacer. Yo he dicho a lo que soy venida; vuestra majestad me dé licencia, que luego me quiero volver.

El emperador le dijo:

—Amiga, diréis a Doroteo que yo le doy muchas gracias por lo mucho que ha hecho en lo que toca al emperador nuestro hijo, que yo le daré el galardón que él merece.

La emperatriz le envió sus saludes y mandó dar a la doncella muchas joyas muy ricas; la doncella le besó las manos y se salió del palacio tomando su camino para España, por dar aquellas nuevas al rey Bracamor y a la reina Pinalba, con las cuales fueron muy consolados. Así como la doncella salió del palacio, el Fuerte Dorante dijo al emperador:

—A Dios merced que tales nuevas nos ha dejado oír: que el emperador Lindedel esté de la manera que esa doncella nos ha dicho. Agora digo que todo lo pasado lo tengo en nada, pues la vida del emperador está segura, que yo gran miedo tenía que la su mucha tristeza había de dar fin a sus días. El tiempo es muy breve para quien al fin dél tanta alegría espera ver: razón es que todos estemos muy alegres.

Mucho conhorte dieron al emperador y emperatriz las palabras que Dorante de Macedonia les dijo, y quedaron algo consolados. Luego Dorante y don Velarte se tornaron a despedir del emperador y emperatriz, y cada uno dellos tomó el camino de su tierra, adonde fueron muy bien recibidos, y estuvieron aguardando el tiempo señalado para se ir a Trapisonda a recibir al emperador Lindedel y la emperatriz, como adelante se os contará.

El rey Vandiano estuvo en Costantinopla algunos días por ruego del emperador; un día, acabando de comer, él le pidió licencia para ir a su tierra, y el emperador se la dio, y besando las manos a él y a la emperatriz se salió del palacio y tomó el camino del imperio de Trapisonda, y en todo él no le avino cosa que de contar sea. Llegado que fue a la ciudad de Triópolis, él contó a los gobernadores del imperio todo lo que oído habéis, y de allí se fue para su reino de Trebencia, adonde fue muy bien recibido de todos sus altos hombres, porque dellos era muy amado. Así le dejaremos hasta su tiempo.

Capítulo XIII

En que se recuenta una gran maravilla que en el palacio del emperador Escanio de Costantinopla acaeció.

El príncipe don Cristalián gastó todo el tiempo de su niñez hasta los once años en aprender todas las lenguas del mundo, de que el emperador estaba muy contento. Estando el príncipe en la edad que oído habéis, era el más apuesto doncel de cuantos en el mundo había nacido, que no había persona que le viese que no diese gracias a Dios viendo la su gran hermosura y compostura de cuerpo. De quince años, era muy bien tallado a maravilla; su rostro era tan gracioso que semejaba estar junta toda la hermosura del mundo; había los cabellos como los del emperador su padre, que parecían hilos de oro, y algo revueltos. Como el emperador lo viese en tal disposición, luego mandó venir grandes maestros de esgrima, y así esto como todo lo demás que para ser caballero le convenía, aprendió de los once años hasta los catorce. E yendo ya en esta eda, era tan grande y tan bien hecho como si veinte años hubiera.

Estando un día el emperador y emperatriz en el su gran palacio hablando con sus altos hombres en cómo ya era llegado el tiempo de la libertad de la emperatriz su hija, según el sabio Doroteo lo había enviado a decir, oyeron un gran ruido de gente que corriendo venían hacia el palacio dando muy grandes voces y diciendo:

—¡Acorred, señor, acorred, que la vuestra ciudad de Costantinopla es asolada!

Eran tantas las gentes que huyendo venían, y tan grande el alarido de las voces, que el emperador y todos los que en el palacio estaban se levantaron y se pararon a las finiestras por ver qué cosa fuese, y vieron una tan gran maravilla, que no hubo ahí tal caballero qu'el corazón no le falleciese de espanto; ca sabed que por el aire venía volando un fuerte y espantoso dragón; era tan grande el ruido que traía, que parecía que todo el mundo se revolvía; de sus desmejadas alas caían muchas y muy espantosas centellas de fuego cada vez que las meneaba; traía la su espantable boca muy abierta, y por ella le salía una gran llama de fuego muy negra y muy espesa del humo que a vueltas¹⁵² salía, y daba tales y tan grandes bramidos, que no había ahí tal que de espanto no muriese. Como el emperador y los altos hombres de la su corte tal cosa vieron, no supieron que consejo tomar más de cuanto a muy gran priesa cerraron las finiestras, porque vieron que su camino traía hacia el palacio. No las pudieron ellos tan presto cerrar que el espantable dragón primero no llegase, y luego se lanzó por una gran finiesta a que en la sala estaba, dando un grande y fuerte bramido, revolviéndose a una y a otra parte, de tal manera que todos cayeron en el suelo sin ningún sentido; el emperador y emperatriz se abrazaron, cuidando que ya eran muertos.

A la sazón que aquel bravo dragón entró por la sala el príncipe don Cristalián estaba junto con el emperador, y por cosa que viese ni oyese, en su fuerte corazón no hubo pavor ni espanto alguno; antes, como a todos los vio fuera de sí, tomó una espada y un manto de un caballero que cerca dél estaba, y así, se puso con el manto

¹⁵² A la vez, juntamente.

revuelto al brazo y su espada en la mano delante del emperador y emperatriz por los amparar. Estando el dragón de la manera que oído habéis, revolviéndose a una y a otra parte, todos los que en la sala estaban tornaron en su acuerdo, y como vieron que aún no había hecho daño tuvieron corazón para lo estar mirando. El príncipe les dijo:

—Caballeros, ¿de qué teméis, que no hace mal ninguno?

Todos vieron demasiada vergüenza en ver lo que les había acaecido, mirando al príncipe, que aunque de tan tierna edad era, tenía tal corazón. Luego, a vista de todos, el espantable dragón se estendió en medio de la sala, que casi era tan largo como toda ella de anchura, y de alto tenía hasta dos estados de hombre.¹⁵³ Luego de improviso se tornó de oro maravillosamente obrado. Como el emperador así lo viese, dijo:

—No me creáis si aquí no veremos hoy grandes maravillas.

Estando en esto vieron cómo al un costado tenía una puerta encajada, y luego se abrió y por ella salió una muy hermosa doncella, tan grande como si jayana fuese, tan ricamente guarnida, que todos fueron maravillados de la ver. Traía una ropa hecha de estraña manera, de hilo de plata, y en ella dados muchos golpes,¹⁵⁴ y todos ellos tomados con unas lazadas de oro; traía sus muy hermosos cabellos tendidos por las espaldas, y encima dellos un muy estraño tocado a manera de guirnalda. Así como del dragón salió, se humilló ante el emperador, y tomándole las manos para se las besar, él las tiró afuera y la hizo levantar. Como ella fue en pie, dijole:

—Serenísimo emperador de Costantinopla, el sabio Doroteo, que os mucho ama, manda por mí besar vuestras reales manos. Asimismo hace saber a vuestra majestad cómo ya es el tiempo llegado para la libertad de la emperatriz Cristalina y para que el valeroso príncipe don Cristalián sea caballero. Y por que vuestra grandeza sepa que otro no es su pensamiento sino de os servir, una sola hija que tiene, que soy yo, acordó de enviar con todo el aparejo que para tal caballero convenía.

—Doncella —dijo el emperador—, al sabio Doroteo vuestro padre agradezco yo mucho lo que por nos servir ha hecho y hace. Vos habéis venido a la mi corte con tal maravilla que a todos pusistes en grande espanto: mostradnos el recado del caballero.

Como el emperador esto dijo, la doncella se volvió al dragón y a poca de hora luego tornó a salir, y tras ella un escudero con un lío acuestas; venía envuelto en un paño de hilo de oro y unas ataduras de lo mismo. El escudero lo desató y la doncella sacó unas ricas armas blancas, de caballero novel, con unos penachos de oro por ellas sembrados, y dijo al príncipe:

—Mi señor, tomad estas armas, que han tal virtud, que caballero que las trae ningún encantamiento daño le puede hacer. Esta devisa que en ellas veis que viene, traeréis vos por la más hermosa doncella que a la sazón en el mundo es nacida, por la cual habéis de pasar grandes cuitas y mortales deseos, y por ésta ha de ser la

¹⁵³ Un eatado equivalía a dos brazas: 1,67 m.

¹⁵⁴ Adornos, como galones, trencillas, etc.

vuestra caballería tan alta que por todo el mundo habéis de ser loado y ansimismo temido.

Luego se abajó y tomó en sus manos un escudo, ansimismo todo blanco; el campo, verde, que de una firme esmeralda parecía, en medio dél traía la misma devisa que en las armas. El escudo era tan preciado que no había cosa que mejor pareciese, por razón de las muchas piedras de gran valor que en la orla traía: la doncella lo dio asimismo al príncipe, y le dijo:

— Agora nos falta la espada, y ésa verná muy presto.

Y diciendo esto se entró por el dragón, y luego tornó a salir trayendo detrás de sí un muy hermoso caballo que un enano de diestro traía. El caballo era alazán¹⁵⁵ tostado, muy poderoso y muy bien hecho y ricamente guarnido. La doncella dijo al príncipe:

— Veis aquí, señor, el más hermoso caballo que jamás vistes, de la mejor casta que oído habéis; que ha entendimiento así como de hombre, que no hay cosa que le manden que luego no sea hecho. Mi padre Doroteo lo hubo por la mayor aventura del mundo, y cuando en su poder lo hubo, túvose por bienandante en haber tan preciada cosa. Este caballo ha nombre Flordelid.

Todos holgaron de oír a la doncella, y miraban al caballo y víanlo más hermoso que otro que visto hubiesen; la doncella le dijo.

— Flordelid, vuélvete al dragón, que por agora aquí no eres más menester.

El caballo, sin que nadie le guiase, hizo su mandado y se lanzó en el dragón; desto fueron todos los del palacio maravillados. A esta hora oyeron muy gran grita que a la puerta del palacio estaba, y parando mientes qué pudiese ser, vieron cómo una águila venía volando a muy gran priesa trayendo en su pico una muy hermosa espada. Así como a los palacios del emperador llegó se lanzó por una finiestra y anduvo revolando por la sala y vino a posar sobre el dragón. La doncella se llegó a ella, y trabándole de las correas, luego la soltó, y ella la dio al príncipe diciendo:

— Veis aquí, mi señor, esta espada, que es la mejor que nunca jamás vistes. Ha nombre Filandria; que ha tal virtud, que caballero que ceñida la trujere jamás le será hecha traición ni alevosía.

El príncipe la sacó, y todos pararon mientes en ella y vieron que era la mejor que nunca habían visto, y las más rica de guarnición. La doncella dijo al emperador:

— Mi señor, yo no he aquí más que hacer sino suplicaros de parte del jayán Doroteo que tengáis por bien de dar licencia al príncipe vuestro nieto para que comigo se vaya para el Caballero Encubierto, por cuya mano ha de ser caballero; y si comigo no va, aunque todo el mundo se rodee no le podrán hallar. Y a la sazón no hay otro mejor que él que esta orden de caballería pueda dar al príncipe, salvo el emperador Lindedel su padre; que esto podremos bien decir, que no es en el mundo, pues está encantado, como oído habéis.

El emperador le dijo

— Amiga, yo pensaría mucho errar si saliese un punto de lo que vuestro padre nos envía a decir: el príncipe vaya, con la bendición de Dios y con la mía, a

¹⁵⁵ De color canela.

doquiera que fuere la voluntad de vuestro padre; y decilde¹⁵⁶ de mi parte que Dios, que es señor de todos los señores, le dé el galardón de lo que por nosotros ha hecho, y que yo le ruego mucho que luego que la emperatriz sea libre nos venga a ver. Y a vos, mi buena amiga, yo os pagaré parte del trabajo que por me servir habéis tomado.

La doncella se le humilló por le besar las manos, y le dijo que en todo haría su mandado. Luego el príncipe, muy ledo, se despidió del emperador y emperatriz, asimismo de todos los altos hombres del imperio, que a la sazón en la corte estaban, y todos le encomendaron a Dios. El emperador dijo a la doncella:

—Amiga, ¿será bien que el príncipe lleve un escudero?

—No, señor —dijo la doncella—, que este que las armas sacó lo servirá; que bien lo merece servir, que de entrabbas partes viene de reyes.

—Pues que así es, id a la buena ventura.

Y luego se metieron todos en el dragón y el águila se tornó por donde había venido. El dragón tornó tan fiero y espantable como ya oístes, y dando vueltas y batiendo las alas y echando muchas centellas de fuego se salió por la gran finiestra del palacio volando por el aire; a vista de todos los que lo quisieron ver, se fue. Así como el príncipe don Cristalián del palacio fue partido, el emperador y sus altos hombres quedaron hablando en las grandes maravillas que visto habían, y asimismo lo mucho que el emperador debía al sabio Doroteo.

Dice la historia que cuando el rey Vandiano vino a Costantinopla y trujo las nuevas de cómo el emperador Lindedel quedaba en la Montaña Vedada y que la emperatriz no podía ser libre sino por la mano del príncipe don Cristalián, que esto se supo por todas las partidas del mundo. Oyendo estas nuevas todos los que en esta demanda anduvieron, se volvieron cada uno a su tierra y propusieron en sus corazones de ser en Costantinopla, si Dios vida les diese, cumplido el término que el príncipe había de ser caballero. Sabed que no pasaron ocho días después que el príncipe era partido cuando todos estos caballeros parientes y amigos del emperador Lindedel fueron en Costantinopla, y allí les contaron de la manera que el príncipe don Cristalián había ido y cómo aquella hermosa doncella jayana había venido por él. Mucho fueron maravillados de oír esta aventura, y así como estaban acordaron todos de se ir a Trapisonda y allí aguardar al emperador y emperatriz. El emperador les dijo:

—Por agora yo no sé si su venida será a Trapisonda o aquí: mucho querría que aquí lo atendiésedes.

A todos aquellos señores les pareció muy bien lo que el emperador les decía, y acordaron de se quedar allí hasta saber nuevas adónde el emperador Lindedel se determinaba de ir, y así, estuvieron en la corte del emperador de Costantinopla con mucho placer, pasando mucho del tiempo en irse a caza, por cuanto el emperador era muy amigo della.

¹⁵⁶ Metátesis por ‘decidle’. Hay alguna que otra en el texto.

Capítulo XV

De cómo el príncipe don Cristalián fue llevado por la doncella hija de Doroteo cerca del Paraíso Terrenal en busca del Caballero Encubierto, y de lo que allí les acaeció.

YA oístes cómo el príncipe don Cristalián salió de Constantinopla dentro de aquél dragón, tan ligero, que en muy poco espacio de tiempo atravesaron toda la mayor parte del mundo. Yendo de la manera que oído habéis, el dragón se abajó a una muy hermosa floresta, y como en ella fue, luego se estendió como ya oístes y se abrió la puerta que en el costado tenía. Como la doncella esto vio, dijo al príncipe:

—No me creáis si aquí no somos cerca del Paraíso Terrenal, que es a las partes de oriente en las extremidades del mar, pues el dragón aquí ha hecho su asiento.

Así como la puerta fue abierta sintieron un tan suave olor que mucho los conhortó. Como fuera del dragón salieron, vieron la más hermosa cosa que jamás fue vista, así de árboles como de flores de diversas maneras. La doncella dijo al príncipe:

—Ya es acabada nuestra jornada. Veis aquí dos carreras: esta de la mano derecha va al Paraíso Terrenal, y esta de la mano siniestra va adonde el Caballero Encubierto está. Agora —dijo la doncella— conviene que os arméis de todas vuestras armas.

Luego Libanor (que así había nombre el escudero que en el dragón venía) sacó las armas y el príncipe fue armado con el ayuda de la doncella y de su escudero, y sacaron el caballo y dos palfrenes.¹⁵⁷ El príncipe subió en Flordelid, y la doncella y Libanor en sus palfrenes, llevándole su espada Filandria Belsael (que así había nombre la doncella), y Libanor llevaba el escudo. Desta manera se fueron por la carrera que oístes que a la mano siniestra estaba, y así anduvieron una gran pieza sin cosa alguna hallar. El príncipe iba espantado de ver tan gran despoblado como por aquellas partes había; la doncella le dijo:

—Mi señor, más os maravillaríades si del todo supiéredes el despoblado que es en esta tierra que estáis, que es tanto, que no se puede pensar.

Yendo hablando en lo que oído habéis, salió detrás de una mata una doncella con muy estrañas vestiduras, y había muy hermosas faciones y los cabellos muy rubios, tejidos a manera de trenzas; en las sus manos traía un arco (que se andaba cazando por aquellos campos), y como aquella compañía viese, ella se humilló al príncipe y le dijo en lengua muy estraña (que nadie lo pudiera entender sino el que de todas las lenguas del mundo era enseñado):

—Valeroso príncipe, ¡cuán largos tiempos ha que el príncipe mi señor, cuyo nombre es el Caballero Encubierto, os está esperando! ¡Oh, cuán ledo será él con la vuestra vista, y cuánto bien por la vuestra merced, no solamente a él, mas a todos los que en su compañía están les ha de venir! Esto sé yo cierto por la devisa que en las armas noveles traéis.

¹⁵⁷ 1587: ‘palfren’ (28v).

Como el príncipe la oyó, díjole:

- Buena doncella, ¿es muy lejos ese caballero que decís?
- No sino muy cerca —dijo ella.
- Pues, si os pluguiere, guiadnos para allá.
- Eso haré yo de grado —dijo ella.

Y así, se dieron andar, yendo la doncella a pie (que nunca jamás quiso subir en el palafrén de Libanor). Belsael preguntó al príncipe qué era lo que la doncella le había dicho; él se lo contó todo; ella dijo que así era la verdad, «que en cabo desta carera hallaremos lo que buscamos».

Yendo hablando en esto y en otras cosas llegaron a vista de una muy hermosa ramada;¹⁵⁸ la doncella dijo al príncipe:

—Mi señor, conviene que os apeéis de vuestro caballo para entrar adonde el Caballero Encubierto está, que él no tiene poder para salir de allí.

El príncipe descendió de su caballo, y asimismo Belsael, y guiándolos la doncella entraron por su ramada adelante, y no anduvieron mucho cuando vieron una rica morada, donde hallaron la puerta abierta, y entraron por ella y subieron a una gran sala. Vieron que toda ella estaba colgada de paños negros, y el cielo y el suelo de la sala era de la misma color; a la una parte estaba un dosel negro y debajo dél un caballero sentado en una silla negra vestido de paños de duelo. Era de gran cuerpo y muy bien tallado; había hermoso rostro, y la barba tan larga, que un palmo le pasaba de la cinta; tenía su mano puesta en la mejilla, los ojos bajos y el rostro muy triste, a manera que mucho estaba cuidando en algún gran hecho; y tan descuidado estaba, que no vio ni oyó a ninguno de los que en la sala estaban hasta que muy cerca dél llegaron. Entonces él recordó, como de sueño, y como vio al príncipe tan cerca de sí fue muy espantado, y mirole las armas y viole la devisa que en ellas traía, y por ellas conoció que aquel doncel, después que caballero fuese, le había de restituir en toda su alegría; y luego él se levantó y el príncipe le hizo grande acatamiento, y el caballero asimismo a él, y le dijo:

—Mi señor, vos seáis el bien venido en estas tan apartadas tierras. Mucho soy maravillado cómo siendo tan niño habéis sufrido tanto afán en tan largos caminos, que muy grandes tiempos ha que yo esperaba la vuestra venida; que aquel sabio Algamaz por el su gran saber me puso en estas partes que visto habéis por que en estas tierras tan apartadas pasase mi triste vida, y no he poder de salir de aquí hasta que vós, mi señor, seáis caballero. Y por esto he nombre el Caballero Encubierto: porque ha bien ocho años que yo estoy de la manera que veis, y ninguno de cuantos por el mundo grandes tiempos me buscaron, jamás nuevas de mí supieron.

Diciendo esto le tomó por la mano y se fue con él a asentarse cabe una finiestra que encima de aquella hermosa ramada salía, y antes que se sentasen le hizo desarmar. Belsael se humilló ante el Caballero encubierto y él le preguntó que quién era; ella le dijo cómo era hija del sabio Doroteo: él la habló y le dijo:

—Ay buena doncella, que por cierto vos sois hija del mejor hombre del mundo y que más bien en él ha hecho!

¹⁵⁸ Cobertizo; pero de acuerdo al contexto parece referirse a una frondosa arboleda.

El Caballero Encubierto mandó a su doncella que tomase consigo a Belsael y que la honrase mucho, y asimesmo mandó que trujesen de comer al príncipe. Luego los que con él estaban hicieron su mandado, y después que hubieron comido se estuvieron hablando una pieza en lo que más les agradaba. El príncipe dijo al Caballero Encubierto:

—Mi señor, ya la vuestra merced sabrá la causa de mi venida a esta tierra, que es a recibir orden de caballería de la vuestra mano, pues, según dice el sabio Doroteo, otro no hay en el mundo que más que vós valga. La vuestra merced sea de me la dar lo más presto que ser pueda.

El caballero le respondió:

—Mi señor, tanto deseo tengo yo de os la dar como vos tenéis de la recibir: esta noche velaréis las armas en la mi capilla, y de buena mañana seréis caballero.

El príncipe se le humilló dándole muchas gracias por la merced que le hacía, y así, pasaron aquel día con mucho placer de los dos. Venida que fue la noche, el príncipe don Cristalián se armó de sus armas con el ayuda del Caballero Encubierto y de Libanor, y él mismo lo llevó a su capilla y allí lo dejó acompañado de caballeros y doncellas que en aquella morada estaban, y así, quedó el príncipe velando las armas, rogando a Dios y a su bendita Madre que en el principio y cabo de su caballería no hiciese cosa en que a su Divina Majestad desirviese. Venida que fue la mañana, el príncipe don Cristalián se confesó de todos sus pecados; el sacerdote que lo confesó se vistió para decir misa, y como fue acabada, el príncipe tomó el cuerpo de Nuestro Redemptor Jesucristo. Esto hecho con mucha devoción, él fue armado caballero por la mano del Caballero Encubierto, el cual besándole en el rostro, le dijo:

—Don Cristalián, caballero sois: agora os quiero pedir un don, si me lo otorgar quisieredes.

—De grado —dijo don Cristalián.

—Pues yo le pediré cuando tiempo fuere.

Y así, se salieron de la capilla. Luego el Caballero Encubierto demandó sus armas, y como fue armado dijo al príncipe:

—Mi señor, vámonos luego desta tierra, que yo gran deseo tengo de salir de aquí.

—Hágase lo que mandáis —dijo don Cristalián.

Y luego fueron a caballo. La doncella Belsael, que ya en su palafrén estaba, les dijo:

—Mis buenos señores, conviene que nos vamos al lugar adonde mi dragón está.

—Hágase como lo mandáis —dijo don Cristalián.

El Caballero Encubierto se despidió de aquellos caballeros y doncellas que en aquel palacio estaban, y don Cristalián hizo lo mismo; ellos los encomendaron a Dios, y así, se fueron por su camino.

Sabed que así como el príncipe don Cristalián y el Caballero Encubierto salieron de aquella morada, repentinamente descendió una nube, por industria del sabio Doroteo, en que todas aquellas doncellas, y caballeros que en el palacio estaban fueron llevados al reino de Romanía, donde ellos eran naturales.

A nuestro propósito tornando, don Cristalián y el Caballero Encubierto se fueron su camino para donde el dragón estaba, en la hermosa floresta que ya os contamos. Llegados que fueron, el Caballero Encubierto fue muy espantado de ver el dragón, y más lo fue cuando supo que dentro dél habían todos venido.

—Así es —dijo don Cristalián—, que no tomamos mucho afán en os venir a buscar.

—Por gran maravilla lo he —dijo el caballero.

—Agora —dijo la doncella— no es tiempo de más aquí nos detener, sino que luego vamos nuestro camino.

—Por buena fe —dijo don Cristalián— no pasare de aquí hasta que vea el Paraíso Terrenal, pues tan cerca dél estoy.

La doncella le dijo:

—Mi señor, no curéis de tomar trabajo por lo ir a ver, que no podréis allá pasar en ninguna manera, y esto me mandó mi padre que os dijese.

—Yo no tengo de ir de aquí —dijo él— sin que parte desta tierra vea do estamos.

El caballero asimismo tenía mucha voluntad de la ver, y rogaron muy ahincadamente a la doncella que los dejase ir, que muy presto darían la vuelta, y que ella se quedase en la floresta en compañía del enano que en el dragón estaba. Como ella vio que tanto deseo tenían, díjoles que fuesen, que ella los atendería allí; que les hacía cierto que al Paraíso no podrían pasar, pero que verían algo de lo que deseaban y que quitarían a su padre de trabajo de venir adonde ellos estaban a decirles lo que habían de hacer.

Ellos fueron muy ledos de oír a la doncella aquellas nuevas, y luego se partieron encomendándola a Dios y tomaron la carrera de la mano derecha. Y así, anduvieron a muy gran priesa todo aquel día sin aventura hallar, y tomoles la noche en aquel despoblado, donde se albergaron cabe un arroyo que cerca dellos corría. Los caballeros se desarmaron las manos y cabezas, y se asentaron sobre los mantos de los escuderos y comieron de lo que llevaban, y así, pasaron aquella noche hablando en lo que más les agradaba.

Venido que fue el día, los caballeros se tornaron a armar lo que les faltaba y subieron en sus caballos y fueron su camino. Yendo así, entre nona y mediodía vieron por la misma carrera que ellos venían un hombre muy anciano que traía una vestidura muy blanca y larga hasta los pies, con los cabellos y barba de la misma color. Como allegó, luego los saludó muy cortésmente, y ellos a él asimismo, y díjoles:

—Caballeros, ¿qué es lo que venís a buscar por estas partes tan apartadas?

—Padre honrado —dijo don Cristalián—, venimos a ver esta tierra.

—Pues que así es —dijo él—, seguidme, que yo os mostraré algo de lo que deseáis ver

Los caballeros se lo agradecieron, y así, movieron todos de consumo, y anduvieron una gran pieza, hasta que llegaron a una muy hermosa huerta, deleitosa de mirar. El anciano les rogó que se apeasen si toda la huerta querían ver; ellos lo hicieron de grado, ca mucho sabor habían de mirar cosa tan deleitosa, y así, fueron en compañía del buen hombre. Andando por una y por otra parte veían árboles muy extraños (para quien visto no los había); el hombre les dijo:

—Pues agora vos quiero mostrar yo aquello que entrabmos deseáis saber. Seguidme.

Y movieron tras él. En medio de la huerta vieron hecha una alberca de alabastro en que caía un golpe de agua grande que a una fuente que junto cabe ella estaba venía; era tanta el agua que en el alberca estaba, que sería de altura cuanto dos estados, en medio de la cual, dentro del agua, estaba un árbol tan grande y tan extraño que jamás otra tal cosa fue vista; este árbol había la fruta verde y hermosa. Andábanse bañando en el agua dos niños, tan pequeños como si aquel día fueran nacidos; eran tan hermosos que parecían dos serafines. Los caballeros se pararon a los mirar, maravillándose mucho de los ver tan pequeños andar por el agua. Como los niños los vieron, luego dejaron de nadar y a muy gran priesa comenzaron a subir por el árbol arriba, y a poco rato estaban en lo más alto dél y cada uno cortó de la fruta que el árbol tenía. Muy presto tornaron a bajar, y el uno dellos luego se salió del agua, y encima del alberca se hincó de hinojos ante don Cristalián, y dándole la fruta le dijo:

—Mi señor, dentro désta hallaréis todo aquello que vuestro corazón desea saber.

Y así como esto dijo, el niño saltó en el agua y se hundió, que nunca más lo vieron. Esto hecho, el otro niño se humilló ante el Caballero Encubierto y le dijo:

—Bores de Mar —que así había¹⁵⁹ nombre el caballero—, ya no tienes por qué te encubrir, que muy presto serán los tus deseos cumplidos, y toda tu buena ventura está en las manos de ese caballero que en la tu compañía traes. Y dentro desa fruta sabrás lo que tanto tiempo ha que deseas.

Y diciendo esto dio un salto en el agua y desapareciose luego. El buen hombre se llegó a ellos y les dijo:

—Mis buenos señores, no procuréis de pasar más adelante, porque os verná mal dello, y más que no quedaréis con las vidas; y esto podéis creer sin ninguna duda. Dicho os he —dijo el hombre— lo que bien os está: vosotros os podéis volver.

Y allí se despidió. Ellos lo encomendaron a Dios, dándole muchas gracias de lo que por ellos había hecho. Luego que se partieron dél le vieron volver a muy gran priesa, y les dijo:

—Caballeros, mucho os ruego que no abráis la fruta hasta que seáis en la floresta adonde dejastes la doncella del dragón.

Ellos le dijeron que así lo harían como él lo mandaba, y ellos se fueron adonde la doncella habían dejado, y otro día a hora de prima llegaron a aquella hermosa floresta, y cuando Belsael los vio venir fue muy leda con la su vista, y díjoles:

—Caballeros, mucho os habéis detenido: yo querría que luego nos partiésemos desta tierra, que se me hace tarde.

—Hágase lo que mandáis en viendo lo que aquí traemos —dijeron ellos.

Don Cristalián abrió la fruta que traía, y dentro della halló un pargamino cogido¹⁶⁰ en que estaban unas letras que decían así.

Valeroso príncipe don Cristalián de España, a ti y no a otro está otorgada la grande y muy temerosa aventura del Palacio Bramador. Así como las grandes

¹⁵⁹ 1587: ‘auian’ (30r).

¹⁶⁰ Plegado.

y muy espantables puertas hubieres pasado, dentro del palacio verás otras cosas de mayor espanto y temor; y todos aquellos grandes encantamientos, así del Palacio Bramador como de la Vedada Montaña, serán deshechos luego que de prisión saques aquella que en sus entrañas te trajo, que dentro del Palacio Bramador hallarás, y asimismo el infante Lucescanio tu hermano.

Cuando esto oyó don Cristalián, fue tan ledo como si del mundo le hicieran señor, y hincando los hinojos en el suelo dio muchas gracias a Dios por las grandes mercedes que le hacía en haberle mostrado adónde la emperatriz y su hermano estaban. Bores de Mar que tan alegre vio el príncipe, díjole:

— Agora quiero yo ver lo que comigo traigo.

Y diciendo esto, luego abrió su fruta y halló dentro otro pargamino, y como le descogió, vio en él unas letras que decían así:

Bores de Mar, sabrás que en la Peligrosa Morada hallarás todo lo que tu corazón deseas; pero aquella aventura no se guardó para ti, sino para aquel bienaventurado caballero príncipe don Cristalián, por cuya mano ha de ser en tu poder la cosa del mundo que tú más amas.

Acabado que hubo Bores de Mar de leer lo que en el pargamino estaba, humillose ante don Cristalián y díjole:

— Mi buen señor, agora sois a tiempo de me dar el don que me prometistes: demando os que lo cumpláis luego que acabáredes la aventura del Palacio Bramador, y de vos no me partiré hasta que del todo yo sea alegre.

Don Cristalián le tomó por las manos y le hizo levantar diciéndole:

— Mi señor, mucha razón es que se haga lo que mandáis. Yo os prometo de no me entremeter en cosa alguna, si yo puedo, hasta que vuestra voluntad se cumpla.

Bores de Mar se le humilló, y así, se entraron todos en el dragón con mucha alegría. Belsael les dijo:

— Mis señores, mi padre me mandó que como fuésedes conocidos luego nos fuésemos para la Montaña Vedada, que así cumplía para los hechos del emperador Lindedel.

— Hágase como lo mandáis —dijo don Cristalián.

E luego el dragón se comenzó a revolver a una y a otra parte, y alzándose del suelo se fueron por el aire a más andar. Dejar los hemos ir su camino por contaros quién a la emperatriz Cristalina y al infante Lucescanio robó.

Capítulo XVI

En que se recuenta quién a la emperatriz Cristalina y al infante Lucescanio robó y la razón por que tanto daño se hizo, y asimismo cuenta por qué el príncipe Bores de Mar estaba encantado adonde ya oístes.

YA os contamos cómo Vandalión el Fuerte vino en España en busca de Lindedel para haber batalla con él sobre la muerte del Gromate Benzahamí, que su cormano era, y como al príncipe Lindedel no pudo hallar, acordó de desafiar al rey Bracamor su padre, y, como ya oístes, el príncipe acaeció a venir aquella sazón, y hizo su batalla con él y lo venció y mató. Estas nuevas fueron luego al rey de Salmatar, y como supo la muerte de Vandalión hubo tal pesar que aína muriera con gran dolor que sentía, y juró de jamás ser alegre hasta ser vengado del príncipe Lindedel de cualquier manera que él pudiese; y luego como lo juró lo puso por obra.

Saliendo de su tierra, anduvo toda Turquía y halló un sabio llamado Algamaz. Como el rey de Salmatar oyese las su grandes nuevas, fuese para él y contole la su cuita, y díjole que si del príncipe Lindedel le vengaba de cualquier manera que fuese, que él le daría grandes dones. Como Algamaz le viese con tanta pasión y deseo de se vengar del príncipe, como era cristiano, tuvo voluntad de le hacer el daño y pesar que pudiese, y comenzó de conhortar mucho al rey, y díjole:

—Vos, mi buen señor, habéis topado con quien os dé la emienda de cuantos enojos os ha hecho. Sabed que yo sé por mis artes cómo después que de vuestro reino salistes a buscarme, Lindedel de España ganó por sola su espada el imperio de Trapisonda, de donde a la sazón es agora señor. De una cosa os hago cierto: que en todo lo que mano pusiere es muy venturoso. Él es casado con la más hermosa doncella que hay hoy en el mundo,¹⁶¹ que es la princesa Cristalina, hija del emperador de Costantinopla. Esta princesa es la cosa del mundo que más ama: no le podría venir dolor ni pesar que mayor sea que apartarle della, Yo, por os servir, se la quitaré delante; y no sólo a ella, mas a un hijo que ha muy pocos días que le nació, y los porné en tal parte que no haya persona en el mundo que mientras yo viviere de allí los pueda sacar. Yo les haré tales y tan fuertes encantamientos, que si Alá desta vida me llevare, de allí no puedan salir si no fuere por la mano de un solo caballero, y éste no puedo saber quién es.

El rey de Salmatar fue muy ledo de oír a Algamaz, y rogole muy ahincadamente que luego lo pusiese por obra, que dél sería bien galardonado. Algamaz aposentó al rey dentro de su casa, en la cual lo regaló mucho (que por venir fatigado del camino lo había bien menester), y luego se partió dél y se fue a su cámara y della sacó gran número de libros, y haciéndolos cargar en sus camellos se fue para una montaña donde él tenía costumbre de se ir a hacer sus encantamientos. Y allí hizo sus signos y conjuros, tales y de tal manera, que en los hacer se detuvo tres días, y al fin hizo aquellos grandes encantamientos que oído

¹⁶¹ 1587: ‘mdo’ (30v).

habéis que en la Vedada Montaña están (y por causa de aquellos encantamientos que este sabio allí hizo, se llamó aquélla la Vedada Montaña, y así, el rey de Organia mandó que ninguno en ella entrase, por quitar los grandes daños que por entrar les venía); y asimismo hizo y ordenó la nube que ya oístes en que la emperatriz Cristalina y el infante Lucescanio fueron robados. E luego que todos estos encantamientos fueron hechos, la emperatriz y su hijo fueron puestos en el Palacio Bramador, en la Vedada Montaña; y acabado que hubo el sabio, volvióse para su casa y dijo al rey lo que dejaba hecho, que él se tuviese por bien vengado de los enojos que del emperador Lindedel había recibido. El rey fue muy ledo en saber que tanto daño por intercesión suya al emperador había venido, y Algamaz el sabio dijo al rey:

—Agora os podéis ir a vuestra tierra y holgar en ella a vuestro placer.

El rey le dio grandes joyas que consigo llevaba, de manera que para siempre fue rico, y así, se partió para su tierra con más alegría que cuando della salió.

Como el rey de Salmatar fue ido, Algamaz comenzó de estudiar grandemente en sus artes por saber quién de su poder había de sacar a la emperatriz Cristalina. En esto estuvo ocupado gran tiempo, y a la fin hubo de saber cómo el príncipe don Cristalián su hijo había de acabar aquella aventura, y asimismo supo cómo por mano de Bores de Mar, hijo del rey de Romanía (que, después del emperador Lindedel, en el mundo no había otro mejor caballero), dólte había de recibir orden de caballería el príncipe don Cristalián. Pues, sabido esto, acordó de lo poner en parte que nadie lo pudiese hallar.

En este tiempo este príncipe Bores de Mar estaba muy aquejado de amor por la infanta Archisidela, hija del rey Talión de Bretes, que a la sazón era de las hermosas doncellas que en aquellas partes había. Este sabio Algamaz, por hacer pesar al príncipe Bores de Mar, la robo, asimismo a la emperatriz Cristalina, y la puso en la Morada Peligrosa. Cuando Bores de Mar supo que la infanta era robada por tal aventura fuese para un sabio que en el reino de Romanía estaba, y rogole muy ahincadamente que le dijese quién había robado a la infanta Archisidela. El sabio le dijo cómo Algamaz, el gran sabio, la había llevado a la Morada Peligrosa, y que de allí no podía salir tan presto, por cuanto aquella aventura estaba guardada para el caballero por quien fuesen deshechos los encantamientos del Palacio Bramador, y asimismo le dijo que este caballero le había de hacer del todo alegre, pues había de ser por su mano armado caballero.

Como Bores de Mar esto oyese fue muy airado, y propuso en su corazón (pues que al no podía hacer) de se vengar del sabio Algamaz, y luego se partió para lo buscar con intención que, si lo hallase, darle la muerte de cualquier manera que pudiese. Como el sabio Algamaz supiese que Bores de Mar lo andaba a buscar con intención de le dar la muerte, viniendo por un camino, súbitamente lo tomó en una nube y lo llevó aquella morada que oístes en que estaba cuando al príncipe don Cristalián armó caballero, y por le dar mayor pena le puso sin persona alguna que le sirviese. Ansí como esto fue hecho, luego el sabio Algamaz fue muerto de una muy grave enfermedad. Como al sabio Doroteo ninguna cosa de éstas le fuese encubierta, luego que supo la muerte del Algamaz envió caballeros y doncellas del rey de Romanía que en servicio de Bores de Mar estuviesen.

Sabida por el rey de Romanía la pérdida de su hijo pensó morir con pesar; y verdaderamente él fuera muerto si socorrido no fuera del sabio Doroteo, que como en tal cuita lo viese, sabiendo que era uno de los más preciados reyes¹⁶² que a la sazón había, por que tan presto los sus días no fuese acabados lo tomó y lo llevó a la Vedada Montaña y lo puso de la manera que ya oístes que el emperador Lindedel lo vio asentado en su tienda. Púsolo en aquella montaña porque ya él sabía que Bores de Mar había de ir allí en compañía de don Cristalián.

Capítulo XVII

De cómo el príncipe don Cristalián y toda su compañía llegaron a la Vedada Montaña y de lo que allí le acaeció.

TORNA la historia a contar cómo el príncipe don Cristalián partió de la hermosa floresta que cerca del paraíso Terrenal estaba. Yendo por el aire en su dragón, como oído habéis, él se apartó con Belsael y díjole:

—Mi buena amiga, mucho os ruego que no me neguéis cosa alguna de lo que preguntaros quiero. En decirme lo que dello sabéis me haréis el más alegre de cuantos hoy son nacidos.

—Mi señor —dijo Belsael—, no hay cosa que vos me demandéis, sabiéndola yo, que no os la diga.

Don Cristalián dijo:

—Lo que yo rogar os quiero es que me digáis quién es aquella doncella por quien vuestro padre me hace traer esta devisa en mis armas.

—Lo que yo sé —dijo la doncella—, todo lo sabréis. Oí decir a mi padre que esa devisa hizo él poner en las vuestras armas por la más hermosa doncella que en el mundo es nacida, porque ella y no otra merece servicio de tan alto príncipe como vos sois.

—Mucho os ruego —dijo él— que me digáis quién es.

—Eso yo no lo sé —dijo Belsael.

Don Cristalián le respondió:

—Grande era la cuita que en mi corazón sentía antes que en este hecho os hablase, pero muy mayor es la que agora siento.

Y diciendo esto dio un suspiro que parecía rompérselle el corazón, y dijo:

—¡Ay de ti don Cristalián! ¿Adónde irás a buscar lo que tu corazón tanto desea? Conviéntete pasar grandes cuitas con deseo de la su vista. A mí me conviene hacer tales cosas por el mundo, que merezca parecer ante quien tanto deseo servir.

Y así, se partió de la doncella mostrando en su rostro semblante de mucha tristeza. A esta hora llegaron a la Vedada Montaña, y luego el dragón se puso en el suelo, y estendiéndose como oído habéis, la puerta que al un costado traía fue abierta; don Cristalián y Bores de Mar salieron y se armaron; la doncella dijo a Bores de Mar:

¹⁶² Suplo ‘reyes’ (31r).

—Vos, mi señor, no toméis afán de armaros, que no podéis entrar en la Montaña Vedada.

—Pues Dios no me ayude si por cosa del mundo yo allá dejé de entrar.

—Vuestro afán será perdido —dijo la doncella, y callose.

Luego don Cristalián fue armado y subió en su caballo Flordelid; ya Bores de Mar estaba en el suyo, y don Cristalián dijo a la doncella:

—Amiga ¿qué es lo que entendéis de hacer?

—Aguardaros aquí —dijo Belsael—, que yo no entiendo de estar sola, porque muy presto dará la vuelta Bores de Mar y los escuderos que con vosotros lleváis; que vos solo y no otro tiene poder para entrar en la Vedada Montaña.

Don Cristalián y Bores de Mar se despidieron de la doncella y se entraron por la montaña, pero no pasó mucho tiempo cuando a Bores de Mar y a los escuderos echaron fuera sin saber quién los echase. Ellos fueron espantados; la doncella les dijo:

—¿Paréceos que es razón que deis crédito a mis palabras? Pues agora os conviene sufrir hasta que esta aventura se acabe por la mano de aquel buen caballero, a quien Dios dé vitoria en todo lo que comenzare.

—Sí dará —dijo Bores de Mar—, que no será él menos venturoso que su padre lo fue.

Luego que a Bores de Mar y a los escuderos echaron fuera de la montaña, don Cristalián se dio de andar por ella a mucha priesa; pero por mucha que él se daba, no podía mucho andar, por razón de la gran espesura que en aquella montaña había. Iba el caballo con tanta fatiga que casi no se podía menear; don Cristalián se apeó y lo tomó de diestro, y sacando su espada iba cortando de las ramas para poder pasar adelante, y así anduvo una pieza, hasta que llegó a la tienda adonde el rey de Romanía estaba asentado, y estúvollo mirando y bien conoció que aquel rey estaba allí encantado, y pasó más adelante y vio la tienda adonde estaba el emperador su padre. Él se paró a la puerta, y como le vio, dijo (no le conociendo, que él nunca lo había visto):

—¡Ay Dios, y qué hermoso caballero y dispuesto para hacer todo bien! ¡Mal hayan los encantamientos, que tanto daño por ellos viene al mundo!

Y tanto le parecía bien, que dél no se podía partir. Estando en esto oyó una voz que le dijo:

—Don Cristalián, apresúrate, ca mucho te detienes, y sey cierto que hay poco tiempo para lo mucho que tienes que hacer.

Como don Cristalián esto oyese, miró a una y a otra parte, pero no vio a persona alguna, y luego movió de la tienda del emperador, no pudiendo dél partir los ojos, y apresurose mucho en su andar, y propuso en su corazón (si Dios le dejase acabar aquella aventura y aquel caballero saliese de encantamiento) de jamás dél se partir si él su compañía quisiese.

Sabed que no anduvo mucho cuando oyó el ruido de las espantables puertas del Palacio Bramador; mientras más adelante iba, muy mayor era el ruido, y tan espantoso, que don Cristalián fue muy maravillado, y dábase mucha priesa a andar por saber qué cosa podía ser aquella que ruido tan temeroso hacía. Como más cerca llegó, no podía con su caballo pasar adelante: tanto espanto le tomaba de oír tan recios y crueles bramidos. Don Cristalián le soltó para que se quedase, y

así, se dio de andar. Como su caballo Flordelid lo viese ir, no se detuvo cosa alguna, antes se fue tras su señor: tan gran entendimiento tenía, y como don Cristalián iba algo lejos, el caballo comenzó a relinchar; don Cristalián lo oyó y volvió la cabeza, y como lo vio que iba tras él, estúvolo atendiendo hasta que llegó, y a esta hora estaba a vista del Palacio Bramador.

E como a él llegase y viese las puertas que jamás cesaban de abrir y cerrar, estúvolas mirando por una pieza, y vio el toro y el león de la manera ya oístes. Miró a la otra parte y vio la imagen que el pargamino en las manos cogido tenía; don Cristalián se llegó a ella, y luego la imagen tendió la mano contra él y él tomó el pargamino, y como vio lo que en él estaba, él se volvió y se puso junto al león con su espada en la mano.

Luego vio el príncipe como las puertas cesaron de abrir y cerrar, y como el gran ruido cesó, el toro y el león arremetieron el uno contra el otro y comenzaron entre sí una muy cruel batalla. Don Cristalián, que a la parte del león estaba, fuese contra el toro, y muy presto le dio tal golpe que dio con él muerto en el suelo. Como el león vio el toro muerto, fue tanto su regocijo, que no sabía que hacer de sí: fuese a don Cristalián y comenzole a lamer los pies y halagalle con la cola; don Cristalián le puso la mano sobre la cabeza conociendo el alegría que el león le mostraba. Sabréis que jamás aquel león de don Cristalián se partió hasta que fue muerto. Él era grande y hermoso, era coronado y a maravilla fiero y espantoso.

Como don Cristalián viese las puertas abiertas arrendó su caballo a un árbol que cerca de allí estaba, y embrazando su escudo y su buena espada Filandria en la mano, encomendándose a Dios en su corazón se entró por aquellas puertas. Luego como en el palacio fue, comenzó a temblar de tal manera que don Cristalián pensó que todo él venía al suelo; así que cayendo y levantando no sin grande afán, siempre punando de pasar adelante, oyó una voz que le dijo:

—Don Cristalián, no te trabajes de pasar acá; si no, muerto eres de la más desastrada muerte que nunca caballero murió.

—Por tus amenazas —dijo él— no dejaré de pasar yo adelante a saber quién tú eres, que desta vez no te aprovecharan tus encantamientos.

Luego oyó otra voz que le dijo:

—¡Mal haya quien esas armas te dio, que si tú sin ellas vinieras, no hubieras poder de entrar acá, ni cuantos hoy son en el mundo, por más esforzado y bravo corazón que tuvieran.

Y calló, que no dijo más. Luego oyó dar muy grandes y crecidas voces, y tan temerosas, que no siente persona humana que la vida pudiese sostener; asimismo comenzaron tan grandes truenos y relámpagos, que parecía que el mundo se quería hundir, y comenzó a caer tan demasiada piedra y granizo, que don Cristalián pensó por mil veces que el palacio era hundido, y con esta tempestad fue tan grande la escuridad que hacía como si en todas las tinieblas del abismo estuviera, tornando asimismo a oír otras voces que decían:

—¡Ay! ¡Ay! Y ¿cuándo habrán fin los mis grandes tormentos?

Estando en esto comenzó a tornar el palacio tan claro como antes; él se entró por una puerta que a la mano derecha vio, porque allí le parecía que oía aquellas dolorosas voces, y vio una muy gran sala y grandes maravillas en ella, ca sabed que en aquel Palacio Bramador había cosas extrañas. En medio de aquella sala

había una cuadra, y a cada esquina una finiestra; por todas cuatro finiestras salía una gran llama de fuego envuelta con humo muy espeso y muy negro, y allí dentro de aquella cuadra sonaban aquellas temerosas voces.

Don Cristalián se paró a mirar por ver si vería por dónde allá pudiese entrar, y hacia la una parte vio una muy pequeña puerta, por la juntura de la cual salía un humo tan espeso y tan negro que era estraña cosa de mirar. Don Cristalián se llegó a la puerta (que cerrada estaba), y aunque con grande afán, del mucho humo que por ella salía, apretó tan recio hacia la parte de dentro, que la puerta fue luego abierta, y don Cristalián se paró a mirar y vio que toda la cámara se ardía en vivas llamas. A esta hora oyó una voz que le dijo:

—¡Ay buen caballero, y doleos de la mi gran cuita, que soy la más desastrada cosa que en el mundo nasció, pues tantos tormentos para mí cada día se ordenan!

Don Cristalián le dijo:

—De grado haré lo que mandáis, pero yo no sé adónde estáis, ni allá puedo entrar por el gran fuego que en esta cámara está.

Luego oyó otra, como de caballero, que le dijo:

—Don Cristalián, duélete de ti mismo y no hayas de otro duelo. Y no entres acá; si no, sábete que los tus días serán fenecidos.

—Si yo viese por dónde —dijo don Cristalián—, por vos ni por todo el mundo que ahí se juntase no dejaría de entrar.

Luego dio un trueno tan grande que don Cristalián se arrimó a la pared de la cámara casi fuera de sentido, y así estuvo por una pieza, que no sabía de sí; mas después que en sí tornó, miró por la puerta de la cámara y vio que todo el fuego era muerto, y en medio della estaba un sepulcro grande y muy alto, que el cobertor dél llegaba casi al cielo de la cámara y era muy negro. Don Cristalián se llegó a él y estuvo escuchando, y oyó unas voces muy delicadas, como de persona que se le acababa la vida. Él miró por una parte y por otra, y vio que el cobertor del sepulcro no tenía cerradura, y desto fue él muy ledo, y arrimose a una parte dél y puso tanta fuerza que movió el cobertor y lo echó a la otra parte, y así como el cobertor fue apartado, don Cristalián se paró a mirar y vio dentro del sepulcro una doncella tendida, la cual tenía sacados los ojos, y los pies y las manos tenía cortados y puestos cabe sí, y asimismo tenía un vaso grande lleno de la sangre que le había salido. Junto a él estaba un gran caballero armado salvo las manos, con¹⁶³ que usaba de la mayor crueldad que nunca nadie usó: estaba hincado de hinojos y tenía la doncella cabe sí abierta por el lado del corazón, y a la sazón que don Cristalián abrió el sepulcro, el caballero tenía el corazón de la doncella en sus manos, y estábalo partiendo y dábalo a comer a dos canes que allí tenía. Don Cristalián que así vio estar al caballero, fue muy airado contra él y dijole:

—En mal punto, don caballero, cometistes tal villanía contra esta doncella: vos lo compraréis caramente. Y salid presto acá, que se me hace tarde para tomar de vos la emienda.

El caballero volvió la cabeza y comenzose a reír a manera de escarnio, y tomando un gran cuchillo que cabe sí tenía comenzó a despedazar la doncella.

¹⁶³ 1587: ‘co’ (32v).

Como don Cristalián esto vio, con su espada, que en la mano tenía, dio un gran golpe de llano¹⁶⁴ en la cabeza al caballero diciéndole:

—Para Santa María ya desta vez no haréis más crueidades delante de mí. Salid luego acá; si no, muerto sois.

Como el caballero vio que le había herido,¹⁶⁵ muy presto tomó su escudo y su espada en la mano y fuese contra don Cristalián, que ya lo estaba aguardando. Los dos caballeros se comenzaron a herir de muchos y muy pesados golpes, y así anduvieron por una pieza, punando cada uno de tomar la venganza del otro. De¹⁶⁶ don Cristalián os digo que andaba tan ligero y hería tan a menudo, que aunque el caballero era grande y membrudo, él lo traía a toda su voluntad. Como el caballero vio que las sus fuerzas eran pocas contra las de don Cristalián saliose afuera, y tomando un cuerno que colgado tenía del cuello, lo tocó tan fuerte que en gran parte se oyera. Luego fueron ante él los dos canes que ya oístes que cebaba con el corazón de la doncella. Así como los vio, dijoles:

—¡Aquí mis buenos amigos, ayudadme contra este mal caballero!

Como los canes esto oyeron, muy presto arremetieron a don Cristalián; como él los vio contra sí venir, fue muy sañudo contra el caballero, y propuso en su corazón de tomar dél la emienda si pudiese. Los canes lo aquejaban muy malamente, que eran muy grandes y de muchas fuerzas. Don Cristalián hirió a uno de tal golpe que lo partió por medio y luego cayó muerto; el otro can arremetió para él, y dando un salto le trabó del brocal del escudo tan fuertemente con sus recios y agudos dientes que le sacó una gran raja dél; don Cristalián lo hirió por entre las orejas, de manera que la cabeza le hendió y luego fue muerto.

Como el caballero vio los sus canes muertos no tuvo por muy segura la vida y comenzó huir; como don Cristalián lo vio, fue con la espada alta por lo herir en la cabeza, y alcanzándolo, hiriólo de tal golpe que se la hendió hasta los dientes. Luego que don Cristalián este golpe hizo, el caballero se tornó una delicada doncella y cayó muerta en el suelo. Como don Cristalián esta maravilla viese, fue espantado de tal aventura, y dijo:

—¡Grandes son las maravillas que en este palacio veo!

A esta hora salieron de una sala que cerca de allí estaba una dueña anciana y doce doncellas, y comenzaron a hacer muy gran duelo sobre la doncella muerta; mesándose sus cabellos y llorando muy agramente, decían:

—¡Ay Dios, y cómo habemos hoy perdido a nuestra señora por tan gran malaventura!

La dueña anciana dijo a don Cristalián:

—¡Ay mal caballero, y cómo fuiste tan cruel en me matar la cosa del mundo que yo más quería, por cuya muerte para siempre viviré en contíno dolor!

Don Cristalián, que muy espantado estaba mirando lo que oído habéis, le respondió:

—Por Dios, señora, que no tenéis razón de os quejar de mí, que más la tengo yo de me quejar de la mala gente que en este palacio esta; que tal debe ella de ser, pues tales y tantos engaños saben hacer, que por vuestras artes malas habéis

¹⁶⁴ Sin emplear el filo de la hoja.

¹⁶⁵ Golpeado, maltratado.

¹⁶⁶ Suplo'De', como se lee en otros pasajes similares.

tornado ese mal caballero doncella por tener razón para de mí os poder quejar. Pero de vuestra queja no me doy nada, pues sé los engaños que aquí se hacen.

Y diciendo esto las dejó y paso adelante; como la dueña le viese ir, dijo:

—Caballero, mal haya quien estas armas que traes te dio, que tanto daño de ti hoy hemos recibido.

Don Cristalián yendo como oído habéis, entró en una gran cámara, y miró por ella y vio una puerta que con una aldaba estaba cerrada. Él se paró a escuchar por ella para ver si oiría bollicio de gente (que a la sazón no oía cosa alguna): oyó muy gran ruido, y no supo determinar qué ruido podía ser aquél. Abrió la puerta y vio que salía a una corredor pequeño donde estaban grandes maravillas; ca sabed que don Cristalián vio un gran prado, y en él estaba la yerba tan larga como dos codos; esta yerba era toda negra y había unas espigas coloradas. Por medio del prado corría un gran río caudal; el río era de sangre, en medio del cual molían tres ruedas de molino. Y pasando por cabe el río un hombre de los que los molinos regían, don Cristalián le llamó diciéndole:

—Amigo, que hayas buena ventura, mucho te ruego que tú me digas cómo se llama ese lugar adonde tan estrañas cosas veo.

El hombre alzó la cabeza y dijo:

—Porque me pareces buen caballero te quiero decir lo que preguntas: éste se llama el Prado de Dolor; y si más quieres saber de lo que visto has, baja por una escalera de piedra que cabe esa finienda está y verás la más estraña cosa que nunca fue vista, y de mayor dolor.

Don Cristalián se paró a la finienda y vio el escalera y luego descendió por ella; como abajo fue, el hombre le dijo:

—Seguidme.

Y diose de andar, y no tardó mucho cuando se entró por un bosque muy espeso diciendo a don Cristalián:

—Caballero, quiero que veáis la mayor crueldad que nunca vistes.

Entre el río y el bosque vio más de cien hombres con sus grandes cuchillos en las manos, que no tenían otro oficio sino degollar doncellas, y de la sangre que les salía iba el río tan teñido que al parecer de quien lo miraba todo era de pura sangre; el campo todo estaba cubierto de doncellas, y todas ellas haciendo muy gran duelo, como quien tan cerca estaba de la muerte. Los cien hombres que ya oístes no hacían sino, así como la sangre de cada una dellas era salida, luego la abrían y le sacaban el corazón. Aquel hombre que con don Cristalián iba, y otros, no tenían otro oficio sino llevar de aquellos corazones y echarlos a moler en los molinos que abajo os contamos que estaban. Andaban cinco caballeros entre los cien hombres dándoles mucha priesa. Como don Cristalián viese cosa de tanta crueldad fue movido a mucha compasión, y dijo a uno de aquellos caballeros:

—Decidme, ¿por qué hacéis aquí cosa de tanta crueldad?

—Y ¿para qué lo queréis vos saber? —dijo el caballero.

—Para quitar esta mala costumbre que aquí tenéis.

El caballero le tornó a mirar y le dijo:

—¿Quién sois vos, que tanto atrevimiento tenéis en vuestras palabras?

—Soy un caballero estraño que por el mundo ando buscando las aventuras, y pues Dios aquí me trujo, no me pasará que no quite el tuerto que a estas doncellas aquí se hace.

—¿Cómo lo quitaréis vos? —dijo el caballero.

—Agora lo veréis —dijo don Cristalián.

Y luego dijo a los hombres que a las doncellas cortaban las cabezas:

—Ninguno de vos no sea osado de poner mano en las doncellas; si no, sepa que luego será muerto.

Como las doncellas así oyeron hablar a don Cristalián todas se humillaron ante él pidiéndole que hubiese duelo dellas. Un hombre de los ciento trabó de una dellas para la llevar a degollar; don Cristalián le dijo:

—Déjala; si no, muerto eres.

El hombre le respondió:

—Ya por vos no dejaré yo de hacer lo que mi señor me manda.

Y como esto dijo, don Cristalián le dio de llano con el espada en la cabeza tal golpe que los sesos le hizo salir por las narices. A esta hora salieron los cinco caballeros, todos muy bien armados, y delante dellos iba un jayán tan desemejado que espanto ponía a quien lo miraba. Éste dijo, con voz muy airada:

—Caballero, en la batalla eres por el atrevimiento de tus palabras más que no por el hombre que de los míos has muerto.

—En la batalla seré yo de grado —dijo don Cristalián—. Y agora pluguiese a Dios que tú fueses el señor desta morada para tomar de ti la emienda por estas doncellas que tan gran tuerto de ti reciben.

—Pues sábete que yo soy, y por mi pasatiempo esto que visto has mando hacer. Y por que veas en cuánto te tengo, yo no me quiero combatir contigo; porque si tú por mi mano mueres, no se podría llamar muerte, según la honra dello te vernía.

Y luego se apartó y mandó a uno de los cinco caballeros que se combatiese con él y que en ninguna manera dél hubiese merced, sino que luego le cortase la cabeza. Don Cristalián le dijo:

—Menos la habré yo dellos y de ti.

Y diciendo esto¹⁶⁷ se fue para el caballero, que ya junto a él estaba, y comenzáronse a herir de tales y tantos golpes que a poca de hora el caballero andaba muy mal herido; traía las armas rotas por todas partes, y la carne asimismo, y perdía mucha sangre. Como don Cristalián tal le viese, diole un tal golpe en la cabeza, que se la hizo dos partes y luego cayó el caballero muerto. Como el jayán esto viese, mandó a los otros cuatro que todos juntos le acometiesen, y así lo hicieron como su señor lo mandó. Don Cristalián los atendió con su espada en la mano, y todos de consuno le comenzaron a herir, y a grandes voces decían:

—¡Muera, muera, pues en presencia de nuestro señor se ha dejado¹⁶⁸ decir palabras de tanta soberbia!

Don Cristalián que para sí no quería lo peor, andaba tan ligero, hiriendo a diestro y a siniestro, de tal manera que al que a derecho alcanzaba no había menester maestro. Así que en muy poco rato ya tenía los dos a los pies muertos, y

¹⁶⁷ 1587: ‘este’ (33v).

¹⁶⁸ Se ha permitido, ha osado.

los otros dos tan mal heridos y tan espantados de los duros golpes que don Cristalián daba, que no lo osaron esperar: tan cruelmente los hería. Y volviéndole las espaldas se fueron adonde su señor estaba; el jayán que así los vio venir, fue demasiadamente sañudo, y dijo en alta voz:

— ¡Oh caballero venturoso, pues que la Fortuna te ha sido tan favorable que los tus días feneciesen por mis manos, guárdate de mí como de tu mortal enemigo!

Y diciendo esto¹⁶⁹ abrazó su escudo y tomó su espada alta en la mano y esgrimiéndola¹⁷⁰ muy fuertemente se vino para don Cristalián, el cual lo estaba aguardando, y así, se acometieron de duros y muy pesados golpes. Duró entre ellos la batalla cerca de un hora, que al parecer de quien los miraba, en ninguno dellos parecía quién llevaba lo mejor. Traían las armas todas rotas, y las lorigas desmalladas y el campo todo cubierto de rajitas de los escudos, y asimismo tinto de la mucha sangre que de las heridas les salía. A don Cristalián le creció mucha saña en ver que tanto le duraba aquella batalla, y alzando el espada dio un golpe al jayán en el escudo con tanta fuerza que fue hecho dos partes. Como el jayán se vio sin escudo no se tuvo por muy seguro, y arrojando lo que en las manos le quedaba arremetió para don Cristalián por le tomar entre sus brazos. Don Cristalián, que muy ligero era, dio un salto al través y hiriólo en el brazo derecho, acertándole por entre el armadura, de tal manera que el brazo le echó en el suelo. Como el jayán tan mal herido se vio, dio una gran voz diciendo:

— ¡Ay captivo, que muerto y escarnido soy por un solo caballero!

No acabó de decir esto cuando don Cristalián le dio otro golpe en el muslo que casi se le cortó, de que el jayán sintió tal dolor que luego cayó en el suelo como muerto. Don Cristalián que así lo vio, fue presto sobre él, y cortándole las enlazaduras del yelmo, y tras ellas la cabeza, dijo:

— Ya Dios no me ayude si desta vez yo llevo la honra de ser muerto por tu mano.

Esto hecho, luego se levantó dando muchas gracias a Dios por la victoria que le había dado, y limpiando su espada la metió en la vaina y volvióse a mirar por las doncellas: vio que se habían tornado unos cuervos negros, y todos fueron sobre el jayán y los cinco caballeros y muy presto con sus picos los desarmaron y a muy gran priesa fueron todos comidos, y cada uno de los cuervos tomó su hueso en el pico y se fueron volando. Don Cristalián que mirándolos estaba, fue maravillado de lo que visto había, y luego miró por los hombres que las doncellas degollaban y no los vio, y asimismo miró por el río y no vio señal dál. Desto fue don Cristalián muy espantado, y dijo:

— Por cierto, cosas muy extrañas he visto en este palacio: no sé el fin que tengo de haber.

Luego se miró si tenía alguna llaga que de pelear le estorbase si otra alguna batalla se le recreciese, y vio que no había llaga que daño le hiciese, y así, se dio de andar por aquel bosque adelante. Miró a una y a otra parte y vio que todo estaba cercado, que no había por donde salir; las paredes eran tan altas por todas partes,

¹⁶⁹ 1587: ‘este’ (34r).

¹⁷⁰ 1587: ‘esgrimiendo’ (34r).

que parecían llegar al cielo. Don Cristalián fue muy triste de se ver así encerrado, y lo que más pena le daba era ver que la mayor parte del día era pasada.

Estando como oído habéis, no sabiendo qué hacer de sí, súbitamente fue arrebatado y llevado en el aire, y al parecer de don Cristalián, en tanto como abrir y cerrar el ojo fue puesto en un muy deleitoso jardín, tan fresco, que de las yerbas y flores que tenía salía un tan suave olor que a don Cristalián le parecía estar en el Paraíso. Y miró a un cabo y a otro y vio a la una parte del jardín una finiestra con una gran reja de hierro; la finiestra era tan grande que llegaba desde el suelo hasta estado y medio de altura. Don Cristalián se paró a mirar por ella y vio que en una gran sala que dentro estaba se andaba paseando un hermoso doncel. Don Cristalián se le paró a mirar y pareciole no haber visto más linda criatura, y dijole:

— Hermoso doncel, que hayáis tal ventura como beldad Dios en vos puso, mucho os ruego que me digáis a qué parte deste palacio está el aposento de la emperatriz Cristalina.

Como el doncel lo vio así hablar, llegose a la reja, y fue muy espantado de ver en tal lugar aquel caballero. Sabed que aquel hermoso doncel era el infante Lucescanio, y como vio a don Cristalián tuvo pensamiento que era el emperador su padre (que ya él tenía mucha noticia dél y de su alta caballería, según la emperatriz su madre le había dado las nuevas), y con mucha alteración le dijo:

— Caballero, por la fe que a Dios debéis, que vós me digáis quién sois, porque tengo deseo de os conocer.

Don Cristalián le dijo:

— Quienquier que yo sea, tengo mucha voluntad al servicio de la emperatriz, y si vos adonde yo la pueda ver me lleváis, presto sabréis quién soy. Y si esto no puede ser, yo os diré mi nombre:

— Muchas mercedes —dijo el doncel—; pero a mí me pesa por no tener yo el poder para hacer lo que me mandáis, por cuanto la emperatriz ha tal guarda que si yo hiciese vuestro ruego, vos y yo seríamos muertos.

— Agora me decid —dijo don Cristalián— quién la guarda.

— Sabed que es un monstruo muy espantable, de grandeza de un elefante. Tiene la cabeza a manera de can, y cuernos agudos; las manos y uñas, de águila, y asimismo tiene los pies abiertos por delante, a manera de toro, y en la cola, que muy larga es, tiene una uña como dos palmos; es tan recia como si fuese de hierro, aguda a manera de puñal; hiere con ella, que no hay armadura, por recia que sea, que no despedace; tiene recios y muy fuertes colmillos. Enojase muchas veces, que no hay cosa que delante se le pare, que no la haga luego pedazos. Dicho os he lo que me preguntastes.

— Hermoso doncel —dijo don Cristalián—, yo os lo agradezco mucho, y más os lo agradecería si me pusiesedes en parte que yo le pudiese ver.

— Y ¿para qué lo queréis ver? —dijo el infante.

— Para sacar del mundo cosa tan mala.

El doncel que esto le oyó decir, fue muy espantado, y tuvo pensamiento verdaderamente que aquél era su padre, según las maravillas dél¹⁷¹ había oido decir que por el mundo había acabado. Luego le dijo:

¹⁷¹ Como en otros casos, se omite ‘que’.

—Señor caballero, lo que yo puedo hacer por vos será irme adonde la emperatriz mi señora está, dejando esta puerta abierta por donde podáis entrar.

Don Cristalián se lo agradeció mucho, y el infante quitó muy poco una gruesa aldaba que estaba en la reja y se despidió del caballero, y se fue adonde la emperatriz estaba y contole lo que con el caballero había pasado y cómo le dejaba la puerta abierta. Como el infante Lucescanio esto dijo, la emperatriz fue demasiadamente alegre pensando que era el emperador Lindedel, y luego hincó los hinojos en el suelo y dijo al infante y a su ama que lo mismo hiciesen, rogando a Dios que guardase aquel caballero del poder de aquella bestia fiera.

Capítulo XVIII

De cómo el príncipe don Cristalián hubo batalla con el monstruo y de lo que allí le acaeció.

COMO el infante Lucescanio abrió la reja, don Cristalián estuvo aguardando una pieza, hasta que él vio que ya el doncel sería con la emperatriz, y luego abrió la reja lo más poco que pudo, y como dentro en la sala fue, anduvo por ella hasta entrar por una puerta que al cabo della estaba, que salía a un corredor, y al cabo dél vio estar otra puerta, y cerca della el monstruo echado, durmiendo. Como don Cristalián le vio, fuese para él lo más poco que pudo, y cuando cerca fue, el monstruo alzó la cabeza, y como vio a don Cristalián, muy presto se levantó. Don Cristalián le miró y rogó a Dios en su corazón que lo librarse de aquella bestia, e diciendo esto embrazó su escudo y tomó su espada en la mano y arremetió con el monstruo, que ya él venía a muy gran priesa.

El monstruo le dio tal encuentro con la cabeza y sus agudos cuernos, que diera con él en el suelo si no fuera por una pared del corredor donde don Cristalián se arrimó; pero como era el caballero del mundo más ligero, así como el encuentro recibió, muy presto salió de entre sus cuernos y le dio un gran golpe en la pierna izquierda que se la cortó. Cuando el monstruo se vio tan mal herido comenzó a dar tan grandes aullidos que espanto ponía a quien los oía; daba grandes saltos en los tres pies por coger a don Cristalián entre sus fuertes uñas, pero él se guardaba bien, y andaba a una y a otra parte por cortarle la otra pierna si pudiese. Y Dios lo guio tan bien que le acertó un golpe en la una espalda,¹⁷² que casi toda se la derribó. Como el monstruo viese tan cerca de sí a don Cristalián, asióle con la una mano por el brazo del escudo, y quebrándole el tiracol¹⁷³ se lo sacó del cuello, y luego le asió con la otra del muslo derecho y con sus fuertes uñas se lo desarmó y le hizo una gran llaga. Y como el monstruo ya no podía andar de la mucha sangre que del espalda y de la pierna le salía, don Cristalián salió muy presto de entre sus manos, y fue tan airado de se ver tan mal herido, que tornó sobre él (que ya en el suelo estaba tendido dando grandes aullidos) y metióle la espada hasta la cruz, por la

¹⁷² Escápula, omóplato.

¹⁷³ Correa con que se colgaba del cuello.

misma herida de la espalda, que le atravesó el corazón. El monstruo dio un tan gran gemido que todo el palacio pareció que hizo temblar, y luego fue muerto.

Como don Cristalián esto vio, hincó los hinojos en el suelo lo mejor que pudo y dio muchas gracias a Dios por la victoria que le había dado contra aquella bestia. Luego que el monstruo fue muerto todos los encantamientos del Palacio Bramador fueron deshechos, y la emperatriz Cristalina y su ama cayeron en tierra amortecidas del espantoso gemido que el monstruo dio, y el infante Lucescanio (que de grande y muy esforzado corazón era) estaba echando agua en el rostro a la emperatriz. Ella tornó muy espantada; el infante le dijo:

—¿Qué es esto, señora? Agora que el monstruo es muerto mostráis tanta flaqueza?

Como la emperatriz esto oyó, dio muchas gracias a Dios, y dijo:

—Hijo mío, ¿qué fue del caballero que lo mató?

—No sé —dijo Lucescanio—, que con el desmayo de vuestra majestad no he ido a lo ver.

Ya el príncipe don Cristalián entraba por la puerta; como la emperatriz lo vio, muy presto se levantó, y don Cristalián se humilló ante ella por le besar las manos, mas la emperatriz no se las quiso dar, antes le hizo levantar y le dijo:

—Buen caballero, decidme quién sois, que en la devisa que en las armas traéis creo yo que no sois el emperador mi señor.

—Quienquier que yo sea —dijo él—, no tengo otro deseo sino de os servir, y esto me hizo venir a estas partes en la vuestra busca.

La emperatriz le vio la mucha sangre que de la pierna le salía, y díjole:

—¡Ay caballero, y como venís herido!

El infante le quería ayudar a desarmar; don Cristalián no lo consintió, diciendo que no estaba en parte tan segura que las armas se pudiese quitar.

—Ya no hay de qué temer —dijo la emperatriz—, pues el monstruo es muerto; que yo sé bien que todos los encantamientos deste palacio son ya deshechos, que así me lo dijo el sabio Algamaz que aquí me trujo.

—Pues que así es —dijo don Cristalián—, yo quiero hacer vuestro mandado.

E luego se desenlazó el yelmo y se le quitó. Cuando la emperatriz le vio tan hermoso y tan niño no podía pensar quién fuese (que no lo conoció porque nunca lo vio sino cuando lo parió), y díjole:

—Caballero, por la fe que a Dios debéis y a la cosa del mundo que más amáis, que vós me digáis quién sois.

—Mal lo haría yo, mi señora —dijo él—, si en todo no hiciese vuestro mandado: yo soy don Cristalián vuestro hijo.

Cuando la emperatriz tal oyó, fuelo abrazar con las lágrimas en los ojos: tan demasiado fue el placer que sintió. E dijo, teniéndole consigo abrazado:

—¡Oh hijo mío, que no podías tú ser peor que tu padre! Agora, mi amado hijo, me decid, ¿adónde dejastes al emperador?

—No lo sé —dijo don Cristalián—, que nunca lo vi.

Mucho fue triste la emperatriz de oír aquellas nuevas, y díjole que cómo no había visto a su padre en tanto tiempo como había que ella estaba en aquel palacio.

—Porque está en poder del sabio Doroteo —dijo don Cristalián— y nadie no ha poder de verlo, que dicen que lo tiene encantado, por que no se le acabase la vida con el vuestro deseo.

Como la emperatriz estas nuevas oyese las lágrimas le vinieron a los ojos otra vez, y dando un suspiro dijo:

—¡Oh emperador Lindedel, y cuánta razón tengo yo de os amar sobre todas las cosas del mundo!

Don Cristalián la estaba mirando, y era muy espantado de ver la su gran hermosura, y decía en su corazón que con razón su padre el emperador Lindedel había acabado tan extrañas aventuras en servicio de tan hermosa doncella como la emperatriz lo debía de ser en aquel tiempo. Estando así hablando llegó el infante Lucescanio, y humillándose ante don Cristalián le pidió las manos para se las besar; don Cristalián le abrazó (que gran placer había de lo ver tan hermoso y tan bien tallado). La emperatriz hizo desarmar la pierna a don Cristalián, y con un paño le apretaron la llaga y luego se tornó a poner el armadura.

Luego que el monstruo fue muerto toda la montaña se desencantó y el emperador Lindedel fue en todo su sentido; asimismo el rey de Romanía. A esta hora entró por la tienda del emperador el sabio Doroteo y le dijo:

—¡Ea, mi señor, que ya es en el vuestro poder la emperatriz Cristalina! Y si la ver queréis, seguidme.

Como el emperador esto oyó, como hombre fuera de sentido de placer de lo que oía se fue con el sabio. La jayana, mujer de Doroteo, entró en la tienda del rey de Romanía, y como él la viese, díjole:

—Buena dueña, mucho os ruego que me digáis en qué parte estoy.

—Adonde veréis a vuestro hijo el príncipe Bores de Mar —dijo la jayana—; y si lo ver queréis, venid comigo.

Como el rey esto le oyó fue demasiadamente ledo, y dijo:

—Vamos a doquiera que yo vea a mi amado hijo.

Y así, se salieron de la tienda y la jayana lo guio¹⁷⁴ hacia donde su marido y el emperador iban, y como el sabio Doroteo vio a su mujer y al rey, dijo al emperador:

—Mi señor, veis allí al rey de Romanía, si lo oístes decir,¹⁷⁵ que de la misma manera que vos ha estado gran tiempo en esta montaña. Yo le hice esta buena obra porque es uno de los buenos hombres que hoy son en el mundo, y por que no muriese con deseo de ver un solo hijo que Dios le dio, que perdido tenía, le encanté en esta montaña.

—Yo lo vi cuando aquí entré —dijo el emperador.

—Honralde mucho —dijo Doroteo—, que muy bien lo merece.

El rey de Romanía llegó, y ya la jayana le había dicho cómo aquél era el emperador Lindedel de Trapisonda, y humillándose ante él, él asimismo se humilló al rey. El sabio Doroteo dijo al emperador:

—Mi señor, por la mano de su hijo deste rey fue armado caballero el príncipe don Cristalián, el cual ha nombre Bores de Mar, porque no hay otro a la sazón en el mundo que más que él valga, fuera de vos y de vuestro hijo el príncipe; y la

¹⁷⁴ 1587: ‘guia’ (35v).

¹⁷⁵ Expresión equivalente a ‘del que quizás ya habéis oido hablar’.

orden de caballería que él le dio será muy bien empleada, por cuanto por la mano de don Cristalián ha de ser puesto en toda su alegría.

—¿Adónde es mi hijo? —dijo el rey.

—Vos lo veréis más presto de lo que cuidáis —dijo Doroteo.

Y así, se fueron al Palacio Bramador. Yendo el sabio Doroteo contando al emperador y al rey las grandes maravillas en armas que el príncipe don Cristalián había hecho en aquel palacio, el emperador y el rey fueron espantados de cómo siendo tan niño pudo sufrir tanto afán

—Alto y grande ha sido el principio de su caballería —dijo Doroteo—, y grandes son las maravillas que por el mundo ha de hacer. Y si Dios a mí me da la vida, yo lo escribiré todo por que dél quede memoria en el mundo para siempre jamás. Y esto quiero yo hacer por servir a vuestra majestad y al príncipe vuestro hijo.

El emperador le dio muchas gracias por el trabajo que quería tomar, y díjole que él le prometía que su afán no sería perdido. Doroteo se le humilló, y pasando adelante llegaron a las puertas del Palacio Bramador y vieron el caballo del príncipe que a un árbol estaba arrendado, y a otra parte vieron el león que arriba vos contamos que su contienda tenía con el toro, que aguardando estaba a don Cristalián porque, según dijo el sabio Doroteo, aunque el príncipe estuviese en el palacio un año el león de allí no se movería, ni en cuanto el león viviese jamás de don Cristalián se partiría.

—¡Grandes maravillas son éstas! —dijo el rey de Romanía.

Y así, se entraron por el palacio sin que nadie enojase, y anduvieron por él hasta que llegaron al aposento adonde la emperatriz estaba, de la manera que ya oístes, hablando con su hijo. Como don Cristalián sintiese venir gente, muy presto se levantó y abrazó su escudo, y tomando la su buena espada en la mano se salió a la puerta de la sala. La emperatriz, muy turbada, se levantó, y como el sabio Doroteo le viese salir de tal manera, díjole

—Caballero, teneos allá, que aquí no venimos a os dar afán, que basta el que habéis tomado. Nuestra venida es a daros mucho placer, y asimismo muchas gracias por lo que habéis hecho.

Como la emperatriz viese que don Cristalián no se combatía, llegose a la puerta de la sala y vio al emperador Lindedel que entraba. Como ella le viese, fue tan demasiado el placer que sintió, que iba a dar consigo en el suelo si el emperador no la tomara en sus brazos (que no menos alteración sintía de ver en su poder la cosa del mundo que más amaba), y así estuvieron por una pieza que no se podían hablar palabra: tanta alegría sentían en sus corazones aquellos que de tan verdadero amor se amaban. El emperador dijo:

—Mi señora, a Dios doy infinitas gracias por la merced que sin yo lo merecer su divina clemencia me ha hecho en darmelugar para que mis ojos os viesen.

La emperatriz le respondió, con las lágrimas en los ojos (que del gran placer que tenía no las podía resistir):

—Mi señor, Dios milagrosamente ha usado comigo de mucha piedad en poder yo vivir sin la vuestra vista.

El sabio Doroteo les dijo:

—Mis señores, harto lugar os queda para contar el trabajo que cada uno de vos ha pasado.

Y dijo al emperador:

—Mirad ese caballero que está ante vos de hinojos.

El emperador le alzó; besándole en el rostro y dándole su bendición, le dijo:

—Mi amado hijo, paréceme que Dios, que tan hermoso os hizo, os dio cumplimiento de todo bien.

El príncipe le besó las manos y se levantó por dar lugar al infante Lucescano, que aguardándole estaba, y como el infante llegó, el emperador le abrazó y besó en el rostro, que no tenía menos deseo de lo ver que al príncipe. El rey de Romanía se humilló ante la emperatriz por le besar las manos, y ella lo hizo levantar preguntando al emperador que quién era aquel caballero, que ella no lo conocía.

—No es maravilla —dijo el emperador—, que nunca lo vistes. Este caballero es el rey de Romanía, que en esta montaña encantada estaba.

El emperador le contó de la manera que el sabio lo encantó, como oído habéis. El sabio dijo al príncipe:

—Mi señor, necesidad tenéis de ser curado de esa llaga de la pierna.

Y luego se la desarmó y hallóselas hinchadas: puso en ella medicinas con que el gran dolor que sentía se le quitó. Esto hecho, Doroteo dijo al emperador:

—Mi señor, ¿qué es lo que vuestra majestad manda que hagamos?, que el rey de Romanía es razón que vea a su hijo, que otro no tiene.

Luego el emperador tomó a la emperatriz por la mano, y sus hijos delante, así se salieron del palacio. Como el león (que a la puerta aguardando estaba) viese a don Cristalián, levantose y fue para él, que junto a la emperatriz venía, y como ella lo vio tan reciamente venir contra sí, aína fuera muerta de espanto si no fuera por el emperador, que le dijo:

—No temáis, mi señora, que el león conoce a vuestro hijo don Cristalián.

Y contole cómo el príncipe le había hallado con el toro. Como llegaron adonde don Cristalián había dejado el caballo, como él vio a su señor comenzó a relinchar; el emperador dijo al príncipe:

—Hijo, hermoso caballo tenéis.

—Muchas gracias doy yo al sabio Doroteo —dijo don Cristalián.

—Mayores me las daréis cuando conociéredes el servicio que yo os hice —dijo Doroteo—, que jamás lo perderéis; ca grandes fuerzas y ligereza tiene, y grande entendimiento.

Mucho fue ledo don Cristalián de oír tan buenas nuevas de su caballo. El sabio Doroteo lo desató, y el mismo caballo se iba tras ellos sin que nadie lo guiase, y así, se dieron de andar por la montaña adelante. Al tiempo que della salieron ya era casi de noche; Belsael que salir los vio, dijo a Bores de Mar:

—Mi señor, la aventura¹⁷⁶ es acabada del Palacio Bramador, y veis aquí al emperador y emperatriz.

Como Bores de Mar los viese venir, muy presto se fue para el príncipe, y abrazándole, dijo:

¹⁷⁶ 1587: ‘ventura’ (36r). Ambos vocablos llevan implícito el azar, pero ‘aventura’ implicaba peligro, o como mínimo enorme extrañeza, en tanto que ‘ventura’ valía por casualidad feliz.

—Vos, mi señor, y no otro, había de ser el que a esta aventura diese cima.

Y volviendo la cabeza vio al rey su padre. Desto fue muy espantado (que él no sabía nada de lo que Doroteo había hecho con el rey), y fue a besar las manos al emperador y emperatriz maravillándose mucho de la su gran hermosura. Esto hecho, humillose ante el rey su padre; él lo abrazó y besó en el rostro diciéndole:

—Mi amado hijo, a Dios doy yo infinitas gracias, pues tan buen fin ha dado en mis hechos.

Y allí le contó cómo el sabio Doroteo le había encantado en aquella montaña por que no muriese con deseo de la su vista. Bores de Mar dio muchas gracias a Doroteo por el bien que a su padre había hecho. El sabio dijo al emperador y emperatriz:

—Mis señores, aquí nos conviene quedar esta noche.

—Así me parece —dijo el emperador—, según el despoblado por aquí hay.

Doroteo dijo a su hija si tenía algo que les dar que cenase.

—Sí —dijo Belsael.

Y luego se entraron en el dragón y diores de lo que tenía, y allí cenaron con mucho placer, aunque no con aquellas grandes vajillas de plata y de oro como a sus reales personas convenía. Acabado que hubieron de cenar llegó Libanor (que de la doncella se había partido por aquellos campos), y como él viese aquella hermosa compañía, luego vio lo que podía ser, y con demasiada alegría se fue a su señor por le besar las manos; el príncipe le dijo:

—Amigo, levántate y habla al emperador.

Libanor se fue a humillar ante el emperador y emperatriz y besoles las manos; el emperador preguntó al sabio que quién era aquél; Doroteo le dijo que había nombre Libanor, y que era escudero del príncipe don Cristalián y «uno de los mejores del mundo y que mejor y más lealmente le servirá. Y no puede él hacer menos, según el alto linaje de donde viene».

—Decidnos quién es.

Doroteo les dijo cómo era hijo de un hermano bastardo del rey de Inglaterra, «primo cormano de don Velarte, que vós muy bien conocéis».

Y como esto oyó el emperador, llamolo y díjole:

—Por amor de vuestro cormano don Velarte es razón que todos os hagamos muchas mercedes.

Libanor le tornó a besar las manos, y asimismo estuvieron una pieza hablando en lo que más les agradaba, y cuando fue hora de dormir, el emperador y emperatriz se quedaron en el dragón y todos los otros se albergaron al pie de aquella montaña. Bien se puede creer que el emperador y emperatriz durmieron muy poco de la noche contándose el uno al otro el mucho afán que habían pasado todo el tiempo que habían estado ausentes.

Venido que fue el día, ellos se salieron del dragón y vieron venir por vna carrera que junto cabe la montaña estaba una doncella en un palafrén a muy gran priesa; traía en su compañía dos escuderos, y el uno dellos traía de diestro dos hermosos caballos y el otro traía tres palafrenes ricamente guarnidos. Todos se la pararon a mirar, y así como ante ellos llegó, se apeó y les dijo:

—¿Es aquí el emperador Lindedel?

—Yo soy —dijo él.

La doncella se humilló y le besó las manos, y le dijo:

—Serenísimo emperador, mi señora Membrina¹⁷⁷ os manda por mí besar vuestras reales manos, y asimismo las de la emperatriz Cristalina, y hace saber a vuestra majestad cómo ella supo por sus artes la libertad vuestra y de la emperatriz, y que al presente vio que otra mayor necesidad aquí no había sino destos caballos y palafrenes: suplica a vuestra majestad que aunque el servicio es pequeño lo reciba, que otro deseo no tiene sino de os servir.

—Buena doncella —dijo el emperador—, a vuestra señora agradezco yo tanto la voluntad que me tiene cuanto es razón. Y decilde de mi parte y de la emperatriz que cuando seamos en Trapisonda nos venga a ver, pues sabe el placer que con la su vista habremos, y que entonces le daremos las gracias de este servicio que en tiempo de tanta necesidad nos ha hecho.

La doncella besó las manos a la emperatriz, y se volvió al sabio Doroteo y le dijo:

—Señor Doroteo, mi señora Membrina me mandó que os diese sus saludes y que la tengáis por vuestra verdadera amiga, y que tiene deseo de la vuestra vista, pues tanto bien por el vuestro gran saber al mundo ha venido.

—Doncella —dijo el sabio Doroteo—, decid a vuestra señora que yo soy el que la mucho amo, y que tengo gran tiempo ha noticia del su gran saber; que yo, por cuanto lo merece, la iré a ver a la su Ínsula de las Maravillas.

La doncella se despidió del emperador y emperatriz y subió en su palafrén, y sus escuderos con ella, y tomó el camino de la Ínsula de las Maravillas, e llegada que fue, dijo a su señora el mandado que del emperador llevaba, y ella holgó mucho de lo oír, y propuso en su corazón de los ir a ver en sabiendo que estaban en Trapisonda. Así como la doncella de Membrina fue partida, el sabio Doroteo dijo al emperador y al rey de Romanía:

—Mis señores, tiempo es que vamos de aquí.

—Vamos —dijeron ellos.

Y luego subieron a caballo, y el sabio Doroteo dijo a su hija y a su mujer que se entrasen en el dragón y se fuesen a la Ínsula del Deseo, adonde él hacía su habitación; ellas hicieron su mandado. Aquellos señores tomaron su camino para Costantinopla, durmiendo dos noches por aquellos campos, y un día a hora de vísperas llegaron a una abadía con muy gran calor y fueron muy bien recibidos de los monjes y allí les hicieron todo buen servicio, y no podían pensar quiénes fuesen aquellos caballeros y aquella hermosa dueña. Doroteo pidió a los monjes que por caridad le diesen un lecho para un caballero que allí traían herido, y luego les fue dado un rico lecho en que don Cristalián fue echado, porque venía muy fatigado del camino. El sabio Doroteo le curó y hallole la llaga algo enconada, y díjole:

—Mi señor, no os levantéis de ahí hasta que, mediante Dios, seáis guardio.

Por lo cual allí se detuvieron ocho días. En este tiempo que oído habéis el príncipe don Cristalián estaba bueno para poder hacer de sí a su voluntad, y como el sabio Doroteo tal lo vio, un día dijo al emperador:

¹⁷⁷ 1587: 'Bembrina' (36v).

—Mi señor, ya podemos todos ir de aquí. A Dios muchas gracias, que tan buen fin ha dado en nuestros hechos. Yo me quiero ir para mi tierra, si vuestra majestad me da licencia.

—Vos podéis hacer a vuestro placer, pues que la vuestra voluntad no es de ir con nosotros.

—Ya yo no soy menester —dijo Doroteo—: vos, mi señor, lleváis en la vuestra compañía los dos mejores caballeros que a la sazón hoy hay en el mundo.

Como el emperador vio que su voluntad era de se ir, díjole:

—Amigo Doroteo, yo no quisiera que de mí os partiérades hasta que yo os diera el galardón de lo mucho que por mí habéis hecho; pero pues que así es, allá en Trapisonda nos veremos.

El sabio le respondió que así lo haría como él lo mandaba, y luego se despidió del emperador y emperatriz y del rey de Romanía y príncipe y infante. E al tiempo que del infante se despidió le dijo:

—Lucescanio, a la sazón vuestro hermano es el mejor caballero que hay hoy en el mundo, pero si Dios os deja llegar a tomar orden de caballería seréis el segundo, y a todo lo que comenzáredes daréis cima.

Despedido que fue de todos, el sabio Doroteo subió en su caballo, y el príncipe don Cristalián en el suyo y fuese en compañía de Doroteo cuanto una milla. En este tiempo don Cristalián le rogó muy ahincadamente que le dijese quién era la doncella por quien traía la devisa que en sus armas le había dado.

—Don Cristalián —dijo Doroteo—, ésta es la más alta doncella que hoy hay en el mundo nacida y de más estraña hermosura. Un gran sabio la puso por nombre Penamundi al tiempo de su nacimiento, por razón de la pena que había de dar a todos cuantos la miraban. Era tan grande la su hermosura, que siendo de edad de doce años murió de sólo verla el príncipe de Talenda, y fue desta manera: que estando ella en casa de su padre vino aquel príncipe de su tierra sólo por la ver, y así como la vio, fue tan herido de sus amores, que preguntó a un sabio que a la sazón cerca dél se halló: «Dime amigo, ¿es nacido caballero en el mundo que a mí me quite que yo no haya esta que Dios con sus propias manos pintó y la su voluntad fue de la hacer tal para que muchos con la su vista muriesen?». El sabio le respondió: «Mi señor, no os trabajéis de la haber, que en balde será vuestro afán; que no solamente a vos, pero a todos los del mundo la quitará el que a toda la hermosura del mundo, que es esta doncella, ha de haber en su poder». «¿Eso es cierto?», dijo el príncipe. «No habrá otra cosa», dijo el sabio. Tan gran dolor sintió, que allí ante esta hermosa doncella y sus padres se le rasgaron las entrañas y luego murió, y desto hubieron muy gran pesar todos los que en el palacio estaban, y no podían pensar qué cosa le pudiese venir que tan presto le quitase la vida. E porque yo, mi señor, no sé si os veré tan presto, quiero deciros todo lo que deseáis saber. Los caballeros del príncipe de Talenda lo llevaron a su tierra muerto; así en el palacio del rey su padre como en todo el reino fueron hechos muy grandes llantos por la su muerte. El padre deste príncipe había una hermana doncella, cuyo nombre era la infanta Danalia: ésta es muy gran sabia en las artes, y por ser tan sabia nunca se quiso casar. Hubo tal dolor de la muerte de su sobrino, que en venganza della hizo lo que aquí oiréis. Fuese al imperio de Persia, que era de su padre de la princesa Penamundi, y entró en la ciudad de Larenta, adonde a la

sazón el emperador estaba, y hizo en ella sus signos y encantamientos, de tal arte, que al parecer de quien la miraba toda la ciudad fue tornada un lago. Como esto hubo hecho, dijo: «Ahí quedarás, princesa Penamundi, adonde no des tan mal galardón a los que ver te desean como a mi sobrino diste. Ahí estarás hasta que venga aquel que la su gran bondad de armas iguale con la tu gran hermosura: este tal terná poder para librarte dese encantamiento». Agora sabed que esta infanta dejó en medio de aquel gran lago una espada que en el aire se sostiene, maravillosamente buena y de rica guarnición. El caballero que por su alta caballería aquella espada de allí pudiere tomar sepa que con ella acabará aquella grande aventura, y en pago del afán que tomare, la princesa Penamundi lo recibirá por su caballero; y punad vos, mi señor, de la tomar, por que sea vuestra la mayor honra que nunca caballero alcanzó. Yo, mi señor, os he dicho lo que deseábades saber: ya es tiempo que os volváis adonde el emperador vuestro padre está.

El príncipe le dijo:

—¡Ay amigo Doroteo! Y ¿sabéis vos cierto que soy yo ese caballero para quien está guardada tanta buenaventura?

—No sé —dijo Doroteo— si verná otro que más que vós valga. Sé yo que muchos caballeros se van allí a probar, pero vales mal, que quedan muy avergonzados, que así como acometen a tomar el espada y no son tales que a la hermosura de la princesa Penamundi igualen en su caballería, súbitamente quedan colgados de los cabellos, y de allí no se pueden librar hasta que el tal caballero venga que dé cima a esta aventura.

Doroteo bien sabía que para don Cristalián estaba guardada; pero no se lo quiso decir, antes le dijo que se volviese luego, que lo estaba esperando el emperador.

—Quiero hacer lo que me mandáis —dijo don Cristalián—, aunque por agora más agradable fuera a mí ir en la vuestra compañía que no en la de mi padre.

Y luego se despidió el uno del otro; el sabio Doroteo se fue para su tierra y don Cristalián se volvió por donde había venido, cuidando muy fuertemente en lo que el sabio le había dicho, y a poco rato llegó adonde el emperador estaba y hallo que estaba a caballo, y el rey de Romanía asimismo. Don Cristalián dijo a Libanor que le trujese sus armas y él hizo su mandado. A esta hora ya Bores de Mar salía armado y a caballo, don Cristalián se armó y tomaron el camino de Costantinopla.

Capítulo XIX

De cómo yendo el emperador Lindedel y su compañía a Costantinopla una doncella pidió un don a la emperatriz, y de lo que sobre ello acaeció.

ANDUVIERON bien doce días que cosa alguna no les acaeció. Yendo un día a hora de prima, vieron venir por una carrera una doncella en un palafrén negro, y en su compañía venían cuatro caballeros; la doncella se adelantó y los caballeros la quedaron atendiendo; ella venía al más correr de su palafrén, y como llegó adonde el emperador Lindedel estaba, le saludó muy cortésmente y dijo:

—Mi señor, ¿es aquí la emperatriz Cristalina?

—Sí —dijo él—: veisla ahí

Luego la doncella se apeó de su palafrén, y humillándose ante ella, le quería besar las manos, y como no alcanzó, besábale lo que de la ropa colgaba. La emperatriz la hizo levantar y le dijo que dijese lo que quería:

—Mi señora —dijo la doncella—, por la fe que a Dios debéis y a la cosa del mundo que más amáis, que antes que de aquí os partáis me otorguéis un don.

La emperatriz que con tanta voluntad vio que se lo pedía, le dijo:

—Doncella, yo os lo otorgo, si es cosa que yo deba hacer.

La doncella se le humilló y le dijo:

—Sabed, mi señora, que el don que me habéis otorgado es la cabeza del amo que al infante Lucescanio crio. Y no dubdéis de me la dar; si no, sed cierta que os verná otro mayor mal que el pasado.

Como la doncella acabó de hablar, todos fueron espantados de oír tal demanda; la emperatriz le dijo:

—Por cierto, doncella, mucho me habéis turbado en ver el don que me pedisteis, y según la condición que yo os dije, quita soy de lo que os prometí, que mal contado me sería por el mundo si en pago de la crianza que esta dueña ha hecho en mi hijo yo os diese a vos la su cabeza. Y luego os me quitad delante, que mucho me habéis enojado.

La doncella le respondió con mucho atrevimiento, y díjole:

—Pues de grado no me la queréis dar, agora os converná de me la dar por fuerza.

Y luego se partió dellos y se fue al más correr de su palafrén para donde los caballeros estaban aguardándola, y díjoles:

—Conviene que a pesar del emperador Lindedel y de dos caballeros que en la su compañía trae, vosotros me cortéis la cabeza aquella alevosa, pues tanto daño a mí ha de venir de la crianza que a Lucescanio hizo, que por él tengo de perder la cosa del mundo que más amo.

Como los caballeros, que eran cuatro, oyeron lo que la doncella les dijo, luego movieron al más correr de sus caballos, y la doncella en pos dellos en su palafrén. Como don Cristalián los vio venir, rogó muy ahincadamente a Bores de Mar que le dejase a él solo con aquellos caballeros; como Bores de Mar viese su voluntad, que era querer que el emperador su padre viese la su alta caballería, le dijo:

—Mi señor, id a la buena ventura, que si ayuda hubiéredes menester, bien cerca estoy.

Luego don Cristalián abrazó su escudo y tomó su lanza a Libanor, y haciendo su acatamiento al emperador y emperatriz movió al más correr de su caballo. Los cuatro caballeros le dijeron:

—¿Cómo no viene vuestro compañero?

—Él verná si menester fuere —dijo él.

Los caballeros le dijeron:

—Luego ¿solo lo queréis haber con nosotros cuatro?

—Sí quiero —dijo don Cristalián.

—Pues guardaos de mí —dijo el uno dellos— o nos dad la cabeza de la dueña.

—Ésa no os daré yo —dijo don Cristalián—; sino, en pago del enojo que en la pedir a la emperatriz habéis dado, llevaré yo a la dueña las cabezas de vosotros¹⁷⁸ todos cuatro.

—Agora lo veréis —dijo el caballero.

Y luego se apartaron lo que les fue menester, y tomaron sus lanzas y fueron el uno contra el otro al más correr de sus caballos, y hiriéronse tan poderosamente, que el caballero de la doncella voló al suelo por las ancas de su caballo, y fue tal la caída que dio, que le quebró una espalda. El emperador Lindedel dijo al rey de Romanía:

—¿Vistes que lindo encuentro?

A esta hora don Cristalián miró su lanza y vio que le quedaba sana, y fue muy ledo, porque se agradaba mucho de justar. Luego se le paró delante uno de los tres caballeros y díjole:

—Caballero, comigo os conviene justar, y no penséis que os averná como con ese otro.

—Yo así lo creo —dijo don Cristalián—, según me semejáis buen caballero.

Y con esto arremetieron el uno contra el otro, y hiriéronse en los escudos de manera que la lanza del caballero se quebró por dos partes sin que don Cristalián daño alguno recibiese. Don Cristalián encontró al caballero de tal fuerza en el escudo, que se lo falsó y la lanza le pasó a la otra parte, y él y su caballo fueron a tierra y luego el caballero murió. Bores de Mar se llegó al emperador y le dijo:

—¿Qué le parece a vuestra majestad de aquel caballero?

—Mucho bien —dijo el emperador—: hermosos dos encuentros habemos visto. No sé cómo se averná con los otros dos, que ya la lanza se le quebró.

De la emperatriz os digo que estaba tan turbada de ver a su hijo, que no sabía de sí. A esta hora la doncella que con los caballeros venía dio voces a los otros dos, y díjoles:

—Acometelde entrabmos juntos. Y no le hayáis merced de la vida, pues tanto daño en vosotros ha hecho.

Luego movieron entrabmos de consuno contra don Cristalián y quebraron en él las lanzas, mas no le hicieron llaga alguna, ni él hizo desdén¹⁷⁹ que mal pareciese, antes los atendió a la batalla de las espadas, y luego vinieron a lo herir como canes

¹⁷⁸ 1587: vosorros' (38r).

¹⁷⁹ Esquivez.

rabiosos. Allí viérades una hermosa batalla, que los caballeros eran grandes heridores de espada. Don Cristalián los hería de tan duros y pesados golpes, que no lo podían sufrir, y aquejábanse mucho por dar fin a su batalla. Don Cristalián que no quería para sí lo peor, acordándosele que estaba delante del emperador, con mucha vergüenza en durarle tanto aquellos caballeros, hirió al uno dellos por encima del yelmo de tal golpe que se lo hendió, y con él la cabeza hasta los dientes, luego el caballero cayó muerto. El otro caballero que vio el golpe que don Cristalián había hecho, no tuvo segura la vida, y dio la vuelta a su caballo y fuese huyendo a rienda suelta cuanto más pudo; la doncella que aquello vio, fuese en pos dél cuanto el palafrén la podía llevar. Como don Cristalián los viese ir, limpió su espada y metióla en la vaina. A esta hora llegó el emperador y emperatriz y toda la compañía.

—Desta vez —dijo el infante— no llevará la doncella la cabeza de mi ama. No lapreciaba ella tanto como yo, pues tanto daño le quería hacer.

Todos rieron con el infante. El emperador dijo al príncipe:

—Amigo, ¿cómo te sientes? ¿Has alguna ferida?

—No —dijo don Cristalián.

—A Dios merced —dijo el emperador—, que vós lo habéis hecho muy bien.

Don Cristalián le dijo:

—En tan poca cosa como ésta no ha por qué parecer bien ni mal.

E luego mandó a Libanor que mirase aquellos caballeros si alguno dellos estaba vivo. Libanor les quitó los yelmos y halló los dos que estaban muertos. El primero, que hubo la espalda quebrada, había en ella tal dolor que no se meneaba; como él sintió que el yelmo le quitaban, lo mejor que pudo comenzó a pedir merced de la vida.

—Tajarte he la cabeza —dijo Libanor— si luego no dices quién era aquella doncella.

—Eso diré yo de grado —dijo el caballero—. Sabed que esta doncella es sobrina del sabio Algamaz y es muy sabidora en las artes; diole Dios aquel saber para hacer todo mal, así como hacía su tío. Y como supo que la emperatriz Cristalina era libre, propuso en su corazón de venir en estas partes para dar, si pudiese, la muerte al infante Lucescanio, porque halló en sus artes que por la su mano ha de ser muerto un caballero que por amigo tiene; y como ella vio que no podía efetuar su deseo por la muy alta caballería del príncipe don Cristalián, acordó de matar, si pudiese, al ama que lo crió, por le dar peso y enojo. E asimismo ha jurado de no gastar en otra cosa su tiempo sino en le hacer todo mal:

—Dios la destruya —dijo don Cristalián—, pues tan buenos deseos tiene. Vámonos de aquí.

El caballero pidió a don Cristalián que le mandase tomar su caballo, que suelto andaba por el campo, y luego dijo a Libanor que se lo trujese y le ayudase a subir en él; Libanor hizo su mandado, y así, tornaron a su camino, y en todo él, hasta que llegaron en Costantinopla, no les avino cosa que enojó les hiciese. Estando el emperador Lindedel tres millas de la ciudad acordó de enviar un escudero al emperador Escanio para que supiesen la su venida; a todos pareció bien, y enviaron a Libanor porque era escudero sesudo.

Llegado el tiempo que la emperatriz Cristalina había de ser libre, el rey Bracamor de España envió a decir al emperador Escanio si por ventura sabía si la venida del emperador Lindedel había de ser a Costantinopla; el emperador le envió a decir que él no lo sabía cierto, mas que creía que sí, y que allí le aguardaban todos aquellos caballeros que ya oístes que vinieron cuando el príncipe se fue en el dragón a recibir orden de caballería. Como el rey Bracamor esto oyó, luego aparejó su partida para la ciudad de Costantinopla llevando consigo a su muy amada mujer la reina Pinalba; ellos fueron recibidos con mucha alegría.

Bien había ya un mes que el rey Bracamor estaba en Costantinopla. Un día, acabando todos de comer, entró por la puerta Libanor y miró por el emperador y luego le conoció (que ya otra vez le había visto); Libanor se humilló ante él y le besó las manos, y el emperador le dijo:

—Amigo, ¿qué es lo que queréis?

—¿Es aquí la emperatriz? —dijo él—. Porque ante ella y ante los altos hombres de palacio me mandaron que a vuestra majestad hablase.

—Aquí son todos los que pedís: veis allí a la emperatriz, y la que cabe ella está es la reina Pinalba, y este que cabe mí veis es el rey Bracamor de España.

El emperador no conoció a Libanor (que lo nunca vio sino una vez, y ésa, tanto paraba mientes en la ida del príncipe don Cristalián que nadie no se acordaba dél). Libanor dijo:

—A Dios merced que hermosa compañía es aquí junta.

Luego dijo alto (que todos lo oyeron):

—El emperador Lindedel me mandó que besase a vuestra real majestad de su parte las manos, y os hace saber que él y la emperatriz Cristalina y sus hijos son cerca de la vuestra ciudad de Costantinopla con demasiado deseo de la vuestra vista.

Aquí escribe el sabio Doroteo que no hubiera persona, por duro corazón que tuviera, que no derramara infinitas lágrimas de placer viendo aquel emperador y emperatriz, y asimismo al rey Bracamor y a la reina Pinalba y a todos aquellos caballeros, hincados de hinojos en el suelo con las lágrimas en los ojos dando muchas gracias a Dios por tan señaladas mercedes como les había hecho en haber librado aquellos príncipes. Esto hecho, el emperador dijo a Libanor:

—Amigo, quien tan buenas nuevas como vos nos ha traído, razón es que sea bien galardonado.

Y hízole merced del condado de Sebín; Libanor le besó las manos. Y luego el emperador mandó que ensillasen a muy gran priesa y fueron todos a caballo, y asimismo la emperatriz y la reina Pinalba subieron en sus palfrenes, que se les hacía muy tarde aguardar en palacio a ver a sus hijos, y fueron todos con mucho placer; y así anduvieron cuanto una milla y luego vieron al emperador y a su compañía, y como ellos vieron la mucha gente que de la ciudad salía, diéronse priesa a andar. Como fueron tan cerca los unos de los otros que se pudieron conocer, el emperador Lindedel se apeó, y asimismo el rey de Romanía, y todos juntos, así como vieron al emperador Escanio, dijeron.

—Todos es mucha razón que nos apeemos en este hermoso prado.

Y así fue hecho. Como el emperador Lindedel llegó, íbase a hincar de hinojos, mas el emperador Escanio no lo dejó, antes le abrazó muy de corazón (que lo

mucho amaba). A esta hora la emperatriz Cristalina estaba de hinojos ante él; él la levantó, y besándola muchas veces en el rostro le dijo:

—Hija mía, ¡cuán deseada ha sido la vuestra vista!

Ella se le humilló. Finalmente, que todos se recibieron los unos a los otros haciendo aquella cortesía que a sus estados convenía, y luego tornaron a subir, y el emperador de Costantinopla tomó consigo al infante Lucescanio, que mucho holgaba con él de lo ver tan grande y tan hermoso. El rey Bracamor tomó consigo al príncipe don Cristalián, que mucho lepreciaba por su alto hecho de armas; la emperatriz y la reina Pinalba llevaban en medio a la emperatriz Cristalina, y el rey de Romanía y el príncipe Bores de Mar iban juntos al emperador Escanio, y de la manera que oís entraron en Costantinopla. Eran tantas las gentes que por las rúas salían a mirar, que a grande afán los dejaban andar.

Así como oído habéis llegaron al gran palacio; como en él fueron, todos se sentaron, cada uno según su estado; la emperatriz y la reina Pinalba tomaron consigo al príncipe don Cristalián y al infante Lucescanio, que no se hartaban de los ver. Demasiado fue el placer que el emperador Lindedel hubo con la vista de aquellos caballeros, y allí conoció el verdadero amor que todos le tenían. El rey de Romanía contó lo que en el Palacio Bramador a don Cristalián había acaecido, de lo cual todos fueron muy espantados. El emperador Escanio dijo:

—Grande es el cargo que todos tenemos del sabio Doroteo.

—Más es que el que vuestra majestad piensa —dijo el rey de Romanía—. Bendito sea el día que él las artes comenzó a aprender, pues tanto bien al mundo viene por el su gran saber.

A esta hora ya era tiempo de cenar, e luego fueron puestos a aquellos ricos y grandes aparadores de vajillas de oro y plata, y todos aquellos emperadores, reyes y príncipes y caballeros fueron sentados a las mesas (cada uno según su estado) y allí fueron servidos como a mesa de tan alto príncipe pertenecía. Acabada que fue la cena, no quiso el emperador Escanio que aquella noche hubiese fiesta ninguna, sino que se quedase para otro día por amor de los que habían venido tan largo camino, y así, estuvieron un gran rato hablando en las cosas pasadas, y cuando fue hora de dormir, el emperador Escanio se levantó y se fue a su aposento, y así hicieron todos aquellos señores que en el palacio habían de dormir, y los que fuera estaban aposentados, asimismo se fueron a sus posadas.

Venida que fue la mañana, todos aguardaron a los emperadores que saliesen a oír misa, y acabada que fue, se fueron al gran palacio y allí estuvieron hablando en lo que más les agradaba. El emperador Lindedel preguntó a aquellos caballeros si tenían hijos.

—Sí —dijo Lustramante—, que yo he un hijo, y ha nombre Lustrandor. Es ya en edad de ser caballero, y no lo es esperando a vuestra majestad para que la orden de caballería le dé.

—Eso haré yo de grado —dijo el emperador—, que no será en él mal empleada si a su padre parece.

Lustramante se le humilló. El príncipe Galterio le dijo:

—Mi señor, muchos noveles os están aguardando; que don Veros de Licante, mi hijo, ha quince años.

Don Velarte dijo:

—Pues el mío ha catorce, y es tan apuesto que parece de veinte. Ha nombre Mirantenor.

El Fuerte Dorante dijo:

—Yo, señor, he dos, que nacieron de un vientre y son de catorce años, muy apuestos donceles. Parécense tanto el uno a otro, que no hay persona ninguna que conocer los pueda salvo por los cabellos, que son diferentes los unos de los otros. El uno que primero nació se llama Dismael de la Roca, por cuanto a la princesa Agolandria le tomó el parto cabe una roca que junto a un puerto de mar estaba, y tan de presto, que fue allí el nacimiento de este Dismael, y así, lo llevaron a palacio; y de ahí a tres horas nació el segundo, y ha nombre Guiladoro el Rubio, por razón de los hermosos cabellos que ha.

—Dios los guarde —dijo el emperador Lindedel— y los dejé ser tales como sus padres han sido y son.

A esta hora entraron las emperatrices y la reina Pinalba acompañadas de muchas dueñas y doncellas de alta guisa.

Capítulo XX

En que se cuenta una estraña aventura que en el palacio del emperador de Costantinopla acaeció. Asimismo cuenta de un don que una doncella pidió al emperador Lindedel y de cómo Bores de Mar y el príncipe don Cristalián se partieron al Castillo Peligroso.

ESTANDO todos aquellos señores y señoritas asentados para comer oyeron un ruido muy grande; todos pararon mientes por ver qué cosa podía ser, y vieron que por la puerta de la sala entraron siete doncellas, a grandes voces diciendo:

—¡Ay señor, y amparadnos destos malos caballeros que sin razón nos quieren matar!

Apenas fueron en la sala cuando tras ellas entraron cinco caballeros con las espadas en las manos para las tajar las cabezas. Como las doncellas esto dijeron, el emperador Escanio les dijo:

—No temáis, pues que sois en el mi palacio.

No hubo dicho esto cuando las doncellas fueron muertas por la mano de aquellos cinco caballeros. Como aquellos señores vieron hecha tan gran crueldad en su presencia fueron muy airados; el príncipe don Cristalián y Bores de Mar se levantaron a muy gran prisa y fueron tras los cinco caballeros, que al más correr se salieron de la sala. Don Cristalián, que más ligero era, muy presto fue en el gran patio, y queriéndoles herir con su espada, el uno dellos dijo:

—Señor, no os aquejéis por nos matar, que muy presto los nuestros días serán feneidos.

Bores de Mar les dijo:

— ¿Cómo tuvistes tanto atrevimiento de matar las doncellas ante tan altos hombres: como lo son los emperadores y reyes que en el palacio estaban?

Los cinco caballeros respondieron:

— Vamos ante esos señores, que nós¹⁸⁰ daremos la desculpa de nuestro yerro.

— Agora subid, que mucha razón hay para que seáis castigados por la gran villanía que comedistes.

Y así, subieron, y como ante aquellos señores fueron, uno de los cinco caballeros dijo:

— ¡Oh emperadores, reyes, príncipes y grandes señores que en el palacio del emperador Escanio estáis, cómo, si un poco atendéis, veréis la mayor maravilla que nunca vistes, y después que visto la hayáis seremos fuera de culpa de la muerte de las doncellas! Sabed que estas siete doncellas eran las más alevosas y por quien más daño al mundo venía. Nosotros somos naturales de Cornualla, y andando por el mundo buscando las aventuras, Dios por los nuestros pecados nos guio a un castillo en que estas siete doncellas hacían su morada, y como allí llegamos era casi de noche. Pedímosles si nos darían en aquel castillo acogimiento; ellas nos dijeron que sí, de buena voluntad; nosotros nos apeamos. Así como dentro dél fuimos nos dijeron: «Caballeros, conviene que juréis de hacer aquello que nuestra voluntad fuere». Yo les respondí: «Decidnos, ¿cuál es la vuestra voluntad». «Por agora, dijeron ellas, no lo podéis saber»: «¿No?, dije yo. Pues harto sandios seríamos nosotros si tal juramento hicésemos sin saber por qué». «¿No lo haréis?», dijeron ellas. «No, dije yo, que no sería hecho de buenos caballeros». «Pues que así es, vosotros seréis muertos de la más cruel muerte que nunca caballeros murieron». Y diciendo esto, la una de ellas tomó unos polvos y púsolos en una cebretana,¹⁸¹ y sopló tan recio que todos fuimos llenos dellos, y súbitamente nos hallamos fuera del castillo cada uno con un escrito en su mano que decía: «De hoy en veinte días, entre nona y mediodía, será la vuestra desastrada muerte; y en esto no tengáis duda ninguna que así os averna». Nosotros que esto vimos, preguntamos quién aquellas doncellas eran; fuenos dicho que eran las más alevosas que en el mundo habían nacido, y que creyésemos que así nos avernia como en los escritos nos dijeron. Nosotros acordamos de nos venir a esta ciudad de Costantinopla para dar recaudo a nuestras ánimas. Fuenos la ventura tan favorable, que saliendo hoy de una iglesia de manifestar nuestros pecados las vimos todas siete, que a ver las alegrías que aquí se hacían venían. Nós como las vimos, corrimos tras ellas para tomar la emienda de nuestro daño, y ellas se acogieron al vuestro palacio pensando guarecerse y avínoles como vistes.

No acabó el caballero de decir esto cuando todos comenzaron de dar muy grandes voces diciendo:

— ¡Ay Dios, acorred a las nuestras ánimas!

Y acabando de decir esto, súbitamente fueron todos quemados, de tal manera que luego se hicieron ceniza. Desta maravilla quedaron todos cuantos en el palacio estaban tan espantados que no sabían de sí de ver tan gran hecho como fue de morir los caballeros. El emperador Escanio dijo:

¹⁸⁰ Nosotros.

¹⁸¹ Cerbatana. En otros lugares se lee ‘cebratana’. Ambas variantes se leen en textos de la época.

—¡Grande ha sido la aventura que hoy en nuestro palacio ha acaecido!

—Y muy estraña! —dijo el emperador Lindedel.

Las emperatrices y reina Pinalba estaban como muertas de lo que visto habían; el emperador Escanio mandó dar sepultura a los cuerpos de las doncellas y dijo que les diesen de comer, que ya era hora; así fue hecho. Todos estaban hablando en cómo los caballeros antes de la su muerte se habían bien vengado. Bores de Mar se levantó y dijo al príncipe don Cristalián:

—Mi señor, miémbreoso de cómo yo he de ser del todo alegre por la vuestra mano y no por otra. Si dello fuésedes servido y sus majestades os dan licencia, yo querría que luego nos partiésemos.

—Hágase lo que mandáis, que no tenía yo menos cuidado desta partida que lo vos tenéis.

El emperador Escanio y el rey Bracamor preguntaron que para dónde había de ser la partida.

—Para el Castillo Peligroso —dijo Bores de Mar—, que a este bienaventurado príncipe y no a otro es otorgada aquella aventura.

—Dios se la dejé acabar —dijo el rey Bracamor—. Pues que así es, oído he decir que dentro de aquel castillo está la infanta Archesidela,¹⁸² hija del rey Talión de Bretes; asimismo me dicen que hay muchas maravillas en él. Estando en España lo oí decir a un caballero del reino de Londres que ahí fue por probar aquella aventura; pero él hizo tanto como nada, según él me contó. Y pues que así es que concertada tenéis esta partida, sea luego, por que antes que yo me vaya seáis aquí de vuelta.

El emperador dijo:

—Muy bien es lo que el rey mi señor dice: todos te aguardaremos aquí.

Bores de Mar les besó las manos por la merced que le hacían en mostrar tan buena voluntad en sus cosas. El príncipe don Cristalián mandó a Libanor que le aparejase el caballo y le trujese su armas; él hizo su mandado. Don Velarte dijo a don Cristalián:

—Mi señor, yo soy muy ledo que persona de mi linaje ande en vuestro servicio, que de andar en tal compañía no puede aprender sino mucho bien.

Don Cristalián se le humilló y le dijo:

—Mi señor, por ser el vuestro cormano son en él todas buenas costumbres, y él habrá de mí, si Dios me da vida, aquel galardón que a tal persona como él lo es conviene.

Y a esta hora entró Libanor y el escudero de Bores de Mar con las armas, y luego los caballeros fueron armados con la ayuda de aquellos señores. Don Cristalián tomó la bendición de sus agüelos, y asimismo la de sus padres; ellos le encomendaron a Dios. Y despedidos de todos aquellos señores se salieron del palacio y subieron en sus caballos tomando su camino para el Castillo Peligroso llevando consigo el león de don Cristalián (que jamás dellos se partía).

Así como aquellos caballeros fueron salidos del palacio la emperatriz Cristalina quedó demasiadamente triste de verse tan presto apartada de su hijo don Cristalián. Como el emperador Lindedel la viese así, díjola:

¹⁸² Hasta este punto ‘Archisidela’ (40v).

—Mi señora, no es razón que en tiempo de tanta alegría mostréis punto de tristeza, pues más razón tenéis de ser alegre que cuantas nacieron

—Así lo conozco yo —dijo la emperatriz—, pero no puedo dejar de sentir la ausencia de mi hijo.

—Él será muy presto, placiendo a Dios, de vuelta —dijo el rey de Romanía—, pues en todo le hizo tan venturoso.

Allí les contó el rey de Romanía cómo el sabio Algamaz, por hacer pesar a su hijo Bores de Mar, porque¹⁸³ por la su mano había de ser caballero el príncipe don Cristalián, había robado a la infanta Archisidela¹⁸⁴ y puéstola en la Peligrosa Morada. Finalmente, les contó lo que oído habéis; todos fueron espantados de tan mal hombre como Algamaz era, y daban muchas gracias a Dios porque tan mala cosa había sacado del mundo. Y así, se detuvieron allí aquellos señores, siempre entendiendo en cosas de placer, porque los caballeros cortesanos¹⁸⁵ que mancebos eran hacían muchos regocijos de justas y torneos, por manera que lo más del tiempo gastaron en grandes fiestas.

Estando todos juntos un día en el palacio del emperador Escanio, acabando de alzar las tablas vieron entrar por la sala una hermosa doncella: era tan apuesta, que todos fueron maravillados de la ver, y más lo fueron cuando pararon mientes en la manera de su rico vestido, que a maravilla era de gran valor, y traía un tocado de una red de hilo de oro encima de sus muy hermosos cabellos; en su compañía traía cuatro caballeros armados salvo las manos y las cabezas. Y así como en medio de la sala fue, miró a una y a otra parte y vio cerca de sí a Merealdo del Lago, y díjole:

—Caballero, por lo que debéis a la orden de caballería, que vós me digáis cuál destos señores es el emperador Lindedel de Trapisonda, y asimismo me mostrad a la emperatriz Cristalina.

Merealdo le dijo:

—Señora doncella, veis allí por quien preguntáis en aquellas dos ricas sillas que a la mano derecha están: en ellas son el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina.

Como la doncella los miró, dijo:

—Grandes maravillas veo, que me semeja que toda la hermosura del mundo es en estos dos príncipes.

Y diciendo esto se humilló ante ellos y dijo:

—Serenísimo emperador Lindedel de España, y a ti, la más excelente y poderosa emperatriz y princesa Cristalina, a vosotros dos, como a los mayores príncipes que hoy en el mundo son, soy venida de tierras extrañas y en mi largo camino he pasado grande afán, y pues Dios tan bienandante me hizo que aquí en Constantinopla os hallase, en pago deste trabajo os pido que sin yo haber hecho a vuestras majestades ningún servicio me otorguéis un don, y éste ha de ser con voluntad de entrumbos. Yo os juro por la fe que a Dios debo que dello no os venga mal ni daño, antes os verná tanto bien que por este don, si me lo otorgáis, seréis

¹⁸³ 1587: ‘porque|que’ (40v).

¹⁸⁴ ‘Archesidela’ se leerá a partir de este punto.

¹⁸⁵ 1587: ‘cortearnos’ (40v).

restituidos, todos los que aquí estáis y algunos que de aquí faltan, en las vidas que casi perdidas ternéis.

El emperador le dijo:

—Señora doncella, no se cree otra cosa de tal persona como la vuestra sino que a todos nos verná mucho bien: el don yo os le otorgo, y ruego a la emperatriz que haga lo mismo.

La emperatriz le respondió que haría su mandado, que ella otorgaba todo lo que pedir quisiese. La doncella les besó las manos por la merced que hecho le habían, y levantose en pie y dijo alto (que todos lo oyeron):

—Agora sabed que el don que prometido me habéis es que me habéis de dar al infante Lucescanio y ha de estar en poder de quien acá me envió tres años, y al fin deste tiempo el infante recibirá orden de caballería y ha de ser de tan alto hecho de armas que será el segundo don Cristalián su hermano. Y no dudéis de me lo dar, porque pienso que en ello os hago servicio.

El emperador le respondió:

—Por cierto, doncella, él vaya con la buena ventura; y si os pluguiere, decidnos a qué parte lo lleváis, que mucho placer nos haréis.

—Por agora no puede ser, mas presto vendrá tiempo que sabréis lo que deseáis.

—Pues al no puede ser, habrémonos de sufrir.

Y luego mandó venir ante sí al infante Lucescanio, y besándole en el rostro dijole:

—Mi amado hijo, conviene que vais en compañía desta hermosa doncella.

—De grado haré yo lo que vuestra majestad manda —dijo el infante.

Y luego le tomó la emperatriz entre sus brazos, y viniéndole las lágrimas a los ojos le dijo:

—Hijo mío, acompáñete Dios por doquiera que fueres.

Y asimismo el infante se despidió de sus agüelos y de todos aquellos señores que en la sala estaban; ellos le encomendaron a Dios. Luego fue aparejado para ir camino; la emperatriz dijo a la doncella:

—Amiga, ¿podrá ir con él un escudero que lo sirva?

—No es menester —dijo la doncella—, que todos venimos para lo servir.

Y despidiéndose, se salieron del gran palacio. El infante subió en su palafrén, los caballeros en sus caballos; a grande andar se salieron de Constantinopla, de manera que muy presto los perdieron de vista.

Capítulo XXI

De cómo todos aquellos príncipes acordaron de enviar a sus tierras por sus hijos para que orden de caballería recibiesen del valeroso emperador Lindedel.

COMO el infante Lucescanio y la doncella fueron salidos del palacio del emperador todos quedaron muy tristes en ver tal aventura como había sido en llevarles al infante no sabiendo adónde ni en cuyo poder iba; la tristeza de la emperatriz era muy grande, y tal, que en ninguna manera ella lo podía disimular, antes de rato en rato se le venían las lágrimas a los ojos. El rey Bracamor le dijo:

—Hija señora, por ninguna cosa no tenéis razón de estar triste, antes debéis mostrar mucha alegría, porque en las semejantes personas que el infante Lucescanio nuestro hijo se han de ver cosas extrañas como esta que aquí hoy hemos visto: sin duda ninguna creo yo que él va en poder de alguna buena persona, que así como en el mundo hay muchos malos, así hay muchos que son muy buenos. Yo os prometo a Dios que yo soy muy alegre de la su ida, y preguntad a la reina Pinalba cuánto tiempo tuvo por perdido su hijo el emperador y cuánto bien después le sucedió de haber ido en poder de la sabia Membrina. Y así espero yo en Dios que averná a Lucescanio.

—Así plega a Dios —dijo la emperatriz—, y que no mire a los mis pecados.

Pasaron aquel día y otros muchos entendiendo siempre en cosas de placer. Acabando un día de comer, estando sobre tabla, el príncipe Galterio dijo al emperador Lindedel:

—Mi señor sobrino, yo he pensado, mientras aquí estamos aguardando la venida del príncipe don Cristalián, de enviar al reino de Hungría a la princesa Manelisa que me envíe a don Veros de Licante mi hijo, para que antes que de aquí nos vamos él sea caballero de la vuestra mano.

Al emperador Lindedel le pareció muy bien, y la reina Pinalba le rogó que luego enviase por él, que tenía mucho deseo de lo ver. El príncipe Dorante de Macedonia y don Velarte y Lustramante asimismo acordaron de enviar por sus hijos para que juntamente con don Veros de Licante recibiesen la orden de caballería, y luego enviaron por ellos y de ahí a pocos días fueron en Constantinopla y recibieronlos con mucha alegría; todos cinco eran muy apuestos a maravilla. Luego se aparejaron de armas cuales convenían a caballeros noveles y velaronlas en la capilla del emperador Escanio la víspera del apóstol Santiago acompañados de muchos caballeros y doncellas que el emperador mandó que les tuviesen compañía. Venida que fue la mañana, el emperador Lindedel se vistió muy ricamente, y asimismo el emperador Escanio, el rey Bracamor y el de Romanía; todos juntos, en compañía de aquellos príncipes, se fueron a la capilla, donde hallaron los cinco donceles (no vián ya la hora que ser caballeros), y luego un arzobispo (que vestido estaba) les dijo misa con mucho solemnidad.

Acabada que fue, los cinco donceles fueron armados caballeros por la mano del emperador Lindedel, según la costumbre de aquel tiempo convenía. Luego

aquellos emperadores y reyes se salieron al gran palacio llevando consigo a los noveles caballeros, yendo en su compañía las emperatrices y reina. Como todos fueron sentados, el emperador mandó que los noveles fuesen desarmados; luego que lo fueron les cubrieron ricos mantos que el emperador les mandó dar, y así estuvieron con mucha alegría hasta que fue hora de comer. Estando todos de la manera que oído habéis, entró por la sala el rey Vandiano y como de todos fue conocido hubieron mucho placer con la su venida. Él se fue adonde el emperador Lindedel y emperatriz Cristalina estaban, y tomándoles las manos para se las besar, se las mojaba con las lágrimas que del demasiado placer que sentía derramaba, diciendo:

—Agora venga la muerte, que no quiero más vivir, pues Dios me ha dejado ver tanto bien como hoy he visto.

El emperador Lindedel le dijo:

—¿Qué te parece, Vandiano, cómo Dios ha traído a tan buen fin nuestros hechos?

—Siempre tuve yo esa esperanza —dijo él—, que Dios lo había de hacer mejor que yo merecía.

Y luego fue a besar las manos al emperador Escanio y a la emperatriz, y asimismo al rey Bracamor y a la reina Pinalba, y de todos fue muy bien recibido. El emperador lo mandó desarmar y que le diesen un manto que se cubriese; luego fue hecho. Acabando de comer comenzó muy gran fiesta en el palacio por honra de los noveles caballeros, y asimismo se hicieron muy grandes fiestas en Constantinopla de muchas justas y torneos, adonde los caballeros noveles hicieron cosas estrañas, aunque en esta historia no hacemos dollo mención por evitar prolijidad.

Ya oístes cómo el príncipe don Cristalián y Bores de Mar salieron de la ciudad de Constantinopla tomando su camino para Cornualla, porque en aquellas partes estaba el Castillo Peligroso. Don Cristalián llevaba ocupado su pensamiento en la gran hermosura de la princesa Penamundi, que, según el sabio Doroteo le había dicho, no había en el mundo quien se le igualase, y con el gran deseo que tenía de la ver acordó que si Dios le dejaba acabar aquella demanda en que iba, que de allí se entendía de ir al imperio de Persia y probar si Dios le quisiese dar tal ventura que a su señora pudiese sacar de la prisión en que la infanta Danalia la había puesto a ella y a sus padres. Y llevando los pensamientos que oído habéis anduvieron quince días sin aventura hallar que de contar sea.

En este tiempo, yendo un día a hora de sexta, vieron que a la entrada de una floresta estaba una cruz, y al pie della vieron cómo un enano asaz feo estaba asentado y acostado su rostro sobre la siniestra mano, durmiendo muy fieramente; el príncipe don Cristalián dijo a Bores de Mar:

—Despertemos este enano y dél sabremos en qué tierra estamos.

A Bores de Mar le pesó, porque él no quisiera que se entremetieran en cosa alguna, sino que fueran su camino; pero no le dijo nada por no le enojar, sino que hiciese a su voluntad. Don Cristalián se llegó a la cruz y con el asta de la lanza despertó al enano, y así como él recordó, que alzó la cabeza, dijo en alta voz:

—En mal punto, don caballero, fuistes tan desmesurado que mi dulce sueño me quitastes.

—No hayas deso cuidado —dijo don Cristalián—, sino dinos lo que saber de ti queremos.

—Si fuere mi placer —dijo el enano—, decíroslo he; si no, callaré que no diré cosa alguna por vos ni por cuantos hay en el mundo.

—Agora te ruego —dijo don Cristalián— que todo el enojo se te quite y nos digas qué lugar es este adonde estamos.

—Yo os quiero decir —dijo el enano— lo que deseáis saber, porque sé que dello antes os vendrá mal que bien. Esta cruz que veis se llama la Cruz de las Aventuras, porque jamás caballero aquí las vino a buscar que no las hallase: a veces les aviene mal, a veces bien. Y si las aventuras queréis buscar, veis aquí estas dos carreras: en esta de la mano derecha son las más peligrosas; en esta de la mano siniestra hay aventuras, pero no son de tanto peligro. Y si más de mi queréis saber, íos a la mala ventura, que esto os he dicho por que me dejéis dormir y os partáis presto de mí.

—Duerme —dijo don Cristalián—, que basta lo que nos ha dicho.

Y así, se partieron del enano. Don Cristalián dijo a Bores de Mar:

—Mi señor, si os pluguiere, yo mucho querría que, pues todo el camino es derecho para Cornualla, que nos fuésemos cada uno de nós por estas carreras; que si alguna aventura topáremos, poco nos podremos detener.

Mucho le pesó a Bores de Mar cuando entendió la voluntad del príncipe, y díjole:

—Mi señor, yo no quisiera que en cosa alguna nos detuviéramos; más, pues la vuestra voluntad es, vamos adonde mandáredes.

Don Cristalián que esto oyó, fue muy ledo, y díjole:

—Pues conviene que de aquí nos partamos, con tal condición que al tercero día seamos a hora de prima en este mismo lugar adonde esta cruz está.

—Así sea como vos mandáis —dijo Bores de Mar.

Don Cristalián le dijo:

—Mi señor, yo que cosa alguna no he hecho después que soy caballero, quiero tomar esta carrera de la mano derecha, que, según hemos oído, hay más aventuras que por esotra.

Bores de Mar le dijo:

—Paréceme que poca honra ganará quien en vuestra compañía anduviere; que no le dejaréis al que hacer sino mirar lo que vós hiciéredes. Y pues que así lo queréis, yo quiero tomar la carrera de la mano siniestra, que es de menos peligro.

Y partiérонse de en uno encomendándose a Dios, tomando cada uno su camino como oído habéis. El príncipe don Cristalián se dio de andar por su carrera a la mayor priesa del mundo, y anduvo gran pieza que cosa alguna no vio. Yendo mirando a una y a otra parte vio que por un camino venía una doncella en un palafrén blanco; ella traía la mayor priesa que podía, y venía hacia donde vio a don Cristalián, y así como a él llegó, ella le saludó muy cortésmente, y él a ella asimismo. La doncella le dijo:

—Señor caballero, parece en la vuestra apostura que sois caballero andante.

—Sí soy —dijo don Cristalián—. Por tanto, si algo mandáis, hacerlo he de voluntad.

Don Cristalián miró a la doncella y pareciole no haber visto otra que mejor le pareciese: era muy niña y hermosa; traía en las sus manos muy rica corona. La doncella dijo a don Cristalián:

—Señor caballero, si andáis buscando las aventuras que por el mundo hay, seguidme, y si para ello sois, vos ganaréis la mayor honra que nunca caballero ganó.

—Y ¿qué es lo que tengo de hacer? —dijo don Cristalián.

—Librar a la reina de Tremisa del poder del más bravo jayán que hoy es nacido en el mundo, que robada la lleva.

—Eso haré yo de grado —dijo él—, pues que Dios tan bienandante me hizo.

Dijo la doncella:

—Seguidme, que yo os mostraré la carrera por donde el jayán la lleva.

—Y ¿cómo ha nombre? —dijo don Cristalián.

—Llámanlo Bramardos: es el más bravo y soberbio que nunca nació; tiene su tierra junto al reino de Tremisa; mi señora la reina es la más hermosa doncella que hay en estas partes. Ha tres meses que murió el rey su padre. y este jayán como supo la muerte del rey, luego la envió a requerir de casamiento, y juntamente con enviarla a decir que con él se casase, la amenazó diciéndole, si no lo hacía, que la tomaría por fuerza a ella y a su tierra. La reina mi señora, que en la su compañía tenía muchos buenos caballeros, no se curó de sus amenazas; el jayán que no se olvidó de lo que en su pensamiento tenía, vino encubiertamente a una villa adonde la reina a la sazón estaba. Acaeció que ella salió a holgarse a una hermosa floresta que cerca de la villa había llevando más compañía de dueñas y doncellas que de caballeros. Yendo por el camino, el jayán la robó: tomándola de su palafrén, la puso delante de sí en su caballo y así la lleva, que por muchas voces que la reina dio que la socoriesen, no iba tal caballero en la su compañía que osase acometer al jayán.

—Agora me decid —dijo don Cristalián— cuánto ha que el jayán robo a la reina.

—Esta mañana —dijo la doncella—, y yo la iba siguiendo, Como la reina iba haciendo su duelo, el jayán le quitó la corona de la cabeza, y arrojándola en el suelo le dijo: «Esto hago yo en señal que vós no habéis menester corona, que yo haré de vos mi voluntad y después os cortaré la cabeza». Yo como esto oí, hube grande duelo de la reina, y tomando la corona del suelo no la quise más seguir, porque me parecía que no le tenía pro, antes me determiné de venir a buscar algún caballero que se doliese de la gran cuita en que la reina está.

Esto contó aquella doncella llorando muy agramente; don Cristalián le dijo:

—Buena doncella, no toméis más pesar, que si Dios quisiere yo tomaré la emienda del jayán Bramardos. Y seguidme, pues que me decís que por aquí va.

Y así, se dieron de andar cuanto más pudieron, y no anduvieron mucho cuando vieron al jayán que a muy gran priesa se iba con la reina; como don Cristalián lo vio, comenzolo a dar voces diciendo:

—¡Atended, Bramardos!

El jayán que se oyó nombrar, volvió la cabeza, y como vio a la doncella y a don Cristalián luego entendió lo que podía ser, y respondió diciendo:

—Cosa captiva, ¿qué me quieres?

—Tomar de vos la emienda de la gran traición que contra la reina habéis cometido.

El jayán le tornó a mirar y le dijo:

—¿Cuántos caballeros traes en la tu compañía, que bien creo yo que ciento tales como tú, si me conociesen, no me osaría acometer?

—Déjate deso —dijo don Cristalián—, que yo solo te quitaré la vida.

Este Bramardos era uno de los más bravos jayanes que por aquellas partes había, y como tan osadamente oyó hablar a don Cristalián fue tan airado que tomando a la reina por sus muy hermosos cabellos la puso en el suelo y dio una vuelta con su caballo; tomando una gruesa lanza que consigo llevaba, dijo a don Cristalián:

—Triste y desastrado caballero, vente para mí, que la muerte te llama.

Don Cristalián que aparejado lo vio para la batalla, tomó una gruesa lanza que Libanor le traía, y encontró al jayán tan poderosamente que le falsó el escudo y la lanza le pasó a la otra parte; pero no fue la llaga mortal, que entró en soslayo. El jayán que se sintió herido, comenzó a dar grandes bramidos y alzó su maza de hierro por dar a don Cristalián encima del yelmo. Don Cristalián que entendió que si aquel golpe él en sí recibiese los sus días serían acabados, como era uno de los más ligeros caballeros que en el mundo había, y más mañoso, revolvió el caballo hacia la mano derecha, de manera que el jayán descargó su golpe en el aire, y de la mucha fuerza que puso, y como el golpe dio en vacío, no fue su caballo de tanta fuerza que sostener le pudiese, y el caballo arrodilló y el jayán fue a dar de manos en el suelo, que no pareció sino que una gran torre había caído. Como don Cristalián así lo vio, fue muy presto para él y comenzó a atropellar con su caballo, por manera que algo lo quebrantó, y como era tan pesado no se podía levantar.

A la segunda vez que don Cristalián tornó sobre él con su caballo, el jayán, que ya asentado estaba, trabó por la una pierna al caballo de don Cristalián con tal fuerza que dio con él y con su señor en el suelo y echó las manos por asir a don Cristalián; mas no le avino como él lo pensó, que don Cristalián salió muy presto de su caballo, y como Bramardos tendió las manos para le tomar, él lo hirió con su buena espada, que en la mano traía, de tal golpe, que armadura que trujese nada no le prestó, que el brazo derecho por medio le cortó, y con el gran dolor que sintió dio un terrible bramido y con la mano siniestra asió a don Cristalián por la falda de la loriga tan recio que lo hizo dar de manos sobre él, y como tan cerca de sí lo viese, asole de los lazos del yelmo, que se lo sacó de la cabeza; y él que la mano tornó a echar para asirle de la cabeza, don Cristalián se apartó y diole tal golpe que se la cortó por la muñeca, y como sin manos le vio, tomole la maza (que cerca dél estaba) y diole con ella por encima de la cabeza que lo aturdió y el jayán se tendió en el suelo. Como don Cristalián así lo viese, fuese para él, y quitándole las enlazaduras del yelmo le cortó la cabeza. Y así como esto hizo limpió su espada, y metiéndola en la vaina hincó los hinojos en tierra dando muchas gracias a Dios por la victoria que le había dado contra aquella mala bestia.

Esto hecho, él se levantó y se fue adonde la reina y su doncella estaban. Como la reina lo vio venir, luego se levantó diciéndole:

—Señor caballero, ¿con qué podré yo gratificaros el afán que por me librар de Bramardos habéis tomado? A Dios, que es poderoso, ruego yo que os dé el

galardón de tanto bien como yo de vos he recibido. Mucho os ruego que me digáis si traéis alguna herida de que daño alguno os pueda venir.

—No, mi señora —dijo don Cristalián.

Él estaba espantado de ver la gran hermosura de la reina, acompañada de mucha gracia y honestidad. Don Cristalián dijo que subiese en el palafrén de su doncella y que la doncella subiría en el de su escudero, «y desta manera podemos ir adonde la vuestra merced mandare».

La reina le dijo que así lo haría como él lo mandaba, y que se irían a la su villa de Lainda y que allí podían reposar del trabajo pasado y se le haría todo servicio.

—Muchas mercedes —dijo don Cristalián—, que yo no me puedo detener más de cuanto acompañare a la vuestra merced hasta que la deje en su villa. Y luego me tengo de volver, que un caballero me está aguardando a la Cruz de las Aventuras y yo tengo de ser con él forzosamente al tercero día, por cuanto tenemos mucho que hacer en otra parte.

A la reina le pesó de oír decir a don Cristalián que tan presto se había de partir de ella, que estaba muy pagada dél de lo ver tan niño y de tanta hermosura, acompañado de tanta bondad de armas. Don Cristalián dijo a Libanor que le diese el yelmo; él se lo enlazó, y luego subió en su caballo, y la reina en el palafrén de la doncella, y así tomaron el camino de la villa de Lainda.

Agora sabed que el león de don Cristalián (que dél no habemos hecho mención) nunca jamás dél se partía; la reina iba muy espantada de ver cosa tan fiera y que tanto temor ponía a quien lo miraba, y verlo tan manso. Ella preguntó a don Cristalián adónde había habido aquel león; él le dijo:

—Mi señora, yo lo hube en la Vedada Montaña, que es en el señorío del reino de Organia.

—¡Sancta María, valme! —dijo la Reina—. Sin duda éste es el caballero que a la emperatriz Cristalina sacó del Palacio Bramador.

Mucho le pesó a don Cristalián de haber dicho cosa por donde le hubiesen conocido; la reina le dijo:

—Valeroso príncipe, la vuestra merced sea de me perdonar si yo no os he hecho aquél acatamiento que a tan gran señor como vos sois convenía, pero ignorancia de lo no saber me quita algo de culpa.

Don Cristalián se le humilló y le dijo:

—Mi señora, yo soy el que tengo y debo serviros.

Yendo don Cristalián en compañía de la reina de Tremisa¹⁸⁶ (como oído habéis) pasaron por una floresta, y a la una parte, hacia la mano derecha, estaba una muy hermosa fuente; don Cristalián dijo a la reina si la su merced era servida que se apeasen un poco para tomar del agua de aquella fuente; la reina le dijo:

—Mi señor, aquella fuente ha tal maldición que nunca nadie a ella llegó que algún daño no recibiese; mas llevando yo tal compañía como la vuestra no tengo de qué temer.

Y así, se llegaron a la fuente, y se apearon y bebieron del agua, que muy fresca estaba; estuvieron allí una pieza hablando en lo que más les agradaba. Ya era tarde, que no habría sino tres horas de día; la reina dijo a don Cristalián:

¹⁸⁶ 1587: ‘Tremisso’ (43v).

—Vamos de aquí, por que lleguemos esta noche a Lainda.

Don Cristalián se levantó, y poniendo a la reina en su palafrén demandó su caballo. A la hora que don Cristalián tomó el caballo para subir en él vieron venir por el aire un espantable grifo,¹⁸⁷ y él se abajó tanto que se juntó con la reina, y asíéndola con sus muy fuertes uñas y pico la tomó del palafrén y se fue con ella volando. Cuando la reina se vio en poder del grifo comenzó a dar muy grandes voces diciendo:

—¡Ay buen caballero, doleos de la mi triste suerte y mirad en cuyo poder voy!

Cuando don Cristalián vio por tal aventura haber perdido la reina, él pensó morir con pesar, y dijo a la doncella (que muy gran duelo estaba haciendo):

—Amiga, mucho os ruego que vós os vais a la Cruz de las Aventuras y allí atendáis a un caballero que ha nombre Bores de Mar, y decidle que yo le ruego mucho que allí me aguarde, que si Dios quisiere, o yo moriré en la demanda de la reina o yo la cobraré.

Y diciendo esto, dijo:

—¡Oh mi caballo Flordelid, en esta tan gran necesidad conozca yo del todo el bien que en ti hay!

No hubo don Cristalián dicho estas palabras cuando viérades a Flordelid, que no parecía en su correr sino la más ligera ave que en el mundo podía volar, y asimismo su león lo iba siguiendo, que no se partía de cabe¹⁸⁸ Flordelid. De Libanor os digo que luego los perdió de vista, que el palafrén que de la reina había tomado no pudo tanto durar, y él iba con muy gran pena por no poder ir junto a su señor. Y así los dejaremos por contaros cómo la doncella se fue a la Cruz de las Aventuras haciendo muy gran duelo por la reina su señora. Ella se dio de andar a muy gran prisa por su camino adelante.

¹⁸⁷ Animal fabuloso con cabeza, dorso y garras de águila y parte posterior de león.

¹⁸⁸ 1587: ‘cabo’ (43v).

Capítulo XXII

En que se cuenta lo que a Bores de Mar acaeció tomando la carrera de la mano siniestra.

YA oístes cómo Bores de Mar tomó la carrera de la mano siniestra. Yendo su camino oyó unas voces, como de caballero que en mucha necesidad estaba; atendió por atinar bien adónde las voces se daban; diose de andar a muy gran priesa, y subiendo por un otero miró en un llano que abajo se hacía y vio un caballero armado de todas armas que en él estaba tendido, y su caballo muerto cabe él. Bores de Mar descendió a muy gran priesa, y como más cerca del llegó vio las armas que eran noveles y que las tenía rotas por todas partes, y el suelo y ellas tintas en sangre. El caballero estaba tal que ya no tenía fuerzas para se poder quejar. Bores de Mar dijo:

—Sin falta éste debe ser buen caballero, y gran tiempo se debió de defender, según las muchas heridas tiene.

Descendiendo de su caballo y tomándole la cabeza entre sus manos le desenlazó el yelmo, y como se lo quitó, viole tan niño que fue muy espantado, y limpiándole la sangre cuajada que por el rostro tenía, como el aire le diese, el caballero tornó ya cuanto (que estaba desmayado de la mucha sangre que había perdido). Como en sí tornó, Bores de Mar le dijo:

—Caballero, por la fe que a Dios debéis, que vós me digáis quién sois, y asimismo quién tal os paró; que si a tuerto os acometieron, de aquí os prometo de tomar por vos la emienda aunque sean diez caballeros contra mí.

El caballero que así oyó hablar a Bores de Mar, esforzose algún tanto, y dijo:

—¡Ay señor caballero, primero querría haber consejo de mi ánima, que yo creo que soy llagado de muerte! ¿Hay por aquí cerca algún poblado?

—Sí —dijo Bores de Mar—, y llevaros hemos allá si vos, señor caballero, os esforzásedes algo.

—Todo lo que yo pudiere —dijo él.

—¿De qué tierra sois? —dijo Bores de Mar.

El caballero le dijo:

—Soy de la corte del emperador Escanio de Constantinopla; he nombre don Veros de Licante, soy primo cormano del príncipe don Cristalián.

—¡Ay buen caballero! —dijo Bores de Mar—. ¿Su cormano sois?

—Sí —dijo don Veros—, que soy hijo del príncipe Galterio. Este es el primer año de mi caballería. Yo salí de la corte del emperador Escanio en compañía de cuatro caballeros noveles, y todos íbamos con intención de nos ir al Castillo Peligroso por ver a don Cristalián acabar aquella aventura, y parecieron que lo ternían a mal si juntos nos viesen ir, y así, acordamos de nos partir y cada uno fue por su parte. A mí me guio la ventura adonde salieron cuatro caballeros, y conjuráronme por la fe que a Dios debía que les dijese de qué tierra era. Yo les respondí: «Soy caballero de la corte del emperador de Constantinopla». No lo acabé de decir cuando el uno dellos dijo: «A cometámosle todos juntos y muera el traidor, pues de casa del emperador de Constantinopla es». Así, me acometieron;

yo hice lo que pude por me defender, y a la fin me pararon cual me veis y diéronse de andar por ese camino diciendo que no toparían caballero del emperador que otro tanto no hiciesen dél como hecho habían de mí.

Como Bores de Mar esto oyó fue muy airado contra los caballeros, y dijo:

—Pues Dios no me ayude si ellos no lo compraren caramente de mí.

Diciendo esto, dijo a su escudero que subiese a las ancas de su palafrén, y Bores de Mar puso a don Veros en la silla y él subió en su caballo, y así se fueron para un lugar que cerca de allí estaba, y como a él llegaron preguntaron por alguna persona que lo confesase, y también preguntaron si había alguno que de aquellas llagas le curase.

—De todo lo que demandáis —dijo un hombre a quien lo preguntaron— hallaréis aquí.

Y luego los guio a la casa de un hombre bueno de orden¹⁸⁹ que allí vivía, y como lo vieron, Bores de Mar le saludó y le dijo:

—Amigo, este caballero que aquí traemos viene con mucha necesidad, así del ánima como del cuerpo. Han nos dicho que vós le daréis de todo buen recaudo.

—Daré, si Dios quisiere —dijo el buen hombre.

Y luego le descendieron del palafrén y lo confesó de todos sus pecados antes que lo desarmasen, y esto hecho, fue desarmado y curado de sus llagas y echáronle en un lecho que siempre aquel buen hombre tenía aparejado para los caballeros andantes que por allí pasaban. Bores de Mar preguntó si había don Veros algún llaga que de peligro fuese; el sacerdote le dijo que no; que aunque muchas heridas tenía, que ninguna era de muerte, que, placiendo a Dios, muy presto sería guarido.

—A Dios merced —dijo Bores de Mar—, que de esas nuevas soy yo muy alegre.

Y luego se llegó al lecho y dijo a don Veros:

—Mi señor, ved que mandáis, que yo me voy en busca de aquellos caballeros que tan enemigos son del emperador Escanio, y si yo puedo, yo sabré dellos por qué causa tanto lo desaman.

Don Veros le encomendó a Dios y le dijo por la carrera que iban los caballeros, y asimismo le dijo cómo los conocería en los escudos, que eran todos cuatro bermejos y unas bandas blancas por ellos. Bores de Mar tomó su caballo y luego se despidió del sacerdote, y así, se partió dellos no llevando otra compañía sino la de su escudero, que la lanza le llevaba, y tomando la carrera por donde los caballeros iban, se dio de andar cuanto el caballo lo podía llevar, y anduvo tres millas sin ver ni saber parte de los caballeros. A esta hora vio venir un escudero en un palafrén, y como Bores de Mar le viese, díjole:

—Escudero, que hayáis buena ventura, ¿sabriadesme decir si habéis visto cuatro caballeros que todos llevan los escudos bermejos y unas bandas blancas atravesadas por ellos?

El escudero le dijo:

—Yo os pusiera presto con ellos, sino que voy a gran prisa por una cabeza de un caballero que acá arriba queda muerto.

—Y ¿para qué quieren ellos la cabeza del caballero?

—Para enviarla al emperador de Constantinopla, que lo mucho desaman.

¹⁸⁹ Sacerdote, como se lee más abajo.

—Y ¿por qué razón —dijo Bores de Mar— tan mal lo quieren?

—Porque mandó cortar la cabeza al conde Artinaz, que dicen que se rebeló contra él. Estos cuatro caballeros son cormanos del conde, y dicen que el emperador escarneció todo su linaje, y por esto lo desaman y todos cuatro hicieron juramento de le hacer el daño que pudiesen, y por le más enojar le quieren enviar la cabeza de aquel caballero que de su casa era. Pues que yo, señor caballero, os he dicho todo el hecho destos caballeros, mucho os ruego que me digáis por qué razón andáis en busca dellos.

—Para les hacer saber que yo soy de casa del emperador Escanio, que lleven la mi cabeza junto con la de aquel caballero que dices que de su casa mataron.

El escudero se rio, y dijo:

—No tengáis duda, señor caballero, si vos a buscarlos vais, sino que será como lo decís.

—Yo así lo quiero —dijo Bores de Mar—, y conviene que luego me mostréis dónde esos caballeros quedan, que queráis o no.

—¡Ay por Dios, señor caballero, y no me mandéis ir con vos sin que la cabeza de aquel caballero lleve! Y atendedme aquí, que no tardaré mucho en se la cortar, y yo me volveré muy presto y os llevaré donde aquellos caballeros son.

—Detenerme hía mucho —dijo Bores de Mar—. Y no curéis de más razones, sino andad adelante, que yo os seguiré.

El escudero volvió las riendas a su palafrén y dijo:

—Yo os guiaré, y podrá ser que por vuestro mal y en lugar de una cabeza yo sé cierto que irán dos, pues tanta gana lo tenéis.

Bores de Mar no le quiso responder, sino diose de andar tras el escudero, y no anduvieron mucho cuando vieron una tienda en una floresta adonde los cuatro caballeros estaban, el escudero dijo a Bores de Mar:

—Señor caballero, veis aquella tienda: allí hallaréis lo que buscáis.

Y así, se despidió dél y se tornó por la cabeza del caballero, y no había mucho rato que de Bores de Mar se había partido cuando dio la vuelta diciendo:

—Ya Dios no me ayude si yo no tengo de ver para cuánto es este caballero, pues tanto corazón muestra tener.

Y así, se dio de andar tras Bores de Mar. A esta hora llegaron a la tienda, y Bores de Mar tomó la lanza a su escudero y dio en la tienda tal golpe que toda la hizo temblar. Uno de los caballeros salió a la puerta y dijo:

—Caballero, ¿qué es lo que buscáis, que con tanta soberbia habéis llamado?

—Busco a vos y a otros caballeros que en la vuestra compañía andan.

—Y ¿qué los queréis —dijo el caballero.

—Haceros saber —dijo Bores de Mar— cómo soy de casa del emperador Escanio de Constantinopla, y pues me parece que los andáis a buscar, pareciome buen comedimiento quitaros de ese trabajo.

El de la tienda le dijo:

—Caballero, ¿cómo habéis nombre?

—Por agora no lo sabréis —dijo Bores de Mar.

—Para Sancta María —dijo el caballero— yo os quite la soberbia que traéis.

—Bien sería —dijo Bores de Mar—, si osades salir solo,

A esto no le respondió cosa alguna el caballero, antes se entró en la tienda, y a muy gran prisa él y los otros sus compañeros se armaron y subieron en sus caballos, y tomando sus lanzas, todos cuatro arremetieron contra Bores de Mar diciendo:

—No ha de haber más cortesía para los tales como vos, pues decís que sois de casa del emperador.

Y así, lo encontraron todos juntos por todas partes y quebraron en él sus lanzas, y hubiéranlo de derribar, sino que Bores de Mar era uno de los mejores caballeros que había en el mundo: él encontró al uno de los dellos de tal golpe que la lanza le metió por el cuerpo y dio con él y con su caballo en el suelo, y Dios lo quiso tan bien que desde encuentro no quebró su lanza, de lo cual Bores de Mar fue muy ledo. Y luego encontró al segundo por la garganta, de tal manera que la lanza le pasó a la otra parte bien dos palmos y el caballero cayó muerto del caballo abajo y la lanza fue quebrada. Bores de Mar echó mano a su espada y fue a herir en los dos que vivos le quedaban, diciendo:

—¡Ea traidores, que agora no os valdrán nada vuestras maldades que muertos no seáis a mis manos!

Diciendo esto les comenzó a herir de tan duros y pesados golpes que espanto ponía a quien los miraba; los caballeros asimismo lo herían, mas tanto paraban mientes por se amparar de los golpes que Bores de Mar les daba, que lo más del tiempo gastaban en se cubrir con sus escudos. El escudero, que mirándolos estaba, decía entre sí:

—Parécmeme que este caballero bien defiende su cabeza. Bien creo que me quitará del trabajo de ir a Constantinopla, según veo.

A esta hora hirió Bores de Mar al uno de los dellos de tal golpe por encima del yelmo que se lo cortó y hendió la cabeza y luego cayó del caballo muerto; el otro que quedó, cuando vio el golpe que Bores de Mar había dado a su compañero no tuvo la vida segura, y viendo que no le aprovecharía nada huir, acordó, viéndose tan llagado que casi no se podía tener en el caballo, de pedir merced de la vida, y como lo pensó, así lo puso por obra, diciendo:

—Ay por Dios, señor caballero, habed merced de mí, que yo me otorgo por vencido!

—La merced que yo de ti habré será ésta.

Y diciendo esto le dio un golpe por encima del hombro que todo el brazo le derribó y luego el caballero cayó muerto. Bores de Mar limpió su espada y la metió en la vaina diciendo:

—Traidor es quien de traidores ha merced.

Ya quería anochecer, y Bores de Mar no se quiso allí más detener, porque otro día por la mañana se cumplía el tiempo que habían de ser a la Cruz de las Aventuras, y así, anduvo toda la noche. Ya cuando el día vino, Bores de Mar se halló cerca de la cruz, y como a ella llegó apeose de su caballo y echóse un poco sobre el manto de su escudero. Estando de la manera que oído habéis visto venir por el camino una doncella en un palafrén haciendo muy gran duelo. Como Bores de Mar la viese, luego se levantó, y llegando la doncella a la cruz, Bores de Mar le dijo:

—Buena doncella, mucho os ruego, si os pluguiere, que me digáis por qué hacéis tan gran duelo.

La doncella le dijo:

—Señor caballero, decidme vuestro nombre, que de grado haré lo que me mandáis.

—Yo he nombre Bores de Mar —dijo él.

—Pues en la vuestra busca vengo yo —dijo la doncella—. Sabed que un caballero que un león lleva en su compañía me mandó que aquí a esta cruz os viniese a buscar y os dijese de su parte que él os ruega mucho que le perdonéis, porque no pudo cumplir lo que con vos puso de ser aquí al tercero día.

—De esas nuevas me pesa mucho —dijo Bores de Mar—. Y decidme ¿qué aventura le ha hecho detener?

La doncella le dijo, llorando muy agramente:

—¡Ay señor caballero! Pues que saber queréis la desventura del reino de Tremisa, yo os lo diré.

La doncella le contó todo el hecho de la reina como habéis oído; Bores de Mar fue espantado de oír tal aventura. La doncella le dijo:

—Aquel buen caballero os ruega mucho que, por cosa que os avenga, deste lugar no os partáis, porque él será aquí lo más presto que ser pudiere.

—¿Él iba tras la reina? —dijo Bores de Mar.

—Sí —dijo la doncella—, y semejábame que tanto andaba su caballo como el grifo volaba.

Grande fue la tristeza que Bores de Mar sintió, que bien pensó en su corazón que algún tiempo pasaría antes que don Cristalián librase a la reina, o por ventura no la podría haber y desta manera su tardanza sería mucha. La doncella dijo a Bores de Mar:

—Señor caballero, ved que me mandáis, que yo me quiero ir a llevar estas tristes nuevas al reino de Tremisa.

Bores de Mar le dijo que fuese a la buena ventura, y así, se despidió. La doncella se fue su camino, y en todo él no le avino cosa que enojo le hiciese. Llegada que fue, todos supieron la desastrada nueva que la doncella traía, y fueron hechos muy grandes llantos por la pérdida de la reina. Y así los dejaremos, por contarlos lo que a Bores de Mar acaeció.

Dice la historia que como la doncella de la reina se partió de Bores de Mar, que él quedó ocupado en muchos pensamientos no sabiendo qué hacer: si aguardaría allí a don Cristalián o si lo iría a buscar, que por ventura podría ser que hubiese menester la su ayuda. Él estando en este cuidado vio venir por el aire una hermosa garza volando, y en el su pico traía un pargamino cogido; ella se vino hasta que en la cruz posó. Bores de Mar la estaba mirando, y la garza soltó el pargamino y batiendo las alas se desapareció muy presto. Bores de mar lo tomó, y descogiéndolo, vio que en el venían unas letras que decían así:

Bores de Mar, príncipe de Romanía, yo Doroteo he sabido por mis artes los tus grandes pensamientos. Por la gana que tengo de te servir te quiero quitar parte de la pasión que en tu corazón está haciéndote saber que de ahí no te vayas por cosa que te avenga, porque sey cierto que don Cristalián, caballero venturoso, será muy presto contigo habiendo librado la reina de Tremisa. También te hago cierto que a todo lo que comenzare dará cima: tanta es la su buena ventura.

Acabado que hubo Bores de Mar de leer el pargamino, él fue estrañamente ledo con tan buenas nuevas, y propuso en su corazón de no pasar un punto de lo que allí le enviaba a decir.

Ya oístes cómo don Cristalián se iba en seguimiento de la reina de Tremisa; el grifo voló el día todo con ella sin jamás descansar. Ya que era algo tarde, que la escuridad de la noche venía, halló en una encrucijada una torre a maravilla muy alta, y comenzó a revolar por encima, a manera de querer posar en ella. Cuando don Cristalián esto vio tuvo la reina por perdida, creyendo que si el grifo allí hacía su asiento, que ella era muerta, y rogaba a Dios muy ahincadamente que de allí le mandase ir. Don Cristalián le comenzó a dar muy grandes voces por lo espantar, que allí no posase, y como se detuvo algún rato llegó Libanor, y luego el grifo se partió de la torre llevando a la reina como de antes oístes. Don Cristalián le iba siguiendo, y con mucha fatiga, porque vía que ya era casi de noche, y llegando a un puerto de mar, muy presto el grifo se metió por la mar alta. Cuando don Cristalián esto vio ána muriera con pesar, y decía:

—Jamás seré alegre, pues por yo llegar a la fuente la reina es perdida.

Y diciendo esto diose de andar a muy gran priesa por la marina adelante por ver si hallaría alguna cosa en que poder ir en seguimiento de la reina, y Dios lo guio tan bien que vio una barca en que unos pescadores andaban a la costa de la mar. Como don Cristalián los viese, díjoles:

—Amigos, que hayáis buena ventura, ¿quereisme llevar en esa barca adonde yo os dijere?

—Llevaremos —dijeron los pescadores— adonde mandáredes, si nos lo pagáis bien.

—Yo os daré tanto que seáis bien pagados —dijo don Cristalián.

—Pues entrad.

Y luego llegaron la barca lo más junto que pudieron, y don Cristalián fue luego en ella y rogoles que lo guiasen a gran priesa.

—¿Hacia qué parte? —dijeron los pescadores.

—Adonde la ventura nos llevare —dijo él.

Libanor se quedó en la ribera aguardando a su señor. Los marineros y don Cristalián anduvieron toda la noche a una y a otra parte. Yendo don Cristalián de la manera que oído habéis oyeron muy gran ruido de gentes que grandes voces daban; él rogó a los pescadores que lo guiasen hacia adonde aquellas voces se oían, y ellos hicieron su mandado; luego vieron, lejos, de una galera sacar muchas lumbres, y toda la gente della andaban dando muy grandes voces. Entonces llegó don Cristalián, y mirando por qué razón aquellas gentes hacía aquel ruido, vio que el grifo había puesto a la reina en una pequeña isla que en la mar estaba y cómo los de la galera daban aquellas voces por lo espantar, por que algún daño no hiciese a la reina. El grifo los estaba mirando muy espantado y tenía a la reina cerca de sí; ella estaba como muerta, del grande espanto que había pasado. Don Cristalián dijo a los pescadores:

—Amigos, llegad muy presto la barca a aquella isla.

Los pescadores hicieron su mandado, aunque no sin temor, que mucho eran espantados de ver al grifo. Como de la galera le daban tantas voces, ya os habemos

contado cómo el grifo los estaba mirando; la barca en que don Cristalián iba llegó a la isla por la otra parte, y don Cristalián saltó en ella muy presto y fue muy paso, con su espada en la mano, y dio por detrás un tal golpe al grifo, que la cabeza le echó a la otra parte.

Como el grifo fue muerto don Cristalián dio muchas gracias a Dios, y fuese para la reina (que más muerta que viva estaba), y tomándola en sus brazos la llevaba a la barca. Los que en la galera estaban comenzaron a dar voces diciendo:

—Atended, caballero, que antes que la doncella llevéis habemos de saber si con derecho la podéis llevar.

Don Cristalián les dijo:

—Por buena fe, caballeros, yo he llevado más afán en la seguir que vosotros pensáis.

—No os aprovecha nada eso que decís —dijeron los caballeros—, que habemos de saber si la doncella va con vos con su voluntad.

—Yo os juro —dijo don Cristalián— por la fe que a Dios debo que no hay cosa en esta vida que a esta doncella más alegre la haga que es ir en la mi compañía.

A esta hora la reina recordó, y como en poder de don Cristalián se viese, llorando comenzó a decir:

—¡Ay buen caballero, el día que vós nascistes sea bendito, pues tanto bien vino al mundo con el vuestro nacimiento! Agora me decid qué se hizo aquella maldita ave que en su poder me llevaba.

—Ella es muerta —dijo don Cristalián.

Y luego se la mostró; cuando la reina vio muerto al grifo dio muchas gracias a Dios por las grandes mercedes que dél siempre recibía. Los caballeros de la galera la dijeron:

—Señora doncella, conviene que nos digáis si vais con vuestra voluntad en poder de ese caballero.

La reina les respondió:

—No hay hoy dueña ni doncella en el mundo, por gran señora que fuese, que no se tuviese por bienandante de ir en la su compañía.

Como los caballeros la oyeron hablar desta manera, dijeronle:

—Buena doncella, pues Dios tan apuesta os hizo, no creo que para con tanta hermosura como Dios os dio os faltará mesura. Decidnos, si os pluguiere, quién es ese caballero que tanto loáis.

—Este caballero es la flor de la caballería del mundo, y no queráis de mí más saber.

—Agora nos habéis puesto en más deseo de lo conocer —dijeron ellos.

Don Cristalián les dijo:

—Señores caballeros, quienquier que yo sea, holgaré de serviros en lo que mandar me quisiéredes, por el buen socorro que en esta doncella hecistes.

Y así, se despidió dellos, y ellos le encomendaron a Dios, y dijeron que pues la doncella iba con él de tan buena voluntad, que no había por qué se la quitar. Don Cristalián y la reina entraron en la barca, y la noche hacía muy clara; los pescadores comenzaron a remar, y así, fueron su camino, pasando su tiempo la reina en contar los trabajos en que se había visto y cómo Dios maravillosamente la había librado. Así caminaron toda la mayor parte de la noche.

Ya cuando el día vino llegaron a tierra. Cuando Libanor los vio, estrañamente fue ledo, y luego tomaron puerto, y como salieron del agua, los pescadores dieron de comer a la reina y a don Cristalián de lo que ellos tenían para sí (que bien menester lo habían, que desde la hora que el grifo tomó a la reina ni los unos no los otros no habían comido). Así, estuvieron allí por una pieza descansando del trabajo pasado; cuando don Cristalián vio que era hora dijo a la reina que si la su merced mandaba, que partiesen de allí, y la reina le respondió que fuese luego. Don Cristalián la puso en el palafrén y él subió en su caballo y mandó a Libanor que diese a aquellos pescadores tanto haber que ellos fuesen contentos; Libanor hizo su mandado, los pescadores decían:

—Bendita¹⁹⁰ sea la hora en que a este caballero vimos, pues tan buen galardón nos ha dado por lo poco que le habemos servido.

Don Cristalián y la reina los encomendaron a Dios y tomaron su camino para el reino de Tremisa. Así, caminaron, y en el primer lugar tomaron un palafrén para la reina y a pocos días llegaron a Lainda, adonde fueron muy bien recibidos y grandes alegrías fueron hechas en todo el reino por la buena ventura que Dios les había dado en cobrar a su señora, que por perdida tenían. La reina mandó hacer el aposento de don Cristalián dentro del palacio, con pensamiento que allí le deternía algunos días; pero no fue así como ella lo pensó, que otro día por la mañana, acabando la reina y don Cristalián de oír misa, él pidió licencia para se volver. A la reina le pesó mucho de saber que la su partida había de ser tan presto, pero como vio que aquella era su voluntad acordó de no le decir nada de lo que tenía en pensamiento de hacer, que era muy grandes fiestas por honrar mucho a don Cristalián. Ella le dijo:

—Mi señor, no pensé yo que la partida fuera tan presto; pero pues la vuestra voluntad es, todos es razón que lo tengamos por bueno. Yo no sé qué galardón os pueda dar por tan grandes trabajos como por causa mía vos, mi señor, habéis pasado; no sé qué os decir, sino que yo y toda mi tierra quedamos a vuestro servicio para lo que mandar nos quisiéredes.

—Yo, mi señora, soy el que tengo de servir —dijo don Cristalián—, que a doquier que yo esté, oyendo vuestro mandado le obedeceré como es razón.

La reina se le humilló y le dijo que no se esperaba menos de tan alto príncipe como lo él era. Don Cristalián dijo a Libanor que le trajese sus armas; Libanor hizo su mandado, y armado que fue, luego se despidió de la reina y subiendo en su caballo Flordelid tomó el camino de la Cruz de las Aventuras.

¹⁹⁰ 1587: 'Bedita' (46v).

Capítulo XXIII

De cómo don Cristalián llegó a la Cruz de las Aventuras y fue muy bien recibido del príncipe Bores de Mar, y de cómo de allí se partieron para el Castillo Peligroso.

COMO don Cristalián salió del reino de Tremisa tomó su derecho camino para la Cruz de las Aventuras, y un día a hora de vísperas llegó a ella y vio a Bores de Mar que por un verde prado se andaba paseando, y como él vio a don Cristalián, estrañamente fue ledo (que luego lo conoció en las armas noveles que traía) y a gran priesa se fue para el camino por donde venía, y como don Cristalián lo vio, diose de andar y muy presto fueron juntos. Don Cristalián se apeó y abrazáronse de corazón, como aquellos que mucho se amaban; Bores de Mar le dijo:

—Malandante sea si otra vez os partís de la mi compañía, pues tanto afán me ha dado la vuestra ausencia.

Don Cristalián le respondió, riéndose:

—Mi señor, conviene que me perdonéis; si no, en la batalla sois comigo.

—No digo yo un perdón —dijo Bores de Mar—, mas ciento por no me poner en aventura de muerte; que vos habéis tal virtud que quien con vos hace batalla gana la honra que os diré: o el queda muerto o vencido de vuestras manos.

Con estas y otras palabras de mucho placer se fueron a la Cruz de las Aventuras. Don Cristalián se desarmó las manos y la cabeza; Bores de Mar le preguntó si había comido; él dijo que sí, en un lugar que cerca de allí estaba.

—Pues que así es, contadme qué fue de la reina de Tremisa, que no he deseado de otra cosa más que de saber cómo fue libre.

El príncipe se lo contó todo como habéis oído.

—Yo tenía por tan muerta a la reina —dijo Bores de Mar— como lo son los que agora cien años murieron, y Dios la quiso tan bien que a tan buen tiempo llegásemos a esta cruz para que por la vuestra mano ella fuese libre.

En esto y en otras cosas estuvieron hablando hasta hora de completas; Bores de Mar dijo a don Cristalián:

—Mi señor, ¿qué es lo que entendéis de hacer?

—Que luego nos partamos de aquí —dijo don Cristalián— para el Castillo Peligroso.

—En el nombre de Dios —dijo Bores de Mar—. Y a Él ruego que nos aparte todas aventuras hasta que a él lleguemos.

Bores de Mar se armó, y don Cristalián asimismo, las manos y la cabeza (que desarmado tenían) y subiendo en sus caballos tomaron su camino para el reino de Cornualla, porque en aquellas partes, como oído habéis, estaba el Castillo Peligroso.

Agora sabed que en todo este camino no les avino cosa que de contar sea, de lo cual Bores de Mar iba muy ledo. Un día por la mañana, a hora de prima, llegaron a vista del Castillo Peligroso, y estaba en un hermoso llano; era grande la su fortaleza; había una cerca, en torno, de hierro, tan gruesa como tres cobdos. Ellos

miraron a una y a otra parte para saber si había por donde pudiesen entrar. Al un lado de la cerca vieron una gran puerta con un grueso candado: don Cristalián mandó a Libanor que mirase si estaba abierto, Libanor lo miró y díjoles cómo estaba cerrado.

—Pues ¿cómo será esto? —dijo don Cristalián—. ¿Por dónde hallaremos la entrada para este castillo?

Y diciendo esto miró por encima de la puerta para ver si podía por allí entrar, y vio que encima estaba un grande escudo de hierro; en él estaban esculpidas unas letras que decían:

Quien quisiere ver las grandes maravillas que en este castillo hay, a la mano siniestra desta puerta verá una pequeña torre: dentro della hallará la llave con que pueda entrar. Y el caballero que su Dios tan bienandante le hiciere que la llave hubiere en su poder, abra las puertas y entre, si para ello tuviere corazón, que dentro hallará cosas estrañas.

Como don Cristalián acabó de leer las letras miró a la mano siniestra y vio la torre; él se llegó a ella y dijo a Libanor que mirase si una puerta que tenía estaba sin cerradura. Libanor la miró y vióla abierta; él la iba abrir, mas don Cristalián le dio voces que no la abriese, y así, se tiró afuera, y don Cristalián se apeó de su caballo y se fue para la puerta, y así como a ella llegó, la puerta se abrió sin poner fuerza alguna. Él se entró dentro, y en una cámara que baja estaba vio un lecho. A esta hora ya Bores de Mar estaba con él, y juntos se llegaron al lecho por mirar lo que dentro había. Como cerca se vieron, hallaron en él un jayán asaz grande que estaba tendido, y vieron cómo estaba muerto y muy espantoso, y en la su mano derecha tenía una gran llave; Bores de Mar dijo:

—No me creáis si ésta no es la llave del castillo.

Y diciendo esto fue muy presto a la tomar, y poniendo todas sus fuerzas por se la sacar de la mano no pudo, y volviéndose para don Cristalián le dijo:

— Aun para este jayán que está muerto no tengo fuerzas, ¿qué haría si vivo estuviera?

Don Cristalián se rio y llegose al jayán, y así como a la llave tocó, luego el jayán tendió la mano contra don Cristalián y él la tomó.

Bores de Mar le dijo

— ¿No tengo dicho que mientras vos, mi señor, fuéredes en el mundo ningún caballero se trabaje por ganar honra, que su afán será perdido? Mucho querría — dijo Bores de Mar — que antes que en el castillo entrásedes me otorgásedes un don.

— De grado —dijo don Cristalián— haré lo que mandáredes.

— Pues sabed, mi señor, que el don que me habéis otorgado es llevarme en vuestra compañía; no para os ayudar, que bien cierto soy yo que la mi ayuda no habréis menester, pero tengo mucho deseo de ver las grandes maravillas que en este castillo hay. Y si la ventura me fuese tan favorable que yo pudiese llegar adonde mi señora la infanta Archesidela está, sería gran bien para mí.

Don Cristalián le dijo que hiciese su voluntad: si quisiese entrar, que entrase, y que con el su favor osaría él acometer cualquier hecho por grande que fuese. Bores de Mar le dijo:

—Mi señor, a vos hizo Dios para que a todo el mundo le deis.¹⁹¹

Y diciendo esto y otras cosas se fueron a la puerta y don Cristalián la abrió; Bores de mar y Libanor y el león entraron tras el príncipe. Así como en el gran patio fueron, todos cayeron en el suelo sin ningún sentido; como don Cristalián así los vio, echolos fuera y luego tornaron en su sentido, como de antes lo estaban. Don Cristalián dijo a Bores de Mar:

—Mi señor, ¿qué habéis sentido?

—Mucho mal —dijo Bores de Mar, y Libanor—; que nos pareció, cuando en el patio entramos, que las vidas se nos acababan.

—Aquí fuera —dijo don Cristalián— me podéis aguardar; que si Dios a mí ventura me da, no me deterné mucho.

Bores de Mar le dijo que así lo entendía de hacer, que por entonces no quería ir más en su compañía, pues tan mal le iba dello, y así, se despidió don Cristalián y ellos lo encomendaron a Dios que lo guiase y guardase de todo peligro. Él se dio de andar por su patio adelante, y al cabo dél vio una muy angosta calle y él se fue por ella, y como más adelante llegó oyó muy gran ruido, a manera de batería;¹⁹² él se dio mayor priesa que de antes y anduvo cuantía de media milla, y cuando aquella angosta calle acabó de pasar hallose en un otro patio, y en medio dél estaba un mármol¹⁹³ de hierro; desde allí comenzaba una angosta puente, y éralo tanto, que en lo más ancho era como un pie. Don Cristalián la miró y vio que al cabo del patio estaban unas grandes y muy fuertes puertas, cerradas, entre las cuales entraba aquella angosta puente: él se llegó por ver lo que dentro estaba, y vio otra calle, que era más ancha que la que había pasado, y dentro vio cosas extrañas, y para las mejor ver abrió las puertas (que ninguna cerradura tenían) y vio lo que agora os contaremos.

Aquella calle era larga y algo ancha; de la una parte y de la otra estaban muchos tiros gruesos de artillería; don Cristalián los contó, y en cada parte de la calle estaban ciento. Sabed que esta artillería jamás cesaba de jugar la una contra la otra, y este era el gran ruido que sonaba. Por medio de los tiros iba la angosta puente que arriba oístes que al mármol de hierro estaba pegada; a la una parte de los tiros había una columna, y a la otra parte otra; de la una columna ala otra estaba un letrero que decía así:

Si tú, caballero que hasta aquí has tenido poder de entrar, si tu esfuerzo se atreviere a pasar adelante por esta puente, verás las cosas extrañas que en este castillo están; y si por ella no osares pasar, sey cierto que todos estos tiros que aquí vees se volverán contra ti. Y por esta razón ha este castillo nombre la Peligrosa Morada, por el peligro que ha de pasar el caballero que esta aventura le está otorgada.

Como don Cristalián acabó de leer estas letras luego se encomendó a Dios y sin ningún temor se subió por la puente adelante; y él que mucho más ligero que otro era, la pasó muy presto, y cuando fue al cabo della estaba cuantía de tres estados

¹⁹¹ Le deis favor, se entiende.

¹⁹² Disparos de artillería.

¹⁹³ Pedestal, columna.

del suelo; don Cristalián dio un salto, y así como le dio se hundió debajo de la tierra hasta los brazos, y como el príncipe así se viese, bien pensó que allí fenecerían los sus días, por cuanto él no tenía poder para de allí salir. Luego sintió que muy recio le tiraban de las piernas, por manera que poco a poco lo metieron debajo de la tierra.

Pasado aquel grande y muy espantoso peligro él se halló en una barca sobre agua (que a su parecer era en medio de la alta mar, por cuanto él no vio tierra ninguna lejos ni cerca), dentro de la cual estaban dos enanos muy feos; ellos tomaron sendos remos (que en la barca estaban) y comenzaron a remar a tan gran priesa que verdaderamente la barca parecía que iba volando, y así anduvieron una parte del día, hasta que llegaron a una hermosa torre que en medio de aquella agua estaba, y los enanos guiaron la barca hacia la parte de la torre, y como a ella llegaron, vio don Cristalián que estaba en medio de una isla, y los enanos llegaron la barca tan cerca della, que muy ligeramente don Cristalián saltó dentro; los enanos se volvieron con su barca a muy gran priesa.

Don Cristalián se llegó a la torre y vio que estaba cerrada; en la puerta había unas gruesas aldabas, y de cada una dellas estaba colgado un cuerno de unas correas; don Cristalián tomó el uno dellos en sus manos y tocolo lo más recio que pudo, el cuerno sonó tanto, que en gran parte se oyera. Luego abrieron una finiesta de la torre y a ella se paró un escudero, y dijo a don Cristalián:

—Caballero, ¿qué es lo que andáis a buscar por estas partes, que tan osadamente habéis tocado uno de esos nuestros cuernos? ¿Queréis algo en esta torre?

—Saber lo que allá dentro está —dijo don Cristalián.

El escudero le respondió:

—Bien parecéis estraño, pues no sabéis la costumbre de la torre.

—Vos me la diréis, si os pluguiere.

—De grado —dijo el escudero—. Sabed que en la puerta de la torre, como veis, hay cinco cuernos: vos habéis tocado el uno. En esta torre hay cinco caballeros que en guarda de la infanta Archesidela están; vos, señor caballero, habéis llamado al uno dellos a batalla, y si a todos cinco quisiéredes llamar, habéis de tocar todos cinco cuernos. Ved lo que queréis hacer que en la batalla sois con el uno.

—Ya yo lo querría ver —dijo don Cristalián.

—Pues atended un poco —dijo el escudero—, que muy presto lo veréis.

Y no pasó mucho tiempo cuando vio que la puerta de la torre se abrió y por ella salió un caballero armado de todas armas en un caballo negro, y como a don Cristalián vio, díjole:

—Señor caballero, paréceme que no traéis caballo: nuestra batalla habremos de hacer a pie.

Y diciendo esto se apeó y dijo a don Cristalián:

—Agora me decid por qué razón me demandáis batalla, y asimismo qué es lo que andáis a buscar.

—En la vuestra mano está dejar la batalla si vos quisiéredes —dijo don Cristalián—, que yo no vine aquí por me combatir con vos ni con otro, sino en busca de la infanta Archesidela, que Algamaz por sus males artes aquí tiene; y si vos, señor caballero, me queréis mostrar adonde está, quito sois de la batalla.

—Primero me costará la vida —dijo él—, a mí y a cuatro caballeros que están en esta torre, que vós la veáis.

—Pues que así es —dijo don Cristalián—, guardaos de mí.

El caballero tomó su espada y embrazó su escudo; ya don Cristalián le estaba aguardando, y así, se comenzó entre ellos una muy cruda batalla, por cuanto el caballero era escogido entre muchos por el mejor. Ellos se hirían de muy duros y pesados golpes; don Cristalián decía en su corazón que aquel con quien se combatía era uno de los mejores caballeros que él en su vida había visto. Así anduvieron en su batalla grande media hora; en este tiempo el caballero andaba tan laso que no se podía tener; don Cristalián le dio tal golpe por encima de la cabeza que le hizo una gran llaga, mas quísole Dios tan bien que no fue mortal, y del gran golpe que recibió cayó en el suelo sin ningún sentido. Don Cristalián fue sobre él, y desenlazándole el yelmo vio que no era muerto y aguardó hasta que tornó en su acuerdo, y como así le vio, dijole:

—Caballero, muerto sois si no os otorgáis por vencido.

El caballero que vio a don Cristalián con su espada en la mano, hubo mucho miedo de perder la cabeza, y dijo:

—Caballero: mal seso ternía yo si estando tal cual estoy de vos me quisiese defender. Por vencido yo me otorgo, pues al no se puede hacer, y según lo que yo he de vos conocido, cobraréis lo que deseáis.

Don Cristalián le ayudó a levantar, y el caballero mismo con sus manos se apretó la cabeza, que mal herida tenía, y así, se sentó sobre un canto aguardando a que la torre abriesen. Don Cristalián fue para la puerta y tocó otro cuerno, y así como sonó luego salió otro caballero, a pie y muy bien armado. Este caballero y don Cristalián hubieron su batalla, que duró cerca de una hora; a la fin, el caballero fue vencido y muerto, y así al tercero y el cuarto. Ya no le quedaba sino uno de los cinco caballeros; don Cristalián fue a tocar el cuerno postrero y luego salió un gran caballero; las armas que traía eran negras, y el caballero era grande y bien hecho y mostraba en su semblante ser de gran ánimo. Como a don Cristalián vio, le dijo:

—Caballero, mucho daño es lo que mis compañeros de vos han recibido: malandante sería yo si de vos muy presto no tomare la emienda.

Y diciendo esto se comenzó entre ellos una muy cruda batalla, y heríanse tan a menudo, que por muchos lugares traían las armas rotas y las lorigas desmalladas, y el campo estaba sembrado de las rajas que de los escudos se cortaban y el suelo tinto de la sangre que les salía de las grandes heridas que se daban. A esta hora don Cristalián sintió mucha flaqueza en el caballero, y comenzolo a herir muy a menudo, y no le acertaba golpe a derecho que las armas y la carne no le cortase; el caballero se salió afuera por descansar algún¹⁹⁴ tanto, y a don Cristalián le pesó, porque en aquel tiempo pensó él acabar su batalla; y él se apartó asimismo, y estando echados sobre la manzana de sus espadas vio al caballero dar una voz que dijo:

—¡Ay captivo, que muerto soy!

¹⁹⁴ 1587: ‘algunta’ (48v).

Y diciendo esto dio consigo en el suelo; don Cristalián fue muy presto a él, y tomándole en sus brazos le desenlazó el yelmo, y luego se estendió con la rabia de la muerte y se le salió el ánima.

A don Cristalián le pesó mucho, que no quisiera él que tan buen caballero como aquél lo era fuera muerto; y así, lo dejó y se fue para la puerta de la torre (que abierta estaba), y como por ella entró, hacia la una parte vio a los cinco escuderos de los caballeros, y como ellos le vieron, todos se le humillaron y le pidieron merced de las vidas; don Cristalián les dijo que no temiesen, y rogoles que le dijesen qué había sido del caballero con quien primero había habido batalla.

—Aquí está, señor, y muy mal herido; mas creemos que con la ayuda del nuestro profeta Mahoma será guarido.

—Mucho os ruego —dijo don Cristalián— que me llevéis adonde ese caballero está.

Su escudero le dijo:

—Venid, señor, comigo, que yo os llevaré.

Y así, se fueron al aposento del caballero. Don Cristalián se llegó al lecho adonde él estaba y le dijo:

—Señor, ¿qué tal os sentís?

—Siéntome mucho mal —dijo el caballero—, y temo la muerte, según el gran dolor que siento.

—Esforzaos mucho —dijo don Cristalián—, que Dios os enviara salud. Mucho os ruego, por lo que debéis a la orden de caballería, que me digáis a qué parte desta torre esta la infanta Archesidela, y asimismo me digáis quién os curó, porque traigo algunas heridas.

El caballero le dijo que se escudero era maestro para tal menester. Luego don Cristalián se desarmó y fue curado, y el escudero le dijo que no había llaga por que dejase de acometer cualquier hecho que quisiese.

Capítulo XXIII

De cómo el caballero que herido estaba dijo a don Cristalián todo lo que sabía de la infanta Archesidela, y asimismo cuenta de lo que yendo a la ciudad de Constantinopla les acaeció.

EL caballero le dijo:

—Lo que yo sé, por el juramento que me habéis tomado yo os lo diré: todos los caballeros que aquí vistes fuimos aquí venidos por mandado del sabio Algamaz para que estuviésemos en guarda desta infanta que él aquí metió. Nuestro aposento nos dio adonde veis, diciéndonos que guardásemos esta torre y que en ella dejaba a la hermosa infanta Archesidela, pero no nos dijo en qué parte. Esto es lo que deste hecho sé deciros, y no otra cosa.

—Pues que así es —dijo don Cristalián—, aquí me conviene buscarla.

Y así, se despidió del caballero, porque era ya tarde, y subió por un escalera de la torre y hallose en unos grandes corredores, y él miró por ver si vería alguna puerta y no la vio, mas a la una parte estaba una finiestra cerrada con unos gruesos candados. Don Cristalián la estuvo mirando, y tomando su espada dio un golpe en uno de los candados que lo hizo dos partes; desto fue muy ledo, y asimismo dio en los otros y fueron quebrados y luego fue la finiestra abierta. Don Cristalián entró por ella y vio una hermosa sala, y a la una parte estaba una pequeña puerta; él se fue para ella y vio dentro de la cámara un rico lecho, y encima d'él estaba echada una muy hermosa doncella ricamente guarnida. Parecía a quien la miraba que estaba durmiendo.

Don Cristalián se llegó más cerca del lecho y estúvola una pieza mirando y diciendo en su corazón que no podía en todo el mundo haber cosa más hermosa que aquella infanta lo era; llamaba bienandante a Bores de Mar, pues era amado de tan hermosa doncella. Y luego la trabó del brazo pensando que estaba durmiendo, pero aprovechó tanto como nada, que por mucho que la meneó no recordó. Desto fue don Cristalián muy triste, no sabiendo qué hacer. Y así, estuvo pensando por una pieza, y a la fin acordó de la tomar en sus brazos y la sacar de la torre; que por ventura siendo fuera de aquellos encantamientos no ternían tanta fuerza como dentro de la torre tenían. Así como don Cristalián la tomó en sus brazos, como las armas que el traía había la virtud que oído habéis, luego fue la infanta puesta en todo su acuerdo, y como ella recordase en los brazos de aquel caballero, fue mucho espantada, y dijo:

—¡Ay caballero, por la fe que a Dios debéis, que vós me digáis quién sois, por que sepa en cuyo poder voy, pues con tanta osadía me robastes del reino de mi padre!

—Mi señora, no soy yo el que os robé, sino el que quiere, con en el ayuda de Dios, librарos del poder de Algamaz, que es el que aquí os trujo.

Como la infanta esto le oyó tuvo por cierto que aquel caballero era Bores de Mar, la cosa del mundo que ella más amaba, y con este pensamiento le dijo:

—¡Ay buen caballero!, por lo que debéis a la orden de caballería os ruego que me digáis vuestro nombre.

Don Cristalián le dijo:

—Mi señora, mi nombre yo os le diré; pero ha tan poco tiempo que soy caballero, que he poca nombradía, y a esta causa, aunque yo diga mi nombre, no seré por él conocido.

—Con esas condiciones, lo quiero yo saber —dijo la infanta.

—Yo he nombre don Cristalián de España.

La infanta no le conoció, y díjole que si conocía un caballero que había nombre Bores de Mar; don Cristalián le dijo que sí, que con el ayuda Dios muy presto sería con él. La infanta fue demasiada su alegría de oír estas nuevas, y rogó a don Cristalián que la pusiese en el suelo, que ella se iría por su pie; don Cristalián hizo lo que la infanta le dijo. Así como en el suelo la puso, ella tornó como de antes estaba; don Cristalián que así la vio, luego se quitó una pieza de las armas del brazo siniestro y púsola a la infanta en el suyo y luego tornó en su acuerdo. Ella se maravilló de se ver el brazo armado; don Cristalián le dijo la virtud que sus armas tenían, la infanta dio gracias a Dios de lo oír.

Desta manera salieron al corredor por la finiestra que ya oístes. Don Cristalián tomó a la infanta por la mano y llevola al aposento del caballero que estaba herido, y como en él fueron, don Cristalián dijo a la infanta:

—Veis aquí, señora, este caballero que herido está, que todo el tiempo que en este castillo habéis estado él ha sido en vuestro servicio; que éste es uno de los cinco caballeros que en la vuestra guarda estaban.

—Ese servicio no quisiera yo —dijo la infanta—, que nunca vi servicio que galardón no se pudiese dar si éste no.

—De eso me pesa a mí —dijo él—; y a este buen caballero ruego yo que me alcance perdón de la vuestra merced, pues que forzosamente fuimos aquí traídos.

Don Cristalián dijo a la infanta:

—La vuestra merced sea de le perdonar, pues no tiene culpa en el deservicio que Algamaz os ha hecho.

—Por ruego de tan buen caballero —dijo la infanta— otros mayores enojos se deben de perdonar, cuanto más éste, que me parece que no fue en su mano.

Don Cristalián se le humilló. Benzalaque (que así había nombre el caballero) le besó las manos por la merced que hecho le había; don Cristalián le dijo:

—Benzalaque ¿cómo saldremos desta isla?

—Bien —dijo él—, en la barca de los enanos.

—Pues que así es —dijo don Cristalián—, ved lo que mandáis, que luego nos queremos ir.

Benzalaque le respondió que si para ello le daba licencia, que en levantándose de allí le iría a servir, y por tanto, le pedía le dijese dónde le podría hallar.

—En la corte del emperador de Constantinopla —dijo don Cristalián.

—Yo os encomiendo a Alá —dijo Benzalaque—, que jamás os dejaré de servir mientras vida tuviere.

Don Cristalián y la infanta se despidieron dél y se salieron a la isla, y como allí fueron, luego vieron la barca con los enanos; don Cristalián y la infanta entraron en ella y muy presto los enanos los pasaron a la otra parte. Como allí los dejaron, luego se fueron al Castillo Peligroso, y hallaron el artillería que nunca cesaba de jugar toda quebrada, y la puente que ya oístes asimismo. Pasaron aquella calle y

salieron a la otra más angosta, y como en ella fueron, la infanta se esforzó a andar más apriesa, y como era gran trecho, iba muy fatigada. A esta hora salieron al gran patio que de hierro estaba cercado.

De Bores de Mar os digo que jamás se quitaba de la puerta; cuando el vio venir a la infanta Archesidela en compañía de don Cristalián, aína perdiera el sentido: tanto fue el placer que sintió. Así como a la puerta llegaron, Bores de Mar se humilló ante su señora, y tomándole las manos, se las besó muchas veces diciendo:

—¡Oh mi señora Archesidela, y cuántas cuitas la vuestra ausencia me ha dado! Agora ven, muerte, por mí, pues Dios me ha dejado ver todo el bien de mi vida.

La infanta le hizo alzar y le dijo:

—Mi verdadero amigo, yo he sido aquí la bien librada en estar todo el tiempo que en este Castillo Peligroso he estado fuera de mí.

Y allí le contó de la manera que don Cristalián la había hallado y cómo salió en su acuerdo con una pieza de las armas de don Cristalián.

—Comoquiera que vós, mi señora, salgáis, soy obligado de servir a Dios esta tan señalada merced que me ha hecho en darme vida para que yo os viese; y después de Dios, a este buen caballero.

Y luego dijo a don Cristalián:

—Mi señor, mucho os ruego que me perdonéis, que no ha sido en mi mano daros las gracias de las crecidas mercedes recibidas.

Don Cristalián le respondió:

—Pequeño servicio es éste, según lo mucho que os debo. Y paréceme que sería bien que vamos de aquí: la infanta irá en el palafrén de Libanor hasta que lleguemos adonde otro se pueda haber.

—Hágase lo que mandáis —dijo Bores de Mar.

La infanta que miró por el palafrén, vio el león de don Cristalián, y fue tan grande el miedo que hubo, que muy presto se abrazó con Bores de Mar (que cerca de sí tenía) diciendo:

—¡Ay señor, amparadme deste león!

Bores de Mar la tomó en sus brazos diciéndole:

—Más brava es la vuestra crueza para mí. Por eso, mi señora, válgame la vuestra mesura; si no, muerto soy. Deste león no tengáis miedo ninguno, que anda en servicio deste buen caballero y jamás de la su compañía se aparta.

Mucho fue la infanta espantada de oír aquellas maravillas, que un león tan fiero como aquél lo era fuese cosa tan doméstica. Don Cristalián mandó a Libanor que aparejase su palafrén, en que la infanta fuese; Libanor hizo su mandado, y Bores de Mar puso a la infanta en él y los caballeros subieron en sus caballos, y así, tomaron el camino del imperio de Constantinopla. La infanta preguntó a Bores de Mar por qué razón iban a Constantinopla.

—Porque está allí el rey mi padre, y asimismo el emperador Lindedel y emperatriz Cristalina, padres deste valeroso príncipe, que os desean mucho ver, que muy pocos días han pasado que los sacó de otro tal encantamiento como el en que vós, mi señora, estábades, y asimismo era hecho por Algamaz.

—¡Bendito sea Dios —dijo la infanta—, que tan mala cosa sacó del mundo!

Bores de Mar rogó mucho a don Cristalián que le contase lo que en el Castillo Peligroso le había acaecido; él se lo contó todo como lo habéis oído. Mucho fue espantado Bores de Mar cuando oyó decir que se había sumido debajo de la tierra, y dijo:

—¡Cosas estrañas son las que Algamaz hacía! Con razón lo llamaban el Palacio Peligroso, pues tales maravillas había en él.

Hablando en esto y en otras muchas cosas llegaron a una villa del reino de Cornualla, allí reposaron una pieza y tomaron un palafrén para la infanta de muy ricas guardiciones, y así, se aparejaron para se partir. Otro día por la mañana, luego que aquellos señores príncipes y infanta salieron de aquella villa que ya oístes y siguieron el camino que llevaban, dice la historia que yendo un día a hora de vísperas por una falda de una floresta salió a ellos un caballero armado de todas armas en un buen caballo y díjoles:

—Caballeros, ¿sabéis la costumbre desta floresta?

—No —dijeron ellos—. Si os pluguiere, decídnosla.

—Sí diré —dijo él—, que a eso soy venido. Sabed que en esta floresta están doce caballeros en unas tiendas, que defienden que ningún caballero sea osado de pasar por este camino en compañía de dueña ni doncella, porque se la harán dejar a mal de su grado, cuanto más esta que en vuestra compañía traéis, que me semeja no haber visto otra que más hermosa sea.

—Ya nos dejaréis ir nuestro camino —dijo don Cristalián—, por cuanto no sabíamos la costumbre de la floresta.

—No os vale nada eso, que dejar habéis la doncella.

—Gran daño sería si esta doncella aquí dejásemos. Mucho os ruego, por lo que debéis a la orden de caballería, que vamos ante esotros caballeros que decís que están en la floresta, y por ventura nos dejarán ir nuestro camino.

—Deso soy yo contento —dijo el caballero—, por que vean ellos tan bien como yo para cuánto sois. Agora me seguid.

Y así, se entraron por la floresta. El caballero se adelantó, y así como llegó a las tiendas donde sus compañeros estaban, les dijo:

—¡Estraña aventura me ha hoy acaecido! Yo encontré dos caballeros que llevan en su compañía la más hermosa doncella que jamás vistes. Los dos caballeros que la traen son grandes y bien hechos, y son tan cobardes que el uno dellos nunca osó hablar ante mí; el que comigo habló, toda su habla fue rogarme que los dejase pasar.

Un caballero, que era señor de los otros, dijo:

—¡Por Dios, esa es hermosa aventura! Llevadme adonde esa doncella y caballeros están.

—Veislos, aquí vienen —dijo el caballero.

A esta hora llegaron don Cristalián y Bores de Mar trayendo a la infanta consigo; don Cristalián saludó al señor de la tienda; él le dijo:

—¡Bien venga la hermosura del mundo, que ella y no otra merece mis saludes! Decidme dónde lleváis esta doncella o cómo la hubistes en vuestro poder, que me semeja que va mal empleada en ir en la vuestra compañía.

—Ella va contenta —dijo don Cristalián—; de lo demás no me curo.

—Y ¿cómo sabremos eso? —dijo el caballero—. Para lo saber es menester¹⁹⁵ que la doncella esté en la mi compañía.

Y luego mandó a dos escuderos que allí estaban que tomasen aquella doncella; ellos hicieron el mandado de su señor. Bores de Mar que junto a la infanta estaba, al tiempo que los escuderos la iban a tomar de rienda dijo

—No toquéis en el palafrén; si no, muertos sois.

—Ya por el vuestro esfuerzo, desta vez —dijo el escudero— no dejaré de hacer el mandado de mi señor.

Diciendo esto tomó el palafrén de la infanta por la rienda; Bores de Mar le dio de llano con la espada en la cabeza tal golpe que aturrido le hizo venir al suelo. Como los caballeros de las tiendas esto vieron, dijeron a Bores de Mar:

—En mal punto vos heristes al escudero, que lo compraréis caramente.

Diciendo esto, todos diez subieron en sus caballos, y el señor dellos se llegó a la infanta y le dijo:

—Señora doncella, desta vez no andaréis en compañía de tan cobardes caballeros como hasta aquí lo habéis andado.

Y tomando una lanza, dijo a Bores de Mar:

—Caballero, amparad la doncella si pudiéredes.

Bores de Mar que muy enojado estaba de los caballeros, tomó la lanza a su escudero, y encontraronse tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas. Bores de Mar fue herido de una llaga en el costado, pero no fue grande; el caballero fue del caballo abajo malamente herido; mas como era valiente y esforzado de corazón, luego se levantó, y tomando su espada en la mano se fue para Bores de Mar diciéndole:

—Quiero que sepáis cómo sé herir de espada.

Esto decía él esgrimiéndola en la mano, y como esto dijo, diole un golpe en la cabeza del caballo que se la hendió y luego cayó muerto en el suelo. Como Bores de Mar viese su caballo muerto fue muy sañudo, y salió muy presto dél y con su espada alta fue a herir al caballero de tal golpe por encima del hombro, que no le prestó armadura que trujese que las armas y la carne no le cortase; derribándole el brazo con parte del costado, luego el caballero cayó muerto. Bores de Mar que así lo vio, no curó más dél. Mirando por don Cristalián, vio que no andaba holgando, que él hacía su batalla con cinco caballeros que todos juntos le acometieron; a esta hora ya tenía los dos dellos muertos. Como Bores de Mar así lo viese, fuese para donde se combatían y comenzó a herir en los tres caballeros. A esta hora los otros cuatro que en las tiendas quedaban decían:

—Por mi fe, estos caballeros no tienen punto de cobardía: nuestro partido va malo. Mientras aquellos caballeros se defienden tomémonos la doncella y vámonos con ella, que ya no tenemos a quien dar cuenta, que nuestro señor ya es muerto.

Todos cuatro acordaron que sería bien, y así, se fueron a la infanta y el uno dellos tomó el palafrén por la rienda. Sabed que así como el caballero llegó, que muy ligeramente el león de don Cristalián saltó con él y con sus muy recias uñas le despedazó las armas, y la carne a vueltas, y luego le mató el caballo, y al

¹⁹⁵ 1587: ‘meneste’ (50r).

caballero le desmenuzó entre sus recias uñas. Esto hecho, miró por los otros tres, que muy espantados estaban; no osando tocar en la infanta se iban a acoger en las tiendas; mas no les avino como ellos pensaban, que al tiempo que volvieron las riendas se encontraron con don Cristalián y Bores de Mar, que ya habían muerto los otros caballeros, y como huyendo los vieron ir, don Cristalián les dijo:

—No os aprovechará ya desta vez huir, que a nuestras manos habéis de morir.

Diciendo esto, dio tal golpe con su espada al uno de ellos que la cabeza le hendió hasta los dientes; luego cayó muerto del caballo abajo. Bores de Mar asimismo andaba en la batalla con el uno de los dos que quedaban, mas no duraron mucho en ella, por cuanto Bores de Mar era muy buen caballero y a muy poco rato dio fin a su batalla dando la muerte al otro caballero. El uno que vivo quedaba no osó acometer a los caballeros, ni menos echar a huir de miedo del león; antes como vio a sus compañeros muertos se fue a don Cristalián, y tomando su espada por la punta se la dio pidiéndole merced de la vida: don Cristalián que muy mesurado era, le dijo:

—Yo os la otorgo, con tal condición que me digáis quién eran estos caballeros que en estas tiendas guardaban tal costumbre.

—Yo os lo diré —dijo él—. Sabed que el señor de las tiendas y nosotros somos naturales de Cornualla, y el primero que vós matastes había nombre Turpión: era caballero mancebo y quería ganar honra, y por eso hizo armar aquí estas tiendas para se combatir con los caballeros que por aquí pasasen.

—Puede decir —dijo don Cristalián— que los acometía a guisa de buen caballero. Vos os podéis ir, y no uséis de aquí adelante tan mal de la orden de caballería que Dios os dio.

El caballero se despidió de ellos dando gracias a Dios porque con la vida había escapado. Don Cristalián dijo a la infanta:

—Mi señora, si la vuestra merced es servida, en estas tiendas podrá descansar.

—Mal descanso sería para mí —dijo la infanta— si yo entrase adonde tanto mal se me quería hacer. Agora os digo querecio más el vuestro león que hasta aquí, pues tan bien me supo defender de los caballeros que llevar me querían.

—Este león —dijo don Cristalián— ha mucho conocimiento.

—Así me parece —dijo la infanta.

Ella miró a Bores de Mar y viole las armas tintas en sangre y fue muy turbada, y díjole:

—Parece, señor, que estáis herido.

—Sí estoy —dijo Bores de Mar—, pero no es nada.

Don Cristalián le rogó mucho que se desarmase para mirarle la herida; Bores de Mar le dijo que no era menester, que así se irían hasta que llegasen a algún poblado.

—Pues que así es —dijo don Cristalián—, vámonos luego de aquí.

—Vamos —dijo la infanta—, que ya se me hace tarde.

Y así, se salieron de la floresta y tomaron su camino para un lugar pequeño que cerca de allí estaba, y como allí llegaron, Libanor preguntó si había allí por ventura alguna persona que supiese curar a un caballero que allí venía herido.

—Sí hay —dijo un hombre viejo a quien lo preguntaba—: aquí hay una dueña que sabe mucho de ese menester.

—Mostradnos adónde la hallaremos.

—Seguidme —dijo el buen hombre.

Y así, se entraron en el lugar y se fueron a casa de la dueña; ella los recibió muy bien; luego Bores de Mar se desarmó, y miráronle la herida que en el costado tenía, la dueña le dijo que no era nada, que muy presto sería guarido con el ayuda de Dios. Luego fue curado y allí se¹⁹⁶ detuvieron cinco días. En este tiempo Bores de Mar estaba en disposición de poder caminar; desto fue don Cristalián muy alegre, porque él no deseaba otra cosa sino llegar a Constantinopla para luego se ir al imperio de Persia, adonde su señora Penamundi encantada estaba, para probar la aventura, si Dios le quisiese dar,¹⁹⁷ para que a su señora librase de la prisión que tenía.

Ya los caballeros estaban armados, y los caballos y los palfrenes aparejados, y así, subieron en ellos y comenzaron a caminar con mucha alegría. Y así los dejaremos ir por contaros de los caballeros noveles que de Constantinopla salieron.

Capítulo XXV

De cómo los cinco caballeros noveles salieron de Constantinopla por se ir por el mundo a buscar las aventuras, y de lo que en aquel camino les acaeció.

YAOS contamos de la manera que los cinco donceles hijos de aquellos príncipes fueron armados caballeros en Constantinopla por la mano de aquel esforzado emperador Lindedel. Así como las fiestas fueron acabadas que por los honrar fueron hechas, ellos pidieron licencia a los emperadores, y asimismo a sus padres, para se ir por el mundo a buscar las aventuras; ellos se fueron y salieron todos juntos de Constantinopla con intención de se ir al Castillo Peligroso para ver cómo a aquella aventura se daba cima (que ya ellos sabían que don Cristalián y Bores de Mar eran idos para la acabar). Cada uno tomó su camino, porque les fuera mal contado ir todos juntos; ya habéis oído lo que a don Veros de Licante acaeció; que como aquellos caballeros se partieron cada uno por sí, Dismael de la Roca llegó al Castillo Peligroso, y como supo que aquella aventura era acabada, él se partió de allí y anduvo por tierras estrañas grandes tiempos acabando muchas aventuras, ca sabed que este Dismael salió uno de los buenos caballeros de su tiempo.

Él tomó su camino para el reino de Lacedemonia. Yendo un día por un despoblado vio un pequeño arroyo de agua que por unas blancas piedras corría; él se fue por él arriba y anduvo una gran pieza, y al cabo díl vio que estaba¹⁹⁸ una fuente, de donde aquella agua caía; a la una parte della estaba un paño de una seda

¹⁹⁶ 1587: 'le' (51r).

¹⁹⁷ Más claro lo leímos en el cap. XXI: 'de allí se entendía de ir al imperio de Persia y probar si Dios le quisiese dar tal aventura que a su señora pudiese sacar de la prisión en que la infanta Danalia la había puesto'.

¹⁹⁸ 1587: 'esta' (51r).

india tendido, encima dél una hermosa doncella que sus blancas manos estaba lavando en la fuente. Dismael la saludó diciéndole:

—Guarde Dios a toda la hermosura del mundo que aquí veo junta.

La doncella volvió la cabeza y díjole:

—Así haga a vos, caballero. Si os pluguiere, decidme quien sois, que yo holgaré de lo saber.

Dismael que mirando la su hermosura estaba, quedó¹⁹⁹ tan fuera de sí que casi no entendió lo que la doncella le decía, hasta que ella le dijo:

—Paréceme, caballero, que no me queréis responder.

Dismael recordó como de sueño, y díjole:

—Mi señora, no solamente diré quién soy, mas deciros he que si la vuestra mesura no me vale, yo soy muerto.

La doncella se comenzó a reír muy graciosamente, y dijo:

—Pues que así es, mucho os ruego que abajéis del caballo y os quitéis el yelmo.

Dismael que el mandado de aquella que señora de su corazón era oyó, luego se apeó y su escudero le desenlazó el yelmo; cuando la doncella le vio tan niño y tan hermoso fue espantada, ca sabed que Dismael tenía mucha parte de la hermosura de la princesa Agolandria su madre. Él hincó²⁰⁰ los hinojos ante ella pidiéndole le diese sus hermosas manos para se las besar; la doncella las tiró afuera, pero no le aprovechó nada, que Dismael se las tomó por fuerza y besándose las muchas veces le dijo:

—Agora, mi señora, mandadme dar el castigo de mi atrevimiento.

—No os quiero dar otro sino que me digáis vuestro nombre y de qué tierra sois y cuyo hijo.

—Yo, mi señora, haré en todo vuestro mandado. Sabed que yo soy de la corte del emperador de Constantinopla, hijo del príncipe Dorante de Macedonia; mi nombre es Dismael de la Roca.

Diciendo esto, le rogó muy ahincadamente que le dijese quién era, pues él en todo había hecho su mandado.

—Vos tenéis razón de me lo preguntar pues me veis sin compañía. Sabed que yo soy hija del conde de Milla, y cerca de aquí está un castillo de mi padre que es muy bien obrado. El conde no ha otra hija sino a mí, y por que yo esté más encubierta es la su voluntad de me tener en él. Yo vine aquí a esta fuente en compañía de cinco doncellas mías; ellas me pidieron licencia para se ir a holgar a una huerta que cerca de aquí está, y a esta causa estoy sola como veis.

—A Dios pluguiese —dijo Dismael— que ellas nunca acá viniesen.

La doncella se rio en ver a Dismael en tan poco tiempo con tanta pasión, y díjole:

—Si ellas nunca acá viniesen, ¿vos sabríadesme servir?

—Sabría —dijo Dismael—, si Dios me diese tal ventura.

Sabed que Sinelda (que así había nombre aquella doncella) estaba muy pagada de Dismael, y díjole:

¹⁹⁹ Suplo ‘quedó’ (51r).

²⁰⁰ 1587: ‘hnico’ (51r).

—Caballero, pues vos ese deseo tenéis, a tiempo sois de lo cumplir, ca sabed que más alegre seré con el vuestro servicio que con el de cuantos caballeros hoy son en el mundo.

Luego vieron venir por el camino que a la mano derecha de la fuente estaba un gran caballero y dos escuderos tras él que dos lanzas le llevaban. Él era grande y membrudo, venía en un caballo morcillo²⁰¹ a maravilla bueno. Vínose derecho a la fuente y paró su caballo y estuvo mirando a Sinelda, y como a Dismael viese con ella, dijo con alta voz:

—Caballero, decidme luego quién sois, que quiero saber si tenéis merecimiento para estar cabe tan hermosa doncella como ésa es, y si tal no fuéredes, comprarlo heis caramente.

—Primero me diréis vos quién sois y por qué razón tenéis tanta soberbia y atrevimiento de hablar ante esta hermosa doncella.

El gran caballero le dijo:

—Mucho me pesa que os hizo Dios tal que me será gran vergüenza hacer batalla con vos; pero por haceros honra yo quiero dejaros y llevarme esa doncella para mí.

Como Dismael esto oyó decir enlazó muy presto su yelmo y subió en su caballo (que cerca de si tenía) y tomó la lanza a su escudero. Encontráronse tan poderosamente que las lanzas fueron en piezas quebradas y el gran caballero fue a tierra por las ancas del caballo; pero muy presto se levantó, que aunque era grande a maravilla, era ligero. Él se vino a Dismael con su espada en la mano y diole tal golpe en la cabeza del caballo, que se la hendió y luego el caballo cayó muerto. Dismael salió muy presto dél, como aquel que era muy buen caballero, y comenzáronse a herir de las espadas de duros y pesados golpes, de manera que el caballero estaba espantado de la gran bondad de Dismael, y decía que en su vida había visto tan buen caballero y que tanto espanto le pusiese sus pesados golpes. De Dismael os digo que como estaba delante de Sinelda hería tan a menudo que el caballero, no lo pudiendo sufrir, se salió afuera diciendo a Dismael que, si le pluguiese, que holgasen un poco:

—Esa holgura no tomaré, yo si Dios quisiere, hasta que tome la enmienda de vuestras soberbiasas palabras.

Y diciendo esto le hirió de tal golpe en la cabeza que las enlazaduras del yelmo le hizo quebrar y fue rodando por el campo, y tras aquél le dio otro que se la hizo dos partes; luego el caballero cayó muerto. Como los escuderos que consigo traía así lo vieron, comenzaron a hacer muy gran duelo. Sinelda que el caballero vio muerto, hubo muy gran miedo, y fuese para Dismael y díjole:

—Mi señor, ¿qué tal os sentís?

—Siéntome más a vuestro servicio que lo nunca estuve.

—¿Habéis alguna herida? —dijo Sinelda.

—Yo la he tal —dijo Dismael—, que si de vos, mi señora, no me viene el remedio, muerto soy.

—No moriréis desta vez —dijo Sinelda— a todo mi poder.

²⁰¹ Negro y con brillos rojizos.

Y diciendo esto se tornaron a sentar a la fuente; ya las doncellas de Sinelda venían de la huerta, y como vieron al caballero muerto fueron muy espantadas, y llegaron a la fuente vieron a su señora y a Dismael; no sabían qué se decir, y dando a su señora de las frutas que habían cogido, Sinelda les dijo:

—¡Buena compañía saqué de mi castillo en vosotras! Y esto digo por lo mucho que en la huerta os habéis detenido.

—La vuestra merced tiene mucha razón —dijo una de ellas—, que ha mucho tiempo, pues ha pasado esto que vemos. Agora nos decid, si os pluguiere, quién mató este caballero que aquí está.

—Matole su soberbia y el daño que quería hacer, que era llevarme robada, si no fuera por este buen caballero que aquí veis, que él me defendió.

—A Dios merced —dijeron las doncellas— que a tan buen tiempo por aquí le trujo.

Sinelda dijo a Dismael:

—Señor caballero, si a mi castillo quisiéredes ir, pagar se os ha algo de lo que por mí habéis hecho.

Dismael le besó las manos y le dijo que iría a recibir las mercedes que hacer le quisiese, y luego Sinelda se levantó y se fueron para el castillo. Los escuderos del caballero muerto lo tomaron en el uno de los palfrenes en que ellos venían, y así lo llevaron atravesado hasta que llegaron a un lugar adonde le dieron sepultura, y así, fueron su camino. Sinelda y Dismael llegaron al castillo, y como en él fueron, Sinelda hizo desarmar a Dismael, y ella misma lo ayudó con sus hermosas manos, y luego le cubrieron un rico manto y así se sentaron. Dismael no podía partir los ojos de Sinelda, y cada vez que la miraba vía que ella asimismo le estaba mirando; desto era Dismael muy ledo. Sinelda dijo a sus doncellas que les diesen a cenar, que ya era hora; luego fue hecho. Allí fueron servidos por la mano de aquellas doncellas (que en todo el castillo no había hombre ninguno porque así lo quería el conde de Milla). Acabada que fue la cena, Sinelda tomó por la mano a Dismael y díjole que le quería mostrar el castillo; como todo lo anduvieron, a la fin le mostró su aposento.

Como hacía grandes calores, Sinelda tenía su lecho en medio de una cuadra en cada parte de la cual estaban dos finiesteras que sobre una deleitosa huerta salían; el lecho era muy rico, las finiesteras estaban todas abiertas, y como por él se vía toda la verdura de la huerta, verdaderamente a Dismael le pareció que acá en este suelo no podía haber otra mayor gloria que la que él en su corazón sentiría si en compañía de aquella hermosa doncella pudiese gozar de aquel deleitoso lugar. Sinelda le dijo:

—Señor caballero, ¿qué os parece de esta cuadra?

—Paréceme, mi señora —dijo Dismael—, que el aposento es al compás de vuestro merecimiento.

Con esto se salieron de allí, y no muy lejos entraron en otra cuadra de la misma manera, y en medio della estaba otro rico lecho: Sinelda le dijo:

—Este aposento esta así aparejado como le veis para cuando el conde mi señor me viene a ver, y aquí, si os pluguiere, podéis holgar esta noche.

Dismael se le humilló por las mercedes que le hacía; Sinelda le dijo:

—Mi señor, vos os podéis quedar, y yo me voy a mi aposento.

Dismael le dijo que haría su mandado, pues la su merced no era servida que él más la acompañase, y así, se despidió dél y se fue a su cámara en compañía de sus doncellas.

Como Sinelda se despidió de Dismael quedó muy pensativo imaginando cómo podría aquella noche hablarla. Sabed que él era uno de los vivos caballeros y ardid de corazón que en gran parte se pudiera hallar. Cuando estaba en el aposento de Sinelda, él se paró a una de las finiestras y vio que desde el suelo de la huerta hasta las finiestras subía un pilar de piedra labrado de manera que muy ligeramente él entendía subir por él. Mirolo muy bien, y luego se puso a una de las finiestras de su cámara y vio que las sostenían otros pilares asimismo como a las otras: mucha fue el alegría de Dismael en ver que había hallado manera como a su señora pudiese hablar.

Sinelda estaba tan triste en se ver apartada de Dismael, que no lo podía disimular, y así como a su cámara llegó dijo a sus doncellas que se quería acostar, que venía algo cansada. Como en su lecho fue, vino una dueña vieja (que de Sinelda tenía cargo) y cerró la puerta de la cámara con su llave. Y así, quedó aquella hermosa doncella quejándose de su ventura; porque así era fuera de sí con sola la vista de aquel caballero, que propuso en su corazón de no amar a otro sino a Dismael, y si él por ventura la desdeñase, de tomar con sus manos la emienda de su locura dándose desastrada muerte.

Estando Sinelda hablando consigo misma en lo que oído habéis vio a Dismael que por una finiesteria de las que en la cuadra estaban entró (y esto podía ella muy bien ver, por cuanto tenía lumbre en su cámara), de la cual vista a Sinelda no pesó. Dismael se hincó de hinojos ante el lecho, y tomándole sus hermosas manos se las comenzó a besar diciéndole:

—Mi señora, la vuestra merced sea de perdonar mi atrevimiento si no queréis ver muerto ante vos este vuestro caballero.

Sinelda le respondió, tan turbada que casi no podía hablar, diciéndole:

—¡Ay Dismael, y cómo habéis hecho triste mi corazón si un punto salís de mi mandado:

—Mi señora —dijo Dismael—, quien tuvo poder para haceros triste lo terná para serviros todo el tiempo que Dios vida me diere, y asimismo para haceros del todo alegre.

Diciendo esto, dejó el manto que cubierto traía, y la espada, y muy presto se entró en el lecho. Cuando Sinelda aquello vio fue muy enojada y quisose levantar; Dismael no se lo consintió, antes la tomó en sus brazos, y tales razones le supo decir (que muy gracioso era), que con la voluntad de Sinelda gozó de su hermosura. Tanto la quiso Dismael, que por algunas partes fue llamado el caballero de la Linda Amiga. Allí concertó Sinelda lo que habían de hacer para que de nadie fuesen sentidos, y así, pasaron aquella noche con mucho placer de entrabbos. Venida que fue la hora que Dismael se había de partir de su señora, ella le rogó que allí se detuviese algunos días; él le dijo que no pasaría su mandado por cosa que venir le pudiese.

Así estuvo Dismael en compañía de aquella hermosa doncella quince días. En este tiempo le pidió licencia para ir a buscar las aventuras, que había muy poco que era caballero y no había hecho cosa por donde honra alguna tuviese; Sinelda

se la dio no sin lágrimas, pues vio que al no se podía hacer. Ella le rogó muy ahincadamente que siempre la tuviese en su memoria; él le respondió que jamás otra doncella amaría mientras viviese. Con esto y con que la prometió de la venir a ver todo el tiempo que para ello lugar tuviese, quedó Sinelda algo consolada, y así, se partieron aquellos dos que tanto se amaban.

Partido que fue Dismael del castillo de la doncella, luego otro día su padre el conde (que otra hija no tenía) la vino a ver, y estando con ella sobretabla le dijo que era su voluntad de la casar con un caballero asaz rico. Como Sinelda esto oyó fue muy turbada, y díjole:

—Mi señor, no puede esto ser, por cuanto yo he prometido a Dios de tomar paños de orden, y otra cosa yo no la osaría hacer aunque mil veces pasase por la muerte.

Como el conde esto oyó fue muy airado contra su hija, y díjole:

—¿Cómo osaste tal hacer sin la mi licencia?

—Hícelo porque sabía que la vuestra merced no sería contento de me la dar.

Él, sin palabra la hablar, se salió de castillo y se fue a su tierra, y tal pesar hubo, que de ahí a pocos días fue muerto, así que Sinelda quedó en toda su libertad. Esta muerte del conde hizo ella luego saber a Dismael, al cual no pesó con estas nuevas: tanto era el amor que a su señora Sinelda tenía.

Capítulo XXVI²⁰²

De cómo don Cristalián y Bores de Mar y la infanta Archesidela llegaron al castillo de Puela y de lo allí les acaeció.

YENDO don Cristalián y Bores de Mar con la infanta Archesidela camino de Costantinopla, un día a hora de vísperas pasaron por un castillo que había nombre Puela, que junto a un puerto de mar estaba. La puente levadiza por donde a aquel castillo entraban estaba alzada: ellos no podían pasar sino junto a la puerta. Cuando a ella llegaron oyeron muy gran ruido de caballeros que se combatían, y muchas voces que daban diciendo:

—¡Mueran, mueran! ¡No les hayáis merced de las vidas!

Como don Cristalián esto oyese, dijo a Bores de Mar:

—No me creáis si en este castillo no cometan alguna traición, pues que la puente esta alzada.

—Vos tenéis razón —dijo Bores de Mar—. Mucho querría que allá entrásemos, si hubiese por dónde.

La infanta Archesidela dijo:

—Pues Dios no me ayude, si allá entráis, si yo acá fuera quedo.

—Hágase lo que mandáis —dijo Bores de Mar—; mas por agora bien escusada veo la entrada.

²⁰² 1587: 'xxv' (52v).

Don Cristalián miró hacia la parte del castillo y vio un cuerno que colgado estaba de unas cuerdas verdes; él lo tomó en sus manos y lo tocó lo más recio que pudo. De ahí a poco que lo tocó vieron la puente que se abajaba y a la puerta se paró un escudero fuertemente llorando, y como a don Cristalián y a Bores de Mar viese, pareciole que venían a guisa de caballeros andantes, y díjoles:

—Señores caballeros, si en vosotros hay medida, acorred a tres caballeros que por la mayor traición del mundo están a punto de perder las vidas.

Como don Cristalián y Bores de Mar así oyeron hablar al escudero, muy presto se entraron por la puente llevando a la infanta consigo. Como dentro del castillo fueron vieron que en un patio estaban veinte caballeros y todos hacían su batalla con solos tres, y en unos corredores estaba un caballero anciano que a grandes voces²⁰³ decía:

—¡Matadlos, que no quede ninguno con la vida, pues de casa del emperador de Constantinopla son!

Como don Cristalián esto le oyó, miró hacia la parte de los tres caballeros y violos que se amparaban a guisa de buenos, pero traían las armas y la carne despedazada por muchos lugares, y andaban tan lasos que no daban golpe que fuerza alguna tuviese. Don Cristalián y Bores de Mar que tales los vieron, dejaron a la infanta junto a la puerta en compañía de sus escuderos y del león, y con mucha saña dijo don Cristalián:

—¡Ea mi señor, no nos quede ningún destos traidores a vida!²⁰⁴

Y así, se fueron a herir en los veinte caballeros. De don Cristalián os digo que hería tan a menudo de tan fieros y pesados golpes, que al que a derecho alcanzaba luego le quitaba la vida. Bores de Mar asimismo hacía maravillas acordándosele que estaba delante de su señora, por manera que en muy poco rato habían muerto los diez caballeros, y los otros diez andaban tales que no entendían sino en se amparar. Como el caballero anciano viese hecho tan grande estrago en los de su castillo por la mano de dos solos caballeros fue muy espantado, y no podía pensar quién fuesen. Don Cristalián, que muy sañudo andaba, os digo que de dos golpes echó dos caballeros en el suelo muertos. Como el señor del castillo esto viese, no le pareció que la vida tenía segura, y quitose muy presto del corredor y mandó a cinco hombres de pie (que armados halló de hachas y capellinas)²⁰⁵ que saliesen al patio y pugnasen por matar los caballos de aquellos dos caballeros. Como los tres caballeros (que mal heridos estaban) vieron salir los cinco peones, fuéreronse para ellos y comenzáronlos a herir de tal manera que muy presto fueron los tres dellos muertos y los otros dos se fueron huyendo.

De los veinte caballeros no habían quedado sino solos tres. Como el caballero anciano viese el daño que se había hecho, muy presto se bajó al gran patio, y sin ninguna cosa decir, muy paso se iba a salir por la puerta del castillo. Uno de los tres caballeros que lo vio, fue muy presto a tomar una espada de los caballeros muertos (porque había perdido la suya), y al tiempo que iba a salir por la puerta diole tal golpe en la cabeza que se la hendió, diciendo:

—Ya, don traidor, desta vez pagarás algo de lo mucho que debes.

²⁰³ Suplo ‘voces’ (53r).

²⁰⁴ Con vida.

²⁰⁵ Simple casquete metálico que protege la parte superior de la cabeza.

Luego los tres caballeros que vivos estaban pidieron merced de sus vidas a aquellos caballeros otorgándose por vencidos; don Cristalián les dijo:

—No es razón que de tan malos caballeros como lo sois vosotros merced alguna se haya.

Como ellos así le oyeron hablar hubieron mucho temor, y humilláronse ante ellos diciéndoles con las manos altas que no los matasen, que ellos harían en todo su mandado; don Cristalián les dijo que se levantasen y que luego se quitasen las armas y estuviesen allí hasta que él les mandase lo que habían de hacer. A esta hora los tres caballeros que su batalla habían con los veinte se vinieron para don Cristalián y Bores de Mar y saludáronse muy cortésmente los unos a los otros. Los tres caballeros les dieron las gracias del buen socorro que a tal tiempo les habían hecho. Don Cristalián les dijo:

—Señores caballeros, ¿de qué tierra sois?

—Somos de la corte del emperador Escanio de Constantinopla, y este es el primer año de vuestra caballería. Nosotros y otros dos caballeros que por el mundo andan buscando las aventuras fuimos armados caballeros por mano del valeroso emperador Lindedel.

—Ahora me decid vuestras nombres y cuyos hijos sois.

A esta hora llegó Bores de Mar, que a ver a su señora la infanta había ido, y uno de los tres caballeros le dijo:

—Yo he nombre Mirantenor, soy hijo del príncipe don Velarte y de la princesa Serinda, cormana de emperador Lindedel. Estos otros caballeros, el uno ha nombre Guiladoro el Rubio, es hijo de Dorante de Macedonia y de la infanta Agolandria. Este otro ha nombre Lustrandor, es hijo del príncipe Lustramante y de la princesa Greceida.

Cuando don Cristalián vio que todos aquellos tres caballeros eran sus parientes dio muchas gracias a Dios porque a tan buen tiempo por allí los había traído, que sin duda ninguna ellos fueran muertos si no fueran socorridos. Don Cristalián los abrazó diciéndoles:

—Mis buenos señores, siendo vosotros hijos de tan excelentes príncipes, no podíades hacer sino como lo hicieron vuestrlos padres. Y pues yo sé quién sois, quiero decir mi nombre. Sabed que yo soy el príncipe don Cristalián, si me habéis oído decir, y este otro caballero es Bores de Mar, hijo del rey de Romanía.

Como los caballeros esto oyeron, humilláronse ante don Cristalián; él los hizo levantar; y asimismo se humillaron a Bores de Mar y a la infanta Archesidela, que bien entendieron que aquella hermosa infanta era la que habían sacado del Castillo Peligroso. Don Cristalián dijo a Bores de Mar:

—¿Qué faremos destos caballeros?

—Echarlos fuera del castillo —dijo Bores de Mar—, por que esta noche no quede en nuestra compañía tan mala gente.

—Así sea —dijo don Cristalián.

Luego los mandó llamar y díjoles que saliesen fuera del castillo, que no se detuviesen allí; ellos hicieron su mandado, y pensaron que Dios les había hecho merced de salir libres. Don Cristalián y Bores de Mar tomaron a la infanta

Archesidela y con²⁰⁶ los tres caballeros noveles se subieron al castillo. Ya era casi de noche; Bores de Mar dijo a los escuderos que buscasen si había lumbre; ellos lo fueron a buscar, y andando por una y por otra parte entraron en una cámara, y en ella estaba un rico lecho y en él una doncella echada; tenía una gruesa cadena por en medio del cuerpo, ella estaba durmiendo al tiempo que los escuderos entraron. El uno dellos traía lumbre encendida, y todos tres la estuvieron mirando, que era asaz hermosa; ellos la dejaron y se salieron de la cámara y se fueron adonde los caballeros estaban. Libanor dijo a don Cristalián:

—Señor, una aventura hemos hallado.

—Agora me di qué es —dijo don Cristalián.

—Es una doncella que el señor deste castillo tenía presa, según está, que por medio del cuerpo tiene una gruesa cadena. Es la más hermosa que yo nunca vi, después de la infanta Archesidela.

Don Cristalián dijo a Bores de Mar:

—Mi señor, vos haced desarmar a estos caballeros, que bien lo han menester, que yo creo que están malamente heridos, y entretanto yo iré a ver aquella doncella.

—Hágase como lo mandáis —dijo Bores de Mar.

Don Cristalián y Libanor se fueron por el castillo adelante. Al tiempo que don Cristalián entró en la cámara la doncella despertaba, y como a don Cristalián viese armado, mucho se espantó. Él se llegó al lecho y le dijo:

—Buena doncella, si os pluguiere, decidme quién os puso en esta prisión.

La doncella le dijo:

—¡Ay caballero, y cómo habéis osado entrar acá, que si el señor deste castillo os viese, luego seríades muerto!

—Ya desta vez no le habremos miedo, por cuanto ya él está en el Infierno por las malas obras que siempre ha hecho.

Como la doncella esto oyó rogó a don Cristalián que la ayudase a levantar; él la ayudó, y lo mejor que ella pudo se puso de hinojos en el lecho dando muchas gracias a Dios porque tan mal hombre había sacado del mundo. Don Cristalián la estaba mirando y parecía muy apuesta. Así como acabó de dar gracias a Dios, el príncipe le quitó la cadena; rogole que le dijese de qué tierra era y cómo estaba en aquella prisión; la doncella le dijo:

—Yo, mi señor, haré vuestro mandado. A mí me llaman Grinelda, soy hija de Grineldo el Bastardo. Yo iba a la corte del emperador de Constantinopla con mandado a mi padre, y Dios que por mis pecados por este castillo me trujo, fui presa por este mal caballero habrá quince días, y él fue tan pagado de mí que luego me pidió el mi amor; yo no se le quise dar, y por este enojo me puso en la prisión que vistes. Él se venía cada noche a costar a este lecho que aquí veis, y tal como me vistes me hacía echar sobre la ropa, y toda la mayor parte de la noche no dormía, sino gastaba su tiempo en me rogar que yo le amase y que me haría señora deste castillo y de todo cuanto en él había. Yo jamás le quería oír cosa alguna que me dijese:

²⁰⁶ Suplo ‘con’ (53v).

—Decidme —dijo don Cristalián— ¿por qué razón desamaba tanto al emperador Escanio?

—Eso os diré yo porque lo sé muy bien. Este caballero era tío del conde Artinaz, que contra el emperador se rebeló, y como él lo mandó matar por traidor, a esta causa le desamaba mucho y procuraba de hacer el daño que podía.

Como el príncipe esto oyó, dijo:

—Ya él tiene su pago: por agora no hará más traiciones. Vamos adonde está la infanta Archesidela y Bores de Mar:

—Vamos —dijo la doncella— adonde mandáredes.

Y así, se salieron de la cámara y se fueron adonde aquellos caballeros estaban. Grinelda se humilló ante la infanta y ella la recibió con mucho amor; don Cristalián les dijo:

—Esta doncella es hija de Grineldo el Bastardo; no sé si lo conocéis: grande amigo y servidor del emperador mi padre.

Los tres caballeros noveles dijeron que lo conocían muy bien, que cuando ellos salieron de la corte del emperador él quedaba ahí. Allí contó don Cristalián a aquellos caballeros y infanta por qué razón el caballero señor del castillo había prendido a Grinelda; todos a una le maldecían.

Sabed que los tres caballeros estaban con mucha fatiga, por cuanto eran heridos en muchos lugares y no había por entonces quien dellos curase, que no les habían hecho otra cosa sino cuanto Bores de Mar les apretó las llagas como mejor pudo. El príncipe mandó a uno de los escuderos que luego saliese del castillo a muy gran priesa y fuese al primer lugar y de allí trujese un maestro, el mejor que pudiese²⁰⁷ hallar, para que de aquellos caballeros curase; el escudero hizo su mandado. A esta hora les dieron de cenar, y todos estaban con mucho placer. A los caballeros heridos pusieron en tres lechos que en el castillo hallaron.

Venida que fue la mañana, el escudero vino con el maestro y luego fueron curados; el maestro les halló las heridas que tenían muy malas, y muy hinchadas de haber estado tanto tiempo sin curar; don Cristalián preguntó si habían alguna llaga peligrosa, él le dijo que no.

—Y ¿qué tanto tardarán en sanar?

—Eso yo no lo sé; mas presto se podrá saber: a la segunda cura yo lo diré.

Don Cristalián mandó que aquellos caballeros muertos fuesen enterrados en una ermita que cerca del castillo estaba. Sabed que los caballeros muertos eran veinte y nueve: diez y siete que don Cristalián y Bores de Mar habían muerto de los veinte que hallaron, y doce que los tres caballeros mataron antes que don Cristalián y Bores de Mar entrasen en el castillo; todos los escuderos no entendieron aquel día en otra cosa sino en enterrar los muertos. Al segundo día que los tres caballeros fueron curados, el maestro dijo a don Cristalián que con el ayuda de Dios serían muy presto guaridos; destas nuevas fue don Cristalián muy ledo, y allí se detuvieron doce días. En este tiempo los caballeros estaban en disposición de poder caminar; don Cristalián dijo a Bores de Mar:

²⁰⁷ 1587: ‘saliessen... fuesse... truxesen... pudiessen’ (54r).

—No tenemos quien en este castillo quede hasta que vamos a Constantinopla, que allí buscaremos quien le tenga por esta doncella; que yo querría que fuese suyo, pues en él recibió el daño que sabéis.

—Así es mucha razón —dijo Bores de Mar.

Y luego llamaron a Grinelda, y Bores de Mar le dijo la merced que don Cristalián le había hecho del castillo, Grinelda le besó las manos. Todos se aparejaron para se partir después de mediodía.

Capítulo XXVII

De cómo don Cristalián y toda su compañía llegaron a Constantinopla y de la grande alegría que los emperadores con la su venida hubieron, y asimismo todo el palacio.

ACABADO de comer, todos estaban aparejados para se partir, y así salieron del castillo dejando en él uno de los escuderos en guarda hasta que de Constantinopla viniese quien en el castillo había de estar. Yendo su camino de la manera que oído habéis, don Cristalián dijo a Bores de Mar que le parecía que sería bien enviar a Grinelda a la corte del emperador para que supiesen la venida de la infanta Archesidela; a Bores de Mar le pareció bien. Allí luego llamaron a Grinelda, y don Cristalián le dijo:

—Amiga, yo querría mucho que vós fuésedes a la corte del emperador Escanio, y así a él como a los que en el palacio están les hiciédes saber la nuestra venida.

Grinelda le dijo que de grado haría su mandado, y luego se partió dellos.

Estando todos aquellos emperadores y reyes y príncipes sobretabla (que acababan de comer) entró en la sala la doncella Grinelda; luego fue conocida de su padre Grineldo. Ella se fue a los emperadores antes que a su padre hablase, e hincando los hinojos ante ellos, les besó las manos diciendo:

—Serenísimos emperadores, yo soy aquí venida por mandado de aquel valeroso príncipe don Cristalián para os hacer saber cómo él y Bores de Mar traen consigo a la infanta Archesidela y están cerca de la vuestra ciudad de Constantinopla.

Como los emperadores y todos los que en el palacio estaban tales nuevas oyeron, fue demasiada la su alegría. El emperador Lindedel le dijo:

—Buena doncella, ¿qué tanto tiempo ha que andáis en compañía del príncipe don Cristalián? ¿O por ventura sois de la infanta Archesidela?

—No, mi señor —dijo Grinelda—, que muy poco tiempo ha que yo ando en la su compañía. Vuestra majestad sabrá que yo soy hija de Grineldo el Bastardo, y viniendo a Constantinopla con mandado a mi padre fui presa en el castillo de Puela por mandado del señor dél, que Antipo había nombre. Éste desamaba mucho al emperador Escanio por la muerte del conde Artinaz, y a esta causa, a todos los que él sabía que eran de la su corte o venían a ella los hacía prender o matar.

—Decidme —dijo el emperador Lindedel—, ¿cómo fuistes libre de su poder?

—Vuestra majestad sabrá que en aquel castillo acometieron a tres caballeros noveles porque dijeron que eran de la corte de emperador Escanio, y queriéndolos prender, ellos se defendían como buenos caballeros; y como esto vieron, salieron a ellos treinta y dos caballeros bien armados y hubieron su batalla con los tres, y como eran tantos, fueles muy mal, y murieran si Dios en este tiempo no los socorriera con la venida de los príncipes don Cristalián y Bores de Mar; y entrando estos dos caballeros en el castillo, hicieron tanto que no quedó hombre vivo en él, salvo tres de los caballeros, que les pidieron merced de las vidas. Desta manera fueron aquellos caballeros socorridos y yo libre.

—¿Quedan lejos? —dijo el emperador.

—No —dijo la doncella—, que cerca vienen de la ciudad

Como el emperador esto oyó, dijo:

—Razón es que a la infanta Archesidela se le haga mucha honra.

—Así es verdad —dijo el emperador Escanio.

El rey de Romanía, padre de Bores de Mar, dijo que él los quería salir a recibir, y así lo hicieron todos cuantos en el palacio estaban, salvo los emperadores y rey Bracamor. Luego fue a caballo el rey de Romanía, en compañía del cual fueron todos aquellos príncipes y caballeros que en la corte del emperador a la sazón estaban; Grinelda se volvió para la infanta Archesidela.

Sabed que al tiempo que aquellos señores salieron de Constantinopla llegaban a ella don Cristalián y Bores de Mar. Como vieron toda aquella gente que de la ciudad salía, luego vieron lo que podía ser y diéronse priesa a andar. Así como más cerca llegaron, Bores de Mar conoció al rey su padre: luego descendió de su caballo, y don Cristalián asimismo, y la infanta Archesidela descendió de su palafrén; llegó el rey de Romanía y don Cristalián se le humilló; él le abrazó y le dijo:

—Mi señor don Cristalián, siempre yo tuve mucha esperanza en Dios y en la vuestra buena ventura que por la vuestra mano yo había de ser del todo alegre.

Diciendo esto, llegó la infanta Archesidela, que muy ricamente venía guarnida, y con el gran placer que su corazón sentía era parte para acrecentar mucho en la su hermosura; la infanta se humilló ante el rey, y queriéndole besar las manos, él la hizo levantar y la abrazó diciéndole:

—Señora Archesidela, todos somos en mucho cargo a Dios, y después a este caballero que nuestra tristeza ha tornado en alegría.

Bores de Mar besó las manos a su padre. Todos aquellos príncipes y caballeros llegaron a hablar a don Cristalián y a Bores de Mar; asimismo llegaron a besar las manos a la infanta, y ella los recibió como aquella que muy graciosa era; todos eran espantados de ver la su gran hermosura. Así como oído habéis fue hecho este recibimiento, tornando a subir, con mucha alegría llegaron al gran palacio del emperador Escanio, adonde fueron muy bien recibidos. La emperatriz Cristalina tomó consigo a la infanta Archesidela; ella fue espantada de ver el gran estado de aquellos emperadores, y asimismo lo estaba de ver la gran hermosura de la emperatriz Cristalina. El emperador Lindedel dijo:

—Paréceme, señora Archesidela, que también os cupo parte de los bienes que Algamaz andaba haciendo mientras Dios vida le dio.

La infanta le dijo:

—Cúpome tanta, que jamás pensé ser²⁰⁸ libre de su poder; mas hízolo Dios mejor que yo merecía.

Así, pasaron aquel día con mucho placer. Venida la noche, aparejaron de cenar. Estando todos sobretabla entró por la puerta de palacio un caballero armado de todas armas, y así como en medio del palacio se vio, luego se desenlazó su yelmo y fue de todos conocido ser don Veros de Licante. Él llegó a besar las manos a los emperadores, y asimismo a los reyes y príncipes que en el palacio estaban; el rey Bracamor le dijo:

—Señor sobrino, ¿qué ventura os trajo a este tiempo a Constantinopla?

Don Veros le dijo:

—Mi señor, sabed que la aventura del Castillo Peligroso es acabada, y a esta causa soy venido a estas partes.

Mucho holgaron los tres caballeros noveles con la su venida; el príncipe Galterio le dijo:

—Don Veros, ¿cómo os ha ido?

—Yo fuera muerto si no fuera por el príncipe Bores de Mar; que él, después de Dios, me dio la vida.

Allí contó lo que le aviniera con los cormanos del conde Artinaz; mucho fue airado el emperador Escanio, y así, pasaron aquella noche hablando en esto y en otras cosas. Venida que fue la hora de dormir, cada uno se fue a su aposento; a la infanta Archesidela dieron el aposento que la emperatriz Cristalina solía tener cuando estaba en Constantinopla siendo doncella.

Otro día de mañana Bores de Mar dijo al rey su padre que si la su merced para ello le diese licencia, que él se quería luego desposar con la infanta Archesidela, pues ella era contenta de lo hacer. El rey le respondió que a él le parecía que sería mejor enviar primero por el rey de Bretes su padre, o a lo menos hacérselo saber. A Bores de Mar le pareció bien lo que el rey su padre le dijo, y fue al aposento de la infanta y contole lo que el rey le había dicho, la cual fue muy leda de oír aquellas nuevas, y dijo a Bores de Mar:

—Mi señor, aquí está Grinelda, que por amor de mí tomará este trabajo de se llegar a Bretes.

Grinelda (que cerca de la infanta estaba) respondió que en todo haría su mandado.

—Pues que así es —dijo la infanta— que en vos he hallado tan buen aparejo, yo querría que la vuestra partida fuese luego:

—Así será —dijo Grinelda.

La infanta le dijo lo que al rey su padre le había de decir, y luego se partió para Bretes y en todo el camino no le avino cosa que enojo le hiciese. Saliendo el rey de Bretes de misa de su capilla acompañado de sus altos hombres entró Grinelda, y como todos la viesen tan apuesta doncella, pararon mientes en ella, y más que les pareció estraña en su apostura. Grinelda hincó los hinojos ante el rey (que luego le conoció en su barba larga, que él siempre traía después que su hija fue robada). Grinelda le tomó las manos para se las besar, mas él las tiró afuera, y haciéndola levantar, le dijo:

²⁰⁸ 1587: ‘de ser’ (55r).

—Buena doncella, ¿qué venida es la vuestra a la mi corte?

—Mi señor —dijo Grinelda—, la mi venida es a traer a la vuestra merced unas nuevas que del todo vos harán alegre.

—Decídmelas —dijo el rey—, que yo jamás lo seré sino con saber de mi hija la infanta Archesidela.

Y diciendo esto las lágrimas le vinieron a los ojos; Grinelda hubo duelo de lo ver, y díjole:

—Mi señor, la vuestra merced sea de no tener ya más tristeza por cosa que avenir le pueda, pues las nuevas que yo traigo son de mucha alegría, ca sabed que la infanta Archesidela vuestra hija es en casa del emperador Escanio de Constantinopla libre del poder de Algamaz.

—¡Ay amiga —dijo el rey—, y qué grandes nuevas son éas para mí! Agora me decid, ¿quién la libró del poder de tan mal hombre?

—Librola el príncipe don Cristalián, hijo del emperador Lindedel de Trapisonda.

Como esto oyó el rey, hincó los hinojos en tierra, y muy de corazón daba muchas gracias a Dios por la libertad de su hija. Esto hecho, Grinelda dijo al rey cómo el príncipe Bores de Mar le enviaba a decir que tuviese por bien de le dar a su hija la infanta Archesidela por mujer para que dél, juntamente con el su señorío, ella fuese señora. El rey fue demasiadamente ledo en lo oír, y dijo a Grinelda:

—Por cierto doncella, vos merecéis mucho por las buenas nuevas que me traéis, que después de la libertad de mi hija no me podía venir cosa que más alegre me hiciese que de oír eso que me decís. Al príncipe Bores de Mar soy yo contento de le dar a mi hija, y juntamente con ella todo mi señorío.

Grinelda le besó las manos por la buena respuesta que le daba; el rey le dijo:

—Buena doncella, si vos queréis iros en la mi compañía, yo me entiendo luego partir a Constantinopla, que quiero dar las gracias a todos aquellos señores de lo mucho que por mi hija hacen y han hecho:

—Mi señor —dijo Grinelda—, si la vuestra merced me da licencia, yo me quiero partir, para que la infanta sepa la vuestra ida.

—Pues que así lo queréis —dijo el rey—, vos os partireís cuando os pluguiere.

—Luego mañana —dijo Grinelda.

—Hágase como lo queréis —dijo el rey.

Luego mandó que llevasen a Grinelda a un aposento que dentro de su palacio estaba, y allí la mandó dar muy abastadamente todo lo que hubo menester, que el rey tenía voluntad de la honrar mucho. Otro día de mañana Grinelda se levantó y se fue al aposento del rey y le dijo que ya ella se quería partir, que viese la su merced si algo le mandaba. El rey que de camino la vio, le mandó dar joyas de gran valor, por donde Grinelda fue para siempre rica, y díjole:

—Amiga, diréis al rey de Romanía y a Bores de Mar su hijo que yo soy muy contento de les dar a mi hija, y que por tomar parte del regocijo, yo seré allá lo más presto que pudiere.

Ella le besó las manos, y tomada su licencia se salió del palacio y fue su camino: no hubo nadie que en él enojo le hiciese. Un día a hora de completas llegó a Constantinopla y fue de todos muy bien recibida. El emperador Escanio le

preguntó por el rey de Bretes y ella le dijo cómo quedaba muy bueno y que muy presto sería en la su corte.

—Deso seré yo muy ledo —dijo el emperador—, que grandes tiempos ha que lo deseo conocer.

Ella dijo lo que el rey le mandó al rey de Romanía y al príncipe Bores de Mar, y de allí se fue al aposento de la infanta. Cuando ella la vio, fue grande la su alegría, y díjole:

—Amiga, ¿cómo os ha ido?

—Muy bien —dijo Grinelda.

—A Dios merced —dijo la infanta—. Decidme, ¿qué tal queda el rey mi padre?

—Muy bueno —dijo Grinelda—, y con harto deseo de la vuestra vista; y que os hace saber que muy presto será en Constantinopla y no quiere que los vuestros desposorios se hagan hasta la su venida.

Desto fue la infanta demasiadamente leda. Grinelda le mostró las joyas que el rey le había mandado dar.

—Mucho más merecías vos —dijo la infanta.

Y con esto se despidió Grinelda. Luego el rey de Bretes aparejó su partida, enviando a llamar a todos los altos hombres de su reino, que se aderezasen lo más ricamente que pudiesen, que habían de ir con él al imperio de Constantinopla, y asimismo mandó que por todo su reino se hiciesen grandes alegrías por la libertad de su hija. Muy presto fueron en la corte todos los altos hombres de su reino ricamente guarnidos, así de camino como para grandes fiestas. Como el rey tales los viese, agradecióselo mucho, y allí conoció la buena voluntad que sus vasallos le tenían. Estando todos aparejados, el rey se partió, dejando su reino encomendado al duque Neldo, que era caballero anciano y muy sesudo. Él tomó el camino para Constantinopla.

Dice la historia que el día que el rey de Bretes llegó el emperador Lindedel con todos aquellos señores príncipes amigos suyos se salieron de la ciudad, y andándose por una floresta cazando vieron venir al rey de Bretes. El emperador se fue para él, y como el rey viese que el emperador venía, diose mucha priesa a andar, y como cerca llegaron los unos de los otros, luego el rey se apeó y se vino hacia el emperador, y como él lo vio, asimismo se apeó y se hicieron aquella cortesía que al estado de cada uno convenía, y después que se hablaron, todos aquellos príncipes y grandes señores se recibieron con mucha alegría, y así, tornaron todos a subir en sus caballos y se fueron para Constantinopla.

Como en el palacio entraron, el rey fue muy bien recibido del emperador Escanio, y asimismo de las emperatrices y reina; el rey de Romanía y el rey de Bretes se humillaron el uno al otro, como aquellos que se mucho amaban. A esta hora llegó Bores de Mar, y humillándose ante el rey, le tomó las manos y se las besó aunque el rey no quiso. El rey le abrazó y besó en el rostro, y le dijo:

—Bendito sea Dios, Bores de Mar, que tan buen fin ha dado en nuestros hechos.

Estando el rey con Bores de Mar llegó la infanta Archesidela trayéndola de brazo el príncipe don Cristalián, y como vio a su padre, humillose ante él, y tomándole las manos para se las besar, el rey la abrazó, y besándola en el rostro, le dijo (no sin lágrimas: tanto era el placer que su corazón sentía):

—Hija mía, mostradme aquel valeroso príncipe don Cristalián que contra el saber de Algamaz tanto poder tuvo.

La infanta le dijo:

—Mi señor, junto a vos lo tenéis quien a mí dio libertad y a vos hizo alegre.

Como el rey entendió que aquel que a la infanta traía era don Cristalián, él se le humilló y le dijo:

—Mi señor, veisme aquí a mí y a esta sola hija que Dios me dio: mandad hacer de nosotros aquello que la vuestra merced mandare en pago del trabajo que por librar a mi hija habéis tomado. Yo no sé con qué algo de lo mucho que debo pagase sino con ofrecerme por vuestro vasallo.

El príncipe que muy mesurado era, le respondió:

—En tener a la vuestra merced por señor y por amigo soy bien pagado, si algún servicio os he hecho.

Y con esto se asentaron todos. El rey de Romanía dijo al rey de Bretes, en presencia de los emperadores y de todos aquellos señores que en el palacio estaban, que si por bien lo tenía de dar a su hija la infanta a su hijo Bores de Mar, que luego se hiciese el casamiento, porque él se quería partir para Romanía luego, que grandes tiempos había que estaban sin señor. El rey de Bretes le respondió que él se tenía por bienandante en tomar parentesco con tan preciado rey como él era, y que él quisiera ser señor del mundo para cumplir con el merecimiento de Bores de Mar.

—Pues que así es —dijo el emperador Lindedel— que tanto contento hay de entradas partes, hágase luego el desposorio.

—Hágase —dijeron los reyes.

Luego se levantaron los emperadores y tomaron la infanta Archesidela, y los reyes y príncipes que en el palacio estaban a Bores de Mar, y allí se halló el arzobispo de Talante, que los desposó. Hechos los desposorios, todos se tornaron a sentar con mucho placer, y más que todos lo tenía Bores de Mar en pensar que Dios le había traído a tiempo que de su señora la infanta pudiese gozar. En este tiempo era ya hora de comer y luego fueron puestas las mesas.

Capítulo XXVIII

De cómo la sabia Membrina y Briamantel, amo del emperador Lindedel, entraron en Constantinopla, y de lo que en el palacio del emperador acaeció.

COMO aquellos emperadores y reyes y príncipes y grandes señores acabaron de comer, estando todos hablando en lo que más placer les daba vieron súbitamente escurecerse el día, y fue la escuridada en tanta manera como si la medianoche fuera, que unos a otros no se podían devisar poco ni mucho. Desto fueron puestos en muy grande espanto, y más lo fueron cuando oyeron el gran ruido que en el palacio andaba; y estando todos así, no sabiendo qué hacer, el emperador Lindedel comenzó a dar grandes voces, temiéndose de alguna traición, que trujesen lumbres. Luego hicieron su mandado, pero poco les aprovechó, que en acabando de encender las lumbres, luego eran muertas. Desta manera les convino estar en aquella escuridada que ya oístes.

Estando así, oyeron tan gran ruido de agua como si cerca de la mar estuvieran, y súbitamente fue tan de día como de antes lo era. Ellos se hallaron en un gran arenal muy cerca de la mar, y tan cerca que casi se mojaban con las grandes ondas del agua. Todos fueron espantados de ver tan grande aventura, y mirábanse unos a otros no sabiendo qué se hacer.

A esta hora vieron venir un batel por el agua, y dentro dél venía un caballero armado de unas armas con unas bandas azules y pardas, y traía una hermosa doncella asida por los cabellos, y su espada en la mano. La doncella venía llorando muy agramente, como aquella que se vía muy cercana a la muerte, y como ella viese tan gran compañía de caballeros, comenzoles a dar grandes voces diciendo:

—¡Ay valeroso emperador Lindedel, acorredme, que soy puesta en la mayor cuita que nunca doncella jamás lo fue como yo: que este caballero me quiere matar no le habiendo hecho por qué!

Diciendo esto la doncella, el caballero que por los cabellos la traía dio con ella un gran golpe en el suelo del batel y díjole:

—¡Esto ganaréis vos por el emperador Lindedel!

Como el emperador aquello vio, fue tan airado que sin ningún sentido se iba a meter por el agua, si no fuera por aquellos señores, que lo tuvieron. El caballero del batel puso la cabeza de la doncella sobre la orilla dél, y dándole un gran golpe se la cortó. Como el emperador esto vio, dijo que jamás sería alegre hasta que de aquel mal caballero tomase la emienda. Como el príncipe don Cristalián viese la crueldad dél en haber así muerto aquella doncella en presencia de los que allí estaban, díjole:

—Caballero, si hay en vos alguna mesura, la cual creo yo que hay poca habiendo hecho la villanía que visto habemos, mucho os ruego que lleguéis ese batel a la orilla del agua, tanto que yo pueda ser con vos en él.

Como el caballero esto le oyó, díjole:

—Dareme yo tanto por ti como me di por el emperador tu padre.

Y diciendo esto tomó la cabeza de la doncella por los cabellos y arrojósela diciendo:

—Toma: mira esa cabeza; veamos si la conoces.

Luego todos pararon mientes en ella, y cuando bien la miraron conocieron ser la sabia Membrina. Cuando el emperador Lindedel la conoció, aína muriera con pesar. El caballero del batel le dijo:

—¡Oh emperador Lindedel, cuán poco aprovecharon a esa falsa doncella los muchos servicios que della has recibido, pues que de mí no tuviste poder de la amparar!

Acabando el caballero de decir esto, la mar comenzó a embravecerse en tal manera que muy presto vieron el batel del caballero andar de acá de allá para se hundir. Como la mar estaba tan brava, comenzó a hacer tan grandísima tempestad de truenos y relámpagos, y ellos que al agua estaban mirando, vieron cómo el caballero y el batel su hundieron; el emperador Lindedel que lo vio, dijo:

—Ya desta vez no tomaré la emienda de quien tanto enojo me ha hecho.

Como el emperador esto acabó de decir, la cabeza de la doncella saltó en el agua; el emperador dijo:

—No sé qué me diga de lo que hoy habemos visto.

Luego tornó a ser tan de noche como la primera vez, y no tardó mucho cuando tornó el día tan claro como de antes lo era. Todos se hallaron en una muy hermosa floresta de grandes árboles y muy altos a maravilla, y mirando a una y a otra parte vieron seis doncellas en sus palafrenes, todas vestidas de monte y sus cornetas en las cintas, a manera de buenas cazadoras. Todas seis se repartieron por la floresta; cada una se pasó a su parte y comenzaron a tocar sus cornetas, y luego vino otra doncella, que en sus atavíos parecía ser señora de todas, y tras ella venían seis lebreles y aquellas doncellas tomó cada una el suyo. No los hubieron tomado cuando salieron seis grandes ciervos; las doncellas soltaron los lebreles y comenzaron a correr tras ellos; muy poca cosa se alejaban, que toda su caza era a vista de aquellos señores; la doncella señora de las seis las andaba siguiendo. Mucho holgaron aquellos emperadores y reyes de ver aquella hermosa caza.

A esta hora los ciervos se fueron a meter entre aquellos señores por se amparar de los canes, que malamente los aquejaban. La emperatriz Cristalina dijo a los caballeros que allí estaban que amparasen aquellos ciervos de aquellos canes, que parecía que a ellos se venían a acoger; los caballeros hicieron su mandado, y luego se levantaron con sus espadas en las manos amenazando a los canes. Las doncellas que seguían a los ciervos se vinieron ante los emperadores y les dijeron que fuesen servidos de les dar su caza y dejársela libre: los emperadores vieron que tenían razón, y mandaron a los caballeros que dejases los canes hacer lo que debían, que no embarazasen la caza de las doncellas. Como la emperatriz esto vio, fue movida a mucha piedad de los ciervos, y dijo a la doncella que señora de las otras parecía:

—Buena doncella, si os pluguiere, dejad por agora la caza, siquiera por que estos ciervos se vinieron a amparar a nosotros.

La doncella le respondió, haciéndole gran acatamiento:

—Mal haría yo si no hiciese mandado de tan alta señora.

La emperatriz se lo agradeció mucho, y le dijo:

—Buena doncella, vos habéis dejado vuestra caza por amor de mí. Si vos en la mi compañía os quisiéredes ir, yo os pagaré lo que por me hacer placer habéis hecho.

La doncella le respondió:

—Mi señora, harto galardón es para mí haber hecho a vuestra majestad este pequeño servicio.

Luego oyeron de lejos sonar una corneta; como la doncella que con la emperatriz hablaba la oyó, dijo:

—Yo, mi señora, no me puedo detener más aquí, que ya me llaman.

La emperatriz le dijo

—No querría sino que me dijésedes quién sois.

—Presto lo sabréis —dijo la doncella.

Y diciendo esto y haciendo su acatamiento se dio de andar a muy gran prisa, y las otras seis doncellas la siguieron. Así como las doncellas fueron de allí partidas, luego los seis ciervos se tornaron seis enanos maravillosamente feos y de grandes rostros y cabezas. Luego todos aquellos señores se hallaron en el gran palacio del emperador Escanio. El emperador Lindedel dijo:

—Yo tengo mucho deseo de ver el fin de lo que hoy nos ha acaecido.

Luego se apareció un gran jimio entre los seis enanos; el jimio se apartó dellos, y sentándose en una parte del palacio comenzó a tañer una cherumbela,²⁰⁹ y los seis enanos se partieron los tres a una parte de la sala y los otros a la otra y comenzaron un contrapás²¹⁰ que nunca otra cosa tan deleitosa fue en el mundo de ver. Como ellos eran tan bien dispuestos y el jimio les hacía el son muy apriesa, no había ahí tal que de risa se pudiese valer. A cabo de una pieza que ellos andaban en su baile, todos seis se trataron de las manos, y el jimio se levantó y se puso ante ellos, y haciéndoles el son para su danza, se salieron del palacio; y como en los corredores fueron, no hubo ahí tal que más los viese.

Todos quedaron espantados de las maravillas que habían visto, y no se hablaba en otra cosa por entonces. Ellos estando en esto, entró por la puerta la sabia doncella Membrina trayendo en su compañía a aquel honrado viejo Briamantel, amo del emperador Lindedel, y de todos los que en el palacio estaban fue conocida. El alegría fue muy grande de la ver; ella se fue a humillar ante el emperador Lindedel, diciendo al emperador Escanio:

—Vuestra majestad me perdone, que yo debo esto al emperador Lindedel.

El emperador Escanio le dijo:

—De todo lo que vós hiciéredes tengo yo mucho placer.

El emperador Lindedel dijo a Membrina:

—No sin causa tenía yo tanto deseo de ver el fin de lo que hoy habemos visto: adivinaba el alegría que con él nos había de venir.

Membrina le dijo:

—Mi señor, yo me voy a la emperatriz Cristalina, que no menos deseo tengo de la su vista que de la de vuestra majestad tenía.

²⁰⁹ O ‘churumbela’: clarinete.

²¹⁰ Tranquilo baile de salón. Los danzantes lo hacen en grupo, cogidos de las manos, y se desplazan lateralmente a un lado y luego al otro.

Y así, se fue a la emperatriz, y humillándose ante ella le besó las manos; la emperatriz le dijo:

—¿Qué os parece en cuanta revuelta nos habéis hoy puesto dándonos tanto enojo con pensar que era la vuestra cabeza la que el caballero del batel nos arrojó?

—Hícelo yo —dijo Membrina— por saber si había alguno en el mundo que pesar hubiese de la mi muerte, y hoy he conocido del todo la entera voluntad que el emperador Lindedel me tiene, juntamente con la de cuantos aquí están que de mí alguna noticia tenían.

—Todo lo demás fue mucho bueno —dijo la emperatriz—, y más lo de los enanos, que nos dio mucho placer.

—Todo esto fue hecho en servicio desta hermosa infanta, para acrecentar algo más la su fiesta. Aunque ella no me conoce, mucho soy yo suya, y asimismo lo soy del príncipe Bores de Mar.

La infanta se lo agradeció. Así habló Membrina a todos cuantos en el palacio estaban, y cuando al príncipe don Cristalián vio, díjole:

—Mi señor, el día que vós nacisteis fue bendito, pues tan bienaventurado habéis de ser.

Don Cristalián le respondió:

—Quienquier que yo sea, haré por vos lo que el emperador mi señor haría.

Membrina se le humilló. Briamantel estaba de hinojos ante el emperador Lindedel pidiéndole las manos para se las besar con las lágrimas en los ojos: tanto era el placer que su corazón sentía. Tenía la barba muy blanca y larga. El emperador lo hizo levantar y le dijo:

—Mi amo, grande era el deseo que yo de la vuestra vista tenía; y huelgo mucho de veros bueno, aunque algo viejo.

—La mi vida —dijo Briamantel— ha sido muy triste cuanto ha que yo supe la prisión de la emperatriz mi señora, y propuse de nunca la barba me cortar hasta que ante vuestra majestad fuese. Y pues Dios a tal tiempo me dejó llegar, ya no me puede pesar con la muerte, cuando Dios tuviere por bien de me la dar.

Y diciendo esto se fue a la emperatriz Cristalina, y humillándose ante ella le tomó las manos para se las besar; la Emperatriz las tiró afuera diciéndole:

—Padre, ¿qué os parece cómo Dios, no mirando a los nuestros pecados, ha traído a buen fin los nuestros hechos?

—Muchas gracias le doy yo —dijo Briamantel.

Y de allí se fue a hablar al emperador Escanio y a la emperatriz, y ellos lo recibieron con mucho placer, por cuanto lo tenían por uno de los buenos caballeros de su tiempo. Membrina dijo a aquellos señores que la su venida había sido tarde porque ella había estado mucho tiempo mala, «y a esta causa hemos sido los posteriores Briamantel y yo».

—No por eso se recibió menos placer con la vuestra venida —dijo la emperatriz.

En este tiempo ya era hora de cenar y fueron las mesas puestas, y todos cenaron con mucho placer, y acabada que fue la cena, el rey de Romanía dijo a los emperadores que si licencia le daban, que otro día se velase el príncipe Bores de Mar y que ese mismo día sería la su partida. Los emperadores dijeron que en todo se hiciese su voluntad. También dijo el emperador Lindedel que él se quería partir

para Trapisonda de allí a ocho días. Hablando en esto y en otras cosas vino la hora de dormir, y así, se fueron cada uno a su aposento.

Otro día de mañana todos se vistieron ricamente por honrar a Bores de Mar y a la infanta Archesidela. Todos aquellos príncipes y señores se vinieron al gran palacio, y a poca de hora salieron los emperadores, y asimismo las emperatrices y la reina Pinalba trayendo en su compañía a la infanta Archesidela, y todos juntos se fueron a la capilla del emperador Escanio. Ya los estaba aguardando el arzobispo de Talante; la misa se comenzó y allí fueron velados aquellos príncipes, y dándoles las bendiciones que la Sancta Iglesia ordenó se salieron a la gran sala y fueron todos sentados, y allí estuvieron hablando en lo que más les agradaba mientras que hora de comer se hacía.

Estando todos como oído habéis entró por el palacio un hermoso doncel en compañía del cual venían cuatro caballeros armados salvo las manos y la cabeza; el doncel venía ricamente guarnido. Los caballeros preguntaron por el emperador Lindedel, los que en el palacio estaban se lo mostraron; el más anciano de todos se llegó al emperador, y besándole las manos le dijo:

—Alto y muy poderoso príncipe, el rey Tinablante de Siria os manda por mí besar las manos, y la reina mi señora asimismo, y envía a vuestra majestad un solo hijo que Dios le dio, que ha nombre Liramante de Siria: pide a vuestra majestad que se lo arméis caballero, porque siéndolo él de vuestra mano no puede hacer cosa que buena no sea.

Cuando el emperador entendió que aquel doncel era hijo del rey Tinablante de Siria hubo mucho placer con él. Luego llegó Liramante, y humillándose ante el emperador Lindedel le quiso besar las manos; él las tiró afuera y lo abrazó, diciendo a todos aquellos señores que en el palacio estaban:

—Veis aquí este doncel que es hijo del mejor hombre que yo sé y mayor amigo mío. Liramante de Siria —dijo el emperador—, vos seáis el muy bien venido. Y placiendo a Dios, por la mañana seréis caballero, y plega a Él que os haga tan dichoso en las armas como yo deseo.

Liramante le besó las manos, y los caballeros que con él venían asimismo, y dijeron al emperador cómo venían de Trapisonda y que allá habían sabido cómo estaban en Constantinopla. Acabado que hubieron de comer, los reyes de Romanía y Bretes se levantaron, porque luego había de ser la su partida. Todos asimismo se levantaron y se despidieron los unos de los otros; la princesa Archesidela besó las manos a los emperadores, y asimismo se despidió de las emperatrices y reina Pinalba y de todos los que en el palacio estaban; y el príncipe Bores de Mar asimismo se despidió de los emperadores y rey Bracamor; finalmente, de todos aquellos señores que en el palacio del emperador Escanio estaban.

Luego fueron todos a caballo, y la princesa Archesidela subió en su palafrén, los dos reyes de Romanía y Bretes la tomaron en medio y así salieron de Constantinopla, yendo en su compañía todos aquellos príncipes y grandes señores que en el palacio estaban hasta tres millas, y allí se despidieron los unos de los otros y se encomendaron a Dios. Al príncipe don Cristalián le pesó mucho por se partir de Bores de Mar (que se amaban mucho), y ellos se fueron su camino y en todo él no les avino cosa que enojó les hiciese. El rey de Bretes se quedó en su reino,

y el rey de Romanía se fue al suyo con sus hijos, adonde les fueron hechos grandes recibimientos en todos los lugares que entraban.

Así como aquellos señores fueron vueltos a Constantinopla y entraron en el gran palacio, el emperador Lindedel dijo que otro día después que hubiesen armado caballero a Liramante de Sira se quería partir, porque ya era tiempo de visitar su tierra; el rey Bracamor dijo lo mismo, que también se partiría para España. Galterio dijo al emperador Lindedel:

—Mi señor, yo no os quiero acompañar, sino de aquí me quiero volver a mi tierra. En mi lugar quiero que vaya don Veros de Licante, para os servir en todo lo que mandar le quisiéredes.

—Esa es mucha merced para mí —dijo el emperador.

Venida que fue la noche, Liramante veló las armas en la capilla del emperador Escanio en compañía de los cuatro caballeros que de Siria habían venido. Otro día por la mañana los emperadores y rey Bracamor se entraron en la capilla, y a poca de hora vinieron las emperatrices y reina Pinalba acompañadas de todos aquellos príncipes y caballeros, por honrar mucho a Liramante. La misa se comenzó; acabada, Liramante fue armado caballero por la mano de aquel excelente emperador, y ciñéndole la espada, le dijo:

—Liramante, caballero sois. Plega a Dios que os dé toda buena ventura en lo que mano pusiéredes.

Liramante le besó las manos, y así, se salieron todos al gran palacio, y como en el fueron, el emperador mandó quitar las armas a Liramante y cubriéronle de un rico manto. Luego dijo el rey Bracamor al emperador Escanio que si su alteza le daba licencia, que él se quería partir.

—No puede ser sino pesarme mucho dijo —el emperador—; pero pues al no se puede hacer, habrémonos de sufrir.

Galterio dijo también que luego se quería partir. Despedidos que fueron el rey y la reina Pinalba del emperador Escanio y de la emperatriz, la emperatriz Cristalina se humilló ante el rey Bracamor y la reina Pinalba pidiéndoles las manos para se las besar; el rey la abrazó y besó en el rostro, y la reina Pinalba asimismo, y luego llegó el príncipe don Cristalián, y humillándose ante sus abuelos les besó las manos, y ellos le echaron su bendición rogándole mucho que se fuese a holgar a España; él se lo prometió. El príncipe Galterio se despidió del emperador Escanio y de las emperatrices, y así, fueron todos a caballo, y el emperador Lindedel asimismo, por los acompañar, salió con ellos una pieza, y junto a una floresta se despidieron los unos de los otros.

El rey Bracamor se fue para España, adonde fue muy bien recibido de sus altos hombres, y el príncipe Galterio a Hungría, adonde no menos placer hubieron con la su venida los reyes viejos y la hermosa princesa Manelisa. Ella le preguntó luego por la emperatriz Cristalina; Galterio le dijo todas las cosas que oído había después que la emperatriz fue libre. La princesa fue muy alegre de lo oír; ansimismo le preguntó por don Veros de Licante.

—Él queda muy bueno en compañía del príncipe don Cristalián, que es el mejor caballero que hoy es nacido en el mundo: ha hecho grandes maravillas después que fue caballero, que ha muy poco tiempo

Manelisa le dijo:

—No puede sino parecer a su padre, que me semeja que fue el solo en el mundo.

—El emperador Lindedel se va agora a Trapisonda —dijo Galterio—, y en la su compañía va el príncipe don Cristalián y vuestro hijo. De ahí sé yo que don Cristalián ha de ir al imperio de Persia a se probar en aquella grande aventura adonde el emperador y emperatriz y su hija la hermosa princesa Penamundi están encantados. Bien creo yo que este príncipe don Cristalián ha de acabarla, por cuanto el sabio Doroteo le dio las armas con que lo armaron caballero, y en todas ellas y en el escudo llevaba por devisa unos penachos.

—No tengáis duda —dijo Manelisa—, pues que es hijo de aquel valeroso emperador Lindedel.

—Mucho soy alegre que don Veros de Licante ande en la su compañía, que no podrá aprender sino todo bien.

Así como el emperador Lindedel se partió del rey Bracamor se volvió a Constantinopla y mandó aparejar su partida para otro día de mañana, y aquel día se salieron los emperadores a pasear por el campo, yendo en su compañía aquellos grandes señores, y venida que fue la hora de cenar se volvieron. Y otro día por la mañana el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalián se levantaron y fuéreronse al aposento del emperador Escanio y allí se despidieron dél y de la emperatriz, la cual no sin lágrimas rogó a su hija y al emperador Lindedel que luego que fuesen en Trapisonda les tornasen a enviar al príncipe don Cristalián. Ellos dijeron que harían su mandado, y así, se salieron del palacio, y subió el emperador en su caballo y la emperatriz en su palafrén, y todos aquellos príncipes y grandes señores subieron a caballo, y así como oído habéis salieron de Constantinopla y tomaron su camino para Trapisonda, y anduvieron ocho días sin que cosa alguna les acaeciese.

Capítulo XXIX

De cómo yendo el emperador Lindedel y toda su compañía camino de Trapisonda le salió al camino una doncella y de lo que con él pasó, y asimismo cuenta lo que les acaeció antes que a Trapisonda llegasen.

YENDO el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina de la manera que oído habéis, pasando un día a hora de tercia por una falda de una floresta vieron una hermosa tienda que armada estaba; toda ella era cubierta de paños de hilo de plata, era grande y hermosa; en torno della estaban otras seis, y por la floresta vieron andar muchos escuderos y gente de servicio. Al emperador le vino deseo de saber quién en aquellas tiendas estaba. A esta hora vieron de la gran tienda salir una doncella en un palafrén blanco, y a gran priesa se vino hacia la gente del emperador, y como a ella llegó, la doncella rogó mucho a un caballero que le mostrase el señor de aquella compañía y le dijese quién era. El caballero le dijo:

—Buena doncella, aquí viene el emperador Lindedel.

Luego la doncella se fue para él y se le humilló diciéndole:

—Serenísimo emperador Lindedel, yo soy venida ante vuestra majestad con mandado de un caballero que en aquellas tiendas está. Él os hace saber cómo guarda el paso desta floresta por servicio de su amiga, que la ama mucho, y tiene tal postura,²¹¹ que ningún caballero no puede por aquí pasar sin que primero se pruebe con él de las lanzas, y si por el tal caballero es derribado, hase de poner en poder de su amiga para hacer aquello que ella mandare, y si el caballero a él derribare, ha de pasar por la misma postura. Agora he dicho a lo que soy venida: vuestra majestad me responda.

El emperador le dijo:

—Buena doncella, decid a ese caballero que asaz vienen aquí caballeros con quien se pueda holgar, y que yo holgaré de atender aquí hasta ver al ventura que Dios le da a él o a mis caballeros.

La doncella se volvió a las tiendas y dijo al caballero que la floresta guardaba el mandado del emperador Lindedel; la amiga del caballero dijo a la doncella que volviese allá y dijese al emperador y emperatriz que les pedía muy ahincadamente que mientras las justas se hacían tuvieran por bien de se apear en la su tienda, que allí podían descansar algo del trabajo del camino. La doncella se despidió de su señora y se volvió para el emperador; como él la viese venir, dijo a Dorante de Macedonia:

—La doncella vuelve; agora sabremos a qué. Por buena fe que el caballero debe ser preciado, pues tal demanda él solo ha tomado.

Dorante le respondió

—Mucho deseo tengo de lo ver.

A esta hora llegó la doncella y dijo su mandado al emperador y emperatriz; el emperador le respondió que él haría el ruego de la doncella, y así, se fueron a las

²¹¹ Apuesta, desafío.

tiendas, y como a ellas llegaron, en la que más rica parecía estaba un estrado hecho; en medio dél estaba sentada una hermosa doncella, y cerca della un caballero armado de todas armas. Como el emperador y emperatriz llegaron, la doncella se levantó (que ricamente estaba guarnida, y era tanta la su hermosura que en gran parte no se pudiera hallar otra que más lo fuera). La doncella se vino adonde el emperador y emperatriz estaban, y humillándose ante ellos les quiso besar las manos, mas ellos no se las dieron. Ella les hizo grande acatamiento, y tomando a la emperatriz por la mano la llevó a su estrado, y luego una de sus doncellas puso una rica silla al emperador. Aquella hermosa doncella dijo:

— Vuestra majestad verá hoy aquí hermosas justas.

— Así lo creo yo —dijo el emperador—, que pues el caballero guarda este paso, debe de ser ardid de corazón.

Todos aquellos príncipes y señores se llegaron a la tienda adonde el emperador estaba. Liramante de Siria pidió al emperador que le otorgase la primera justa, el emperador le dijo que él holgaba dello, y que hiciese de manera que quitase a los otros de trabajo. Liramante se le humilló, y volvió su caballo y vio al caballero de las tiendas que ya le estaba aguardando y tenía su lanza en la mano; Liramante se fue para él, y dándole su escudero una lanza, se fueron a encontrar tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas, y fue tal el encuentro del caballero de la floresta, que Liramante fue de su caballo al suelo. Como él se vio de la manera que oído habéis, fue tan avergonzado por le haber acaecido delante del emperador, que quería morir con pesar. El caballero de las tiendas volvió sobre él y le dijo:

— Caballero, conviene que os pongáis en poder de mi señora para que hagáis aquello que la su merced fuere.

— Conviéneme de lo hacer —dijo Liramante—; mas, si os pluguiere, mucho querría con vos haber batalla de las espadas.

— Eso no puede ser —dijo el caballero de la floresta—, que yo no mantengo aquí sino solamente la justa.

Luego salieron tres doncellas muy apuestas de las tiendas y dijeron a Liramante:

— Señor caballero, venid con nós.

Él se fue con ellas. Mucho le pesó al emperador de ver a Liramante tan presto derribado (que lo mucho amaba, por amor del rey Tinablante de Siria). Luego vino ante él don Veros de Licante y pidiole que le otorgase la segunda justa; el emperador hizo su ruego, y luego se partió de la tienda, y tomando la lanza a su escudero se fue para el caballero de la floresta, y encontráronse de las lanzas de manera que fueron quebradas y don Veros de Licante fue por las ancas de su caballo al suelo. El caballero de la floresta vino sobre él y le dijo:

— Caballero, conviene que hagáis lo que vuestro compañero hizo.

— Hacerlo he —dijo don Veros—, a mal de mi grado.

Y luego salieron las tres doncellas y lo llevaron donde Liramante de Siria estaba; cuando Liramante lo vio venir fue muy ledo, y díjole:

—Por buena fe, don Veros, que nunca tan alegre fui con la vuestra vista como agora lo soy, pues sabéis también²¹² volar de vuestro caballo como yo.

Don Veros que muy enojado estaba, no le respondió cosa alguna. Desta manera derribó el caballero de la floresta a Mirantenor y a Lustrandor: y luego vino Guiladoro el Rubio, y tomando la lanza a su escudero se fue para el caballero. Ya él lo estaba aguardando, y movieron el uno contra el otro al más correr de sus caballos y diéronse tales encuentros que las lanzas fueron quebradas, y los caballeros no se movieron de los caballos ni hicieron desdén que mal pareciese. Como el caballero de la floresta esto vio, dijo:

—Señor caballero, a justar otra vez os conviene.

—De grado —dijo Guiladoro— tomaré ese trabajo.

Luego el caballero de las tiendas le mandó dar una lanza y tornáronse a encontrar, y Guiladoro quebró su lanza en el escudo del caballero de manera que le hizo perder la una estribera; pero como era buen caballero, presto la tornó a cobrar. Mas de Guiladoro os digo que recibió tal encuentro que le convino venir al suelo. Mucho pesó al emperador de ver aquellos caballeros tan mal parados por el de la floresta. El Fuerte Dorante fue demasiadamente enojado de ver a su hijo en el suelo, y dijo que él quería justar con el caballero de la floresta; Lustramante le dijo, riendo:

—Mi señor Dorante, tened paciencia como todos la tenemos, que el caballero de la floresta es mejor de lo que yo pensaba.

A esta hora el príncipe don Cristalián demandó su lanza a Libanor, y contorneando su caballo se fue paso a paso adonde el caballero de la floresta le estaba atendiendo, y así como a él llegó, le dijo:

—Señor caballero, yo mucho querría, si os pluguiere, que descansásemos un rato del trabajo que habéis tomado, y después quebraríamos nuestras lanzas.

—Señor caballero —dijo el de la floresta—, muchas mercedes por el deseo que de mi descanso tenéis. Yo os hago saber que no tengo necesidad dél, por cuanto en estas justas es muy poco el trabajo que se toma.

—Pues que así lo queréis —dijo don Cristalián—, guardaos de mí.

Entonces dijo Lustramante al emperador:

—Agora atendamos y veremos hermosa justa.

Los caballeros se apartaron el uno del otro y movieron al más correr de sus caballos, y fueron los encuentros tan poderosos, que los caballeros quebraron sus lanzas en los escudos y el caballero de la floresta fue una pieza rodando por el campo. Cuando la hermosa doncella que en la rica tienda estaba vio a su caballero en tierra, ella se volvió su color como muerta, y se puso tan triste, que palabra alguna no pudo hablar. Cuando la emperatriz tal la vio hubo duelo della, y díjole que no tomase pesar por ver a su caballero en el suelo, que asaz había hecho en que mucha honra había ganado. Membrina (que cabe la emperatriz estaba) le dijo:

—Señora Doncella, mayor honra ganó el vuestro caballero en ser a la postre vencido por el caballero que lo derribó que ganado había en cuantos visto habéis que había derribado.

La doncella tornó ya cuanto en sí. A esta hora don Cristalián dijo al caballero:

²¹² Tanto, lo mismo.

—Señor caballero, ¿mis compañeros son libres?

—Son —dijo el de la floresta—: yo soy puesto en la vuestra merced.

El emperador envió a decir a don Cristalián que se viniesen a la tienda él y el caballero de la floresta; luego se hizo lo que el emperador mandó. La sabia Membrina bien sabía quién el caballero era, pero no lo quiso decir porque vio que él se quería encubrir. Luego entraron don Cristalián y el caballero en la tienda adonde el emperador estaba, y como ante él fueron, el emperador le dijo:

—Caballero, yo tengo mucho deseo de la vuestra vista, por la gran bondad que en vos he conocido.

—Pues yo, por la mi vergüenza —dijo el caballero—, no querría ser descubierto.

—Mucho os ruego —dijo el emperador— que os quitéis el yelmo.

La emperatriz asimismo se lo rogó; el caballero les respondió que haría su mandado, aunque en se dar a conocer recibiese grande afrenta por lo que le había acaecido. Y diciendo esto, la doncella hermosa que en la tienda estaba se levantó y le desenlazó el yelmo; así como se lo quitó fue por todos conocido ser Dismael de la Roca, salvo don Cristalián, que lo nunca lo viera. Dismael fue a besar las manos al emperador y emperatriz; el emperador le abrazó diciéndole:

—¿Pareceos, Dismael, cómo habéis desbaratado nuestros caballeros?

—Yo soy el desbaratado —dijo Dismael— y el que mayor pieza por el campo fue rodando. Mucho quería saber quién es el caballero en quien tanta bondad de armas Dios puso.

—Señor Dismael —dijo Membrina—, es el príncipe don Cristalián, y por tanto, es mayor la honra que hoy habéis ganado que la deshonra que habéis recibido.

Cuando Dismael entendió que aquél era don Cristalián, fuese a humillar ante él diciéndole:

—¡Ay por Dios mi señor, que me perdonéis, que malamente os he errado en tomar lanza contra vos! Y debo ser perdonado, por cuanto yo no os conocía.

Don Cristalián le levantó por las manos diciéndole:

—Señor Dismael, a mí me parece que todos cuantos aquí están os deben de dar gracias por lo que hecho habéis.

Dismael se le humilló por la honra que le daba, y de allí fue a besar las manos al Fuerte Dorante su padre; él tenía tanto placer de ver que aquel buen caballero era su hijo, que no sabía de sí. Él le dio las manos, dándole su bendición, y le dijo:

—Dismael, agora nos decid dónde hubistes esta hermosa doncella que en vuestra compañía traéis.

—Mi señor, yo la hallé en una fuente, y ella es tan mesurada que me hizo más mercedes que yo servicios en toda mi vida le podré hacer.

Dorante de Macedonia no le preguntó más, que bien entendió lo que podía ser; la emperatriz honraba mucho a Sinelda por amor de Dismael, y el emperador asimismo (que muchopreciaba la su buena caballería). Dismael habló a todos aquellos señores, y ellos a él con mucha alegría, y asimismo a los noveles que derribado había. Su hermano Guiladoro el Rubio le dijo:

—Mi señor, paréceme que aunque yo era vuestro hermano, no por eso me hecistes más honra que a los otros.

Dismael le abrazó riendo. Luego el emperador dijo que pues habían descansado una pieza y conocido aquel buen caballero, que sería bien partirse de allí. A todos les pareció bien lo que el emperador decía, y así, fueron a caballo, y la emperatriz subió en su palafrén llevando a Sinelda y a sus doncellas en su compañía. Desta manera que oído habéis tomaron su camino para Trapisonda.

Partidos que fueron de las tiendas de Dismael anduvieron por su camino tantos días, hasta que muy cerca de Trapisonda fueron. Yendo un día a hora de vísperas por un despoblado que en aquel camino había (que era dos días de andadura) dándose mucha priesa por llegar a Trapisonda en poco tiempo, vieron cómo a la una parte del despoblado se abría la tierra, y de allí vieron salir un escuadrón de gente muy bien armada, y todos eran jayanes maravillosamente desemejados; ellos se pusieron en medio del camino por donde el emperador había de pasar. El emperador y todos los que con él iban fueron muy espantados de cómo la tierra se abrió, y no podían saber qué gente era aquélla. A esta hora vieron venir hacia ellos un enano muy feo en un rocín y con su azote en la mano con que lo hería; todos atendieron lo que diría. Él preguntó a un caballero por el emperador Lindedel, y cuando se lo mostraron se fue para él y sin le hacer acatamiento alguno le dijo:

—Emperador Lindedel, yo vengo de parte de aquellos jayanes que allí vees: mandáronme que os dijese que si a Trapisonda queréis llegar, que ha de ser sin la emperatriz Cristalina, y que esto os envían a decir por no daros enojo en matar cuantos en la vuestra compañía lleváis.

Cuando el emperador esto le oyó fue muy enojado, y díjole:

—Enano, si mensajero no fueras, yo te mandara dar el castigo de tu atrevimiento; pero por agora yo te dejaré. Ve y di a quien acá te envía que antes que mucho tiempo pase ellos comprarán caramente su locura.

—No os aprovecha nada —dijo el enano—, que todos habéis de ser en poder de los jayanes, y si con las vidas escapáredes, teneros heis por muy dichosos.

Esto dijo el enano dando del azote al rocín. Como el emperador esto vio, dijo a aquellos caballeros:

—¿Qué os parece del atrevimiento de aquellos jayanes?

—Paréceme —dijo Dorante— que fue grande la su locura; y asimismo me parece que los jayanes son muchos y que vienen bien armados: menester es que todos nos aparejemos.

—Vos decís muy bien —dijo el emperador.

Y luego se armó a muy gran priesa. Don Cristalián le dijo que para qué tomaba trabajo de se armar, que la su merced fuese de le dar licencia a él y a aquellos caballeros noveles para se ir a ver con aquellos jayanes.

—Todos me parece que seremos menester —dijo el emperador—, que me semeja que son más de quinientos.

Luego fueron a punto de guerra cuantos con el emperador iban. De la emperatriz os digo que no le aprovechaba nada aunque el emperador le decía que no tuviese temor alguno, que grande era el espanto que de ver aquellos jayanes tenía, que al parecer de todos, en el mundo no podía haber tantos como allí eran juntos; ellos estaban puestos en medio del camino por donde el emperador y su compañía habían de pasar.

A esta hora dijo el príncipe don Cristalián:

— ¡Ea caballeros, sígame quien quisiere!

Y diciendo esto puso las espuelas a su caballo Flordelid, que no parecía sino un trueno. Todos los caballeros noveles lo siguieron; el emperador dijo:

— Vamos todos tras ellos, que yo creo que habrán menester la nuestra ayuda.

Y así, movieron el emperador y todos aquellos señores, quedándose la emperatriz sola en compañía de Briamantel y de la gente que no era para poder pelear. Dice la historia que así como don Cristalián y sus compañeros llegaron (que como oído habéis eran los delanteros) don Cristalián les dijo:

— Guardaos de mí, que todos así como sois habéis de morir mala muerte por el enojo que hoy habéis dado al emperador.

Uno de los jayanes le respondió:

— Caballero, atiende un poco, que ya el emperador tu padre viene, que nós no habemos de haber batalla con mochachos, sino con caballeros.

Como don Cristalián así vio hablar al jayán, fue tan enojado que le dijo:

— ¡Bestia fiera, guárdate de mí; si no, muerto eres!

Y diciendo esto tomó su lanza y arremetió al jayán cuanto su buen caballo lo pudo llevar; al tiempo del encuentro el jayán se apartó diciendo a don Cristalián:

— Mira en cuánto te tengo, que no quiero poner las manos en ti.

Don Cristalián no le respondió cosa alguna, sino tornole a encontrar, pero tan poco le aprovecho como el encuentro primero, que el jayán se pasó a la otra parte. Los caballeros que con don Cristalián habían salido, cada uno tomó su lanza y se fueron a encontrar con los jayanes, y avínoles asimismo como a don Cristalián. El emperador y aquellos señores, que aquel tiempo llegaron todos juntos, tomaron sus lanzas, y el emperador iba en los delanteros, y corrieron cuanto los caballos los pudo llevar, y todos así como fueron quebraron sus lanzas en los jayanes, pero no se movieron; antes uno dellos dijo al emperador:

— Mi señor, mandad aquí venir a la emperatriz; si no, sabed que le averná gran mal.

El emperador no le respondió cosa alguna, sino echó mano a su espada diciendo:

— Para Sancta María, pues que defender no os queréis, vosotros compraréis caramente el enojo que hoy me habéis dado.

Y diciendo esto dio un gran golpe al jayán, y luego el espada se le quebró por la empuñadura, y así acaeció a don Cristalián y a todos los otros caballeros que lo mismo que el emperador hicieron. Desta aventura fue muy triste el emperador, y túvose por perdido. Luego oyeron dar grandes voces a la emperatriz y a todos los que en su compañía habían quedado; cuando el emperador lo oyó, volvió la cabeza y vio que llevaban robada a la emperatriz otro escuadrón de jayanes. Como el emperador y don Cristalián esto vieron, no sabían qué hacer, por cuanto todos estaban sin espadas y sin lanzas; pero aunque así se vieron, no dejaron de correr hacia donde la emperatriz llevaban, y ansimismo todos los jayanes corrían tras ellos, y a muy poca de hora fueron todos juntos los unos con los otros. Los jayanes no los acometían, ni ellos tenían espadas con que se defender.

Estando así, como atónitos de lo que les había acaecido, téniedose por presos o por muertos, súbitamente se abrió la tierra y fueron todos aquellos jayanes por allí lanzados llevando en su compañía a todos aquellos grandes señores, y en la

delantera al emperador Lindedel y emperatriz Cristalina y a don Cristalián. Como debajo de la tierra fueron, luego todos aquellos jayanes se desaparecieron, y el emperador y su compañía se hallaron en una muy rica morada y maravillosamente guarnida de ricos paños de oro; a una parte de una hermosa sala adonde todos estaban vieron un rico dosel, y debajo dél estaban tres ricas sillas. Miraron a un cabo y a otro, pero no vieron cosa alguna ni persona a quien pudiesen preguntar. Reíanse de ver lo que les había acaecido; el emperador Lindedel dijo a aquellos caballeros:

—Pues que nosotros estamos tan bien aparejados para si alguna cosa nos acaeciere, bien será que nos sentemos.

Y tomó por la mano a la emperatriz (que más muerta que viva estaba de lo que visto había) y fuese a sentar debajo del rico dosel y mandó al príncipe don Cristalián que en una de las tres sillas que a la mano siniestra estaban²¹³ se asentase, y él hizo su mandado, y asimismo todos aquellos príncipes y grandes señores se asentaron. El emperador les dijo:

—Agora me decid, ¿qué fue de nuestros caballos?

No hubo ahí tal que cosa alguna dellos supiese decir; el emperador dijo a Membrina que si entendía alguna cosa de aquellas que acaecido les había.

—No —dijo ella—, que no es tan grande el mi saber.

—Agora atendamos —dijo el emperador— el fin deste hecho.

Así estuvieron una pieza hablando en lo que les había acaecido. En este tiempo vieron salir de una cámara que en la sala estaba una hermosa doncella y muy ricamente guarnida, y como en medio della fue, luego del emperador Lindedel y emperatriz Cristalina fue conocida, y ansimismo la conoció el príncipe don Cristalián, ca sabed que aquella doncella era Belsael, hija del sabio Doroteo.

Grande fue la su alegría en saber que estaban en poder de aquel tan grande amigo suyo. Belsael se humilló ante el emperador y emperatriz, y besándoles las manos les dijo cómo ya su padre Doroteo venía. Estando en esto le vieron entrar por la sala trayendo consigo a su mujer la jayana Cuadravaca, y como al emperador llegó, Doroteo y su mujer se humillaron ante ellos por les besar las manos; el emperador lo abrazó diciéndole:

—Paréceme, amigo Doroteo, que el nuestro poder ante el vuestro vale tanto como nada.

El sabio le respondió:

—Mi señor, esto que visto habéis hice yo por que estos caballeros noveles supiesen que había en el mundo quien el su orgullo pudiese bajar.

—También me parece que abajastes el de cuantos aquí estamos.

Todos rieron mucho cuando bien pensaron en la burla que les había hecho. Doroteo habló al príncipe don Cristalián, y asimismo a todos aquellos caballeros que allí estaban, y dijoles que aunque ellos no tuviesen dél noticia, que él los deseaba en todo servir, pues él sabía que todos eran amigos y servidores del emperador Lindedel, que era la persona del mundo que él más amaba; ellos le agradecieron mucho su buena voluntad que les mostraba. El sabio los hizo luego

²¹³ 1587: ‘estaua’ (61v).

desarmar y cubrir de ricos mantos, y fue donde Membrina estaba, y ella se levantó y el uno al otro se hicieron grande acatamiento; él dijo a Membrina:

—Mucho he holgado de veros en compañía destos príncipes, para serviros en todo lo que yo pudiere.

Membrina se le humilló y le dijo:

—Mi señor Doroteo, no menos placer tengo yo de ver a estos señores en el vuestro poder.

Doroteo se volvió al emperador y emperatriz; ya era tarde, él dijo que le parecía que, según venían cansados del camino, que era bien que cenasen luego, y así, mandó poner las mesas y cenaron con mucha alegría, y como hubieron acabado estuvieron hablando sobretabla una pieza en la congoja que Doroteo los había puesto cuando las espadas se les quebraron en las manos. La emperatriz dijo:

—Nunca tan gran fatiga a mi corazón llegó como cuando yo vi que la tierra se abría, pero siempre con esperanza que Dios nos había de ayudar.

Así estuvieron de la manera que oís, riendo de lo pasado. Sabed que allí se detuvieron el emperador y aquellos grandes señores más de ocho días, haciendoles siempre Doroteo muy grandes fiestas, y había grande aparejo de cazas de cualquiera manera que las quisiesen. Después que allí se hubieron holgado este tiempo que oído habéis, el emperador se partió para su tierra dando muchas gracias a Doroteo, y como a Trapisonda llegaron, hallaron que les tenían hechos grandes recibimientos y todos los altos hombres de su imperio estaban en Triópola;²¹⁴ cuando ellos vieron al emperador en su tierra daban muchas gracias a Dios por la merced que les había hecho, que de todos era muy amado.

Fueron muy bien recibidos del emperador y emperatriz, y mostráronles al príncipe don Cristalián; ellos fueron muy ledos de lo ver ya tan grande y tan hermoso, y todos le besaron la mano y loaban a Dios que tanto bien les había dado. Así entraron por la ciudad de Triópola, no pudiendo pasar por las calles: tan grandes compañías de gentes salieron a ver a sus señores. Como en el palacio fueron, halláronlo ricamente guarnido; el emperador mandó que todos aquellos señores fuesen luego aposentados, así fue hecho. Y la emperatriz estaba preñada, de lo cual el emperador estaba demasiadamente ledo.

²¹⁴ 1587: 'Tripola' (61v).

Capítulo XXX

De cómo todos aquellos príncipes y señores se despidieron del emperador Lindedel y de la emperatriz Cristalina y se fueron cada uno a su tierra, y asimismo cuenta cómo el príncipe don Cristalián se fue al imperio de Persia y de lo que en el camino le acaeció.

DICE la historia que todos aquellos señores que en compañía del emperador Lindedel iban, que estuvieron en Trapisonda cerca de dos meses, porque en este tiempo fueron hechas grandes alegrías y fiestas por la venida del emperador, y desta manera no pudo ser la su partida más presto de lo que oís. Acabando un día todos de comer, Lustramante le dijo:

—Mi señor, si licencia nos dais, ya es tiempo que a nuestras tierras nos vamos.

El emperador les dijo que tenían razón, y que al no podía hacer sino pesarle de se apartar de tan buena compañía. Allí les dio las gracias de lo que por él habían hecho; todos le respondieron que ellos eran los que habían recibido grandes mercedes en querer su majestad servirse de sus personas.

Otro día de mañana²¹⁵ se vinieron a oír misa al palacio del emperador, y dicha que fue, se despidieron dél y de la emperatriz, y asimismo del príncipe don Cristalián, suplicándole que siempre se acordase de mirar por sus hijos, pues en la su compañía quedaban. Don Cristalián les dijo que de grado haría lo que le rogaban; ellos le besaron las manos por la buena respuesta que les daba. La emperatriz Cristalina envió sus saludes a las princesas Greceda y Serinda, y así, salieron aquellos señores de Triópola y fueron en una compañía más de diez millas, y a la fin de las haber andado les convino partirse cada uno para su tierra, adonde fueron muy bien recibidos, y así los dejaremos hasta su tiempo.

Como aquellos señores se partieron del emperador Lindedel, él quedó con alguna soledad. Acabando un día de comer vieron entrar por la sala a Espanil el enano, y como al emperador llegó, le besó las manos, y asimismo a la emperatriz; el emperador le dijo:

—Espanil, seas bien venido. ¿Cómo no te has acordado de mí hasta agora?

—Dios sabe, señor, el dolor que mi corazón sintió cuando supe la vuestra perdida y la de la emperatriz; y aun Dios sabe el miedo que yo he pasado y los sobresaltos que cada día he tenido pensando que me habían de venir a tomar mi tierra sabiendo que vuestra majestad no estaba adonde me pudiese socorrer.

—¿Cómo no me fuiste a buscar a Constantinopla? —dijo el emperador.

—No fui —dijo Espanil— por ser largo el camino; yo soy persona peligrosa, que nunca falta quien antes me haga mal que bien.

—Tú tienes razón —dijo el emperador—. Y pues que así es, yo te perdonó.

Espanil le besó las manos y le dijo:

—Mi señor, mostradme cuál destos caballeros es el príncipe don Cristalián vuestro hijo.

—Ése que cerca de ti está —dijo el emperador.

²¹⁵ 1587: ‘maña’ (62r).

Espanil se humilló ante él, y tomándole las manos, se las besó y le dijo:

—Un hijo tengo que no será mayor que yo. Mucho quería que anduviese en el vuestro servicio, así como yo anduve en el de vuestro padre.

Don Cristalián le dijo:

—Por tu vida, Espanil, que tú me le traigas luego, porque estoy de partida.

Él le dijo que era pequeño para poder servir.

—Pues que así es, guárdamelo para mí.

—Así será como lo vos lo mandáis —dijo Espanil.

Estando de la manera que oído habéis pasando su tiempo con Espanil, entró por la puerta de la sala Grineldo el Bastardo y dijo al emperador que si su majestad le daba licencia, que él se quería partir para su tierra; el emperador le respondió que tenía mucha razón. Don Cristalián le dijo:

—Señor Grineldo, íos por el castillo de Puela, que es de vuestra hija, y poned en él todo recado, que es muy buena cosa.

Grineldo le besó las manos por la merced que a su hija había hecho, y tomada licencia del emperador y emperatriz y de don Cristalián, y su hija Grinelda asimismo, salieron de Triópola y tomaron su derecho camino para el castillo de Puela, y allí dejaron el recado que necesario fue y se fueron para el Castillo del Sol, adonde su mujer estaba, y della fueron muy bien recibidos.

Como todos aquellos señores fueron partidos de Trapisonda, el príncipe don Cristalián pidió licencia al emperador su padre para se ir por el mundo a buscar las aventuras; el emperador se la dio, diciéndole que fuese en buenhora. A la emperatriz le pesó mucho por la partida del príncipe su hijo, pero sufriose, y con las lágrimas en los ojos le rogó muy ahincadamente que lo más presto que él pudiese se volviese a Trapisonda; don Cristalián le dijo que así lo haría como se lo mandaba.

Todos los noveles se despidieron asimismo del emperador y emperatriz y se salieron en compañía de don Cristalián con intención de se ir por el mundo a buscar las aventuras. La sabia Membrina dijo al emperador y emperatriz que si licencia le daban, que se iría en compañía de aquellos caballeros aquel día y otro, que todo era un camino; el emperador le dijo que fuese a la buena ventura. De la manera que oido habéis se salieron del palacio, el príncipe don Cristalián llevando en su compañía aquellos caballeros y a la sabia Membrina y a Sinelda. Así anduvieron juntos bien dos días; en este tiempo llegó Briamantel (que el día que el príncipe don Cristalián salió de Triópola no se había sentido bueno y por eso no había salido con ellos). Membrina holgó mucho con la su venida, y dijo a don Cristalián:

—Agora me quiero yo ir, pues Briamantel es ya venido.

Y diciendo esto se despidió de don Cristalián, y de los otros caballeros y de Sinelda, y tomó su camino para la Ínsula de las Maravillas y de todos fue muy bien recibida; Briamantel asimismo.

Partida que fue la sabia Membrina de aquellos caballeros, Dismael de la Roca dijo a don Cristalián:

—Mi señor, si sois servido que vamos en la vuestra compañía, hacer lo hemos; pero tenemos temor de no ganar honra alguna mientra con vos anduviéremos, porque ante la vuestra alta caballería nosotros valdremos tanto como nada.

—En la mi compañía y fuera della —dijo don Cristalián— es grande la vuestra bondad, y por tanto, podéis hacer lo que quisiéredes.

—Vós, mi señor —dijo Dismael—, paréceme que vais a probaros en la aventura de Persia; pues que vós a ella vais, quitos somos nós de ese trabajo, y ciertos que otro que en el mundo sea nacido, si vós no sois, no acabará la aventura.

Y con esto se despidieron dél, y él los encomendó a Dios y cada uno de aquellos caballeros tomó su camino y anduvieron por el mundo acabando grandes aventuras, y de algunas dellas se hace en esta historia minción. Así como aquellos seis caballeros fueron partidos de don Cristalián, él tomó su camino para Persia, y jamás un solo punto apartaba de su pensamiento a su señora Penamundi, y decía:

—¡Ay Dios, y si tuviese yo merecimiento para ver a esta hermosa princesa, cuán bienandante me haría Dios si yo esta aventura acabase antes que los mis días fenesiesen con el su deseo!

Yendo con estos pensamientos, diose la mayor priesa que él pudo en aquel camino. Un día a hora de sexta, yendo don Cristalián de la manera que oído habéis, oyó ruido, y él volvió la cabeza hacia atrás y vio un caballero en un hermoso caballo; diose poca priesa a andar, por atender al caballero; no tardó mucho cuando llegó, y saludáronse muy cortésmente; el caballero dijo a don Cristalián:

—Señor caballero, por la fe que tenéis, que vós me digáis una cosa que deseo saber.

—De grado os la diré —dijo don Cristalián.

—Muchas mercedes —dijo el caballero—. Lo que yo preguntar os quiero es que me digáis si os vais a probar en esta aventura de la princesa Penamundi.

—No salí con otra intención de mi tierra —dijo don Cristalián.

—Y ¿vos sabéis lo que aviene al caballero que fallece de acabarla?

—Sí sé —dijo él.

—Pues mucho os ruego —dijo el caballero— que me lo digáis, porque yo no sé cosa alguna y deséolo mucho saber.

—Agora lo sabréis —dijo don Cristalián— como lo sé yo.

Y así, le contó todo lo que ya oístes que el sabio Doroteo dijo a don Cristalián.

—Grandes son las maravillas que me habéis dicho —dijo el caballero—, pero yo no me dejaré de probar aunque más peligros tuviese. Y mucho os ruego que pues la aventura aquí tan cerca esta, y vos, señor caballero, venís a probaros en ella y yo también, porque me semeja que sois buen caballero os ruego que os volváis por donde venistes, y no curéis de tener pensamiento, no solamente de acabar esta aventura, pero no le habéis de tener de probaros en ella, por cuanto los dioses inmortales me han revelado que yo soy el que la ha de dar cima, y no otro de cuantos en el mundo son nacidos.

Como don Cristalián así vio hablar al caballero fue muy espantado, y díjole:

—Señor caballero, por tanto ganaréis más honra en acabar esta aventura mientras más caballeros que vós la hubieren probado.

—Basta los que la han probado, que por agora no es mi voluntad que vós la probéis. Y si no quisiéredes hacer lo que os tengo dicho de grado, conviene que lo hagáis por fuerza, y luego es mi voluntad que os volváis y no paséis más adelante.

Como don Cristalián le vio hablar de la manera que habéis oído, fue muy airado contra él, y dijole:

—Por mi fe, caballero, que yo querría mucho saber quién sois, pues que así tan osadamente queréis hacer fuerza a los caballeros andantes sin los conocer.

—No tengo necesidad de más conocimiento —dijo el caballero—, sino hacer a mi voluntad. Y si hacer no quisieredes lo que yo os tengo dicho, en la batalla sois conmigo, y en ella veréis si sois tal que merezcáis probaros en esta aventura.

Diciendo esto tomó la lanza de su escudero; don Cristalián asimismo tomó otra de Libanor y arremetieron el uno contra el otro al más correr de sus caballos, y diéronse tales y tan recios encuentros que las lanzas fueron en piezas quebradas, y los caballeros pasaron el uno por el otro muy apuestos. Y como dieron la vuelta con sus caballos, echaron mano a sus espadas y comenzáronse a herir de muchos y muy duros golpes. Don Cristalián se maravillaba quién podía ser aquel caballero que tan bien sabía herir de espada, ypreciáballo mucho por su buena caballería; el caballero asimismo andaba muy espantado de los grandes golpes que recibía, y eran tantos y tan a menudo, que ya él no lo podía sufrir, por cuanto los golpes que don Cristalián le daba iban con tanta fuerza que no le alcanzaba golpe a derecho que las armas y la carne no le cortase, por manera que el caballero comenzó a enflaquecer, y como el príncipe esto sintiese, comenzole a dar mucha priesa; el caballero se defendía muy vivamente, ca era de gran corazón. Don Cristalián le dio un gran golpe encima de la cabeza, y el golpe fue dado de tal manera que el caballero cayó del caballo abajo atordido, que no sabía de sí parte. Como don Cristalián así lo viese, muy presto se apeó y fue sobre él, y poniéndole la punta del espada en la garganta le dijo:

—Caballero, muerto sois si no os otorgáis por vencido.

El caballero estaba tal que no le pudo responder; como don Cristalián esto vio, con el espada le cortó las enlazaduras del yelmo, y así como se lo quitó, don Cristalián fue muy espantado, que en lugar de caballero vio la más hermosa doncella que él jamás había visto; traía los sus hermosos cabellos cogidos en una red de hilo de oro. Don Cristalián llamó a Libanor su escudero y díjole:

—Amigo, ¿adónde podríamos haber un poco de agua para echar en el rostro a esta doncella que en hábito de caballero anda?

Libanor fue muy presto a lo buscar, pero no lo pudo por allí hallar, y sin ella se volvió a su señor. Don Cristalián le comenzó a echar aire en el rostro, y a poca de hora tornó en su acuedro, y dando un crecido sospiro dijo:

—¡Ay de ti, infanta Minerva, que no sabes en cuyo poder estás!

Y diciendo esto comenzó a derramar infinitas lágrimas por su hermoso rostro. Don Cristalián que aquello le oyó, le dijo:

—No os acuitéis, mi señora, que vós estáis en poder de quien os servirá todo el tiempo que vós quisiéredes.

La infanta le dijo:

—Señor caballero, yo no quiero que hagáis otra cosa por mí sino que me lleven adonde yo sea guarida de mis llagas.

—Eso y todo lo demás que vós, mi señora, mandáredes, se hará de grado.

—Muchas merecedes —dijo la infanta—, que bien he menester cualquiera piedad que se me haga.

Luego don Cristalián la subió en el palafrén de su escudero y mandó a Libanor que subiese a las ancas, por que ella se arrimase a él; el príncipe subió en su caballo,

y así, se fueron para un lugar el más cerca que pudieron hallar, y allí fue curada la infanta de sus llagas. En todo el tiempo que estuvo en el lecho, el príncipe don Cristalián nunca della se partió, por que fuese mejor servida. Estando un día la infanta Minerva en su lecho ya con mucha mejoría de sus llagas, entró don Cristalián en su cámara, y sentose cerca de su lecho y díjole:

—Mi señora, si os pluguiese decirme de qué tierra sois y quién es vuestro padre, mucho sería yo alegre de lo saber, si la vuestra merced dello servida fuese.

—Por cierto, señor caballero, no hay cosa en que yo serviros pueda que de grado no lo hiciese. Vos, mi señor, sabréis que yo soy hija del rey Rabdineldo de Alaponte; no ha otro hijo ni hija sino a mí. Los dioses repartieron en mí tanta parte de buena ventura, que hasta hoy yo no he hallado caballero que contra mí mucho en batalla pudiese durar. Yo como me vi dotada de tanta parte de buena caballería, hice grandes sacrificios a los dioses para que me dijesen quién había de ser el caballero que esta aventura de la princesa Penamundi había de dar cima: a mí me fue revelado por los dioses que yo había de ser la que a el emperador y emperatriz y princesa había de sacar de su encantamiento. Agora, mi señor, os he dicho lo que deseábades saber; en pago desto quiero que me otorguéis un don

—De grado —dijo don Cristalián— haré lo que me mandáredes.

—Muchas mercedes —dijo la infanta—. Sabed que el don que me habéis otorgado es: que yo tengo de probarme en esta aventura primero que vós, y asimismo que me habéis de decir vuestro nombre y cuyo hijo sois, porque deseo mucho saber quién es el caballero que me venció.

—Mi señora —dijo don Cristalián—, hacéis ventaja a todos los del mundo, así en bondad de armas como en todo lo demás. Quién yo soy vos lo sabréis. La prueba de la aventura yo la otorgo, y seré más alegre que vós, mi señora, la acabéis, que cuantos hoy son nacidos. Sabed que yo he nombre don Cristalián de España, soy hijo del emperador Lindedel de Trapisonda. Y si más de mí queréis saber, podéis ser cierta que soy más a vuestro mandado que cuantos nacieron.

Cuando la infanta Minerva oyó decir que aquel caballero era don Cristalián fue muy espantada, y dijo:

—Ay señor, y perdonadme si no os he hecho aquel acatamiento que a vuestra real persona convenía! Agora me tengo por bienandante en ser vencida por vuestra mano, porque sé que sois el mejor caballero del mundo; y quiero que sepáis que mi pensamiento era, si los dioses esta aventura me dejases acabar, de irme por el mundo en la vuestra busca; pero ya me quitaron deste trabajo, y de dos cosas que había de hacer, la una es acabada. A los dioses ruego yo que pues que en la una falté, que en la otra me den la gloria que yo deseo, pues lo²¹⁶ que los soberanos dioses me dijeron fue que, pues doncella había hecho aquel encantamiento, que por doncella había de ser deshecho; y si esto así ha de ser, otra sino yo no hay en el mundo a quien esta aventura esté otorgada si a mí no.

—Así sea —dijo don Cristalián— que en todo se cumplan vuestros deseos. Pues ¿cuándo —dijo don Cristalián— ha de ser la prueba desta aventura?

—En siendo guarida de mis llagas —dijo la infanta.

²¹⁶ 1587: ‘en lo’ (63v).

Estando el príncipe de la manera que oído habéis hablando con la infanta, entró Libanor y dijo:

—Señor, agora pasó por aquí un caballero que a la mayor priesa del mundo se va a probar en la aventura del lago.

Como don Cristalián esto oyó, dijo a la infanta que si se podía levantar para ir a ver el caballero; ella le dijo que sí, y que aunque peor estuviera, se levantara por ver cómo en la prueba le iba, y luego demandó de vestir, y don Cristalián se salió afuera y preguntó a Libanor si había conocido aquel caballero.

—No —dijo él—, que llevaba armas con unas bandas cárdenas²¹⁷ y pasó al más correr de su caballo.

Ya la infanta Minerva salía de su cámara; don Cristalián le preguntó qué tal se sentía.

—Siéntome algo flaca —dijo la infanta—, mas bien podré ir a caballo.

—Pues que así es —dijo don Cristalián—, vamos luego, que me dice Libanor que el caballero iba a muy gran priesa.

En diciendo esto fueron a caballo armados de todas sus armas, por no ser de nadie conocidos, y así, se salieron del lugar adonde estaban y tomaron su camino para la ciudad de Larenta (que hecha un lago estaba); y al tiempo que llegaron vieron al caballero que las bandas cárdenas traía, que mirando estaba el hondo lago. Don Cristalián y la infanta Minerva se lo pararon a mirar y fueron muy espantados de lo ver. Miraron en medio del lago y vieron el espada, que el aire sostenía, y no estaba más alta del agua que estado y medio; en torno de la espada estaban bien cincuenta caballeros colgados de los cabellos en el aire, que al parecer de quien los miraba estaban con muy gran pena y quejábanse muy dolorosamente. Junto al lago estaba un padrón, encima del cual había una grande imagen de cobre, y tenía en sus manos un letrero que decía así:

*Aquel bienaventurado caballero que la hermosa espada en su poder hubiere,
sea cierto que dará cima a la grande aventura de Larenta, y la su alta caballería
pasará a todos cuantos hoy en el mundo son.*

El caballero de las bandas cárdenas se llegó a leer el letrero, y así como él acabó, él se encomendó a Dios y se llegó a la orilla del lago. Así como él allí fue, se vinieron a él dos doncellas ricamente guarnidas y asaz hermosas, y entrambas lloraban muy agramente rogando al caballero que se dejase de probar en aquella aventura, que asaz había por el mundo otras aventuras en que honra pudiese ganar. El caballero les dijo:

—Amigas, no os aprovecha nada lo que me rogáis, que yo no tengo de dejar por vos ni por todas cuantas hoy son en el mundo de me probar en esta aventura. Y si Dios fuese servido que yo desta vez viese a mi señora la princesa Penamundi, y viéndola yo, la sacase deste encantamiento, me ternía por el más bienandante de cuantos hoy son en el mundo nacidos. Y apartad os de mí y no me estorbéis la buena ventura que tanto tiempo ha que para mí esta guardada.

Como don Cristalián esto le oyó decir, estrañamente fue airado, y quisiera haber batalla con él por le quitar la entrada del lago si no fuera por la infanta

²¹⁷ Moradas.

Minerva, que se lo estorbó diciéndole que en ninguna manera le quitase su prueba; que cada uno podía decir lo que bien le estuviese en semejantes casos, y que palabras no quitaban la ventura a quien los dioses la quisiesen dar. Como don Cristalián así oyó hablar a la infanta, por no la hacer enojo le dejó de acometer.

Luego el caballero se fue a entrar en el lago, y así como al agua llegó, luego vieron todos cómo una gran puente se descubrió que llegaba desde la orilla del lago hasta donde la espada de la aventura estaba. El caballero se fue por la puente hasta que junto a ella llegó; él tomó su espada y echola en el lago (que esto le convenía de hacer para poder tomar la otra), y así como la suya dejó alzose en los estribos del caballo y comenzó a tirar de la espada del lago cuanto más pudo, y así como della trabó, súbitamente fue colgado por los cabellos junto a los otros caballeros que allí estaban, y luego comenzó a dar muy grandes voces: tanto era el dolor que sentía, y asimismo se le apareció su nombre encima de la cabeza. Don Cristalián que no atendía otra cosa sino ver quién era el caballero, vieron las letras, que decían: «Don Clarancel, príncipe de Nápoles».

Mucho fue la infanta Minerva espantada de ver lo que al príncipe había acaecido, y dijo a don Cristalián que por ninguna manera ella no se dejaría de probar en aquella aventura aunque supiese pasar por la muerte. Las dos doncellas que al príncipe estorbaban la entrada comenzaron a hacer muy esquivo llanto, por cuanto habían venido en la su compañía desde el reino de Nápoles y maldecían a la infanta Danalia que tal encantamiento había hecho que tan buen caballero tenía puesto en aventura de muerte. La infanta Minerva las conhortaba diciéndoles que no se fatigasen, que presto vernía tal caballero a se probar en aquella aventura que ella sabía que él era tal que sacaría aquellos caballeros de la pena en que estaban.

—Así lo quiera Dios —dijeron las doncellas—. Y pues esas buenas nuevas nos dais, aquí atenderemos hasta ver cómo a ese caballero que decís le aviene.

El príncipe don Cristalián dijo a la infanta que se tornasen al lugar, que ya no había más que ver.

—Así sea —dijo la infanta— como lo vos mandáis.

Y diciendo esto volvieron sus caballos y tornáronse al aposento de la infanta; y allí se detuvieron más de ocho días, y en este tiempo la infanta estaba ya tan recia que no parecía que mal ninguno por ella había pasado. Acabando un día de comer, dijo a don Cristalián:

—Mi señor, yo querría que mañana fuese el día de la mi prueba, y a los dioses ruego yo que me avenga a mí mejor que aquel caballero.

—Sí averná —dijo don Cristalián—, que mucha ventaja hay de la vuestra alta caballería a la del príncipe don Clarancel, según yo lo he oído decir.

Así, pasaron aquel día hablando en lo que más les agradaba. Venida que fue la mañana, la infanta Minerva se aparejó para se probar en aquella aventura, y así como fue armada con el ayuda de don Cristalián demandó a su escudero que le diese su caballo, y la infanta Minerva subió en él, y don Cristalián (que ya estaba armado) en el suyo, con intención que si la infanta falleciese de no acabar aquella aventura, de luego ser el primero que la probase, y así, salieron de aquel lugar donde estaban y se fueron para el espantoso lago.

Y como a él llegaron, la infanta Minerva comenzó a hacer su oración a los dioses rogándoles muy ahincadamente que en aquel hecho la favoreciesen, como

rometido se lo habían. Y acabada de hacer, se despidió de don Cristalián y se entró por el agua, y luego la puente se pareció, y así, fue la infanta su camino hasta que a la espada llegó. Como cerca della fue, echó la suya en el lago y tiró cuanto pudo de la espada, pero no le aprovecho nada su afán más que a los otros les había aprovechado, que así como de la espada tiró, súbitamente fue colgada de sus hermosos cabellos. La infanta comenzó a dar muy grandes voces llamando a don Cristalián que la socorriese.

Capítulo XXXI

De cómo don Cristalián se probó en la aventura del lago y de lo que en ella le acaeció.

COMO don Cristalián oyó dar aquella voces a la infanta Minerva hubo mucho duelo della. Y luego se encomendó a Dios, y así como al agua llegó la puente se le apareció, y él puso las espuelas a su caballo y corrió cuanto más pudo, y el su león se metió tras él, quedándolos Libanor mirando; y cuando a la infanta llegó, ella estaba sin sentido del gran dolor que tenía, y así lo eran todos cuantos caballeros allí estaban que aquella aventura habían probado. Hubo mucho duelo dellos, y llegose a mirar la espada y pareciole la mejor que él nunca vio, y más bien guarnida. Agora sabed que don Cristalián tenía en tanto la suya, que Doroteo le dio, que no la llevó consigo cuando en la puente entró, antes la dio a su escudero por no la echar en el lago. Don Cristalián que la rica espada estaba mirando, parósele delante un gran caballero que le dijo:

—Don Cristalián, no llegues a la espada; si no, muerto eres.

—Así me Dios vala —dijo don Cristalián—, que ni por vos ni por cuantos hoy son nacidos yo no la dejaré de tomar.

Y diciendo esto echó mano de la espada, y así como della trabó, muy ligeramente la descolgó. Como en sus manos la tuvo, el gran caballero tendió presto la mano por se la quitar; don Cristalián que esto vio, díjole:

—Caballero, no seáis tan sandio que tengáis pensamiento de me quitar mi espada.

—Vuestra no será ella —dijo el caballero— si Dios quisiere.

Diciendo esto echó mano por la suya y fuese a don Cristalián, y él que así lo vio, díjole:

—Por buena fe que ya desta vez la espada no será vuestra.

Diciendo esto, le dio con ella un tal golpe en la cabeza que se la hendió hasta los dientes y luego el caballero cayó muerto. Don Cristalián que así le vio, desenlazole el yelmo, y como vio que era muerto, echole de la puente en el lago. Así como el caballero en el agua cayó, en aquel mismo lugar se hizo un espacio en el agua y allí apareció una boca de cueva, que al parecer de quien la miraba no entraba por ella agua ni salía. Don Cristalián que aquella maravilla estaba mirando, vio por ella salir una mano, y sacaba un rétulo escripto con letras de sangre, las cuales decían así:

Si tú, caballero venturoso que la rica espada ganaste, esta grande y muy espantosa aventura quisieres acabar, sepas que la tu entrada ha de ser por aquí, y al cabo que tu camino hubieres andado has de hacer una dolorosa batalla, que bien la podemos llamar triste, pues que en ella han de fenercer tus días, o de quien toda la guarda desta hermosa princesa tiene.

Y acabando don Cristalián de leer lo que oído habéis miró bien por dónde había de entrar, y pareciole que estaba la entrada algo peligrosa, porque era muy oscura, aunque él y su caballo con harto afán podían por ella entrar. Don Cristalián se encomendó a Dios y muy sin temor se entró por ella, y anduvo gran pieza, siempre cuesta abajo y sin ver ningún luz, llevando en su corazón aquella hermosa princesa Penamundi, y con esperanza que de verla tenía no temía peligro que venir le pudiese. Llegó al cabo de su camino; ya tenía luz cuanta le era menester, y miró por ver adónde estaba y vio una boca, y en ella un dragón tan espantoso que era cosa estraña de lo ver. Don Cristalián se le paró a mirar, y pareciole grande y desemejado.

Estándolo mirando, vio que por aquella espantable boca salía un grande y muy temeroso lagarto. El caballo de don Cristalián fue tan espantado que casi su señor no le podía tener. Esto no hacía el león, antes se erizaba para lo acometer. El príncipe lo aseguró lo mejor que pudo, y el lagarto se vino derecho para él, y así como cerca fue, luego se tendió en el suelo. Era verde como una esmeralda, desde la cabeza hasta la cola tenía unas letras de oro, al parecer muy fino. Don Cristalián se le paró a mirar, pareciéndole la más hermosa cosa que visto había, y comenzó a mirar las letras para ver si las podría leer, y vio cómo estaban en latín (y el las leyó muy ligeramente, mejor que otro, porque, como oído habéis, no había lengua en el mundo que él no entendiese). Las letras decían así:

Valeroso príncipe, y más esforzado que cuantos hoy son nacidos, si por la boca deste espantable dragón te atrevieres a entrar, sepas que la tu ventura será grande, y tal, que habrás en tu poder aquella que tanto amas; pero ha de ser con mucho peligro de tu persona.

Acabando don Cristalián de leer las letras, luego comenzó a hablar con su caballo diciéndole:

—Amigo Flordelid, tú entraras por donde yo entrare; si no, aquí te habrás de quedar sin compañía alguna.

Y como aquello le dijo no se detuvo más, sino púsole las espuelas y entrose por la boca del dragón. Lo mismo hizo su león. Y así como dentro fue anduvo a muy gran priesa hasta que salió a un llano, y comenzó a mirar y vio que de hacia una parte se venía para él una muy espantable bestia.

Aquí dice el autor que por que todos los que esta historia leyeren sepan las grandes y hazañosas cosas que este valeroso príncipe dio cima, quiere que sepan la espantable hechura y figura desta bestia llamada Babilónica. Sabed que en Babilonia un día, víspera de San Juan, a vista de infinitas gentes que a una gran floresta se salieron a holgar, estando todos en su solaz oyeron dar muy grandes y crecidos bramidos, y tales, que toda la más de aquella gente cayeron en el suelo

amortecidas y así estuvieron una gran pieza, y cuando en sí tornaron oyeron otros mayores bramidos, y tales, que todas aquellas compañías cuidaron ser muertas. Estando todos con tan gran espanto, como oído habéis, vieron que no muy lejos dellos se abrió la tierra, y oyeron un tan temeroso bramido que muchas gentes de las que allí estaban fueron muertas de espanto. Los que vivos quedaron vieron que de aquella parte que la tierra se abrió salió esta tan espantable visión llamada Babilónica, porque nació en tierra de Babilonia. Había de altura cerca tres estados, y de largo tenía cinco, poco más o menos; tenía la color negra, y dos cabezas grandes con muy temerosas faciones. La una cabeza tenía adelante, como los otros animales la suelen tener, la otra tenía atrás; había los ojos como espejos grandes, eran muy bermejos y saltados hacia fuera; tenía las orejas tan altas como dos codos hacia arriba. Había en entrumbos rostros las bocas hacia fuera, tan largas como media braza; tenía tantos dientes, que no se podían contar, eran tan largos como un gran palmo; su hechura era como de navajas muy agudas; los pies y piernas a manera de elefante, tan gruesas y iguales como un grueso pilar. Era tan ligera en su correr como una águila en volar. Desta manera que oído habéis era la fiereza deste animal.

El cual, tornando a nuestro propósito, se venía hacia don Cristalián, que espantado estaba de ver cosa tan fiera, y su caballo asimismo, que no hacía sino revolverse a una parte y a otra. Don Cristalián que contra sí le vio venir, con su grande y esforzado corazón la estaba aguardando encomendándose a Dios; el león la quiso acometer, y el príncipe le amenazó, y así, se salió afuera, que bien vio él que aquella bestia era hechura del Demonio. Venía rugiendo los dientes dando los unos con los otros, que no parecía sino que a gran presa venía dando filo a aquellas navajas que por dientes tenía. Así como a don Cristalián llegó, dando un gran salto abrió su boca contra la cabeza del caballo. Don Cristalián que por entonces no le quería perder, diole un gran golpe en aquel espantable rostro, que la mitad²¹⁸ dól le echó en el suelo.

Cuando Babilónica se vio tan mal herida comenzó a dar grandes saltos, que cada vez pensaba tomar al príncipe y a su caballo debajo; que como el golpe que don Cristalián le dio le cortó la mitad de los agudos dientes que tenía, no le quedaba con qué herir a su voluntad, y por esto daba tan grandes saltos pensando tomarle debajo para despedazalle a él y a su caballo con sus recios y fuertes brazos. Flordelid, el caballo de don Cristalián, era a maravilla ligero, y así como Babilónica daba un salto, daba él dos por se apartar que debajo no los tomase. Andando de la manera que oído habéis, don Cristalián le dio con su buena espada otro golpe en la pierna derecha de que se sintió muy mal, y arremetió contra él y encontre con los pechos de tal manera que dio con él y con su caballo en el suelo. En este tiempo os digo que don Cristalián se vio en peligro de muerte, pero como era muy ligero y muy vivo de corazón salió muy presto de su caballo, y quísole Dios tan bien que fue antes que Babilónica viniese sobre él, y asimismo Flordelid se libró de entre sus manos.

²¹⁸ 1587; miiad' (65v).

Como don Cristalián se vio libre, pensó en su corazón de qué manera se podría aprovechar de aquella bestia, y queriéndola desjarretar,²¹⁹ vio que no lo podía hacer sin mucho peligro, por las dos cabezas que tenía; pero acordándosele que si él aquella bestia matase, ligeramente podría ver a su señora Penamundi, con este pensamiento le creció tanto el corazón, que le parecía que aquel animal era poca cosa para darle él la muerte. Y con este pensamiento que oído habéis arremetió para Babilónica y diole en la otra pierna tal golpe que casi se la cortó. Desta llaga fue Babilónica tan maltrecha que no se pudo tener en los pies, y dando un muy espantable bramido dio consigo en el suelo. Del gran golpe que aquel animal dio reventó por medio del cuerpo y luego se estendió con la rabia de la muerte, y por la parte que reventó salió un caballero armado de todas armas. Don Cristalián que esta maravilla vio, fue muy espantado y hizo la señal de la cruz, y dijo al caballero (que contra él se venía con la espada en la mano, esgrimiéndola que parecía que la quería quebrar):

—Caballero, antes que con vos me combatiese querría saber quién sois, si os pluguiése decírmelo.

—Eso no diré yo —dijo el caballero con voz ronca y muy espantosa— hasta que el alma te saque del cuerpo.

Y diciendo esto se fueron a herir de muchos y muy duros golpes. Del caballero os digo que sabía muy bien herir de espada; mas don Cristalián, que no era nada perezoso, le daba muy presto el pago de los golpes que recibía, y aquejábale tanto que ya el caballero no sabía de sí. Como el príncipe le viese en tales términos diose mucha priesa por llegar al cabo su batalla; al caballero asimismo le vinieron, al parecer de don Cristalián, nuevas fuerzas; desto se maravilló el príncipe, y con mucha ira alzó su buena espada y diole encima del yelmo tal golpe que le quebró las enlazaduras y fue rodando por el campo.

Sabed que así como el yelmo se le quitó, don Cristalián no vio en él cabeza ninguna, sino una gran llama de fuego con tanto humo que todo aquel llano se escureció. Y estando don Cristalián mirando lo que oído habéis vio cómo todas las armas se le cayeron, y no vio otra cosa sino un gran fuego, y se fue corriendo para donde la bestia Babilónica estaba, y como a ella llegó, luego fue encendida en vivas llamas y en un momento fue hecha ceniza. De aquella aventura don Cristalián no vio otra cosa, por lo cual se cree que averiguadamente aquel animal era hechura del Diablo, y la infanta Danalia, que aquellos grandes encantamientos hizo por sus artes y conjuros, hizo allí venir aquel animal por cuanto ella tenía por muy cierto que no habría hombre en el mundo que su figura viese que de espanto luego no fuese muerto, y la su dañada intención fue hacer de manera que nunca jamás aquella hermosa princesa de allí saliese.

A nuestro propósito tornando, como don Cristalián viese lo que oído habéis, miró a una y a otra parte y vio su caballo, que muy espantado estaba, algo lejos de allí, y junto con él el león; don Cristalián se fue para ellos, y tomándole por la rienda subió en él y diose de andar por aquel llano adelante, y no anduvo mucho cuando vio una rica morada; él la estuvo mirando, y pareciole la más hermosa cosa que él

²¹⁹ Cortarle las piernas.

visto había, y llegándose a la puerta comenzó a llamar y no le respondió persona alguna.

Estando así aguardando vio cómo las puertas de aquella morada se abrían, y así como dentro entró vio cinco arcos maravillosamente ricos y bien obrados, y cada uno era diferente del otro. Don Cristalián se los paró a mirar y vio que el primero era todo verde, y encima dél estaba una hermosa doncella, vestida de cetí verde, en cabello:²²⁰ habíalos tan hermosos, que don Cristalián holgó mucho de los ver; encima dellos tenía una guirnalda verde. Ella estaba asentada a la sombra de un árbol muy verde que en medio de aquel arco nacía, lleno de muchas manzanas, pero todas eran verdes. Como la doncella vio a don Cristalián, luego se levantó, y haciéndole grande acatamiento le saludó muy cortésmente; don Cristalián asimismo a ella. La doncella le dijo:

—Valeroso príncipe, porque sé que sois el mejor caballero que hoy es nacido os quiero dar una destas manzanas que en este árbol están, que cada una ha nombre la manzana del Esperanza.

Luego cortó una dellas, y bajándose de su arco la dio a don Cristalián diciéndole:

—Ésta os doy yo para que todo el tiempo que vós la trujéredes tened esperanza de a ver en vuestro poder todo aquello que deseáis. Y pasad adelante, que otros dones recibiréis antes que de aquí salgáis.

Don Cristalián le dio muchas gracias, y le dijo:

—Señora doncella, mucho sería ledo si me dijésedes quién sois, para que toda mi vida gastase en serviros la gran merced que hoy me habéis hecho.

—Mi señor, porque soy cierta que vós y no otro de cuantos en el mundo son merece todo servicio, yo os diré de grado lo que preguntáis. Sabed, mi señor, que yo soy la doncella de la Esperanza, y por su mandado soy aquí venida.

Y diciendo esto le tornó a hacer su acatamiento y se subió en el arco. Don Cristalián se pasó adelante, y cuanto un tiro de ballesta vio otro arco diferente del otro, que era todo pardo, y encima dél estaba otra doncella; su vestidura era parda, de una seda fina, asentada a la sombra de un árbol pardo que en medio del arco estaba. Era asaz hermosa; tenía el rostro triste, la mano derecha puesta en la mejilla, a manera de persona que estaba mucho cuidando. Don Cristalián se la paró a mirar y vio que de rato en rato la doncella daba un suspiro, y como a don Cristalián vio, luego se levantó y le dijo, haciéndole su acatamiento:

—Señor caballero, yo no quisiera daros el don que tanto tiempo ha que os tengo guardado, pero es me forzado hacer el mandado de un señor que me crio.

Y diciendo esto cortó una manzana parda del árbol, y bajando del arco la dio a don Cristalián diciéndole:

—Tomá, señor caballero, esta manzana, que antes que alcancéis lo que la doncella de la Esperanza os dijo pasaréis muchas cuitas, mezcladas con grandes y muy espantosos trabajos.

Don Cristalián la tomó y rogó muy ahincadamente a aquella doncella que le dijese quién era; ella le dijo:

—Mi señor, yo soy doncella del Trabajo, y por su mandado soy aquí venida.

²²⁰ Suelto, no recogido,

Y diciendo esto se tornó a subir por el arco, haciendo su acatamiento a don Cristalián. Como él la vio subida diose de andar a muy gran priesa, porque ya era algo tarde, y no anduvo mucho cuando vio otro arco azul; parecía tan bien a quien lo miraba, que no había otra cosa más hermosa que ver. Encima dél estaba una doncella toda vestida de azul, asentada asimismo a la sombra de un árbol azul que en medio del arco estaba. Don Cristalián se lo paró a mirar, que estrañamente le parecía bien. A esta hora la doncella se levantó, y cortando una manzana azul del árbol y abajando dél, haciendo aquel acatamiento que a real persona convenía le dio la manzana diciéndole:

—Mi señor, tomad esta manzana, que tristes y muy amargos días viviréis todo el tiempo que desta color el vuestro corazón anduviere vestido, Y esto os digo porque sé que en el servicio de la hermosa princesa Penamundi habéis de tener muchos y grandes competidores.

Y diciendo esto y haciendo aquella mesura que debía hacer se subió por el arco. Don Cristalián fue muy triste con las nuevas de la doncella, y rogole que le dijese quién era; ella le respondió:

—Mi señor, yo soy doncella de los Celos.

Don Cristalián se despidió della muy triste, y pasó adelante y vio otro arco todo amarillo maravillosamente obrado, y encima dél una hermosa doncella toda vestida de amarillo sentada a la sombra de un árbol amarillo que en medio del arco estaba, arrimada la cabeza en el árbol y torciéndose las manos, como persona que mucha cuita tenía. Don Cristalián se la paró a mirar, y ella como le vio, luego se levantó, y cortando una manzana amarilla se bajó por el arco y se fue a don Cristalián diciéndole:

—Poderoso más que cuantos nacieron para acabar cuantas aventuras hoy son en el mundo, toma esta manzana, que te hago cierto que todo aquel tiempo que te durare la manzana azul que esotra doncella te dio ternas enteras noticia de mí.

Don Cristalián le rogó mucho que le dijese quién era; ella le respondió:

—Mi señor, yo soy la misma Desesperación, que siempre huelgo de me aposentar en los corazones de aquellos que verdaderamente aman.

Y diciendo esto y haciendo su acatamiento se tornó a subir por su arco.

Don Cristalián se partió de allí muy triste por las nuevas que las doncellas le habían dado, y yendo su camino acompañado de muchos pensamientos, llegó al quinto arco y viole todo colorado, maravillosamente deleitoso de mirar; encima dél había una doncella vestida de cetí carmesí, tenía sus hermosos cabellos cogidos en una red de oro sembrada de muchos y muy ricos rubís. Ella estaba asentada a la sombra de un árbol que en medio del arco había, él era todo colorado. Aquella hermosa doncella tenía en sus manos una arpa, y tañía y cantaba tan dulcemente, que el príncipe estaba muy espantado de la oír; tenía semblante en su rostro y meneos de mucha alegría. Don Cristalián la estuvo oyendo una pieza, pareciéndole que no había en el mundo otra cosa igual a la melodía de su dulce canto. Ella dejó de cantar y tañer, y con mucha alegría se levantó, y cortando una manzana colorada del árbol se bajó por el arco y hincando los hinojos ante don Cristalián le dijo:

—Señor caballero, yo soy el Alegría de todo el mundo. Tomad esta manzana, que yo os hago cierto que a la fin de vuestra jornada todos vuestros trabajos se

tornarán en mucha alegría. Y desto no dudéis, porque ello será así como yo os lo digo.

Y diciendo esto hizo su mesura y tornose a subir por el arco arriba. Don Cristalián fue muy ledo con las buenas nuevas que aquella doncella le dio, y así, se partió de allí con demasiada alegría.

Capítulo XXXII

De cómo don Cristalián entró en el palacio del emperador y de lo que allí le acaeció.

FUE su camino y anduvo cuanto dos tiros de piedra, y al cabo desta jornada vio unos ricos palacios; él los estuvo mirando, y como a las puertas llegó luego fueron abiertas. Don Cristalián se apeó de su caballo Flordelid y dejólo allí junto a la puerta, y asimismo al león (que siempre consigo llevaba), y con mucha alegría pensando en que ya se le acercaba el tiempo que a su señora había de ver, se entró por el palacio y viole estrañamente labrado. Él se subió por una escalera a unos corredores que en aquel palacio había, y anduvo por ellos hasta que halló una puerta que a una sala entraba.²²¹ Don Cristalián se entró por ella, y a una parte vio una red de plata muy menuda que en una gran finiestra estaba; el príncipe se paró a ella y vio que era una muy hermosa cuadra, y en la una parte estaba un precioso dosel debajo del cual había dos ricas sillas, y en ellas sentados el emperador y emperatriz de Persia haciendo el más doloroso llanto que nunca se vio. Tenían ante sí un paño de oro, y en él estaba una doncella tendida, que al parecer de quien la miraba estaba muerta; había muy ricas vestiduras, y su rostro cubierto con un velo.

En el llanto que el emperador y emperatriz hacían bien entendió don Cristalián que aquella doncella que muerta parecía estar era la princesa Penamundi, y como esto vio, aína muriera con pesar, y del gran dolor que sintió no se pudo tener. Arrimose a una pared de la sala y allí estuvo una pieza casi sin sentido, y después que en sí tornó, derramando infinitas lágrimas se determinó de la entrar a ver aunque muerta estuviese, para junto con ella fener sus días, y decía en su corazón: «¡Ay infanta Danalia, y cuánto daño vino al mundo del tu gran saber! ¡Malditos sean los maestros que te lo mostraron, y tú que tan bien lo aprendiste, pues que la rica espada pusiste en el lago para que yo con ella diese fin a mis tristes días!».

Y diciendo esto se fue para la puerta de la cuadra (que abierta halló) y llegó adonde la princesa estaba; como el emperador y emperatriz le vieron fueron muy espantados; el emperador le dijo:

—Caballero, ¿qué ventura os trujo por aquí, que gran tiempo ha que nunca caballero ni dueña ni doncella por aquí entró? ¿Por ventura sois vos de la mi corte?

²²¹ 1587: ‘entrauan’ (67r).

Don Cristalián estaba tan turbado de lo que visto había, que casi no le podía responder, pero como mejor pudo le dijo:

—Mi señor, la mi venida aquí fue por os servir en todo lo que mis fuerzas bastaren, que con este deseo salí de mi tierra.

—Muchas gracias a vos —dijo el emperador—. Pues que así es y acá habéis tenido poder de entrar, haced de manera que nos quitéis este dolor que delante tenemos tanto tiempo ha.

Y diciendo esto, el emperador derramaba infinitas lágrimas y la emperatriz se hería en su rostro diciendo palabras de mucho dolor para quien las oía. Don Cristalián sintía tal dolor en su corazón, que luego se quisiera dar la muerte; pero esforzose mucho por ver la princesa antes que los sus días feneciesen. Fuese para donde muerta estaba y alzole el velo que ante su rostro tenía, y como la su estremada hermosura viese, pareciole no ser nada lo que oído había, y llorando le dijo:

—Mi señora, pues Dios tal ventura no me quiso dar que yo en vuestra vida os pudiese ver, en la dolorosa muerte yo os terné presto compañía.

Y tomándole una de sus hermosas manos (que tendidas tenía) para se la besar, así como con su mano a la de la princesa llegó, súbitamente a vista de todos fue desaparecida. Como el emperador y emperatriz esto vieron, fueron muy espantados; de don Cristalián os digo que de ver esta maravilla fue demasiadamente ledo, porque luego entendió que aquello era todo arte de encantamiento, y dijo al emperador:

—Mi señor, tomad mucha alegría, que todo este hecho verná a buen fin.

Y diciendo esto se salió de la cámara y se fue por el palacio, y yendo mirando a una y a otra parte oyó unas delicadas voces, como de doncella que se quejaba de su ventura. Don Cristalián que aquello oyó, atendió un poco por atinar adónde se quejaban, y guio por una parte del palacio y halló una finiestra; él se paró a ella y vio que estaba en una capilla un sepulcro, y encima dél un caballero muerto, y cerca estaba una doncella de tan estraña hermosura que el príncipe fue casi muerto de la su vista. Aquella doncella tenía vestida una ropa de cetí negro con una letra en torno della que decía.

*Mi grandeza y hermosura
me vistieron de tristura.*

Estando don Cristalián sin ningún sentido mirando la su gran hermosura, se comenzó a quejar de su ventura diciendo:

—¡Ay muerte, y cómo tardas que no vienes por esta triste doncella que tantas muertes cada día pasa teniendo delante de mí muerto este que tanto desamo por su loco atrevimiento!

En estas palabras entendió don Cristalián que aquella era la hermosa princesa Penamundi, y aquel que delante tenía era el príncipe de Atalenda, que por sus amores murió. Acabándose la princesa de quejar se le paró delante un caballero armado de todas armas con su espada en la mano, y esgrimiéndola, dijo contra ella que no se quejase otra vez; si no, que le costaría la vida. La princesa que esto vio,

fue tan grande el temor que tuvo, que se cayó²²² amortecida. Como don Cristalián esto vio fue tan airado que, no mirando lo que hacía, saltó por la finiestra y con su espada en la mano se fue para él y díjole:

—Caballero, la muerte te llama por la gran desmesura que contra mi señora has cometido.

Y diciendo esto le dio tal golpe encima de la cabeza, sin que dól se pudiese amparar, que le hendió hasta la cinta, que no le prestó armadura que tuviese, y luego cayó muerto. Así como el caballero murió todos los encantamientos de la ciudad de Larenta fueron deshechos y fue tornada como de antes estaba; el emperador y emperatriz salieron al gran palacio como espantados. Sabed que así como don Cristalián mató al caballero, luego el otro caballero que muerto estaba encima del sepulcro desapareció, y don Cristalián se fue para la princesa (que más muerta que viva estaba de lo que visto había), y humillándose ante ella le hizo grande acatamiento, aunque no le besó las manos por no se quitar el yelmo. Como la princesa le vio ante sí, le dijo:

—Caballero, pues que tanto poder habéis tenido de quitarme delante aquel caballero muerto, bien creo yo que lo ternéis para me llevar ante el emperador mi señor y la emperatriz, que tanto tiempo ha que dellos estoy apartada.

Don Cristalián por entonces no le respondió (que estaba sin acuerdo alguno mirando la su gran hermosura), pero como en sí tornó, díjole:

—Mi señora, la vuestra merced es aquí la que tiene poder de darme la vida o mandar a la cruel muerte que venga por mí; y si la vuestra medida no me vale, muerto soy.

La princesa fue muy airada contra él, y díjole:

—Caballero, por mejor tuviera estarme toda mi vida de la manera que me hallaste, que haber oído palabras de tanto atrevimiento.

Como don Cristalián esto vio, calló (que no le quiso más decir por no la enojar). La princesa le miró la devisa que en las armas traía, y fue muy espantada; y sufriose por entonces, que cosa alguna no le dijo. A esta hora entró el emperador y emperatriz, que por el palacio andaban en busca de la princesa, y como ellos la vieron, las lágrimas les vinieron a los ojos: tanto fue el alegría que a su corazón llegó. La princesa se humilló ante el emperador y emperatriz y besoles las manos, ellos la abrazaron y besaron en el rostro. Luego se les humilló don Cristalián; el emperador le dijo:

—Caballero, quien tan buena obra como vos hoy nos ha hecho, razón es que nos humillemos a vos.

Y diciendo esto le tomó por las manos y le hizo levantar, y así, se salieron al gran palacio, adonde hallaron sus altos hombres, que como la ciudad se desencantó todos corrieron a palacio; eran tantas las alegrías que andaban haciendo, que todos parecía que estaban fuera de sí. El emperador se asentó, y la emperatriz y princesa asimismo; el emperador mandó a sus caballeros que quitasen las armas al caballero, pues que tanto bien por él les había venido, y luego fue hecho el mandado del emperador, y como el yelmo le quitaron y le vieron tan

²²² 1587: ‘cayor’ (67v).

niño y tan hermoso todos fueron espantados; el emperador le mandó dar un rico manto y hízole asentar cabe sí, y díjole:

—Caballero, conviene que nos digáis quién sois, que yo, hasta que las armas os quitaron, siempre tuve pensamiento que érades el emperador Lindedel de Trapisona, para quien Dios tiene guardadas todas las buenas venturas; pero no creo yo que él es de tan pocos días, según he oído decir. Agora nos decid quién sois, para que tengamos entera alegría.

—Quienquier que yo sea —dijo don Cristalián—, soy a vuestro mandado más que cuantos nacieron.

—Yo os lo agradezco —dijo el emperador—, pero más querriámos saber.

—Yo he nombre —dijo don Cristalián— el Caballero del León, por razón de un león que comigo traigo. Lo demás no hay que saber, sino que yo soy un caballero andante que ando por el mundo buscando las aventuras.

Como el emperador vio que se quería encubrir no le dijo más. De la princesa os digo que le pesó mucho porque el caballero no había dicho su nombre, que muy pagada estaba dél viendo la su apostura. Estando en esto entró por la puerta de la sala Libanor y el león; fue tan grande el espanto que los que en el palacio estaban hubieron del león, que todos echaron a huir, hasta que don Cristalián les dijo que no hacía mal ninguno; luego se tornaron a asegurar. Libanor le llegó a su señor, y humillándose ante él le besó las manos y le dijo cómo la infanta Minerva quería entrar a besar las manos al emperador, que le rogaba que no dijese quién era, porque ella tenía voluntad de se encubrir.

—Así será como ella lo manda —dijo don Cristalián.

Libanor se volvió a la infanta Minerva y le dijo lo que su señor le mandó; ella se fue luego para el palacio del emperador, y así como en la sala entró estuvo mirando a una y a otra parte, y como la estremada hermosura de la princesa viese, fuese para ella, y humillándose, le dijo:

—Mi señora, a vos, como a la más alta doncella del mundo y más hermosa que cuantas nacieron, se debe hacer todos servicio y acatamiento, pues merecéis más por la estraña hermosura que el vuestro Dios en vos puso, que el emperador y emperatriz por el grande estado que tienen.

Y con esto se levantó y se fue a humillar ante el emperador; él la mandó levantar diciéndole:

—Caballero, decidnos quién sois y quitaos las armas.

—Mi señor —dijo Minerva—, haré yo vuestro mandado, aunque yo sea de los que en dar se a conocer mayor afrenta reciben, que es bien que aquí se sepa cómo soy uno de los que en el lago parecían colgados.

El emperador preguntó al Caballero del León qué lago era aquél; él se lo contó todo como habéis oido, y allí les mostró el espada que la infanta Danalia había puesto en medio del lago para el caballero que aquella aventura había de acabar: todos la miraron, y vieron que era la mejor que en el mundo podía ser. El emperador preguntó que qué se habían hecho los caballeros que colgados estaban.

—En la ciudad están todos —dijo Minerva.

—Mucho los deseó ver —dijo el emperador—. Y grande fue el saber de la infanta Danalia, pero mayor fue la enemistad que con nosotros tomó, pues que nos puso la figura de la princesa muerta ante nuestros ojos.

La princesa dijo:

— Yo no estaba con menos trabajo, que siempre tuve ante mí muerto al príncipe de Atalenda, que aquí murió, hasta que ese buen caballero mató a un caballero que malamente me amenazaba porque me quejaba de mi triste suerte.

Mucho fue el emperador espantado de oír tal aventura, y dijo contra el Caballero del León:

— Yo no sé con qué os pagar lo que por nos librar de tal pena habéis hecho: daros he yo de los mis tesoros tanto haber que para siempre seáis rico, y demás desto, os daré muchas villas y castillos en que viváis con mucho vicio.²²³

— Muchas mercedes —dijo el Caballero del León—, que bien pagado estoy en haber hecho servicio a tan alto príncipe como lo sois vos.

En este tiempo ya la noche sobrevenía; el emperador mandó que aquel caballero se desarmase; la infanta hizo su mandado: todos pararon mientes en la su buena apostura, y viéreronle sus hermosos cabellos cogidos en una red de oro. Mucho se maravillaron de lo ver de tal manera. Luego le trujeron un rico manto, y como fue cubierta, el emperador mandó que les diesen de cenar; luego fue hecho. Mientras la cena duró, el Caballero del León estaba tan fuera de sí mirando aquella que sola en el mundo había nacido; y bien se podía decir, porque grandes tiempos antes que naciese ni después de nacida no hubo en el mundo dueña ni doncella que a la hermosura desta excelente princesa igualase. Y esto escribió el sabio Doroteo.

Acabada que fue la cena, el emperador rogó muy ahincadamente al Caballero del León que pues él no se quería dar por entonces a conocer, que le dijese quién era aquel caballero. Don Cristalián dijo que si para ello le daba licencia, que de grado lo diría; el caballero le respondió que para aquello y para todo lo demás él se la tenía. El Caballero del León se le humilló, y volviéndose al emperador le dijo:

— Sabed, mi señor, que este caballero que aquí veis es la infanta Minerva, hija del rey Rabdineldo de Alaponte. No hay caballero, por bueno que sea, que a la su alta caballería iguale.

Cuando todos los que en el palacio estaban esto oyeron fueron muy espantados; el emperador le dijo:

— Señora infanta Minerva, perdonadme si aquí no se os ha hecho aquella honra que a vuestro real estado convenía.

La infanta se le humilló y le dijo que asaz había recibido grandes mercedes después que allí había venido. La princesa Penamundi estaba muy espantada de verla andar en hábito de caballero, y dijole:

— Señora Minerva, no sé cuándo pueda pagaros el gran peligro que por me librар os pusistes.

— Mi señora —dijo Minerva—, quien sin conoceros se puso en tal aventura, habiendo visto vuestra persona imperial, por grande que fuese el hecho entendería darle cima con sólo el favor de vuestra vista.

La princesa le respondió:

— Bien tengo yo creído que no comenzaríaades vos cosa que con mucha honra no acabásedes, según vuestra alta caballería.

²²³ Placer, comodidad.

El emperador les dijo:

— Bien será que por agora no entendamos en otra cosa sino en nos ir a reposar.

Y diciendo esto se levantó y mandó al duque Nardos que llevase al Caballero del León consigo. El duque lo tomó y llevó a un rico aposento que dentro del palacio estaba aparejado, y allí lo dejó en una muy rica cámara, adonde estaba un muy rico lecho, en compañía de Libanor su escudero (que el Caballero del León no quiso otra). El emperador y emperatriz se fueron a su cámara; la princesa Penamundi llevó consigo a la infanta Minerva, y así, se fueron a su aposento y en él hallaron a la infanta Sandalina (que en servicio de la princesa estaba); muy graciosamente las recibió. La princesa holgaba mucho de hablar con la infanta Minerva, y así, se detuvieron una pieza antes que se acostasen, ca sabed que desde la hora que la princesa Penamundi vio al Caballero del León le comenzó a amar, y decía en su corazón: «Si este caballero fuese de tan alto linaje como lo es en su alta caballería, verdaderamente otro no sería señor de mi corazón: yo le daría la gloria que el mejor caballero del mundo merece, como lo es él». Y con estos y otros pensamientos dijo a la infanta:

— Señora Minerva, ¿no me diríades quién es el Caballero del León?

— No lo conozco yo, mi señora, más que vos lo conocéis, pero sé tanto de la su alta caballería, que no creo yo que en el mundo haya otro que igualar se le pueda. De dónde él es yo no lo sé, más de que soy cierta que es el más mesurado caballero de cuantos nacieron.

La princesa no le quiso más preguntar, por que la infanta no tomase alguna sospecha. Luego vino la infanta Sandalina y desnudó a la princesa, y como fue en su lecho dijo a Minerva que se acostase. Sabed que a la princesa le parecía tan bien la infanta, que junto a su lecho le hizo hacer otro.

Como el Caballero del León quedó en su cámara mandó a Libanor que se saliese fuera, y como solo quedó, comenzó a contemplar en la muy hermosa princesa Penamundi diciendo:

— ¡Ay de ti don Cristalián, y cómo te conviene pasar grandes cuitas antes que tengas atrevimiento de decir tu pensamiento! ¡Ay de ti, que tan poca cosa te hizo Dios para merecer llamarte su caballero! ¡Ay, que me veo herido de una llaga inmortal que remedio alguno no tiene hasta que los más tristes días fenezcan!

Estando el Caballero del León en esta contemplación que oído habéis la mayor parte de la noche, y con el trabajo que el día pasado había tomado, él se durmió de un muy pesado sueño, y pareciole que ante él venía un caballero desarmado y que venía abierto por el lado siniestro y con las sus manos él mismo se abría el costado, como que su corazón mostraba al Caballero del León. Él lo traía abierto por medio y dél se derramaba mucha sangre, y decía:

— Caballero, levántate y veras cómo tomo la emienda de quien ha hecho en mí la crueldad que has visto.

A esta hora le pareció que se levantaba y paraba mientes en lo que el caballero le decía, y vio cómo tomaba una hermosa doncella por los cabellos y le cortaba la cabeza, y el caballero que la mató se fue presto al caballero y a muy gran prisa le abría el lado del corazón, y sacándoselo le decía:

— Aquí quiero que los tus días fenezcan, por que no pases por la pena que yo continuamente traigo contigo.

Luego que el caballero esto decía, le pareció a don Cristalián que venía una hermosa doncella trayendo en sus manos una bujeta²²⁴ de ungüentos, y llegábase a don Cristalián diciendo al caballero que el corazón le sacaba:

— Apartad, caballero, que aquí no consentiré yo que más daño de lo hecho vos hagáis, porque la mi voluntad es que este caballero no muera.

Y diciendo esto, aquella hermosa doncella llegó, y sacando de la bujeta el unguento que dentro traía, lo ponía en la herida al Caballero del León, y asimismo con sus manos le tornaba a juntar el corazón; él sentía tanto descanso de se ver en las manos de aquella doncella, que le parecía que estaba en toda la gloria desta vida. La doncella le dejó y se fue, diciéndole:

— Caballero, tened firme vuestra fe, que desta vez no moriréis si yo puedo.

Y así, la doncella desapareció, y el Caballero del León despertó con demasiada alegría, y fue tanta, que no se tornó más a dormir, sino aquello que de la noche le quedaba gastó en pensar en el sueño que había soñado, y decía en su corazón: «¡Ay Dios, y quién supiese quién era aquella doncella que tan buenas nuevas me dio!».

Y así, con este pensamiento se estuvo hasta que el día fue venido, que Libanor entró. El Caballero del León se salió al gran palacio, adonde halló al emperador que paseándose andaba con el duque Nardos; como vio al Caballero del León, díjole:

— Paréceme que habéis tomado la mañana:²²⁵ no debe ser mucho el cansancio del afán que ayer pasastes.

Esto le decía el emperador con rostro muy alegre; el caballero le dijo:

— Fue gloria lo que yo ayer recibí, y no cansancio, pues que a vuestra majestad hice algún pequeño servicio.

— Restituístesme en la vida —dijo el emperador— estando peor que muerto. Mucho querría saber quién son los caballeros que en esta aventura se probaron.

— Hoy lo sabremos —dijo el Caballero del León.

En esto y en otras cosas anduvieron hablando hasta que fue hora de misa, que se fueron a la capilla del emperador, y luego la misa se comenzó, y acabada que fue todos se salieron al gran palacio. Después de haber comido, a hora de vísperas entró en la sala la emperatriz acompañada de muchas dueñas y doncellas de alta guisa, y de caballeros y grandes señores, trayendo consigo a la muy hermosa princesa Penamundi muy ricamente guarnida: traía una ropa de cetí carmesí, era guarnida de unos muy finos diamantes; debajo della traía unas mangas de hilo de plata todas sembradas de unos rubís muy finos; los sus muy hermosos cabellos cubiertos con una red de hilo de oro, toda ella sembrada de muchas piedras y perlas de gran valor. Junto a la princesa venía la infanta Minerva, y de la otra parte la infanta Sandalina; era tan grande la hermosura de la princesa, que no había hombre que la mirase que espantado no fuese de ver el gran resplandor de su rostro.

La emperatriz se sentó debajo del rico dosel adonde el emperador estaba, y junto a ella la princesa, y cabe la princesa las dos infantas Minerva y Sandalina. Como el Caballero del León viese a su señora figurósele que en ella era junta toda

²²⁴ Frasco.

²²⁵ Que habéis madrugado.

la beldad y hermosura del mundo, y el corazón se le estremeció viendo la su muerte tan cercana si aquella hermosa princesa dél no se dolía. Estando en este pensamiento que oído habéis, la princesa Penamundi alzó sus hermosos ojos y le miró, y vio que él asimismo la estaba mirando, a la cual no le pesó que él la mirase. El Caballero del León decía: «¡Ay Dios, y quién supiese agora lo secreto del corazón de mi señora Penamundi!».

Estando todos de la manera que oído habéis entró por la sala don Clarancel, príncipe de Nápoles, y junto con él venían todos los caballeros que el aventura habían probado. El príncipe don Clarancel se humilló ante el emperador y emperatriz por les besar las manos, y ellos no se las quisieron dar, antes el emperador le hizo levantar rogándole que le dijese quién era; don Clarancel le dijo:

— Yo, mi señor, soy príncipe de Nápoles. Oyendo decir de la manera que vuestra majestad estaba, yo me puse al peligro que oido habéis por os librar; y fueme la ventura tan contraria, que no solamente no di cima a lo que comencé, mas quedé colgado de los cabellos hasta que el lago fue deshecho por la mano del caballero a quien Dios dio más ventura que a cuantos en esta vida nacieron. Y agora me lo mostrad, que después de haber visto a esta hermosa princesa no deseo otra cosa más que la su vista.

El emperador se lo mostró, y don Clarancel fue muy maravillado de lo ver tan niño y tan hermoso acompañado de tan alta caballería. Después que hubo besado las manos a la princesa, luego se fue adonde el Caballero del León estaba, y humillándose le dijo:

— Señor caballero, mandadme dar vuestras manos, que os las quiero besar como al mejor caballero del mundo, a quien Dios hizo más venturoso.

El Caballero del León se le humilló y le dijo:

— Mi señor, dadme vos las vuestras, como aquel a quien yo deseo servir.

— Yo soy el que debo servicio —dijo don Clarancel— todo el tiempo de mi vida, pues por la vuestra mano soy libre de la mayor pena que yo jamás tuve; y no os dejaré de servir mientras el mi servicio no os fuere enojoso, pues Dios fue servido de abajar tanto la mi locura, que yo os hago cierto que en los mis pensamientos yo me vi el mayor señor de cuantos hoy son en el mundo, y agora me veo el más triste y amenguado de cuantos caballeros armas traen.

El Caballero del León le dijo:

— Mi señor don Clarancel, no tenéis razón en lo que decís, que ya sabéis vos que acaece cada día un caballero fallecer en una aventura y otro día acabar otra muy mayor.

— Malandante sea yo —dijo don Clarancel— si otra aventura acometo, pues a esta en que tanto me iba falté.

El Caballero del León le hizo sentar cabe sí, y luego entraron por la sala todos aquellos caballeros que ya oístes que estaban colgados, que eran caballeros muy preciados y grandes señores, y de tierras estrañas. Llegaron a besar las manos al emperador y emperatriz; él los recibió con mucho amor (que era hombre muy gracioso y muy apacible para todos) diciéndoles:

— Mis buenos amigos, yo os agradezco el afán que por me librар tomastes.

Y luego los mandó aposentar y darles cuanto hubiesen menester muy abastadamente. Uno de aquellos caballeros que en la sala entraron era don Zafir

de Marbella; el preguntó por el caballero que la aventura había acabado, y uno del palacio del emperador le mostró al Caballero de León. Cuando don Zafir lo vio fue muy espantado, y humillándose ante él, le dijo:

—Paréceme, mi señor, que Dios os dio tanta parte de buena ventura como al emperador.

Antes que don Zafir acabase de decir lo que quería, el Caballero del León le apretó la mano; don Zafir entendió luego que se quería encubrir, y callose (que no dijo más). El Caballero del León le dijo:

—Señor don Zafir, ¿qué ventura os trajo por estas partes buscando las aventuras?

—A cabo de mi vejez quise venir en Persia para saber si la aventura del lago era acabada, y a la sazón que yo a la ciudad de Larenta llegué vi cómo uno de aquellos caballeros se probó. Viendo lo que a él le había acaecido, sin temor alguno, como si yo fuera el emperador Lindedel de Trapisonda, muy determinadamente me quise probar, y avíname de la manera que vistes.

—Mucho soy alegre —dijo el Caballero del León— de hallaros en esta tierra.

—Aquí y en todas partes estoy muy aparejado para os servir.

El Caballero del León le dio las gracias por las ofertas que le hacía. La princesa Penamundi como vio que don Zafir de Marbella había hablado al Caballero del León, dijo a la infanta Minerva:

—De aquel caballero que conoce al del León, ¿se podrá saber bien quién es?

Como la infanta desta manera oyó hablar a la princesa, luego conoció que lo amaba, y díjole:

—Mi señora, dadme a mí ese cargo, que yo lo sabré.

—Mucho holgaría dello —dijo la princesa.

—Pues yo lo tomo a mi cargo.

Capítulo XXXIII

De una gran maravilla que en el palacio del emperador acaeció.

ESTANDO el emperador Aliandro en el su gran palacio de la manera que oído habéis vieron entrar por la puerta de la sala siete caballeros todos vestidos de duelo y con sus barbas muy largas, y en los sus hombros traían unas andas cubiertas con un paño negro. Luego las pusieron ante el emperador los siete caballeros, todos en torno de las andas. Desta manera que oído habéis estuvieron una gran pieza; los que en el palacio estaban atendían para saber qué era lo en aquellas andas traían, pero ellos estuvieron en silencio, sin hablar, salvo que derramaban infinitas lágrimas y de rato a rato sospiraban muy dolorosamente. Todos estaban espantados de ver tal aventura.

Estando de la manera que oído habéis vieron entrar por la sala otras siete doncellas, todas vestidas de duelo y antifaces negros en su rostro; traían en sus hombros otras andas, y entrando en el palacio las pusieron junto a las otras, y así estuvieron las doncellas una pieza derramando infinitas lágrimas, y eran tantas, que todos los que las miraban habían mucha compasión dellas.

Después que los caballeros y las doncellas hubieron hecho su duelo, uno de los siete se humilló ante el emperador, y besándole las manos le dijo:

—Serenísimo emperador de Persia, el sabio Doroteo me mandó que a esta vuestra grande y muy generosa corte viniésemos; y si vuestra majestad quisiere ver la causa de nuestra venida, de grado lo diremos.

—Mucho holgaría dello —dijo el emperador— saber la vuestra gran cuita, porque tengo esperanza en Dios que aquí se ha de dar hoy cima a esta aventura, pues tantos buenos caballeros veo en este gran palacio. Asimismo hay en él toda la hermosura del mundo.

—Nosotros —dijo el caballero— somos naturales de reino de Uberlanda.

Y diciendo esto quitó el cobertor a las primeras andas, y como todos estaban atendiendo para ver y saber lo que en ellas venía, vieron un caballero hecho piedra que en las sus manos tenía un rico y muy preciado escudo. Así como esto fue visto, una de las doncellas quitó el otro cobertor de las segundas andas, y vieron una hermosa doncella asimismo hecha piedra; en las manos traía un yelmo a maravilla hermoso. El emperador y todos los que en el palacio estaban fueron muy espantados de ver tal aventura.

—Decidnos —dijo el emperador— cómo este caballero y esta doncella son hechos piedra.

—Vuestra majestad sabrá que son hijos del rey de Uberlanda, y no ha otros sino estos dos. Este príncipe, que ha nombre Bridonel, amaba mucho a su hermana la infanta Gaudebia de muy buen amor, como cualquiera buen hermano debía amar a su hermana. Estos dos príncipe y infanta nacieron de un vientre; entrabmos fueron aficionados a la caza en tanta manera, que pocos días se pasaban que en otra cosa no entendían sino en se ir a cazar. Acaeció que un día, yendo los dos corriendo tras un ciervo, alongáronse tanto que todos los que llevaban en su compañía los perdieron de vista, y ellos siguieron su ciervo tanto hasta que se les

escondió por entre unas breñas y allí lo perdieron, y como no le vieron más acordaron de se volver. Ellos que dieron la vuelta, vieron una fuente; la infanta iba aquejada de sed, y rogó muy ahincadamente a su hermano que se apeasen a beber; el príncipe que asimismo iba con aquel deseo, hizo su ruego. Con ellos iba un hombre de a pie que era demasiadamente grande andador, y éste los siguió y no otro. El príncipe y la infanta se apoyaron y juntamente se abajaron a beber con las manos del agua de la fuente. Así como lo bebieron fueron hechos piedra como los veis: el príncipe con este escudo en sus manos; la infanta, con el yelmo. Como el hombre de pie que con ellos iba esta maravilla vio fue muy cuitado, y no sabiendo qué hacer de sí, acordó de se ir para donde las compañías de gentes quedaban, y no anduvo mucho cuando se encontró con ellas. El hombre venía haciendo muy gran duelo; cuando los caballeros que en la su busca iban vieron su llanto fueron muy espantados, y a gran priesa le preguntaron por el príncipe y la infanta; él dijo: «¡Ay de nós, que tan malas nuevas llevaremos al rey nuestro señor! Agora corred y veréis nuestro gran daño!». Y luego dio la vuelta. Los caballeros lo siguieron, y cuando a la fuente llegaron y aquellos príncipes vieron como oído habéis, aína murieran con pesar, y el hombre les contó lo que les había acaecido con el agua de la fuente. Todos hicieron gran duelo sobre sus señores, y tomáronlos sobre sendos caballos y lleváronlos a la ciudad, adonde a la sazón el rey su padre estaba. Como el rey supo la su gran pérdida pensó morir: tal dolor sintió. Y habiendo su consejo sobre lo que se había de hacer, acordaron que se enviase por todo el mundo a todos los sabios para saber si había algún remedio; Dios nos guio al sabio Doroteo, y él nos dijo que en la vuestra corte y no en otra parte hallaríamos quien al príncipe y infanta volviese en su propio ser, como de antes estaban. Vuestra majestad, por nos hacer señaladas mercedes, ha de mandar a todos estos caballeros que en este gran palacio están que se prueben en esta aventura del escudo del príncipe, y asimismo todas estas hermosas doncellas se han de probar en el yelmo que la infanta tiene en sus manos; y si tal fuere la nuestra dicha que aquí haya caballero y doncella que esta aventura acabase, dice el sabio Doroteo que la tal doncella ha de dar el yelmo al caballero, y el caballero, con el yelmo y escudo, se ha luego de partir para los hondos valles que llaman de Maullín, donde hallará las siete hermanas que se dicen las Hadas del Valle. Éstas tienen en su poder aquella fuente, que llaman de la Desdicha, y el caballero que estas siete hadas fuere a buscar, allí ha de acabar siete aventuras. Acabadas, la fuente desaparecerá de allí y luego el príncipe y la infanta serán libres. Yo he dicho a lo que a esta corte somos venidos: a Dios por la su merced ruego yo que de aquí vamos con el alegría que yo deseo.

Como el emperador oyó lo que el caballero dijo, luego mandó a todos aquellos caballeros que en el su palacio estaban que comenzasen la prueba de escudo, y así fue hecho, que luego se comenzó por los caballeros que colgados quedaron en la aventura del lago: ninguno de los que le pudo sacar el escudo al príncipe de las manos por mucha fuerza que ponían. El postre de aquellos caballeros que se probó fue el príncipe don Clarancel, y pugnó por le sacar el escudo de las manos de príncipe, pero no pudo, y volvió algo avergonzado. Luego mandó el emperador que todos los de su palacio se probasen, y luego los caballeros mancebos se probaron, pero ellos hicieron tanto como los extraños. Asimismo se

probaron los más ancianos de la casa de emperador, pero en acabar la aventura todos fueron iguales.

Sabed que en todo el palacio no quedaba otra persona de se probar si no era don Zafir de Marbella y el Caballero del León. El emperador le dijo:

— Bien creo yo que esta aventura está guardada para vos; y si hoy no le dais cima, soy cierto que no se la dará caballero que sea en el mundo nacido.

Como el emperador esto dijo, el Caballero de León rogó a don Zafir de Marbella que se fuese a probar.

— Iré —dijo don Zafir—, porque conozco tanto de mí, que otro sino yo no hará hoy alegres a aquellos caballeros.

Y diciendo esto se fue para el escudo, y trabando dél, tiró tanto hasta que más no pudo, y como no le sacó, dijo:

— Maravillado estoy cómo a²²⁶ esta aventura he faltado, que nunca cosa comencé que no le diese buen fin.

Todos rieron de lo que don Zafir dijo. Luego el Caballero del León se levantó poniendo los ojos en su señora Penamundi, y a la hora que el Caballero del León la miró vio cómo la princesa lo estaba mirando: fue tan turbado de la demasiada alegría que sintió, que el corazón se le estremeció en pensar qué era la causa por que su señora lo miraba, y con este pensamiento se llegó al príncipe, y poniéndole las manos en el escudo lo sacó tan ligeramente de poder del príncipe como si nadie le tuviera. Grandes fueron las alegrías que los caballeros y las doncellas que con el príncipe y infanta venían comenzaron a hacer, diciendo:

— Caballero venturoso, bien cierto somos, pues Dios con vos nos topó, que en este palacio habrá doncella que a la vuestra alta caballería iguale en hermosura.

Y luego pidieron al emperador que mandase a las doncellas del palacio que se comenzase a probar la aventura del yelmo. El emperador que demasiada alegría tenía de ver que en la su corte había tan buen caballero, luego mandó a todas aquellas doncellas que en el palacio estaban comenzasen la prueba; así fue hecho, que había muchas doncellas de alta guisa y todas se probaron, pero hicieron tanto como nada. A esta hora dijo la princesa a las dos infantas Minerva y Sandalina que probasen el aventura del yelmo; la infanta Minerva dijo:

— Razón es que se haga lo que vós, mi señora, mandáis, aunque no sea por más sino por daros pasatiempo.

Y diciendo esto, la infanta se levantó y se fue donde la prueba se había de hacer, y trabando del yelmo, hizo tanto como las primeras que se probaron; y como esto vio, dio la vuelta diciendo:

— Más dotada de hermosura ha de ser que yo soy la que esta aventura ha de acabar.

Así como la infanta Minerva llegó, luego la infanta Sandalina se fue a probar, y hizo lo mismo. El emperador dijo a la princesa Penamundi:

— Hija mía, por amor de mí que hagáis lo que todas las doncellas del palacio han hecho.

La princesa respondió:

²²⁶ Suplo 'a' (71r).

—Mi señor, si yo no hago más que ellas hicieron, harto mejor sería para mí no me probar en esta aventura.

—Comoquiera que os avenga —dijo el emperador—, es bien que os probéis.

Luego se levantó, y haciendo su acatamiento al emperador y emperatriz se fue adonde la infanta estaba en su lecho llevando en su compañía a las dos infantas Minerva y Sandalina, y como llegó puso sus muy hermosas manos en el yelmo, y por delicadamente que le tocó, luego le sacó de poder de la infanta. Como los caballeros y doncellas esto vieron, hechos como sandios (tanto fue el placer que recibieron), luego dijeron:

—Hermosa princesa, más que cuantas en el mundo hoy son nacidas, vuestra imperial persona ha hoy de hacer aquí grandes mercedes, y es que ese yelmo ha de recibir de vuestras manos aquel caballero bienaventurado.

Como la princesa esto oyó estúvose queda; el Caballero del León se vino adonde ella estaba, y hincándose de hinojos, ella le dio el yelmo diciéndole:

—Hermosa aventura ha sido ésta, pues Dios a tan buen tiempo me ha traído. Miémbreseos del don que agora os doy por doquiera que anduviéredes.

Diciendo esto le puso el yelmo en la cabeza; el Caballero del León se le quitó luego y le dio a don Zafir (que cerca dél estaba), y tomando las manos a la princesa se las besó por la merced que hecho le había; y levantándose la princesa, se volvió a sentar llevándola de brazo el Caballero del León. Como al emperador llegaron, díjole:

—Bienaventurado os podéis llamar, pues Dios tan escogido os ha hecho en el mundo. Grande y crecida ha sido la honra que en poco tiempo en Persia habéis ganado. Mucho os ruego que siempre os acordéis de mí, que de aquí prometo a Dios de no hacer menos por vos que por Penamundi, que otro heredero no tengo.

La princesa se sentó, y el Caballero del León besó las manos al emperador por la merced que le hacía y díjole que él prometía que todo el tiempo que lugar tuviese le vernía a servir. El emperador se lo agradeció mucho y le rogó que así lo hiciese, que no había otro deseo sino de lo conocer; el Caballero del León le dijo:

—Mi señor, porque yo valgo muy poco no quiero decir lo que deseáis saber por agora, hasta que alguna cosa haya hecho en que honra gane para que yo ose decir quién soy.

—Vos habéis hecho mucho —dijo el emperador—, y por tanto, no tenéis razón de os encubrir: pero pues es vuestra voluntad, razón es que nos suframos

El Caballero del León se le humilló y se fue adonde la infanta Minerva estaba; llegándose a ella muy paso, le dijo:

—Mi señora Minerva, ya sabéis que la mi partida está muy cerca, y partirme de aquí se me parte la vida. Yo en el palacio del emperador no he conocimiento alguno, por el poco tiempo que aquí he estado. La mi vida y la mi muerte es en poder de mi señora Penamundi: si la vuestra merced no me favorece, muerto soy.

Diciendo esto se puso tan triste que la infanta Minerva fue movida a mucha piedad, y díjole:

—Mi señor, yo me tengo por bienandante en me haber hecho esta merced. Ved lo que mandáis que yo por os servir haga, que de grado será hecho; que si vos deseáis servir a la princesa, hay mucha razón para ello. Pues vuestro Dios tan

iguales os quiso hacer que la vuestra alta caballería fuese tanta como la estremada hermosura de la princesa, mal haría quien tales dos personas quisiese partir.

Estando en estas razones el Caballero del León y la infanta Minerva, la princesa Penamundi volvió la cabeza y estúvolos mirando, y casi entendió lo que estaban hablando y holgó mucho de lo oír, ca sabed que mientras más la princesa miraba al Caballero del León mejor le parecía.

A nuestro propósito tornando, la infanta Minerva hizo muchas ofertas al Caballero del León, prometiéndole de servirle en cuanto pudiese mientras los dioses le diesen vida; él le dijo:

—Mi señora, las mercedes que yo de vos recibiré, yo las daré el galardón que vuestra real persona merece.

A esta hora los caballeros del príncipe y de la infanta rogaron al emperador que luego mandase a aquel caballero que el escudo había ganado que con ellos se partiese, que allí no se podían más detener; el Caballero del León se levantó luego de cabe la infanta Minerva y se despidió del emperador y emperatriz, y asimismo de la princesa y todos los que en el palacio estaban. Don Zafir de Marbella rogó mucho al Caballero del León que tuviese por bien de llevarle en su compañía, pero él le respondió que no le hacía menester tomar aquel trabajo, que antes le rogaba que se volviese a Constantinopla y que diese sus saludes al emperador y emperatriz.

—Pues que la vuestra voluntad es ésa —dijo don Zafir—, haré lo que mandáis.

Luego el Caballero del León salió del palacio del emperador Aliandro en compañía de los caballeros del príncipe y de la infanta: su partida fue para los Hondos Valles (como oído habéis), para librar al príncipe y a la infanta de la grande fatiga en que estaban.

Capítulo XXXIII

En que se recuenta lo que la infanta Minerva hizo en servicio del Caballero del León, y de la pena que la princesa Penamundi recibió en su partida.

ASÍ como el Caballero del León salió del palacio, el emperador fue muy triste en haber apartado de sí al mejor caballero que era nacido, y dijo que sentía mucho el verlo apartar de su compañía. Don Zafir de Marbella le respondió.

—Señor, los buenos caballeros, como éste lo es, poco aseguran en ninguna parte, que las mismas aventuras los vienen a buscar, como al presente aquí en la vuestra corte habemos visto.

—Vos decís muy gran verdad —dijo el emperador—. Guíelo Dios, que gran hecho es el que va acometer; pero quien dio cabo de la nuestra aventura no hay en el mundo cosa a que cima no dé.

—Preciado caballero es éste —dijeron todos los que en el palacio estaban—. Si a éste Dios da vida, muy presto será escurecida la gran fama del emperador Lindedel. Con razón se puede decir, pues de tan tierna edad ha hecho las maravillas que visto habéis.

En esto y en otras cosas estuvieron hablando hasta que fue cerca de noche, y en este tiempo don Zafir se despidió del emperador. Él le preguntó de qué tierra era; él le dijo que era de Constantinopla, caballero de la casa del emperador Escanio.

—Pues que así es —dijo el emperador—, mucho os ruego que le deis mis saludes y le contéis la nuestra buena ventura. Decidle que acá nos ha dado Dios otro Lindedel de España, según las grandes maravillas anda haciendo.

Don Zafir le besó las manos y le dijo que haría su mandado. Y así, se partió y tomó su camino para Constantinopla.

Y como la fama y loor del Caballero del León andaba tan divulgada en el palacio del emperador, fue muy grande la invidia que dél hubo el príncipe don Clarancel de Nápoles, y propuso en su corazón luego otro día se partir para se probar con él, y si Dios tal ventura le diese de lo vencer o matar, que se iría con los caballeros del príncipe y infanta a los Valles Hondos, y allí sería su fama muy crecida si aquellas siete aventuras acabase, y que si esto así fuese, que podría ser que el emperador Aliandro le diese a aquella hermosa princesa en casamiento, y con este pensamiento se salió del palacio despidiéndose del emperador y de toda su corte.

Cuando fue hora de prima,²²⁷ la princesa y las infantas se fueron a su aposento. La infanta Minerva, que muy entendida era, calló aguardando que la princesa dijese alguna cosa del Caballero del León. La infanta Sandalina dijo a la princesa:

—Nunca tanto pesar llegó a mi corazón como de ver la partida de aquel caballero.

La princesa le respondió:

²²⁷ A prima noche, ya anochecido.

—No creo yo que hubo ahí tal en el palacio que no le cupiese su parte de esa tristeza.

Como la infanta Minerva así la oyese hablar, díjole:

—Mi señora, mayor duelo habrían dél si supiesen la gran cuita que en su corazón lleva; que por los dioses inmortales os juro que él lleva tal dolor, que no creo yo que él llegará más a los Hundos Valles que yo que estoy en Persia, si presto no es socorrido.

—Decidnos el mal que lleva —dijo la princesa—, y cómo estando tan doliente salió de Persia.

—Fuele forzado —dijo la infanta Minerva—, como vistes.

—Pues agora nos decid —dijo la princesa— quién le puede dar el remedio, que gran daño sería si tan buen caballero como él es tan presto dejase el mundo.

—Vuestra alteza —dijo Minerva—, si tuviese el poder, ¿enviarle hía la salud?

—De grado —dijo la princesa—, por dar la vida a tan buen caballero como él lo es.

Como la princesa esto dijo, luego Minerva hincó los hinojos ante ella, y besándole las manos le dijo:

—Paréceme a mí, señora, que más hizo Dios en haceros hermosa sobre cuantas nacieron, pues juntamente con tanta hermosura como en vos puso os dio gracia sobre cuantas hoy viven. Mi señora, doleos de aquel que nació sin par, que muere con deseo de la vuestra vista.

Como la princesa de tal manera oyó hablar a la infanta Minerva no le pesó, aunque hubo demasiada vergüenza, y dijo:

—Mucho lo hizo mal el Caballero del León en se encubrir tanto que jamás nos quiso decir quién era.

—Mi señora —dijo Minerva—, no dudéis desto que decir quiero: no hay ninguno que encubierto ande que no sea de alta sangre, y porque aquí no sabemos quién es el Caballero del León no se le han de dejar de hacer las mercedes que su persona merece; y si alguna duda tenéis, sus obras dan testimonio de quién es. ¿No os parece, mi señora, que merece galardón el caballero que la aventura de Larenta acabó? Por los dioses os juro que si caballero en el mundo hubiera que por mí se pusiera en tal afán, que yo hiciera por él cualquier cosa que me pidiera, pues no soy yo de las más feas que en el mundo nacieron ni me tengo en menos que otra que más que yo sea.

La infanta Sandalina dijo a la princesa:

—Yo mi señora, de la parte del Caballero del León y de la infanta Minerva soy, y conviene que vuestra alteza haga nuestro ruego. Y vos, señora Minerva, pedid aquí lo que quisieredes, que todo se os ha de otorgar.

—Yo pediré, si mi señora Penamundi para ello me diere licencia.

La infanta Sandalina se humilló ante la princesa rogándola que se la diese; la princesa le dijo:

—Yo se la doy, porque creo que si no se la diese me vernía mal dello, por cuanto yo soy sola y vosotras sois dos: es mayor el vuestro poder que el mío.

—Como la princesa esto dijo, Minerva y la infanta le besaron las manos por las mercedes que les había hecho; la princesa les dijo:

—Ved lo que queréis que yo haga por el Caballero del León y por vosotras, que de grado lo haré.

—Mi señora —dijo la infanta Minerva—, lo que yo quiero que la vuestra merced haga es que comigo, que nací para os servir, enviéis vuestro mandado a aquel que con el vuestro deseó sostiene la vida.

—Amiga, yo no sé cómo haga eso que decís —dijo la princesa—, que lo nunca hablé sino una vez, y seríame muy mal contado.

—Mi señora —dijo la infanta—, ya sabéis vos que mientras una persona es en el mundo más escogida, muy mayores han de ser las mercedes que hiciere; y mire vuestra imperial persona con cuánta humildad os lo pido, y también habéis de mirar que soy yo la que tengo de ir con el vuestro mandado.

La princesa le dijo:

—Conviéneme hacer vuestro ruego.

Y diciendo esto se quitó una cadena pequeña que al cuello traía, y en ella un diamante de maravilloso engaste, y diolo a la infanta diciéndole:

—Tomad, señora Minerva, este diamante, y de mi parte le daréis al Caballero del León, y decidle que éste le envío yo en señal que mi deseo no es otro sino que bien y lealmente ame.

La infanta Minerva le besó las manos muchas veces diciéndole:

—De tan alta señora como lo sois vos no se esperaba sino don tan preciado como éste lo es. En mucho más tengo las palabras que el valor del diamante y cadena. Yo, mi señora, me quiero luego mañana partir por dar la vida a aquel que tanto bien merece.

—Vamos a dormir —dijo la princesa.

—Hágase lo que la vuestra merced mandare —dijeron ellas.

Como la princesa quedó sola en su lecho trujo a su memoria las grandes mercedes que al Caballero del León había hecho sin le conocer; quejábase de sí misma diciendo que no había mirado la grandeza de su persona y estado, y con demasiada tristeza decía: «¡Ay de ti princesa Penamundi, y qué mal contado te será por el mundo lo que has hecho si a este caballero le falta merecimiento para tan gran hecho como ha emprendido! Verdad es que su merecimiento es muy grande por su alta caballería, que a la sazón en el mundo no hay otro que se le iguale».

Y mirando esto y los grandes servicios que a sus padres y a ella había hecho quedó algo consolada y durmió la parte de la noche que le quedaba. Venida que fue la mañana, las dos infantas se levantaron y se fueron al aposento de la princesa; cuando ellas entraron ya la princesa se estaba vistiendo, y dándole los buenos días se estuvieron hablando en lo que más les agradaba.

Estando el emperador Aliandro en el su gran palacio, queriéndose ir a la capilla a oír misa entró por la puerta de la sala don Clarancel y dijo al emperador qué era lo que le mandaba, por cuanto él estaba de partida. El emperador le preguntó que para adónde; el príncipe le dijo: «por el mundo, a buscar las aventuras», y que pedía a su majestad lo tuviese por su servidor, por cuanto él no tenía otro deseo sino de siempre ser en su servicio. El emperador se lo agradeció, y le dijo que no habría cosa que él le rogase que de grado no lo hiciese.

—Miémbreseos de esa palabra que agora he oído —dijo don Clarancel.

—Yo haré lo que tengo dicho —respondió el emperador.

Don Clarancel le besó las manos y pidiole que le diese licencia para se ir a despedir de la emperatriz y princesa; el emperador se la dio, y luego fue al aposento de la emperatriz, y besándole las manos, se fue al de la princesa, y halló que se acababa de vestir y estaba en compañía de las dos infantas, como ya oístes. Como don Clarancel entró, luego se humilló ante la princesa y díjole:

—Mi señora, dadme vuestras manos, que yo mejor que otro las merezco besar por lo mucho que os deseo servir.

La princesa las tiró afuera y le dijo que se levantase.

—No lo haré hasta que la vuestra merced sea de me recibir por su caballero.

La princesa fue muy airada del atrevimiento del príncipe, y díjole:

—Don Clarancel, aunque tuviésedes más mesura de la que aquí mostráis tener, no perderíades nada.

Como el príncipe vio lo que la princesa le dijo, demasiado fue el dolor que sintió (ca sabed que la amaba de todo corazón), y sin más hablar palabra salió de la cámara y se fue a su posada, y armándose de todas sus armas se salió de la ciudad de Larenta con intención de ir a buscar el Caballero del León y hacer lo que arriba oístes (si la ventura para ello le ayudase), y así, lo dejaremos ir hasta su tiempo.

Sabed que como el príncipe don Clarancel salió del aposento de la princesa ella quedó muy enojada de lo que don Clarancel le había dicho; la infanta Minerva le dijo:

—Mi señora, no es razón que enojo toméis por el atrevimiento del príncipe, que cada uno es obligado, de cualquier estado o condición que sea, de procurar para sí lo mejor, y por tanto, el príncipe no merece culpa.

Mucho rieron de ver su determinación, y en esto estuvieron hablando hasta que vinieron a llamar la princesa del aposento del emperador que se fuese a misa. Así, se fue en compañía de las dos infantas y del duque Nardos (que la vino a llamar). Oído que hubieron misa, la infanta Minerva se despidió de la emperatriz, y asimismo de la princesa Penamundi; ella dijo a la infanta:

—Señora Minerva, mucho holgaría que siempre nos hiciésedes saber de vuestra salud, y asimismo por qué tierras andáis.

—Eso haré yo de grado —dijo la infanta—. De aquí prometo a la vuestra merced de muy presto la venir a servir.

—No hay cosa —dijo la princesa— en este mundo de que yo más huelgue que de os tener en la mi compañía.

La infanta se le humilló, y tomada licencia de la emperatriz y princesa se despidió de la infanta Sandalina y se salió al palacio, adonde halló al emperador y a sus altos hombres. La infanta le dijo si mandaba su majestad alguna cosa, por quanto ella estaba de partida; el emperador le dijo que para dónde tomaba su camino.

—Mi señor —dijo la infanta—, yo me voy por alcanzar al Caballero del León para me ir con él a los Hondos Valles a ver la su alta caballería, y de allí me entiendo partir por el mundo a buscar las aventuras, y mi primero camino será a Persia, para hacer saber lo que aquel buen caballero hiciere.

El emperador se lo agradeció mucho, y le dijo que así lo hiciese, porque en ello le haría demasiado placer. La infanta le prometió de cumplir lo que dicho había; el emperador le dijo:

—Señora Minerva, mucho os ruego que toméis de mi palacio todo aquello que menester hubiéredes.

—Muchas mercedes —dijo la infanta—, que yo no tengo necesidad de cosa alguna sino que vuestra majestad me dé licencia, que ya se me hace tarde.

Y diciendo esto se humilló al emperador y se despidió de los altos hombres que en el palacio estaban, y luego se armó con la ayuda de su escudero y subió en su caballo, y así, se salió de la ciudad de Larenta tomando su camino en busca del Caballero del León.

Capítulo XXXV

De cómo don Clarancel, príncipe de Nápoles, se encontró con el Caballero del León y de lo que después que se encontraron les avino; y asimismo cuenta cómo el Caballero del León y su compañía llegaron a los Valles Hondos y de lo que allí les acaeció.

ASÍ como el príncipe don Clarancel salió de la ciudad de Larenta tomó su derecho camino para donde el Caballero del León iba; bien anduvo ocho días antes que le alcanzase. Preguntando a una y a otra parte por él y por la compañía que llevaba, unos pastores le guiaron el camino que el Caballero del León llevaba, y diose tanta priesa a andar, que en muy pocos días lo alcanzó. Sabed que don Clarancel llevaba las armas trocadas, por no ser conocido. Como él llegó adonde el Caballero del León y su compañía iban dijo en alta voz:

—Mostrandme lo que en esas andas lleváis:

—¿Para qué lo queréis vos saber?

—Para que por aventura os irá bien dello.²²⁸

—Bien o mal que nos avenga —dijeron los caballeros—, vos no habéis de saber lo que en ellas va.

—Yo lo sabré, aunque pese a cuantos aquí van. Agora me decid si es aquel caballero que allí está el que ganó el escudo en Persia.

—Es —dijo uno de los caballeros.

—Pues hoy os digo que no he por qué saber lo que en las andas va; pero por os hacer bien y merced yo desafío aquel caballero a batalla; que si de mí él es vencido, toda la gloria que en Persia ha ganado será mía y yo os daré cima a las siete aventuras y del todo os haré alegres.

—Bien lo creo yo —dijo uno de los caballeros— que si vos hacéis batalla con él, que con la vuestra muerte todos seremos alegres.

Como don Clarancel esto oyó fue muy airado, y dijo al Caballero del León:

—Vos me pagaréis la soberbia destos sandios caballeros.

²²⁸ Frase de amenaza: en caso contrario os irá mal.

Y diciendo esto abrazó su escudo y tomó la lanza a su escudero (que ya el Caballero del León lo estaba aguardando). Ellos se encontraron muy poderosamente, y fue tal el encuentro, que las lanzas fueron quebradas y don Clarancel fue en el suelo; pero como era vivo de corazón, muy presto se levantó con su espada en la mano diciendo:

—No penséis, don caballero, que por me haber derribado de la lanza me tengo por vencido. Apeaos muy presto del caballo; si no, matároslo he, o aguardadme que suba en el mío.

El Caballero del León le respondió:

—Ya vos sabéis que yo no soy obligado a nada deso; mas por que veáis en cuánto os tengo, os doy licencia que toméis vuestro caballo.

Don Clarancel no le respondió, sino lo más presto que pudo subió en él y con su espada en la mano se vino para el Caballero del León y comenzáronse a herir de duros y muy pesados golpes, por manera que duró la batalla cerca de una hora, y al fin, el Caballero del León alzó su buena espada y dio tal golpe a don Clarancel por encima del hombro derecho, que no prestó armadura que trujese y fue malamente herido, y luego el espada se le cayó de la mano y con el gran dolor que sintió dio consigo en el suelo, y así como cayó, de la mucha sangre que de las llagas le salía le fallesció el corazón, de manera que no meneaba pie ni mano.

El Caballero del León mandó a su escudero que le quitase el yelmo para saber si era muerto o vivo; el escudero hizo su mandado, y como el yelmo le quitaron, luego fue de todos conocido. Como el Caballero del León vio que aquél era don Clarancel, príncipe de Nápoles, demasiadamente fue airado, y desde el caballo le puso la punta de la espada en el rostro, de manera que un poco le rompió de la carne, diciéndole:

—Don Clarancel, muerto sois si no os otorgáis por vencido.

Don Clarancel abrió los ojos y dijo:

—¡Ay por Dios, Caballero del León, habed merced de mí, que yo me otorgo por vencido.

—Más habéis de hacer —dijo el Caballero del León—, que os habéis de ir a Persia y poneros en la merced de la princesa Penamundi:

—¡Ay por Dios, señor caballero —dijo don Clarancel—, dadme la muerte y no me mandéis hacer tal cosa!

—Pues conviene que lo hagáis, o yo le enviaré la vuestra cabeza.

—Pues que así es —dijo don Clarancel—, yo haré lo que mandáis.

—Pues así sea —dijo el Caballero del León.

—En siendo guarido de mis llagas —dijo don Clarancel.

El Caballero del León lo dejó, y él y los caballeros y las doncellas tornaron a su camino hablando en lo que don Clarancel había hecho, y así, los dejaremos hasta su tiempo.

Al príncipe don Clarancel tomó su escudero, y lo mejor que pudo le apretó la llaga del hombro (porque era la más peligrosa que él tenía), y como mejor pudo subió en el palafrén de su escudero y así se fueron por su camino hasta que a una villa llegaron adonde el príncipe fue curado de sus llagas. Allí se detuvo cerca de dos meses, y como fue guarido luego tomó su camino para Persia, y llegando a la

ciudad de Larenta, un día, en acabando el emperador Aliandro de comer, entró por la sala el príncipe don Clarancel, y como ante el emperador fue, díjole:

—Serenísimo emperador, mandad venir aquí la princesa Penamundi vuestra hija, que a ella y no a vos soy enviado.

El emperador envió luego a decir a la emperatriz que se viniese al palacio y que trajese consigo a la princesa. Como la emperatriz oyó el mandado del emperador luego envió por la princesa y juntas se salieron al gran palacio acompañadas de los altos hombres que por la emperatriz fueron y de muchas dueñas y doncellas de alta guisa. Como el príncipe don Clarancel vio a la princesa falleciole el corazón y dio consigo un gran golpe en el suelo. Como el emperador esto vio fue muy espantado y temió no fuese muerto, y mandó a muy gran priesa que le quitasen el yelmo; y así fue hecho, y de todos fue conocido ser el príncipe de Nápoles; mucho fueron espantados. El emperador le mandó echar agua en el rostro y luego tornó en su acuerdo dando un tan triste suspiro que parecía que el corazón se le partía. Levantándose, se fue a humillar ante la princesa y díjole:

—Mi señora, yo soy puesto en la vuestra merced para que de mí podáis mandar hacer a vuestra voluntad. El que a vuestra alteza me envía es aquel bienaventurado Caballero del León.

Y esto dicho, les contó por cuál razón los dos habían hecho batalla y cómo él fue vencido y el Caballero del León le había enviado a que se pusiese en la merced de la princesa. Todos fueron maravillados de oír tal aventura, y tenían en menos a don Clarancel que de antes. El emperador dijo a la princesa:

—Hija mía, mucho os ruego que pongáis en su libertad al príncipe, para que de sí pueda hacer a su voluntad.

La princesa le respondió que haría lo que su majestad le mandaba, con tal condición que jurase de nunca más en ningún tiempo ofender al Caballero del León; don Clarancel lo juró. La princesa le dijo:

—Agora sois libre para hacer de vos a vuestra voluntad.

Él la besó las manos por la merced que le hacía, y luego se despidió del emperador y emperatriz y se salió del palacio y se fue por el mundo a buscar las aventuras, muy cuidado por lo que le había acaecido. Aquí escribió el sabio Doroteo que el grande amor que este príncipe don Clarancel tenía a la princesa Penamundi le hizo hacer lo que tanto de su honra menoscabó, y pues que por amor se puede hacer cualquier desatino, el príncipe don Clarancel es digno de perdón.

A nuestro propósito tornando, como salió del palacio del emperador todos quedaron hablando en lo que le había acaecido; el duque Nardos dijo:

—Paréceme que don Clarancel topó con quien le pagó de su locura.

La emperatriz y princesa se fueron a su aposento, y la princesa se entró luego en su cámara, y tomó a la infanta Sandalina consigo y díjole:

—¿Qué os parece, amiga, de lo que el príncipe don Clarancel hizo?

—Paréceme —dijo la infanta— que no le volverá a buscar, según le fue mal. Mas ¿qué os parece, mi señora, de aquel caballero si sabe bien guardar su cabeza? Dios lo guarde de traición, que gran daño sería si tan buen caballero como lo es él por desastre muriese.

Mucho holgaba la princesa en hablar en las cosas que oído habéis. Así las dejaremos por contaros cómo el Caballero del León llegó a los Valles Hondos de Maullín.

Como don Clarancel quedó herido de la manera que ya oístes, luego el Caballero del León y su compañía tomaron su camino para los Valles Hondos. En todo él no les avino cosa que de contar sea. Antes que a los Valles llegasen anduvieron cinco días por un despoblado, en medio d'él hallaron un ancho camino; el Caballero del León dijo a los caballeros del príncipe:

—Guiemos por este camino.

Todos le dijeron que le seguirían. Por aquel camino que oído habéis, sin se volver a una ni a otra parte, anduvieron bien tres días, siempre yendo cuesta abajo, albergando de noche a la sombra de los árboles que topaban. A cabo deste tiempo, un día a hora de sexta vieron a una parte, encima de una cuesta, una pequeña ermita; el Caballero del León que la vio, dijo a los caballeros del príncipe que lo aguardasen allí, que él quería ir a ver quién allí estaba; ellos dijeron que harían su mandado. Así, los dejó y se subió por la cuesta arriba con harto afán de Flordelid. Ya que encima fue, mandó a Libanor que a la puerta (que cerrada estaba) llamase; él hizo su mandado, y llamando, respondieronle dentro:

—¡Loado sea el sanctísimo nombre de Jesú! ¿Quién llama ahí?

—Abrí —dijo Libanor— y saber lo heis.

A esta hora vieron cómo una pequeña puerta se abrió y por ella salió un ermitaño tan pequeño que en el mundo no había enano que tanto como él lo fuese; mucho fue espantado el Caballero del León de ver una cosa tal, que tenía la su barba tan luenga que poco faltaba de llegar al suelo, y era blanca como la nieve. El Caballero del León que lo vio, pareciole que debía de ser persona de sancta vida, y luego se apeó de su caballo y humillándose ante él le pidió su bendición; el ermitaño se la dio y le dijo:

—Caballero, ¿qué ventura os trujo por estas partes? Decidme, si os pluguiere, qué es lo que andáis a buscar.

—Padre —dijo el Caballero del León—, yo os lo diré: sabed que la mi venida, y la de otros caballeros que en el camino me quedan aguardando, es en busca de las siete fadas que nos han dicho que hacen su habitación en los Hondos Valles.

—Quien os lo dijo habló mucho bien —dijo el ermitaño—, que en esos valles hacen su morada.

—Decidnos —dijo el caballero—, ¿por dónde guiaremos para con ellas topar?

—Yo os lo diré —dijo el ermitaño—: por el camino que lleváis habéis de andar bien quince días; a cabo deste tiempo bajaréis a los Hondos Valles, y como en ellos fuéredes, hallaréis dos carreras: podéis tomar la de la mano derecha si con las siete fadas quisiéredes topar; pero habeis de guardar dellas, que son muy engañosas. Hanme dicho que en ese valle hay siete aventuras, y que hasta que tal caballero venga que les dé cima, aquellas fadas han de hacer allí su habitación, y después que las aventuras sean acabadas, luego las siete hermanas fenecerán sus días. Agora os he dicho lo que me preguntastes: mucho os ruego que me digáis si sois vos el caballero que las ha de dar cima.

—Eso yo no lo sabré decir —dijo el Caballero del León—, porque está en la mano de Dios quién ha de ser el que las ha de acabar. Lo que yo os sabré decir es que yo con esa intención salí de mi tierra: no sé si Dios me dará tal ventura.

—Sí dará —dijo el ermitaño—, si en Él ponéis toda vuestra esperanza.

—Padre —dijo él—, mucho os ruego que me encomendéis a Dios.

—Yo soy obligado a lo hacer —dijo el ermitaño— sin que vós me lo roguéis.

El Caballero del León le dio muchas gracias por lo que le había dicho, y así, se despidió dél y el ermitaño lo encomendó a Dios, rogándole que si Dios ventura le diese, que cuando por allí tornase no se fuese sin lo ver. Él se lo prometió y luego tomó su camino para donde los caballeros y las doncellas había dejado.

Como ellos le vieron venir fueron muy ledos, y saludáronse los unos a los otros muy cortésmente. Los caballeros le preguntaron que quién estaba en aquella ermita; el Caballero del León les contó todo lo que oído habéis; asimismo les dijo:

—No es tiempo de nos dar espacio, sino la mayor priesa que pudiéremos en este camino, y conviénenos andar más de quince días antes que a los Hundos Valles lleguemos.

Mucho les pesó a las doncellas y caballeros cuando tal nueva oyeron, y luego comenzaron a caminar a la mayor priesa que pudieron, y lo que más les ayudaba era que siempre iban cuesta abajo. De la manera que oido habéis anduvieron quince días, y al cabo de este tiempo, un día a hora de nona se hallaron en los Hundos Valles de Maullin; y bien los llaman hondos, que al parecer de los que en ellos estaban mirando al camino por donde habían bajado les semejaba que estaban en los abismos (en tan grandes honduras se hallaron) y tenían muy gran temor de las vidas, que les parecía cosa imposible tornar a subir por donde habían bajado. Por medio de aquellos Hundos Valles corría un río caudal de gran hondura y muy espantoso, por cuanto el agua que por él corría era, al parecer de quien la miraba, negra como un carbón. El camino que de allí adelante habían de andar era tan fragoso que a grande afán lo podían andar; el Caballero del León dijo a los caballeros y las doncellas del príncipe y infanta que aguardasen allí, que a él le parecía imposible poder ir por aquel camino; ellos le dijeron que harían su mandado, pues él así lo quería.

—Mucho bien me parece —dijo él.

Y así, se despidió dellos y ellos le encomendaron a Dios. Sabed que tomó su camino por la orilla del río sólo con su escudero tras él (que la lanza le llevaba) y su león que le seguía. Así caminó todo aquel día, a horas a caballo, a horas a pie, por el camino ser tal que no había quien por él anduviese. Ya que la oscura noche venía, el Caballero del León miró por ver si habría alguna parte adonde pudiese albergar él y su escudero, y vio que no había otra sino a la orilla del agua; y apeose de su caballo y Libanor le quitó el freno a él y a su palafrén para que paciesen de la yerba (aunque muy poca por allí había). El Caballero del León se sentó sobre el manto de su escudero, y se desarmó las manos y la cabeza y cenó de lo que su escudero le llevaba. Acabada que fue la cena, él se echó a dormir la parte de la noche que le quedaba; pero no la tuvo tal cual él la pensaba tener. Así como él se comenzó a dormir, fue tan grande el ruido y tan espantoso que dentro del río sonaba, que él despertó, y mirando al agua por ver qué cosa podía ser, aunque la noche hacía muy oscura vio una muy gran claridad, y era de lo que agora oiréis.

En medio de aquel hondo río estaban muchos y muy grandes pescados, era la grandeza de cada uno como un hombre, todos tan negros como un carbón; habían los ojos grandes, y tan bermejos, que dellos salía gran resplandor, tal, que todo el río alumbraban como si hachas estuviesen encendidas. A esta hora vio el Caballero del León que aquellos fieros pescados se partían en dos partes; habían brazos como si personas fuesen, y los rostros a manera de pescados. Partidos que fueron, se comenzó entre ellos una muy cruda batalla, tal, que espanto ponía a quien lo miraba, por cuanto ellos traían en sus manos espadas muy tajantes. Heríanse de todo corazón; hacíanse tales llagas, que el río (que era negro como un carbón) parecía todo tinto en sangre.

El Caballero del León estaba espantado mirando tal maravilla; muchos de los pescados que la batalla hacían caían muertos; esta cruel batalla duro bien hora y media. En este tiempo, de la otra parte del río vio salir una doncella con la una mano mesándose sus hermosos cabellos; en la otra traía un gavilán muy hermoso. La doncella atravesó todo el río como si por tierra firme viniera; desto fue muy espantado el Caballero del León. La doncella, que su llanto venía haciendo, le dijo:

—¡Ay por Dios, señor caballero, habed duelo desta dolorosa batalla, que ante vos tanto buen caballero ha perdido la vida!

Él le dijo:

—Buena doncella, son grandes las maravillas que me decís. Estos que pescados parecen ¿son caballeros?

—Sí son, sin falta; y en la vuestra mano está quitalles que no se den muerte tan cruda.

—Decidme cómo lo puedo hacer, que de grado lo haré por serviros.

La doncella le dijo:

—Atendedme un poco y veréis maravillas.

Y diciendo esto, la doncella dio un salto en el agua, de tal manera que no pareció más, y a poca de hora el Caballero del León vio a par de sí un caballero que muerto parecía estar, y sobre él cinco caballeros armados de todas armas que el corazón le querían sacar. La doncella que ya oístes que el gavilán traía en sus manos tornando a parecer, dijo al Caballero del León:

—Señor caballero, si ese caballero que ante vos está amparáis destos cinco caballeros que el corazón no le saquen, daréis cima a esto que visto habéis, que es la una de las siete aventuras que habéis de acabar.

El Caballero del León dijo a la doncella:

—Si más yo en esta primera aventura no tengo de hacer, muy presto será acabada, con ayuda de Dios.

Y diciendo esto embrazó su escudo y tomó su buena espada en la mano y dijo a los cinco caballeros:

—Ninguno de vos sea osado de llegar al caballero; si no, sepa que cualquiera que en él pusiere mano le ha de costar la vida.

—Por vos —dijeron los caballeros— no dejaremos de hacer el mandado de nuestra señora.

Y diciendo esto echaron mano del caballero para le sacar el corazón. El Caballero del León que esto vio, dio tal golpe al uno, que el brazo derecho le derribó. Como vieron los cuatro este golpe, todos de consuno fueron a herir en el

Caballero del León. Él que aguardándolos estaba, dio tal golpe al primero que ante sí vio, que muerto dio con él en el suelo; y así hizo al tercero y cuarto y quinto, que muy presto se libró dellos, como aquel que muy heridor era de espada y muy diestro en el pelear.

Esto hecho, los que en el agua hacían su batalla luego cesaron y fueron despartidos, unos a una parte y otros a otra, y luego todos los pescados de la una parte se vinieron a la orilla del río y tomaron al caballero que muerto parecía estar y metiéronle en el agua. El Caballero del León rogó a la doncella que le dijese quién era aquel caballero y los otros que en el río quedaban hechos pescados.

—¡Ay caballero! —dijo la doncella—. Vos no podéis saber esto hasta que me deis una de aquellas siete ramas.

En este tiempo ya comenzaba a amanecer, y él miró hacia la mano derecha y vio un árbol que siete ramas tenía una en pos de otra: luego fue con su espada y dio un golpe en una de ellas (que aunque algo era gruesa la cortó). Así como la rama fue cortada, salió tanta sangre della como si a una persona cortaran la cabeza; el Caballero del León decía en su corazón: «Por cierto, grandes son las maravillas que yo esta noche he visto». Luego apareció una visión tan espantable ante el Caballero del León, que aína muriera: tanto fue el espanto que le tomó. Y tú, lector, no te maravilles que este valiente y esforzado caballero hubiese temor, pues no hubiera persona que tan espantosa cosa viera que los sus días luego acabados no fueran, por cuanto era una fantasma y visión del Diablo.

El Caballero del León que²²⁹ vio que contra aquella cosa infernal las sus fuertes armas le valían nada, acordó de armarse de las armas de aquel Redemptor y Hacedor de todas las cosas, y poniéndolo por obra, luego, sin más se detener, hizo el signo de la cruz en la frente diciendo:

—¡Por esta señal desta Sancta Cruz, huya toda cosa mala!

Acabando de decir estas palabras, aquella visión infernal desapareció, llevando tan gran ruido por el aire, que espantosa cosa era a quien lo oía; allí quedó un olor tan malo que no había persona que lo sufriese. Libanor y la doncella no vieron aquella espantosa visión, ca sabed que no apareció sino sólo al Caballero del León.

A esta hora la doncella y Libanor se vinieron para él; ella le dijo:

—Señor caballero, vos habéis hecho tanto en haber dado cima a esta primera aventura, que no hay caballero en el mundo que viera lo que vós habéis visto que de espanto no muriera. Sabed que la rama que por mi mandado cortastes es la cabeza de una de las siete fadas, y aquella visión que ante vos pareció es la su ánima, y ella salió del su cuerpo tan hermosa como hizo las obras en este mundo. Ella está en las tinieblas infernales.

²²⁹ Suplo ‘que’ (75v).

Capítulo XXXVI

De cómo la Doncella del Gavilán dijo al Caballero del León todo lo que deseaba saber, y de cómo se probó en la segunda aventura y lo que en ella le acaeció.

LA Doncella del Gavilán dijo al Caballero del León:

—Mi señor, porque sois el mejor caballero del mundo y habéis hecho por mí más de lo que pensar podéis, os quiero decir todo lo que deseáis saber. Vos, mi señor, sabréis que yo soy sobrina de las siete fadas de los Hondos Valles. Dios me dotó, como veis, de tanta parte de hermosura. Mi padre viendo la mi beldad, me puso en un castillo que cerca de una floresta estaba, y allí me tenía en compañía de tres doncellas que me servían. Acaeció por la mi desventura, que fue grande, que aquel caballero que muerto vistes al parecer de quien lo miraba, pasando muchas veces a caza junto a mi castillo, fue de mí tan pagado que propuso en sí que jamás otra sería señora²³⁰ de su corazón sino yo, y con esta intención comenzó a hacerme muchos y grandes servicios, los cuales y todo lo demás vino a noticia destas siete fadas, que son mis tíos, y luego lo hicieron saber a mi padre. Y ellas por su gran saber trujeron al conde de Mautín, que es aquel caballero sin ventura, y a mí, a estos Hondos Valles, y aquí el conde hizo batalla con aquellos cinco caballeros y a la fin lo vencieron y pararonle tal cual oído habéis. Aquellos pescados que vistes que su batalla hacían eran parientes y amigos del conde, y las fadas mis tíos, porque vinieron a estos Hondos Valles en la su busca, tuvieron por bien de les dar la muerte que vistes y mudallos por sus artes en aquellas fieras figuras, y a mí me hacían estar a todo presente para que mayor pesar tomase. El corazón que al conde querían sacar decían que era para dar conhorte al mío, y esto hacían ellas porque muchas veces después que en estos Hondos Valles estoy me tomaban grandes²³¹ desmayos de corazón. Yo, mi señor, ha que estoy en esta triste morada bien siete años. Tomé por partido, para ver si de aquí me pudiese librar, de aprender algo de lo mucho que mis tíos sabían, y la una dellas, que es la menor, me ha mostrado mucho de las sus artes, y yo lo tomé tan bien, que cualquiera cosa se me entiende. Y por lo mucho que vos, señor caballero, habéis hecho por mí, haré yo tanto por vos que os daré la cabeza deste mi gavilán.

Y diciendo esto cortó la cabeza al gavilán que en las manos traía y diola al Caballero del León, y el cuerpo dél echó a volar, y díjole:

—Esa cabeza, señor caballero, guardad mucho, por que cuando vos halláredes el cuerpo sin cabeza de mi gavilán juntad la cabeza con él y luego todos los encantamientos de los Hondos Valles serán deshechos, y hasta que vos, mi señor, acabéis todas estas aventuras destos valles, aquellos caballeros y el conde de Mautín estarán de la manera que oído habéis. Y asimismo, agora, mi señor, podéis ir adelante, y así como a vuestra persona poned a mucho recaudo esa cabeza del gavilán, porque si ésa se pierde, vos y todos los que en estos valles están serán

²³⁰ 1587: ‘señor’ (76r).

²³¹ 1587: ‘grandas’ (76r).

perdidos, que jamás de aquí no saldrán mientras el mundo durare; y desto que dicho tengo no dudéis sino que será así. Y vaya Dios con vos, que yo espero en la vuestra alta caballería que acabaréis lo comenzado.

El Caballero del León se despidió de la doncella, y ella lo encomendó a Dios, y se fue por su camino arriba orillas del río. Era tan fragoso que no podía andar el caballo y fuele forzado caminar a pie; desta manera anduvo tres días, albergando las noches siempre junto al agua. Yendo su camino, un día a hora de vísperas vio una angosta carrera de la otra parte del agua, y dejó el camino que llevaba y se entró por la senda y diose de andar a muy gran priesa por la mucha voluntad que tenía de ser fuera de aquella tierra. Como una pieza anduvo, oyó unas voces de una doncella que con mucha fatiga se quejaba demandando a Dios misericordia.

Como el Caballero del León la oyese, diose mayor priesa andar que antes llevaba, y entró en un hermoso bosque, y como en él fue oyó muy cerca las voces, y mirando a una y a otra parte vio un arco de piedra; él se entró por él, y de la otra parte vio un prado maravillosamente hermoso, en medio dél estaba una columna de piedra parda, y encima della sentada una hermosa doncella. Tenía vestida una ropa de hilo de oro, y sus hermosos cabellos tendidos por las espaldas, y encima dellos tenía una rica corona de reina; tenía asimismo en torno de sí cuatro espadas desnudas que se tenían en el aire: todas cuatro estaban tintas en sangre, y las puntas tenían hacia la reina, a manera de la querer herir. Encima de su cabeza estaba otra espada, asimismo tinta en sangre y la punta vuelta hacia la cabeza de la reina cuanto dos palmos; debajo de sus pies tenía un estrado sembrado de muchas y muy agudas navajas, asimismo lo que de la columna se parecía, por manera que sin darse la muerte de allí no podía bajar. En la falda tenía una cabeza de un caballero corriendo sangre.

Aquella reina tenía sus hermosas manos puestas ante sus ojos, y esto hacía ella más por no ver la cabeza del caballero muerto que en su falda tenía (que muy espantosa estaba) que por temor de la muerte, aunque muy cercana la tenía viéndose amenazar con aquellas cinco espadas; de rato en rato daba dolorosos sospiros quejándose de su triste ventura. El Caballero del León la estuvo mirando una pieza, y jamás vio cosa que tanto dolor le hiciese como de ver a aquella hermosa reina puesta en tanta fatiga. Libanor le dijo:

—Señor, cosas muy estrañas son las que en estos valles habemos visto.

El Caballero del León estuvo por una pieza pensando cómo podría librirla de aquella pena, y a la fin se determinó de llegarse a la columna adonde la reina estaba, para quitarla de allí como mejor pudiese, y como él lo pensó lo puso por obra; pero no le avino como él lo quisiera, que así como a la columna quiso llegar, cinco pasos en torno della vio un espantoso fuego; el Caballero de el León fue muy triste, porque no vio manera como a la reina pudiese librar. Estando de la manera que oído habéis miró a la mano siniestra y vio venir a muy gran priesa un gran ciervo; tenía muy grandes y muy crecidos cuernos, de los gambitos²³² traía colgadas cinco redomas llenas de agua, cada una de su manera, y como llegó al Caballero del León, él le comenzó a hablar en esta manera:

²³² Ramificaciones, de deja entender.

—Valeroso príncipe don Cristalián, no te espantes en verme hablar como si persona fuese, que yo te hago cierto que soy espíritu que por mandado del sabio Doroteo soy venido aquí para te servir dentro deste animal: toma esta primera redoma, y el agua que en ella viene échala en aquel fuego y luego lo matarás; y después desto hecho, yo andaré en la tu compañía hasta tanto que no me hayas menester.

El Caballero del León le dijo:

—Grande es el saber del sabio Doroteo, y yo le debo más que cuantos hoy son nacidos, según lo mucho que por mí ha hecho.

Y diciendo esto tomó la redoma de los cuernos del ciervo y arrojola en aquel espantoso fuego (que ya había crecido tanto, que la llama más alta llegaba a la mitad del cuerpo de la reina). Así como la redoma fue en el fuego quebrada, súbitamente fue muerto. Como el Caballero del León esta maravilla vio, luego se fue para la columna, y así como a ella llegó vio que debajo de la tierra salía una grande y temerosa sierpe; la su grande y muy gruesa cola comenzó a revolver por la columna, y el cuerpo y los brazos tenía hacia el Caballero del León. Él la fue a herir con su buena espada por cima de la cabeza, y diole tal golpe que se la hendió.

Así como la sangre de la sierpe salió, súbitamente fueron hechas muchas y muy temerosas sierpes, y todas fueron con sus uñas y muy agudos dientes a herir en el Caballero del León; él se defendía de ellas con su buena espada, pero poco le aprovechaba su ligereza, que si una mataba, de la sangre de aquella se hacían diez, por manera que eran tantas que el Caballero del León tuvo mil veces la vida por perdida. Estando este valeroso príncipe haciendo su batalla con estas temerosas sierpes, el ciervo dijo a Libanor:

—Toma esta segunda redoma y arrójala sobre aquellas sierpes. Y mira que no la eches hacia la parte adonde tu señor está; si no, venirle ha gran daño.

Como el ciervo esto dijo a Libanor (que muy espantado estaba, y gran temor de las sierpes tenía) fue muy presto, y tomando la segunda redoma la arrojó sobre la mayor parte de las sierpes, y así como la redoma fue quebrada luego cayeron muertas, las unas con el agua que encima les cayó, y las otras con el olor.

Como el Caballero del León se vio libre de aquellas ponzoñosas animalias hincó los hinojos en el suelo y dio muchas gracias a Dios por la merced recibida; y mirando a la reina, vio que había hecho tanto como nada, porque estaba con la misma pena que cuando él allí había venido. Fue muy airado contra sí de ver que no tenía poder para acabar aquella aventura, y volvió la cabeza a Libanor su escudero y pidiole la lanza; él se la dio, el Caballero del León la tomó en sus manos y dijo:

—A lo menos, pues que al no puedo hacer, yo quitaré del poder de la reina aquella cabeza que tanta pena le da.

Y diciendo esto se la echó de la falda en el suelo. Así como la cabeza cayó, repentinamente las cinco espadas sangrientas que contra la reina estaban se volvieron al Caballero del León, y con ellas le herían de duros y muy pesados golpes, y de tanta fuerza, que cuando los golpes a derecho le acertaban no le prestaba armadura que trujese, que las armas y la carne le cortaban. Esta fue una muy espantosa batalla, y digo espantosa porque no había persona alguna que lo

hiriese: se mejábale que con el aire se combatía, pero no le parecía aire en los grandes y muy pesados golpes que recibía.

A esta hora el Caballero del León andaba muy sañudo, y arremetió con una de las espadas para la tomar si pudiese. Como él tendió la mano hacia la espada, fuertemente le asieron della, y por mucha fuerza que él puso no le presto cosa alguna, que muy ligeramente lo llevaban. Como el ciervo esto vio, dijo a Libanor:

—Amigo, toma esta tercera redoma y muy presto la quiebra sobre tu señor.

Libanor que muy cuitado estaba, tomó muy presto la tercera redoma del cuerno del ciervo y fue al más correr y quebrala sobre el Caballero del León, y así como esto fue hecho, luego los que asido lo llevaban lo soltaron, y no viendo quién, se comenzó un muy triste llanto, y tan doloroso, que mucho eran espantados los que lo oían, y no podían pensar quién fuesen aquellas gentes que el duelo hacían.

Las cuatro espadas se desaparecieron, y la una se hincó en el suelo y junto a ella vieron una dueña de buenos paños vestida, y dando un doloroso suspiro tomó la espada que en el suelo estaba, y muy presto, antes que socorrida fuese, se la metió por el lado del corazón y luego se tendió con la rabia de la muerte. El Caballero del León estaba muy triste en ver la dueña muerta por tan extraña aventura, y quería morir con pesar por no la haber más presto socorrido. Como el ciervo le vio tan ocupado en aquellos pensamientos, díjole:

—Caballero, no estés triste, que con la muerte de esa mala dueña los encantamientos de esta aventura son deshechos y la reina será libre.

Luego todas las navajas que en el estrado y columna estaban vieron caídas en el suelo; el Caballero de el León se fue muy presto para la reina y muy ligeramente subió en el estrado que cerca della estaba, y tomándola por las manos le dijo:

—Mi señora, la vuestra merced tenga por bien de se venir comigo.

—Ay buen caballero —dijo la reina—, que de grado iría en vuestra compañía antes que con cuantos son nascidos, por los grandes beneficios que de vos rescebidos tengo; pero yo no puedo moverme de aquí hasta que todas las aventuras de los Valles Hondos sean acabadas! Mi señor, pues a las dos habéis dado cima, así haréis a las demás que os quedan. Yo os aguardare aquí, que harto bienaventurada me hizo Dios, pues delante de mis ojos me quitastes la cabeza de la persona del mundo que yo peor quería.

—Decidme, si os pluguiere —dijo el Caballero del León—, quién era aquel caballero que aquella cabeza cortaron, y asimismo quién la vuestra merced es.

—Eso haré yo de grado —dijo la infanta²³³ por os servir. Sabréis que yo soy la triste reina de Zizamarán. El rey mi padre, que muy bueno y esforzado era, fue muerto por la mayor traición que decir se puede. Estas siete hadas de estos Valles Hondos son hijas del desemejado Dalión; ellas tenían un hermano, asimismo feo y desemejado como lo era su padre; había nombre Dalid el Fuerte, y por la mi triste ventura oyó decir de la mi hermosura, y como era caballero mancebo, luego se partió para el reino de mi padre, y como me vio, sin más se detener me pidió en casamiento; el rey le respondió que por entonces no tenía voluntad de me dar marido. «Pues conviene, dijo él, que me deis a vuestra hija aunque no la tengáis». «Ésa no daré yo, dijo el rey, contra la mi voluntad, a vos ni a cuantos en el mundo

²³³ ‘Reina’ se leyó hasta ahora (77v).

son». Como el rey esto dijo, el malo de Dalid no aguardó más, sino luego echó mano a su espada y dio tal golpe al rey, que lo mató. A esta sazón estaba en el palacio el buen caballero don Ginestacio el Probado, que, por me servir, a la corte del rey mi padre era venido, y como vio la traición de Dalid echó mano a su buena espada y diole tal golpe encima del hombro que le cortó el brazo siniestro con parte del costado, que a la sazón estaban desarmados, y luego Dalid cayó muerto, y don Ginestacio cuidando que no era muerto, fue sobre él y cortole la cabeza. Como esto acaesció hubo gran revuelta en el palacio con los caballeros que en compañía de Dalid venían; finalmente, a todos ellos les dio cruel muerte don Ginestacio, y como esto fue hecho, el palacio se desembarazó de los cuerpos muertos y fueron hechos grandes llantos por la muerte del rey, que de todos era muy amado. Dada sepultura al rey, todos los altos hombres me tomaron por señora, pues otro heredero no había sino yo, y diéronme corona de reina. Don Ginestacio, que hijo del rey de Natales era, me pidió que pues ya no tenía padre, que yo le tomase por marido. Viendo su alta caballería túvelo por bien y díjele que yo haría lo que él me rogaba, pero que no lo quería hacer sin que todos los altos hombres de mi reino lo tuviesen por bien; él me respondió que todo se hiciese a mi voluntad. En este tiempo acaeció que los caballeros de Dalid llevaron a su señor muerto a su tierra, y como estas siete fadas lo supieron, que sus hermanas son, luego quisieron tomar de mí la venganza de la muerte de su hermano. Y fue desta manera: que teniendo yo un día cortes ante todos los altos hombres de mi reino vino una grande y muy espesa niebla en el palacio, y fue tal, que los unos a los otros no nos víamos, y con aquella escura niebla yo fui robada de mi propio palacio sin ser de nadie socorrida. Yo, señor caballero, fui traída a estos Hondos Valles y puesta en tanta fatiga como vistes, y por que más angustia mi corazón sintiese me pusieron la cabeza de Dalid en mis faldas. Yo doy muchas gracias a Dios por las grandes mercedes que hoy me ha hecho, y después de Dios las doy a vos, que por la vuestra gran bondad me quitastes de la pena que cada momento padecía. Contado os he todo lo que saber deseábades: muy ahincadamente os ruego que siempre os acordéis de mí y en la vuestra compañía me saquéis destos valles.

El Caballero del León le prometió de la servir en todo lo que mandar le quisiese. En este tiempo ya la escura noche sobrevenía; el Caballero del León dijo a la reina:

—Yo quisiera mucho que la vuestra merced quedara más a su placer que queda.

—Yo quedo muy bien —dijo ella—, que con el esperanza que tengo de salir presto destos valles no siento pasión ninguna.

—Pues que así es —dijo el Caballero del León— que más no se puede hacer, habrémonos de sufrir.

Y así, se bajó del estrado de la reina y se fue adonde Libanor y su caballo estaban, y junto al arco de piedra albergó aquella noche. El ciervo que ya oístes se fue para él y le dijo:

—Señor caballero, tomad esta cuarta redoma y dadla a la reina de Zizamarán, y decidle que beba desta agua y que con ella se sosterná hasta que vós deis cima a las aventuras destos valles.

El Caballero del León fue muy ledo, y tomando la redoma, la llevó a la reina diciéndole lo que el ciervo le había dicho. Ella la tomó, y bebiendo un poco del

agua le pareció que había comido todos los manjares del mundo, y fue muy espantada de ver tal maravilla. El Caballero del León se volvió adonde su escudero estaba y díjole:

—Amigo Libanor, yo tengo algunas llagas que las sierpes me hicieron, y no sé cómo dellas sea curado

El ciervo dijo a Libanor:

—Quitarás estotra redoma, y con el agua que tiene lava las llagas a tu señor y luego será guarido; porque sey cierto que esta agua es de la Fuente de Pretenda, de lo que el emperador Lindedel tiene, y sabiendo Doroteo la necesidad que el príncipe dello había de tener en estos valles, lo pidió al emperador su padre, aunque no le dijo para qué lo quería.

Mucho fue alegre Libanor de oír aquellas nuevas, que mucha necesidad tenía de ser curado su señor; y tomando Libanor la redoma, el ciervo se desapareció, que por entonces no lo vieron más. Luego Libanor desarmó a su señor, y lavándole las llagas con el agua de la redoma fue guarido como de antes estaba, y así, se tornó a armar, y echándose sobre el manto de Libanor pasó la noche con mucha tristeza en se ver apartado de su señora la princesa Penamundi.

Venido el día, enlazó su yelmo y subió en su caballo, y Libanor en su palafrén (que la lanza le llevaba), y así, se dieron de andar por el valle abajo a gran priesa hasta hora de sexta, y en este tiempo él se halló en una muy hermosa floresta, y en medio della vio una torre muy alta en torno de la cual había cinco torres pequeñas. Él se las paró a mirar, y llegándose más cerca de la torre oyó gran ruido dentro de muchas gentes; él lo estuvo escuchando y no pudo entender por qué daban tales voces: acordó de llamar, para saber qué cosa podía ser aquélla. Luego se paró a una finiesta de la torre un enano muy feo, y dijo a Libanor:

—En mal punto vós llamastes a la puerta, que me quitastes de ver dar la muerte a la infanta Gradabela.

—Dime —dijo el Caballero del León—, ¿por qué razón se la quieren dar?

—Porque estando en casa del rey su padre, que es rey de Asalatas, esta infanta oyó decir de los grandes daños que estas siete fadas con su saber hacían, ella le rogó muy ahincadamente que enviase por un gran sabio, porque la su voluntad era de aprender las artes y juntamente ella con su maestro destruir estas siete hermanas. Y como a su noticia dellas vino, saliendo la infanta un día holgarse a una casa de orden que tres millas de la ciudad estaba, en el camino la robaron y trujeron a estos Hondos Valles, y hoy es el día que la muerte le quieren dar.

—Mucho te ruego —dijo el Caballero del León— que me abras la puerta para entrar allá.

—Y ¿para qué queréis vós entrar acá?

—No para más de ver la muerte que a la infanta dan: porque holgaré mucho de la ver morir, pues tan mala intención tenía contra estas siete hermanas.

—Pues que vós sois amigo destas fadas, yo abriré una puerta falsa pequeña que destotra parte está.

El Caballero del León se lo agradeció mucho; el enano le dijo que se pasase de la otra parte de la torre; él lo hizo así y vio una pequeña puerta abierta, y luego se apeó y se entró en la torre, y el león tras él, y Libanor metió el caballo de diestro. Así como dentro en un corral que allí estaba fue, subió en su caballo y estuvo

quedo, por no ser de nadie sentido. Estando de la manera que oído habéis, él se llegó a una pared y por una saetera que en ella estaba miró lo que en un gran patio que en la torre había se hacía, y vio cómo a gran priesa dos hombres hincaban un madero, y como fue puesto, vio a una dueña desde unos corredores que decía a muy gran priesa:

—Saquen acá esa infanta y mandarla he dar el galardón de lo mucho que a mí y a mis hermanas quería.

Y como esto dijo, seis caballeros sacaron a la infanta de una muy escura prisión, y como en el patio fue, el Caballero del León fue muy espantado de la su gran hermosura (aunque algo estaba amarilla de haber estado tanto tiempo en la prisión). Como la infanta en el patio se vio, comenzó a llorar muy agriamente diciendo.

—¡Oh Padre de piedad, y cómo son los tus secretos grandes! Acuérdate de mí, Señor, en esta hora tan temerosa de la muerte, y pues tú, Señor, tuviste por bien que yo fuese aquí traída, en todo se cumpla tu voluntad. ¡Oh sacrosanta Reina de la tierra y Emperatriz de los cielos, acuérdate desta triste doncella y ruega por mí a tu muy amado Hijo y Redemptor mío y de todo el humanal linaje! ¡Oh serenísima Reina de la vida, dame esfuerzo para que te llame, que ya con el temor de la muerte mis fuerzas desfallecen!

A esta hora la dueña que en los corredores estaba comenzó a dar muy grandes voces diciendo a los caballeros que a la infanta sacaban de la prisión que luego la desnudasen y la pusiesen en el palo. Fue hecho lo que la dueña mandó, que muy crudamente aquellos caballeros (que oficio de sayones²³⁴ tenían) la desnudaron hasta la dejar en camisa y la pusieron en el palo muy bien con fuertes ataduras, y la dueña hizo que la atasen un paño por delante de los ojos y luego mandó que saliesen los ballesteros para que con saetas le diesen la muerte. En este tiempo la triste infanta estaba ya casi muerta: tan grande era el temor que de la muerte tenía. Como los ballesteros salieron, el Caballero del León dijo a Libanor que muy presto le abriese una puerta que a la otra parte salía; Libanor hizo su mandado y el Caballero del León entró tras los ballesteros, y así como en el palacio fue, dijo en alta voz:

—Ninguno sea osado de poner mano en la infanta; si no, sepa que morirá por ello.

Como la dueña vio al Caballero del León fue muy espantada, y dijo a grandes voces:

—Mis caballeros, prededme ese mal caballero; y por ninguna cosa no le matéis, porque yo le daré la muerte que su loco atrevimiento merece.

Luego los seis caballeros, que armados estaban, subieron en sus caballos y todos juntos fueron a acometer al Caballero del León, y como él contra sí los vio venir, tomó la lanza a su escudero y encontró al que delante de todos venía de tal encuentro que dio con él muerto en el suelo sin que la lanza se le quebrase. Los cinco que vivos quedaron le encontraron muy poderosamente; pero como el Caballero del León era de muy gran fuerza no le movieron de la silla, aunque todos quebraron en él su lanzas. Él encontró al uno de ellos de tal manera por el lado

²³⁴ Verdugos.

derecho, que el hierro de la lanza le pasó de la otra parte y luego cayó muerto. Con este encuentro quebró el Caballero del León su lanza, y luego echó mano a su buena espada Filandria diciendo:

—No penséis, malos caballeros, que por venir todos juntos habéis de escapar de mis manos.

Y así, se comenzó entre ellos una muy cruda batalla, que los caballeros eran buenos y herían muy a menudo; pero toda su buena caballería no les aprovechó, porque al que el Caballero del León alcanzaba golpe a derecho no tenía necesidad de más pelear, que cada golpe que daba era la muerte que por ellos venía. A esta hora ya no le quedaba más de dos con quien se combatiese. y a éstos dio tanta priesa que en poco rato los paró tales que el uno cayó casi muerto y el otro volvió las riendas a su caballo y metióse por una puerta que en el palacio estaba; como el Caballero del León le vio ir huyendo no curó más dél. Como la dueña que a los corredores estaba vio la perdición de sus caballeros, a grandes voces dijo a los ballesteros que con sus saetas matasen al caballero y a la infanta. Como el Caballero del León esto le oyó decir, díjoles:

—Ninguno de vós ponga mano en las ballestas; si no, yo os haré morir mala muerte.

Y ellos viendo cómo a los caballeros había ido (y también del grande espanto que del león tomaron, que ya junto a ellos estaba), no osaron hacer lo que su señora les mandaba, antes sin ninguna cosa decir se salieron por la puerta de la torre y se fueron huyendo. Como la dueña así los vio ir y quedaba sola en la torre, quiso se ella misma más dar la muerte que aguardar a que el Caballero del León subiese, y así como lo pensó lo puso por obra, que luego se arrojó del corredor abajo y dio con su cabeza en las losas del patio, que los sesos le saltaron della. Como el Caballero del León tal cosa viese fue muy espantado, y pesole de ver morir aquella dueña de tal manera. Él se apeó de su caballo y se fue para donde la infanta estaba y con su espada le cortó las cuerdas con que era atada, y tomándola en sus brazos la puso en el suelo. Como la infanta estaba en camisa hubo mucha vergüenza dél, y díjole:

—Mi señor, yo más que cuantas nacieron soy en obligación de os servir, que me habéis quitado de la muerte sin me conocer. Dios que es poderoso para hacer semejantes mercedes, os dé el galardón de lo que por mí habéis hecho.

El Caballero del León demandó a Libanor su manto, y con él cubrió a la infanta diciéndole:

—Mi señora, por lo que yo he hecho no merezco gracias, por cuanto si yo esto no hiciera, mal empleada fuera en mí la orden de caballería.

Y así, la tomó de brazo y se subieron por una escalera de la torre, y como en los corredores fueron vieron una puerta de una sala, y el Caballero del León se entró por ella llevando consigo a la infanta, y a la entrada de la sala dijo:

—Mucho quería saber si hay alguna persona en esta torre.

No hubo él acabado de decir esto que oído habéis cuando oyeron una medrosa voz, al parecer de quien la oía. Aquella persona que la voz dio estaba tras una de las puertas de la sala, y comenzó a decir:

—¡Ay por Dios, señor caballero, merced, que yo os serviré toda mi vida si no me matáis, pues en la mi muerte ganaréis poco!

El Caballero del León miró y vio al enano que la puerta le abrió, y como él vio al caballero, tanto miedo le tomó, que se dejó caer en el suelo amparándose con sus manos pensando que lo quería matar. El Caballero del León le dijo:

—Levántate, amigo, no hayas miedo. ¿No te acuerdas de la buena obra que me hiciste en abrir la puerta? Ruega tú a Dios que me dé vida, que yo te lo pagaré.

Como el enano vio así hablar al caballero fue mucha la su alegría, y díjole:

—Pues que no me matáis, vos habéis cobrado en mí un buen amigo y servidor.

Y con esto se levantó; el Caballero del León le dijo:

—Yo te agradezco la buena voluntad que me tienes. Mucho te ruego que me traigas los vestidos de la infanta, si sabes dónde están.

—De esos servicios, señor caballero —dijo el enano—, haceros he yo muchos y sin cuenta.

Y luego comenzó a correr por la sala. La infanta se rio de ver la diligencia del enano, y asimismo se espantó de ver cosa tan fea. Ella se asentó en un estrado que en la sala estaba, y no tardó mucho cuando vieron venir al enano cargado con los vestidos. Mientras la infanta se vestía el Caballero del León preguntó al enano si había alguna gente en el castillo:

—No hay nadie —dijo el enano— sino yo, que soy presto para os servir con el ayuda de vuestro escudero, que yo le diré adónde están todas las cosas que menester hubiéredes, y él hará todo lo demás.

En este tiempo la infanta estaba vestida, y ella rogó muy ahincadamente al caballero que se desarmase, pues en la torre no había de quien temer. Él hizo su mandado, y como el yelmo se quitó, la infanta fue muy espantada de ver la gran hermosura del caballero, y díjole:

—Mi señor, si os pluguiere decirme quien sois, mucha merced me haríades en ello.

—Señora —dijo él—, quienquier que yo sea, soy muy aparejado para os servir; pero quién yo soy yo mismo no lo sé: mala cuenta podría dar a otro de mi vida.

Como la infanta vio que se quería encubrir calló, que en aquel hecho no le habló más. El Caballero del León se acabó de desarmar y cubriose el manto de Libanor, y díjole:

—Vete con ese enano y mira si hay alguna cosa en este castillo para que coma la infanta.

Libanor hizo su mandado. En este tiempo que la cena se aparejaba, la infanta Gradabela dijo al Caballero del León:

—Señor caballero, no sé si sabéis la mi triste suerte y de la manera que yo a estos tristes Hondos Valles de Maullín fui traída.

El Caballero del León le dijo:

—Ya, mi señora, lo supe, que antes que en esta torre entrase me lo dijo este enano que aquí vistes. Grandes son los daños que estas hadas hacen por el mundo: mal empleado es en ellas lo que saben.

—Con razón se puede decir —dijo la infanta—, y quiera Dios que todas hayan mala fin, como la hubo ésta.

—Los malos —dijo el Caballero del León— poco duran en esta vida.

La infanta le dijo:

—Mi señor, ¿cómo saldré yo de aquí?

Él le dijo:

—Por agora no puede ser salir, hasta que todos los encantamientos destos valles sean deshechos.

Mucho fue la infanta triste en oír tales nuevas, y fuelo tanto que el Caballero del León se lo conoció en el semblante que mostraba, y díjole:

—Señora a lo que más no se puede hacer la vuestra merced se aconhorte, que en esta torre puede aguardar hasta que yo ande todos estos valles, que será lo más presto que yo pudiere:

La infanta le dijo:

—Grande será la mi soledad, mas parécheme que no puede ser menos.

Estando en esto vino Libanor y el enano con la cena aparejada trayendo lumbres encendidas (que ya era tarde). El enano (que Raduel había nombre) dijo:

—Ved, señor caballero, sí tenéis en mí más de lo que pensáis: mirad qué cena os traemos aquí aparejada.

—Buena —dijo el Caballero del León—, yo te agradezco tu buen servicio.

Así, cenaron con mucho placer, oyendo lo que Raduel el enano les decía (que muy donoso era). Acabada que fue la cena, el Caballero del León dijo a Raduel:

—Amigo, en lo que agora te quiero rogar veré la voluntad que me tienes.

Raduel le dijo:

—Señor caballero, no me mandaréis vos cosa en esta vida que yo no la haga mejor que cuantos hoy son nacidos, aunque me veis algo pequeño de cuerpo.

—Mi amigo Raduel —dijo el Caballero del León—, lo que tú por mí has de hacer es servir muy bien a la infanta Gradabela, que sola contigo ha de quedar en esta torre.

—Agora me decid —dijo Raduel— si me lo decís de verdad.

—Sí —dijo el Caballero del León.

—Pues yo os digo que veréis maravillas, y que nunca la infanta Gradabela fue tan bien servida en casa del rey su padre como lo será mientras en el mi poder estuviere.

—Quiero ver —dijo el Caballero del León— si hay bastimentos en esta torre hasta que yo acabe de andar estos valles.

—Tardaréis un año —dijo Raduel.

—Bien creo yo —dijo el Caballero del León— que no tardaré un mes, con el ayuda de Dios.

—Pues bastimentos hay en la torre para más de dos años —dijo Raduel.

Muy alegre fue de lo oír el Caballero del León, y así, estuvieron hablando, y cuando fue hora de dormir, Raduel dijo a la infanta:

—Andad acá, mi señora, que yo os llevaré adonde descanséis.

La infanta se levantó, y despidiéndose del Caballero del León se fue con el enano, el cual la llevó al aposento de la dueña señora de la torre, y metiéndola en una rica cámara le dijo:

—Mi señora, veis aquí este lecho en que podréis descansar del trabajo pasado.

La infanta se quedó allí, y Raduel tornó adonde el Caballero del León estaba y díjole:

—Mi señor, andad acá.

Él se levantó y Raduel lo llevó a otro aposento y mostrole adonde un rico lecho estaba, y allí se acostó. El enano tomó a Libanor y le llevó adonde durmió a su placer. Pero del Caballero del León os digo que durmió muy poca parte de la noche pensando en su señora la princesa Penamundi (que mucho era triste con deseo de la su vista), y contemplando en su hermosura se pasó todo lo demás de la noche sin dormir. Venida que fue la mañana, él se levantó y luego fue armado con el ayuda de Libanor su escudero y se fue al aposento de la infanta, y despidiéndose della se salió de la torre.

Capítulo XXXVII

De cómo el Caballero del León tomó la demanda de la cuarta aventura y de lo que en la acabar le acaeció.

El tomó su camino por una senda muy angosta que a la mano derecha estaba, y por ella se dio mucha priesa a andar, y así, anduvo tres días sin hallar cosa en que se detuviese. Al cuarto, a hora de prima, hallaron una hermosa fuente extrañamente labrada; a la una parte estaba un padrón, y encima dél una imagen de una hermosa doncella, y en las sus manos tenía un letrero que decía así:

Esta fuente que aquí veis ha nombre la Fuente Sátira, adonde el rey Mida se lavó las manos cuando todo lo que en ellas tomaba se le tornaba oro por el don que Líbero Padre²³⁵ le dio. Quien los grandes tesoros del rey Mida quisiere haber pase adelante; pero mire y guárdese se la cruel saeta de la infanta Celia, señora del Monte Pelio, que los grandes tesoros del rey Mida en la su guarda tiene.

Como el Caballero del León hubo leído el letrero que la imagen de la doncella en sus manos tenía, no se detuvo más, antes se dio de andar por una senda arriba hasta que la noche le tomó en el camino y albergó debajo de unos árboles que a la una parte estaban. Apeándose de su caballo se desarmó las manos y la cabeza, y echándose sobre el manto de su escudero durmió una parte de la noche, y lo demás que le quedaba pasó pensando en su señora, Venida que fue la mañana él se armó la cabeza y las manos (que desarmado tenía), y subiendo en su caballo siguió el camino que el día antes llevaba.

Llegó a hora de nona a un hermoso prado, y en medio dél estaba un cielo maravillosamente obrado al cual sostenían cuatro columnas; debajo dél estaba un castillo hecho en cuadro, con cuatro torres pequeñas a las esquinas. Él lo estuvo mirando, y vio encima del cielo una hermosa doncella ricamente guarnida, que las ropas que tenía eran de hilo de oro; sus hermosos cabellos, cogidos en una red de plata toda ella sembrada de muchas perlas y piedras de gran valor; tenía hermosos zarcillos de ricas y muy preciadas perlas. En medio del cielo estaba una pequeña

²³⁵ *Liber Pater*, equivalente romano del dios griego Dioniso, que concedió a Midas el poder de convertir en oro todo lo que tocase.

columna dorada, y aquella hermosa doncella tenía puesta en la columna la mano siniestra, y como al Caballero del León vio, díjole:

—Caballero, conviene que me digáis qué ventura os ha traído por estos Hundos valles, o qué es lo que andáis a buscar.

—Hermosa doncella —dijo el Caballero del León—, lo que yo por estos valles ando a buscar es ver lo que en este castillo está.

—Y ¿para qué lo queréis vos ver —dijo la doncella—, que no vos tiene pro?

—Mi señora —dijo el Caballero del León—, la vuestra merced sea de me lo mostrar. Y hacer me heis el más bienandante de cuantos nacieron si con la vuestra licencia veo lo que en él hay.

—Ésa no daré yo —dijo la infanta—; y si vos fuerza me queréis hacer, comprar lo heis caramente, y demás desto, vos iréis contra la orden de la caballería.

—No lo quiera Dios —dijo el Caballero del León— que yo fuerza haga a dueña ni doncella, cuanto más a tan alta señora como vos parecéis.

—Bien creo yo que no sabéis quién yo soy —dijo la infanta.

—No hay cosa que yo más deseé saber —dijo el Caballero del León.

—Pues por que conozcáis la mi grandeza yo diré lo que deseáis saber.

El Caballero del León se le humilló; la doncella le dijo:

—Sabed que yo soy la infanta Celia, señora del Monte Pelio. Tengo en la mi guarda los grandes tesoros del rey Mida: soy poderosa para los defender de todo el mundo que tomar me los quisiese. Yo he dicho lo que por ventura saber no pudiérades.

El Caballero del León le dio muchas gracias por la merced que hecho le había, y le dijo:

—Mi señora, yo no tengo de pasar de aquí hasta que los tesoros del rey Mida vea, y esto ha de ser con la vuestra voluntad; y si luego no fuere, será de aquí a grandes tiempos, por cuanto yo no tengo de pasar de aquí sin los ver.

Como la infanta Celia esto oyó, fue tan airada contra él, que luego tomó un arco que cerca de sí tenía, y poniendo en él una saeta, tiró con ella al Caballero del León, y diole en los pechos tal golpe, que no le prestó armadura que trujese que a la carne no le llegase. Así como la saeta a la carne llegó, súbitamente el Caballero del León fue tornado una ave la más hermosa que jamás fue vista (ca sabed que las sus armas no le pudieron defender, que el encantamiento de la saeta era más antiguo y de más fuerza que no el que Doroteo en las armas había hecho) y luego se fue por aquellos valles volando, que a muy poco rato Libanor le perdió de vista. La infanta dijo:

—¡Allá irás, mal caballero, pues tan loco pensamiento tenías!

Como Libanor viese por tal ventura perdido a su señor, comenzó a hacer el más esquivo llanto que jamás se vio, diciendo:

—¡Oh valeroso príncipe, y cómo la ventura te fue tan contraria que fueses poderoso para te defender de cuantos caballeros hoy son en el mundo nacidos, y que viniese una flaca doncella a dar fin a tu imperial persona! ¡Ay de ti Libanor, que tan tristes nuevas llevarás al emperador Lindedel su padre, y asimismo te conviene ir a Constantinopla para que todos sepan tu triste suerte! ¡Oh emperador Aliandro y princesa Penamundi, y cuánto dolor será para vós oír estas tristes nuevas! Mas ¡qué digo yo!, que más triste es mi ventura de lo que yo pienso, que

jamás destos valles saldré. ¡Oh príncipe Bridonel y infanta Gaudebia, cómo jamás seréis tornados en vuestro ser! ¡Oh caballeros y doncellas que en la su guarda y compañía venistes, cómo pereceréis en estos tristes valles! ¡Oh Doncella del Gavilán, y cómo fueron las tus palabras falsas y sin ninguna verdad! ¡Oh triste reina de Zizamarán, y cómo fenecerán los tus días esperando aquel buen caballero! ¡Oh infanta Gradabela, y cuán triste hora será para ti cuando tú de mí estas tristes nuevas oyeres!

Y diciendo esto tomó el caballo de su señor de diestro, y el león de la otra parte, y haciendo su triste llanto se fue para la torre adonde la infanta Gradabela estaba. Y como a la torre llegó, comenzó a llamar y luego el enano Raduel lo salió a responder desde una finiestra, y como a Libanor vio venir haciendo tan triste llanto, y vio que traía el caballo de su señor, sin decir nada a Libanor se fue adonde la infanta Gradabela estaba, diciéndole:

—Mi señora, grande y crecido es el mal que hoy nos ha venido; y tal daño es, que por él perderemos las vidas. ¡Oh Caballero del León, pluguiera a Dios que cuando tú en esta torre entraste yo fuera muerto por tus manos y no pereciera en estos valles de hambre, como cosa desastrada!

Cuando la infanta Gradabela esto le oyó decir, luego entendió que el Caballero del León era muerto, y hiriéndose con sus manos en el rostro dijo al enano:

—Raduel, ¿qué tristes nuevas son estas que me traes?

—No sé —dijo él—: veo venir a Libanor con el caballo de su señor haciendo muy triste llanto.

La infanta que esto le oyó decir, dijo:

—¡Ay captiva! Anda ve, abre la puerta y sabremos del todo el fin de nuestros días.

Raduel le bajó a abrir, y como vio a Libanor, díjole llorando:

—Compañero, ¿qué es de vuestro señor?

Tanto dolor sintió Libanor, que no le pudo hablar palabra, sino así como en la torre entró arrendó su caballo y subiose adonde la infanta estaba, y así como ante ella se vio, la infanta le dijo:

—Amigo Libanor, ¿adónde queda tu señor?

Como él la oyó hablar, dio un golpe consigo en el suelo tal como muerto. Como la infanta tal lo vio, luego mandó al enano que le trujese agua; la infanta se lo echó en el rostro y luego Libanor tornó en su acuerdo. Ella le dijo

—Amigo, señales veo en ti de gran tristeza. Agora nos di si tu señor es muerto; y no te tardes, porque presto nuestras vidas fenezcan.

Libanor lo mejor que pudo se esforzó para hablar a la infanta y contole todo lo que oído habéis que al Caballero del León acaesció. Como Raduel oyó decir que no era muerto, sino perdido por tal aventura, dijo:

—Pues que no es muerto, yo esperanza tengo de vida, porque siendo un ave tan ligera, él se saldrá de estos valles y buscará su remedio.

—Pluguiense a Dios que así fuese como tú lo dices —dijo la infanta.

—Sí será —respondió el enano.

Libanor dijo a la infanta:

—Roguemos todos a Dios que lo guarde, y esperemos aquí la ventura que nos quisiere dar.

—Por demás será querer hacer otra cosa, pues que destos valles no podemos salir —dijo el enano.

Sabed que Libanor se quedó en compañía de aquella infanta hasta ver lo que Dios de su señor hacía, y así lo dejaremos por contaros lo que al ave Ecrén (que así había nombre) acaeció.

Doroteo escribió que como el Caballero del León fue herido por la mano de aquella hermosa infanta señora del Monte Pelio, que él se convirtió en aquella hermosa ave que ya oístes; pero es bien que sepáis que su juicio entero de hombre se tenía, y como él se vio vuelto de hombre en ave, y muy ligera, tomó su derecho camino para la tierra del sabio Doroteo. Y andando el jayán un día cazando, vio aquella hermosa ave que sobre un árbol estaba asentada y conoció quién era, y llegándose al árbol, luego el ave abajó dél y se le puso en sus manos. El sabio se fue para su casa, y encerrándose en una cámara con el ave, le dijo:

—Vos, mi señor, habéis tenido más saber que otro pudiera tener en veniros luego a mi tierra, porque os hago cierto que jamás hallárades remedio si yo no os lo diera. Yo sé bien que tenéis todo vuestro sentido, que al no os falta sino hablar: bien me entenderéis lo que yo os dijere. Vos de aquí os habéis de ir a los campos que llaman de Galinter, y cabe una pequeña fuente que en aquellos campos hallaréis está un árbol que llaman Tornaser; en él hallaréis tres manzanas: tomad la de en medio y no la comáis hasta que lleguéis a los Hondos Valles, por que acabéis las aventuras que en ellos están. Y cuando en la torre que a la infanta Gradabela dejastes llegáredes, comed vuestra manzana y luego seréis vuelto como de antes. Allí hallaréis vuestro escudero y caballo y león. Luego, mi señor, os id, porque todas aquellas gentes que en los Hondos Valles dejastes tienen mucha necesidad de vos. Si los tesoros del rey Mida en vuestro poder quisieredes haber, primero que adonde están lleguéis os id a la morada de la fada que los tesoros en cargo tiene, y así como os viere, ella misma se dará la muerte, y luego las saetas de la infanta que el rey Mida allí dejó perderán la virtud que tienen y los tesoros y la infanta habréis en vuestro poder. Y en parte ninguna no os detengáis, por la mucha necesidad que de vos hay.

Como dicho tengo, luego el sabio Doroteo tomó el ave en la mano y se paró a una finiesta y de allí el ave se fue. Dice la historia que el Caballero del León (que a la sazón en Ave Ecrén era tornado) no quiso volver a los Hondos Valles hasta que viese a la princesa Penamundi, y así como lo pensó lo puso por obra: luego tomó su camino para el imperio de Persia.

Oído habéis cómo la infanta Minerva se partió de la princesa Penamundi. Ella quedó más acompañada de tristeza y soledad que nunca estuvo, y todo su pasatiempo era andarse por una huerta que dentro del palacio había. Andándose un día por ella holgando con sus doncellas víñosele a la memoria el Caballero del León, y con un pequeño suspiro dijo que sola la dejasen cabe una fuente que en medio de la huerta estaba; las doncellas hicieron su mandado. La princesa se asentó debajo de un hermoso rosal que toda la fuente cubría y dijo a la infanta Sandalina que le hiciese traer su arpa. La infanta envió luego por ella, y como la trujeron, la princesa Penamundi comenzó luego a tañer y cantar tan dulcemente que más parecía cosa angélica que humana. A todo el canto de la princesa Penamundi el Ave Ecrén (que ya había llegado) estaba encima del árbol gozando

de aquella gloria que oís. La princesa decía canciones al propósito de la tristeza que en su corazón tenía, y acabado que hubo de tañer y de cantar dijo a la infanta Sandalina:

—Amiga, ¿qué os parece de las canciones que he dicho?

—Parécenme muy bien —dijo la infanta—. Y agora pluguiera a Dios que el Caballero del León las oyera.

—Si él las oyera —dijo la princesa—, algo de más alegría sintiera mi corazón de la que tiene.

Y diciendo esto se levantó de cabe la fuente, y mirando contra el rosal vio el ave que sobre él estaba, y fue muy espantada de la ver tan hermosa y dijo a la infanta:

—¿Vos habéis visto cosa más linda que esta ave es? Paréceme que mi corazón descansa con la su vista.

La infanta le dijo:

—Bien sería si la pudiésemos tomar.

Y diciendo esto se llegó junto al rosal y tendió la mano contra el ave, y luego como la infanta la iba a tomar, el ave se fue volando y la princesa se fue a su aposento, y así la dejaremos hasta su tiempo por contaros lo que el Ave Ecrén hizo.

El ave se salió de la huerta pensando en las canciones que su señora Penamundi había cantado; iba el más alegre de cuantos nacieron; llamábase bienandante en ser amado de tan alta señora como la princesa lo era (que aún hasta aquella hora nunca el Caballero del León fue cierto que la princesa le amaba); bendecía muchas veces a la infanta Celia porque en ave le había tornado, y decía en su corazón que si Dios vida le daba, le daría el galardón. Y con este pensamiento tomó el camino para los Campos de Galinter, y como muy ligera fuese en el volar, muy presto llegó y vio la fuente que el sabio Doroteo le había dicho: y como a ella llegó, luego miró por el árbol llamado Tornaser y en él vio las tres manzanas, y tomó la que Doroteo le mandó en su pico y con ella se fue a los Hundos Valles de Maullín, y como a la torre donde la infanta Gradabela había quedado llegó, vio a Libanor que el caballo Flordelid estaba curando y con las lágrimas en los ojos decía:

—Ay de mí, que tengo fuerzas para curar de ti no sabiendo adónde está tu señor y mío!

Y diciendo esto dio un suspiro que parecía partírsele el corazón. En esto el Ave Ecrén comió la manzana y luego fue tornado como de antes y entró adonde Libanor estaba. Cuando el vio a su señor, tanto placer sintió, que como persona sin sentido se dejó caer a sus pies. El Caballero del León le hizo levantar y le dijo:

—Amigo, ¿cómo está la infanta?

—Con harta tristeza —dijo Libanor— por la vuestra pérdida.

Estando en esto entró Raduel el enano, y como al Caballero de León vio no le habló palabra, antes como loco entró en la sala adonde la infanta estaba diciendo:

—¡Albricias, mi señora, albricias, que el Caballero del León es en la torre!

Como la infanta esto le oyó decir, luego se levantó diciendo:

—Yo te las daré, y tales, que para siempre seas rico.

Y cuando ella salió por la puerta de la sala el Caballero del León llegaba; como la infanta le vio, humillósele diciendo:

— ¡Ay señor caballero, y cuán deseada para mí ha sido la vuestra vista y cómo verdaderamente os podéis llamar escudo y amparo de todos los que angustias en este mundo tienen! Contadme, mi señor, adónde habéis estado y cómo os librastes de la saeta de la infanta señora de Monte Pelio.

— Librome Dios —dijo el Caballero del León—, que tiene el poder.

Estando en esto, el león (que en unos corredores de la torre estaba durmiendo) oyó hablar a su señor; luego le conoció y salió muy presto adonde estaba, y era tanto el placer que mostraba tener con la su vista, que no sabía qué hacer de sí, que a horas le lamía los pies y a horas se alzaba que parecía quererle abrazar. Su señor se holgó mucho con él. En esto llegó Raduel el enano, y humillándose ante él, le besó las manos; él le dijo:

— Amigo, ¿cómo te ha ido?

— Sin la vuestra vista —dijo Raduel— mucho mal; que nuestro comer era pensar en la fin de nuestros días y nuestro beber eran lágrimas pensando en la vuestra pérdida; mas agora con la vuestra vista no he otro temor, si a Dios no que me hizo, y quiérome dar a mucho placer y alegría, pues hoy Dios tanta merced nos ha hecho.

El caballero y la infanta se sentaron y él le contó todo lo que le había acaecido después que de la torre se partió, salvo la ida del imperio de Persia. Mucho fue la infanta espantada de lo oír, y rogole muy ahincadamente que no tornase adonde la infanta señora del Monte Pelio estaba, pues tenía poder para hacer tanto mal. El Caballero del León le dijo:

— Mi señora, esto que vuestra merced me manda no puede ser, por cuanto conviene para que todos destos valles salgamos que las siete aventuras se acaben, y si otra cosa se hiciese, todos feneceríamos aquí nuestros días.

— Pues que así es —dijo la infanta—, plega a Dios que de todo peligro os guarde.

A esta hora entró Libanor y el enano, que traían de comer para el Caballero del León; él comió y luego mandó que aparejasen el caballo y despidiese de la infanta, y ella le rogaba muy ahincadamente que se detuviese allí aquella noche y descansaría algo del trabajo pasado; pero él le respondió que la su merced le perdonase, que para salvar las vidas de todos, con el ayuda de Dios, a él le convenía luego partirse. Como la infanta vio que allí no se podía más detener, ella lo encomendó a Dios y el Caballero del León se fue su camino llevando en su compañía a Libanor su escudero y al león, y así como de la torre se partió, él tomó su derecho camino para la morada de la fada que los tesoros del rey Mida en guarda tenía.

Anduvo dos días, y al tercero vio un campo asaz grande y tres fuentes que muy cerca estaban todas tres la unas de las otras, y en medio dellas vio una dueña sentada, y cerca de sí tenía cinco vasos de ponzoña, según después pareció. Como el Caballero del León la viese, fuese para ella, y como ella le vio fue muy espantada, y díjole:

— Caballero, maldito sea el día en que tí naciste, que por tí mis hermanas han perdido la vida. Yo te hago cierto que si un día más te detuvieras y yo acabara lo que comenzado tenía, que es esto que en estos vasos está, tú ni cuantos en estos

valles están jamás de aquí saliérades. Pero pues yo tanto espacio me di, yo misma me daré el pago.

Y en diciendo esto tomó uno de los cinco vasos y bebióle. Así como lo acabó de beber luego cayó muerta: como el Caballero del León la vio no se quiso allí más detener, sino luego volvió las riendas a su caballo, y dándose mucha priesa, un día a hora de vísperas llegó al hermoso prado adonde los tesoros del rey Mida estaban, y como la infanta Celia le vio, dijo:

—Señor caballero, si yo otra vez que aquí os vi os erré, a la vuestra mesura pido que sea perdonada, por cuanto yo ha gran tiempo que en guarda destos tesoros del rey Mida estoy, y mi estada aquí ha sido más por fuerza que por grado; pero agora que la fada que estos tesoros en su encomienda tenía es muerta, los tesoros y yo somos puestos en la vuestra merced para que dellos y de mí hagáis a vuestra voluntad. Yo bien creo que soy en poder del mejor caballero del mundo, pues que hasta aquí habéis tenido poder de entrar

—Quienquier que yo sea —dijo él—, os serviré mientras la vida me durare.

—Muchas gracias —dijo la infanta—, y muchas gracias doy a Dios, que de tanto afán me ha sacado.

Y diciendo esto, luego la infanta bajó del cielo adonde estaba, y el Caballero del León se apeó de su caballo y la infanta se le humilló, y él a ella asimismo. La infanta se quitó unas llaves que en la cinta traía y dijo:

—Mi señor, veis aquí las llaves del tesoro del rey Mida.

Él las tomó y luego se fueron para la puerta y el Caballero del León la abrió, y tras aquélla hallaron otras siete, y en poco rato todas fueron abiertas, y entrando por ellas vieron una gran sala, y en medio estaban grandes tesoros, y esto era todo en moneda de oro, de las que en aquel tiempo se usaban; mucho fueron espantados los que lo miraban de ver tanto oro junto. El Caballero del León miró en torno de la sala y vio que a la una parte estaba un cofre de plata muy fina maravillosamente labrado: había muchas barras y muy menudas de oro fino, y la cerradura y llave era de lo mismo. El Caballero del León dijo a la infanta:

—Veamos lo que en este cofre está.

Y diciendo esto, Libanor le abrió, y dentro d'él hallaron una caja de plata. Él la sacó, y el Caballero del León la tomó en sus manos y la abrió, y dentro della halló un juego de ajedrez el más rico y hermoso que en el mundo se podía hallar, porque el tablero era de oro muy fino y labrado a maravilla, que había los escaques²³⁶ la mitad verdes y la otra mitad eran colorados; los verdes eran de una fina esmeralda y los colorados eran de rubíes muy finos. Las piezas (que en un rico bolsón de hilo de oro estaban metidas) eran las medias de muy finos rubíes, y las otras asimismo de esmeraldas.

Después que hubieron mirado el juego de ajedrez tornáronle al cofre por ver lo demás que en él había: en una funda de tela de plata hallaron metida una arpa la más rica que jamás se le vio: era toda de oro y estaba ricamente guarnida de perlas y piedras de gran valor. El Caballero del León la tomó en sus manos y comenzó a tañer (que muy gran músico era), y pareciole que era la mejor que jamás había visto, y fue más alegre con el arpa que con cuanto en el palacio estaba para la enviar

²³⁶ Casillas.

a su señora Penamundi. Y miraron el cofre y en él no hallaron otra cosa ninguna. la infanta Celia dijo al Caballero del León:

—Señor caballero, vamos adelante.

Y así, movieron de allí y se fueron para una puerta que a la mano derecha de la sala estaba; la infanta la abrió, y como por ella entraron vieron un rico dosel colgado, debajo del cual estaba una imagen de jayana, hecha toda de oro muy fino, en figura de doncella y en cabello; tenía en su cabeza un rico y preciado tocado; era maravillosamente grande, más que cuantas jayanás en el mundo había, y tenía a los sus pies una corona de reina hecha pedazos. El Caballero del León preguntó a la infanta que por qué el rey Mida había hecho hacer aquella imagen de aquella jayana; la infanta le respondió:

Sabed que el rey Mida hubo una muy peligrosa guerra contra la reina de las ínsulas de Timarán. En aquellas ínsulas hay muy esquivos y bravos jayanés; esta reina de Timarán era doncella, y mandó apregonar por todas aquellas ínsulas que cualquiera de aquellos jayanés que el reino del rey Mida le diese en arras, que lo tomaría por marido, y que ella daría grandes tesoros que tenía, y asimismo todas sus gentes, para que contra el rey Mida fuesen. Todos aquellos jayanés comarcanos de sus reinos se juntaron para la servir en aquello que les mandaba, y vinieron con gran poder de gentes sobre Troya, que a la sazón era della señor el rey Mida, cuyo sucesor dél fue el rey Príamo, y hubieron con él muy cruel guerra y a la fin fueron todos muertos y desbaratados, porque el rey Mida allegó grandes compañías de gentes. Y así como a los jayanés desbarató, con toda su hueste fue sobre la reina de Timarán, y tanto se trabajó en la tomar su reino, que dentro de un año lo tenía en su poder. Y como la guerra fue acabada volvióse para su tierra trayendo en su compañía a la reina de Timarán consigo presa, y cuando la tomó en su poder, el rey Mida le hizo quitar la corona de reina que traía y hacérsela pedazos. La reina fue tan cuitada de se ver en el poder del rey, que antes que a Dardania llegasen murió. Como el rey la vio muerta, hizo hacer esta imagen que aquí veis, y hízola guardar con sus tesoros para que siempre della hubiese memoria. Agora os he contado lo que me preguntastes: yo os quiero mostrar un secreto que dentro de esta imagen está.

Y diciendo esto tomó al Caballero del León por la mano y púsose detrás de la imagen, y andando unos tornillos que debajo de los brazos tenía, en sus espaldas se abrió una pequeña puerta, y el Caballero del León se maravilló de la ver. La infanta le dijo:

—Señor caballero, dentro desta imagen puede estar una persona muy a su placer, por cuanto está hecha por tal arte que por la misma boca y narices della puede tomar aliento la persona que dentro estuviere, y asimismo puede ver desde dentro lo que quisiere.

El Caballero del León preguntó a la infanta que si sabía para qué el rey Mida había hecho hacer de aquella manera aquella imagen.

—Eso os diré yo de grado. El rey Mida, como todo el mundo sabe, fue lleno de deseo de tener en su poder grandes tesoros, y con este deseo, él los allegó tales cuales los veis. Él tenía una llave de su tesoro, y su tesorero tenía otra. Por saber si sus grandes tesoros estaban en poder de quien bien se los guardaba, muchas veces

se metía en esta imagen sin que nadie le viese salvo un caballero²³⁷ suyo de quien él mucho se fiaba. Éste lo sabía, para si mientras él en la imagen estaba alguno por él preguntase, el camarero les respondía que no podía estar con el rey. Y desta manera guardaba el rey Mida sus tesoros.

—Harto trabajo tenía —dijo el Caballero del León—, pues tanto afán por una cosa que tan poco vale tomaba.

Pero no dejó de rescebir demasiada alegría en ver el secreto que tenía, y pensó en su corazón que dentro en aquella imagen podía él ir a ver a su señora Penamundi sin de nadie ser visto, y con este pensamiento fue tan ledo, que los que con él estaban conocieron en él la demasiada alegría de su corazón. Luego se salieron de la cámara, y la infanta dijo:

—Señor caballero, seguidme.

Y él le dijo que haría su mandado, y así, pasaron de la otra parte de la sala, y la infanta abrió otra puerta y dijo al Caballero del León que entrase y vería lo que dentro estaba.

Capítulo XXXVIII

De cómo el Caballero del León y la infanta Celia entraron en la segunda cuadra, y asimismo cuenta de cómo tomó la demanda de la quinta aventura y de lo que en ella le acaeció.

EL Caballero del León entró en la cuadra, y la infanta Celia le tomó por la mano diciendo:

—Agora veréis lo que nunca vistes.

En medio de la cuadra estaba una mesa puesta, y en ella un paño de seda india y encima estaba una lisonja²³⁸ de grandeza de dos codos: la media era de plata y la otra media de oro; de la punta de la media de plata salía un filo de plata muy fina, de la otra punta, que era de oro, [...].²³⁹ De cada una parte de la lisonja estaba una imagen de doncella, como que devanando estaba. La infanta dijo:

—Señor caballero, esta es una de las grandes maravillas que en el mundo son: bien veis esta lisonja, la media de oro y la media de plata, y los hilos que por las puntas le salen jamás cesarán de salir todo cuanto quisiere quien en su poder la tuviere. Estas imágenes están aquí para que entiendan los que la lisonja en su poder hubieren que jamás han de cesar de devanar, porque lo que dejaren, eso perderán.

Muy espantado fue el Caballero del León, y dijo a la infanta:

—Agora me decid cómo el rey Mida hubo esta lisonja.

—Eso haré yo de grado —dijo la infanta—. Cuando Líbero Padre mandó al rey Mida que se lavase las manos en la Fuente Sátira y que allí quedaría el don que le había dado, de la virtud que en aquella fuente quedó se crio esta piedra que a manera de lisonja veis; y de allí a siete años Líbero Padre dijo al rey Mida que fuese

²³⁷ ‘Camarero’ se lee más abajo.

²³⁸ O ‘losange’: lápida romboide, con el eje mayor en vertical.

²³⁹ Ago se extravió aquí; p. ej. ‘asimismo salía un fino hilo de oro’ (83r).

a la Fuente Sátira y que sacase lo que en ella se había criado. El rey Mida fue luego, y con gran diligencia cobró esta rica joya que veis, que precio no tiene, y él la mandó poner con sus tesoros como visto habéis. En este castillo no hay otra cosa que algo valga.

Y así, se salieron de la cámara y se fueron a un corredor (que ya era muy tarde y casi de noche). El Caballero del León dijo a la infanta que la su merced viese lo que mandaba que se hiciese.

—Yo, mi señor —dijo ella—, me quiero ir.

Así, se despidió la infanta del Caballero del León y se fue adonde antes solía estar, diciéndole:

—Señor caballero, en el cielo de la guarda atenderé hasta que las aventuras de los Hondos Valles sean acabadas.

Y así, se fue. El Caballero del León albergó aquella noche en la sala del gran tesoro, y venida que fue la mañana, él se armó y subió en su caballo Flordelid llevando en su compañía a su escudero y al león. Tomaron su camino por entre unas espesas matas y anduvieron todo aquel día sin hallar cosa que el camino le estorbase. La noche les tomó en una grande espesura en medio de un monte, y no pudiendo de allí pasar, el Caballero del León se apeó y allí le convino quedar.

Venida que fue la mañana, él subió en su caballo y diose de andar a gran prisa, aunque con mucho trabajo. A hora de nona hallose en un campo raso, y mirando a una y a otra parte vio un hermoso castillo. Él se lo paró a mirar, que por maravilla era bien hecho: tenía las puertas abiertas y dél salieron cinco doncellas amargamente llorando. Como el Caballero del León las vio hacer tan triste llanto fuese para ellas, y ellas asimismo como le vieron se vinieron para él. El les dijo:

—Buenas doncellas, si os pluguiere, decidme por qué habéis tal duelo.

Una de las cinco le dijo:

—¡Ay señor caballero! Y ¿qué ventura os ha traído por esta triste y dolorosa tierra, que no hay en ella sino gentes para hacer todo mal? Vos, mi señor, sabréis que en aquel castillo que allí veis está una de las siete hadas que en estos valles hacen su habitación; está maldoliente muchos tiempos ha. Todas siete hermanas se juntaron para dar remedio a la que enferma estaba, y ellas hallaron por sus artes que no podía ser guardada si no bebía de la sangre de las dos personas que más fiel y lealmente se amasen; y como el su saber es grande, supieron adónde estos dos amantes estaban, y ha bien cuatro años que en el su poder las tienen, y no les han dado la muerte hasta que en el mundo hubiese otras dos personas que tanto o más que estos dos amantes se amasen. Agora han sabido por sus artes que la princesa Penamundi, hija del emperador de Persia, y el príncipe don Cristalián, hijo del emperador Lindedel de Trapisonda, son las dos personas que más verdaderamente se aman y ha poco tiempo que se vieron. Y como estas siete hermanas por su gran saber supiesen de los amores destos dos príncipes, dicen así: que pues ya en el mundo hay otros dos que tan verdaderamente se amen como los que en su poder tienen, que es tiempo de dar la salud a la enferma hermana. Y no se la han dado hasta aquí, aunque en su poder los tenían, porque si el mundo quedaba sin dos tan leales amadores la fada no podía ser guardada en ninguna manera. Y hoy es el día que la gran crueldad se comienza a hacer; y llámola crueldad porque ha de durar treinta días, y en estos días les han de sacar poco a

poco toda la sangre del cuerpo, porque la fada lo ha de tomar cada día caliente, y al fin de estos días los amantes han de morir, y con la muerte déstos la fada ha de haber entera salud.

—Decidme —dijo el Caballero del León—, ¿quién son esos que tan verdaderamente se aman, y adónde las fadas los tienen?

—Mi señor —dijo la doncella—, estos dos amantes son una doncella y un caballero. La doncella es la más hermosa de cuantas en nuestra tierra nacieron, es hija del rey Zindabán, señor de las Sierras Hircanias,²⁴⁰ ha nombre la infanta Lucandria. El caballero que tan ahincadamente la amó como oído habéis ha nombre Dinamardos, príncipe de Austria. Viniendo un día de ver unos torneos, este príncipe traía a esta hermosa infanta de rienda: entre todos los altos hombres de la corte del rey su padre los vieron ir en el aire sin los poder valer. Estando todos casi fuera de sí en ver tal maravilla, fuimos nosotras cinco asimismo arrebatadas en los aires, y ellos y nosotras fuimos traídos a estos Hondos Valles, adonde las nuestras vidas acabarán juntamente con las de aquellos que por se amar de verdadero amor, el galardón que les dan es la cruel muerte.

Y acabando de decir lo que oído habéis, las cinco doncellas comenzaron su triste llanto; el Caballero del León les dijo:

—Buenas doncellas, no os congojéis, que con el ayuda de Dios primero morirán las fadas que tanto mal hagan con el su saber a quien no lo merece. Seguidme que, yo quiero entrar en el castillo por los librar.

—Así pluguiése a Dios —dijeron las doncellas— que tanta buena ventura os diese.

Y siguiéronle. Llegando al castillo, el Caballero del León tiró por una gruesa cuerda que por una pequeña finiester colgaba: dentro del castillo sonó una campana y luego se paró a la finiester un anciano viejo, y como a las doncellas vio, les dijo:

—¡Captivas doncellas! Y ¿cómo queréis hoy fenecer los vuestros días, pues que acá tornastes?

El Caballero del León le dijo:

—Amigo, hacedme abrir la puerta deste castillo.

El hombre anciano le dijo:

—Caballero, ¿qué te mueve querer acá entrar?

—Quitar un agravio que allá se hace.

—Pues atended, que luego entraréis acá.

Y diciendo esto se quitó de la finiester y se fue para donde las tres fadas estaban y díjoles como las cinco doncellas estaban a la puerta del castillo y que consigo traían un caballero armado de todas armas. Como ellas esto oyeron, la una dijo:

—No me creáis si el caballero que con ellas viene no es aquel que nuestra morada ha hecho triste dando la cruel muerta a nuestras hermanas.

Esta que esto dijo demandó un pequeño libro, y después que una pieza en él estuvo leyendo, dijo al anciano:

—Agora podéis, padre mío, abrir la puerta a las doncellas y al caballero que consigo traen, que desta vez no nos verná más mal por él.

²⁴⁰ Al S del Mar Caspio.

El viejo hizo su mandado y luego fue a abrir la puerta del castillo. Como el Caballero del León sintió que las puertas se abrían, dijo a las doncellas que no entrasen, sino que fuera aguardasen la ventura que Dios le quisiese dar; ellas le respondieron que en todo harían su mandado, y él entró en el castillo, y Libanor y el león con él. Viéndose en un gran patio, él se halló metido en una red de hierro muy grande y espesa y muy alta. El Caballero del León fue muy espantado de ver cercado de la manera que habéis oído, que cuando en el patio entró, a su parecer no vio red ninguna. Él estando mirando a una y a otra parte por ver si vería en la red puerta alguna por donde salir pudiese, vio una dueña que por entre la red le estaba mirando, y como ella vio que el caballero la había visto, dijole:

—Caballero, a tiempo sois de pagar los daños que en estos valles habéis hecho: agora en parte sois puesto que las vuestras grandes fuerzas ni el vuestro valeroso corazón no os valdrá que a las mis manos no seáis muerto. Decidme a qué venistes a este castillo, porque sed cierto que la hora que en él entrastes, vos con vuestras propias manos os distes la muerte.

—A lo que yo entré —dijo el Caballero del León— vos lo sabréis antes que mucho tiempo pase.

Y diciendo esto se apeó de su caballo y tiró tan recio por la red, que muy sin pena la hizo pedazos (ca sabed que aquella red era hecha por arte de encantamiento, y así como el caballero della con sus manos trabó, luego fue deshecha). Como la fada vio que no le aprovechaban sus encantamientos contra aquel caballero hubo gran temor de la muerte, y súbitamente se tornó una onza²⁴¹ maravillosamente brava y fiera y arremetió con sus fuertes uñas para él, y como muy ligera fuese, daba muchos saltos en torno dél por lo herir. Él que entendió que si aquella onza entre²⁴² sus fuertes uñas le tomaba, ligeramente le podía dar la muerte, echó mano por su espada, y al tiempo la onza dio un gran salto pensando cogerle entre sus manos, antes que a él llegase le dio tal golpe en el aire, que hecha dos partes dio con ella en el suelo. Como él la vio muerta subiose por una escalera que en el castillo estaba, y vio que de una puerta de una cámara salía una dueña muy cuitada, y dando una triste voz dijo:

—Ay caballero, que en mal punto tú en este castillo entraste, pues de ti tanto daño habemos recibido!

—Dueña —dijo el caballero—, dejaos de llorar, que no os tiene pro, y mostradme adónde tenéis a Dinamardos y a la infanta Lucandria.

—En vano los buscáis —dijo la dueña—, que días ha ya que son muertos. Si otra cosa deste castillo vos queréis, de grado se os dará, pues Dios tan bienandante os hizo.

—Por agora —dijo él— yo no quiero otra cosa sino lo que oído habéis. Y sea luego, porque no me puedo aquí más detener.

La dueña le dijo:

—Pues que tanta voluntad tenéis de los ver, venid comigo, que yo os los mostrare muertos.

²⁴¹ Carnívoro semejante a la pantera.

²⁴² 1587: ‘entres’ (84r).

El Caballero del León fue tan airado en oír decir que eran muertos (pensando que así era como la dueña le decía), que le dijo:

—Vamos presto a los ver, que si yo muertos los hallo, tomaré tal emienda por la su muerte, que el castillo y lo demás será asolado.

El Caballero del León dio mucha priesa a la fada para que le mostrase adónde Dinamardos y la infanta estaban, con temor que de presto les diesen la muerte; la dueña le dijo:

—Seguidme, que yo os los mostraré, pues tanta voluntad tenéis de los ver.

Y diciendo esto entró en una cámara, y el Caballero del León tras ella, y miró por ver lo que en ella había y vio hacia la una parte la fada que maldoliente estaba, y díjole:

—Cuánto fuera bueno que tú fueras muerta, y no que por darte a ti la vida mueran dos personas que en el mundo tanta falta harían.

Y así, pasaron adelante y llegaron a otra cámara que paredes y cielo y suelo todo era de piedra, y asimismo una pequeña puerta que en ella cerrada estaba, donde oyeron dentro mucho ruido; la dueña dijo al Caballero del León:

—Si a la infanta y a Dimamardos quisieredes ver, vos, caballero que tan venturoso os hizo Dios, habéis de entrar en esa cámara, y en pasándola, luego veréis lo que deseáis.

—Abrid la puerta —dijo él.

Luego la dueña la abrió, y dijo:

—Agora podéis entrar, y aquella puerta que frontero veis, abridla y allá adelante los hallaréis.

El Caballero del León que otro deseo no tenía sino de los ver, entró en la cámara, y luego la puerta muy presto fue cerrada por mano de la fada que con él iba, y de tal manera fue la puerta junta, que no parecía haber señal della. Como la fada dentro lo vió, dijo en alta voz (de manera que el Caballero del León lo oyó):

—Ahi quedarás, adonde morirás mala muerte, que jamás habrás cosa alguna que comas hasta que de hambre se te salga el ánima.

Y así, lo dejó y se fue. Como el Caballero del León se viese en aquella cámara encerrado, él quiso morir con pesar, y no sabiendo qué hacer de sí, acordósele que el espada que consigo traía era la que el sabio Doroteo le dio para ser caballero, y asimismo lo eran las armas, y fue muy alegre. Y así, se fue para la puerta que de la otra parte estaba y arrimose a ella, y a la sazón fue el ruido de la cámara tan grande, que no parecía sino que toda la morada infernal dentro della estaba. Pero no aprovecharon nada todos los encantamientos, que así como el Caballero del León a la puerta se arrimó, súbitamente fue abierta con estruendo espantoso. Él salió muy presto de la cámara dando muchas gracias a Dios, y asimismo agradeciendo al sabio Doroteo lo que por él había hecho, y diose de andar hasta que en otro cuarto del castillo entró, y como en medio de una gran sala se vio, oyó hablar y estuvo quedo por atinar adónde aquella gente estaba, y oyó quejar a un hombre que al parecer estaba con mucha pasión, y decía:

—¡Oh muerte, y cómo tardas que no vienes a dar descanso a mi triste vida²⁴³ por que tantas muertes no pase viendo ante mis ojos la cosa del mundo que yo más

²⁴³ Suplo ‘vida’ (84v).

amo padecer sin culpa! ¡Oh mi señora Lucandria, de cuántas angustias estoy acompañado en ver vuestra real persona puesta en tanta necesidad! Mi señora, perdonadme, pues yo fui causa de la vuestra muerte.

La infanta Lucandria le respondió:

—Mi verdadero amigo, el descanso que mi ánima desta vida llevará es ver que la mi muerte y la vuestra ha de ser en un tiempo; y no llevaré de otra cosa dolor sino en pensar que es en parte que por el mundo no se sabrá que la padecemos por el verdadero amor que siempre nos hemos tenido.

Y luego dio una voz diciendo:

—¡Ay que la vida se me acaba!

Y al parecer del Caballero del León la infanta se quedó desmayada, y como él entendió que aquel caballero y aquella doncella que se quejaban eran Dinamardos y Lucandria, fue muy ledo, y dijo:

—Así Dios me vala, ya desta vez no morirán estos dos a tan verdaderamente se aman.

Y considerando lo que él sintiera si a su señora la princesa viera en tanta fatiga, apresurose a andar por aquella grande sala, y a una parte della halló una red en el suelo, de hierro; él se paró a mirarla, y vio que debajo della había una cuadra con cuatro corredores, en medio de la cual estaban dos apartamientos hechos de unas redes de hierro; dentro de cada red un lecho pequeño, tan estrecho, que no cabía sino una persona. En el un apartamiento estaba echada la infanta Lucandria atada con fuertes ataduras; al Caballero del León le pareció estrañamente hermosa. Estaba en cabello (habíalos muy hermosos, aunque pequeños, que con una mano no llegaban a los hombros; eran de color de oro, revueltos hacia arriba de manera que mucho acrecentaban su hermosura al parecer de quien la miraba), y era de muy tierna edad, había muy blanca y grande y espaciosa frente. Tenía el un pie fuera del lecho, debajo del cual estaba un bacín de plata, y en una parte del pie tenía una pequeña herida, que della le corría sangre.

En el otro apartamiento estaba otro pequeño lecho, y en él vio un caballero asaz hermoso de rostro, asimismo atado con fuertes ataduras sin poderse mover. Tenía asimismo el pie fuera del lecho con otra pequeña herida y otro bacín debajo d'él en que la sangre caía. Como el Caballero del León así los viese, fue tanto el dolor que sintió, que aína le falleciera el corazón; y miró cómo a ellos podría bajar, y vio que a la una parte de la sala estaba una pequeña puerta, y abriéndola lo mejor que pudo, bajó por una angosta escalera, y como en la cuadra se vio, dijo contra Dinamardos:

—¡Ea buen caballero, que hoy veréis libre de la muerte a la cosa del mundo que más amáis, y asimismo a vos!

Y diciendo esto se fue para la red donde la infanta estaba, y abriéndola por una parte, entró dentro y díjole:

—No es éste el galardón que tan hermosa doncella merece por amar de tan verdadero amor a Dinamardos, que más que otro vale.

Antes que las ataduras le quitase rompió un paño pequeño de una manga de camisa de la infanta y hizole dos partes, y tomándole el pie, le ligó la pequeña herida que tenía y quitole las fuertes ataduras con que estaba atada (que muchas señales negras tenía dellas por su cuerpo). Como la infanta se vio libre, lo mejor

que pudo dio muchas gracias a Dios y al caballero que la libró. Luego él se fue para Dinamardos (que muy espantado estaba no sabiendo quién pudiese ser aquel caballero que estando tan cercanos a la muerte había tenido poder de les dar la vida) y atole el pie que herido tenía, y asimismo fue desatado de las prisiones. Como Dinamardos se vio libre hincó los hinojos ante el Caballero de León diciéndole:

—Mi señor, dadme vuestras manos, pues hoy habéis dado la vida a aquella hermosa infanta, que es la cosa de mundo que yo más amo. Agora, señor caballero, me decid, ¿qué fue de las fadas que en este castillo están?

—La una yo sé que es muerta —dijo el Caballero de león—. Las dos que vivas quedan pornemos en la merced de la infanta Lucandria para que haga dellas a su voluntad.

Luego el Caballero del León tomó por las manos a Dinamardos y hízolo levantar diciéndole:

—Señor Dinamardos, yo no merezco gracias por lo que he hecho, pues la orden de caballería me obliga a las cosas semejantes.

Dinamardos se fue adonde la infanta estaba y díjole:

—Mi señora, ¿qué tal os sentís?

—Siéntome muy buena, pues que os veo libre de la muerte.

Dinamardos dijo que si se podría levantar; ella le dijo que sí, aunque sentía gran dolor de las ataduras. Dinamardos la ayudó a levantar, y como ella fue en pie quísose humillar ante el Caballero del León; mas él no se lo consintió, diciéndola:

—A mí y a todos los del mundo obliga servir vuestra gran hermosura. Y si posible es, no nos detengamos aquí más, por que no venga algún daño a vuestras doncellas, que nos atienden fuera deste castillo.

Mucho fue la infanta alegre cuando oyó decir que las sus doncellas eran vivas, y dijo que luego fuesen adonde él mandaba. Dinamardos dijo al Caballero del León:

—Yo, mi señor, no tengo armas, aunque ayudar os quiera.

—No serán menester —dijo él.

Así, se salieron de la cuadra llevando Dinamardos a la infanta por la mano, y el Caballero del León salió delante dellos; y como para salir de aquella cuadra habían de bajar primero al patio que entrasen en el aposento de las fadas, ellos que bajaron de la manera que oído habéis, topáronse con el hombre anciano que ya oístes que al Caballero del León respondió cuando a aquel castillo llamó. Como él los vio venir, fue corriendo para el aposento adonde las fadas estaban y dijo:

—¡Ay señoras, y qué gran mal hoy nos es venido! Los vuestros encantamientos son tanto como nada contra este caballero que en vuestro castillo entró. Veislo do viene trayendo consigo a la infanta Lucandria y a Dinamardos.

Como la fada que buena estaba esto oyó, dio una gran voz diciendo:

—Hermana mía, tomémonos nosotras la muerte antes que aquel mal caballero nos la dé.

Así como esto dijo trabó de la que enferma estaba y muy presto se bajó con ella a un corral y súbitamente se lanzaron en un pozo asaz hondo que en él estaba. A esta hora el Caballero del León vio al viejo que ya oístes, y él le dijo:

—Ya, señor caballero, no tenéis de quién temer, que el castillo es vuestro.

— ¿Qué se hicieron las fadas? —dijo él.

— En aquel pozo hondo se lanzaron como supieron que los sus encantamientos no os podían dañar.

Mucho le pesó al Caballero del León de aquello, pensando que eran muertas. Y con estas nuevas se fueron al mejor aposento que en el castillo hallaron, y de allí con el hombre anciano enviaron a llamar a las doncellas y a Libanor, las cuales vinieron luego en oyendo el mandado con demasiada alegría. Cuando la infanta las vio, a todas las abrazó con demasiado amor, porque sabía que por ellas el Caballero del León había venido a aquel castillo.

Mucha era el alegría que aquellos señores tenían; los unos en se ver libres de la muerte, el Caballero del León en ver que ya no le faltaban sino dos aventuras para salir de aquellos valles. Luego entró Libanor trayendo consigo el león: grande fue el miedo que la infanta dól hubo, hasta que el Caballero del León le dijo que no temiese, que el león era suyo y que no hacía mal a nadie. Libanor besó las manos a su señor y fue espantado de ver la grande hermosura de la infanta, y asimismo de la buena apostura de Dinamardos. Allí cenaron de lo que en el castillo había, y estando sobretabla, la infanta preguntó a sus doncellas qué ventura las había sacado del castillo a la sazón que con aquel caballero habían encontrado.

— Vos, mi señora, sabréis —dijeron ellas— que al tiempo que las fadas a vos y al príncipe llevaron adonde el sacrificio de vuestra sangre se había de hacer, a nosotras nos echaron del castillo diciendo que nos fuésemos por estos valles, que presto los nuestros días fenecerían, que jamás hallaríamos en ellos quien nos diese cosa alguna de comer. Nosotras cumplimos su mandado, y luego Dios nos encontró con este buen caballero y supo nuestra fatiga; luego nos dio esperanza de vida, y no pasamos más adelante, sino volvimos al castillo, y fuenos tan bien en la vuelta que dimos como visto habéis.

— A Dios doy yo muchas gracias —dijo la infanta— por tantas y tan señaladas mercedes como hoy nos ha hecho.

Cuando fue hora de dormir, Libanor aparejó un lecho para su señor, y las doncellas aparejaron otro para la infanta y otro para Dinamardos: el Caballero del León se levantó para se ir a dormir, y despidiéndose del príncipe y de la infanta se fue a su cámara yéndose Libanor con él; vio otros dos aposentos adonde estaban los lechos del príncipe y de la infanta. Así como el Caballero del León fue en su cámara dijo a Libanor:

— Vete a Dinamardos y dile que yo he visto su aposento y el de la infanta; que a mí me parece que debe dejar el uno en que las doncellas de la infanta duerman, aunque algo se le haga de mal en quedarse solo con ella, que lo debe de hacer por darles algúin descanso, pues que tan bien lo merecen.

Libanor fue con el mandado de su señor; como el príncipe Dinamardos lo oyó, díjole:

— Amigo, decid a vuestro señor que obedezco su mandado, así como lo debe vasallo a su señor, que haré lo que la su merced me manda si mi señora Lucandria para ello me diere licencia.

Así, se fue Libanor adonde su señor estaba.

Capítulo XXXIX²⁴⁴

De cómo el Caballero del León tomó la demanda de la sexta aventura y de lo que en la acabar le acaeció.

CUENTA la historia que venida la mañana el Caballero del León se levantó y demandó a Libanor sus armas, y saliose de su cámara y fuese al aposento del príncipe Dinamardos, y como él le vio, díjole:

— ¿Qué es esto, mi señor? Paréceme que ya venís de camino: mucho quisiera que ocho días estuviérades aquí, siquiera para tomar algún descanso del trabajo pasado.

— Mayor le tomaría yo —dijo el Caballero del León— si en estos Hundos Valles nos detuviésemos a causa mía.

— Bienaventurado se puede llamar —dijo Dinamardos— el que en la vuestra compañía anduviere, que no podrá de vos aprender sino todo bien.

El Caballero del León se despidió de la infanta y del príncipe diciéndoles que allí lo aguardasen, que con el ayuda de Dios presto sería de vuelta.

— Así quiera Dios —dijo la infanta— que presto nos veamos fuera desta tierra, si Dios fuere servido.

Despidiéndose los unos de los otros, el Caballero del León subió en su caballo, y así, se salió del castillo, y su escudero con él (que la lanza le llevaba). Yendo de la manera que oído habéis, vieron en un campo raso cinco carreras; él se paró y estuvo pensando cuál de la cinco tomaría: a la fin se determinó de ir por la de en medio, y aquélla tomó y anduvo bien cuatro días sin aventura hallar. En fin deste tiempo, yendo un día a hora de nona, iba algo con fatiga del gran calor del sol, porque como este tiempo era en medio de las calores, llegándose a las armas no parecía sino un fuego. El Caballero del León dijo a Libanor:

— Si hallásemos por aquí alguna sombra adonde un rato pudiésemos holgar, entretanto pasarse hía algo desta siesta.²⁴⁵

Libanor miró a una y a otra parte, y pareciole que hacia la mano derecha había verdura, a manera de árboles cuando están con toda su hoja; el Caballero del León tomó aquel camino, y cuando a la verdura llegaron vieron árboles, y muy espesos, de que hubieron mucho placer, por cuanto allí había sombra. El Caballero del León dijo:

— Aquí holgaremos un rato del día.

Y luego descendió de su caballo y recostose sobre el manto de su escudero, y Libanor quitó el freno al caballo de su señor y a su palafrén para que paciesen de la yerba verde (que mucha y muy alta por allí estaba). Estando él de la manera que habéis oído comenzó a pensar en su señora la princesa Penamundi, y acordábase le de la infanta Minerva, que en su compañía había dejado, y decía en su corazón: «¡Ay infanta Minerva, y si tú, mi buena señora, sintieses el dolor que yo siento en me ver ausente de aquella que sola nació en el mundo, no te olvidarías de lo que por hacerme alegre me prometiste!».

²⁴⁴ 1587: 'xxxvij' (85v).

²⁴⁵ Las horas de más calor.

Estando su pensamiento ocupado en lo que oído habéis oyó ruido por entre las hojas de los árboles, y él estuvo escuchando por ver lo que podía ser y vio salir por una angosta senda que entre los árboles estaba un valiente²⁴⁶ ciervo y una cierva que se venían derechos a él. Libanor dijo a su señor que le diese su espada, que ligeramente podría él matar al uno dellos, o a entrumbos, pues tan cerca llegaban; él le dijo:

—No hagas tal, que se me figura que harías gran daño, pues que vees que no huyen, sino que ellos mismos se vienen a nosotros.

Luego el ciervo y la cierva llegaron junto al Caballero del León, y tan cerca, que él tendió la mano y trabó al ciervo de los cuernos, y la cierva estaba junto a él; el Caballero del León dijo:

—Agora veo lo que nunca vi: animales criados en el campo con tanta mansedumbre.

Él los estuvo mirando, y para animales parecíanle más hermosos que otros que hubiese visto; el ciervo hacía señales de mucha alegría con él, y la cierva hacía lo mismo, él los halagaba trayéndoles la mano por encima. Luego los animales se echaron a los pies dél y así se estuvieron hasta que fue hora de caminar, que era después de vísperas. El Caballero del León se levantó y subió en su caballo, y el ciervo y la cierva se pusieron junto a él, y dijo a Libanor:

—No me creas si esto destos animales no debe ser algún misterio grande. Tú, Libanor, ¿no has mirado cómo el león no les ha hecho mal ninguno? Vamos adelante, que Dios por la su merced nos mostrará qué cosa es esto.

Y así, se salieron de entre aquellos árboles y tornaron al camino primero llevando en su compañía los animales que ya oístes. Anduvieron todo aquel día sin hallar cosa que de contar sea; la noche les tomó cerca de unos torrejones que casi derribados estaban; el Caballero del León dijo a Libanor que allí quería albergar aquella noche, y luego se apeó y se desarmó las manos y la cabeza y mandó a Libanor que le diese de cenar de lo que traía; él se lo dio, y luego que acabó se echó sobre el manto de su escudero; el ciervo y la cierva se echaron junto a él, y albergaron allí aquella noche. Estando durmiendo, a hora de maitines oyeron una voz que dijo:

—¡Ah Caballero del León, levántate y no duermas más! Y sigue el ciervo y la cierva por el camino que fueren y verás cosas extrañas.

El Caballero del León estaba durmiendo y esta voz le despertó, y no entendió bien lo que había dicho, y llamó a Libanor y díjole:

—¿Tú dormías? ¿Has oído lo que yo?

—Sí, señor —dijo Libanor—, muy bien entendí lo que la voz dijo, que no estaba durmiendo.

—Dímelo —dijo el Caballero del León—, que no lo entendí bien, que estaba durmiendo.

Libanor se lo dijo de la manera que ya oístes. Como él entendió bien lo que la voz había dicho, luego se levantó y enlazó su yelmo y subió en su caballo, y Libanor en su palafrén. Luego el ciervo y la cierva se pusieron ante el caballero y comenzaron a andar, y ellos iban a muy gran priesa, y después que hubieron

²⁴⁶ De buena estampa.

caminado gran parte de la noche vieron lumbre de lejos; el Caballero del León se dio mayor priesa que antes llevaba, y como más cerca de las lumbres fueron vieron estar un trono cubierto con un paño negro, y en medio dél una silla asimismo negra, y en ella estaba asentada una imagen de hombre muy anciano vestido asimismo de paños negros; había la barba blanca y muy larga, y los cabellos asimismo; tenía las manos altas y en ellas un letrero; el Caballero del León se llegó por ver lo que las letras decían, las cuales se podían bien ver por cuanto en torno de la imagen estaban seis antorchas negras encendidas. El Caballero del León comenzó a mirar las letras, y decían así.

Valeroso príncipe y de más alta caballería que cuantos nacieron, sábete que los dos animales que en la tu compañía traes son un caballero y una dueña; entrambos te hago cierto que son de alta guisa: ellos han de ser vueltos en su ser por el tu valeroso y fuerte brazo. Pasa adelante y verás a hora de nona la peligrosa fuente que jamás cesa de hervir. Encima della hallarás una espantosa imagen de mirar, y si tu esforzado corazón bastare para de allí la derribar, luego que la imagen sea de allí quitada la fuente cesará de hervir, y en siendo los animales en ella bañados, serán tornados en su ser. Mira bien lo que aquí has visto, que no faltará nada que verdad no sea.

Como el Caballero del León acabó de leer el letrero fue muy maravillado de saber lo que las letras decían, pero más lo fue cuando vio que así como las acabó de leer luego las seis antorchas fueron muertas. Como el Caballero del León supiese que aquellos animales eran personas hubo mucho duelo dellos, y maldecía los encantamientos y el primero que dellos usó. Y volviendo las riendas a su caballo tomó el camino para la fuente, y anduvieron la parte de la noche que les quedaba y el día hasta hora de nona, que a la fuente llegaron.

Agora sabed que aquella fuente era cosa maravillosa de ver; que ella era grande y muy honda, hervía a tanta priesa como si debajo tuviera mucho fuego. Encima de aquella fuente estaba una visión de tan fea figura que no hubiera tan esforzado caballero en el mundo que corazón tuviera para la mirar. Libanor que la miró, luego cayó de amortecido, y el ciervo la y cierva asimismo. Y no lo hayáis a maravilla, porque había la figura del Demonio: tenía una cabeza tamaña como una piedra pequeña de lagar; en torno della había muchos y muy largos cuernos, y encima uno tan largo como dos brazas; había más bajo de los cuernos doce ojos, grandes y muy saltados a maravilla, por manera que por todas partes vía; tenía más abajo de los ojos seis bocas grandes y desemejadas, parecía que no tenía dientes ningunos; lanzaba vivas llamas de fuego por todas ellas; por las narices le salía un humo muy espeso; tenía seis brazos, tres de cada lado; los dedos que en las manos tenía eran garfios muy agudos; había el vientre abierto por medio, y lo que dentro parecía estar eran muchas y muy grandes culebras que a muy gran priesa se andaban revolviendo; las piernas tenía llenas de vello, y los pies como los garfios de las manos; el uno tenía puesto a la una parte de la fuente y el otro a la otra, por manera que de una parte y de otra toda la tomaba. El Caballero del León fue muy maravillado de ver tan espantable figura, y llamaba a Dios y a Sancta María que en aquel menester le socorriesen. Él la estuvo mirando, y dijo:

—Siempre Dios me ha favorecido: yo suplico a su Divina Majestad que agora en este peligro me favorezca.

Y diciendo esto echó mano a su buena espada. No la hubo sacado cuando aquella espantosa visión se comenzó a sacudir, y fueron tantas y tan espesas las centellas que della salieron, que el Caballero del León pensó allí fenecer sus días; y acordose que Libanor y los animales que con él estaban (que armas no tenían) les vernía mucho mal, y a muy gran priesa volvió para Libanor y arrastrando le sacó de entre las centellas (que muchas había adonde él y los ciervos estaban), y luego tornó por los ciervos; y él que miró por el caballo y por el palafrén, violos que ellos y el león ya se habían apartado. El caballero se tornó a la fuente y vio aquella visión mucho más espantosa que antes lo estaba. Él la estuvo mirando, y dijo el sanctísimo nombre de Jesús y llevolo por escudo y amparo contra esta espantable visión.

Todo fiel cristiano es bien que sepa la virtud que este sanctísimo nombre de Jesús tiene: así como el Caballero del León este amparo y escudo tomó, aquella visión infernal no tuvo más poder contra él, y alzando su buena espada le alcanzó tal golpe por en medio de aquella espantosa cabeza, que gran parte della le derribó en la fuente, y luego le dio otro por encima del un hombro, que dos brazos le cortó, y de la suerte que oís la comenzó a herir a muy gran priesa y a poco rato la hizo pedazos, y al tiempo que el Demonio de aquella espantosa visión salió, fue tanto el ruido y estruendo que hizo, que todos aquellos valles parecían hundirse, y todo su cuerpo fue desaparecido. Luego la fuente cesó de hervir. El Caballero del León fue ledo de lo ver, y hincando los hinojos en el suelo dio muchas gracias a Dios por la merced que siempre le hacía.

Acabando de hacer su oración miró por Libanor y los ciervos, y nunca habían tornado en su acuerdo. Estándolos mirando vio venir a muy gran priesa una grande y espantosa culebra la boca abierta y la lengua sacada contra Libanor. Como el caballero venir la viese, claramente vio que si a Libanor llegase, muy presto le daría la muerte, y así, se dio mucha priesa para quitar aquella culebra que daño no le hiciese, y Dios le guio tan bien que él y la culebra llegaron a una, y diole tal golpe con su espada, que la hizo dos partes. Luego se tornó una de las fadas que en la quinta aventura ya oístes que en el pozo se habían echado. Como el Caballero del León la vio, luego la conoció y fue muy espantado. Dice el sabio Doroteo que las fadas que ya oístes que se echaron en el pozo fue con miedo que de la muerte hubieron, y que así como ellas vieron que la noche sobrevenía y que nadie las podía ver, por sus artes se salieron dél y cada una se fue a su morada; y esta que el Caballero de León agora mató había hecho por sus artes hervir aquella fuente que ya oístes, y asimismo puso encima della aquella espantosa visión, porque en ella estaba la virtud del hervir de la fuente.

Tornando a nuestro propósito, el Caballero del León se llegó a Libanor, y trabando dél le tornó en su acuerdo. Ya el ciervo y la cierva había rato que se habían levantado. Libanor dijo a su señor:

—¿Qué es de aquella espantosa visión?

—Ya es descendida a los Infiernos —dijo el Caballero del León.

—¡Sea Dios loado, que fue la su voluntad de nos amparar de cosa tan cruel!

Luego el ciervo y la cierva se vinieron al Caballero del León haciendo muestras de demasiada alegría. Todos se llegaron a la fuente (que ya en su ser natural estaba vuelta) y tomando al ciervo por los brazos lo bañó dentro, y otro tanto hizo a la cierva, y así como en aquella fuente entraron, luego fueron libres de aquellos fuertes encantamientos, y el ciervo se tornó un caballero; la cierva, una hermosa dueña. Juntos se vinieron a humillar ante el Caballero del León por le besar las manos, mas él no se las quiso dar, antes los levantó diciéndoles:

—Mis buenos señores, las gracias desta buena obra todos las debemos dar a Dios, que es el que tiene poder de hacer las semajantes mercedes. Reposemos aquí cabe esta fuente.

Así, se asentaron todos, y el Caballero del León dijo a Libanor que les diese algo de comer, si lo tenía; Libanor se lo dio y allí comieron con mucho placer, y acabado que hubieron, el Caballero del León dijo al caballero:

—Mi señor, mucho holgaría que me dijésedes de qué tierra sois y qué ventura os trajo a estos Hondos Valles.

El caballero le respondió:

—Mi señor, yo he nombre Fermosiliel de Cernaria; soy hijo del rey de Cernaria. Fue mi ventura tan buena, que desde mi tierna edad comencé a amar a esta hermosa dueña, de tan ahincado amor, que un solo punto que della me partía, mi triste corazón era deshecho en vivas lágrimas. Ella es hija del duque Flortano, vasallo del rey mi padre. Quiso mi triste suerte que al tiempo que yo estaba determinado de tomarla por mujer el rey mi padre me mandó ir contra Turcos, porque muy reciamente se entraban por nuestra tierra. En el tiempo que yo en esta guerra me detuve, fue mi desdicha tal, que el duque Flortano dio marido a su hija, y tal, que no la merecía servir. Vos, mi señor, bien veis la gran hermosura de Felisidonia, que así había nombre. El duque su padre la dio al conde de Tabares, que es hombre no muy rico: él es más viejo que mozo; no es mejor dispuesto que otro, es de su natural mal acondicionado. Cuando yo de la guerra vine y supe las tristes nuevas del tal casamiento, muchas veces estuve por dar fin a mis tristes días, y esforzadome lo mejor que pude, tuve maneras como a mi señora Felisidonia pudiese ver, y ella doliéndose de la mi gran cuita, dio lugar a que yo muchas veces entrase en el su palacio; y como yo no tenía ni tengo vida sin ella, jamás de la su presencia me partía, en tanta manera, que el conde su marido hubo de saber la voluntad que yo le tenía, y como yo era hijo de su señor no osó tomar de mí la emienda, de manera que nadie viese ni supiese que él de mí tuviese enojo alguno. Él pensando siempre cómo de mí sería vengado, y asimismo de mi señora Felisidonia, envió sus mensajeros a estas fadas que en estos Hondos Valles están, haciéndoles saber todo lo que entre mí y Felisidonia pasaba, prometiéndoles grandes dones si de mí y della le daban entera venganza. Ellas hicieron sus signos y encantamientos de tal manera, que nosotros fuimos traídos a estos Hondos Valles y vueltos de personas en animales, como vistes, sin que nosotros cosa alguna sintiésemos. Ya, mi señor, os he contado la nuestra hacienda. Y bendito sea Dios, que de tan gran mal nos hizo libres.

Mucho fue espantado el Caballero del León de oír tal aventura. Allí estuvieron hablando en lo que más les agradaba por una pieza, el Caballero del León dijo a Fermosiliel:

—Bueno será, mi señor, que vamos a saber antes que anochezca la morada desta fada, y si tal fuere, en ella podréis aguardarme hasta que yo estos Valles Hundos acabe de andar.

—Hágase lo que mandáis —dijo Fermosiliel.

Y luego el Caballero del León se levantó y enlazó su yelmo y subió en su caballo, y tomando a Fermosiliel a las ancas, Felisidonia subió en el palafrén de Libanor, y así, de la manera que oído habéis fueron su camino y anduvieron la parte del día que les quedaba. Ya que la noche sobrevenía llegaron a un castillo, y el Caballero del León mandó a Libanor que a la puerta llamase y él hizo luego su mandado, y luego se paró a una finiestra una doncella y dijo:

—¿Qué es lo que mandáis?

—Que nos abráis la puerta.

—Eso no haré yo, que mi señora no es en este lugar:

—¿Quién es vuestra señora? —dijo Libanor.

—Es la sexta fada —dijo la doncella— destos valles.

—Señora doncella —dijo Libanor—, mandadnos luego abrir, que vuestra señora ya tiene el aposento que para siempre le ha de durar.

—Decidme —dijo la doncella—, ¿adónde es la morada que mi señora para siempre ha tomado?

Es la morada del Infierno —dijo Libanor—, que ya ella es salida desta vida.

Como la doncella esto oyó fue muy turbada, y comenzando a hacer un triste llanto bajó a abrir la puerta del castillo y luego todos fueron dentro, y Felisidonia comenzó a conhortar la doncella de la fada, y ella le dijo:

—Mi señora, no hay para mí conhorte alguno, por cuanto me conviene morir en estos Hundos Valles, pues no puedo ni tengo poder para dellos salir, sino que, pues mi señora es muerta, aquí han de fenecer mis tristes días, y asimismo todos los de cuantos en estos valles están:

—No lo consentirá Dios —dijo Felisidonia—. Por eso, no hagáis tan gran duelo, que con el ayuda de Dios presto saldremos todos dellos.

—Si eso yo supiese —dijo la doncella—, algún conhorte tomaría.

—No tengáis duda —dijo Felisidonia—. Por tanto, tomad mucho placer y guiadnos adonde este caballero tome algún descanso, que lo ha bien menester.

La doncella se subió por una escalera y todos fueron en pos della hasta el aposento de la fada, que muy bueno era. El Caballero del León fue luego desarmado con el ayuda de Fermosiliel, y cubierto su manto, todos se asentaron y la doncella aparejó muy bien de cenar de lo que en el castillo había, y así, cenaron con demasiado placer. Acabada que fue la cena estuvieron hablando en lo que más les agradaba una pieza; en este tiempo Libanor preguntó a la doncella si había aposento en que aquellos señores albergasen; la doncella le dijo que sí; luego el Caballero del León se levantó y se despidió de Fermosiliel y de Felisidonia y se fue a una cámara adonde hallaron un lecho bien aparejado. Acostado que fue el Caballero del León, Libanor se salió de la cámara. Fermosiliel y Felisidonia se fueron a otro aposento adonde hallaron otro lecho, y allí quedaron con mucho descanso de los dos, que se amaban mucho.

Y así estuvieron aquella noche. Venida que fue la mañana, el Caballero del León se levantó y luego fue armado y se fue al aposento de Fermosiliel, y

despidiéndose dél y de Felisidonia, les dijo que le aguardasen en aquel castillo, que placiendo a Dios muy presto sería de vuelta; ellos le dijeron que en todo harían lo que les mandaba, y así, lo encomendaron a Dios y el Caballero del León se salió del castillo, y su escudero con él.

Capítulo XL

De cómo el Caballero del León tomó la demanda de la séptima aventura y de lo que en la acabar le acaeció.

COMO el Caballero del León se despidió de Fermosiel de Cernaria y de su señora Felisidonia anduvo por aquellos Hondos Valles tres días, a la fin de los cuales se halló cerca de una gran laguna, y era tan grande que, según escribió el sabio Doroteo, había bien dos leguas en ancho y tres en largo. Esta laguna estaba partida en dos partes; tenía por medio una senda tan ancha como tres pies que toda la laguna atravesaba; no había persona que la mirase que no fuese espantada, por cuanto el agua y la senda estaban iguales, que la senda no estaba más alta un punto que el agua y sola una gota no entraba el agua en la senda.

El Caballero del León estuvo mirando aquella senda, y a la fin se determinó de pasar por ella a la otra parte; y así como lo pensó lo puso por obra, y anduvo por ella tanto hasta que llegó en medio de la laguna, y sin ver persona alguna le tomaron por la rienda de su caballo tan reciamente que ni el caballo ni el caballero que encima iba tuvieron poder para se defender que dentro de la gran laguna no fuesen; asimismo metieron a Libanor y el león (que con ellos iba). Muy presto fueron llevados a un rico aposento. Al Caballero del León aparecieron de su caballo sin ver ni saber quién, y así mismo hicieron a Libanor, y lleváronlos a una sala extrañamente obrada: toda ella estaba colgada de paños de oro; a la una parte había un rico dosel, y debajo dél una silla muy bien obrada. Al Caballero del León llevaron hacia aquella parte que el rico dosel estaba y asentáronle allí, y a Libanor dejaron en medio de la sala. El Caballero del León fue muy espantado de lo que visto había; Libanor se llegó a él y le dijo:

—Grandes son las maravillas que en estos Hondos Valles habemos visto; mas yo por mayor tengo ésta que ninguna de las pasadas, que no puedo entender cómo por medio del agua aquí nos metieron. A Dios ruego yo que tan buen fin nos dé en ésta como en las otras nos dio.

—Sí dará —dijo el Caballero del León—, que jamás se cansa de hacer bien.

Estando hablando con Libanor en lo que oído habéis pareció ante él una doncella con un antifaz en el rostro, y ante el Caballero del León puso una rica mesa, y puesta que fue, la cubrió de un paño de oro y encima dél puso un libro todo guarnido de piedras y perlas de mucho valor. La doncella le abrió, y estaba todo escripto con letras de oro. Esto hecho, ella se humilló ante el Caballero del León diciéndole:

—Valiente y más esforzado que cuantos caballeros hoy en el mundo son, tú has dado cima a las seis aventuras que en estos Hondos Valles había; esta en que agora

estás es la última. Sábete que así como por ti han de ser acabadas estas siete aventuras, hoy es el día que ante ti han de acaecer siete cosas espantosas. Yo que te amo y más deseo servir que cuantas nacieron, te hago cierto que si a cualquiera destas siete cosas por ventura tu alzas la cabeza dejando de leer en ese libro que ante ti tienes, luego los tus días serán feneidos. Y en esto que te digo no dudes, porque así te averná como yo lo tengo dicho. Y si sufrimiento tuvieres a cosa alguna que vieres de jamás alzar los ojos, tú habrás dado fin a las grandes maravillas que en estos Hondos Valles había.

—Doncella —dijo el Caballero del León—, en todo haré yo vuestro mandado, aunque no queréis que yo vea vuestro rostro.

—Cuando tiempo fuere —dijo la doncella— yo me descubriré, ca sabed que no hay cosa que yo más deseé que es serviros en todo lo que pudiere; y a tiempo sois que de mí conoceréis esta voluntad que yo de serviros tengo.

El Caballero del León le dijo:

—Si Dios a mi vida me da vida, yo os daré el galardón de cualquier merced que agora se me hiciere.

La doncella se le humilló y le dijo:

—Yo, mi señor, me voy, que aquí no me puedo más detener. No faltéis punto de lo que dicho tengo.

Así, se despidió aquella doncella del Caballero del León, y como ella fue ida, luego él comenzó a leer en el libro que en la mesa estaba. Y no tardó mucho cuando oyeron en la sala muy gran ruido de gente que se combatía. Libanor que mirándolos estaba, vio más de docientas espadas, las ciento de una parte y las ciento de otra, pero él no vía quién las tenía, antes herían con ellas a gran priesa, y todas aquellas espadas andaban un palmo, y muchas veces un dedo del Caballero del León. Libanor que en tan gran priesa se vio, acordó de se llegar a una pared, y aun allí no estaba seguro, que le convino echarse en el suelo, porque los filos de las espadas le pasaban por el rostro. A esta hora fue la vuelta muy grande, que se daban priesa a herir, y asimismo daban grandes voces diciendo:

—¡Ah buen caballero! ¿Cómo vuestro esforzado corazón puede sufrir a ver esta cruda pelea ante vuestros ojos? Habed piedad de tanto buen caballero como aquí pierden la vida.

Nada desto no les aprovechó, que el Caballero del León jamás quiso alzar la cabeza ni un solo punto dejó de leer en su libro. Como esto vieron los que la batalla hacían, tornaronle a decir:

—¡Ah señor caballero! Sed cierto que si vos con la vuestra espada en medio destos caballeros os pusiesedes, no perdería ninguno dellos la vida; y si esto no hacéis, todos aquéllos perecerán.

Esto y mucho más que le dijeron no les aprovecho cosa alguna, que él jamás quiso hacer su ruego. A esta hora viérades en la sala más de cien hombres muertos de grandes y muy espantosas heridas. Libanor los estaba mirando casi fuera de sí de ver tal maravilla, y viérades a grandes voces decir:

—¡Maldito seas tú don Cristalián, y aun quien caballero te armó, que tan bien empleada fue en ti la orden de caballería, pues de puro temor de la muerte dejaste morir ante tus ojos tanto buen caballero! ¡Dios te dé mal galardón por ello, y mala dicha y ventura en cuanto mano pusieres!

Y diciendo esto no oyeron más, antes los caballeros muertos que en la sala estaban todos desaparecieron. Libanor dijo a su señor:

—Cosa espantosa ha sido ver esta batalla: yo no sé quién pueden ser estos caballeros que tan sin piedad se herían. Mucho duelo había de los ver morir.

El Caballero del León le dijo:

—No se pasará mucho tiempo que no sepamos quiénes eran y por qué hacían su batalla.

Así estuvieron él y Libanor hablando por una pieza en lo que visto habían. Pasada que fue una hora oyeron mucho mayor ruido de gente que antes; Libanor se apartó de su señor y vieron entrar por la sala mucha gente, y los que entraban todos se arrimaron a las paredes en torno de la sala. Luego tras ellos vinieron doce doncellas haciendo muy gran duelo, mesándose sus hermosos cabellos. Así como en la sala entraron se fueron adonde el Caballero del León estaba, y todas doce estuvieron quedas haciendo su triste llanto. Libanor que mirándolas estaba, hubo mucho duelo dellas, y no se pudo tanto sufrir que no les dijo:

—Señoras doncellas, mucho os ruego que me digáis por qué hacéis tanto duelo.

—¡Ay buen escudero, que presto veréis la nuestra triste suerte!

No hubieron las doncellas acabado de decir esto cuando por la puerta de la sala entraron cuatro hombres a manera de sayones y en medio della pusieron un estrado; y esto hecho, cubriéronlo de un paño negro, y asimismo pusieron cuatro almohadas negras. Y luego vieron entrar dos hombres ancianos trayendo de brazo una doncella, la cual era extrañamente hermosa y salíanle de sus hermosos ojos mucha abundancia de lágrimas; eran tantas, que su rostro y pechos traía llenos de agua. Detrás della venía un sayón el brazo alzado y un gran cuchillo en sus manos esgrimiendo, y así como en la sala entraron echaron aquella hermosa doncella sobre el paño de duelo. Como esto fue hecho, las doncellas que ya oístes luego se humillaron ante el Caballero del León, y llorando muy agramente le decían:

—¡Ay buen caballero, doleos de aquella triste doncella, que sin culpa le quieren dar la muerte si de la vuestra merced no es socorrida! Vos, mi señor, sois escudo y amparo de todos los afligidos que cuita reciben, habéis deshecho muchos agravios que a muchas tristes doncellas por el mundo se han hecho, pues bien creo yo que no dejaréis pasar este que ante vuestros ojos veis. Y por que con más voluntad esta doncella de vos, mi señor, sea socorrida, sabréis que la quieren dar la muerte porque Dios puso en ella tan estremada hermosura como veis: la manda matar la reina Falasta porque el rey su marido le dijo que esta doncella le parecía la más hermosa que en todos sus reinos había. Agora os habemos dicho la causa por que la muerte le quieren dar: de vos, mi señor, le venga la vida después de Dios, pues en las vuestras manos está.

A ninguna cosa de lo que las doncellas dijeron el Caballero del León respondió, ni un solo punto dejó de leer; como ellas esto vieron, comenzaron a hacer de nuevo su llanto, y volviéronse adonde aquella hermosa doncella estaba diciéndole:

—Mi señora, ya no hay quien de la muerte os aparte. Pues que este caballero no se duele de vos, toda la crueldad del mundo es en el su corazón. ¡Oh mi señora, y cómo fue triste el día que vós nacisteis, pues de todo el mundo sois desamparada!

—Pues Dios así lo quiere —dijo la hermosa doncella—, ejecuten en mí la cruel sentencia que la reina contra mí dio.

De Libanor os digo que era tanto el duelo que de aquella doncella había, que no sabía qué hacer de sí, y estaba muy espantado de su señor cómo no se daba nada por el ruego de aquellas doncellas. A esta hora tomaron un paño blanco y pusieronle ante los ojos de la doncella, y al tiempo que el sayón alzó el cuchillo para le cortar la cabeza no tuvo Libanor sufrimiento para ver tal残酷, y muy presto fue, y tomando del brazo al sayón dijo:

—No pongáis mano en la doncella; si no, muerto sois.

Como Libanor esto hizo, luego le arrebataron todos aquellos que en la sala estaban, y como no tenía armas para con que se defender, no la pudo librar. Luego el sayón tendió el cuchillo y le cortó la cabeza, y como fue muerta, las doncellas a grandes voces comenzaron a decir:

—¡Ay mal caballero, maldito sea el día en que tu naciste, que tan malo y cobarde te hizo Dios! ¡Malaventurados días vivas, que tan tristes y captivos los viviremos por la tu poca piedad!

Y haciendo su triste llanto, los caballeros tomaron el cuerpo de la doncella, y las doncellas tomaron la cabeza, y así, se salieron todas aquellas gentes de la sala haciendo gran duelo por la doncella muerta y maldiciendo al Caballero del León. Como aquellas gentes de la sala salieron, Libanor dijo a su señor:

—Nunca tan gran dolor llegó a mi corazón como de ver dar la muerte a aquella doncella.

Y calló (que no osó más decir). El Caballero del León que con tanta pasión le vio, dijo:

—Calla, Libanor, no te pese por lo que vieres, y no tomes pasión.

Libanor le tornó a decir:

—No sé, señor, qué corazón tuvo sufrimiento de ver lo que aquí hoy ha pasado.

El Caballero del León se rio de ver a Libanor con tan demasiada pena por la muerte de la doncella.

Estando de la manera que oído habéis vieron cómo una pared de la sala se abrió por medio y que por ella entraba muy gran golpe de agua. Libanor que mirándolo estaba, comenzó a dar grandes voces diciendo:

—Mirad, señor, que sin duda somos muertos.

A esta hora ya estaba el agua tan alta en la sala, que al Caballero del León le convino levantarse con el libro alto en las manos (por que no se le mojase). A Libanor le llegaba el agua junto a la barba; al Caballero del León a los hombros, y Libanor decía:

—Desta vez, señor, somos muertos sin duda ninguna.

Él no le respondió, que estaba leyendo en su libro:

—Yo tengo miedo —dijo Libanor—, que esto nos viene por la muerte de la doncella.

Y calló (que no dijo más). Y así estuvieron de la manera que oido habéis gran pieza, llamando Libanor a Dios y a Sancta María que los acorriese. A esta hora vio entrar por la misma abertura donde el agua había entrado un pajarito, y desde la abertura de la pared comenzó a beber, y a poco rato que estuvo bebiendo agotó toda el agua y luego se tornó volando por donde había venido, y así como el ave se fue, luego la pared se cerró como de antes estaba. Desta maravilla fue Libanor

muy espantado, y miró a su señor y vio que jamás había dejado de leer en el libro, y díjole:

— Vos, señor, ¿no habéis visto las maravillas que yo?

— No he visto nada —dijo él.

— Pues sabed que un²⁴⁷ pajarito se ha bebido toda el agua que aquí vistes. No sé lo que de nosotros ha de ser.

— Bien será —dijo el Caballero del León—, placiendo a Dios.

— Yo así lo creo, según la vuestra buena ventura. Dios por la su merced sea contento con lo que habemos hoy pasado.

No acabó Libanor de decir esto cuando vieron por una parte de la sala encender un grande y muy espantoso fuego. Como Libanor aquello vio, verdaderamente él pensó que los sus días ya eran fenecidos, y dijo en alta voz:

— Nunca temor de la muerte tuve en mi vida tal como la hora de hoy tengo. ¡A Dios encomiendo yo la mi ánima!

Y diciendo esto se llegó junto a su señor, porque ya era el fuego tan grande que todas las paredes de la sala ardían a vivas llamas. Por grande y espantoso que era el fuego, nunca el Caballero del León los ojos alzó, ni jamás dejó de leer en su libro. A esta hora ya el suelo de la sala comenzaba a arder, y poco a poco se encendió de tal manera que por todas partes cielo y suelo y paredes ardían en vivas llamas. El fuego era tan grande que el Caballero del León ni su escudero apenas se podían sufrir: tanta pena les daba. Luego vio Libanor una columna en medio de la sala, y encima della un animal que se llama salamandria,²⁴⁸ y esténdola mirando vio cómo se andaba revolviendo a una y a otra parte, y al tiempo que el fuego llegaba tan cerca del Caballero del León que casi se le quemaban los pies, Libanor dijo a su señor:

— ¿Qué ha de ser de nosotros, que tan amargamente los nuestros días han de fenecer? Señor, ¿adónde no ampararemos de esta gran cuita?

El Caballero del León no le respondió, ni los ojos quitó jamás de el libro. Estando en la fatiga que oído habéis vio Libanor cómo aquella salamandria dio un pequeño soplo, y por pequeño que fue, súbitamente mató todo el fuego y la sala quedó como de antes estaba, que no parecía haber habido en ella agua ni fuego. Libanor dijo a su señor:

— Yo no sé qué me diga de lo que aquí habemos visto.

— Pues más queda por ver —dijo el Caballero del León—; y no sé lo que adelante averná, que lo que hasta aquí habemos visto en mucha fatiga ha puesto mi espíritu.

Estando en esto vieron cómo una puerta de la sala se abrió, y Libanor paró mientes y vio cómo por ella entraron más de cincuenta ballesteros con sus ballestas en las manos, y todos cincuenta se arrimaron a la pared que estaba enfrente del Caballero del León y un balletero de aquéllos le dijo:

— ¡Ah caballero, mira si no quieres ser muerto por la nuestra mano! Alza los ojos y mira lo que te queremos preguntar; y si no quisieres hacer nuestro ruego, sey cierto que aquí fenecerán los tus días y no pienses de jamás salir de aquí. Por

²⁴⁷ 1587: ‘vn vn’ (89v).

²⁴⁸ Se la creía capaz de sobrevivir al fuego.

tanto, te digo en la mi verdad que en hacer lo que te rogamos no es cosa que la tu honra será menoscabada.

Mientras el ballesteros esto decía, el Caballero del León no cesaba de leer en su libro de la mayor priesa que nunca leyó. Como los ballesteros esto vieron, fueron movidos a muy gran saña, y todos a una voz comenzaron a decir:

—¡Muera, muera el que temor no tiene de los peligros desta vida!

Y como esto dijeron, a muy gran priesa comenzaron a tirar tantas saetas, y tan espantosas, sobre el Caballero del León y sobre Libanor como si sobre ellos llovieran. Pasábanles ante sus ojos y por encima de la cabeza y por los lados, pero ninguna saeta en ellos tocó. Estuvieron los ballesteros tirando cuanto un cuarto de hora, que jamás cesaron de tirar, pero ni a las muchas saetas ni mucho ruido que los ballesteros hacían jamás el Caballero del León se meneó ni hizo semblante de haber temor de las saetas que tan cerca de sí vía pasar. A esta hora entró por la puerta de la sala una doncella a grandes voces diciendo:

—¡Salid, salid mis ballesteros, pues que contra ese mal caballero no vale nada el nuestro saber!

Como aquella doncella esto dijo, luego los ballesteros cesaron de tirar, y con rostros muy tristes salieron de la sala y no los vieron más. Como el Caballero del León y Libanor quedaron solos, Libanor dijo a su señor:

—Yo no sé cuándo nos habemos de ver libres de tantas fatigas como después que aquí entramos habemos pasado. Mucho querría saber si ha de haber otra cosa que más sobresalto nos dé, que nunca tanto temor tuve de morir, aunque el fuego mucho me espantó, como cuando los ballesteros comenzaron a tirar.

—No tengas temor alguno —dijo el Caballero del León—, que no recibirás daño.

—Así lo quiera Dios —dijo Libanor—, que desta vez yo terné qué contar.

El Caballero del León dijo a Libanor:

—Calla, que me semeja que oyo²⁴⁹ ruido.

Luego la puerta de la sala se abrió y por ella vio Libanor que entraban doce hombres muy desemejados, de tristes y feas cataduras. Traían entorno de las sus piernas muchos cascabeles y campanicas, y en los brazos asimismo, y encima de los hombros collares grandes de cascabeles, como si bestias fuesen; en las sus manos traían panderos de sonajas. Luego que en la sala fueron comenzaron a hacer y decir cosas de mucho regocijo. Libanor los estaba mirando, y como tan desemejados fuesen, con los gestos que de sus personas hacían, era tanta la risa que Libanor tenía, que no sabía de sí.

A esta hora aquellos hombres hechos personajes se llegaron al Caballero del León, y allí fue tanto el ruido que hicieron y gestos extraños por le hacer alzar la cabeza, que fue cosa de ver. Los unos se humillaban ante él diciéndole:

—Agora sea la vuestra merced de nos mirar, pues por os servir y dar placer somos aquí venidos.

Los otros andaban entorno dél haciendo y diciendo cosas de mucho placer, y como vieron que ninguna cosa de las que hacían les aprovechaba ni el Caballero del León dejaba por sus juegos de leer en su libro, fueron llenos de demasiada

²⁴⁹ Oigo.

tristeza, y maldiciendo al Caballero del León se salieron de la sala; Libanor dijo a su señor:

—Pasatiempo ha sido mirar estas gentes que aquí han entrado.

—Mucho regocijo traían —dijo el Caballero del León.

Libanor le respondió:

—No era nada oíllos a comparación de vellos sus feos y desdonados rostros y lo que hacían por que la vuestra merced dejase de leer, pero veo que poco les aprovechó.

Estando hablando en esto oyeron ruido, y muy grande, de gentes, y asimismo de menestriiles altos.²⁵⁰ Estuvieron aguardando para ver qué cosa sería. Luego vio Libanor entrar por la sala grandes compañías de gentes, y después muchos caballeros ricamente guarnidos, y como estos caballeros fueron en la sala, vieron entrar una hermosa doncella tan ricamente guarnida que era cosa espantosa de ver. Era tan estremada en hermosura, que espanto ponía a quien la miraba; traía una ropa de hilo de oro; sus hermosos cabellos, tendidos por las espaldas, encima dellos traía una rica corona de reina; de brazo la traían, al parecer, dos grandes señores ricamente guarnidos. Ella guio adonde el Caballero del León estaba, y humillose ante él y dijole:

—Valeroso príncipe y más esforzado que cuantos nacieron, la mi venida ante vos es para pediros un don. Yo, mi señor, digo de verdad que es para más acrecentamiento de vuestra honra y estado.

A cosa que esta hermosa reina dijese nunca el Caballero del León la quiso mirar, ni palabra le respondió; como la reina esto viese, dijole:

—Señor caballero, a lo menos, si el don que os pido no me quisiéredes dar, no sea yo tan desdeñada que la vuestra vista se me niegue: agora me mirad, que no habrá tal en el mundo que no se tuviese por bienandante en mirar la mi hermosura. Pues las nuevas que de vos, mi buen señor, a mí se me dieron fueron que érades el más mesurado caballero de cuantos en el mundo nacieron, mirad, señor, que ha ya gran pieza que estoy de hinojos ante vos.

Las palabras que la reina dijo no movieron al Caballero del León para que la mirase, ni menos la habló palabra: Libanor estaba muy espantado de cómo su señor tenía sufrimiento de ver aquella hermosa reina puesta tan gran pieza de hinojos ante él. Viendo esto la reina, se levantó llorando muy agramente y diciendo:

—Malandante sea caballero tan follón²⁵¹ como tú eres. No puede haber en ti bien ninguno, pues mesura te falta. ¡Maldito sea quien orden de caballería te dio, pues tan mal empleada es en ti!

Diciendo esto y otras cosas, y haciendo muy triste llanto, se salió de la sala ella y toda su compañía.

²⁵⁰ Cornetines.

²⁵¹ Arrogante, descortés.

Capítulo XLI

De cómo la doncella que primero en la sala entró con el antifaz en el rostro habló al Caballero del León y de lo que le dijo que hiciese para salir de aquellos Hundos Valles, y asimismo cuenta cómo yendo por un camino encontró una doncella con la vista de la cual fue muy ledo.

COMO aquella hermosa reina fue salida de la sala vieron entrar a la doncella que ya oístes que con don Cristalián habló luego que en aquel palacio fue con el antifaz en el rostro, y como al Caballero del León llegó, humillose ante él y díjole:

—Mi señor, vos habéis hecho más que si a cien caballeros juntos hubiéradess vencido: ya, mi señor, vós podéis dejar de leer.

El Caballero del León la conoció en la habla, y díjole:

—Señora doncella lo que más fatiga me dio fue ver esta hermosa reina puesta de hinojos ante mí.

—Comoquiera que sea —dijo la doncella—, ello está muy bien hecho, que Dios sabe la pena que yo tenía en pensar si habíades de hacer otra cosa de lo que yo os había dicho. Vos, mi señor, os levantad y andad toda esta morada y mirad bien a todas partes, que no os quede cosa alguna por ver, y cuando fuere tiempo yo seré con vos.

El Caballero del León dio muchas gracias a la doncella, y luego se levantó y la doncella se salió de la sala (que no la vieron más por entonces). De Libanor os digo que estaba muy alegre en pensar que ya no había más que ver. Y así como la doncella que ya oístes se fue, luego el Caballero del León se salió de la sala y comenzó de andar por aquella morada a una y a otra parte. Iba siempre mirando, como la doncella se lo dijo, y entrando en una cámara vio a la fada que ya oístes que enferma estaba echada en el lecho; él se llegó a ella y viola que estaba muy cercana a la muerte, y tanto, que no podía hablar palabra; como el Caballero del León tal la viese, no curó más della.

A la vuelta que dio, vio que encima del lecho de la fada, hacia la parte de la cabecera, en la pared estaba un gavilán, sin cabeza, de piedra. Como el Caballero del León de vio (aunque de piedra estaba), luego le vino a la memoria lo que la Doncella del Gavilán le había dicho en la primera aventura, y sacando la cabeza que la doncella le dio (que siempre consigo la traía), la juntó con el gavilán de piedra, y el gavilán se tornó vivo y luego se fue volando. Como saliese de la cámara de la fada, luego se le salió el ánima (que no tuvo más vida). Como esto fue hecho, todos los encantamientos de los Hundos Valles fueron deshechos. Luego vino ante el Caballero del León la doncella que el antifaz traía en el rostro (que ya venía sin él); el Caballero del León la conoció, que era la Doncella del Gavilán que en la primera aventura ya oístes. Ella se le humilló pidiéndole las manos para se las besar; él la tomó por las suyas y la hizo levantar diciéndole:

—Señora doncella, puesto soy en obligación de pagaros lo mucho que por mí habéis hecho.

—Mi señor, en más lo soy yo de os servir, pues por vos tengo libertad de salir destos Hondos Valles, y asimismo tengo esperanza de ver a la cosa del mundo que yo más amo. Y por estas mercedes que yo de vos, mi señor, he recibido, yo quiero haceros un servicio, y tal, que para siempre jamás de mí tengáis memoria.

El Caballero del León se lo agradeció, y la doncella le dijo:

—Seguidme.

Y así, se fueron todos de consuno, y la doncella lo llevó a una pequeña torre, y aunque pequeña, estaban en torno della muros muy fuertes. La doncella abrió una puerta y entraron por ella. Sabed que en aquella torre no había aposento ninguno, sino en medio della estaba una pequeña sala y en ella un cofre tumulado de piedra; la doncella lo abrió y vieron que estaban dentro tres joyas, las cuales eran éstas: una sortija con una pequeña piedra, y las otras dos joyas eran un pequeño plato de plata y un vaso, asimismo pequeño, de oro. La doncella dijo al Caballero del León:

—Mucho será la vuestra merced espantado de ver tanta guarda en cosas de tan poco valor.

—No las llamo de poco valor —dijo él—, que no sin misterio están a tan buen recaudo.

—Sabed, mi señor —dijo la doncella—, que esta sortija que aquí veis ha tal virtud, que en la mayor obscuridad da más lumbre de sí que una antorcha. Este plato, no muy grande, ha tal virtud, que poniéndole cualquier persona ante sí no pedirá cosa en su pensamiento que de comer sea que luego no la haya en su poder. Este vaso pequeño ha la misma virtud, que cualquiera cosa que beber quisiéredes, agua o vino, luego lo ternéis.

—Por cierto —dijo el Caballero del León—, si las joyas han tal virtud, ellas son de mucho valor.

—Esto que yo tengo dicho —dijo la doncella— es verdad. Vos, mi señor, tomad estas tres joyas y siempre las traed con vos, que no sabéis lo que por el mundo os acaecerá y con ellas muchas veces podréis salvar la vida.

El Caballero del León las tomó, teniéndolas en más que si del mundo le hicieran señor, y agradeció mucho a la doncella el don que le daba, y propuso en su corazón de le dar por ellas tal galardón que ella fuese bien pagada. La doncella le dijo:

—Mi señor, en estos Hondos Valles no tenéis más que hacer, que ya todos los encantamientos son acabados y el príncipe Bridonel y la infanta Gaudebia son vueltos en su natural y primero ser. Vamos, señor, y vos tomaréis vuestro caballo y salgamos luego de aquí.

Así, se salieron de la torre y el Caballero del León subió en su caballo, y la doncella y Libanor en sus palfrenes, y así tomaron su camino para el castillo donde habían quedado Fermosiel de Cernaria y su amiga Felisidonia.

Agora sabed que así como la séptima y final aventura fue acabada, que la doncella que en compañía de Fermosiel y su amiga había quedado se fue luego para ellos diciéndoles:

—¡Ea mis buenos señores, que ya sois libres, que el Caballero del León ha acabado la postrera aventura!

Como Fermosiel y Felisidonia esto oyeron, ¿quién os podría decir el demasiado placer que sus corazones sintieron?

Dice la historia que viniendo el Caballero del León y la Doncella del Gavilán (como ya oístes), que vieron de lejos venir una doncella en un palafrén a más andar; el Caballero del León y la doncella se la pararon a mirar, y vieron cómo se venía hacia ellos, y ellos asimismo se dieron priesa a andar con deseo que tenían de saber quién era. Luego la doncella y ellos fueron en un camino; la doncella alzó un antifaz que en su rostro traía, y fue por el Caballero del León conocida ser Belsael, la hija del sabio Doroteo. Ella se llegó al Caballero del León por le besar las manos; él no se las quiso dar, antes le dijo:

—Belsael amiga, y ¿qué buena venida es ésta?

—Yo, mi señor —dijo ella—, vine a estos valles para os servir por mandado del sabio Doroteo mi padre; que como él supo que las siete aventuras eran acabadas, vio la necesidad que aquí teníades de caballos para los caballeros que en estos valles hallastes, y asimismo palafrenes para las doncellas y camellos para en que vayan los tesoros del rey Mida.

El Caballero del León dijo a Belsael:

—Amiga, mucho es lo que debo al sabio Doroteo vuestro padre; pero si Dios a mí vida me da, yo le satisfaré algo de lo que por mí ha hecho, y asimismo pagaré a vos los trabajos que por amor de mí habéis tomado.

Ella le besó las manos por las mercedes que le hacía, y así, fueron su camino hasta que llegaron al castillo adonde estaba Fermosiliel de Cernaria, el cual cuando vio venir al Caballero del León, él y su señora se bajaron al patio; Fermosiliel de Cernaria se humilló ante él diciéndole:

—Mi señor, dadme vuestras manos, que merecimiento traen para que todos los reyes y grandes señores que en el mundo son os las besen, pues más que todos valéis.

El Caballero del León le abrazó diciéndole:

—Mi buen señor, lo que yo merezco es tanto como nada. Agora me decid cómo os habéis hallado en esta morada.

—Mucho bien —dijo Fermosiliel—, con esperanza de la vuestra vista.

A esta hora llegó Felisidonia, y hincando los hinojos ante él, le pidió las manos para se las besar; él la hizo levantar, y así, se subieron todos con mucho placer, y como en la sala fueron, luego fue puesta la mesa y todos cenaron (que ya era casi de noche), y acabado que hubieron, Fermosiliel preguntó al Caballero de el León cómo le había ido en la séptima aventura, y asimismo le preguntó quiénes eran aquellas doncellas que consigo traía. Él le dijo que le había ido muy bien, pues Dios por la su merced se la había dejado acabar.

—Estas doncellas, la una es hija del sabio Doroteo, si lo habéis oído decir, y la otra es sobrina de las fadas que en estos valles estaban, pero es muy ajena de las sus malas costumbres: persona que ha hecho por mí mucho, y asimismo yo le debo más que cuantos hoy son nacidos, que si por esta doncella no fuera, no sé lo que sucediera de mí.

En esto y en otras cosas estuvieron hablando hasta que fue hora de dormir, que el Caballero del León se levantó y dijo a la doncella criada de la fada:

—Amiga, mandad aposentar estas doncellas que en la mi compañía traigo.

La doncella se le humilló y le dijo que haría su mandado, y así, las tomó consigo, y el Caballero del León se despidió de Fermosiliel y de su señora, y así,

fueron todos a dormir. Venida que fue la mañana, el Caballero del León se levantó y con Libanor envío a llamar a Fermosiliel, y como él oyó el mandado se fue con Libanor, y dándole los buenos días, se anduvieron un rato paseando; el Caballero del León dijo a Fermosiliel cómo luego se quería partir.

—Hágase lo que mandáis —dijo Fermosiliel—; pero no sé qué hagamos de un palafrén en que vaya Felisidonia.

—De ese cuidado —dijo él— nos quitó el sabio Doroteo, que a esto envío aquella doncella, que su hija es: ella trae caballos para los caballeros y palafrenes para las doncellas que en estos valles están, todos cuantos son menester.

Mucho fue alegre Fermosiliel con aquellas nuevas, y luego todos se aparejaron y antes de hora de sexta salieron del castillo y anduvieron cuatro días, y el postrero a hora de vísperas llegaron al castillo adonde Dinamardos y la infanta Lucandria estaban. Sabed que el día que el Caballero del León llegó, Dinamardos y la infanta Lucandria se habían salido a pasear a un hermoso prado que junto al castillo estaba, y como ellos vieron venir al Caballero del León (aunque con más compañía venía que cuando de ellos se había partido) lo conocieron en el león que consigo traía, y fueron demasiadamente alegres en lo ver venir. Dinamardos dijo a la infanta:

—Mi señora, si os pluguiere, salgamos al camino a recibir a aquel buen caballero, que grande es el su valor.

La infanta le respondió:

—Hágase, mi señor, lo que mandáis, que grandes son las mercedes que hoy Dios nos ha hecho con la venida deste caballero.

Dinamardos tomó a su señora por la mano, y así, se salieron al camino. El Caballero del León que ya muy cerca dellos venía, se apeó, y asimismo Fermosiliel, y su señora y las doncellas fueron muy espantadas de la gran hermosura de la infanta Lucandria. Dinamardos y su señora se humillaron ante el Caballero del León, y él los levantó por las manos y abrazó a Dinamardos y humillose a la infanta Lucandria, y ella se le tornó a humillar. Dinamardos dijo:

—Mi señor, ¿quién es ese caballero que en la vuestra compañía viene?

—Ha nombre Fermosiliel —dijo él—: es príncipe de Cernaria.

Y asimismo le dijo quién eran las doncellas. Dinamardos y Fermosiliel se humillaron el uno al otro y Felisidonia se humilló a la infanta, y ella la abrazó y holgó mucho de verla (que grande era la su hermosura, aunque no lo era tanto como la infanta). Así, con demasiada alegría se fueron al castillo, adonde el Caballero del León fue desarmado y cubierto de su manto; todos fueron asentados. Dinamardos preguntó a Fermosiliel qué ventura le había traído a aquellos valles. Fermosiliel se lo contó todo como lo habéis oído, y dijole:

—Yo soy muy contento de lo que en estos valles he pasado, pues Dios dio tan buen fin a mis hechos; y sobre las grandes mercedes que he recibido, tengo en más el conocimiento deste buen caballero, y por muy honrado me tengo, que yo juntamente con el reino de Cernaria quedemos por vasallos tuyos.

—Muchos tenemos ese deseo —dijo Dinamardos.

El Caballero del León les respondió que por señores y amigos los ternía; los príncipes se le humillaron. La infanta Lucandria preguntó a Felisidonia que qué era lo que sentía cuando andaba hecha cierva.

—Mi señora —dijo ella—, yo no sentía mal ninguno, mas bastaba la pena que yo tenía de verme hecha animal y sin esperanza de jamás volver en mi ser. Esto me daba demasiada tristeza, ca sabed que yo tenía todo sentido, así como de antes.

Mucho fue espantada la infanta Lucandria de lo oír. Ya la cena estaba aparejada y todos cenaron, y acabada que fue, el Caballero del León y aquellos príncipes se salieron de la sala y se fueron al campo y anduvieron paseando hasta que fue hora de dormir, que se volvieron al castillo, donde estaba aparejado un rico lecho para el Caballero del León, y así, se acostaron todos. Venida que fue la mañana, el Caballero del León se levantó y envió a decir aquellos príncipes que se aparejasen, que luego se quería partir; ellos le enviaron a decir que ya todos estaban a punto para lo que mandar les quisiese.

—Pues que así es —dijo el Caballero del León—, vamos luego de aquí.

Todos aquellos señores juntos con mucha alegría salieron del castillo y tomaron su camino para donde los grandes tesoros del rey Mida había dejado, y anduvieron tanto hasta que al castillo llegaron; y como la infanta Celia (que encima del cielo que ya oístes estaba) vio venir al Caballero del León con la compañía que consigo traía, bien entendió que había dado cima a todas las aventuras de los Hundos Valles. Luego descendió dél, y como el Caballero del León llegó, se apeó de su caballo, y la infanta Celia se le humilló y le dijo que quién eran aquellos señores que consigo traía; él le dio cuenta de quién cada uno dellos era. Como la infanta esto oyó, hablólos a cada uno según su estado, y así, subieron al castillo acompañados de demasiada alegría y allí estuvieron hasta otro día de mañana, que el Caballero del León se levantó y luego mandó que aquellos grandes tesoros se aparejasen para se partir aquel mismo día. Como los tesoros sacaron para cargarlos en los camellos que Doroteo había enviado, aquellos príncipes fueron muy espantados de los ver. Sabed que con cada camello venía un hombre de pie; los tesoros cargados, los caballeros subieron en sus caballos, y las infantas y doncellas en sus palfrenes, y así, tomaron su camino.

Un día a hora de vísperas llegaron a la torre adonde la infanta Gradabela estaba. A aquella sazón Raduel el enano se había parado a una finiestra, y como él viese aquella compañía fue espantado, que él no pensó que allí venía el Caballero del León por cuanto le vio ir solo cuando de aquella torre se partió; y como él entendió que allí venía el Caballero del León, fuese adonde la infanta estaba, y por bajar muy apriesa (que la infanta se andaba paseando por un jardín) tropezó en el escalera y fue rodando hasta abajo, y como él tal caída dio, comenzó a dar muy grandes voces, tales, que la infanta Gradabela las oyó en el jardín y vino a gran priesa adonde Raduel estaba, diciéndole:

—Amigo, ¿qué has, que tales voces has dado?

—¡Ay mi señora —dijo él—, que yo soy muerto por daros tales nuevas con que seréis alegre, ca sabed quel Caballero del León es en nuestra torre!

Como la infanta le oyó fue salida de su acuerdo (tanto fue el placer que su corazón sintió), y díjole:

—Amigo, grande es el haber que tú mereces en darme tales nuevas. ¿Puédeste levantar? Si no, yo te ayudaré.

—Dadme la mano —dijo Raduel—, que yo me esforzaré, aunque la cabeza y una pierna me duele mucho.

La infanta se llegó a él y le ayudó a levantar, y así como fue en pie oyeron ómo a la torre llamaban; la infanta dijo:

—Amigo Raduel, ¿podrás ir a abrir? Si no, yo iré.

—Sí podré —dijo Raduel.

Y así, se fue como mejor pudo y abrió la torre; como el Caballero del León le vio, dijole:

—Amigo Raduel, ¿cómo has estado?

—Mucho bueno —dijo Raduel—, aunque agora la vuestra vista me hubiera de costar la vida.

—¿De qué manera? —dijo él.

—Por ir a decir a la infanta Gradabel la vuestra venida caí por el escalera, que aína fuera muerto:

—Mucho me pesa de eso —dijo el Caballero del León.

Las infantas, que mirándole estaban, no pudieron tanto sufrirse que no riesen de oír su caída; como Raduel las viese reír, fue muy airado contra ellas, y díjoles:

—Si vosotras, doncellas, tuviédes tanta parte de mesura como de hermosura, no os faltaría cosa ninguna.

Y callose muy enojado (que no dijo más). Todos se apearon y entraron en la torre; a esta hora ya la infanta Gradabela salía, y como al Caballero del León vio, fuese a humillar ante él; él se humilló ante ella diciéndole:

—Mi señora, perdonadme si me he detenido más de lo que era razón, que no se pudo más hacer.

—Ese perdón pido yo —dijo la infanta— por el trabajo que la vuestra merced por mí ha tomado.

La infanta Gradabela miraba aquellas infantas y era muy espantada de ver la su gran hermosura; asimismo lo eran ellas de la ver (que de linda apostura y gracioso rostro era), y luego se hablaron las unas a las otras, diciéndoles el Caballero del León quién eran, y los príncipes asimismo se humillaron a la infanta Gradabela y ella los recibió muy graciosamente, como aquella que muy mesurada era. Y así, se subieron a la torre y allí estuvieron con mucho placer hasta otro día.

Como el Caballero del León se levantó, luego envió a decir a aquellos señores que se aparejasen, que se quería partir ante de mediodía, y ellos le enviaron a decir que cuando la su merced mandase, que todos estaban aparejados. Raduel andaba con mucha fatiga tras Belsael diciéndole:

—Señora doncella, ¿el sabio Doroteo tuvo de mí noticia como la tuvo de cuantos en estos valles estaban? ¿Traeisme palafrén en que yo vaya?

—Sí —dijo Belsael.

—Agora os digo —dijo Raduel— que no nació otro en el mundo que más que él valga. En mí ha cobrado un buen amigo: yo le serviré en lo que pudiere:

—Muchas gracias a vos —dijo Belsael.

Raduel se fue adonde la infanta Gradabela estaba y dijole:

—Mi señora, téngome en más que nunca, pues que el sabio Doroteo me hizo tanta honra como a vos y aun como a cuantos en estos valles están; que si a la vuestra merced envío palafrén, también me lo envío a mí. Yo debo de valer mucho aunque no me conozco: aquel que es sabio y tan gran persona sabe bien quién yo soy.

—Tú tienes razón —dijo ella.

Luego la infanta se bajó y fue puesta en un palafrén ricamente guarnido, y todas aquellas señoras asimismo, y los caballeros subieron en sus caballos. Raduel andaba tras Libanor que le ayudase a subir en su palafrén, porque él no alcanzaba; Libanor le ayudó, y así, salieron todos de la torre y tomaron su camino, albergando de noche so los árboles que por el camino hallaban y los días dándose mucha priesa a andar, por manera que un día a hora de vísperas llegaron a vista de la reina de Zizamarán, y como ella venir los viese fue muy espantada, que no podía pensar qué cosa fuese; pero como más cerca fuesen vio el león y luego conoció que allí venía su señor, y tanta fue su alegría, que el corazón se le cubrió y cayó así como muerta encima del estrado en que estaba. El Caballero del León y toda su compañía que caer la vieron, fueron muy espantados y diéronse mayor priesa a andar, y como junto a ella llegaron, el Caballero del León se apeó y luego subió adonde la reina estaba. A esta hora ya ella tornaba en su acuerdo; él le dijo:

—¿Qué es esto, mi señora? ¿Qué mal es el que habéis sentido?

—Caballero bienaventurado —dijo la reina—, he sentido tanto bien y tanta alegría, que como ha tanto tiempo que tal no sentí, no cupo en mi corazón. Ya me parece que la vuestra alta y muy preciada caballería ha dado cima a las siete aventuras destos Hundos Valles, y esto digo porque algunos días ha que los encantamientos dellos son deshechos.

—Ya es todo acabado —dijo él—, que de aquí podemos irnos libres adonde quisiéremos.

—Muchas gracias soy yo a Dios —dijo la reina— por tan crecida mercedes como nos ha hecho. Agora me decid qué fue de las fadas.

—Ellas están en parte adonde pagarán los males que en esta vida han hecho.

—A Dios merced —dijo la reina— que de sus manos nos libró.

En esto se levantó, y ella y el Caballero del León bajaron del alto estrado en que estaban. Ella preguntó quiénes eran aquellos caballeros y doncellas; el Caballero del León se lo dijo, y luego todos se apareon haciendo a la reina mucho acatamiento, y después que la hubieron hablado, el Caballero del León dijo que sería bien que allí descansasen aquellas señoras un rato; a todos pareció bien, y en aquel hermoso prado se asentaron todos y allí les dieron de comer de lo que Libanor y el enano llevaban. Estando comiendo se llegó Raduel y dijo:

—Paréceme, mis señores, que en este prado es junta toda la hermosura del mundo: no parecéis sino flores de mayo entre las frescas verduras.

Mucho rieron de oír a Raduel las palabras que decía; el Caballero del León le dijo:

—Amigo, ¿cuál destas señoras te parece mejor?

—Si a mí me diesen a escoger —dijo Raduel—, no me hizo Dios de tan mal conocimiento que no sabría cuál tomar.

—Bien creo yo —dijo el Caballero del León— que cada una destas señoras se ternía por contenta de tenerte por suyo: escoge y mira a cuálquier servir.

—Pues sabed, mi señor —dijo Raduel—, que yo no vengo de casta de cobardes; que aunque algo indisposto me veis, de muy buenos caballeros vengo.

—Todo eso tenemos ya creído —dijo el Caballero del León—. Entre estas señoras que están sin caballero puedes escoger.

—Vos, mi señor, ¿no servís a ninguna dellas?

—No —dijo el Caballero del León.

—Pues que así es, no quiero gastar más palabras.

Y diciendo esto se hincó de hinojos ante la reina de Zizamarán diciéndole:

—Mi señora, dadme vuestras manos, pues que vós más que todas valéis.

Ella se las dio (que muy graciosa era). Raduel quedó el más contento hombre del mundo; el Caballero del León le dijo:

—Ya tienes a quien servir este camino, y asimismo has de amparar a la reina, si alguno la quisiere enojar.

—No habré menester a vos ni a otro —dijo Raduel—, que buenas fuerzas tengo, como cada uno.

—Bien lo creo yo —dijo Dinamardos—; pero no eres caballero: ¿con qué la has de amparar?

—No he yo menester armas —dijo Raduel—, que sola mi palabra bastará para espantar a todo el mundo.

—Mejor fuera —dijo la infanta Gradabela— si dijeras que con tu gesto.

Mucho fue Raduel enojado de oír a la infanta, y dijo a la reina:

—Mi señora, bien creeréis que lo que la infanta ha dicho es con mucho enojo que de mí tiene, que cuanto tiempo estuvimos solos nunca una palabra de amor yo le dije. Bien me perdonará el Caballero del León lo que decir quiero.

—Di, Raduel —dijo él—, que sí perdono.

—Lo que yo digo es que no merecía la infanta que yo la sirviese, y por esto nunca della me enamoré. Nunca tal pensé decir, pero con enojo dicen las personas más de lo que quieren, y esto digo por lo que la infanta me dijo ante la reina mi señora. Pues no penséis que esas palabras ni otras me han de apartar un solo punto de su servicio.

—Tú tienes razón —dijo la reina—, que en tan poco tiempo yo te tengo tal voluntad que no bastarían todos los del mundo para te quitar de mi servicio.

Raduel le tornó a besar las manos por los favores que le daba, quedando muy alegre.

Capítulo XLII

En que se cuenta cómo el Caballero del León y su compañía llegaron a la primera aventura y de allí se fueron adonde el príncipe Bridonel y la infanta Gaudebia estaban, y de cómo subieron de los Hundos Valles y el Caballero del León encontró con un caballero, y de la mucha alegría que con su vista hubo.

ALLÍ estuvieron una pieza hablando en cosas de mucho placer, y el Caballero del León dijo a aquellos señores que a él le parecía sería bien aquella noche pasar adelante; todos le respondieron que harían su mandado, y luego se levantaron, y la reina y infantas fueron puestas en sus palafrenes y los caballeros subieron en sus caballos, y así, movieron con mucha alegría y anduvieron a muy gran priesa la parte del día que les quedaba, y vínoles la noche en un monte muy espeso y en una parte dél se albergaron.

Venida que fue la mañana, todos tornaron a cabalgar y tomaron el camino que el día antes llevaban; y anduvieron tanto que a mediodía llegaron a la ribera del río y vieron al conde de Mautín y a los caballeros que vivos habían quedado pasearse por la ribera; y como aquella compañía de gente viesen, fueron muy espantados y viniéronse para ellos, y como más cerca los unos de los otros llegaron, conocieron a la Doncella del Gavilán, y el conde se maravilló mucho de la ver, y no podía pensar quién aquellos caballeros fuesen: el Caballero del León dijo a la Doncella del Gavilán:

— ¿Quiénes son estos caballeros que aquí vienen?

— Mi señor —dijo ella—, son el conde de Mautín y sus caballeros, los que vivos quedaron.

El Caballero del León fue muy ledo en oír aquellas nuevas, y dijo a la doncella:

— Yo por muerto tenía al conde.

Ella le dijo:

— Ese era el saber de mis tías: que por me hacer a mí pesar hacían de manera que a mí y a cuantos al conde mirasen les pareciese que muerto era.

A esta hora llegaron el conde y sus caballeros; la Doncella del Gavilán dijo al conde:

— Mi verdadero amigo, besad las manos a este buen caballero, pues por su buena ventura nos ha librado a todos del poder de mis tías.

Esto decía ella tendiendo la mano hacia el Caballero del León. El conde se llegó a él queriéndole besar las manos; el Caballero del León no se las quiso dar, antes lo abrazó. El conde le dijo:

— Mi señor, yo no tengo con qué os servir lo que por me librar en estos valles habéis hecho sino que de aquí me ofrezco por vuestro vasallo.

— Teneros he yo por amigo —dijo el Caballero del León—; y por amor de aquella doncella, que es persona a quien yo debo mucho, haré todo lo que os cumpliere.

El conde se le humilló, y de allí se fue a la Doncella del Gavilán, y tomándole las manos, se las besó muchas veces diciéndole:

—Mi señora, ¡cuántos afanes habéis tomado por amor de mí! A Dios doy yo muchas gracias que me ha traído a tiempo que yo os pueda servir lo que por mí habéis hecho.

La doncella le dijo:

—Mucho es lo que a este caballero debemos, Dios que tiene el poder le dé el galardón.

Belsael tenía aparejados caballos para todos aquellos caballeros; el Caballero del León les dijo que luego subiesen en ellos, que no se quería allí más detener; ellos hicieron su mandado y comenzaron a caminar para donde el príncipe Bridonel y la infanta Gaudebia estaban. Anduvieron todo aquel día y otro hasta hora de nona, que llegaron a vista del príncipe y de la infanta, que asentados estaban a una fuente, y como tal compañía de gentes viesen venir, el príncipe preguntó a sus caballeros que si sabían quién eran. Ellos le dijeron que no, y como más cerca llegaron y vieron el león, luego los caballeros y las doncellas dijeron al príncipe y infanta:

—Grandes cosas son estas que vemos: sabed, mis señores, que aquí viene el buen caballero que de tanto mal os ha librado.

—¿En qué lo conocéis? —dijo el príncipe.

—Conózcole yo —dijo un caballero— en aquel león que consigo trae.

—Pues que así es —dijo él²⁵² a la infanta—, mucha razón es que lo salgamos a recibir al camino.

Luego se levantaron, y ellos y sus caballeros y doncellas se salieron al camino, y como el Caballero de León los vio, luego conoció quién eran y apeose de su caballo. Como aquellos caballeros y reina y infantas a pie lo vieron, luego hicieron lo mismo: y así, se vinieron los unos a los otros, y como el príncipe Bridonel y la infanta Gaudebia se viesen juntos al Caballero del León, entrabmos se humillaron ante él, y el príncipe Bridonel le dijo:

—Mi señor, dadme vuestras manos, como aquel que todos los del mundo merece que se las besen por el mejor caballero que hoy es nacido, pues como tal me tomastes el escudo que yo en mis manos dicen que traía.

El Caballero del León los hizo levantar haciéndoles aquel acatamiento que a sus personas reales convenía. El príncipe Bridonel preguntó al Caballero del León quién eran aquellos caballeros y doncellas; él se lo dijo, y luego se hablaron los unos a los otros.

Esto hecho, todos juntos se fueron a la fuente y allí descansaron del trabajo del camino y les dieron de comer. Después que comido hubieron, el Caballero del León dijo que sería bien detenerse allí aquello que del día les quedaba, porque mejor que en otra parte ternían la noche; todos dijeron que era bien lo que el Caballero del León decía, y así, estuvieron junto a aquella fuente gran parte del día contando la Doncella del Gavilán al príncipe Bridonel y a la infanta Gaudebia las aventuras que el Caballero del León había dado cima en aquellos Hundos Valles. Mucho fue el príncipe espantado de oír tales maravillas, y así, estuvieron hablando

²⁵² El príncipe, se entiende.

en esto y en otras cosas que placer les daba hasta que fue hora de dormir. Todos albergaron a par de la fuente.

Venida que fue la mañana, Belsael tenía ya aparejado un palafrén para la infanta Gaudebia y caballos para el príncipe y sus caballeros, y otros palafrenes para las doncellas de la infanta. Todos fueron puestos a caballo, y dando muchas gracias a Dios por las mercedes que les había hecho comenzaron a subir para salir de los Hondos Valles. Escribe Doroteo que tardaron en subir cincuenta días con harto afán. Ya que Dios de aquella fatiga los sacó, como fuera de aquellos valles se vieron, todas aquellas señoras hincaron los hinojos en el suelo y dieron muchas gracias a Dios por las grandes mercedes que hecho les había.

Allí estuvieron descansando del trabajo del camino dos días; en este tiempo el Caballero del León se vio con el ermitaño que ya oístes que a la entrada de los Hondos Valles estaba. El ermitaño holgó mucho de lo ver, y rogole muy ahincadamente que le contase todo lo que en los Hondos Valles había visto; el Caballero del León que vio la voluntad que tenía de lo saber, se lo contó todo como lo habéis oído. Mucho fue maravillado el ermitaño de la mala vida y daños que aquellas fadas habían hecho, y dijo al Caballero del León:

— A Dios ruego que en las vidas las emienda y les dé lugar para que hagan penitencia de sus pecados.

El Caballero del León le dijo:

— Ese lugar no fue Dios servido de se lo dar, que ya han dado cuenta de su mal vivir.

— En verdad —dijo el ermitaño— que a mí me pesa de la su muerte, que pudiera ser que en ellas hubiera emienda alguna. Si tal intención ellas tuvieran, Dios les diera vida.

El Caballero del León dijo al ermitaño que si había menester alguna cosa, que de voluntad por él lo haría; el ermitaño le dio muchas gracias y le dijo que no, que Dios le daba muy cumplidamente todo lo que había menester, que él le daba muchas gracias por todo. El Caballero del León hincó los hinojos ante él pidiéndole la bendición, que se quería ir; el ermitaño se la dio y lo encomendó a Dios. El Caballero del León subió en su caballo y se volvió adonde aquellos caballeros estaban, y como llegó, díjoles:

— Señores, bien será que vamos de aquí.

— Vamos —dijeron ellos.

Y luego fueron todos a caballo y anduvieron cuatro días sin que cosa alguna les acaeciese. Yendo un día a hora de tercia vieron venir por el mismo camino que ellos llevaban un caballero armado de todas armas; el Caballero del León y aquellos caballeros se lo pararon a mirar, y pareciores que nunca vieran caballero que tan apuesto como aquél pareciese armado. En esto estando, el caballero que por el camino venía llegó, y como aquella hermosa compañía viese, saludolos muy cortésmente (según la usanza de caballeros andantes) y pasose de largo. El Caballero del León que pasar le vio, díjole:

— Señor caballero, atended un poco.

El caballero se detuvo y le dijo:

— ¿Qué es lo que mandáis, que no me puedo detener?

El Caballero del León le respondió:

—Pediros por merced que me digáis de qué tierra sois y adónde vais.

—Adónde yo voy —dijo el caballero— vos lo sabréis; pero quién yo soy ni de dónde no quiero que lo sepáis.

—Pues saber adonde vais no nos tiene pro —dijo el Caballero del León—, a lo menos decidnos en cuya corte residís.

—En la mía dijo —el caballero—, y no sabréis por agora más; y si fuerza me quisiéredes hacer, yo os responderé.

—Fuerza no la acostumbro hacer a nadie —dijo el Caballero del León—. Si por vuestra voluntad, señor caballero, me quisiéredes decir lo que yo saber deseo [...];²⁵³ si no, vos os podéis ir a la buena ventura.

El caballero le respondió:

—Señor caballero, la mucha mesura que en vos veo me obliga a os decir lo que saber queréis de mí. Yo, mi señor, soy caballero de la corte del emperador de Persia, y ando en busca de un caballero que ha nombre el Caballero del León. Si nuevas dél me diesen, hacerme hían el más bienandante de cuantos nacieron. Yo voy a los Hundos Valles de Maullín, porque allí antes que en otra parte le entiendo hallar.

Cuando el Caballero del León tales nuevas oyó, el corazón se le estremeció, ca sabed que él no conoció a este caballero porque su escudero se había quedado atrás, ni el caballero conoció al del León porque Libanor se había apartado de su señor a la sazón que este caballero llegó.

Tornando a nuestro propósito, el Caballero del León le dijo:

—Señor caballero, desenlazaos el yelmo para que yo sepa quién vos sois, que por la fe que a Dios debo yo os diré tales nuevas de ese caballero que buscáis con que seréis alegre.

Como el caballero tenía tanta voluntad de saber nuevas del Caballero del León, luego se desenlazó el yelmo y fue conocido por él ser la su grande amiga y secretaria la infanta Minerva, y a muy gran priesa luego dijo que el yelmo le quitasen. La infanta dio una gran voz diciendo:

—¡Oh dioses! Y ¿cuándo os podré yo servir tan crecidas mercedes como hoy me habéis hecho.

Y diciendo esto se vino para el Caballero del León y ellos se hablaron como aquellos que de muy verdadero amor se amaban. Los príncipes estaban mirando aquel caballero y no podían pensar quién fuese, maravillándose mucho (que les parecía muy niño y extrañamente hermoso). El Caballero del León dijo a la reina y infantas, y asimismo a aquellos caballeros, que le perdonasen, que quería apartarse un poco con aquel caballero; todos le dijeron que aguardarían. Ellos se apartaron a una parte del campo, y el Caballero del León dijo:

—Mi señora Minerva, ¿qué nuevas tengo de mi señora la princesa Penamundi?

—Señor caballero —dijo la infanta—, haylas tales cuales vos, mi señor, las merecéis.

—Si como mi fee lo merece —dijo él— ellas son, yo me llamo el más bienaventurado de cuantos nacieron.

²⁵³ Algo se extravió aquí; p. ej.: ‘yo os lo agradeceré’ (94v).

La infanta Minerva sacó el diamante y cadena que la princesa le enviaba, y dándoselo, le dijo:

—Mi señor, tomad este diamante, que es el que aquella princesa que nació sin par traía colgado desta cadena que en sus hermosos pechos traía. Díceos más: que este diamante os envía en señal que no tiene otro deseo sino que bien y lealmente le améis.

Cuando el Caballero del León tuvo el diamante y cadena en sus manos, fue tanto el placer y gloria que su apasionado corazón sintió, que toda la color de su rostro perdió, y estuvo un espacio de tiempo sin que palabra alguna pudiese hablar, pero cuando en sí tornó, dijo:

—¡Oh mi señora Minerva, y cuanto es lo que yo debo a vuestro servicio! ¿Con qué podría yo satisfacer a la menor merced de las que yo de vos, mi señora, he recibido? Si Dios la vida no me quita, de aquí prometo de daros tal galardón por el afán que en me buscar habéis tomado, que la vuestra merced sea contenta, aunque no pagada, según lo mucho que vuestra real persona merece.

—Mi señor, yo no quiero otro galardón por los servicios que yo en este caso os entiendo hacer sino que ellos sean recibidos con aquella voluntad que yo tengo de serviros.

El Caballero del León le dijo:

—Serán las mercedes que yo de vos, mi señora, recibiere, tenidas en tanto cuanto es razón de las tener. Yo os querría pedir un don, si se me otorgase.

—Mandad todo lo que quisieredes, que yo lo otorgo.

—Mi señora Minerva, sabed que el don que me habéis otorgado es tenerme en poridad lo que decir os quiero, y asimismo es que la vuestra merced ha de tomar trabajo de tornar a Persia con un presente que a mi señora Penamundi envío.

—De eso seré yo muy leda —dijo la infanta—, aunque yo más quisiera llevarlos en la mi compañía que no ir con el presente que decís; porque sé yo tanto de aquella hermosa princesa, que más holgaría ella con la vuestra vista que con todo el mundo que en presente le enviásedes.

—Con tan buenas nuevas —dijo él— como vos, mi señora, me dais, ¿quién dejará de ir este camino?

El Caballero del León contó a la infanta Minerva cómo en los Hundos Valles había hallado los grandes tesoros del rey Mida, y que entre muchas cosas que en el castillo del tesoro halló había una imagen de una reina, de grandeza de una jayana, y que estaba hecha por tal arte, que una persona, por grande que fuese, podía ir dentro de aquella imagen sin que de nadie fuese visto ni sentido.

—Yo deseo de ir en ella a ver a mi señora Penamundi, y no querría de nadie ser visto sino solamente de aquella que en su querer está darme la muerte o hacerme el más bienandante de cuantos hoy son nacidos.

La infanta Minerva (que muy sesuda era) estuvo muy atenta hasta que el Caballero del León acabó su habla, y díjole:

—Mi señor, oído he lo que la vuestra merced me ha dicho, y cuanto a lo de la imagen de oro, a mí me parece muy bien: yo terné tal arte con la princesa, que la imagen de la reina se lleve a su aposento, y desta manera vos, mi señor, podéis gozar de la vista de aquella soberna princesa.

Hecho esto concierto, la infanta preguntó al Caballero del León quién eran aquellos caballeros y aquellas doncellas que en la su compañía traía; él se lo dijo. La infanta le rogó muy ahincadamente que le contase lo que en los Hundos Valles le había acaecido; el Caballero del León lo contó todo como lo habéis oído. La infanta fue muy espantada de oír tales cosas, y dijo:

—Mucho es el deseo que tengo de ver al príncipe Bridonel y a la infanta Gaudebia su hermana, que los vi hechos piedra.

—Presto los podéis ver —dijo el Caballero del León.

También le dijo:

—Mi señora Minerva, si a la vuestra merced parece, yo querría escrebir a mi señora la princesa antes que a ver la fuese. Y la letra llevar la ha Libanor, y vos, señora, la encaminaréis, como venga, a manos de mi señora Penamundi.

—No me parece mal —dijo la infanta—; pero en la corte del emperador luego Libanor vuestro escudero será conocido: bien será enviarla con mi escudero, que es muy sesudo, y yo le diré que la letra es mía y que yo escribo a la infanta Sandalina. Yo sé que es persona que traerá buen recado.

Esto concertado, la infanta Minerva y el Caballero del León se vinieron para adonde aquellos señores y señoritas estaban; la reina de Zizamarán dijo al Caballero del León:

—Mi señor, mucho holgariamos en saber quién es este caballero, que tanta alegría con su vista habéis mostrado.

—Señora —dijo él— es un caballero de la casa del emperador Aliandro, persona a quien yo debo y quiero mucho, y sin su licencia yo no puedo decir su nombre.

La infanta Minerva dijo:

—La vuestra merced la tiene: yo holgare que estas señoritas y caballeros sepan quién yo soy.

Todos le dieron muchas gracias por la buena voluntad que en él conocieron; el Caballero del León les dijo:

—Este caballero ha nombre la infanta Minerva: su bravo y esforzado corazón la hace andar en hábito de caballero.

Mucho fueron espantadas aquella reina y infantas y caballeros de ver andar a aquella delicada doncella en hábito de caballero. Así, la tomaron aquellas señoritas consigo y todos juntos fueron su camino, y en la primera villa que hallaron se detuvieron ocho días descansando del trabajo pasado. En este espacio de tiempo escribió el Caballero del León a su señora la princesa, y dando la letra a la infanta Minerva, le dijo:

—Mi señora haced de manera que no yerre punto vuestro escudero en lo que le mandáredes.

La infanta le dijo:

—Yo sé tanto de Beldaín —que así había nombre—, que el traerá el recado que yo misma traería si con vuestro mandado fuese: luego se la quiero dar.

Y diciendo esto, la infanta se salió a unos corredores, y llamando a Beldaín su escudero, le dijo:

—Amigo, conviene que luego te partas a la corte del emperador Aliandro, y darás esta letra mía a la infanta Sandalina y dile que le ruego yo que luego te

responda, porque quedo en parte que no te podré aguardar mucho tiempo. Mira que ninguna persona del palacio sepa que tú llevas letra mía, que luego la emperatriz te dará licencia para que veas a la infanta sabiendo que tú eres mío.

Y asimismo le dijo que no dijese que había visto al Caballero del León. Beldaín tomó la letra de la infanta su señora y le dijo que el pornía tal recado en ella, que con el ayuda de los dioses sería presto la vuelta.

— Así te lo ruego yo —dijo la infanta.

Beldaín besó las manos a su señora y tomó su camino para el imperio de Persia. El Caballero del León y aquellos príncipes y reina y infantas, con todo lo demás que en su compañía llevaban, siguieron su camino. Y así, los dejaremos hasta su tiempo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

COMIENZA LA SEGUNDA PARTE DESTA
HISTORIA. TRATA DE CÓMO EL INFANTE
LUCESCANIO FUE ARMADO CABALLERO Y DE
LAS GRANDES COSAS EN ARMAS QUE EL
PRÍNCIPE DON CRISTALIÁN Y ÉL HICIERON
ANDANDO POR EL MUNDO BUSCANDO LAS
AVENTURAS.

Capítulo XLIII

De cómo el infante Lucescanio fue armado caballero, y también por este capítulo sabrán quién en su poder le tenía.

ESCRIBE el sabio Doroteo que en Cantaria reinaba un rey asaz noble y de buenas costumbres cuyo nombre era Barciano, y a la sazón estaba viudo y no tenía sino una sola hija llamada Celina.²⁵⁴ Esta princesa fue muy aficionada a aprender las artes, y como el rey Barciano su padre la amase tanto, hizo venir a su reino grandes maestros para que su hija fuese enseñada. Esta hermosa princesa aprendió tanto que pasó en su saber a todos los maestros que la mostraron.

Poco tiempo después que aquellos sabios salieron del reino de Cantaria fue el rey su padre muerto, y como pasó desta presente vida, la princesa fue alzada por reina. Los altos hombres le pidieron, en las primeras cortes que hizo, que tomase marido por que el reino no estuviese sin señor. Ella les respondió diciéndoles que la diesen tiempo para tomar su acuerdo sobre tan gran hecho como le pedían; ellos le respondieron que su alteza tomase el tiempo que quisiese. La reina estuvo quince días que jamás hizo sino mirar y revolver en sus libros, y a la fin ella supo por sus artes que en la Devisa²⁵⁵ del Valle Hermoso estaba encantado un caballero llamado Sonabal de Fenusá, rey de la Diserta, a maravilla muy preciado caballero. Ella tuvo mucha voluntad de lo haber por marido, pero no sabía cómo lo librar de aquel encantamiento, y tornando a revolver sus libros, halló que no podía ser libre si no fuese por la mano del segundo hijo del valiente y muy esforzado emperador Lindedel de Trapisonda.

²⁵⁴ 1587: ‘Ceilna’ (96v).

²⁵⁵ O ‘devesa’: dehesa.

Como ella esto supo, hizo llamar a los altos hombres de su reino y hablolos en esta manera.

—Tengo en la memoria²⁵⁶ lo que en las cortes pasadas me pedistes, y es que tomase marido para que este reino no estuviese sin señor. Yo conozco que vosotros tenéis mucha razón, y yo así lo quiero y tengo voluntad de lo hacer; pero mucho querría rogaros que me lo dejásedes tomar tal con que vosotros os tuviédes por honrados y yo viviese contenta el tiempo que Dios en este vida me dejase.

El duque de Orbala (caballero anciano y sabio) en nombre de todos le respondió que estaban aparejados para tener por bueno lo que su alteza mandase. La reina se lo agradió mucho, y les dijo:

—Sabed que yo he mirado mucho con quién me podría casar, y en todos estos reinos comarcanos ya sabéis que no hay con quien. Yo tengo en voluntad, si a vosotros parece, de tomar por marido a Sonabal de Fenusá: que es rey de la Diserta; está encantado en la Devisa del Valle Hermoso; yo he hallado por mis artes que cuantos hoy en el mundo son no le podrían librar de aquel encantamiento en que está si no fuese el segundo hijo del emperador Lindedel de Trapisonda. Yo os ruego y mando, por la fidelidad que como buenos y leales vasallos me debéis, por mi amor tengáis por bien que yo esté sin marido hasta que el rey sea libre, que será lo más presto que yo pudiere.

Todos aquellos caballeros holgaron de servir a la reina en lo que les mandaba, y le dijeron que aguardarían todo lo que su alteza mandase. Ella les dio muchas gracias por ello, y luego envío a Constantinopla a la doncella y caballeros que oístes por el infante Lucescanio. Esta reina Celina lo tuvo consigo a muy gran vicio; en este tiempo le hizo aparejar muy ricas armas: ellas eran verdes, y todas labradas de unas llamas doradas; el escudo era de un hueso verde, que no parecía sino una fina esmeralda; por devisa tenía un corazón, y la orla del escudo era los mismos fuegos dorados que en las armas estaban sembrados, puestos por tal concierto que todos parecían querer quemar el corazón; el caballo era el mejor que en aquellas partes había. Esto aparejado, la reina dijo al infante Lucescanio:

—Señor, ya es tiempo que recibáis orden de caballería.

—Ese es el mayor deseo que yo tengo —dijo el infante.

—Pues que así es, vuestro deseo será cumplido y a mí me haréis la más bienandante de cuantas nacieron. Y no quiero que más nos detengamos, sino que luego nos partamos para el reino de Romanía, que allí seréis caballero por la mano del príncipe Bores de Mar.

Mucho holgó el infante Lucescanio en ver que tan breve era la partida. La reina tenía hechas ricas y muy preciadas vestiduras para sí, y luego las mandó traer y vistiose una ropa de una seda verde cubierta de una red de oro, y en el campo que de lo verde quedaba estaban puestas perlas de mucho valor. Vestida que fue, pusieronle una rica corona encima de sus hermosos cabellos; la corona era tal que no tenía precio: tantas y tan ricas piedras tenía.

Acabada que fue de vestir, la reina mandó a veinte y cuatro doncellas que de ricas vestiduras verdes se vistiesen; ellas hicieron su mandado. La reina mandó

²⁵⁶ 1587: ‘memoria’ (96v).

traer las armas que para el infante había mandado hacer, y como él las miró fue muy ledo en las ver tan lucientes. La reina le dijo:

—Mi señor, estas armas verdes y doradas traeréis vos en señal que yo tengo esperanza de cobrar lo que tanto tiempo ha que por mí es deseado. Los fuegos que por ellas están sembrados y el corazón que en este escudo veis, traeréis vos en señal que por una hermosa doncella vuestro corazón ha de arder en vivas llamas de fuego de amor; y no pasará mucho tiempo que la vista de aquella doncella os haga triste: tantas cuitas y mortales deseos pasaréis el tiempo que la sirviéredes.

El infante pidió muy ahincadamente a la reina que le dijese quién era aquella doncella por quien tanto afán había de pasar; la reina no se lo quiso decir más de cuanto le dijo, que le hacía cierto que en aquel camino que iban ella se la mostraría; como esto oyó el infante, no la quiso más importunar. Él fue luego armado de aquellas armas verdes que ya oístes, y trajéreronle el caballo con guarniciones todas verdes; el infante subió en él, y parecía tan apuesto armado, que a quien lo miraba le semejaba no haber visto otro caballero que mejor que él pareciese. La reina subió en su palafrén, ricamente guarnido, y las veinte y cuatro doncellas subieron en sus palafrenes; con la reina iban grandes compañías de caballeros, y así como oído habéis salieron del reino de Cantaria y tomaron el camino del reino de Romanía, y en todo él no les avino cosa que enojo les hiciese.

Un día a hora de nona llegaron a tres millas de la ciudad de Laudana; la reina llamo a una doncella de las suyas y díjole:

—Amiga, vete a la ciudad, que allí nos han dicho que está el rey y su hijo el príncipe Bores de Mar, y di al rey cómo yo voy a la su corte a le pedir merced que un doncel me arme caballero el príncipe Bores de Mar.

La doncella se despidió de la reina y se fue para la ciudad y entró en el palacio acabando el rey de comer; todos pararon mientes en la doncella (que muy apuesta era). Ella se fue adonde el rey estaba, y humillándose ante él le quiso besar las manos; él no se las quiso dar, antes le dijo:

—Amiga, ¿de quién traéis nuevas?

La doncella le respondió:

—Tráigolas de la reina de Cantaria.

—Vos vengáis mucho en buenhora. Decidme, ¿qué tal queda la reina?

—Ella está muy buena —dijo la doncella—, y queda tres millas de aquí. Manda por mí besar vuestras reales manos y haceos saber que la su venida a vuestra tierra es a pedir a la vuestra merced que el príncipe vuestro hijo tenga por bien de le armar un doncel caballero.

Como el rey oyó decir que la reina estaba tan cerca de la su ciudad fue muy espantado, y dijo

—Por cierto, el doncel debe de ser de alta guisa, pues la reina de Cantaria salió de su tierra por le acompañar. Amiga, diréis a la reina que la su merced sea muy bienvenida a esta tierra, y que yo y el príncipe mi hijo estamos aparejados para la servir en todo lo que mandar nos quisiere.

La doncella besó las manos al rey, y tomada su licencia se volvió adonde su señora estaba y besándole las manos le dijo la buena voluntad que en el rey de Romanía había hallado, y asimismo le dijo todo lo que el rey le enviaba a decir, de lo cual la reina y el infante fueron muy alegres.

Así como la doncella salió del palacio del rey de Romanía, luego él hizo saber al príncipe Bores de Mar la venida de la reina, enviándole a decir cómo estaba tan cerca de la ciudad, que muy presto se aparejase para salir a recibir. Como Bores de Mar oyó el mandado del rey, luego lo hizo saber a la princesa Archesidela, diciéndole que se aparejase para cuando la reina viniese al palacio del rey; la princesa holgó mucho con la su venida, y el príncipe hizo llamar a los altos hombres que en la corte estaban y todos se fueron al aposento del rey. Y como el rey los vio, dijo al príncipe que él también quería salir a recibir a la reina, y así, salieron dos millas de la ciudad, que ya allí llegaba. El rey de Romanía y Bores de Mar se apareon por más honrar a la reina, y como ella los vio, luego se apeó, y asimismo el infante Lucescanio. La reina se humilló al rey, y él a ella, y hablaronse con mucho acatamiento, y asimismo Bores de Mar se humilló ante la reina y ella lo habló muy mesuradamente. El infante Lucescanio se humilló ante el rey y ante Bores de Mar; ellos le hablaron con mucha alegría, aunque no lo conocían, y así, tornaron todos a cabalgar y se entraron en la ciudad.

Todas las gentes salieron por las rúas a mirar a la reina y al doncel que consigo traía, que maravillosamente parecía armado. Como en el palacio fueron, el rey rogó a la reina que mandase al doncel que se quitase las armas; ella lo hizo por el ruego del rey, y luego las doncellas de la reina ayudaron a desarmar al doncel. Como el yelmo le quitaron, todos cuantos en el palacio estaban fueron muy espantados de la su gran hermosura; el rey le mandó dar un rico manto, y como todos fueron sentados, la reina dijo al rey:

—Ya, mi señor, sabe la vuestra merced la causa de mi venida a esta tierra: al príncipe Bores de Mar ruego yo que luego por la mañana dé orden de caballería a este doncel, que cuando él sepa quién es se terná por bienandante en se la haber dado.

El príncipe le respondió que haría en todo su mandado. A esta hora ya salía de su aposento la princesa Archesidela acompañada de muchas dueñas y doncellas de alta guisa; la reina de Cantaria y ella se hablaron muy cortésmente, humillándose la una a la otra, y así, se vinieron a asentarse, maravillándose cada una de la estraña hermosura de la otra. Aquella noche hizo el rey muy gran fiesta a la reina, así de la cena (que fue la más preciada que nunca jamás se dio a mesa de rey) como de muchos juegos y danzas que en el palacio se hicieron. Cuando fue hora de dormir, el príncipe Bores de Mar tomó al infante y llevólo a la capilla del rey, dejando en su compañía a las doncellas de la reina, que con él velaron aquella noche. Bores de Mar dijo al infante:

—Aquí, mi señor, velaréis esta noche las armas, y por la mañana seréis caballero.

Y despidiéndose dél se volvió al palacio, y halló que ya el rey era ido a su aposento, y la reina de Cantaria asimismo era ida a dormir. Él se fue a su aposento, y otro día por la mañana todos se levantaron y se fueron a la capilla adonde el infante Lucescanio había velado las armas y hallaronle que se estaba confesando y aguardaron hasta que acabase, que la misa se comenzó. Y cuando fue acabada, el infante tomó el cuerpo de Nuestro Redemptor Jesucristo con mucha devoción y le rogó que siempre le tuviese de su mano para que no hiciese nada en su deservicio.

Luego Bores de Mar se levantó, y calzándole la espuela derecha le dio paz en el rostro diciéndole:

—Caballero sois. El espada podéis tomar de quien os pluguiere; pero por daros aquella honra que vuestra hermosa apostura merece, yo quiero que la toméis de la mano de la más hermosa doncella que hoy es en el mundo nacida, después de la princesa Penamundi.

Y diciendo esto dijo al duque Camposileno que fuese por la hermosa Bellaestela; el duque hizo su mandado, y a poco rato vino con ella trayéndola de brazo acompañada de siete doncellas. Era de edad de trece años y traía ricas y muy preciadas ropas vestidas, guarnidas de muy ricas perlas y piedras de gran valor; traía un collar de hombros que no había persona que apreciar lo pudiese; traía un rico tocado, hecho por tal arte, que los sus hermosos cabellos todos se mostraban; la falda le traía un enano ricamente guarnido. Así como en la capilla entró fueron todos espantados de ver su gran hermosura; la reina de Cantaria dijo al rey de Romanía:

—La vuestra merced sea de me decir quién es esta hermosa doncella.

El rey le respondió:

— El doncel sea caballero, que después sabréis la su hacienda.

La reina le dijo:

— Hermosa doncella, aquí sois venida para acrecentar más en la honra deste caballero.

El príncipe Bores de Mar dijo a Bellaestela (que así había nombre aquella doncella):

— Mi señora, dad vos el espada a este caballero, porque tomándola él de la vuestra mano, no podrá sino ser alta la su caballería.

Aquella hermosa doncella tomó la espada (que en las manos de la reina estaba), y dándola al infante, dijo:

— Pues que vós, caballero, de mí esta merced recibís, yo quiero ser luego pagada y pediros que me otorgueís un don.

— El don, mi señora, yo le otorgo —dijo el infante—. Por eso, ved lo que mandáis, que por bienandante me ternía en gastar mi tiempo en servicio de tan hermosa doncella como vós lo sois.

Bellaestela le dio muchas gracias por el don que le había otorgado, y díjole:

— Sabed que el don que me habéis otorgado es éste: que yo no conozco a mi padre ni a mi madre, ni sé cuya hija soy, y querría, señor caballero, que vós entrásedes en esta demanda de los buscar; porque hasta que yo lo sepa, jamás en mi corazón entrará entera alegría.

El infante le dijo:

— Mi señora, en mandarme cosa en que yo os sirva me tengo por el más bienandante de cuantos hoy son en el mundo; y de aquí prometo, si la reina de Cantaria no me manda algo en que detenerme pueda, de luego entrar en esa demanda.

Bellaestela le dio infinitas gracias; la reina de Cantaria le dijo:

— Hermosa doncella, y más que cuantas nacieron, este caballero, primero que entre en la vuestra demanda le es forzado sacar de encantamiento al rey de la Diserta, que encantado está en la Devisa del Valle Hermoso. Esto hecho, yo os

prometo que él no se entremeta en otra cosa sino en vuestro servicio; y desto sé yo que será él bien contento, según lo mucho que serviros desea.

Bellaestela le dijo que se hiciese como ella lo mandaba. Del infante Lucescanio os digo que estaba tan pagado de aquella hermosa doncella, que súbitamente fue herido su corazón, y por ella pasó grandes afanes andando por el mundo en la demanda que oído habéis, acabando muchas y muy estrañas aventuras, como esta historia os lo contará.

Pues como el infante Lucescanio fue armado caballero, el rey de Romanía y el príncipe Bores de Mar lo tomaron consigo, y la reina de Cantaria y la princesa Archesidela tomaron a Bellaestela, y así, se salieron al gran palacio y todos se asentaron con mucho placer. El infante Lucescanio fue desarmado y cubierto de un rico manto, y luego se asentó junto al príncipe Bores de Mar. El rey dijo a la reina de Cantaria y al infante Lucescanio:

— Yo quiero deciros lo que deseáis saber, por que el novel caballero tenga más voluntad del servicio de la doncella. Sabed la más estraña cosa que jamás oístes: yo salí de esta mi ciudad habrá cinco meses acompañado de mis altos hombres, y asimismo de todos mis cazadores, con intención de me estar en una casa de placer que en un monte tengo algunos días, porque allí hay mucha caza de todas maneras. Yendo mi camino acompañado de la manera que oído habéis, en un llano a hora de sexta súbitamente volvió el claro día en una obscura noche. No dejé de recibir alguna congoja con pensar que Dios, cuando por bien lo tiene, consume las vidas de los hombres. Como yo esta maravilla vi, dije a los que comigo iban: «¿Vosotros atinaréis a algún lugar, si hay por aquí cerca?». Ellos me respondieron que no, por cuanto no vían cielo ni tierra. Finalmente acordamos de nos estar quedos hasta saber lo que Dios de nosotros tenía ordenado de hacer. En la obscuridad que habéis oído estuvimos hasta que fue hora de nona, que vimos venir de lejos por el aire a esta hermosa doncella guarnida de muy ricas y preciadas vestiduras; ella venía asentada en una silla tan ricamente guarnida que era cosa estraña de ver. De la silla venían asidos cuatro jayanes; delante venía otro mucho más desmejado, en las sus manos traía una rica corona; era tal, que de las muchas y ricas piedras que de la corona traía parecía salir rayos de sol; era tan grande el resplandor que daban, que parecía venir delante una antorcha encendida: todos fuimos maravillados de ver tal aventura, y estuvimos aguardando para ver qué cosa podría ser. No tardó mucho tiempo cuando todos fueron ante mí; como yo de cerca vi lo que en la silla venía fui estrañamente espantado, y antes que yo hablase, el jayán que la corona en sus manos traía me dijo: «Mucho estarás maravillado, rey de Romanía, de esta aventura que hoy te ha acaecido. Pues no menos lo serás cuando supieres la causa de nuestra venida a tu corte. El sabio Diante te manda por mí saludar, por cuanto tú eres el más preciado rey que hay en estas comarcas. Él te hace saber cómo los dioses han tenido por bien que los sus días feneciesen, y antes que el alma del cuerpo le saliese te envía esta hermosa doncella que él en su poder tenía desde el día de su nacimiento. Mucho te ruega que la tengas en tu palacio y le hagas aquella honra que la su gran hermosura merece, porque él te hace cierto que es la más alta doncella, así en señorío como en linaje, que en gran parte del mundo se puede hallar; mas te hace saber que ella ni tú no sabréis quién es hasta que el doncel de las armas verdes venga a la tu corte a recibir orden de caballería por ruego de

la reina de Cantaria. Este doncel tomará la demanda de saber cuya hija es esta doncella, y será llamado por mucho tiempo el Caballero de la Esperanza. Éste acabará todo lo que la doncella desea saber, y tú te llamaras bienandante en haber tenido en tu poder tan alta señora como ésta es. Yo he dicho el mandado de mi señor el sabio Diante: aquí no tenemos más que hacer sino saber la tu voluntad». «Por cierto, amigo, dije yo, que huelgo en hacer lo que el sabio Diante me envía a rogar: yo terné y serviré a esta doncella de tal manera que ella sea bien contenta de estar en el mi palacio, porque de aquí prometo de la tener en más que a la infanta Archesidela mi hija». Y como esto dije, los cinco jayanes me besaron en las manos y se despidieron de mí dejando en mi poder esta hermosa doncella, y como de mí se partieron, luego tornó el día claro.

Cuando el rey acabó de decir lo que oído habéis, la reina y el infante quedaron muy espantados de oír tal aventura. El infante Lucescanio tenía mucha congoja en su corazón, que le parecía que ya se detenía mucho, que él luego quisiera partirse para la Devisa del Valle Hermoso y librar al rey de la Diserta para luego entrar en la demanda de su señora Bellaestela. La reina de Cantaria dijo al rey:

—Mucha razón es que esta hermosa doncella sea tenida en mucho, pues por tan estraña aventura es venida al vuestro poder.

A esta hora fueron puestas las mesas, y allí fueron muy bien servidos, como a mesa de tan alto rey convenía. Acabada que fue la comida, el infante Lucescanio dijo a la reina que si a la su merced le parecía, que sería bien partirse luego.

—Hágase lo que mandáis —dijo ella—, si el rey para ello nos da licencia.

El rey de Romanía dijo a la reina:

—Mucho más contento fuera yo con tener aquí algunos días a la vuestra merced y a este caballero; pero pues más no puede ser, hágase lo que mandáis. Antes que os partiédesedes querría que se me otorgase un don.

—Vuestra alteza mande y pida lo que quisiere, que muy aparejada soy para os servir en todo lo que yo pudiere.

El rey se le humilló y le dijo:

—Sabed, mi señora, que el don que me habéis otorgado es que la vuestra merced sea servida de nos decir quién es este caballero que en la vuestra compañía traéis.

La reina miró al infante y díjole:

—Mi señor, dad licencia para decir lo que el rey me manda.

El infante se le humilló y le dijo que para aquello y para lo demás la su merced la tenía; la reina dijo al rey:

—La vuestra merced sabrá que este caballero es hijo del emperador Lindedel de Trapisonda y hermano del príncipe don Cristalián.

Cuando el rey de Romanía esto le oyó, luego se levantó de la silla, y asimismo el príncipe Bores de Mar, y abrazándole, dijo el rey:

—¡Ay buen caballero, por Dios perdonad; que si aquí no se os ha hecho aquel servicio que a vuestra real persona convenía! La culpa sea de la reina, que no nos dijo quién érades.

Bores de Mar asimismo le abrazó diciéndole:

—Yo soy el que orden de caballería di a vuestro hermano el príncipe don Cristalián, y Dios por la su merced me ha hecho tan bienandante que asimismo a

vos, mi señor, hiciese caballero. Grande es el alegría que en mi corazón está, y no menos haría yo vuestro mandado que lo haría por el príncipe don Cristalián.

El infante se le humilló, y despidiéndose del rey y de Bores de Mar, y asimismo de la princesa Archesidela, él se puso de hinojos ante su señora pidiéndole las manos para se las besar; la hermosa Bellaestela le dijo:

—Dároslas hía yo, pero no quiero comenzar a pagar antes que se me hagan los servicios:

—Mi señora —dijo el infante—, pues que yo esta merced no merezco, a lo menos reciba otra de la vuestra merced antes que de su presencia me aparte, si no sois servida que los mis tristes días fenezcan con deseo de la vuestra vista. Y la merced que se me ha de hacer es recibirme por vuestro caballero. Bien conozco que es grande la merced que pido, pero mayor es el deseo que de serviros tengo.

La hermosa Bellaestela estuvo muy atenta oyendo al infante, y como él acabó de hablar, a ella le vino una viva color al rostro, y tendiendo sus hermosas manos se las dio para que se las besase y lo recibió por su caballero. Bien se puede creer que ésta fue mayor merced para el infante Lucescano que si del mundo le hicieran señor

Haciéndole grande acatamiento se despidió della; ya la reina de Cantaria se había despedido del rey y de los príncipes. Y luego el infante Lucescano fue armado, y poniendo a la reina en su palafrén, subió en su caballo y acompañados de sus caballeros y doncellas se salieron del palacio del rey de Romanía y tomaron el camino de Cantaria; la reina iba con mucha alegría porque se le acercaba la vista del rey de la Diserta, y el infante Lucescano iba demasiado de triste por se apartar de su señora Bellaestela, y en todo el camino no les avino cosa alguna. Y así, llegaron al reino de Cantaria, a una ciudad que Olimpa había nombre, donde sabida su venida, la salieron a recibir, y todos besaron las manos a la reina y ella los recibió con mucho placer, y así, se entraron en la ciudad, y como en el palacio fueron, el infante Lucescano fue desarmado y cubierto con un rico manto y luego se sentaron y estuvieron hablando en lo que más les agradaba.

Capítulo XLIII

En que se cuenta cómo el infante Lucescanio fue a la Devisa del Valle Hermoso y de lo que allí le acaeció.

VENIDA que fue la mañana, el infante dijo a Bridamor (que así había nombre su escudero) que le diese de vestir; él hizo su mandado, y luego se fue al aposento de la reina y díjole:

—Mi señora, si la vuestra merced me da licencia, yo me querría partir para la Devisa del Valle Hermoso.

La reina le respondió diciéndole:

—Mi señor, ser la vuestra partida tan presta me da tanta alegría que no lo sé decir.

—Pues que de vuestra alteza licencia tengo, denme mis armas.

Bridamor se las trajo y luego fue armado con ayuda de la reina, y besándole las manos, se despidió della y de los altos hombres que en el palacio estaban. Todos lo encomendaron a Dios, y él subió en su caballo solo con Bridamor (que la lanza le llevaba); tomó el camino de la Devisa del Valle Hermoso, y en todo él no le avino cosa que de contar sea.

Anduvieron quince días. En este tiempo, un día a hora de prima llegó a vista del valle, y conoció ser él por la devisa que de lejos se parecía, y diose mucha priesa a andar, y como en él fue, espantose mucho en ver la hermosura dél, y dijo en su corazón: «Mucha razón es que este valle se llame hermoso, que cosa deleitosa es de mirar». Ca sabed que el valle era en un llano, y todo él lleno²⁵⁷ de muchos y muy deleitosos árboles, y sin los árboles, había yerbas de maravilloso olor. Tenía cuatro fuentes, a cada una esquina la suya. En medio deste valle estaba un pilar maravillosamente labrado, encima del cual estaba un arca de cristal y por algunas partes dorada; era tan luciente que de gran parte relumbraba, y por causa della había nombre la Devisa del Valle Hermoso. Dentro de aquella arca estaba encantado el rey de la Diserta; era tan claro el cristal, que muy bien se vía el rey tendido en ella, que al parecer de quien lo miraba le semejaba que estaba muerto. En torno del pilar estaban cinco sepulcros, en medio de los cuales había un padrón de cobre, y en el una imagen de doncella que en las sus manos tenía un letrero que decía así.

Cualquier caballero que en la aventura del rey de la Diserta se quisiere probar ha de haber batalla con cinco caballeros que dentro de los sepulcros están, y si los venciere, luego el rey de la Diserta será libre de su encantamiento. Y si con los cinco caballeros quisiere haber batalla, ha de tocar en cualquiera de los sepulcros y luego el caballero que dentro está será con él en batalla.

Como el infante acabó de leer las letras que la imagen tenía en sus manos, luego se fue para el primer sepulcro, y tomando la lanza a su escudero hirió con ella en él. Así como el golpe sonó, luego el sepulcro fue abierto y dél salió un caballero

²⁵⁷ 1587. ‘llano’ (99v).

armado de todas armas; luego ante él se apareció un escudero con un caballo, y el caballero del sepulcro subió muy presto en él y tomó una gruesa lanza que aquel escudero le traía, y dijo con voz airada:

—Vos, don caballero, que en el Valle Hermoso osastes entrar y atrevimiento tuvistes de tocar en mi sepulcro, ¿qué es lo que aquí demandáis?

—Caballero —dijo el infante—, lo que yo en este valle vengo a buscar es al rey de la Diserta; porque os hago saber que a mí me ha de costar la vida o lo tengo de poner en su libertad:

—Bien creo yo —dijo el caballero— que antes que de aquí os partáis comprareís caramente la vuestra grande y crecida locura, como lo han hecho otros muchos que esta aventura del rey han querido acabar. Y porque me parecéis buen caballero os aconsejo que os volváis por donde venistes si aquí no queréis acabar vuestra vida:

El infante le dijo:

—Caballero, si comigo no habéis gana de hacer batalla, mandadme dar al rey libre, como de antes solía estar. Y si darmelo no quisiéredes, en la batalla sois comigo;; y sea luego, porque aquí me detengo mucho.

Como el caballero del sepulcro así oyó hablar al infante fue muy airado, y díjole:

—Vos, don caballero, no conocéis los caballeros deste valle.

—No —dijo el infante—, que los nunca vi; pero yo os prometo que yo sepa presto quién son y lo que valen. Y apartaos de mí; si no, heriros he como a mi mortal enemigo.

El caballero se apartó, y el infante asimismo, y encontráronse de las lanzas y de los escudos de tan poderosos encuentros que las lanzas volaron en piezas. El caballero de la Devisa quebró su lanza en el escudo del infante, pero no se lo falsó (que muy bueno era), aunque la lanza fue hecha dos partes. El infante le encontró de tal manera que dio con él por las ancas del caballo en tierra tal caída que el caballero se sintió mal della, pero como era valiente y muy ligero fue muy presto en pie, y tomando su espada se vino para el infante diciéndole:

—No penséis que porque de las lanzas me habéis derribado por eso me tenéis ventaja alguna.

El infante le respondió:

—La ventaja que yo os tengo es estar a caballo y vos a pie: yo no la quiero.

Y diciendo esto descendió del caballo y embrazó su escudo, y tomando su espada en la mano se fue para el caballero y comenzáronse a herir de muy pesados golpes. Duró la batalla cerca de media hora; en este tiempo ya el caballero de la Devisa andaba muy laso, que tenía muchas heridas y salíale mucha sangre. Como el infante tal le viese, comenzole a dar priesa, por manera que el caballero de la Devisa fue herido en el brazo derecho de tal golpe que se lo cortó, y con el gran dolor que sintió y como la sangre se le había salido, enflaqueciole el corazón y dio consigo en el suelo. El infante que así lo vio, fue muy presto sobre él, y cortándole las enlazaduras del yelmo viole que estaba tal como muerto, y comenzole a hablar pensando que le respondiera, pero no tuvo fuerzas para ello, que mientras el infante le hablaba se le salió el ánima. Como muerto lo vio, subió en su caballo. Bridamor le dijo si tenía alguna herida.

—No —dijo él.

Y diciendo esto movió para el segundo sepulcro y con el espada (que en la mano llevaba) tocó en él lo más recio que pudo: luego fue el sepulcro abierto y dél salió un gran caballero armado de unas ricas y fuertes armas, y como en el suelo fue, dijo contra el infante Lucescanio:

—Caballero, ¿vos pensáis hacer de mí lo que del otro caballero habéis hecho? No lo penséis. Y salid luego del caballo; si no, muerto sois.

Como el infante así le oyó hablar, díjole:

—Caballero, ¿habéis de hacer la batalla a pie o a caballo?

—A pie —dijo él—. Por eso, descended del vuestro; si no, matároslo he.

El infante le respondió:

—Si vos el caballo me matáis, costaros ha la vida.

Y diciendo esto descendió dél y embrazó su escudo, y tomando su espada se fue para el caballero y comenzáronse a herir como aquellos que cada uno quería para sí lo mejor. El caballero de la Devisa era gran heridor de espada, pero contra la bondad del infante poco le aprovechaba su herir, que era a maravilla ligero y hería tan a menudo al caballero de la Devisa, que muchas veces lo hacía desatinar; pero como era valiente y de gran fuerza luego tornaba en sí y pugnaba por dar la muerte al infante. Pero no le avino como él lo pensó, que el infante le dio tal golpe encima de la cabeza, que se la hendió hasta los dientes: luego el caballero cayó muerto.

Como el infante tal le vio, fuese sin más parar al tercero sepulcro, y dando en él un golpe, muy presto salió un caballero asaz grande y bien hecho armado como convenía para entrar en la batalla, y como al infante vio, le dijo:

—Yo te perdono el daño que en este valle has hecho, y porque sé que eres buen caballero te dejaré ir libre, sin hacer batalla contigo. Y mira si quieres recibir esto que por ti quiero hacer.

El infante le respondió:

—Enemigo soy de gastar el tiempo en palabras. Guardaos de mí, que no tengo pensamiento de hacer lo que me decís aunque del mundo me hiciédes señor.

Y diciendo esto se fue para el caballero y comenzáronse a herir muy de corazón, y duró la batalla cerca de una hora. En este tiempo el caballero de la Devisa andaba muy cansado, y dijo al infante:

—Señor caballero, si os pluguiere, descansemos un poco, que, según veo, bien lo habemos menester.

—Ese descanso no pienso tomar —dijo el infante— hasta ver al rey de la Diserta libre.

Y diciendo esto comenzó a herir al caballero de tal priesa que a poco rato le hizo desatinar, y como así le vio, diole de toda su fuerza un golpe con el escudo en los pechos que dio con él en el suelo, y el infante fue muy presto sobre él y quitándole las enlazaduras del yelmo le cortó la cabeza. Esto hecho, limpió su espada. Bridamor le dijo:

—Señor, paréceme que estáis herido, que la falda de la loriga tenéis tinta de sangre.

El infante miró la herida que tenía y vio que no era nada, aunque sangre le salía, y sin más se detener se fue para el otro sepulcro y diole un golpe con el espada, así como a los otros había hecho, y luego el sepulcro fue abierto y dél salió

un caballero de unas armas negras y por ellas una banda colorada, y su paso a paso se vino para el infante y le dijo:

—¿Qué es lo que me quieres, que con tanta osadía tocaste a mi sepulcro?

—Quiero —dijo el infante— la libertad del rey de la Diserta, que es lo que a este Valle Hermoso me ha traído.

—Caballero —dijo el de la Devisa—, por lo que debéis a la orden de la caballería y a la cosa del mundo que más amáis, que vos me digáis por cuyo mandado sois aquí venido

Como el infante así se vio conjurar, díjole:

—Caballero, yo soy aquí venido por mandado de la reina de Cantaria.

Como el caballero esto le oyó decir, sospiró muy fieramente y dijo.

—A mí me conviene morir.

Y apartándose del infante abrazó su escudo y tomando su espada en la mano víñose para él (que ya aguardándole estaba) y acometieronse con demasiada saña, como aquellos que cada uno deseaba dar fin a su batalla, y heríanse de muchos y muy pesados golpes, de manera que en muy poco rato viérades el campo cubierto de sangre y de rajitas de los escudos. El caballero de la Devisa era de grande esfuerzo y hería con mucho corazón, pero aprovechábale poco, que el infante no quería lo peor de la batalla para sí, que andaba tan ligero que no parecía sino una ave; hería tan a menudo al caballero, que espanto ponía a quien lo miraba. Y tanta priesa le dio como en él sintió flaqueza, que a poco rato lo traía a su voluntad: ya el caballero no entendía en otra cosa sino en se amparar de los grandes y pesados golpes que el infante le daba, y como tan aquejado se vio, arrojó lo que del escudo le quedaba y tomó la espada con las dos manos y víñose para el infante pensándole herir en la cabeza; pero como el infante era muy ligero, dio un salto al través, por manera que el caballero erró el golpe y el infante le hirió en la pierna derecha, que se la cortó y luego el caballero de la Devisa cayó muerto.

El infante fue sobre él, pensando que vivo era, para le cortar la cabeza, y como el yelmo le quitó y lo vio muerto, limpió su espada y miró si tenía alguna herida de que daño recibiese, y vio que aunque algunas tenía no eran de peligro, y así, dio gracias a Dios y fuese para el quinto sepulcro, y tocándole con su espada, muy presto así como de los otros salió un caballero tan desmejado que estraña cosa era de lo ver, de grandeza de un jayán, armado de todas armas. Como al infante vio a pie, con voz muy airada le dijo:

—Caballero, subí en vuestro caballo, que no quiero haber batalla con vos a pie, que por malandante me ternía si vos vivo de las mis manos saliédesdes: venido sois a tiempo que pagaréis el daño que en este valle habéis hecho.

El infante pidió su caballo a Bridamor y dijo al caballero:

—No me conocéis bien: aun obras no temo, cuanto más palabras:

—Agora lo veréis —dijo el caballero—, que mal haya yo si te he merced.

Y como esto dijo, detrás de una mata salió un escudero con un hermoso caballo de diestro y dos gruesas lanzas que en las manos traía. El gran caballero subió en su caballo y tomó una de las lanzas que su escudero traía y dijo contra el infante:

—Caballero, tomad esotra, que yo no tengo de haber batalla con vos sino a guisa de buen caballero.

El infante la tomó, y muy presto se apartaron el uno del otro y viniéronse a encontrar de los escudos y caballos tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas y el infante perdió la una estribera: tan desatinado fue el encuentro que recibió; pero como era buen caballero presto la tornó a cobrar. El caballero de la Devisa fue a tierra él y su caballo, y de la gran caída que dio sintióse algo quebrantado, pero como era de gran fuerza muy presto se levantó. Su caballo hubo la pierna derecha quebrada, por manera que el caballero, a pie, abrazó su escudo y con su espada en la mano se vino para el infante esgrimiéndola, que parecía quererla quebrar, y díjole:

—Caballero, guardaos de mí.

Y arremetió al infante, y diole tal golpe en la cabeza de su caballo, que se la hendió y luego cayó muerto. El infante salió muy presto d'él, y fue tan airado contra el caballero por le haber muerto el caballo, que si como era uno solo fueran diez, todos no se le hicieran nada, y abrazando su escudo y con su espada alta en la mano fue a herir de toda su fuerza al caballero, y fuele la ventura tan contraria que el golpe acertó en el brazo del escudo del caballero, y así por ser el golpe tal, como porque el escudo del caballero era uno de los mejores que había en el mundo, la espada del infante fue quebrada en dos partes. Como el caballero le vio sin espada, a grandes voces comenzó a decir:

—Caballero, date a mi prisión; que porque he conocido de ti que eres buen caballero te habré merced de la vida, y esto ha de ser para quedar en este valle para siempre jamás.

—Mucho pesar habría la reina de Cantaria —dijo el infante— si yo con vos hiciese tal conveniencia.

—Pues ¿qué piensas hacer de ti, que ya eres puesto en mi poder?

—Yo te lo diré —dijo el infante.

Y en diciendo esto tomó lo que del espada le quedaba y arrojolo con tanta fuerza al caballero, que acertándole en la cabeza le torció el yelmo, y antes que el caballero tuviese lugar para herir al infante, como era uno de los más ligeros que en el mundo había nacido, arremetió con él y sacole el espada de la mano, y como en su poder la vio, comenzole a herir muy a menudo. El cual como se vio haber perdido su espada, echó mano a una maza que del lado, con una cadena, traía colgada, y con ella comenzó a herir al infante; pero no le aprovechaba nada su afán, que todos los golpes daba en vacío, que la ligereza del infante era tanta que jamás le acertó golpe a derecho, y heríale de tales golpes que le rompía las armas y la carne de tal manera que el caballero andaba ya muy lastimado y muy quebrantado y había perdido mucha sangre. Agora sabed que el caballero de la Devisa era tal que en ninguna parte no se hallaría mejor.

A esta hora dio el infante tal golpe al caballero por encima de un hombro, que el brazo con parte del costado le echó en el suelo: luego el caballero de la Devisa cayó muerto. El infante hincó los hinojos en el suelo y dio muchas gracias a Dios por la victoria que le había dado. Bridamor llegó a su señor y mirole algunas heridas que tenía y vio que no eran de peligro, y él se las apretó lo mejor que pudo. Esto hecho, el infante miró adonde el rey de la Diserta estaba, y el pilar que sostenía el arca de cristal en que estaba encantado vio que era muy alto y no sabía qué manera tener para lo alcanzar.

Estando de la manera que habéis oído, mirando cómo al rey podría de allí alcanzar, vio venir cuatro grifos a gran prisa volando, y todos cuatro tomaron el arca con sus picos y la pusieron en el valle y luego se fueron volando por el mismo camino que habían venido. Como el infante Lucescanio esto vio fue estrañamente ledo. Luego abrió el arca y vio al rey que estaba sin ningún sentido, que más parecía muerto que vivo. El infante fue muy triste de tal lo ver, y comenzolo a mover a una y a otro parte, pero no le aprovechó nada.

En ver esto fue la su tristeza doblada, y no sabiendo que hacer de sí vio venir un ave blanca volando, y en el pico traía una redoma, y anduvo una pieza revolando encima del rey y a la fin soltó la redoma, y como de lo alto cayó, fue quebrada encima del rey. Así como el agua que en la redoma traía al rey tocó, luego fue libre de todos los encantamientos y muy presto se levantó, y como al infante viese armado, y por algunas partes las armas tintas de sangre, fue muy espantado, y díjole:

—Señor caballero, muy gran merced recibiría si me dijésedes cuál ventura os trajo a este valle.

—Trújome el deseo de ver os libre —dijo el infante— de los encantamientos en que estábades.

—Según me semeja —dijo el rey—, vos sois el que me habéis sacado deste captiverio en que estaba.

—Ha sido Dios —dijo el infante—, que es el que hace mercedes a todo el mundo; y tal es la que a mí me ha hecho, pues me hizo tan bienandante que mis fuerzas bastasen a haceros este pequeño servicio.

Como el rey esto oyó, fuese a humillar ante el infante diciéndole:

—Señor caballero, dadme vuestras manos, pues sois el que después de Dios me sacó del poder de Darsia la encantadora, que siete años ha que en este valle me tiene de la manera que visto habéis.

El infante se humilló ante el rey, y tomándole por las manos, entrabmos se levantaron, y haciéndose grande acatamiento se fueron a una hermosa fuente y allí se asentaron y el infante se desarmó las manos y la cabeza. El rey fue muy maravillado de ver la su gran hermosura y tierna edad, y díjole:

—Mi buen señor, mucho sería alegre si me dijésedes quién sois.

—Quienquier que yo sea —dijo el infante—, deseo más vuestro servicio que cuantos nacieron. Y lo demás que, mi señor, queréis saber, yo soy un caballero andante que poco tiempo ha que recibí orden de caballería, y por no haber hecho cosa alguna en que honra ganase no digo quien soy. Por tanto, la vuestra merced me perdone.

Como el rey vio que se quería encubrir, no le preguntó más. El infante se lavó las manos y el rostro del sudor y del polvo que había cogido; allí les dio Bridamor de comer de lo que llevaba para su señor. Acabada que fue la comida, el rey dijo al infante:

—Yo os quiero dar cuenta de mi vida, que me semeja que es mucha razón, pues que la libertad me distes.

El infante se lo agradeció mucho; el rey le dijo:

—Vos, mi señor, sabréis que estando yo en una mi villa que en el reino de la Diserta está, a mí me vinieron embajadores del rey de Abimar, y la embajada que

me traían era que el rey me rogaba que yo tuviese por bien de tomar a una sola hija que tenía por mujer, que me daría grandes haberes con ella, y después de sus días, que el reino de Abimar sería mío. Oída la embajada del rey yo fui algo triste por no le dar mala respuesta, que yo no tenía voluntad de me casar con su hija por cuanto ella tiene más parte de virtudes que de hermosura. Yo mandé honrar mucho los embajadores, y a tercero día les dije: «Caballeros, vosotros os podéis volver, y diréis al rey vuestro señor que yo me tuviera por contento en tomar a la princesa su hija por mujer, mas que por agora yo no tengo voluntad de me casar: que la su merced me perdone». Cuando los embajadores oyeron la mi respuesta fueron muy tristes y luego se partieron para el reino de Abimar, y como al rey su señor dieron la mi respuesta él fue muy airado contra mí y túvose por escarnido y juró de jamás ser alegre hasta tomar de mí la emienda. Y no lo olvidando, en el su reino había una dueña encantadora que había nombre Darsia; a ésta envío a llamar la princesa, y con muchas lágrimas le rogó que con el su gran saber la diese emienda de mí, que tan malamente la había escarnido en no me querer casar con ella. La encantadora le prometió de le dar tal venganza que ella y el rey fuesen bien contentos; la princesa se lo agradeció mucho. Sabed, mi señor, que estando yo un día en mi lecho en el mi palacio demandé de vestir a mis caballeros, y así como fui vestido, estando hablando con ellos, súbitamente el mi palacio comenzó a temblar de tal manera que todos cuantos en él estábamos pensamos ser muertos, y ninguno tuvo poder para salir dél, sino todos caímos en el suelo sin sentido, y entre todos me tomaron a mí y me pusieron adonde vistes, sin que sintiese cosa alguna hasta la hora en que estoy.

Mucho fue el infante espantado de oír tal aventura, y dijo:

—Malditos sean los encantamientos, que tanto mal hacen en el mundo. Ya, mi señor, sois libre del poder de esa encantadora.

—Muchas gracias doy yo a Dios y a vos, mi buen señor, que de las sus manos me librastes.

Estando hablando en esto y en otras cosas que placer les daba vieron entrar en el valle gran compañía de caballeros; el rey y el infante estuvieron aguardando por ver qué cosa era, y cuando más cerca fueron, el infante los conoció, que eran de la reina de Cantaria. Como los caballeros vieron al rey y al infante, demasiadamente fueron ledos, y luego se apearon y besaron las manos al rey y al infante; un caballero le dijo:

—La reina de Cantaria, mi señora, os manda saludar muchas veces, y que ella ha sabido cómo el rey de la Diserta es ya libre: pídeos por merced, y al rey asimismo, pues que el su reino de Cantaria estaba más cerca del valle que otro, que tuviesen por bien de recibir en su tierra el servicio que ella les deseaba hacer.

—Aquí, señor, traemos caballos bien guarnidos para el rey y para la vuestra merced, si menester los hubieren.

El infante se volvió al rey y le dijo:

—¿Qué es lo que vuestra alteza responde a la reina?

—Vos, mi buen señor, pues yo estoy en el vuestro poder, haced lo que por bien tuviéredes.

El infante dijo:

—Caballeros, diréis a la reina vuestra señora que el rey de la Diserta y yo queremos recibir en su tierra aquellas mercedes que sin haberle hecho ningún servicio nos quiere hacer. Dejadnos los caballos que la reina nos envía, porque dellos tenemos necesidad, que el rey está sin caballo y a mí me mataron el mío.

—Hacer se ha lo que la vuestra merced manda.

Luego se partieron dos caballeros a gran priesa para que la reina supiese cómo el rey y el infante iban, los otros se quedaron para los acompañar. Aquella noche todos albergaron en el Valle Hermoso, porque ya era tarde. Venida que fue la mañana, el infante se armó las manos y la cabeza (que desarmado tenía), y subiendo en sus caballos, con mucho placer salieron del Valle Hermoso y tomaron su camino para el reino de Cantaria, y en todo él no les avino cosa en que se detuviesen.

Capítulo XLV

De cómo el infante y el rey de la Diserta llegaron a la ciudad de Olimpa, adonde la reina a la sazón estaba, y de lo que después que a Olimpa llegaron les sucedió.

UN día a hora de vísperas llegaron una milla de la ciudad de Olimpa, adonde la reina estaba, y vieron salir de la los caballeros y altos hombres que a la sazón en la corte estaban, y como al rey y al infante llegaron, todos se apearon por besar las manos al rey y al infante; el rey los habló muy cortésmente, como aquel que muy mesurado era; el infante asimismo holgó mucho con la su vista, y así, se fueron todos a la ciudad, los caballeros muy contentos de ver la buena apostura del rey. Como en el palacio fueron, la reina salió a recebillos hasta la puerta de la sala. Ella venía ricamente guarnida, y eran tan ricas las vestiduras que traía, que acrecentaban mucho en la su hermosura; sus hermosos cabellos traía cogidos en una red de oro sembrada de piedras de gran valor, traía encima de la red una rica corona.

Como a la puerta de la sala llegó, el rey de la Diserta fue muy espantado de la su gran hermosura, y parecía no haber visto en su vida otra que más hermosa que la reina fuese. Él se humilló ante ella y por fuerza le tomó las manos y se las besó; la reina le hizo grande acatamiento y hablole como aquella que era la más entendida que en aquellas partes había. Acabado que hubo de hablar al rey, llegó el infante, y humillándose ante ella le quiso besar las manos; la reina las tiró afuera y le dijo paso (que nadie lo oyó):

—Mi señor, no tenía yo menos esperanza de la vuestra gran bondad sino que habíades de hacer mi corazón alegre.

El infante se le tornó a humillar, y así, se fueron a asentar. La reina rogó mucho al infante que le dijese cómo había librado al rey, que holgaría de lo oír; el infante hizo su mandado y se lo contó todo como lo habéis oído, y asimismo le contó cómo y por qué el rey había sido encantado; mucho fue la reina espantada de lo oír. En esto y en otras cosas estuvieron hablando hasta que fue hora de cenar, que los

aparadores y mesas fueron puestas; fueron muy bien servidos de muchos y muy preciados manjares. Acabada que fue la cena y alzadas las tablas, la fiesta se comenzó de muchas doncellas y caballeros. En todo este tiempo nunca el rey de la Diserta quitó los ojos de la reina (que muy pagado estaba de ver la su hermosura).

La fiesta duró muy poco, por amor del infante. La reina dijo al rey que se fuese a dormir, que ya era hora, porque ella quería estar a ver curar el infante; el rey se levantó, y haciéndole aquel acatamiento que a su real persona convenía obedeció su mandado y fue llevado a un aposento que la reina había mandado aparejar, y con él fueron siete caballeros para le servir. La reina se fue al aposento del infante; ya los maestros eran venidos (que aunque había muchos días que habían partido de la Devisa del Valle, aún no estaba bien guardido de las llagas que tenía) y luego fue curado. Los maestros le dijeron que bien podía caminar, si dello tuviese necesidad; como el infante oyó estas nuevas fue muy ledo por se detener poco tiempo en Cantaria, que no era otro pensamiento el suyo sino en servir a su señora Bellaestela y luego entrar en la demanda de sus padres y jamás della salir hasta cumplir lo que prometido había. La reina se despidió del infante y se fue a su aposento.

Venido que fue otro día, todos se levantaron; la reina se vistió muy más ricamente que el día pasado, y así se estuvo en su cámara hasta que fue hora de oír misa; el rey de la Diserta se levantó luego que fue el día venido, que en toda la noche él no pudo reposar pensando en la gran hermosura de la reina y llamábase bienandante si la reina con él quisiese casar, y con estos pensamientos se fue a la cámara del infante para le rogar que de su parte hablase a la reina. Cuando el infante lo vio fue muy espantado de lo ver tan de mañana, y díjole:

—Mi señor, ¿qué venida es ésta? ¿Cómo vuestra alteza madrugó tanto?

—Mi buen señor, yo soy venido ante vos para quejarme de la vuestra merced y juntamente pediros misericordia, pues creo yo que en la vuestra mano está dar el remedio para mi vida, que tan cercana está a la muerte. Y pues vos, mi señor, me sacastes del poder de Darsia, que allí me tenía sin que yo sintiese mal ni bien, habeisme puesto en poder de la reina de Cantaria, adonde siento tales cuitas y mortales deseos, que mis días serán muy pocos si vos, mi señor, no os doléis de mí.

Como el infante oyó así hablar al rey holgose mucho, porque ya él sabía la voluntad de la reina. Con alegre semblante respondió al rey diciéndole:

—Mi señor, pues que yo he sido la causa de vuestro mal, de aquí me ofrezco a daros la medicina que vuestro corazón desea; pero con tal condición que la reina sea vuestro mujer.

—En eso me hará Dios a mí el más bienandante de cuantos nacieron en el mundo.

—Pues que así es —dijo el infante—, la vuestra merced se vaya a su aposento, que yo voy luego a hablar a la reina.

El rey dio muchas gracias al infante por la buena voluntad que en el halló, y así, se despidió dél y se fue a su cámara. El infante se vistió luego en yéndose el rey, y fuese al aposento de la reina y hallola tan hermosa y ricamente guarnida como ya oístes; cuando la reina lo vio, díjole:

—Señor Lucescanio, ¿qué venida es la vuestra a tal hora?

—Mi señora —dijo el infante—, el que ha de pedir mercedes es razón que madrugue.

—Ya pluguiese a Dios —dijo la reina— que vós tuviédeses de mí necesidad y fuese tal que yo os pudiese pagar algo de lo mucho que debo.

—Pues que en la vuestra merced hallo tan buena voluntad para me hacer mercedes, luego las quiero pedir.

Y diciendo esto se asentó junto a la reina y díjole todo cuanto con el rey había pasado; como ella lo oyó, fue extraño el placer que sintió, y sin responder al infante hincó los hinojos en el suelo y alzando las manos al cielo dio muchas gracias a Dios por las mercedes que le hacía de traerle a tan buen fin los sus deseos. Esto hecho, dijo al infante:

—Mi señor, ya vós sabéis la mi voluntad, que ha mucho tiempo que no he otro deseo sino haber por marido al rey de la Diserta: yo, señor, os ruego mucho que vós le habléis como cosa vuestra propia, y en lo demás lo hagáis todo como mandáredes.

El infante besó las manos a la reina, y se fue al aposento del rey y hallolo que solo se andaba paseando; como el rey lo vio venir, luego lo salió a recibir diciéndole:

—Mi señor, ¿qué nuevas me traéis de la reina mi señora?

El infante le abrazó y le dijo:²⁵⁸

—Mi señor, siendo vos quien sois, no os las puedo yo traer sino como las deseáis: yo he trabajado tanto con la reina hasta que me prometió de hacer lo que todos deseamos, y a mí me parece que sería bien que luego se hagan los desposorios.

El rey le dijo:

—Si vos, mi señor, eso hacéis, de aquí me ofrezco de ser vuestro vasallo.

—Pues yo me vuelvo a la reina para lo concertar.

Y así, se despidió del rey y se fue al aposento de la reina y díjole lo que con el rey dejaba concertado. La reina envío luego a llamar a todos los altos hombres de su corte, y venidos que fueron, les contó todo lo que estaba concertado, y demás desto les dijo que ella no quería tomar marido sino con voluntad de los de su reino; todos respondieron que eran muy contentos de tomar al rey por señor, que su persona y gran señorío merecía mucho. La reina les respondió:

—Pues que así es, hágase, y todo sea para servicio de Dios.

El infante dijo a la reina que se saliese la su merced a la sala, que ya el rey estaba aguardando; la reina se levantó, tomándola de brazo el infante Lucescanio y un arzobispo que su tío era, y así, se salieron de la sala, y como el rey la vio, hincó los hinojos ante ella; la reina le hizo grande acatamiento, y luego fueron desposados por mano de aquel arzobispo.

Hechos que fueron los desposorios, en el palacio y en la ciudad se hicieron grandes alegrías y fiestas; la reina estaba muy contenta, y el rey asimismo. Pasados que fueron ocho días después de los desposorios, el infante pidió licencia al rey y a la reina para se ir a la corte de rey del Romanía; a ellos les pesó mucho por la su partida, pero hubiéronse de sufrir, pues que aquella era su voluntad; el infante les

²⁵⁸ 1587: divo' (103r).

dijo que luego otro día se quería partir, y así lo hizo. Venida que fue la mañana, luego se armó de todas sus armas, y así, se fue a la cámara del rey y de la reina y despidiose dellos, y tomó su camino para el reino de Romanía, adonde le dejaremos hasta su tiempo.

Capítulo XLVI

De cómo Beldaín, escudero de la infanta Minerva, llegó en Persia, y de cómo dio la letra que llevaba y de la respuesta que le dieron.

YAOS contamos cómo Beldaín, escudero de la infanta Minerva, se partió con la letra del Caballero del León. Diose tanta priesa a andar, que en pocos días llegó en Persia, y de allí se fue para la ciudad de Larenta, y entrando en el palacio del emperador y besando las manos a la emperatriz le pidió licencia para hablar a la infanta Sandalina de parte de su señora la infanta Minerva; la emperatriz se la dio; Beldaín se fue al aposento de la infanta y allí le²⁵⁹ dijeron cómo estaba en la cámara de la princesa Penamundi. La infanta supo que allí estaba Beldaín, escudero de la infanta Minerva, y díjolo a la princesa; ella holgó, mucho por saber nuevas de la infanta, y mandó que le dijesen que entrase. Beldaín hizo su mandado y besó las manos a la princesa, y ella le dijo:

—Amigo, ¿adónde dejas a tu señora?

Beldaín le respondió:

—Queda en Macedonia, y manda por mí besar vuestras reales manos, y que muy presto será en la vuestra corte para servir a vuestra alteza.

—Plega a Dios que la guarde —dijo la princesa— y con bien la traya, que acá mucho deseo tenemos de la su vista.

La infanta Sandalina dijo paso a Beldaín que se fuese, y que cuando ella lo enviase a llamar, que viniese. Beldaín dijo que haría su mandado; cuando se salía, le dijo la princesa:

—No te vayas sin verme, que quiero enviar mis saludes a la infanta.

Beldaín le dijo que así lo haría, y así, se salió del palacio y se fue a su posada y allí estuvo atendiendo el mandado de la infanta Sandalina. La princesa Penamundi quedó hablando con sus doncellas de las cosas de la infanta Minerva y cómo tenía mucho deseo de la ver. Luego mandó a sus doncellas que se fuesen a sus aposentos; ellas hicieron su mandado. La infanta Sandalina dijo a la princesa:

—Si la vuestra merced manda, agora es buen tiempo para hablar a Beldaín y sabremos cuyo es el mandado que trae.

La princesa que mucha voluntad tenía de saber del Caballero del León, díjole que enviase luego a llamar a Beldaín; la infanta lo hizo así, y Beldaín que aguardando estaba, no tardó mucho en su venida, y entrando (que nadie no le vio), él dijo a la infanta cómo le traía una letra de su señora. La infanta Sandalina la

²⁵⁹ Suplo 'le' (103v).

tomó, y mirándola, luego conoció que era del Caballero del León para la princesa; ella dijo a Beldaín:

—Agora nos di adónde halló su señora al Caballero del León.

—Hallolo —dijo Beldaín— a la salida de los Hundos Valles.

—¡Sancta María, valme! —dijo la infanta—. ¡Acabadas son las siete aventuras!

Cuéntanos todo lo que supieres que en los valles al Caballero del León le acaeció.

—No sé qué deciros —dijo Beldaín—, sino que él salió dellos con tan hermosas compañías, así de doncellas como de caballeros, que pensar no se puede.

—Agora me di —dijo la princesa—, si tú lo sabes, quiénes son aquellos caballeros y doncellas.

—No lo sé —dijo Beldaín—, más de cuanto vi que en aquella hermosa compañía había reina y infantas, y asimismo los caballeros todos son grandes señores.

—¿Adónde los dejaste?

—Dejelos en una villa que cerca de los Hundos Valles estaba; y mi señora la infanta me dijo que allí se deternían hasta que yo volviese, por amor de aquellas señoras, que estaban muy fatigadas del trabajo pasado. A la vuestra merced pido luego me dé la respuesta, por que aquí no me detenga.

—Agora te ve —dijo la infanta—, que yo veré la letra de tu señora y cuando fuere tiempo yo te enviaré a llamar.

Beldaín se despidió de la princesa y infanta y se fue a su posada. La infanta Sandalina tomó la letra del Caballero del León, y humillándose ante la princesa con aquella ceremonia y acatamiento que a tan alta señora convenía, se la dio diciéndole:

—Mi señora, esta letra es del Caballero del León: vuestra alteza la vea, y a mí se me ha de hacer la merced de la respuesta.

Como la princesa la vio fue encendida en una hermosa color, y en las señales de su rostro bien entendió la infanta que con la letra no le había pesado. Tomándola en sus manos la abrió, y comenzándola a leer, decía así.

A ti serenísima princesa Penamundi, hija del emperador Aliandro de Persia, el Caballero del León salud a tu imperial persona deseja. Si mi poco merecer en alguna manera con la grandeza del vuestro cuadrar pudiese, con razón me podría llamar el más afortunado de los nacidos, porque la merced por mí de vuestra mano recibida ha sido de tan alta estima y valor, que si de mil mundos señor fuese, sería poco para merecer tan sumo bien como es para mí la memoria que la vuestra merced deste su caballero tuvo. Ya no temeré los inopinados casos de la variable fortuna, ya estaré confiado de mi salud siendo hechura vuestra, haciéndome merecedor de vuestro favores seguramente osaré caminar por la mar de los peligros en que hasta ahora navegaba, lo que hasta aquí grandemente temía no sabiendo lo que vuestra grandeza de mí hacer quisiese. Y paréceme que del todo tuvo por bien de hacerme bienaventurado, pues vuestra imperial persona me manda lo que yo dejar de hacer no pudiera andando siempre en el vuestro servicio. Del cual no me partiré, pues el tiempo que en él gastare, venturoso se puede llamar, dándole por bien empleado.

Como la princesa acabó de leer la letra, muy bien mostraba el alegría que su corazón tenía en las señales de su rostro, y dijo a la infanta:

—El placer que mi corazón siente no es sin mezcla de algún pesar; y esto nace de no saber quién el Caballero del León es. Estoy mal comigo por los favores y mercedes que le he hecho sin saber si él lo merece. La infanta Minerva fue causa de mi yerro. Mas ¿qué digo? ¿Soy yo la que pena merezco, y culpo a la infanta?

Como la infanta Sandalina así vio hablar a la princesa, estrañamente fue triste (porque ella amaba mucho al Caballero del León), y díjole:

—Pues ¿cómo, señora, ignora vuestra alteza lo que a todo el mundo es notorio? ¿Cuándo se vio caballero de baja suerte andar por el mundo encubierto? Por cierto, nunca sino en los generosos de sangre y asimismo de señoríos; estos semejantes se encubren hasta que tales hechos hagan por el mundo que remeden a sus pasados; cuanto más que su gesto y alta caballería muestra bien quién él es. No consentiré que en vuestro real corazón se aposente tal pensamiento; no seáis ingrata para quien tan grandes servicios os ha hecho; que él y no otro de cuantos en el mundo son bastó para os sacar del poder de la infanta Danalia. Pues no es de olvidar cómo sacó el escudo de las manos del príncipe Bridonel y allí se mostró claramente ser el mejor caballero del mundo. Apártense de vuestro corazón todos malos pensamientos por que en él quede lugar para dar la vida a aquel que con el vuestro deseo casi la tiene perdida.

Tanto supo decir la infanta Sandalina a la princesa (que muy entendida era), que quitó de su pensamiento los que eran contrarios al Caballero del León, y puesta de hinojos ante ella le rogó que luego le escribiese, porque otro día por la mañana Beldaín se quería partir. La princesa, que muy atenta había estado escuchando a la infanta, tenía en su corazón dos grandes contrarios: el uno era que miraba la grandeza de su estado y que no le convenía hacer cosa que afear se le pudiese; el otro, el grande amor que al Caballero del León tenía. Finalmente que éste tuvo fuerzas para contra cuantos pensamientos en el corazón de la princesa combatían, y muy determinadamente dijo que quería escrebir. La infanta le besó las manos, y luego le trujo aparejo y rogo muy ahincadamente que le escribiese de manera que la vida pudiese sostener hasta que a Larenta viese; la princesa le dijo que haría su ruego, la infanta le tornó a besar las manos, y así, se apartó hasta que la princesa acabó de escrebir, y cerró la letra y sellola con el sello de la infanta (por que Beldaín no viese que la letra era suya) y diola a la infanta, y ella la tomó y luego enviaron a llamar a Beldaín. La infanta le dio la letra y le dijo:

—Amigo, párte luego de mañana.

La princesa dijo a Beldaín:

—Di a tu señora que yo le ruego que lo más presto que ella pudiere me venga a ver.

Beldaín besó las manos a la princesa, y asimismo a la infanta, y luego se salió del palacio y se fue a su posada. La princesa quedó sola con la infanta contándole lo que había escrito; mucho fue la infanta alegre de lo oír, y en esto y en la venida del Caballero del León (que tenía pensamiento que sería muy presto) estuvieron hablando gran parte de la noche. Otro día por la mañana Beldaín se partió y tomó su camino, y él se dio tanta priesa en él, que en pocos días llegó adonde el Caballero

del León y su señora estaban, y como la infanta lo vio fue muy leda con la su venida. Beldaín le besó las manos, y la infanta le dijo:

—¿Traeisme letra de la infanta Sandalina?

—Señora, sí —dijo el escudero.

Y sacándola, se la dio; la infanta la tomó y preguntóle por el emperador y emperatriz y princesa, él le dijo que todos quedaban muy buenos. Luego la infanta subió en su caballo y se fue a la posada del Caballero del León y hallólo que se andaba paseando con el príncipe Dinamardos. Como la infanta entró, miró al Caballero del León y díjole:

—Mi señor, solo os querría hablar: el príncipe me perdone, que tengo necesidad y no puedo hacer otra cosa.

Como el Caballero del León vio a la infanta, el corazón se le estremeció, que luego pensó lo que podía ser. El príncipe se despidió y se fue a su posada, por manera que él y la infanta se quedaron solos, y luego se entraron a una cámara y la infanta dijo al Caballero del León:

—Mi señor, grande es el don que yo merezco por las buenas nuevas que traigo.

—Mi señora Minerva —dijo él—, nunca yo: malas las oí de la vuestra merced.

La infanta le dio la letra de la princesa; como el Caballero del León la vio fue grande la su alegría, y tomándola en sus manos y besándola muchas veces, decía:

—¡Oh papel bienaventurado, que mereciste estar en las manos de aquella soberana princesa!

Y diciendo esto la abrió y vio que decía así:

Penamundi, princesa de Persia, a ti el Caballero del León, tan dichoso en aventuras como esforzado en batallas, salud a tu invincible persona desea. Estando muy descuidada del cuidado que tú al presente tienes, no me faltando deseo de saber lo que después de haber hecho la batalla con el príncipe don Clarancel en los Hondos Valles te sucedió, me dieron una letra tuya y en ninguna cosa satisfaces a mi deseo. Y pues que así es, yo quiero responder a lo que en ella me escribes. Dices que si de mil mundos señor fuese, sería poco encareciendo la merced que te hice: yo digo que tienes razón, porque los bienes de fortuna son de poco valor; pero acatando a lo mucho que tú mereces, conociendo tu alta caballería, y a los grandes servicios que de tu persona tengo recibidos, tuve por bien de hacerte en algo contento. Y sey cierto que éste me falta y faltará hasta saber si en la genealogía de donde vienes hay merecimiento para que de las mercedes de mí a ti hechas enteramente seas capaz. Y no quiero importunarte más, pues tu voluntad es encubrirte. Téngate Dios con su mano para que tu bienaventurada fama vaya siempre adelante.

Cuando el Caballero del León acabó de leer la letra estrañamente fue ledo, y fuese adonde la infanta Minerva estaba y díjole:

—Mi señora, ¿con qué podría yo pagar las mercedes que de vos he recibido? No por cierto con haceros del mundo señora si él fuese mío: yo no quiero ofrecer cosa alguna sino a mí mismo, que jamás cesaré de serviros

La infanta se le humilló y le dijo:

—Mi señor, muchas gracias doy yo a los dioses, que me han traído a tiempo que mis servicios sean apacibles.

—Son tan grandes las mercedes que yo de vos, mi señora, he recibido, que el mundo se me hace pequeño para serviros con él según lo que vós merecéis. Yo querría que luego nos partiésemos de aquí, y ante aquellos señores y señoritas yo os hablaré rogándoos que con todos ellos os vais a Persia, y yo me partiré de aquí diciéndoos que voy por el mundo a buscar las aventuras; y yo me iré secretamente, de manera que de nadie no sea sentido, y como en Persia seamos, entrar me he secretamente en la jayana y allí aguardaré la ventura que Dios me quisiere dar.

—Hágase como vos lo mandáis —dijo la infanta—, que jamás yo me²⁶⁰ cansare de serviros.

El Caballero del León le dijo:

—Llevando yo, mi señora, vuestro favor en semejante caso, no tengo de qué temer.

Y con este concierto que oído habéis se fueron a la posada de la reina de Zizámarán y allí hallaron a todas las infantas y doncellas que de los Hondos Valles habían salido. Como entraron, el Caballero del León envió a llamar a todos aquellos príncipes y señores, y venidos que fueron, él les dijo:

—Ya, señores, me parece que es tiempo que salgamos desta villa y que cada uno se vaya a su tierra, pues con mucha razón seréis en ella muy deseados. Yo iré con la reina de Zizamarán hasta ponerla en su reino, y asimismo a la infanta Gradabela.

La reina y infanta se le humillaron por la merced que hacer les quería; el príncipe Dinamardos, en nombre de todos aquellos señores y reina y infantas, respondió diciéndole:

—Mi señor, según las grandes mercedes que de vos todos los que aquí estamos habemos recibido, somos vasallos vuestros, y como a tales nos podéis mandar ir adonde quisiéredes. Y esto digo: que por vuestro mandado es razón que vamos a la corte adonde vos, mi señor, residís, por que allí sepan las grandes maravillas que en los Hondos Valles hecistes y las aventuras que por vuestra alta caballería acabastes.

Como el príncipe Dinamardos acabó de hablar, la infanta Minerva dijo que así era mucha razón que se hiciese como el príncipe lo decía.

—Pues que así es —dijo el Caballero del León—, y esa merced se me quiere hacer, habrán de tomar trabajo de ir a Persia y allí todos se presenten ante la princesa Penamundi. Y vos, señora Minerva, llevaréis a vuestro cargo los tesoros del rey Mida, y asimismo los presentaréis de mi parte a la princesa, y que la su merced me perdone, que por agora yo no la puedo ir a servir. Y eso mismo dirá la vuestra merced al emperador y emperatriz, que yo tengo qué hacer en otro cabo, que como allí haya acabado, luego soy en Persia muy aparejado para lo que mandar me quisieren. Desde aquí nos iremos todos juntos hasta la raya que llaman de Autrén; y la partida sea luego mañana, y hoy cada uno appareje lo que hubiere menester.

²⁶⁰ Suplo ‘me’ (104v).

Allí estuvieron hablando en las cosas que más holgaban hasta que fue hora de se ir cada uno a su posada. Otro día de mañana todos se aparejaron y viniéronse para la reina de Zizamarán y de allí salieron todos, y tomando su camino para el imperio de Persia, anduvieron cinco días sin cosa alguna hallar en que se detuviesen.

Capítulo XLVII

De cómo yendo aquellos señores su camino vieron de lejos venir un caballero y de lo que con él les acaeció.

YENDO el sexto día aquella hermosa compañía, a hora de tercia vieron venir de lejos un caballero: las armas que traía eran negras, él se venía hacia ellos.

Sabed que todas aquellas señoritas llevaban antifaces en el rostro por no ser conocidas. Yendo de la manera que oído habéis llegaron junto al caballero, y como más cerca dél fueron vieron que el escudo que traía era también negro, y el campo dél era pardo y la orla amarilla; en el campo traía una letra que decía: *Domine redde mihi laetitiam* (que quiere decir: «Señor, vuélveme el alegría»). Todo el guarnimiento de su caballo era negro, y la lanza, que su escudero le traía, asimismo. Como junto a él llegaron, el caballero se apartó del camino y entrose por una floresta que junto estaba.

La infanta Minerva (que como oído habéis, como caballero andante andaba) dijo al Caballero del León que si licencia le daba, que ella quería ir a saber de aquel caballero quién era; él le dijo que hiciese lo que mandase, que el caballero bien mostraba quererse encubrir. La infanta se entró por la floresta tras él; el Caballero del León dijo aquellos señores que sería bien allí aguardar a la infanta; todos dijeron que harían su mandado, y así, se detuvieron. La infanta que tras el caballero iba, comenzole a dar voces diciendo:

—¡Atended, señor caballero!

Como él oyó que le llamaban, volvió la rienda a su caballo y aguardó. Como la infanta cerca del llegó saludole muy cortésmente, y el caballero asimismo a ella; la infanta le dijo:

—Las señales grandes que de tristeza con vos traéis, señor caballero, han movido mi corazón a mucha piedad y deseo saber la causa de vuestro dolor; y si yo con mis fuerzas os puedo servir, harelo de voluntad, y si la mi compañía quisiéredes para que con vos a alguna parte vaya, de grado lo haré, y todo mi poder porné para daros conhorte.

Como el caballero tan cortésmente oyó hablar a la infanta (que él por caballero tenía), díjole:

—Señor caballero, la mucha mesura que en vos he visto me manda que yo de mi triste vida os dé cuenta, pues me semeja que otro deseo no traéis, aunque mi pensamiento huye de toda conversación por dar lugar a la mi triste ventura. Vos, señor caballero, sabréis que yo he nombre don Ginestacio el Probado, soy príncipe de Natales. La mi triste suerte me llevó al reino de Zizamarán y los mis ojos vieron

a aquella hermosa reina que a mi ver par en el mundo no tiene, y habiendo yo alcanzado con mis pocos servicios la mayor bienaventuranza que Dios en esta vida para mi contentamiento podía dar, que fue la voluntad de la reina para que yo la tomase por señora de mi corazón y de toda mi tierra, ella fue robada, por encantamiento, de su reino. Yo, señor caballero, he andado gran parte del mundo por saber adónde la reina está, y un gran sabio que ha nombre Doroteo me dijo cómo ella estaba en los Hundos Valles, adonde las siete hadas hacían su habitación. Con pensar que la reina no es muerta he sostenido mi vida: yo me voy para los valles, y allí daré fin a mi vida o libraré a la reina de las hadas. Yo, señor caballero, os he dado parte de mi vida: agora me dad licencia, que no me puedo más detener.

—Señor caballero —dijo la infanta—, en pago de lo mucho que yo servir os deseo me otorgad un don.

—Yo lo otorgo —dijo el caballero—; mas con tal condición que mi camino no se estorbe.

—No estorbará, si por la vuestra voluntad no fuere.

—Pues que así es, demandad lo que quisiéredes.

La infanta le dijo:

—Sabed, señor caballero, que el don que me habéis otorgado es que habéis de ir conmigo adonde aquellos caballeros y señoras vistes que quedaron, y como a ellos lleguemos, luego vos, mi señor, seréis libre del don que me habéis prometido y podréis volveros a vuestro camino si hacer lo quisiéredes.

—Vamos luego —dijo el caballero—, que me detengo mucho.

Y así, salieron de la floresta y entraron en el camino; como el Caballero del León los vio venir, dijo a Dinamardos:

—La infanta y el caballero vienen: agora sabremos quién es.

Como llegaron, la infanta se allegó a la reina de Zizamarán y dijo a don Ginestacio:

—Por que vos, señor, no penséis que yo no os agradezco la cuenta que de vuestra vida me habéis dado, quiero no deberos nada, sino que luego seáis pagado de lo que por mi ruego hecistes.

Y diciendo esto rogó muy ahincadamente a la reina de Zizamarán que se alzase el antifaz del rostro; la reina que muchopreciaba a la infanta, holgó de hacer su ruego y luego lo alzó. Cuando el caballero conoció que aquella por quien tanto afán había tomado tenía delante de sus ojos, fue tanta la su alteración y la vuelta que su corazón le dio, que aína cayera del caballo; pero como en sí tornó, a gran priesa se quitó el yelmo y se fue para la reina. Como ella lo conoció, ¿quién os podría decir la alegría de su corazón? Don Ginestacio besó las manos a la reina muchas veces, y ella se las daba con entera voluntad. Él dijo a la infanta Minerva:

—Señor caballero, yo no soy nada para poder serviros la merced que yo hoy de vos he recibido.

—No menos la recibo yo —dijo la infanta— en ser causa que vuestro corazón tomase alegría y descanso.

—Tiénele mi alma —dijo don Ginestacio—, y no creo yo que acá en la tierra hay otra gloria igual que en la que agora estoy.

La reina le dijo:

—Señor don Ginestacio, id a hablar a aquel caballero que aquí veis.

Ella tendió la mano contra el Caballero del León diciendo:

— Aquél es el que libertad ha dado a cuantos aquí veis con la su alta caballería.

— El día que él nació sea bendito —dijo don Ginestacio—, pues por él tanto bien al mundo ha venido.

Y diciendo esto se fue para el Caballero del León diciéndole:

— Mi señor, dadme vuestras manos, pues por la vuestra gran bondad soy restituido en la vida que casi perdida tenía.

El Caballero del León le abrazó; la infanta Minerva le dijo:

— Mi señor, honrad mucho a ese caballero, que bien lo merece, que es príncipe de Natales: ha nombre don Ginestacio el Probado.

— Yo me tengo por bienandante —dijo el Caballero del León— en haber hecho servicio a tan buen caballero como vos lo sois.

Don Ginestacio se le humilló y le dijo:

— Yo, mi señor, desde hoy quedo y soy vasallo de la vuestra merced, y dello me terné yo por muy honrado, pues tanta parte de buena ventura Dios en vos puso.

El Caballero del León se le ofreció mucho; don Ginestacio se le humilló. La infanta Minerva dijo al Caballero del León:

— Si la vuestra merced manda, vamos de aquí. Y este caballero acompañe a la reina de Zizamarán, pues este es el mayor servicio que aquí se le puede hacer.

Don Ginestacio se humilló al Caballero del León y a la infanta y se fue adonde la reina estaba; della fue muy bien recibido, y así, siguieron su camino. La reina de Zizamarán iba contando a su caballero la cuita en que las fadas la tenían puesta.

— Si por aquel caballero bienaventurado no fuera, los mis días fueran ya fenecidos.

— Adevinaba mi triste corazón —dijo don Ginestacio— el angustia en que vós, mi señora, estábades, pues jamás un solo punto tuvo reposo después que de la vuestra vista mi triste ventura me apartó.

Así como oído habéis iban estos dos que tanto se amaban, dando descanso a sus corazones contándose el uno al otro las cuitas que habían pasado. Ya oístes cómo Raduel el enano estaba enamorado de la reina, y como él vio a don Ginestacio caballero tan apuesto y a quien la reina tanto favor daba, pensó morir con pesar. La color de su rostro traía mortal, no sabía que hacer de sí, y fuese al Caballero del León y díjole:

— Mucho soy maravillado cómo la vuestra merced ha dado tan mal galardón quien tanto como yo desea vuestro servicio.

El Caballero del León que tan mudada vio la color de su rostro, díjole:

— Amigo, ¿qué has? ¿Quién te ha enojado?

— Prometedme vos de me dar la emienda de quien tanto mal me ha hecho como mi corazón siente.

— Yo te lo prometo Raduel. Por eso, reposa.

— Pues que así es —dijo él—, de quien la emienda habéis de tomar ha de ser de vos mismo, porque sabiendo lo mucho que yo quiero a la reina distes licencia a don Ginestacio para que la hablase y sirviese. Mal pagado soy de los servicios que yo a la reina deseaba hacer.

Y diciendo esto comenzó a llorar muy agramente. Como el Caballero del León le vio tan cuitado sufriose, que no se rio, y díjole:

—Dime tú que quieres que yo por ti haga, que de voluntad lo haré.

—Si vos, mi señor, hiciédes lo que yo deseo, vos me haríades el más bienandante de cuantos nacieron.

—Di lo que quieres, que yo haré por ti más de lo que piensas.

Raduel le besó las manos y díjole:

—Lo que yo, mi señor, quería es que de cuantos caballeros por vos son vencidos éste lo fuese, pues siendo yo vuestro, tan malamente me ha escarnido. Y dadle la muerte presto, antes que él se pueda valer.

El Caballero del León le dijo:

—Ven conmigo, que yo haré más de lo que tú quieras.

—Vamos —dijo Raduel.

Así, se fueron adonde la reina y don Ginestacio estaban, y como a ellos llegó, dijo a don Ginestacio:

—Señor caballero, es razón que sepáis la causa de²⁶¹ mi venida, que es a hablar a la reina de parte de Raduel. Ya vuestra alteza sabe —dijo el Caballero del León— cómo cuando estábamos a la fuente de los Hundos Valles la vuestra merced tuvo por bien de dar sus manos a Raduel y recibirla por suyo, pues no ha de tener tanto poder el señor don Ginestacio que ha de quitar los favores prometidos a Raduel.

Como la reina y don Ginestacio vieron con la demanda que venía el Caballero del León, no pudieron tanto consigo que mucho no rieron. La infanta Gradabela (que cerca dellos estaba) dijo a Raduel:

—¡Cuánto más le valiera que de mí te enamoraras, que soy sola y ninguno te enojara! Pero pues tú escogiste a la reina, tu pago te tienes.

—No habléis en eso —dijo la reina—, que yo quiero tanto a Raduel, que don Ginestacio ni cuantos son en el mundo no me quitarán que yo no le haga mil favores.

Y diciendo esto tendió sus hermosas manos y dióselas para que se las besase; Raduel muy alegre de la cuenta que dél hacían, dijo a la reina:

—No estás vos, mi señora, engañada, que el mi querer tan verdadero no es razón que por otro ninguno lo troquéis.

—Yo, Raduel, te tengo en tanto cuanto es razón, y esto te baste por agora.

El Caballero del León dijo a Raduel:

—¿Qué dices? ¿Estás contento? ¿Quieres que haga otra cosa por ti?

—No —dijo él—: de don Ginestacio querría yo ser seguro que no me matase a traición; que si así no me toma, yo le daré de otra manera las manos llenas.

—No creo yo que don Ginestacio te osara acometer, a traición ni de otra manera, si él supiese quién tú eres y lo mucho que vales.

—De eso me pesa a mí, que él no lo sabe.

—Agora no temas —dijo el Caballero del León—, que cuando él te quisiere enojar, todos seremos contigo y contra él.

—Pues juradlo vos, y Dinamardos y Fermosilie de Cernaria.

Todos allí se lo prometieron por le asegurar.

²⁶¹ 1587: ‘da’ (106r).

Capítulo XLVIII

De cómo el Caballero del León se partió de aquellos señores y de lo que en su partida le avino.

DESTA manera fueron su camino una pieza pasando su tiempo con Raduel, y cuando a la raya llegaron, el Caballero del León dijo a aquellos señores que de allí se quería ir, porque había gran tiempo que le aguardaban. Todos se despidieron dél haciendo grande acatamiento, y él asimismo se despidió de aquellas señoritas y tomó su camino por donde la ventura le quiso guiar.

Mucho pesó a aquellos señores por la ida del Caballero del León, que gran soledad sentían sin él, que a todos era muy apacible la su compañía, pero más que a todos pesó a Raduel, y dijo:

—¡Ay de mí, que yo soy el que tengo de sentir la ida del Caballero del León, que no creo que aquí queda quien por mis cosas mire como él lo haría!

La reina que tan cuido le vio, conhortole diciéndole:

—Raduel, adonde yo quedo, ¿qué falta te han de hacer todos los del mundo que de tu compañía se fuesen?

—No sé qué me piense —dijo él—: veo que don Ginestacio jamás de vuestro lado se quita. A mí nunca nada me decís.

—Por tu culpa es eso —dijo la reina—: pásate tú de la otra parte y no te hará ninguna ventaja don Ginestacio.

—Quiérolo hacer, pues que vos, mi señora, me lo mandáis.

Y llegose a la reina, y así fue Raduel aquel camino muy consolado. Aquellos señores caminaron bien doce días antes que en el imperio de Persia entrasen; como en él fueron, la infanta Minerva (que de todo llevaba cargo) les dijo:

—Acerquémonos a la ciudad de Larenta, y allí nos aparejaremos para entrar en la corte.

Todos dijeron que era muy bien lo que la infanta decía, y siguieron su camino para una villa que llaman Tarciana y allí reposaron del trabajo pasado del camino. Y aquí los dejaremos por contaros lo que al Caballero del León acaeció.

Yendo para el imperio de Persia (como ya oístes), tomó su camino por otra parte por no ser visto de otro ninguno de su compañía. Yendo un día a hora de vísperas vio venir muy gran compañía de caballeros y doncellas, en medio dellos venían unas andas ricamente guarnidas; traían la cubierta echada, por manera que nadie no podía ver quién dentro dellas venía. El Caballero del León se apartó del camino por donde aquellas compañías de gente habían de pasar, y vio cómo un caballero anciano se llegó a las andas y alzando la una parte dellas hablaba a quien dentro venía, y así, los dejó y se fue su camino con deseo de saber quién allí venía, y no quiso preguntarlo por no ser de nadie conocido. Yendo como oído habéis vio venir una doncella de aquellas compañías al más correr de su palafrén, y como cerca del Caballero del León llegó comenzó a llamar; como él lo oyó, detuvo su caballo, y la doncella le dijo:

—Señor caballero, por lo que debéis a la orden de caballería, os ruega la reina de Caucán que os lleguéis adonde ella está, que muy poco os deterréis, que en aquellas andas viene.

El Caballero del León que muy mesurado era, le dijo:

—Vamos adonde mandáredes.

La doncella se lo agradeció mucho, y así, movieron para donde la reina estaba, y como cerca de las andas llegó, un caballero alzó la una parte de las cubiertas, y como el Caballero del León vio a la reina fue muy espantado de ver la su gran hermosura. Ella venía vestida de estraña manera, como aquella que de tierras lueñas era. Traía una ropa de hilo de oro hecha por tal arte que no se le parecían los pechos; de la cinta abajo, la ropa estaba toda cortada, hecha tiras tan anchas como un palmo, y todas aquellas tiras estaban muy ricamente guarnidas; debajo de aquella ropa traía otra de filo de plata, las mangas, asimismo cortadas; debajo no traía sino las de la camisa, blancas y muy anchas; traía un rico tocado, hecho por tal arte que por él se mostraban bien sus hermosos cabellos. Venía echada sobre un paño de hilo de oro arrimada a unas almohadas; tenía su rostro y semblante de mucha tristeza; los ojos, gruesos y colorados del mucho llorar que a la continua hacía; a la una parte de las andas estaba una rica corona, de la otra una espada²⁶² muy bien guarnida.

El Caballero del León la estuvo mirando, maravillándose de su buena apostura. La reina le comenzó a hablar diciéndole:

—Señor caballero, por la fe que a Dios debéis y a la cosa del mundo que más amáis, que me digáis lo que preguntar os quiero, que en me lo decir no os verná daño alguno.

Como el Caballero del León así se vio conjurar pesole mucho, por cuanto él no quisiera por aquellas partes ser de nadie conocido; pero como vio que al no podía hacer sino decir lo que aquella hermosa reina le rogaba, le dijo:

—Mi señora, mandadme lo que quisiéredes, que aparejado estoy para os servir.

La reina se lo agradeció mucho, y le dijo:

—Sabed, señor caballero, que lo que por mí habéis de hacer ha de ser que me digáis vuestro nombre, por cuanto ha gran tiempo que ando en busca de un caballero; y asimismo, si vos no sois el que yo ando a buscar, me habéis de decir si lo conocéis o sabéis adónde lo podría hallar.

Sabed que el Caballero del León no llevaba consigo el león (que lo dejó encomendado a la infanta Minerva por no ser en aquellas partes por él conocido), y por ir sin él, la reina y sus compañías no le conocieron. Él dijo:

—Mi señora, yo he nombre el Caballero del León. Si por ventura soy yo el que andáis a buscar, presto soy para os servir.

Como la reina oyó que aquél era el que andaba a buscar, levantose luego diciendo:

—A Dios merced que con vos, señor caballero, me dejó topar

Y diciendo esto, poniéndose de hinojos en las andas comenzole a rogar muy ahincadamente que le otorgase un don, y que en se lo otorgar no se deternía en parte alguna una sola hora. El Caballero del León, que muy mesurado era, como a

²⁶² 1587: espade' (107r).

la reina vio puesta de hinojos llegose junto a las andas, y tomándola por las manos, la hizo levantar diciéndole:

—El don que la vuestra merced me demanda, yo lo otorgo.

Como él esto dijo, la reina le quiso besar las manos diciéndole:

—Mi buen señor, bien me las podéis dar, pues que vos y no otro ha de ser el que ha de dar remedio a mis dolores. Y bien creo que, según yo he oído decir que vos sois mesurado, que no faltaréis de lo que rogar os quiero.

Y diciendo esto, la reina tomó el espada que a la cabecera tenía y dijo:

—Sabed, señor caballero, que el don que me habéis otorgado es que con esta espada me cortéis la cabeza, porque cortádomela vos, que sois el más leal caballero de cuantos son nacidos, mi ánima llevará mucho descanso; y por que con más voluntad cumpláis lo que os pido, os quiero dar cuenta de mi vida. Vos, mi señor, sabréis que yo soy la triste reina de Caucán, escarnida y amenguada del falso rey de Archimora. Este rey me importunó bien tres años que le tomase por mi caballero. Yo, como él era señor de gran tierra y Dios en él puso más parte de hermosura que de bondad, hice su ruego. Él supo tanto, que yo le di el mi amor con juramento que me hizo que otra no sería señora de su corazón sino yo, tomándome por su legítima mujer. Como esto él de mí alcanzó, estuvo comigo obra de un mes; después deste tiempo él se fue para su reino diciéndome que iba para hacer saber a sus altos hombres cómo conmigo se quería casar, y que luego él enviaría por mí. Yo quedé muy contenta, pensando que así lo haría como lo decía; pero no fue así como yo lo pensé, antes, como en su tierra fue, luego envío sus embajadores al rey de la Tana para que una hija que tenía se la diese en casamiento. Él lo tuvo por bien y luego le envío su hija, y fue del rey muy bien recibida y se hicieron las bodas, y por ellas fueron hechas en todo su reino grandes fiestas. Estas tristes nuevas vinieron a mi noticia; yo sentí la muerte en verme tan malamente escarnida, y queriendo tomar la emienda de quien tanto mal me había hecho, como las mis fuerzas eran pocas y remedio alguno no hallase, acordé de me dar la muerte con esta espada del rey que en el mi poder quedó, y porque en mí tomen todas las del mundo escarmiento, y asimismo por que a todos sea la mi muerte notoria, yo misma no me la quise dar, sino por la mano del mejor caballero y más leal en amores que en el mundo hubiese. Para saber quién era, yo con esta compañía que conmigo traigo me fui al sabio Doroteo, y él me dijo que el mejor caballero y más leal a su señora era uno que había nombre el Caballero del León. Yo le pregunté que adónde lo podría hallar; él me dijo que me viniese a la corte del emperador Aliandro de Persia, y que allí antes que en otra parte hallaría nuevas dél. Y pues que la ventura en me topar con vos me ha sido tan favorable, dadme luego la muerte; si no, por todo el mundo me iré quejando de vos.

Como el Caballero del León así oyó hablar a la reina fue muy espantado, y dijo:

—Mi señora, si yo hiciese lo que la vuestra merced me manda, verdaderamente iría contra la orden de caballería, que, como todo el mundo sabe, lo que primero prometemos es no poner mano airada en dueña ni doncella. Por tanto, yo, mi señora, soy quito del don que os prometí. Lo que yo haré, por hacer os contenta y del todo alegre, será daros tal emienda del rey de Archimora que él pierda la vida o vos quedaréis por señora de toda su tierra. Esto haré yo con muy entera voluntad,

por quanto soy obligado a lo hacer, y desta manera la vuestra merced será alegre y yo quito del don que os prometí.

Como todos aquellos caballeros oyeron lo que el Caballero del León decía, humilláronse ante la reina a rogalle que tuviese por bien de hacer lo que aquel buen caballero decía, que de aquella manera ella sería restituida en toda su honra y él pagado de la traición que había hecho. La reina no cesaba de llorar diciendo:

— ¡Ay buen caballero, y cuánto más contentamiento sería para mi triste corazón recibir yo la muerte de vuestras manos que no ser señora de todo el mundo!

Los caballeros y las doncellas le tornaron a rogar muy ahincadamente que hiciese el ruego del caballero. Tanto le supieron todos decir, y con lo que él le prometió, que ella tuvo por bien de hacer su ruego. El Caballero del León le dijo:

— De aquí prometo que, en acabando a lo que voy, de no me entremeter en cosa alguna hasta tomar del rey de Archimora la emienda, tal, que a él sea castigo, y a otros que mal quisieren hacer, escarmiento. Vos, mi señora, os id a la corte del emperador de Persia y allí me podréis aguardar hasta que yo vaya; o si por ventura no fuere allí, yo enviaré a la vuestra merced mi mandado para le hacer saber adónde yo estoy, y de allí nos iremos para el vuestro reino, y yo iré al reino de Archimora y haré conocer al rey la traición que contra vos cometió.

La reina le dijo que en todo haría su mandado, que luego se iba para la corte del emperador y que allí le atendería. El Caballero del León le dijo que así lo hiciese, que él sería en la corte del emperador lo más presto que pudiese o le enviaría su mandado; y así, se despidió de la reina haciéndole grande acatamiento, y la reina y su compañía tomaron el camino de la corte del emperador de Persia.

Como el Caballero del León se partió de la reina de Caucán fuese para donde aquellas señoras estaban, y una noche secretamente fue a la posada de la infanta Minerva; cuando la infanta le vio fue estrañamente leda, y dijo:

— Ya, mi señor, ha dos días que aquí detengo a estos señores esperando a la vuestra merced. Pues que los dioses tan bien lo han hecho, vamos luego de aquí.

— Hágase como lo mandáis, que yo me iré encubiertamente hasta que a la ciudad de Larenta lleguemos.

— Pues así sea.

La infanta Minerva envío a decir a la reina de Zizamarán y a todas aquellas señoras que para otro día se aparejasen, que se querían luego partir por la mañana. A todos pareció bien, y así, tomaron su camino con mucha alegría. Todas aquellas señoras deseaban ya ser en el palacio del emperador por ver la estraña hermosura de la princesa Penamundi, que la infanta Minerva les había dicho que espanto ponía a quien la miraba. Dos días anduvieron, y a la fin de la jornada se hallaron tres millas de la ciudad de Larenta, y allí se detuvieron aquella noche y el Caballero del León fue muy secretamente metido en la jayana de oro. Todos aquellos tesoros del rey Mida cargaron en camellos, y las cajas iban cubiertas con paños de oro y de plata. La reina de Zizamarán y las infantas se vistieron muy ricamente, cada una al modo de sus tierras, las vestiduras que llevaban eran tales que mucho acrecentaban en su hermosura.

Raduel rogó muy ahincadamente a la reina su señora que lo vistiese ricamente para que la princesa Penamundi lo viese; la reina le hizo hacer una ropa de hilo de

oro, y con esto fue más contento que si del mundo le hicieran señor. Belsael habló con la infanta Minerva y dijole:

—Señora, Doroteo mi padre me mandó que a la vuestra merced dijese que estos señores entrasen en el palacio del emperador ni más ni menos como las aventuras se acabaron en los Hondos Valles, porque yo traigo comigo la historia de cada aventura para las mostrar al emperador y a toda su corte.

Mucho holgó la infanta de lo que Belsael le dijo, y respondiole:

—Concertaldas vos, mi buena doncella, de la manera que vuestro padre os lo mandó.

Belsael le dijo que así lo haría, y llamó a la Doncella del Gavilán y dijo:

—Vos y el conde de Mautín y sus caballeros habéis de ir en la delantera, por quanto la vuestra aventura fue la primera.

La Doncella del Gavilán le dijo que lo haría como ella se lo rogaba; y asimismo habló a todos aquellos señores diciéndoles de la manera que en el palacio del emperador habían de entrar; todos le dijeron que harían de grado lo que les decía, y concertados ni más ni menos que en las siete aventuras que ya oístes que estaban, Belsael les dijo que su paso a paso se viniesen a la ciudad de Larenta, que ella se quería ir adelante para hacer saber al emperador la su venida; a todos les pareció bien. Belsael tomó un palafrén bien guarnido (y ella asimismo ricamente vestida, que aunque era grande, por ser hija de jayanes, estrañamente era hermosa) y tomó su camino para la ciudad de Larenta, y entre nona y mediodía, acabando el emperador de comer entró por la puerta del palacio, y como venía tan apuesta, todos pararon mientes en ella; fuese adonde el emperador estaba (que luego lo conoció porque era sentado debajo de un rico dosel). Belsael hincó los hinojos ante él, y besándole las manos le dijo:

—Mi señor vuestra majestad mande aquí venir a la emperatriz y princesa Penamundi, porque ante vuestra majestad y ante ellas me mandaron que dijese a lo que vengo

El emperador la tomó por las manos y la hizo levantar diciéndole:

—Buena doncella, atended un poco, que luego vendrán.

Y mandó a un caballero que fuese a decir a la emperatriz que ella y la princesa saliesen al palacio. Como ella oyó el mandado del emperador, luego envío por la princesa, y acompañadas de muchas dueñas y doncellas, y de los altos hombres que en el palacio estaban, salieron a la sala. Belsael fue muy espantada de ver la estremada hermosura de la princesa; parecía que toda la hermosura del mundo era en la reina de Zizamarán y en las infantas que con ella venían, pero después que a la princesa vio, la hermosura de la reina y infantas le pareció ninguna puestas con la princesa, que rayos de sol parecía salir de su rostro. Como fueron sentadas, Belsael les besó las manos, y la emperatriz y la princesa la hablaron muy graciosamente; la doncella se levantó en pie y dijo:

—Alto y muy poderoso emperador Aliandro, yo soy venida a la vuestra corte por mandado de la infanta Minerva para que vuestra majestad sepa cómo muy cerca de aquí está, que viene por mandado de aquel bienaventurado Caballero del León. Trae consigo estrañas cosas que de los Hondos Valles sacó; vienen en la su compañía el príncipe Bridonel y la infanta Gaudebria, que son los que a vuestra corte vinieron hechos piedra, y una reina y tres infantas y otras dos doncellas de

alta guisa. La infanta Minerva hace saber a vuestra majestad la su venida para que en el vuestro palacio se les haga aquel recebimiento que sus personas reales merecen. Asimismo vienen con estas señoras príncipes y grandes señores y otros caballeros. Yo he dicho a lo que soy venida: vuestra majestad me dé licencia, porque yo me quiero volver.

—Grandes son las maravillas que nos habéis contado —dijo el emperador—. ¿Ya son acabadas las aventuras de los Hundos Valles?

—Acabadas son —dijo la doncella—, y por la mano del Caballero del León. Cosas estrañas son las que vuestra majestad sabrá cuando aquellos señores sean en el vuestro palacio.

—Amiga —dijo el emperador—, id a la buena ventura, que gran deseo tengo de ver las maravillas que nos habéis contado. Agora nos decid qué tan lejos quedan de aquí.

—Quedarán tres millas:

—¿Viene con ellos el Caballero del León?

—No —dijo Belsael—, que hartos días ha que de nosotros se partió diciendo que había qué hacer en otra parte. Él vaya bendito de Dios, que tan bienaventurado le hizo.

Belsael se despidió del emperador y emperatriz y princesa y se fue su camino. Como la doncella salió del palacio del emperador todos quedaron hablando en la alta caballería del Caballero del León y cómo Dios le daba ventura en todo lo que comenzaba; la princesa dijo:

—Lo que yo más deseo tengo de ver es al príncipe Bridonel y a la infanta Gaudebia su hermana, que los vi hechos piedra.

—Presto los veréis —dijo el emperador.

Luego mandó a todos sus altos hombres que ellos y toda la corte saliesen al recebimiento de aquellos señores; luego hicieron su mandado. La emperatriz mandó a la princesa que se fuese a su cámara y se vistiese muy ricamente; ella se fue. Asimismo mandó que colgasen todo el palacio de paños de oro. Como la princesa fue en su cámara dijo a la infanta Sandalina:

—¿Qué os parece²⁶³ cómo no viene el Caballero del León?

—Él verná presto —dijo la infanta—, que no sin causa deja de venir con estos señores.

La princesa calló, que no dijo más, mostrando en su rostro semblante de alguna tristeza, y dijo a la infanta:

—Ninguna voluntad tengo de me vestir.

—No ha de ser así —dijo la infanta—, sino que vuestra alteza se ha de vestir muy ricamente para que todos se espanten de la vuestra gran hermosura. Y verdaderamente yo creo que el Caballero del León viene entre ellos encubiertamente.

—Agora me dad —dijo la princesa— el vestido que quisiéredes.

La infanta le sacó una ropa de terciopelo verde toda sembrada de unas esferas de oro guarnidas de ricas y muy preciadas perlas; ceñido llevaba un cordón de oro

²⁶³ 1587: 'darece' (108v).

muy ricamente obrado; el tocado que la princesa se puso era greciano,²⁶⁴ todo sembrado de muchas perlas y piedras de gran valor; sus hermosos cabellos tenía hechos ondas, y puestos por tal compás, que muy bien parecían. Estaba tan hermosa con este tocado, que espanto ponía a quien lo miraba, porque era de tal arte que muy bien se mostraba su blanca y espaciosa frente, que no parecía sino de un claro cristal. Vestida que fue, mandó a todas sus doncellas que ricamente se vistiesen, así fue hecho; la infanta Sandalina asimismo fue ricamente guarnida. La princesa, en compañía de la infanta y sus doncellas, se fue al aposento de la emperatriz; ella holgó mucho de la ver, luego envío a un doncel a saber si el emperador estaba en el palacio; el doncel se volvió y dijo que ya era venido con algunos caballeros, aunque pocos, porque todos eran idos al recibimiento de aquellos señores. La emperatriz tomó a la princesa consigo, y acompañada de muchas dueñas y doncellas de alta guisa se salió al palacio. El emperador se asentó en su silla, que debajo de un rico dosel estaba, y la emperatriz junto a él, y cabo ella la princesa.

Capítulo XLIX

De cómo todos aquellos señores que de los Hondos Valles venían llegaron al gran palacio del emperador Aliandro.

COMO Belsael salió del palacio del emperador Aliandro fuese para adonde aquellos señores estaban, y dellos fue muy bien recibida; ella les dijo la respuesta del emperador y emperatriz, y fueron muy ledos de lo oír. Belsael dijo al príncipe Bridonel y a la infanta Gaudelia que delante de todos entrasen en la ciudad; así lo hicieron como ella lo dijo. Yendo de la manera que oído habéis vieron grandes compañías de gentes que de la ciudad salieron, y como llegaron juntos los unos a los otros hablaronse muy cortésmente, y así, se entraron en la ciudad; todas las gentes se pararon a mirar tan hermosa compañía como allí venía

Llegados que fueron al gran palacio, la doncella Belsael subió delante; tras ella subieron dos hombres que un cofre llevaban en sus manos. Belsael hizo su acatamiento al emperador y emperatriz y princesa, y dellos fue luego conocida ser la doncella que con el mandado de aquellos señores había venido. Luego subió el príncipe Bridonel llevando de brazo a su hermana la infanta Gaudelia. Como en el palacio fueron, Belsael dijo:

—Serenísimo emperador Aliandro, todos estos señores y señoritas que de los Hondos Valles vienen, cada uno entrará en el vuestro palacio como en los Hondos Valles fueron hallados, y la aventura de cada uno yo la mostraré historiada, por cuanto es razón que para siempre jamás quede en el mundo memoria de la alta caballería del Caballero del León. Las historias que yo mostraré serán tan al natural

²⁶⁴ Al estilo de la Grecia clásica.

de lo que en los Hondos Valles pasó, que es bien que vuestra majestad las mande guardar.

—Eso haré yo de voluntad —dijo el emperador—, que deseo mucho honrar a aquel buen caballero.

—Estos dos —dijo Belsael— que primero han entrado en el vuestro palacio son el príncipe Bridonel y a la infanta Guadebia, que hechos piedra vistes, de quien el Caballero del León tomó el escudo, y aquella excelente princesa, por su gran hermosura, tomó el yelmo de las manos desta infanta.

Y diciendo esto abrió el cofre y sacó un paño muy rico y muy bien obrado de oro y de seda. Descogiolo, y como todos pararon mientes en él, vieron allí la historia del príncipe Bridonel y de la infanta Gaudebia su hermana de la manera que oído habéis que en el palacio del emperador entraron cuando hechos piedra a Persia vinieron. Mucho holgó el emperador de los ver al natural, y dijo:

—Esta es la mejor cosa que yo nunca vi.

Como todos cuantos en el palacio estaban lo hubieron visto, Belsael lo cogió, y el príncipe Bridonel y la infanta su hermana llegaron a besar las manos al emperador. Él los abrazó diciéndoles:

—Bendito fue aquel día que con aquel caballero topastes.

Y alzándolos por las manos, dijo al príncipe y infanta que se sentasen. Ellos se fueron a la emperatriz, y humillándose ante ella por le besar las manos, la emperatriz no se las quiso dar, y de allí se humillaron ante la princesa, casi sin sentido de ver la su estraña hermosura. Ella, que muy mesurada era, los hizo levantar, y el príncipe se fue asentar a la parte del emperador, y la infanta junto a la princesa.

Como estos dos, príncipe²⁶⁵ y infanta, fueron sentados, luego entraron en la sala la Doncella del Gavilán y el Conde de Mautín y sus caballeros. Belsael dijo al emperador y emperatriz:

—Estos que agora han entrado en el palacio son el Conde de Mautín, y aquella doncella que de brazo trae es hija de un caballero señor de un castillo.

Finalmente le contó todo como lo habéis oido, y luego sacó otro hermoso paño del cofre, y descogiéndolo, vieron allí mucho bien historiada la aventura del Conde de Mautín y su amiga. Estrañamente fueron espantados cuando vieron los pescados hacer batalla en aquel espantoso río. Belsael dijo que aquellos peces que allí de aquella estraña figura estaban eran todos caballeros que en busca del conde de Mautín habían venido, «y tanto enojo dello hubieron las fadas, que les daban la muerte de la manera que aquí se muestra». Belsael contó allí todo lo que en aquella aventura oístes que acaeció. Mucho fue el emperador espantado de lo oír, y todos cuantos en el palacio estaban maldecían a las fadas y loaban mucho al Caballero del León.

Esta aventura vista, el Conde de Mautín y su señora fueron a besar las manos al emperador y emperatriz y princesa. Dellos fueron muy bien recibidos; al conde tomaron consigo los caballeros del palacio, y a la Doncella del Gavilán las doncellas de la princesa, y no cesaban de la preguntar todas las cosas de los Hondos Valles, y ella se lo contaba por les dar placer

²⁶⁵ 1587: ‘príncipes’ (109r).

Vista esta primera aventura, luego entraron en el palacio la hermosa reina de Zizamarán llevándola de brazo el buen caballero don Ginestacio el Probado; llevaba muy ricas y preciadas ropas vestidas, y eran tales que mucho acrecentaban en su hermosura. La falda le llevaba Raduel el enano, y con aquello iba más contento que otro. Como la reina fue en la sala, todos aquellos señores fueron maravillados de ver la su buena apostura. Belsael dijo:

— Esta hermosa doncella que aquí veis es la reina de Zizamarán, y este caballero que de brazo la trae es don Ginestacio, príncipe de Natales.

Y allí contó Belsael cómo la reina fue robada de su tierra, como habéis oído. Y en acabando de decir esto, Belsael tomó otro paño del cofre, y descogiéndolo, mostró allí toda la historia de la reina de Zizamarán, propriamente así como en los Hundos Valles oístes que estaba. Todos hubieron mucha lastima de la reina en la ver puesta en tanta angustia con aquella cabeza del caballero muerto en sus faldas, maravillándose mucho cómo en el tiempo que allí estuvo no se le acabó la vida. Vista la aventura y de la manera que el Caballero del León la libró, el paño fue cogido y metido en el cofre. La reina y don Ginestacio se humillaron ante el emperador, y él que ante sí los vio, se levantó en pie y tomándolos por las manos los hizo levantar, y dijo a la reina:

— Mi buena señora, no creo²⁶⁶ yo que tan presto olvidaréis el buen tratamiento que aquellas fadas en los Hundos Valles os hicieron.

— No es razón —dijo la reina— que tanto daño como yo allí recibí de mi memoria se quite mientras yo vida tuviere.

El emperador dijo a la princesa que consigo tomase a la reina; ella se humilló ante la emperatriz; la princesa se levantó, y tomándola cabe sí, la habló muy graciosamente, como aquella que muy mesurada era. Don Ginestacio besó las manos a la emperatriz y princesa y se asentó cabe el príncipe Bridonel, muy espantado de la estraña hermosura que Dios en la princesa había puesto.

Vista la aventura de la reina de Zizamarán, luego entró en la sala la infanta Gradabela, que muy apuesta y hermosa era. Belsael dijo:

— Esta hermosa infanta es hija del rey de Asalatas. No tenía²⁶⁷ sino a ella, que es heredera del reino.

Y diciendo esto contó toda la aventura de la infanta Gradabela como os contamos, y acabando, tomó otro paño de cofre, y descogiéndolo, vieron en él historiada toda la aventura de la infanta Gradabela de la manera que oído habéis. Mucho duelo hubieron todos de la infanta en la ver puesta en tanto afán, y decían que en buen punto el Caballero del León a tan buena hora había llegado. El emperador dijo:

— Grandes son los daños que aquellas fadas en el mundo hacían: mucho bien merece el Caballero del León, pues tan mala cosa sacó del mundo.

Vista la historia de la aventura de la infanta Gradabela, Belsael cogió el paño y lo metió en el cofre. La infanta se humilló ante el emperador por le besar las manos; él se levantó, y tomándola por los brazos la hizo levantar diciéndole:

²⁶⁶ 1587. ‘ereo’ (109v).

²⁶⁷ 1587: ‘tenian’ (109v).

—Señora infanta, poco duelo habían de la vuestra tierna edad aquellas fadas, pues tan crudamente os querían dar la muerte:

La infanta se le humilló y fue a besar las manos a la emperatriz y princesa; y la princesa, que muy mesurada era, se levantó y le hizo aquel acatamiento que a su estado convenía.

Esto hecho, entró en el palacio aquella linda infanta Celia, señora del Monte Pelio, de la misma manera guarnida que lo estaba cuando los tesoros del rey Mida tenía en guarda en los Hondos Valles, y como tan apuesta la vieron, todos cuantos en el palacio estaban holgaron mucho con la su vista. En compañía de la señora del Monte Pelio entró la infanta Minerva (que antes no había venido por no dejar al Caballero del León, que dentro de la jayana de oro venía secretamente, como lo habéis oído). Luego se desenlazó el yelmo, y como todos la conocieron, grande fue el placer que con la su vista dio, y muy mayor que nadie lo hubo la princesa, y así mismo la infanta Sandalina. La infanta Minerva se humilló ante el emperador; él la recibió con demasiada alegría y le dijo:

—Señora Minerva, y ¿qué ventura os llevó hacia los Hondos Valles?

—Los dioses me guiaron tan bien —dijo la infanta—, que yendo un día descuidada por un camino topé con el Caballero del León y con estos señores, que no fue poco el placer y alegría que mi corazón sintió. Y el Caballero del León asimismo la hubo comigo, y me rogó muy ahincadamente que con estos señores me viniese a Persia y diese un presente de su parte a la princesa Penamundi. Por tanto, pido a vuestra majestad para ello me dé licencia.

—Venga mucho en hora buena —dijo el emperador—, que enviándolo aquel buen caballero es razón que sea muy bien recibido.

La infanta le besó las manos, y de allí las fue a besar a la emperatriz y princesa, la cual la abrazó con mucha alegría diciéndole:

—A la sazón no hay cosa en esta vida que tanto contento me dé como la vuestra vista.

La infanta le besó las manos y allí junto a la princesa se quedó. La infanta Celia, como ya oístes, estaba en medio de la sala, y junto a ella Belsael, y dijo al emperador y emperatriz y princesa y a cuantos en la sala estaban:

—Esta hermosa infanta ha nombre Celia. Es señora del Monte Pelio; ha estado mucho tiempo en los Hondos Valles teniendo en la su guarda los grandes tesoros del rey Mida, y como el Caballero de León fue adonde esta hermosa infanta estaba, él los hubo en su poder por razón de la su alta caballería. La infanta los tenía en su guarda de la manera que agora lo podéis ver.

Y diciendo esto se calló y tomó otro paño de cofre, y descogiéndolo, vieron allí historiada la aventura de los tesoros del rey Mida. Mucho fue lo que todo holgaron de ver aquella hermosa infanta encima del cielo y la mano en la columna, y en la otra un arco con la saeta que ya oístes. Todo estaba allí por figuras pintado, y asimismo cómo el Caballero de León se había tornado Ave Ecrén.

Cuando la princesa Penamundi esto vio fue su rostro encendido en una viva color en pensar que aquella misma Ave era la que en el rosal había posado cuando ella estaba en la huerta. La infanta Sandalina miró a la princesa en ver cómo se le había mudado la color, y calló, que por entonces no se pudieron hablar. Esto visto, la infanta Celia llegó a besar las manos al emperador; él la recibió con mucha

alegría, que muy pagado estaba de la su apostura, y de allí se fue para la emperatriz, y queriéndole besar las manos, las tiró afuera y dijo a la princesa que la tomase consigo, y ella se levantó y la hizo sentar diciéndole:

—Señora infanta, ¿cómo fuistes tan cruel que tirastes a aquel caballero con vuestra saeta?

—Mi señora —dijo la infanta—, no era en mi mano, porque así me fue mandado que lo hiciese.

Esto hecho, entró por la puerta de la sala la infanta Lucandria trayéndola de brazo el príncipe Dinamardos, y como en medio de la sala fueron, Belsael contó allí de la manera que habían sido traídos a los Hondos Valles, y luego sacó el paño de la historia: mucho duelo hubieron todos los que en el palacio estaban de ver de la manera que querían dar la muerte a aquellos dos que tanto se amaban. Y luego la infanta y príncipe fueron a besar las manos al emperador y emperatriz y princesa; ellos los recibieron con mucha alegría, haciéndoles aquel acatamiento que a su estado convenía, y luego los hicieron sentar.

En este tiempo entró por la sala Fermosiliel, príncipe de Cernaria, trayendo de brazo a su señora Felisidonia. Belsael contó todo lo que en los Hondos Valles les acaeció como lo habéis oído; luego sacó su historia, y vista por aquellos señores, fueron todos espantados de ver aquella espantosa visión, y loaban mucho el esfuerzo del Caballero del León. Y como visto hubieron la historia, Belsael la cogió; Fermosiliel y Felisidonia fueron a besar las manos al emperador y emperatriz y princesa; luego los hicieron sentar.

En esto Belsael sacó del cofre otro paño en que estaba la historia de la postrera aventura, y descogido que fue, todos aquellos señores y señoritas que en el palacio estaban fueron maravillados del gran sufrimiento que el Caballero del León tuvo de nunca a ninguna cosa de aquéllas alzar los ojos, y estaban espantados del gran saber de aquellas fadas, y todos a una decían que el Caballero del León debía mucho a la Doncella del Gavilán por el buen aviso que le había dado.

Como todas las historias fueron vistas, la infanta Minerva dijo a Beldaín su escudero que hiciese subir los tesoros del rey Mida. Beldaín hizo su mandado y luego subieron al gran palacio cien cajas todas cubiertas con paños de hilo de oro. La infanta Minerva se levantó, y abriéndolas, dentro dellas venían aquellos grandes²⁶⁸ tesoros del rey Mida, y todo era monedas de oro de diversas maneras. Loaban de muy codicioso al rey Mida. La infanta Minerva se humilló ante la princesa diciéndole:

—Estos tesoros envía a vuestra alteza aquel caballero bienaventurado, suplicando a la vuestra merced perdón su grande atrevimiento.

La princesa dijo a la infanta que ella agradecía mucho al Caballero del León el don que le enviaba, pero que mal lo había hecho en no se venir a la corte.

—No tiene él otro deseo —dijo la infanta— sino de servir al emperador; pero no pudo al hacer sino ir aquel camino.

El emperador dijo a la princesa:

—Mucho es lo que debes al Caballero del León, pues tantos tesoros te envía. Él te ha hecho rica en poco tiempo:

²⁶⁸ 1587: ‘grandss’ (110v).

—Vuestra majestad —dijo la princesa— le dará por mí el galardón.

—Ya pluguiese a Dios —dijo el emperador— que lo viese en mi corte, que no he por agora otro mayor deseo que de la su vista.

La infanta Minerva dijo a la princesa:

—Mande vuestra alteza²⁶⁹ quitar de aquí estos tesoros.

Luego cerró las cajas y dio las llaves a la infanta Sandalina. La princesa mandó llevar aquellos tesoros a su aposento. Como la sala fue desembarazada, la infanta Minerva mandó subir el cofre de plata con las barras de oro; la infanta lo abrió, y luego sacó dél aquella hermosa arpa que ya oístes, de la hechura y riqueza de la cual fueron muy espantados. El emperador dijo:

—Músico debía de ser el rey Mida, pues en el su poder tenía esta rica arpa.

La princesa la estuvo mirando, y pareciole no haber visto cosa que mejor le pareciese. Después que mucho la hubieron loado, la infanta Minerva tomó del cofre el juego de ajedrez, y asimismo lo dio a la princesa, y viéndolo, fue tan pagada dél, que no se hartaba de lo mirar. El emperador se lo pidió (que gran jugador era de ajedrez), y mirándolo, jamás vio cosa que mejor le pareciese, y dijo a la princesa:

—Hija, conviene que luego aprendas a jugar, pues tan buen aparejo tienes.

—Así lo entiendo de hacer —dijo ella.

La infanta Minerva lo puso en su caja y la princesa lo mandó llevar a su cámara. Luego subieron la jayana de oro. Como en el palacio fue y el Caballero del León vio a su señora la princesa, tanta fue el alegría que sintió, que el corazón le fallecía. Desta manera que oís estuvo una pieza, pero después que en sí tornó, decía en su corazón: «¡Oh, cuán bienaventurado se puede llamar el que solamente goza de la vista desta soberana princesa! Mucho es lo que yo debo a la infanta Minerva, pues ella me ha traído al estado en que estoy».

Como el emperador y todos los que en el palacio estaban vieron la jayana holgáronse de ver la su grandeza. Allí les contó Belsael de la manera que en el castillo aquella reina habían hallado, y asimismo contó cómo y por qué el rey Mida la hizo hacer y poner en sus tesoros. La infanta Minerva dijo a la princesa:

—Mi señora, no viene cosa en estos tesoros a que yo sea más aficionada que a esta imagen desta reina, por cuanto sé que mientras en el mundo vivió fue de mi ley. Y por esto suplico a vuestra alteza la mande poner en su cámara, por que cuando yo en ella entrare la tenga siempre delante de mis ojos.

—Es mucha razón —dijo la princesa— que se haga lo que vós mandáis.

La infanta se le humilló. Luego mandó la princesa que la metiesen en su cámara, y así fue hecho. La infanta Minerva hizo que subiesen la lisonja y las imágenes que oro y plata devanaban. Venían metidas en una caja hecha de tal arte que cosa alguna no se parecía. Luego fue abierta; la infanta Celia dijo al emperador y emperatriz y princesa todo lo que desta lisonja habéis oido.

—Grandes son las maravillas que hoy habemos visto —dijo el emperador—. Figúraseme a mí que sola esa lisonja vale más que ser señor del mundo. La liberalidad del Caballero del León es grande: de todas buenas maneras le hizo Dios cumplido.

²⁶⁹ 1587: ‘aleza’ (110v).

—Estos grandes tesoros —dijo la infanta Minerva— tuvo en guarda esta hermosa infanta Celia, y el Caballero del León la quitó del trabajo que tenía. Mi señora —dijo a la princesa—, recebid este pequeño presente que el Caballero del León a vuestra alteza envía, juntamente con la voluntad que de servir al emperador vuestro padre tiene.

—No tengo otro deseo —dijo el emperador—, como dicho tengo, sino verle en la mi compañía.

La lisonja mandó la princesa guardar, y la infanta Sandalina (que junto ella estaba) le dijo:

—¿Qué os parece, mi señora, del Caballero del León? ¿Paréceos que es persona en quien caben las mercedes que le habéis hecho? Yo digo que es razón que tanta gloria tengáis vos en lo tener a él por vuestro caballero como él la tiene en teneros a vos por señora. No ha de pasar así de aquí adelante, sino que la vuestra merced le ha de hacer las mercedes que su persona merece. Y si en esto que pido tengo razón, que me valga.

La princesa respondió (con aquella hermosura de rostro que rayos de sol parecían salir del):

—Yo digo que se haga lo que vós quisiéredes y como lo vós ordenáredes, porque con esto creo que seréis contenta.

La infanta Sandalina le besó las manos y le dijo:

—Mi señora, quien tantos servicios hoy a recibido no puede hacer sino grandes mercedes.

La infanta Minerva (que junto a la infanta Sandalina estaba), que como della no se guardaban oyó alguna cosa, y dijo:

—¿Qué es eso, señora infanta? ¿Habéis trabajado algo por aquel que tanto merece?

—Señora —dijo la infanta—, tanto deseo tengo de su servicio como lo vos tenéis.

—De eso huelgo yo —dijo la infanta Minerva—. Razón es, pues tales personas tiene el Caballero del León que por él rueguen, que para cuando venga se le haga alguna merced.

—Sí harán —dijo la infanta Sandalina—, que ya a mí se me ha prometido.

Luego mandó el emperador que aposentasen aquellos príncipes y caballeros cerca del su palacio; a la reina de Zizamarán y a las infantas mandó aposentar dentro, y a todos mandó dar muy abastadamente todo lo necesario en lo que hubiesen menester. En este tiempo ya era hora de cenar; el emperador mandó que les diesen de cenar, y luego fue hecho. Acabado que hubieron, las mesas fueron alzadas; allí estuvieron hablando en las estrañas cosas que en los Hondos Valles el Caballero del León halló.

Capítulo L

En que se cuenta cómo el Caballero del León se vio con su señora la princesa, y de las grandes mercedes que allí se le hicieron.

CUANDO el emperador vio que era tiempo de se ir a dormir, él se levantó y se fue a su aposento; todos aquellos príncipes se despidieron de la emperatriz y princesa y de sus señoras; a aquellas reinas y infantas llevaron a sus aposentos, que muy ricamente estaban guarnidos. La infanta Minerva dijo a la princesa que si su alteza para ello le daba licencia, que ella en su cámara quería dormir con la infanta Sandalina.

—De eso holgaré yo —mucho dijo la princesa.

Y tomándola por la mano se fueron a su aposento. Cuando el Caballero del León vio venir a su señora ya podéis pensar lo que su atribulado corazón sintió en ver entrar adonde él estaba aquella que resplandecía sobre todas cuantas en el mundo eran nacidas. La princesa se asentó en su estrado y luego mandó a sus doncellas que se fuesen a dormir. Ellas hicieron su mandado, y como sola se quedó con las infantas Minerva y Sandalina, la infanta Minerva dijo a la princesa:

—No he visto en estos tesoros del rey Mida cosa que tanto me contentase como esta reina hecha de oro.

—Eso —dijo la princesa— será por cuanto ella era de vuestra nación, que no porque no hay en los tesoros otras cosas que más valgan

—Por los dioses inmortales os juro —dijo la infanta— que en más tengo esta imagen que aquí está que ternía a todo el mundo que por mí me diesen. Y no por lo que la vuestra merced ha dicho, sino por lo mucho que ella vale.

La princesa se maravillaba de oír así hablar a la infanta, y dijo:

—¿Cómo? Adonde vino aquella lisonja que no tiene precio, ¿tenéis en más esta imagen, que es de oro y della otra cosa no se puede sacar sino el valor de lo que pesa?

—¡Ay mi señora —dijo la infanta Minerva—, y si supiéredes qué cosa tan preciada es lo que dentro desta jayana está! Mucho más vale que cuantos tesoros el rey Mida tenía.

—Y ¿cómo no la mostrastes ante el emperador?

—Algo había yo de dejar para que vós dello seáis señora sin que el emperador y todos lo supiesen.

—Agora me lo mostrad —dijo la princesa— que gran deseo tengo de ver cosa que tanto vale.

—No lo podéis ver hasta que me prometáis de lo tener en tanto cuanto la joya que dentro está lo merece.

—Todo lo tengo en mucho —dijo la princesa—, en venir de la manos de aquel buen caballero. Decidme, ¿cómo recibió lo que le envíe?

—Recibiolo con aquella solemnidad y ceremonias que a don tan preciado como vuestra alteza le envió convenía. Tiénelo en tanto, que luego lo puso en el mejor aposento que su persona tenía, que era en su corazón, y de allí jamás la preciada joya deja salir, porque con darle el aquel aposento sostiene la vida.

—Mucho estoy d'él enojada —dijo la princesa—. ¿Qué cosa se le podía ofrecer por donde dejase de me venir a ver? Yo tengo por cierto en esto que he visto, que yo ando con vosotras engañada. Mucha sospecha ha puesto en mi corazón la ida deste caballero con tanta priesa en saliendo de los Hondos Valles.

—Mi señora, no os maravilléis —dijo Minerva—, que él fue por ver a la cosa del mundo que él más ama.

Como la princesa esto oyó decir a la infanta Minerva víñole una color al rostro que en gran parte acrecentó su hermosura; como la infanta Minerva la miró y la vio tan turbada, díjole:

—No soy yo persona sino que en todo tengo de decir verdad. Y por que vos, mi señora, no tengáis duda de lo que yo tengo dicho, quiero que la vuestra merced tome la emienda de quien vuestro claro y luciente rostro hizo turbar.

Y diciendo esto dijo a la infanta Sandalina que tomase una vela en la mano; la infanta la tomó, y Minerva sacó un tornillo que consigo traía y por debajo del brazo de la imagen comenzó a torcer, y no tardó mucho cuando una pequeña puerta que en el lado de la jayana estaba fue abierta y por ella salió el Caballero del León con una ropa de cetí carmesí aforrada en tela de oro y dados en ella muchos cortes tomados con unas emes de oro maravillosamente obradas; y como él era el más hermoso caballero que había en el mundo (según que arriba el autor Doroteo os lo figuró) no parecía sino un serafín.

Como de la jayana salió, luego fue puesto de hinojos ante la princesa, y tomándole sus hermosas manos se las besó muchas veces. La princesa estaba tan turbada de aquello que había visto, que no sabía de sí parte ni hablaba palabra alguna; la infanta Sandalina (que asimismo estaba muy turbada) dijo a la princesa:

—Mi señora, ¿cómo no habláis a ese caballero que ante vos tenéis de hinojos?

La princesa (que ya cuanto había vuelto en su acuerdo) dijo:

—Por cierto, Caballero del León, no menos me ha dado mucha turbación vuestra vista que espanto vuestro atrevimiento. Si no mirase a la grandeza de mi estado y a lo mucho que a mi honra debo, yo haría de vos aquello que vuestra locura merece.

—Mi señora —dijo el Caballero del León—, fenezcan los mis días, y sea luego, si vos, mi señora, mandáis. Pues yo ya he gozado de vuestra angélica vista, ya yo no me podré quejar de mi ventura, sino que fue la mejor que nunca caballero en el mundo tuvo. Yo me veo ante vuestra imperial persona; la muerte que me mandáredes no será muerte para mí, sino que, sin yo merecerlo, la vuestra merced me hará inmortal, porque jamás mi muerte será puesta en olvido siendo por vuestro mandado.

La infanta Minerva estaba algo turbada en ver a la princesa tan enojada, pero en acabando el Caballero del León de hablar, luego ella su puso de hinojos ante la princesa y dijo a la infanta Sandalina:

—Andad acá, señora, ayudadme a rogar a la princesa que la ira que contra mí tiene, y contra este caballero, amanse.

Y llegándose a ella, le dijo:

—Mi señora, la ira que en vuestro generoso corazón tenéis contra este caballero se quite y sea luego perdonado si no lo queréis ver muerto ante vuestros ojos.

Luego la princesa lo miró al rostro, y vió tan hermoso y con mezcla de tan demasiada tristeza, que hubo mucho duelo dél, y dijo a la infanta:

—Yo, señora Minerva, no perdonaré a este caballero si no me otorga primero un don, y éste quiero que mucho se me agradezca.

Como aquellas infantas (que puestas de hinojos ante la princesa estaban) así la oyeron hablar, ellas le besaron las manos, y el Caballero del León dijo:

—Mi señora, el don yo le otorgo: el mandamiento de lo que tengo de hacer sea luego.

—Sabed, caballero, que me habeís de decir quién sois, y vuestro propio nombre y quién es vuestro padre.

—Fálteme la vida cuando yo faltare un punto de vuestro mandado —dijo él—. Sabed, mi señora, que yo soy hijo del emperador Lindedel de Trapisonda; mi propio nombre es don Cristalián de España.

Cuando la princesa esto le oyó, fue tanta la alegría que su corazón sintió, que le dijo:

—Yo os perdono todos cuantos enojos me habeís hecho.

Y en señal que de todo corazón le hacía aquel perdón le dio sus manos, que de su voluntad se las besase. Fue tanta el alegría que las dos infantas hubieron de ver el contentamiento que la princesa mostraba tener, que no sabían de sí. La infanta Minerva dijo a la princesa:

—Mi señora, mande vuestra alteza asentar a ese caballero.

La princesa lo tomó por las manos y lo²⁷⁰ hizo levantar diciéndole que se sentase; él le besó las manos, y con el acatamiento que a su real persona convenía se sentó. Las infantas se apartaron a una parte de la cámara, mas la princesa no se lo consintió, antes les dijo y rogó que junto a ellos se asentasen. Las infantas no osaron hacer otra cosa sino lo que la princesa les mandó, por no la enojar. La infanta Minerva dijo:

—Yo tengo muchas cosas que hablar a la infanta Sandalina, y la vuestra merced no me da para ello lugar.

El Caballero del León rogó a la princesa muy ahincadamente que les diese licencia para hacer lo que quisiesen. Finalmente, que tanto la importunó, que la princesa les dijo que se apartasen de allí, pero no mucho.

—Tanto que no oyáis vos —dijo Minerva— y ese caballero lo que yo a la infanta quiero decir.

Y así, se apartaron; el Caballero del León tomó las manos a su señora y comenzóselas a besar diciendo:

—¡Ay de ti don Cristalián, que no tienes para más desto licencia!

La princesa le dijo:

—Paréceme que aún no estáis contento: buenas gracias me dais por el perdón que os he hecho.

—Yo doy tantas —dijo el Caballero del León—, que pienso que todos los servicios que en mi vida puedo hacer no son parte para pagar la menor merced de las que esta noche se me han hecho. Bien conozco yo, mi señora, que darme vuestras manos es más que si del mundo me hiciesen señor; pero yo quiero que la

²⁷⁰ 1587: 'la' (112r).

vuestra merced sepa que yo merezco más, y pues Dios al estado en que estoy me ha traído, creedme que no tengo de ser contento con sola la merced que se me ha hecho.

Y diciendo esto la tomó en sus brazos y la besó muchas veces. Como la princesa Penamundi vio el atrevimiento del Caballero del León, fue tan airada contra él, que súbitamente se levantó; el Caballero del León la tomó por las manos, y los hinojos en tierra, le rogaba que se tornase a sentar, que antes pasaría por la misma muerte que en solo un punto la enojar. La princesa le respondió muy airada que jamás haría su ruego. Como las infantas oyeron hablar a la princesa con tanto enojo, luego se vinieron para ellos, y la infanta Sandalina dijo:

—¿Qué ha sido esto, señor caballero? ¿Cómo habéis tan mal enojado a mi señora la princesa?

—Señoras —dijo él—, acabá con la su merced que se siente para tomar la emienda de quien fue la causa de su enojo.

Las infantas se lo rogaron y la princesa se sentó; el Caballero del León sacó su espada diciendo:

—Mi señora, esta noche es la que del todo tengo de ser bienaventurado. Veis aquí esta espada: tomad la emienda de quien tuvo atrevimiento de enojaros.

Y diciendo esto le puso la espada desnuda en las faldas, y junto a ella puso su cabeza diciéndole:

—Tomando yo, mi señora, la muerte de vuestras manos, entero descanso llevaría la mi ánima.

La princesa le dijo:

—La muerte, si tanto la deseáis, daosla vos mismo.

—Tal mandamiento como éste —dijo el Caballero del León—, razón es de le obedecer.

Y diciendo esto tomó muy presto el espada y íbase a matar con ella, pero la primera que della tomó fue la princesa, diciéndole:

—¡Ay por Dios, señor caballero, tened vuestra buena espada, que no haga tanto daño!

Las infantas asimismo pugnaban por se la sacar de la mano, pero él no la quiso soltar hasta que la princesa le perdonase; ella le perdonó (tanto era el temor que consigo tenía). El Caballero del León le tornó a besar las manos y sentose como de antes estaba. Las infantas se fueron; el Caballero del León dijo a la princesa:

—Mi señora, yo no quiero que otra merced se me haga sino la que hasta aquí yo he recibido.

La princesa le dijo:

—Hame dado tanta alteración lo que queríades hacer, que por no me ver en otra tal os doy la licencia que pedís.

El Caballero del León hincó los hinojos en el suelo, y tomándole las manos, se las besó. Y tornándose a sentar, la princesa le dijo:

—Tengo tanta alegría en saber que sois hijo de aquel bienaventurado emperador Lindedel, que no lo sé decir, porque jamás de mi pensamiento se partía el deseo de saber quién érades, y sentíame muy culpada, siendo yo la persona que soy, con sentir que de vuestra parte cosa alguna se me dijese; pero vuestra persona y alta caballería daba testimonio de quién vos érades.

Así estuvieron estos dos que tan verdaderamente se amaban hablando en aquello que más descanso daba a sus corazones hasta que la medianoche fue pasada, que la princesa llamó a las infantas y les dijo que ya era hora de dormir; el Caballero del León no la pudo allí más detener, la princesa dijo:

—¿Cómo será esto? El Caballero del León, ¿adónde dormirá?

—Aquí en este estrado —dijo Minerva.

—Eso no puede ser —dijo la princesa— no quiero yo darle tan mala noche.

—Yo me contentaré con no la tener mejor —dijo él.

—No se ha de hacer aquí —dijo la princesa— lo que vós quisieredes, sino lo que yo mandare: hágase un lecho en aquel retrete y allí dormirá, teniendo yo la llave de la puerta comigo.

Todos callaron, que no osaron al hacer. Luego fue hecho lo que la princesa mandó y ella le dijo que se entrase a dormir; el Caballero del León le rogó que no le mandase quitar de allí hasta que la su merced se quisiese acostar: las infantas asimismo se lo rogaron y ella hizo el ruego de todos. Luego la infanta Sandalina destocó a la princesa, y peinándole sus hermosos cabellos, se los cogió en una red de oro, pareciendo a quien la miraba más hermosa que nunca estuvo. Quitáronle la ropa que vestida tenía, y quedando en otra debajo de cetí carmesí y en mangas de camisa, dijo:

—Venid conmigo, señor caballero, que yo quiero acompañaros hasta vuestro aposento.

Como en él fueron, la princesa dijo:

—Razón fuera que este caballero cenara algo.

—No le hace menester —dijo la infanta Minerva—, que el trae tal cosa consigo que toda su vida puede estar sin que a comer le den.

—¿Cómo puede ser eso? —dijo la princesa.

—Agora lo veréis.

Y luego la infanta Minerva contó a la princesa las joyas que en los Hundos Valles el Caballero del León había hallado; ella rogó que se las mostrase; él las sacó muy presto, ella dijo:

—Por cierto, mucho es lo que estas joyas valen, pues han tal virtud. Vámonos, que es ya muy tarde y la emperatriz levántase muy de mañana.

Y así, se salieron, cerrando la princesa misma la puerta con llave y luego se acostó; las infantas hicieron lo mismo. Como la princesa Penamundi sola en su lecho se vio, estuvo gran parte de la noche que no pudo dormir pensando en el Caballero del León y en el alto linaje de donde venía, y asimismo en la su gran bondad: ella se tenía por bienandante en tener mando y señorío sobre tan preciado caballero; asimismo estaba muy pagada de la su gran hermosura, que le parecía a ella no haber en el mundo otro que se le igualase. Estos pensamientos la tuvieron una gran pieza que no pudo dormir.

Del Caballero del León os digo que como él solo en su lecho se vio, daba muchas gracias a Dios porque a tal tiempo le había dejado llegar de se ver encerrado por la mano de aquella soberana princesa, y contemplando en las mercedes que había recibido y en la su gran hermosura y cuán bienaventurado se podía llamar el caballero que en el servicio desta tan hermosa princesa estuviese, en estos pensamientos pasó la parte que de la noche le quedaba. Y de la manera

que oído habéis estuvo el Caballero del León en esta sabrosa vida ocho días, gozando de su señora la princesa como oído habéis.

Capítulo LI

De cómo la reina de Caucán llegó a la corte del emperador Aliandro de Persia en busca del Caballero del León, y del buen recibimiento que allí se le hizo.

VENIDA que fue la mañana, el emperador y emperatriz se levantaron y la emperatriz envío a decir a la princesa que muy ricamente se vistiese, porque el emperador quería que se hiciese gran fiesta a aquella reina y infantas. La princesa hizo su mandado, que ella se vistió de tan preciosas vestiduras que más parecía cosa divina que humana. La infanta Minerva dijo a la princesa:

—Si la vuestra merced me manda dar qué me vista, por algunos días querría dejar el hábito que traigo.

La princesa holgó mucho de lo que la infanta Minerva le dijo, y mandole sacar muy ricas ropas guarnidas por estraña manera, y asimismo le mandó dar todo lo demás que hubo menester, y como en hábito de doncella la infanta fuese puesta, estrañamente estaba hermosa. La princesa mandó a todas sus doncellas que se saliesen fuera y que la aguardasen; ellas hicieron su mandado. La princesa tomó a las infantas consigo y fuese para la cámara adonde el Caballero del León estaba, y como la puerta abrió hallolo que se andaba paseando, y como a la princesa vio, se vino para ella diciéndole:

—Los rayos que de vuestro rostro salen traspasaron mis entrañas cuando esta puerta se abrió.

La princesa le dijo:

—Yo me voy al aposento de la emperatriz, y mirad cuánto me debéis, que no quise irme sin veros.

El Caballero del León le besó las manos por la merced que con su vista le había hecho; la princesa dijo:

—Vamos de aquí, que ya la emperatriz nos aguarda.

Diciendo al Caballero del León que tuviese paciencia hasta la noche, así salió, cerrando ella misma la puerta; el Caballero del León quedó muy triste en partirse de su señora.

Como la princesa se pasó al aposento de la emperatriz, luego enviaron a decir a la reina de Zizamarán y a las infantas que a su aposento se viniesen a oír misa. Oyendo el mandado, vinieron, y de la emperatriz y princesa fueron muy bien recibidas; todas se espantaron de ver la gran hermosura de la infanta Minerva puesta en hábito de doncella. Allí en el aposento de la emperatriz oyeron misa todas aquellas señoras. El emperador y aquellos príncipes y caballeros se fueron a la capilla y oyeron misa, y después se salieron al gran palacio y por él se anduvieron paseando hasta que fue hora de comer, que los aparadores y las mesas

fueron puestas. Luego la emperatriz y princesa, en compañía de aquellas señoras, se vinieron al gran palacio, y como ya era hora de comer, luego se asentaron.

Acabando de comer, ya que las tablas fueron alzadas entró en el gran palacio aquella hermosa reina de Caucán que ya oístes que el Caballero del León dijo que a la corte del emperador Aliandro se viniese y que por ventura le hallaría allí, y si no, que le aguardase, porque él sería allí muy presto. Ella venía acompañada de muchos caballeros y doncellas; delante de la reina venía un caballero con el espada que ya oístes que a su cabecera tenía, el caballero la traía alta en las manos, desnuda; y de la otra parte venía una doncella trayendo en sus manos aquella rica corona que la reina consigo traía. Como en medio del palacio fue, la reina miró a una y a otra parte y dijo:

—¡Oh emperador Aliandro, que tú seas en el mundo tan nombrado es mucha razón, pues veo en el tu palacio junta toda la hermosura del mundo de doncellas, y no menos de gran bondad deben de ser los caballeros que en él son!

Y diciendo esto se humilló ante el emperador, el cual luego se levantó (que bien conoció él que la doncella era de alta guisa en la compañía que consigo traía). El emperador la tomó por las manos, y alzándola, le dijo:

—Hermosa doncella, si nos dijésedes quién sois, mucho os lo agradeceríamos.

La reina le dijo:

—No vine yo a la corte de vuestra majestad para me encubrir, sino para que así en el vuestro palacio como en todo el mundo sea notorio la mi triste suerte. Sabed, mi señor, que yo soy la triste reina de Caucán, escarnida y amenguada del falso rey de Archimora; soy venida a la vuestra corte en busca del Caballero del León. Ha gran tiempo que yo ando en la su demanda, y no ha muchos días que yo lo topé, y como lo conocí ser él, le demandé un don y él me lo otorgo. El don fue este: que pues que yo fui escarnida por el más falso y desleal caballero que en el mundo fue nacido, él, que es el más mesurado y leal a su amiga que cuantos son, con esta espada que del falso rey de Archimora en el mi poder me quedó, aquel buen caballero me cortase la cabeza. Él no quiso hacer mi ruego escusándose que en poner mano en dueña o en doncella iba contra la orden de caballería; pero él me prometió que tomaría del rey de Archimora tal emienda que yo fuese contenta. Agora me decid si es en la vuestra corte.

—No —dijo el emperador—, pero cada día lo aguardamos. Aquí, mi buena señora, lo podéis esperar, donde se os hará buen acogimiento todo el tiempo que por bien tuviéredes de estar en el mi palacio.

La reina se le humilló por la merced que se le hacía, y así, se fue a la emperatriz y della fue muy bien recibida; la reina le dijo:

—Vuestra majestad me diga quiénes son estas doncellas que aquí están, y si aquella que entre todas estrella luciente parece es la princesa Penamundi vuestra hija.

La emperatriz le dijo que sí.

—¡Bienaventurado sea el día en que tan hermosa criatura nació!

Y diciendo esto se fue para la princesa, y humillándose ante ella, le dijo:

—Mi señora, dadme vuestras hermosas manos, que por vuestra gran hermosura tenéis merecimiento que todos cuantos hoy son nacidos os las besen por señora de toda la hermosura.

La princesa, que muy mesurada era, le respondió:

—Señora, si a mí Dios me dio alguna parte de hermosura, no me parece que se olvidó de daros a vos la vuestra.

Y tomándola por las manos, la hizo asentar diciéndole:

—Mucho duelo habemos tenido todos cuantos la vuestra ventura habemos oído: mala cuenta dio el rey de Archimora de la alta sangre de donde viene, pues tan mal hecho cometió; pero pues vuestro negocio está puesto en las manos del Caballero del León, él lo comprará caramente.

—Así lo espero en Dios —dijo la reina—, que tengo de ver la venganza que mi corazón deseá.

La reina preguntó a la princesa quiénes eran aquellas señoras; ella se lo dijo, y asimismo le contó cómo todas ellas y aquellos caballeros venían de los Hundos Valles. Mucho fue la reina espantada de lo oír, y tenía en mucho al Caballero del León. Aquel día fueron hechas grandes fiestas en el palacio del emperador por más honrar aquellos caballeros y doncellas. El emperador mandó aposentarse a la reina de Caucán y a sus caballeros y darles todo lo que habían menester muy abastadamente, por manera que todos estaban a muy gran vicio en la corte del emperador Aliandro.

Estando una noche la princesa con el Caballero del León, ella le dijo:

—Ya me parece que es tiempo que vós salgáis de aquí, porque el emperador está muy espantado de la vuestra tardanza, y asimismo la reina de Caucán tiene mucha fatiga. Esto que yo os digo conviene que se haga, pues Dios sabe la pena que a mí me dio en oír la demanda que la reina de Caucán traía pensando en la vuestra partida, que, según la reina nos dijo, ha de ser muy breve.

—Yo —dijo el Caballero del León— no tengo de salir un punto de vuestro mandado. Ved, mi señora, cuándo mandáis que de vuestra presencia me parta, que aunque será partírmelos el corazón no dejaré de obedeceros.

—Amigo —dijo la princesa—, no menos pasión siento yo de la vuestra ausencia que vós sentiréis de la mía, pero esta sabrosa vida que hasta aquí habemos tenido no es posible mucho durar. Yo querría que vós os saliédes esta noche, si ser pudiese, antes que las puertas del palacio se cerrasen.

—Pues ¿no se me da alguna esperanza de vida mientras en esta vuestra ciudad estuviere?

Estas palabras que la princesa y el Caballero del León decían muy bien lo oyeron las infantas, y luego se levantaron y la infanta Minerva dijo:

—Aquí estoy, que me ofrezco, si la princesa para ello me da licencia, de os traer aquí todas las veces que se me mandare.

—No sé yo —dijo la princesa— cómo podrá eso ser.

—Mucho bien —dijo la infanta—: que cuando sea más de noche que de día yo le podré traer a este aposento diciendo que es mi escudero, que muchas veces aquí comigo suele entrar.

Antes que la princesa hablase, el Caballero del León le dijo:

—¡Ay por Dios, mi señora, otorgad a la infanta esta merced que os pide; si no, muerto soy!

Esto decía él puesto de hinojos ante la princesa, la cual como ante sí le viese, le abrazó, y tomándole por las manos, lo hizo levantar diciéndole:

—Ved cuánta parte ya en mí tenéis que no puedo negar cosa de lo que me pedís, sino que se haga como lo pidiéredes, con tal que la infanta mire bien lo que hace, porque yo podéis pensar el gran daño que sería si alguna cosa por ventura se sintiese.

—Yo lo haré de manera que de nadie sea sentido —dijo la infanta—. Fiad tanto de mí que terné habilidad para mirar lo que a vuestro servicio toca.

Esto concertado, la princesa dijo a la infanta Minerva:

—Mi amiga, pues haced de manera que esta noche el Caballero del León salga de aquí.

—Agora es muy buen tiempo —dijo la infanta.

Luego el Caballero del León se despidió de su señora besándole las manos muchas veces; cubriose un manto, y despidiéndose de la infanta Sandalina se salió con Minerva sin ser visto de persona ninguna, y despidiéndose de la infanta le dijo adónde hallaría a Libanor su escudero; el Caballero del León dijo a la infanta:

—Mi señora, mirad que en las vuestras manos está darmel la vida o verme morir de la más rabiosa muerte que nunca nadie murió.

—Ya vos, mi señor, debéis entender —dijo la infanta— que por la vuestra vida porné yo la mía; y aquí no hay más que decir, sino que haré por vos lo que haría por mí misma persona.

Y así, el Caballero del León se despidió de la infanta, y la infanta se volvió a la cámara de la princesa y hallola asentada en su estrado puesta la mano en el rostro, a manera de persona que mucho estaba cuidando. Como la infanta Minerva entró y así la viese, díjole:

—Mi señora, ¿qué pensamientos son éstos? Por los dioses os juro que estoy en punto de dejar estos paños de doncella y ponerme los que a la continua acostumbro traer para ir a dar estas nuevas al Caballero del León, que sé yo que no puede él saber cosa que más alegre le hiciese que saber el vuestro pensamiento.

—Siento mucha soledad —dijo la princesa.

Y diciendo esto le vinieron las lágrimas a los ojos. La infanta Minerva que aquello vio, dijo en su corazón: «¡Ay captiva, y cuán grandes son las fuerzas del amor! ¿Quién vio a esta hermosa princesa no querer hablar al Caballero del León, y en tan poco tiempo veo tanta mudanza en su persona? Los dioses me guarden por agora de sentir tal dolor, que grande debe de ser, pues el corazón desta delicada doncella manda a los ojos que vivas lágrimas destilen». Y llegándose a la princesa le dijo:

—No consienta la vuestra merced que tristeza ninguna en su corazón esté, pues sois tan querida del mejor caballero que hoy es en el mundo, y mayor señor, que es príncipe de los dos imperios de Constantinopla y Trapisonda, y asimismo lo es de España, que gran señorío es. Pues no había otro en el mundo que a vuestra alteza mereciese si no es este buen caballero, pues el nació para os servir, no seáis escasa en le hacer las mercedes que su persona merece.

Muchas cosas dijo la infanta Minerva a la princesa, con que muy aconhortada se acostó, aunque no sin memoria de su caballero.

El Caballero del León se fue adonde a Libanor su escudero halló, y como le vio, díjole:

—¿Hate aquí visto alguna persona?

—No —dijo él—, que jamás de una cámara he salido.

—Pues dame mis armas.

Libanor se las dio, y luego fue armado y subió en su caballo, y Libanor en su palafrén (que la lanza le llevaba), y así, salieron de la ciudad de Larenta y anduvieron tanto hasta que llegaron a un lugar que seis millas de la ciudad estaba, y allí durmieron aquella noche. El Caballero del León jamás un punto de su memoria partía a su señora; hallábase el más bienandante de cuantos nacieron; hacíasel el señorío que tenía tanto como nada mirando al merecimiento de la princesa, y decía: «Conviénete, don Cristalián, andar por el mundo gran tiempo buscando las aventuras en que honra alguna ganes si en tu poder esta hermosa princesa quieres haber». Con estos pensamientos y otros se pasó aquella noche. Venida que fue la mañana, él se levantó, y en aquel lugar se estuvo hasta mediodía y demandó sus armas, y como armado fue, subió en su caballo, y así, se salió de aquel lugar y tomó su camino para la ciudad de Larenta.

Tanto anduvo, que a hora de vísperas entró en ella, y él se fue para el gran palacio del emperador Aliandro. Estando el emperador y emperatriz y princesa, y todos aquellos grandes señores y señoras que oído habéis, en la sala, el Caballero del León entró, y como armado venía, no hubo ahí tal que lo conociese. Cuando en medio de la sala llegó, él desenlazó su yelmo; fue luego de todos conocido. Él se fue a humillar ante el emperador por le besar las manos, mas él no se las quiso dar, antes le abrazó diciéndole:

—Bien sea venido toda la flor de la caballería del mundo.

Grande fue el alegría que el emperador y todos los que en el palacio estaban sintieron con la su venida. Él fue luego a besar las manos a la emperatriz; ella lo hizo levantar, que no se las quiso dar; él se le tornó a humillar y de allí se fue a la princesa, y humillándose ante ella, le tomó las manos y se las besó ante que ella las pudiese quitar. La princesa le habló muy mesuradamente y ante todos le dio las gracias de los grandes tesoros que le había enviado; el Caballero del León le dijo:

—Mi señora, sea yo perdonado de mi grande atrevimiento en enviar cosa tan poca a tan alta señora como lo vos sois.

Luego el Caballero del León habló a la infanta Minerva (que junto a la princesa estaba), y asimismo a todas aquellas señoras y señores que de los Hundos Valles habían venido. Esto hecho, el emperador le rogó que se desarmase; la infanta Minerva se levantó y le ayudó a desarmar, luego le trujeron un manto de la cámara del emperador: era de cetí carmesí, todo lleno de unas lazadas de oro. El emperador le dijo, antes que se asentase:

—Caballero, por la fe que a Dios debéis y a la cosa del mundo que más amáis, que antes que os asentéis, vos me otorguéis un don.

Como el Caballero del León así oyó hablar al emperador fue muy espantado, y humillándosele, le dijo:

—Mande vuestra majestad, que no habrá cosa en el mundo que a vuestro servicio toque que por ello yo no ponga la vida

—Pues que así es —dijo el emperador—, bien creo que nos diréis lo que preguntar os quiero. Sabed que el don que me habéis otorgado es que nos digáis vuestro propio nombre, y asimismo cuyo hijo sois.

El Caballero del León le dijo:

—Yo, mi señor, he nombre don Cristalián de España; mi padre es el emperador Lindedel de Trapisonda. Y si vuestra majestad más de mí quisiere saber, mande, que aparejado estoy para obedecer.

Como el emperador esto le oyó, dio una alta voz diciendo:

—¡Sancta María, valme! Y ¿qué es esto que oyo? Vos, buen caballero, ¿sois hijo de aquel valeroso emperador? Agora no me maravillo de vuestra alta caballería ni de las grandes maravillas que por el mundo habéis acabado. ¡Ay por Dios, perdonadme si aquí no se os ha hecho aquella honra que a vuestro real estado convenía!

Y tomándole por las manos le hizo asentar cabe sí. Todos aquellos príncipes y caballeros vinieron a hablar al príncipe don Cristalián; él los habló como al estado de cada uno convenía, ellos se tornaron a asentar. A esta hora se levantó la reina de Caucán y se vino adonde don Cristalián estaba y le dijo:

—Mi señor, no sé si ha venido a vuestra noticia la mi venida: ante el emperador y los altos hombres que en el su palacio están os pido que no pongáis en olvido lo que me prometistes, y que, si ser pudiere, no os entremetáis en cosa alguna hasta que yo sea del falso rey de Archimora vengada.

El príncipe don Cristalián la habló con mucho acatamiento, como aquel que muy mesurado era, y le dijo que no pasaría mucho tiempo que el rey de Archimora se habría arrepentido de la traición que había hecho; la reina se le humilló dándole las gracias, y así, se volvió a asentar. La princesa Penamundi miraba a don Cristalián cada vez que podía, y parecía a ella que en todo el mundo no se podría hallar caballero más apuesto que él lo era; estaba muy lozana viendo la su buena apostura juntamente con los grandes señoríos que Dios le había dado. El emperador le dijo:

—Agora me decid, ¿cuánto ha que no vistes al emperador vuestro padre?

—Muchos días son pasados —dijo don Cristalián— que yo salí de Trapisonda, y después acá, nunca he sabido dél.

—Grandes tiempos ha —dijo el emperador— que no deseo otra cosa más que la su vista. Y este deseo tenía yo oyendo las grandes maravillas que por el mundo andaba haciendo, y quiso mi ventura que nunca jamás por estas partes vino.

—Yo soy venido en su lugar —dijo don Cristalián— para servir a vuestra majestad mientras yo fuere vivo.

El emperador se lo agradeció mucho, y le dijo:

—No haré yo menos por vos que si mi hijo fuésedes.

Don Cristalián se le humilló, y como oído habéis, estuvieron hablando en las cosas que más placer les daba.

Capítulo LII

De cómo estando el emperador como oído habéis entró por el palacio un caballero armado de todas armas, y de lo que al emperador pidió.

ESTANDO el emperador en el su gran palacio con aquella hermosa compañía que ya oístes entró en la sala un caballero armado de todas armas y miró a una y a otra parte, y como al emperador vio, fuese a humillar ante él haciéndole todo el acatamiento que pudo (que por no se quitar el yelmo no le quiso besar las manos); el emperador le hizo levantar, y como fue en pie, comenzó a decir.

—Serenísimo emperador Aliandro, yo soy venido a la vuestra corte a rogar a vuestra majestad nos dé campo a otro caballero y a mí para que hagamos nuestra batalla, por cuanto somos informados que estando cerca de la vuestra corte no podemos hacer nuestra batalla sino en vuestra presencia.

—Han os dicho verdad —dijo el emperador.

—Pues que así es —dijo el caballero—, el campo se nos dé luego de mañana, porque hoy hay muy poca parte del día.

—El campo yo le daré —dijo el emperador—, pero tengo de saber qué es la causa de vuestra batalla.

—Si no es más menester —dijo el caballero—, yo lo diré. Vuestra majestad sabrá que en una floresta que en esas partes está yo hacía mi batalla con un caballero por razón de una villanía que le vi hacer asaz grande, que por ella todo mal merecía. Ya que yo le tenía llegado a la fin de sus días acaeció a venir por aquella floresta un caballero; él hubo tanto duelo del caballero que comigo hacía su batalla, que sacando su espada se metió en medio dándonos grandes voces que nos dejásemos de la batalla; yo hice su ruego por no caer en mala crianza. Como el caballero me preguntase la causa de nuestra batalla, yo le daba cuenta. En este tiempo el caballero con quien yo me combatía, como ocupado me vio, puso las espuelas a su caballo y fuese huyendo. El caballero que nuestra batalla partió me detuvo lo más que pudo, por manera que el otro tuviese lugar de se alejar de mí. Yo fui movido a gran saña contra el caballero, y díjele: «Pues que vós distes causa que yo no diese fin a mi batalla, yo haré de vós lo que pensé hacer del otro caballero que de mis manos sacastes. Y guardadvos luego de mí como mi mortal enemigo». Nós que la batalla queríamos comenzar, acaeció pasar por allí un caballero de vuestra corte, y a grandes voces nos dijo: «Estad, señores caballeros, no comencéis vuestra batalla, que vais contra la costumbre de esta tierra». Yo le dije: «¿Qué costumbre es?». «Que cuando los caballeros se hallan cerca de la corte del emperador no pueden hacer su batalla sino ante él, pidiéndole licencia y campo para la hacer». Dios sabe si a mí me pesó de oír la costumbre de la tierra, porque luego quisiera satisfacer a mi deseo; pero como al no pude hacer, soy venido a vuestra majestad para que tenga por bien que la nuestra batalla sea lo²⁷¹ más breve que ser pudiere.

²⁷¹ 1587: 'la' (115v).

—Sea mañana —dijo el emperador— después de mediodía, que yo mandaré hacer el campo y podréis venir cuando quisiéredes.

El caballero se le humilló y hizo grande acatamiento a la emperatriz y princesa; así, se salió del palacio. Todos loaban mucho al caballero (que muy apuesto era, y parecía mejor que otro armado).

Otro día por la mañana el emperador mandó que se aparejase el campo adonde la batalla se había de hacer en una plaza que ante los sus palacios estaba, porque así se acostumbraba cuando ante el emperador se había de hacer la batalla. Como acabó de comer entró un caballero de su casa en el palacio y dijo cómo ya los caballeros estaban en el campo, que pedían a su majestad les mandase dar jueces. El emperador mandó al duque Nardos (que era hombre anciano y en los tiempos pasados había sido muy buen caballero) que fuese juez juntamente con el conde Libia (que asimismo era buen caballero); ellos hicieron su mandado y luego se fueron adonde los caballeros estaban. El emperador y el príncipe don Cristalián se pusieron a una finiestra, y junto a ellos en otra se puso la emperatriz y princesa, y todos aquellos señores caballeros se pusieron asimismo a las finiestras. Don Cristalián dijo al emperador:

—Los caballeros deben ser buenos, que buen parecer tienen armados.

En este tiempo los jueces los metieron en el campo, y puestos el uno a la una parte y el otro a la otra les partieron el sol, y los caballeros se vinieron a herir al más correr de sus caballos y hiriéronse en sus escudos tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas, y los caballeros pasaron adelante sin hacer desdén alguno que mal pareciese; el príncipe dijo al emperador:

—Hermosos encuentros se han dado: ambos deben ser de grandes fuerzas, pues no se movieron. Agora veremos cómo se han en la batalla de las espadas.

A esta hora ya los caballeros se venían el uno para el otro con las espadas altas, y comenzáronse a herir de duros y muy pesados golpes a tanta priesa, que espanto ponía a quien los miraba. Como las fuerzas les bastaban a herir tan a menudo, así anduvieron cerca de una hora sin que mejoría en ninguno de los se conociese. Los caballos andaban ya tan cansados que casi no podían traer a sus señores, porque recibían mucha fatiga de los recios encuentros que se daban cada vez que los caballeros se juntaban. Como vieron que sus caballos les hacían tanta falta, acordaron de los dejar y hacer su batalla a pie, y dejándolos muy presto, se comenzaron a herir como si en aquel punto se comenzara la batalla. El emperador dijo:

—Por cierto, los caballeros son buenos, y gran daño vernía al mundo si ellos muriesen.

Ya los caballeros tenían cubierto el suelo de rajitas que de los escudos cortaban, y aun las lorigas desmalladas y el suelo tinto en sangre de las grandes heridas que se daban, y andaban muy lasos, por manera que les convino descansar, y apartándose cada uno de los a su parte, descansaban sobre la manzana del espada. Al caballero que en el palacio entró le salía la sangre tan demasiada que, faltándole las fuerzas, le convino arrimarse a los palos del palenque.²⁷² A esta hora el otro caballero, que mirándole estaba, le llamó a la batalla, y el caballero no le respondió

²⁷² Empalizada, estacada.

ni se pudo mover; como el caballero esto vio, fuese para él. Don Cristalián dijo al emperador:

—Aquel caballero le fallecen las fuerzas de la mucha sangre que le ha salido: yo voy para que daño no reciba si yo puedo.

Y diciendo esto se quitó de la finiestra, y tomando un caballo, muy presto se fue al campo donde los caballeros estaban. Cuando don Cristalián llegó ya el caballero había tornado algo en sí, pero no con tantas fuerzas como antes, y así como estaba se movió a su batalla; don Cristalián les dijo:

—Caballeros, por la fe que a Dios debéis y a la orden de caballería, que vuestra batalla cese por agora. Oíme lo que decir os quiero: yo soy venido a vosotros por mandado del emperador; él os ruega que por el su amor os dejéis de la batalla, porque ha visto y conocido tanta bondad en vosotros, que sería gran daño faltar tan buenos caballeros en el mundo. Yo, de mi parte, asimismo os lo ruego.

El caballero que lo mejor de la batalla llevaba le respondió:

—Por cierto, señor caballero, muy mal lo haría yo si el vuestro mandado no hiciese. Yo, mi señor, lo haré; y no por el emperador, sino por vos, que todo bien merecéis.

Como don Cristalián así vio hablar al caballero tuvo mucha voluntad de saber quién era, y díjole:

—Señor caballero, yo he hallado tanta mesura en vos, que de aquí quedo en obligación de os servir. Mucho holgaría si el yelmo os quitásedes.

—Eso haré yo de grado.

Y diciendo esto se lo desenlazó, y como el yelmo se quitó, don Cristalián le fue a abrazar con demasiada alegría; el emperador que aquello vio, fue muy ledo, y dijo:

—Don Cristalián me parece que conoce a aquel caballero: no puede ser sino muy bueno, según él en su batalla lo ha mostrado.

Sabed que el caballero era Guiladoro el Rubio, hijo del Fuerte Dorante de Macedonia. Don Cristalián preguntó a Guiladoro:

—¿Quién es aquel caballero con quien vuestra batalla hacíades?

—Yo no lo sé, que lo nunca vi si ayer no.

—Vámoslo a ver —dijo don Cristalián—, que me semeja que está mal herido. Mucho me pesaría si daño alguno le viniese, que es buen caballero.

Y así, se fueron adonde estaba; don Cristalián le dijo:

—Señor caballero, esforzaos a subir en vuestro caballo, ca vos tenéis mucha necesidad de ser curado.

El caballero le dijo que lo haría como mejor pudiese, y así como a caballo fueron, con mucha honra los sacaron del campo. Don Cristalián rogó muy ahincadamente al caballero que le dijese quién era, porque dello holgaría mucho.

—Mi señor —dijo el caballero—, yo he nombre Liramante de Siria, si lo habéis oído decir.

Don Cristalián le dijo:

—Por cierto, señor caballero, que aunque nunca os he visto, no habrá cosa que yo por el vuestro servicio no haga en ser hijo de aquel buen rey Tinablante, que tan grande amigo es del emperador Lindedel.

Como Liramante oyó nombrar al emperador Lindedel, dijo:

—Mi señor, ¿sois vos por ventura el príncipe don Cristalián su hijo?

—Sí —dijo él.

—A Dios merced —dijo Liramante— que tanta buena ventura hoy me ha dado en me topar con la vuestra merced, y como en el palacio seamos yo daré nuevas del emperador Lindedel, por cuanto ha muy pocos días que lo yo vi, y he estado en la su corte mucho tiempo.

A esta hora llegaron a los palacios del emperador, y los caballeros subieron como mejor pudieron (que grandes heridas traían) y se humillaron ante el emperador para le besar las manos; él los honró (que mucho lospreciaba por su buena caballería) y luego mandó que fuesen a llamar a maestros para que los curasen; mientras los maestros fueron a llamar, el emperador dijo a don Cristalián:

—Decidme quiénes son los caballeros.

Él le dijo:

—Este caballero, que es el que el campo vino a demandar, ha nombre Liramante de Siria, es hijo del rey Tinablante de Siria; estotro caballero ha nombre Guiladoro el Rubio, es hijo del rey Dorante de Macedonia.

Y esto era ansí por cuanto ya su padre de Dorante, el rey de Macedonia, era muerto:

—Por cierto —dijo el emperador—, yo soy muy ledo que tales dos caballeros sean en la mi corte, que si preciados son en su caballería, no menos lo son en señoríos.

A esta hora vinieron los maestros, y los caballeros fueron desarmados y echados en sendos lechos y curados de sus llagas. El príncipe don Cristalián preguntó a los maestros si habían llagas que de peligro fuesen; ellos le dijeron que no, que aunque tenían muchas, que no estaban en parte peligrosa. Mucho holgó don Cristalián en oír estas buenas nuevas; los maestros se fueron y él se asentó junto al lecho de Liramante y preguntóle cuánto había que había estado en Trapisonda.

—Mi señor —dijo él—, habrá dos meses que salí de la corte del emperador vuestro padre: todos quedaban muy buenos y con deseo de la vuestra vista. La infanta Lucendra, vuestra hermana, es de las hermosas y apuestas que hay en aquellas partes.

Mucho fue ledo el príncipe don Cristalián en oír aquellas nuevas. A esta hora entraron con la cena de los caballeros, y don Cristalián estuvo allí hasta que hubieron cenado, que se levantó y les dijo que él se iba por los dejar reposar, que bien lo habían menester, y así, se salió de la cámara y se fue adonde el emperador estaba; él le preguntó cómo quedaban los caballeros.

—Buenos, con el ayuda de Dios, pues que no han llaga que peligrosa sea.

El emperador mandó que les diesen muy buen recado de todo lo que hubiesen menester. Ellos fueron a la contina visitados del príncipe don Cristalián, y algunas veces del emperador Aliandro. Estuvieron que no se levantaron cerca de doce días; al cabo deste tiempo los maestros les dieron licencia para que se levantasen, y ellos lo hicieron, aunque algo estaban flacos del mucho mal que pasado habían. Allí estuvieron hasta que del todo fueron guardados, y de allí adelante siempre residieron en la corte del emperador Aliandro por amor de don Cristalián, que lo mismo hacía todo el tiempo que lugar para ello tenía.

Capítulo LIII

De una estraña aventura que en el palacio del emperador Aliandro acaeció.

ESTANDO el emperador Aliandro en el su gran palacio acompañado de sus altos hombres y de aquellos príncipes y reina y infantas que de los Hundos Valles salieron, por cuanto aquel día se hacía muy gran fiesta en el palacio, que era el día que la princesa Penamundi había nacido, ella se vistió de ricas y estrañas ropas, y como el príncipe don Cristalián estaba en la corte del emperador su padre, había crecido gran parte en la su hermosura: tanto era el contento que tenía. Todas las doncellas y caballeros estaban ricamente guarnidos. En el palacio se habían hecho muchos juegos y danzas de doncellas y caballeros.

Estando de la manera que oído habéis, a hora de vísperas vieron entrar por la puerta de la sala una doncella asaz hermosa y de gentil compostura: traía una ropa de terciopelo pardo que cosa alguna no le tocaba en el suelo; las mangas eran justas, y sus hermosos cabellos cogidos en una red de plata, encima de la cual traía un chapeo²⁷³ de raso pardo, a manera de monte; traía en las sus manos un rico y muy preciado arco, ca era todo guarnido de oro. A la parte del lado siniestro traía una aljaba de hilo de oro trabada con unas cuerdas de plata, en que traía las flechas y yerba²⁷⁴ con que tiraba, y su rostro encendido en una viva color (como aquella que mucha congoja traía). Como en medio del palacio fue todos la miraron (que a maravilla parecía bien). Ella miró a una y a otra parte y se fue adonde el emperador estaba, y antes que a él llegase entró por la sala un caballero, asimismo vestido de monte, grande y desmejado. El caballero traía su espada desnuda encima del hombro, y no paró hasta que llegó junto adonde la doncella estaba, la cual se hincó de hinojos ante él emperador diciéndole:

—Serenísimo emperador Aliandro, a vuestra majestad vengo a pedir justicia, como aquel que la guarda y mantiene mejor que cuantos príncipes hay en el mundo.

—Decidme qué es lo que vós queréis que yo haga —dijo el emperador—, que de voluntad lo haré en todo lo que justicia tuviéredes.

—Vuestra majestad sabrá que yo ha bien ocho días que por la floresta que llaman de los Dos Sauces ando cazando con mis monteros y cazadores; tenía ya muertos tres puercos y cinco venados, y asimismo otra mucha caza de volatería. Yo queriéndome partir de la floresta muy contenta, a la sazón entró por ella este caballero que aquí está, de quien me habéis de dar la emienda, y como sola me hallase con mis cazadores, díjome: «Doncella, conviene que toda la caza que estos días habéis cazado sea mía, y esto digo porque me parece buena». Como desta manera lo oí hablar, respondíle: «La caza es mía, y vos ni cuantos hoy en el mundo son con razón no me la pueden quitar». Este caballero me respondió: «Pues a pesar vuestro y de cuantos en el mundo son, la caza yo la tomaré y haré della a mi voluntad». Diciendo esto la mandó cargar a los hombres que consigo traía. Yo le

²⁷³ Sombrero.

²⁷⁴ Veneno para la punta de la flecha.

dije que me dijese su nombre, para me venir a quejar a vuestra majestad; él me respondió que yo no tenía necesidad de saberle; que si dél me quería quejar, que él mismo se vernía comigo. El caballero es este que la caza me tomó: vuestra majestad mande tomar la emienda dél.

El emperador se volvió a él y díjole:

—Decidme, ¿sois vos caballero?

Él le respondió que sí, sin le hacer medida alguna.

—Pues mal cumplistes lo que la orden de caballería os manda, que es no poner mano en dueña ni doncella, sino en las servir y mirar por ellas.

A ninguna cosa de las que el emperador dijo el caballero le respondió. Desto hubo él mucho enojo, y luego le mandó prender para que se viese la pena que se le había de dar por haber ido contra la orden de la caballería.

Como el emperador esto acabó de decir, el caballero dijo:

—Pues que así es, yo haré de manera que ni se haga lo que la doncella quiere ni menos lo que el emperador manda.

Y diciendo esto, muy presto tomó la espada que sobre el hombro traía, y antes que de ninguno pudiese la doncella ser socorrida le dio un golpe en la cabeza que se la hendió, y fue de tal arte que el espada le quedó en ella y así se la dejó, y súbitamente el caballero se desapareció del palacio, que de ninguno fue visto. La doncella, con el gran dolor que sintió, arrimose a la silla del emperador vertiendo tanta sangre de la herida que el caballero le había hecho, que espanto ponía a quien la miraba. El emperador la tomó y pugnó por le sacar la espada, pero no pudo. Gran revuelta fue en el palacio de ver lo que había acaecido en presencia del emperador y de todos los que en el gran palacio estaban; la princesa y todas aquellas señoritas hubieron mucho duelo de la doncella; el emperador mandó a muy gran priesa que fuesen a llamar maestros para que le diesen remedio. Los maestros fueron venidos, pero no pudo ninguno dellos sacar el espada que la doncella en la cabeza tenía, y fueron muy espantados de ver tal maravilla y no podían pensar qué podía ser. La doncella se quejaba muy dolorosamente y pedía remedio para su dolor, pero no hubo ahí tal que dar se le pudiese. Mucho estaba el emperador airado contra aquel caballero, y prometía grande haber a quien dél tomase la emienda de la gran traición que estando en el su palacio había cometido. Don Cristalián dijo:

—Paréceme, señor, que por demás es querer tomar la emienda de aquel caballero. Pues él salió de vuestro palacio de la manera que vimos, bien creo yo que él ternó poder para se guardar de quien enojar le quisiere, y aunque lo queramos ir a buscar, no sabemos cómo se llama ni quién es. Dios por la su merced lo traiga a tiempo que pague el daño que ha hecho.

Estando todos muy espantados de la aventura²⁷⁵ que oído habéis entró por la puerta de la sala una doncella y derechamente se fue adonde el emperador estaba, y humillándose ante él, le besó las manos y le dijo:

—Cristianísimo emperador Aliandro, el sabio Doroteo, mi señor, por el su gran saber supo el aventura que en el vuestro palacio había de acaecer, y por sacaros de la pena en que estáis, y asimismo por el deseo que de servir a vuestra majestad

²⁷⁵ 1587: ‘ventura’ (117v).

tiene, os hace saber que ninguno de cuantos caballeros en el vuestro palacio están se trabaje en buscar al caballero que la doncella hirió, que el su afán será perdido por cuanto él hace su habitación en la Ínsula Encubierta, y a esta causa, aunque el mundo anduviesen en torno a lo buscar, no le podrían hallar.

—Buena doncella —dijo el emperador—, agora nos decid si el sabio Doroteo envía algún remedio para esta doncella, que gran dolor nos pone en no la poder valer.

La doncella le dijo:

—Es mayor la maravilla que hoy ha acaecido en el vuestro palacio de lo que nadie piensa: vuestra majestad sabrá que la doncella no puede ser guarida sino por la mano del mejor caballero que hoy es en el mundo nacido. Éste es en el vuestro palacio, y la falsa Drumelia envió aquel caballero que a la doncella hirió, que es su tío y muy sabidor en las artes, que hiciese lo que visto habéis en la doncella para saber si este caballero es en la vuestra corte; porque Drumelia la encantadora le desea hacer todo mal a él y a todos los que de su linaje son, y si la doncella es guarida del mal que recibió, Drumelia será cierta que el caballero que tanto desama es en el vuestro palacio. Mande vuestra majestad a todos estos príncipes y grandes señores prueben a sacar la espada de la cabeza de la doncella, y al que Dios diere tal ventura que la espada sacare honradle mucho, que grandes son los servicios que dél habéis de recibir. Agora sabed que la doncella que herida está es hija de rey, y ella no ha otro vicio sino esta caza, que jamás en otra cosa no entiende. El rey su padre no tiene poder para este vicio le quitar, ni ha otro hijo ni hija sino a esta infanta Candebia —que así había nombre—. Por que el rey su padre no la vea salir a caza se anda sola sin caballero alguno, sino solamente con sus cazadores, y así, la su ventura la trujo a poder de aquel mal caballero. Luego la prueba de la espada se haga.

La infanta Candebia fue, por mandado del emperador, puesta en una silla en medio del palacio: tenía su rostro mortal; toda estaba cubierta de sangre (que gran dolor ponía a quien la miraba). El emperador rogó a aquellos príncipes y caballeros que en el palacio estaban que la prueba se comenzase.

Luego se levantaron cinco caballeros mancebos de la corte del emperador y se probaron, pero no la pudieron sacar. También se levantaron, por ruego de don Cristalián, Guiladoro el Rubio y Liramante de Siria, y probáronse, y sin hacer más que los de la corte habían hecho se tornaron a asentarse. Luego se levantó el conde de Mautín y pugnó por sacar el espada, pero no pudo y volvióse a su lugar. Asimismo se levantó, por ruego del emperador, Fermosiliel, príncipe de Cernaria, y llegándose a la infanta le trabó de la espada pensando de se la sacar, pero no hizo más que los otros que se habían probado, y haciendo su acatamiento al emperador se tornó a asentarse. Dinamardos de Austria se fue para la infanta, y tomando de la espada tiró ya cuanto, pero no la pudo sacar, y tornándose al emperador, le dijo:

—Quien la salud aquí ha de dar a la doncella bien claramente se vee²⁷⁶ ser el príncipe don Cristalián, pues que no solamente en la vuestra corte no hay quien se le iguale, pero en todo el mundo. Mande vuestra majestad que venga luego a la prueba.

²⁷⁶ 1587: ‘veer’ (118r).

El emperador se volvió a don Cristalián diciéndole:

—Mucho os ruego a vos y a don Ginestacio que luego os probéis, por que la doncella salga de la pena en que está.

Don Ginestacio y don Cristalián se rogaron mucho cuál iría primero a se probar, pero a la fin fue primero don Ginestacio, y tomando la espada en su mano tiró algo pensando la sacar, pero no pudo, y dijo:

—Pues Dios no me ayude si de aquí me parto hasta que la infanta sea guardada.

Y estúvose quedo, que no se movió. Luego se levantó el príncipe don Cristalián, y haciendo grande acatamiento al emperador y emperatriz y princesa se fue adonde la infanta Candebia estaba, y poniendo los ojos en su señora y la mano derecha en la espada la sacó muy ligeramente. Grande fue el alegría en todo el palacio; el emperador dijo a don Cristalián:

—Quien tan buen caballero como vos lo sois tiene por amigo, razón es que más que otro valga. Y así lo hago yo, que teniendo a vos en la mi compañía pienso ser el mayor señor que hay en el mundo, y esto con mucha razón.

Don Cristalián se le humilló diciéndole:

—Mi señor, sea vuestra majestad cierto que mientras Dios a mí vida me diere jamás cesaré de os servir.

El emperador se lo agradeció mucho, y le dijo:

—Yo, mi buen señor, no tengo qué os ofrecer, que si yo de mis tesoros os quisiese dar, grandes y sin cuenta son los que de vos habemos recibido. Pues de señoríos y estado, muy mayor señor sois que yo lo soy, y no sé con qué satisfaceros sino con teneros aquella voluntad que a la princesa Penamundi tengo.

Don Cristalián se le tornó a humillar y le dijo:

—A Dios ruego yo que me dé vida con que esa voluntad que vuestra majestad me muestra pueda servir, que en más la tengo que si del mundo me hiciesen señor.

Y con esto se fue a asentar. Luego los maestros (que aparejados estaban) curaron a la infanta Candebia; el emperador preguntó que si era de peligro la herida que tenía; ellos le dijeron que sí, que harta maravilla sería si con la vida quedase. Mucho le pesó al emperador y a todos cuantos en el palacio estaban de oír tales nuevas; la doncella del sabio Doroteo dijo al emperador:

—No tenga vuestra majestad pena, que aquí traigo unos polvos que Doroteo me mandó que echasen a la segunda cura que a la infanta hiciesen, con que luego sería guardada.

Mucho fue el emperador ledo en oír a la doncella. Estando todos de la manera que oído habéis, la hermosa reina de Zizamarán se levantó y dijo al emperador y al príncipe don Cristalián que si licencia le daban, que ella se quería volver a su tierra, y que primero que se partie, en presencia del emperador y de todos los que en el palacio estaban quería tomar por marido a don Ginestacio, príncipe de Natales. El emperador le dijo:

—La licencia vos, mi buena señora, la tenéis. De lo demás que queréis hacer, a mí y a todos cuantos en el palacio están parece muy bien, porque el príncipe don Ginestacio merece mucho; y pues que así es, hágase el desposorio.

Luego el emperador se levantó y tomó de brazo a la reina (que mucho la deseaba honrar); la emperatriz y princesa y todas aquellas señoras se levantaron; el príncipe don Cristalián y aquellos príncipes y caballeros tomaron consigo a don

Ginestacio el Probado, y un arzobispo que en el palacio estaba los desposó. Esto hecho, la fiesta se acrecentó mucho por más honrar a la reina. Y otro día por la mañana la reina de Zizamarán se levantó, y aparejada para su camino, ella y el príncipe don Ginestacio se fueron a despedir del emperador y emperatriz, y asimismo de la princesa. El emperador le dijo que mientras él viviese los ternía por hijos y los ayudaría y favorecería siempre que menester le hubiesen; ellos le besaron las manos. Luego Belsael dijo a don Cristalián que la su merced fuese de le dar licencia, pues ya della no tenía necesidad.

—Hágase como vos mandáis —dijo don Cristalián—. Y al sabio Doroteo vuestro padre daréis mis saludes. A vos, mi buena doncella, por agora no tengo qué os dar; pero yo os prometo, si Dios a mí vida me da, de os poner en tal estado que vuestro padre Doroteo sea bien contento y vos muy honrada, y en esto os entiendo pagar algo del afán que por mí habéis tomado.

Belsael se le humilló dándole muchas gracias por las mercedes que le ofrecía, y así, se fue a despedir del emperador y emperatriz; él envió muchas saludes al sabio Doroteo. Despedida que fue la reina de Zizamarán del emperador y emperatriz y princesa, se despidió de todas aquellas señoras y infantas que en el palacio estaban, y Belsael y su doncella asimismo. Con la reina salió hasta tres millas de la ciudad el príncipe don Cristalián y aquellos príncipes que de los Hondos Valles habían salido y todos los altos hombres que en la corte del emperador estaban, y despidiéndose de la reina y de don Ginestacio se volvieron a la ciudad. Ellos fueron su camino, y en todo él no les avino cosa en que detener se pudiesen. Como al reino de Zizamarán llegaron fueron de sus vasallos muy bien recibidos, y con mucha alegría se hicieron muy solemnes bodas, quedando todos muy contentos con su nuevo señor, adonde los dejaremos por contarlos lo que hace al propósito de nuestra historia.

Belsael y su doncella se despidieron del rey don Ginestacio y de la reina; ellos les hicieron grandes mercedes, y tomaron su camino para donde el sabio Doroteo estaba, y dél fue muy bien recibida. Dándole las saludes que el emperador y emperatriz le enviaban, asimismo le dio las del príncipe don Cristalián, y asimismo le dijo lo que don Cristalián le había ofrecido. Y diciendo esto, la doncella Belsael se humilló ante el sabio Doroteo su padre diciéndole que en pago del trabajo que ella había tomado en aquel camino le otorgase un don. El sabio que la mucho amaba, la abrazó y la hizo levantar diciéndole que pidiese lo que quisiese, que él se lo otorgaba: Belsael le besó las manos y le dijo:

—Sabed, mi señor, que el don que me habéis otorgado es éste: que yo no tengo de tomar marido sino por la mano y mandado del príncipe don Cristalián.

—De esa manera no perderás tú nada —dijo él—. Tú supiste más de lo que piensas en me pedir el don: hágase como tú mandas.

Belsael besó las manos a su padre, quedando muy contenta. El príncipe don Cristalián y aquellos caballeros se volvieron a la ciudad de Larenta; el emperador los mandó sentar, luego la reina de Caucán se levantó y dijo al príncipe don Cristalián que si la su merced quisiese, que ella otro día por la mañana se quería partir. Don Cristalián que muy mesurado era, aunque cosa alguna no le pudiera venir que más pena le diese que verse partir de aquella hermosa princesa, le dijo que se hiciese como lo mandaba, que él aparejado estaba para la servir. Mucho le

pesó al emperador en ver que forzosamente don Cristalián se había de partir de su compañía, y quien a la princesa Penamundi mirara, claramente viera en su rostro señales de mucha tristeza. Como todos aquellos señores y señoritas vieron que la ida de don Cristalián habría de ser tan presto, Dinamardos, príncipe de Austria, dijo:

—Mi señor, todos estos señores que de los Hondos Valles salieron, con la vuestra licencia, se quieren ir a sus tierras.

Don Cristalián le respondió que ellos se podían partir cuando la su voluntad fuese; Dinamardos dijo que otro día por la mañana sería la su partida. La infanta Candebla, que ya era guarida, pidió licencia al emperador para se ir a su tierra; él se la dio y ella se partió. Luego el príncipe don Cristalián dijo al emperador:

—Mi señor, yo debo mucho a la Doncella del Gavilán, y si a mí se me ha de hacer alguna merced, en lugar mío se le haga al conde de Mautín; pero ha de ser con tal condición que otra no sea su mujer sino esa doncella.

El conde se le humilló y le dijo:

—Para que yo del todo sea contento, a mí no se me puede hacer mayor merced que es dármela por mujer, y más siendo de vuestra mano.

El príncipe don Cristalián se lo agradeció mucho, y luego los desposaron. El emperador y todos aquellos señores estuvieron hablando en lo que más les agradaba hasta hora de completas; el emperador y emperatriz se fueron a su aposento, y la princesa con todas las infantas al suyo, y como en él fue dijo a la infanta Sandalina que llevase a aquellas señoritas a su aposento, porque ella se sentía algo mal dispuesta. La infanta hizo su mandado, y la princesa quedó sola con la infanta Minerva y díjole:

—¿Qué os parece, señora Minerva, cómo la reina de Caucán nos lleva a don Cristalián? Grande ha sido la mi tristeza en oír tales nuevas. Por amor de mí que hagáis de manera que yo le vea esta noche si queréis que yo no me muera con pesar.

Diciendo esto le vinieron las lágrimas a los ojos; la infante Minerva que muy entendida era, la conhortó lo mejor que pudo, diciéndole que no sintiese pena en la partida de don Cristalián, pues ya sabía quién era, que todo el mundo le temía y él a mil mundos estimaba en nada: tanto era el su valor.

—Él será muy presto de vuelta a la corte del emperador vuestro padre y jamás cesará de os servir mientras tuviere vida.

—Así plega a Dios —dijo la princesa— que presto le vean mis ojos venir.

—Pues no creo yo —dijo la infanta Minerva— que él esta sin menos pasión en apartarse de gozar de vuestra graciosa vista.

En esto entró la infanta Sandalina, y como halló a la princesa con tanta tristeza, díjole:

—¿Qué es esto, mi señora? ¿Es por ventura la partida de don Cristalián?

Como la princesa lo oyó no le respondió cosa alguna (que la pasión que tenía no le dio lugar para ello). En este tiempo era ya casi de noche; la infanta Minerva dijo a Sandalina:

—Vos os quedad con la princesa, que yo me voy por aquel caballero.

Así, se salió del palacio y se fue adonde don Cristalián la estaba aguardando, y tomándole consigo, le dijo:

—Venid, mi señor, que bien sois menester para el conhorte de la princesa, que mucho es triste de la vuestra partida.

Y así, se fueron lo más secretamente que pudieron; la infanta Minerva llevó a don Cristalián al aposento de la princesa, y como en él fue, humillándose ante ella y tomándole las manos, se las besó muchas veces diciéndole:

—Mi señora, ¿cómo veo yo en vuestro claro rostro señales de tanta tristeza? No vea yo, mi señora, esos ojos turbios con esas lágrimas que merecen ser cogidas en vasos de oro. Yo soy el que mi corazón desfallece en pensar que de vuestra presencia me parto; pero no quiero dar lugar a la tristeza que tanto daño haga, porque yo espero en Dios de venir muy presto a residir en la corte del emperador vuestro padre y haceros aquellos servicios que vuestra imperial persona merece, y con esta esperanza sosterné la vida hasta la vuelta.

—Mi verdadero amigo —dijo la princesa—, y ¿cómo será yo cierta que la vuestra venida sea tan presto como vos lo decís?

—Si Dios a mí la vida no me quita, así será, que malandante sea yo cuando un solo punto de serviros me particere. Y desto sed vos, mi señora, muy cierta.

Tantos ruegos y promesas de su venida le hizo don Cristalián, que alguna parte de la tristeza que tenía le quitó, y así, estuvo aquel príncipe gozando de la vista de aquella hermosa princesa y de lo que arriba oístes que ella le había dado licencia, y no de más. Venida que fue la hora que don Cristalián se había de ir, él se despidió de su señora dando tales suspiros que parecía a quien lo oía partírsele el corazón. Él se hincó de hinojos ante ella besándole sus hermosas manos; la princesa le abrazó derramando infinitas lágrimas, y así estuvieron una pieza, hasta que las infantas se llegaron a ellos y Minerva les dijo:

—¿Qué cosa es ésta, mis señores? Aunque la partida hubiese de ser para siempre, no se consintiría hacer tal.

Y así, se partieron aquellos dos que de tan verdadero amor se amaban, por el ruego de aquellas infantas. La princesa se echó sobre su lecho; don Cristalián se despidió de la infanta Sandalina rogándole mucho conhortarse todo lo más que pudiese a la princesa, la infanta se lo prometió. Así, se salió don Cristalián en compañía de Minerva sin ser de nadie sentido. Como él fue en su aposento, la infanta Minerva le dijo:

—Mi señor, yo querría mucho, si os pluguiere, ir en la vuestra compañía este camino que con la reina de Caucán habéis de hacer, por gozar de ver algo de las maravillas que por donde andáis siempre hacéis.

Don Cristalián le dijo:

—Mi señora, hágase lo que la vuestra merced manda.

Minerva se le humilló, y así, se despidió del príncipe y se fue al aposento de la princesa, y cuando Minerva entró halló que la infanta Sandalina la estaba peinando; la princesa dijo a Minerva:

—¿Adónde queda don Cristalián?

—En su aposento —dijo la Infanta—, acompañado de mucha tristeza. Yo, si la vuestra merced me da licencia, me querría ir con él este camino, porque en él os pienso más servir que si en la vuestra compañía quedase; que vuestra alteza puede ser bien cierta que no le dejaré entender en cosa alguna, sino en acabando el hecho de la reina luego seremos de vuelta, con el ayuda de los dioses.

La princesa le dijo:

—Señora Minerva, Dios sabe cuánta soledad a mí me dará la vuestra partida; mas con esperanza de lo que me prometéis yo la terné por buena.

La infanta le dijo:

—De aquí prometo a los dioses de jamás me partir del vuestro servicio y del príncipe don Cristalián.

La princesa la abrazó y le dijo:

—Mi verdadera amiga, a Dios ruego yo que me traiga a tiempo que pueda pagaros la voluntad que mostráis tenerme.

Gran parte de la noche pasó la princesa siempre rogando a la infanta Minerva que la vuelta fuese lo más presto que pudiese ser; la infanta se lo prometió, que así sería a todo su poder. Luego se acostó la princesa, acompañada de muchos pensamientos. Venida que fue la mañana, don Cristalián se levantó y dijo a Libanor que le trujese sus armas; él se armó, y así, se salió al gran palacio, adonde halló al emperador y a sus altos hombres. Como el emperador armado le vio venir, díjole:

—¿Qué es esto, señor don Cristalián? Paréceme que ya venís aparejado para ir vuestro camino: mucho me pesa de la vuestra partida.

Don Cristalián se le humilló y le dijo:

—Adoquiera que yo, señor, estuviere, os serviré en todo aquello que las mis fuerzas bastaren.

Capítulo LIII

De cómo el príncipe don Cristalián y la reina de Caucán salieron de la corte del emperador Aliandro y tomaron su camino para el reino de Archimora, y de lo que en él les acaeció.

EN este tiempo entró en la sala la infanta Minerva armada de todas armas salvo las manos y la cabeza; el emperador le dijo:

—Señora Minerva, ¿también vos nos queréis dejar?

—Mi señor —dijo la infanta—, yo voy en compañía de don Cristalián este camino para aprender algo de la su alta caballería: quiero ver cómo se averna con el rey de Archimora.

—Vos tenéis razón, que no hay aquí tal que ese deseo no tenga.

Y así, se fueron todos de consuno a oír misa; después que la hubieron oído se salieron al gran palacio. A esta hora entró en él la reina de Caucán ya de camino, y como a don Cristalián y a Minerva vio armados, díjoles:

—Paréceme que yo vengo a buen tiempo, que, según me semeja, ya me estaban aguardando.

La reina se despidió del emperador, y asimismo se entró a despedir de la emperatriz y princesa y infantas; todas la encomendaron a Dios, y así, se tornó a salir del palacio. Don Cristalián pidió licencia al emperador para se despedir de la emperatriz y princesa; el emperador se la dio, la infanta Minerva fue con él. Don

Cristalián halló a la princesa en el aposento de la emperatriz, y se humilló ante la emperatriz y besándole las manos dijo que si mandaba su majestad alguna cosa, por cuanto él se quería partir; la emperatriz le rogó muy ahincadamente que no se ocupase en cosa alguna, sino²⁷⁷ que luego fuese la vuelta. Don Cristalián se lo prometió, y de allí se fue a humillar ante su señora, y tomándole las manos se las besó, y así, se despidió della con demasiada tristeza, y haciendo su acatamiento a la emperatriz se salió de la cámara.

La infanta Minerva se despidió de la emperatriz y princesa; ya que de la cámara se salía, la princesa le dijo:

—Señora Minerva, acordaos de lo que me habéis prometido.

La infanta le respondió que ella cumpliría su palabra.

—¿Qué es lo que te prometió? —dijo la emperatriz.

—De dejar a don Cristalián y volverse luego.

—Eso no hagáis vos —dijo ella—, antes le aguardad hasta que os volváis juntos.

—Mi señora —dijo la infanta—, no puedo hacer sino cumplir lo que la princesa me manda. Si don Cristalián quisiere luego dar la vuelta, yo le terné compañía; y si no, forzado me será hacer lo que tengo dicho.

Y con esto se salió de la cámara y se fueron al gran palacio, donde hallaron a la reina de Caucán que aguardándolos estaba. Don Cristalián se despidió del emperador y de todas aquellas infantas y príncipes y caballeros que de los Hundos Valles habían venido (que asimismo todos se partieron otro día de la corte del emperador y cada uno se fue a su tierra). Don Cristalián y la infanta Minerva subieron en sus caballos, y así, se salieron de la ciudad.

Así como el príncipe don Cristalián y la infanta Minerva salieron de la cámara de la emperatriz, luego la princesa se fue a su aposento no pudiendo sufrir que las lágrimas a los ojos no les viniesen muy a menudo. Como la infanta Sandalina con tanta tristeza la vio, comenzó a conhortarla diciéndole que por ventura la emperatriz o alguna persona del palacio entenderían algo de la su hacienda. La princesa vio que la infanta tenía razón en lo que le decía, y sufriose lo más que ella pudo, y así, las dejaremos por contaros lo que a la reina de Caucán y a don Cristalián y su compañía acaeció.

Ya oístes cómo tomaron su camino para el reino de Archimora. Sabed que aunque en esta partida no habemos hecho mención de Raduel el enano, que él iba muy contento en su palafrén en compañía de don Cristalián, y asimismo iba con él el león, porque él tenía cargo de le dar de comer. Todos llevaban mucho pasatiempo con él, que jamás cesaba de decir mal de la reina de Zizamarán diciendo:

—Mirad cómo me dejó, que no se acordó de mí al tiempo de la partida. Pues Dios no me ayude si yo no fuese muy ledo en que algo le acaeciese en el camino por donde nos hubiese menester. Entonces yo le diría: «Tened, tened memoria de Raduel, que le tratastes como a la cosa más vil de cuantas en esta vida nacieron». Y diciéndole esto, luego yo daría la vuelta, que no le haría socorro alguno, por que pienso que no me lo agradecería, que luego que tornase a ver a don Ginestacio no se acordaría de mí.

²⁷⁷ 1587: ‘sine’ (120r).

—Déjala —dijo don Cristalián—, que pues ella no tiene memoria de ti, no la tengas tú della.

—Eso tengo pensado de hacer; no me faltará otra más hermosa a quien sirva, aunque no sea reina.

—Tú tienes razón —dijo don Cristalián.

De la manera que oído habéis se iban holgando con Raduel. A esta hora entraron por una floresta, y anduvieron por ella hasta que fue hora de nona, que el sol comenzó a calentar, y como ya era tarde, la reina dijo a don Cristalián que si hallasen en aquella floresta alguna fuente, que sería bien reposar allí un rato; don Cristalián le dijo que por ventura la habría, y que se haría lo que la su merced mandaba. Así anduvieron gran parte de la floresta buscando si podrían hallar donde la reina pudiese descansar que agua hubiese. Raduel el enano, que por su parte lo andaba a buscar, halló una fuente, y como la vio, comenzó a dar grandes voces llamando a don Cristalián, y como le oyó, dijo:

—Vamos a ver la priesa en que Raduel está.

Y así, movieron para donde lo oyeron, y como más cerca díl llegaron entendieron lo que decía; todos fueron muy ledos. Raduel los guio, y como a la fuente llegaron, la reina se apeó, y así lo hizo don Cristalián y la infanta Minerva; Raduel dijo a la reina de Caucán:

—¿Qué os parece, señora? ¡Qué servidor se perdió en mí la reina de Zizamarán! Que todos cuantos aquí venían, ninguno fue para hallar esta fuente sino yo: grande es la ventura que Dios me dio en todo lo que pongo mano.

La infanta Minerva le dijo:

—En amores te faltó.

—¿Qué sabéis vos —dijo Raduel— lo que a mí en este caso me ha acaecido? ¿Pensáis que todas las mujeres son falsas, como lo fue y es la reina? Rogad a Dios que os dé vida y a mí también, que de aquí adelante veréis maravillas.

—Bien lo creo yo —dijo la infanta—. Déjanos comer y no nos des más parte de tus cosas.

Don Cristalián se desarmó las manos y la cabeza, y la infanta asimismo, y comieron de lo que sus escuderos llevaban. Estuvieron cabe la fuente hasta que fue hora de vísperas; luego tornaron a cabalgar, y así, se fueron su camino y anduvieron bien ocho días sin aventura hallar que de contar sea.

Yendo el nono día su camino a hora de completas por un gran despoblado, la reina dijo a don Cristalián:

—Mucho me pesa que nos toma la noche adonde no hallaremos albergue para dormir.

—Si lo no halláremos —dijo don Cristalián—, la vuestra merced no saldrá de sus andas; nosotros, debajo destas ramas albergaremos.

Yendo de la manera que oído habéis vieron por una parte del despoblado a gran priesa venir tres doncellas en sus palfrenes hacia donde ellos estaban, y como más cerca llegaron conocieron que la doncella que delante venía era la señora de las otras, por cuanto venía ricamente guarnida; y no parecía muy niña, sino ya entrada en edad, pero el hábito que traía era de doncella. Como ella primero que las otras llegase, saludó a la reina y a los otros caballeros muy cortésmente; la reina y don Cristalián se volvieron las saludes; la doncella les dijo:

—Mis buenos señores, ya me parece que es muy tarde para pasar este despoblado, ca es grande y fragoso. Si de mí y de un castillo que aquí cerca está os quisíeredes servir, en ello me terné yo por bienandante y allí se os hará todo buen acogimiento.

La reina que por ninguna cosa no quisiera quedar aquella noche en aquel despoblado, le dijo:

—Buena doncella, de grado haremos vuestro ruego, si el castillo está cerca

—Sí —dijo la doncella—, y todos son en él muy aparejados para os servir.

La reina se lo agradeció mucho, y dijo a don Cristalián:

—Mi señor, ¿qué es lo que queréis hacer?

—Lo que la vuestra merced mandare —dijo don Cristalián.

—Yo mucho querría —dijo la reina— que en el castillo desta doncella albergásemos esta noche, pues de tan buena voluntad en él nos acoge.

—Guiadnos para allá —dijo don Cristalián a las doncellas.

Ellas lo hicieron, y como más cerca del castillo fueron, la doncella señora de las otras se adelantó y mandó abrir las puertas y a gran prisa aparejar para recibir a aquellos señores. Esto hecho, la doncella se bajó a la puerta del castillo. A esta hora ya ellos llegaban; don Cristalián tomó a la reina en sus brazos, y así, la abajó de las andas. La doncella señora del castillo dijo a la reina:

—Si la vuestra merced fuese servida de me decir quién es para que del todo fuese alegre, grande sería la merced que en ello se me haría.

La reina le dijo:

—Amiga, yo soy la reina de Caucán.

Como la doncella le oyó decir que era reina humillose por le besar las manos; ella no se las quiso dar, la doncella le dijo:

—Agora me tengo por bienandante en hacer algún servicio a la vuestra merced.

Mucho deseo tengo de saber quién los caballeros son.

—Amiga —dijo la reina— yo no he poder para os lo decir sin la su licencia.

Don Cristalián que a la reina oyó, díjole:

—La vuestra merced la tiene.

La reina dijo a la doncella:

—Sabed que aquel caballero que aquí veis ha nombre don Cristalián de España.

Como la doncella entendió que en el su castillo tenía a don Cristalián, hijo del emperador Lindedel, fue estrañamente leda. Luego subieron a una hermosa sala, y en ella estaba un estrado adonde la reina se asentó. La doncella dijo a don Cristalián y a la infanta Minerva que se desarmasen, que allí todo servicio se les había de hacer, y no enojo ninguno. Don Cristalián y la infanta fueron luego desarmados y cubiertos de sendos mantos que la doncella señora del castillo les mandó dar. No pasó mucho rato cuando fueron las mesas puestas; la reina y don Cristalián y la infanta se asentaron a una mesa, y en otra los caballeros de la reina; allí les dieron muy abastamente de cenar. La reina dijo a don Cristalián:

—Por cierto, mucho bien merece esta doncella, que sin nos conocer tan buena acogimiento nos ha hecho.

—Si Dios por aquí me deja volver —dijo él— yo le daré el galardón del servicio que a la vuestra merced aquí se hace.

Raduel cenaba junto a la mesa de la reina, y dijo:

—Si esta doncella tuviera tanta parte de hermosura como tiene de buena crianza, sin duda yo por ella olvidará a la reina de Zizamarán, según yo la he visto graciosa y de buen donaire. Pero no me contenta nada, que es más fea que hermosa.

—No había más que hacer, Raduel —dijo la reina—, sino tenerte a ti contento.

—No —dijo Raduel—: que si ella no lo quisiere hacer por mi ruego, ¿ahí no estaba don Cristalián que se lo hiciera hacer aunque no quisiera?

—Mucho más que eso haré yo por ti —dijo don Cristalián.

Estando pasando tiempo con Raduel entró por la puerta de la sala la doncella señora del castillo trayendo encima del hombro una toalla y en sus manos un plato lleno de una hermosa fruta; la doncella la puso en la mesa y rogó a la reina y a don Cristalián que de aquella fruta les pluguiese comer. En la mesa de los caballeros y de las doncellas pusieron otros dos platos, por manera que todos a un tiempo comieron de la fruta, y como lo gustaron, súbitamente fueron tornados aves, todos andaban revolando por la sala. La falsa doncella, de que vio que lo que ella tanto deseaba había habido tan buen fin, tomó una pequeña vara en la mano y con ella comenzó a echar las aves de su castillo diciendo:

—Andad de mi castillo a la Montaña Despoblada, adonde viviréis amargamente, y si yo puedo, muy presto os enviaré harta compañía, que será todo el linaje del emperador Lindedel.

Como la doncella estas palabras dijo, luego todas aquellas aves se fueron volando, y no pararon en ningún parte hasta que a la Montaña Despoblada llegaron.

En la primera parte desta historia dice que don Cristalián sacó del poder de Algamaz a la emperatriz Cristalina su madre, y que saliendo de la Montaña Vedada, adonde estaba el Palacio Bramador, toparon una doncella que un don pidió a la emperatriz, y el don fue la cabeza del ama que al infante Lucescanio había criado; y como la emperatriz no se la quiso otorgar por ser cosa contra razón, sobre esto don Cristalián hizo batalla con los caballeros de la doncella, y los venció y mató. Desde entonces aquella doncella juró de hacer todo mal y daño a don Cristalián y a todos los parientes y amigos del emperador Lindedel, y así, todos los días que amanecía tenía costumbre de salir de su castillo, y a los caballeros andantes que topaba, por todas las artes que ella podía procuraba saber quién eran. Desta manera llevó a su castillo estos señores que oído habéis. Esta doncella era gran sabidora en las artes, y como a don Cristalián tuvo en su poder, ella se quiso luego vengar del emperador Lindedel y de la emperatriz Cristalina y aparejose para ir a Trapisonda.

Dice la historia que como aquella reina y príncipe y infanta y toda su compañía fueron presos y encantados, que luego ella puso por obra su dañado pensamiento, y tomando cinco libricos pequeños, sola en su palafrén, no llevando en su compañía sino un escudero, tomó su camino para el imperio de Trapisonda, y como a Triópolis llegase, allí se detuvo tres días descansando del trabajo del camino. Este tiempo pasado, aquella falsa doncella en torno del palacio del emperador un día a hora de nona hizo sus signos y conjuros por tal arte, que súbitamente fueron el emperador y emperatriz y todos cuantos dentro en el palacio estaban tornados en aves diferentes las unas de las otras. Esto hecho, la doncella

entró luego en él, y tomando su vara en la mano comenzó a dar en todas aquellas aves diciéndoles:

—Salid muy presto de aquí y íos a la Montaña Despoblada y allí estaréis hasta que la mi voluntad sea. Y de aquí juro por la fe que a Dios debo que aquel falso infante Lucescanio, por quien a mí tanto mal me ha de venir, que lo más presto que yo pueda le dé la muerte.

Y diciendo esto se salió del palacio, y subiendo en su palafrén tomó su camino para el imperio de Constantinopla, y como a él llegó, fuese para el palacio del emperador, y allí hizo lo mismo que en Trapisonda y luego el emperador y emperatriz y todos los del su palacio fueron encantados y enviados a la Montaña Despoblada, y de allí se fue en España y hizo otro tanto del rey Bracamor y de la reina Pinalba. Esto hecho, ella se fue por el mundo en busca del infante Lucescanio para le hacer todo el daño que pudiese.

Como en la ciudad de Triópola supieron que habían perdido a sus señores por tal aventura fueron hechos muy grandes llantos en toda ella, y como en el palacio entraron, no hallaron en él sino a la infanta Lucendra, que era niña, hija del emperador y emperatriz Cristalina (que, como ya os contamos, cuando salió de Constantinopla iba preñada y a su tiempo parió esta hermosa infanta), y asimismo estaba con ella el ama que la crió, que a la sazón que aquella falsa doncella en el palacio entró la ama y la infanta eran idas a holgar a un monasterio de monjas; y como al palacio vinieron y hallaron cómo el emperador y la emperatriz eran robados, andaban el ama y la hermosa infanta haciendo grandes llantos por el palacio.

Como los altos hombres la vieron, tomáronla, no sin derramar infinitas lágrimas, y pusieronle casa tal cual a su real estado convenía. Luego lo hicieron saber al rey Vandiano, el cual como lo supo, él y la reina Damasia se vinieron luego para la ciudad de Triópola; ellos fueron recibidos con aquella tristeza que el tiempo en que estaban requería; la reina Damasia tomó a la infanta consigo, no cesando de llorar acordándose de la emperatriz Cristalina. Doroteo cuenta que todo el tiempo que el emperador y emperatriz estuvieron encantados, esta reina estuvo siempre en compañía de la infanta Lucendra.

El rey Vandiano y todos los altos hombres entraron en consejo de lo que se debía hacer, y todos acordaron que lo mejor sería ir al sabio Doroteo para saber adónde el emperador y emperatriz estaban. El rey Vandiano tomó luego su camino para la Ínsula del Deseo acompañado de mucha tristeza, y así, lo dejaremos ir por contaros como los altos hombres del imperio de Constantinopla, y asimismo de España, tomaron el mismo consejo que los de Trapisonda, y de cada parte fueron caballeros de los más principales en busca del sabio Doroteo.

Dice la historia que yendo un día el rey Vandiano por una falda de una floresta vio venir por una carrera que en ella estaba dos caballeros armados de unas armas negras, y el rey Vandiano se los paró a mirar; ellos venían a grande andar, y como a ellos llegaron saludáronle muy cortésmente; los caballeros dijeron al rey Vandiano:

—Señor caballero, por lo que debéis a la orden de caballería os rogamos que nos digáis, si lo sabéis, hacia qué parte desta tierra hace su habitación el sabio Doroteo.

El rey Vandiano les dijo:

—Señores caballeros, de grado haré lo que me mandáis: pero, si os pluguiere, decidme para qué lo andáis a buscar, y asimismo por qué razón traéis insignias de tanta tristeza, que me semeja en vuestra lengua que sois del imperio de Constantinopla.

—De grado —dijeron los caballeros— os diremos lo que deseáis. Sabed, señor caballero, que la nuestra cuita es muy grande, por cuanto el imperio de Constantinopla ha perdido sus señores el emperador y emperatriz: por la más estraña aventura que jamás fue vista.

Entonces se lo contaron de la manera que arriba lo oístes.

—Y nosotros, señor caballero, venimos en busca del sabio Doroteo para que él nos dé manera como los cobremos.

Como el rey Vandiano así los vio hablar, dio una gran voz diciendo:

—¡Sancta María, valme! ¿Qué tanto mal hay? Sabed que lo que acaeció a vuestros señores, eso mismo avino en Trapisonda del emperador Lindedel y emperatriz Cristalina.

Como los caballeros de Constantinopla esto oyeron fueron muy espantados, y maldecían muchas veces los encantamientos. En este tiempo el rey Vandiano se quitó el yelmo diciendo:

—Quiero darme a conocer, que yo soy el triste rey Vandiano, que no sostengo la vida sino para semejantes pesares, y asimismo como vosotros voy al sabio Doroteo, porque²⁷⁸ si él no nos da algún remedio para los librar del poder de quien los encantó, no le habremos de cuantos hoy son nacidos en el mundo.

Como los caballeros vieron al rey Vandiano humilláronse (que bien le conocían), y así, movieron todos juntos para se ir en compañía al sabio Doroteo. Anduvieron tres días sin que nada les aviniese que de contar sea; al cuarto día vieron descender por un recuesto dos caballeros; como el rey Vandiano los vio, dijo a los que con él iban:

—Vamos hacia aquellos caballeros y sabremos de qué tierra son.

—Vamos —dijeron ellos.

Y así, movieron todos de consuno. Como a los dos caballeros llegaron, saludáronse los unos a los otros; el rey Vandiano conoció en la lengua que los caballeros eran de España, y dijoles:

—Mis buenos señores, yo os he conocido que sois²⁷⁹ del reino de España, ¿qué ventura os ha traído por estas partes?

—¡Ay señor caballero! —dijeron ellos—. Hanos traído la más malaventura que jamás acaeció, ca sabed que habemos perdido al rey Bracamor y a la reina Pinalba, que ellos son encantados y no sabemos en qué parte están, más de cuanto los de la ciudad vieron entrar en el palacio una doncella y a poco rato vieron salir infinitas aves por las finiestras. Cuando en el palacio entraron no hallaron a persona ninguna en él: tenemos creído que aquella doncella los tornó a todos los que en el palacio estaban aves. Nós venimos en busca del sabio Doroteo para que nos diga quién aquella doncella era y a qué parte la podríamos hallar.

²⁷⁸ 1587: ‘para que’ (122r).

²⁷⁹ 1587: ‘soy’ (122r).

Todos fueron muy espantados en oír tales nuevas, y allí les contaron cómo lo mismo había hecho aquella doncella en los dos imperios. El rey Vandiano dijo:

— Yo bien sé que aquella mala doncella se llama Drumelia, porque un sabio que está en Trapisonda me lo dijo; pero él no sabe tanto en las artes que alcancase a saber hacia qué parte están encantados, y así, es bien que todos vamos al mágico sobre todos los mágicos, que es el sabio Doroteo. Y démonos priesa en nuestro andar, que muy presto llegaremos a su tierra, que es una ínsula que llaman del Deseo.

Así, tomaron su camino y anduvieron tres días y tres noches sin tomar descanso alguno. Un día por la mañana llegaron a la Ínsula del Deseo; ellos se fueron adonde el sabio Doroteo estaba: y como él los vio venir, luego los conoció (que ya el por sus artes sabía todo lo que había acaecido), y con triste semblante los salió a recibir diciendo:

— Tanto pensar tengo yo de lo acaecido como vosotros tenéis; y esto digo porque sé muy bien a lo que venís.

El rey Vandiano y los caballeros se quitaron los yelmos; el sabio Doroteo recibió al rey Vandiano, él no le pudo hablar palabra: tanta pasión tenía en su corazón. El sabio tomó al rey por mano y dijo a los otros caballeros que se viniesen con él, y así, los metió a su aposento y los hizo desarmar; luego les mandó dar de comer (que bien lo habían menester). Después de haber comido, él les dijo:

— Mis buenos señores, sabed que estos príncipes son encantados en la Montaña Despoblada en poder de Drumelia. Quiero que sepáis que ha hecho mayor daño que lo que pensáis: que asimismo tiene encantado al príncipe don Cristalián y a la reina de Caucán y a la infanta Minerva.

Grande fue el dolor que el rey Vandiano sintió, y con las lágrimas en los ojos dijo al sabio:

— ¡Ay por Dios, mi buen señor, decidnos si habrá algún remedio!

— Sí hay —dijo el sabio Doroteo—, que todos estos señores serán libres por la mano del infante Lucescanio. Y así lo fueran por la del príncipe don Cristalián si él no fuera encantado; pero de su daño él tiene la culpa, porque a la sazón que Drumelia le encantó estaba sin armas; que si él las tuviera, ningún encantamiento le pudiera empecer. Lo que habéis de hacer es esto: iros a la corte del rey de Romanía, porque allí hallaréis al infante Lucescanio, y decidle que luego tome su camino para la Montaña Despoblada, y él ha de poner grandes afanes por los poner en su libertad; y asimismo le decid que cuando hubiere menester la mi ayuda, que yo le enviaré a mi hija Belsael, y ella llevará tal recado con que él no reciba ningún daño. Aquí podéis reposar todo el tiempo que quisieredes y después iros a la buena ventura a buscar al infante.

El rey Vandiano le dijo:

— No tomaré reposo alguno hasta ver al emperador mi señor.

Y luego se quería tornar a armar, sino que el sabio Doroteo no le dejó partir hasta otro día de mañana. Venido que fue otro día, el rey Vandiano y aquellos caballeros se armaron y se despidieron dél, y asimismo de su mujer Cuadravaca, y tomaron el camino para el reino de Romanía, y así, anduvieron gran parte dél sin que nada les aviniese que de contar sea.

Yendo un día el rey Vandiano y los cuatro caballeros de España y de Constantinopla vieron venir por el camino que ellos mismos iban dos caballeros: el uno dellos venía vestido de mucho duelo, ca traía las armas negras, y el caballo asimismo; las cubiertas, de un paño negro grosero, y el sayo de armas de lo mismo; en el yelmo traía un penacho negro, y en el escudo una hermosa doncella que la muerte llevaba por la mano; el escudero que traía venía vestido de duelo, y la lanza era toda negra. El otro caballero venía armado de todas armas y otro escudero consigo, que la lanza le llevaba. El rey Vandiano dijo a los caballeros que en su compañía traía:

—Grande es el duelo que este caballero trae: mucho deseo tengo de saber la causa de su tristeza, si él nos la quisiese decir.

Luego se adelantó un caballero de Constantinopla y saludó muy cortésmente a los caballeros, y ellos a él asimismo; el caballero de Constantinopla dijo:

—Señores, entre aquellos caballeros que allí veis viene el rey Vandiano de Trebencia: pídeos, por lo que debéis a la orden de caballería, que le digáis quién sois, por cuanto él desea saber la causa de la tristeza que este caballero trae.

Él le respondió:

—Señor caballero, la respuesta que yo al rey Vandiano daré, si lo saber deseáis, será irme en la vuestra compañía, y diciéndole quién yo soy, bien creo que terná de mí noticia.

El caballero de Constantinopla le agradeció mucho la buena respuesta que le daba, y así, movieron todos de consumo para donde el rey venía, y como llegaron cerca los unos de los otros el rey Vandiano los saludó, ellos se le humillaron. El caballero que de duelo venía vestido mandó a su escudero que el yelmo le quitase; luego el rey Vandiano lo conoció, ca sabed que era Dismael de la Roca, hijo de Dorante de Macedonia, y el otro caballero que en su compañía traía era don Veros de Licante, hijo de Galterio. El rey Vandiano los abrazó con mucho amor y dijo:

—Señor Dismael, ¿qué ha sido la causa de tanta tristeza?

Como el rey Vandiano esto le dijo, muy presto le vinieron las lágrimas a los ojos diciendo:

—Ay mi señor Vandiano, que es muerta la vida de mi vida, que era mi señora Sinelda, la cosa del mundo que yo más amaba! Jamás yo seré alegre hasta que la vida se me acabe.

Esto decía Dismael derramando infinitas lágrimas, que gran dolor era de lo ver; el rey Vandiano le aconhortó diciéndole:

—Mi señor Dismael, este mundo no es sino un piélago de dolores. No sé si sabéis la gran desventura que a los dos imperios de Trapisonda y Constantinopla, juntamente con el reino de España, les ha venido.

—No sé cosa alguna —dijo Dismael—, que después que mi señora Sinelda murió no he entrado en poblado; que si por don Veros de Licante no fuese, yo mismo me habría dado la muerte. Decidme, ¿qué es el daño que a esos dos imperios y reino ha venido?

—Es tanto —dijo el rey Vandiano—, que mi corazón desfallece en sólo pensarlo. Vos, mi señor, sabréis cómo el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalián y todos cuantos en el su palacio estaban son encantados por una falsa

doncella llamada Drumelia, y asimismo lo es el emperador Escanio de Constantinopla y el rey Bracamor de España.

Cuando Dismael de la Roca tal oyó fue muy espantado, y dijo:

— Yo prometo a Dios y a la orden de caballería que recibí, de jamás me partir desta demanda hasta que el emperador Lindedel sea libre, porque es la persona del mundo que yo más deseo servir.

Y dijo al rey Vandiano:

— ¿Cuánto ha que vosotros, señores, entrastes en esta demanda?

Él le dijo:

— Estos caballeros y yo nos topamos en una floresta que cerca de Trapisonda está, y todos de consuno nos fuimos al sabio Doroteo para saber dél quién a estos señores había encantado; él nos dijo quién y cómo y en cuyo poder estaban, y asimismo nos dijo cómo el príncipe don Cristalián y la reina de Caucán y la infanta Minerva eran también encantados, pero que no podían ser libres sino por la mano del infante Lucescanio. Y agora vamos en la su busca, que el sabio Doroteo nos dijo que lo hallaríamos en la corte del rey de Romanía, y ese camino llevamos.

— Vamos a lo buscar —dijo Dismael—, que gran deseo tengo de lo ver.

Así, movieron todos de consuno y fueron la vía del reino de Romanía.

Capítulo LV

De cómo el jayán Marisgolfo envío a pedir en casamiento al rey de Romanía a la hermosa Bellaestela, y de cómo no se la quiso dar y de lo que el jayán sobre ello hizo.

YA se os ha contado cómo el rey de Romanía tenía en su poder a la hermosa Bellaestela. En muy poco tiempo creció tanto la fama de su gran hermosura, que por todas aquellas partes no se hablaba en otra cosa, tanto, que llegó a oídos del jayán Marisgolfo. Este jayán era la más desemejada bestia que en el mundo se podía pintar; era mancebo, que no se había casado porque tenía pensamiento que por la su gran fortaleza había de haber en casamiento a la más hermosa doncella que en el mundo fuese nacida; él era señor de gran tierra. Demás desto, por la su grande y muy demasiada soberbia señoreaba todas aquellas partes, que de miedo le daban parias y le reconocían por señor.

Como este jayán tuviese tanta soberbia, así de señoríos como de su misma persona, llegó a su noticia la gran hermosura de Bellaestela y sin la ver fue preso de sus amores. Y ocupado muchos días en aquellos pensamientos, de tal manera que nadie le osaba hablar, finalmente acordó de la enviar a pedir en casamiento al rey de Romanía, y como esto pensó lo puso por obra, y enviando a llamar a dos parientes suyos jayanes, les dijo:

— Amigos, si vosotros queréis que los mis días no fenezcan, habéis de ir muy presto a la corte del rey de Romanía.

Ellos le respondieron que de grado harían su mandado.

— Pues conviene que luego os partáis.

Y diciéndoles lo que al rey habían de decir, otro día tomaron su camino para el reino de Romanía, y en todo él no les avino cosa en que detener se pudiesen.

Estando un día el rey de Romanía y el príncipe Bores de Mar en su palacio, a hora de vísperas entró una de las guardas del rey, y humillándose ante él, le dijo cómo allí estaban dos jayanes, «y dicen que vienen a vuestra alteza con mandado del jayán Marisgolfo».

- ¿Qué gente viene con ellos?
- No viene sino gente de servicio.
- Decidles —dijo el rey— que entren.

La guarda hizo su mandado y dijo a los jayanes que entrasen. Como en el palacio fueron hicieron su acatamiento al rey, y él los saludó. Uno dellos comenzó a hablar diciendo:

— Mande la vuestra merced venir ante vos a la princesa Archisidela y a la hermosa Bellaestela, porque el jayán mi señor ante ellas nos mandó decir su mandado.

Luego el rey envió un doncel al aposento de la princesa Archisidela para que saliesen al palacio y que consigo trujese a Bellaestela; el doncel hizo su mandado, y como la princesa le oyó, luego salieron acompañadas de los altos hombres que en el palacio estaban. Cuando en la sala entraron, los jayanes fueron espantados de ver la estraña hermosura de aquella doncella, y luego el uno dellos comenzó a decir su embajada:

— Alto y bienaventurado rey por tener en la tu casa a toda la hermosura del mundo, el jayán Marisgolfo, mi señor, te envía sus saludes por muchas veces y te ruega mucho que tú tengas por bien le hacer el más bienandante de cuantos nacieron, y esto será dándole por su legítima mujer a la hermosa Bellaestela, que él te hace cierto que ella será dichosa y señora de gran tierra. Demás desto, que te terná por amigo y que con la su gran fortaleza te amparará de todo el mundo que enojar te quisiere, y que por más te honrar, que en el tu palacio se harán las solemnes bodas. Y que si esto que te envía a rogar no quisieres hacer, que te jura por los dioses inmortales de te destruir a ti y a toda tu tierra y tomar de ti la más cruda venganza que jamás fue pensada.

Como estas amenazas oyó el príncipe Bores de Mar, levantose muy airado contra los embajadores; mas el rey (que cerca dél estaba) le trabó por la falda del manto y le mandó tornar a asentar diciéndole:

— Bien parece que eres mancebo, que no tienes sufrimiento: éstos son mensajeros, y forzosamente han de hacer el mandado de su señor.

— Así es verdad —dijo Bores de Mar—, pero no con tanto desacatamiento.

— ¿No sabes tú —dijo el rey— que éstos no pueden dejar de usar de la condición soberbia a que su naturaleza les inclina?

Y diciendo esto se volvió a los jayanes y díjoles:

— Vosotros os podéis volver, y diréis al jayán Marisgolfo que esta doncella que yo he en mi poder no es mi hija para que yo pueda hacer della a mi voluntad: yo la tengo en guarda. Mala cuenta daría della a quien me la dio si yo hiciese lo que vuestro señor me envía a pedir. Y que si la mucho desea haber por mujer, que yo le hago saber que no ha de ser otro su marido sino aquel que a su padre por el mundo buscare, por cuanto ella no sabe cuya hija es. Que entre luego en la

demandá, como lo hacen otros muchos que su deseo tienen, y que si esto él no hace, que no solamente no se la daré por mujer, pero nunca él la verá mientras en el mi poder estuviere. Y a lo que dice que él tomará de mí la emienda, decirle heis que a cuantos hoy son nacidos no temo, cuanto más a él, que lo tengo en tanto como nada. Y luego os podéis ir, que aquí no hay más que hacer.

Los jayanes se salieron del palacio con semblante muy enojado, sin hacer acatamiento alguno al rey, y tomaron su camino para donde el jayán Marisgolfo estaba, y como a él llegaron y le dijeron la respuesta que el rey de Romanía enviaba fue salido de su acuerdo (tanto fue el coraje que en sí tomó) y estuvo una pieza que no pudo hablar, y cuando en sí tornó, dijo:

—¡Oh dioses, renegaría yo de cuanto poder tenéis si no diese al rey de Romanía y a su hijo Bores de Mar la más cruda muerte que en el mundo²⁸⁰ pensar se pueda!

Y luego demandó sus armas, y así como las pidió se las trujeron (que no había ahí tal que palabra le osase decir). Armado que fue de unas fuertes hojas de acero, demandó un escudo de un hueso tan recio que no había arma en el mundo, por fuerte que fuese, que en él pudiese entrar; el yelmo era del mismo hueso. Y tomó una grande y pesada maza de hierro, y en la cinta llevaba una gran cuchilla. Y luego mandó sacar sus caballos, que siete dellos le aparejasen para remudar por el camino (que como él era grande y pesado, no le podía sufrir caballo ninguno, por bueno que fuese, más de una hora. Los caballos aparejados, él subió en uno dellos y tomó el camino del reino de Romanía no llevando consigo sino cuatro escuderos y aquellos dos jayanes parientes suyos. Dejó mandado en toda su tierra que a muy gran priesa hiciesen gente para cuando él los enviase a llamar, que todos estuviesen a punto. Y así, se fue su camino.

Yendo un día el jayán Marisgolfo a hora de nona muy cerca del reino de Romanía, vio venir por el camino una doncella, y como el jayán la vio, pensando que era de la casa del rey de Romanía dijo a sus escuderos:

—Id luego y traedme aquella doncella presa, que no me quedará hombre ni mujer que vasallos sean del rey que a mis manos no mueran.

Los escuderos hicieron su mandado, y como a la doncella llegaron, dijeronle:

—Id luego al mandado del jayán Marisgolfo.

—Eso haré yo de grado —dijo ella—, por cuanto es la persona del mundo que yo más amo.

Como los escuderos así la oyeron hablar fueron muy espantados, y todos se vinieron de consumo para el jayán, y como a él llegaron, con una voz muy espantosa le dijo:

—Dime, captiva doncella, si eres de la corte del rey de Romanía.

Ella le respondió:

—No soy sino Drumelia la encantadora (si la habéis oído decir), y soy venida por estas tierras para acabar la vida con mis artes y encantamientos al infante Lucescanio. Ya yo sé la vuestra venida a esta tierra, que es por haber en vuestro poder a Bellaestela: yo os hago cierto que si el infante Lucescanio no muere, que jamás vos en el vuestro poder la habréis, por cuanto yo he sabido por mis artes que no ha de ser otro su marido sino él. Y por serviros yo haré tanto por vos, que en

²⁸⁰ 1587: ‘muundo’ (123v).

torno del palacio del rey de Romanía con mis artes haré tal cosa que ninguno no pueda entrar ni salir en él; y esto es por que Bores de Mar no pueda salir a hacer su batalla con vos, por cuanto él es muy buen caballero y podríades recibir algún daño. Asimismo, los que dentro del palacio estuvieren estarán en demasiada congoja, ca pensarán que los sus días son feneidos. En este tiempo verná el infante Lucescanio y vos haréis batalla con él, y si a las vuestras manos muere, yo, mi señor, os prometo de os hacer señor de los imperios de Trapisonda y Constantinopla y del reino de España. Esto podrá yo hacer teniendo vos la fortaleza que los vuestros dioses en vos pusieron, por cuanto yo tengo en el mi poder a los dos emperadores y al rey Bracamor de España encantados en la Montaña Despoblada, y asimismo al príncipe don Cristalián, hijo del emperador Lindedel de Trapisonda.

Como el jayán así oyó hablar a Drumelia fue grande la su alegría, y dijo:

—Agora me decid, ¿por qué desamáis tanto al infante Lucescanio?

—Eso os diré yo de grado —dijo Drumelia—. Sabed que por este infante han de ser los mis días tristes, y a esta causa lo desamo. Y no solamente a él, pero a todo su linaje haré todo el daño que pudiere.

El jayán holgó mucho de oír a Drumelia, y díjole:

—Si vos al infante Lucescanio me dais entre las manos, yo os daré dél tal venganza que vós seáis muy contenta.

—Yo lo querría ver en mi²⁸¹ poder —dijo Drumelia—, que yo le daría la muerte. Agora nos vamos para la ciudad adonde el rey está, y allí veréis lo que yo hago por vuestro servicio; pero yo mucho querría que vós fuésedes encubiertamente, por que de nadie fuésedes visto.

—Así será.

Drumelia le dijo:

—Yo sé que aquí cerca de la ciudad esta una floresta muy espesa, y allí me podréis aguardar hasta que yo haya hecho mis encantamientos.

—Así se hará como lo vos decís.

Y muy alegres con lo que ordenado llevaban tomaron su camino para la floresta, y no anduvieron mucho cuando la vieron a ojo, y como era muy espesa de grandes verduras holgaron mucho de la ver y diéronse mayor priesa a andar, por que no viniese alguno de la ciudad que los viese. A hora de completas llegaron a la floresta, y como en ella entraron fueron muy ledos, por no ser de nadie vistos. Allí se apieron y descansaron del trabajo del camino y cenaron de lo que los escuderos del jayán traían. Acabada que fue la cena, estuvieron hablando una gran pieza en lo que habían de hacer; Drumelia dijo al jayán:

—Mi señor, yo me quiero ir para la ciudad agora, que es ya tarde, y comenzaré esta noche a hacer mis signos y conjuros en torno del palacio del rey.

El jayán le dijo que ella fuese a la buena ventura y que los dioses la encaminasen. Ella se levantó, y subiendo en su palafrén tomó los libricos que de su castillo había traído, y despidiéndose del jayán entró en la ciudad y fuese para los palacios, y allí anduvo en torno dellos por espacio de tres horas rezando en sus libros y haciendo sus signos y conjuros. Acabado este espacio de tiempo, Drumelia

²⁸¹ 1587: 'm' (124r).

se volvió a la floresta y fue muy bien recibida del jayán Marisgolfo; ella le dijo que ya dejaba hecho gran parte de los encantamientos, pero que forzosamente había de volver allá otras dos noches; el jayán le dijo que lo hiciese muy secretamente, de manera que de nadie no fuese sentida. Drumelia le dijo:

—Dejadme a mí ese cargo, que yo lo haré de manera que vos seáis alegre y yo vengada de quien tanto mal me ha de hacer.

Allí reposaron aquella noche; y otro día, venida que fue la noche, Drumelia se tornó a la ciudad y hizo lo mismo que la otra noche pasada había hecho, y eso mismo hizo la tercera. Como Drumelia acabó de hacer sus signos y conjuros en torno del palacio del rey de Romanía, la tercera noche súbitamente fue hecho en torno del palacio un río, y corrían tan recio y con tanto ruido, que espanto ponía a quien lo miraba; iba tan alta el agua, que llegaba a la mitad del palacio. Oiréis la mayor maravilla que nunca fue vista ni oída: de aquel espantoso río salían tan grandes llamas de fuego, que todo el palacio cubrían. Estos encantamientos se comenzaron a los doce de la noche; era tan espantoso el ruido del agua y de las espantosas llamas del grande y muy temeroso fuego que del río salía, que el rey y todos los que en el palacio estaban recordaron con muy grande espanto, y luego el rey llamó a muy gran priesa y las guardas que de noche acostumbraban guardar el palacio entraron en la cámara. Él les dijo:

—Decidme ¿qué ruido tan espantoso es éste?

Las guardas le dijeron:

—Levántese vuestra alteza, que todos somos a punto de muerte.

Como el rey esto oyó, levantose a gran priesa del lecho. A esta hora entraron por la puerta de la cámara el príncipe Bores de Mar y la princesa Archesidela trayendo consigo a la hermosa Bellaestela; el rey dijo a Bores de Mar:

—Hijo, ¿qué es esto?

—No puedo saber —dijo Bores de Mar— qué cosa es, más de cuanto los de la ciudad dan grandes voces en torno del palacio diciendo que todos somos muertos y asolados, y que el palacio se arde en vivas llamas, y las llamas nacen de un hondo río que cerca el palacio.

—No me creáis —dijo el rey— si no deben de ser grandes encantamientos. Fiemos en la misericordia de Dios, que habrá merced de nuestras vidas. ¿Habéis visto si se quema el palacio?

—No —dijo Bores de Mar—, pero hay tan demasiada calor, que no se puede sufrir estando en la sala.

—A Dios merced —dijo el rey— que no hace más daño.

La princesa Archesidela y Bellaestela no cesaban de llorar; Bores de Mar y el rey las conhortaban diciéndoles que no tuvieran temor alguno, que Dios les enviaría socorro. Así como oído habéis estuvieron esperando la ventura que Dios les quisiese dar.

Drumelia, después que los encantamientos hubo acabado, se fue la más contenta del mundo a donde el jayán Marisgolfo estaba, y como a él llegó, díjole:

—¡Ea mi señor! Parezca vuestro bravo y esforzado corazón y armas de vuestras armas, y poneos junto a un padrón que cerca del espantoso río yo dejo puesto, y allí haréis batalla con los caballeros que os la pidieren hasta que el infante

Lucescanio venga. Yo me quedaré en esta floresta esperando que vuestros escuderos me traigan las nuevas de la muerte del infante.

—Hágase así como lo vos mandáis —dijo el jayán.

Y luego se armó de todas sus armas y mandó aparejar todos siete caballos, para que adonde él estuviese se los llevasen. El jayán subió en uno dellos y despidiose de sus cormanos los jayanes y de Drumelia, y tomando su camino se entró en la ciudad, y como aún no era amanecido no le echaron de ver las gentes hasta que llegó a los palacios adonde el rey estaba. Y él mismo fue estrañamente espantado de ver el agua y el fuego, y miró por el padrón y junto a él estaba una pequeña tienda y dentro una rica silla; el jayán se apeó, y sus escuderos le tomaron el caballo y él se entró en la tienda y se asentó en su silla, y allí aguardó a los que batalla le vinieren²⁸² a demandar.

Oído habéis cómo el sabio Doroteo dijo al rey Vandiano y a aquellos caballeros que en el reino de Romanía hallarían al infante Lucescanio y ellos tomaron su camino para ir en la su busca. Yendo un día el rey Vandiano y aquellos caballeros que en la su compañía iban, a hora de prima oyeron gran ruido de caballeros que se combatían; Dismael de la Roca dijo al rey:

—Este ruido batalla de caballeros es: vamos a verlo.

—Vamos —dijo el rey.

Y así, movieron hacia donde el ruido se oía, y como un recuesto descendieron vieron en un valle hacer una cruda y muy espantosa batalla: peleaban tres caballeros con uno solo que traía unas armas verdes. El rey y los caballeros estaban espantados de ver la gran bondad del caballero de las armas verdes, y decían:

—Éste es uno de los mejores caballeros que hoy son en el mundo.

Dismael y don Veros de Licante dijeron al rey:

—Para Santa María no ha de pasar así que tres acometan a un solo caballero.

Y diciendo esto pusieron las espuelas a sus caballos y bajaron al llano, y como junto a los caballeros fueron, Dismael dijo:

—Estad, caballeros, por lo que debéis a la orden de caballería, que cosa estraña y muy fea es para los que la miran ser tres caballeros contra uno solo.

Los caballeros no respondieron cosa alguna.

—Pues que así es —dijo don Veros de Licante—, y nós somos dos, juntémonos con este caballero, que son tres contra él y habrémoslo uno por uno.

Y diciendo esto movieron sus caballos. El caballero de las armas verdes les dijo:

—Señores caballeros, teneos afuera, que para contra estos traidores no tengo necesidad de ayuda. Cuando menester la hubiere, yo recibiré la merced.

Como así oyeron hablar al caballero saliéronse afuera. A esta hora el caballero de las armas verdes dio tal golpe al uno encima del yelmo, que la cabeza le hendió hasta los dientes y luego el caballero cayó muerto, y con los dos que le quedaban él se hubo tan bien que no pasó mucho tiempo que al uno dellos dio tal golpe en el muslo, que se lo cortó hasta el hueso y con el gran dolor que sintió dio consigo del caballo abajo; al otro, que a caballo le quedaba, dio tal priesa que ya lo traía a su voluntad, y el caballero andaba muy laso, que no daba golpe que fuerza alguna tuviese. Como él tan maltrecho se vio, hirió de las espuelas a su caballo lo mejor

²⁸² 1587: ‘vinieron’ (125r).

que pudo. Como el caballero de las armas verdes vio que el caballero se le quería ir, puso las espuelas al suyo, y no tardó mucho tiempo cuando lo alcanzó, y diole tal golpe en el brazo del escudo, que se lo hendió. Tras éste le dio otro que le quitó el yelmo de la cabeza; como el caballero tal se vio, comenzó a pedir merced de la vida; el caballero de las armas verdes le dijo:

—La merced que yo de vos habré será quitaros la cabeza de los hombros.

Y diciendo esto le dio tal golpe que se la echó rodando por el campo. Esto hecho, él limpió su espada, y metiéndola en la vaina se vino hacia los caballeros. En este tiempo el rey Vandiano dijo al escudero del caballero de las armas verdes:

—Amigo, dime, ¿por qué aquellos caballeros se combatían con tu señor?

El escudero le dijo:

—Vos, mi señor, sabréis que viendo aquél caballero por una montaña muy espesa que cerca de aquí está, vio debajo de un árbol cómo estaba un caballero viejo durmiendo desarmada la cabeza y las manos, y por cabecera tenía su escudo. Estos tres caballeros que vistes que con mi señor hacían batalla se llegaron a él, y el uno dellos se apeó y le cortó la cabeza. Desto fue aquél caballero muy airado contra ellos, y puso las espuelas a su caballo por los alcanzar, que a muy gran prisa se iban huyendo, y como los alcanzó demandoles por cuál razón habían hecho tal traición en matar aquél caballero durmiendo. Ellos le dijeron que si lo quería él demandar; él les dijo que sí, que por eso había venido tras ellos. Los tres caballeros le dijeron: «Vos, dos caballero, volveos por do venistes; si no, haremos de vos lo que vistes hacer de aquél caballero; que no penséis que os habemos de acometer uno a uno, sino todos juntos». «Venid, dijo él, que yo os haré²⁸³ morir de mala muerte», y así se comenzó la batalla que vistes.

—Buen escudero, decidnos, ¿quién es vuestro señor?

—Eso no me lo pidáis —dijo él—, que yo iría contra su servicio si tal os dijese: él es un caballero extraño, va a la corte de el rey de Romanía.

A esta sazón llegaron Dismael de la Roca y don Veros de Licante trayendo consigo al caballero de las armas verdes; el rey Vandiano le dijo:

—Todo el mundo es razón que deseé servir a tan buen caballero como lo vos sois.

El caballero de las armas verdes se le humilló; Dismael de la Roca le dijo:

—Señor caballero, aquí viene el rey Vandiano de Trebencia. Nós venimos en la su compañía a la corte del rey de Romanía en busca de un caballero, que hay mucha necesidad en el mundo de la su ayuda. Y por tanto, os pedimos por la fe que a Dios debéis y por la cosa del mundo que más amáis, que nos digáis vuestra nombre.

Como el infante se viese conjurar, no pudo hacer menos sino decir quién era, y dijo:

—Mi nombre es Lucescanio. Y si más de mí queréis saber, decir os lo he. Al rey Vandiano conozco yo por oídas, y es persona a quien yo deseo hacer todo placer.

Como aquellos caballeros entendieron que aquél era el infante Lucescanio todos se apareon por le besar las manos, y quitando los yelmos se humillaron ante él diciéndole:

²⁸³ 1587: ‘hara’ (125v).

—Señor, todos somos criados y vasallos del emperador vuestro padre.

El infante los abrazó con mucho amor y les dijo:

—Decidme, ¿quién es el caballero que venís a buscar, que necesidad hay en el mundo de la su ayuda?

—Mi señor —dijo el rey Vandiano—, el caballero sois vos; la necesidad es muy grande de la vuestra ayuda, ca sabed, mi señor, que el emperador vuestro padre y la emperatriz Cristalina, y vuestros agüelos el emperador y emperatriz de Constantinopla, y el rey Bracamor y la reina Pinalba y el príncipe don Cristalián vuestro hermano son encantados en poder de Drumelia la encantadora, y no pueden ser libres sino por la vuestra mano.

Como el infante estas nuevas de tanta tristeza oyese vínole una grande angustia al corazón, y dijo:

—¿Cómo sabéis cierto que yo soy el que los tengo de librar?

—Sí —dijo el rey—, que el sabio Doroteo nos lo dijo, y bien ha un mes que andamos en la vuestra busca.

—Y ¿en qué parte están encantados?

—En la Montaña Despoblada los tiene Drumelia en figura y forma de aves.

—No nos detengamos más —dijo el infante—, sino luego tomemos el camino de la Montaña.

Estando en esto vieron venir por el camino una doncella en un palafrén haciendo muy gran duelo, mesando sus muy rubios cabellos. Como el infante y aquellos caballeros la vieron fueronse para ella y rogáronle muy ahincadamente que les dijese por qué hacía tan gran duelo; la doncella les dijo:

—Ay caballeros, y cómo creo que estáis inocentes de perdimiento del rey de Romanía!

—¿Qué es el daño que le ha venido? —dijo el infante.

—Que no saben los de la ciudad —dijo la doncella— si el rey y cuantos están en el palacio son muertos o vivos, que ha acaecido la más estraña aventura que nunca en el mundo se vio.

Allí les contó la doncella todo lo que oído habéis, y asimismo les dijo cómo todos los gentileshombres de la casa del rey habían hecho batalla con el jayán Marisgolfo y que eran ya muertos y vencidos. Como el infante Lucescano entendió que el jayán lo había por su señora Bellaestela, y asimismo no sabían si todos los del palacio eran muertos o vivos, dijo al rey Vandiano y a los otros caballeros:

—Señores, aquí me podéis aguardar, que yo quiero ir a hacer batalla con el jayán Marisgolfo, que es razón ayudar al rey de Romanía en tal menester como éste, y yo le debo más que cuantos nacieron, que recibí orden de caballería de su hijo Bores de Mar.

El rey Vandiano y aquellos caballeros le respondieron que era mucha razón, y que todos irían con él para servir al rey en todo lo que pudiesen; el infante se lo agradeció. Luego subieron en sus caballos, y enlazándose los yelmos, dijeron a la doncella que adónde iba; ella les dijo que iba a buscar algún caballero que con Marisgolfo hiciese batalla. El infante le dijo:

—Buena doncella, no vais más adelante, que aquí van tales caballeros que al jayán Marisgolfo pesará de la demanda que ha tomado.

La doncella se volvió con ellos para la ciudad.

Capítulo LVI

De cómo el infante Lucescanio hizo su batalla con el jayán Marisgolfo y de lo que en ella le acaeció.

DICE la historia que el infante Lucescanio y aquellos caballeros se fueron a muy gran priesa para la ciudad, y como en ella entraron, luego se fueron al palacio del rey, y como tal maravilla vieron del fuego y del agua fueron muy espantados, y pareciores ser imposible estar vivos los que en el palacio eran. El infante se fue a mirar un letrero que en un padrón estaba cerca de la tienda del jayán; como a él llegó, vio que decía así:

Cualquier caballero que en libertad quisiere poner al rey de Romanía haga su batalla con el valiente y no vencido jayán Marisgolfo. El tal caballero sepa y tenga por cierto que si el jayán fuere muerto o vencido, que el rey y todos los de su palacio serán libres de la fatiga en que están; y si caballero no hubiere en el mundo que a este esforzado jayán venciere, sepa que las sus vidas perecerán muy breve.

Como el infante Lucescanio el letrero acabó de leer fue estrañamente airado pensando en el angustia en que su señora Bellaestela estaba, y muy presto se fue para la tienda del jayán. A esta hora llegaron al infante el rey Vandiano y aquellos caballeros; Dismael de la Roca le dijo:

—Mi señor, a la vuestra merced suplica tenga por bien que mi batalla sea primera con el jayán.

El infante le respondió diciéndole:

—No es razón sino que quien debe pagar la deuda, y esto digo por lo mucho que yo debo al rey de Romanía y a Bores de Mar su hijo. Lo que yo, señor Dismael, os pido, aunque yo no haya hecho ningún servicio, es que si yo aquí acabare la vida, que vós, mi buen señor, y esos otros caballeros pugnéis por la libertad del rey.

Dismael se lo prometió, y asimismo el rey Vandiano y los otros caballeros. Esto hecho, el infante dijo al jayán Marisgolfo:

—Levántate, bestia, que ya es Dios servido que salgas desta vida por que no hagas más daño en el mundo de lo hecho.

Como el jayán desta manera oyó hablar al infante levantose a muy gran priesa, y con una voz ronca y muy temerosa dijo:

—¡Oh dioses, y cómo soy escarnido por una cosa tan captiva! ¿Cuáles diez jayanes hubiera en el mundo que tal me osaran decir? ¿Qué venganza tomaré de quien tan osadamente me habló? Darle yo la muerte, no puede él en esta vida haber mayor bien, aunque del mundo le hiciesen señor, que recibirla de mi mano.

El infante, que aguardándole estaba, le dijo:

—Marisgolfo, no gastes tantas palabras sin que pro alguna te tengas: aparejate para la batalla; si no, acometerte he como a mi mortal enemigo.

Como el infante esto le dijo, el jayán subió en su caballo y tomó una gruesa lanza y dijo:

—¡Agora te guarda de mí, que yo te daré por este encuentro a conocer quién es Marisgolfo!

Y diciendo esto se encontraron tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas; el infante hizo su encuentro en el escudo del jayán, pero él era tal que daño alguno no le hizo; el jayán erró el suyo y quebró su lanza en el suelo. Como él vio su lanza perdida comenzó a bramar de tal manera que espanto ponía a quien lo miraba. Dando grandes bramidos echó mano por una gran cuchilla que consigo traía, y el infante asimismo por su buena espada, y comenzáronse a herir de duros y muy pesados golpes, tanto, que espanto ponía a quien los miraba.

Duró esta priesa obra de media hora a mucho daño del infante, que no le alcanzaba el jayán golpe a derecho con su cuchilla que no le cortaba las armas y la carne, por manera que el infante perdía mucha sangre, y al parecer de quien los miraba él llevaba lo peor; aunque no era así, porque el jayán andaba ya muy cansado, y su caballo mucho más que él, lo cual no tenía el infante, que andaba tan ligero que no parecía sino ave y hería muy a menudo al jayán, y como no le acertaba a su voluntad (por razón de las armas que traía muy recias), andaba muy enojado, y poniéndose sobre los estribos por le dar en la cabeza, dio tal golpe con su espada en el escudo del jayán (que muy recio era) que se le hizo²⁸⁴ dos partes, quedándose en la mano solamente la empuñadura. Cuando el rey Vandiano y los caballeros que la batalla estaban mirando esto vieron tuvieron por muerto al infante, y rogaban a Dios que en tal menester le ayudase.

Como el jayán le viese sin espada, alzó su cuchilla por herir al infante en la cabeza pensándole hender de arriba abajo; pero no le avino como él lo pensó, que como el caballo traía ya muy cansado y el golpe iba con toda su fuerza, el infante apartó su caballo (que muy ligero era) y el jayán dio el golpe en vacío, y con la gran fuerza que puso, cayó su caballo con él tal caída que ni él ni su caballo no se pudieron levantar. Como el infante así lo vio, apeose muy presto y fuese para él (que ya estaba sentado en el suelo, que levantar no se podía por cuanto había una cadera desconcertada); él tenía su cuchilla en la mano y meneábala a una y a otra parte muy a menudo, por manera que el infante no podía llegar a él por cuanto no tenía espada; y mirando a una y a otra parte vio en el suelo media lanza de las que habían quebrado, y yéndola muy presto a tomar, diole con ella tal golpe en la cabeza, que atordido dio con él en el suelo y soltó la cuchilla de la mano; el infante la tomó, y a muy gran priesa quitó el yelmo al jayán y cortole la cabeza.

Así como fue muerto, súbitamente el agua y el fuego desapareció, y el palacio del rey quedó libre. El infante hincó los hinojos en el suelo y dio muchas gracias a Dios por la victoria que le había dado. El rey Vandiano y todos aquellos caballeros se llegaron a él y le preguntaron qué tal se sentía.

—Bueno —dijo el infante—, a Dios merced. Vamos luego al palacio del rey y sabremos si los que dentro estaban son muertos o vivos.

—Vamos —dijo Dismael—, pero bien sería que primero os apretásemos esas llagas, que mucha sangre se os va.

²⁸⁴ Se refiere a la espada de Lucescano.

—Eso será cuando seamos en el palacio del rey, si vivos los halláremos; que si muertos son, juntamente con ellos fenecerán mis días.

Como el rey Vandiano y aquellos caballeros así le vieron hablar fueron muy espantados, y callaron, que cosa alguna no dijeron. Y así, se entraron en el palacio, y como en la sala adonde el rey y el príncipe estaban fueron, el rey se maravilló, que no podía pensar quién aquellos caballeros fuesen. El infante que muy alegre estaba de los ver vivos, hincó los hinojos ante el rey; él que ante si lo vio, dijo a los otros caballeros:

—Decidme, ¿quién es este caballero que tan mal herido viene?

El rey Vandiano le respondió:

—Es el caballero que los grandes encantamientos de vuestro palacio deshizo dando la muerte a aquel bravo y muy soberbio jayán Marisgolfo.

Como el rey tal oyó, luego se levantó en pie, y tomando al infante por las manos le dijo:

—¡Ay buen caballero! Pues vos hoy, después de Dios, sois el que la vida nos habéis dado, y por vuestra mano es muerto el mayor enemigo que yo tenía, haced de mi reino y de mi persona a vuestra voluntad.

El infante se le humilló y le dijo:

—Yo soy el que tengo de servir.

—Decidme quién sois —dijo el rey.

—Eso haré yo de grado —dijo el infante.

Y luego llamó que le quitasen el yelmo y aquellos caballeros se lo quitaron: cuando el rey entendió que aquel caballero era el infante Lucescanio, fuele a abrazar diciéndole:

—De vos, mi buen señor, me había a mí de venir tanto bien. ¿Qué ventura os trujo por estas tierras en tiempo de tanta necesidad?

—La voluntad que yo de serviros tengo —dijo el infante— no me dejó mucho tiempo reposar con la reina de Cantaria.

El rey entendió que por amor de Bellaestela había sido la su venida tan presta, pero callose por entonces, y dijo que luego trujesen maestros para que el infante fuese curado, y así fue hecho como el rey lo mandó. A esta hora ya venía la princesa Archesidela y la hermosa Bellaestela; como el infante las vio fuese a humillar ante la princesa, mas ella no se lo consintió, antes lo abrazó diciéndole:

—Ya otra vez tenía yo la vida por perdida, y por vuestro hermano el príncipe don Cristalián la cobré: esta segunda la he cobrado por vos. No sé qué me diga, sino que no nacieron los hijos con menos ventura que el padre.

El infante se humilló ante su señora Bellaestela por le besar las manos; ella se las dio, por le dar el galardón de lo que había hecho.

A esta hora vinieron los maestros, y el príncipe Bores de Mar le ayudó a desarmar y vieron que estaba muy mal herido. Así, le llevaron a una cámara adonde había un rico lecho; el rey de Romanía y el príncipe y aquellos caballeros se fueron con él, y el infante fue curado de sus llagas. El rey preguntó a los maestros que si eran peligrosas; los maestros dijeron que algunas, pero que, con el ayuda de Dios, que ellos le darían sano.

—Así quiera Dios —dijo el rey—, que gran daño vendría al mundo si tan buen caballero dól saliese.

El rey se llegó al infante y le preguntó quién eran aquellos caballeros, él le dijo cómo eran de Trapisonda y Constantinopla y España.

—¿Quién son? —son dijo él.

—El rey Vandiano —dijo el infante.

Y asimismo le dijo quién eran los otros caballeros. El rey y el príncipe les dijeron que los perdonasen si no les habían hecho aquella honra que a sus personas convenía. En este tiempo dieron de comer al infante, y los maestros dijeron al rey que lo dejases solo, que convenía para su salud que un poco reposase: el rey y aquellos caballeros se salieron al palacio, no quedando con el infante sino su escudero Bridamor. El rey de Romanía preguntó al rey Vandiano por el emperador Lindedel; él dio un suspiro, y juntamente con él le vinieron las lágrimas a los ojos, y dijo:

—Ha venido muy gran daño al mundo muy pocos días ha, ca sabed que el emperador y emperatriz y todos los de su palacio están encantados en poder de Drumelia la encantadora, y asimismo lo es el emperador Escanio de Constantinopla y el rey Bracamor de España.

Mucho fue el rey espantado de oír tan estrañas nuevas, y dijo:

—¡Malditos sean los encantamientos y el primero que los usó, que tanto daño al mundo viene por ellos!

Asimismo dijo el rey Vandiano que eran encantados el príncipe don Cristalián y la reina de Caucán y la infanta Minerva.

—Y habemos sabido que no pueden ser libres sino por la mano del infante Lucescanio, que Dios guarde. Yo y estos caballeros habemos andado gran tiempo en la su busca, y muy cerca desta ciudad le hallamos haciendo batalla con tres caballeros, y a todos los mató y venció, y estandole hablando por saber quién era vimos salir de la ciudad una doncella que muy gran duelo iba haciendo; el infante la llamó y le dijo qué era la causa de su tristeza, ella nos contó lo que en el palacio de vuestra alteza había acaecido, y así, movimos todos para saber qué cosa fuese.

Finalmente, el rey Vandiano contó al rey de Romanía todo lo que oído habéis que al infante acaeció con el jayán Marisgolfo

Capítulo LVII

De cómo el jayán Marisgolfo fue enterrado, y de cómo la hermosa Bellaestela fue a ver al infante Lucescanio y de lo que allí pasaron.

COMO el jayán Marisgolfo fue muerto por la mano del infante Lucescanio, luego los sus escuderos haciendo muy grandes llantos se fueron para la floresta adonde Drumelia y los otros jayanes estaban. Cuando Drumelia así los vió venir fue muy espantada, y salióles al camino diciéndoles:

—Amigos, ¿adónde dejáis a vuestro señor?

—Es muerto —dijeron los escuderos—, y por mano de un solo caballero; y a lo que nós habemos entendido, había nombre el infante Lucescanio.

Cuando Drumelia esto oyó comenzó a herir en el rostro llamándose captiva y amenguada y escarnida por el linaje del emperador Lindedel, y decía:

—¡Oh infante Lucescanio, yo moriré o tú comprarás caramente la muerte de Marisgolfo!

Y diciendo esto subió en su palafrén; sin nada decir a los jayanes, se fue por un camino a más andar. Como los dos jayanes cormanos de Marisgolfo vieron que su cormano era muerto tomaron su acuerdo de lo que habían de hacer: a la fin acordaron de ir por el cuerpo para le dar sepultura, y luego se fueron para la ciudad, y como llegaron adonde el jayán estaba muerto, ellos comenzaron a hacer un doloroso llanto, y como acabaron su duelo fuéreronse al palacio del rey y dijeronle que la su merced fuese de les dar licencia para dar la sepultura al cuerpo del jayán allí adonde había sido la batalla, porque de aquello eran los sus dioses servidos, que donde muriesen, allí se les hiciese la sepultura. El rey les respondió que lo hiciesen así como lo pedían, y asimismo les dijo:

—No es razón que hagáis duelo por hombre que su misma soberbia lo mató.

Los jayanes hicieron su acatamiento y se salieron del palacio, y luego desarmaron el cuerpo de Marisgolfo y allí adonde habían hecho la batalla le dieron sepultura, y esto hecho, llamaron los mejores maestros que en la ciudad había para que allí adonde el jayán Marisgolfo estaba sepultado se hiciese un sepulcro muy rico. Así fue hecho, de una piedra jalde,²⁸⁵ y en torno dél estaba un letrero de oro que decía así:

Aquí yace sepultado el jayán Marisgolfo, señor de gran tierra, poseedor de todos los señoríos comarcanos. Fue muerto en batalla por el infante Lucescanio, hijo del emperador Lindedel de Trapisonda.

Puesto este epitafio en torno del sepulcro, hicieron hacer tres pies apartado dél una red de hierro, y era tan alta que subía encima del sepulcro bien un estado. Encima de la red hicieron un cielo del mismo hierro, muy bien obrado. Esto hecho, los jayanes se salieron de la ciudad y se volvieron a su tierra acompañados de mucha tristeza, y como allá llegaron fueron hechos muy grandes llantos por una hermana del jayán, pero no por sus vasallos, que estrañamente fueron ledos en

²⁸⁵ Verde pálido.

saber que era muerto, ca muy triste vida pasaban con él, por cuanto era muy soberbio. Agora sabed que la hermana del jayán Marisgolfo era doncella, y como su hermano fue muerto, ella sucedió en su señorío y sus vasallos fueron contentos de la tomar por señora, que aunque era jayana, era dotada de todas buenas costumbres, lo que no era Marisgolfo su hermano, y con ella vivieron muy contentos.

El día que el infante Lucescanio fue curado tuvo muy poco reposo, ca tenía gran dolor de las muchas heridas, de lo cual el rey de Romanía y todos estaban muy tristes, y mucho más lo estaba Bellaestella, porque lo amaba de corazón. Otro día por la mañana la princesa Archesidela dijo a una doncella suya que le fuese a saber qué tal había estado el infante la noche pasada. Bellastela le dijo:

—Amiga, mucho os ruego que asimismo le veáis de mi parte.

La doncella hizo su mandado y fuese al aposento del infante, y como le vio, díjole el mandado de la princesa y de la hermosa Bellaestela. Como el infante vio las mercedes que su señora le hacía en acordarse dél, dio un pequeño suspiro diciendo:

—¡Ay señora doncella, decid a la princesa que si la su merced quiere la mi vida, que haga de manera que yo vea a mi señora Bellaestela. Decid a la su merced que dolores de las llagas, no de las que en el cuerpo tengo, que éstas poco daño es el que hacer me pueden, pero de las que en el corazón tengo, son las que la vida me quitan.

Esto decía el infante con rostro muy triste; la doncella que con tanta pasión le vio, le dijo:

—Yo, mi señor, haré vuestro mandado, y haré tanto por os servir, que la hermosa Bellaestela os venga a ver.

Cuando el infante así oyó hablar a la doncella, díjole:

—Mi buena amiga, pues que en vos tanto poder hay, de aquí os prometo de jamás dejaros de servir.

La doncella (que Clarabela había nombre) se le humilló diciéndole:

—Yo, mi señor, os entiendo de hacer tales servicios que pensare ser merecedora de cualquier merced que se me haga.

Tanta fue el alegría que el infante sintió, que le quiso besar las manos; la doncella las tiró afuera y se despidió dél; él la encomendó a Dios dándole muchas gracias por el ofrecimiento que hecho le había. Clarabela se fue para su señora la princesa y díjole el mandado del infante; la princesa se rio de lo ver tan apasionado, y dijo a Clarabela:

—Vete a Bellaestela y dile que se apareje para ir a ver al infante, que mucho está maldoliente, y tal, que esta noche no ha dormido cosa alguna.

Clarabela se fue al aposento de Bellaestela y hallola que ya se estaba vistiendo, y díjole el mandado de su señora, y como Bellaestela lo oyó, dijo a la doncella:

—Amiga, decid a la princesa que a mí me pesa de la mala disposición del infante, que en acabándome de vestir yo me pasaré a su cámara.

Clarabela dijo:

—¡Oh mi señora Bellaestela, y qué dolor es de ver al infante Lucescanio! Si la vuestra merced va a su aposento, verle ha mudada la hermosa color de su rostro:

en las señales dél bien se conocerán las angustias y mortales deseos que en el su corazón siente.

—No os maravilléis —dijo Bellaestela—, que son grandes las llagas que tiene

—Ésas no son nada —dijo Clarabela—: las del corazón que vós, mi señora, le habéis hecho, son las que la vida le quitan, y de tal manera le tienen apasionado, que si la vuestra medida no le vale, nunca él de allí se levantará. Y quiero que sepáis que yo hube tanta piedad dél, que me ofrecí a su servicio en todo cuanto mis fuerzas me bastaren.

—Mucho poder debe ser el vuestro —dijo Bellaestela.

—Mayor será la piedad que la vuestra merced dél habrá, y ésta no faltando, sin duda el infante será guarido. Y con esta esperanza me voy, que la princesa me está esperando.

Clarabela se salió del aposento de Bellaestela y se fue a su señora, y ella la preguntó si era Bellaestela levantada; la doncella le dijo que sí, que luego venía. Así, estuvieron hablando en la mala disposición del infante una pieza, y no tardó mucho tiempo cuando entró por la puerta aquella hermosa Bellaestela; como la princesa la vio, díjole:

—Andad acá, medicina de quien tanta pasión tiene: vamos a ver aquel que sin la vuestra vista no puede sostener la vida.

Bellaestela se rio y dijo

—No entiendo lo que la vuestra merced me dice.

—Lo que yo digo —dijo la princesa— es que vamos a ver al infante Lucescanio.

Y así, la tomó por la mano, acompañadas solamente de Clarabela y otras dos doncellas (que la princesa no consintió que más fuesen con ellas, por no dar pena al enfermo), así se fueron al aposento del infante (que muy cerca estaba del de la princesa); como en la cámara fueron, la princesa se llegó al lecho del infante llevando consigo a la hermosa Bellaestela, y díjole:

—Mi señor, ¿qué tal os sentís?

Como el infante vio a la cosa del mundo que él más amaba ante sus ojos, dio un triste suspiro diciendo:

—Agora venga la muerte cuando por bien tuviere, que ya mi ánima llevará entero reposo con la merced que asaz grande se me ha hecho.

La princesa que con tanta pena le vio, díjole:

—Pues ¿cómo, señor? ¿Teniéndome a mí por tan vuestra teméis disfavor alguno que venir os pueda? No consiento que de hoy más tristeza en vuestro corazón se aposente, que vós, mi buen señor, merecéis mucho y es razón que todos os sirvamos.

Y diciendo esto tomó a Bellaestela y hízola sentar junto al lecho; el infante quiso besar las manos a la princesa, mas ella las tiró afuera y se apartó a una finiesteria que a una hermosa huerta salía, y allí se estuvo por una pieza hablando con sus doncellas. Como el infante vio a su señora tan cerca de sí, el corazón se le estremeció, y tomándole sus hermosas manos para se las besar, le dijo:

—¡Oh mi señora, y cuán dulce es para mí la vuestra vista.

Y diciendo esto y besándole las manos derramaba por ellas infinitas lágrimas. Como Bellaestela tal le vio, díjole:

— ¿Qué es esto, señor? ¿No sabría yo la causa de tanta tristeza? ¿Por ventura son grandes y de mucho dolor las llagas que tenéis?

— ¡Ay mi señora — dijo el infante —, que son tales y de tanto peligro, que si vos, mi señora, de mí no os doléis, yo soy muerto!

— Aconhortaos — dijo Bellaestela —, que los maestros han dicho al rey que muy presto seréis guardado de las llagas que tenéis, que no hay ninguna que de peligro sea.

— La llaga, mi señora, que tengo está en mi corazón: es incurable. Y yo conozco tanto de mí que es mortal, según el poco remedio para ella me da quien después de Dios tiene el poder.

— Decidme quién es — dijo Bellaestela —, que yo os prometo en eso y en todo lo demás de seros buena amiga.

Como el infante así la vio hablar tornole a besar las manos por las mercedes que le hacía, y díjole:

— Vos, mi señora, sois la que en mí tenéis poder, y no otra de cuantas hoy en el mundo son nacidas.

Como Bellaestela esto le oyó víñole una hermosa color al rostro, y díjole:

— Esa voluntad que vós mostráis tenerme, a mí me parece que ya esta bien pagada, pues yo os recibí por mi caballero. Merced ninguna no la esperéis de mí hasta que yo sepa quién son mis padres, Basteos, y es mucha razón, que vós estéis muy contento, pues de aquí os hago cierto que mi corazón no es ocupado de otro pensamiento sino del vuestro. Y cuanto a esto, yo no os puedo ni quiero decir más.

El infante fue muy triste en oír aquellas nuevas, pero como vio que aquella era la voluntad de su señora convínole sufrirse, y dando un sospiro dijo:

— Yo, mi señora, tengo de hacer en todo vuestro mandado; y pues que así es, a mí me conviene andar por el mundo, y de aquí prometo y juro en estas blancas y delicadas manos vuestras de jamás tomar un solo día de reposo hasta acabar la demanda que a vós, mi señora, os ha de hacer alegre.

Bellaestela se lo agradeció mucho, y díjole:

— Las mercedes serán tales cuales fueren los servicios que yo de vos recibiere.

El infante le besó las manos y le dijo:

— Solamente la dulcedumbre de esas palabras son para dar cien mil vidas, cuanto más una; que de cuán perdida yo la tenía, en oír lo que mi ventura mereció se me figura que por muchas partes me viene la resurrección. Aunque larga el esperanza, todo será como la ventura Dios me la quisiere dar.

A esta hora la princesa Archesidela dijo a Bellaestela que ya le parecía que era hora de irse, por cuanto el rey y el príncipe estarían en la capilla para oír misa, y diciendo esto se llegó al lecho, y despidiéndose del infante, le dijo:

— Mi señor, estad muy bueno, que mientras en el lecho estuvieredes cada día ternéis nuestra visitación.

El infante le besó las manos; Bellaestela asimismo se despidió dél, y se salieron de la cámara y se fueron a oír misa. Como fueron en el palacio hallaron al rey y al príncipe que ya estaban en la capilla, la princesa y Bellaestela entraron en ella y la misa se comenzó, y como fue acabada, el rey y el príncipe se salieron al palacio acompañados de sus altos hombres; la princesa y Bellaestela se fueron a su

aposento y allí estuvieron hablando en lo que Bellaestela había pasado con el infante.

Agora sabed que él fue del todo guarido en quince días, y como del lecho se levantó fueron todos muy alegres. Estando un día ante el rey de Romanía, el rey Vandiano dijo al infante:

—Mi señor, ¿para cuándo manda la vuestra merced que la nuestra partida se aparezca?

—Sea por la mañana —dijo el infante—, que ya yo me siento para tomar armas.

El príncipe Bores de Mar dijo:

—De mi parecer, el infante sería bien que aquí se detuviese algunos días, por cuanto no puede ser que él en tan poco tiempo haya cobrado todas sus fuerzas.

—Yo, mi señor —dijo él—, me siento muy bueno, a Dios merced, y sin falta la mi partida será por la mañana.

El rey Vandiano y aquellos caballeros fueron muy ledos en oír tales nuevas, lo que no fue el rey de Romanía ni el príncipe Bores de Mar, ca mucho les pesaba de lo apartar de su compañía. El rey preguntó al infante si había luego de tomar el camino de la Montaña Despoblada; él le dijo que sí, que no había otro deseo sino de se ver en ella.

—Acabada esa aventura —dijo el rey—, yo os ruego mucho que nos vengáis a ver:

—Eso no puede ser —dijo el infante—, por cuanto yo he prometido a mi señora Bellaestela de entrar luego en la demanda de sus padres:

—Pues que así es —dijo el rey—, es mucha razón que se haga lo que Bellaestela manda.

Allí estuvieron hablando en los encantamientos, cuánto daño al mundo venía por ellos, hasta que fue hora de comer, y después que hubieron comido, el rey y el infante y aquellos caballeros se salieron al campo y por él se anduvieron paseando hasta que fue tarde, que se vinieron a la ciudad.

Otro día por la mañana el infante y el rey Vandiano y aquellos caballeros se armaron, y asimismo Dismael de la Roca y don Veros de Licante, y así armados se vinieron al palacio del rey; como él los vio, díjoles:

—¿Forzosamente ha hoy de ser la partida?

—Señor, sí —dijo el infante.

Y luego se despidió del rey y del príncipe Bores de Mar, y aquellos caballeros asimismo. El infante pidió licencia al rey para se ir a despedir de la princesa Archesidela y de la hermosa Bellaestela; el rey se la dio, y luego el infante y aquellos caballeros se fueron al aposento de la princesa y hallaron que aún no era levantada; la princesa mandó que entrasen en su cámara, y como el infante la vio, díjole:

—Mi señora, ¿qué manda la vuestra merced, que yo me quiero luego partir?

La princesa le dijo:

—Mi señor, que os acompañe Dios por doquiera que anduviéredes y siempre os tenga de su mano, pues tanto bien ha de venir al mundo por vos.

El infante le dijo:

—Yo querría ver a mi señora Bellaestela, si la vuestra merced para ello me diese licencia.

La princesa dijo a una de sus doncellas que fuese al aposento de Bellaestela, y que si vestida la hallase, le dijese que se pasase a su cámara, que aquellos caballeros la aguardaban allí, que ya estaban de partida. La doncella hizo su mandado y halló a Bellaestela que se estaba vistiendo, la doncella le dijo el mandado de la princesa; como ella lo oyó, así como estaba, sin más esperar, demandó una ropa de encima de cetí carmesí, y sus hermosos cabellos llevaba cogidos en una red de oro, y de la manera que oído habéis se pasó al aposento de la princesa acompañada de sus doncellas, que cuando por la puerta de la cámara entró no parecía sino una hermosa rosa acabada de cortar. Ella se sentó sobre el lecho de la princesa; el infante Lucescano se humilló ante ella diciéndole:

—Mi señora, dadme vuestras manos en señal que más no pareceré ante vos hasta que yo cumpla vuestro mandado o la vida me cueste.

La hermosa Bellaestela se las dio, y con las lágrimas en los ojos (que no las pudo resistir en ver tan cerca la partida) dijo:

—A Dios ruego yo que tal ventura os dé que muy presto os vea yo ante mis ojos con mucha alegría.

El infante le dijo:

—Rogándolo la vuestra merced por mí a Dios, no puedo yo ser, por donde anduviere, sino el más bienandante de cuantos nacieron.

Y besándole muchas veces las manos le rogó que le echase su bendición. La hermosa Bellaestela alzó sus blancas manos, y dándole su bendición no le pudo hablar palabra: tanto dolor sintió en le ver puesto en tantos peligros. El infante que bien entendió la turbación de su señora, diole tanta pena, que casi sin fuerzas se levantó, y haciendo su acatamiento a la princesa y a su señora se salió de la cámara. El rey Vandiano y aquellos caballeros se despidieron de la princesa y de Bellaestela, y todos subieron en sus caballos y enlazaron sus yelmos, y tomando sus escudos se salieron de la ciudad y siguieron su camino.

La hermosa Bellaestela mostró tanto sentimiento por la partida del infante, que desde el día que de la corte del rey de Romanía salió jamás se vistió sino de negro, y en su rostro nunca vieron señal de alegría. Aquí deja la historia de hablar desta hermosa doncella por que sepáis lo que en el palacio del emperador de Persia acaeció.

Capítulo LVIII

En que se cuenta la dolorosa nueva que al palacio del emperador de Persia vino.

YA os contamos cómo el príncipe don Cristalián salió de la corte del emperador Aliandro llevando en su compañía a la reina de Caucán y a la infanta Minerva, y como habéis oído, luego fueron encantados y nunca más dellos en la corte del emperador se supo nuevas ningunas. La princesa Penamundi estaba muy triste, y decía en su corazón: «¡Ay infanta Minerva, y cómo no cumples lo que me prometiste! Pues no es posible que ya no sois en el reino de Archimora, no sé cómo no os acordáis de la soledad y tristeza que comigo quedó». Estando hablando consigo en lo que oído habéis entró en su cámara una cormana suya, y así, cesó su habla y pensamientos.

Estando el emperador Aliandro de Persia en su palacio entró una doncella vestida de paños de duelo y fuese al emperador; besándole las manos, le dijo:

—Emperador Aliandro, el sabio Doroteo mi tío hace saber a vuestra majestad cómo el príncipe don Cristalián, vuestro caro y grande amigo, es muerto, y en la su compañía murieron la reina de Caucán y la infanta Minerva y todos los que consigo llevaban. Doroteo tuvo por bien de haceros saber estas nuevas. porque es razón que se haga sentimiento por la muerte de quien tanto deseó tener de serviros.

Como el emperador esto oyó dio una voz muy alta diciendo:

—¡Gran pérdida es la que al mundo ha venido si lo que vós, doncella, me habéis dicho es verdad!

Y diciendo esto comenzó a derramar infinitas lágrimas; la doncella le dijo:

—Lo que yo he dicho es verdad, y de aquí me voy a Trapisonda a llevar estas tristes nuevas al emperador su padre.

—Decidme —dijo el emperador— quién fue el que a tan buen caballero mató y cómo lo mataron, si lo sabéis.

—Matáronlos en un castillo adonde una noche albergaron; cómo los mataron, yo no lo sabré decir.

—Cosa justa es de creer —dijo el emperador— que a él le mataron a traición; que si en batalla fuera, bien cierto soy yo que él se defendiera de todos cuantos hoy son en el mundo.

La doncella se salió del palacio, el emperador se levantó de su silla y se fue al aposento de la emperatriz; como ella lo vio venir con tanta tristeza fue muy turbada, y díjole:

—Mi señor, ¿qué es la causa por que yo veo en vuestro rostro señales de tanta tristeza?

—Hay mucha razón para ello —dijo el emperador—, ca sabed que es muerto nuestro²⁸⁶ amigo el príncipe don Cristalián.

Como la emperatriz tal nueva oyó fue muy turbada, y dijo:

—¿Quién tuvo poder de hacer tanto daño?

²⁸⁶ 1587: ‘vuestro’ (129v).

—No lo sé —dijo el emperador—, pero yo lo sabré, y tomaré tal emienda por la su muerte, que mientras el mundo durare quedará dello memoria.

—Llámenme a la princesa —dijo la emperatriz—, que es mucha razón que sienta la muerte de quien a ella le dio la vida

Luego pasó un doncel al aposento de la princesa y le dijo cómo la emperatriz la llamaba; la princesa le dijo:

—¿Tú sabes lo que me quiere?

—No lo sé —dijo el doncel—, más de cuanto el emperador y la emperatriz lloran muy agramente y dicen palabras de mucho dolor.

Como la princesa esto le oyó alterose mucho, y dijo:

—¡Sancta María, valme! ¿Qué puede ser?

Y diciendo esto se levantó, y sola con la infanta Sandalina se pasó al aposento de la emperatriz, y como en la cámara entró y vio al emperador y emperatriz con tanta tristeza, dijo:

—Yo vengo con mucha alteración; mi corazón traigo sin reposo: mi entendimiento no alcanza qué nueva pudo venir que tanta tristeza diese a vuestras reales personas.

Como el emperador la vio, díjole:

—Sábete, hija mía, que nuestro grande amigo el príncipe don Cristalián es muerto, y esta es la causa de nuestra tristeza.

Como la princesa estas nuevas oyó, tú, Lector, puedes sentir los dolores y angustias que de presto a su triste corazón cercarían; pero como era una de las más entendidas que en el mundo había nacido, desechó de sí toda turbación, y llegose a la emperatriz y díjole:

—Dígame vuestra majestad, ¿quién ha traído esta nueva?

—Una sobrina del sabio Doroteo: razón es que sea creído, pues el sabio lo envió a decir.

—¿Quién lo mató? —dijo la princesa.

—No lo sé —dijo la emperatriz.

Luego mandó el emperador que todos los del su palacio se vistiesen de paños de duelo, y él y la emperatriz asimismo se vistieron de negro, y fueron hechas en la corte del emperador grandes y muy ricas obsequias, así como si verdaderamente él fuera su hijo, y asimismo las hicieron en todas las villas y ciudades del imperio. El emperador se salió al gran palacio y halló allí a Guiladoro el Rubio, que era cormano del príncipe don Cristalián, y como esta triste nueva entendió, había hecho y hacía muy esquivo llanto; el emperador lo conhortó. Liramante de Siria dijo a Guiladoro:

—Estos llantos dejémoslos para las dueñas y doncellas, y tomad vuestras armas y vámonos por el mundo a buscar quién a vuestro cormano mató.

A Guiladoro le pareció muy bien aquel consejo, y luego él y Liramante de Siria y otros caballeros de la corte del emperador que eran amigos y servidores de don Cristalián juraron de jamás entrar en Persia hasta saber quién al príncipe mató. Los caballeros de la corte eran éstos: Belicante de Ribas, hijo del duque Napelo de Ribas, y Tarance de Lira, sobrino del emperador. Estos cuatro caballeros se armaron luego, y despedidos que fueron del emperador subieron en sus caballos, y así, salieron aquel mismo día de la corte.

Salido que fue el emperador al gran palacio, la princesa estuvo con la emperatriz hasta que fue tarde. Ya que la noche sobrevenía, ella se despidió y se fue a su aposento, y como en él se vio mandó a la infanta Sandalina que luego cerrase las puertas, por que persona alguna allá no pudiese entrar; la infanta hizo su mandado. La princesa dio un golpe consigo en el suelo diciendo:

—No es razón que más viva quien tanto sufrimiento ha tenido. ¿Qué mayor traición puede ser de la que yo hoy he cometido contra quien era vida de mi vida? ¿Qué temor de muerte, qué infamia de fama, que desheredamiento de todo el mundo había de ser causa para que yo negase aquél por quien hoy sostengo la vida después de Dios? ¡Oh mi verdadero amigo! Y ¿quién en el mundo tuvo tanto poder que bastase a derramar vuestra real sangre? ¡Oh flor y espejo de toda la caballería del mundo, escudo y amparo de todos los que agravio recibían, y cuán presto feneció y fue muerta la fama de tu alta caballería! ¡Oh emperador Lindedel y emperatriz Cristalina, qué dolor será el que sentiréis cuando sepáis la muerte de vuestro querido hijo don Cristalián! ¡Oh reina de Caucán, y cuán triste fue para mí el día y la hora que tú en Persia entraste! Mi triste corazón adivinaba lo que por ti me había de venir, que jamás me plugo con tu vista. ¡Oh infanta Minerva, y con cuánta sinrazón yo me quejaba de ti, que tú perdiste la vida por me servir y²⁸⁷ yo por ello²⁸⁸ te daba mal galardón quejándome de ti porque no hacías lo que me prometiste! Por cierto no lo merecían los grandes servicios que yo de ti he recibido. No sé con qué gratificarnos, a ti lo que serviste, y al príncipe don Cristalián lo mucho que me quería, sino con dar fin a mis tristes días; no con darme la muerte, que el alma es cosa muy preciada, sino con vivir el tiempo que Dios fuere servido de acá me dejar, en continua soledad adonde gentes jamás me vean.

Y diciendo esto tomole un desmayo, y tal, que la infanta Sandalina pensó que muerta era, y echándole agua por el rostro estuvo una pieza que no la pudo tornar; pero ya cuando en sí tornó, la infanta Sandalina (que muy sesuda era) la comenzó a conhortar, pero todo no aprovechaba nada, que un desmayo se le iba y otro se le venía. Como la infanta esto vio, desnudó a la princesa y echola en su lecho, que toda la noche se estuvo a su cabecera diciéndole palabras de mucho consuelo. Cuando la princesa volvía de sus desmayos decía a la infanta, derramando infinitas lágrimas:

—Amiga Sandalina, ¿qué será de la triste que todo el bien que en esta vida tenía se le acabó? ¿Qué consuelo queréis que tome la que tan tristes días ha de vivir hasta que la escura muerte venga por mí?

—Mi señora —dijo la infanta—, pues algún medio se ha de dar en este hecho: para los tales tiempos hay necesidad de mostrar nuevas fuerzas, a lo menos por algunos días, por que el emperador no sienta la causa de vuestra tristeza.

La princesa que vio que aquello era lo que le convenía para poder ella hacer lo que en su pensamiento tenía, dijo a la infanta:

—Yo haré lo que me decís, porque veo que así conviene.

²⁸⁷ Suplo 'y' (130r).

²⁸⁸ 1587: 'ella' (130r).

—Pues así sea, mi señora —dijo la infanta—, que bien veo yo que para tan gran mal no hay consuelo; pero mayor mal será que sepa el emperador y todo el mundo que don Cristalián era vuestro caballero.

—Yo me esforzaré —dijo la princesa.

Así, se pasaron aquella noche la princesa y la infanta con la tristeza que podéis pensar. Venida que fue la mañana entraron en la cámara de la princesa las doncellas de la emperatriz, y hablando en la muerte de don Cristalián comenzaron a llorar muy agramente, y decían:

—¡Ay buen caballero, y cuánta pérdida vino al mundo con la vuestra muerte!

Como la princesa las oyó cubriósele el corazón y quedose desmayada; la infanta que tal la vio, dijo:

—¡Ay por Dios, señoras, no lloréis, que la princesa, como sabéis, es enferma del corazón y de cualquiera tristeza que vea luego le toma este desmayo, cuanto más de la muerte deste caballero, que es mucha razón que todos la sientan! La princesa ha estado tan triste desde que esta nueva vino, que siempre me temí que había de parar en esto.

Como las doncellas esto vieron, luego cesaron su llanto y se llegaron a la princesa, y Sandalina le echó agua en el rostro y a poco rato tornó en su acuerdo derramando infinitas lágrimas, que no podía acabar menos consigo. Las doncellas tenían pensamiento que del dolor del corazón lloraba; ellas no osaron más hablar en la muerte del príncipe, como vieron tal a la princesa. Una pieza de tiempo pasada, ella dijo:

—Hame dado tanta pena la muerte de aquel caballero, que no lo sé decir.

—A todos los que le conocían creo ya que la ha dado —dijo la infanta.

La princesa se vistió y dijo a su cormana:

—Agora nos vamos al aposento de la emperatriz; y no sepa que yo he estado mala, porque recibe mucha pasión.

—Hacer se ha lo que vuestra alteza nos manda.

Y así, se fueron adonde la emperatriz estaba.

Capítulo LIX

En que se cuenta quién era la doncella que la nueva de la muerte del príncipe don Cristalián trajo a la corte del emperador de Persia.

YA se os ha contado como Marisgolfo el jayán fue muerto en Romanía por la mano del infante Lucescanio. Como Drumelia la encantadora se salió de la floresta sin hablar a los cormanos del jayán cosa alguna, ella iba desesperada quejándose de su ventura, que tan contraria le había sido. Sabed que Drumelia sabía bien por sus artes los amores de don Cristalián y la princesa Penamundi, y comoquiera que su pensamiento no era otro sino hacer todo mal al linaje del emperador Lindedel, determinose de ir a Persia y allí decir cómo don Cristalián era muerto. Esto hacía ella por hacer morir con pesar a la princesa Penamundi, y por que su maldad fuese creída dijo que era sobrina del sabio Doroteo, porque ya ella sabía en cuanto el sabio era en todo el mundo tenido, y que en decir que de la su parte venía darían más crédito a sus palabras.

Oído habéis el dolor que aquella nueva dio al emperador y emperatriz y princesa y a todos los parientes y amigos del príncipe don Cristalián, que bien se puede creer que si aquellos príncipes que de los Hondos Valles habían salido en Persia se hallaran, que tomaran la misma demanda que Guiladoro el Rubio y Liramante de Siria.

Dice la historia que Drumelia se fue a su castillo, y como a él llegó halló a un caballero su amigo que era la persona del mundo que ella más amaba, y asimismo él amaba a ella. Como él tan triste la vio venir, díjole:

—Mi amiga Drumelia, ¿quién ha tenido osadía de enojaros?

Como ella le oyó hablar comenzó a llorar muy agramente diciéndole:

—Mi verdadero amigo, yo soy malamente escarnida por el infante Lucescanio, ca sabed que ha dado la muerte al jayán Marisgolfo: aquel que yo pensé que mil veces al infante diera la muerte. Jamás seré alegre, por tan gran pérdida como al mundo ha venido con la muerte de Marisgolfo.

El caballero su amigo le preguntó de qué manera el infante le había muerto, ella se lo contó como lo habéis oído; el caballero le prometió y juró en sus manos de no tomar alegría hasta la vengar del infante Lucescanio.

—¡Ay por Dios, mi amigo —dijo Drumelia—, no hagáis tal juramento, que en ninguna manera yo os consentiré que tal demanda toméis! Ca sabed que yo he hallado por mis artes que vos habéis de morir a sus manos, y por esto que yo sé ando por el mundo perdida por darle la muerte.

Como esto el caballero le oyó fue muy airado contra el infante, y dijo:

—¿Quién en el mundo ha de tener poder para darme a mí la muerte si no fuere Dios? Yo os prometo como quien soy que antes que año y día se cumpla yo os dé la cabeza del infante Lucescanio.

—Mucho soy triste —dijo Drumelia—, ca yo sé verdaderamente que después del príncipe don Cristalián su hermano no hay mejor caballero en el mundo, ni de más alta caballería; pero pues vos por mí eso queréis hacer, yo os daré unas armas encantadas por tal arte que arma ninguna no las pueda empecer.

Desto fue el caballero muy ledo, y rogo que luego se las diese diciéndole:

—No es razón, mi señora, que vós viváis con tanta fatiga: yo asimismo quiero dar la muerte a mi enemigo antes que él me la dé a mí.

—Guíelo Dios como yo lo deseo —dijo Drumelia—. Si vós, mi amigo, este camino queréis tomar, yo tengo de ir en la vuestra compañía para guardarlos de algunos peligros que vós no os sabréis dellos guardar.

—Si yo tal compañía llevo, ¿a quién en el mundo que contra mí venga tengo de temer?

Con este concierto cenaron con mucha alegría, y durmieron aquella noche con mucho descanso de sus ánimos, que se amaban mucho. Venida que fue la mañana, Drumelia y su amigo se levantaron y ella mandó a una doncella suya que le trujese unas armas que estaban en una caja negra; la doncella hizo su mandado. El caballero las miró y parecióle las mejores que él había visto, y fue muy contento de las ver; y luego se armó, y vinieron tan bien como si para él fueran hechas. Drumelia mandó que le trujesen un escudo que en la misma caja estaba, que era de un fino acero; ella le dijo:

—Mi amigo, este escudo es muy preciado, que ha la misma virtud que las armas.

—Mucho es bueno —dijo el caballero.

Luego Drumelia se aparejó para ir aquel camino, y el caballero subió en su caballo (que ya lo tenían aparejado) y Drumelia en su palafrén, y solamente llevaban en su compañía dos escuderos, y así, tomaron su camino para el reino de Romanía con pensamiento que allí hallarían al infante Lucescanio; en todo el camino no les avino cosa que de contar sea. Llegando un día cerca de la ciudad donde el rey de Romanía estaba vieron venir un escudero en su palafrén; como Drumelia le vio, díjole:

—Buen escudero, atended.

El escudero se paró; Drumelia le dijo:

—Mi buen amigo, yo vengo en busca de un caballero que ha nombre Lucescanio: decidme, si os pluguiere, si es en la corte del rey de Romanía.

El escudero le dijo:

—Buena doncella, vuestro afán ha sido en balde, que el infante Lucescanio muchos días ha que él y unos caballeros que en la su compañía estaban son partidos de la corte.

—Decid para dónde, si lo sabéis.

—Eso no os lo sabré decir —dijo el escudero—. Y a Dios seáis encomendados, que yo no me puedo más detener.

—Vais a la buena ventura —dijo Drumelia.

Ella quedó muy triste por no hallar al infante, y dijo a su amigo:

—Agora nos conviene pasar más afán de lo que habemos tomado en lo ir a buscar por todo el mundo.

—Dé Dios buen fin —dijo su amigo— a nuestros hechos, que el afán poco es.

Y diciendo esto tomaron un camino que a la mano derecha estaba, y así, los dejaremos hasta su tiempo.

Dice la historia que como a la corte del emperador de Persia vino la nueva del muerte del príncipe don Cristalián, la princesa Penamundi tal dolor en su corazón

sintió que cayó en una grave enfermedad en que todos pensaron fenecerían los sus días, por lo cual la corte del emperador estaba muy turbada, y las promesas y oraciones que se hacían no hay quien contar lo pueda, y muchas y muy continuas procesiones, que jamás cesaron hasta que fue Dios servido de le enviar entera salud, por lo cual fueron hechas grandes alegrías en todo el imperio; pero desta alegría muy poca entraba en el corazón de la princesa.

Un día, a hora de vísperas, el emperador y emperatriz entraron a ver la princesa, que aún estaba con demasiada flaqueza, y como fueron sentados y le demandaron qué tal se sentía, la princesa les respondió que ella daba muchas gracias a Dios por las mercedes que le había hecho, y asimismo le dijo:

—Sepa vuestra majestad una promesa que yo he hecho, y para la cumplir me dé licencia.

El emperador le dijo que él holgaba que ella con la buena ventura cumpliese todo lo que había prometido; la princesa le besó las manos y le dijo:

—Pues sabed, mi señor, que como yo me vi tan cercana a la muerte, por que Dios tuviese por bien de me dar la vida yo prometí de tomar paños de orden y acabar la vida en un monasterio.

Como el emperador esto le oyó decir fue muy triste, y díjole:

—Vos habéis hecho mal en prometer lo que no podíades cumplir.

La emperatriz le dijo:

—Hija mía, y ¿cómo habías de dejar el imperio de Persia huérfano y sin señor después de los nuestros días?

—Ahí está mi cormano Tarance de Lira —dijo la princesa—, a quien este señorío viene faltando yo.

—No lo consentirá Dios —dijo la emperatriz— que yo tal dolor vea ante mis ojos.

—Mi señora —dijo la princesa—, si vuestra majestad me quiere ver muerta, quíteme la intención que tengo, que es de servir a Dios.

—Vos le serviréis —dijo la emperatriz— en compañía de aquel que Dios tuviere por bien de daros por marido.

—Eso yo nunca lo veré —dijo la princesa—, aunque sepa pasar por mil muertes.

Como eso le oyó el emperador fue muy airado contra ella, y díjole:

—Vos haréis aquello que la mi voluntad fuere, y no más.

Y diciendo esto se salió de la cámara de la princesa al palacio; la emperatriz se quedó con ella diciéndole muchas cosas, y que tuviese por bien de no enojar al emperador; pero todo aprovechó tanto como nada, que jamás la emperatriz ni la infanta que con ella estaba le pudieron mudar el pensamiento que tenía, por lo cual la emperatriz estaba muy enojada.

Como el emperador se salió al gran palacio halló en él a sus altos hombres; salía tan enojado que todos pararon en ello mientes, pero no le osaron hablar palabra. El emperador se asentó en su silla. A esta hora vieron entrar en el palacio una doncella asaz grande de cuerpo y muy bien guarnida; como junto al emperador llegó quitose un antifaz que en el rostro traía, y de todos fue conocida ser Belsael, la hija del sabio Doroteo; ella besó las manos al emperador y le dijo:

—Serenísimo emperador de Persia, el sabio Doroteo mi padre, revolviendo sus libros, por el su gran saber supo cómo Drumelia la²⁸⁹ encantadora vino a la vuestra corte por os hacer saber cómo el príncipe don Cristalián era muerto. Mi padre Doroteo hace saber a vuestra majestad que él es sano y vivo, y asimismo dice que está encantado en poder de Drumelia. Tiene encantados al emperador Lindedel su padre y a la emperatriz Cristalina, y al emperador Escanio de Constantinopla y emperatriz, y al rey Bracamor de España y a la reina Pinalba. Todos estos señores están encantados en la Montaña Despoblada en figura de aves: pasan muy triste y amarga vida.

Como el emperador estas nuevas oyó fue demasiadamente ledo, y dijo:

—A Dios doy yo muchas gracias que tan buenas nuevas me ha dejado oír. ¿Vivo es aquel buen caballero? Yo perderé todo mi estado por le poner en libertad. Decidme si hay algún medio para desatar aquel encantamiento de la Montaña Despoblada.

—Si hay —dijo Belsael—: el infante Lucescanio y no otro tiene poder para deshacer aquellos encantamientos que Drumelia tiene hechos.

—Grande es la su falsedad, que nos vino a decir que era sobrina del sabio Doroteo por que más crédito diésemos a sus palabras. Dios la destruya —dijo el emperador—, pues tanto daño viene al mundo por ella. Agora me decid quién es el infante Lucescanio, porque luego quiero enviarlo a buscar, pues está en la su mano y no en la de otro hacer tanto bien.

—No hay necesidad de lo enviar a buscar —dijo Belsael—, que ya él es ido para la Montaña Despoblada. Cuyo hijo es yo lo diré, que no es razón quien tan buen padre tiene de se encubrir. Él, mi señor, es hijo del emperador Lindedel de Trapisonda, hermano de aquel bienaventurado príncipe don Cristalián; él es hoy el mejor caballero que hay en el mundo después de su hermano.

—Grandes nuevas son las que hoy habemos oído —dijo el emperador—: yo mismo las quiero ir a dar a la emperatriz.

Y diciendo esto se levantó, y acompañado de sus altos hombres y llevando a Belsael consigo se fue al aposento de la princesa (por cuanto ya él sabía que allí había de hallar a la emperatriz). Así como por la puerta de la cámara entró dijo a la princesa:

—Hija mía, con las buenas nuevas que yo os daré, razón es que hagáis lo que yo por bien tuviere, y esto digo cuanto a lo que habéis prometido.

Como la princesa vio venir a Belsael con el emperador con tanta alegría diole un salto el corazón, y dijo en su pensamiento: «Agora pluguiese a Dios que estas nuevas me hiciesen alegre». Y respondió al emperador:

—Harto sería yo sandia si tuviese pensamiento contra lo que vuestra majestad mandar me quisiere.

—Sabed —dijo el emperador— cómo nuestro amigo el príncipe don Cristalián es vivo.

En diciendo esto el emperador, llegó Belsael a besar las manos a la emperatriz y a la princesa, y allí les contó todo lo que oído habéis, de lo cual fue tan demasiada

²⁸⁹ Suplo 'la' (131v).

la alegría que la princesa en su corazón sintió, que todos los que quisieran parar mientes en ello se lo conocieran. La emperatriz dijo a Belsael:

—Decidme, ¿quién era aquella falsa doncella que aquí vino con aquellas nuevas?

—Era Drumelia la encantadora —dijo Belsael—, que es la misma que encantados los tiene.

Grande fue el alegría que hubo en toda la corte del emperador en oír aquellas buenas nuevas del príncipe don Cristalián, que de todos era muy amado. El emperador dijo a la princesa que honrase mucho a Belsael, que lo bien merecía, pues tan buenas nuevas había traído; la princesa le dijo que en todo haría su mandado. El emperador se salió al palacio, y él y sus altos hombres por una pieza no hablaron en otra cosa sino en la falsedad de Drumelia. La emperatriz se fue a su aposento; la princesa se quedó en compañía de sus doncellas, las cuales holgaron mucho con Belsael. Pasando una pieza, las doncellas se fueron a su aposento; la princesa se quedó sola con la infanta Sandalina y Belsael, la cual como sola la viese, le dijo:

—Mi señora, el sabio Doroteo mi padre besa por mil veces vuestras reales manos, y que mucho ruega a la vuestra merced no tome pasión alguna por la prisión del príncipe don Cristalián, que muy cedo²⁹⁰ será libre por mano de su hermano, como dicho tengo.

A la princesa le vinieron las lágrimas a los ojos, y dijo:

—¡Ay amiga! Y ¿qué alegría puedo yo tener estando don Cristalián con tanta fatiga como está?

Belsael le dijo:

—Mi señora, el esperanza que hay de lo ver tan presto libre es razón que a todos dé mucha alegría; y vos, mi señora, sed leda, que Dios lo traerá todo a buen fin.

Mucho holgó la princesa en hablar con Belsael. Allí la tuvo consigo hasta que fue hora de cenar, y junto a su mesa mandó que Belsael cenase. Acabado que hubieron, la princesa dijo a Belsael:

—Amiga, vos venís cansada del largo camino: es mucha razón que os vais a reposar.

Belsael le besó las manos, y una doncella de la princesa la tomó consigo y la llevó a una cámara adonde estaba aparejado un lecho y allí la dejó en compañía de otras doncellas. Como Belsael salió de la cámara de la princesa, la infanta Sandalina cerró la puerta; como la princesa se vio sola con la infanta, dijole:

—¡Ay, que nuevas de tanta alegría son estas que hoy habemos oido si no trujeran aquella mezcla de pesar que es estar encantado como lo está!

La infanta Sandalina le dijo:

—¿Qué os parece, mi señora, cómo Dios hace las mercedes a quien le place? Esto digo por la nueva que vino estando vos para tomar paños de orden; que si tomado los hubiérades, yo no sé manera como se pudieran dejar sin que afrenta se recibiera.

²⁹⁰ Pronto.

—Hácelo Dios —dijo la princesa— no como yo lo merezco, sino como quien Su Majestad es.

En estas alegres nuevas para aquella hermosa princesa estuvieron halbando gran parte de la noche hasta que ya era hora de dormir, y así, se fueron a acostar con demasiada alegría. Venida la mañana, Belsael se fue al aposento de la princesa y le dijo:

—Yo, mi señora, me querría luego partir: vea vuestra alteza si hay alguna cosa en que yo pueda servir:

—Mucho me pesa —dijo la princesa— de vuestra partida: aquí quisiera que algunos días os detuviérades, ca mucho huelgo con la vuestra vista.

—Mi señora, más razón es que vuestra alteza huelgue con la mi partida, por cuanto soy mucho menester en otra parte; ca sabed que yo llevo aquí tales cosas que sin ellas el príncipe don Cristalián no puede ser libre, ni ninguno de los que encantados están. Yo me voy, y tomaré mi camino para la Montaña Despoblada, y si el infante Lucescanio no fuere llegado, a mí me conviene de lo aguardar; y si llegado es, él no puede nada hacer sin la mi ayuda.

—Cosas me habéis dicho —dijo la princesa— por donde yo ya querría que fuésedes partida.

Luego le mandó dar grandes dones; Belsael no los quiso tomar, y rogó a la princesa que aquellas mercedes que le hacía quedasen para cuando ella diese por allí la vuelta; la princesa le dijo que así sería como ella lo quería. Luego le besó las manos y se fue a despedir del emperador y emperatriz tomando su camino para la Montaña Despoblada.

Capítulo LX

De cómo Drumelia la encantadora fuera muerta si del infante Lucescanio no fuera socorrida.

YA se dijo cómo Drumelia la encantadora y su amigo partieron del reino de Romanía en busca del infante Lucescanio para le hacer todo el daño que pudiesen. Sabed que anduvieron en la su busca por muchas partes. Yendo un día a hora de tercia por una floresta atravesaban cuatro caballeros, los cuales como cerca de Drumelia llegaron, luego fue por ellos conocida, y el uno dijo:

—Topado nos habemos con la más alevosa doncella que hoy es en el mundo nacida, que ella y su amigo no andan sino haciendo el daño que pueden.

Los otros le respondieron:

—¿Es ésta por ventura Drumelia la encantadora?

—No es otra —dijo el caballero— sino ella misma.

—Pues fenezcan aquí sus días —dijeron los caballeros.

Y diciendo esto, todos cuatro echaron manos a las espadas: los tres contra el amigo de Drumelia y el uno para ella. Como Drumelia esto vio fue muy turbada, y muy presto sacó un poco de agua que en una redoma traía, y tomando della en

la boca, comenzó a ruciar al caballero que contra ella venía: así como el agua sobre él cayó, luego la perdió de vista, que nunca más la pudo ver.

Como libre se vio, no tuvo poder para librarse a su amigo, y acordó de ir a buscar algún caballero que de las manos de aquellos cuatro le librasen, y al más correr de su palafrén se fue por el camino adelante dando grandes voces. No anduvo mucho cuando vio venir un caballero armado de todas armas, y a poco rato detrás díl venían otros caballeros. Como Drumelia los vio comenzó a acrecentar en su duelo. A esta hora los caballeros llegaron a ella. Sabed que aquellos caballeros eran el infante Lucescanio y los que en su compañía iban a la Montaña Despoblada. Como el infante la vio llorar tan agramente, díjole:

—Buena doncella, mucho os ruego, si os pluguiere, que nos digáis por qué hacéis tan gran duelo.

Drumelia le dijo:

—¡Ay señor caballero, por Dios doleos de la mi gran cuita, ca sabed que a un caballero que mi amigo es le están dando la muerte cuatro caballeros lo más alevosamente que se puede pensar!

—Decidme adónde están.

—Muy cerca de aquí —dijo Drumelia.

El infante dijo al rey Vandiano y a aquellos caballeros:

—Atendedme aquí un poco: iré con esta doncella y daré a conocer a aquellos caballeros cómo van contra la orden de la caballería en acometer cuatro a un solo caballero.

—Todos iremos con la vuestra merced —dijo el rey Vandiano.

—Guiadnos —dijo el infante.

Y luego la doncella dio la vuelta a su palafrén y el infante y aquellos caballeros la siguieron, y no anduvieron mucho cuando vieron al caballero amigo de Drumelia y a los cuatro que con él se combatían. Como el infante lo vio, tomó la lanza a Bridamor su escudero y fue a herir a los cuatro caballeros de tal encuentro que luego dio con el uno dellos en el suelo y la lanza fue quebrada, y luego echó mano a su espada y comenzó a herir a diestro y a siniestro de tal manera que en poco rato derribó los dos de los caballeros. El uno que le quedaba puso las espuelas a su caballo hacia donde Drumelia estaba; como el infante le vio ir hacia la doncella fuese tras él al más correr de su caballo; como el caballero vio que el infante le seguía pasose de largo, que no pudo herir a Drumelia; el infante que adelante le vio pasar, no le quiso más seguir.

En este tiempo el caballero amigo de Drumelia se vino adonde el infante estaba, y él y su amiga le querían besar las manos por el buen socorro que les había hecho; el infante no se las quiso dar. Drumelia le dijo:

—Mi señor, la vuestra merced sea de me decir quién es, por que yo sepa por quién después de Dios mi caballero y yo tenemos las vidas.

—Yo he nombre Lucescanio —dijo el infante.

—¿Sois por ventura hijo del emperador Lindedel de Trapisonda?

—Soy —dijo él.

—Agora no me espanto —dijo Drumelia— de las maravillas que os he visto hacer.

—Vos, caballero —dijo el infante al amigo de Drumelia—, ¿habéis alguna llaga?

—No —dijo él.

—Pues ved si queréis otra cosa, por cuanto no nos podemos detener.

El caballero le besó las manos y le dijo:

—Mi señor, yo quedo en obligación de os servir toda mi vida:

Drumelia asimismo besó las manos al infante, y ella y su caballero se fueron por el camino a la mayor priesa del mundo. Don Veros de Licante dijo al infante:

—Grande es el miedo que aquel caballero y aquella doncella han cogido, según la priesa se dan a andar.

El infante se rio y dijo:

—Vamos de aquí; pero bien será que sepamos si los caballeros que en el campo quedaron son muertos o vivos.

—Vámoslos a ver —dijo el rey Vandiano.

Así, movieron todos contra donde los caballeros estaban, y como a ellos llegaron vieron cómo no eran muertos: el uno dellos (que con más esfuerzo que los otros estaba) dijo al infante:

—¡Oh señor caballero, y si supiéredes a quién habéis dado la vida, cómo os pesaría dello!

Como el infante esto oyó, díjole.

—Mucho os ruego que me digáis quién es el caballero y²⁹¹ la doncella.

—La doncella es Drumelia la encantadora, y el caballero es su amigo: personas son que no entienden sino en andar por el mundo haciendo todo el daño que pueden.

Como el infante y aquellos caballeros entendieron que aquélla era Drumelia fueron muy espantados. El caballero les dijo:

—Aquella mala doncella y su amigo no merecían sino mil muertes en lugar de una; que han hecho grandes daños en el mundo, que por ellos los imperios de Trapisonda y Constantinopla y reino de España están sin señores. Dios los destruya —dijo el caballero— por doquiera que fueren.

—Amigo —dijo el infante—, ¿de qué tierra sois?

—Somos de Hungría; que estando en la corte del rey Galterio oímos cómo estos príncipes estaban encantados en poder de Drumelia, y como aquí los topamos a ella y a su amigo, queríamos darles la muerte, pues tan bien la merecían.

—Vosotros teníades razón —dijo el infante—: perdonadme el daño que de mí habéis recibido, que a mí me pesa dello.

Luego el infante mandó a los escuderos que con ellos iban que tomasen aquellos caballeros y los llevasen al primer lugar que hallasen y allí los hiciesen curar de las llagas que tenían, y asimismo dejasesen allí muy abastadamente todo lo que hubiesen menester; los escuderos hicieron su mandado, y el infante los encomendó a Dios, y el rey Vandiano y aquellos caballeros asimismo. Tornaron a tomar el camino que antes llevaban.

Como Drumelia y su amigo se partieron del infante Lucescano se fueron a muy gran priesa antes que los caballeros que heridos estaban dijesen al infante quién

²⁹¹ 1587: 'y y' (133r).

era; que si por ventura él sabía cómo ella tenía en su poder a todo su linaje, que lo libraría mal. Así anduvieron aquel día cuanto el caballo y el palafrén los pudo llevar. Drumelia dijo a su amigo:

— ¿Cómo podría yo dar la muerte al infante Lucescanio? Que de la manera que yo lo traía pensado no puede ser, por cuanto vienen muchos caballeros en la su compañía y pasar lo híades mal si batalla hiciédes con él. Y las mis artes no me aprovechan, por cuanto la sabia reina de Cantaria, sabiendo el desamor que yo le había de tener, le dio una rica esmeralda que ha tal virtud que mientras la trujere las mis artes contra él valen tanto como nada.

Hablando en esto ya la noche sobrevenía, Drumelia dijo:

— Amigo, yo ternía por bien que toda esta noche fuésemos en seguimiento del infante, y a doquier que albergasen ver y saber si daño alguno le pudiésemos hacer.

— Hágase como lo mandáis —dijo él.

Y así, volvieron las riendas y anduvieron la mayor parte de la noche, pero no toparon con el infante. Venida que fue la mañana, Drumelia preguntó a unos pastores si por ventura habían visto pasar por allí a unos caballeros; los pastores le dijeron que sí, y por las señas que le dieron ella bien conoció ser el infante y los que en su compañía iban. Así como oído habéis anduvieron tres días y tres noches sin los poder encontrar; al cuarto día (como siempre iban en su seguimiento), a hora de completas, de algo lejos viéronlos cómo entraban en una hermosa floresta que hacia aquella parte estaba. Drumelia dijo:

— Pues que ellos en aquella floresta a tal hora entran, sin ninguna duda albergarán allí esta noche, y durmiendo muy sin pasión, los podréis a todos como allí van cortar las cabezas.

En este tiempo ya la escuridad de la noche sobrevenía, Drumelia y su amigo se entraron por la floresta adelante.

Dice la historia que a hora de maitines el infante dijo al rey Vandiano y a aquellos caballeros que sería bien que en aquella floresta descansasen la parte de la noche que les quedaba; todos acordaron que sería bien, y debajo de una ramada albergaron aquella noche. Como ya era tarde, todos se durmieron sino el infante Lucescanio, que pensando en su señora Bellaestela estaba libre de sueño. A esta hora llegaron adonde ellos estaban Drumelia y su amigo; dejando el caballo y el palafrén apartados por que ruido no hiciesen, el amigo de Drumelia venía con su espada en la mano, y como a los caballeros llegó, muy presto cortó la cabeza a un caballero de los de España. El infante Lucescanio que no durmía y vio bien lo que el caballero había hecho, luego se puso el yelmo y tomó su espada en la mano, y fuese para él diciéndole:

— Vos, don caballero acometedor de traiciones, pues matáis los caballeros estando durmiendo, agora lo comprareís caramente, ca sabed que os costará la vida el daño que habéis hecho.

Y diciendo esto le dio tal golpe por encima de la cabeza, que si las armas no trujera encantadas, de aquel golpe fuera muerto; pero la espada del infante, aunque muy buena era, poco daño podía hacer en el caballero. Al ruido que el infante traía hiriendo muy a menudo al caballero, el rey Vandiano y los otros

caballeros despertaron y fueron muy espantados [...]²⁹² quién podría ser el caballero con quien el infante se combatía, y cuando bien miraron vieron el caballero de España muerto. En este tiempo ya el amigo de Drumelia andaba tan cansado que casi no se podía tener, y asimismo no podía sufrir los duros y pesados golpes que el infante le daba, aunque llaga alguna no le hacía, por las armas encantadas que traía; pero todo le valió tanto como nada contra la bondad del infante, que no le pudiendo sufrir dio consigo en el suelo quedando como muerto. El infante fue luego sobre él, y desenlazándole el yelmo le cortó la cabeza diciéndole:

—¡Desta vez no haréis más traiciones!

Dismael dijo

—Vamos a buscar el caballo del caballero, que no es posible sino que él por aquí cerca le dejase.

Así, movieron a lo buscar. Como Drumelia la encantadora vio muerto a su amigo, que era la cosa del mundo que ella más amaba, pensó morir con pesar; pero como vio ir a Dismael y a los otros caballeros contra sí creció el corazón (que como muerta estaba) y sacó muy presto la redoma y tomando del agua que en ella traía en la boca roció a los caballeros que cerca de ella venían y luego se les desapareció. Como Dismael esto vio, dijo:

—No me creáis si ésta no es Drumelia la encantadora. ¿Veis cómo se nos ha desaparecido? Y aquel caballero debe ser su amigo.

Drumelia tomó su palafrén y a la mayor prisa que pudo se salió de la floresta haciendo muy gran duelo por su amigo. Los caballeros se volvieron adonde el infante estaba; Dismael le dijo:

—Mi señor, el caballero que habéis muerto es el que librasteis de los cuatro.

—¿Cómo lo sabéis? —dijo el infante.

—Porque habemos visto a su amiga Drumelia.

—¿Adonde está? No se nos vaya si tomar la pudiéremos, por que no tenga lugar de hacer más mal de lo que ha hecho.

—Eso será imposible —dijo Dismael.

Y allí le contaron lo que con ella les había acaecido, de lo cual él fue muy espantado, y dijo:

—De esa manera, tarde la podremos haber en nuestro poder.

Mucho fueron tristes por la muerte del caballero de España, y allí pasaron la parte de la noche que les quedaba. Venida que fue la mañana, el infante mandó que el cuerpo del caballero pusiesen en un palafrén para que sepultura le diesen en el primer lugar que entrasen; el amigo de Drumelia, mandó que allí lo dejarasen: pues que tan buenas obras hacía, que las aves comiesen sus carnes. Y salieron de la floresta continuando su camino para la Montaña Despoblada, y así, los dejaremos ir por contarlos lo que Drumelia la encantadora hizo después que del infante Lucescano se partió.

Sabed que ella se fue a su castillo y en él no se detuvo sino sólo un día, cuento a gran prisa anduvo mirando sus libros, y halló por su gran saber que el infante Lucescano llevaba su derecho camino a la Montaña Despoblada por librar a todos

²⁹² Algo parece haberse extraviado aquí; p. ej. ‘y no podían pensar’ (133v).

lo que allí encantados estaban. Ella procuró de hacer tales encantamientos por donde el infante no pudiese entrar en la montaña, y luego otro día por la mañana se partió y jamás cesó de caminar hasta que a la Montaña Despoblada llegó, y como en ella fue, iba tan sañuda contra el linaje del emperador Lindedel, que procuró de les hacer todo el pesar que pudiese; y como ya habéis oído que todos andaban por la montaña hechos aves, luego los tornó en su propio ser y púsolos en una triste y muy escura prisión. Y como esto hubo hecho, en un gran palacio adonde aquella triste prisión estaba dejó gente de servicio para que cada que²⁹³ ella quisiese dar la muerte a aquellos que en su poder tenía estuviesen aparejados para se la dar, y así, se tornó a su castillo.

Capítulo LXI

De cómo el infante Lucescanio llegó a la Montaña Despoblada y de lo que allí le acaeció.

COMO aquellos caballeros tomaron el camino para la Montaña Despoblada anduvieron dos días sin hallar cosa que de contar sea. Yendo el tercero día muy cerca de un puerto de mar, a hora de tercia vieron venir un enano en un rocín, y con un azote que en la mano traía dándole tan gran priesa que venía tan corriendo que parecía un trueno. El infante y los caballeros se pararon a lo mirar, y como el enano llegó adonde ellos estaban, dijo con voz muy apresurada:

— ¿Quién es aquí el infante Lucescanio?

Él le dijo

— Yo soy. ¿Qué es lo que queréis?

Como esto el enano le oyó, sacó un pergamo que en el seno traía y dióselo, y dando del azote al rocín, muy presto se desapareció. El infante dijo:

— Veamos lo que en este²⁹⁴ pergamo viene.

Y abriéndole, vio que decía así.

Si tú, infante bienaventurado, desciendes de aquella sangre preciada de España, no temas de entrar en la espantosa llama de fuego si la libertad de todo tu linaje ver quisieres; y como en ella fueres, muy presto serás en la Montaña Despoblada. La compañía que contigo llevas, si te aguardar quisiere, sea en ese mismo lugar adonde estáis, y ninguno no emprenda a entrar contigo en la espantosa llama; si no, sepa que así como en ella entrare será hecho ceniza.

Todos fueron espantados de oír lo que en el pergamo venía; el infante dijo:

— Acerquémonos más al agua.

El rey Vandiano y aquellos caballeros le dijeron que qué era lo que entendía de hacer en aquel hecho.

— Entrar en la llama, si yo la veo — dijo el infante.

²⁹³ Al momento que, cuando. En otros pasajes: ‘cada vez que, siempre que’.

²⁹⁴ 1587: ‘esta’ (134r).

—Quiera Dios —dijo el rey Vandiano— que esto no sea alguna traición, que yo gran temor tengo no nos venga algún daño.

—No vendrá —dijo el infante—, que para tan gran hecho como éste razón es que mil vidas se aventuren, cuanto más una que tan poco como la mía vale.

—Dios por la su merced —dijo el rey Vandiano— sea siempre en la vuestra guarda.

A esta hora llegaron junto a las ondas del agua y allí estuvieron aguardando por una pieza, y no tardó mucho tiempo cuando vieron que del día (que muy claro era) se tornó una noche muy oscura; todos fueron espantados de ver tal maravilla. Así, estuvieron aguardando la ventura que Dios les quisiese dar, y a poca de hora vieron venir por la mar alta una grande y muy espantosa llama de fuego: venía en triángulo, y en cada esquina una hermosa doncella en pie ricamente guarnidas; en medio de la llama venía una silla, al parecer de quien la miraba estaba hecha una viva brasa. Espantados de ver lo que oído habéis, vieron cómo la llama se vino junto a ellos y asentose en el arena cabe las ondas del agua, y una de las tres doncellas dijo:

—Caballero bienaventurado, hijo de aquel valeroso emperador de Trapisonda, no temas de entrar en el fuego que ante tus ojos tienes, pues muy mayores son las llamas de amor que tu apasionado corazón atormentan. Y si entrar quisieres, ha de ser luego, sin que cosa algún te detengas.

El rey Vandiano y aquellos caballeros temieron mucho aquella entrada, pero ese temor no hubo en el infante, que así como la doncella dijo lo que oido habéis, luego se apeó de su caballo diciendo a la doncella:

—¿Cómo podré llevar mi caballo?

—No lo habéis menester —dijo ella—, que cuando dél tuviéredes necesidad no os faltará otro que tanto como él valga.

El infante se despidió de aquellos caballeros, y encomendándose a Dios se metió por la llama sin temor alguno. La doncella le tomó por la mano y le asentó en aquella silla que ya oístes, y a vista de todos la llama se tornó a alzar y se metió en la mar alta y a poco rato les desapareció a quien mirándolos estaba. Luego la noche (que muy oscura estaba) se tornó en día muy claro, como antes le era. Aquellos caballeros se fueron a un lugar que cerca estaba con intención de no se partir de allí hasta saber la ventura que Dios daba al infante. Estando aquellos caballeros en aquel lugar hicieron muchas maravillas en armas, porque sabed que aquel puerto de mar estaba en tal parte que jamás faltaban caballeros andantes, que muy a la continua por allí pasaban.

Partido el infante Lucescanio del rey Vandiano y de aquellos caballeros, en muy poco espacio de tiempo llegaron a la Montaña Despoblada, y como la llama cerca della llegó detúvose un poco La montaña era grande y cerca della estaban grandes y muy altas rocas, que cosa era de las ver; corría en torno (que toda la cercaba) un espantoso río de fuego, hecho por tal arte, que el fuego corría así propiamente como si agua fuera, era tanto el ruido que hacía, que no parecía sino que todo el mundo ardía en vivas llamas. La montaña estaba llena de unos árboles secos y de color de carbón, por razón del mucho humo que del río salía. El infante fue muy espantado de ver tal maravilla. En este tiempo la llama se abajó junto al suelo, luego las doncellas dijeron al infante que saliese della, y él lo hizo. Así como

fue fuera, luego aquella espantosa llama se lanzó en el río de fuego que ya oístes; el infante dijo a las doncellas:

—¿Cómo será posible entrar en la montaña?

—Agora nos conviene aguardar aquí una pieza, que presto vendrá poder para entrar.

El infante se calló, que no les dijo cosa alguna, y así estuvieron cuanto una hora atendiendo. En este tiempo vieron venir por el camino una doncella en un palafrén; el infante que mirándola estaba, vio que derechamente se venía para él, y como cerca llegó, la doncella se apeó de su palafrén y humillándose ante el infante le pidió las manos para se las besar, él las tiró afuera y la alzó por las suyas. La doncella se levantó y le dijo:

—Mi señor, yo soy aquí venida no a otra cosa sino a os servir.

—Mucho os ruego, señora doncella, si os pluguiere, que me digáis quién acá os envía.

—Eso haré yo de grado —dijo ella—, ca no deseo otra cosa sino haceros todo el servicio que vuestra real persona merece. Vos, mi señor, sabréis que yo soy hija del sabio Doroteo: es muy grande amigo y servidor del emperador vuestro padre, no ha otro deseo sino de os servir a vos y a todo vuestro linaje. Él por el su gran saber sacó deste espantoso río esta llama de fuego en que aquí habéis venido, y asimismo son suyas estas tres doncellas que en la vuestra compañía están, y el enano que el pergamo os dio junto a la ribera de la mar él lo envió, y asimismo vengo yo, y comigo traigo tales cosas que muy ligeramente podréis entrar en la montaña.

Mucho fue ledo el infante de oír aquellas nuevas, y dijo:

—Buena doncella, no sé yo con qué os pueda pagar el trabajo que en este camino habéis tomado, y asimismo el deseo que el sabio Doroteo vuestro padre tiene de me hacer todas las buenas obras que puede.

—Harto pago es —dijo Belsael— querer recibir el servicio que con tan buena voluntad se hace.

El infante se lo agradeció mucho, y le dijo:

—Si posible fuese, yo no me querría aquí más detener.

—Hágase lo que mandáis —dijo Belsael.

Y luego abrió una pequeña caja que consigo traía y della sacó unos polvos, y puniéndolos en una cebratana, sopló tan recio encima del río de fuego, que súbitamente por espacio de tres pasos adonde los polvos cayeron el fuego fue muerto. Como esto fue hecho, Belsael dijo al infante:

—Agora, mi señor, podéis entrar sin que daño alguno del fuego recibáis. Tomad, señor, este caballo, que es muy bueno.

El infante lo miró, y pareciole no haber visto otro que mejor le pareciese, y luego subió en él y pasó el camino que estaba hecho a la otra parte, y Belsael dijo a las tres doncellas que en la llama habían venido que allí los aguardasen y entrose tras el infante; y como ella y el infante fueron en la montaña, luego el camino que en el río estaba hecho se tornó a cerrar de un vivo fuego. El infante tomó una muy angosta senda que en medio de la montaña estaba, y por ella se dio tanta priesa a andar cuanta el caballo le podía llevar. A cabo de una pieza que por la montaña había andado oyó muy gran ruido de caballeros, que a grandes voces decían:

— ¡Muera, muera el infante Lucescanio! Y por manera alguna no nos escape con la vida, porque la su venida a esta montaña es para destruir la nuestra morada.

Y diciendo esto le encontraron por una parte y por la otra, no viendo quién, de tan duros y pesados encuentros que le echaron del caballo abajo; pero como el infante fuese el mejor caballero del mundo después de su hermano, muy presto se levantó, y subiendo en su caballo y tomando su espada en la mano comenzó con ella a herir a una y a otra parte, pero su afán era en balde, que no podía sufrir los pesados golpes que recibía.

A esta hora se le paró delante un hombre tan alto y tan desemejado que parecía a quien lo miraba llegar al cielo; como el infante le vio, maravillose de ver cosa tan estraña. Aquella figura del demonio, como al infante viese ante sus ojos, muy presto se comenzó a revolver a una y a otra parte. Del infante os digo que no podía tener su caballo (tanto espanto tenía de aquella visión temerosa según su grandeza), y como él andaba de una parte a otra, comenzó a sacudir a muy gran priesa y dél saltaron muchas y muy agudas saetas, y todas ellas herían al infante y a su caballo, por manera que no pasó mucho tiempo cuando el caballo cayó en el suelo como muerto. El infante salió presto dél, y cierto pensó que allí fenecerían los sus días, porque caían sobre él saetas como lluvia menuda y él estaba muy mal herido de muchas dellas, ca sabed que no le acertaba saeta a derecho que las armas y la carne no le pasaban.

Él se cubrió muy bien de su escudo, y con su buena espada en la mano se metió entre aquellas saetas como aquel que no temía peligro alguno que venir le pudiese, y herido de muchas dellas se llegó junto a aquel que las tiraba y comenzó a herir de muchos y muy pesados golpes, de tal manera que a poco rato le cortó la pierna derecha. Y luego vieron la mayor maravilla que jamás fue vista: junto adonde ellos estaban vieron una pequeña fuente, que al parecer de quien la miraba era la más pequeña que jamás se vio. A vista del infante y de Belsael aquel hombre tan grande (que no parecía tener comienzo ni fin) se lanzó de cabeza en aquella fuente, y en muy poco espacio no pareció dél cosa alguna. Desto fue el infante muy espantado, y dijo a Belsael:

— ¿Cómo pudo ser cosa tan grande esconderse toda en cosa tan pequeña?

— Tales son —dijo Belsael— las maravillas de los encantamientos. Vos, mi señor, me parece que estáis mal herido: es menester daros presto el remedio, y no podéis ser guarido sino con el agua de aquella pequeña fuente. Conviene, mi señor, que luego os desarméis.

Y ella le quitó el yelmo y asimismo le ayudó a desarmar, y viole muchas y infinitas heridas, y muchas en lugares muy peligrosos. Belsael tomó del agua de aquella fuente y con ella le lavó todas las heridas y súbitamente fue guarido. Ella dijo al infante:

— Esta agua, mi señor, os podrá sanar destas llagas, mas no de otras, porque no serán hechas de la mano del en que en esta fuente vistes entrar.

— Grandes son las maravillas —dijo el infante— que hoy habemos visto en esta montaña.

— Mayores las veréis —dijo Belsael.

Y luego tomó del agua de la fuente y fuese para el caballo del infante y paso le sacó de las saetas, que muchas tenía, y tantas, que el caballo estaba casi muerto;

ella le lavó todas sus llagas y asimismo fue guarido. Y el infante se tornó luego a armar con el ayuda del Belsael y subió en su caballo, y la doncella en su palafrén, y fuéreronse por la misma senda que a los principios de la montaña tomaron, y por ella anduvieron hasta hora de nona.

En este tiempo vieron no muy lejos una gran tienda; el infante se dio mucha priesa a andar, por saber lo que en ella estaba, y como junto llegaron vieron que ante la puerta estaban grandes barras de hierro, y tan espesas, que nadie podía allá entrar. El infante se llegó junto por ver lo que dentro estaba, y vio que hacia la una parte de la tienda había un lecho ricamente guarnido, ca tenía un cobertor de hilo de oro; el infante paró mientes por ver quién en él estaba, y vio una dueña tan vieja que cosa espantosa era de la ver, ca tenía su rostro con tantas arrugas, que al parecer era de más de cien años. En torno del lecho estaban seis doncellas hincadas de hinojos llorando muy agramente, rogando a aquella anciana vieja por la vida de una doncella que a punto de muerte estaba.

El infante miró a la otra parte de la tienda y vio que colgado estaba un rico dosel, y debajo dél una silla y en ella asentado un rey coronado, de edad de cuarenta años, de muy fiero rostro. A cada parte de la silla estaba un jayán el más grande y desemejado que nunca se vieron, ellos estaban armados de todas armas y sendas mazas de hierro muy pesadas en sus manos, con púas tan largas como un palmo. En medio de la tienda vio un caballero atados los pies y las manos en el suelo tendido; ante el rey estaba una hermosa doncella hincada de hinojos llorando muy agramente, y con las manos altas le rogaba que le hubiese merced de la vida. El rey le mostraba el rostro muy sañudo, diciéndole:

—No valen nada vuestras ruegos ante mí, ca sabed que habéis de morir.

A esta hora la dueña anciana que en el lecho estaba comenzó a dar grandes voces diciendo contra el rey:

—¡Salgan, salgan y muy presto quiten la vida a ese mal caballero y asimismo a esa doncella que su amiga es! ¡Mueran, mueran todos los parientes y amigos del emperador Lindedel! Agora pluguiese a los dioses que como tengo a éhos tuviese a sus hijos don Cristalián y Lucescanio, que yo les daría la más cruda muerte que jamás fue pensada.

Luego salieron de una parte de la tienda dos sayones con los brazos alzados y sendos cuchillos en las manos muy agudos. Como el infante Lucescanio viese la crueldad de la vieja y del rey fue movido a muy gran saña, y con voz alta dijo contra el rey:

—Ninguno sea osado de poner mano en la doncella ni en el caballero; si no, sepa que lo comprará malamente. Y si tanta enemistad tenéis con el emperador Lindedel, haced de manera que yo pueda entrar allá, que yo mismo me porné en tu poder; porque quiero que sepas que yo soy caballero de la casa de ese que tú tanto desamas.

Como el rey tan osadamente oyó hablar a aquel caballero, dijo con voz apresurada y sin ningún reposo:

—Por los dioses inmortales te juro que primero te mande quitar la cabeza que al caballero ni a la doncella que en mi poder tengo.

Y volviéndose a los jayanes, les dijo:

—Salid y prendedme a aquel caballero y a aquella doncella que consigo trae; y por cosa alguna no le matéis, porque yo quiero darle la muerte que su loco atrevimiento merece.

Como el rey dijo esto, luego uno de los jayanes salió de la tienda, y con una temerosa voz dijo al infante:

—Caballero sandio, vente luego a mi prisión y por ventura te habrá merced de la vida.

—Yo espero en Dios —dijo el infante— que antes que mucho tiempo pase tú me pedirás merced de la tuya.

Y diciendo esto apeóse de su caballo y echó mano a su buena espada y fuese para el jayán, que ya contra él venía con su maza alta para le herir; el jayán descargó su golpe y dio al infante en el brocal del escudo, que se lo hendió por medio, y de la fuerza del golpe la una rodilla le hizo hincar en el suelo; pero como el infante era el más vivo de corazón que en aquellos tiempos se hallaba, después de don Cristalián, muy presto se pagó del golpe que había recibido dando otro al jayán en el brazo derecho, que se lo cortó. Como él se vio tan mal herido dio una gran voz y muy presto arremetió con el infante pensando le tomar el espada con la mano siniestra; pero no le avino así como él lo pensó, que antes que el jayán llegase le dio otro golpe en la pierna que le hizo una gran llaga, y tal, que no se pudo más tener, dando consigo en el suelo. El infante fue muy presto sobre él, pero al tiempo que llegó, el jayán había tomado su maza (que cerca della cayó) y con la mano siniestra quitándose el escudo, al tiempo que el infante llegó le dio un pequeño golpe en una pierna, pero él iba tan sin fuerza, que poco daño le hizo, y de la mucha sangre que del brazo le había salido, el jayán se desmayó; el infante le cortó las enlazaduras y después la cabeza. Como esto hubo hecho, vio que ya el otro jayán salía diciendo:

—Captivo caballero, si tú me osas atender, ligeramente tomaré la emienda de ti del daño que hoy has hecho.

Y diciendo esto se vino para él con su maza de hierro en las manos. El infante que ya aguardándole estaba con su espada en la mano, como el jayán tiró su golpe, el infante se apartó y dio con su espada en el palo en que la maza estaba, que se la cortó por medio. Como el jayán vio su maza en el suelo tomó muy presto de una gran cuchilla que de una cadena traía colgada, y con ella comenzó a herir al infante de tan pesados golpes que espanto ponía a quien lo miraba; pero como el infante era tan ligero, muy pocos golpes le acertaba, y el infante lo hería muy a menudo, y no le alcanzaba golpe a derecho que las armas y la carne no le cortase.

El infante tenía una herida en una pierna (que como el escudo traía ya hendido, de un golpe que el jayán en él le dio se lo acabó de partir por medio y de allí le descendió el golpe a la pierna). Desta herida se sintió muy mal el infante, y fue muy enojado de sí mismo porque tanto le duraba aquella batalla, y con su espada se fue para el jayán y comenzo a dar tanta priesa que a poco rato él no sabía de sí. Como el infante así le vio, llegose junto a él y diole un golpe que la mano con la cuchilla le echó en el suelo. Cuando el jayán se vio su mano cortada echóse muy presto el escudo a las espaldas y fuese para el infante por le tomar entre sus brazos; como él le vio venir, dio un salto al través, y tornándose a juntar con él, presto le

metió la espada por entre la falda de la loriga, que le pasó a la otra parte y luego cayó muerto en el suelo.

A esta hora oyó el infante dar muy grandes gritos en la tienda, y mirando qué podía ser, vio a uno de aquellos sayones que por los cabellos tomaba aquella hermosa doncella, porque el rey a gran priesa mandaba que al caballero y a la doncella cortasen la cabeza. Como el infante esto vio, muy presto se entró en la tienda y vio cómo a gran priesa el rey demandaba sus armas; el infante le dijo:

—Rey, antes que tú te armes te conviene morir.

Como la dueña anciana que en el lecho estaba esto vio, muy presto salto dól, y tan ligera como si fuera una ave, tomando una pequeña candela de cera que ardiendo tenía la tiró contra adonde el rey estaba, y como con ella le dio, el rey y todos los que en la tienda estaban súbitamente desaparecieron, no quedando en ella solamente el caballero que atado estaba y la doncella. El infante fue muy espantado de ver tal maravilla, y miró a una y a otra parte y vio las armas del rey y fuese para ellas, y mirándolas, vio el escudo que era muy bueno, y luego se quitó el suyo (que hecho rajas traía) y echose el del rey al cuello, y víñose adonde el caballero estaba, y con su espada le cortó las ataduras y le dijo:

—Señor caballero, perdonadme, que no he tenido poder para os librar más presto.

El caballero se levantó, y humillándose ante el infante le pidió las manos para se las besar; el infante le hizo levantar y le dijo:

—Señor caballero, mucho holgaría si me dijésedes quien sois, porque vuestra persona muestra ser de alta guisa.

El caballero se le humilló y le dijo:

—Mi señor, mal haría yo si no hiciese vuestro mandado: que después de Dios tengo por vos la vida: yo he nombre Lustrandor, soy hijo de Lustramante, rey de la Gran Bretaña.

—Decidme —dijo el infante—, ¿por qué razón este rey os mandaba dar la muerte a vos y a esta hermosa doncella?

Lustrandor le dijo:

—Vos, mi señor, sabréis que yo fui armado caballero en Constantinopla por la mano de aquel valeroso emperador Lindedel juntamente con otros cuatro noveles, y como orden de caballería recibí, luego me partí de las corte del emperador por el mundo a buscar las aventuras. Dios me guio al reino de Tracia, adonde vi esta hermosa doncella que aquí veis, y allí he gastado todo el tiempo que ha que soy caballero en su servicio; y ella asimismo por la su mesura me otorgó su amor, pero con tal condición que yo la sacase del poder de su padre, que gran temor tenía de estar en su compañía. Yo como vi su voluntad, halleme el más bienaventurado caballero de cuantos nacieron, y haciendo su mandado la he traído en mi compañía. Y la ventura nos guio tan mal, que hoy pasamos muy cerca desta montaña y aquellos dos jayanes que vós, mi señor, matastes, como juntamente me acometieron y la mi caballería era tan poca, muy presto me prendieron, y a esta doncella y a mí nos llevaron ante aquel que allí vistes. Él me preguntó si por ventura conocía al emperador Lindedel, yo le respondí que sí, y que dól había recibido orden de caballería. Cmo yo esto dije, luego me mandó atar los pies y las manos como vistes, y la dueña que en el lecho estaba a muy gran priesa le rogaba

que nos quitasen la vida, y Dios que nunca olvidó a quien socorro le pidiese, ha nos acaecido como visto habéis.

—A Dios merced —dijo el infante— que a tan buen tiempo en esta montaña entré.

Entonces se humilló ante él aquella hermosa doncella amiga de Lustrandor diciéndole:

—Mi señor, dadme vuestras manos, pues la vida me distes después de Dios.

El infante la hizo levantar; la doncella se le tornó a humillar diciéndole:

—De aquí no me levantaré hasta que se me otorgue un don.

El infante le dijo que pidiese lo que quisiese, que él se lo otorgaba; la doncella le dijo:

—Sabed que el don que me habéis prometido es que nos habéis de decir quién sois, por que sepamos quién es el mejor caballero del mundo.

Lustrandor holgó mucho del don que la doncella demandó, por saber quién el caballero era. El infante les dijo:

—Yo he nombre Lucescanio, soy hijo del emperador Lindedel.

Como Lustrandor esto le oyó hincó los hinojos ante él diciéndole que de allí no se levantaría hasta que las manos le diese; pero no le aprovechó nada, que no se las quiso dar, antes le hizo levantar. Lustrandor se le tornó a humillar y le dijo:

—Mi señor, siendo hijo de aquel que par no tiene en el mundo, no puede ser sino alta la vuestra caballería: bienandante se podrá llamar el que en la vuestra compañía anduviere.

—Decidme —dijo el infante— quién era el rey que en esta tienda estaba y la dueña del lecho.

—Yo no lo sé —dijo Lustrandor—, que los nunca vi hasta que ante ellos fui traído.

Belsael dijo al infante:

—Mi señor, este que aquí estaba es el rey de Tarmuer; la vieja que en el lecho vistes ha nombre Grandolia: es muy gran sabidora en las artes y madre de un caballero que a la infanta Candebia hirió con su espada ante el emperador Aliandro de Persia. Todos son grandes enemigos del emperador Lindedel, y como Drumelia la encantadora los tiene encantados en esta montaña, Grandolia y el rey de Tarmuer se venían aquí algunas veces y estabanse en esta tienda como vistes, y los dos jayanes que la vuestra merced mató salían a los caminos por ver si podrían haber caballero alguno que de la corte del emperador Lindedel fuese, y asimismo holgaban mucho de ver las penas que en esta montaña recibían los que en ella encantados estaban.

—¿Quiénes son los que aquí están encantados? —dijo Lustrandor.

Belsael se lo contó, de lo cual fue muy espantado. Allí les dijo Belsael que aquel espantoso río no estaba hecho sino para quien aquella aventura había de acabar; que todos los demás bien podían entrar y salir en la montaña sin que daño les viniese. Belsael dijo al infante:

—Vos, mi señor, tenéis mucha necesidad de ser curado de esa llaga que en la pierna traéis, y será bien que os desarméis.

Aquella hermosa doncella amiga de Lustrandor dijo (no sin falta de temor)

— Bien sería que en otra parte el infante se curase y no en esta tienda, que por ventura volverá a ella el rey y la vieja:

— No tengáis miedo alguno — dijo Belsael —, que todo lo que dicho tengo mi pa dre lo alcanzó a saber por sus artes, y estos que de aquí salieron no tienen poder de entrar en la montaña mientras yo en ella estuviere. Y por tanto, es bien que el infante se desarme y aquí reposemos esta noche.

— Hágase lo que mandáis — dijo el infante.

Luego fue desarmado y Belsael le curó la llaga que en la pierna tenía, el infante se echó en el lecho de la vieja, encima de la ropa. Belsael miró por la tienda si había alguna cosa que comer pudiesen: ella halló de lo que para el rey y su compa ña tenían, y comieron y reposaron allí hasta otro día por la mañana, que el infante se levantó. Belsael le preguntó qué tal se sentía de la pierna; él le dijo que aunque mucho le dolía, que bien se podía tener en pie. Belsael se la tornó a curar y luego el infante Lucescanio fue armado y subió en su caballo, y Belsael en su palafrén, y dijo a Lustrandor que tuviese por bien de lo aguardar él y su amiga en aquella tienda hasta la vuelta, pues no tenía caballo; Lustrandor le dijo que haría su mandado.

— La vuelta será muy presto, con ayuda de Dios — dijo el infante.

Y así, se despidieron él y Belsael de Lustrandor y su amiga dejándolos en la tienda que habéis oido. El infante y Belsael caminaron por la montaña a una y a otra parte. De la manera que oido habéis anduvieron hasta hora de vísperas, que de lejos vieron un castillo y en torno dél cuatro grandes torres. El infante dijo a Belsael:

— Vamos para aquel castillo y sabremos lo que en él está.

Y así, se fueron para él, y como junto fueron, el infante se lo paró a mirar y vio que era la cosa del mundo más fuerte; y como a las puertas del castillo llegaron oyeron dentro muy grandes voces de dueñas y doncellas, las voces eran como de personas que gran daño recibían; asimismo oyeron caballeros que gravemente se quejaban. El infante dijo a Belsael:

— Amiga, ¿cómo podremos entrar en este castillo, que pienso que no nos querrán abrir y deseo ser presto en él por ver quiénes son los que estas voces dan?

Belsael dijo:

— Llamar para que nos abran, nuestro afán será perdido, pero yo haré de manera que se haga muy presto lo que deseáis.

Y sacando un poco de polvo de lo que ya oístes con que el fuego del río se mató, soplando en una cebratana las puertas del castillo fueron abiertas. El infante fue muy ledo, y muy presto entraron en él; en un gran patio, donde las voces que se dabán se oían más claras, a la una parte dél vieron una puerta, y mirándola el infante, vio cómo estaba abierta, luego se entró por ella. En un gran corral de la otra parte estaba un arco de piedra muy bien labrado, y encima dél estaba un enano. El infante se fue para él, y como junto llegó, el enano que encima estaba le dijo:

— Caballero, tú que osaste acá entrar, muy enojoso te debe ser el vivir. Dime, ¿qué buscas en este castillo?

— Saber y ver quiénes son los que dan estas voces.

— Ese deseo te costara la vida — dijo el enano.

—No hayas de eso cuidado —dijo el infante—. Mucho te ruego que me guíes adonde están.

—Pagando lo que deben —dijo el enano—. Y si tú, caballero, de la pena que tienen quitar los quisieres, sepas que el tu afán será perdido, por cuanto los que hoy son en el mundo nacidos no los pueden de allí librar sino quien aquel caballero que la guarda de las Tres Moradas tiene, sin sangre alguna le sacar, por la barba lo prendiere; y si con tu espada rompes su carne, sepas y ten por muy cierto que a ti te costará la vida. Y si ver quisieres quien las voces da, entra por este arco y luego lo verás.

El infante dio muchas gracias al enano por lo que dicho le había. Belsael le dijo:

—Todo lo que este enano nos ha dicho es muy gran verdad, y así averná como lo dice.

Agora sabed que como el rey de Tarmuer y Grandolia salieron de la tienda encubiertamente por sus artes (que nadie no tuvo poder de lo saber) luego Grandolia envió al castillo de Drumelia haciéndole saber cómo ya el infante Lucescanio era en la montaña; asimismo le hizo saber todo lo que en ella había hecho después que en ella entró. Como Drumelia oyó tales nuevas envió a mandar al caballero que la guarda de los presos tenía que muy presto les diese la cruel muerte, y esto se pudo muy bien hacer, porque en saberlo y en enviar la respuesta no se tardó media hora por sus artes malas.

Capítulo LXII

En que se cuenta cómo el infante Lucescanio acabó la aventura²⁹⁵ de la Montaña Despoblada.

Anuestro propósito tornando, como el infante entendió lo que el enano le había dicho, dijo a Belsael:

—Vamos adelante, que gran dolor siento en oír estas voces, que me semeja que son de personas que gran necesidad tienen.

—Vos, mi señor —dijo Belsael—, los sacaréis della con el ayuda de Dios.

Diciendo esto se entraron por el arco y salieron a un hermoso palacio que en lo bajo díl tenía unas ricas moradas; Belsael dijo al infante que se apease del caballo y que vería lo que dentro del palacio estaba. Él se apeó, y Belsael asimismo, y en una parte había una puerta, y desde ella hasta la otra parte estaban cinco finiestras, cada una con su reja. El infante se paró a una dellas y vio que del otro cabo, en una larga pared, estaban puestos cuatro doseles: debajo del primero había una columna adonde estaba atado de pies y de manos, desnudo en camisa, un hombre anciano y de gran majestad, ca tenía los cabellos y barbas blancas; el infante hubo mucho duelo díl y miró más adelante. Debajo del segundo vio asimismo ligada una dueña anciana, al parecer, de grande autoridad, y mirando al tercero vio que en otra columna estaba atado desnudo un hombre de mediana edad; mirándole al

²⁹⁵ 1587: ‘ventura’ (137v).

rostro, parecía persona de gran estado. En la cuarta columna estaba atada una dueña asaz hermosa, al parecer, de edad de cuarenta años. El infante los estuvo mirando y no conoció a ninguno dellos.

A esta hora vieron salir por la una parte de la sala cuatro hombres, cada uno traía un can de traílla asaz grande y desemejado, y como en medio de aquella gran sala fueron, cada uno de aquellos hombres se pusieron a una parte della, y soltando los canes, arremetieron a los que en las columnas estaban atados, y con sus agudos dientes en muy poco espacio los despedazaron las carnes por muchos lugares. Como el infante esto vio pensó morir con pesar, y dio grandes voces a los hombres que los canes traían, diciéndoles:

—La gran残酷 que hoy habéis hecho os costará la vida.

Y diciendo esto andaba por una y por otra parte mirando por dónde podría entrar, pero no halló lugar ninguno, ca todo estaba muy bien cerrado. Los hombres lo miraban y se reían a manera de escarnio; el infante estaba muy sañudo contra ellos por lo que visto les había hacer. Los hombres y los canes se tornaron por donde salieron; el infante miraba a los que atados estaban, ca las dos dueñas hacían muy doloroso llanto quejándose de su ventura que a tal tiempo las había traído; mucha era la sangre que de sus despedazadas carnes salía. El infante, que mirándolos estaba, dijo a Belsael:

—Amiga, ¿no dais algún remedio para que yo aquí dentro pueda entrar?

Ella le dijo.

—Aun habéis de ver más de lo visto cuando dentro pudiéredes entrar.

Mucho fue triste el infante en oír aquellas nuevas. Luego vieron por la puerta que los cuatro hombres habían entrado salir mucha gente y entre medio dellos salían atados con gruesas cadenas dos caballeros y una hermosa dueña, y como en medio de la sala fueron, luego pusieron tres sillas: una frontero de la columna adonde el hombre anciano estaba y otra de la otra parte, a la cuarta columna, y en medio de todos cuatro pusieron otra. A uno de los dos caballeros (que de más edad parecía) con sus gruesas cadenas lo hicieron sentar en la silla que primero pusieron, y a la hermosa dueña en la silla tercera y al otro caballero en la segunda, y como en ellas estuvieron sentados, luego les pusieron en las manos sendos vasos, y detrás de cada uno se puso un hombre con una espada muy tajante. Luego salió un caballero armado de todas armas, y como en medio de la sala fue, dijo contra los que a las columnas estaban atados:

—Agora veréis la dolorosa muerte de los que engendrastes, ca sabed que los vasos que en las manos tienen son llenos de ponzoña, y por les hacer aquella honra que sus personas merecen les doy que escojan la muerte que quisieren tomar: o beber lo que en las manos tienen o sus cabezas han de ser tajadas con estas agudas espadas que ante vuestros ojos están.

Como el caballero esto acabó de decir, el más anciano de las columnas respondió diciéndole:

—Amigo, en la tu apostura yo conozco que tú eres caballero: mucho te ruego, por lo que debes a la orden de caballería, que tú hagas lo que yo con tanto dolor te quiero rogar, que es que los nuestros días fenezcan primero que tanto pesar ante los nuestros ojos veamos.

—Eso no puede ser —dijo el caballero—, que yo no soy aquí venido para daros placer, sino para acrecentar vuestros dolores.

Y diciendo esto se volvió a los que en las sillas estaban sentados diciéndoles:

—Conviene que muy presto toméis la muerte que quisiéredes.

Como los que a las columnas estaban atados esto le oyeron decir, comenzaron a hacer el más doloroso llanto que jamás se oyó. El infante, que mirándolos estaba y vio la poca medida que en el caballero había, díjole:

—Caballero, si tanta parte hay en vos de caballería como tenéis de cruel y desmesura, haced de manera que yo pueda haber batalla con vos, pues para ello estáis aparejado. Y nuestra batalla sea por razón que alevosamente queréis dar la muerte a los que en vuestro poder están.

Como el caballero esto oyó, díjole:

—Yo te digo de verdad que me ha dado más placer la tu vista que lo que piensas, por cuanto tú solo eres el que aquí faltaba. Y atiende y verás como la tu muerte será más presto de lo que piensas.

Y diciendo esto luego abrió la puerta de la sala; como el caballero salió, Belsael le dijo:

—Mi señor, mirad cómo hacéis esta batalla, ca sabed que éste es el caballero que habéis de prender por la barba.

En este tiempo ya el caballero estaba junto al infante con su espada en la mano; el infante le estaba aguardando bien cubierto de su escudo. El caballero le comenzó a herir de muchos y pesados golpes (que muy buen caballero era); el infante los recibía en el escudo y hería al caballero de llano con su espada. De la suerte que oído habéis anduvieron grande media hora; el infante andaba herido en dos partes y perdía mucha sangre; como esto vio, creció el corazón, y alzando su espada dio tal golpe al caballero por encima del yelmo que las enlazaduras le quebró y el yelmo fue rodando por el suelo. Como el caballero se vio la cabeza desarmada, dijo al infante:

—No penséis, don caballero, que por tener yo la cabeza desarmada habéis acabado vuestra batalla, que yo os hago cierto que agora estáis en mayor peligro y yo más alegre, porque tengo por cierta la victoria y muy más cierta la vuestra muerte.

Y diciendo esto le comenzó a herir muy a menudo; él recibía los golpes en su escudo y estándose quedó, sin se menear, aguardando la ventura que Dios le quisiese dar. En este tiempo el caballero se juntó mucho al infante; él que tan cerca de sí lo vio, arrojó el espada que en la mano tenía y muy presto se abrazó con él, y así anduvieron por una pieza pugnando por se derribar el uno al otro. A la fin el infante (que de grandes fuerzas era) dio con el caballero en el suelo, y así como cayó, muy presto le trabó de la barba diciendo:

—Preso sois. Por tanto, otorgaos por vencido.

El caballero calló, que no dijo cosa alguna; el infante le tornó a hablar. Cuando bien lo miró vio que era muerto. Desta aventura fue el infante muy espantado, y así, lo dejó. Belsael se vino para él y le dijo:

—Mi señor vos habéis hoy hecho tanto cuanto nunca caballero en el mundo hizo. Agora venid, ca sabed que todos aquellos que en la sala vistes son vuestros

abuelos y padres, que Drumelia con su saber hizo que no los conociédes antes de la muerte del caballero.

Como el infante Lucescanio esto oyó fue muy turbado, y muy presto entró en la gran sala y cortó las ataduras de los que en las columnas estaban, y asimismo quitó las cadenas a los que en las sillas se sentaron. El príncipe don Cristalián le dijo:

—¡Ay buen caballero! Pues Dios tal ventura os ha dado, mucho os ruego que no descanséis hasta que de la prisión saquéis a la reina de Caucán y a la infanta Minerva y a muchos caballeros y dueñas y doncellas.

El infante le dijo que le dijese a qué parte estaban; el príncipe se lo mostró. El infante se entró por una puerta que en la sala estaba, y como dentro fue oyó dar unas dolorosas voces; él miró y no vio sino otra puerta que a una gran escuridad salía, y hacia allí le parecía que oía las voces. Como dentro fue no oyó cosa alguna; él se tornó a salir y dijo a Belsael:

—Amiga, ¿cómo podremos haber un poco de lumbre para ver lo que dentro está?

—Yo lo sacaré —dijo Belsael—, que aquí traigo aparejo para ello.

Luego que la lumbre fue encendida el infante tomó en la mano un poco de cera que Belsael le dio y fue por una escura cámara y anduvo por ella mirando, y a la una parte vio una muy gran poza, tan honda, que espanto ponía a quien la miraba; el infante dijo:

—¿Quién yace allá abajo?

—Los que sin ventura nacieron —dijo la reina de Caucán.

—¿Querríades salir acá? —dijo el infante.

—Querríamos —dijo ella— si pudiésemos, aunque fuese para darnos la muerte, como creo que la habéis dado a los que de aquí llevastes.

—Ellos son libres —dijo el infante— y están fuera de ese peligro: así lo seréis los que allá estáis, si Dios quiere. Decidme —dijo el infante— si los que pensábades que muertos eran estaban en vuestra compañía.

—Sí —dijeron ellos.

—Pues ¿cómo salieron acá?

—Sacáronlos en un cesto —dijo la reina— atados con unas maromas.

—Pues atended —dijo el infante—, que yo lo voy a buscar.

Así, anduvo por aquella cámara mirando por una y por otra parte, y vio el cesto y las maromas; él lo tomó muy presto y se fue para la honda poza, y echando el cesto les dijo:

—Salid sin ningún temor.

Raduel el enano que aquello oyó, dijo a la reina y a todos los que dentro estaban:

—Dejadme a mí salir primero, que como yo sea fuera, daros he las nuevas de quién es el caballero.

—Ve con la buena ventura —dijo la reina.

Y así, con el ayuda de los que dentro estaban salió Raduel; cuando el infante le vio fue muy maravillado de ver cosa tan fea, y díjole:

—Sal del cesto.

Raduel le respondió:

—Con la vuestra ayuda saldré, mas de otra manera no.

El infante se rio y le trabó por el brazo, y como fuera salió y conoció a Belsael comenzó a dar grandes voces diciendo:

—¡Alegría, alegría, que ya somos todos libres!

—¿Quién es el buen caballero que nos libró? —dijeron ellos.

—Yo no sé, pero en la su compañía trae a la buena doncella Belsael.

Cuando los que dentro estaban estas nuevas oyeron fue demasiada la su alegría. Y así como a Raduel, sacó a todos de aquella espantosa prisión (ca sabed que era llena de muchos cogijos,²⁹⁶ asimismo tenía alguna agua, aunque no mucha); cuando ellos libres se vieron de tanta desventura dieron muchas gracias al infante por la buena obra que les había hecho. Toda la otra gente, asimismo caballeros como doncellas, se humillaron ante él; el infante hubo mucho duelo de la reina, y de la infanta asimismo, y de las otras doncellas (que mucho estaban maltratadas). Belsael se humilló a la reina y a la infanta; ellas holgaron con la su vista y le rogaron muy ahincadamente les dijese quién era aquel caballero:

—Mis señoras —dijo Belsael—, ¿quién había de ser sino hijo de aquel valeroso emperador Lindedel? Ha nombre el infante Lucescano.

La reina y la infanta le tornaron a hablar diciendo que les perdonase si no le habían hecho aquella medida que a su estado convenía; el infante se les humilló (que ya Belsael le había dicho quién eran) y les dijo si podrían salir adonde aquellos señores estaban. Ellas dijeron que sí, aunque era demasiada la flaqueza que sentían. Todos se esforzaron a salir con el infante; el emperador Lindedel dijo:

—¡Ay buen caballero! Por la fe que a Dios debéis, que vós nos hagáis del todo alegres diciendo quién sois.

El infante se le humilló y luego se quitó el yelmo; cuando de todos fue conocido ser el infante Lucescano fue doblada el alegría. Él se humilló ante el emperador; él lo abrazó y besó en el rostro dándole su bendición; la emperatriz Cristalina y la reina Pinalba dijeron al emperador:

—Dadnos parte de ese caballero, que mucho lo deseamos ver.

El emperador Lindedel dijo:

—Hijo mío, id a la emperatriz, que llamándoos está.

El infante se fue a humillar ante la reina y emperatriz; ellas le abrazaron, que no se hartaron de lo ver;. De allí se fue al emperador su abuelo y emperatriz, asimismo al rey Bracamor. Grandes dos alegrías fueron las que en aquel día aquellos príncipes hubieron: la primera, verse libres de la muerte que ante sus ojos tenían; la segunda ver al infante Lucescano, que tantos tiempos por perdido tenían. Él se fue a humillar ante su hermano don Cristalán, él lo recibió con aquel amor y voluntad que era razón conociendo la su alta caballería. Luego fueron todos curados por la mano de Belsael: aquellos señores, de las llagas que los canes les hicieron, y al infante de las que tenía. Belsael dijo:

—Ya los encantamientos de la Montaña Despoblada son deshechos: pueden bien salir y entrar sin que persona algún se lo estorbe.

A esta hora Raduel el enano dijo:

²⁹⁶ Sabandijas.

—Mas ¿qué os parece del buen acogimiento que aquella falsa doncella nos hizo? No me muera yo hasta que della me vea vengado: mucho holgaría que no fuese muerta.

—Yo te prometo —dijo don Cristalián— que si yo en mis manos la he, de te la poner en tu poder.

—Agora me viese en ese tiempo —dijo Raduel—, que yo le daría tan buenas noches y días como ella me las ha dado: yo no la mataría por ninguna cosa, porque más muerte sería para ella tenerla siempre en prisiones. Yo se las pornía tales cuales yo las tenía y aun peores; mas si ella usase de sus encantamientos, caro me costaría. Pero para esto buen remedio hay, que el sabio Doroteo me dirá cómo yo la tenga que daño alguno no reciba. Ya me parece que estoy en aquel tiempo.

Todos rieron mucho de ver a Raduel con tanto deseo de se vengar de Drumelia; el infante Lucescanio le dijo:

—Yo te quiero dar unas nuevas de que te holgarás mucho, y son éstas: que yo le maté a su amigo:

—Buenas nuevas son éasas, pero mejores fueran para mí si ella fuera muerta; que os hago saber que grande es el temor que yo tengo.

—Por agora —dijo Belsael— no temas, porque te hago cierto, Raduel, que es harto lueñe de aquí:

—Más querría que fuese —dijo Raduel.

Así, estuvieron aquella parte que del día les quedaba con mucha alegría de ser ver libres²⁹⁷ del poder de Drumelia. Venida que fue la mañana, Belsael salió fuera de aquella morada; como en la montaña fue, vio venir las tres doncellas que en la llama de fuego habían venido con el infante Lucescanio, en compañía de las cuales venía otra que Doroteo había enviado con caballos y palfrenes cuantos eran menester; asimismo traía a Flordelid, el caballo y armas de don Cristalián (que el sabio Doroteo lo sacó de donde Drumelia los había puesto), y no trujeron el león (que se había muerto con coraje de se ver encerrado y sin su señor). Belsael fue muy leda y recibioles con mucha alegría, y juntamente con ellas se fueron adonde aquellos señores estaban.

La doncella que con los caballos y palfrenes había venido se humilló ante aquellos emperadores, reyes príncipes y infante, y les besó las manos por parte de su señor el sabio Doroteo, y asimismo les dijo cómo él estaba muy alegre de la su libertad, y que era cosa que a cada uno dellos convenía irse lo más presto que pudiesen a sus tierras, porque de la su vista tenían mucha necesidad. El emperador Escanio dijo:

—Mucho es lo que todos debemos al sabio Doroteo: no sé con qué le pueda pagar la voluntad con que toma nuestras cosas. ¡Bendito sea el día que las artes comenzó a aprender, que tanto fruto saca de su gran saber!

—A tiempo somos —dijo el emperador Lindedel— de hacer por él lo que su voluntad con tan buenas obras merece.

Belsael les dijo:

—Bien será que salgamos desta montaña, porque hay mucha necesidad que los heridos descansen algunos días en el primer lugar que hallaren.

²⁹⁷ 1587: ‘libre’ (139v).

—Hágase así como vos lo mandáis —dijo el emperador Escanio.

Luego salieron todos de la montaña; allí los emperadores y aquellos caballeros²⁹⁸ subieron en sus caballos, y las emperatrices en sus palfrenes, y la infanta Minerva asimismo; y la emperatriz Cristalina dijo:

—¿Cómo pasaremos el río de fuego que la montaña cerca?

Belsael le dijo:

—Mi señora, ya no hay río, que en la batalla que el infante hizo con el caballero que por la barba prendió, luego que él fue vencido los encantamientos de la Montaña Despoblada fueron deshechos, por manera que ya no hay de qué temer.

A esta hora llegaron a la tienda adonde Lustrandor y su amiga estaban; como él los vio venir, luego salieron al camino, y como ante ellos llegó fue conocido; el emperador Lindedel le dijo:

—Paréceme, Lustrandor, que también os cupo a vos parte de las buenas obras de Drumelia: ya Belsael nos ha contado lo que en esta montaña os acaeció.

Lustrandor besó las manos a todos aquellos señores y señoritas. Luego la doncella le dio un caballo y un palafrén para su amiga, y así, salieron todos con mucha alegría de la montaña y anduvieron todo aquel día hasta hora de completas, que llegaron a un lugar, allí se detuvieron quince días. En este tiempo los heridos estaban sanos, y los caballeros y las doncellas (que flacos estaban) habían ya tomado nuevas fuerzas. Acabando un día de comer, el emperador Escanio dijo:

—Bien sería que por la mañana saliésemos de aquí.

El rey Bracamor le dijo que se hiciese como lo él mandaba. Y así, se concertó la partida para otro día de mañana, que todos se levantaron, y los caballeros se armaron de sus armas, que allí en aquel lugar habían mandado hacer; las emperatrices y reinas se aparejaron para su camino. El emperador Escanio y el rey Bracamor tenían concertado de irse en una compañía hasta Constantinopla, pues era por allí el camino para España; el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina, con la compañía que de su palacio habían traído, concertaron su camino para Trapisona; la emperatriz Cristalina dijo al infante Lucescanio:

—Mi amado hijo, mucho sería leda si os quisieredes ir en la nuestra compañía: veríades el imperio de Trapisona, que mucho deseo tienen de os conocer.

El infante les dijo que haría su mandado, pero que no tenía poder para se detener ningún tiempo, que había mucho que hacer.

—Pues así lo queréis, hágase como lo vos decís. Yo mucho querría que don Cristalián se fuese en la nuestra compañía, pero él no lo puede hacer, por cuanto a de ir con la reina de Caucán y no es razón de se le quitar aquel camino.

Haciendo el concierto de su partida y hablando en lo que más les agradaba llegaron al puerto de mar donde había desembarcado el infante Lucescanio, y allí embarcaron todos y fueron su viaje con buen tiempo y tomaron puerto adonde el rey Vandiano y los otros caballeros habían quedado. Cuando ellos vieron venir tan hermosa compañía luego entendieron lo que podía ser; el rey Vandiano dijo a aquellos caballeros:

—Vamos presto, que ya somos del todo alegres.

²⁹⁸ 1587: ‘caualeros’ (139v).

Y así, movieron a gran priesa; cuando más cerca llegaron, el emperador Lindedel dijo:

—Bien cierto era yo que el rey Vandiano no ternía mucho reposo en su tierra sabiendo la mi prisión —y dijo—: él ha sido uno de los buenos escuderos que yo jamás nunca vi.

En este tiempo el rey Vandiano y aquellos caballeros se apcaron, y cada uno besó las manos a su señor y con ellos hubieron mucha alegría. Belsael dijo allí el afán que todos habían tomado por buscar a Doroteo su padre.

—Hanlo hecho ellos —dijo el emperador Escanio— como buenos y leales vasallos y amigos.

Dismael de la Roca y don Veros de Licante besaron las manos a aquellos señores; ellos holgaron mucho con la su vista. El príncipe don Cristalián preguntó a Dismael que por qué traía tan gran duelo y que quién era aquella doncella que por devisa traía.

—El duelo que yo traigo —dijo Dismael— es por mi señora Sinelda, que Dios tuvo por bien de la llevar desta vida.

Mucho le pesó al emperador Lindedel y a la emperatriz de la muerte de Sinelda (que, como ya os contamos, en las justas que Dismael por su servicio mantenía la emperatriz la vio), y conhortaron mucho a Dismael de su pérdida. Y acordaron de se partir; allí se despidieron los unos de los otros con mucha alegría, dando muchas gracias a Dios que tan buen fin había dado a sus hechos. El emperador Escanio y el rey Bracamor tomaron su camino para Constantinopla, y el emperador Lindedel y el infante Lucescario para Trapisonda, y en la su compañía llevó a Belsael y a las otras cuatro doncellas, porque la Ínsula del Deseo, adonde su padre estaba, era cerca del imperio de Trapisonda. El príncipe don Cristalián y la reina de Caucán y la infanta Minerva, y Dismael de la Roca y don Veros de Licante y Lustrandor y su amiga tomaron su camino para el reino de Archimora.

Contaros los recibimientos que a aquellos señores en sus tierras les hicieron sería muy prolijo, porque fueron muchas y grandes las alegrías que se hicieron. Belsael se fue desde la ciudad de Triópolis a la Ínsula del Deseo llevando grandes dones que la emperatriz Cristalina le dio a ella y a las otras doncellas enviando muchas gracias a su padre por tanto como por ellos había hecho.

Capítulo LXIII

De cómo la reina de Caucán y el príncipe don Cristalián llegaron al reino de Archimora y de lo que allí les acaeció.

COMO se despidieron el príncipe don Cristalián y la reina de Caucán y su compañía de aquellos emperadores tomaron su camino para el reino de Archimora; en todo él no les avino cosa en que detener se pudiesen. Raduel el enano decía siempre a la infanta Minerva cuando la noche quería venir:

—De mi consejo, antes albergaríamos en el campo a la sombra destos árboles que no adonde nos acaeciese lo que con Drumelia.

—No hayas ya miedo —dijo la infanta—, que los dioses la darán el pago que ella merece.

En este tiempo llegaron al reino de Archimora, don Cristalián y su compañía se aposentaron en un lugar cerca de aquella ciudad donde el rey estaba, y allí reposaron del trabajo del camino tres días. En fin deste tiempo el príncipe don Cristalián dijo a don Veros de Licante que fuese a hablar al rey de Archimora de su parte; don Veros dijo que de grado haría su mandado, don Cristalián se lo agradeció.

Luego don Veros se armó de todas sus armas salvo la cabeza y las manos, y subiendo en su caballo, y su escudero en su palafrén, se fue para la ciudad. Como en ella entró, todas las gentes lo miraban, que les pareció extraño; muchos dellos lo siguieron hasta el palacio por ver y saber qué cosa era. Como don Veros de Licante llegó al palacio del rey, luego se apeó y se fue adonde él estaba. Como en la sala entró, todos pararon en él mientes; él se llegó junto al rey, y sin le hacer acatamiento alguno le comenzó a hablar en esta manera ante la reina y los altos hombres que en su palacio estaban:

—Rey de Archimora, yo soy venido ante vos por mandado de un caballero extraño que a vuestra tierra es venido no a otra cosa sino a tomar de vos la emienda por el tuerto que a la reina de Caucán hecistes siendo ella tan alta señora como lo es. Mándaos decir por mí que lo que contra la reina hecistes fue muy mal hecho, y fuistes contra razón y asimismo contra la orden de caballería que recibistes. Por la alevosía que comestistes os desafía para la batalla, y que en ella os hará conocer quién vos sois dándoos el pago de vuestras malas costumbres.

Y diciendo esto tendió la falda de la loriga en señal del desafío. El rey de Archimora que muy turbado estaba de lo que don Veros de Licante en presencia de todos sus altos hombres le había dicho, le respondió:

—Vos podéis decir a ese caballero que en tomar él la demanda por la reina de Caucán debe ser algún sandio. Y por que vea en cuánto tengo sus amenazas, que de mi parte yo acepto su desafío de aquí a tres días, mientras el campo se apareja, y que sea con tal condición: que la reina de Caucán esté en el campo, y la reina de Archimora asimismo, y si venciere a ese caballero, la reina de Caucán quede captiva en poder de la reina de Archimora y pierda todo su señorío; y si la ventura tan contraria me fuere que yo sea vencido, la reina quede por prisionera de la reina

de Caucán, y asimismo mi tierra sea suya. Y esto me hagan saber si contentos fueren con este pacto y concierto.

Don Veros de Licante (que muy pagado estaba de lo que le había oído decir) le dijo:

—De aquí os digo que el caballero será muy contento cuando oyere lo que yo de vuestra parte le dijere; y así quede concertado como lo vos queréis.

Y sin le hacer acatamiento alguno se salió del palacio y se fue adonde la reina y don Cristalián estaban, y humillándose ante ellos les dijo todo lo que oído habéis que el rey de Archimora le había dicho. Mucho fue ledo don Cristalián en oír aquellas nuevas, y la reina lo fue mucho más, porque conociendo ella a don Cristalián ya se tenía por reina de Archimora. Así, con mucha alegría, en el tiempo que les quedaba la reina mandó hacer a muy gran priesa una rica tienda con los paramentos de tela de oro y las cuerdas de hilo de plata, y en todas cuatro esquinas puso las armas del reino de Caucán. Don Cristalián asimismo se aparejó de todo lo que había menester.

Venido que fue el día que la batalla se había de hacer, ya los caballeros de la reina de Caucán sabían adónde el rey de Archimora había mandado hacer el campo, y aquel mismo día antes que amaneciese la reina hizo llevar su tienda y hizo hacer un muy rico estrado cubierto con un paño de hilo de oro, y la reina se vistió de ricos y muy preciados paños, sus hermosos cabellos tomados con unas lazadas de oro con ricas y muy preciadas piedras; encima de la cabeza llevaba una rica corona, tal, que valía una gran ciudad. Las sus doncellas hizo vestir de unos paños de hilo de oro, y sus caballeros iban asimismo ricamente guarnidos.

La batalla estaba aplazada para aquel día a hora de tercia. La reina de Archimora mandó hacer dentro del campo unos miradores y ella se vistió los más ricos paños que tenía, y ansimismo llevaba una corona en la cabeza; acompañada de muchas dueñas y doncellas y de caballeros de la su corte se fue a los miradores, y no pasó mucho tiempo que la reina había llegado cuando vieron venir a la reina de Caucán con toda su compañía.

Ella venía en un palafrén ricamente guarnido, sus doncellas en torno della, todos sus caballeros iban a pie junto a la reina. Delante della venía aquel valeroso príncipe don Cristalián armado de todas armas en su caballo Flordelid; a la mano derecha llevaba a la infanta Minerva armada salvo las manos y la cabeza, y a la siniestra iban Dismael de la Roca y don Veros de Licante; la infanta llevaba la lanza y Dismael de la Roca el escudo. Y ansi como oído habéis entraron en el campo mirándolos grandes compañías de gentes que los miraban, y eran mucho espantados de ver a la infanta Minerva tan hermosa, ca llevaba sus dorados cabellos cogidos en una red de hilo de oro sembrada de muchas perlas y piedras de gran valor. Como en el campo fueron, la reina se entró en su rica tienda y asentose en su estrado, sus doncellas cerca della, y sus caballeros estaban junto a la tienda; don Cristalián y la infanta Minerva se andaban paseando por el campo.

En este tiempo entró en él el rey de Archimora armado de unas fuertes armas y en un gran caballo, dos de sus altos hombres le llevaban el uno la lanza y el otro el escudo; en la su compañía traía todos los caballeros cortesanos y con el mucho ruido de menestriles altos. Así como en el campo fue, don Veros de Licante se vino adonde el rey estaba y le dijo que señalase los jueces que habían de ser; el rey le

dijo que pornía uno de su parte y que él pusiese otro de la suya. Don Veros lo fue a decir a don Cristalián, él le dijo que él señalaba a Dismael de la Roca; con esto se tornó para el rey y le dijo que don Cristalián era contento, que él había señalado a un caballero que traía en su compañía y que fuese luego la batalla, que ya era tarde.

—Sea —dijo el rey.

Así, se pusieron cada uno a su parte, el rey y don Cristalián tomaron sus lanzas y luego los jueces les partieron el sol:²⁹⁹ los caballeros arremetieron el uno contra el otro al más correr de sus caballos, y hiriéronse de tales encuentros que las lanzas volaron en piezas; don Cristalián fue herido en el lado siniestro de una pequeña llaga, pero el rey de Archimora voló por las ancas del caballo y dio tal caída que casi no se pudo mover. Don Cristalián que así lo vio, pensó que su batalla era feneida; pero no le avino así, que cuando él llegó adonde el rey estaba ya era en pie con su espada en la mano. Como ante sí vio a don Cristalián, díjole:

—Caballero, apeaos de vuestro caballo; si no, matároslo he, que ya sabéis vos que mi caída fue por la falta del mío más que por la mía.

Don Cristalián dijo:

—Dejaré yo mi caballo por os hacer honra, que no porque soy obligado de lo dejar.

Y diciendo esto se apeó, y abrazando su escudo y con su espada en la mano se vino para el rey y comenzáronse a herir como aquellos que cada uno quería para sí lo mejor de la batalla. Esta priesa les duró tres cuartos de hora; todos los que la batalla miraban conocían la gran ventaja que don Cristalián llevaba al rey. En este tiempo el rey andaba muy cansado, y dijo a don Cristalián:

—Caballero, si os place, descansemos un poco, que bien nos hace menester.

—Ese descanso no tomare yo, si Dios quiere, hasta que del todo sea alegre la reina de Caucán.

Destas nuevas pesó mucho al rey, por cuanto ya él andaba muy cansado. Como don Cristalián esto le conoció, y él era uno de los más vivos y ligeros caballeros que en el mundo había, comenzó a herir muy a menudo, por manera que los que la batalla miraban bien conocían que lo traía a toda su voluntad; los de la parte del rey de Archimora comenzaron a entristecerse, la reina se quitó de los miradores hiriéndose en el rostro con sus manos. Don Cristalián se enojó de sí mismo en ver que tanto le duraba el rey, y alzando su buena espada le dio tal golpe que el brazo del espada casi le derribó (que no le prestó armadura que trajese). Deste golpe se sintió el rey tan mal que nunca pudo más herir al príncipe, antes soltó el espada de la mano llamando a Dios que lo acorriese y dio consigo en el suelo; don Cristalián vino sobre él, y cortándole las enlazaduras del yelmo le puso el filo de la espada a la garganta diciéndole:

—Rey de Archimora, muerto eres si no te otorgas por vencido.

El rey le habló, como mejor pudo:

—Por vencido me otorgo: la muerte ya es comigo y Dios tuvo por bien de me la dar por mis pecados. Caballero sois —dijo el rey—, y de los mejores que yo he conocido: por lo que debéis a la orden de caballería y a la cosa del mundo que más

²⁹⁹ Colocaron los combatientes de modo que ninguno recibiese la luz directa.

amáis, que vós miréis por la honra de la reina de Archimora, que mal no merece por lo que yo contra la reina de Caucán erré.

Y diciendo esto se estendió con la rabia de la muerte, y don Cristalián le llegó a él, tomándole la cabeza entre sus manos se le salió el alma; don Cristalián le dejó, y limpió su espada y la metió en la vaina. Los jueces lo sacaron del campo con muy gran honra. Los llantos eran tan grandes de la reina y sus doncellas, y asimismo de todos los que a mirar habían venido, que dolor era de los ver. La reina de Caucán y don Cristalián y su compañía se entraron en la ciudad con demasiada alegría, y más que ninguno lo iba la reina en ver muerto a su enemigo.

El duque de Pantalia³⁰⁰ llevó a la reina de Caucán y a aquellos caballeros a su posada, y allí los aposentó y los hizo todo buen acogimiento; la reina se lo agradeció mucho. Don Cristalián fue desarmado con el ayuda de la infanta³⁰¹ Minerva, y luego el duque hizo allí venir los mejores maestros que en la ciudad había y fue curado, pero no tenía llaga que peligrosa fuese. Los caballeros del rey de Archimora sacaron el cuerpo muerto del campo haciendo muy grandes llantos por su señor, y de allí lo llevaron a su palacio; la triste reina lo salió a recibir, y mesándose sus cabellos decía palabras de tanto dolor que no había persona que la oyese que infinitas lágrimas no derramase, diciendo:

— ¡Ay de ti, reina de Archimora, que anoche te viste reina y hoy te vees sierva de la reina de Caucán! ¡Ay de ti, que vees muerto ante tus ojos la cosa del mundo que yo más amaba! ¡Oh muerte, y cuán dulce me serías si Dios tuviese por bien de te enviar por mí como te envió por quien era toda mi esperanza! ¡Ay de mí, que soy cierta que, deseando yo la muerte, huirá de mí, porque esta es su propia condición: huir a quien la pide y venir a quien la huye!

Triste y doloroso fue el llanto que la reina de Archimora hacía por la muerte del rey su marido. Sabed que el duque de Pantalia, así como aposentados dejó a la reina de Caucán y a don Cristalián y a los otros caballeros se vino para el palacio del rey de Archimora, y como a la reina halló tal cual oído habéis, hubo mucho duelo della: y así, la dejó y se fue a su posada y dijo a la reina de Caucán y a don Cristalián el duelo que la reina de Archimora quedaba haciendo. Don Cristalián dijo a la reina que si licencia le daba, que él la quería ir a ver; la reina le dijo que fuese a la buena ventura, que trabajase mucho por la conhortar. Don Cristalián se le humilló, y él y la infanta Minerva y aquellos caballeros se fueron al palacio del rey, donde hallaron a la reina en los brazos del ama que la crió, tal como muerta, muchas dueñas y doncellas haciendo muy gran duelo le echaban agua en el rostro; don Cristalián aguardó hasta que la reina fue en su acuerdo, y humillándose ante ella le dijo palabras de mucho conhorte, como aquel que era el más mesurado de cuantos en el mundo habían nacido. Cuando la reina entendió que tenía ante sus ojos aquel por quien tanto daño le había venido, comenzó a decir:

— ¡Oh caballero venturoso, y cuán bienaventurado fue el día que la reina de Caucán te conoció! Mucho te ruego que, pues a ella heciste alegre, que a mí, que en tanta angustia estoy, me des algún contento, de manera que juntamente con el

³⁰⁰ 1587: 'Pantolia' (141v).

³⁰¹ 1587: 'tnfanta' (141v).

rey hoy fenezcan los mis días; porque haciendo tú mi ruego yo no terné queja alguna de ti.

Don Cristalián le respondió:

—Mi señora, lo que yo haré será serviros todo el tiempo que Dios vida me diere.

—Yo, pues soy captiva —dijo la reina derramando infinitas lágrimas—, soy la que tengo de servir.

Y diciendo esto se cayó como muerta. Mientras la reina tornaba don Cristalián mandó que el cuerpo del rey fuese dado a la sepultura, y luego todos los altos hombres que a la sazón en la corte se hallaron se vistieron de paños de duelo y tomaron el cuerpo del rey con mucha tristeza y lleváronle a la iglesia: allí lo sepultaron en un rico sepulcro haciendo grandes llantos (que de todos era muy amado). Todos de consuno se vinieron al palacio, don Cristalián dijo al duque de Pantalia³⁰² y a Dismael de la Roca y a aquellos caballeros que fuesen luego por la reina de Caucán; ellos hicieron su mandado, y como la reina fue en el palacio, don Cristalián dijo:

—Mi señora, lo que yo pediros quiero que por mí hagáis es que la reina de Archimora sea libre de la postura que el rey su marido con la vuestra merced puso.

La reina le respondió:

—Mi señor, aquí no ha de hacerse otra cosa della y de mí sino lo que vos por bien tuviéredes.

Don Cristalián se le humilló, y tomándola por la mano se entraron adonde la reina de Archimora estaba; la reina de Caucán se llegó a ella diciéndole:

—Mi buena señora, mirad que fue mayor el daño que yo del rey de Archimora recibí que la soledad que vos de su vida tenéis. Pluguiera a Dios que yo perdiera mil veces el reino de Caucán y que no fuera escarnida tan malamente como dél lo fui. Y a vos no os faltará otro señorío tal como este que perdistes, pues sois dueña de tan alta guisa y hija de tan buen rey como vuestro padre lo es; pero ¡ay de mí, triste, que para siempre durará la deshonra que del rey recibí! Vos, mi buena señora, os podéis ir libre al reino de vuestro padre llevando con vos todos los tesoros del rey de Archimora y todo lo demás que fuéredes servida.

La reina le dio muchas gracias por las mercedes que le hacía, y así, fue algo conhortada, y allí estuvo en compañía de la reina de Caucán bien treinta días. En este tiempo el rey su padre supo todo lo que al rey de Archimora había acaecido, y con mucho dolor envió por su hija a los altos hombres de su reino.

Un día a hora de nona llegaron a la ciudad adonde aquellos señores estaban, y como en el palacio fueron, la reina los recibió con muchas lágrimas. Y luego aparejaron su partida llevando consigo los grandes tesoros del rey de Archimora, y así, se despidió de la reina de Caucán y de don Cristalián y de la infanta Minerva y de todos aquellos caballeros, y los altos hombres del reino de Archimora salieron con ella, y cuando se despidieron, la reina y sus dueñas y doncellas hicieron grandes llantos.

Ellos se volvieron a la ciudad, y la reina y su compañía tomaron su camino para el reino de Latana, y cuando a él llegaron, el rey su padre la salió a recibir, y como con tanto duelo la vio a ella y a todos los que en su compañía venían, no se pudo

³⁰² 1587: 'Pantolia' (141v).

tanto sufrir que muchas lágrimas no derramase. La reina se apeó, y el rey su padre asimismo; ella se humilló ante el rey, el rey la tomó entre sus brazos, y besándola en el rostro, no sin lágrimas le dijo:

—Hija mía, paréceme que en vuestra tierna edad os dio la Fortuna a conocer su propia condición, que es poner en la cumbre de su rueda a los caídos y derribar a los que en ella están: así me semeja que os avino a vos y a la reina de Caucán. Si el rey de Archimora vuestro marido vivo fuera, yo tomara la emienda dél de los engaños que por el mundo andaba haciendo, pero él tiene ya su pago.

Y con esto tornaron a subir y entráronse en la ciudad con mucha tristeza, adonde los dejaremos por contaros cómo don Cristalián se partió.

Como aquellos caballeros que con la reina de Archimora habían salido se tornaron a la ciudad y subieron al palacio, don Cristalián dijo a los altos hombres que en él estaban que luego jurasen a la reina de Caucán por reina de Archimora; ellos dijeron que de grado harían su mandado. Otro día por la mañana la reina fue jurada y alzada por reina y señora de Archimora. Luego la reina llamó a cortes y mantúvolas bien treinta días, y en ellas quitó leyes y confirmó las que bien le parecieron, y asimismo hizo grandes mercedes a los de su reino, por manera que ellos quedaron muy contentos con su nueva reina.

Estando en el estado que oído habéis, un día, acabando de comer, el príncipe don Cristalián pidió licencia a la reina para se partir. A ella le pesó mucho, pero no le osó decir que allí más se detuviese, por no le enojar. Lustrandor dijo a su amiga que tuviese por bien de se quedar en compañía de la reina de Archimora, por cuanto él quería ir aquel camino con el príncipe don Cristalián; ella le dijo que de grado se quedaría allí, pues que aquella era su voluntad. Lustrandor lo dijo a la reina, y ella le respondió que la ternía en su compañía y le haría todo buen tratamiento; Lustrandor le besó las manos y todos se aparejaron para se partir.

Otro día la reina hizo grandes ofrecimientos a don Cristalián; él se lo agradeció mucho, y le dijo que para siempre la serviría en lo que mandar le quisiese, y luego demandó a Libanor sus armas. La infanta Minerva y aquellos caballeros también se armaron, y despedidos que fueron de la reina de Caucán y Archimora subieron en sus caballos y tomaron su camino para el imperio de Persia, por cuanto don Cristalián jamás tenía un punto de alegría con deseo de la vista de su señora la princesa Penamundi, y decía en su corazón: «¡Ay mi señora, y cómo ternéis razón de quejaros de mí en alguna manera! Pero sabiendo vos cómo Dios tuvo por bien de hacer de mí otra cosa de lo que yo en pensamiento tenía, la vuestra queja será ninguna».

Con estos pensamientos se apartó de aquellos caballeros por una pieza, y a hora de nona se tornó a juntar con ellos y les preguntó si tenían voluntad de ir al imperio de Persia; ellos le dijeron que sí, pero que si él mandaba que su camino fuese a otra parte, que de grado lo harían.

—En el nombre de Dios —dijo don Cristalián— vamos todos a Persia y allí nos deterremos algunos días en la corte del emperador.

A esta hora llegaron a un verde prado, y allí tuvieron por bien de se appear, porque hacía gran calor, y estuvieron reposando un gran rato y comieron de lo que sus escuderos llevaban. Estando de la manera que oído habéis pasado por un camino que cerca de aquel prado estaba un escudero en un palafrén, y como viese aquella

compañía de caballeros saludolos muy cortésmente; ellos le volvieron las saludes. El escudero les dijo:

—Caballeros, ¿por ventura vais a probaros en la aventura³⁰³ de la doncella? Si vosotros esta intención lleváis, porque todos así como sois me parecéis buenos caballeros, yo os aconsejaría que allá no fuésedes, porque si alguna honra en este mundo habéis ganado, el día que en aquella aventura os probáredes sed ciertos que toda la habéis de perder. Alá sea en vuestra guarda, que yo me voy mi camino.

Don Cristalián le dijo:

—Buen escudero, mucho os ruego, si por bien lo tuviéredes, que nos digáis qué aventura es la de esa doncella, que no sabemos cosa alguna, que lo nunca oímos si no fue a vos.

—Por serviros —dijo el escudero— yo os lo quiero contar.

Y así, se llegó a ellos y les dijo:

—Sabed que cerca de aquí, en medio de una floresta, está la más estraña cosa que jamás fue vista ni pensada: que un ancho y espacioso camino que en la floresta se hace, al cabo dél hay una fresca y deleitosa arboleda; entre aquellos hermosos árboles están dos columnas juntas la una a la otra, y encima dellas la más hermosa doncella que jamás fue vista. La vestidura que tiene es un fino cendal;³⁰⁴ ella está descalza y de pies encima de las columnas; los cabellos son de color de un oro muy fino, y tan hermosos y largos, que todo su cuerpo se cubre con ellos; encima de la cabeza tiene una rica corona: en la su gran apostura semeja ser señora de gran tierra. Ella tiene en la mano derecha una espada sangrienta; en la siniestra, un espejo asaz grande: quien en él se para a mirar, que ligeramente se puede hacer desde un caballo, verá dentro un hermoso caballero tendido en un estrado la cabeza cortada. Aquella hermosa doncella derrama infinitas lágrimas. Asimismo sabed que hacia la mano derecha de la doncella está otro camino ancho y espacioso; al principio dél hay dos padrones, en cada uno está una imagen; la una tiene una trompa en las manos, y la otra tiene un letrero que dice desta manera: «El caballero que quisiere emprender y saber la estraña aventura desta doncella ha de entrar en este camino y pugnar de llegar a las columnas adonde la doncella está, y si su ventura fuere tal que a ellas pudiere llegar, siga a la doncella si quisiere ganar la mayor honra que nunca caballero ganó». Contado os he lo que deseábades saber: yo me quiero ir, que mi señor me aguarda.

—Grandes son las maravillas que nos habéis contado. Mucho os ruego que me digáis quién es ese caballero que os aguarda.

—Mi señor —dijo el escudero—, no creo yo que dél ternéis noticia, por cuanto él no es desta tierra, pero ha andado en muchas partes en busca de un caballero que ha nombre don Cristalián de España, y andando en la su busca, la ventura le trujo por aquí, y él, como muy buen caballero que es, quisose probar en esta aventura desta doncella, y avínole tan mal que está en aquella floresta muy mal herido y voy a buscar si hay por aquí alguna persona que remedio le dé.

—Buen escudero —dijo don Cristalián—, decidnos quién es vuestro señor.

—Ha nombre Benzalaque —dijo él—. Es de Turquía.

³⁰³ 1587: ‘ventura’ (142v).

³⁰⁴ Seda casi transparente.

—¡Sancta María, valme! —dijo don Cristalián—. ¿En estas partes es Benzalaque? Vamos presto a lo ver.

El escudero dijo:

—Mi señor, ¿sois vos por ventura aquel caballero que mi señor anda a buscar?
—Sí —dijo don Cristalián.

El escudero fue estrañamente ledo en lo oír; don Cristalián dijo a la infanta Minerva y a aquellos caballeros si querían aguardarle allí, que él quería ir a ver a aquel caballero y de allí se quería probar en la aventura de la doncella.

—Todos iremos en la vuestra compañía —dijo la infanta.

Y así, se levantaron y subieron en sus caballos. Don Cristalián dijo al escudero:

—Buen amigo, vente con nosotros: guíanos adonde está tu señor.

El escudero hizo su mandado, y así, se fueron todos de consumo y a poco rato llegaron adonde el caballero estaba; don Cristalián se apeó, y así lo hicieron todos aquellos caballeros. Como Benzalaque sintió gente estaba cerca dél gente comenzó a llamar a su escudero; don Cristalián le respondió:

—Amigo Benzalaque, ¿qué tal os sentís?

—Siéntome muy mal —dijo él.

Luego don Cristalián llegó y viole una gran herida en la cabeza (que desarmada estaba), y limpiándole la sangre que en los ojos tenía, Benzalaque los abrió diciendo:

—¡Ay buen caballero! Mucho os ruego que me digáis quién sois.

—Eso haré yo de grado —dijo él—: sabed que yo soy vuestro amigo don Cristalián de España.

Como Benzalaque esto oyó decir, dio muchas gracias a Alá por la merced que le había hecho en haber hallado aquel que tanto afán había pasado en lo buscar, y díjole:

—Mi señor, agora venga la muerte, que a lo menos no moriré con deseo de la vuestra vista.

—Amigo Benzalaque —dijo don Cristalián—, vos tenéis mucha necesidad de ser curado: bien será que estos escuderos os lleven al primer lugar para que de vuestras heridas seáis guarido:

—Hágase como lo mandáis.

Don Cristalián le apretó las llagas lo mejor que pudo, y preguntóle quién lo había herido.

—No lo sé —dijo Benzalaque—, sino que esta es la más estraña aventura que yo jamás oí. Y si vos, mi señor, la queréis probar, no lo hagáis, porque no sabréis ni veréis con quién habéis de hacer la batalla, si es uno o si son ciento; y esto es gran daño, porque no hay caballero, por bueno que sea, que su honra no ponga en condición si la tal aventura quiere emprender.

—No me sería bien contado —dijo don Cristalián— si yo de aquí me partiese sin la probar.

—Pues que así lo queréis, el Criador de todas las cosas os acompañe, que yo mucho querría saber cómo en esta aventura os va.

—Presto lo sabréis —dijo don Cristalián.

Y luego lo pusieron en un palafrén, y su escudero detrás dél, por que más descanso llevase. Don Cristalián dijo a Libanor:

— Amigo, vete con Benzalaque y haz de manera que todo recado se le dé muy cumplidamente; y vuélvete, que aquí nos hallarás a mí y a estos caballeros.

Libanor hizo su mandado.

Capítulo LXIII

De cómo don Cristalián de España y aquellos señores se probaron en la aventura de la doncella y de lo que allí les acaeció.

COMO Benzalaque fue partido de aquellos caballeros don Cristalián dijo:

- Vamos de aquí por ver la doncella que tan apuesta dicen que es.
- Vamos —dijeron ellos.

Y diciendo esto tomaron el camino que Benzalaque les dijo que habían de tomar si la aventura probar quisiesen. Ellos se dieron mucha priesa, y no tardó mucho cuando vieron la Floresta de la Aventura (que así había nombre después que aquella doncella en ella estaba). Como en la floresta entraron vieron el ancho camino que el escudero de Benzalaque les había dicho, y fueron por él cuanto una pieza y luego vieron estar la doncella de la misma forma que oído habéis. Ellos se la pararon a mirar, y vieron que era estraña la su hermosura, y hubieron mucho duelo della, ca le salía mucha abundancia de lágrimas por los sus ojos; y pararon mientes en el caballero que dentro del espejo estaba, por ver si lo conocían, pero no hubo ahí tal que lo conociese. La infanta Minerva dijo a don Cristalián:

— Mi señor, bien creo yo que no hay aquí tal caballero que esta aventura no desee acabar, solamente por ser en la gracia desta hermosa doncella. Mucho os ruego que antes que la vos probéis la prueben estos caballeros.

— Hágase como vos, mi señora, lo mandáis.

Ellos holgaron mucho de lo que la infanta había dicho, porque bien sabían que si don Cristalián primero la probaba, que él le daría cima. Don Cristalián les dijo:

— Hágase luego la prueba, que es ya ido gran parte del día.

Sabed que para ir adonde las imágenes estaban habían de atravesar una parte de la floresta, y así lo hicieron, y como juntos a ellas fueron vieron lo que el letrero decía. Junto al camino donde las imágenes estaban, a la sombra de unas verdes ramas, estaba un caballero anciano todo vestido de paños de duelo, los ojos bajos, a manera de persona que mucha compañía de tristeza tenía. Como él alzó la cabeza y vio aquellos caballeros, díjoles:

— Ms buenos señores, ¿venís a probaros en esta aventura?

— Sí venimos —dijeron ellos.

— A Dios ruego yo —dijo él— que lo que los otros han faltado alguno de vos sea tan venturoso que de la muerte de aquel buen caballero que allí en el espejo vistes tome la emienda.

— Sed alegre —dijo la infanta Minerva—, que aquí son tales caballeros que mejores no los hay en el mundo.

— A Dios merced —dijo el caballero—, y a Él ruego yo que así sea como lo vos decís. El caballero que probar se quisiere, aparéjese para la batalla y entre en el

camino, y cuando la imagen con su trompa comenzare a hacer su son, luego ponga las espuelas al caballo aunque a persona alguna no vea, y crea que luego es en la batalla.

Don Veros de Licante dijo a don Cristalián:

—Mi señor, la vuestra merced sea de me dar licencia para que yo sea el primero de la prueba.

—Id a la buena ventura —dijo don Cristalián.

Luego don Veros se aparejó: enlazando su yelmo y embrazando su escudo demandó la lanza a su escudero, y haciendo su mesura a don Cristalián y encomendándose a Dios entró en el camino. Luego la imagen comenzó a hacer un son tan triste que espanto puso a quien lo oía. Como don Veros de Licante aquel triste son oyó, puso su lanza en el ristre³⁰⁵ y dio de las espuelas al caballo. Yendo corriendo de la manera que oído habéis, vieron los que mirándolo estaban cómo muy ligeramente lo volaron por las ancas del caballo no viendo a persona alguna. Don Veros era muy esforzado, y asimismo muy vivo de corazón, y aunque la caída fue grande levantose muy ligero, y embrazando su escudo echó mano a su espada y estuvo quedo hasta que se sintió herir, que comenzó a dar grandes golpes a una y a otra parte. Pero a el aprovechó muy poco su grande ardimiento, que muy presto le despedazaron las armas por muchos lugares, y la carne asimismo, por manera que a poco rato andaba muy mal herido; pero aunque tal estaba como oído habéis, turó³⁰⁶ en su batalla tres cuartos de hora.

En este tiempo, no pudiendo ya sufrir los duros y pesados golpes que le daban, había ya perdido mucha sangre (que no hubiera caballero, por de grande ardimiento que fuera, que pudiera sufrir tanto tiempo lo que don Veros sufrió). A esta hora le falleció el corazón y cayó en el suelo. Mucho les pesó a don Cristalián y a aquellos caballeros de ver tan maltrecho a don Veros. El que os contamos que allí estaba aguardando vestido de duelo dijo a aquellos caballeros que sacasen luego a aquel caballero del camino, y así fue hecho; allí le apretaron las llagas (que mucho era mal herido) y lo llevaron al lugar adonde habían enviado a Benzalaque.

Lustrandor dijo a don Cristalián que si para ello le daba licencia, que él quería probar su ventura; don Cristalián le dijo que fuese en buenhora. Él se aparejó así como convenía para entrar en la batalla, y encomendándose a Dios y despidiéndose de aquellos caballeros se entró en el camino, y como en él fue, avínole lo mismo que a don Veros de Licante, que muy maltrecho lo sacaron, y apretándole las llagas lo llevaron a que fuese curado. La infanta Minerva dijo:

—Paréceme que en esta aventura maltratan a los caballeros: por ventura se habrán mesuradamente con las doncellas. Si vos, mi señor —dijo a don Cristalián—, para ello me dais licencia, mucho deseo tengo de me probar.

A don Cristalián le pesó mucho en le oír decir que probar se quería, porque entendió le iría mal dello, y díjole:

—Señora Minerva, aguardemos a Dismael de la Roca si probar se quisiere: veremos cómo a él le averná.

³⁰⁵ Soporte de hierro adosado al costado derecho del peto para afirmar la lanza en las acometidas.

³⁰⁶ Perseveró, resistió.

La infanta dijo que haría su mandado. Esto le dijo don Cristalián porque Dismael era muy buen caballero, y por ventura viéndole a él maltratado la infanta dejaría la prueba.

Dismael dijó una vuelta con su caballo y entrose en el camino, y luego la imagen comenzó su triste son, y como la trompa sonó, Dismael dio de las espuelas a su caballo, y encontraronle tan poderosamente que le falsaron el escudo y le hicieron una gran llaga en el lado siniestro. Desta herida se sintió muy mal Dismael, que con grande afán podía traer el escudo, y echando mano a su espada comenzó a herir hacia donde sintió que le herían, y como Dismael era uno de los buenos caballeros del mundo, turó en su batalla una hora; pero en este tiempo no se pudo ya más defender, ca traía el escudo deshecho y la loriga desmallada, y la sangre le salía por muchas partes. Tal andaba, que don Cristalián pensó que allí perdiera la vida, y dijo:

—La cosa más estraña es esta aventura que yo jamás oí, que ni sabe el caballero que la prueba si se combate con uno o si con ciento. Mucho anda mal herido Dismael, y tengo gran pesar dello, ca es muy buen caballero.

Estando mirando la ventura que Dios le daba, dieronle tal golpe que las enlazaduras del yelmo le quitaron y fue rodando por el campo. Deste golpe le dieron tal herida en la cabeza, que la mucha sangre que della le salía le cegó la vista; y como él era buen caballero no dejaba de herir con su espada, aunque no sabía a quién. A esta hora le hirieron el caballo en una pierna derecha, que se la cortaron, y a Dismael le convino salir dél, porque luego el caballo cayó en el suelo. Pero ya él andaba tan lazo que no pudo mucho tiempo durar, y como tal se vio, vínose a arrimar a la columna de la imagen de la trompa y allí le convino venir al suelo: tanto era de mal llagado. Como don Cristalián tal le vio, cuitose mucho por le sacar del camino, y cuando a él llegó, tal estaba, que cuidaron que muerto era. Como fuera lo sacaron, don Cristalián le limpió la sangre cuajada que en los ojos tenía, Dismael los abrió. Don Cristalián le dijo:

—Mi buen señor, ¿qué tal os sentís?

—Siéntome muy bueno —dijo Dismael—, pues estoy tal que presto terné compañía a mi señora Sinelda.

—No será así como lo vos decís si Dios quisiere, que presto seréis guardado de las llagas que tenéis.

—La salud me dé Dios al ánima, que ya del cuerpo no me doy cosa alguna.

Mucho fue triste don Cristalián en ver a Dismael en tal estado, y como él mejor pudo le apretó las llagas, y pusieronlo sobre el palafrén de su escudero y mandaronle que a las ancas subiese, por que más descanso llevase, y los otros escuderos en torno dél. Don Cristalián mandó a Libanor que no se apartase de Dismael y de don Veros de Licante hasta que guardados estuviesen, y así, lo llevaron. Don Cristalián dijo a la infanta Minerva:

—Mi señora, si por bien tuviédeses, yo mucho querría que en esta aventura no os probádeses, por razón que no se puede saber con quién ni con cuántos se hace la batalla.

—Muchas mercedes —dijo la infanta— por la voluntad que yo en vos, mi señor, conozco, que yo os hago cierto que temor de la muerte no me quitará que yo no pruebe lo que estos caballeros han probado.

A don Cristalián no plugo de ver la determinación de la infanta, temiendo que algún daño le había de venir. En esto ella se aparejó para la batalla, y despidiéndose de don Cristalián dijo:

—¡Oh dioses, y si yo llevase la gloria desta aventura acabando lo que tantos buenos caballeros han faltado, grandes y crecidos serían los sacrificios que yo de aquí os ofrezco si esta gloria para mí tenéis guardada!

Y diciendo esto se hizo tan lozana con pensamiento que la honra de aquella aventura había de ser suya, que muy presto se entró en el camino, y así como en él fue, la imagen comenzó a hacer su triste son. Como la infanta lo oyó, luego movió su caballo, y ella iba tan apuesta que don Cristalián holgó mucho de la ver, y rogaba a Dios que la guardase; pero fuele mal del encuentro, que ella y su caballo fueron al suelo. Como la infanta era de vivo corazón, muy presto salió dél, y embrazando su escudo, tomó su espada en la mano. En este tiempo ella se sintió malamente herir de grandes y pesados golpes, y tales, que no tardó mucho cuando le quebraron el tiracol del escudo, y de otro golpe que le dieron cayó hecho dos partes en el suelo. Como la infanta se vio sin escudo, no por eso mostró punto de flaqueza, antes andaba muy ligera hiriendo con su espada a todas partes. Don Cristalián que mirándola estaba, era muy ledo de la ver con tan esforzado corazón, y holgaba mucho, porque no le vía las armas rotas por ninguna parte; pero aquejábanla tanto que ya andaba tan lasa que casi no se podía tener, y esto le hacían los mortales golpes que recibía, que estaba muy quebrantada.

Andando de la manera que oído habéis, le convino descansar (que si esto no hiciera diera consigo en el suelo, por cuanto había una hora y cuarto que se andaba combatiendo). Como la infanta Minerva se paró, vieron cómo en todo el camino se levantó tan gran torbellino que cosa alguna dél no se parecía. Sabed que con aquel torbellino echaron a la infanta fuera del camino, y luego cesó. Don Cristalián se fue para ella, que como muerta estaba en el suelo, y luego le desenlazó el yelmo, y como se lo quitó viole todo el rostro hecho cardenales de los muchos golpes que había recibido. Ella estaba tal que no podía hablar palabra, y cuando en sí tornó, que abrió los ojos, dijo:

—Ay mi señor, que yo soy mal quebrantada! Ca sabed que no me herían con filo de espada, y por tanto, no me hicieron llaga ninguna.

Don Cristalián le rogó mucho que se esforzase, pues no tenía herida; ella le dijo que haría todo su poder, y asimismo dijo que cuando la herían, verdaderamente ella sentía que más de una persona la hería.

La infanta dijo a Beldaín su escudero que la desarmase; así fue hecho como ella lo mandó, con el ayuda de don Cristalián. Como desarmada fue, halláronla magulladas las carnes por muchas partes; don Cristalián le dijo:

—Señora Minerva, bien será que os vais a aquel lugar en compañía de aquellos caballeros por que seáis guarida.

—No me partiré de aquí hasta que esta aventura sea acabada, que bien cierta soy yo que si vos no le dais cima, que no es nacido en el mundo quien se la dé.

—Eso será como Dios lo quiere —dijo don Cristalián—. Y pues que así lo queréis, yo quiero luego ver la ventura que Dios me querrá dar.

Y diciendo esto, luego subió en su caballo y Beldaín le dio el escudo y lanza, y así, se despidió de la infanta,³⁰⁷ y como en el camino fue, la imagen comenzó a hacer un tan dulce son, que los que lo oyeron fueron espantados. El caballero que allí atendía dijo:

—Agora os digo que es aquí junta la caballería del mundo.

Así como la imagen comenzó a hacer aquel tan sabroso son don Cristalián movió su caballo al más correr. La infanta y el caballero (que mirándolo estaban) vieron que la lanza de don Cristalián fue quebrada en piezas, y echó mano a su espada Filandria y con ella daba muy grandes golpes a diestro y a siniestro, y en esta priesa duró cerca de hora y media. Mucho fue espantada la infanta de ver cómo don Cristalián duraba tanto en aquella priesa, y parecía a ella que cada momento le crecían las fuerzas, y desto era muy espantada, y decía:

—¡Ay dioses, y cómo es éste el mejor caballero que hoy es nacido en el mundo! Guárdelo de traición Aquel que poder tuvo de lo hacer tan bueno.

Estándole mirando como hacía su batalla, vieron como la dejó y puso las espuelas a su caballo y al más correr se fue por el camino, y no anduvo mucho cuando a vista de la infanta y de su escudero se abrió la tierra junto a don Cristalián y él y su caballo muy presto se entraron por aquella abertura, y así como dentro fue, luego la tierra se tornó a cerrar. Cuando la infanta Minerva esto vio pensó morir con pesar, y comenzó a hacer muy esquivo llanto diciendo:

—¡Oh valeroso príncipe, y cómo fenecrieron los tus días en el tiempo de tu florida juventud! ¡Ay princesa Penamundi, cuán tristes y dolorosas nuevas serán para ti oír la desastrada muerte deste que a ti tanto te amaba! Que yo juro por los inmortales dioses de jamás en mi corazón tomar alegría hasta que la muerte venga por mí. Yo me iré por el mundo adonde jamás tomaré reposo.

Estando la infanta de la manera que oído habéis, no sabiendo qué consejo se tomar, vio que por la floresta atravesaban cinco caballeros, la infanta vio que ellos se venían hacia donde ella estaba. Como los vio venir, muy presto enlazó su yelmo (que lo demás ya se había tornado a armar) por no ser dellos conocida. A esta hora llegaron los cinco caballeros; ellos saludaron a la infanta muy cortésmente, pensando que era caballero, y ella asimismo les tornó las saludes; uno de los caballeros le dijo:

—Señor caballero, por lo que debéis a la orden de caballería os ruego que me digáis si habéis visto probar en esta aventura a algún caballero.³⁰⁸

—Y ¿para qué lo queréis saber? ¿Por ventura vos y esos caballeros venís a eso que decís?

—Venimos —dijo él.

—Pues mal haya la doncella y aun quien los encantamientos hizo, que hoy es aquí perdido en la prueba desta aventura el mejor caballero que hoy es en el mundo nacido.

—Agora nos contad cómo fue la su pérdida.

La infanta se lo contó de la manera que lo habéis oído, pero no les dijo quién era. Ellos fueron muy espantados en oír tales maravillas, y rogaron muy

³⁰⁷ 1587: ‘infanat’ (145r).

³⁰⁸ 1587: ‘cauallaro’ (145r).

ahincadamente a la infanta que les dijese quién era el caballero, pero la infanta no se lo quiso decir. Estando en esto llegó Beldaín (que algo estaba apartado de su señora), y uno de aquellos caballeros lo conoció y dijo a los otros:

—No me creáis si este escudero no es el de la infanta Minerva. Buena fue la hora que aquí llegamos, que él nos dirá que fue de don Cristalián y de su señora.

El caballero le dijo:

—Amigo Beldaín, ¿qué ventura te ha traído por estas partes? Dinos qué fue de don Cristalián y de tu señora, si por ventura sabes cómo fue su muerte o si sabes quién lo mató; que gran tiempo ha que andamos por el mundo por vengar la su muerte, y pocos días ha que por estas partes venimos y oímos decir desta aventura y somos aquí venidos.

Beldaín, que escudero muy sesudo era, no les respondió cosa alguna, porque no sabía si su señora se quería encubrir. La infanta Minerva, que bien había oído lo que los caballeros habían dicho a su escudero, díjoles:

—Mis buenos señores, mucho os ruego que me digáis de qué tierra sois, porque me parece que andáis en busca de don Cristalián.

—Señor caballero —dijo uno de los cinco—, nós somos de la corte del Emperador de Persia; ha bien seis meses que de allá salimos por saber quién dio la muerte al mejor caballero del mundo, y hasta hoy no hemos sabido cosa alguna.

—Por la fe que mantenéis —dijo Minerva— que os quitéis los yelmos, que por ventura vendrá aquí alguno que mi grave dolor sienta.

—Mi buen señor —dijo el caballero que con Beldaín había hablado—, haremos todo lo que mandáis por serviros.

Y diciendo esto desenlazaron los yelmos; luego la infanta Minerva conoció a Liramante de Siria y a Guiladoro el Rubio, y dijo:

—Muchas gracias doy yo a los dioses porque me han dejado ver personas que yo tanto quería en tiempo de tanta angustia.

Y diciendo esto se desenlazó el yelmo. Como Guiladoro y Liramante de Siria conocieron a la infanta fueron muy espantados; ellos se le humillaron, y ella los habló muy cortésmente y díjoles:

—Mis buenos señores, mucho os ruego que me digáis quién son esos caballeros que en vuestra compañía vienen, que me parece haberlos visto en la corte de emperador y no me acuerdo bien dellos.

—Mi señora, estos caballeros os servirán así como nós lo haríamos en lo que mandar nos quisiédes. Sabed que este caballero ha nombre Tarance de Lira, es cormano de la princesa Penamundi, hijo de una hermana de la emperatriz que es reina de Canforda, y estotros caballeros son Diondarte de Albania y Belicante de Ribas.

—Mi señora —dijo Liramante de Siria—, ¿qué fue de don Cristalián? ¿Quién fue el que tanto daño hizo en el mundo con la su muerte, que gran tiempo ha que andamos en la su busca?

—Mis buenos señores, esa nueva que a la corte del emperador fue llevola Drumelia la encantadora diciendo que era sobrina del sabio Doroteo porque sabía que allí más que en otra parte daría pesar con la su muerte. Pero sabed que no fue como ella allí lo contó, ca ella nos tenía presos en la Montaña Despoblada y allí

hizo grandes y muy espantosos encantamientos, y de allí nos libró el infante Lucescanio.

—Grandes son las maravillas que nos habéis contado: la vuestra merced sea de nos decir adónde está el príncipe don Cristalián.

—¡Ay captiva —dijo la infanta Minerva—, que hoy en este día lo he perdido por la mayor desventura que nunca fui!

Allí les contó la infanta todo lo que oído habéis que al príncipe don Cristalián acaeció. Estrañamente fueron espantados de la oír, y no sabían qué consejo tomar. Guiladoro el Rubio dijo:

—Ya me parece que es tarde: bien será que aquí alberguemos esta noche. Por ventura la tierra se tornará a abrir; que éstos son encantamientos, que así como se perdió lo podríamos tornar a cobrar

A todos pareció bien lo que Guiladoro dijo, y así, se apcaron de sus caballos, y la infanta se apartó y albergó sobre el manto de su escudero, y aquellos caballeros junto al camino, y así pasaron aquella noche. Venida que fue la mañana, todos se armaron y subieron a caballo. Liramante dijo:

—Bien será que nos vamos adonde la doncella de la aventura está: podrá ser que allí sabremos nuevas de don Cristalián:

—Vamos —dijo la infanta—, que mi corazón es muy triste y jamás será alegre hasta que dél sepa.

Así, movieron todos de consuno, y anduvieron tanto hasta que llegaron adonde la doncella estaba. Ellos la estuvieron mirando, la infanta Minerva contó a aquellos caballeros el dulce son que la imagen que la trompa tañía había hecho, lo que nunca hizo cuando los otros caballeros se probaron. Tarance de Lira dijo:

—Buenas nuevas son éas: pues que esa mudanza hizo, sin falta ninguna el príncipe acabará esta aventura. Agora atendamos aquí, que Dios por la su merced nos hará alegres.

Capítulo LXV

En que se cuenta lo que al príncipe don Cristalián acaeció después que debajo de la tierra entró.

ESCRIBE el sabio Doroteo que así como el príncipe don Cristalián fue sumido debajo de la tierra, que se halló en un hermoso prado, y estando así mirando a una y a otra parte vio una torre, y asimismo vio que la puerta della se abría y por ella salían cuatro desmejados jayanes armados a punto de pelear. Ellos se vinieron para don Cristalián y le dijeron:

—Caballero, ¿osaréis ir en la nuestra compañía adonde llevar os quisiéremos?
 —Osaré —dijo don Cristalián.
 —Pues conviene que entréis con nós en aquella torre.
 —Vamos —dijo él.

Y así, movieron todos de consuno, y como en la torre entraron, los jayanes se apareon y dijeron a don Cristalián que lo mismo hiciese, y él dejó su caballo, pero con gran temor que algún daño recibiese. Y así, se fue en compañía de los jayanes, y ellos lo llevaron a un gran palacio, el cual estaba colgado de paños de duelo; a la una parte del vio un caballero anciano asentado en una silla. Los jayanes se le humillaron y le dijeron:

—Señor, éste es el caballero que ante tí nos mandaste traer.

El hombre anciano les respondió:

—Él sea el bien venido.

Y dijo contra don Cristalián:

—Caballero, sabed que para que yo sea cierto que vós sois el que habéis de dar cima a esta aventura y de tristes nos habéis de tornar alegres conviene que hagáis batalla con estos cuatro jayanes, y si los venciéredes yo seré cierto que a mi corazón habéis de dar entera alegría, y si ellos vencieren a vos, sabed que mientras el mundo durare jamás de aquí saldréis.

—Pues que así es —dijo don Cristalián—, sea luego la nuestra batalla.

—Los jayanes —dijo el anciano— ya son a punto de pelear.

Y llamaron a don Cristalián a la batalla y bajaron de la torre a aquel hermoso prado que ya oístes. Don Cristalián subió en su caballo, y uno de los jayanes asimismo subió en otro y dijo:

—Caballero, si queréis que quebremos sendas lanzas antes que la batalla de las espadas comencemos, servirnos han dellas.

Don Cristalián le respondió que de grado tomaría la justa. Luego salió un escudero y les dio sendas lanzas asaz gruesas. El jayán y don Cristalián tomaron del campo lo que les fue menester y viniéronse a encontrar tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas, y fueron tales los encuentros, que don Cristalián y su caballo se retrajeron tres pasos atrás. Don Cristalián encontró al jayán por medio del escudo, que se lo falsó, y la lanza le pasó de parte a parte y luego cayó muerto.

El segundo jayán se vino para don Cristalián con una gran maza de hierro diciéndole:

—Atended caballero, que no lo habéis de haber comigo como con Altibón, y guardaos de mí.

Don Cristalián no le respondió cosa alguna, sino echó mano por su buena espada y comenzaron su batalla: el jayán dio un³⁰⁹ gran golpe con su muy pesada maza en el escudo de don Cristalián, que las enlazaduras le quebró. Don Cristalián se sintió mal deste golpe y hirió con su espada al jayán en el brazo derecho, que se lo cortó, y como el jayán se vio tan mal herido que ya no podía hacer daño a don Cristalián, dio una voz muy espantosa diciendo:

—¡Ay captivo, que muerto soy!

—Agora lo dirás con verdad —dijo don Cristalián.

Y tornolo a herir de otro golpe por encima del mismo hombro que no le prestó armadura que trujese, porque le cortó gran parte del costado, y luego el jayán, no se pudiendo tener, cayó en el suelo, que no parecía sino una torre.

El tercero jayán se vino para don Cristalián esgrimiendo una gran cuchilla, y dijo en alta voz:

—Caballero, muerto eres, pues no has escudo con que te amparar.

Y diciendo esto se vino a gran prisa contra don Cristalián por le herir por encima de la cabeza; pero no le avino así como él lo pensó, que el caballo de don Cristalián era maravillosamente ligero y muy presto se apartó, por manera que no tuvo poder de lo herir. Don Cristalián le hirió con su espada en la mano de la cuchilla, que se la cortó por la muñeca, y como le vio que no tenía con qué herir, acometióle de muchos y muy pesados golpes, por manera que muy presto dio con él del caballo abajo muerto.

Luego vino el cuarto jayán y dijo:

—Conviene que primero justemos antes que nuestra batalla de las espadas se comience.

—Mala justa haré yo sin escudo —dijo don Cristalián.

—Agora sea buena, agora sea mala, justar os conviene.

Y tomando una gruesa lanza, don Cristalián tomó otra que un escudero le dio, y apartáronse el uno del otro y encontráronse tan poderosamente que como don Cristalián no tenía escudo fue herido en el siniestro lado y quebró su lanza en el escudo del jayán, y luego echaron mano don Cristalián a su espada y el jayán a su cuchilla, y comenzáronse a herir de grandes y desmesurados golpes, como aquellos que se desamaban.

Duró la batalla cerca de una hora. En este tiempo, como don Cristalián era muy ligero, daba mucha prisa al jayán, y tanta, que no podía valerse ni el caballo que traía no lo podía sufrir, y no tardó cuando el caballo y el jayán cayeron en el suelo. Como don Cristalián lo vio, apeose de su caballo y fuese para él, y muy presto le quitó las enlazaduras del yelmo y sin más le aguardar le cortó la cabeza. Y como esto hubo hecho, hincó los hinojos en el suelo y dio muchas gracias a Dios por la victoria que le había dado; y luego quitó las correas al escudo del jayán y las puso en el suyo, y fuese para su caballo y vio que tenía una herida en la pierna que no era de peligro, y luego subió en él. Y así como a caballo fue, repentinamente se halló a vista de todos aquellos caballeros que guardándole estaban junto a las

³⁰⁹ 1587: 'vu' (146r).

columnas de la doncella, y viéronle con su espada en la mano tinta en sangre y las armas rotas por muchos lugares y el caballo herido. Grande fue el alegría de la infanta Minerva, y asimismo de aquellos caballeros, que de todos era muypreciado.

Sabed que así como don Cristalián salió, súbitamente descendió una nube y en ella tomaron aquella hermosa doncella, y cuando en la nube entró, dijo en alta voz (que todos lo oyeron):

—Caballero, pues la ventura tan bienandante te hizo que junto a las columnas pudieses llegar, sígueme si para siempre quisieres ser en el mundo nombrado.

Y diciendo esto, la nube se subió tan alta que muy presto la perdieron de vista. Don Cristalián, aunque aquellos caballeros y la infanta le dieron voces, no los quiso responder por no se detener algún tiempo, antes sin les decir cosa alguna se fue al más correr de su caballo, y con tanta priesa, que a poco rato le perdieron de vista. A esta hora llegó Libanor, y con él hubieron mucho placer; la infanta le dijo:

—¡Ay amigo Libanor, a hora pudieras tú llegar que tomaras tanto pesar como lo nunca hubiste; mas los dioses me han tornado el alegría que perdida tenía!

Libanor fue muy turbado en oír a la infanta, y más lo fue cuando no vio a su señor; y preguntó por él, la infanta le dijo:

—Amigo, no sabemos adónde está, más de cuanto lo vimos ir corriendo en su caballo, que hablar no nos quiso.

Allí le contó la infanta todo lo que a su señor le había acaecido; Libanor fue muy cuitado en lo oír, pero más lo fuera si no supiera dél. La infanta le preguntó por aquellos caballeros que habían ido heridos, Libanor le dijo que buenos quedaban y con buen recado.

Tarance de Lira dijo a la infanta y a aquellos caballeros:

—Si el parecer de todos es, bien será que sigamos a don Cristalián.

Ellos dijeron que era bien, y luego movieron de consuno. Dejarlos hemos ir y sabréis cómo don Cristalián fue al más correr de su caballo en seguimiento de la nube y anduvo sin saber adónde iba, porque la nube se le desapareció. Otro día a hora de prima llegó a un puerto de mar, y miró a una y a otra parte y vio una tienda armada; las cubiertas della eran de duelo. Como don Cristalián no viese persona alguna fuese para ella, y llegando, vio que dentro de la tienda estaba una dueña anciana vestida de paños de duelo recostada en unas almohadas, tenía la mano puesta en la mejilla, a manera de persona que estaba mucho cuidando. Como ella alzó los ojos y vio a don Cristalián, muy presto se levantó y víñose para él diciendo:

—Pues que vós aquí habéis tenido poder de llegar, yo espero en Dios que lo ternéis para hacer mi corazón alegre y me daréis emienda del daño que mi sobrino el rey de los armenios recibió.

—Buena señora —dijo don Cristalián—, y ¿por ventura vos me daréis nuevas de lo que yo ando a buscar?

—Ésas y todo lo demás que saber quisiéredes oiréis de mí.

—Muchas mercedes —dijo don Cristalián—, que harta buena ventura ha sido hoy la mía, pues con vos, mi buena señora, he topado.

La dueña le dijo:

—Señor caballero, apeaos de vuestro caballo, que os hace mucho menester descansar aquí algunos días, que yo sé cierto que las heridas que traéis vienen muy malas por falta de quien os las cure.

Don Cristalián se apeó (que bien había menester cualquiera piedad que allí se le hiciese), la dueña lo ayudó a desarmar y hízolo echar en un rico lecho que allí tenía y mirole las llagas (que muy hinchadas las traía); ella le puso en ellas tales ungüentos (que mucho aquella dueña de aquel menester sabía) que luego le quitó el dolor y tardó muy pocos días en ser guarido. Los servidores de aquella dueña curaron mucho de Flordelid (que asimismo venía herido). Estando un día don Cristalián en su lecho, acabándole aquella dueña de curar, le dijo:

—Mi buena señora, muchas son las mercedes que yo de vos he recibido. Entre tantas, hágaseme una que pedir quiero.

La dueña le dijo:

—Cara sería la cosa que vós, mi buen señor, me mandásedes, que yo dejase de hacer.

Don Cristalián le agradeció la buena voluntad que le mostraba, y díjole:

—Yo deseo saber quién es aquella doncella que en las columnas estaba y quién es el caballero que en el espejo parecía y qué es lo que tengo de hacer para ver el cabo desta aventura.

Como don Cristalián esto hubo dicho, la dueña comenzó a llorar muy agramente diciendo:

—Conviéneme contar el mi gran dolor. Vos, mi señor, sabréis que el caballero que en el espejo muerto vistes es el malandante de mi sobrino, que era rey de los armenios. Sabed que en aquellas comarcas hay un reino que llaman de Tigilafe; este rey ha muy poco que comenzó a reinar y es muy orgulloso y lozano de corazón; dice que ha de conquistar la mayor parte del mundo, y es señor de gran tierra; tiene grandes compañías de gentes consigo de aquel reino de Tigilafe: son casi negros, han los ojos grandes a maravilla, más que otras personas; los dientes, largos y ralos³¹⁰ y muy blancos, han los labios gruesos y colorados. Como este rey de Tigilafe se viese tan bien acompañado de gentes, y mucho más de grandes tesoros, hízose muy lozano, y luego quiso que todos los reyes comarcanos le reconociesen por señor y en señal de vasallaje le diese cada uno parias. Estando un día el rey de los armenios, mi sobrino, en el su palacio, entraron por la sala dos caballeros que el rey de Tigilafe enviaba, y como ante mi sobrino fueron, sin le hacer mesura alguna le dijeron: «Rey de Armenia, nós somos al tu palacio venidos por mandado del gran rey de Tigilafe: mándate por nós decir que él te tiene por amigo, y como a tal te hace saber que el su poder es muy grande y que espera ser señor de la mayor parte del mundo. A todos los reyes comarcanos a su reino, pues que sus amigos y vecinos sois, la su voluntad es de no haceros daño alguno haciendo lo que él con sus caballeros os envía a decir, que es esto: que tengáis por bien de le reconocer por señor y que en vasallaje le deis cada año un niño pequeño de oro, como de un día nacido; y que si esto hicéredes, que él os terná por amigo y os amparará de quien enojar os quisiere. Y si otra cosa que su servicio no sea pensares hacer, él será tu mortal enemigo y aparéjate para la más cruda guerra que

³¹⁰ Separados.

nunca jamás oíste, ca sepas que nunca habrá merced de ti ni de ninguno de los que te siguieren». Cuando mi sobrino vio el mandado del rey Tigilafe fue movido a muy gran saña, y dijo: «Caballeros, idvos luego del mi palacio y en la mi ciudad no paréis un solo punto; que si mensajeros no fuérades, yo os diera el pago de vuestro loco atrevimiento. Y decid al rey de Tigilafe que la su demanda no merece respuesta», y callose. Los caballeros del rey se salieron del palacio, y así lo hicieron de la ciudad, y fuérонse para el rey su señor y contáronle todo lo que oído habéis que con mi sobrino habían pasado. Cuando el rey de Tigilafe tal oyó quiso morir con pesar, y dijo: «Yo seré muerto antes de mucho tiempo con grave dolor si muy presto no doy la muerte al rey de los armenios, y después dél muerto, por que a otros vecinos suyos sea castigo, tomarle he toda su tierra. Y de aquí prometo a quien la cabeza del rey de Armenia me diere, de le dar tanto haber que para siempre sea rico». Como él esto dijo ante muchos caballeros de la su corte, cuatro hermanos que en el su palacio se hallaron juraron en las manos del rey de jamás holgar de día ni de noche hasta cortar la cabeza al rey de Armenia, y luego se salieron del palacio del rey y se fueron a sus posadas y se armaron y subieron en sus caballos y muy encubiertamente se vinieron al reino de Armenia. Y fuele la ventura tan esquiva a mi sobrino, que se fue un día a caza y anduvo cazando por una gran floresta y debajo de unas ramas vieron salir un ciervo; el rey y los suyos fueron en su seguimiento; era tan ligero, que en poco espacio él se alejó tanto que no le pudieron los caballeros seguir. El rey mi sobrino, como mejor caballo que los otros llevase, no paró un solo punto, y tanto anduvo tras el ciervo, que los suyos lo perdieron. Atravesando por un monte, ya él había perdido de vista el ciervo, y con el gran calor del sol aquejábale mucho la sed, y miró y vio a la mano derecha del monte una fuente; él se apeó por beber del agua, y la ventura que contraria le fue, acaeció por allí venir los cuatro hermanos vasallos del rey de Tigilafe; al tiempo que él se apeó a beber a la fuente ellos lo vieron y luego conocieron ser el rey de Armenia, y así, a caballo como estaban, todos cuatro le encontraron y dieron con él en el suelo muy mal herido, y el uno dellos se apeó y le cortó la cabeza, y así, la llevaron al rey de Tigilafe. Yo, mi buen señor, aprendí las artes en el tiempo de mi juventud, y por ellas supe el daño que me había venido, y luego vi que no solamente había perdido el sobrino, pero el reino y todo lo demás, y salí muy presto de un mi castillo y fuime para los palacios del rey y dellos saqué aquella hermosa doncella que encima de las columnas vistes, que asimismo es mi sobrina, hermana del rey de Armenia; trújela comigo a mi castillo. Y desde ha pocos días vino el rey de Tigilafe con gran poder de gentes sobre el reino de Armenia, y como él estaba sin señor, sin mucho trabajo y en muy poco tiempo se dieron todas las villas y castillos dél. Como esto supe pensé morir con pesar, y revolvi todos mis libros para saber si habría en el mundo persona que desta princesa desheredada hubiese duelo, y hallé que no podía ser restituída en su señorío sino por el mejor y más valiente caballero del mundo; y para saber quién este caballero era hice los encantamientos que visto habéis, por tal arte, que la tierra no se podía abrir sino cuando por ella pasase el mejor caballero del mundo. Asimismo, el hombre anciano que en el castillo estaba es mi marido, y yo púsele allí, con los cuatro jayanes que vencistes, para ver y saber la vuestra alta caballería. Contado os he, mi

buen señor, la mi triste suerte: agora pensad cómo me habéis de dar la emienda del rey de Tigilafe.

—Buena señora —dijo don Cristalián—, yo ya me siento bueno: cuando mandáredes podremos partir de aquí.

—La partida será —dijo la dueña— de aquí a tres días, que en este tiempo ya estaréis del todo guardado.

Pasados que fueron los tres días, la dueña dijo a don Cristalián:

—Mi señor, vamos de aquí, que ya es tiempo.

Él le respondió:

—Hágase lo que mandáis.

Y luego demandó sus armas, y como fue armado pidió su caballo. La dueña le dijo que no le había menester, que ya el caballo estaba en la mar, «y nós asimismo entraremos agora».

—En el nombre de Dios —dijo don Cristalián.

Y así, movieron y fueron su camino hasta llegar a orilla del agua, y como allí fueron se entraron en una galera y con mucha alegría partieron con buen tiempo. Dejarlos hemos ir por contarnos de los que en seguimiento de don Cristalián iban.

La infanta Minerva y aquellos caballeros se determinaron ir en su seguimiento, y luego lo perdieron de vista. Ellos anduvieron por muchas partes en busca dél y jamás hallaron rastro alguno, por lo cual todos iban muy tristes no sabiendo qué consejo se tomar. Yendo de la manera que oído habéis, después de haber andado gran tiempo en busca de don Cristalián amanecieron un día junto a una cruz; como Libanor la vio, dijo a la infanta Minerva:

—No me creáis si ésta no es la Cruz de las Aventuras, que ya yo me he hallado en este lugar con más alegría que agora estoy, que era cuando don Cristalián y Bores de Mar iban a la aventura³¹¹ del Castillo Peligroso.

Ellos que cerca de la cruz llegaron, vieron junto a ella una vieja, tan cansada y tan lasa, que aunque muchas veces le preguntaron qué es lo que allí hacía, no podía echar la habla del cuerpo, y como tal la vieron, no curaron della, sino pasaron adelante. No anduvieron mucho cuando oyeron a la vieja que les daba voces diciendo con voz muy apresurada:

—Caballeros, tened por bien de volver, que os fuistes haciendo escarnio de mí sin atender a que yo respuesta os diese. Pues yo os hago ciertos que tal cual aquí me veis, sé más de la vuestra hacienda que vosotros sabéis de la mía.

La infanta Minerva le dijo:

—Amiga, no tenéis razón de quejaros de nosotros, porque rato os atendimos y no nos quisisteis hablar. Si alguna cosa queréis que por vos hagamos, de voluntad será hecho.

—Muchas mercedes —dijo la vieja—, que por la voluntad que en vos he visto os diré todo lo que deseáis saber. Y por que me creáis lo que decir os quiero, sabréis que os conozco y sé quién sois, aunque en hábito de caballero andáis.

La infanta le dijo:

—El vuestro saber es grande, y bien creo que nos daréis nuevas ciertas de lo que andamos a buscar.

³¹¹ 1587: ‘ventura’ (148r).

—Sabed —dijo la vieja— que el príncipe don Cristalián, en cuya demanda vos andáis, no es en estas partes, y si por aquí lo buscáis, vuestro afán será perdido, por cuanto él será muy presto en el reino de Armenia, y si buscarlo quisieredes, allí y no en otra parte lo podréis hallar.

—Muchas mercedes —dijeron la infanta Minerva y aquellos caballeros—, que de grande afán nos habéis quitado. Y ved si mandáis algo, que de grado será hecho.

—Que os vais a la buena ventura —dijo la vieja— y me dejéis aquí donde me hallastes.

Ellos la encomendaron a Dios y se fueron. La infanta Minerva dijo a aquellos caballeros:

—Mis buenos señores, aquí me parece que no somos muy lejos del imperio de Persia: yo quiero ir a ver a la princesa Penamundi antes que al reino de Armenia vaya.

—Si la vuestra merced manda —dijeron los caballeros—, todos iremos en la su compañía.

—Muchas mercedes —dijo la infanta—, que yo sola me quiero ir con mi escudero, y no quiero pasar más adelante.

Y allí se despidió, y ellos la encomendaron a Dios y tomaron su camino para Armenia, y ella para Persia. Agora os contaremos quién era la vieja que a la Cruz de las Aventuras estaba. El sabio Doroteo alcanzaba tanto por sus artes, que supo cómo la infanta Minerva y aquellos caballeros andaban en busca de don Cristalián, y como hallar no le podían, quiso hacérselo saber de la manera que oído habéis, que por su mandado estaba la vieja a la Cruz de las Aventuras.

La infanta Minerva sola con su escudero Beldaín (como oído habéis) tomó su derecho camino para el imperio de Persia, en todo él no le acaeció cosa que de contar sea. Un día a hora de vísperas entró la infanta en la ciudad de Larenta y luego se fue al palacio del emperador Aliandro, y como ella en la sala entró halló que se hacía gran fiesta por razón de unos embajadores que del reino de Nuruega habían venido, y la emperatriz y princesa estaban en la fiesta, y muchos caballeros y dueñas y doncellas. La infanta se humilló ante el emperador; él le dijo:

—Caballero, quitaos el yelmo, si os pluguiere, para que sepamos quién sois.

—Eso haré yo de grado —dijo la infanta—, que no soy aquí venida sino para os servir.

Y diciendo esto se desenlazó el yelmo, y como se lo quitó fue de todos conocida. Grande fue el alegría que el emperador y todos los del palacio hubieron de la venida de la infanta Minerva. Ella tomó las manos al emperador para se las besar, él las tiró afuera y la alzó diciendo:

—Señora Minerva, grande es el alegría que la vuestra vista nos ha dado.

—No menos la he recibido yo —dijo la infanta— en ver a vuestra majestad bueno.

Y diciendo esto se levantó y fue a besar las manos a la emperatriz y princesa. La princesa la abrazó, que estraño era el placer que su corazón sintió con la venida de la infanta, por cuanto ella tenía pensamiento que don Cristalián su caballero quedaba en la ciudad encubierto, y abrazando a la infanta le dijo:

—Mi verdadera amiga, ¿cómo habéis estado tanto tiempo sin me venir a ver?

—No ha sido en mi mano —dijo la infanta—; y aun esta venida me habéis de tener en servicio, según lo que por veniros a ver dejé de hacer.

Y con esto la princesa se asentó; el emperador mandó que quitasen las armas a la infanta, y luego fue cubierta de un rico manto. El emperador le dijo:

—Señora Minerva, ¿qué nuevas tenemos del príncipe don Cristalián?

La infanta le respondió:

—Son tan estrañas, que ha menester tiempo para las contar.

El emperador le dijo:

—No hay cosa de que yo más huelgue que de oír las maravillas de aquel caballero.

La infanta Minerva les contó todo lo que habéis oído que les acaeció desde que de Persia habían salido con la reina de Caucán hasta el punto que ella había venido. Mucho fueron espantados de la maldad de Drumelia. El emperador dijo:

—Agora me decid, ¿qué persona tiene el infante Lucescanio?

—No he visto otro caballero más hermoso —dijo la infanta— que él, ni que más valga, después de su hermano.

—Bienaventurado se puede llamar el emperador Lindedel, pues Dios fue servido —dijo el emperador Aliandro— de le dar tales dos hijos. La aventura de la doncella es hermosa: mucho deseo tengo de saber quién es, y asimismo quién es el caballero que muerto en el espejo parecía.

—No lo sé —dijo la infanta— más que lo vos sabéis. Sé decir que infinitos caballeros se probaron en aquella aventura, y a todos les avino como a mí si no fue a aquel bienaventurado caballero que todas las buenas venturas son guardadas para él.

—Dios lo guarde dijo el emperador—, que estremado es en bondad más que cuantos nacieron.

La fiesta se acrecentó mucho más con la venida de la infanta; el emperador dijo:

—Señora Minerva, aquí reposaréis algunos días de los trabajos pasados.

La infanta le respondió que otro día por la mañana había de ser su partida.

—¿Para donde? —dijo el emperador.

—Para el reino de Armenia —dijo la infanta—, que no pasará que yo no vea lo que allí don Cristalián ha de acabar; que la mi venida en Persia no fue para tomar reposo, sino solamente por ver a vuestra majestad y a la princesa.

El emperador le dijo:

—No sé yo con qué se pueda pagar el afán que por nos venir a ver vos habéis tomado.

—Mucho más debo yo —dijo la infanta—, según las mercedes he recibido.

En este tiempo ya era tarde; el emperador y emperatriz se levantaron y se fueron a su aposento, la princesa asimismo se fue al suyo llevando consigo a la infanta Minerva. Así como en su cámara fue, luego despidió a las doncellas que en su compañía llevaba, quedándose sola con las infantas Minerva y Sandalina. Abrazando a la infanta, le dijo:

—Mi verdadera amiga, ¿qué me decís de vuestro amigo don Cristalián?

—Yo, mi señora —dijo la infanta— quisiera traer su mandado, pero no pudo ser por razón de la aventura de la doncella que ya conté, que me parece que no fue en su mano podernos hablar. Y la mi venida a veros antes que yo a él le viese fue

para que sabiendo él de la vuestra salud y llevando yo vuestro mandado sosterná la vida que casi perdida tiene faltándole la vuestra vista.

Como la princesa estas nuevas oyó, las lágrimas se le vinieron a los ojos en pensar que la infanta Minerva no le traía mandado alguno de su caballero. Minerva le dijo:

—No me parece, mi señora, que hay razón alguna para que de vuestros hermosos ojos se derramen en tanta abundancia esas lágrimas, pues no fue más en la su mano.

—Ay señora Minerva —dijo la princesa—, que mucho es lo que don Cristalián me debe!

—Eso yo lo conozco —dijo la infanta—, que vuestra grandeza merece mucho. Pero no tenéis razón de quejaros, pues pusistes vuestro amor en un caballero que es espejo en quiomundo se mira. ¿Quién, si él no, merece ser vuestro caballero? Por dos razones: la primera, por lo mucho que su persona vale, y la segunda porque en toda la cristiandad ni en toda la morisma no hay otro que mayor señor sea que él. Mi señora, no hay razón sino que toda la alegría del mundo esté siempre en vuestro corazón, pues sois amada del caballero que más merece, pues mereció ser vuestro. Y no consentiré que dél se tenga queja ninguna, sino que la vuestra merced comigo le envíe su mandado por que el tiempo que ausente estuviere de vuestra presencia tenga algún descanso.

Tanto supo decir la infanta Minerva a la princesa hasta que le prometió de escribir a don Cristalián. Desto fue la infanta muy leda, y besó muchas veces la manos a la princesa por la merced que le hacía, y la infanta Sandalina asimismo (que mucho era servidora y amiga del príncipe don Cristalián). La infanta Minerva dijo a la princesa:

—Mi señora, conviene que esta noche escribáis, por cuanto luego mañana ha de ser la mi partida, si los dioses dello fueren servidos.

—Pues que así lo queréis, dadme recado y escribiré.

Luego la infanta Sandalina le dio aparejo para que escribiese, y las dos infantas se apartaron y la princesa comenzó a escribir. La infanta Minerva le dijo:

—Mi señora, sea la letra escripta con misericordia.

—No osaré hacer otra cosa por amor de vos —dijo la princesa.

La infanta se le humilló, la princesa acabó de escribir su letra, y cerrola y sellola con su sello y diola a la infanta Minerva diciéndole:

—Ahí envío a rogar a don Cristalián que la su venida a verme sea lo más presto que ser pudiere. No sé si querrá hacer mi ruego, pues está en tierra de tan hermosa doncella como vos decís.

La infanta Minerva se rio y le dijo:

—Mi señora, no quiero yo consentir que un solo punto vos tengáis tal pensamiento. ¿Quién en el mundo a la vuestra gran hermosura igualar se puede? No es razón que semejantes pensamientos ocupen vuestra memoria.

Y así, estuvieron hablando en lo que más les agradaba hasta que fue hora de dormir. Venida que fue la mañana, la princesa se levantó, y las infantas asimismo; la infanta Minerva se armó y luego se despidió de la princesa prometiéndole de hacer venir al príncipe don Cristalián lo más presto que pudiese.

—Así os lo encomiendo yo —dijo la princesa.

Y despidiéndose asimismo de la infanta Sandalina, se salió y se fue al aposento de la emperatriz, y halló allí al emperador (que aún no era salido al gran palacio), y como armada la vio, el emperador le dijo:

—Paréceme que las vuestras palabras son verdaderas, según os veo venir aparejada para la vuestra partida.

—Luego ha de ser —dijo la infanta—: vea vuestra majestad si manda alguna cosa para aquel buen caballero, que yo no me deterné en parte ninguna, si puedo, hasta llegar al reino de Armenia.

—Dalde nuestras saludes —dijo el emperador—, y que mucho holgariámos que en dando cima a esa aventura nos viniese a ver sin que en otro hecho se entremetiese.

La infanta les besó las manos y les dijo que en todo haría su mandado, y así, se despidió del emperador y de la emperatriz, y asimismo de todos los de su palacio, y subió en su caballo, y así, salieron de Persia y tomaron su camino para el reino de Armenia.

Capítulo LXVI

De cómo don Cristalián y la dueña de la tienda llegaron al castillo adonde la princesa de los armenios estaba.

YAOS HABEMOS CONTADO CÓMO DON CRISTALIÁN Y LA DUEÑA TÍA DEL REY DE LOS ARMENIOS IBAN POR SU MAR ADELANTE CON PRÓSPERO VIENTO. Y DESEMBARCARON EN EL PUERTO DE ANTELÀ, QUE ES MUY CERCA DEL REINO DE ARMENIA Y A TRES MILLAS DÉL ESTABA EL CASTILLO DE AQUELLA DUEÑA. Ella fue muy leda cuando en tierra se vio, pero mucho más lo fue don Cristalián por dar ya cabo a aquel hecho, que gran pasión sentía en su corazón de se ver tan apartado de su señora la princesa, que cuitas y mortales deseos no le daban reposo alguno. La dueña le dijo:

—MI SEÑOR, YA SOMOS MUY CERCA DEL MI CASTILLO, CA NO FALTAN SINO TRES MILLAS PARA SER EN ÉL.

—DE ESO SOY YO MUY LEDO —DIJO DON CRISTALIÁN.

Y SUBIENDO EN SU CABALLO, Y LA DUEÑA EN SU PALAFRÉN, SE FUERON SU CAMINO.

CUANDO AL CASTILLO LLEGARON, LA GENTE QUE EN ÉL ESTABA COMENZARON DE HACER TAN GRANDES ALEGRÍAS QUE PARECÍAN PERSONAS FUERA DE SESO DEMANDÁNDOSE ALBRICIAS LOS UNOS A LOS OTROS, Y ASÍ, SE FUERON ADONDE LA PRINCESA ESTABA DICIÉNDOLE:

—¡MI SEÑORA, ALBRICIAS, QUE LA DUEÑA VUESTRA TÍA VIENE CON AQUEL CABALLERO BIENAVENTURADO!

CUANDO ELLA AQUELLAS NUEVAS OYÓ FUE GRANDE LA SU ALEGRÍA. ESTABA VESTIDA DE PAÑOS DE DUELO EN UNA GRAN SALA ASIMISMO COLGADA DE PAÑOS NEGROS, Y ASÍ LO ERA EL ESTRADO EN QUE ESTABA SENTADA ACOMPAÑADA DE MUCHAS DUEÑAS Y DONCELLAS, DONDE ATENDÍA AL CABALLERO QUE SU TÍA TRAÍA. EN ESTE TIEMPO ENTRARON EN LA SALA LA DUEÑA BARLAÍNDA (QUE ASÍ HABÍA NOMBRE LA TÍA DEL REY) Y DON CRISTALIÁN; ELLA DIJO A LA PRINCESA:

—Mi buen amiga, veis aquí el que después de Dios tiene poder para daros venganza de vuestro enemigo.

La princesa se levantó y don Cristalián se humilló ante ella por le besar las manos, pero ella las tiró afuera, que no se las quiso dar, antes le hizo levantar diciéndole:

—Yo, mi buen señor, soy la que tengo de serviros, pues que por el vuestro esforzado brazo tengo esperanza de haber emienda de la muerte de mi hermano el rey de los armenios. Mi señor, doleos desta triste doncella desheredada que otro remedio no tiene sino la vuestra ayuda.

Esto decía la princesa derramando infinitas lágrimas; don Cristalián la conhortó diciéndole:

—Mi señora, la vuestra merced sea de no tomar pasión, Baste la que hasta aquí ha tenido; que con el ayuda de Dios muy presto seréis restituida en vuestro señorío.

—Esa esperanza tengo yo —dijo la princesa— teniendo en la mi ayuda el mejor caballero del mundo, aunque gran temor tengo por las grandes compañías de gentes que el rey de Tigilafe tiene.

—Mayores las ternéis vos, mi señora, pues que tanta justicia contra él tenéis. En esto no hablemos por agora, que yo os prometo de os dar al rey de Tigilafe en vuestras manos para que dél hagáis a vuestra voluntad.

La princesa le dijo:

—Así lo ruego yo a Dios, que sea como lo vos decís.

La dueña hizo desarmar a don Cristalián y cubriéronle con un rico manto. Así estuvo en aquel castillo a muy gran vicio cinco días hablando en lo que le convenía hacer. Estando un día a hora de nona llamaron al castillo; un doncel que a la finiestra se paró dijo a su señora:

—Aquí llaman cinco caballeros: todos vienen aparejados para batalla, ca vienen armados de todas armas y en sus caballos, y con ellos sus escuderos, que las lanzas les traen.

La princesa se escandalizó mucho pensando que eran caballeros del rey de Tigilafe. Don Cristalián dijo al doncel:

—Amigo, preguntaldes quién son o qué demanda traen.

El doncel les dijo:

—Caballeros, ¿qué es lo que buscáis?

Los caballeros le respondieron:

—Amigo, nós venimos en busca de la señora deste castillo. Quién somos no os tiene pro de lo saber, ca somos de tierra estraña.

El doncel dijo el mandado de los caballeros; la dueña Barlaínda dijo:

—¡Ay captiva, que no sé qué consejo me tomar, que no sé si son de los nuestros enemigos!

Don Cristalián le dijo:

—Quienquier que ellos sean, díganles si quieren acá entrar, y si dijeren que sí, mandad que el castillo les abran, que no hay de qué temer.

La dueña no osó hacer otra cosa sino el mandado de don Cristalián. El doncel les dijo:

—Caballeros, ¿queréis acá entrar?

—Sí, si nos abrís.

—Pues atended un poco.

Y luego se quitó de la finiestra y fue a abrir las puertas. Los caballeros entraron, y luego descendieron de sus caballos y subieron al castillo, y como en la sala fueron, ellos conocieron a don Cristalián y fuéreronse a humillar ante él. Don Cristalián se levantó y les dijo:

—Caballeros, vosotros me conocéis a mí, y yo no conozco a vosotros hasta que los yelmos os quitéis.

Uno dellos dijo:

—Mi señor, todos somos vuestros servidores, y no venimos aquí con otra intención sino de os servir.

Y diciendo esto se desenlazaron los yelmos todos cinco; cuando don Cristalián los conoció fue estrañamente ledo, y abrazándolos, les dijo:

—Mis buenos señores, ¿qué ventura os ha traído por estas tierras?

Ellos le respondieron que venían en la su busca, y de allí se fueron a humillar ante la princesa (que luego la conocieron). Ella los habló muy cortésmente (que bien entendió que eran caballeros preciados, pues venían en busca de don Cristalián) y preguntó quién eran; el príncipe le respondió.

—Este caballero ha nombre Guiladoro el Rubio, es mi cormano.

Y asimismo le dijo quién los otros caballeros eran. Luego fueron desarmados y cubiertos sendos mantos ricos que la dueña Barlaínda les mandó dar, que grande era su regocijo en se ver acompañada en tal menester de tan buenos caballeros. En este tiempo subió Libanor, y como en la sala entró humillose ante su señor y besole las manos, como aquel que era uno de los buenos escuderos del mundo. Don Cristalián le dijo:

—Amigo Libanor, ¿qué tal vienes? ¿Cómo quedaron aquellos caballeros?

—Buenos —dijo él—, a Dios merced.

Guiladoro dijo a don Cristalián:

—Mi señor, mucho deseo tengo de saber el fin de aquella aventura.

—Ése tenemos por ver —dijo don Cristalián—. No sé si Dios terná por bien de nos le dar bueno.

—Sí dará —dijo Guiladoro—, que en todo os hizo Dios bienandante.

Allí les contó don Cristalián todo lo que oído habéis que la dueña a él le contó estando en la tienda; todos fueron muy ledos por llegar a tan buen tiempo. Don Cristalián les dijo:

—Mucho holgaría que el rey de Tigilafe dejase este hecho en batalla de dos caballeros, uno de su parte y otro de la mía, por cuanto no tenemos sino muy poca gente.

—Bien sería —dijo Belicante de Ribas—, y aunque fuesen seis de la otra parte y seis de la parte de la princesa. Bien me semeja que sería enviarlo a decir al rey de Tigilafe y sabremos qué intención es la suya. Y sea luego.

Liramante de Siria dijo que él se lo iría a decir, si para ello le daban licencia. Belicante de Ribas dijo que iría en su compañía; don Cristalián se lo agradeció, y así, se partieron con aquella embajada.

Otro día de mañana los caballeros se armaron y subieron en sus caballos y tomaron su camino para una villa adonde a la sazón el rey de Tigilafe estaba, y

como en ella entraron, los caballeros se fueron al palacio, y las guardas les dijeron que atendiesen un poco, que lo harían saber al rey su señor. Los caballeros atendieron, y las guardas subieron al palacio del rey y dijeronle cómo allí estaban dos caballeros extraños que querían estar con él. Él los mandó subir y las guardas se lo dijeron. Luego los caballeros descendieron de sus caballos y subieron ante el rey; él estaba acompañado de sus altos hombres. Liramante de Siria comenzó a hablar, sin le hacer medida alguna, diciéndole:

—Rey de Tigilafe, nós somos venidos al vuestro palacio por mandado de la princesa de Armenia.

Y diciendo esto le puso una carta de creencia en las manos. Como el rey la hubo leído, díjoles

—Agora podéis decir a lo que sois venidos.

La princesa de Armenia os manda decir —dijo Liramante— que ya sabéis cómo a sus hermano el rey de los armenios matastes y contra toda razón le tenéis su reino, y asimismo os dice que ella no tiene aquellas compañías de gentes que vos tenéis; que pues decís que sois uno de los buenos caballeros del mundo, que ella os demanda su reino, y que si dar no se lo quisieredes, os ruega que este hecho se ponga en batalla de dos caballeros, si por bien lo tuviéredes: uno de la vuestra parte y otro de la suya, y que si el vuestro caballero venciere al suyo, que ella pierda el derecho que a su reino tiene,³¹² y si el su caballero al vuestro venciere, que le dejéis su tierra libre y desembarazada.

Como el rey de Tigilafe esto oyó fue muy airado, y dijo:

—En memoria tengo cómo el rey que mandé matar trató a los mis caballeros cuando yo los envié con mi mandado. Yo no os mandaré salir del mi palacio, pero mandaré que os pongan a buen recado hasta que se haga la justicia de vosotros que merecéis solamente por el atrevimiento que habéis tenido de parecer ante mí.

Así como el rey acabó de decir esto, luego se levantaron cuatro caballeros y se fueron para Liramante de Siria y para Belicante de Ribas diciéndoles:

—Sed presos.

—Eso no seremos si Dios quiere —dijeron ellos—, que antes seréis todos muertos.

Y diciendo esto echaron mano a las espadas, y asimismo lo hicieron todos cuantos en el palacio estaban; revolviéndose los mantos a los brazos se vinieron para los caballeros; pero como todos los del palacio estaban desarmados, mucho fue el daño que los caballeros en poco tiempo hicieron, que como se llegaron en torno dellos para los prender, ellos daban golpes a diestro y a siniestro: muchos dellos cayeron muertos. Como el rey de Tigilafe vio el daño que los caballeros en el su palacio habían hecho fue muy turbado, y levantose de su silla y a muy gran prisa se entró por una puerta de una cámara y la cerró. Como los caballeros vieron al rey fuera del palacio, todos los que vivos quedaron hicieron lo mismo que el rey había hecho con el temor de la muerte.

Liramante de Siria y Belicante de Ribas que solos en el palacio se hallaron, acordaron de se salir dél antes que hubiese lugar para que gente armada se llegase, y como abajo fueron, muy presto tomaron sus caballos y sin que ninguno los

³¹² 1587: ‘ttene’ (150r).

enojase salieron de la villa y se fueron al castillo de Alta Torre (que así había nombre el castillo de la dueña Barlaínda), y como ante la princesa y don Cristalián se vieron, allí les contaron todo lo que con el rey de Tigilafe les había acaecido; la princesa y su tía fueron muy espantadas. Don Cristalián dijo:

—Pues que en el rey Tigilafe hay tanta soberbia, conviene quitársela; porque esta es la voluntad de Dios: abajar los soberbios. El rey de Tigilafe es luego aquí: mucho querría saber si en este castillo hay algunos bastimentos.

—¡Ay mi buen señor —dijo la dueña—, que bastimentos no pueden faltar! Porque ya que en el castillo no los haya, yo por mis artes los traeré, pues mi castillo es más fuerte que otro.

Mucho fue alegre don Cristalián en oír tan buenas nuevas, y dijo a la princesa (que con mucha congoja estaba):

—Mi señora, no temáis, que desde este vuestro castillo haremos tal guerra al rey de Tigilafe que pierda alguna parte de la soberbia que tiene.

Y así estuvieron algunos días; aunque no fueron muchos, por cuanto el rey de Tigilafe luego vino con grandes compañías de gentes para tomar el castillo de Alta Torre, y hizo juramento de tomar a la princesa y ponerla en muy crudas prisiones y nunca dellas la soltar hasta que allí los sus días feneciesen. En torno del castillo asentaron su real con mucha grita y alardos de la gente común. Esto hecho, el rey de Tigilafe con algunos de los altos hombres de su corte anduvieron el castillo en torno y viéronlo que a maravilla era fuerte. Un caballero anciano que con el rey iba dijo:

—Este castillo no lleva medio tomalle sino por hambre.

—Así será —dijo el rey—, que yo juro por Mahoma de jamás de aquí me mudar hasta que los que dentro del castillo están se pongan en la mi merced.

En este tiempo ya había cuatro días que el castillo estaba cercado y los que en el campo estaban nunca habían visto persona alguna de los de dentro; desto eran muy maravillados. Dice la historia que don Cristalián mandó que a finiestra ni almenas del castillo persona alguna se parase. Estando una noche los del real con todo descuido, por cuanto sabían que en el castillo no había gente ninguna, a hora de maitines, estando los del rey de Tigilafe durmiendo a buen sueño, por una puerta pequeña que a una parte del castillo estaba salieron el príncipe don Cristalián y los otros cinco caballeros, y como fuera se hallaron, luego encontraron con dos guardas de los que el real guardaban, y como el príncipe don Cristalián los vio, muy presto él y los que consigo llevaba les dieron la cruel muerte, y muy paso discurrieron por todo el real en busca de la tienda del rey. Y así andando vieron una muy rica tienda con paramentos de hilo de oro, y como era de noche y de nadie eran vistos, llegáronse más cerca y vieron cómo toda la guarda del rey estaba durmiendo. Don Cristalián y sus compañeros se apcaron y muy ligeramente les cortaron a todos las cabezas (por cuanto para dormir se habían quitado el armadura de la cabeza).

Esto hecho, don Cristalián dijo a Guiladoro que subiese en su caballo y que se aparejase para llevar al rey al castillo si Dios tan buena ventura le diese que prenderlo pudiese. Guiladoro subió en él y llegóse junto a la tienda del rey, y don Cristalián y los otros quebraron muy presto la puerta de la tienda, y con el ruido del quebrar de la puerta el rey de Tigilafe despertó, y asimismo los que en la tienda

durmían (que eran cuatro caballeros muy privados). El rey comenzó luego a llamar, temiéndose de recibir algún daño, pero no le respondió nadie sino don Cristalián, que de gran fuerza era, que se abrazó con él cuidando le dar a Guiladoro; pero no le avino así como él lo pensó, que el rey era de tan gran fuerza que se quiso defender. Como don Cristalián esto vio echó mano a su espada y cortole la cabeza, y asimismo hicieron a los otros caballeros que en la tienda con el rey estaban.

En este tiempo ya los del real eran despiertos y a muy gran priesa se armaban; don Cristalián y sus compañeros salieron de la tienda y subieron en sus caballos, y con sus espadas en las manos comenzaron a correr por el real a una y a otra parte matando y hiriendo a todos cuantos topaban. Las maravillas que aquella noche hizo don Cristalián, escribe el sabio Doroteo que fueron sinuento los que mató, y asimismo los cinco caballeros hicieron cosas estrañas, cada uno pugnando por hacer maravillas ante don Cristalián. En este tiempo toda la gente del real estaba armada; ya los caballeros no lo pudiendo sufrir, poco a poco, no dejando de dar la cruel muerte a quien ante sí hallaban, se fueron al castillo, y como la puerta hallaron abierta entraronse dentro. La princesa y la dueña su tía los estaban atendiendo, rogando a Dios siempre que los guardase. Como la princesa los vio dijo a don Cristalián:

—Mi buen señor, ¿qué tal venís vos y vuestros compañeros?

—Bueno —dijo don Cristalián—, y con mucha voluntad de serviros.

—A Dios merced —dijo la princesa—, pues que así es.

—Nós venimos buenos —dijo Guiladoro—, pues que ya el rey de Tigilafe vuestro enemigo es muerto.

—¡Sancta María, valme! —dijo la princesa—. ¿Qué es esto que oigo?

—Que don Cristalián le cortó la cabeza —dijo Guiladoro.

Tanto placer sintió la princesa, que le fallecieron las fuerzas y se sentó en su estrado como persona sin sentido; pero como en sí tornó, hincó los hinojos en el suelo dando muchas gracias a Dios por las mercedes que siempre le hacía sin las merecer. Don Cristalián y aquellos caballeros fueron luego desarmados y echáronse en sendos lechos, por cuanto traían algunas heridas, y luego fueron curados por la mano de Barlaínda. Los caballeros eran muy a menudo visitados de aquella hermosa princesa.

Sabed que cuando don Cristalián y aquellos caballeros se entraron en el castillo, que todos los del real corrieron a la tienda del rey, y como muerto lo hallaron, fueron grandes los llantos que en todo el real se hacían por la su muerte. Luego, no sin gran pesar, otra día por la mañana tomaron el cuerpo del rey, y acompañado de muchos caballeros le llevaron al reino de Tigilafe dándole la sepultura que a tal persona convenía, y fueron hechos grandes llantos en todo el reino (que de todos era muy amado).

Los caballeros que el cuerpo del rey llevaron se volvieron al real. Todos los altos hombres que allí se hallaron entraron en consejo de lo que debían de hacer, y los más que en el consejo entraron habían recibido grandes mercedes del rey que en el reino de Armenia les había hecho, y por no perder las villas y lugares que les había dado acordaron de alzar por rey a un hermano del rey muerto que había nombre Maharaz; era de edad de diez y ocho años, bien dispuesto como su

hermano, y acordaron asimismo de seguir la guerra y destruir, si pudiesen, a la princesa de Armenia, y con este presupuesto³¹³ se salieron del consejo.

Capítulo LXVII

De cómo Maharaz fue alzado por rey de Tigilafe y de Armenia, y asimismo se cuenta lo que después que Maharaz fue alzado por rey y señor hicieron.

O TRO día por la mañana todos los altos hombres del real tomaron a Maharaz, y con aquellas ceremonias que los moros acostumbran de hacer en semejantes fiestas fue alzado por rey de Tigilafe y Armenia. Esto hecho, otro día siguiente entraron en consejo en la tienda del rey sobre lo que habían de hacer para tomar emienda de los que dentro en el castillo estaban, y acordaron de le poner fuego, y quemadas que fuesen las puertas del castillo, ligeramente podrían entrar y hacer el daño que quisiesen, y con este acuerdo salieron todos muy alegres pensando ya tener en su poder a todos los que en el castillo estaban. En este tiempo ya don Cristalián y aquellos caballeros estaban guardados de sus llagas y con mucho deseo de se ver la segunda vez con sus enemigos.

La noche siguiente, cuando sintieron que la gente del castillo estaba reposada llevaron infinita leña junto a las puertas, y muy pegado le pusieron fuego, y todos los del real estaban a punto de guerra, y en la delantera iban mil y quinientos ballesteros. Así como el fuego se encendió, los veladores que el castillo velaban sintieron el humo, y a muy gran prisa bajaron adonde don Cristalián estaba, y los otros caballeros, diciendo:

—¡Levantaos, señores caballeros, que los enemigos han puesto fuego al castillo!

Don Cristalián que tenía costumbre de siempre que cercado estaba no se acostar sino vestido, muy presto se levantó, y los otros asimismo, y luego demandaron sus armas; don Cristalián se paró a mirar entre las almenas y vio cómo ya las puertas ardían a gran prisa, y mandó que de arriba echasen agua sobre el fuego, pero esto aprovechó tanto como nada, por cuanto los ballesteros no dejaban asomar a nadie, que como lluvia menuda tiraban saetas. Como don Cristalián esto vio, dijo a aquellos caballeros:

—¡Ea señores, vamos abajo!, que mucha necesidad hay de quien resista la entrada después que las puertas se acabaren de quemar, que ya no lleva medio matar el fuego.

A esta hora salió la princesa y su tía llorando muy agramente del gran temor que de sus enemigos tenían; don Cristalián dijo a la princesa:

—Mi señora, no temáis, que primero perderé yo la vida que la vuestra merced reciba enojo.

—Esa esperanza —dijo la princesa— tengo yo en Dios y en la vuestra gran bondad.

³¹³ 1587: ‘prosopuestos’ (151r).

En este tiempo vinieron a decir a don Cristalián que ya habían puesto fuego a la otra puerta pequeña del castillo.

—Pues que así es —dijo él—, vosotros, señores, tomad en vuestra guarda aquella pequeña puerta, que yo quiero tomar la mayor; que si Dios quisiere, no entrará ninguno que la vida no le cueste.

Guiladoro el Rubio dijo a don Cristalián:

—Mi señor, yo y Liramante de Siria ternemos la guarda de la pequeña puerta: quede Belicante de Ribas y sus compañeros en la vuestra compañía.

—No es menester —dijo don Cristalián—, que yo solo quiero tener aquella guarda.

Así, se fueron, don Cristalián³¹⁴ para la puerta que en vivas llamas ardía, y Guiladoro y los otros caballeros fueron a la pequeña. Acabadas que fueron de quemar, fue tan grande el ruido y las voces que la gente del real daban, que parecía que todo el mundo era allí junto. Todos los mejores caballeros del rey Maharaz se repartieron, los unos a la pequeña puerta, y los otros acudieron a la mayor y pugnaron por entrar, pero a todos los que por obra le pusieron les costó la vida, que don Cristalián, que por guarda de la puerta se había puesto, no quería que por persona de mal recado le tuviesen: no había el caballero comenzado a entrar cuando ya los sus días habían feneido. Como los del real vieron que tan fuerte y duro adversario tenían en la entrada de la puerta, no sabían qué consejo tomar.

De los caballeros que a la puerta pequeña estaban os digo que hacían maravillas en armas, porque como la puerta principal no podían entrar, todos acudieron a la pequeña, por manera que ellos se dieron tan buen recado que asimismo los temían como si cien caballeros fueran. Y de la manera que oído habéis estuvieron toda aquella noche y el día venidero, sin tener un punto de descanso ni lugar para lo tomar, porque los del real no cesaban de darles cruel guerra por la entrada, que cuando los unos descansaban venían los otros de refresco, y esto hacían ellos porque conocieron la poca gente que en el castillo había, y dándoles la priesa que oído habéis, no era posible poder mucho durar.

La princesa y su tía estaban con gran cuita viendo lo mucho que don Cristalián había hecho y la poca ayuda que tenían. Era tanto el número de los muertos que a las dos puertas³¹⁵ estaban, que casi apenas se podían llegar a ellas. Otro día por la mañana a hora de prima el combate aún no había cesado; don Cristalián tenía algunas heridas, aunque no eran tales que de pelear le estorbase, asimismo los otros caballeros estaban mal heridos.

Acaeció en este tiempo que a la sazón pasó por el real un caballero extraño armado de unas ricas y lucentes armas. Antes que al real llegase vio venir un escudero que una pieza de armas en sus manos llevaba, y Dios que tan bien lo quiso guiar, acertó a ser cristiano y criado de un caballero vasallo de la princesa de Armenia. El caballero extraño dijo al escudero:

—Amigo, que hayas buena ventura, mucho te ruego que tú me digas qué compañías de gentes son éstas y a quién tienen cercado en este castillo.

³¹⁴ Suplo ‘don Cristalián’ (151v).

³¹⁵ 1587: ‘partes’ (152r).

Como el escudero le oyó, paró en él mientes y viole aparejado para hacer todo bien, y díjole:

—Caballero, por la fe que mantenéis, que vos me digáis si sois moro o cristiano.

—Cristiano soy —dijo el caballero.

A Dios merced —dijo el escudero—. Y seguidme, si de mí quisiéredes saber alguna cosa.

El caballero lo siguió, y el escudero lo llevó tras un recuesto, por no ser de alguna persona visto, y allí le dijo:

—Vos, mi señor, sabréis que esta tierra adonde estáis es el reino de Armenia, y el rey desta tierra fue muerto por mandado del rey de Tigilafe.

Finalmente que le contó todo lo que oído habéis que en aquel hecho había pasado, y díjole:

—Dentro de aquel castillo está la princesa de Armenia.

—Y ¿qué gentes hay en él?

—No hay otra —dijo el escudero— sino tan solamente el caballero que la aventura de la doncella acabó y otros cinco caballeros

—¿Cuánto ha —dijo el caballero— que el castillo está cercado?

—Habrá quince días —dijo el escudero—, y dos noches ha que los del real pusieron fuego a las puertas. Y tanto ha que los caballeros del castillo jamás un punto han tenido de huelga, que todos los del real están espantados de ver tan alta caballería como hay en los del castillo y del que a la puerta principal está, que es uno solo, que a la otra pequeña puerta están los cinco.

Como el caballero esto oyó, dijo al escudero:

—Amigo, vete con la buena ventura.

El escudero se despidió dél y se fue a su señor. El caballero embrazó su escudo y tomó la lanza a su escudero, y como toda la gente del real estaba en torno del castillo, comenzó a herir en ella. ¿Qué os diré? Que antes que aquel caballero quebrase su lanza derribó por el suelo diez caballeros, y después que la lanza quebró, echó mano a su buena espada y comenzó a herir a diestro y a siniestro con tal fuerza que el que a derecho golpe alcanzaba no había menester maestro, porque luego era muerto.

Como los del real vieron el daño que un solo caballero en tan poco tiempo en su gente había hecho, todos vinieron sobre él, y como los mejores caballeros estaban más cerca del castillo, fuesen forzado apartarse para venir a ver se con aquel caballero de quien tanto daño recibían. No hay lengua humana que contares pueda las maravillas que aquel caballero andaba haciendo, que doquiera que iba hallaba el camino bien desembarazado, que no había en el real tal caballero que delante le osase parar.

Como don Cristalián viese tan buen socorro como les había venido, y como la priesa del castillo ya había mucho aflojado, él demandó a gran priesa su caballo y envío a Libanor a los cinco caballeros que la pequeña puerta tenían en guarda que los tres dellos se viniesen a la puerta principal, por cuanto él quería salir al campo. Y como la puerta fue en guarda de los tres caballeros, don Cristalián tomó una gruesa lanza y dijo a su caballo Flordelid:

—Agora quiero que sepan estos enemigos de nuestra sancta fe la tu gran bondad.

Y diciendo esto salió por la puerta que no parecía sino un rayo. ¿Quién podrá contar las grandes y hazañosas cosas que don Cristalián hizo antes que la lanza quebrase? Y como la quebró y echó mano a su buena espada Filandria, andaba haciendo maravillas, que de cada golpe que daba enviaba una ánima al Infierno. Grande fue la revuelta que en el real se levantó, que ya no había caballero vivo que de cuenta fuese. El rey Maharaz que tanto daño vio que había recibido su gente, no se tuvo por seguro, y no sabía qué consejo se tomar. Decía:

—¡Oh Mahoma! Y ¿qué puede ser esto, que basten solos dos caballeros para desbaratar mis gentes?

Estando el rey mirando las maravillas que aquellos caballeros andaban haciendo llegose a él un caballero viejo y díjole.

—Señor, ¿qué hacemos aquí, que no hay caballero que lanza ni espada contra aquéllos, que verdaderamente son diablos y no personas, pueda tomar? Ya todos son muertos, y si algunos hay vivos, están tan mal heridos que no pueden mucho durar: de mi consejo sería que la vuestra merced se retrujese a esta villa que cerca de aquí está.

—Gran vergüenza me sería —dijo el rey— volver las espadas con toda mi gente a solos dos caballeros. La ventura me dé Mahoma cual Él quisiere, que yo aquí quiero morir.

Y diciendo esto dejó un caballo que traía y tomó otro y demandó una lanza, y andaba por una y por otra parte esforzando su gente diciéndoles:

—¡Amigos, vamos todos tras estos caballeros, que gran vergüenza es consentir que solos dos tanto daño hagan!

—Éstos —dijeron ellos— no son caballeros, sino diablos en la forma que veis.

Don Cristalián andaba muy espantado mirando la gran bondad de aquel buen caballero; no podía pensar quién fuese. El caballero asimismo decía en su corazón: «Por cierto, con razón te fue a ti otorgada la aventura de la doncella, pues en el mundo no creo yo que puede haber otro que más valga que tú, que cosas extrañas te he hoy visto hacer». La princesa de Armenia y su tía se pararon a la finestra, y como de arriba vían los espantosos golpes que aquellos caballeros daban, eran muy maravilladas, y decían:

—¡Ay Dios, y tened por bien de guardar aquellos dos caballeros que tan estremados en el mundo son!

Agora sabed que entre los moros había muchos caballeros cristianos del reino de Armenia, y como aunque contra la reina venían era más por fuerza que por su voluntad, así como se topaban los unos con los otros se hacían de concierto que todos se juntasen con los dos caballeros. Así lo hicieron, y como juntos se hallaron, luego se fueron a ellos, y como llegaron, comenzaron en voz alta a decir: «¡Armenia, Armenia por la princesa Libida!». Como don Cristalián esto les oyó, díjoles:

—¡Ea caballeros, haced como buenos y leales que sois! Agora me mostrad al rey, si entre estas gentes anda.

Un caballero de los de Armenia le dijo:

—Seguidme, señor, que yo os porné con él.

Don Cristalián lo siguió, y andando una pieza por entre aquellas gentes, siempre por donde iba hallaba bien desembarazado el camino, que no había ahí tal que delante se le osase parar. En este tiempo el caballero dijo a don Cristalián:

—Mi señor, veis aquí al rey Maharaz de Tigilafe.

Como don Cristalián lo vio, demandó una lanza al caballero (que en su mano llevaba), y con ella dio tal encuentro al rey que lo derribó del caballo abajo mal herido; como en el suelo lo vio, dijo:

—¿Hay aquí algún caballero cristiano?

—Sí —dijeron diez que a la sazón allí se hallaron.

— Pues que aquí Dios os juntó, tomad al rey Maharaz y llevadlo presto al castillo, y decid a la princesa que le ruego yo que daño alguno él no reciba.

Los caballeros hicieron su mandado, que muy ligeramente tomaron al rey, porque don Cristalián no dejaba llegar ninguno que se lo quitar quisiese; y así, lo pusieron en un caballo atravesado y lo llevaron al castillo presentándolo ante la princesa Libida, y dijeron el mandado de don Cristalián. La princesa lo recibió con mucha alegría, diciendo:

—En todo haré su mandado, pues él tanto merece.

Ella hizo luego desarmar al rey, que muy mal herido venía: y como las armas le quitaron él tornó, porque hasta aquella hora siempre había estado desmayado: tan grande fue el golpe que de don Cristalián recibió, que estuvo todo el tiempo que oído habéis sin sentido. Como él se vio tan mal herido y ante la princesa Libida, dijo:

—¡Oh Fortuna, y cuán más mudable que tú es quien en tus cosas tiene esperanza! Muy poco tiempo ha que me vi un caballero desheredado y en muy poco espacio de tiempo me he visto rey de Tigilafe y de Armenia; agora me veo desposeído de todos mi señoríos y preso en poder desta hermosa doncella que no sé qué pensamiento tiene contra mí.

—Rey de Tigilafe —dijo la princesa—, bien sabéis vos que vuestro hermano fue mi cruel enemigo, pues mandó matar a mi hermano el rey de Armenia, y después de su muerte forzosamente me tomó toda mi tierra. Así como la soberbia de vuestro hermano fue grande, era imposible mucho durar. Holgad, que por el caballero que os prendió aquí se os hará todo buen tratamiento.

El rey se le humilló, y luego la princesa rogó a su tía curase del rey, ella lo hizo.

Así como los moros vieron preso a su señor, luego desmayaron todos, ca no entendían sino en se amparar de los golpes que recibían. Como la nueva se estendió que el rey era preso y su gente casi desbaratada, muchos eran los cristianos que sobrevenían. Como los moros se vieron que de allí no esperaban otra cosa sino ser todos muertos, acordaron de salvar las vidas si pudiesen poniendo las espuelas a sus caballos, no sin muerte de muchos que don Cristalián y el otro caballero (que a los alcances les iban) mataron, y los que vivos quedaron se acogieron a la primera villa que toparon.

Don Cristalián y todos los cristianos los dejaron de seguir, porque tenían mucha necesidad de tomar algún descanso; a lo menos don Cristalián, que tan poco había tenido como oído habéis; que ya en este tiempo era hora de vísperas, y así, los dejaron y se volvieron al castillo. Cuando junto a él llegaron, don Cristalián miró por el caballero extraño, y como no le vio fue muy triste, y juró de no comer

ni beber hasta saber quién era aquel buen caballero. Don Cristalián preguntó si por ventura algunos de los que allí estaban lo habían visto; un escudero se llegó a él y le dijo:

—Cuando los moros se entraron en la villa yo lo vi apartarse de la gente, y fuese por un camino que junto allí estaba.

—Buen escudero —dijo don Cristalián—, guíame por donde fue, que yo te pagaré el trabajo que tomares.

El escudero se le humilló y le dijo que haría su mandado. Muchos hubo allí que dijeron a don Cristalián que ellos le irían a buscar.

—Yo quiero ir, porque lerecio mucho por su alta caballería y ternía mucha queja de mí mismo si por negligencia mía le perdiése.

Y luego se dio de andar por donde el escudero lo guiaba, y topáronse con unos pastores, don Cristalián les dijo:

—Amigos, ¿por ventura vistes por aquí un caballero armado que unas armas ricas y lucientes llevaba?

—Sí —dijeron ellos—, que muy poco tiempo ha que por aquí pasó. Y creemos que en aquella abadía que allí está es el caballero que buscáis.

Don Cristalián les dio muchas gracias por las nuevas que del caballero le dieron, y fuese para el abadía.

Capítulo LXVIII

De cómo don Cristalián halló el caballero que buscaba, y de como ante la princesa de Armenia supo quién era y del gran placer que en lo conocer hubieron.

COMO llegó, fue de los monjes muy bien recibido pensando que alguna necesidad traía (como le vieron las armas rotas y que por algunos lugares le salía la sangre), y dijeronle:

—Caballero, si alguna cosa aquí mandáis, haremos lo que menester hubiéredes con mucha voluntad, pues sois de los que a la princesa nuestra señora han servido.

—La necesidad que yo traigo —dijo don Cristalián— es de saber de un caballero que aquí creo tenéis.

—Verdad es —dijo uno de los monjes—, que ha poco rato que aquí llegó, y no se ha querido desarmar y por una sala se anda paseando.

Como don Cristalián esto le oyó, estrañamente fue ledo, y apeose de su caballo y rogó al monje que lo guiase adonde el caballero estaba. El monje lo llevó, y como en la sala entró, saludó al caballero muy cortésmente; el caballero asimismo se le humilló. Don Cristalián le dijo:

—Señor caballero, no es razón que quien ha restituido en su reino a la princesa Libida se vaya sin recibir algún servicio en tiempo de tanta necesidad, ca yo bien conozco que estáis mal herido.

—Señor caballero —dijo él—, las mercedes que la princesa me puede hacer yo no he lugar para las recibir, que tengo mucho y largo camino de andar, y tan largo,

que tengo pensamiento que en el fenererán los mis días antes que yo halle lo que yo ando a buscar. Vos, señor caballero, me perdonad por agora, que yo no puedo hacer vuestro mandado.

—Pues que así es —dijo don Cristalián—, a mí me conviene morir, por cuanto yo hice juramento de no comer ni beber hasta que vos, señor caballero, y yo fuésemos en el castillo adonde la princesa está. Y de aquí prometo de no me partir de la vuestra compañía hasta que el ánima me parta del cuerpo si comigo no vais, porque yo al no puedo hacer por el juramento que tengo hecho.

—Por salvar la vida de tan buen caballero —dijo él— como lo vos sois, yo haré vuestro mandado.

—Muchas mercedes —dijo don Cristalián—, que del todo me habéis hecho alegre.

Y así, se fueron luego a despedir de los monjes, y subieron en sus caballos y tomaron su camino para el castillo. La princesa y su tía estaban con mucho cuidado en ver que don Cristalián se había ido en busca de aquel caballero, y preguntaron a Liramante si por ventura le conocía:

—No —dijo él—, que lo nunca vi.

Estando en esto entró por la puerta del castillo don Cristalián y el caballero que en su compañía traía. Como en la sala fueron, humilláronse ante la princesa; ella se levantó y les hizo grande acatamiento. Don Cristalián le dijo:

—Yo, mi señora, he hecho todo mi poder por traer ante vos a este caballero: la vuestra merced sea de me ayudar a rogarle que nos diga quién es.

La princesa (que a maravilla era graciosa) le dijo:

—Para eso, señor, yo no quiero vuestra ayuda, que no será este caballero tan desmesurado que no haga por mí lo que por todos cuantos aquí estamos es tan deseado.

Y diciendo esto, luego la princesa se levantó y dijo:

—Fuerza de doncella a caballero bien creo yo que puede pasar.

Y comenzole a desenlazar el yelmo; él se humilló ante ella y le dijo:

—Mal haría yo si no hiciese mandado de tan alta señora: yo he nombre Lucescanio.

En esto la princesa le quitó el yelmo: cuando don Cristalián conoció que era el infante su hermano, ¿quién os podría decir el alegría que su corazón sintió? Y luego desenlazó su yelmo diciendo:

—Mucha razón es que yo me tenga por muy honrado en tener por hermano toda la flor de la caballería, que a mi ver no hay en el mundo otro caballero que mejor que vos sea.

El infante se humilló ante él por le besar las manos, diciéndole:

—Mi señor, adonde la vuestra merced está no es razón que en el mundo se hable de otro.

Don Cristalián le abrazó y le hizo levantar. La princesa se hizo muy lozana cuando supo que los dos mejores caballeros del mundo tenía en su compañía. Los cinco caballeros se humillaron ante Lucescanio, él los abrazó y los hizo levantar. Luego fueron desarmados, y la tía de la princesa los hizo acostar en sendos lechos y allí los curó de sus llagas, y dijo que estuviesen muy alegres, que no habían llaga que de peligro fuese. Asimismo curó a los cinco caballeros, que mal heridos

estaban. Don Cristalián hizo hacer un lecho cabe el suyo para Tarance de Lira, que como era cormano de la princesa su señora, holgaba mucho de hablar con él. Tarance asimismo holgaba de lo servir en todo lo que mandar le quisiese. Allí fueron curados aquellos caballeros y visitados de aquella hermosa princesa hasta que fueron guaridos de sus llagas.

Estando un día la princesa y aquellos caballeros juntos, don Cristalián dijo que mandase allí sacar al rey de Tigilafe. La princesa le dijo que se haría como él lo mandaba, luego dijo a un caballero de los suyos que por él fuese. Venido que fue el rey, se humilló ante la princesa; ella lo mandó sentar y le dijo:

—Rey de Tigilafe, ya veis que sois en el mi poder para hacer de vos aquello que la mi voluntad fuere.

El rey le respondió:

—Comoquiera que me avenga, yo doy muchas gracias a Alá que soy puesto en poder de la más hermosa doncella que hoy es en el mundo, y muerte o vida que por vuestro mandado se me dé, por ello me puedo llamar bienandante.

—Muerte yo no os la mandaré dar, que nunca Dios quiera —dijo la princesa— que de la crueldad que vuestro hermano usó con el rey de Armenia yo use; pero si él mal hizo, ya me parece que lo ha pagado. Vos, rey Maharaz, podéis escoger una de dos cosas: estar en prisión todo el tiempo que viviéredes, o en libertad, con tal condición que sin que de ninguna parte se reciba daño vos me dejéis libre mi reino, quedando tal pacto y convenencia entre vos y mí, que para siempre el reino de Tigilafe dé parias al reino de Armenia, y sean las mismas que vuestro hermano envío a pedir al rey de Armenia. Y si por este concierto quisiéredes estar, conviene que lo juréis según usanza de moros ante estos caballeros que aquí están, porque si otra cosa hiciéredes, ellos en mi nombre os lo demanden.

El rey de Tigilafe se levantó y dijo ante la princesa y los caballeros que en el palacio estaban que él quería libertad con las condiciones que la princesa le demandaba, y que, más, juraría de la servir mientras Alá vida le diese.

—Y en ser vasallo de tan alta señora como lo vos sois me terné por muy contento, y pensaré que en ello he acrecentado mi estado y señoríos en gran cantidad.

Y diciendo esto se humilló ante la princesa y le besó las manos en señal de vasallaje y dijo:

—¿Hay aquí alguno que sepa el juramento que los moros hacemos?

Don Cristalián le dijo:

—Yo lo sé.

—Pues que así es, hágase luego.

El rey Maharaz se puso en pie y alzó la mano contra el mediodía (que llaman *Alcuybla*)³¹⁶. Don Cristalián le dijo estas palabras:

—Júrasme tú Maharaz, rey de Tigilafe, por aquel Dios que no ha otro si Él no, aquel que es demandador y conocedor y destruidor y alcanzador de todas las cosas y crio esta parte de Alcuybla contra que tú haces oración? Otrosí, júrasme por lo que recibió Jacob de la fe de Dios para sí y para sus hijos, y por el homenaje que hizo de la guardar, y por la verdad que tú tienes que puso Dios en la boca de

³¹⁶ Por ‘alquibla’. Los musulmanes dirigen sus oraciones hacia La Meca.

Mahomad, hijo de Audallá, cuando lo hizo su profeta y mandadero, según que tú dices, de ser y tenerte por vasallo de la princesa de Armenia y de jamás la enojar, antes la servir y honrar como a persona de quien tan grandes mercedes hoy recibes?

El rey Maharaz dijo que así lo juraba y prometía de cumplir.

—Si otra cosa hicieses —dijo don Cristalián—, que seas apartado de todos los bienes del mundo y de Dios y de Mahomad, de aquel que tú dices que fue su profeta y mandadero. Y no hayas parte con él ni con los otros profetas en ninguno de los Paraísos, mas todas las penas que dicen en el Alcorán que dará Dios a los que no creen en su³¹⁷ ley vengan sobre ti.

El rey de Tigilafe dijo todas las palabras que don Cristalián había dicho, y sobre todo dijo «amén».

—No es más menester —dijo don Cristalián.

Y luego se tornaron a asentar. La princesa dijo al rey de Tigilafe que cuando él quisiese enviase a llamar su gente; el rey se le humilló y le pidió un caballero de su casa para enviar a llamar sus caballeros, que muy cerca del castillo estaba una villa adonde los moros se habían retraído. El rey de Tigilafe envió con aquel caballero su mandado haciéndoles saber la conveniencia que con la princesa había hecho, rogándoles que tuviesen por bien, pues él había salvado su vida. El caballero de la princesa se fue adonde los moros estaban y díjoles el mandado de su señor: todos fueron muy tristes en saber el concierto que había hecho, pero como al no pudieron hacer, sufriéronse, y con demasiada tristeza se vinieron al castillo, y como al rey vieron, todos le besaron las manos.

El rey pidió licencia otro día por la mañana para se partir; la princesa se la dio y él le besó las manos, y asimismo se humilló a don Cristalián y al infante Lucescanio, y ellos se humillaron a él. Y así, se salió del castillo y se fue a su tierra, llevando su camino para el reino de Armenia por llevar toda su gente consigo (que en las villas y fortalezas estaban), y así, le dejó todo el reino de Armenia desembarazado. Y mientras este rey Maharaz vivió, siempre mantuvo lo que juró fiel y lealmente, procurando de servir a la princesa y no le dar enojo alguno. Escribe Doroteo que después que este rey de Tigilafe fue muerto hubo grandes y muy peligrosas guerras entre los de Armenia y los del reino de Tigilafe.

Como el rey Maharaz fue ido del castillo, luego la princesa se aparejó para se partir otro día, y con mucha alegría tomaron su camino para una villa que había nombre Valinda. El infante Lucescanio llevaba de rienda a la princesa, y don Cristalián se apartó un poco hacia fuera por mejor poder pensar en su señora, ca grandes cuitas padecía su corazón con deseo de la su vista: y decía: «¡Ay infanta Minerva, y cómo te tardas que no vienes con el remedio de mi vida! Bien cierto soy yo, pues que tú, mi buen amiga, tomaste trabajo de ir a Persia, que no te partirás de mi señora Penamundi sin que algún remedio me envíe con que mis tristes días sostener pueda». Y diciendo esto sintió tal dolor, que si no fuera por Libanor (que muy cerca dél iba) cayera del caballo. Libanor le tuvo (que bien entendió que cuita de amor le quitó el sentido), y trabando dél dijo:

³¹⁷ 1587: ‘tu’ (154r).

— ¿Qué es esto, señor? Para conquistar el mundo tenéis corazón, y no para sostener vuestra propia vida? ¡Gran daño es éste!

— Amigo Libanor, mucho mejor hicieras si con este pensamiento me dejaras salir el alma. Ya no tengo fuerzas para sostener la vida: tanto tiempo ha que de la vista de mi señora soy apartado.

— Agora tenéis tiempo —dijo Libanor— de la ir a ver.

— Tu consejo es bueno —dijo don Cristalián—, y así, prometo de lo hacer.

Y con este pensamiento se esforzó ya cuanto. Libanor le dijo que se volviese para la princesa, que yendo en compañía no daría lugar para que otro tal le acaeciese. Hablando Libanor con su señor de la manera que oído habéis, vieron venir por el camino (que atravesaba por un verde prado) tres caballeros armados de todas armas, y uno dellos las traía negras; don Cristalián dijo a Libanor:

— No me creáis si estos caballeros no son los que en la aventura de la princesa se probaron.

Y como más cerca los unos de los otros llegaron, don Cristalián vio la devisa que Dismael de la Roca traía y fueron del todo conocidos. Como los tres caballeros llegaron, conocieron a Libanor y luego entendieron que aquel caballero era don Cristalián, de lo cual hubieron demasiada alegría, y apeáronse de sus caballos, y don Cristalián asimismo se apeó. Los caballeros se quitaron los yelmos y se humillaron ante don Cristalián; él los abrazó diciéndoles:

— Mis buenos señores, mucho soy ledo con la vuestra vista que deseó grande tenía de saber de la vuestra salud.

Dismael de la Roca dijo:

— Mi señor, aquí somos venidos para os servir, que hay mucha razón para que todos los del mundo os sirvan, pues que Dios os hizo el más bienandante de cuantos en él nacieron. La nuestra locura fue grande en probarnos en el aventura de la doncella estando vos en la nuestra compañía. Ya nos contaron el afán que en la acabar tomastes: agora nos decid qué fue de aquella doncella, que a maravilla era hermosa.

Y diciendo esto tornaron a subir, don Cristalián les dijo:

— Muy presto la podréis ver, que con aquellas compañías de gentes va; ca sabed que la doncella que en las columnas vistes es la princesa de Armenia, y el caballero que en el espejo muerto semejaba estar era su hermano el rey de Armenia, que el rey de Tigilafe mandó matar.

Finalmente, les contó todo lo que oido habéis; ellos fueron muy espantados de oír la gran traición del rey de Tigilafe. Dismael dijo a don Cristalián:

— Mi señor, vamos, que gran deseo tengo de ver la princesa de Armenia.

— Vamos —dijo don Cristalián.

Y así, movieron todos de consuno. Cuando la princesa vio venir a don Cristalián en compañía de aquellos tres caballeros, díjole:

— Mi señor, paréceme que traéis más compañía que la que de aquí llevastes.

— Mi señora —dijo don Cristalián—, estos caballeros os servirán con la voluntad que yo mismo.

En este tiempo ellos llegaron a besar las manos a la princesa; ella dijo a don Cristalián:

— Decidme quién son los caballeros, por que contra ellos no yerre.

—La vuestra merced sabrá que este caballero que las armas negras trae es hijo del rey Dorante de Macedonia, ha nombre Dismael de la Roca.

A la sazón llegó Guiladoro el Rubio y humillose ante Dismael su hermano, él lo abrazó como aquel que lo mucho amaba.

—Estotro caballero ha nombre Lustrandor, es hijo de Lustramante, rey de la Gran Bretaña, y este caballero ha nombre don Veros de Licante, es hijo de Galterio, rey de Hungría.

La princesa los honró mucho viendo que todos eran caballeros de alta guisa. En este tiempo llegó el infante Lucescanio (que por el campo se había apartado), y como los caballeros lo vieron, humilláronse ante él por le besar las manos; él holgó mucho con la su vista, y así, fueron todos con mucha alegría. Los tres caballeros hablando en lo que les avino cuando en la aventura de la princesa se probaron, Dismael preguntó a don Cristalián cómo le había ido a la infanta Minerva.

—Fuele muy mal —dijo don Cristalián.

Y allí les contó lo que le había acaecido.

—Gran corazón es el suyo —dijo Lustrandor—, pues que vio como a nós avino y se quiso probar.

En esto y en otras cosas fueron hablando hasta que llegaron a la villa de Valinda, adonde fueron muy bien recibidos y en el recebimiento se hicieron grandes alegrías. A don Cristalián y a Lucescanio aposentaron en palacio, y a los otros caballeros cerca dél, y en aquella villa estaban los altos hombres del reino aguardando a la princesa; todos vinieron a palacio y le besaron las manos por señora, y otro día le dieron corona de reina y de allí a treinta días duraron las fiestas que se hicieron. Don Cristalián y el infante y aquellos caballeros, por acrecentar las fiestas, ordenaron justas y torneos, donde hicieron cosas estrañas en armas que por todo el mundo fueron sonadas.

En este tiempo que las fiestas duraron Dismael de la Roca era muy pagado de la nueva reina. Estando ante ella un día, don Cristalián dijo a la reina paso que la su merced fuese de mandar a Dismael de la Roca que aquellos paños de duelo tuviese por bien de dejar, pues ya había tanto tiempo que los traía. La reina, que muy entendida era, se calló por una pieza, y cuando más descuido en los caballeros vio, dijo:

—Señor Dismael, si me otorgásedes un don, yo demandároslo hía.

Dismael que al no deseaba sino que la reina le mandase, humillose ante ella y díjole:

—Mi señora, el don yo le otorgo, y mi pensamiento no es otro sino de os servir. La reina se lo agradeció mucho, y le dijo:

—Sabed, mi buen señor, que el don que me habéis otorgado es que esos paños de duelo que traéis los mudéis en paños de alegría.

Cuando Dismael entendió lo que la reina le había dicho, respondióle:

—Mi señora, yo haré lo que la vuestra merced manda, pero con tal condición que otro don se me otorgue.

La reina le dijo que de grado se lo otorgaba; Dismael le besó las manos y le dijo:

—El don, mi señora, que me habéis otorgado es que, pues mis vestiduras me mandáis mudar, que así mudéis mi corazón de mucha tristeza en demasiada alegría.

—Sepa yo —dijo la reina— con qué seréis alegre, que yo lo haré de grado. Con recibirme por vuestro caballero será mi ventura tan alta que ya la Fortuna no terná más que darme.

A la reina vino una color al rostro que gran parte acrecentó en la su hermosura, y dijo a Dismael:

—Estraño fue el don que me pedistes, y si me lo vos soltásedes, gran servicio recibiría.

—Si soltarle yo —dijo Dismael— en ello tengo de servir, y no le soltando ha de ser al contrario, por agora no estoy con pensamiento de servir, sino de enojar hasta que yo vea lo que mi corazón tanto desea, que después, tiempo me queda para os servir.

Don Cristalián y el infante Lucescano se humillaron ante la reina rogándole que tuviese por bien de hacer alegre a Dismael, pues era uno de los mejores caballeros de mundo. Y así era la verdad, que cosas estrañas eran las que Dismael había hecho en las justas y torneos pasados por donde la reina conocía bien quién él era, y asimismo era hermoso de rostro y de gentil compostura de cuerpo. Conociendo la reina lo mucho que Dismael valía, hubo de hacer los ruegos de aquellos caballeros, y dijo:

—Dismael, de hoy más quiero que seáis mi caballero.

Él le besó las manos por la merced que recibido había, y luego se salió del palacio y no tardó mucho tiempo cuando vino vestido de muy ricos y preciados paños, y tales, que bien mostraba el alegría que su corazón traía. Cuando así lo vieron venir, todos fueron muy ledos de lo ver tan apuesto, y la reina asimismo holgaba de lo mirar.

Estando la reina y aquellos caballeros en el su palacio entró por la puerta de la sala un enano con un antifaz en el rostro; todos pararon mientes en él, y la reina dijo:

—Agora veo lo que nunca vi: este enano trae antifaz, como si doncella fuese.

El enano miró a una y a otra parte, y dijo:

—¿Es aquí un caballero que ha nombre don Cristalián de España?

Don Cristalián dijo:

—Amigo, yo soy, ¿qué es lo que quieres?

—Por agora, no más de saber que estáis aquí.

Y luego se volvió. La reina y aquellos caballeros quedaron hablando en la buena disposición del enano, y no tardó mucho tiempo cuando entró por el palacio un caballero armado de todas armas, en compañía del cual venía el enano. El caballero se fue adonde don Cristalián estaba, y como junto a él llegó, humillósele delante haciéndole grande acatamiento. Don Cristalián le hizo levantar y le dijo:

—Señor caballero, mucha merced se me haría si el yelmo os quisíedes quitar.

El caballero le respondió:

—Mi señor, quien tanto afán ha tomado en os buscar no podía hacer al sino vuestro mandado.

Y diciendo esto se desenlazó el yelmo. Cuando don Cristalián lo miró y vio que el caballero era la infanta Minerva, él dijo:

—¡Oh mi señora Minerva, y cuánta alegría siente mi corazón con la vuestra vista!

Todos aquellos caballeros se levantaron y se humillaron ante la infanta; ella los habló muy graciosamente. La infanta dijo:

—Dejadme ir a besar las manos a aquella hermosa reina, que aun a mí algún daño me vino de su nacimiento en el mundo.

La reina estaba espantada de la ver tan hermosa, y más lo fue cuando en hábito de caballero la vio andar. La infanta se humilló ante la reina; ella que ya sabía quién era, la hizo levantar. Luego don Cristalián y el infante Lucescanio la ayudaron a desarmar y fue cubierta de un rico manto, y así como sentados fueron, la infanta dijo a don Cristalián:

—Mi señor, ¿conocistes al enano que aquí entró?

—No —dijo don Cristalián.

—Pues sabed que es Raduel vuestro amigo, y por que no lo conociese nadie lo hice venir con antifaz.

En esto Raduel llegó y se humilló ante su señor y le besó las manos; don Cristalián le dijo:

—Raduel amigo, ¿cómo te fue después que en aquel lugar quedaste?

—Fueme muy mal —dijo Raduel—, que pensé perder la vida, que hube grande enfermedad.

—A Dios merced, pues fue servido de te dar salud.

La infanta Minerva dijo a don Cristalián.

—La vuestra merced sabrá que como vi que vos, mi señor, acabastes la aventura desta hermosa reina, yo me determiné de allí ir al imperio de Persia, porque tenía con el emperador mucho qué hacer, y como hube negociado, luego vine en la vuestra busca. Y pasando un día a hora de vísperas por el lugar adonde Raduel había quedado malo topé con él, que estaba comprando un palafrén, y trájele en mi compañía para ir en la vuestra busca, y Dios nos guio tan bien como habéis visto.

Don Cristalián preguntó a la infanta por el emperador y emperatriz.

—Todos quedan muy buenos —dijo ella.

La reina preguntó a la infanta por la princesa Penamundi y por otras muchas cosas del palacio del emperador, la infanta le dijo todo lo que deseaba saber. Este tiempo que allí se gastaba se le hacía a don Cristalián cinco mil años, que si posible fuera, luego quisiera él irse a su aposento con la infanta para saber de su señora. La infanta Minerva, que muy entendida era, conoció la congoja en que don Cristalián estaba, y levantose y dijo a la reina:

—La vuestra merced sea de me perdonar, que quiero hablar un poco en poridad con este caballero.

Y diciendo esto se despidieron de la reina y se fueron a la cámara de don Cristalián; cuando él allí se vio, dijo:

—¡Oh mi señora Minerva, y cómo está la salvación de mi vida en las vuestras manos! ¿Qué nuevas tengo de mi señora Penamundi?

—Yo, mi señor, vengo tan cargada de quejas, que a grande afán me puedo mover. Pero antes que las dé quiero dar a la vuestra merced lo que se me encomendó.

Y diciendo esto, la infanta sacó la letra de la princesa y diola a don Cristalián; él la tomó, y mirándola, vio que venía sellada con aquellas armas imperiales. Abriéndola, decía así.

Penamundi, princesa de Persia, a ti don Cristalián, príncipe de España y de los dos imperios Constantinopla y Trapisonda, mudanza en tu próspera fortuna te desea. Quedo acompañada de grandes pensamientos, determinada de nunca más escribirte ni recibir tus servicios viviendo, como vives, con tanto descuido, no teniendo memoria de lo que me prometiste; no te forzando sino de tu propia voluntad, dejaste tu palabra en prendas de lo que no puedes cumplir, pues para ello la que mostrabas tener veo falta. Si no supiera quién eras, a mí y no a ti echara la culpa de tu yerro, pues tomaba palabra de quien por ventura no tenía obligación de la cumplir; pero sabiendo que no te falta, mis quejas se doblan contra ti. Y por que no digas que sin culpa te culpo, ruégote que mires a lo mucho que yo merezco, pues te hice que merecieses ser causa para que yo de ti quejar me pudiese. A las infantas Minerva y Sandalina debes las gracias de la merced que a ruego suyo me plugo hacerte viéndome fatigada de sus importunidades, de las cuales te hago cierto me apartaré si tu desculpa no quita la culpa que a mí quejosa me hace.

Acabada la letra, don Cristalián suspiró y dijo:

—Por cierto, mi señora, no merezco yo parecer ante vuestra alteza, pues tan mal he cumplido vuestro mandado.

La infanta Minerva que tan triste le vio, díjole:

—¿Qué es esto, mi señor? ¿Qué palabras son éas contra aquella que sin la vuestra vista no puede vivir? Vos, mi señor, os desocupad y de aquí nos vamos a Persia, y de hoy más es razón que vuestro rostro muestre señales de mucha alegría.

—Eso no puede ser —dijo don Cristalián— siendo yo culpado sin culpa, y jamás seré alegre hasta que de mi señora la princesa alcance perdón del yerro que contra ella yo nunca cometí; que si en todo yo no he hecho su mandado, no ha sido más en mi mano, como vos, señora, bien sabéis. Pero de aquí prometo, aunque todo el mundo este camino de Persia me estorbase, de no lo dejar, pues tanta razón hay para servir y no enojar aquella hermosa princesa.

Don Cristalián preguntó a Minerva por la infanta Sandalina.

—Ella esta muy buena, y con deseo de la vuestra vista. Mucho os ruego, mi señor —dijo la infanta—, que la nuestra partida sea lo más presto que posible fuere.

—Así será —dijo don Cristalián—, si Dios la vida no me quita.

Gran pieza estuvieron hablando en las cosas que más a don Cristalián agradaban, y en fin deste tiempo se tornaron a la sala, donde fueron muy bien recibidos. Y estuvieron en la corte de la reina de Armenia, después que la infanta Minerva vino, seis días.

Capítulo LXIX

En que se cuenta lo que en el palacio de la reina de Armenia acaeció.

ESTANDO un día la reina y todos aquellos caballeros en el su palacio entró por una finiestra que en la sala estaba una hermosa ave pequeña, así como un gerifalte; traía en el pico un pergamo cogido. Todos pararon mientes en ella, y el ave anduvo revolando un poco por el cielo de la sala y a la fin soltó el pergamo a los pies de la reina y luego el ave se salió del palacio. Don Cristalián lo tomó, y descogiéndolo, vio que las letras que en el venían eran en arábigo, y él que todas la lenguas entendía, las miró y decían así.

Yo Benzáime, el gran sabidor en las artes, amigo y servidor de los preciados caballeros, a ti el infante Lucescanio salud a tu real persona desea. Como por todo el mundo se estendiese la fama de la alta caballería de don Cristalián y tuya, vino a mi noticia el grande afán que andando en busca de los padres de aquella hermosa doncella Bellaestela has de pasar. Yo, por te servir y quitar mucha parte del trabajo que en los buscar se te aparejaba, sé cierto que si de mí noticia no tuvieras, bien pudieras andar todo el mundo y tu afán fuera perdido, que jamás hallaras rastro de lo que deseas. Y si saber quisieres adónde aquellos que tanto deseas ver están, no temas de lo que ante tus ojos vieres; y porque me parece que esos preciados caballeros que en la corte de la reina de Armenia están es bien que en tiempo de tan florida juventud ganen honra para adelante, yo quiero que vengan en la tu compañía, por cuanto por estas partes hay muy estrañas aventuras adonde, si cima les dan, asaz ganarán prez³¹⁸ y honra para adelante. Y al serenísimo príncipe don Cristalián no quiero ocupar su valerosa persona en cosa alguna, por cuanto yo sé bien los sus pensamientos y es mucha razón que el su derecho camino sea para Persia, adonde tan deseada es la su vista.

Dice la historia que así como el príncipe don Cristalián acabó de leer las letras del pergamo súbitamente se levantó en el palacio tan grandísimo ruido y terremoto, y un polvo tan espantoso y tan revuelto, que poco ni nada no se devisan los que en él estaban; esto duró cuanto media hora, que jamás cesó. Luego la sala quedó tan clara y espaciosa como de antes estaba, pero con falta de muchos caballeros, que fueron éstos: el infante Lucescanio, Dismael de la Roca, Guiladoro el Rubio su hermano, Tarance de Lira, Lustrandor, Diondarte de Albania, don Veros de Licante, Belicante de Ribas y Liramante de Siria. Mucho fue la reina espantada de ver tal maravilla; así lo fueron todos los que en el palacio quedaron. Don Cristalián dijo:

—¡Cosa estraña es ver las cosas de los encantamientos!
 —Quiera Dios —dijo la reina— que no les avenga algún daño.
 —No averná —dijo don Cristalián—, que Dios los guardará.

³¹⁸ Estimación, prestigio.

Bien mostraba la reina en su rostro la mucha tristeza que su corazón tenía por la partida de su caballero Dismael. Don Cristalián que así la vio, conhortola lo mejor que pudo diciéndole que a los buenos caballeros semejantes cosas les acaecían. La reina no pudo tanto disimular su pena que las lágrimas a los ojos escusar pudiese. La infanta Minerva, que muy entendida era, le dijo:

—Mi señora, así como la su partida fue arrebatada, así la su venida será muy presta.

—Ya eso puede ser —dijo la reina—, pero no será para esta tierra.

—No consentiré yo tal —dijo don Cristalián—, que no es tan poco el deseo que mi cormano Dismael tiene de vuestra servicio que se olvidase de venir adonde hay poder de le dar la vida o se la quitar.

Tantas cosas dijeron a la reina la infanta y don Cristalián, que algo la aconhortaron, y así, estuvieron hablando en lo que acaecido había hasta que fue hora de se ir a sus aposentos. Don Cristalián dijo a la reina:

—Mi señora, si la vuestra merced licencia me da, yo querría que la mi partida fuese luego por la mañana.

La reina le dijo:

—La licencia vos, mi señor, la tenéis, pero seméjame que Dios quiere que yo del todo quede sola y apartada de tantos buenos caballeros como en la mi compañía tenía.

Don Cristalián le dijo:

—Mi señora, adoquiera que estuviéremos somos en vuestra servicio; y desto no dudéis, porque será así como lo digo.

La reina le dio las gracias de la voluntad que le mostraba, y así, se fueron a su aposento; don Cristalián se quedó en su cámara y la infanta se fue a la suya. Gran parte de la noche pasó don Cristalián pensando en su señora Penamundi, y rogaba a Dios muy ahincadamente que en aquel camino no le aviniese cosa con que la vista de aquella excelente princesa le quitase. Con estos pensamientos se durmió.

Venida que fue la mañana, Libanor le dio de vestir, y luego se armó y salió de su cámara, y yendo al aposento de la infanta topó a Beldaín, que las armas para su señora llevaba, y así, fueron juntamente adonde la infanta estaba, y luego se armó con el ayuda de Libanor y su escudero y así, se fueron al aposento de la reina, la cual hallaron que se acababa de vestir, y como armados los vio, díjoles:

—Paréceme que ya venís aparejados para vuestra camino: gran soledad es la que con vuestra partida me queda; pero pues estorbarla no es en mi mano, habremos de sufrir.

Esto decía la reina con semblante muy triste. Don Cristalián le besó las manos; la reina le dijo:

—Mi señor, yo no sé con qué satisfacerlos lo mucho que yo os debo sino en pediros por merced que este reino de Armenia tengáis por vuestra, que no menos vasallos son vuestros que lo son los del imperio de Trapisonda.

Don Cristalián se le humilló y le dijo:

—Mi señora, yo y todos mis señoríos son a vuestra servicio cada que mandar nos quisiéredes.

Y así, se despidió de la reina y su tía, y la infanta Minerva asimismo, y haciéndole muchos ofrecimientos se salieron del palacio y subiendo en sus caballos

tomaron su camino para el imperio de Persia. Gran tiempo anduvieron sin hallar aventura que de contar sea.

Dice la historia que yendo un día a hora de prima por la ribera de un hondo río vieron por la otra parte venir unas andas guarnidas de tela de oro sembradas de unos manojo de perlas, las cubiertas traían echadas; en torno venían doce caballeros, los seis armados y los seis desarmados; doce doncellas en sus palafrenes ricamente guarnidas. Entre los caballeros venía un hermoso doncel, que según el aderezo de su persona bien semejaba ser señor de todos. Don Cristalián y la infanta Minerva se pararon a los mirar, la infanta dijo:

—Sin falta el doncel debe ser de alta guisa, según él viene acompañado. Mucho deseo tengo de saber quién en las andas viene.

—Presto lo sabremos —dijo don Cristalián—, que por aquí no hay otro camino sino este que nós llevamos: ellos han de pasar la puente.

Don Cristalián y Minerva estaban parados aguardando aquella hermosa compañía. En este tiempo vieron venir de la otra parte del río una doncella en un palafrén, en la su compañía traía seis caballeros armados: a lo que dellos semejaba eran aparejados para hacer todo bien. La doncella y ellos venían a grande andar, de manera que presto llegaron a los caballeros que en torno de las andas venían. La doncella traía un antifaz en el rostro por no ser conocida, y en alta voz dijo a los suyos:

—Preguntad a estos caballeros de qué tierra son y quién viene en estas andas.
Uno dellos lo preguntó.

—Somos de lueñe tierra —dijo uno de los caballeros de las andas—, y la nuestra venida por estas partes es en busca de un caballero. Y no queráis de nós más saber.

El caballero de la doncella habló con mucha soberbia diciendo:

—Vos, caballero, nos habéis dicho tanto como nada: conviene que nos digáis quién en las andas viene, y asimismo quién es el caballero que venís a buscar.

—Señor caballero —dijo el de las andas—, no es cortesía querer saber lo que no os tiene pro. Quién en las andas viene, por agora no lo sabréis; quién es el caballero en cuya busca venimos saber lo heis, porque no es él para lo encubrir, sino para que todo el mundo sepa la su alta caballería: sabed que la nuestra venida es en busca de aquel valeroso príncipe don Cristalián de España, hijo del emperador Lindedel de Trapisonda.

—Y ¿para qué andáis en la su busca?

—Para que nos haga este doncel caballero.

—Y ¿quién es el doncel? —dijeron ellos.

—No sabréis más de la su hacienda.

—Pues de grado no lo queréis decir, conviene que a pesar vuestro lo sepamos.

Y diciendo esto, uno de los caballeros arremetió con el caballo a alzar las cubiertas de las andas diciendo.

—Yo quiero saber quién tan lueñe viene en busca de aquel que si fama tiene en el mundo es que con falsedades y engaños trae a la muerte los que con él entran en batalla.

Como don Cristalián esto oyó fue movido a muy gran saña, y quisiera luego pasar la puente, pero la infanta Minerva no le dejó, diciéndole:

—Estad, señor, estad, que a tiempo seréis de os vengar de los caballeros. Veamos primero para cuánto son los de la guarda de las andas.

Los caballeros de la doncella dijeron a los de las andas:

—Aparejaos a la batalla; si no, muertos sois.

Así, se vinieron los unos contra los otros, las lanzas bajas, al más correr de los caballos, y encontráronse tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas: de los caballeros de las andas fueron dos al suelo mal heridos, de los de la doncella no cayó ninguno (que al parecer eran todos buenos caballeros). Los que a caballo quedaron echaron mano a las espadas y comenzáronse a herir como aquellos que cada uno quería para sí lo mejor, pero poco les aprovecho a los caballeros de las andas quererse defender, que como no eran sino cuatro (que los dos cayeron con las lanzas), en poco espacio los seis caballeros los traían a su voluntad. Mucho le pesó a don Cristalián, y dijo a la infanta:

—Mi señora, ya no me quiero más detener, que me parece que los de las andas llevan lo peor: no hagan algún daño a aquel doncel y a quien en las andas viene.

—Vamos —dijo la infanta—, que mucha razón es que socorridos sean, pues en la vuestra demanda vienen.

Y diciendo esto embrazaron sus escudos y tomaron las lanzas a sus escuderos y al más correr de sus caballos pasaron la puente. Y a la sazón la doncella daba grandes voces a uno de los caballeros diciendo:

—Dejaos de combatir con éhos, que ya más muertos que vivos están, y cortad la cabeza a este doncel, que pues en busca de don Cristalián viene, no puede ser sino alguno de su linaje.

A la sazón llegaron, y la infanta Minerva dijo a la doncella:

—No querrán los dioses que el doncel desta vez pierda su cabeza, que primero es bien que sintáis vos algún dolor en la vuestra, pues tan desmesurada sois.

Y diciendo esto le dio con la lanza en la cabeza tal golpe que atordida la echó del palafrén abajo. Ya los caballeros de las andas estaban mal heridos, y tales, que no se podían amparar. Los seis que desarmados estaban, que todos eran ancianos, entendían en guardar el doncel que daño no recibiese. Don Cristalián y la infanta fueron contra los caballeros de la doncella, y encontráronlos tan poderosamente que los dos cayeron de los caballos y las lanzas fueron quebradas, y luego echaron mano a sus espadas y comenzaron a herir en ellos diciendo la infanta:

—¡Traidores, muertos sois, ca sabed que es aquí don Cristalián, aquel que par en el mundo no tiene!

Como la doncella esto oyó (que ya del golpe que la infanta le había dado estaba en su acuerdo), lo mejor que pudo subió en su palafrén y desapareció muy presto. Los seis caballeros que con la doncella venían, los cuatro eran ya muertos, y los dos estaban mal heridos; de los que en guarda de las andas venían murieron dos, y los cuatro estaban tales que no se podían mover. Don Cristalián se fue para los dos caballeros de la doncella, y poniendo al uno dellos la punta de la espada en la garganta le dijo:

—Caballero, conviene que nos digáis quién era aquella doncella en cuya compañía veníades, que tanto vosotros y ella desamáis al linaje del emperador Lindedel.

—¡Ay por Dios, señor caballero, merced, que yo os diré quién es!

—Pues sea luego —dijo don Cristalián.

El caballero le dijo:

—Sabed, mi señor, que aquella doncella es Drumelia la encantadora. La razón por que ella tanto desama al linaje del emperador Lindedel es porque el infante Lucescanio mató a un caballero que amigo desta doncella era: persona a quien ella mucho amaba. Todos seis somos cormanos de aquel caballero. Ella nos rogó que en la su compañía anduviésemos para que en venganza de su amigo diésemos la muerte al infante Lucescanio, y no solamente a él, pero a cuantos de su linaje haber pudiésemos. Yo, mi señor, os he dicho toda la verdad: haced de mí aquello que la vuestra merced fuere.

Don Cristalián le dijo:

—No mereciades que merced de vos se hubiese, por andar en compañía de tan mala doncella; pero si a las manos la he, yo le daré el castigo que sus malas costumbres merecen. A vosotros yo os otorgo la vida, pero con tal condición que no uséis más tan mal de la orden de caballería.

Raduel el enano, que en aquel punto había pasado la puente, así como vio los caballeros de la doncella muertos y desbaratados dijo a grandes voces:

—¡Ay señor, no hayáis merced de caballero que con tan mala doncella anda, que juro por la cosa del mundo que yo más amo, que es la reina de Zizamarán, que si yo supiera que aquélla era Drumelia, que la hiciera morir de mala muerte! Pero ella rezó buena oración en detenerme yo de la otra parte del río.

A esta hora el doncel y los caballeros se vinieron ante don Cristalián; el doncel le dijo:

—Mi señor, dadme vuestras manos por la merced que hoy de vos hemos recibido, y asimismo porque vós, mi señor, sois el que yo ando a buscar grandes días ha para recibir la orden de caballería, como aquel que en el mundo solo nació.

—Hermoso doncel —dijo don Cristalián—, la orden de caballería yo os la daré, porque me semeja que en vós será bien empleada, según yo veo la vuestra apostura. Mucho os ruego que me digáis quién sois y quién en las andas viene.

—Yo, mi señor, haré vuestro mandado: mi sombre es don Sarcelio de la India; y porque por él creo no seré conocido, diré el que a buscaros me envió, que es el rey de la Pequeña India mi padre, servidor y grande amigo del emperador Lindedel. Y en las andas viene la infanta Canforavereda, que la reina Florvereda mi madre envía para que en compañía de la infanta Lucendra se críe. Y antes que yo al emperador Lindedel vea, querría ser caballero de la vuestra mano.

Un caballero anciano de los que con el príncipe don Sarcelio venían sacó una letra, y con aquella ceremonia que a su real estado convenía, se la dio diciendo:

—Muy valeroso príncipe, el rey mi señor de la Pequeña India me mandó que esta letra os diese.

Don Cristalián la abrió, y vio que decía así:

A ti el animoso caballero en esfuerzo y venturoso en batallas don Cristalián, príncipe de Trapisonda y Constantinopla y España, el rey de la Pequeña India salud a tu serenísima persona desea. Muchos días ha, poderoso príncipe, que trayendo a la memoria las inmensas mercedes y beneficios que en tiempos pasados recibí del valeroso emperador Lindedel, mi señor y vuestro padre,

pensando cómo en alguna manera pudiese servir parte de aquéllas, nunca hallé comienzo para ello. Agora no solamente no me hallo capaz, pero aun queriendo salir desta deuda, me fue forzado entrar en otra mayor. Y porque, aunque yo no conozca vuestra persona, he oído días ha vuestra esclarecida fama y grandes hechos en armas que cada día hacéis, lo cual con justo título tenéis, pues sois hijo del mayor y mejor caballero en armas que en nuestros tiempos Dios ha criado, y considerando esto, y que los padres son tenudos³¹⁹ a acrecentar la honra a sus hijos con el más honrado título que haber se pueda, acordé de enviar a la vuestra merced al príncipe don Sarcelio, hijo mío y criado vuestro, para que con la bendición de Dios él reciba de vuestra mano la orden de caballería, porque me parece que no le puedo dejar ni él heredar cosa de mayor honra y estima, y si para esto sus méritos y los míos hallaren lugar, será ponernos en más perpetua obligación de serviros. Allende desto, porque según estilo y costumbre antigua en las casas de los príncipes de donde vuestra excelencia procede siempre acostumbraron criarse hijosdalgo y doncellas de alta guisa, envío a la infanta Canforavereda mi hija para que esté en servicio de la infanta Lucendra vuestra hermana, ca pues la su merced se ha de servir, sea antes de sus súbditos y naturales vasallos que de los extraños.

Leida que fue la letra, don Cristalián abrazó al príncipe don Sarcelio diciéndole:

—Mi buen señor, la orden de caballería os daré yo con aquel amor y voluntad que el rey de la Pequeña India merece; pero por que se os dé con aquella honra que a vuestro real estado conviene, yo voy al imperio de Persia a besar las manos al emperador: allí la recibiréis, que no menos el emperador Aliandro os honrará que el emperador mi padre lo haría, según el amistad que con el rey de la Pequeña India tiene le obliga.

El príncipe don Sarcelio se le humilló y le dijo que en todo haría su mandado.

—Vamos —dijo don Cristalián— a ver la infanta Canforavereda.

Él se llegó y alzó las cubiertas de las andas y vio a la infanta niña pequeña, al parecer de nueve años, la más hermosa criatura que jamás se vio. Venía tan ricamente vestida, que gran deleite ponía a quien la miraba. Como don Cristalián la vio, llamó a la infanta Minerva y díjole:

—Mi señora, venid a ver la cosa más hermosa que en el mundo nació, para la edad que tiene.

La infanta se llegó, y dijo cuando la vio:

—Hermosa infanta, bendito sea el día en que vós nacisteis, que tanta parte de hermosura en vos puso el vuestro Dios.

La infanta, que mucha gracia tenía, se le humilló diciéndole:

—Señor caballero, tal cual Dios me hizo os terné aquel amor que a don Sarcelio mi hermano tengo, por venir en compañía deste valeroso príncipe, a quien todos debemos deuda que jamás se podrá pagar en ser por vos y por él socorridos de aquellos malos caballeros, que tanto daño dellos hemos recibido.

Minerva se le humilló diciéndole:

—Mi señora, vuestra hermosura merece que todo el mundo os sirva.

³¹⁹ Obligados.

Raduel se llegó por ver a la infanta, y como tan hermosa y niña la vio, dijo a don Cristalián:

—Mi señor, aun podrá ser que por ésta olvidase yo a la reina de Zizamarán.

—Bien me semeja lo que dices —dijo don Cristalián—, si esta hermosa infanta dello es servida.

Luego don Cristalián mandó a los escuderos que tomasen todos aquellos caballeros que heridos estaban y los llevasen al primer lugar para que fuesen curados; ellos hicieron su mandado. Don Cristalián dijo al príncipe don Sarcelio:

—Mi buen señor, vos y vuestrlos caballeros os aposentareís en la ciudad de Larenta, y allí estaréis hasta que Libanor mi escudero vaya con mi mandado.

Don Sarcelio le dijo:

—Así será como la vuestra merced lo manda.

Esto concertado, pasaron luego la puente y tomaron su camino para el imperio de Persia, y anduvieron tres días sin aventura hallar que de contar sea.

Capítulo LXX

De cómo yendo don Cristalián y aquella compañía que oído habéis su camino, oyeron ruido de caballeros que se combatían, y de lo que con ellos les avino.

YENDO don Cristalián y su compañía de la manera que oido habéis, un día a hora de prima pasando por una falda de una floresta, oyeron ruido de caballeros que se combatían; don Cristalián dijo a la infanta Minerva:

—Vamos a ver qué cosa es ésta.

Y así, movieron hacia donde el ruido se oía, que era en medio de la floresta, y como cerca fueron, vieron dos caballeros que una brava batalla hacían. Ellos se pararon a los mirar, y semejábale a don Cristalián que jamás viera dos caballeros tan bien herir de las espadas. Ya ellos andaban muy maltratados, ca traían las lorigas desmalladas y el suelo cubierto de las rajas de los escudos; las yerbas verdes, tintas en sangre, y casi no se conocía en ninguno dellos mejoría. Don Cristalián dijo a Minerva:

—Por cierto, gran daño vernía al mundo si alguno destos caballeros muriese.

Y llegándose más cerca dellos, les dijo:

—Estad, señores caballeros, por lo que debéis a la orden de caballería.

Ellos que muy cansados estaban, se tiraron afuera; don Cristalián les dijo:

—Agora conozco que hay en vosotros tanta mesura como bondad de armas, pues sin me conocer habéis hecho lo que os pedía. Mucho os ruego, por la fe que a Dios debéis, que me digáis el por qué hacéis vuestra batalla, y deseólo saber por si de la hacer os pudiese apartar, ca gran daño sería si alguno de vos muriese.

—Caballero —dijo el uno dellos—, yo soy un caballero extraño. He venido de mi tierra no a otra cosa sino a ganar algún prez y honra buscando las aventuras y los buenos caballeros para me probar con ellos. Este caballero y yo nos encontramos en esta floresta, él me pareció aparejado para hacer todo bien. Como

yo tal lo vi, roguele muy ahincadamente que conigo se probase; él se escusaba de lo hacer, por cuanto no tenía malquerencia comigo; yo le dije que si de grado no lo quería hacer, que por fuerza le convenía probarse conmigo, y así comenzamos nuestra batalla.

Don Cristalián le dijo:

—Por cierto, caballero, yo no dejaré de loar vuestro grande ardimiento, pero menos dejare de rogaros que por agora dejéis vuestra batalla, pues más causa no tenéis de la hacer de la que me habéis dicho. Vosotros la dejaréis con igual honra y yo quedaré en obligación de hacer por vos otra cosa que rogar me quisieredes.

El caballero le dijo:

—Señor caballero, veo en vos tanta medida, que forzado me conviene de mi parte hacer lo que mandáis.

Don Cristalián se lo agradeció, y volviéndose al otro, le dijo:

—Señor caballero, no halle yo en vos menos medida, sino que tengáis por bien de hacer lo que esotro caballero por mi ruego ha hecho.

El caballero (que por Libanor bien había conocido a don Cristalián) le dijo:

—Mal haría yo, mi señor, si no hiciese el mandado de la flor de la caballería del mundo. ¡Oh mi señor don Cristalián, y qué ventura tan buena fue la mía en topar con la vuestra merced!

Como el otro caballero entendió que aquél era don Cristalián, de cuya fama el mundo estaba tan lleno, dijo:

—Para Sancta María, vos, señor caballero, sois en la batalla conmigo, que vos soy aquel por quien yo salí de mi tierra; que no me pasara que no alcance la gloria que yo deseo, que es ésta: si yo en la batalla muriere, moriré por la mano del mejor caballero del mundo, y si yo a vos os venciere, mía será la gloria de vuestras glorias y por todo el mundo se dirá que yo soy aquel que venció al que nadie tuvo poder de lo vencer. Y sea luego, que me tardo mucho de verme en lo que tanto deseo, que es o muerto por vuestra mano o vencedor por la mía.

Don Cristalián le dijo:

—Por cierto, señor caballero, a mí me pesa mucho de lo que me pedís, y escusarme he yo dello cuanto pudiere. Porque tan buen caballero como lo vos sois, no os quiero tener sino por amigo, y haciendo lo que me pedís, forzado me será teneros por mi enemigo.

El caballero le respondió:

—Mi señor, no me queráis vos quitar el bien que Dios me tiene prometido. Y de aquí juro por la fe que a Dios debo que si de grado no lo quisieredes hacer, que conviene que forzoso se haga, aunque contra vuestra voluntad sea.

—Pues que así lo queréis —dijo don Cristalián—, yo no tengo de hacer batalla con vos hasta que de vuestras llagas seáis guarido, por cuanto si yo batalla hiciese estando herido como estáis, mucho menoscabada sería mi honra. Vos, señor caballero —dijo don Cristalián—, os curad de las llagas que hoy habéis recibido, y cuando guarido seáis, hacerse ha aquello que vos quisieredes.

—De aquí prometo a Dios —dijo el caballero— de jamás me partir de vos hasta que mis deseos sean cumplidos.

—Así sea —dijo don Cristalián.

Y luego mandó a Libanor que el yelmo quitase a aquellos caballeros. Libanor hizo su mandado, y como el yelmo del otro caballero quitó, fue por don Cristalián conocido ser Mirantenor. Él se vino a humillar ante don Cristalián; él lo abrazó (que ya estaba a pie) y díjole:

—Mi buen señor, decidme, ¿quién es este caballero con quien os combatíades?

—No lo sé yo, mi señor, más que lo vos sabéis.

Don Cristalián se volvió hacia él (que ya el yelmo tenía quitado) y díjole:

—Señor caballero, si os pluguiese decirnos quién sois, mucho seríamos ledos.

—Eso haré yo de grado por os servir. Sabed, mi señor, que yo he nombre Torcano el Crespo, soy natural de las Sierras Hircanias. Las grandes maravillas que la infanta Lucandria y el príncipe Dinamardos de vos, mi buen señor, siempre cuentan, que jamás acaban, que en los Hundos Valles vos, señor caballero, acabastes, y otras grandes aventuras que por el mundo habéis dado cima, oyendo estas maravillas fui movido a salir de mi tierra en la vuestra busca. Esto es la verdad que yo dicho tengo: vamos presto adonde curados seamos, que mucha sangre se nos va.

Don Cristalián les apretó las llagas lo mejor que pudo. Mirantenor preguntó a don Cristalián quién era aquel caballero que en la su compañía venía.

—Es la infanta Minerva —dijo él—, y este hermoso doncel que aquí veis es el príncipe don Sarcelio, hijo del rey de la Pequeña India; en estas andas viene una hermosa infanta hermana deste doncel.

Mirantenor se humilló ante la infanta Minerva diciéndole:

—Mi señora, mucho es lo que el príncipe don Cristalián a la vuestra merced debe en andar siempre en la su compañía.

—Yo soy la que en eso gano, viendo las grandes aventuras a que él ha dado cima.

Mirantenor y Torcano alzaron las cubiertas de las andas y humilláronse ante la infanta Canforavereda: mucho fueron espantados de ver la su gran hermosura. Ella los habló muy graciosamente, como aquella que no menos gracia tenía que la reina Florvereda su madre.

Luego tornaron a subir en sus caballos y fueron su camino para un lugar que muy cerca de allí parecía estar, y dándose la mayor priesa que pudieron, antes de mucho tiempo fueron en él y luego buscaron el mejor maestro que había para que de los caballeros curase. Allí se detuvieron ocho días; en este tiempo fueron los caballeros guaridos, aunque no del todo, pero bien podían andar a caballo, y con mucha alegría de don Cristalián (por estar cerca del imperio de Persia) fueron su camino, sin hallar cosa que de contar sea hasta que cerca de la ciudad de Larenta llegaron; pero toda el alegría que don Cristalián llevaba se le tornó en doblada tristeza, como adelante oiréis.

Dice la historia que como a la ciudad de Larenta llegaron, que vieron por las puertas salir muchos caballeros y doncellas a muy gran priesa; los caballeros iban armados, y las doncellas en sus palafrenes haciendo muy gran duelo. Como don Cristalián esto vio fue muy turbado, y dijo a un escudero que cerca dellos pasaba:

—Amigo, que hayáis buena ventura, atended un poco y decidnos, si os pluguiere, por qué razón estas doncellas salen de la ciudad haciendo tan gran duelo.

—¡Ay señor caballero, bien parecéis estraño, pues no sabéis el daño que al imperio de Persia es venido.

—No lo sabemos —dijo don Cristalián—, que agora somos aquí llegados.

—Porque me parece —dijo el escudero— que sois caballero de alta guisa os lo quiero contar; pero no hay tal que la aventura que en Larenta ha acaecido vea que no sea movido a gran piedad de la princesa Penamundi. Sabed que habrá tres días que estando el emperador en el su gran palacio, y allí la emperatriz y princesa y muchas dueñas y doncellas de alta guisa, entró por él una mala doncella, y como en medio d'él fue, dijo: «En una de las tres personas imperiales tomaré venganza del daño recibido, y tal, que para siempre seré alegre, y asimismo daré continua tristeza a quien a mí me hizo triste, y a la fin, muerte». Como la falsa doncella esto acabó de decir, el emperador dijo a gran priesa que la prendiesen; como los que en la sala estaban se movieron, vino una tan espesa niebla que no se devisaban los unos a los otros; y no solamente esta niebla andaba por el palacio, pero por toda la ciudad se estendió en tal manera que todos pensaron perecer, por cuanto en aquella espesa niebla andaba gran tempestad de aires, tal, que toda la ciudad temblaba, así como si caer se quisiese. Duró este temblor y niebla desde hora de vísperas hasta otro día a hora de nona, que jamás cesó. En este tiempo súbitamente fue la ciudad tan clara como era razón que estuviese siendo a tal hora, pero el daño que en este tiempo se hizo fue grande, que ante los palacios del emperador vieron una muy hermosa torre de cristal con cuatro muros en torno: ha tal grandeza, que dentro della parecen estar grandes aposentos. En medio della está una sola cuadra, y en ella un trono cubierto con un paño de oro, y en él está sentada la princesa Penamundi, así ricamente vestida como lo estaba en aquellas grandes fiestas que en el palacio había. Ante ella está de hinojos el rey de Laujamán, que es la cosa más fiera y espantosa que los nacidos vieron: el es negro, de grandeza de un jayán; ha las narices anchas y muy feas; los labios son mucho más negros que el rostro, son gruesos a maravilla. Tiene una corona de oro en sus manos, preséntala a la princesa rogándole muy ahincadamente quiera recibirla, diciéndole que si le da el su amor, que la hará reina de Laujamán, y si hacer no lo quisiere, que ante sus padres la hará morir de la más cruel muerte que nunca nadie murió, por que mayor dolor de su ausencia les quede. Y como la princesa no le responde cosa alguna, salen dos caballeros negros con sendas espadas en las manos esgrimiéndolas reciamente, amenazando a la princesa de muerte si no hace lo que el rey tanto desea. Este rey sale cada día a hora de vísperas, y está de la manera que oído habéis hasta hora de completas. Es tan claro el cristal de la torre, que se semeja todo lo que dentro está; es por tal arte hecho, que ninguna persona puede en ella entrar: han probado a quebrar por alguna parte el cristal, pero no pueden. El emperador y emperatriz salen cada día a ver a su hija, y lloran agramente de la ver puesta en tanta fatiga. No sé qué más os diga, sino que aquellos caballeros y doncellas que de la ciudad vistes salir van por el mundo a buscar algún remedio para sacar a la princesa de aquella prisión en que está.

Como don Cristalián esto oyó, aína muriera con pesar si no fuera por la infanta Minerva que lo mucho aconhortaba; don Cristalián dijo a aquellos caballeros:

—Mis señores, vamos a ver esta aventura.

—Vamos —dijo Mirantenor y Torcano.

Y así, movieron todos de consuno, y como junto a los palacios del emperador fueron vieron la hermosa torre de cristal, y alzando los ojos a lo más alto, estaba allí la princesa Penamundi, y en su rostro tenía semblante de mucha tristeza, derramaba de sus muy hermosos ojos infinitas lágrimas; la mano derecha tenía en que su rostro asentaba. De rato en rato daba un doloroso sospiro, como persona que tan cercana de la muerte estaba.

Mucho fue espantado el príncipe don Sarcelio y Torcano de la estraña hermosura de la princesa, y decían que más parecía cosa del cielo que humana, y asimismo hubieron gran duelo della de la ver en tanta fatiga. En este tiempo vieron cómo una puerta se abría y por ella salían dos donceles, y viniéronse junto adonde la princesa estaba y ante ella tendieron un paño de oro, y por aquella misma puerta salió el rey de Laujamán en compañía de dos caballeros; en la su cabeza traía una rica corona de oro, y como ante la princesa fue, él se humilló diciéndole:

—Mi señora, doleos ya deste que faltándole vos le faltara la vida. Recebid ya, descanso adonde mis ojos se ceban, esta corona del reino de Laujamán de grado, pues que sois en el mi poder. O vos, mi señora, habéis de recibir esta corona o la muerte juntamente comigo, por cuanto yo no terné un solo punto vida si vos, que sois la misma vida mía, en este mundo no vivís.

Como la princesa ante sí le vio, puso sus hermosas manos ante sus ojos por no le ver, diciendo:

—¡Vete delante mí, bestia fiera, no parezcás más adonde yo te vea!

Como la princesa esto dijo, los caballeros sacaron las espadas y con ellas la comenzaron a amenazar. Cuando don Cristalián vio a sus señora en tanto afán y cómo no tenía poder de la amparar, falleciole el corazón y soltó la rienda de su caballo. Como la infanta Minerva le vio (que cerca dél estaba) díjole:

—¿Qué es esto, mi señor? ¿Al tiempo que más corazón habéis de mostrar os desfallece? Hayamos consejo cómo la princesa saquemos del trabajo en que está y no entendamos en al, pues veis la necesidad que tiene.

Don Cristalián le dijo:

—¡Ay, que no sé qué medio se ponga para tan gran mal! ¡Malditos sean los encantamientos, que tanto daño en el mundo hacen! No me creáis —dijo don Cristalián— si la doncella que en el palacio del emperador entró no era Drumelia. Y pues tanto daño por ti me ha venido, si la tu ventura te es tan contraria que yo te haya en mi poder, yo te daré el castigo que tú mereces. Yo, mi señora —dijo don Cristalián—, me voy luego a la Ínsula del Deseo por saber del sabio Doroteo el remedio para sacar a la princesa de este encantamiento.

—Pues que así es —dijo la infanta—, yo quiero ir en la vuestra compañía.

Don Cristalián le dijo:

—Mi señora, la merced que me habéis de hacer ha de ser quedarnos aquí hasta que yo vuelva, que será lo más presto que yo pueda si la vida no se me acaba antes que yo el camino acabe. Esto os ruego yo que hagáis por que si mi señora la princesa de allí saliere antes que yo vuelva, vos le daréis la desculpa de mi camino.

Como la infanta vio que aquella era su voluntad, dijo que así lo haría como él lo mandaba. Don Cristalián se le humilló, y despidiéndose della se fue para el príncipe don Sarcelio y rogole mucho que en Larenta se aposentase él y la infanta y sus caballeros, y que no se diesen a conocer hasta que él volviese, que sería muy

presto con el ayuda de Dios, que él tenía necesidad de andar un poco de camino forzosamente. El príncipe le respondió que de grado haría lo que le mandaba. Asimismo rogó a Mirantenor y a Torcano que allí le atendiesen; ellos le dijeron que en todo le habían de servir, y así, se despidió dellos y tomó su camino para la Ínsula del Deseo.

Capítulo LXXI

De cómo estando el emperador Aliandro en el su gran palacio entró en él una doncella estraña, y de lo que al emperador dijo que hiciese para que la princesa fuese desencantada.

ESTANDO el emperador Aliandro en el su gran palacio acompañado de mucha tristeza, toda la sala colgada de paños de duelo, y él y la emperatriz asimismo vestían ropas negras, ante ellos estaban los altos hombres de su imperio, todos muy tristes no sabiendo qué acuerdo se tomar, entró por el palacio una doncella, y en los paños que traía bien parecía estraña, pero como el antifaz que en el rostro traía alzó, todos la conocieron ser Belsael, hija del sabio Doroteo. Como el emperador la vio, estrañamente fue ledo; ella se humilló ante él y le besó las manos; el emperador la hizo levantar, y tornándose a humillar ante él, le dijo:

—Serenísimo emperador Aliandro, el sabio Doroteo mi padre me mandó que por él besase vuestras reales manos, y mandaos por mí decir que él ha recibido mucha pasión de lo que en la corte de vuestra majestad acaeció, por tocar en la persona real de la princesa. Él, como desea más vuestro servicio que cuantos nacieron, os hace saber que como a su noticia vino el daño que habéis recibido, luego revolvió todos sus libros, y por ellos y por su gran saber halló que la falsa Drumelia, aquella que aquí trajo la nueva de la muerte de don Cristalián, es la que este encantamiento hizo.

—Dios la destruya —dijo el emperador—, que yo no sé por qué ha gana de tanto me enojar.

Belsael le dijo:

—Vuestra majestad sabrá que este rey de Laujamán por oídas estaba muy penado por la gran hermosura de la princesa Penamundi, y como Drumelia por sus artes lo supo, en una nube se fue para él y díjole: «Rey de Laujamán, si tú quieres haber en tu poder el imperio de Persia juntamente con la princesa Penamundi, vente conmigo, que yo haré tales encantamientos hasta que en tu poder la ponga, y si ella por su voluntad no os quisiere por marido, hacerlo ha forzosamente». El rey que otro pensamiento no tenía sino cómo la habría en su poder, fue del todo alegre, y díjole que él haría lo que ella díjole ordenase. «Pues que así es, dijo Drumelia, vamos luego de aquí, que yo haré lo que dicho tengo». El rey le dijo: «¿Qué gente llevaré conmigo?». Drumelia le respondió: «No hay necesidad, sino solamente los que os han de servir y dos o tres caballeros; que a vos y a la princesa yo os porné en tal parte que todos os vean y nadie no os pueda empecer. Y por dar mayor pesar al emperador Aliandro yo os deterné ante los sus palacios

hasta que la princesa por su voluntad os tome por marido». Como el rey esto vio, ya se le hacía tarde para se ver ante aquella que su corazón tanto deseaba, y así, lo metió en la nube a él y a aquellos que en la torre consigo tiene, y como aquí fueron, hizo lo que visto habéis. El sabio Doroteo hace saber a vuestra majestad que la princesa no puede ser libre si en la vuestra corte no hay tal caballero que pase en bondad al rey de Laujamán, que es así bravo y fuerte como jayán; y la princesa Penamundi no puede salir de la torre sino con muerte del rey, y si éste no muere, jamás de allí saldrá.

—Pues ¿cómo puede ser eso —dijo el emperador—, que la torre no ha puerta ninguna?

—Para eso soy aquí venida —dijo Belsael—: mañana a hora de prima yo haré tal puerta en la torre, que el rey de Laujamán pueda por ella entrar y salir.

Mucho fueron el emperador y emperatriz alegres, porque con en el ayuda de Dios ya tenían esperanza de cobrar a la princesa. La emperatriz dijo a Belsael:

—Amiga, mucho es lo que el emperador y yo debemos al sabio Doroteo. Bendito sea el día en que las artes aprendió, pues tanto bien al mundo viene de su gran saber. Y deseo verle para pagarle algo de lo mucho que por nos servir ha hecho.

—Él verná a besar las manos a vuestra majestad antes que mucho tiempo pase.

Ya era tarde, y la emperatriz mandó a la infanta Sandalina que consigo llevase a Belsael; ella lo hizo así como la emperatriz se lo mandó, aunque mucho estaba triste por la pérdida de la princesa. Venida que fue la mañana, Belsael se levantó y fuese al aposento de la emperatriz, y con ella halló al emperador, y humillóseles diciendo:

—Yo, mis señores, voy a hacer de manera que en la torre parezca puerta.

—Vamos todos a ver esa maravilla —dijo el emperador.

Y así, fueron con ella y se pusieron a las finiestras. Belsael bajó a la gran plaza que delante del palacio se hacía acompañada de muchos caballeros del emperador, y como ante la torre fue, ella sacó un pequeño librero, y hincados los hinojos en el suelo y muy a menudo alzando los ojos al cielo, comenzó a leer en él. No pasó mucho tiempo cuando vieron que la puerta de la torre se comenzaba a descubrir, y jamás cesó hasta que del todo fue abierta, de lo cual el emperador y emperatriz fueron demasiadamente ledos, y asimismo todos cuantos en la corte estaban. Belsael dijo al emperador:

—Mi señor, de hoy más, si en la vuestra corte hay tal caballero que la libertad de la princesa deseé ver, pida batalla al rey de Laujamán, y si Dios tal ventura le diere que al rey mate en ella, la princesa es libre.

A la sazón que la puerta fue abierta (como os habemos contado) halláronse allí muchos caballeros de la corte, y a muy gran prisa se fueron armar; un caballero que había nombre Elbes de Escocia fue el primero que demandó la batalla; llegándose a la torre, dijo en alta voz:

—Rey de Laujamán, aparéjate para la batalla. Y sea muy presto, que te aguardo.

No hubo él hablado cuando salió a la puerta un caballero negro, alto y bien hecho, y dijo contra Elbes de Escocia:

—Caballero, en mal punto venistes a demandar batalla al rey de Laujamán. ¿Por ventura pensáis que no hay más bondad en él que en los caballeros desta

tierra? Pues decidme si al rey osaréis atender, que él saldrá muy presto a daros la muerte, pues tanta voluntad tenéis de salir deseado.

Elbes, que buen caballero era, le dijo:

—Comoquiera que me avenga, yo me querría ver con él

El caballero negro le dijo:

—Pues que tanto deseas lo tenéis, atended un poco.

Y diciendo esto se fue de la puerta. Luego que el rey oyó que el caballero le demandaba batalla se quitó una ropa de hilo de oro que vestida tenía y se armó de unas fuertes y ricas armas, y fuese a humillar ante la princesa diciéndole:

—Mi señora, a los soberanos dioses pluguiera que estos con quien yo tengo de hacer batalla fueran vuestros enemigos para que conociérdades la voluntad que de serviros tengo, pero temo de entrar en la batalla porque sé que verdaderamente en ello os hago pesar. Si la vuestra merced fuese servida de darse a sí misma contento de mi persona y a mí hacerme el más bienaventurado de cuantos nacieron, no daría enojo al emperador vuestro padre matándole sus caballeros.

Como el rey esto dijo, la princesa le respondió:

—Rey de Laujamán, muchas veces te he dicho que ante mí no parezcas, pero pues al no quieras hacer sino tu voluntad, habrás el pago de tu atrevimiento.

Como el rey esto le oyó fue muy airado, y sin decir cosa alguna se levantó, y como fue abajo subió en un hermoso caballo y tomando una lanza salió a la plaza, adonde halló a Elbes que aguardándole estaba, y como le vio, dijole:

—Vente para mí, que a tiempo eres venido que pagarás algún mal si en esta vida has hecho.

Elbes, sin nada le responder, tomó su lanza, y el rey asimismo, y viniéronse a encontrar tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas; pero como el rey era de grandes fuerzas, encontró a Elbes por el escudo, de tal manera que se lo falsó y le hizo una gran llaga, y lanzándolo por las ancas del caballo dio en tierra tal caída que todos cuidaron que muerto era, de lo cual mucho pesó al emperador, porque Elbes era muy buen caballero. El rey lo atendió una pieza por ver si se levantaba, pero como no se movió, tornose a entrar en la torre y demandó otra lanza, y afirmó con ella en el suelo y así estuvo atendiendo una pieza por ver si batalla le demandaban. El emperador mandó que a Elbes sacasen del campo adonde la batalla se había hecho, y como el yelmo le quitaron, vieron que no estaba muerto; el emperador le mandó curar, y fuele tan bien que guardió.

Muchos caballeros de la corte del emperador hicieron batalla con el rey de Laujamán, pero avínoles como a Elbes, que el rey era muy preciado caballero y uno de los temidos que en el mundo había. En este tiempo³²⁰ Torcano el Crespo estaba ya guardado de sus llagas, y un día a hora de prima él se armó de sus armas y dijo a la infanta Minerva:

—Yo, mi señora, quiero hacer batalla con el rey: si mi ventura fuere tal que yo en ella muriere, a la vuestra merced pido diga a don Cristalián que no llevo otro dolor desta vida sino no haberme probado con él; que la muerte quisiera yo de su mano y con ella fuera muy contento, por dármela el mejor caballero del mundo.

³²⁰ 1587: 'iempo' (161v).

—En los dioses espero yo que tan buen caballero como los vos sois —dijo la infanta— hará alegre el imperio de Persia. Y de aquí prometo de ser en la batalla con él si de las vuestras manos sale vivo. Y atendedme un poco, que yo me voy a armar.

A esta hora llegó el príncipe don Sarcelio, y él se quedó hablando con Torcano mientras la infanta se armó (que no tardó mucho tiempo), y como salió, luego subió en su caballo, y el príncipe asimismo demandó otro, y juntamente con Torcano y la infanta se fueron a la torre. Como a ella llegaron, fuéronlo a decir al emperador, cómo en la plaza entraban dos caballeros armados y que consigo traían un hermoso doncel, que en la su apostura parecían extraños. Como el emperador esto oyó, dijo:

—Agora pluguiese a Dios que en las manos de esos caballeros estuviese la libertad de la princesa.

Y así, se pusieron a las finiestras él y la emperatriz, y como a ellas fueron, Torcano el Crespo llamó al rey a la batalla, el cual a la sazón armando se estaba y salió muy presto. Torcano le dijo:

—Rey de Laujamán, vente para mí, que te desamo como a mi mortal enemigo.

Como el rey esto oyó, vínose el uno contra el otro, y encontráronse de los cuerpos de los caballos y de los escudos de tal poder que el rey perdió un estribo, y cayera del caballo si con la cerviz dól no se abrazara. Torcano fue del caballo abajo con las riendas en la mano, que entrabbas se le quebraron, pero como él era uno de los buenos caballeros del mundo, muy presto se levantó con su espada en la mano, y esgrimiéndola se vino para el rey diciéndole:

—No pienses, rey de Laujamán, que por haberme derribado he cobrado temor alguno. Apeaos del caballo, pues yo estoy a pie por falta del mío, que no era tan bueno como yo lo quisiera, y nunca caballero debía de entrar en batalla con mal caballo como lo yo hice.

Como Torcano dejó de hablar, el rey, sin le responder, arremetió con su caballo pensándole atropellar; pero no le avino así como él lo pensó, que Torcano era caballero muy ligero, y apartándose, hirió al rey con su espada en el muslo, que le hizo una gran llaga, pero no la tenía en parte que de pelear le estorbase; y como herido se vio, tornó contra Torcano y diole tal golpe por encima de la cabeza, que las enlazaduras del yelmo le quitó, y como el rey le vio con la cabeza desarmada, a gran priesa se apeó de su caballo. Torcano que en peligro de muerte se vio, muy bien cubierto de su escudo y con su espada en la mano se vino para el rey y comenzáronse a herir de duros y muy pesados golpes, y así anduvieron bien un cuarto de hora, que todos los que la batalla miraban eran espantados de la bondad de Torcano poderse tanto tiempo amparar trayendo la cabeza desarmada.

A esta hora el rey andaba muy enojado consigo mismo porque aquel caballero tanto le duraba, y esgrimiendo su espada se fue para Torcano por le herir en la cabeza (que desarmada tenía). Torcano que el golpe vio venir, cubriose bien del escudo; el rey descargó su pesado golpe en él, que se lo hizo dos partes, y muy presto, antes que Torcano amparar se pudiese, le dio otro en la cabeza, tal, que no se pudo más tener. Torcano cayó en el suelo; el emperador que mirándolo estaba, dijo:

—Gran daño verná si aquel buen caballero muere.

Luego el rey fue sobre él para le cortar la cabeza, y poniéndole la espada a la garganta le dijo:

— Caballero, muerto eres si por vencido no te otorgas.

— La muerte venga —dijo Torcano—, que tal palabra nunca yo la confesaré.

El rey le dijo:

— Caballero, por que sin conocerte conozcas mi benignidad y clemencia, te quiero por lo presente perdonar. Y levántate si pudieres, que ya no tienes de quién temer.

Y así, su paso a paso se entró en la torre. La infanta Minerva se fue para él y le dijo:

— Rey de Laujamán, pídate batalla cuando te sintieras para entrar en ella.

El rey respondió:

— Caballero, yo me siento bueno, y sea luego si queréis, que esta herida que en la pierna tengo no me quitará el pelear.

— Poca honra ganaría yo —dijo la infanta— si en batalla entrase con vos estando cansado de la hacer con aquel caballero: si por bien lo tuviéredes, quédese para mañana a hora de prima.

— Así sea —dijo el rey.

Y despidiérонse el uno del otro. Como la infanta Minerva se partió dél, luego se vino para donde Torcano estaba, y de allí le hizo llevar. El emperador enviaba ya por él para le hacer toda honra; pero la infanta respondió por él diciendo a dos caballeros que por él venían:

— Decid al emperador Aliandro que su majestad nos perdone, que somos caballeros extraños que venimos a su tierra por le servir; que por agora no nos queremos dar a conocer.

Y así, los caballeros se volvieron al emperador y le dijeron lo que oído habéis. La infanta y el príncipe don Sarcelio llevaron a Torcano a su posada y allí curaron de sus llagas.

Otro día por la mañana la infanta Minerva se armó y subió en su caballo, y en su compañía llevaba al hermoso doncel don Sarcelio, y como ante la torre fue, el emperador se paró a la finiestra, y asimismo la emperatriz; miraban a la infanta, y semejábanles que nunca vieran caballero tan apuesto, y rogaban a Dios que le ayudase contra el rey. La infanta se llegó junto a la puerta de la torre; ya el rey estaba armado y a caballo, y como a la infanta vio, luego salió, tomando una lanza en la mano, y la infanta asimismo tomó la suya a su escudero, y apartáronse el uno del otro cuanto les fue menester y viniérónse a encontrar de tan poderosos golpes que las lanzas fueron en piezas sin se mover el uno ni el otro de la silla, desto fue el rey maravillado. Ambos echaron mano a sus espadas y viniérónse a herir³²¹ de duros y muy pesados golpes, que gran crudidad era de los mirar, ca se herían como aquellos que cada uno quería para sí lo mejor de la batalla. Así anduvieron gran pieza, que no se podían herir el uno al otro: tan bien se sabían cubrir de los escudos.

Andando de la manera que oído habéis vieron venir una doncella negra en un palafrén; ella venía a muy gran priesa, y como en la plaza entró fuese para donde el rey hacía su batalla, y a grandes voces dijo:

³²¹ 1587: ‘berir’ (162r).

—Rey de Laujamán, conviene que dejéis vuestra batalla, que los dioses no son servidos que haya fin. Y mira no vayas contra este mandamiento, que te verná mal dello.

Como el rey esto oyó, aunque mucha voluntad tenía de dar fin a aquella batalla, no osó sino obedecer lo que la doncella le dijo, y dejando a la infanta en el campo se entró en la torre. La infanta le siguió, pero no le aprovechó nada, que ni ella ni otro no habían poder para entrar en la torre aunque la puerta estuviese abierta. Como la infanta esto vio, muy enojada se volvió a su posada. El emperador, que mucha esperanza tenía en aquel caballero que al rey había de vencer, pesole mucho porque habían dejado la batalla.

Dice la historia que como al sabio Doroteo nada le fuese encubierto, que él supo por sus artes cómo la infanta Minerva había de hacer batalla con el rey de Laujamán, y que si a la fin llegaba, ella libraría mal, ca no saliera de poder del rey sino muerta o vencida, y por esto envío al rey aquella doncella negra que vistes, por que la infanta no muriese, ca la quería mucho por ser tan grande amiga del príncipe don Cristalián.

Sabed que como Mirantenor vio venir a la infanta Minerva tan enojada, a muy gran priesa se armó y subió en su caballo, y su escudero con él (que la lanza le llevaba), se fue para la torre donde la princesa estaba y con su escudero envío a pedir al rey la batalla, el cual aún no estaba desarmado y muy presto subió en su caballo y salió a la plaza, y allí hicieron su batalla, tal, que todos fueron espantados de la ver; pero al fin Mirantenor fue vencido, que las fuerzas del rey de Laujamán eran grandes y jamás por ningún caballero fue vencido. Mirantenor quedó malamente herido, y así, le llevaron a su posada.

Capítulo LXXII

En que se cuenta lo que a don Cristalián acaeció yendo a la Ínsula del Deseo.

YA os contamos cómo el príncipe don Cristalián salió de la ciudad de Larenta. Él anduvo muchos días sin aventura hallar que de contar sea.

Yendo un día entre vísperas y completas por una hermosa floresta acompañado de toda tristeza pensando en cómo la fin de sus días eran llegados si el sabio Doroteo no hallaba remedio para la libertad de su señora, en este tiempo vio algo lejos una fuente que debajo de una ramada estaba, y allí oyó regocijo de gentes, y como más cerca llegó vio una compañía de hermosas y muy apuestas doncellas. A la una parte estaba tendido un paño de hilo de oro y en él asentada una hermosa doncella, y tanto, que él fue espantado de la ver, porque le pareció que en gran parte de su hermosura semejaba a la princesa Penamundi, y como él la miró, pareciole que no estaba muy alegre. Las ropas que vestidas tenía eran negras (aunque de una seda muy fina); estaba recostada sobre unas almohadas ricamente guarnidas, y muchas doncellas en torno della haciendo muchos trebejos por la alegrar. Como don Cristalián vio lo que oído habéis, haciendo su acatamiento se tornó a su camino y diose mucha priesa a andar. Libanor dijo:

—Mucho estoy maravillado de la estraña hermosura de aquella doncella: después de la princesa Penamundi, no creo yo que otra haya en el mundo que más hermosa que ella sea.

—Tú dices verdad —dijo don Cristalián—, que gran parte tiene de hermosura.

Ellos que iban hablando en lo que oído habéis, vieron venir tras ellos una doncella en un palafrén que a grandes voces decía:

—¡Atended, atended, señor caballero!

Como don Cristalián la vio, atendió un poco; la doncella llegó y le dijo:

—Señor caballero, aquella hermosa doncella que en la fuente de la floresta vistes os ruega mucho que volváis ante ella, porque ha sabor de haceros ciertas preguntas.

—Buena doncella —dijo don Cristalián—, decid a vuestra señora que me perdone si su mandado no hago, que tengo mucho que hacer en otra parte, y si allá tornase, detenerme hía algún tanto y haría mucha falta a una persona que me atiende, que en mucha necesidad está.

La doncella le dijo:

—Caballero, por la fe que a Dios debéis y a la cosa del mundo que más amáis, que vós volváis comigo, que yo os hago cierto que muy poco tiempo os deterréis.

Como don Cristalián así se vio conjurar, no pudo menos hacer sino volverse con ella, y cuando ante aquella hermosa doncella llegó, don Cristalián se le humilló desde el caballo, y ella no le hizo acatamiento ninguno ni habló palabra. Una doncella que cerca de aquella que señora de todas parecía estaba le dijo:

—Señor caballero, esta hermosa doncella que aquí veis os envió a llamar para rogaros que por cuanto le parecistes caballero estraño vós os quitéis el yelmo, ca si

fuérades caballero destas partes no os lo rogara, porque por ventura os quisiérades encubrir.

—Mi buena señora —dijo don Cristalián—, eso que me pedís es cosa que yo no lo haré, por cuanto a mí me va mucho en andar por estas partes encubierto.

—Pues conviene que os lo quitéis —dijo la doncella—. Y si no quisiéredes por vuestra voluntad, forzosamente os lo harán hacer.

—Esa fuerza no consentiré yo —dijo don Cristalián.

—Pues sois desmesurado —dijo la doncella—, asimismo se habrán con vos.

Y diciendo esto, dijo a otra:

—Andad, llamad quien por fuerza³²² haga ser mesurado a este caballero.

Así como ella dijo esto salieron detrás la ramada seis caballeros bien armados en sus caballos, y todos seis cercaron a don Cristalián diciéndole:

—Caballero, conviene que hagáis el mandado de nuestra señora.

—Mal haría yo si no lo hiciese —dijo don Cristalián—, pero lo que la su merced manda no es cosa en que yo servir la pueda.

—Pues que así es —dijeron los caballeros—, vos escoged una de dos cosas: o vos quidad el yelmo o venid a la justa con nosotros todos seis, y el que del caballo os derribare, ése os quite el yelmo y vuestro caballo sea suyo, y si vos a nos derribáradades, asaz ternéis de caballos.

—Vengamos a la justa —dijo don Cristalián.

Los caballeros y doncellas se rieron a la manera de escarnio, y luego uno dellos tomó una lanza, y don Cristalián y él se apartaron cuanto les convenía y fuérонse a encontrar tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas y el caballero de la hermosa doncella fue a tierra, y así lo fue el segundo y tercero y cuarto y quinto; aquella señora y sus doncellas fueron muy espantadas. El sexto caballero tomó otra lanza y asimismo se encontraron, y las lanzas fueron voladas en piezas y ninguno de los caballeros se movió, y luego tornaron a tomar otras sendas lanzas y encontráronse de tales encuentros que el caballero fue al suelo. Don Cristalián se volvió a aquella hermosa doncella y le dijo:

—Mi señora, yo creo que soy libre, y los caballos que son míos, la vuestra merced haga dellos a su voluntad. Y mándeme dar licencia, que yo no me puedo aquí más detener.

Como aquella hermosa doncella vio que irse quería, díjole:

—Caballero, pues en vos hay tanta bondad en armas, bien creo yo la habrá en lo que pedir os quiero, y es que me otorguéis un don.

—Yo lo otorgo —dijo don Cristalián—, pero quiero luego ser pagado: y que la vuestra merced me otorgue otro.

—Eso haré yo de grado —dijo ella.

—Mande la vuestra merced lo que servida fuere —dijo don Cristalián.

La doncella le respondió:

—Sabed, caballero, que el don que me habéis otorgado es que de vuestra voluntad os quitéis el yelmo, que al no habéis de hacer.

³²² 1587: ‘fnerza’ (163r).

Don Cristalián dijo a Libanor su escudero que se lo quitase; Libanor hizo su mandado. Cuando la doncella vio el hermoso rostro de don Cristalián, no se pudiendo sostener en los pies, se asentó en su estrado diciendo:

—¡Ay caballero, por la fe que a Dios debéis y a la cosa del mundo que más amáis, que me digáis vuestro nombre; y si decir no me lo quisiéredes, sabed que la muerte verná muy presto por mí.

Y diciendo esto le salían mucha abundancia de lágrimas por sus hermosos ojos. Don Cristalián le dijo:

—Sabed, mi señora, que he nombre don Cristalián de España.

Cuando aquella hermosa doncella esto le oyó, dijo en alta voz:

—¡Ay buen caballero, y cuánto deseo he tenido de conoceros después de ver al infante Lucescanio vuestro hermano, a quien vos tanto semejáis. No hay cosa en esta vida que tanto descanso a mí me diese como la vuestra vista.

Como don Cristalián viese que tanta alegría aquella doncella mostraba con la su vista, díjole:

—Mi señora, el don que la vuestra merced a mí me ha de dar es decirme quién es.

—Mi buen señor —dijo la doncella—, yo he nombre Bellaestela. Quién yo soy, yo sé tan poco de la mi hacienda como lo vos sabéis.

Como don Cristalián esto oyó, muy presto se apeó de su caballo y humillándose ante ella le tomó las manos para se las besar; ella las tiró afuera y le dijo:

—Valeroso príncipe, mis ojos se conturban en ver una persona tan preciada como lo vos sois puesto de hinojos ante mí, que tan poco valgo que no merecí saber cuya hija soy.

Y diciendo esto le tomó por las manos y le hizo levantar y rogole muy ahincadamente que allí se detuviese un poco; él hizo su mandado. Bellaestela le hizo asentar cabe sí y le dijo:

—Mi señor, decidme si por ventura sabéis algunas nuevas del infante Lucescanio vuestro hermano.

—Sí sé —dijo don Cristalián—, y tales, que es razón que la vuestra merced sea muy leda.

—Contádmelas —dijo Bellaestela—, que ya se me hace tarde para las oír.

—La vuestra merced sabrá —dijo don Cristalián— que estando en el reino de Armenia, yo y todos los del reino fuimos por él socorridos.

Finalmente, él le contó todo lo que oído habéis y de cómo Benzaíme el gran sabidor lo llevó enviándole a decir que aunque el mundo anduviese en torno no hallaría lo que andaba a buscar si ante él no fuese, y el infante y otros cinco caballeros fueron llevados del palacio de la reina de Armenia por la mayor aventura que jamás fue oída. Bellaestela rogó muy ahincadamente a don Cristalián que le contase de la manera que Benzaíme había llevado al infante y a los otros caballeros; don Cristalián se lo contó como arriba lo habéis oído. Bellaestela dijo:

—Valeroso príncipe, las nuevas que me habéis dicho han dado mucha alegría a mi corazón, y gran parte de la tristeza que en él tenía ha desechado de sí con pensamiento que Dios por la su misericordia me hace más bien de lo que yo

merezco. Mucho descanso tuviera si vos, mi señor, os pudiérades detener aquí algunos días.

—A mí me pesa —dijo don Cristalián— de no poder servir a la vuestra merced en lo que me manda; que por la fe que a Dios debo, cuanto ha que yo orden de caballería recibí nunca hecho comenzé que tanto a mí me fuese en lo acabar como lo es este que comenzado tengo, y si la vuestra merced me da licencia, yo luego me querría partir.

Bellaestela le dijo:

—No me hizo Dios a mí tan poderosa para lo poder estorbar; pero pues que así es, yo no quiero más deteneros. Plega a Dios por la su merced que aquel fin os dé en lo que comenzado tenéis que yo deseo que dé al infante Lucescano.

Don Cristalián le besó las manos y subió en su caballo, y haciéndole grande acatamiento se despidió della y se fue su camino para la Ínsula del Deseo, y él se dio tanta priesa a andar, que en poco tiempo llegó a ella

Sabed que yendo don Cristalián por una espesa montaña de la Ínsula del Deseo oyó unas bocinas como de monteros que a caza andaban. Don Cristalián se fue para donde las oía, y como más cerca dellas fue, vio al sabio Doroteo que andaba cazando, de que fue estrañamente ledo. Y así como ante él llegó, luego desenlazó su yelmo; cuando Doroteo conoció que aquel caballero era don Cristalián fue espantado de lo ver, y dijo:

—Mi señor, ¿qué venida es ésta?

—Vengo por remedio para mi vida, la cual muy poco durará si en vos no lo halla.

Y diciendo esto le comenzó a contar el estado en que la princesa estaba; el sabio le dijo:

—Mi señor, mucho me pesa por la vuestra venida; y esto digo porque ha gran tiempo que yo envíe remedio para la libertad de la princesa, por cuanto yo por mis artes supe la su prisión.

—Y ¿cómo será la princesa libre? —dijo don Cristalián.

—Serlo ha —dijo Doroteo— con la muerte del rey de Laujamán.

—No puede ser eso —dijo don Cristalián—, por cuanto la torre no ha puerta ninguna por donde a ella puedan entrar.

—Mi hija Belsael —dijo el sabio— llevó el remedio para que la puerta de la torre se descubriese. Yo soy cierto que cuantos al rey de Laujamán pidieren batalla, que a todos saldrá de la torre, por cuanto él es uno de los mejores caballeros que en aquella provincia donde es hay, y hará batalla con ellos hasta que tal caballero venga que le quite la vida.

Mucho fue triste don Cristalián de oír estas nuevas, cuidando que cuando él tornase ya la princesa sería libre, y dijo al sabio Doroteo:

—Yo, mi amigo me quiero volver luego.

Doroteo le detuvo consigo hasta otro día a hora de prima, que salió de la ínsula y tomó su camino para el imperio de Persia. Él iba con tanta priesa, que jamás de día ni de noche no reposaba. Yendo de la manera que oído habéis, un día a hora de nona vio cuatro caminos que hacían una encrucijada; don Cristalián no mirando a una ni a otra parte, siguió el camino que llevaba, que era uno de los cuatro. No

pasó mucho tiempo cuando vio venir por el camino una doncella en un palafrén blanco que a grandes voces decía:

—¡Atended, señor caballero!

Como don Cristalián la oyó, dijole:

—Buena doncella ¿qué es lo que me queréis? Ca si habéis menester mi ayuda, en ninguna manera puedo detenerme, que tengo mucho que hacer en otra parte.

Como la doncella, antes que ella nada le dijese, le oyó hablar de la manera que oído habéis, dijo:

—Malandante sería yo si a tal caballero como lo vos sois pidiese ayuda, que bien creo yo que si un duelo tengo, que ternía ciento llevándoos a vos comigo.

Don Cristalián calló, que no le quiso responder cosa alguna, sino fuese su camino. La doncella quedó muy enojada de lo que le había dicho, y no sabiendo qué consejo tomar, acordó de lo seguir para saber, si pudiese, quién era. Yendo por su camino Libanor dijo:

—Señor, la doncella viene en nuestro seguimiento.

—Venga —dijo don Cristalián—, que ella no habrá derecho de mí hasta que mi señora Penamundi sea libre.

A esta hora vieron venir a otra doncella por una falda de una floresta, y como cerca fueron la una de la otra, luego se conocieron; la doncella que con don Cristalián iba dijo a la otra:

—Mi cormana, ¿por ventura venís a pedir socorro a este caballero para nuestra cuyta?

—Sí —dijo la doncella—, que a otro fin no atravesé la floresta.

—Vos llevaréis buen recado —dijo ella—, que este caballero que aquí veis es muy esforzado y no dudará de emprender cualquier hecho por grande que sea.

—Tal parecer tiene él —dijo la otra doncella.

—Pues muy mejores debe tener las obras —dijo la primera—, que antes que yo nada le dijese me dijo que no me podía ayudar si algún menester tenía, por cuanto él iba con mucha priesa: sin duda debe de ir a dar cima a alguna aventura de las que don Cristalián de España dejó de acabar. Pues Dios no me ayude si yo no le sigo, por cuanto soy amiga de los buenos y enemiga de los malos y cobardes, como éste lo debe ser.

La otra doncella su cormana le dijo:

—Pues si vos le queréis seguir, por mí no quedará que entrabbas no veamos las maravillas deste caballero.

Y así, se fueron con él. Bien había ya tres días que las doncellas iban en compañía de don Cristalián cuando vieron en un verde prado dos caballeros que una brava batalla hacían; las doncellas dijeron a don Cristalián:

—Señor caballero, obligado sois, según la orden de caballería que recibistes, a saber por qué razón aquellos caballeros hágense batalla, y si menester fuere, hacerla vos con ellos si vuestro ruego no quisieren hacer, ca tenemos gran deseo yo y mi cormana de veros herir de espada.

Don Cristalián les dijo:

—Por agora no lo veréis, que no he voluntad de me detener en cosa alguna.

Mucho rieron las doncellas cuando a don Cristalián oyeron, y dijeronle:

—En más voluntad nos ponen vuestras palabras de seguir vuestra compañía.

Don Cristalián les dijo:

— Al cabo de vuestra jornada os pesará por el afán que habéis tomado.

— Ese pesar, antes que el camino comenzásemos es con nos; pero juntamente con el pesar será gloria viendo vuestros hazañosos hechos. Agora nos decid si es muy lejos adonde vais.

— No —dijo don Cristalián— sino cerca.

— Pues en el nombre de Dios —dijeron ellas—, que aunque fuera lejos no dejáramos vuestra compañía.

Y así, fueron su camino hasta que a la ciudad de Larenta llegaron, y antes que en ella entrase supo quién habían sido todos los que con el rey de Laujamán habían hecho batalla, y asimismo le dijeron cómo don Griolanís, hijo del emperador de Roma, había llegado un día antes y que venía aparejado para hacer su batalla con el rey de Laujamán, que había jurado en las manos del emperador Aliandro de perder la vida o dar libertad a la princesa. Don Cristalián preguntó que qué persona tenía don Griolanís; dijérone que era mancebo y bien dispuesto, y salió de su tierra con intención, si la ventura le fuese tan favorable que él diese la muerte al rey de Laujamán, que luego pediría en casamiento a la princesa Penamundi, «y esto puede él muy bien hacer, por cuanto en el mundo no hay otro que la merezca si don Griolanís no».

Don Cristalián que estas razones oyó, dijo a quien se las decía (que un escudero era):

— Amigo, ¿de qué tierra sois?

— Soy de Roma —dijo él.

— Bien se os parece, según lo mucho que a ese caballero loáis.

— Lóole yo con mucha razón —dijo el escudero.

Y así, se entró en la ciudad. Las doncellas dijeron a don Cristalián:

— Señor caballero, no sería mucho, según la vuestra gran bondad, que quitásesedes a don Griolanís que no hiciese batalla con el rey de Laujamán y por ventura vos librariádes a la princesa, y si esto hiciésedes, sería loada la vuestra caballería por el mundo.

— Yo entiendo de tomar vuestro consejo —dijo don Cristalián—, pero habéis de hacer tanto por mí, que una de vos ha de ir a hablar al emperador de mi parte.

Las doncellas se rieron mirándose la una a la otra, pero a la fin le respondieron que en aquella tierra ellas no eran conocidas, que harían su mandado. Don Cristalián se lo agradeció y les dijo lo que de su parte habían de decir al emperador. Ellas se despidieron dél y se fueron al gran palacio, y como en él fueron vieron al emperador que con don Griolanís estaba hablando en la batalla que otro día entendía de hacer con el rey de Laujamán. Como las dos doncellas fueron en la sala todos pararon mientes en ellas; la una se quedó y la otra se humilló ante el emperador, y besándole las manos le dijo:

— Serenísimo emperador de Persia, yo soy venida ante vuestra majestad con mandado de un caballero extraño que hoy en este día a la vuestra corte llegó. Él me mandó que por él os besase las manos, y que él venía con intención de hacer batalla con el rey de Laujamán; que la vuestra merced sea de le dar licencia para que mañana a hora de prima se vea con el rey.

—Amiga —dijo el emperador—, decid a ese caballero que yo le agradezco la voluntad que de servirme tiene; que la batalla está aplazada para mañana del rey de Laujamán y don Griolanís, que no sé la ventura que Dios le querrá dar; que si tal se la da como todos lo deseamos, que a él y a otros quitará de ese trabajo, y si al contrario fuere, a tiempo será ese caballero de cumplir su deseo.

La doncella se levantó y se fue ante don Griolanís, y díjole:

—Aquel caballero estraño que acá me envió me mandó que os dijese de su parte que tuviésedes por bien de dejar la batalla del rey de Laujamán, por cuanto³²³ él se querría probar con él primero que vós la batalla hiciésedes; y que si esto no quisieseis hacer, que él os demanda batalla primero que con el rey de Laujamán la hagáis, y que si él fuere vencido, que ahí os queda tiempo para servir al emperador.

Como don Griolanís oyó a la doncella fue airado contra el caballero, y dijo:

—Doncella, decid a ese caballero que acá os envió, que por ventura no me conoce, que si batalla ha de hacer comigo, que más valor ha de tener que ser un caballero andante.

La doncella le respondió:

—Quién él es yo no lo sé, que en un camino lo encontramos otra doncella mi cormana y yo y con él nos venimos por ver esta aventura de la princesa; pero por serviros yo tomaré el trabajo de le ir a preguntar si él es tal que pueda hacer batalla con vos, y luego volveré con su mandado.

Y haciendo su acatamiento al emperador se salió del palacio y se fue adonde don Cristalián estaba y díjole el mandado de don Griolanís; don Cristalián dijo:

—Buena doncella, mucho os ruego que tornéis a don Griolanís y le digáis que por eso no se partirá nuestra batalla, que yo le hago cierto que de entradas partes vengo de reyes.

La doncella volvió con su mandado al palacio de emperador y dijo a don Griolanís lo que oído habéis.

—Pues que así es —dijo él—, decid a ese caballero que se apareje, que de buena mañana salga ante la torre de mi señora Penamundi y allí conocerá quiénes son los caballeros de Roma.

La doncella se salió del palacio y se fue adonde don Cristalián estaba y díjole todo lo que oido habéis que don Griolanís dijo; don Cristalián quedó muy contento de lo oír.

Al emperador Aliandro le pesó mucho por aquella batalla que se había de hacer, por cuanto él tenía esperanza que don Griolanís había de dar la muerte al rey de Laujamán y con ella dar la libertad a la princesa. Don Griolanís conoció en el semblante del emperador que le pesaba por la batalla que aplazada estaba, y díjole:

—No le pese a vuestra majestad por lo que está concertado, que todo lo guía Dios para mayor gloria mía.

—Así plega a Él que sea —dijo el emperador.

³²³ 1587: ‘qaanto’ (164v).

Don Griolanís se salió del palacio y se fue a su posada, y allí mandó que le³²⁴ aparejasen sus armas para otro día por la mañana. Venido que fue el día, don Cristalián se levantó y se fue a armar con el ayuda de la infanta Minerva y de Mirantenor y Torcano el Crespo, y asimismo de Benzalaque (que a la sazón había venido). Luego subió en su caballo Flordelid llevándole la lanza el príncipe don Sarcelio y el escudo la infanta Minerva, y en torno dél iban los caballeros que oído habéis que estaban en la su compañía. Las doncellas cormanas que con don Cristalián habían venido subieron en sus palfrenes diciendo:

—Agora veremos cómo el nuestro caballero es escarnido por don Griolanís, príncipe de Roma, que dicen que es el mejor caballero que a la sazón hay en el mundo, sacando dos a quien Dios hizo estremados entre cuantos hoy son nacidos, que son estos que os diré —decía la una doncella a la otra—: don Cristalián de España y el infante Lucescanio su hermano.

Yendo de la manera que oido habéis llegaron a la gran plaza ante los palacios del emperador, y asimismo ante la torre adonde la princesa Penamundi estaba, y como don Cristalián ante la princesa se vio, dijo en su corazón: «¡Oh mi señora, y con cuánta razón os podréis quejar de vuestro caballero en dejaros tanto tiempo en poder del rey de Laujamán! Pero cuando supiéredes que yo no tuve poder para dél os librar, es razón que la ira que contra mí al presente tenéis se convierta en entera voluntad para hacerme mercedes. Yo juro por la fe que a Dios y a vos, mi señora, debo, que los mis días hoy fenezcan o daré la libertad a quien la mía en su poder tiene».

En este tiempo el emperador y emperatriz estaban puestos a las finiestras por ver la batalla de don Griolanís y el caballero extraño, y de ahí a poco rato lo vieron venir acompañado de muchos caballeros, así de los suyos como de los de la corte del emperador, y como en la gran plaza entró hizo su acatamiento al emperador y emperatriz, como aquel que en su pensamiento ya los tenía por padres; y así, se vino hacia donde don Cristalián estaba atendiendo, y como junto a él llegó, díjole:

—Caballero, bien será que partamos nuestra batalla sin que daño alguno nos venga. Y haced lo que os digo, que conozco tanto de mí, que será vuestra pro.

—Señor caballero —dijo don Cristalián—, yo estoy tan desesperado que seré bien contento con todo aquel daño que de vuestra parte venir me puede. Y en palabras no nos detengamos más, que se me hace tarde para ver lo que tanto por mí es deseado.

Don Griolanís fue muy airado contra don Cristalián, y dijo:

—Para Sancta María, don caballero, desta vez vos no seréis alegre con ver cumplido vuestro deseo si por ventura es dar la libertad a la princesa, ca no es vuestro valor tal que merezca alcanzar la gloria desta aventura.

—Comoquiera que me avenga —dijo don Cristalián—, yo no me puedo más detener.

Y diciendo esto se apartó de don Griolanís tomando su escudo y lanza. En este tiempo llegaron los jueces y partiéreronles el sol, y como esto fue hecho, los caballeros movieron el uno contra el otro al más correr de sus caballos y diéronse tan recios encuentros que las lanzas volaron en piezas. Don Griolanís encontró a

³²⁴ 1587: 'la' (165r).

don Cristalián en el escudo, y la lanza no prendió en él, antes descendió más bajo del costado y hízole una llaga de que mucha sangre se le iba. Don Cristalián hirió a don Griolanís de tal encuentro que le falsó el escudo y le hizo una gran llaga en el lado izquierdo, y fue el encuentro con tanta fuerza, que dio con él por las ancas del caballo en tierra; y quísole Dios bien, que el caballo no cayó sobre él, que muy desatinado estaba del recio encuentro que había recibido, y así, estuvo una pieza que no bullía pie ni mano. Como don Cristalián así lo vio, mandó a un escudero que consigo traía (el cual no era Libanor, por no ser conocido) que quitase el yelmo a don Griolanís para ver si muerto era; el escudero hizo su mandado, y como al yelmo llegó, don Griolanís tornó en todo su acuerdo, y muy presto se levantó y echando mano a su espada se fue para donde don Cristalián estaba, el cual le dijo:

—Don Griolanís, por que nuestra batalla más a vuestra voluntad sea, quiero dejar mi caballo.

Y diciendo esto se apeó, y abrazando su escudo y su buena espada Filandria en la mano se vino para don Griolanís y comenzáronse a herir de muy duros y pesados golpes, y tales, que espanto ponía a quien los miraba. El emperador y sus altos hombres fueron muy espantados de la gran bondad del caballero, y loaban mucho la cortesía de que había usado con don Griolanís en dejar su caballo. El emperador dijo:

—Éste debe ser uno de los buenos caballeros del mundo, según es ligero y gran heridor de espada; y sin esto, nunca yo caballero vi que tan bien pareciese armado. Mucho anda ya cansado don Griolanís, y el caballero me semeja que anda más ligero que cuando en la batalla entró.

En este tiempo don Cristalián se aquejaba por dar fin a su batalla, ca mucho deseó tenía de se ver con el rey de Laujamán, y con este pensamiento hería tan a menudo a don Griolanís y con tanta fuerza, que no le alcanzaba golpe a derecho que las armas y la carne no le cortase. A esta hora don Griolanís andaba tan cansado y perdía tanta sangre, que no sabía qué hacer de sí, y dijo a don Cristalián:

—Caballero, si os pluguiere, descansemos una pieza, que bien nos hace menester.

Don Cristalián le respondió:

—Ese descanso no tomaré yo, si Dios quisiere, hasta que al rey de Laujamán tenga en el estado que vos estáis:

Como don Griolanís esto le oyó, pesole mucho, que en este tiempo ya las fuerzas le faltaban del todo, ca no entendía sino en se amparar. Como las doncellas que con don Cristalián habían venido viesen hacer tales maravillas a su caballero fueron muy espantadas, y llamábanse malandantes por haberse burlado de la manera que oído habéis, que sin duda ellas conocían tanto que otro que más valiese no se podía hallar.

En este tiempo don Cristalián dio tal golpe a don Griolanís por encima del yelmo, que las enlazaduras le quebró y el yelmo fue rodando por el campo una pieza. Como don Griolanís se vio desarmada la cabeza túvose por muerto, y cubriéndose muy bien del escudo recibió en él los golpes que don Cristalián le daba; pero no pudo tanto durar, que de los pesados golpes que recibía y de la mucha sangre que le salió el corazón le falleció y dio consigo en el suelo sin ningún

sentido. Don Cristalián que así lo vio, fue sobre él y púsole el espada en el rostro diciéndole:

—Don Griolanís,³²⁵ muerto sois si por vencido no os dais.

Como el emperador vio en tal estado a don Griolanís fue muy triste, y más lo fuera si don Cristalián le quitara la vida, y con temor que daño no recibiese envió muy presto al duque Antelo a que de su parte rogase a aquel caballero que pues Dios le había dado la victoria, que por amor d'él don Griolanís no recibiese daño. Como el duque llegó y habló a don Cristalián de parte del emperador, él respondió al duque que en todo haría su mandado. El duque le dijo:

—Bien creo yo, señor caballero, que hay tanta mesura en vos como bondad de armas tenéis, que a lo que de vos me semeja, hoy haréis la corte del emperador alegre, y asimismo todo el imperio de Persia

En este tiempo don Griolanís había ya tornado en su acuerdo, y los suyos lo sacaron del campo con mucha tristeza y lo llevaron a su posada. Luego el emperador mandó que le fuesen a curar los mejores maestros que en la su corte había, y así fue hecho como él lo mandó.

Capítulo LXXIII

De cómo don Cristalián hizo su batalla con el rey de Laujamán y de lo que le acaeció.

DON Cristalián limpió su espada y la metió en la vaina, y luego fueron ante él la infanta Minerva y Torcano y Mirantenor y el príncipe don Sarcelio y Benzalaque. Queriéndole sacar del campo con mucha alegría, don Cristalián les dijo:

—Mis buenos señores, yo no me entiendo partir del lugar en que estoy hasta que pierda la vida o ponga en libertad a la princesa Penamundi.

La infanta Minerva le dijo:

—Mi señor, miémbreseos que estáis mal herido, y sería gran daño si curado no fuésedes.

—Mi señora Minerva —dijo don Cristalián—, si merced me quisiéredes hacer, ha de ser apretarme estas llagas, que mucha sangre se me va.

Luego la infanta, viendo que su voluntad era aquella que oído habéis, lo desarmó allí ante la torre de la princesa; ella y Mirantenor le apretaron las llagas y luego se tornó a armar (aunque muchas llagas tenía). En este tiempo el duque Antelo tornó a don Cristalián de parte del emperador y dijole:

—Señor caballero, el emperador os ruega mucho que dejéis la batalla que con el rey de Laujamán queréis hacer para otro día, cual quisiéredes, en tal que vos seáis guarido de las llagas que hoy habéis recibido, por cuanto él tiene mucha esperanza en Dios, según lo que hoy os ha visto hacer, que del todo por vos ha de ser alegre, y si hoy hubiésedes otra batalla, podría ser que os viniese mal dello, por

³²⁵ 1587: 'Criolanis (165v).

cuanto el rey de Laujamán es muy buen caballero, según aquí le habemos visto hacer grandes cosas en armas.

Como el duque acabó de hablar, don Cristalián le respondió:

—Señor caballero, diréis al emperador que yo beso sus reales manos por las mercedes que me hace sin me conocer ni habelle hecho servicio, y asimismo le diréis que agora pluguiese a Dios que con el rey de Laujamán fuesen otros diez tales como él y que con todos ellos hubiese yo de hacer batalla, que a todos, con el ayuda de Dios, les daría el castigo del atrevimiento que el rey ha tenido en dar enojo a un tan alto príncipe como el emperador lo es. Y a Dios seáis encomendado, que no me puedo más detener aquí.

Y así, se partió del duque y se fue hacia la torre, y el duque se volvió al emperador y le dijo todo lo que con el caballero estraño había pasado; el emperador y todos los altos hombres que con él estaban fueron muy espantados de su gran esfuerzo, y dijo el emperador:

—Pues que así es, aguardemos a ver esta batalla, que éste es el mejor caballero que yo he visto y de mayor esfuerzo, después de aquel bienaventurado caballero que de captiverio nos sacó. Atendamos, que ya llega a la puerta de la torre.

Agora sabed que como don Cristalián a la torre llegó, ya el rey de Laujamán estaba armado de todas sus armas, aparejado para hacer su batalla, y como don Cristalián así lo viese, díjole:

—Rey de Laujamán, yo te demando batalla. Y sea luego, que ya es venido el tiempo que llevarás el pago de tu atrevimiento; y no te valdrán los encantamientos de quien ahí te puso que hoy no lleves el galardón del enojo que a tu causa el emperador y emperatriz han recibido: Sal presto, que ya se me hace tarde para tomar de ti la emienda.

Como el rey de aquella manera se viese amenazar fue muy sañudo, y muy presto subió en un grande y muy poderoso caballo y tomó una gruesa lanza, y así, salió de la torre diciendo:

—A los dioses inmortales juro de no tener mesura alguna contigo, como la he tenido con muchos que por mí han sido vencidos, sino luego te cortar la cabeza, y mandarla he clavar en la puerta de mi torre para que todos cuantos la vieren sepan cómo han de hablar al rey de Laujamán.

—Guárdate de mí —dijo don Cristalián—, que me enojan mucho tus razones, y mucho más la tu vista.

Y así, se apartaron el uno del otro el espacio que hubieron menester, y movieron al más correr de sus caballos y diéronse tales y tan poderosos encuentros en los escudos, que las lanzas fueron quebradas, y los caballeros pasaron el uno por el otro sin se derribar ni recibir daño alguno. Desto fue don Cristalián muy enojado, y muy presto echó mano a su buena espada Filandria y vínose para el rey, que asimismo había echado mano a la suya, y comenzose entre ellos la más cruda batalla que nunca jamás fue vista, por cuanto el rey de Laujamán (como arriba os habemos contado) era de grandeza de un jayán y el mejor caballero que en aquellas partes adonde él tenía su señorío había, y bien lo había mostrado en la corte del emperador. Don Cristalián asimismo era el mejor que a la sazón en el mundo se podía hallar, y como aquella batalla se hacía en presencia de su señora y por darle a ella libertad, andaba tan ligero y hería tan a menudo al rey, que todos eran

espantados de lo ver, y decían que jamás habían visto ni oído cosa tan estraña como ver aquellos dos buenos caballeros en batalla.

El rey de Laujamán era muy espantado de los pesados golpes que recibía, ypreciaba mucho en su corazón a aquel caballero, y asimismo decía que bien había menester las fuerzas que los dioses le habían dado para contra aquel caballero, que era el mejor que él jamás había visto. En este tiempo había ya media hora que los caballeros andaban ya en su batalla, que mejoría ninguna no se conocía entre ellos; don Cristalián estaba muy enojado de ver lo poco que ante su señora valía, y alzando su buena espada dio tal golpe en el hombro siniestro al rey, que le quitó el armadura y le hizo una gran llaga de que el rey se sintió mal. Como herido se viese, quiso dar el pago a su enemigo, y diole tal golpe encima del yelmo, que se lo revolvió en la cabeza y le quebró parte de las enlazaduras.

Este golpe fue de tal fuerza que don Cristalián quedó mal atordido (y si otro caballero, por bueno que fuera, lo recibiera, cayera del caballo); pero como en él hubiese tanta bondad y ardimiento, muy presto tornó en su acuerdo, y antes que el rey le tornase a herir ya él le había dado el pago del daño recibido, que hiriéndole en la cabeza, le hizo una llaga de que mucha sangre le salía. Desta herida comenzó el rey a enflaquecer ya cuanto, porque se le iba mucha sangre, y tanta, que por la vista le salía. Como don Cristalián así lo vio, diose tanta priesa a lo herir, que en poco rato lo traía a su voluntad. Como el emperador conoció la ventaja que el caballero estraño llevaba al rey, daba muchas gracias a Dios y loaba mucho al caballero, y así, estaban todos con demasiada alegría.

A esta hora el rey no entendía en otra cosa sino en se amparar de los pesados golpes que del caballero recibía; pero por mucho que se amparase no pudo tanto, que de un golpe que don Cristalián le dio le cortó la mano derecha, y ella y su espada fueron en el suelo, y tras éste le dio muy presto otro en la pierna, que se la cortó. Deste golpe sintió tal dolor, que soltando la rienda cayó del caballo abajo. Como don Cristalián así lo vio, no fue perezoso en dejar el suyo, y fuese para el rey, y quitándole las enlazaduras del yelmo, el rey le dijo:

—Caballero, no me mates y hacerte he rico para siempre.

—No me puedes tú hacer tan rico que más no lo sea yo en darte la muerte.

Y diciendo esto le cortó la cabeza, y limpiando su espada se fue para la torre acompañado de la infanta Minerva y de aquellos caballeros sus amigos, y como a la puerta llegó, díjoles que allí lo atendiesen. Así como en la torre entró, los caballeros y otra gente de servicio que en ella estaban se echaron a sus pies pidiéndole merced de las vidas. Don Cristalián se las otorgó, y echándolos de la torre se fue a humillar ante la princesa, que estaba tan leda de la muerte del rey, que no sabía de sí. Como don Cristalián ante aquella que era toda la hermosura del mundo junto se viese, casi le falleció el corazón: tanto fue el placer que sintió; y así, pasó un poco de tiempo que no pudo hablar, pero muy presto tornó en sí y díjole:

—Mi señora, dad esas blancas y hermosas manos a este vuestro caballero en pago de lo mucho que a vuestra grandeza desea servir.

Y diciendo esto se las iba a tomar, pero la princesa las tiró afuera muy enojada porque se había nombrado su caballero; pero no se lo dio a conocer por el gran servicio que le había hecho, antes le dijo:

—Caballero, a tiempo sois de recibir otras mayores mercedes del emperador mi señor que las que al presente yo os puedo hacer.

—Mi señora —dijo don Cristalián—, las que el emperador a mí hacer me puede tengo yo en tanto como nada: de vos, que sois entero descanso de mi apasionado corazón, las quiero yo recibir, y con esta esperanza sostengo la vida cuanto ha que de vuestra persona imperial me partí.

Como la princesa estas palabras le oyó vínole una hermosa color al rostro con pensamiento si era aquel caballero el príncipe don Cristalián, y díjole:

—Caballero, vuestras palabras me han hecho tanto enojo cuanta parte de alegría vuestro servicio a mi corazón ha dado; pero por quanto yo deseo saber si en vos caben las mercedes que pedís, mucho os ruego que os quitéis el yelmo por la fe que debéis a la dueña o doncella que más amáis.

Como don Cristalián estas palabras oyese a aquella en quien con sólo mirarla tenía pensamiento que todas las glorias desta vida se encerraban, le respondió:

—Quitarme he yo el yelmo por hacer el mandado de quien mi corazón en su poder tiene.

Y diciendo esto se le desenlazó, y como se lo quitó y la princesa le conoció, fue tan turbada con la demasiada alegría que en su corazón sintió, que fue salida de todo su acuerdo. En este tiempo don Cristalián le tomó las manos y se las besó muchas veces, y como la princesa en sí tornó, dijo, derramando infinitas lágrimas por su hermoso rostro:

—¡Oh mi verdadero amigo, y cuán sin esperanza estaba yo en este tiempo de la vuestra vista! Pero si Dios a mí la vida no me quita, yo os haré tales mercedes por este servicio que me habéis hecho, que para siempre seréis alegre.

Don Cristalián le tornó a besar las manos, y así, se levantó, porque vio que el emperador y emperatriz venían ya por la plaza. Don Cristalián tomó a la princesa por el brazo, y así bajaron de la torre aquellos dos que tan verdaderamente se amaban; y cuando a la puerta bajaron, ya el emperador y emperatriz llegaban, y como junto fueron, conocieron el caballero ser don Cristalián. El emperador dijo en alta voz:

—¡Sancta María, valme! ¿Qué es esto que veo?

Y fuese los brazos abiertos para él diciéndole:

—¡Ay buen caballero, y cuánto cargo tengo de vos! Verdaderamente os hizo Dios en esta vida para amparo de mis tribulaciones. ¿Quién pudiera pensar que en tiempo de tanta necesidad mía os había Dios de traer por estas partes?

Don Cristalián le quiso besar las manos, y le dijo:

—Yo soy el que tengo de servir a Dios las crecidas mercedes que me hace en traerme a tales tiempos adonde se cumpla el deseo que yo de servir a vuestra majestad tengo.

El emperador lo tornó a abrazar, con el mucho amor que le tenía; don Cristalián se le humilló y fue a besar las manos a la emperatriz; ella las tiró afuera, que no se las quiso dar, antes lo abrazó con las lágrimas en los ojos diciendo:

—De vos, mi buen señor, nos había de venir este socorro en tan gran menester como puestos estábamos: parécheme que fuistes enviado por la mano de Dios.

—Yo así lo pienso —dijo don Cristalián—, pues llegué a tiempo que algún servicio os pudiese hacer.

La infanta Sandalina (que en compañía de la emperatriz venía) se llegó a hablar a don Cristalián; él se le humilló. El emperador tenía a la princesa ante sí, y besándola en el rostro le dijo:

—Penamundi, en cuidado te veo puesta por lo mucho que a este caballero debes.

—No pienso que debo nada —dijo la princesa—, por cuanto él es obligado de hacer por los que agravio reciben. Pues ¿quién en el mundo le recibió mayor que yo?

—¿Por manera —dijo el emperador—, que tienes presunción que no le debes nada?

—Yo soy el que debo y tengo de servir —dijo don Cristalián.

Allí llegó la infanta Minerva y aquellos caballeros a besar las manos al emperador, a emperatriz y princesa; los que a la princesa no habían visto eran espantados de ver la su gran hermosura. Y así, se tornaron al palacio con mucha alegría, y como en él fueron, luego don Cristalián fue desarmado (que estaba muy mal herido) y echado en un lecho que el emperador había mandado aparejar, y allí fue curado de sus llagas. Los maestros mandaron que lo dejases reposar y que de nadie no fuese visitado hasta otro día, y así, le dieron de comer y lo dejaron.

Así como don Cristalián fue curado, el emperador se salió al gran palacio, y todos los altos hombres que a la sazón en la corte estaban besaron las manos a la princesa con demasiada alegría. El emperador preguntó a la infanta Minerva quién eran aquellos caballeros que en la compañía de don Cristalián venían; la infanta se lo dijo. El emperador los habló a cada uno según su estado, y rogó a la infanta Minerva que les contase todas las cosas que don Cristalián había hecho y las aventuras a que había dado cima después que de Persia había salido. La infanta se lo contó todo como la historia lo ha contado; todos fueron muy espantados de oír las maravillas que por el mundo había hecho, y más lo fueron de la aventura de la reina de Armenia.

—En todo le hizo Dios estremado —dijo el emperador—, y bien creo yo que en nuestros tiempos no hubo ni habrá otro que a la su alta caballería se le iguale.

Estando hablando en lo que oído habéis oyeron un trueno tan espantoso que todos cuantos en el palacio estaban cuidaron que muertos eran. En este tiempo entró por él un caballero y dijo al emperador:

—Sépa vuestra majestad que la torre es desaparecida cuando aquel espantoso trueno dio, sin que persona alguna la viese.

Todos fueron espantados de lo que el caballero dijo, y maldecían los encantamientos, y a quien los hacía con ellos. Así estuvieron hablando en lo que más les agradaba hasta que fue hora de cenar, y como acabaron, cuando fue hora, el emperador y todos los del palacio se fueron a dormir. La princesa llevó consigo a la infanta Minerva, y como en su cámara con ella se vio, echole los brazos al cuello diciéndole:

—Señora Minerva, agora me dad cuenta por entero de los trabajos que por mí habéis pasado después que de mí os partistes.

La infanta se lo contó, y asimismo le dijo lo mucho que a don Cristalián debía.

—Ya yo lo conozco —dijo la princesa.

En estas hablas y en otras estuvieron las dos infantes Minerva y Sandalina y la princesa hasta que fue hora de maitines, que se acostaron.

Venida que fue la mañana, el emperador se levantó y preguntó a sus caballeros por el cuerpo del rey de Laujamán, y dijeronle que ya le habían sepultado; el emperador preguntó adónde, dijeronle que allí donde la batalla se había hecho; el emperador holgó dello, y hizo poner en torno del sepulcro toda la historia de su muerte como lo habéis oído. Luego se fue a su capilla a oír misa, y como fue acabada, él se fue al aposento de don Cristalián y halló que ya los maestros lo estaban curando; él les preguntó en qué disposición estaban las heridas, los maestros respondieron que con el ayuda de Dios muy presto sería guardado. Allí se estuvo el emperador hablando con don Cristalián una pieza, y en este tiempo entró en la cámara Belsael (su hija del sabio Doroteo), y humillándose ante el lecho de don Cristalián le tomó las manos para se las besar; él las tiró afuera. Belsael le dijo:

—Mi señor yo me quiero volver a la Ínsula del Deseo: vea la vuestra merced si alguna cosa manda para el sabio Doroteo.

Don Cristalián le dijo:

—Amiga Belsael, es tanto lo que yo a Doroteo y a vos debo, que no sé con qué pagar se pueda. Y por tanto, será bien por agora no hablar en ello hasta que tenga el poder como tengo el deseo de gratificaros lo mucho que yo os debo.

Belsael le besó las manos, y asimismo al emperador, el cual envió muchas saludes al sabio Doroteo y le envió a decir que tuviese por bien de los venir a ver. Y así, se despidió Belsael y se fue a la cámara de la emperatriz y en ella halló a la princesa Penamundi y a las dos infantes Minerva y Sandalina. Ella se humilló a la emperatriz y le dijo cómo se quería partir, ella le respondió que fuese a la buena ventura, y mandole dar joyas de gran valor para ella y para su madre, y la princesa asimismo le dio muchos y muy ricos dones, y besándoles las manos se salió del palacio y tomó su camino para la Ínsula del Deseo, adonde fue muy bien recibida del sabio Doroteo su padre, y de su madre asimismo. Allí mostró las ricas joyas que traía; mucho fue ledo Doroteo de las ver, ca eran de gran valor.

Antes que fuese hora de comer, en acabando de oír misa, la emperatriz dijo a la princesa:

—Vamos a ver a don Cristalián, que es mucha razón.

La princesa que otra cosa no deseaba que la vista de aquel que más que a sí quería, dijo a la emperatriz que se hiciese lo que su majestad mandaba, y así, se fueron acompañadas solamente del duque Nardos, que a la sazón entró en la cámara de la emperatriz. Así como en el aposento de don Cristalián entraron, la emperatriz se asentó junto al lecho, y la princesa y infantes asimismo; la emperatriz le dijo:

—¿Qué tal os sentís?

—Mucho bueno —dijo don Cristalián—: no me puede ir mal recibiendo cada hora las mercedes que aquí se me hacen.

—Ay amigo! —dijo la emperatriz—. ¿Con qué se podría pagar lo mucho que por nós habéis hecho sino con haceros señor del mundo si para ello tuviésemos poder. ?

—En darme Dios vida para servir a vuestra majestad me tengo por el más bienandante de cuantos nacieron.

En esto entró el príncipe don Sarcelio y aquellos caballeros, que a visitar a don Cristalián venían, y como allí hallaron a la emperatriz y princesa hicieron su acatamiento y salieron afuera; ellos eran muy espantados de ver la estraña hermosura de la princesa, y decían que así espantaba la gran beldad que tenía como si cosa muy fea fuera. Don Cristalián cada que podía miraba a su señora: y ella asimismo, cuando lugar para ello tenía, lo miraba con ojos amorosos, y por no se partir de allí la emperatriz no tuvieron lugar para se hablar más de lo que oído habéis. A cabo de una pieza la emperatriz se despidió de don Cristalián, y asimismo la princesa, diciéndole:

—Señor don Cristalián, aquella salud os envíe Dios que todos deseamos.

Él se le humilló lo mejor que pudo, yéndosele la vida tras aquella que con su membranza, después de Dios, la sostenía. El príncipe don Sarcelio y aquellos caballeros se fueron en compañía de la emperatriz, y como en su aposento la dejaron, los caballeros se volvieron a la cámara de don Cristalián y holgaron de ver que tenía mejoría en sus llagas. Don Cristalián rogó mucho al príncipe don Sarcelio que hasta que él fuese guarido se estuviese la infanta Canforavereda en la posada que había estado.

—En todo se hará lo que vós, mi señor, mandáredes —dijo el príncipe.

Agora sabed que estuvo don Cristalián en el lecho, ante que levantar se pudiese, quince días, en este tiempo él fue visitado muchas veces del emperador y emperatriz y de todos los altos hombres que en la corte a la sazón estaban. La infanta Minerva lo visitaba a menudo de parte de la princesa, diciéndole que se esforzase a levantar muy presto para que se pudiese ver con ella, como lo hacía cuando de los Hondos Valles vino.

Con estas nuevas que don Cristalián oyó, como mejorando fue daba mucha priesa a los maestros que licencia le diesen para se levantar, ellos se la dieron cuando vieron que daño alguno no le venía; mucho fue ledo el emperador cuando vio que don Cristalián estaba en disposición para se levantar. Luego se comenzaron grandes fiestas y alegrías en la ciudad de Larenta, que el emperador no había consentido que antes se hiciesen hasta que don Cristalián fuese del todo guarido. Asimismo en el palacio había gran fiesta de muchas danzas y juegos.

Capítulo LXXIII

De cómo antes que la fiesta se comenzase en el palacio del emperador entró la hermosa infanta Canforavereda, y del buen recibimiento que se le hizo y de una estraña aventura que en él acaeció.

ESTANDO el emperador y emperatriz y aquel valeroso príncipe don Cristalián en el gran palacio acompañados de las más hermosas doncellas que en la corte a la sazón había, la princesa estaba tan ricamente guarnida, que con la parte de hermosura que Dios le había dado, y asimismo con la mucha alegría que en su corazón tenía, espanto ponía a quien la miraba.

Estando en esto, antes que la fiesta se comenzase entró por el palacio aquella graciosa infanta Minerva trayendo en su compañía a la hermosa infanta Canforavereda; venían acompañadas del príncipe don Sarcelio y de aquellos caballeros que ya os contamos que en la su compañía estaban. Todos holgaron mucho de ver aquella hermosa infanta tan niña y de tan graciosa medida. La infanta Minerva la llevó adonde el emperador y emperatriz estaban, y ella se humilló ante ellos por les besar las manos; el emperador no se las quiso dar. La infanta Minerva dijo al emperador:

—Vuestra majestad se las dé, que es hija de un grande amigo del emperador Lindedel.

—Decidme quién es, que en ser cosa que al emperador Lindedel toca, la terné yo en lugar de Penamundi.

—Mi señor —dijo Minerva—, esta hermosa infanta ha nombre Canforavereda, es hija del rey de la Pequeña India y de la reina Florvereda, y asimismo es hermana del príncipe don Sarcelio. Envíalos el rey su padre, al príncipe para que sea hecho caballero por la mano de don Cristalián de España, y a esta hermosa infanta para que se críe en compañía de la infanta Lucendra, hermana del príncipe don Cristalián. Muchos días ha que está en la vuestra ciudad de Larenta, y no ha parecido ante vuestra majestad hasta que del todo fuésedes alegre.

El emperador la tomó por las manos y le dijo:

—Hermosa infanta, vos seáis la bienvenida en esta tierra, y si como vais a la corte del emperador Lindedel fuérades a otra, aquí se os hiciera fuerza para que quedárades en compañía de Penamundi; pero pues vais a la infanta Lucendra, no es razón sino que hagáis lo que vuestro padre os manda.

Y así, dijo a la princesa que honrase mucho a la infanta Canforavereda; ella se humilló ante el emperador y emperatriz y se fue adonde la princesa estaba; hincando los hinojos ante ella por le besar las manos, la princesa las tiró afuera y la abrazó y besó en el rostro y hízola sentar cabe sí, y asimismo se sentó la infanta Minerva (que ricamente venía guarnida).

Estando en esto entró don Griolanís, algo amarillo de las heridas grandes que de don Cristalián había recibido. El emperador holgó mucho con la su venida, ca sabed que le tenía muy buena voluntad, porque conocía dél que él asimismo la tenía de le servir, y mientras en el lecho estuvo, mucho fue dél visitado. Don Griolanís se humilló ante el emperador y emperatriz. Él venía muy ricamente

guarnido, y tan preciadas eran las perlas y piedras que en los golpes³²⁶ de la ropa traía, que al parecer de quien las miraba no tenían precio. El emperador le hizo sentar cerca de sí. Don Griolanís dijo al duque Roleando que le mostrase a aquel buen caballero que a la princesa sacó del poder del rey de Laujamán, el duque tendió la mano contra don Cristalián diciéndole:

—Éste es el caballero bienaventurado que al imperio de Persia dio entera alegría.

Don Griolanís se levantó, y humillándose ante don Cristalián le dijo:

—Señor caballero, yo solo soy en este palacio el que de vos me debo quejar. Y la razón que para ello tengo es que a todo el imperio de Persia distes alegría y a mí solo acompañastes de tanta tristeza que jamás seré alegre.

Don Cristalián se levantó (que muy mesurado era), y humillándose le dijo:

—Señor don Griolanís, no tenéis razón de estar triste, porque otro tanto pudiera ser de mí como fue de vos. Y por tanto, mi buen señor, sed alegre; y si de mí os quisiéredes servir, hacerlo he como verdadero amigo vuestro en lo que me quisiéredes mandar.

Don Griolanís se le humilló, y así, se tornaron a asentar. Don Griolanís fue muy turbado en ver la hermosa apostura de don Cristalián juntamente con su alta caballería y grandes señoríos. Decía en su corazón: si por ventura él amaba a la princesa, que ella ternía razón de lo amar; pero que si esto así era, él moriría con pesar. Y con este pensamiento puso los ojos en la princesa (que jamás un sólo momento de la mirar los partía). En este tiempo la fiesta se comenzó, así estuvieron por una pieza en muy gran placer.

A esta hora entraron gentes corriendo por la puerta del palacio diciendo a grandes voces que los que en él estaban saliesen a ver una gran maravilla; los caballeros se levantaron y vieron venir por el aire un pequeño castillo, y al parecer de quien lo miraba semejaba que venía hacia el palacio. Mucho fueron espantados de lo ver, y volviéndose al emperador le dijeron:

—¡Es la mayor maravilla que jamás fue vista, que viene un castillo en el aire!

Estando en esto le vieron entrar por el palacio, de lo cual fueron todos muy maravillados (y esto podía ser por cuanto el castillo era pequeño y las puertas del palacio eran grandes), y como en él entró, asentose en medio de la sala y así estuvo una pieza, que no se movió. Todos los que en el palacio estaban atendían aquella aventura por ver qué podía ser. No tardó mucho tiempo cuando vieron abrirse una puerta tan alta como todo el castillo, y por ella salió un desemejado jayán armado de unas fuertes hojas de acero, y como en el palacio fue, la puerta del castillo quedó abierta y dentro dél vieron una pequeña cuadra colgada de paños de oro y en ella un rico estrado. El jayán se humilló ante el emperador y le dijo:

—Magnánimo y muy serenísimo emperador Aliandro, yo soy venido de muy lueñas tierras por te servir, y pídate por aquella generosa prosapia de donde tú vienes, que me otorgues un don tal cual yo le pidiere.

El emperador que en al no entendía sino en hacer grandes mercedes, se le otorgó. El jayán se le humilló (ca no le pudo besar las manos porque traía enlazado el yelmo), y como en pie fue, dijo contra el emperador:

³²⁶ Tapetas de los bolsillos.

—Sabed, mi señor, que el don que me habéis prometido es que me habéis de dar en mi poder a la princesa Penamundi; y no penséis al hacer, que os verná mucho mal dello.

El emperador fue muy triste por el don que al jayán había otorgado, y quiso más perder a la princesa que no faltar su palabra, y dijo al jayán que la tomase. Como la emperatriz vio el mandado del emperador levantose muy presto, y fuese a abrazar con su hija diciendo:

—Por cierto, hija mía, quien a vos pensare llevar, a mí llevará en la vuestra compañía.

Esto decía la emperatriz llorando muy agramente. En este tiempo el jayán se volvió al emperador y le dijo:

—Mandad a la emperatriz que tenga por bien de se tornar a asentar.

El emperador se levantó, y tomando a la emperatriz por la mano la tornó a su lugar y dijo a todos cuantos en el palacio estaban que ninguno fuese osado de se levantar contra el jayán. Él se le humilló cuando vio lo que el emperador decía a aquellos caballeros, y tomando a la princesa por la mano le dijo:

—Hermosa princesa, venid comigo, que no pasará mucho tiempo cuando seréis la más alegre y contenta de cuantas nacieron.

La princesa se levantó derramando infinitas lágrimas, y alzando los ojos miró a su caballero don Cristalián como aquella que socorro le pedía. Él que así la vio llevar, el corazón se le partió en el cuerpo, y estuvo muchas veces por se levantar para la sacar del poder del jayán, pero no osó por no enojar al emperador. Otro tanto hiciera don Griolanís y cuantos en el palacio estaban, pero no osaron ir contra el mandado del emperador. El jayán metió a la princesa en el castillo, y sentándola en aquel ríco estrado, con grande acatamiento le dijo:

—Soberana señora y más hermosa que cuantas hoy en el mundo son, vuestra alteza no tome punto de tristeza, que yo no vine en estas partes sino para os servir.

La princesa no le respondió cosa alguna. El jayán se salió a la puerta del castillo y dijo en alta voz:

—¿Quién es aquí el caballero que al valiente y muy esforzado rey de Laujamán mató? Si es aquí, levántese luego, y como su Dios le dio poder de sacar a la princesa de poder de aquel desdichado rey, pugne por la sacar del mío si el servicio del emperador y princesa desea.

Como don Cristalián esto oyó, que al no deseaba sino tener licencia para se combatir con el jayán, muy presto se levantó, y tomando su manto en el brazo echó mano a su espada. Como el jayán le vio venir, rióse dél a manera de escarnio, y díjole:

—¿Cómo, caballero? ¿En tan poco me tenéis que estando sin armas os venís a hacer batalla conmigo? Agora os digo que así sois sandio como esforzado. Tomad, tomad vuestras armas si batalla quisieredes hacer. Y no os detengáis, ca tengo de ir muy presto de aquí, que no penséis que soy yo aquel sin ventura del rey de Laujamán.

Don Cristalián era tan airado contra el jayán, que así como estaba se quería ir a combatir con él por no se detener en armarse, pero el emperador se levantó y no se lo consintió, diciéndole:

—Valeroso príncipe, tomad vuestras armas: no pongáis en aventura la libertad de la princesa.

Don Cristalián fue muy presto armado con el ayuda de aquellos caballeros, y abrazando su escudo echó mano a su buena espada, y el jayán asimismo a una hermosa cuchilla que traía, y viniéronse el uno para el otro: el jayán dio tal golpe en el escudo de don Cristalián, que hendiéndoselo por medio le quebró el tiracol y el escudo fue hecho dos partes. Cuando el emperador y todos los que en el palacio estaban aquello vieron fueron muy tristes; lo cual no fue don Griolanís, que no deseaba otra cosa sino que don Cristalián faltase aquella batalla para ser él en ella.

Pues tornando a los que la batalla hacían, como don Cristalián se vio sin escudo, extrañamente fue airado, y alzando su espada dio tal golpe al jayán en el escudo que la espada fue hecha dos partes (sabed que no era Filandria, porque para aquellas grandes fiestas se puso otra al propósito del vestido que llevaba), y como el jayán vio a su enemigo sin escudo y sin espada, en voz alta dijo:

—¡Don Cristalián, en mi poder eres, pues no tienes armas con que te amparar!

Y diciendo esto alzó la cuchilla y diole un pequeño golpe encima del hombro que le quitó toda el armadura del brazo derecho. Como don Cristalián esto vio túvose por muerto, y como no tenía con qué herir al jayán, arremetió, antes que otro golpe le diese, para se tomar a brazos con él. El jayán que lo vio venir, arrojó la cuchilla de la mano y muy fuertemente se abrazó con él y luego le soltó. Sabed que muy ligeramente todas las armas de don Cristalián pieza a pieza fueron en el suelo, y como desarmado fue, el jayán lo tornó a tomar muy presto entre sus brazos diciéndole:

—Así sé yo domar a los bravos y invincibles caballeros como lo sois vos.

Y diciendo esto, el jayán fue desarmado, y como el yelmo se quitó, luego fue conocido, por los que visto le habían, ser el sabio Doroteo. Cuando don Cristalián le conoció, extrañamente fue ledo, la infanta Minerva dijo al emperador:

—Grandes maravillas son las que hoy en este palacio habemos visto, ca sabed, mi señor, que este jayán es el sabio Doroteo.

Como el emperador esto oyó alegrose mucho. Luego el sabio se vino a humillar ante él, y las infantas se levantaron y entraron en el castillo por la princesa y ella salió con demasiada alegría en se ver libre del peligro en que pensaba estar. El emperador habló a Doroteo diciéndole:

—Paréceme, amigo, que a todos vuestrros amigos quesistes probar.

El sabio se le humilló y dijo:

—Hícelo yo, mi señor, para acrecentar en estas grandes fiestas algún regocijo,

—Caro me costó —dijo la princesa—, que ya pensé ser en otra prisión mayor que la pasada.

—Vos, mi señora, sois —dijo Doroteo— la que en continua prisión tenéis a quien la vuestra gran hermosura mira.

La princesa se rio de ver las palabras del sabio. El emperador le mandó sentar, dándole muchas gracias por lo que en su servicio había hecho; él se le humilló y le dijo que en servirle recibía grandes mercedes.

—¿Qué os parece de Drumelia —dijo el emperador— cuán mal nos quiere, pues tanto trabaja por nos dar enojo? Por buena fe, que si yo la he en el mi poder, que ella lleve el castigo que merecen sus obras

—Ella merece todo mal —dijo Doroteo—, pues es tan sandia en os hacer enojo.

Allí estuvieron hablando en muchas cosas hasta que fue tarde, que las mesas fueron puestas y cenaron con mucho regocijo, tan abastadamente como a mesa de tan alto príncipe convenía. Después que la cena fue acabada estuvieron sobretabla hablando en las cosas que más placer les daban, y cuando fue hora de dormir, el emperador se fue a su aposento, mandando que al sabio Doroteo aposentasen cerca de palacio y muy abastadamente le diesen cuanto hubiese menester, y así, se despidió y su fue a su posada. Dice la historia que así como el sabio Doroteo salió del palacio del emperador, que súbitamente el castillo en que él había venido desapareció sin ser de nadie visto.

Como la princesa fue en su cámara, luego mandó a sus doncellas que se fuesen a dormir; ellas hicieron su mandado, y quedando sola con las infantes Minerva y Sandalina (que la infanta Canforavereda una hija del duque Roleando la llevó a su cámara, que allí estaba aparejado un rico lecho para ella), díjoles:

—¿Qué os parece en cuánto trabajo me he visto el día de hoy? Y el mayor que yo recibí fue de ver a don Cristalián, en quien después de Dios yo tenía esperanza que me había de librar, sin armas y entre los brazos de aquel desemejado jayán.

—A todos puso mucha turbación de tal lo ver; pero no quiero que el tiempo se pase en estas hablas —dijo Minerva:

—¡Válame Dios! —dijo la princesa—. ¿Tanta gana tenéis de dormir? Por buena fe, que desta hora no os acostaréis.

—Ya yo lo ternía por bueno —dijo la infanta— si de aquí a una hora yo tuviese esperanza de dormir, pero temo que no será hasta cerca del alba.

—¿Cómo puede eso ser?—dijo la princesa.

—Agora lo veréis —dijo la infanta.

Y sin más le decir se salió de la cámara y muy paso se fue al aposento de don Cristalián y hallolo que solo se andaba paseando; y como don Cristalián vio a la infanta, díjole:

—Mi señora Minerva, y ¿qué venida es ésta?

—Ya sabéis —dijo la infanta— que los pasos que yo ando se enderezan en vuestro servicio: venid conmigo, que la princesa os aguarda.

Como don Cristalián estas palabras oyó fue salido de todo su acuerdo: tanto fue el placer que en su corazón sintió. La infanta le tomó por la mano, y así, se fueron a la cámara de la princesa muy paso por no ser de nadie sentidos, y como en ella fue, luego las puertas fueron cerradas. La princesa que a su caballero estaba esperando, se levantó y quitó una ropa que encima tenía; como don Cristalián la vio, fue puesto de hinojos ante ella, y tomándole sus hermosas manos se las comenzó a besar muchas veces diciéndole:

—¡Oh, como soy obligado de servir a Dios más que a otro por las crecidas mercedes que siempre dél recibo, en especial ésta, que me ha hecho merecedor de gozar de la entera gloria que en esta vida se puede alcanzar!

La princesa lo tomó por las manos y lo asentó cabe sí. En este tiempo llegó la infanta Sandalina y dijo a don Cristalián:

—Mi señor, nunca he tenido lugar para hablar con vos una sola palabra, y al presente veo que hay menos.

Y diciendo esto, ella y la infanta Minerva se entraron en la cámara de la infanta Sandalina, quedando solos aquellos dos amantes que de tan verdadero amor se amaban, entre los cuales pasaban palabras muy amorosas, gozando aquel valeroso príncipe de lo que ya la historia os ha contado que la primera vez que a la princesa vio gozaba. Don Cristalián le trujo a la memoria la promesa que le había hecho cuando estaba en la torre de cristal, rogándole cumpliese lo que prometido le había, que fuese hacerle del todo alegre.

— Esta alegría —dijo don Cristalián— yo jamás terné hasta que de vos, mi señora, tome aquella parte que mi corazón deseá.

La princesa le dijo:

— Mi verdadero amigo, tened paciencia por agora, que lo que yo os prometí yo lo cumpliré cuando tiempo sea.

Mucho fue triste don Cristalián en oír aquellas palabras, pero no lo dio a entender a la princesa por no la enojar. Así pasaron la mayor parte de la noche, y cuando fue hora, la infanta Minerva vino por don Cristalián diciéndole:

— Mi señor, ya fue tiempo que holgastes más con la mi vista que agora; pero conviene que hagáis mi voluntad y no la vuestra.

Y diciendo esto lo tomó por la mano y díjole:

— Venid comigo, que ya es tiempo.

Don Cristalián que al no podía hacer sino el mandado de la infanta, se despidió de su señora; besándole muchas veces las manos le dijo:

— Yo, mi señora, me voy con esperanza que la venidera noche cumpliréis el don que me prometistes en la torre de Laujamán.

Y así, se salieron de la cámara. La princesa se acostó luego, que ya era muy tarde; don Cristalián quedó en su cámara hallándose el más bienaventurado de cuantos nacieron por ser amado de tan preciada señora como aquella hermosa princesa lo era. Él se acostó en su lecho con demasiada alegría, y durmió la parte de la noche que le quedaba.

Venida que fue la mañana, don Cristalián se levantó, y vistiéndose muy ricamente se salió al gran palacio, donde halló al emperador con sus altos hombres; él se le humilló, el emperador le recibió con demasiada alegría y luego se entraron en la capilla a oír misa, y como fue dicha tornáronse a la sala y el emperador envió a decir a la emperatriz y princesa que se saliesen al palacio hasta que fuese hora de comer, y esto hacía él por honrar mucho a don Cristalián. La emperatriz hizo el mandado del emperador, que luego se salió, y en su compañía traía a la princesa Penamundi. Ella venía tan ricamente guarnida, que cosa estraña era de la ver: traía el tocado greciano (porque acrecentaba mucho la su hermosura); de la mano traía a la hermosa Canforavereda, y las infantas Minerva y Sandalina venían en cada parte de la princesa ricamente guarnidas, y asimismo lo venían todas las dueñas y doncellas que en la su compañía traía. Como en el palacio fueron, la emperatriz y princesa se asentaron, y así lo hicieron aquellos príncipes y caballeros que allí estaban. El emperador dijo a don Cristalián:

— Bien será que algunos días nos vamos a cazar de monte, que muy cerca de aquí la hay mucha y buena.

— Vamos —dijo don Cristalián— cuando vuestra majestad lo mandare, pero antes que allá fuésemos querría que este doncel fuese caballero.

—Séalo mañana —dijo el emperador.

El príncipe don Sarcelio se levantó y besó las manos al emperador por la merced que le hacía; él no se las quiso dar, sino dijole:

—Vos, mi amigo, velaréis esta noche las armas en la mi capilla, y de buena mañana seréis caballero con aquella honra que vós merecéis y asimismo el caballero que la orden de caballería os ha de dar.

Don Cristalián se le humilló, y así, pasaron aquel día con mucho placer. Venida que fue la noche, don Sarcelio se armó de unas ricas y lucentes armas y se entró en la capilla del emperador acompañado de don Cristalián y de Torcano el Crespo y de Mirantenor. Pasada una pequeña parte de la noche, la princesa, las infantas y sus dueñas y doncellas se vinieron a la capilla: esto fue por mandado del emperador, por más honrar a don Cristalián, que la orden de caballería había de dar a don Sarcelio. Como la princesa entró, don Cristalián y todos los que en la capilla estaban se le humillaron; allí estuvo una pieza de la noche, y cuando fue tiempo de dormir la princesa se levantó, y con ella salieron aquellos caballeros y la acompañaron hasta su aposento, y allí se despidieron y se volvieron a la capilla, donde estuvieron toda la noche en compañía de don Sarcelio.

Venida que fue la mañana, el emperador se levantó ricamente vestido, y acompañado de sus altos hombres y del sabio Doroteo se vino para la capilla, y como en ella entró, aquellos caballeros se le humillaron, don Sarcelio a la sazón se estaba confesando. No pasó mucho tiempo que el emperador estaba allí cuando vieron venir la emperatriz y la princesa acompañadas de muchas dueñas y doncellas de alta guisa. La princesa venía extrañamente vestida, y tan hermosa, que bien mostraba en el semblante que traía, venir del todo alegre. La infanta Canforavereda venía en su compañía, y la infanta Minerva ricamente vestida (ca sabed que cuando ella se vestía en su propio hábito era de las apuestas doncellas que en su tiempo se hallaba). Antes que la emperatriz llegase a la capilla entró por la sala el príncipe don Griolanís muy ricamente guarnido y acompañado de los caballeros romanos que en su compañía habían venido, y como a la emperatriz y princesa vio fue extrañamente ledo, y humillándose ante ellas se puso junto a la princesa, y como ya estaban cerca de la capilla, a la entrada de la puerta don Griolanís le dijo:

—Mi señora, doleos deste vuestro caballero, ca sabed que cada que vuestra imagen tengo ante mis ojos apretáis aquella sabrosa y dolorosa cadena con que me prendistes el día primero que mi ventura quiso que yo os viese.

Como la princesa le vio hablar tan osadamente hubo demasiado enojo, y tal, que no le respondió cosa alguna. Sabed que don Cristalián (como ya os contamos que dentro de la capilla estaba) vio muy bien cómo don Griolanís había hablado a la princesa, pero no oyó más de cuanto vio el rostro airado con que la princesa lo miró, y fue muy sañudo, y en su corazón decía: «Ruega tú a Dios, don Griolanís, que otra vez no vengas a mis manos, que de aquí prometo a Dios de no te haber merced de la vida», y quien aquel tiempo parara mientes en don Cristalián bien conociera en su rostro el demasiado enojo que tenía.

Como la emperatriz y princesa entraron en la capilla, luego la misa se comenzó con mucha solemnidad, y como fue acabada, don Sarcelio tomó el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo con mucha devoción, suplicándole tuviese por bien de

siempre le ayudar y favorecer en todo cuanto mano pusiese. Y como en pie se levantó, luego don Cristalián le calzó el espuela derecha, y dándole paz en el rostro le dijo:

—Don Sarcelio, caballero sois: podéis tomar el espada de quien más os agradare.

Don Sarcelio se volvió a la princesa; hincando los hinojos en el suelo le dijo:

—Sea la vuestra grandeza de me dar el espada por que del todo me pueda llamar el más bienandante de cuantos nacieron.

El emperador dijo a la princesa que se la diese; ella hizo su mandado, y levantándose, tomó el espada y con sus muy hermosas manos se la ciñó diciéndole:

—Don Sarcelio, tal os dé Dios la ventura como aquí os la deseamos.

Don Sarcelio se humilló ante ella y le besó las manos por la merced que le había hecho. Luego comenzaron muchos menestriales altos, y con mucho regocijo se salieron al palacio, adonde el novel caballero fue desarmado y cubierto de un rico manto que el emperador le mandó dar. En este tiempo ya era hora de comer y las mesas fueron puestas; como la comida se acabó y las tablas fueron alzadas entraron por la sala las dos doncellas cormanas que en compañía de don Cristalián habían venido cuando él venía de la Ínsula del Deseo; ellas se humillaron ante él, y él las conoció y dijoles:

—Buenas doncellas, a tiempo sois, si necesidad alguna tenéis, de me la decir, ca yo haré lo que mandáredes en pago de lo que por mí hecistes cuando al emperador hablastes de mi parte.

Las doncellas hubieron mucha vergüenza de lo que con él habían pasado, y la una dellas dijo:

—Mi señor, es mucha razón que de la vuestra merced seamos perdonadas, por quanto no sabíamos con quién hablábamos.

El emperador les preguntó qué era lo que con don Cristalián habían pasado; ellas lo contaron todo como lo habéis oído. Mucha fue la risa del emperador y de todos los del palacio de oír lo que las doncellas contaban.

—Decidme —dijo don Cristalián— qué es lo que por vos tengo de hacer.

La una dellas dijo:

—Vos, mi señor, sabréis que ha bien tres años que esta doncella que aquí veis y yo andamos en una compañía por el mundo buscando las aventuras y viendo los grandes hechos que los valientes caballeros que por él andan hacen. Tenemos por costumbre que cuando alguna aventura topamos, mi cormana por una parte y yo por la otra vamos a buscar caballero que cima le dé. Y con este menester llegamos a la vuestra merced.

Mucho fueron espantados de la demanda que las doncellas traían, y asimismo lo fueron de ver el afán que por su pasatiempo tomaban.

—Agora sabed —dijo la doncella— que en el Monte Sarcino hay espantosas arboledas, y andando por ellas mi cormana y yo por una y por otra parte, vimos una muy angosta senda; nós fuimos por ella un día desde hora de nona hasta completas, que jamás topamos persona alguna a quien preguntar pudiésemos qué camino era aquél, y como ya era tan tarde, yo dije a mi cormana que sería bien que nos volviésemos; ella dijo que le parecía bien. Así como la vuelta dimos, oímos unas dolorosas voces. Nós atendimos por ver qué cosaería, mas no podímos oírla

aunque allí nos detuvimos una pieza. Lo que a la vuestra merced pedimos es que tenga por bien de se ir en la nuestra compañía para acabar de andar aquella senda por saber el fin de aquella aventura.

Don Cristalián les dijo que de grado iría en su compañía; las doncellas le besaron las manos, y así, se salieron del palacio.

Capítulo LXXV

De cómo Torcano el Crespo hizo batalla con don Cristalián y de lo que le acaeció.

COMO las doncellas fueron idas, luego se levantó Torcano el Crespo, y en presencia del emperador y de todos los que en el palacio estaban dijo a don Cristalián:

—Ya, mi señor, sabéis que antes que en hecho alguno os entremetáis os habéis de combatir conmigo, por razón que a otra fin yo no salí de mi tierra sino en vuestra busca, oyendo las maravillas que por el mundo habéis hecho; y si yo por la vuestra mano fuere muerto, mi ánima llevará mucho descanso, porque feneциeron mis días por la mano del mejor caballero del mundo.

Don Cristalián le respondió:

—Señor Torcano, no pudiera yo oír al presente cosa de que más me pesara que hacer batalla con vos, que osrecio y amo mucho por la vuestra gran bondad, y si contento fuésedes que se dejase, yo sería muy ledo.

Torcano le respondió:

—Mi señor, en tiempo estamos que es más preciada la fama que la vida, y por tanto, no me quitéis la gloria que recibiré en verme en batalla con el más preciado caballero que hoy es en el mundo nacido.

—Pues que así es —dijo don Cristalián—, hágase como lo mandáis. Y ved cuándo queréis que sea nuestra batalla.

—Sea luego mañana —dijo Torcano—, y hágase adonde a vos os placerá.

—Ante el palacio del emperador —dijo don Cristalián—, pues que allí está hecho el palenque adonde acostumbran los caballeros de Persia entrar en campo.

—Así sea —dijo Torcano.

Mucho pesó al emperador por la batalla que otro día se había de hacer, pero como vio que aquella era la voluntad de Torcano, calló sin decir cosa alguna. Y cuanto al emperador pesó tanto plugo a don Griolanís, por cuanto él deseaba todo mal a don Cristalián después que en la batalla por él fue vencido, y asimismo lo deseaba porque él en aquella fiesta había visto como nunca los ojos partía de la princesa y ella asimismo lo miraba con ojos amorosos. Don Griolanís decía en su corazón: «¡Ay Torcano, dete Dios la ventura en esta batalla que yo te deseo, ca si así es, tú saldrás con entera victoria!».

Grande fue la fiesta que en el palacio del emperador aquel día se hizo por honrar mucho a don Sarcelio. Venida que fue la noche, todos aquellos señores se

despidieron del emperador. Como la princesa se vio en su cámara sola con las infantas Minerva y Sandalina, dijo:

—¡Ay Torcano, mal hayas tú y la gana que de ganar honra tienes, que así me has hecho triste!

Y diciendo esto, las lágrimas le vinieron a los ojos. La infanta Minerva dijo:

—Por los dioses inmortales os juro que a mí me pesa mucho por esta batalla que aplazada está, por cuanto temo la muerte de Torcano, ca es muy buen caballero y él no puede escapar de muerto o vencido.

—¡Ay señora Minerva! —dijo la princesa—. Vos teméis la muerte de Torcano, yo temo el daño que a don Cristalián le puede venir.

—Ese temor no tengáis vos, mi señora —dijo la infanta—, que la buena ventura de don Cristalián es grande. Atended, que ya me semeja que es tarde: quiérolo ir a llamar para que dé consuelo a quien tan poco corazón como vos, mi señora, tiene.

Y diciendo esto se salió de la cámara de la princesa y se fue al aposento de don Cristalián, y al tiempo que la infanta entró ya don Cristalián estaba aparejado para ir a ver a su señora, y luego salieron del aposento y se fueron para la cámara de la princesa, y como en ella entraron, la infanta Minerva dijo a don Cristalián:

—Sabed, mi señor, que sois aquí venido para que deis conhorte a la princesa, ca es muy triste por la batalla que aplazada tenéis con Torcano.

Don Cristalián se rio, y humillándose ante ella le tomó aquellas hermosas manos, y besándolas muchas veces la miraba al rostro, y como la vio tan triste (que cuando él la miraba a la princesa le vinieron las lágrimas a los ojos), díjole:

—¿Qué es esto, mi señora? Esta batalla, ¿por ventura no ha de ser en vuestra presencia? Pues estando yo ausente de vuestra imperial persona, con sola vuestra membranza no temo al mundo que contra mí viniese, ¿cuánto más razón terné en esta que ante vos ha de ser? Tened por muy cierta la victoria con el favor que de vuestra³²⁷ vista terné. Por tanto, mi señora, no vea yo señal de tristeza en vuestro hermoso rostro.

—¡Ay mi verdadero amigo —dijo la princesa—, y cómo la ventura me es tan contraria que un sólo punto no gozo de vuestra vista sino con cien mil congojas y sospiros! Que ya que Dios os dé victoria en esta batalla que con Torcano habéis de hacer, luego ha de ser la vuestra partida con las dos doncellas cormanas: no sé cómo os averná en aquella aventura, ni tampoco sé el tiempo que en ella os habéis de detener.

—Mi señora —dijo don Cristalián—, no quiero consentir que en esta habla más tiempo se gaste. Si yo, mi señora, con las doncellas voy, la mi venida será tan presto cuanto posible fuere.

Y diciendo esto la tomó en sus brazos y así pasaron una parte de la noche, y como fue hora de se volver, don Cristalián se humilló ante su señora rogándole muy ahincadamente le echase la bendición para entrar en la batalla. La princesa se la echó con las lágrimas en los ojos, y besándole en el rostro le dijo:

—Mi verdadero amigo, con tal victoria salgáis de la batalla como yo deseo.

—Mi señora —dijo don Cristalián—, no puedo yo sino salir con mucha alegría llevando favor de la más hermosa doncella que hoy es en el mundo nacida.

³²⁷ 1587: ‘vuestre’ (172r).

Y con esto se despidió de la princesa, y asimismo de las infantas, y se fue a su aposento, y desnudándose, durmió la parte de la noche que le quedaba, y otro tanto hizo la princesa.

Venida que fue la mañana, don Cristalián se levantó y se fue al gran palacio y en él halló al emperador, y dándole los buenos días, se anduvieron paseando. El emperador le preguntó a qué hora había de ser la batalla.

— A la hora que Torcano quisiere — dijo don Cristalián.

En este tiempo vieron a Torcano que entraba en el palacio, y humillándose ante el emperador, le dijo que su majestad mandase aparejar el campo, por que fuese la batalla luego antes de mediodía.

— Aparejado está — dijo el emperador —: la batalla sea cuando os pluguiere.

— Pues que así es — dijo don Cristalián —, vamos a oír misa.

El emperador se entró en su capilla, y todos de consuno la oyeron, y como acabada fue, Torcano se fue a su posada y don Cristalián a su aposento, y luego se armaron. Don Cristalián subió en su caballo, y la infanta Minerva asimismo en el suyo (que la lanza le llevaba); Mirantenor le llevaba el yelmo y el príncipe don Sarcelio le llevaba el escudo, y así se salió a la plaza que ante el palacio estaba y por allí se anduvo paseando con los altos hombres que al palacio del emperador venían. Y no anduvo sino una pequeña pieza, que luego vieron venir a Torcano el Crespo acompañado de seis caballeros de la corte del emperador (que don Cristalián pidió al emperador que mandase a algunos caballeros que le acompañasen), y como Torcano fue en la plaza, los jueces lo metieron en el campo (que eran dos caballeros de la corte del emperador).

Y como en él fueron, los caballeros enlazaron sus yelmos y tomaron sus escudos y lanzas. Los jueces les partieron el sol, y tirándose afuera, tocaron una trompa, y así como la oyeron, los caballeros movieron al más correr de sus caballos y encontráronse tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas. Don Cristalián fue herido de una pequeña herida en el lado siniestro, pero Torcano recibió tal encuentro que voló por las ancas del caballo; y como era uno de los buenos caballeros que a la sazón en el mundo había, tan presto como cayó fue en pie, y echando mano a su espada se vino para don Cristalián, que aguardándole estaba, y como junto a él llegó, don Cristalián le dijo:

— Atended, Torcano, que yo quiero dejar mi caballo, pues vos perdistes el vuestro.

Y diciendo esto se apeó, y como entrabmos fueron a pie, luego se comenzó entre ellos una brava y esquiva batalla, ca sabed que Torcano era muy ardid de corazón y hacía todo su poder por llevar lo mejor de la batalla, pero era el daño que lo había con quien no se lo consintió. Pues ¿qué os diré de aquel bienaventurado caballero, sino que como él se vio ante aquella que sobre todas las cosas del mundo él más amaba, andaba tan ligero como si un gavilán fuera? Hería tan a menudo y de tan duros golpes y pesados a Torcano, que espanto ponía a quien lo miraba. Torcano (como habemos dicho) era uno de los buenos caballeros que a la sazón había, él andaba tan espantado de los golpes que recibía, que no sabía de sí, y decía en su corazón que con razón don Cristalián era loado por el mundo por el mejor caballero que en él había, y no tenía en mucho que a todas las

aventuras del mundo diese cima, pues Dios le había dado tantas fuerzas con demasiada ligereza.

En este tiempo Torcano andaba muy mal herido, y alzando su espada hirió a don Cristalián de tal golpe que le hizo una llaga en la pierna, pero no tardó mucho cuando le volvió las saludes dándole encima del escudo, que se lo hendió y cayó en el suelo hecho dos partes. Deste golpe fue muy espantado Torcano, pero más lo fue cuando vio el segundo, que fue tal, y encima del yelmo, que las enlazaduras le quebró y el yelmo fue rodando por el campo. Como el emperador vio a Torcano en peligro de muerte, dijo:

—Por mi fe, la locura de Torcano le ha traído a punto de muerte. Mucho me pesaría si tan buen caballero muriese.

Y diciendo esto se volvió a la princesa (que en otra finiestra junto a la suya estaba) y le dijo:

—Mucho holgaría que de tu parte enviases a decir a aquellos caballeros que dejases la batalla por que Torcano el Crespo no muriese, ca mucho le precio por su buena caballería. Y esto digo que hagáis por cuanto los caballeros son obligados de hacer el ruego de las doncellas antes que de otra persona ninguna.

La princesa dijo que haría su mandado, y luego llamó a una doncella de las suyas y enviola a aquellos caballeros. La doncella subió en un palafrén y fuese para el campo adonde hacían su batalla, y como los jueces la vieron, luego abrieron el palenque para que pudiese entrar (que luego la conocieron que era del palacio del emperador). La doncella fue a mucha prisa adonde los caballeros estaban, y como junto a ellos llegó, dijoles:

—Atended, señores caballeros, que vengo con mandado de la princesa Penamundi.

Como don Cristalián aquello oyó, luego se salió afuera, y asimismo Torcano; la doncella les dijo:

—Señores caballeros, la princesa mi señora os manda decir por mí que ella tiene creído que adonde tanta bondad de armas hay, que no faltará mesura para hacer lo que la su merced os envía a rogar, que es que al presente cese vuestra batalla, que gran daño vernía al mundo si alguno de vos muriese. Y si su ruego hacer no quisiéredes, sepa el que vivo quedare que será su mortal enemigo.

Como los caballeros oyeron el mandado de la princesa, don Cristalián, que en un punto no la quería enojar, y también porque ya él conocía que si la batalla llegaba al fin había de costar la vida a Torcano, según ya andaba laso y cansado, y considerando que la que lo enviaba a mandar tenía poder para que en todo él la obedeciese, dijo:

—Señora doncella, diréis a la princesa cómo ya su alteza sabe que yo no entré en esta batalla por mi voluntad, sino por hacer placer a Torcano. Yo de mi parte obedezco lo que la su merced manda, y así lo ruego a Torcano que lo mismo haga, pues con igual honra por mandado de la su merced saldremos del campo.

La doncella se volvió a Torcano y le dijo:

—Señor caballero, ¿qué es lo que queréis hacer?

Torcano le respondió:

—Señora doncella, yo conozco la merced que la princesa me hace en enviarme a mandar que en tal necesidad como yo al presente estoy deje la batalla, y pues en

hacer su mandado gano la vida, que ya por perdida tenía, pues el deseo de la princesa es que nuestra batalla no haya fin, yo haré su mandado, pues es la voluntad de don Cristalián; aunque la muerte corporal, viniendo de la mano de tal caballero como lo es él, fuera causa que la mi fama durara para siempre.

Don Cristalián le dio muchas gracias por la honra que le daba, y luego vinieron los jueces y los sacaron del campo con mucha alegría, porque a todos les pesaba de ver a Torcano tan cercano a la muerte, que buen caballero era, al cual llevaron a su posada, ca estaba muy mal herido. A don Cristalián llevaron al palacio del emperador, y como en él fue hizo su acatamiento al emperador y emperatriz, y asimismo a la princesa, la cual le dio muchas gracias por la batalla que por su ruego habían dejado. Don Cristalián³²⁸ se le humilló y le dijo:

— ¿Quién, mi señora, hubiera en el mundo tan sandio que osara pasar vuestro mandado?

Y luego don Cristalián fue desarmado y curado de algunas llagas que traía, aunque eran tales que no tuvo necesidad de se acostar en el lecho. El emperador mandó a un caballero de su palacio que fuese a la posada de Torcano y supiese de los maestros que le curaron qué tal estaba. El caballero fue con el mandado del emperador, y como fue de vuelta dijole que los maestros le habían dicho que tenía muchas heridas, pero que no había ninguna mortal, de lo cual el emperador holgó mucho, y asimismo don Cristalián.

El príncipe don Sarcelio se levantó y dijo al emperador que su majestad le diese licencia, que luego se quería partir; el emperador se la dio, y asimismo le dio muchas encomiendas para el emperador Lindedel y para la emperatriz Cristalina; don Sarcelio le dijo que en todo haría su mandado. La infanta Canforavereda se levantó, humillándose ante el emperador y emperatriz por les besar las manos, pero no se las quisieron dar; la emperatriz la abrazó y le dijo:

— Hermosa infanta, tal os de Dios la ventura cual tenéis el parecer.

La princesa Penamundi asimismo la abrazó y besó en el rostro, enviando muchas saludes a la emperatriz Cristalina y a la infanta Lucendra, y así, se salieron de la sala teniendo ya aparejada su partida. Don Cristalián y Mirantenor y muchos caballeros de la corte del emperador salieron con ellos hasta tres millas, don Cristalián dijo a don Sarcelio:

— Mi buen señor, diréis al emperador mi padre y a la emperatriz, que lo más cedo que yo pudiere los iré a ver, y a la infanta Lucendra mi hermana asimismo.

Don Sarcelio se le humilló, y así, se despidieron los unos de los otros. Don Cristalián y los caballeros de la corte del emperador se volvieron a la ciudad de Larenta. Estando el emperador y emperatriz y princesa y el príncipe don Cristalián y todos aquellos caballeros en el gran palacio, entró por la puerta de la sala el sabio Doroteo y dijo al emperador que su majestad fuese servido de le dar licencia para irse a su tierra, porque ya era tiempo, pues allí no era menester. El emperador se la dio y le mandó dar grande haber, y él besó las manos al emperador y emperatriz y princesa, y asimismo se despidió de don Cristalián y de todos aquellos caballeros. Ellos lo encomendaron a Dios, y así, se salió del palacio y subiendo en su caballo tomó su camino para la Ínsula del Deseo.

³²⁸ 1587. ‘Caistalian’ (173r).

Capítulo LXXVI

En que se cuenta lo que al príncipe don Sarcelio acaeció yendo camino del imperio de Trapisonda, y del buen recibimiento que el emperador Lindedel le hizo.

COMO don Cristalián y los caballeros del emperador se volvieron a la ciudad de Larenta, don Sarcelio y su compañía tomaron el camino del imperio de Trapisonda. Anduvieron bien quince días sin aventura hallar que de contar sea. Yendo a los diez y seis días de su partida por un camino riberas de un fondo río, vieron una carrera que de aquel mismo camino se³²⁹ partía, y asimismo vieron cómo el ancho camino por donde ellos iban allí fenecía. Don Sarcelio dijo a sus caballeros:

—Vamos por esta senda, pues aquí me semeja que no hay otro camino.

—Vamos —dijeron ellos.

Y así, comenzaron a caminar, y anduvieron tanto que a hora de vísperas llegaron a la Cruz de las Aventuras, y allí vieron un escudero que a gran priesa atravesaba por el camino en su palafrén; don Sarcelio le dijo:

—Escudero, que hayas buena ventura, mucho te ruego que me digas en qué parte estamos, ca somos de lueñas tierras y por aquí no conocemos cosa alguna.

—Señor caballero —dijo el escudero—, esta tierra es del imperio de Persia. Esta cruz que aquí veis ha nombre la Cruz de las Aventuras, porque jamás por estas partes faltaron, de una manera o de otra. Y cuanto a esto, yo no sé más que deciros.

Y diose de andar. Don Sarcelio dijo:

—Por mi fe, mucho tiempo ha que en el reino de la Pequeña India he oído nombrar esta Cruz de las Aventuras: mucho sería ledo si alguna pudiésemos hallar.

Y así, pasaron adelante, y no anduvieron mucho cuando vieron en una floresta que cerca de allí estaba una hermosa tienda armada, y las cubiertas estaban alzadas, por manera que muy bien se parecía lo que dentro estaba. Ella era colgada de paños de cetí carmesí, había un estrado cubierto con un paño de carmesí, y las almohadas de lo mismo. En él estaba una muy hermosa doncella vestida de cetí blanco con muy estraña guarnición de oro de martillo;³³⁰ había muy hermosos cabellos, encima de los cuales traía una hermosa guirnalda de rosas y flores, tan frescas, que acrecentaban mucho en la hermosura de la doncella; en las sus faldas estaba recostado un caballero armado salvo las manos y la cabeza. Junto a aquella tienda había otra, asimismo las cubiertas alzadas, y dentro della muchos caballeros presos en gruesas cadenas. Entre las dos tiendas estaban muchas lanzas arrimadas. Don Sarcelio se paró a mirar la hermosa tienda adonde el caballero y la doncella estaban, y como el caballero vio a don Sarcelio, muy presto se levantó y le dijo:

—Caballero, ¿pasáis adelante o habéis os de volver de aquí?

—Adelante voy —dijo don Sarcelio.

³²⁹ 1587: ‘sa’ (173v).

³³⁰ Batido.

—Pues conviene que me respondáis a dos preguntas que hacer os quiero antes que de aquí vais. La primera es si por ventura sois de la corte del emperador Aliandro, y la segunda si sois enamorado; y como me respondiéredes sabréis de mí lo que hacer os conviene.

Don Sarcelio le respondió que de grado le diría lo que le preguntaba, y díjole:

—Yo no soy caballero de la corte de emperador Aliandro, pero sé tanto deciros, que en el su palacio recibí orden de caballería por la mano de don Cristalián de España, y mi camino es para la corte del emperador Lindedel de Trapisonda. Cuanto a la segunda pregunta, os digo que así me Dios vala³³¹ que enamorado yo no lo soy, ni por agora tengo tal pensamiento.

—Pues que así es, que tan sin sentido sois que aún no sabéis ni habéis gustado de los sabrosos y amargos xiropes³³² que el amor suele dar a los que sus servidores se llaman, vos sois en la batalla comigo, y si yo os venciere, entraréis en prisión juntamente con aquellos caballeros que en aquella tienda están y allí estaréis hasta que os den el pago que merecéis en estar libre de las congojas de amor. Y si yo por ventura de vos fuere vencido, aparejado estoy para hacer lo que mandar me quisiéredes.

—En el nombre de Dios —dijo don Sarcelio—. Pues que así lo queréis, subid presto en vuestro caballo.

El caballero de la tienda no le respondió, antes enlazó su yelmo y muy ligeramente subió en su caballo, y como en el campo fue, luego tomó una lanza de la mano de un escudero, y don Sarcelio asimismo tomó la que su escudero llevaba, y apartáronse el uno del otro todo aquello que les convino, y movieron los caballos al más correr y encontráronse de los escudos y lanzas de tal manera que don Sarcelio perdió la una estribera, y cayera del caballo si no fuera de tan vivo corazón que muy presto la tornó a cobrar: El caballero de las tiendas fue en el suelo tan desacordado que don Sarcelio y los que lo miraban cuidaron que muerto era. En este tiempo el caballero se levantó muy sañudo de sí mismo por lo que le había acaecido, y echando mano a su espada se vino para don Sarcelio diciéndole:

—Caballero, agora nos conviene herir de las espadas; y si Dios tuviere por bien de os dar la victoria dellas como os la dio de las lanzas, aparejado estoy para hacer lo que mandar me quisiéredes.

Don Sarcelio que tan mesurado le vio hablar, díjole:

—Caballero, atended un poco, que yo quiero dejar mi caballo por que sin ventaja alguna demos fin a nuestra batalla.

Y diciendo esto se apeó, y embrazó su escudo y tomó su espada y comenzáronse a herir de muchos y muy pesados golpes, ca sabed que el caballero de la tienda era muy bueno y sabía muy bien herir de espada, don Sarcelio asimismo era muy ligero y ardid de corazón, y heríanse tan a menudo, que en muy poco espacio traían los escudos rajados y las lorigas desmalladas y las armas rotas por muchas partes, y las carnes asimismo.

A don Sarcelio le vino al pensamiento los grandes hechos que don Cristalián (que la orden de caballería le había dado) por el mundo había dado cima, y hubo

³³¹ Ampare.

³³² Por ‘xiropes’: almibares.

vergüenza que tanto aquella batalla le durase, y alzando su espada, dio tal golpe al caballero de la tienda encima de la cabeza, que le hizo una gran llaga de que mucha sangre le salía, y tanta, que la vista de los ojos le quitaba. Con esta herida comenzó el caballero a enflaquecer, y como don Sarcelio sintió en los golpes que recibía la poca fuerza que tenía, comenzó a herir muy a menudo y de tanta priesa que a poca de hora el caballero cayó en el suelo sin sentido alguno.

Como don Sarcelio así lo vio caer fue muy presto sobre él, y desenlazándole el yelmo vio que no tenía sentido alguno. La hermosa doncella que en la tienda estaba, como vio a su caballero de la manera que oído habéis, cuidó que muerto era, y haciendo muy triste llanto salió de la tienda diciendo:

—¡Ay buen caballero, y cómo el demasiado amor que me tenías fue causa que los tus días fenesesen!

Y diciendo esto se arrojó sobre él, y besándole en el rostro decía palabras de mucho dolor para quien las oía. En este tiempo el caballero, que amortecido estaba, tornó en su acuerdo; don Sarcelio le dijo:

—Caballero, muerto sois si por vencido no os otorgáis. Y asimismo habéis de hacer mi mandado.

—Por vencido yo me otorgo —dijo el caballero—, y asimismo soy puesto en la vuestra merced. Mas cuido que soy herido de muerte. y si así es, soy quito de mi promesa.

—No lo quiera Dios —dijo don Sarcelio.

Y diciendo esto le limpió la sangre que por el rostro le corría, y apretaronle la herida que en la cabeza tenía, y así, lo metieron en su tienda y fue luego curado por la mano de un maestro que el caballero tenía; y asimismo curó a don Sarcelio algunas llagas, y dijole que por ocho días le convenía reposar, que si caminaba, que le vernía mucho daño. Don Sarcelio dijo a Belamante (que así había nombre el caballero):

—Yo voy a poner en libertad a aquellos caballeros que en la tienda presos tenéis.

Y así, se salió y se fue adonde los caballeros estaban, ellos se le humillaron lo mejor que pudieron; don Sarcelio les hizo quitar las cadenas y les dijo:

—Libres sois del poder de Belamante.

Ellos se le humillaron; don Sarcelio les dijo:

—Mis buenos amigos, vosotros por amor de mí tomaréis trabajo de os llegar a la corte del emperador Aliandro, y allí preguntaréis por un caballero que ha nombre don Cristalián de España y de mi parte le diréis que haga lo que su servicio fuere de Belamante. Y si preguntare quién allá os envía, decirle heis que un caballero que ha nombre don Sarcelio.

Los caballeros se le humillaron y le dijeron que en todo harían su mandado. Y de allí se tornó a la tienda del caballero y le dijo:

—Señor Belamante, conviene de que seáis guardado, que os vais en compañía destos caballeros que presos teníades a la corte del emperador Aliandro, y allí os presentéis ante un caballero que ha nombre don Cristalián de España.

Belamante le dijo que presto estaba para lo cumplir, y así lo hizo, pero la historia no hace mención dello por evitar prolijidad. Y así, se despidió don Sarcelio de Belamante, y él se le humilló lo mejor que pudo, y asimismo se despidió de

aquella hermosa doncella, que muy triste quedaba por el daño que su caballero había recibido. Don Sarcelio subió en su caballo, y como a su hermana la infanta llegó, hallola que estaba muy espantada de lo que visto había, y díjole:

—¡Ay mi señor, que muchas heridas tenéis!

—No son nada —dijo don Sarcelio—, pero conviene que en el primer lugar nos detengamos algunos días.

Y así, movieron todos con demasiada alegría de los caballeros de don Sarcelio en ver llevar a su señor la victoria, y como a un pequeño lugar llegaron, allí se detuvieron seis días. En este tiempo don Sarcelio se sentía bueno para poder caminar, y así, salieron de allí con mucho placer y en todo el camino no les avino cosa en que detenerse pudiesen, y un día a hora de nona llegaron a la ciudad de Triópola y luego fueron al gran palacio del emperador Lindedel, donde entraron cuando las tablas se alzaban. El príncipe don Sarcelio llevaba consigo a aquella hermosa infanta Canforavereda, su hermana, muy ricamente guarnida y acompañada de aquellos caballeros y doncellas que ya oístes; don Sarcelio iba armado salvo las manos y la cabeza, y los dos hermanos se humillaron ante el emperador y emperatriz por les besar las manos, pero ellos no se las quisieron dar por cuanto les parecieron ser de alta guisa, según venían bien acompañados. El emperador les dijo:

—Decidme, caballero, qué demanda traéis y quién sois.

—Mi señor —dijo don Sarcelio—, nós venimos con mandado a vuestra majestad del rey de Pequeña India; yo he nombre don Sarcelio, soy su hijo, y asimismo lo es esta infanta que comigo traigo. Ha gran tiempo que salimos del reino de la Pequeña India, y todo él habemos andado en la busca del príncipe don Cristalián, y Dios por la su merced fue servido que lo hallásemos muy cerca del imperio de Persia, que para la corte del emperador Aliandro iba, y allí recibí orden de caballería de la su mano; y como yo fui armado caballero, luego me partí para esta tierra por hacer el mandado del rey mi padre, que es traer a la infanta Canforavereda a la vuestra corte para que en servicio de la infanta Lucendra se críe.

Como el emperador entendió que aquel caballero y doncella eran hijos del rey de la Pequeña India su grande amigo, hubo mucho placer con la su venida y abrazos con mucha voluntad, y dijo a la infanta:

—Hermosa doncella, no os terné yo en menos que a la infanta Lucendra mi hija, y a vos, señor don Sarcelio, en lugar de don Cristalián o del infante Lucescanio, ca sabed que sois hijos del mayor amigo que en los tiempos pasados tuve. Vos, Lucendra, tomad a esa hermosa infanta.

La emperatriz preguntó a don Sarcelio por don Cristalián; él le dijo cómo quedaba muy bueno y que cedo les vernía a ver, y asimismo les contó la aventura de la princesa Penamundi que don Cristalián había acabado y de la manera que tuvo el sabio Doroteo para ir a ver al emperador Aliandro. Mucho rieron de lo que con el sabio avino a don Cristalián. El emperador mandó que luego desarmasen a don Sarcelio, y así fue hecho y cubierto de un rico manto. Y después que algunos días había que en la corte del emperador estaban vinieron ante don Sarcelio los caballeros y las doncellas que en su compañía habían venido, y un caballero de los más ancianos dijo a don Sarcelio:

—Mi señor, ya es tiempo que nos volvamos a la Pequeña India, y si licencia nos dais, luego será la nuestra partida.

Don Sarcelio les dijo que cuando la su voluntad fuese se podían partir, y asimismo le dijo:

—Diréis al rey mi señor cómo la infanta y yo quedamos en la corte del emperador Lindedel, y asimismo les contad todo lo demás que visto habéis después que de la corte partimos.

Los caballeros besaron las manos al príncipe y a la infanta, y así lo hicieron las doncellas que se habían de partir (que dellas quedaron en el servicio de la infanta). El emperador envío muchas saludes al rey y a la reina Florvereda.

—Y asimismo les decid que la emperatriz y yo quedamos muy alegres en tener en nuestro poder tales prendas, adonde podrán conocer la voluntad que les tenemos.

Los caballeros les besaron las manos, y así, se salieron del palacio y tomaron su camino para la Pequeña India, y en todo él no les avino cosa que enojo les hiciese. Como ante el rey su señor fueron, él los recibió con mucha alegría; los caballeros le contaron lo que oído habéis que pasaron en todo el tiempo que dél se partieron, de lo cual holgó mucho el rey, y así, los dejaremos por contarlos lo que al caso de nuestra historia conviene.

El príncipe don Sarcelio estuvo en la corte del emperador Lindedel algunos días y allí acabó las aventuras que a la corte venían, y como allí ya no tenía qué hacer, fuese por el mundo a buscar las aventuras, y acabó muchas y muy estrañas, aunque en esta historia no se hace dellas mención alguna.

Capítulo LXXVII

De cómo don Cristalián se partió de la corte del emperador Aliandro en compañía de las dos doncellas cormanas, y de la aventura que por causa de las doncellas acabó.

COMO el príncipe don Sarcelio y su hermana la infanta Canforavereda salieron de la corte del emperador Aliandro, don Cristalián, la primera noche que con su señora la princesa habló, le pidió licencia para ir a buscar el aventura de las doncellas; la princesa se la dio, aunque con muchas lágrimas; don Cristalián le prometió de dar luego la vuelta. La infanta Minerva dijo a la princesa:

— Yo, mi señora, por serviros iré en la su compañía, con juramento solemne que hago a los soberanos dioses de lo hacer volver en acabando la aventura que a buscar va.

La princesa se lo agradeció mucho y quedó algún tanto consolada, y así, se partieron el uno del otro sin se poder hablar cosa alguna: tanta era la pena que en se partir sentían.

Venida que fue la mañana, don Cristalián se levantó y demandó a Libanor sus armas, y como fue armado, dijo a Raduel su enano:

— Amigo, mucho quería que te quedases aquí en servicio del emperador y la princesa hasta que yo volviese.

Raduel le dijo que en todo haría su mandado. Don Cristalián se salió al palacio, y como en él fue, dijo al emperador:

— ¿Qué manda vuestra majestad?, que yo me voy con estas doncellas.

El emperador le rogó muy ahincadamente que en acabando aquella aventura luego se volviese; don Cristalián le dijo que así lo haría como se lo mandaba, y de allí se fue al aposento de la emperatriz y con ella halló a la princesa. La emperatriz le dijo:

— ¿Qué es esto señor don Cristalián? Paréceme que venís de camino.

— Sí vengo —dijo él—, que voy con estas doncellas.

La emperatriz las conoció, que eran las cormanas que de don Cristalián se burlaban. Rogole que se volviese en acabando la aventura; don Cristalián se lo prometió y le dijo:

— Aquí dejo en servicio de vuestra majestad a Raduel: es doncel a quien yorecio mucho.

— Vos tenéis razón —dijo la emperatriz.

En este tiempo salió la infanta Minerva armada salvo las manos y la cabeza. Como la infanta salió, don Cristalián se despidió de la emperatriz, y humillándose ante la princesa le quiso besar las manos; la princesa no se las quiso dar. Y la infanta asimismo se despidió, y subieron en sus caballos y tomaron su camino para el Monte Sarcino (que muy lueñe era del imperio de Persia). Y anduvieron muchos días sin hallar aventura que de contar sea hasta que al monte llegaron, y como en él fueron, maravilláronse de ver tan altas y tan espesas arboledas, y anduvieron por una y por otra parte hasta que hallaron la angosta senda que las doncellas

dijeron, y por ella se fueron a muy gran priesa y anduvieron gran parte del día con mucho trabajo, ca sabed que era en tiempo de las muchas calores.

A hora de vísperas comenzaron a oír las dolorosas voces que las doncellas habían oído; don Cristalián fue muy ledo de las oír, y diose mayor priesa a andar de la que llevaba, y así, anduvieron una pieza con mucho afán (que había tan espesas arboledas, que casi juntaban las unas con las otras). Allí les fue forzado de se apear, y lo mejor que pudieron pasaron adelante y salieron a un verde y hermoso prado y en él vieron grandes maravillas, ca sabed que estaba una hermosa y muy apuesta doncella colgada de los cabellos en el aire; habíalos muy rubios y hermosos.

Ellos que mirándola estaban habiendo mucho duelo della, vieron venir muchas lanzas en el aire, y todas venían a herir en la doncella,³³³ de tal manera que la pasaban de parte a parte, y a vista de todos los que allí estaban vieron morir a la doncella, de lo cual don Cristalián fue muy sañudo y quería morir con pesar. Estando de la manera que oído habéis, mirando por todas partes si verían quién a la doncella hirió, vieron como las lanzas que atravesadas tenía súbitamente desaparecieron, quedando la doncella sin herida alguna, y tornó como de antes a quejarse muy dolorosamente. Don Cristalián dijo:

—Agora os digo que he visto una de las mayores maravillas que nunca vi. Atendedme aquí un poco —dijo él—, que ver quiero si sabré quién usa de tanta crueldad con esta doncella.

La infanta Minerva dijo:

—Vamos todos de consumo, que nós también tenemos deseo de ver las maravillas que hay en el Monte Sarcino.

—Pues que así lo queréis —dijo don Cristalián—, seguidme.

Y movieron, y andando por el prado, no muy lejos de la doncella que colgada estaba vieron una muy hermosa fuente, y por encima del agua andaba un barquito pequeño de oro muy fino maravillosamente obrado. Como la infanta Minerva la vio, dijo a su escudero que un barquito le diese de aquel agua; el escudero hizo su mandado, y dándole el agua, así como la infanta lo bebió, luego fue tornada piedra. Como don Cristalián esto vio, aína muriera con pesar de ver a la infanta de la manera que oído habéis, y dijo a Libanor y al escudero de la infanta (que gran duelo estaba haciendo):

—No me creáis si ésta no debe ser la fuente adonde el príncipe Bridonel y la infanta Gaudebia su hermana bebieron, que así fueron tornados piedra.

Como Beldaín hacía tan gran duelo, don Cristalián le conhortó diciéndole:

—Calla, amigo Beldaín, que yo te prometo de jamás tener una hora de reposo hasta que a tu señora vea tornada en su ser.

—¡Ay mi señor —dijo Beldaín—, que si yo no tuviese esperanza en la vuestra buena ventura yo mismo me daría la muerte!

—Vamos adelante —dijo don Cristalián.

Y así, movieron, con mucho pesar por la pérdida de la infanta Minerva. Andando por aquel prado vieron unas flores tan hermosas que no parecían sino cosa del cielo; estaban en unas verdes y hermosas ramas, tan altas que, yendo a

³³³ 1587: ‘dzzella’.

caballo, quien quisiese las podía cortar. Las dos doncellas cormanas y Libanor comenzaron a cortar de las flores, y asimismo a olerlas, y así como las olieron cayeron de los palafrenes abajo tales como muertos: Beldaín, que con ellos iba, comenzó a dar grandes voces a don Cristalián, el cual volvió la cabeza y vio a Libanor y a las doncellas en el suelo; don Cristalián los miró, y semejábale que muertos eran. Fue demasiadamente triste de los ver, y decía:

— ¡Mi amigo Libanor, y cómo fenecieron los tus días por tan gran malaventura! ¡Oh verdes prados, que tan hermosos parecéis, y cuánto mal en vosotros se encierra! Beldaín amigo, sígueme, que quiero morir con pesar de ver el daño que he recibido.

Beldaín, que jamás cesaba de llorar por su señora, lo siguió. Yendo por una senda tras don Cristalián (que a gran paso iba), Beldaín comenzó a dar grandes voces diciendo:

— ¡Ay señor don Cristalián, acorredme, que muerto soy!

Como don Cristalián volvió, vio a Beldaín que dio consigo del palafrén abajo, y como junto a él llegó viole una saeta atravesada en la garganta. Don Cristalián se apeó muy presto, y tomándole la cabeza en sus manos, viole que al parecer el ánima se le arrancaba. Grande fue el dolor que a esta hora don Cristalián sintió, y dijo:

— ¡Oh cosa digna de ser lamentada! ¡Oh cosa horrenda y espantosa! ¡Oh infanta Minerva, compañía tan loable! ¡Oh mi buen escudero y crianza tan antigua! ¡Oh Beldaín, que llorabas la perdida de tu señora teniendo tú la cruel muerte tan cercana!

Como don Cristalián hubo hablado consigo mismo estas palabras de tanto dolor, acompañado de mucha tristeza subió en su caballo y siguió el camino que de antes llevaba, y así anduvo aquel día sin comer y sin beber; y tomándole la escura noche se apeó de su caballo, y quitándole el freno para que de la yerba verde paciese, lo encomendó a Dios por que daño alguno no le viniese, y él albergó allí acompañado de mucha tristeza y pensamientos. Rogaba a Dios muy ahincadamente que si aquella aventura tan extraña no había de dar fin, que los sus días feneciesen; y repartida su memoria en muchos y diversos pensamientos pasó aquel valeroso príncipe la mayor parte de la noche.

Ya que el alba quería venir fue vencido de un grave y pesado sueño, y durmió hasta que el día vino claro. Y despertando, miró por su caballo Flordelid y hallolo cabe sí, y como se levantó, echole el freno y apretándole las cinchas subió en él, y enlazó su yelmo y fuese por la misma senda que el día antes llevaba, y así anduvo hasta que fue hora de nona, que vio hacia una parte de aquel hermoso prado andar una doncella cazando, estrañamente vestida y tocada. Andaba ella sola en un palafrén y traía un gerifalte en la mano, su vestido era de monte. Don Cristalián fue muy ledo cuando la vio, y fuese para ella y dijole:

— Señora doncella, mucho os ruego que me digáis, si lo sabéis, cómo ha nombre esta tierra en que estamos, ca grandes son las maravillas que en ella he visto. Si os pluguiere decírmelo, mucho será alegre de lo oír.

La doncella respondió:

— Y ¿qué son las maravillas que en esta tierra habéis visto?

—He perdido toda la compañía que comigo traía por la mayor desventura que jamás nunca se vio, y no seré alegre hasta que sepa quién tanto daño me hizo.

—Señor caballero —dijo aquella doncella—, si vos me otorgáis un don, cual yo os pidiere y en cualquier tiempo que fuere, yo haré de manera que del todo seáis alegre antes que del Monte Sarcino salgáis.

Como don Cristalián así oyó hablar a la doncella fue estrañamente ledo, y díjole:

—¡Ay señora doncella, y cómo me tengo por de buena ventura en haber topado con vos! El don yo le otorgo, cualquier que vós le demandáredes, y asimismo, en cualquier tiempo que sea, yo seré muy ledo de lo cumplir.

La doncella se le humilló y le dijo:

—Pues que así es, seguidme, señor caballero.

Y diose de andar por el verde prado cuanto el palafrén la podía llevar, y así anduvieron una pieza hasta que llegaron a vista de dos espantosos grifos que junto a una grande y hermosa fuente estaban, y entre sus muy recias y fuertes uñas tenían una pequeña redoma del agua de la misma fuente llena. La doncella se volvió a don Cristalián diciéndole:

—Señor caballero, si vos verdaderamente amáis a aquella que primero comenzastes a amar, y si jamás la errastes en pensamiento ni en obra, vos, mi señor, sacareís muy ligeramente la redoma de entre las fuertes y muy espantosas uñas de aquellos desemejados grifos; pero si al contrario, vos seréis en un momento despedazado, sin que vuestras grandes fuerzas basten a os defender sólo un punto. Y si la ventura os es tan favorable que la redoma del agua hubiéredes en vuestro poder, con ella tornaréis en su ser los que muertos parecen estar, ca sabed que así como la hermosa fuente que allá arriba dejastes hace el daño que visto habéis a los que la beben, así aquella fuente que los espantosos grifos guardan ha tal virtud que luego que con ella sean ruciados serán vueltos en su ser.

Como don Cristalián desta manera oyó hablar a la doncella estrañamente fue ledo, porque bien cuidó que por su lealtad él habría ligeramente la redoma del agua; y apeándose de su caballo, su paso a paso se fue para la fuente, y como a los grifos llegó tendió la mano contra la redoma, y así como a ella llegó los grifos la soltaron, sin se mover a una ni a otra parte. Como don Cristalián dio la vuelta con la redoma, la doncella le dijo:

—¡Ay buen caballero, y cómo sois cumplido de todo bien, que así como sois el mejor caballero que armas trae, amáis más verdaderamente que otro que en el mundo sea!

Don Cristalián subió en su caballo y dijo a la doncella.

—Yo me voy; decidme si esta agua aprovechará a la doncella que por los cabellos esta colgada.

—Sí —dijo ella—, sin falta, que tal virtud tiene el agua desta fuente.

Don Cristalián holgó mucho de oír aquellas nuevas, y así, movieron por la senda y diéronse mucha priesa a andar, y cuando fue hora de vísperas la doncella dijo a don Cristalián:

—Señor caballero, bien creo que comeríades, si tuviésedes qué.

Él le respondió que con la cuita de la pérdida que le había venido no se había acordado de comer ni beber; la doncella le rogó muy ahincadamente que comiese

de lo que ella para sí traía, don Cristalián hizo su ruego, ca bien le hacía menester, y apeándose de su caballo, y la doncella de su palafrén, en aquel verde prado comieron.

Luego tornaron a subir a caballo y siguieron su camino. Ya era tarde cuando toparon con Beldaín, que muerto parecía estar. La doncella se llegó a él, y apeándose de su palafrén le sacó la saeta de la garganta, y tomando del agua de la redoma en su boca, comenzó a ruciar a Beldaín y luego tornó como de sueño. Cuando don Cristalián tal maravilla vio, fue demasiada la alegría que su corazón sintió, y dijo:

—Amigo Beldaín, ¿qué tal te sientes?

—Siéntome muy bueno dijo él —, ca no siento otro dolor sino la pérdida de mi señora.

—No hayas deso cuidado —dijo don Cristalián—, que Dios que a ti dio la salud la dará a tu señora.

Y así, se levantó y tomó su palafrén (que por las yerbas verdes andaba paciendo), y así, movieron con mucha alegría, y andando una buena pieza toparon con Libanor y las doncellas. Como la doncella que la redoma traía los vio, luego se apeó, y tomando del agua, los rució con ella y fueron guaridos. Don Cristalián dijo a Libanor:

—Amigo, ¿qué aventura ha sido ésta?

—Buena, mi señor —dijo Libanor—, pues veo a la vuestra merced sin peligro alguno.

Las dos doncellas cormanas estaban muy espantadas de lo que les había acaecido. Todas subieron en sus palafrenes y a mucha prisa fueron para donde la infanta Minerva estaba, y como a ella llegaron, la doncella la rució con el agua de la redoma y fue luego tornada en su ser. Don Cristalián le dijo:

—Mi señora Minerva, grandes son las maravillas que en el Monte Sarcino os han acaecido.

—A mí me parece —dijo la infanta— que de un pesado sueño me levanto.

—A Dios merced —dijo don Cristalián— que tanto bien hoy nos ha hecho, ca sabed, mi señora, que vós os tornastes piedra así como del agua bebistes, y de la misma manera perdí a Libanor y a Beldaín y las doncellas.

La infanta fue muy maravillada de oír tal aventura, y dio muchas gracias a los dioses porque de tal peligro la habían librado. Don Cristalián dijo:

—Vamos a sacar de la pena en que está aquella doncella que colgada de los cabellos dejamos.

—Vamos —dijeron ellos.

Y así, movieron, y cuando cerca della llegaron, la doncella cazadora tomó del agua, y ruciando a la que colgada estaba, súbitamente desapareció, que no la vieron más.

—Agora nos decid —dijo don Cristalián— qué fue de la doncella.

La otra doncella cazadora les dijo:

—Ella se fue para su morada libre de toda pena.

—A Dios merced —dijo don Cristalián— que la libró del trabajo que tenía. Aquí no hay más que hacer —dijo él—: bien nos podemos ir.

La doncella le dijo:

—Mi señor, eso que decís no puede ser, ca la señora del Monte Sarcino ha mucho deseo de la vuestra vista.

—¿Es muy lueñe de aquí?

—No —dijo ella— sino muy cerca, que bien ha seis días que a estos verdes prados es venida por cazar, y hallarla hemos no muy lejos de aquí.

—Pues guiadnos —dijo don Cristalián.

—Yo haré vuestro mandado —dijo la doncella.

Y así, fueron su camino y anduvieron hasta hora de completas. En este tiempo vieron en medio de un prado seis tiendas armadas, y la doncella los guio hacia la mayor dellas, y como llegaron, ella se apeó del palafrén y dijo a don Cristalián y a la infanta que si por bien lo tuviesen, que se apeasen. Ellos hicieron su ruego, y como en la tienda entraron vieron una doncella, aunque no muy moza, sentada, en compañía de la cual estaban muchas dueñas y doncellas. Como ella vio a don Cristalián, luego se levantó, y humillándose ante él le dijo:

—Mi señor, dadme vuestras manos, que no había cosa en esta vida que yo más desease que la vuestra vista, por ser hijo de aquel bienaventurado emperador de Trapisonda a quien yo quiero más que a mí.

Como don Cristalián así la oyó hablar fue puesto en mucho deseo de saber quién era, y díjole:

—Buena señora, si os pluguiere, decidnos quién sois, por que no erremos contra vos.

La doncella le dijo:

—Mi señor, no sé cómo no me conocéis, que ya otra vez me habéis visto aunque de mí no tenéis memoria.

—Decidme cómo ha nombre esta tierra en que estamos, y por ventura terné noticia de quién vos sois.

—Mi señor —dijo la doncella—, la tierra en que vós estáis es la Ínsula de las Maravillas, adonde el emperador vuestro padre se crio. Yo soy la sabia Membrina, si la nunca oístes decir.

Cuando don Cristalián esto le oyó fue muy ledo, y díjole:

—Si yo entendiera que en vuestra tierra estaba, tuviera por ninguno el daño recibido, con esperanza que el vuestro gran saber había de dar remedio a mi pérdida.

La sabia Membrina se le humilló y le dijo:

—Vos, mi señor, me perdonad el enojo que en la mi ínsula habéis recibido, ca sabed que al no se pudo hacer, que si así no fuera, la doncella que colgada estaba no fuera libre. Así como en la mi ínsula entrastes supe cómo érades hijo del emperador Lindedel, y por eso os envié esa doncella para que os sacase de la pena en que puesto estabades, ca sabed que otro en el mundo no pudiera tomar la redoma de los grifos sino vos o el infante Lucescanio vuestro hermano, que tan lealmente como vos ama. Vámonos para la mi morada y allí descansaréis del trabajo pasado; y vos, señora infanta Minerva, venid conmigo, ca sabed que os amo y precio mucho por la vuestro gran bondad.

Y luego salió de su tienda y subió en su palafrén, y don Cristalián y la infanta en sus caballos, y todos fueron de consuno a la morada de la sabia Membrina. Don Cristalián y la infanta fueron desarmados y cubiertos sendos mantos ricos, y luego

les dieron de cenar tan abastadamente como si a la de un gran príncipe estuvieran. Después de haber cenado, Membrina les dijo:

—Sabed, mis buenos señores, que lo que a la infanta y doncellas acaeció, y asimismo a los escuderos, fue por mi mandado, por que con más voluntad tomásedes el agua de los grifos para que con ella aquella doncella saliese de la pena en que estaba. Por tanto, señor don Cristalián, perdonadme si enojo alguno os di, ca sabed que aquella doncella fue allí encantada como vistes porque no quiso dar el su amor a un caballero. Yo habiendo mucho duelo della, trastorné mis libros por saber si podía ser libre de la pena en que estaba, y por mi saber hallé que no sino por la vuestra mano o por la del infante Lucescano vuestro hermano, y Dios lo guio tan bien, que en tiempo de tanta necesidad os trujo por estas partes.

Así estuvieron hablando en esto y en otras cosas gran parte de la noche. Estando en esto entró por la sala aquel honrado viejo Briamantel, amo del emperador: estaba ya tan viejo y cansado que no podía andar sino con ayuda de una caña que en sus manos traía. Y como el príncipe don Cristalián le vio, preguntó quién era, que su rostro mostraba ser persona de merecimiento: Membrina le dijo:

—Señor, este caballero ha nombre Briamantel, es amo del emperador.

Don Cristalián se levantó; Briamantel le tomó las manos para se las besar, él le abrazó diciéndole:

—No menos os debo yo, por la crianza que al emperador mi señor hecistes, que él mismo, y por tanto, tengo mucha razón de os honrar, y en todo haré lo que mandáredes.

Briamantel se le humilló lo mejor que pudo, diciéndole:

—Mi señor, grande era el deseo que yo tenía de la vuestra vista, según las nuevas de vuestra alta caballería que por estas partes habemos oído. Agora que yo he visto lo que deseaba, venga la muerte cuando Dios tuviere por bien de la enviar.

Una pieza estuvieron hablando en las cosas del emperador, y cuando fue hora Briamantel se despidió, y Membrina tomó por la mano a don Cristalián y llevolo a una cámara donde estaba un rico lecho, y díjole:

—Aquí podéis vos, mi señor, descansar del trabajo pasado.

Y así, lo dejó, no quedando con él sino Libanor. Ella tomó consigo a la infanta Minerva, y dentro de su cámara le tenía aparejado otro lecho adonde se acostó.

Agora sabed que don Cristalián y la infanta Minerva estuvieron en la Ínsula de las Maravillas a muy gran vicio cerca de quince días; a la fin de este tiempo don Cristalián, una noche acabando de cenar, dijo a Membrina que él se quería partir otro día por la mañana, por cuanto ya se le hacía vergüenza estar tanto tiempo holgando. Membrina le dijo que pues la su voluntad era aquella, que fuese cuando él por bien lo tuviese, y así, se fueron a dormir con pensamiento que otro día sería la partida.

Venida que fue la mañana, don Cristalián y la infanta Minerva se levantaron, y luego fueron armados y se despidieron de Membrina, y las dos doncellas cormanas asimismo (que mucha honra della habían recibido). Membrina los encomendó a Dios y dijo a don Cristalián:

—Mi señor, muy presto entiendo de ir a ver al emperador Aliandro y a la emperatriz y princesa, ca sabed que los mucho deseo servir.

—Ellos holgarán con la vuestra vista.

Y así, salieron de la posada de Membrina y subieron en sus caballos y tomaron su derecho camino para el imperio de Persia.

Capítulo LXXVIII

De cómo don Cristalián y la infanta Minerva llegaron a la ciudad de Larenta y de lo que en el palacio acaeció.

ACABANDO el emperador Aliandro de comer entró en el gran palacio una doncella que en su vestidura y lengua parecía de tierra estraña; traía un arco echado al cuello maravillosamente obrado: era de muy fino oro y guarnido de muy preciadas piedras de gran valor. Ella miró a una y a otra parte y fuese a humillar ante el emperador, y besándole las manos le dijo:

—Mi señor, mandad venir aquí a la emperatriz y princesa, porque ante ellas quiero decir a lo que soy venida.

El emperador le dijo:

—Amiga, atended un poco, que luego serán aquí.

Y fueron a llamar a la emperatriz y princesa, las cuales como oyeron el mandado del emperador, luego salieron ricamente guarnidas y acompañadas de muchas dueñas y doncellas de alta guisa y de todos los altos hombres que a la sazón estaban en el palacio; y como asentadas fueron, la doncella comenzó su habla en esta manera:

—Serenísimo emperador Aliandro, yo soy natural del reina de Polismaga, y he andado por el mundo muchas tierras estrañas y muchas cortes de reyes y grandes príncipes cuidando en ellas hallar tal caballero que por el su gran valor tuviese poder para me quitar este arco que comigo traigo, ca sabed que ha tal virtud, que a cualquier cosa que tirar con él quisieren, no errarán el tiro por ninguna manera; antes, si el tal caballero que lo ganare fuere aficionado a la caza, jamás verá ave que del primer tiro luego no la mate, y esto es sin falta. Pero el caballero que el arco de mi cuello quitare ha de ser aquel que a la más hermosa doncella que hoy es nacida de leal y verdadero amor amare, y asimismo el tal caballero ha de ser el más preciado que a la sazón en el mundo haya. Andando, como dicho tengo, por el mundo en la su busca, oí decir la grandeza de vuestra majestad y cómo en la vuestra corte residen valientes y muy esforzados caballeros. A vuestra majestad pido mande que la prueba luego se comience y por ventura mi afán será fenecido. Y el caballero que Dios diere tal ventura que el arco sea suyo, hame de otorgar un don, cualquier que yo le pidiere. Acabado he de decir a lo que soy venida: vuestra majestad mande lo que servido fuere.

El emperador dijo:

—Por cierto, doncella, el aventura es hermosa. Yo mucho querría que en la mi corte hubiese tal caballero que diese fin a vuestro trabajo. Si los días pasados viniérades, ya pudiera ser que en ella halláredes caballero que le diera cima.

Esto decía el emperador por don Cristalián, que mucho holgara él que en aquella prueba se hallara. Luego mandó a los caballeros que en el su palacio

estaban que se comenzasen a probar, y ellos hicieron su mandado. Don Griolanís estaba demasiadamente ledo, porque tenía pensamiento que aquella aventura era suya por razón que amaba demasiadamente a la princesa Penamundi, y con este pensamiento se hizo muy lozano.

Y luego la prueba se comenzó de muchos caballeros mancebos que a la sazón en la corte del emperador estaban. Los primeros que se probaron fueron dos hermanos, hijos del señor de los Cuatro Castillos del Lucero, y como del arco tomaron, no le movieron cosa alguna, y así, se volvieron algo corridos porque tan buen comienzo habían dado en aquella aventura. Después déstos se probó un hijo del duque Nardos, que era caballero mancebo, y no pudo mover el arco del cuello de la doncella y así, se tornó a su lugar. Luego se probaron todos los caballeros mancebos que en el palacio estaban, pero todos hicieron tanto como los primeros, y no quedaba otro por probar sino Mirantenor y Torcano y don Griolanís. El emperador les dijo:

—Caballeros, ¿por qué no os probáis? Por ventura habrá entre vos quien esta doncella quite de trabajo:

Mirantenor y Torcano se levantaron y dijeron:

—Nós quitos somos de la prueba, por cuanto no amamos en tan alto lugar que la hermosura del mundo sea.

Como Mirantenor y Torcano se tornaron a asentar, don Griolanís dijo:

—Ya por eso yo no dejaré de dar cima a esta aventura, ca yo amo a la más hermosa y alta doncella que hoy es en el mundo nacida.

Y diciendo esto puso los ojos en la princesa, y su paso a paso se llegó a la doncella, y tomándole del arco, tiró tan recio contra sí, que aína echara la doncella en el suelo; pero con todo esto el arco se quedó en su lugar, y la doncella muy quejosa del caballero que la aventura probó, y mucho más lo fue el príncipe don Griolanís por no haber dado cima a lo que tanto deseaba, y maldecía su ventura, que tan contraria le había sido, y decía en su corazón: »Yo ¿como nací tan sin ventura? ¿Yo no amo a la princesa, que es principio y cabo de toda la hermosura del mundo? En mal punto vino esta doncella a la corte del emperador para quedar yo tan escarnido». Pero no miraba él que el su valor no se igualaba con mucha parte con el de otros caballeros.

Sabed que el mismo día que la Doncella del Arco entró en el palacio del emperador entraron don Cristalián y la infanta Minerva en la ciudad de Larenta, y como en ella fueron, luego por la ciudad se estendió la nueva de la prueba del arco, y como don Cristalián lo hubo entendido, dijo a la infanta Minerva:

—¿Cómo haríamos para entrar en el palacio del emperador a probarnos en esta aventura de manera que conocidos no fuésemos?

La infanta le dijo:

—Mi señor, no hay otro medio sino cambiar las armas.

A don Cristalián le pareció muy bien lo que la infanta le dijo, y mandó a Libanor que muy secretamente les trujese nuevas armas. Libanor hizo su mandado, y luego fueron dellas armados y dejaron las que traían, y solos don Cristalián y la infanta (por no ser conocidos) se entraron en el palacio a la sazón que don Griolanís se acabó de probar, y todos pararon mientes en ellos, por cuanto venían armados y a maravilla parecían bien. Viniéronse ante el emperador, y

haciéndole grande acatamiento le rogaron les diese licencia para se probar; el emperador se la dio, diciéndoles:

—En tal punto comencéis la prueba que le deis cima.

Don Cristalián se le humilló, y volviéndose a la infanta, con mucha mesura y acatamiento le rogaba que primero se probase. La infanta, con no menos mesura hacia lo mismo. El emperador dijo a la emperatriz:

—Los caballeros deben ser de alta guisa aunque solos los veis venir.

Finalmente, que la infanta se probó primero: tomando el arco en su mano, no le movió de su lugar, y volviéndose al emperador, le dijo:

—No se maraville vuestra majestad si yo no hice más que los otros han hecho, ca sabed que la que yo amo no ha mucha parte de hermosura, pero enciérrase en ella más gracia que en cualquier otra puede haber.

Los que en el palacio estaban dijeron:

—Muy contento está este caballero de la que ama, pues tanto la alaba de graciosa.

Así, rieron todos de las palabras del caballero, y aguardaban por ver lo que el otro haría. Así como la infanta se acabó de probar, don Cristalián fue con gentil continente, y poniendo los ojos en la princesa dijo en su corazón: «Mi señora, válgame la vuestra hermosura para cima dar a este hecho, que la mi bondad tanto es como nada». Y diciendo esto echó la mano al arco, y no le hubo tocado cuando muy ligeramente le quitó del cuello de la doncella. Mucho holgó el emperador de ver la aventura acabada, ca era grande honra de la su corte haber en ella tan preciado caballero, y deseaba mucho saber quién el caballero era, para le hacer la honra que él merecía. De la doncella que el arco traía, os digo que fue tanto el su placer, que casi salió de sentido, y echándose a los pies de don Cristalián, se los quiso besar diciéndole:

—Mi señor, pues Dios en vos tanto bien puso, sabed que me habéis de otorgar un don.

Don Cristalián se lo prometió; ella le besó las manos y le dijo:

—Sabed, mi señor, que el don que me habéis otorgado me lo habéis de cumplir cada que yo quisiere, por cuanto agora yo aquí no me puedo detener. Cuando tiempo fuere, yo verné a le pedir.

Don Cristalián le dijo que hiciese a su voluntad, y volviéndose al emperador, le dijo:

—Mi señor, nós habemos bien que hacer en otra parte, y por tanto, aquí no nos podemos detener: vuestra alteza nos dé licencia.

—Ésa no haré yo —dijo el emperador— hasta que nos digáis quién sois; que no es razón que tan buen caballero como vos se vaya sin ser conocido.

—Baste para nos dar licencia —dijo el caballero— que nós habemos mucha voluntad de os servir.

—No vos tiene pro eso que decís; ca si no hacéis mi ruego, conviene que lo hagáis por aquella doncella, que os lo rogará.

Y esto dijo el emperador tendiendo la mano contra la princesa Penamundi, y como ella vio la voluntad del emperador, dijo contra don Cristalián:

—Caballero, por la fe que a Dios debéis y a aquella hermosa doncella que vós tanto amáis, que os quitéis el yelmo y nos digáis vuestro nombre, que pues Dios os hizo tal cual aquí habemos visto, no habéis por qué os encubrir.

Mucho holgó el emperador de oír a la princesa, ca mucho deseó tenía de conocer al caballero, y asimismo lo tenían todos cuantos en el palacio estaban. De don Griolanís os digo que fue muy turbado de ver aquella aventura acabada, pero mucho más lo fue cuando supo quién el caballero era. Como don Cristalián vio con cuánta voluntad la princesa mandaba que su nombre dijese, volvióse a la infanta y díjole:

—Señor caballero, aquí no podemos pasar el mandado de tan alta señora como la princesa lo es: mucho os ruego que hagamos aquello que la su merced manda.

Y diciendo esto se desenlazaron los yelmos. Cuando la princesa vio que el caballero que la aventura había acabado era don Cristalián fue muy turbada y víñole una viva color al rostro. Don Cristalián fue a besar las manos al emperador; él lo abrazó y le dijo:

—Señor don Cristalián, vos habíades de ser el que tanta honra había de dar a la mi corte.

Y luego llegó la infanta Minerva, y mucho rieron con ella de las palabras que había dicho en la prueba del arco. La infanta y don Cristalián fueron desarmados y cubiertos sendos ricos mantos que el emperador les mandó dar. Sabed que cuando el emperador vio que don Cristalián había dado cima a aquella aventura bien cuidó que él amaba a su hija la princesa, pero de tal manera lo disimuló, que a persona alguna no lo dio a conocer. Cuando don Griolanís vio que don Cristalián era el que la aventura había acabado pensó morir con pesar, y decía: «¡Ay captivo, y cuántas buenas venturas da Dios a este caballero! Sin falta, él ama a la princesa Penamundi de todo corazón, y si así es, yo soy muerto». Y disimulando la tristeza que en su corazón tenía habló a don Cristalián con muy buen semblante.

El emperador dijo a don Cristalián qué fue el aventura de las doncellas; la infanta Minerva lo contó todo como la historia os lo ha contado. Muchos fueron espantados de oír tal aventura, y dijo el emperador:³³⁴

—Mucho deseo tengo de ver a Membrina, ca me dicen que el su saber es mucho y muy provechoso al mundo.

Don Cristalián le dijo que muy presto le vernía a ver; mucho holgó el emperador de lo oír. La princesa dijo a la infanta:

—Mi señora Minerva, mala era la virtud que la fuente tenía, pues tanto daño en beber della os vino.

—Tanto —dijo la infanta—, que para siempre pensé quedar en el Monte Sarcino.

—Sin falta —dijo el emperador—, aquella debe ser la fuente de que el príncipe don Bridonel y su hermana la infanta Gaudebia bebieron.

—Yo así lo pienso —dijo don Cristalián.

La Doncella del Arco, que escuchando había estado de las dos cormanas, se vino a don Cristalián y le dijo:

³³⁴ 1587: ‘emperado’ (178v).

—Mi señor, yo me voy, y más alegre de lo que cuidaba ir en saber quién es el caballero que la aventura acabó. Cuando tiempo fuere, yo os tornaré a ver.

Y así, besó las manos al emperador y emperatriz y princesa, diciéndole:

—Mi señora, bien cierta era yo que adonde toda la hermosura del mundo estaba junta, que no había de faltar caballero que a mí me hiciese alegre.

Y así, se despidió de todos y se salió del palacio. Cuando la doncella de la aventura salió entraron las dos cormanás, y besando las manos al emperador y emperatriz se volvieron a don Cristalián y le dijeron:

—Mi señor, nosotras nos queremos ir, si la vuestra merced nos da licencia.

—¿Para dónde? —dijo³³⁵ don Cristalián.

—Por el mundo a buscar las aventuras, ca hemos mucho sabor de las ver acabar.

—Pues que así es —dijo don Cristalián—, id a la buena ventura.

Y así, se salieron del palacio. Don Cristalián estuvo en la corte del emperador algunos días a muy gran vicio en aquella sabrosa vida, hablando a su señora las más de las noches de la manera que ya oístes, y asimismo don Griolanís residió gran tiempo en la corte del emperador, donde los dejaremos hasta su tiempo, que la historia torne a hacer dellos mención.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

³³⁵ 1587: ‘dlxo’ (179r).

COMIENZA LA TERCERA PARTE DESTA HISTORIA.

TRATA DE LAS GRANDES AVENTURAS QUE EL INFANTE LUCESCANIO ACABÓ ANDANDO EN LA DEMANDA DE QUIÉNES ERAN LOS PADRES DE LA HERMOSA BELLAESTELA, Y ASIMISMO TRATA DE LOS GRANDES HECHOS EN ARMAS QUE EL PRÍNCIPE DON CRISTALIÁN SU HERMANO HIZO.

Capítulo LXXIX

De cómo el infante Lucescanio y aquellos caballeros que en la su compañía llevaba llegaron al señorío de Arabia Petria³³⁶ y en aquel señorío hallaron a Benzaíme el gran sabidor.

El infante Lucescanio y Dismael de la Roca y Guiladoro el Rubio su hermano, y Tarance de Lira, cormano de la princesa, y Lustrandor y Diondarte de Albania y don Veros de Licante y Belicante de Ribas y Liramante de Siria fueron arrebatados del palacio de la reina de Armenia en una nube por una extraña aventura, y en muy poco espacio de tiempo fueron puestos en el señorío de Arabia Petria, en un deleitoso jardín en el cual había muchos y muy hermosos árboles y yerbas de maravilloso olor; estaba cercado de altas y muy lujuentes paredes. El infante dijo a los caballeros:

—Atendamos en este hermoso jardín la ventura que Dios nos quisiere dar.

Y así, se anduvieron paseando una pieza, y no tardó mucho tiempo cuando vieron abrir una puerta del jardín y por ella entró un hombre de mediana edad vestido de unos paños hasta los pies; en la persona que tenía mostraba su gran saber. Él se vino para el infante Lucescanio, y humillándose ante él, le dijo:

—Mi señor, quiero que sepáis que yo soy Benzaíme el gran sabidor, que no he otro deseo sino de os servir.

El infante le abrazó diciéndole:

—En mí ternéis más de lo que podéis pensar para hacer por vos lo que por amigo verdadero se debe hacer.

Benzaíme se le tornó a humillar, y después que al infante habló hizo lo mismo a los caballeros, y tomando al infante por la mano, dijoles:

—Mis buenos señores, venid comigo.

³³⁶ Nombre que dieron los romanos al antiguo reino de los nabateos al SE del Mar Muerto. Su capital era Petra.

Y así, los subió a una sala ricamente guarnida, y hizo sentar al infante en una silla, y a los otros caballeros asimismo, y luego les dieron de cenar. Como hubieron acabado, el sabio dijo al infante:

—Mi señor, yo quiero deciros lo que tanto deseáis saber, por que vuestra real persona algún descanso tenga. Sabed que en tiempo pasado reinaba un rey en estas partes llamado Zafinel, el cual mantuvo grandes tiempos guerra contra el rey del Monte Libeo, que es uno de los grandes señores que hay en el mundo, padre de la hermosa Bellaestela, y trajo grandes compañías de gentes contra el rey Zafinel, y tales, que le desbarató y tomó toda su tierra. Mi tío Diante el gran sabidor, doliéndose mucho de la pérdida de su señor, fuese para el reino del Monte Libeo, y dentro del palacio, con sus artes, sin ser visto de nadie, tomó al rey y a la reina y a la princesa Bellaestela, que era de muy pocos días nacida; y como tan hermosa la vio, no la quiso encantar con sus padres, antes la crió en su casa con tanto vicio como a tan alta señora convenía. A su padre y madre hizo grandes encantamientos, y ellos están encantados en los Campos de Varas, adonde el río de Orías entra en la mar; allí están aquellos tan preciados reyes. Aquel gran sabio que a la princesa crió, cuando se vio al fin de sus días, amábala tanto que la deseaba todo bien. Antes que los sus días fenesiesen enviola al rey de Romanía, que es uno de los preciados reyes que hay en nuestros tiempos, encomendándole que aquella hermosa princesa tuviese en mucha guarda, que en la tener en su poder sería muy honrado. Como el Criador del mundo tuvo por bien de llevar aquel gran sabidor, yo que soy su sobrino y en su lugar quedé, supe el grande afán que andando por el mundo tomárades en busca destos dos tan preciados príncipes y a la fin fuera perdido. Por tanto, mi señor, quiero que recibáis de mí este pequeño servicio que os he hecho: movido a mucha piedad viendo vuestra real persona en tanta fatiga, puse en obra lo que visto habéis, de haceros venir en esta tierra a vos y a estos preciados caballeros para que acabéis lo comenzado y ellos señalen sus personas en acabar grandes aventuras que por estas partes hay.

El infante agradeció mucho a Benzaíme lo que por él había hecho, y propuso en su corazón de le hacer grandes bienes, si Dios para ello le daba lugar; aquellos caballeros asimismo le dieron muchas gracias por los haber traído en aquella tierra en compañía del infante. En esto y en otras cosas estuvieron hablando una gran pieza hasta que fue hora de dormir, que Benzaíme se levantó y tomó al infante por la mano y llevóle a una cámara adonde estaba un rico lecho y allí lo dejó en compañía de su escudero Bridamor. Y luego salió por los otros caballeros, y asimismo los llevó a un aposento adonde estaban cámaras con lechos aparejados. Detúvolos ahí ocho días haciéndoles muchos servicios. En cabo de los cuales, acabando de comer, el infante dijo a Benzaíme:

—Si os parece, sería ya tiempo que la mi partida fuese, porque no hay cosa que yo más deseé que es ver el fin de la demanda en que ando.

—Mi señor —dijo Benzaíme— sea cuando la vuestra merced fuere servido.

Mucho fue ledo el infante en oír estas nuevas. Benzaíme se levantó y rogó a aquellos caballeros que allí lo atendiesen; ellos le dijeron que harían su ruego, y así, se salió de la sala y no tardó mucho tiempo cuando volvió, y llamando al infante Lucescanio y a aquellos caballeros, los llevó a una gran sala, y así como en

ella entraron vieron ricas y muy preciadas armas en ella estar colgadas. Benzaíme dijo al infante y a aquellos caballeros:

—Mis señores, yo os saqué del reino de Armenia desarmados: mucha razón es que en pago de las que allá dejastes toméis estas que para vuestras personas fueron hechas.

Y diciendo esto descolgó unas armas verdes, todas sembradas de unas velas de oro, maravillosamente obradas, y asimismo descolgó un escudo todo dorado, y el campo verde con la misma devisa, y tomó un yelmo de un acero muy limpio con la guarnición de oro, muy bien labrado, y diolas al infante diciéndole:

—Mi señor, tomad estas armas, y sed cierto que con ellas haréis tales y tan altas caballerías que la vuestra fama volará por el mundo, y asimismo daréis descanso a vuestro apasionado corazón.

El infante las tomó, dando muchas gracias a Benzaíme por ellas y prometiéndole grandes dones por lo que por él hacía. Benzaíme se le humilló, y descolgó³³⁷ otras armas asimismo muy ricas, y un escudo todo pardo y el campo dorado, y en él la devisa de la reina de Armenia; estas armas dio Benzaíme a Dismael de la Roca diciendo:

—Tomad, mi buen señor, estas armas, ca sabed que mucho afán y trabajo pasareís antes que aquella hermosa reina de Armenia ante vuestros ojos veáis.

Y asimismo dio ricas y lucientes armas a todos aquellos caballeros; ellos le dieron muchas gracias por ellas. El infante y aquellos caballeros fueron armados; Benzaíme dijo al infante:

—A vos, mi señor, os conviene salir de aquí sin ninguna compañía, salvo la de vuestro escudero.

—Hacerse ha todo como vos, mi buen amigo, lo ordenáredes. Estos caballeros irán por donde la ventura los guiare.

Escribe Doroteo que así como el saber de Diante, tío de Benzaíme, fue para hacer todo mal, el de su sobrino fue al contrario, que lo que él sabía lo empleaba en hacer todo el bien que podía.

A nuestro propósito tornando, luego aquel mismo día el infante Lucescanio se partió y tomó su derecho camino para el Monte Libeo. Aquellos caballeros se partieron asimismo; todos salieron juntos, y anduvieron cuatro millas hasta que llegaron a un camino que se partía en cuatro carreras; los caballeros se encomendaron a Dios y de allí se partieron de en uno, prometiéndose los unos a los otros de ser a un cierto tiempo en la corte del Soldán de Babilonia, que allí les había dicho Benzaíme que lo hallarían. Como el infante Lucescanio se partió de aquellos caballeros anduvo algunos días por aquellas partes, deteniéndose en quitar tuertos de personas que agravio recibían. Algunos días pasados llegó a un puerto de mar que había nombre Belarinte, y vio que estaba una nao de un mercader aparejada para ir su viaje. El infante se llegó a unos hombres que en el batel de la nao estaban a la orilla del agua, y dijoles:

—Amigos, esa nao ¿va o viene?

—Va —dijeron los hombres.

—Decidme, ¿para dónde?

³³⁷ 1587: descogio' (180r).

—Señor, vamos para Rocari —dijeron ellos.

—Y ¿qué tierra es Rocari?

—Es tierra del rey de Alejandría.

—Decidme —dijo el infante—, esa tierra ¿es hacia el Monte Libeo?

—Es —dijeron ellos—; pero hay gran tierra desde Alejandría al Monte Libeo, y sed cierto que no podéis ir a él por otra parte si primero no vais a Alejandría.

—Agora me decid si es en la nao el patrón.

—Es —dijeron ellos.

—Pues mucho os ruego que lo hagáis aquí venir para que yo le pueda hablar.

Los hombres le respondieron que harían su mandado, y como se lo dijeron víñose con ellos. El infante lo saludó muy cortésmente y le dijo:

—Patrón, yo querría mucho pasar en Alejandría en vuestra compañía, si vos por bien lo tuviédes.

Él lo miró y le dijo:

—Señor caballero, sin conoceros quiero hacer vuestro ruego. Y si luego queréis entrar en la nao, podeislo hacer, por cuanto a prima noche habemos de partir, porque el tiempo tenemos próspero.

—Yo no he más que hacer —dijo el infante— sino entrar.

—Pues que así es —dijo él—, sea luego.

El infante se apeó de su caballo y entró en el batel diciendo a Bridamor que luego pasase él y el caballo, y así lo hicieron como el infante lo mandó. Cuando todos fueron en la nao, el patrón miraba mucho al infante, y como le vio con tan ricas armas decía en su corazón: «Este caballero debe ser de alta guisa, y esto es sin falta. Quiero saber quién es». Y diciendo esto se llegó a él y le dijo:

—Señor caballero, por la fe que mantenéis, que vós me digáis de qué tierra sois y si sois cristiano o moro.

El infante le respondió diciendo:

—La fe que yo mantengo es de Cristo. Por tanto, sey cierto que yo soy cristiano.

Como el patrón esto le oyó fue algo turbado, pero no se lo dio a conocer; antes como le oyó decir que cristiano era concibió en su pecho una gran traición, la cual él puso por obra. Luego tomó al infante por la mano y diole un muy buen aposento dentro de la nao diciéndole:

—Aquí podéis vós, señor caballero, tomar placer sin que nadie enojar os pueda.

El infante se lo agradeció, prometiéndole mucho galardón por lo que por él hacía. Sabed que el infante se entró en su cámara y dijo a Bridamor su escudero que le ayudase a desarmar, y cubriose un rico manto que siempre su escudero le traía y saliose adonde el patrón estaba; él lo recibió muy bien, todos los de la nao eran espantados de ver la su gran apostura. Como la noche vino, el infante se entró en su cámara, aunque muy temprano era; se echó en su lecho por mejor poder pensar en su señora Bellaestela, y daba muchas gracias a Dios que le había guiado en parte adonde alcanzase lo que tanto deseaba. Con estos pensamientos y otros se durmió.

Ya que gran parte de la noche era pasada, el patrón de la nao con todos los que en su compañía tenía se vinieron para su cámara y muy presto entraron dentro; y como junto al infante llegaron vieron que estaba durmiendo y tomáronle por las manos, y como el infante recordó fueron todos sobre él, teniéndole unos por los

pies y otros por las manos hasta que le ataron con una gruesa cadena. Como el infante viese la traición del patrón y de los que en la nao estaban, dijo con gran ira que contra ellos tenía:

—¡Oh perros! Y ¿cómo habéis usado de tanta traición contra mí? Así Dios me ayude, no lo habéis hecho como buenos. Bien parece que entre vos no hay caballero alguno, que si lo hubiera, tuviera más medida que vosotros tenéis; pero si Dios quisiere, yo os daré el galardón que vosotros merecéis por la gran traición y alevosía que contra mí habéis cometido.

El patrón se comenzó a reír a manera de escarnio, y díjole:

—Pues ¿cómo? ¿Estás preso y atado de la manera que vees, y amenazas a los de la nao? Agora nos di, si bien quisieres, quién eres tú y de qué tierra, que me semeja que seremos ricos con el rescate que por ti dieren, porque según tu persona y las armas que traes debes de ser de alta guisa.

—El rescate que vosotros habréis será perder las vidas.

Y diciendo esto miró por Bridamor su escudero y viole que asimismo le habían atado con fuertes ataduras. Grande fue el pesar que el infante sintió de ver de la manera que oído habéis. El patrón se salió de la cámara diciéndole:

— Ahí quedareis, adonde por fuerza os convendrá decir lo que os pregunto o moriréis captivamente de hambre.

Y saliéndose fuera cerró la puerta. El infante quedó quejándose de su ventura, que en todo le era contraria, diciendo: «¡Oh mi señora Bellaestela, y cómo los mis tristes hados no me dan lugar a que yo en esta demanda que comenzada tengo os haga algún servicio para que ante vuestra hermosura yo parezca!». Así estuvo el infante Lucescanio seis días, que nunca del lecho se pudo levantar sino con el ayuda de su escudero (que no había las cadenas tan gruesas y más ligeramente se podía mover).

Sabed que en este tiempo la nao iba por alta mar, y acaeció que fue vista de unas galeras de cosarios, y como la vieron conocieron que debía ser de mercaderes, y viniéronse para ella y cercáronla de todas partes y comenzáronla a combatir muy reciamente y de tal manera que todos los de la nao lo pasaban muy mal, que ya muchos dellos eran muertos. Como el infante oyese la revuelta que en la nao había, tenía mucho deseo de saber qué cosa fuese, y a la sazón pasó por la puerta de su cámara un hombre del servicio de la nao gravemente llorando y hiriéndose en el rostro; como el infante así lo vio, llamolo y díjole:

— Amigo, que hayas buena ventura, mucho te ruego que me digas qué ruido es este que anda en la nao.

—Ay señor caballero —dijo el hombre—, sabed que todos somos muertos, que tres galeras de cosarios tienen cercada nuestra nao y han muerto todos los mejores que en ella había!

—El patrón, ¿es muerto?

—No —dijo el hombre—, ca se defiende muy bien; pero él no puede mucho durar.

—Agora me di —dijo el infante—, los de las galeras ¿son moros o cristianos?

—Son moros —dijo el hombre—, y mucho más malos que otros.

—Amigo —dijo el infante—, si tú quisieses hacer lo que yo te diré, yo te haría rico para siempre, y asimismo te quitaré de la muerte, que, como vees, te está aparejada.

—¡Ay señor, de grado haré vuestro mandado, pero he gran miedo del patrón!

—Lo que yo te ruego —dijo el infante— es que tú me quites estas cadenas; que si yo libre me veo, tú no temas el mal que él te puede hacer, y asimismo defenderé la nao que no sea tomada de cosarios.

Tales cosas le dijo el infante, que como el hombre se vio en tanta necesidad, dijo:

—Agora atended, que yo os haré libre, porque me semeja de vos que sois aparejado para hacer todo bien.

Y diciendo esto salió de la cámara del infante y muy presto trajo aparejo para les quitar las cadenas. Y como volvió, dijo:

—¡Ay señor caballero, que ya los contrarios entran en la nao!

—Pues haz apriesa —dijo el infante— y no temas cosa alguna.

El hombre se dio la mayor priesa que pudo, y muy presto les quitó las cadenas. Como el infante se vio libre, luego se armó de sus ricas armas (que en su cámara tenía), y tomando su espada en la mano se fue para donde la priesa estaba, y halló que muchos de las galeras eran ya entrados en la nao, y en alta voz dijo contra el patrón:

—¡A tiempo sois, don traidor, que pagaréis la traición que contra mí cometistest!

Y diciendo esto, el primer golpe que dio fue en él, y tal, que le quitó la vida. Y luego comenzó a herir de grandes y muy pesados golpes a diestro y a siniestro; así hería en los de la nao como en los de las galeras, por manera que al que a derecho alcanzaba no había menester maestro. Como los de la nao y los contrarios vieron las maravillas que el infante andaba haciendo fueron puestos en grande espanto, y a poca de hora nadie osaba atender sus desmesurados golpes, porque así como los de las galeras saltaban en la nao eran sus vidas acabadas. En poco tiempo, con la saña que tenía, hizo tanto estrago en los unos y en los otros que ya no hallaba en quien herir, por cuanto los de las galeras su poco a poco se habían apartado y se fueron huyendo a la mayor priesa que pudieron. Como el infante esto vio fuese por la nao en busca de los que vivos habían quedado, y al que topaba, antes que palabra pudiese hablar lo tenía muerto a sus pies, y como eran moros, dábales la muerte con más voluntad. En poco rato fue la nao desembarazada de todos los que en ella había, salvo de los que la gobernaban, que éstos vinieron ante el infante y le pidieron merced de las vidas. Como él supo quién eran, díjoles:

—Vosotros sed leales y no temáis de daño alguno que venir os pueda.

Ellos le quisieron besar los pies, y le dijeron que bien y lealmente le servirían. En este tiempo vino ante él el hombre que de la prisión lo libró; el infante lo miró y luego lo conoció, y díjole:

—Amigo, yo te daré el galardón del gran servicio que me hiciste, y al presente sean tuyas todas las mercadurías que en esta nao están, que andando el tiempo yo haré por ti más de lo que piensas.

El hombre le quiso besar los pies y túvose por de buena ventura, ca sabed que en la nao estaban grandes haberres.

Capítulo LXXX

De cómo el infante Lucescanio se fue por la mar adelante y de lo que antes que della saliese le acaeció.

LUEGO que la nao fue desembarazada de los muertos, el infante Lucescanio se desarmó, y Dios le quiso tan bien que no había herida ninguna. Bridamor le dio de comer de lo que en la nao halló, y así como hubo acabado, el infante mandó llamar a los hombres que la nao gobernaban, y luego vinieron. El infante les dijo:

—Amigos, vosotros tomad luego el camino de Alejandría.

Ellos dijeron que harían su mandado, y así, tomaron la vía que el infante les mandó; y anduvieron diez días con próspero viento, y una noche a hora de maitines comenzóse tan gran tormenta en la mar, que pensaron ser anegados. Tan grande era la lluvia que del cielo caía, y los truenos y relámpagos, que grande espanto y pavor puso a todos los de la nao; pero aquel esforzado Lucescanio les dijo que no temiesen, que Dios les sacaría a buen puerto. Los marineros le dijeron:

—Señor caballero, grandes tiempos ha que nunca tan gran tormenta vimos. A Alá plega de nos enviar remedio, que harto trabajo tenemos.

Así, pasaron aquella noche con mucha turbación y gran peligro de ser perdidos. Pues como Dios tuviese por bien de enviar el lucero del día fueron muy alegres, y asimismo la mar comenzó a amansar sus furiosas ondas y con esto lo fueron del todo. El infante mandó a los marineros que mirasen hacia qué parte los había echado la tormenta; ellos hicieron su mandado, pero no conocieron en qué tierra eran arribados, y dijeron al infante cómo estaban a vista de una isla, pero que no sabían cuya era ni a qué parte caía. El infante fue muy ledo en oír aquellas nuevas y mandó que guisen para allá, y en poco tiempo tomaron puerto y luego salieron en tierra (ca mucho deseó lo tenían, según el afán que en la mar habían pasado).

El infante mandó que le sacasen sus armas y caballo, luego Bridamor lo sacó y el infante fue armado, y subió en su caballo y dijo a los marineros que allí lo atendiesen hasta el tercero día, y que si en este tiempo él no viniese, que ellos se podían ir adonde por bien tuviesen, y que esto les decía porque no sabía cómo en aquella isla le averría. Los marineros le dijeron que atenderían allí todo el tiempo que viesen que era razón de lo aguardar; «pero mucho temor tenemos que esta isla es despoblada, por razón que de aquí no podemos ver sino estrañas arboledas, y en semejantes cabos se suelen criar grandes y muy fieras animalias ca tienen poder de hacer gran daño. Por tanto, señor caballero, de nuestro consejo no entraríades en la isla».

—Amigos —dijo el infante—, por cosa ninguna no me quedará que yo no vea lo que en ella hay; y si temor alguno tenéis, mucho os ruego que os tornéis a la nao, porque estando en ella no podéis recibir daño ninguno.

Ellos le dijeron que así lo harían. El infante se entró por la isla adelante con su escudero, que una lanza le llevaba, y comenzaron a andar a muy gran prisa, y no vieron cosa alguna sino grandes montañas, y así anduvieron hasta que fue

mediodía pasado. En este tiempo hallaron una senda; el infante fue muy ledo, porque le parecía que era camino seguido, y comenzó a andar por él y no tardó mucho cuando vio venir una doncella en un palafrén. Ella era de gentil disposición, más morena que blanca; había hermosos ojos, ca eran verdes; en la manera del tocado y vestido que traía parecía muy estraña. Cuando fueron cerca el uno del otro el infante la saludó muy cortésmente, y ella a él asimismo; el infante le dijo

—Señora doncella, si os pluguiere, decidme qué tierra es ésta, ca no la sé, que ha muy poco tiempo que en ella entré y no he hallado persona alguna a quien lo preguntar.

—Señor caballero —dijo la doncella—, porque me semeja, según las ricas armas que traéis, que sois caballero de alta guisa, yo os diré todo lo que deseáis saber.

El infante le dio muchas gracias por la buena respuesta que le daba. Rogándole muy ahincadamente que le diese nuevas de aquella tierra, la doncella le respondió:

—Señor caballero, sabed que esta es la isla de la reina Merodiana, la cual es doncella, que no se ha querido casar, es señora de gran tierra. Ella se viene a holgar a esta su isla cierto tiempo del año, por cuanto es tierra muy deleitosa; y si la quisiéredes ver, ella holgará mucho con la vuestra vista, ca es muy amiga de los caballeros que andan por el mundo buscando las aventuras, y por tanto, ella os hará aquella honra que merecéis.

El infante rogó mucho a la doncella que le llevase adonde la reina estaba; ella que vio su voluntad, le dijo:

—Seguidme.

Y así, tornaron por el camino que la doncella venía, y anduvieron gran parte del día. En este tiempo llegaron a un castillo maravillosamente hermoso y torreado. El infante lo miró, pareciéndole el mejor que él jamás había visto; la doncella le dijo:

—Señor caballero, ya somos en el palacio de la reina: conviene que dejéis todas vuestras armas si ante ella quisiéredes parecer.

Él dijo:

—Señora doncella, mucho me hago maravillado de la condición que me pedís, y no sé por cuál razón la reina quiere ver los caballeros desarmados ante sí. Yo quiero perder la su vista por no me quitar las armas.

Y diciendo esto volvió la rienda al caballo para se volver; la doncella que así lo vio, le dijo:

—Tornad, señor caballero, que no penséis de saliros así tan ligeramente del palacio de la reina, que vós seréis preso con mucho desdén porque no queréis hacer el mandado de tan alta señora.

—No sé qué servicio recibirá la reina en verme sin armas. Si armado me quisiere ver, yo la serviré en lo que mandar me quisiere.

—No vos tiene pro —dijo la doncella—, que desarmaros conviene; y si no quisiéredes de grado, en el palacio de la reina hay tales personas que forzosamente os quitarán las armas.

Y diciendo esto trabó por las riendas del caballo del infante y díjole:

—Ya desta vez no saldréis tan ligeramente como pensáis.

Y luego comenzó a decir:

—¡Salid, salid, y daréis el pago a este caballero que por no hacer el mandado de la reina merece!

En dando la doncella la primera voz salieron de un aposento bajo que en el palacio estaba doce doncellas estrañamente hermosas y bien guarnidas, y todas ellas cercaron en torno al infante; él fue muy espantado de ver tan hermosa aventura, y muy ligeramente descendió de su caballo. Una de las doncellas (la que más apuesta parecía ser) sacó una cadena de oro no muy gruesa de la manga, y con un gracioso continente se vino para el infante, y echándole la cadena al cuello le dijo:

—Sed preso por mandado de la hermosa reina Merodiana.

Él le respondió:

—Señora doncella, sandio sería el caballero que de las vuestras fuerzas se pensase amparar: iré de grado en esta agradable prisión.

Así, lo subieron ante la reina, y entraron en una sala toda colgada de paños de oro, y a la una parte vio un rico y muy preciado dosel, y debajo dél estaba la hermosa reina Merodiana. Y como ante ella fueron, las doncellas se le humillaron y le dijeron:

—Éste es el caballero que en la isla entró sin el vuestro mandado. Él es preso: la vuestra merced mande la pena que se le ha de dar por el su atrevimiento.

—Eso haré yo de grado —dijo la reina—, ca muy enojada estoy contra él. Quitadle luego las armas.

Las doncellas se llegaron a él por le desarmar, el infante no se movió. Cuando el yelmo le quitaron, la reina y todas fueron espantadas de ver la su hermosa apostura. La reina mandó que le diesen un manto, y luego fue hecho, ca lo sacaron rico y de gran valor. Y como fue cubierto, el infante se humilló ante la reina, y tomándole las manos para se las besar, ella las tiró afuera. El infante le dijo:

—Mi señora, no es razón sino que, aunque preso y en el vuestro poder, se me hagan algunas mercedes.

La reina le respondió:

—No las acostumbro hacer hasta saber si a quien las hago es persona que las merece; y por tanto, quiero saber vuestro nombre y de qué tierra sois.

—Por ahí no me conocerá la vuestra merced, por cuanto soy un caballero andante de poca nombradía.

—Pues conviene que me lo digáis —dijo la reina.

—La vuestra merced mande hacer de mí lo que servida fuere, que mi nombre, por agora, yo no lo diré.

La reina fue muy enojada, y dijo:

—Tiraos ante mí, que no me es agradable la vuestra vista.

Y volviéndose a las doncellas, les dijo:

—Llevad a ese caballero delante mis ojos y ponedlo en el lugar que él merece.

Luego las doncellas se levantaron y tomaron de la cadena que el infante tenía al cuello, y cuando delante de la reina se levantó, dijo:

—Bien claro se veo lo poco que yo valgo, pues no merecí besar vuestras reales manos.

La reina no le respondió, mostrando semblante de tener mucho enojo. Las doncellas llevaron al infante a un muy deleitoso jardín debajo de unos verdes

jazmines y frescos rosales, donde estaba puesta una mesa, y a una parte della una rica silla. Las doncellas dijeron al infante:

—Señor caballero, aquí podéis descansar del trabajo pasado.

El infante se sentó, y era muy espantado de ver lo que en aquella isla le había acaecido y deseaba mucho ver el fin de aquella aventura. Luego aquellas hermosas doncellas le comenzaron a servir, dándole muchos y diversos manjares, y como acabó de comer le dieron agua a manos y estuvieron hablando con él en lo que más les agradaba. Una de las doncellas se salió del jardín, y no tardó mucho cuando volvió con un arco en sus manos, y dándole al infante, le dijo:

—Tomad, mi señor, este arco y venid comigo y pasareis un poco de tiempo.

Él le tomó, pareciéndole el mejor que jamás había visto. Así, se levantó y se fue con la doncella; ella le llevó por una pequeña puerta a una hermosa huerta adonde había infinitas aves. La doncella dijo:

—Señor caballero, yo me voy: holgaréis por esta huerta el tiempo que os agradare.

Y así, se salió, no dejando con él sino a Bridamor, el cual llegó al infante y le dijo:

—Señor, ¿vos no miráis los servicios que la reina os manda hacer? Cuidando yo que os mandaba llevar a alguna escura prisión, paréceme que os trujeron a este deleitoso lugar. No sé qué me diga de las cosas que en esta isla nos han acaecido.

El infante le dijo:

—Amigo, mucho soy espantado de la hermosura de la reina, ca me semeja mucho a mi señora Bellaestela.

—Vos decís muy gran verdad —dijo Bridamor—, que estrañamente es hermosa, y hágome mucho maravillado en ver que en todo el palacio de la reina no hay hombre de servicio ni de otra manera.

—Calla —dijo el infante—, que si Dios vida nos da, veremos el fin desta aventura.

Y así, se anduvo cazando con su arco, matando muchas aves, hasta que fue tarde, que salió de la huerta y se fue al jardín y por él se anduvo paseando hasta que fue hora de cenar, que las doncellas vinieron y le pusieron la mesa en el mismo lugar que oístes, y allí fue maravillosamente servido. Como la cena fue acabada entraron por la puerta del jardín tres doncellas muy bien guarnidas y asaz hermosas y de lindas y graciosas mesuras; cada una dellas traía un instrumento en sus manos, diferente el uno del otro, y haciendo gran acatamiento al infante comenzaron a tañer y cantar tan dulcemente que no parecían personas humanas, sino angélicas, según la melodía de su dulce canto.

Ya sabéis la propiedad de la música, que es dar alegría al que la tiene, y al triste doblar la tristeza. Sabed que era grande la tristeza que el infante en su corazón traía, porque sabía que no había de ver a su señora hasta que diese fin a la demanda en que andaba; y como aquella deleitosa y contemplativa música oyese, pensando en aquella que era señora de su corazón las lágrimas le vinieron a los ojos, pero él lo disimuló lo mejor que pudo. Como las doncellas acabaron su dulce canto, haciendo su mesura al infante se tornaron a salir. Luego una de las doncellas le dijo:

—Señor caballero, la vuestra merced sea de se venir adonde habéis de dormir.

El infante se levantó, y las doncellas lo llevaron a un aposento que estaba tan bien aparejado como si el mayor señor del mundo hubiera de posar en él. Y entraron a una cámara adonde hallaron un rico lecho colgado de paños de hilo de plata, y así lo estaba toda la cámara, y allí lo dejaron con su escudero. El infante se acostó en su lecho y pasó aquella noche algunos ratos durmiendo y otros pensando en su señora. Venida que fue la mañana, la reina Merodiana envió ricos y muy preciados vestidos al infante. Como él los vio fue muy espantado de ver el su gran valor, y dijo a quien los llevaba:

—Señora doncella, diréis a la reina vuestra señora que por el mundo me quejaré de la cruda prisión en que me mandó poner, juntamente con el mal tratamiento que se me hace.

La doncella se rio y se salió de la cámara. Luego el infante se vistió, y maravillose de cómo aquellos vestidos estaban hechos a su cuerpo. A la sazón que el infante se acabó de vestir entró una doncella en su cámara y díjole:

—Señor caballero, la reina mi señora me envía acá para que, si misa quisiéredes oír, que os vengáis a la su capilla.

El infante le dijo que luego haría su mandado, y así, se salió de su aposento y se fue por donde la doncella le guio, y allí halló aparejado para decir misa. Y no tardó mucho tiempo que el infante estaba en la capilla cuando la reina vino maravillosamente hermosa y ricamente guarnida, y al parecer era de tierna edad. El infante se le humilló haciéndole grande acatamiento; la reina no le quiso mirar, antes se llegó a oír misa, y luego el capellán la comenzó. Y mientras la misa se dijo jamás el infante los ojos partió de la reina, ca le semejaba tanto a su señora, que no podía acabar otra cosa consigo; la reina jamás lo miró. Como la misa fue acabada, ella se levantó, y el infante asimismo, y llegándose a la reina para la servir en aquel camino, ella le dijo:

—Caballero, recibiría vuestro servicio si en vos hallase más mesura que cuando os rogué que me dijésedes vuestro nombre.

El infante se le humilló diciéndole:

—¿Quién, mi señora, no haría vuestro mandado?

Como la reina así le vio hablar, con muy alegre rostro le dijo:

—¡Ay mi buen señor, que vos bien pensáis que aquí no conocemos vuestra real persona! Pues sabed que antes que en la isla entrásedes yo supe de la vuestra venida.

Y diciendo esto le echó los brazos al cuello. El infante se le humilló, algo turbado de ver lo que la reina hacía, y díjole:

—Mi señora, ¿quién osará preguntar a la vuestra merced de dónde me conoce?

—Eso yo os lo diré —dijo la reina—, que no seré yo tan desmesurada con vos como vos lo fuistes comigo. Sabed, mi buen señor, que yo soy hermana de aquella hermosa princesa Bellaestela.

Cuando el infante esto oyó, hincó los hinojos ante ella diciéndole:

—Mi señora, dadme vuestras manos, que con razón mi corazón recibía tanta gloria con la vuestra vista.

La reina le tomó por las manos diciendo:

—Agora nos vamos a mi aposento y allí os daré cuenta de mi vida.

Y como en él fueron, la reina comenzó a hablar en esta manera:

—Vos, mi señor, sabréis cómo yo soy hija del rey del Monte Libeo y de la preciada reina Saulina, que fue reina de Palestina. Sienda la reina mi madre de edad de diez y siete años, doncella que a la sazón no tenía padre ni madre, acaeció a venir por estas partes el rey del Monte Libeo, y como él la vio fue muy pagado de la su gran hermosura, y asimismo lo fue ella dél, por manera que quiso la ventura que yo fuese engendrada. Y como la reina mi madre se vio con hija de tan preciado rey jamás se quiso casar, por manera que fue Dios servido de la llevar para sí habrá dos años. Antes que la reina muriese supe yo cuya hija era, y asimismo cómo el rey mi padre estaba encantado, y de un sabidor en las artes que hay en estas tierras supe cómo la hermosa princesa Bellaestela mi hermana estaba en poder del rey de Romanía, y este mismo sabio me hizo saber cómo la libertad de mi padre estaba en las vuestras manos, y que si por vos no era puesto en su libertad, que jamás lo sería. Por él supe cómo vos, mi buen señor, veníades por la mar y ibades en la misma demanda; yo, con el grande deseo que tenía de la vuestra vista, roguele muy ahincadamente que tuviese manera, pues en la mar estábades, que yo pudiese ver vuestra persona; él me dijo, que por me servir lo haría de grado: sabed que la gran tormenta que en la mar vistes fue hecha por este sabio que dicho tengo, por haceros venir a esta mi isla. Yo, mi señor, sé que por vos habemos todos de ser alegres, y como mi padre sea libre y Bellaestela esté en el su poder, luego tomare el camino para el Monte Libeo con deseo de la vista de mi hermana tanto como la de mi padre, que a entrabmos nunca los vi. Si vos, señor, enojo alguno aquí habéis recibido, mucho os ruego que me perdonéis.

Como la reina acabó su habla, el infante le dijo:

—Mi señora, son tan grandes las mercedes que yo en la vuestra tierra he recibido, que ruego a Dios que me dé posibilidad para que alguna dellas pueda servir, pues en tanta obligación soy puesto: lo primero, por ser hermana de mi señora Bellaestela, y lo segundo por el mal tratamiento que en la vuestra isla he recibido; y de aquí prometo de hacer a la vuestra merced un tal servicio por donde pague en algo las mercedes que a mí se me han hecho.

La reina le agradeció mucho la promesa que le hacía, y allí estuvieron hablando en lo que más les agradaba. Estuvo el infante Lucescano en compañía de aquella hermosa reina a muy gran vicio bien tres días (que en este tiempo la reina no le dejó partir), en fin de los cuales el infante se despidió con mucha obligación de la servir, y ella lo encomendó a Dios, rogando a su bendita Madre que en todo lo que comenzase le diese victoria. El infante se armó y subió en su caballo y tomó su camino para donde la nao y los marineros había dejado, y como a ellos llegó, recibíronle con mucho placer. Preguntándole lo que en la isla le había acaecido, Bridamor se lo contó y fueron muy espantados de la prisión del infante. Y así, se entraron en la nao con mucha alegría y preguntaron al infante que para dónde quería que guiasen la nao; el infante les dijo que para Alejandría. Ya ellos la tenían reparada del daño que con la tormenta había recibido, y así, partieron con próspero viento, y en poco tiempo fueron en la mar alta y navegaron por ella doce días sin que cosa alguna les acaeciese que de contar sea.

En este tiempo acaeció un día, a hora de vísperas, que vieron venir una carabela por la mar. El infante se paró a mirar y vio una señá que traía negra y fue puesto en mucho deseo de saber quién en la carabela venía; y así, guiaron hacia ella y

supieron de un hombre de la carabela cómo en ella venía la reina de Siria y que traía consigo al rey Tinablante su marido muerto, y asimismo le dijo que venía en busca de don Cristalián, o de Liramante de Siria su hijo, para que tomasen la emienda del traidor de Ditendor y su hijo, que a gran traición y alevosía le mataron siendo sus vasallos. El infante hizo echar un batel, y en él pasó a la carabela y fuese adonde la reina estaba. Ella lo recibió con muchas lágrimas y le contó cómo y quién al rey su marido había muerto; el infante la conhortó y le prometió de tomar tal emienda de Ditendor y su hijo que la su merced fuese contenta. La reina le dio muchas gracias y le rogó muy ahincadamente le dijese quién era. El infante se lo dijo, la reina dio una voz diciendo:

—¡Ay mi señor, que hijo sois de quien siendo caballero andante restituyó en su reino al rey Tinablante, que perdido tenía! Y no menos esperanza terné yo en la vuestra alta caballería.

El infante se le humilló, y apartándose de la reina, dijo a los marineros de su nao que se fuesen a la buena ventura, que a él le convenía de ir en aquella carabela. Los marineros se le humillaron, y despidiéndose dél, comenzaron a caminar a gran priesa. Así como a los de la nao despidió entrose adonde la reina estaba y mandó guiar la carabela para el reino de Siria. Y así, los dejaremos hasta su tiempo, por contaros lo que a aquellos caballeros que juntamente con el infante se partieron. les acaeció.

Cuenta la historia que como se partieron de la manera que oído habéis, Dismael de la Roca tomó su camino por donde la ventura le guio, y anduvo bien tres días sin aventura hallar que de contar sea. Al cuarto día, a hora de prima, yendo por una floresta pensando en la hermosa reina de Armenia tan fieramente como aquel que bien y lealmente la amaba, decía: «¡Oh mi señora Libida, y cómo me fue mi ventura tan contraria en me partir de la vuestra presencia sin poderos decir cosa alguna de lo que mi corazón sentía! ¡Cómo sería yo alegre si la vuestra merced fuese cierta de las cuitas que mi triste corazón padece con deseo de la vuestra vista! Yo, mi señora, no puedo parecer ante vos hasta que un año sea pasado, por la promesa que hice a aquellos caballeros de ser en Babilonia en fin de este tiempo. Pero si las congojas que vuestra ausencia me da a este tiempo llegar me dejan, yo iré a servir a aquella que mientras viviere ha de ser señora de mi corazón».

Y diciendo esto sintió tanta soledad en se ver tan apartado de aquella hermosa reina, que casi le fallecía el corazón; pero después que en sí tornó acordó de enviarle su escudero con una letra, por atender la respuesta, que con ella tenía pensamiento de sostener la vida el tiempo que de su señora estuviese ausente. Y con este pensamiento se apeó de su caballo, y llegándose cabe una fuente que en la floresta estaba, demandó a Astilau (que así había nombre su escudero) que tinta y papel le diese. Astilau, que siempre acostumbraba a traerlo consigo para cuando su señor lo hubiese menester, se lo dio. Dismael escribió, de rato en rato sospirando. Acabada de escribir la letra, teniéndola en las manos (que cerrar la quería), llegó un caballero a la fuente armado de todas armas, y en la su compañía traía dos escuderos; él se vino para Dismael de la Roca y díjole:

—Caballero, ¿sois enamorado? ¿Por ventura esa letra que en las manos tenéis es para vuestra amiga?

—Es —dijo Dismael.

—Pues decidme si es dueña o doncella, y si la amáis ahincadamente.

—Es doncella —dijo Dismael con un pequeño suspiro—, y una de las más hermosas que Dios en la tierra crió. Ámola tanto, que cuido que presto los mis días fenecerán con deseo de la su vista.

—Pues conviene —dijo el caballero— que me digáis quién esa doncella es, y asimismo me mostréis esa letra. Y si es tal que merece ser amada de tan preciado caballero como yo lo soy, vos dejaréis de tener el pensamiento loco que tenéis, que por ventura esa doncella que vós amáis no es contenta con vuestro servicio.

Dismael de la Roca que tan desmesuradamente le oyó hablar, díjole:

—Señor caballero, ¿así maltratáis a los caballeros andantes sin los conocer? Sabed que la letra está en poder de quien la sabrá defender si vós tomar la quisiéredes. Y asimismo os digo que por agora no sabréis quién es la doncella, y cuando saber lo quisiéredes, será por vuestro daño.

Como el caballero oyese de aquella manera hablar a Dismael fue muy airado, y díjole:

—Caballero, tomad presto el caballo; si no, acometeros he de la manera que estáis.

Dismael fue sañudo y muy presto se levantó, y dando la letra a su escudero enlazó su yelmo y subió en su caballo diciendo:

—Para Sancta María, don caballero desmesurado, que yo os la haga tener cuando otra tal cosa os acaeciere o os costará la vida.

Como en el caballo fue, su escudero le dio la lanza, y sin nada se decir se apartaron el uno del otro y encontráronse de las lanzas de tal poder que el caballero quebró su lanza en el escudo de Dismael; pero Dismael encontró a él de tal fuerza (que muy sañudo estaba de lo que le había oído decir) que dio con él y con su caballo en el suelo sin que el caballero moviese pie ni mano. Dismael volvió presto sobre él y vio que el trozo de la lanza le pasaba a las espaldas. Él dijo a su escudero que le quitase el yelmo para ver si era muerto; el escudero le iba a quitar el hierro de la lanza que en el cuerpo tenía, Dismael le dio voces que no lo hiciese, que le vernía gran daño, que si no era muerto, luego le saldría el alma. El escudero lo dejó, y quitándole las enlazaduras del yelmo vieron que aún no era muerto. Dismael le dijo:

—Caballero, mucho me pesa del daño que habéis recibido. Sabed que vuestra locura os ha muerto.

—¡Ay señor caballero —dijo él—, que vós decís gran verdad! Yo soy herido de muerte. Mucho os ruego, por lo que debéis a la orden de caballería, que me digáis si sois moro o cristiano, por que sepa quién me ha muerto antes que el alma del cuerpo me salga.

—Cristiano soy —dijo Dismael.

—A Dios merced —dijo el caballero—, ca sabed que yo asimismo lo soy, y no llevo otro dolor sino tomarme la muerte en parte que no puedo haber consejo de mi ánima.

Cuando Dismael le oyó decir que cristiano era fue demasiadamente triste. En esto vio al caballero que se estendía con la rabia de la muerte; Dismael se apeó a muy gran prisa, y tomando la cabeza del caballero en sus manos lo encomendó a Dios y a poco rato fue salido desta vida.

Como los escuderos que el caballero traía vieron a su señor muerto comenzaron a hacer muy gran duelo diciendo palabras de mucho dolor. Dismael dijo a los escuderos:

—Amigos, ya sabéis que a vuestro señor le mató la demasiada soberbia que consigo traía. A mí me pesa de la su muerte: mucho os ruego que me digáis quién es.

Los escuderos le respondieron, con mucho dolor, diciéndole:

—Sabed, mi señor, que el caballero es natural de Huberlandia; es hijo del mayor señor que en aquella tierra hay, que ha nombre el duque de Tinabal. No ha otro hijo sino a éste, y los sus días serán tristes cuando la su muerte sepa.

—Amigos —dijo Dismael—, ese caballero conviene que aquí en está floresta le deis sepultura, por cuanto es muy lejos tierra de cristianos.

Los escuderos dijeron que así lo harían. Dismael les señaló el lugar adonde la hiciesen, y ellos la comenzaron luego con sus puñales y hicieron un hoyo el mayor que pudieron y allí sepultaron al caballero muerto. Dismael hizo poner encima de la sepultura una cruz hecha de trozos de un árbol, por que los que por allí pasasen viesen que quien en la sepultura estaba era cristiano. Como esto fue hecho, Dismael dijo a los escuderos que se fuesen a la buena ventura; ellos se despidieron dél con mucha tristeza. Dismael se tornó a appear, y cerró su letra y dijo a Astilau su escudero:

—Amigo, has de tomar trabajo, por amor de mí, de te llegar al reino de Armenia y dar esta letra a la reina mi señora.

Astilau respondió:

—El trabajo tomaré yo de grado por os servir, pero temo la vuestra soledad.

—No hayas deso cuidado —dijo Dismael—, que más agradable me es por agora que la compañía. Ruégote que tengas mucho cuidado de lo que te encomiendo.

—Yo haré lo que mandáis, de manera que la vuestra merced sea contento; pero cuando yo sea de vuelta, ¿dónde os hallaré?

—Eso no te sabré decir —dijo Dismael—. Pero yo te diré qué hagas: vente a Babilonia y allí hallarás a Benzaíme, el gran sabidor, y dile que si por ventura él supiere dónde yo estoy, que te lo diga. Y si no lo supiere, atiéndeme allí en la corte del Soldán, que más aína que en otra parte sabrás nuevas de mí.

Astilau tomó su letra, y subiendo en su palafrén se despidió de su señor; él le encomendó a Dios. El escudero tomó su camino para el reino de Armenia.

Capítulo LXXXI

De cómo yendo Dismael de la Roca por la floresta encontró un escudero y de lo que adelante acaeció.

COMO Astilau, escudero de Dismael, fue partido, él tomó su caballo y fuese por la floresta adelante pensando muy ahincadamente en su señora la Reina de Armenia, que ni por mal ni por bien que le viniese, nunca este pensamiento dél un punto se partía. Yendo de la manera que oído habéis vio una angosta senda que atravesaba por la floresta y tomole sabor de se ir por ella y anduvo una pieza sin topar a persona que de aquella tierra le diese nuevas. Yendo como oido habéis oyó que de lejos le daban voces diciéndole:

—¡Atended, señor caballero!

Dismael miró a un cabo y a otro por ver quién lo llamaba, y no vio sino a un escudero que encima de un palafrén venía. Dismael le atendió, por cuanto deseaba mucho saber en qué tierra estaba, y como el escudero fue cerca dél, díjole:

—Caballero, bien parecéis extraño, pues os vais por la Senda Peligrosa. Tornaos presto a salir della si queréis que los vuestros días no fenezcan con desastrado fin.

Dismael le dijo:

—Buen escudero, mucho te ruego que me digas por qué razón esta senda se llama peligrosa.

—Llámase —dijo el escudero— porque allí arriba está una boca de una cueva, y por allí se oyen muy temerosas voces. Hay tal que las oye de tan pequeño corazón que acaece morir: tanto espanto toman. Y por tanto, es la Senda Peligrosa, y tiene mucha pena quien por ella pasa. Yo os aviso, señor caballero, que luego os volváis.

—Amigo —dijo Dismael—, por cosa alguna yo no dejaré de pasar adelante y saber quién aquellas temerosas voces que tú dices da.

—Agora me hago maravillado —dijo el escudero— en veros de tamaño corazón; y Alá no me ayude, si allá queréis ir, si en vuestra compañía no me voy.³³⁸

—Pues ségueme —dijo Dismael.

Y así, anduvieron gran parte del día. Y como la floresta pasaron vieron unas rocas tan altas que semejaban llegar al cielo, en medio de las cuales había un angosto camino. Dismael dijo al escudero:

—Amigo, ¿quiéreste quedar aquí?

—No —dijo el escudero—, que con vos quiero ir y ver lo que allá os averna.

—En el nombre de Dios —dijo Dismael.

Así, se metieron por aquel angosto camino y anduvieron por él gran parte del día. En este tiempo se oyeron aquellas temerosas voces; eran tan espantosas que al escudero casi le falleció el corazón. Dismael le miró y viole la color mortal, y díjole:

—Amigo, ten corazón y no temas, pues vas en la mi compañía.

El escudero le dijo:

—¡Ay señor caballero, que no hay corazón de hombre humano que baste a oír las espantosas voces que de la cueva salen!

³³⁸ 1587: 'yoy' (185r).

—Amigo —dijo Dismael—, mucho te ruego que no pases más adelante, sino que aquí me aguardes.

—Así lo quiero hacer —dijo el escudero—, que gran temor tengo de la muerte.

Dismael le dejó y siguió su camino, y anduvo a gran paso, y mientras más a la cueva se acercaba, más dolorosas voces oía, y tales, que le convino dejar el caballo, porque no le podía hacer pasar adelante; y dejole suelto, que no vio adónde le poder atar. Él se vino su paso a paso hasta donde el escudero estaba aguardando, y como él vio el caballo sin su señor, dijo en alta voz:

—¡Oh Mahoma, que muerto es el caballero! A mí me convertiré a morir muy cedo si los pies de mi palafrén no me valen. Quiérole tomar; pero no quiero, que en dejar mi palafrén y tomar el caballo tiempo pasará.

Y diciendo esto puso las espuelas a su palafrén, y anduvo tanto hasta que del angosto camino salió. Yendo en la Peligrosa Senda, cuando fuera della se vio dio infinitas gracias a Mahoma porque de tal peligro le había librado.

Como Dismael dejó su caballo diose la mayor priesa que pudo a andar, y tal, que muy presto llegó a la boca de la cueva; y parose a mirar por ella y vio que dentro había luz ya cuanta; pero eran las voces tan espantosas que dentro sonaban, que no siente corazón de hombre humano que osase entrar. Empero como Dismael era hijo de aquel valiente caballero Dorante de Macedonia semejó mucho en el corazón y en las fuerzas a su padre, y encomendándose a Dios y llevando por apellido el nombre de Jesús entró por la cueva adelante, y vio que había grandes anchuras; y así como comenzó a entrar las voces cesaron, y él anduvo por una y por otra parte, pero no vio cosa alguna sino en medio de una cuadra un sepulcro negro, y dijo: «Sin falta aquí debe estar quien las espantosas voces da: a mí me conviene saber si es así».

No hubo él acabado de decir esto cuando las voces comenzaron a sonar. Dismael fue puesto en algún tanto de pavor, pero viniéndole a la memoria aquella generosa sangre de donde venía hubo vergüenza de sí mismo, y creciole tanto el ardimiento, que se llegó junto al sepulcro y pugnó de le quitar el cobertor; y como fue grande la fuerza que puso, trastornolo a la otra parte. Y parose a mirar lo que dentro estaba y vio que había una gran tina, y debajo della grande y muy espantoso fuego, y dentro mucho aceite (a lo que a Dismael le semejó) que hervía muy recio), y en ella estaba echado un gran caballero y éste daba las temerosas voces con el grave dolor que sentía. Como él vio a Dismael, muy ligeramente saltó de la tina y víñose para él diciéndole:

—Ya desta vez no padeceré más tormentos, que vos, señor caballero, entrareis en mi lugar.

Y diciendo esto se abrazó con él pugnando de lo echar dentro. Pero (como ya os habemos contado) Dismael era de gran fuerza, y abrazándose con el caballero del sepulcro le dijo:

—Si Dios quisiere, yo no entraré en él.

Y así, anduvieron gran pieza a brazos. Dismael sentía muy crecida pena, por quanto el caballero quemaba como si una brasa fuese, y como junto a Dismael andaba, calentáronsele tanto las armas, que a grande afán sostenía la vida. El caballero ponía todas sus fuerzas por echar a Dismael en el sepulcro, y Dismael asimismo se trabajaba por echar al caballero que en él había hallado. Así

anduvieron una pieza; como Dismael se vio tan cercano a la muerte por razón de la mucha calor que las armas le daban, creciole el corazón, y tomando nuevas fuerzas alzó el caballero del suelo tan alto que dio con él en el sepulcro, y como el caballero fue dentro, repentinamente el sepulcro desapareció y en lugar dél apareció un padrón, y en él unas letras que decían así:

Pues que la ventura te fue tan favorable que al caballero del sepulcro las tus grandes y crecidas fuerzas fueron bastantes de echar a los Infiernos, adonde para siempre arderá, sabrás que este caballero era el rey de Tigilafe, que a la reina de Armenia puso en el afán grande que ya oístes; y desde que murió hasta el tiempo que has visto tuvo Dios por bien que en ese sepulcro y en este lugar padeciese las más crueles penas que pensar se pueden. Y agora te ve, pues ya has dado fin a esta aventura.

Dismael fue muy espantado en ver lo que las letras decían. Y luego se salió de la cueva, y entrando en el angosto camino anduvo por él a gran paso en busca de su caballo, y en todo él no le halló hasta que salió de entre las dos rocas, y como allí fue, vió que por la floresta andaba, y tomándole, subió en él y tornose a la senda. Y no anduvo mucho por ella cuando vio venir un caballero armado de todas armas, y cuando cerca llegaron el uno del otro, Dismael lo saludó. El caballero le habló, sin le volver las saludes, diciéndole:

—Caballero, ¿por ventura habéis sabido quién da las temerosas voces?

—Sí sé —dijo Dismael.

—¿Por dónde lo sabéis vos? —dijo el caballero.

—Selo —dijo él— porque lo vi.

—Luego ¿acabada es el Aventura de las Rocas?

—Sí es —dijo Dismael.

—Y ¿quién le dio cima? ¿Por ventura fuistes vos el que la acabó?

—Sí —dijo él.

—Pues por la fe que mantengo que sois agora en la batalla conmigo, por razón que esta Aventura de las Rocas ha gran tiempo que para mí estaba guardada; y para que yo la gloria que mía era no la pierda conviéneme hacer batalla con vos, y feneciendo los vuestros días, claramente se dirá que yo soy el que la Aventura de las Rocas acabé.

Como Dismael oyó hablar al caballero ríose a manera de desdén, diciendo:

—Señor caballero, y ¿qué cuánta daréis vos de la aventura que acabastes, no viendo ni sabiendo cosa alguna della que contar pudiésedes?

—Eso —dijo el caballero—, antes que el alma te salga del cuerpo yo te daré tal pena que tu ternás por bien de me dar cuenta de todo lo que en la aventura pasaste.

—En el nombre de Dios —dijo Dismael— sea luego la batalla, porque tengo mucho que hacer en otra parte

El caballero le dijo:

—Y ¿cómo? ¿Tan libre piensas salir de mis manos? Bien parece la poca noticia que de mí tienes.

Y diciendo esto, el caballero tomó su lanza y embrazó su escudo. Dismael le dijo:

—No nos conviene justar, por cuanto yo no tengo lanza, que la perdí en otra justa.

—No curo de nada deso —dijo el caballero—, ca si amparar no os quisiéredes, encontraros he por donde pudiere.

—No lo hacéis a guisa de buen caballero, pues queréis justar viéndome a mí sin lanza.

—No vos tienen pro³³⁹ esas palabras que me decís.

Y diciendo esto se apartó de Dismael ya cuanto, y poniendo las espuelas a su caballo le vino a encontrar. Dismael se cubrió bien de su escudo y en él recibió el encuentro; el caballero quebró su lanza y luego echaron mano a las espadas. Dismael que muy enojado era dél, le comenzó a herir de tan duros y pesados golpes, que el caballero fue puesto en mucho pavor, porque cuanto había que caballero era, nunca tan desmesurados golpes resbió, y asimismo él hería muy a menudo a Dismael; pero no le avino como él lo pensó. Sabed que Dismael le hería de tal manera que cada golpe que a derecho le daba no le aprovechaba armadura que trujese que la carne y los huesos no le cortase. Ya pieza había que se combatían; el caballero, que mal herido andaba, y asimismo muy cansado, dijo a Dismael:

—Caballero, si por bien lo tuviéredes, descansemos un poco del trabajo pasado.

Dismael le respondió diciéndole:

—No conviene tomar reposo quien tanta voluntad tiene de ganar honra.

Y diciendo esto le acometió con tanta fuerza, dándole tal golpe encima del yelmo, que se le torció y el caballero estuvo por caer; pero como era tan amigo de vencer y no ser vencido, esforzose lo mejor que pudo; y Dismael que tal le vio, muy presto le tornó a herir en la cabeza, por manera que se la hendió y el caballero cayó en el suelo. Dismael fue sobre él; desenlazándole el yelmo, vio que aún no era muerto, y díjole:

—Caballero, mucho os ruego que me digáis si sois cristiano o moro.

El caballero le respondió «moro», y callose (que no pudo más hablar). Como Dismael entendió que moro era, muy presto le cortó la cabeza, diciendo:

—Pues que así es, bien será que vais al Infierno a contar cómo os fue en la Aventura de las Dos Rocas.

Y limpiando su espada la metió en la vaina y se fue para su caballo, y subió en él y se fue su camino hasta que de la senda salió; y como por la floresta fue vio estar a la fuente el escudero que lo guio. Dismael se fue para él, y como el escudero le vio, muy presto se levantó diciéndole:

—¡Ay, buen caballero! Decidme, ¿cómo os avino en la Aventura de las Rocas?

—Fueme muy bien —dijo Dismael.

El escudero le dijo:

—¡Ay señor caballero, que cuando yo vi vuestro caballo sin señor cuidé que muerto érades, y tanta voluntad tenía de me volver, que casi no vía el camino! Decidme, ¿qué fue de un caballero que en la senda entró?

—Muerto queda —dijo Dismael.

—¡Oh Mahoma! —dijo el escudero—. Y ¿quién lo mató?

—Su soberbia —dijo Dismael—. Dime quién es, si lo tú conoces.

³³⁹ Suplo ‘pro’ (186r).

—Conozco —dijo el escudero—, que ha nombre Zadamón. Es de la corte del Soldán, caballero preciado, aunque era muy soberbio.

Dismael le dijo:

—Quédate, que yo me voy.

—Señor caballero —dijo el escudero—, yo os ruego mucho que me contéis quién daba aquellas temerosas voces.

Dismael se lo contó, el escudero fue grandemente espantado, y dijo a Dismael:

—¡Oh Mahoma, y si yo alcanzase tanta gracia con vos que me tomásesedes en vuestro servicio!

—Eso no lo querrás tú —dijo Dismael—, por cuanto yo soy cristiano y tú eres moro.

—Mi señor —dijo el escudero—, verdad es lo que decís, que yo soy moro; pero yo prometo a Alá de os servir tan bien y lealmente como si de vuestra ley fuese.

Como Dismael a la sazón andaba sin escudero (que Astilau era ido al reino de Armenia), díjole:

—Ven comigo, que yo te haré la compañía que tu buen deseo meresce.

El escudero subió en su palafrén y muy contento se fue en su compañía de Dismael.

Ya os contamos cómo Astilau se partió para el reino de Armenia; él llevaba gran cuidado de lo que su señor le mandó. No tardó mucho tiempo cuando fue en el reino de Armenia y en la misma ciudad adonde a la sazón la reina estaba, y un día a hora de nona, acabando la reina de comer, entró por el palacio Astilau, y como ella lo vio, luego lo conoció y con mucha alegría le dijo:

—Astilau amigo, ¿qué venida es ésta?

Él se le humilló, y besándole³⁴⁰ las manos le dio la letra que de su señor llevaba, y la reina le preguntó por el infante y de aquellos caballeros que de su corte se habían partido. Astilau le dijo:

—Del infante ni de aquellos caballeros no sabré dar nueva alguna, porque como de aquí fueron, muy pocos días estuvieron en casa de Benzaíme, que luego el infante se partió en la demanda de los padres de la princesa Bellaestela y todos los caballeros se partieron a buscar las aventuras, por manera que no sabré dar razón a vuestra alteza más de lo que dicho tengo.

La reina le dijo si se había luego de partir, él le respondió que no, que allí entendía descansar algunos días del trabajo pasado del largo camino que había traído. La reina se levantó de ahí a poco rato y se entró en su cámara, y abriendo la letra, vio que decía así:

Dismael de la Roca, príncipe de Macedonia, a ti serenísima reina Libida, salud a tu real persona deseas. Habiéndome puesto en la cumbre aquella adversa y variable Fortuna dándome mayor título que yo alcanzar pudiera, que sin merescimientos míos vuestro caballero me pudiese llamar, usando de su propia condición, que es no dejar las cosas en su ser, repentinamente, como vistes, de vuestra presencia me apartaron, siendo robados aquellos caballeros

³⁴⁰ 1587: ‘besando’ (186v).

y yo por el sabio Benzaíme, donde me será forzado estar algún tiempo. Y pues la ventura me ha sido tan contraria que así me haya privado de la vuestra presencia sin que palabra os pudiese hablar, a la vuestra merced pido siempre de mí tenga memoria, acordándose de lo que padezco forzosamente privado de vuestra vista, sin la cual jamás seré alegre hasta ver lo que mi deseo de vuestro servicio ante vuestra excelencia merece.

Como la reina acabó de leer la letra y vio lo que en ella venía, dijo:

—¡Ay buen caballero, cómo fuistes arrebatado delante mis ojos sin que palabra alguna os pudiese hablar!

Y como esto dijo mostró el semblante muy triste. Una doncella, que sabía como Dismael amaba a la reina, le dijo:

—Mi señora, no es agora tiempo sino de mostrar mucha alegría, pues sabemos nuevas de aquellos caballeros; y la vuestra merced sea de escrebir luego, por que Astilau se parta.

Beliana (que así había nombre la doncella) le dio tinta y papel, y la reina escribió y cerró su letra y sellola con las armas de Armenia, y diola a Beliana y díjole:

—Amiga, daréis esa letra a Astilau.

Ella la tomó, y otro día por la mañana Astilau vino a la cámara de la reina y Beliana le dio la letra. Él besó las manos a la reina, ella le dijo que fuese con la buena ventura, y así, se salió de palacio y tomó su camino para la corte del Soldán de Babilonia, donde entendía hallar nuevas de su señor.

Capítulo LXXXII

De cómo yendo el infante Lucescanio en compañía de la reina de Siria encontró con un caballero y de lo que con él le acaeció.

YA os habemos contado cómo el infante Lucescanio mandó a los marineros que guiasen hacia el reino de Siria. Luego ellos hicieron su mandado, y fueles el tiempo tan próspero, que muy presto llegaron en salvamento en un puerto del mismo reino que había nombre de Malabrela, y allí desembarcaron y sacaron el cuerpo del rey y pusieronlo en unas andas todas cubiertas de un paño de duelo, y la reina fue en otras de la misma manera, y las dueñas y doncellas en sus palafrenes, asimismo todas cubiertas de duelo.

Yendo de la manera que oído habéis, un día a hora de vísperas vieron venir un caballero por un camino armado de ricas y muy lucentes armas y dos escuderos en su compañía; el uno le traía la lanza y el otro el escudo. El caballero se vino paso a paso contra el infante. Traía el yelmo quitado, por la calor que hacía grande; el caballero era mancebo y de hermoso rostro. Como junto al infante se vio mirole las ricas armas que traía, y asimismo vio las velas de oro de que las armas estaban sembradas, y como aquella devisa vio fue muy turbado, y tanto, que todos conocieron en su rostro el alteración que había recibido. Y estúvose un poco mirando al infante, y cuando bien lo hubo visto, díjole:

—Caballero, por la fe que a Dios debéis y a la cosa del mundo que más amáis, que me digáis por qué traéis esa divisa en vuestras armas.

El infante que se vio conjurar por la cosa del mundo que más amaba, le dijo:

—Caballero, la divisa que yo en mis armas traigo es por la más hermosa doncella que hay en el mundo.

—Decidme, ¿cómo ha nombre?

—Eso no diré yo —dijo el infante—, por cuanto a vos no os tiene pro.

—Señor caballero —dijo él— mucho os ruego que me lo digáis, porque me conviene saberlo.

—Sabedlo vos como quisiéredes —dijo el infante—, que ya desta vez de mí no sabréis cosa alguna.

—¿No? —dijo el caballero—. Pues para Sancta María en la batalla sois comigo y forzosamente haréis lo que a mí saber conviene.

—Eso haré yo de grado —dijo el infante— antes que deciros lo que me preguntáis.

El caballero enlazó su yelmo y embrazó su escudo y tomó la lanza de su escudero. El infante hizo lo mismo, y tomaron campo lo que les hizo menester y viniéronse a encontrar tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas. El infante perdió ambas las estriberas, y cayera si no fuera tan vivo de corazón que muy presto las tornó a cobrar, y fue muy espantado del encuentro que recibió, ypreciaba mucho al caballero. Pero el caballero que el encuentro del infante recibió, fue por las ancas del caballo al suelo, y como era ligero y uno de los buenos que a la sazón en el mundo había, muy presto se levantó corrido de lo que le había acaecido, y embrazó su escudo, y tomó su espada en la mano y así se vino para el infante, que atendiéndole estaba, y díjole:

—Caballero, yo perdí mi caballo por ventura: no fue a culpa mía. Pero comoquiera que sea, a pie me conviene hacer mi batalla.

El infante le respondió:

—Atended, que dejar quiero mi caballo, por cuanto os tengo por uno de los buenos caballeros que hasta hoy he visto; y porque os conozco por tal, no quiero hacer batalla con vos con ventaja alguna.

Y diciendo esto dejó su caballo y viniéronse a herir de las espadas. Estraña cosa era de los ver: tan grande era el ruido de las armas, que no parecía sino que diez caballeros se combatían de cada parte. Una pieza se combatieron que no se conocía cuál llevaba lo mejor de la batalla, en este tiempo traían las armas rotas y las lorigas desmalladas y sus carnes por muchos lugares despedazadas, el suelo cubierto de las rajadas de los escudos, y asimismo de la sangre que de las llagas que se habían hecho les salía. La reina y todos los que con ella iban eran muy tristes por ver aquella batalla, que temían que aquellos caballeros no podían escapar sino muertos o mal heridos. Entonces los caballeros se tiraron afuera por tomar algún poco de descanso, ca muy fatigados³⁴¹ andaban. Cada uno se arrimó a la manzana de su espada, y en poco espacio que allí estuvieron todo el suelo adonde estaban se cubrió de sangre, y aún en este tiempo no se conocía ventaja alguna entre los dos. El infante dijo:

³⁴¹ 1587: 'fa-[tidos' (187v).

—¡Ea señor caballero, volvamos a nuestra batalla, que perdemos mucha sangre!

Así, tornaron de refresco aquellos dos preciados caballeros y comenzáronse a herir muy a menudo y de grandes golpes; pero como el infante era muy ligero y no quería para sí lo peor de la batalla, aquejaba mucho al caballero, y heríale tan a menudo que claramente se parescía la mejoría de la parte del infante; y como él sintió en el caballero alguna flaqueza aquejábale mucho, y tanto, que en poco rato lo traía a su voluntad. Como el caballero conoció en sí que le iba muy mal, alzó su espada y dio tal golpe al infante en el siniestro brazo, que una gran llaga le hizo; pero no tardó mucho cuando llevó otro golpe en pago del que había dado encima del hombro, que gran parte dél le cortó, y fue tal la herida, que el espada se le cayó de la mano. Como el infante tal le vio fue para él, y trabándole del brocal del escudo le dijo:

—Ya veis la poca defensión que hay en vos, y sois muerto si no os otorgáis por vencido.

—Sandio sería yo si lo no hiciese viéndome al punto de la muerte. Mi vida bien se puede acabar, pero mi dolor jamás de mi corazón saldrá en no tener poder para saber lo que tanto deseaba.

El infante hubo duelo dél (que lepreciaba mucho por su buena caballería), y díjole:

—Señor caballero, yo os ruego que me digáis quién es aquella señora que vós amáis. Y diciéndome lo que os pregunto, sabréis lo que tanto deseáis.

El caballero le dijo:

—Por quien yo casi tengo la vida perdida es mi señora la infanta Belandia de Tracia.

—Señor caballero —dijo el infante—, mucho os ruego que del todo seáis alegre, que por quien yo esta divisa traigo es la princesa del Monte Libeo; y esto os he dicho por que sepáis que tengo en mucho vuestra persona, sin saber quién sois.

El caballero se le humilló lo mejor que pudo, y le dijo:

—Quién yo soy no lo quiero negar, ca sabed que he nombre don Bernay, príncipe de Gratamur.

Como el infante vio la persona que era, díjole:

—Señor don Bernay, no es tiempo que más aquí nos detengamos, ca habemos muchas heridas y vásenos mucha sangre.

Luego vinieron los escuderos, y lo mejor que pudieron apretaron las heridas a sus señores, y subieron en sus caballos y fuéreronse adonde la reina estaba. Ella los recibió lo mejor que pudo (ca la su gran tristeza no daba lugar a que alegría mostrarse), y díjoles:

—Mucho he holgado en ver la vuestra amistad. Decidme, ¿quién es este caballero?

—Es príncipe de Gratamur, persona que se debe mucho honrar por su alta caballería.

La reina holgó en saber quién el caballero era, y dijo:

—Vamos lo más presto que ser pudiere, que me semeja que habéis bien menester quien de vuestras heridas os cure.

Así, comenzaron a caminar. Don Bernay preguntó al infante cómo iba aquella reina con tanto duelo, y asimismo le preguntó quién iba en aquellas andas. El infante le contó todo lo que oído habéis del hecho de la reina; él se maravilló de oír tan gran traición. Y así, fueron su camino hablando en esto y en otras cosas hasta que llegaron a un lugar, no grande, pero en él a la sazón había un maestro de curar llagas, y los caballeros fueron curados y allí se detuvieron cerca de quince días hasta que estuvieron buenos para poder caminar. En este tiempo tornaron a su camino, y en llegando a Siria dieron sepultura al cuerpo del rey, y asimismo el infante Lucescanio y don Bernay dieron la muerte a Direndor y a su hijo haciendo batalla con ellos, las cabezas de los cuales trujeron para que la reina las viese. Ella tomó algún conhorte en ver que ya aquellos traidores eran muertos. Allí se detuvieron aquellos caballeros algunos días; don Bernay rogó muy ahincadamente al infante tuviese por bien de le decir quién era, él hizo su ruego; don Bernay se le humilló y le dijo:

— Agora me tengo por bienandante en ser vencido por la mano de tan buen caballero como lo vos sois.

El infante lo abrazó, y de allí se fueron y pidieron licencia a la reina para se ir, y ella se la dio, rogándoles muy ahincadamente, que si a Liramante de Siria topasen, le hiciesen saber el gran daño que al reino de Siria había venido con la muerte de su padre el rey Tinablante. El infante le dijo:

— Nós por agora no le toparemos, por cuanto somos en tierra de cristianos; pero quien hallarle quisiere, de hoy en diez meses estará en la corte del Soldán de Babilonia, porque él y otros caballeros prometieron de estar allí un día señalado.

La reina se lo agradeció, y dijo que allá lo entendía de enviar a buscar. Los caballeros se armaron y se despidieron de la reina; ella los encomendó a Dios, y así, se salieron del palacio y anduvieron juntos bien seis millas. El infante dijo a don Bernay:

— Mi buen señor, en la demanda que yo traigo conviene andar solo, que Dios sabe cuánto a mí me era agradable la vuestra compañía.

A don Bernay le pesó de oír al infante, porque tenía en mucho andar con él, viendo sus grandes hechos, y díjole:

— Mi señor Lucescanio, si os pluguiere, decidme, ¿en qué demanda andáis?

— Ésa os diré yo de grado —dijo el infante—, pues que yo os tengo por mi verdadero amigo. Vos, mi buen señor, sabréis que la señora de mi corazón es la princesa Bellaestela, hija del rey del Monte Libeo, y ha grandes y muchos tiempos que el rey y la reina Pardabela están encantados y no saben en qué parte. Yo prometí a mi señora Bellaestela de no parecer ante la su merced hasta que de sus padres supiese. Yo, mi señor, os he dado cuenta de mi vida: mirad si tengo razón de vivir muy ledo no teniendo poder de ver a aquella que manda mi corazón.

Y diciendo esto, don Bernay hubo mucho duelo dél, y díjole:

— Mi señor Lucescanio, ¿cuánto ha que no habéis visto a la princesa?

— Grandes tiempos son pasados que estoy ausente de la su vista.

— Mucho os ruego, mi buen señor, que me digáis en qué parte está.

— En el palacio del rey de Romanía —dijo el infante.

— Mi señor Lucescanio, si la vuestra merced es servido de escribir, yo mismo le llevaré la letra, si sentís que de la princesa será bien recibida.

El infante se lo agradeció mucho, y le dijo que, pues tan buen aparejo hallaba, que él acordaba de escribir. Y en esto fueron hablando hasta que llegaron a un lugar, y allí estuvieron aquel día, y el infante escribió la letra y diola a don Bernay. Otro día de mañana los caballeros se armaron y subieron en sus caballos y de allí se partieron, el infante en su demanda y don Bernay para el reino de Romanía.

Ya os contamos cómo Astilau se partió de la reina de Armenia; tomó su camino para Babilonia y anduvo mucho tiempo sin hallar cosa alguna que el camino le estorbase. Ya que estaba en tierra de moros, yendo un día por una vega rasa, algo lejos de donde él estaba vio dos caballeros que reciamente se combatían. Astilau se fue hacia ellos por ver el fin de la batalla, y cuando junto llegó vio que el uno de los caballeros era Dismael de la Roca su señor. Estrañamente fue ledo cuando lo conoció, y paró mientes en la batalla y vio que su señor llevaba lo mejor, y desto dio él muchas gracias a Dios. Astilau se llegó a los escuderos y rogoles muy ahincadamente le dijese por qué razón aquel caballero hacía su batalla.

—Por razón —dijo el escudero— que aquel caballero quiso saber de mi señor si era moro o cristiano.

—Y ¿cuál de los caballeros es vuestro señor?

—Es Dismael de la Roca —dijo el escudero.

En este tiempo ya el caballero que con Dismael se combatía no entendía en otra cosa sino en se amparar los grandes y desmesurados golpes que Dismael daba; tantas heridas tenía y tanta sangre le salía, que le falleció el corazón y dio consigo en el suelo. Dismael fue sobre él por le cortar la cabeza, y quitándole las enlazaduras le puso la punta del espada en la garganta diciéndole:

—Caballero, muerto eres si por vencido no te otorgas.

—Ay señor caballero, merced de la vida os demando, que no me matéis, que por vencido yo me otorgo!

—Ha de ser con tal condición —dijo Dismael— que no curéis más de hacer fuerzas a los caballeros andantes.

—Yo lo prometo —dijo el caballero.

Dismael lo dejó, y limpiando su espada la metió en la vaina; y él que dio la vuelta a mirar por su escudero, vio a Astilau, el cual se humilló ante él, y besándose las manos le dijo:

—En todo me hizo Dios dichoso, que no pensé hallar tan cedo a la vuestra merced.

Dismael estaba tan ledo de haber encontrado con Astilau, que aína saliera fuera de sí, y díjole:

—Amigo, ¡qué buena ventura fue la mía en encontrarme por esta vega!, que si aquí me erraras, cuido que no me hallaras hasta que fuera en la corte del Soldán.

—A Dios merced —dijo Astilau— que tan bien me guio que muchas veces estuve por no llegar adonde la batalla se hacía por no me detener. Después pareciome que era mal hecho en no ver la fin que los caballeros habían.

—Déjate de eso —dijo Dismael—. ¿Traesme recado de la reina mi señora?

—Sí —dijo Astilau.

—Atiéndeme un poco; subiré en mi caballo.

Luego el otro escudero se lo dio. Y Dismael mandó a Astilau que junto con él se fuese por le poder preguntar lo que con su señora había pasado, y dijole:

—Dime, amigo, ¿cómo recibió la letra?

—Con mucha alteración que en su rostro mostró, y díjome que por la mañana volviese por la respuesta.

—Dame la letra —dijo Dismael.

Astilau se la dio; él la tomó, y besándola muchas veces, la abrió y vio que decía así:

Libida, reina de Armenia, a ti Dismael de la Roca, príncipe de Macedonia, salud y victoria contra tus enemigos te desea. En tiempo de mucha soledad y tristeza me dieron una letra tuya, y aunque en saber de tu salud recibí algún conhorte, viniéndome a la memoria la partida de mi reino tan acelerada de aquellos caballeros y tuya, no tuve tanto sufrimiento que mis ojos no diesen testimonio de lo que mi corazón sintió acordándome como vi mi palacio acompañado de tales y tan preciados caballeros. Estando a la sazón tan ajena de todo placer, sé cierto que vivo descontenta; y sabiendo esto, es razón que, pues huye de mí, a ti te acompañe. Y esto te baste para creer que recibo mucho placer en saber que gastas tu tiempo en mi servicio. Yo te ruego tengas por bien, cuando para ello lugar tuvieres, de visitar este reino, porque tu vista dará en él entera alegría.

Como Dismael acabó de leer la letra dijo:

—¡Oh mi señora, y en cuánto deseo soy puesto de la vuestra vista! De aquí prometo lo más presto que pueda ser en el reino de Armenia para siquiera gozar de la vista de aquella que sin ella no puedo vivir!

Así fue Dismael todo aquel día, que jamás Astilau dél se apartó. Y dejarlos hemos por contarnos de lo que a Lustrandor acaeció.

Capítulo LXXXIII

De lo que a Lustrandor acaeció con la hermosa Merodiana, reina de Palestina.

OÍDO habéis cómo aquellos caballeros se partieron de casa del gran sabidor Benzaíme. Todos ellos acabaron grandes aventuras por aquellas partes. Lustrandor se salió de tierra de moros y anduvo algunos días por la de cristianos, y su buena ventura lo guio al reino de Palestina, adonde a la sazón era reina la hermosa Merodiana, hermana de la princesa Bellaestela, y vio a todas las gentes dél que eran muy tristes y andaban como personas que gran cuita tenían. Lustrandor llamó a un hombre de los de la villa en que él estaba, y díjole:

—Amigo, mucho te ruego que me digas qué es la causa por donde todas estas gentes deste reino muestran demasiada tristeza.

El buen hombre le miró y dijo:

—Caballero, porque me semejáis extraño os quiero decir lo que deseáis. Sabed que la reina nuestra señora, que ha nombre Merodiana, es muy maldoliente, y tiene tal enfermedad que no puede ser guarida sino con una yerba que su propio nombre es «Da la vida», y no hay en este reino tan preciado caballero que en su poder haber la pueda, y a esta causa es llegada a punto de muerte.

—La reina ¿es anciana? —dijo Lustrandor.

El hombre le respondió:

—Habrá diez y siete años. Es la más hermosa doncella que hay en estas partes.

—Agora me decid —dijo Lustrandor—. ¿en cuyo poder está la yerba?

—Está en poder de una fada, y porque la reina no quiso tomar por marido a un caballero que ella le daba, dice que sin duda ninguna antes que la yerba de su poder saque, ella morirá. Muchos caballeros han ido por la traer, pero dellos mueren y dellos vienen mal heridos. Y a esta causa, mi buen señor, es la nuestra tristeza grande por la buena señora que perdemos.

—Decidme, ¿a qué parte está esa fada que la yerba tiene?

—Hace su habitación en un áspera montaña —dijo él— que es en las partes de Alidón.

Lustrandor se calló, que no le quiso más hablar de cuanto le dio muchas gracias por la cuenta que le había dado de lo que le preguntaba. Y despidiéndose dél tomó su camino para la ciudad adonde a la sazón la corte estaba, y en pocos días llegó a ella y fuese para el palacio de la reina por la ver, si pudiese. Cuando en él subió halló en una sala hecho un rico y muy preciado lecho, y en él estaba echada la hermosa reina Merodiana; era tanta la su flaqueza, que semejaba estar muy cercana a la muerte; en torno del lecho estaban muchas dueñas y doncellas de alta guisa, las manos puestas en las mejillas, llorando muy agramente. Lustrandor hubo mucho duelo dellas, y más de la reina, ca le semejaba, aunque muy flaca estaba, que era de tierna edad y muy hermosa. Y llegándose al lecho le quiso besar las manos; pero la reina lo mejor que pudo las tiró afuera diciéndole:

—Decidme, caballero, quién sois, que me semeja que venís armado.

Lustrandor le dijo:

—Mi señora, quienquier que yo sea, soy venido aquí para os servir.

—Ya —dijo ella— pocos servicios me hacen menester, según soy llegada a la muerte.

—Mi señora —dijo Lustrandor—, yo soy venido aquí para que la vuestra merced me dé licencia y mandarme que yo vaya por la yerba con que seáis guarida.

—¡Ay buen caballero —dijo la reina—, de Dios hayáis el galardón del buen deseo que tenéis! Pero ya estoy determinada de aguardar la muerte y no ser causa de que tanto buen caballero pierda la vida. El deseo que de servirme mostráis os agradezco mucho; y si en esta tierra necesidad alguna tenéis, aquí se hará lo que menester hubiéredes.

Lustrandor le respondió:

—La necesidad que yo, mi señora,³⁴² al presente tengo es ver la vuestra merced con entera salud. Y por tanto, luego me quiero partir, que me semeja que es mucho menester. Yo, mi señora, voy a las montañas de Alidón, y si allí muriere, la mi muerte se podrá llamar vida, pues muero en servicio de la más hermosa doncella que yo sé.

La reina no le respondió cosa alguna, ca estaba con mucha pasión. Lustrandor se llegó al lecho y le besó las manos, y luego salió del palacio y subió en su caballo. Diose la³⁴³ mayor prisa que pudo a su camino, tanto, que en pocos días llegó a las montañas de Alidón, y a la sazón vieron salir de entre unas matas un hombre anciano. Como Lustrandor lo vio, díjole:

—Amigo, ¿sabréis decirme hacia qué parte por aquí hace su habitación una fada?

—Sí —dijo el anciano—, que mi señora es. Yo os llevaré a la su morada, que bien cerca es de aquí. Señor caballero, ¿traéis alguna necesidad? Esto digo porque es persona que sabe mucho en las artes y viénenla a buscar de muy lueñas tierras.

Lustrandor le dijo:

—Amigo, la necesidad que yo de la fada tengo es que en el su poder tiene una yerba que ha nombre, «Da la vida», y querría haber.

El anciano le dijo:

—¡Ay señor caballero, que vos debéis de ser de la reina Merodiana y vuestro afán es perdido! Ca sabed que esa yerba tiene en su poder un caballero que ha las armas encantadas, y todos cuantos hoy son en el mundo no tienen poder para lo vencer: tanto es fuerte con la fuerza de los encantamientos. Yo os aconsejaría que os tornáedes, porque no hay caballero, por valiente que sea, que contra los encantamientos tenga poder.

—Vos decís gran verdad —dijo Lustrandor—. Pero grande es el poder de Dios, que la su voluntad es que aquella hermosa reina no muera. Guiadme a la morada de vuestra señora.

—Pues que así lo queréis, seguidme.

Y así, movieron él y Lustrandor, y no anduvieron mucho cuando vieron un castillo; el anciano le dijo:

³⁴² 1587: ‘señor’ (189r).

³⁴³ Suplo ‘la’ (189r).

Señor caballero, veis aquí la morada de mi señora. A Dios seáis encomendado, que yo me voy, que tengo que hacer en otra parte.

—Id a la buena ventura —dijo Lustrandor.

Y fuese para el castillo y halló las puertas abiertas, y entró dentro y mandó a su escudero que llamase, y parose una doncella a un corredor; Lustrandor le dijo:

—Señora doncella, ¿es aquí la señora del castillo?

—Es —dijo ella—. ¿Qué demanda es la que traéis?

Lustrandor le dijo:

—Mucho os ruego que le digáis que está aquí un caballero estraño que la desea hablar.

Ella le dijo:

—Atended, que yo la haré venir aquí.

Y así, se quitó y se fue para su señora y dijo el recado. La fada se levantó y se vino al corredor, y como vio a Lustrandor, díjole:

—Caballero, ¿qué es lo que en estas montañas buscáis?

—Yo, mi buena señora —dijo Lustrandor—, vengo en la vuestra demanda, por cuanto yo he sabido que es en el vuestro poder una yerba que ha nombre «Da la vida». Pues vos, señora, la tenéis, mucho os ruego, por lo que debéis a caridad, que me la mandéis dar, que en pago os daré cuanto vos mandáredes.

La fada lo miró y le dijo:

—Vos, caballero, ¿venís por ventura de parte de la reina Merodiana?

—Vengo —dijo Lustrandor.

—Ya yo tenía pensamiento que la reina era muerta, porque ha gran tiempo que yo no he visto caballero de su casa.

—Ella es viva, y vivirá con el ayuda de Dios y con la vuestra.

—Con la mía —dijo la fada— ella será muerta lo más cedo que yo pudiere.

Lustrandor fue muy airado en oír a la fada hablar contra la reina tan desmesuradamente, y díjole:

—¿Alcanzaré yo tanto de vos que haya la yerba en mi poder?

—Habréis vos —dijo la fada— lo que los otros caballeros que por ella han venido llevaron, que fue, dellos muertos y dellos malamente heridos.

—Pues que en vos hallo tan poca mesura —dijo Lustrandor—, decidme adónde es la yerba, que yo la sacaré del poder de quien la tiene, y a vos os daré aquellas gracias que vuestra mesura merece.

—Mucha gana tenéis de salir del mundo —dijo la dueña.

—Mayor la tengo —dijo Lustrandor— de tomar la emienda de quien tanta crueldad tiene como vos.

La fada le dijo:

—Si la yerba quisieredes, entraos por esa pequeña puerta, y allí hallaréis un hermoso jardín y dél cogeréis la yerba que tanto deseáis. Y por que en entrando paréis mientes en ella, mirá cuánto os deseo servir, es una yerba que veréis en una parte cercada con unas varas de plata.

—Yo os lo agradezco —dijo Lustrandor—. Todo se pagará junto las mercedes que yo en el vuestro castillo hoy recibiré.

Y diciendo esto descendió del caballo y entrose por la pequeña puerta, y halló luego una angosta entrada y guio por ella, y cuando a la otra parte fue hallose en

un muy hermoso jardín. Él comenzó a mirar por la yerba y viola a una parte del jardín y fuese para ella; y como junto llegó, oyó que le daban voces. Lustrandor volvió la cabeza y vio un gran caballero armado salvo las manos y la cabeza; era mancebo y de gentil compostura de rostro, y dijole:

—Caballero, no seáis osado de llegar a la yerba; si no, costaros ha la vida.

—Si más no me cuesta —dijo Lustrandor—, ya desta vez no dejaré de la tomar.

Y diciendo esto echó mano a su espada y arrancó la yerba, y muy presto la metió entre el armadura del pecho y dio la vuelta para se salir. En este tiempo ya el caballero juntaba con él aparejado para entrar en batalla, y dijole:

—Atended, caballero, no penseís tan ligeramente llevar la yerba; que creo yo que en recompensa del daño que habéis hecho perderéis la vuestra cabeza.

Y diciendo esto embrazó su escudo y echó mano a su buena espada y vínose para Lustrandor, que ya lo estaba atendiendo bien cubierto de su escudo. Así, se comenzaron a herir de duros y muy pesados golpes. Los dos se daban tanta priesa, cada uno por dar fin a la batalla, que era cosa extraña de los ver. Lustrandor era valiente y de gran fuerza, y asimismo ardid de corazón; pero todo su ardimento y fuerza no le valía nada contra aquel caballero, que sabed que los pesados golpes que él daba no hacían mucho daño, ni nada al caballero, por razón de las armas encantadas que traía. Lo que no hacía Lustrandor, que no le acertaba el caballero golpe a derecho que las armas y la carne no le rompiese, ca la espada del caballero era asimismo encantada como lo eran las armas, y cortaba muy ligeramente por donde alcanzaba, y si Lustrandor no fuera tan ligero como era (que muchos golpes hacía perder al caballero) ya fuera muerto, según lo mucho que había durado en aquella batalla.

Lustrandor revolvía en su pensamiento qué medio ternía para se librar de aquel caballero, y no halló ninguno sino morir a sus manos antes que parecer ante la reina no llevando aquello que a su salud convenía; y como ya se vio en tiempo de perder la vida, según andaba mal llagado, creciole el corazón, y Dios que lo guiaba, dio tal golpe al caballero que le quitó una armadura del brazo. Como Lustrandor vio el golpe que había dado fue muy ledo, y tuvo siempre ojo adonde la pieza de las armas le faltaba, para herirle por allí. El caballero encantado andaba muy sañudo en ver el brazo desarmado, y dábase mucha priesa por llegar su batalla al cabo; pero no le avino como lo él pensó, que Lustrandor lo hirió de tal golpe encima del brazo que desarmado tenía, que se lo cortó, y el brazo y el espada cayeron en el suelo. Como Lustrandor vio la merced que Dios le había hecho, soltó muy presto su espada y fuese al caballero y abrazándose con él lo echó en el suelo, y quitándole las enlazaduras del yelmo, le cortó la cabeza diciendo:

—Ya desta vez no serás causa con tus armas encantadas que tanto buen caballero muera.

El escudero de Lustrandor se llegó a él y le dijo:

—¡Ay mi señor, y cómo sois mal herido!

Lustrandor le dijo:

—Amigo, apriétame estas heridas lo mejor que podrás, que antes que de aquí salga tengo que ver lo que en este castillo está.

El escudero le apretó las llagas, y Lustrandor se tornó a armar y con su espada en la mano se salió por el castillo y se entró por una sala adonde halló a la fada

muy descuidada de lo que a su caballero había acaescido, y como vio a Lustrandor, díjole:

—¡Ay mal caballero! Y ¿cómo has tenido poder de salir de mi jardín? ¿Qué ha sido de mi buen sobrino?

—Él está dando cuanta del daño que a su causa los caballeros que aquí han venido en busca desta yerba recibieron.

—¡Ay captiva —dijo la fada—, y si eso es verdad yo soy muerta!

Esto decía ella dándose grandes golpes en el rostro; Lustrandor le dijo:

—Muerta no seréis desta vez; mas seréis en el poder de la reina Merodiana.

Cono Lustrandor esto le dijo, la fada se puso de hinojos ante él diciéndole:

—Señor caballero, por lo que debéis a la orden de caballería os pido que en todo hagáis de mí a vuestra voluntad, y no me llevéis ante la reina Merodiana.

—¿Vos no os acordáis —dijo Lustrandor— cuán afectuosamente os pedía la yerba para la salud de la reina y como no os distes nada por mi ruego? Pues sed cierta que esa gracia y medida hallaréis en mí que yo hallé en vos.

Y diciendo esto dijo a su escudero que buscase por el castillo la gente que había; él hizo su mandado, y cuando volvió díjole que en todo él no había sino gente de servicio. Lustrandor los mandó llamar, y como ante él fueron, díjoles:

—Esta dueña ¿tiene palafrén?

—Sí —dijeron ellos.

—Pues aparejalde luego.

Los hombres hicieron su mandado. Él mandó a la dueña que en él subiese, ella lo hizo llorando muy agramente. Lustrandor le dijo que no llorase, que en la reina hallaría todo buen tratamiento, ca era doncella muy mesurada.

—¿Qué tratamiento tengo yo de hallar en persona a quien con tanta voluntad procuraba la muerte?

—Por tanto, sabréis —dijo Lustrandor— que hay mucha diferencia de unas personas a otras.

Y diciendo esto, subió en su caballo y dijo:

—Vamos de aquí.

Y así, salieron del castillo. Llevaba en su compañía tres hombres de los que a la fada servían. Lustrandor les dijo que llevasen mucho cuidado de su señora, que por manera alguna no la perdiessen; si no, que fuesen ciertos que no pagarián sino con las vidas. Y ese mismo día a una hora de la noche llegaron a un lugar adonde Lustrandor fue curado de sus llagas, y los maestros le dijeron que le convenía detenerse allí algunos días.

—Eso no puede ser —dijo Lustrandor—, que va la vida a una persona ser yo en el reino de Palestina en breve tiempo.

—Pues moriréis si de aquí a tercero día no os detenéis.³⁴⁴

—Sí deterré —dijo Lustrandor—, pues al no se puede hacer.

Él y su compañía se detuvieron en aquel lugar hasta tercero día; y con grande afán (que muy mal herido estaba) se levantó, y armado subió en su caballo, y su escudero y la fada en sus palafrenes. Y así, tomaron su camino para el reino de Palestina y anduvieron algunos días sin que cosa alguna les acaeciese que el

³⁴⁴ 1587: ‘teneys’ (190v).

camino les estorbase. Yendo un día a hora de vísperas por un camino vieron venir por una falda de una floresta un caballero armado de todas armas en un caballo morcillo. Como la fada lo vio comenzó a dar grandes voces contra él diciendo:

—¡Ay señor caballero, por Dios merced, que me llevan forzosamente ante la persona del mundo que más mal me quiere, y cuando ante ella sea, no hará al sino darme la muerte! Este caballero me lleva forzosa por me hacer todo mal.

Como el caballero de la floresta esto oyó vínose para Lustrandor y dijole:

—Caballero, mal mantenéis la orden de caballería, en hacer pesar a dueña ni doncella: conviene que dejéis ir la dueña adonde la su voluntad fuere, ca no consentiré yo que forzosamente la llevéis.

—Caballero —dijo Lustrandor—, yo llevo la dueña con derecho, ca es la más alevosa que jamás vistes, que por su causa han perdido las vidas muchos caballeros. Por tanto, señor caballero, id vuestra vía y no curéis de acompañar la dueña, que yo os juro que lo no merece: tanto es desmesurada.

—No vos tiene pro —dijo el caballero—, que dejar os conviene la dueña, ca se me encomendó y no puedo dejar de la amparar.

—Pues que así es —dijo Lustrandor—, yo os hago cierto que voy muy mal herido: si batalla comigo quisiéredes hacer no os será bien contado estando yo como hombre tollido, que casi no puedo llevar las armas que comigo traigo.

—No vos aprovecha escusa alguna si la dueña no dejáis.

—Ésa no dejaré yo aunque cien vidas me costasen; pero en combatiros comigo no lo hacéis a guisa de bueno.

—Ya os tengo dicho —dijo el caballero— que no ha cosa por que hacer vuestro ruego si la dueña no ponéis en su libertad.

—Pues que así es, yo me defenderé mientras pudiere.

El caballero de la floresta tomó la lanza a su escudero, y Lustrandor hizo otro tanto, y apartáronse el uno del otro lo que fue menester y encontráronse de las lanzas y de los escudos de tal manera que fueron quebradas y ninguno fue movido de su caballo; y esto hizo la poca fuerza que Lustrandor tenía, y la causa dello era las muchas heridas que del caballero encantado había recibido. Luego echaron mano a las espadas y comenzáronse a herir como aquellos que mortalmente se desamaban, y así anduvieron hiriéndose un³⁴⁵ cuarto de hora. Los caballeros andaban mal heridos, y mucho más lo andaba Lustrandor, que con la fuerza que en la batalla había puesto, todas las llagas que el caballero encantado le había hecho le habían reventado sangre, por manera que tanta perdía que casi no tenía fuerza para se defender. Y como él vio que le convenía morir en aquella batalla (tanta flaqueza en su corazón y cuerpo sentía, según la mucha priesa que el caballero le daba) esforzose lo mejor que pudo, como aquel que poca esperanza tenía de su vida, y alzando su espada, dio tal golpe al caballero encima de la cabeza que le hizo una gran llaga, y tal, que de la mucha sangre que le salía toda la vista de los ojos se le quitó, por manera que no vía adónde Lustrandor andaba. Como él lo vio que andaba desatinado, diole otro golpe en el brazo derecho que la mano con el espada le echó en el suelo. Como el caballero de la floresta se viese con su mano perdida cuidó que era herido mortalmente, y cubriósele el corazón del gran

³⁴⁵ 1587: 'yn' (190v).

dolor que en la cabeza y en la mano sentía, y asimismo de otras llagas que de Lustrandor había recibido, y dio consigo en el suelo. Lustrandor fue sobre él, y quitándole el yelmo, sin más aguardar a que en sí tornase le cortó la cabeza.

Cuando la fada esto vio llamose captiva y que la su ventura era triste. Como Lustrandor hubo cortado la cabeza al caballero dio un golpe consigo en el suelo, del grave dolor que de las heridas sentía, que los que lo miraban cuidaron que muerto era. Como la fada así lo vio, llamó a muy gran priesa a los hombres que en guarda la llevaban, y dijoles:

—Amigos, miémbreseos que habéis comido mi pan, y habed duelo de mí y llevadme de delante³⁴⁶ este caballero, pues agora tenéis tiempo, que su escudero harto terná que hacer con él; y aun creo que es muerto, según la mucha sangre que pierde.

Los hombres le dijeron:

—Señora, vos nos perdonad, que por ninguna manera haremos vuestro mandado, ca tenemos gran temor de aquel caballero.

—No me llevéis vosotros —dijo la dueña—, sino dadme lugar a que yo me vaya.

—Eso no puede ser —dijeron ellos—, ca os puso en nuestra guarda, y si no diésemos buena cuenta de vos, a nós costaría la vida.

El escudero de Lustrandor tomó a su señor en los brazos, y quitándole el yelmo vio que estaba desmayado de la mucha sangre que había perdido, y no sabía qué hacer de sí. A muy gran priesa le echaba agua en el rostro para que tornase en su acuerdo, y en poco rato tornó y dijo:

—Amigo, yo soy herido de muerte: mucho te ruego que, si puedes, que me hayas consejo para mi ánima; y asimismo, después que yo fuere muerto, a muy gran priesa lleves esta yerba a la reina Merodiana.

El escudero de Lustrandor no hacía sino llorar viendo a su señor al punto de la muerte y no le poder remediar, y díjole:

—Mi señor, ¿no os esforzárdes para que al primer lugar os llevásemos?

—No —dijo él—, que siento gran desmayo en mi corazón.

Ellos estando en esto, no sabiendo qué hacer de sí en aquella tan grande necesidad, vieron venir una doncella por el camino en un palafrén. Ella se vino adonde Lustrandor estaba, y dijo a su escudero (que muy agramente estaba llorando):

—Buen escudero, ¿quién mató aquel caballero que allí yace?

—Matole este caballero —dijo el escudero de Lustrandor—. Y mal haya el que tanto daño por él vino a la Gran Bretaña; ca sabed, buena doncella, que acometió a mi señor estando muy mal herido.

—Buen escudero —dijo la doncella—, si vos me decís quién es ese caballero, yo os daré tales medecinas con que él sea luego guardado.

—¡Ay doncella! —dijo el escudero—. Por eso no quedara; tanto deseo tengo de su salud, que mucho daño sería si él muriese: este caballero ha nombre Lustrandor, es príncipe de la Gran Bretaña. Dicho os he lo que deseáis: dalde el remedio, si para ello tenéis poder, por que no muera.

³⁴⁶ 1587: ‘de deante’ (191r).

La doncella se apeó de su palafrén y hizo desarmar a Lustrandor, y sacó una bujeta que en la manga traía, y una redoma asimismo, y con la redoma lavó todas las llagas a Lustrandor, y con el ungüento que en la bujeta traía se las untó, y ligole muy bien todas las heridas. Así como Lustrandor fue curado, luego volvió en su acuerdo y dijo:

—¡Ay buena doncella, y cómo habéis dado la vida a quien no os ha hecho servicio alguno!

—Mi señor —dijo la doncella—, vuestra real persona merece que todo el mundo os sirva.

Lustrandor se maravilló mucho, y cuidó que la doncella lo conocía, pues lo hablaba de aquella manera, y preguntóle que de qué tierra era.

—Soy de Palestina —dijo la doncella—, del palacio de la reina Merodiana.

—¡Ay buena doncella! —dijo él—. Y ¿cómo es la reina de la enfermedad?

—Es muy maldoliente —dijo la doncella.

—Presto será guarida, con ayuda de Dios —dijo Lustrandor.

—Con esa esperanza vive —dijo la doncella—, que un gran sabio que es en su reino le dijo cómo vos, mi buen señor, habíades de sacar la yerba de poder de la fada y viendo con ella habíades de ser muy mal herido. Por tanto, vine aquí en este tiempo por el mandado de aquel sabio, y él me dio estas medicinas con que vós, mi señor, fuésedes guarido.

—Dios le dé el galardón de tan buen socorro como él y vos me habéis hecho. Vamos luego de aquí —dijo Lustrandor.

—Vamos —dijo la doncella.

Lustrandor dijo al escudero del caballero muerto:

—Amigo, ¿qué entiendes de hacer del cuerpo de tu señor?

—No lo sé —dijo el escudero llorando muy agriamente.

Lustrandor dijo a su escudero que él y los hombres de la fada ayudasen a poner el cuerpo del caballero encima de su caballo, para que en el primer lugar que llegasen le diesen sepultura; ellos hicieron su mandado. Lustrandor preguntó al escudero que quién era su señor, él le dijo que era natural del reino de Asalatas, «y vino por estas partes a buscar las aventuras, y en las buscar perdió la vida».

—Muchas veces suele acaecer cuando los hombres acometen cosas que van fuera de razón.

Así, se fueron hasta que llegaron a un lugar y allí dieron sepultura al caballero muerto. Y Lustrandor y su compañía se detuvieron allí dos días, y en fin deste tiempo tomaron³⁴⁷ su camino y en todo él no les avino cosa que detener los hiciesen.

Un día de buena mañana entraron en la ciudad adonde la reina estaba. La doncella dijo a Lustrandor que ella quería ir a gozar aquellas albricias de la reina su señora. Y diciendo esto se adelantó; y como en el palacio fue halló que la reina ya estaba sin habla, y muchas personas de orden en torno de su lecho diciéndole oraciones y rogando a Dios que la favoresciese en aquella temerosa hora de la muerte. Como la doncella aquello vio fue muy turbada, y a muy gran prisa, sin nada decir, se salió del palacio y se fue a donde Lustrandor estaba y le dijo:

³⁴⁷ 1587: ‘tornaron’ (191v).

— ¡Ay señor caballero, acorred presto, que la reina se fina!

Como Lustrandor esto oyó, a muy gran priesa se fue al palacio, y como en él entró, luego tomó la yerba, y haciendo sacar el zumo della, lo echaron en un vaso de oro y lo dieron a beber a la reina, y así como lo bebió, repentinamente fue guarida, que luego se le tornó la habla. Y como en sí tornó y vio a Lustrandor, dijo:

— ¡Ay señor caballero, y como después de Dios me distes la vida! Decidme, ¿cómo sacastes la yerba de poder de la fada?

— No solamente Dios me dio poder para sacarla —dijo Lustrandor—, mas diómelo para traeros la fada a vuestra poder para que della hagáis vuestra voluntad.

La reina fue muy espantada, y dijo:

— Señor caballero, mandadla traer ante mí.

Lustrandor dijo a su escudero que luego hiciese traer la fada; cuando ante ella fue, la reina le dijo:

— Nunca pudiera creer que en una flaca mujer hubiera tanta crueldad como en vos se encierra. Decidme, ¿por qué razón habíades tanta voluntad de la mi muerte, y asimismo la dábades a cuantos caballeros a vuestra morada enviaba? ¿Qué daños o pérdidas habíades de mí recibido? Agora que yo en mi poder os tengo, yo daré el castigo a vuestro loco atrevimiento. ¿Era yo por ventura persona de tan poco valor que había de hacer lo que me enviastes a decir? ¿No sabíades que el más pobre de mis vasallos era mejor que lo es ese de quien vos me hablastes? ¡Quitalda delante de mis ojos, que me da mucha pena su vista!

Luego la quitaron delante y la pusieron a buen recaudo. La doncella que con Lustrandor venía dijo a la reina:

— Mande vuestra alteza a este caballero que las armas se quite, ca lo ha bien menester.

Luego la reina rogó a Lustrandor que se desarmase, él hizo su mandado. Trujeron un rico manto, y viéreronle las muchas heridas que traía; la reina envió por aquel sabio que las medicinas había dado que ya oístes con que Lustrandor fue guardado, y como en el palacio fue, la reina le dijo:

— Amigo Aurandino, mucho os ruego que curéis deste caballero.

Aurandino le dijo que de grado haría su mandado, y tomando a Lustrandor por la mano lo llevó a una cámara donde estaba aparejado un rico lecho. Lustrandor fue en él echado, y el sabio le curó de sus llagas y díjole:

— Señor caballero, conviene que vós estéis algunos días en la cama, que habéis muchas y grandes heridas.

Lustrandor dijo que haría lo que le decía. Luego le dieron de comer, y el sabio dijo a su escudero que le dejase reposar; y así, se salió de la cámara y se fue al palacio adonde la reina estaba. Ella preguntó por Lustrandor, el sabio le dijo:

— Él es mal herido.

— Dios por la su merced sea servido de le dar salud.

La doncella que con Lustrandor había venido dijo a la reina

— La vuestra merced sabrá que este caballero es príncipe de la Gran Bretaña.

— Grandes maravillas son las que oigo —dijo la reina—. ¿Cómo lo sabes tú?

— Desta manera —dijo la doncella—: cuando yo llegué con las medicinas del sabio, yo hallé a Lustrandor muy cercano a la muerte y su escudero le tenía la

cabeza entre sus manos, y él estaba sin ningún sentido y su escudero lloraba muy agramente. Como tal le vi díjele: «Amigo, si la vida de tu señor quieres, dime su nombre y de qué tierra es». El escudero, con deseo que tenía de la salud de su señor, me lo dijo lo que oído habéis.

—Bien muestra su persona la real sangre donde deciende —dijo la reina.

Capítulo LXXXIII

En que se recuenta cómo la reina fue del todo guarida, y cómo yendo a visitar a Lustrandor, él le descubrió el verdadero amor que le tenía.

DE ahí a pocos días que la reina tomó la yerba de la fada fue guarida³⁴⁸ del todo, y como era de tan poca edad, muy presto cobró su entera hermosura. Levantándose un día, acordó de se vestir muy ricamente y tocoso un muy preciado tocado, por tal arte, que los sus hermosos cabellos por muchas partes se le parecían; y saliose a oír misa a su capilla. Y acabada, la reina dijo que quería ir a ver a Lustrandor, y los que en la capilla se hallaron la fueron acompañar. Cuando fue en la cámara, Lustrandor se le humilló lo mejor que pudo. La reina se llegó a su lecho y le dijo:

—Señor caballero, ¿qué tal os sentís?

—Siéntome muy mal —dijo Lustrandor—, ca soy mal llagado.

—A mí me pesa dello —dijo la reina—. El sabio me dijo que estabades mucho mejor.

—El sabio —dijo Lustrandor— no tiene poder ni saber para curar las llagas que a mí la vida me quitan; y ya que le tuviese, sería para las de fuera, mas no para las secretas e interiores. Y no me quiero quejar de mí, pues así tan de grado y sin considerar lo que de aquí me podía suceder tome la muerte por dar la vida a aquella que por ventura pudiendo remediar la mía, no solamente no lo hará, pero aun mis palabras le serán molestas y enojosas. Y por que la vuestra merced no se espante con la novedad de mis nunca oídas razones, quiero que sepáis que desde el primer día que mis ojos vieron vuestra gran hermosura, en tal manera robastes mi libertad y sentido, que nunca un solo momento de sosiego mi triste corazón ha tenido, ni alegría en él se aposenta; porque mirando la grandeza de vuestro merecimiento y lo poco que yo valgo, tengo pensamiento que mis días fenecerán muy presto.

La reina que así le oyó hablar, le dijo:

—Por mejor tuviera morir de la enfermedad que tenía, que por vuestra mano recibir salud si pensara que aquéllo había de ser causa que en vuestro pensamiento se engendrase cosa tan siniestra; porque aunque con lo uno se restaure la vida, con lo otro muere la fama.

Y diciendo esto, muy enojada se levantó y se fue a su aposento. Lustrandor quedó con tanta tristeza y dolor en su corazón, que casi perdió la habla; y como

³⁴⁸ 1587: ‘guardido’ (192r).

mal herido estaba, llegó a punto de muerte, y tan al cabo, que sabiendo la reina quién él era y por no dar tan mal galardón a quien después de Dios a ella dio la vida, tuvo por bien de recibirle por su caballero. Fue de tanta fuerza esta merced que la reina le hizo, que en breve tiempo fue guarido. Estando un día el sabio curando a Lustrandor, él le preguntó si se podía levantar, que a su parecer él se sentía bueno. Él le dijo:

—Señor caballero, bien creo yo que en estos seis días no habrá lugar para daros licencia que de vuestra cámara salgáis.

Lustrandor fue muy triste, porque nunca él tanto deseó la salud como en el tiempo que a la sazón estaba, por gozar de la vista de aquella hermosa reina. El sabio le curó y le dijo:

—Mi señor, en vuestras heridas hay mucha mejoría; conviene que por agora no os levanteis, ca os podría venir gran daño.

Lustrandor le rogó mucho que cuando viese disposición para que él se pudiese levantar, que se lo dijese, «porque recibiré mucha pasión en estar tanto tiempo en el lecho». Él le dijo que haría su mandado.

Pasado el tiempo que el sabio dijo, Lustrandor fue del todo guarido, y con demasiada alegría se levantó, y vistiéndose ricos y muy preciados paños se salió al palacio, adonde la reina estaba acompañada de muchas dueñas y doncellas, y asimismo de los altos hombres que a la sazón en la corte había. Él hizo grande acatamiento a la reina; ella se levantó, y mandó que allí cerca pusiesen una silla para Lustrandor. Él se sentó, y como puso los ojos en su señora semejole que después de la princesa Penamundi no había en el mundo más hermosa doncella. Ella asimismo miraba a Lustrandor cada que vía lugar que los que en el palacio estaban no la viesen, y como él era caballero mancebo y de gentil compostura de cuerpo y gesto, la reina se hizo muy lozana en ver que tenía mando y señorío sobre tan preciado caballero como el príncipe Lustrandor lo era.

Agora sabed que estando todos en el palacio como oído habéis, entró por la sala una doncella cubierta de duelo, y dijo:

—¿Es aquí el caballero que al caballero encantado mató?

Uno de los del palacio le dijo:

—Aquel que junto a la reina está es.

La doncella le miró, y fuese para la reina y besándole las manos le dijo:

—Sea la vuestra grandeza de favorecer los que poco pueden y ayúdeme a rogar a este caballero que me otorgue un don.

Esto decía la doncella llorando muy agramente. La reina hubo mucho duelo della, y le dijo:

—Amiga, decidnos la vuestra cuita, que todos os ayudaremos a dar remedio a vuestro daño.

La doncella le besó las manos y dijo:

—Sabed, mi señora,³⁴⁹ que lo que este caballero por mí ha de hacer es otorgarme un don, cualquier que yo le pidiere.

Lustrandor que conoció en la reina que había duelo de la doncella, le dijo:

—El don yo le otorgo: pedí lo que os placerá.

³⁴⁹ 1587: ‘señor’ (192v).

La doncella le quiso besar las manos, pero Lustrandor las tiró afuera; ella le dijo:

—Sabed, mi señor, que el don que me habéis otorgado es que luego habéis de ir comigo adonde yo os llevare.

—¿No podemos saber adónde? —dijo Lustrandor.

—No —dijo la doncella—, hasta que cerca os veáis de lo que por mí habéis de hacer, que es deshacer un agravio el mayor que nunca se vio.

—En el nombre de Dios —dijo él.

Y luego se levantó y mandó a su escudero que le trujese³⁵⁰ sus armas. Mucho fue la reina triste en ver que tan breve era la partida de Lustrandor, pero más lo era él en se ver apartar de aquella que era alegría y conhorte de su corazón cada que la miraba. Tomando licencia de la reina se salió del palacio y subió en su caballo, y asimismo la doncella que por él había venido, en su palafrén. Todos quedaron muy tristes en el palacio en ver aquella partida tan acelerada, pero mucho más lo fue la reina, aunque al presente no lo dio a nadie a entender. Lustrandor caminó con la doncella quince días sin que cosa alguna les acaesciese que el camino les estorbase; en este tiempo dijo a la doncella:

—Decidme qué es lo que tengo de hacer, ca mucho holgaría de lo saber, si contármelo quisiéredes.

La doncella le dijo:

—Señor caballero, no queráis saber lo que no os tiene pro, hasta la hora que la vuestra ayuda fuere menester.

Lustrandor se calló, aunque algún enojo della tomó, pero no se lo dio a entender. A la sazón que esto le preguntó vieron venir por el camino un caballero armado de todas armas, y un escudero con él en un palafrén; el caballero traía el yelmo quitado, por la calor que hacía grande. Cuando más cerca llegaron los unos de los otros, luego el caballero fue conocido por Lustrandor, ca sabed que era Guiladoro el Rubio, que en los sus hermosos cabellos ante que llegase lo conoció. Como Guiladoro no conociese a Lustrandor por el yelmo que traía puesto, saludole muy cortésmente. Lustrandor le dijo:

—Caballero, mucho descuido es el vuestro en venir por estas partes vuestra cabeza desarmada.

Guiladoro le respondió:

—Señor caballero, cuando necesidad hubiere, el yelmo muy presto se puede poner.

—Muchas veces no hay lugar para ello —dijo Lustrandor—. Por tanto, no me semeja bien ver un caballero con la cabeza desarmada.

Guiladoro le dio muchas gracias por el buen consejo que le daba, y le dijo:

—Señor caballero, mucho deseo tengo de os conocer, si por bien lo tuviéredes.

Lustrandor le dijo:

—Quienquier que yo sea, os amo y precio más que a otro que en el mundo sea.

Y así era verdad, que Lustrandor y Guiladoro eran grandes amigos. Como Guiladoro así oyó hablar al caballero tuvo más voluntad de saber quién era, y díjole:

³⁵⁰ 1587: ‘trxesse’ (192v).

—Dios no me ayude, señor caballero, si de vos me parto hasta saber quién sois, que no hay por agora cosa que yo más deseé.

Como Lustrandor vio a Guiladoro con tanto deseo de su vista, desenlazose el yelmo, y como se lo quitó y por Guiladoro fue conocido, grande fue el placer que los dos caballeros hubieron. Lustrandor dijo a Guiladoro:

—Mi señor, ¿adónde vais por estas partes?

Él le respondió que no iba a cabo cierto, sino adonde la ventura le guiasse.

—Y vos, mi buen señor —dijo Guiladoro—, ¿cómo lleváis esta doncella en vuestra compañía?

—Yo voy en la suya —dijo Lustrandor—, y no me ha querido decir para dónde vamos.

Guiladoro se llegó a la doncella y le dijo:

—Señora doncella, si necesidad tenéis de otro caballero, yo soy presto para os servir, por ir en compañía deste caballero.

La doncella le dijo:

—Yo recibo gran merced en lo que me habéis ofrecido. Yo seré muy bien recibida de mi señora, que en lugar de llevar un caballero que derecho le diese a un agravio que le han hecho, le llevaré dos, y tales cuales en mi compañía llevo.

Así, fueron su camino preguntándose el uno al otro por las tierras que habían andado. En esto y en otras cosas iban hablando aquellos dos caballeros que de tan verdadero amor se amaban, cuando llegaron a vista de un castillo; la doncella les dijo:

—Señores caballeros, en este castillo podremos albergar esta noche, que es de una mi tía: aquí se os hará todo buen acogimiento.

Ellos le dijeron que holgarían de voluntad. La doncella los guio al castillo, y como junto a él fueron llamó a la puerta, y luego abrieron una finiestra y a ella se paró un escudero vestido de paños de duelo. La doncella le dijo:

—Amigo, mandadme abrir.

Como el escudero la vio, luego la conoció y bajó muy presto a abrir. La doncella dijo:

—Señores caballeros, entrad, que aquí se os hará todo servicio.

Ellos entraron en el castillo y dejaron sus caballos; la doncella los guio adonde su señora estaba. Cuando entraron en una sala hallaron una dueña cubierta de duelo, y como a los caballeros vio, ella se levantó y recibiólos muy bien, diciéndoles:

—Vosotros, señores, seáis los bien venidos, que con la vuestra vista soy yo muy leda.

Y diciendo esto se volvió a la doncella y le dijo:

—Amiga, dime cuál destos caballeros es el que al caballero encantado mató.

La doncella se lo mostró; la dueña le dijo:

—¡Ay buen caballero, que por la vuestra gran bondad y alta caballería mi hermana e yo seremos del todo alegres! ¡Bendito sea Dios, que tanta bondad en vos puso!

Asimismo les dijo:

—Vosotros, señores caballeros, os podéis desarmar, que aquí se os hará todo buen servicio.

Ellos se desarmaron, y luego les dieron sendos mantos que se cubriesen. La dueña les mandó dar de cenar, y como hubieron cenado, díjoles:

—Señores, bien será que os vais a dormir, por que reposéis del trabajo del camino.

Los caballeros se levantaron; la doncella que con ellos vino los guio, y llevándolos a una cámara, díjoles:

—Aquí, mis buenos señores, habéis de dormir esta noche, y mucho os ruego que de buena mañana luego os levantéis, para que lleguemos con tiempo adonde es mi señora.

—Así será como lo vos queréis —dijo Lustrandor.

La doncella dijo a los escuderos:

—Vosotros os quedaréis con vuestros señores, que ahí hay recado, dentro de la cámara, en que durmáis.

Y así, se despidió de los caballeros, y ellos y sus escuderos se entraron en la cámara, y como en ella fueron, luego perdieron el sentido y quedaron como muertos, así los caballeros como los escuderos. Cuando la dueña entendió que los caballeros eran encantados, vínose para ellos y dijo:

—Ahí quedaréis, malos y traidores; que por uno de vos perdí yo toda mi alegría.

Y así, los dejó y se fue a su aposento mandándoles cerrar la puerta. Sabed que aquella dueña era madre del caballero encantado que Lustrandor mató en el jardín de la fada, y como ella supo la muerte de su hijo y la prisión de su hermana, propuso en su corazón de se vengar de cualquier manera que fuese; y como lo pensó, así lo puso luego por obra, que luego envió aquella doncella con engaño que algún tuerto quería que Lustrandor le vengase. Esta dueña era muy gran sabidora, por manera que ella encantó aquella cámara por tal arte, que quienquier que en ella entrase perdiese luego el sentido.

Capítulo LXXXV

De cómo don Bernay llegó en Romanía y de la manera que tuvo para hablar a la princesa Bellaestela.

COMO don Bernay se partió del infante Lucescanio tomó su derecho camino para Romanía y anduvo muchos días sin que aventura alguna le acaeciese, y en fin deste tiempo don Bernay entró en Romanía. Yendo un día a hora de vísperas por un camino vio venir un escudero haciendo gran duelo, ca se mesaba sus cabellos y heríase en el rostro con sus manos. Don Bernay que le vio hacer tan triste llanto, díjole;

—Buen escudero, mucho te ruego que me digas quién te hace hacer tal duelo, que si yo te puedo amparar en alguna necesidad, hacerlo he de grado.

El escudero le dijo:

—¡Ay señor caballero! Sabed que el duelo que yo hago es por el mejor caballero del mundo, que está a punto de muerte, que a muy gran traición le acometieron diez caballeros todos juntamente.

—Dime —dijo don Bernay—, ese caballero, ¿es muy lejos de aquí?

—No —dijo él— sino muy cerca, que detrás de aquel recuesto hacen su batalla.

Don Bernay le dijo:

—Guíame para allá.

—¡Ay señor, de Dios seáis socorrido, ca sabed que el socorro que hacéis es a Bores de Mar, príncipe de Romanía!

Don Bernay se acutió por llegar lo más presto que pudiese, y no tardó mucho cuando vio al príncipe hacer su batalla solo con diez caballeros, que todos eran contra él. A la sazón andaba Bores de Mar las armas rotas, y la carne asimismo por muchos lugares, la loriga desmallada, y el escudo, sola una parte que dél le habían dejado. Al tiempo que don Bernay llegó, Bores de Mar andaba tan laso y cansado de los muchos y pesados golpes que había recibido, que ya no tenía otra esperanza sino morir. Como don Bernay le vio en tal priesa, tomó muy presto la lanza a su escudero y encontró al uno de los caballeros que con Bores se combatía, que lo pasó de parte a parte y dio con él muerto del caballo abajo, y luego echó mano a su espada y comenzó a herir en aquellos caballeros diciéndoles:

—¡Malos y traidores, hoy seréis todos muertos, pues tan alevosamente habéis todos juntos puesto las manos en este caballero!

Tan mortalmente los hería Don Bernay con la mucha ira que contra ellos tenía (y con la ayuda de Bores de Mar, que como vía a don Bernay que con tanto ánimo acometía a los caballeros, aunque mal herido estaba, esforzose por tomar la enmienda de aquellos que no era otro su fin sino quitarle la vida), que a poco de hora eran ya muertos los cinco, y los otros que quedaban andaban muy mal heridos. Don Bernay se dio tal priesa que en poco rato ya los caballeros que vivos quedaban, que eran cinco, los tres eran despachados; los dos que mal heridos estaban acordaron de pedir merced de las vidas. Bores de Mar les dijo:

—Decidme, ¿por qué razón todos juntos me acometistes?

—Por razón —dijo el un caballero— de Alipón el Grueso, que mandastes matar. Estos caballeros y yo éramos amigos y parientes suyos, y propusimos en nós de nos vengar de cualquier manera que fuese.

—Mucho soy maravillado —dijo Bores de Mar— que por satisfacer a su voluntad quiera un caballero tomar título de traidor. Agora os id delante mis ojos y no parezcáis más en toda Romanía; si no, yo haré de vosotros lo que hice de Alipón, que con tan justo título fue muerto.

Los caballeros se tuvieron por bienandantes en se partir con las vidas, y a la mayor priesa que pudieron se alejaron adonde muy presto fueron perdidos de vista. Don Bernay dijo a Bores de Mar:

—Mi señor, ¿qué tal os sentís, ca me semeja que sois mal herido?

—Sí soy —dijo él.

Don Bernay se apeó para ayudar a subir a Bores de Mar en un palafrén. Él le dijo:

—Señor caballero, mucho os ruego que me digáis quién sois, para que sepa por quién después de Dios tengo la vida.

—Quienquier que yo sea —dijo don Bernay—, soy un caballero que os mucho desea servir.

Bores de Mar le dijo:

—Señor caballero, por la orden de caballería que recibí, juro³⁵¹ de me dejar morir en el lugar donde me veis si no me decís quién sois.

Como don Bernay vio a Bores de Mar en tanto peligro si presto no era socorrido, por la mucha sangre que se le iba, díjole:

—Mi señor, ya por esto no quedará que vós no hayáis entera salud, que yo soy don Bernay, príncipe de Gratamur.

Cuando Bores de Mar oyó quién el caballero era fue espantado (ca lo nunca oyó decir), y díjole:

—Mi señor don Bernay, bien habéis dado a conocer la real sangre de donde venís en socorrer a los que en semejantes necesidades están. Vámonos, que no me puedo aquí más detener.

Don Bernay mandó a su escudero que a las ancas del palafrén subiese, para que con más descanso fuese el príncipe Bores de Mar, y así, tomaron su camino para un lugar que cerca de allí estaba, y como en él fueron, luego fue curado. Bores de Mar dijo al maestro que lo curó si estaba para poder llegar a la corte, pues era tan cerca; el maestro le dijo:

—Mi señor, pues que así lo queréis, ha de ser luego, antes que aquí toméis reposo alguno.

—Pues vamos de aquí —dijo Bores de Mar.

Y así, lo tornaron a poner en su palafrén. Don Bernay le dijo:

—Ved, mi señor, qué me mandáis, porque yo me quiero ir, que me aguardan en otra parte, pues aquí ya no puedo servir.

Bores de Mar le rogó muy ahincadamente que no se partiease dél hasta que fuese en la corte del rey su padre. Don Bernay, que muy mesurado era, y también porque él no deseaba otra cosa, por ver a la princesa Bellaestela, díjole que pues en ello le

³⁵¹ 1587: Suplo ‘juro’ (194r).

servía, que haría su mandado. Y así, caminaron de consuno y a una hora de la noche llegaron a una villa adonde el rey estaba, y como en el palacio entraron y vieron al príncipe Bores de Mar que tan mal herido venía, la revuelta del palacio fue grande. Don Bernay lo tomó en sus brazos, y así lo subieron al palacio, adonde ya la princesa venía muy turbada de las nuevas que había oído, y como al príncipe vio, dijole:

—¡Ay mi señor! Y ¿quién tuvo atrevimiento de poner las manos en vuestra real persona? Decidme, ¿cómo venís tan mal herido?

—A ese caballero —dijo Bores de Mar— dad las gracias que me veis venir con la vida, que si dél no fuera socorrido, por mil veces la perdiera. Después que sea en el lecho os daré entera cuenta de lo que deseáis saber.

Así, le llevaron al aposento de la princesa y le echaron en un rico lecho. En este tiempo entró en la cámara el rey y dijo:

—Bores de Mar, hanme dicho que vienes mal herido: dime quién tal te paró.

—Diez caballeros —dijo Bores de Mar— parientes y amigos de Alipón el Grueso.

—¡Sancta María, valme! —dijo el rey—. ¿Que tal traición han cometido? Decidme quién son, que yo haré en ellos tal castigo que para siempre sea sonado.

—Ya ellos son pagados del daño que hicieron, que todos son muertos por la mano deste buen caballero, que estando a punto de perder la vida fui dél socorrido; y es tan alta su caballería, que en poco espacio de tiempo los paró tales que no quedaron sino dos que demandaron merced de las vidas. Yo, por saber quién los caballeros eran, se las otorgué, y ellos iban tan mal heridos que creo que no escaparán.

El rey miró a don Bernay, y como no le conoció, volvióse a su hijo y dijole:

—Bores de Mar, dime, ¿quién es este caballero que tan buen socorro te hizo?

—Mi señor —dijo él—, es don Bernay, príncipe de Gratamur.

Como el rey vio le persona que era, y que por él tenía su hijo la vida, honrole todo lo más que él pudo, dándole muchas gracias por lo que había hecho, diciéndole que en los semejantes casos se mostraban los preciados caballeros.

—Señor don Bernay —dijo el rey—, ¿qué ventura os trajo a tal tiempo por estas partes?

Él respondió:

—Como yo, mi señor, sea caballero mancebo, tuve voluntad de andar algunos días por el mundo buscando las aventuras, y mi buena dicha fue traerme a tal tiempo por estas partes, adonde mi persona os pudiese hacer algún servicio.

—Fue tan grande la merced —dijo Bores de Mar—, que después de Dios me distes la vida, que por perdida tenía.

Allí se detuvo el rey por una pieza hablando en la gran traición de los caballeros y en lo que más les agradaba, y cuando fue tiempo, el rey (que muy anciano era) se fue a dormir. La princesa Archesidela mandó dar de cenar a don Bernay y servirle como a la misma persona del rey. Después que la cena fue acabada, la princesa hizo llevar a don Bernay a un rico aposento que en el palacio estaba aparejado, y como en él fue entrose en una cámara adonde estaba un rico lecho. Don Bernay se acostó, y fue muy triste, y decía en su corazón: «Por ventura la princesa Bellaestela no está en esta tierra».

No sabía qué medio se tener para saber lo que tanto deseaba, y con este pensamiento se durmió. Y como fue la mañana venida, él pidió de vestir a su escudero y saliose al palacio del rey, y hallolo que se quería ir a oír misa, y juntamente se fueron a la capilla. Y como la misa fue acabada, el rey se fue a su aposento y don Bernay fue a Bores de Mar (todavía con pensamiento que Bellaestela no era en la corte), y como en el aposento del príncipe fue preguntó que cómo le había ido. Bores de Mar le dijo que muy poco había reposado aquella noche.

—No me maravillo —dijo don Bernay—, que el poco descanso que ayer tuvistes fue causa de no dormir la noche pasada.

Estando Bores de Mar y don Bernay hablando en lo que oído habéis entró la hermosa Bellaestela acompañada de un arzobispo (que de brazo la traía) y de muchas dueñas y doncellas; venía vestida de terciopelo negro, y el tocado traía por tal arte, que los sus hermosos cabellos no se le parecían. Estrañamente fue espantado don Bernay de ver la demasiada hermosura de Bellaestela, y decía en su corazón que bienaventurado se podía llamar el infante Lucescanio, pues era caballero de toda la hermosura del mundo. Bellaestela se llegó al lecho de Bores de Mar y dijole:

—Mi buen señor, mucha tristeza llegó a mi corazón en saber el daño que ayer recibistes; pero pues Dios lo hizo tan bien de enviaros tan buen socorro, razón es que le demos muchas gracias.

Bores de Mar le dijo:

—Mi señora, comoquiera que yo estoy, soy a vuestro mandado.

Allí estuvieron hablando en lo que más les agradaba. Bellaestela paró mientes en don Bernay, porque todas las veces que ella volvía los ojos lo hallaba que la estaba mirando; mucho era airada contra él porque tan ahincadamente la miraba. En este tiempo entró la princesa Archesidela, y como al lecho se llegó, Bellaestela dijo que ella se quería ir, y dijo a Bores de Mar:

—Mi buen señor, perdonadme, que ya sabéis cuán agradable me es la soledad.

Y como esto dijo, luego se levantó. Don Bernay fue muy triste en oír así hablar a Bellaestela, y dijo en su corazón: «Jamás habré lugar para hacer lo que mandado me fue por el infante Lucescanio. No sé qué consejo me tome; pero porque no sé si otra vez veré a esta hermosa doncella, quiérome ahora ir en su compañía, y por ventura terné lugar de darle parte de lo que en mi encomienda traigo». Y al tiempo que Bellaestela salía por la puerta don Bernay salió delante della, y cuando vio tiempo se llegó lo más cerca que pudo y paso le dijo (que nadie lo entendió):

—Mi señora, yo vengo con mandado de un caballero que por el mundo anda en vuestro servicio: cuando la vuestra merced mandare, saberlo ha, que yo atenderé aquí todo el tiempo que menester fuere.

Bellaestela que así oyó hablar a don Bernay, el corazón se le estremeció con pensamiento que el caballero venía con mandado de Lucescanio, y callose, que no le respondió cosa alguna más de cuanto don Bernay vio en el rostro de la princesa grandes alteraciones. En este tiempo llegaron a su aposento, y de allí don Bernay se despidió y se fue al aposento de Bores de Mar. Bellaestela quedó en el suyo, y jamás cesó de cuidar qué manera ternía para hablar aquel caballero. Finalmente, que ella acordó de lo enviar a llamar, y con este acuerdo estuvo aguardando su

tiempo. Y después de mediodía, cuando la princesa vio que era tiempo, envió un doncel suyo a llamarle; el doncel entró en la cámara de Bores de Mar, y humillándose ante don Bernay le dijo:

—Señor caballero, Bellaestela mi señora os envía por mí a rogar que parezcáis ante la su merced, por cuanto ella ha mucho deseado saber las cosas del reino de Gratamur.

Como don Bernay oyó su mandado fue muy ledo en su corazón por haber dado tan buen medio en lo que él tanto deseaba. Luego se despidió de Bores de Mar y se fue al aposento de la princesa, y hallola en una cuadra toda colgada de paños negros, y asimismo estaba en un estrado cubierto con un paño de terciopelo negro, y las almohadas de lo mismo, vestida y tocada como ya os habemos contado. Don Bernay se humilló ante ella por le besar las manos, pero Bellaestela las tiró afuera y le hizo levantar y sentar cabe sí, no sin mucha turbación que en su rostro mostraba tener. Como don Bernay sintió la pasión que la princesa tenía, él la comenzó a hablar diciéndole:

—Mi señora, el infante Lucescanio, a quien yo por señor y grande amigo tengo, me mandó que en estas partes viniese, y si posible fuese, besase vuestras reales manos, y asimismo mandó que esta letra diese a la vuestra merced.

Y diciendo esto la sacó, y besándola se la puso en las manos; ella la tomó, y poniéndola en su manga, dijo:

—Decidme, señor don Bernay, ¿en qué tierra es el infante Lucescanio?

Don Bernay le dijo:

—Mi señora, en el reino de Siria, y allí dio enmienda a la reina de la muerte del rey su marido; y de allí nos partimos, él en la demanda que a vuestro servicio toca e yo para este reino de Romanía con su mandado.

Allí le contó don Bernay cuánpreciado era el infante por todo el mundo por su alta caballería. En esto y en otras cosas estuvieron hablando por una pieza, y cuando fue tiempo, don Bernay se despidió. Bellaestela le dijo que le rogaba mucho que tomase trabajo de la venir a ver antes que se partie, don Bernay se le humilló y le dijo:

—Yo verné a ver lo que vuestra alteza manda, pues Dios a mí tan bienandante me hizo en me traer a tiempo que a tales dos personas pudiese servir.

Y así, se salió del aposento de la princesa y se fue al suyo. Como don Bernay se despidió, Bellaestela sacó la letra que en su manga tenía, y con mucho deseo de saber lo que en ella vernía, la abrió y vio que decía así:

A ti, serenísima princesa del Monte Libeo, el infante Lucescanio salud a tu real persona desea. Acaece, excelente princesa, que una cosa que a nuestro parecer va muy aviesa, andando el tiempo (que a todas las cosas da perfectión) entendemos ser aquella perfecta y la que más conviene. Digo esto, soberana princesa, porque partirme de vuestra presencia me fue tan grave como me fuera morir, lo cual se me convirtió en muy mayor bien y demasiada alegría; porque sabrá vuestra grandeza que después que de Romanía salí, estando en el reino de Armenia con otros caballeros, fuimos robados por un sabio del palacio de la reina Libida y hallámonos en el señorío del Soldán de Babilonia, de quien supe cómo vuestra alteza es hija del serenísimo rey del Monte Libeo

y de la reina Pardabela, que están encantados en los Campos de Varas, adonde el río de Orías entra en la mar. Y porque me parece que me detengo, vista la necesidad en que sus reales personas están, en despidiéndome de don Bernay tomé el camino para, con el ayuda de Dios, dar libertad a quien yo con tanta razón la deseо, o en la demanda perder la vida.

Acabando de leer la letra, la princesa fue demasiada leda, porque por ella supo cómo era hija de aquellos preciados reyes, el rey del Monte Libeo y la reina Pardabela, y decía en su corazón: «¡Ay buen caballero, tal ventura te dé Dios que muy presto vea yo al padre que me engendró y a la madre que en sus entrañas me trujo!». Y diciendo esto las lágrimas le vinieron a los ojos con deseo de se ver ya en el Monte Libeo.

De ahí a dos días que Bellaestela había recibido la letra del infante Lucescanio, don Bernay dijo a Bores de Mar:

—Mi señor, ¿qué mandáis?, porque yo me quiero partir.

A Bores de Mar le pesó mucho, que lo amaba de corazón; pero como vio su voluntad, díjole:

—Mi señor don Bernay, yo y todo mi estado está aparejado para os servir cada que menester lo hubiéredes.

Don Bernay se le humilló y se despidió dél y de la princesa Archesidela, y asimismo se fue a despedir del rey, padre de Bores de Mar, y de allí se fue al aposento de la princesa Bellaestela y le dijo:

—Mi señora, yo me voy: vuestra alteza vea lo que manda.

Bellaestela le dijo:

—Señor don Bernay, mucho querría que volviésedes adonde el infante Lucescanio está.

—Eso no puede ser —dijo don Bernay—; que de grado hiciera yo vuestro mandado, pero él me dijo que no lo procurase de buscar, por cuanto no había de tomar reposo en parte alguna.

—Guíelo Dios —dijo la princesa— por doquiera que anduviere.

Don Bernay le besó las manos, la princesa lo encomendó a Dios, y así, se salió del palacio sólo con su escudero.

Capítulo LXXXVI

En que se recuenta lo que al infante Lucescanio acaeció después que del reino de Siria partió.

Linfante Lucescanio se partió de don Bernay cuando del reino de Siria salieron, y anduvo hasta que a un puerto de mar llegó, y como en él fue vio una nao que aparejada estaba para ir la vía de un reino que se dice Saba. El infante se concertó con el patrón que lo pasase en aquel reino; él le dijo que de grado haría lo que le rogaba, y luego echaron un batel y lo metieron en la nao, y alzaron vela y fueron muy presto en altamar. Y así, navegaron bien seis días con próspero viento. Yendo un día por su mar adelante vieron venir una hermosa nao muy cerca de la en que iba el infante, y como más cerca la una de la otra llegó oyeron voces y gemidos de dueña, o de doncella, que gravemente se quejaba diciendo:

—¡Ay de mí, que soy en poder de quien de mí no habrá merced! ¡Oh Señor del mundo, y si tuvieses por bien de enviar la muerte por mí antes que yo punto de deshonra reciba!

Como el infante Lucescanio así oyese quejar a aquella que en la nao venía, dijo en su corazón: «Sin falta, dueña o doncella viene en aquella nao forzosamente», y luego se fue para el patrón y rogole muy ahincadamente que mandase a un hombre que en un batel fuese a ver quién en aquella nao venía contra su voluntad; el patrón que mucha voluntad tenía de lo complacer, hizo su mandado. Como el hombre fue junto con la otra nao dio voces por ser oído, y luego se paró al borde un marinero, y el hombre le dijo:

—Amigo, decid al señor de la nao cómo le quiero hablar de parte de un caballero que en esta nao que está cercana a la vuestra viene.

El marinero le dijo que atendiese, y no tardó cuando al borde se paró un gran caballero armado de todas armas y con voz alta dijo:

—Dime, ¿de quién traes mandado?

—Tráigole —dijo el hombre— de un caballero que es en esta nao que aquí viene, y mandaos decir por mí que él ha oído cómo en vuestra nao se queja³⁵² una dueña, o doncella, gravemente, que ya sabéis que, según la orden de caballería, él es obligado a saber la razón por que ella tan quejosa va, y asimismo, si alguna fuerza se le hace, de poner la vida por se la quitar. Dicho he el mandado del caballero: respóndeme como mejor te placerá.

Como el caballero de aquella suerte oyó hablar³⁵³ al hombre fue muy airado, y dijo:

—Amigo, tú dirás a ese caballero que acá te envía, que en mal punto él hubo duelo de la doncella; que por la locura que emprendió de te enviar acá sea cierto que a él le costará la vida; que por que de mejor voluntad tome la batalla, dile que a quien oyó quejar es una doncella que yo forzosamente de casa de su padre robé;

³⁵² 1587: ‘quejar’ (196r).

³⁵³ 1587: ‘habrar’ (196r).

y dile si quiere que yo pase a su nao; o si él quiere pasar a la mía, que sea luego y que no se detenga, que aquí lo atiendo.

El hombre dio la vuelta y dijo al infante la respuesta del caballero. Como el infante lo oyó, muy presto enlazó su yelmo y embrazó su escudo y pasose en el batel a la nao del caballero. Cuando él lo vio venir, dijo en alta voz:

—Pluguiera a Dios que tú fueras don Cristalián y en su compañía trujera al infante Lucescanio su hermano, porque en estos dos tales caballeros yo tomara la enmienda del enojo que tú me has dado; la que no entiendo tomar en ti aunque mil muertes te diese.

El infante le dijo:

—Yo no soy don Cristalián, ese que tú tanto precias, mas soy un caballero andante que jamás consentiré agravio que dueña ni doncella reciba.

Y diciendo esto saltó en la nao. Los caballeros comenzaron entre sí una muy cruda batalla, porque el caballero de la nao era grande y membrudo y mostraba en sí tener gran fuerza; pero con todo esto no se igualaba a la gran bondad del infante Lucescanio. El caballero era muy espantado de los grandes golpes que recibía, que no le aprovechaba armadura que trujese, que de cada golpe le cortaba las armas y la carne. Así anduvieron espacio de media hora; en este tiempo el caballero de la nao andaba muy mal herido, y asimismo cansado, y dijo:

—Caballero, si os pluguiere, descansemos del trabajo pasado, que bien lo habemos menester.

—Caballero —dijo el infante—, sábete que yo no nací para tomar descanso en esta vida; por eso, guárdate de mí.

Mucho fue el caballero espantado de ver al infante con tan demasiadas fuerzas, y cubriéndose muy bien de su escudo se vino para él y hirióle en el brazo derecho, de manera que le hizo una llaga de que mucha sangre le salía. El infante fue muy sañudo, y muy presto tomó la enmienda del daño que había recibido, que alzando su buena espada, dio al caballero por encima del hombro derecho que no le prestó armadura que trujese que el brazo no le cortase, con parte de la espalda, por manera que luego el caballero cayó en el suelo con el gran dolor que sentía. Como el infante le vio caído, fue muy presto sobre él, y quitándole las enlazaduras le quiso cortar la cabeza. Pero el caballero, que en tal estado se vio, dijole:

—¡Ay señor caballero, antes que el alma me salga os ruego que me digáis quién sois, por que sepa quién me ha muerto!

El infante que le vio que en ninguna manera podía vivir, dijole:

—Caballero, ¿otorgaste por vencido?

—Sí otorgo —dijo él—, pues al no puedo hacer; y no llevo otro dolor deste mundo, sino no saber quién la vida me quita.

El infante le dijo:

—Ya de esta vez vos no llevaréis ese dolor, ca sabed que yo soy el infante Lucescanio.

—¡Santa María, valme! —dijo el caballero—. Agora me tengo por bienandante, pues que mis días han fenecido por la mano de tan buen caballero.

Y luego se estendió con la rabia de la muerte, diciendo:

—¡Redemptor del mundo, habé merced de mí, ca en fuerte tiempo tuviste por bien de me sacar desta vida!

Luego le salió el ánima. Como al infante le vio muerto, limpiando su espada se entró por la nao adelante por ver si habría alguno que la entrada le defendiese. Empero los que en la nao estaban no osaron acometer viendo a su señor muerto; todos le pidieron merced de las vidas, y el infante les dijo que mostrasen adónde estaba la doncella que en la nao venía forzada. Ellos se la mostraron, el infante entró en una cámara y allí vio una doncella estrañamente hermosa y con muy ricas vestiduras. La doncella estaba tal como muerta, del mucho llorar que a la continua hacía; había rubios y muy hermosos cabellos. Como el infante tan ricamente la viese guarnida, dijo: «Sin falta la doncella es de alta guisa, y Dios repartió con ella gran parte de hermosura».

El infante, que con tanta tristeza la vio, le dijo:

—Mi señora, sea la vuestra merced de tomar entero placer, que ya no es en el mundo quien tenía atrevimiento de os dar enojo.

Cuando aquella hermosa doncella así oyó hablar al infante fue muy espantada de las buenas nuevas que le daba; y alzando sus ojos, le dijo:

—¡Ay señor caballero, y cómo Dios tuvo por bien de acordarse de mí! Y ¿es verdad que es muerto el traidor de Ruydán?

—Muerto es —dijo el infante—, y la vuestra merced es puesta en la su libertad.

Como la doncella esto oyó hincó los hinojos en el suelo y dio muchas gracias a Dios por la merced que le había hecho. El infante se humilló ante ella y le rogó muy ahincadamente que le dijese quién era, y que se lo preguntaba para le hacer todo servicio. La doncella que con tanta medida le vio, le dijo:

—Señor caballero, sabed que yo he nombre la infanta Amplamira; soy hija del rey don Velarte de Inglaterra. Fue mi ventura tal, que saliéndome el día de San Juan por la mañana a holgar a una huerta sola con mis doncellas fui robada por el traidor de Ruydán; y como la huerta estaba cerca de un puerto de mar, él tenía allí aparejada esta nao, y luego que en ella fuimos mandó alzar velas y en poco espacio de tiempo fuimos en alta mar, y Dios tuvo por bien de guiar la nao en parte donde de vos, mi bien señor, fuese socorrida.

Cuando el infante oyó decir que aquella doncella era la infanta Amplamira, hija del rey don Velarte de Inglaterra, túvose por bienandante en la haber hecho aquel servicio. La infanta le rogó con mucha voluntad que le dijese quién era, el infante le dijo:

—Mi señora, mal haría quien no hiciese vuestro mandado: sabed que yo soy el infante Lucescanio, hijo del emperador Lindedel.

Cuando la infanta entendió que el que la había librado era su cormano fue estrañamente leda, y dijo:

—A Dios doy yo infinitas gracias, pues me dejó ver a tan buen caballero como lo vos sois, y fue servido que yo, mi señor, os conociese en tiempo de tanta necesidad.

—Todas las cosas trae Dios a buen fin —dijo el infante—, y así, fue la su voluntad de guiar ésta. Yo, mi señora —dijo él—, me quiero ir a despedir de la nao en que yo venía.

La infanta le dijo que fuese, y que lo más presto que pudiese diese la vuelta, el infante le dijo que así lo haría. El infante se fue al borde de la nao y de allí llamó a Bridamor su escudero y le dijo que llamase al patrón de la nao; él vino luego a su

mandado, el infante se despidió dél, el patrón se le humilló. Bridamor pasó a la nao su palafrén y el caballo de su señor, y luego echaron el caballero muerto en la mar. Y el infante se desarmó y fue curado de la llaga que en el brazo tenía, y luego se entró adonde la infanta estaba, la cual lo recibió con mucha alegría, diciéndole:

—¡Oh, cuánta será la gloria que la reina Serinda mi madre sentirá cuando supiere que por la vuestra mano fui libre del poder de aquel traidor!

El infante mandó a los marineros que guiasen la nao hacia la isla de Inglaterra, ellos dijeron que harían su mandado. El infante les preguntó si tenían buen tiempo para su viaje, los marineros le dijeron que muy bueno, si Dios tuviese por bien que aquel tiempo les durase. Así, alzaron velas y fueron por su mar adelante, adonde navegaron con próspero tiempo seis días. Al septeno, a hora de completas, comenzóse tan gran tormenta en la mar, que fueron puestos en mucho trabajo,³⁵⁴ y en este tiempo se comenzó tan gran lluvia y truenos y relámpagos, que no parecía sino que el cielo se abría. Los marineros y los que en la nao estaban no tenían un solo momento de reposo echando agua en la mar (que por muchas partes entraba). La infanta estaba tal como muerta, puesta de hinojos rogando a Dios que les hubiese merced de las vidas; y si por bien tuviese que allí pereciesen, se la hubiese de las ánimas. Con mucho trabajo pasaron aquella noche, sin que jamás la tormenta cesase. Ya cuando Dios tuvo por bien de enviar el día, a la sazón el mástil de la nao se quebró y la nao fue abierta por medio, y todos los que en ella estaban perecieron salvo dos marineros, que muy presto saltaron en un batel y en él se salvaron.

Dice la historia que como el infante estuviese en punto de perder la vida, que tomó una gran tabla que arrancó de la misma nao, y echándola en el agua, tomó a la infanta y púsola en ella, y él asimismo, teniéndola con sus manos. Así fueron por su mar adelante esperando la ventura que Dios les quisiese dar, y lo mismo hizo Bridamor.

Yendo como dicho tengo, la infanta más muerta que viva (que poco le aprovechaba el conhorte que el infante le daba viéndose a punto de muerte), como la tabla era de las de la nao y por medio tenía una juntura, con la braveza que la mar llevaba fue la tabla abierta por medio, por manera que el infante Lucescanio y la infanta fueron partidos y cada uno la furiosa mar echó por su parte. La infanta se echó de pechos en la tabla, con el gran temor que de la mar llevaba, llamando a Dios y a Sancta María que del ánima le hubiese merced, pues ya el cuerpo tenía por perdido. Grande fue el dolor que el infante Lucescanio sintió cuando oyó las dolorosas voces que la infanta iba dando; fue tan grave, que no se acordaba de sí, que estaba en el mismo peligro, y rogaba a Dios muy ahincadamente que la guardase. Y en muy poco espacio de tiempo la perdió de vista.

Yendo aquellos dos infantes de la manera que oído habéis, fue Dios servido que pasando el mediodía cesó la tormenta de la mar. En este tiempo vio el infante venir unas galeras algo desbaratadas con la tormenta pasada, y como cerca del infante llegaron, comenzoles a dar voces, y no tardó mucho en llamar que luego fue respondido, y como los turcos le vieron, semejoles que debía de ser persona de alta guisa, según que en su rostro lo mostraba. Luego el capitán de las galeras le

³⁵⁴ 1587: ‘trahajo’ (197r).

envió un hombre para que lo recogiese en un batel; así fue hecho, y como el infante fue en la galera, él conoció que estaba en poder de turcos, pero no le daba trabajo alguno, aunque se vía en poder de aquellos que eran de su contraria ley, con el dolor que su corazón sentía en pensar si la infanta era perdida. El capitán le mandó venir ante sí, y como le vio, díjole:

—Amigo ¿de qué nación eres?

El infante le respondió:

—Soy cristiano.

—Y ¿qué estado es el tuyo?

—No tenía otro —dijo el infante— sino ser un caballero andante.

—Dime tu nombre —dijo el capitán.

—Yo he nombre —dijo él— el Caballero de la Esperanza.

El capitán se calló, cuanto a esto no le quiso más preguntar; antes le preguntó cómo se había perdido en la mar. El Caballero del Esperanza se lo contó como lo habéis oído.

—Mucho fue grande la tormenta pasada. ¿Pereció mucha gente en esa nao?

—Todos los que en ella iban.

El Caballero del Esperanza le dijo:

—Señor capitán, decidme, ¿en cuyo poder voy?

Él le dijo:

—Vos seréis muy presto en el poder del mayor señor del mundo, que es Zoharí, el Gran Turco.

El infante calló, que no le respondió. Luego se partieron de en uno: el capitán [...]³⁵⁵ el Caballero del Esperanza se fue a una parte de la galera adonde más sin gente y conversación halló, porque era tanta la pasión que sentía, que quería morir con pesar pensando en cuán apartado estaba del servicio de su señora, cuántas cosas le habían acaecido después que en aquella demanda había entrado, y cómo Dios era servido de le apartar todo bien llevándole a unas y a otras partes; y el mayor dolor que al presente tenía era la pérdida de la infanta Amplamira, que gran dolor sentía en su corazón cada que della se acordaba.

Con estos pensamientos y otros muchos que gran tristeza acarreaban a su corazón, anduvo el Caballero de la Esperanza diez días por la mar, en fin de los cuales tomaron puerto en la gran ciudad de Sarpalia, donde a la sazón estaba el Gran Turco. El capitán, luego que en ella entró, fue a dar cuenta al Gran Turco de lo que andando por mar había hecho, y consigo llevó al Caballero del Esperanza; y como delante dél fue, después de haber hablado en lo que más a su caso hacía, el capitán dijo:

—Señor, veis aquí este cristiano: a mí me semeja que debe ser de alta guisa, según su persona da dello testimonio. Él dijo que no había otro nombre sino el Caballero de la Esperanza.

—Luego, ¿caballero es? —dijo el Gran Turco.

—Sí —dijo el capitán.

Pareciole muy bien, y díjole:

³⁵⁵ Algo se extravió aquí (197v); p. ej.: ‘volvióse a sus tareas, y’.

—Caballero, por la orden de caballería que recibiste te daré tal honra que te porné en cuenta de uno de mis caballeros. Y si yo en ti conociere tal fidelidad, tú serás contento con las mercedes que yo te haré, con tal que siempre te nombres y tengas por mi captivo.

El infante se le humilló y le dijo que lo haría como él se lo mandaba. Luego el Gran Turco le mandó dar armas y caballo, y todo lo demás que él había menester, muy cumplidamente. Como algún tiempo pasó que el Caballero de la Esperanza estuvo en la corte del Gran Turco, era ya tan preciado de todos los altos hombres que en la corte andaban, viendo su buena manera y conversación, que todos los máspreciados caballeros pugnaban por lo tener en su compañía. Estando un día acabando de comer en la sala del Gran Turco, entró una doncella, y besándole el pie le dijo:

—Señor, yo vengo de la sierra de Aliter, y junto a ella está la más estraña aventura que jamás oístes.

El Gran Turco le dijo:

—Cuéntame qué aventura es la que viste.

—Es —dijo ella— que junto a las sierras de Aliter esta una muy hermosa fuente de la cual salen siete caños de agua. Cerca della están hechos dos grandes corros, así señalados, que en torno dellos está toda la tierra abierta que en aquel compás de los coros está, que pone espanto a quien lo mira: no semeja sino que debajo de la tierra hay gentes que lo menean. Es cosa estraña de ver.

El Gran Turco dijo a sus caballeros:

—Vamos a ver qué cosa puede ser ésta.

Todos holgaron de ir en su compañía. El Gran Turco mandó ensillar, y él y toda su corte se fueron a la sierra de Aliter (que no estaba muy lejos de la ciudad), y como junto a la fuente llegaron vieron el gran temblor que la tierra tenía y fueron muy espantados. El Gran Turco dijo a sus caballeros:

—Decidme, ¿qué podrá ser esto?

Todos le respondieron que lo no podían pensar.

—Pues tomemos consejo —dijo el Gran Turco— de lo que se debe hacer, que yo gran deseo tengo de ver esta aventura.

Y diciendo esto parósele delante el Caballero de la Esperanza. Como el Turco le tenía por hombre bien entendido en todas las cosas, le dijo:

—Dime, cristiano, ¿qué consejo tomaremos en esta maravilla que ante nós es?

El Caballero del Esperanza le respondió:

—Mande la vuestra merced que vengan luego hombres con picos y azadones para que rompan la tierra, y muy presto se podrá ver lo que es debajo.

El Gran Turco se tuvo por bien aconsejado, y luego mandó venir a gran priesa hombres que la tierra abriesen. El Caballero del Esperanza le dijo que se llegasen junto al compás que temblaba, y que comenzasen a cavar. Los hombres lo hicieron así a gran priesa, y como mucho cavaron abriose la tierra. El Gran Turco mandó que mirasen por allí, por ventura verían lo que la tierra hacía temblar; los hombres miraron, y dijeronle que no vían cosa alguna, ca estaba dentro gran obscuridad.

Luego mandó el Gran Turco que trujesen una antorcha encendida, y como traída fue, tomáronla y miraron por la abertura, y vieron dentro en lo hondo que estaba una cuadra ricamente labrada, y en ella un caballero grande y membrudo

(que casi semejaba jayán) armado de todas armas, sentado en una silla. El caballero había la cabeza desarmada; tenía temeroso el rostro, más negro que blanco, robusto y mal compuesto; había la barba larga y muy negra. A cada parte del caballero estaban hechos dos pequeños altos, y en el de la mano derecha estaba el yelmo del caballero, maravillosamente rico, que era de un limpio acero guarnido de muy ricas piedras; en el de la siniestra mano tenía un muy hermoso escudo. El caballero semejaba estor vivo. El Gran Turco mandó que lo llamasen, para saber quién era; así lo hicieron como lo él mandó, pero el caballero no respondió. El Gran Turco dijo:

—No sé qué consejo me tomar en este hecho.

El Caballero de la Esperanza le dijo:

—Agora que visto habemos lo que aquí está, mande cavar en esta otra parte.

Así fue como lo él dijo, que luego los hombres cavaron a muy gran priesa, y a poco espacio de tiempo se hizo otra abertura en la tierra a la semejanza de la otra, y vieron otra cuadra, asimismo como la primera, muy bien aparejada, y en ella estaba un paño tendido de hilo de oro, y las almohadas eran de lo mismo; en él sentada una doncella la más estremada en hermosura que nunca fue vista; había ricas y muy preciadas vestiduras, los cabellos eran tan hermosos, que hilos de oro muy fino parecían; había delante de sí un setial, y en él estaba una rica y preciada corona, con perlas y piedras de tanto resplandor, que deslumbraba los ojos de quien las miraba. Como el Gran Turco entendió lo que en las moradas estaba, no supo qué decir. La doncella, asimismo como el caballero, semejaba ser viva. El Gran Turco dijo:

—Aquí no hay más por agora que hacer: vámonos a la ciudad.

Y diciendo esto movió él y toda su compañía. Como en el palacio fueron, el Gran Turco no cesaba de pensar en aquella aventura que descubierto se había, y luego envió a llamar a la reina su mujer y a la infanta Casidora su hija, que era una de las más hermosas doncellas que en aquellas partes había. Como en el palacio fueron, el Gran Turco les contó lo que oído habéis; mucho fueron espantadas y puestas en gran deseo de la ir a ver. El Gran Turco les dijo que tiempo había para ello, pues ya las moradas adonde estaban eran abiertas. En todo aquel día no se habló en otra cosa, y como la escura noche vino, todos se fueron a reposar cuando hora fue.

Y otro día, cuando se levantaron, vieron en la gran plaza que ante el palacio del Gran Turco estaba una grande y hermosa tienda, las cubiertas de la cual eran de hilo de oro, y las cuerdas asimismo de plata muy fina. En medio de la tienda estaba un trono cubierto de un paño de cetí blanco muy largo, que por el suelo bien dos varas arrastraba; tenía rica guarnición en torno de oro, maravillosamente obrada. Encima del trono estaba asentada aquella hermosa doncella que ya os contamos que en la tierra que temblaba pareció tan ricamente guarnida, con una ropa de cetí carmesí toda cortada por manera que debajo se mostraba brocado pelo de hilo de plata. Había sus rubios y hermosos cabellos atados con torzales de plata, y en cada lazada un rico y muy preciado joyel, encima de la cabeza no tenía cosa alguna; ante sí estaba puesta aquella rica corona que ya oístes que en la su morada tenía. Abajo, en la misma tienda, estaba el caballero que ya oístes, de la misma manera que

arriba os contamos. Había la cabeza desarmada, y el escudo y el yelmo tenía junto a sí. Junto a la tienda estaban seis caballos y muchas lanzas arrimadas.

Aquella hermosa doncella que en la tienda estaba semejaba estar con mucha tristeza. En este tiempo el Gran Turco se levantó y luego le dijeron lo que ante el palacio estaba; él subió por lo ver, y dijo:

—Por la fe que mantengo, que la doncella es hermosa, sino que muestra triste semblante; agora veremos el fin desta aventura.

Estando el Gran Turco con sus caballeros en el su gran palacio, a hora de tercia entró en la sala un rey de armas, y sin hacerle acatamiento le dio una carta. Él la leyó, y como vio que de creencia era, dijo:

—Agora podéis decir a lo que sois venido.

El rey de armas le dijo:

—Alto y muy poderoso rey y señor de la Gran Turquía, el rey de Betensa mi señor te manda por mí decir cómo él ha mucho tiempo que se enamoró de la muy hermosa infanta Persalia y que jamás por su voluntad quiso consentir en el su amor. Viendo el rey mi señor que no le aprovechaba nada los grandes servicios que le hacía, acordó de la robar del reino de su padre por las artes de un gran sabidor, y como ella en su poder se vio quiso morir con pesar, ca lo desamaba de corazón. El rey mi señor le dijo: «Mi señora, pedid todo aquello que la vuestra voluntad fuere, agora sea mío, agora sea ajeno, que todo será luego vuestro, ca es grande el mi poder, así en señoríos como en esfuerzo y valentía, que no es hoy caballero en el mundo que un solo punto de ventaja me haga en bondad y alta caballería». «Pues que es tanta la vuestra caballería, dijo la infanta, yo no seré alegre hasta que haya en mi poder la cabeza del Gran Turco, ca lo desamo de corazón. Y ha de ser desta manera: que vós me llevéis a la su corte por la más estraña aventura que pensar se puede, y en mi presencia habéis de hacer batalla con doce caballeros los más preciados de la su corte, y al fin que éstos sean muertos o vencidos habéis de pedir la batalla al Gran Turco y pugnad por me dar la su cabeza; y como yo en el mi poder la haya, yo seré del todo alegre». El rey mi señor te envía a decir que te desafía a ti y a doce caballeros los más preciados que sean en la tu corte; no porque te desama, sino por servir aquella que señora de su corazón es. Y mándate por mí decir que luego después de mediodía las batallas se comiencen. Yo, muy poderoso señor, te he dicho a lo que soy venido: responde lo que te placerá.

—Amigo —dijo el Gran Turco—, decid al rey vuestro señor que yo soy contento de le dar caballeros con quien muestre su gran poder. Y cuando los doce caballeros de la mi corte vencidos fueren, yo haré batalla con él y defenderé mi cabeza si pudiere; que por ventura pensará llevar la mía, con que la infanta sea contenta, y más contenta lo será cuando él pierda la suya. Luego os podéis ir, y decir al rey que se apareje para la batalla.

El rey de armas se salió del palacio y se fue a la tienda donde el rey le atendía y díjole el mandado del Gran Turco. El rey fue muy ledo con pensar que ya se le acercaba el tiempo que podía gozar de su señora la infanta Persalia.

Capítulo LXXXVII

De cómo los doce caballeros del Gran Turco fueron escogidos, y uno de los doce fue el Caballero del Esperanza, y lo que les acaeció.

COMO el rey de armas salió del palacio del Gran Turco, todos los más caballeros de la corte se ofrecieron con muy entera voluntad para se combatir con el rey de Betensa. El Turco se lo agradeció, y entre todos escogió once, los que mejor le parecieron, y dijo:

—Amigos, aquí falta uno, y ninguno de vos no tome por injuria ser desecheo, pues sabéis que en este hecho me va la honra y la vida. Váyanme a llamar a Zarbate, que me semeja que es buen caballero, que hoy no le visto en el palacio.

Luego fueron a la posada de Zarbate, y vinieron a decir al Turco que estaba maldoliente tres días había. Como él lo oyó fue muy triste, que le tenía por uno de los buenos caballeros de su corte. Como el Caballero de la Esperanza vio al Gran Turco con aquella necesidad, llegose a él y díjole:

—Si vuestra alteza manda, yo entraré en el número de los doce.

—¡Ay amigo —dijo el Gran Turco—, que no sé cosa alguna de vuestra caballería!

El Caballero del Esperanza le dijo:

—Entre tantos buenos caballeros, bien cabrá uno de tan poca nombradía como lo yo soy.

El Gran Turco le dijo que fuese en buen hora, el Caballero del Esperanza se le humilló. Luego los doce caballeros entendieron en se aparejar de todo lo que hubieron menester. En este medio tiempo comieron los unos y los otros, y el Gran Turco se puso a las finiestras de su palacio por ver lo que los sus caballeros hacían contra el rey de Betensa. Asimismo se pusieron a las finiestras la reina y la infanta Casidora y muchas dueñas y doncellas de alta guisa en la plaza se hicieron en aquel poco espacio de tiempo que ya oísteis muchos miradores para las gentes que allí vinieron. El primero que a la batalla salió fue Darniaz, en un buen caballo y armado de muy buenas armas. Él se fue para la tienda adonde el rey estaba. El rey que venir lo vio, fue estrañamente ledo, y dijo:

—¡Oh Mahoma, y cuánto te soy obligado a servir más que cuantos nacieron, que ya se me va acercando la hora para hacer del todo alegre a mi señora la infanta Persalia!

Y como se levantó, enlazó su yelmo y subió en su poderoso caballo, y tomando una gruesa lanza dijo:

—Caballero, ¿sois vos uno de los doce?

—Soy —dijo Darniaz.³⁵⁶

—Pues Alá me acompañe —dijo el rey.

Y así, se salieron a la plaza, y allí tomaron el campo que les fue menester y viniéronse a encontrar tan poderosamente que las lanzas fueron en piezas; y el rey no se movió de la silla, pero Darniaz fue de su caballo a tierra malamente herido, que el trozo de la lanza le pasaba un palmo de la otra parte. El rey le estuvo una

³⁵⁶ 1587: 'Darnaiz' (199r).

pieza aguardando, y cuando vio que no se levantaba se apeó y se fue para donde el caballero estaba, y muy presto le desenlazó el yelmo y le cortó la cabeza, y con demasiada alegría se fue para la tienda y dijo a la infanta:

—Mi señora, veis aquí una cabeza en lugar de la del Gran Turco, que yo prometo a Mahoma de os dar doce y la del Gran Turco, que serán trece. Y asimismo prometo a Mahoma de se las llevar de plata a la casa sancta de Meca.

La infanta no le respondió cosa alguna, antes mostraba el semblante muy triste. El rey mandó colgar la cabeza del caballero ante la tienda. Mucho le pesó al Gran Turco de la muerte de Darniaz, que era muy buen caballero, y fue mal espantado de lo ver morir solamente del encuentro de la lanza. El rey se puso en medio de la plaza diciendo:

—¡Ea caballeros, no me deis reposo alguno, sino todos venid uno en pos de otro!

Como el rey dijo lo que oído habéis, luego salió otro caballero, y apartándose uno de otro, hirieron los caballos de las espuelas y viniéronse a encontrar de las lanzas y escudos y los cuerpos de los caballos de tal manera que el caballo y el caballero del Gran Turco fueron a tierra mal quebrantados, que ni el caballo ni el señor dél no se pudieron mover, por cuanto el caballo la había una pierna quebrada y el caballero era herido por el corazón, de manera que luego le salió el alma. El rey se apeó muy ligeramente y fuese para el caballero, y desenlazole el yelmo y cortole la cabeza, y tomándola por los cabellos la hizo colgar junto a la otra; y sin tomar descanso alguno se tornó a la plaza, no con menos orgullo y soberbia que la primera vez, llamando a la batalla.

Luego salió Benzalán, un caballero preciado de la casa del Gran Turco, y tomando una gruesa lanza se fue para el rey diciéndole:

—Agora te guarda de mí.

—Haz tú eso mismo —dijo el rey.

Y apartáronse lo que hubieron menester y encontráronse de las lanzas y de los escudos tan poderosamente que fueron quebradas en piezas. Benzalán fue herido en el pecho, pero no fue la llaga tal que la batalla de las espadas le quitase; y como las lanzas fueron quebradas echaron mano a sus espadas y comenzáronse a herir como aquellos que tenían voluntad de se vencer el uno al otro. Pero esto duró muy poco, que el rey se dio tan buena maña, que muy presto trujo a su voluntad a Benzalán, y de tal suerte, que ya no entendía en otra cosa sino en se amparar de los duros y pesados golpes que el rey le daba. En este tiempo le hirió encima de la cabeza de tal fuerza que se la hendió hasta los dientes y luego cayó Benzalán muerto. El rey que caer le vio, se apeó muy presto, y como a los otros le cortó la cabeza. Y así hizo al cuarto y al quinto hasta el octavo; todas las cabezas estaban ante la tienda de la infanta colgadas. En este tiempo era ya tarde, y el Gran Turco envió a decir al rey que le rogaba mucho que porque ya era pasada toda la mayor parte del día, que los cinco caballeros que para cumplir sus batallas quedaban se quedasen para otro día de buena mañana.

El rey le respondió que por que no hubiese causa alguna para que dél se pudiesen quejar, que estaba aparejado para hacer lo que le enviaba³⁵⁷ a decir. Así,

³⁵⁷ 1587: ‘embia’ (199v).

se salió el rey del campo adonde las batallas se hacían y se fue a la tienda de la infanta; y allí fue luego desarmado y cubierto un rico manto. El Gran Turco se quitó de las finiestras acompañado de mucha tristeza, por cuanto vía que los más preciados caballeros de su corte vallan tan poco ante el rey. El Gran Turco era buen caballero a maravilla, y dijo que antes que sus caballeros saliesen él quería salir a tomar la batalla, porque recibía grave pasión en verlos morir ante sus ojos. Los altos hombres de su corte le dijeron que no hiciese tal, que se lo no consentirían hasta que los cuatro caballeros fuesen muertos o vencidos. El Caballero del Esperanza, que ante el Gran Turco estaba, le dijo:

—Quítese a vuestra alteza toda pasión y enojo que contra el rey de Betensa tiene, y la vuestra merced sea de me dar licencia para que yo sea mañana el primero que en la batalla entre con el rey; que yo prometo a Dios que yo le quite parte de la soberbia que hoy ha cobrado, y duerma vuestra alteza esta noche con todo reposo y sosiego.

El Gran Turco le dijo:

—Amigo, creído tengo yo que todos los que en mi corte son tienen el deseo que tú tienes. Pero si por ventura fueras tú un caballero cristiano que allá entre vosotros tenéis, que llaman don Cristalián, que por todo el mundo vuela su fama, o el infante Lucescano su hermano, yo durmiera con todo reposo como tú dices; pero de la tu caballería yo sé muy poco.

Los caballeros que ante el Gran Turco estaban le dijeron:

—Señor, que el Caballero del Esperanza entre mañana primero que otro en la batalla, aquí no se aventura sino su persona; por tanto, sea la vuestra merced de le dar licencia, que entre los cristianos hay preciados caballeros.

Como los caballeros del Gran Turco esto le dijeron, él lo tuvo por bien. Allí estuvieron hablando en la gran bondad del rey, y asimismo decían de la gran tristeza que la infanta Persalia mostraba cada que el rey llevaba la cabeza. Un caballero del palacio del Gran Turco dijo:

—Yo me hallé muy cerca de la tienda cuando el rey llevó la octava cabeza y vi cómo la infanta lloraba muy agramente, mostrando gran pesar por la victoria que el rey había.

—Grandes maravillas son éas —dijo el gran Turco—. Pidiendo la infanta la mi cabeza ¿muestra señales de tanta tristeza con la victoria del rey? Secreto es que entender no le puedo. De una cosa sed ciertos, que yo jamás la enojé a ella ni a su padre.

La reina y la infanta Casidora era grande la tristeza que mostraban en ver tan cerca el tiempo que el Gran Turco había de entrar en batalla, y no sabían cómo en ella le sucedería. La infanta Casidora envió a llamar al Caballero del Esperanza, y como él ante ella llegó hincó los hinojos en el suelo. La infanta le dijo:

—Amigo, en vuestro nombre espero que vós nos habéis de dar entera alegría.

El Caballero del Esperanza le dijo:

—Mi señora, yo pugnaré de os servir a todo mi poder.

—Alá os dé la victoria que yo os deseo; que si así es, el Gran Turco será quito de entrar en batalla. Y deos Alá buena ventura, que no quiero aquí más deteneros.

El Caballero del Esperanza se volvió adonde los caballeros estaban, y allí pasaron gran parte de la noche hablando en lo que convenía hacer. Cuando fue

hora, todos se fueron a dormir, y como el día fue venido, se levantaron de buena mañana. El Gran Turco, y la reina y la infanta se pusieron a las finiestras. Y el Caballero de la Esperanza se armó de todas sus armas (que muy buenas las había mandado hacer), y subiendo en su caballo, y un escudero que la lanza le llevaba, se fue para la gran plaza que ante el palacio estaba. Cuando el Gran Turco lo vio venir semejole que jamás viera caballero armado que tan bien le pareciese. El caballero miró a la tienda de la infanta y vio al rey que a gran priesa se estaba armando. Mientras el rey se armaba, el Caballero del Esperanza contorneaba su caballo por ante las finiestras del Gran Turco, el Turco decía:

—Alá le guarde, que mucha alegría me ha dado la vista deste caballero.

Todos loaban mucho el buen parecer del Caballero del Esperanza. En este tiempo el rey salió de la tienda en un poderoso caballo; tomando una gruesa lanza, sin hablar cosa alguna, se apartó. Así lo hizo el Caballero de la Esperanza, tomando la lanza de su escudero. Los caballeros se vinieron a encontrar tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas, y los caballeros no se movieron ni hicieron desdén que mal pareciese. Mucho fue espantado el rey del grande encuentro que había recibido, y decía en su corazón: «Éste es uno de los mejores caballeros que yo jamás he visto» y volviéndose a él le dijo:

—Caballero, pues tan hermosamente justáis, tened por bien que rompamos otras sendas lanzas.

—Hágase lo que mandáis —dijo el Caballero del Esperanza.

El Gran Turco era muy ledo de ver la hermosa justa que su caballero había hecho, y preciábale mucho más que hasta allí. En esto ya habían servido al caballero y al rey de las lanzas, y partiérонse y viniérонse a encontrar de tal poder que no parecía sino temblar la plaza, y encontráronse en los escudos de tal manera que la lanza del rey fue quebrada en piezas, y el Caballero del Esperanza no se movió ni hizo desdén alguno, pero el rey y su caballo fueron al suelo. Cuando el Gran Turco vio al rey en tierra, no se podría contar la alegría que mostraba tener, y decía en alta voz:

—Jamás vi tan hermoso justador. Si así ha la batalla de las espadas como de las lanzas, yo digo de aquí que es partido el pleito de entre mí y el rey de Betensa.

Como el rey se vio en el suelo (y era uno de los buenos caballeros que a la sazón en el mundo había) muy presto se levantó y con mucha saña echó mano a su espada, y blandiéndola en la mano, que parecía quererla quebrar, se vino para el Caballero del Esperanza diciéndole:

—No penséis, don caballero, que porque perdí mi caballo he cobrado punto de pavor.

—Pues por que si le cobrastes le perdáis, yo quiero dejar el mío —dijo el caballero.

Y diciendo esto, muy ligeramente lo dejó. Mucho le pesó al Gran Turco de lo que su caballero había hecho, y loaba mucho la su gran bondad. Como los caballeros fueron a pie, bien cubiertos de los escudos se comenzaron a herir de tan duros y pesados golpes que espanto ponía a quien los miraba. Así anduvieron hiriéndose una pieza, que no se conocía cuál de los caballeros llevaba lo mejor de la batalla. Como el Caballero del Esperanza vio tanta bondad en el rey, acometiole más vivamente, y como era más ligero que otro, y gran heridor de espada, en poco

rato se conoció la gran bondad del Caballero del Esperanza, y asimismo se conoció alguna flaqueza en el rey. En este tiempo ya traían las armas y la carne rotas por muchas partes, y las lorigas desmalladas, y el suelo tinto de la sangre que de las heridas les salía y sembrado de las rajas de los escudos. El rey andaba ya tan cansado, y tan espantado de la bondad del caballero, que no tenía por muy segura la vida, por manera que dijo al Caballero del Esperanza:

—Caballero, porque he conocido en ti más bondad que en otro que haya visto, te precio más de lo que tú piensas; y si te parece, será bien que descansemos algún tanto.

El Caballero del Esperanza le dijo:

—Rey de Betensa, yo no nací para tomar holgura de cualquier manera que sea. Por tanto, guárdate de mí.

Y como esto dijo, alzó la espada para lo herir, y diole tal golpe encima del brocal del escudo, que el espada se le quebró por la empuñadura. Como el rey vio al Caballero del Esperanza sin espada, túvose por de buena ventura, y dijo en alta voz:

—Caballero, muerto eres si por vencido no te otorgas.

Y diciendo esto le hirió de tal golpe por encima de la cabeza, que el Caballero del Esperanza se sintió mal dól, y si no tuviera el yelmo tan bueno perdiera la cabeza; y como vio que el rey le aquejaba tanto, arrojó la manzana del espada (que en la mano traía), y al tiempo que el rey le venía a herir arremetió con él y abrazolo tan fuertemente que el rey no sabía de sí, tanto, que lo desatinó trayéndole a una y a otra parte, de tal manera, que el rey soltó el espada de la mano, y así anduvieron a brazos por una pieza. Mucho era espantado el Gran Turco de la bondad de los caballeros, y loaba mucho al Caballero del Esperanza, y todos decían que si el espada no le faltara, que ya fuera muerto el rey, y así era la verdad. En este tiempo los caballeros cayeron en el suelo, y el rey cayó debajo del caballero, tan desacordado del mucho cansancio que traía, que estaba tal como muerto. Como el Caballero del Esperanza tal le vio, levantose por el espada del rey y muy presto le cortó las enlazaduras del yelmo, y tras ellas la cabeza; y tomándola por los cabellos se fue para la tienda de la infanta y le dijo:

—Señora infanta Persalia, tan bien parecerá aquí esta cabeza como la del Gran Turco, ca sin causa ninguna la pedistes al rey de Betensa.

Cuando la infanta vio que el rey era muerto, fue tan demasiada la su alegría, que como persona fuera de sí se levantó y se bajó hasta la plaza adonde el caballero estaba, y como junto a él se vio, le dijo:

—Ay señor caballero! El día que vós nacistes sea bendito, ca sabed, señor caballero, que si yo demandé al rey la cabeza del Gran Turco fue por me librar dól. Mucho os ruego, por lo que debéis a la orden de caballería, que vós me llevéis en vuestra compañía ante el Gran Turco para pedirle perdón del enojo que le he dado.

El Caballero del Esperanza fue muy espantado en oír hablar de tal manera a la infanta, y dijole:

—Yo, mi señora, acompañaré a la vuestra merced hasta el palacio del Gran Turco y todo lo demás que de mí servir se quisiere.

La infanta se lo agradeció. El Gran Turco estaba casi fuera de sí con la victoria del Caballero del Esperanza, y era muy espantado en ver a la infanta con él, que

no sabía lo que al caballero decía. El Gran Turco mandó a todos los altos hombres de su corte que fuesen a sacar del campo al Caballero del Esperanza, por le mucho honrar, y como a él llegaron, el Caballero del Esperanza les rogó que todos se apeasen, ellos hicieron su ruego. Él tomó de brazo a la infanta, y todos aquellos señores turcos se vinieron a pie por los acompañar. Cuando en el palacio fueron, el Gran Turco se levantó y dijo al Caballero del Esperanza:

—Buen caballero, de hoy más vos sois libre para poder hacer de vuestra persona a vuestra voluntad; y no me pesa de la libertad que os doy sino por perder tan buen caballero como lo vos sois.

El Caballero del Esperanza se le humilló y le dijo:

—Señor, adoquiera que yo estuviere os serviré de grado.

En esto llegó la infanta Persalia y humillose ante el Gran Turco diciéndole:

—Yo vengo ante la vuestra merced a pedir perdón del yerro que yo por mi salvación contra vos cometí; ca sabed, mi buen señor, que yo pedí al rey la vuestra cabeza con pensamiento que en la vuestra corte habría tal caballero que al rey quitase la suya, como Alá tuvo por bien de lo encaminar. A vuestra alteza suplico por el perdón: y si dar no me lo quisiere, yo soy puesta en la vuestra merced para que de mí se haga a vuestra voluntad.

—Hermosa infanta —dijo el Gran Turco—, ¿quién no perdonará, no digo un yerro, pero ciento, viendo vuestra gran beldad y hermosura? Yo, mi señora, soy aparejado para os servir en todo aquello que vuestro honor y honra fuere.

La infanta le tomó las manos para se las besar por las mercedes que le hacía; el Gran Turco las tiró afuera, y alzándola, le dijo:

—Decidme, ¿qué fue de la corona que ante vos teníades?

—Mi señor —dijo la infanta—, aquella corona de reina me dio el rey de Betensa diciéndome que bien me la podía poner, pues era señora dél y de todo su señorío. Yo jamás en mi cabeza la quise recibir hasta que él me diese el don que yo le había demandado; que si lo no cumplía, jamás por mi voluntad yo tomaría corona de reina. Veis aquí, mi señor, el misterio de la corona que yo ante mí traía.

El Gran Turco dijo a la reina y a la infanta Casidora su hija que honrasen mucho a la infanta Persalia, ellas se levantaron y la tomaron consigo haciéndole aquella honra que a su estado convenía. El Gran Turco mandó que el Caballero del Esperanza fuese luego desarmado y curado de sus llagas, que mucha sangre le salía. Luego vinieron maestros (los mayores que en aquellas partes había) y curaron al caballero de todas sus llagas, y fue luego echado en un lecho que dentro del palacio el Gran Turco hizo aparejar, y dél y de sus altos hombres fue muchas visitado.

La infanta Casidora llevó consigo a la infanta Persalia; como entrabbas eran casi de una edad y de una hermosura (aunque algo más lo era la infanta Persalia), amáronse tanto que jamás mientras vivieron aquella amistad cesó. La infanta Persalia dijo un día que ella debía más que nadie al Caballero del Esperanza, que lo querría ir a ver. La infanta Casidora le dijo:

—Yo también iría, si la reina para ello me diese licencia: atendamos un poco, enviársela hemos a pedir.

Luego la infanta Casidora llamó a un doncel suyo y díjole:

—Vete a la reina mi señora y dile si la su merced es servida que la infanta Persalia y yo vamos a visitar al Caballero del Esperanza, que para ello le rogamos nos envíe licencia.

La reina les envió a decir que fuesen en buenhora, pero que llevasen aquella compañía que a sus personas convenía; ellas hicieron su mandado. Así fueron a visitar al Caballero del Esperanza aquellas dos tan hermosas infantas; como en la cámara fueron, ellas se llegaron al lecho y allí estuvieron hablando una pieza. La infanta Persalia le dijo:

—Señor caballero, nunca servicio fue hecho a dueña ni a doncella que tan agradecido fuese como el que yo de vos recibí cuando la cabeza del rey me presentastes.

El Caballero del Esperanza le dijo:

—Si yo, mi señora, supiera la vuestra voluntad, antes fuera hecho, pero con pensamiento que enojaba y no servía, me detuve el tiempo que la vuestra merced vio.

—Ello se hizo mejor que lo yo merecía —dijo la infanta—. Nunca me vi alegre y con todo contentamiento sino en este tiempo que libre del rey de Betensa me veo.

Como las infantas allí estuvieron algún tanto, despidiéronse del caballero y fuéreronse a su aposento. La infanta Persalia loaba mucho la hermosura y buena compostura del caballero, la infanta Casidora le dijo:

—Mucho deseo tengo de saber quién es este caballero.

—No me creáis —dijo la infanta Persalia— si él no es de alta guisa, ca su gesto y habla da a entender quién es, y no querer decir su nombre propio pone en mayor deseo de lo saber.

La infanta Casidora dijo:

—Atendamos que el caballero se levante, que yo sabré d'él su propio nombre.

Y así, estuvieron hablando en aquel que otro no era su pensamiento sino en cómo se partiría para acabar su demanda, que muchos dolores y angustias sentía en su corazón cada que de su señora se membraba, y falleciale el corazón en pensar que no la había de ver hasta que su demanda fuese acabada.

Después que de las infantas fue visitado estuvo el Caballero del Esperanza seis días en su lecho, y pasado este tiempo, los maestros le dijeron que se podía levantar, él fue muy ledo en oír tales nuevas. Luego se levantó y fuese al palacio, el Gran Turco y todos holgaron de lo ver. Así pasaron algunos días, hasta que del todo fue en sus fuerzas. Agora sabed que las dos infantas Persalia y Casidora enviaron a decir al Caballero del Esperanza que se viniese a su aposento; él hizo su mandado, y como ante ellas fue, la infanta Casidora, que más desenvuelta que las otras era, le dijo:

—Caballero, sabed que sois venido ante nosotros para que sin falta habéis aquí de hacer nuestro ruego.

—De grado —dijo el Caballero del Esperanza— haré vuestro mandado.

—Pues sabed —dijo la infanta Persalia— que a mí sola me habéis de otorgar un don.

El caballero le dijo:

—El don yo le otorgo, y soy muy ledo de servir a la vuestra merced en todo lo que mandar me quisiere.

La infanta le dijo:

—Pues sabed que el don que me habéis otorgado es que aquí nos habéis de decir vuestro propio nombre.

Mucho le pesó al Caballero de la Esperanza en oír el don que la infanta le pedía; ella conoció en su rostro la turbación que había recibido, y díjole:

—De aquí os prometo que, por nós, persona alguna no lo sabrá.

El caballero le dijo:

—Ya por que se sepa no me doy nada, sabed, mi señora, que mi propio nombre es Lucescano.

—¡Oh Mahoma! —dijo Casidora—. Dejadme ir al Gran Turco, porque de mí quiero que sepa a quién tiene en su palacio.

—Señor Lucescano —dijo la infanta—, en saber el Gran Turco quién vos sois, aunque seáis de nuestra contraria ley, no por eso seréis en menos tenido, siendo uno de los preciados caballeros que hoy es en el mundo nacido. Pues que ya vuestro nombre sabemos, y asimismo quién sois, por la fe que mantenéis, y a la cosa del mundo que más amáis, que vos nos digáis quién es aquella doncella que sobre vuestro corazón tiene mando y señorío.

Lucescano le dijo:

—Mi señora, viéndome conjurar por la cosa del mundo que más amo, no terné poder para dejar de hacer lo que me mandáis: sabed, mi señora, que la que de mi corazón es señora ha nombre Bellaestela, princesa del Monte Libeo.

Las infantas callaron, que no le preguntaron más cosa alguna. Pasada una pieza, la infanta Casidora dijo al infante:

—Si vos, mi buen señor, para ello me dais licencia, yo quiero ir al Gran Turco para que sepa el caballero que en la su corte es.

El infante le dijo que se hiciese todo aquello que la su merced fuese servida. La infanta se lo agradeció mucho, y cuando tiempo fue, el infante se despidió y se salió al gran palacio. Las infantas Casidora y Persalia quedaron por una pieza hablando en el infante; llamaban bienaventurada aquella que sobre tan preciado caballero tenía mando y señorío. Ese mismo día, acabando el Gran Turco de comer, entró en el palacio la infanta Casidora bien acompañada de dueñas y doncellas, el Gran Turco le dijo:

—¿Qué venida es ésta a tal hora?

La infanta se le humilló y le dijo:

—La mi venida es para dar a vuestra alteza entera alegría.

Y como tan hermosa y graciosa era, todos pararon mientes en lo que la infanta quería decir. Díjole:

—Sepa la vuestra merced que el Caballero del Esperanza es el infante Lucescano, hermano de aquel tan preciado caballero don Cristalián, de quien tantas cosas por el mundo se dicen.

Cuando el Gran Turco aquellas nuevas oyó, estrañamente fue ledo, y dijo:

—Mucho me pesa por la poca honra que a tan preciado caballero como éste es se le ha hecho.

Y diciendo esto le envió a llamar;; el infante vino luego, y como en la sala entró, el Gran Turco se levantó y dijo:

— Mucha razón tengo, señor infante Lucescanio, de quejarme de vos, siendo la persona que sois, encubriros de mí; que sabed, mi buen señor, que aunque sean de mi contraria ley, que sé conocer y hacer honra a los buenos caballeros, cuanto más a vos, que tengo mucha noticia de los grandes hechos que el emperador vuestro padre por el mundo ha hecho, y asimismo la tengo de los vuestros y del príncipe vuestro hermano; y de aquí os digo que todos los días que yo viviere ternéis en mí lo que en el emperador vuestro padre podéis tener.

El infante se le humilló y le dijo:

— No menos serviré yo a la vuestra merced adondequiera que estuviere, enviándomelo a mandar.

La infanta se tornó a su aposento y el infante se fue en su compañía; y como en su cámara la dejó, él se tornó a salir a la sala y dijo al Gran Turco que si su alteza le daba licencia, que luego se quería partir, por cuanto él andaba en una demanda que no se podía detener. Al Gran Turco le pesó mucho, y por no le enojar no le dijo sino que en todo hiciese su voluntad, que no le dejaba de pesar por apartarse de tan preciado caballero como él era. Luego hizo el infante aparejar su partida, y hizo hacer unas armas verdes sembradas de unas velas de nao de oro.

Veniendo un día el infante Lucescanio de pasearse con unos caballeros de casa del Gran Turco vio venir a Bridamor, muy maltratado de los trabajos que oído habéis que en la tormenta de la mar había pasado. El infante que bien miró, vio que era Bridamor su escudero, y fue tanta el alegría que a su corazón llegó en lo ver (que él por perdido lo tenía), que como junto dél fue, díjole:

— Amigo Bridamor, ¿cómo vienes así tan maltratado?

Cuando Bridamor alzó los ojos y vio a su señor, dijo en alta voz:

— ¡Oh Redemptor del mundo, y cuántas son las mercedes que yo cada día de ti recibo! ¡Oh mi señor, y qué buena ventura fue la mía hallaros aquí en tal tiempo! Jamás en mi corazón ha entrado alegría, teniendo por muy cierta la vuestra muerte.

— ¿Cómo salvaste la vida?

— En una tabla de la nao —dijo él—, e yendo por la mar fui arribado por estas partes. Mi ventura fue buena, pues que con vos, mi señor, topé.

Bridamor preguntó a su señor cómo se había salvado, el infante se lo contó, y asimismo le dijo cómo tenía a la infanta por perdida.

— Dios la guardará —dijo Bridamor— como a nós ha hecho.

— Así plega a Dios —dijo el infante.

Capítulo LXXXVIII

En que se recuenta la partida del infante Lucescanio, y asimismo cuenta lo que a la infanta Amplamira acaeció yendo por la mar en la tabla que ya oístes.

ASÍ como el infante Lucescanio halló por tal ventura a Bridamor su escudero, luego otro día por la mañana se armó de todas sus armas y así se fue a despedir del Gran Turco, el cual le rogó que siempre se acordase dél. El infante le dijo que él le prometía, adoquier que estuviese, si él hubiese menester la su ayuda, que enviando su mandado luego le vernía a servir. El Gran Turco se lo agradeció y le dijo:

—No penséis que tengo en poco ese ofrecimiento que me habéis hecho.

El infante le dijo que le ayudaría todas las veces que a mandárselo enviase, y pidiole licencia para se despedir de la reina e infantas, el Gran Turco le dijo que fuese. Y como en el aposento de la reina entró, despidiose della y fuese al aposento de las infantas, y cuando ellas le vieron entrar aparejado para se partir fueron muy tristes, y dijo la infanta Casidora:

—¿Por manera, señor Lucescanio, que ya nos queréis dejar?

—No dejaré yo de servir a la vuestra merced —dijo el infante— mientras Dios vida me diere.

La infanta Persalia le dijo:

—Tanta pena me da vuestra partida como si mi propio hermano fuésedes.

—Mi señora —dijo el infante—, aunque mi partida es tan presto, no por eso me aparto de vuestro servicio.

Y diciendo esto les besó las manos; las infantas lo encomendaron al Criador de todas las cosas, y así, se salió del palacio, y despidiéndose de todos los altos hombres del Gran Turco subió en su caballo. Así lo dejaremos hasta su tiempo.

Ya oístes cómo el infante Lucescanio y la infanta Amplamira, yendo en una tabla por la mar alta, la tabla se partió por medio y fueron partidos de en uno. Cuenta la historia que anduvo la infanta en la tabla por la mar todo aquel día que del infante se partió, hasta que la obscura noche vino. En aquel tiempo fue Dios servido de se acordar de aquella que con tantas lágrimas le pedía misericordia y merced de la vida; y fue desta manera: que como ella andaba en aquella tabla, las grandes olas de la mar (como la tabla era liviana) la echaron en un arenal, y como ella ya estaba más muerta que viva, aunque en sí sentía demasiada³⁵⁸ flaqueza, lo uno de no haber comido, y lo otro del afán que en la mar había tomado, sacó fuerzas de flaqueza, y como en el arenal se vio, muy presto se apartó, de manera que el agua no la pudiese coger, y fuese junto a unas altas rocas y allí estuvo aquella hermosa y más delicada doncella que otra toda aquella noche, acompañada de muchos y grandes temores que de muchas partes la cercaban. Pero no dejaba de dar muchas gracias a Dios y a su bendita Madre, porque había tenido por bien de la librar del peligro pasado. Pues con esta compañía estuvo toda aquella noche que

³⁵⁸ 1587: ‘demasida’ (202r).

muchos ratos se dormía con la mucha flaqueza, pero luego recordaba con el gran temor que tenía. Cuando la infanta vio venir el mensaje del día dio muchas gracias a Dios, y miró por unas y otras partes y vio unas rocas que parecían querer subir al cielo; la infanta fue demasiadamente triste, y llorando muy agramente decía:

—¡Oh mi señora Serinda, reina de Inglaterra! ¿Qué sentirá tu corazón si supieses en la cuita que tu querida Amplamira está? Pluguiera a Dios, reina y señora mía, que nunca en tu vientre se engendrara una doncella con tan poca ventura como yo soy. Fue Dios servido que los peces de la espantosa mar no comiesen mis delicadas carnes, y agora perecerán mis tristes días entre estas tan altas rocas.

Y mirando a una y otra parte pareciole que por entre las rocas podría subir a lo alto, y comenzó su poco a poco, y con la gran flaqueza que tenía tardó gran parte del día en subir, y cuando en lo alto se vio dio muchas gracias a Dios, y vio un campo raso, aunque algunas yerbas estaban por muchas partes nacidas. La infanta comenzó a coger algunas de las que mejor le parecieron, y hacia la una parte corría un angosto arroyo de agua. La infanta se fue para él, y allí lavó de aquellas yerbas y las comió, y bebió del agua del arroyo, que muy buena era, y allí estuvo mirando aquellos grandes y espaciosos campos, y rogaba muy ahincadamente a Dios que della se acordase. La infanta se levantó con temor que no la tomase allí la noche, y encomendándose a Dios, comenzó a andar.

Ella que iba por su camino adelante, vio venir una doncella en un palafrén. Cuando la infanta la vio, fue demasiada el alegría que a su corazón llegó en pensar que Dios la había traído adonde gentes habitaban. La doncella que en el palafrén venía se vino para la infanta, y como cerca llegó la una de la otra, la infanta vio que la doncella era negra, y fue muy espantada de ver negra tan ricamente guarnida, que traía un vestido de una seda verde clara con unas lazadas de oro. La infanta la saludó en su lengua (que siendo niña la aprendió de unas negras que a la reina su madre presentaron), y la doncella negra asimismo le volvió las saludes diciéndole:

—Buena doncella, ¿qué ventura os ha traído por estas partes, que, según vuestro hermoso rostro, me semeja que sois de longes tierras?

La infanta le dijo:

—Sí soy, ca sabed que en la mar me perdí, y por la mayor ventura del mundo aporté a esta tierra.

La doncella negra le dijo:

—Decidme, ¿venistes sola?

—Sí —dijo la infanta—, que no es comigo persona alguna, que dos días ha que ando en una tabla perdida por la mar.

—Si eso es verdad —dijo la doncella—, mucha necesidad ternéis de comer.

Y diciendo esto sacó de lo que para su camino llevaba y dio dello a la infanta; ella lo tomó, dándole muchas gracias. Se asentaron la doncella negra y la infanta (que por la tener compañía se apeó de su palafrén), y como la infanta acabó de comer, la doncella le dijo:

—Decidme, señora doncella, ¿qué es lo que queréis hacer de vos?

—Querríame ir —dijo la infanta— adonde gentes hubiese. Mucho os ruego que me digáis qué tierra es ésta.

— Esta tierra —dijo la doncella— ha nombre la Isla de Alifax. Si yo no fuera de tanta priesa, yo os tuviera compañía; pero yo os diré el camino que toméis para que os vais adonde la reina mi señora está, que ella es tan mesurada que os hará todo buen acogimiento.

La infanta se lo agradeció, y la doncella le dijo:

— Vos tomad este camino por donde yo vengo, y no le torzáis a una ni a otra parte; antes os id por él hasta que entréis en la ciudad, y allí hallaréis la reina Braínda. Preguntad por el su palacio y allí tomaréis entero descanso de todos los trabajos pasados.

Y diciendo esto se despidió de la infanta y se fue su camino. La infanta tomó el de la doncella. Tanto anduvo la infanta, que llegó a una hermosa ciudad, pero todas las gentes della eran negras, así hombres como mujeres, de lo cual ella fue muy espantada; pero mucho más lo fueron della, que todas las gentes la salían a ver como a cosa jamás vista. Ella se fue para el palacio de la reina y vio que las puertas de la calle eran de fina plata, y unas gruesas aldabas de oro muy fino; la infanta fue maravillada de las ver. Como fue en el palacio, viole maravillosamente obrado, y tan rico, que no se podía pensar. La infanta se subió por las escaleras, que eran de fina plata, y vio una muy hermosa sala, ca sabed que era la más estraña en riqueza que jamás fue vista, por cuanto tenía el suelo de oro muy fino, bruñido, tan luciente, que no parecía sino un espejo muy claro. Las paredes de la sala eran del mismo oro del suelo, pero todas cubiertas de muchas piedras de gran valor por muy linda arte puestas. El cielo asimismo era de oro bruñido, y en él muchas hojas y racimos de diversas maneras de gruesas perlas.

Hacia la una parte de la sala estaba un muy rico y preciado dosel, por tal arte, que parecía la cosa más rica que podía ser en el mundo. Debajo del dosel estaba una muy preciada silla, y en ella una reina asentada, negra como las otras gentes; las vestiduras que tenía eran tan ricas y de tanto valor, que espanto ponía a quien las miraba. En la cabeza tenía un tocado muy rico, y encima una corona de reina, de tan estimable valor, que no hubiera en el mundo quien apreciar la pudiera. La infanta se le humilló. La reina fue muy espantada de la ver, y dijole:

— Nunca pudiera creer que tan hermosa criatura hubiera en el mundo. Agora me decid en qué partes fuistes criada, ca tenéis hermoso rostro.

La infanta, que con tanta mesura la vio hablar, díjole:

— Reina y señora, yo soy criada en el reino de Inglaterra.

La reina la mandó sentar cerca de sí, y dijole:

— Decidme, ¿qué ventura os ha traído por estas partes?

La infanta le contó todo lo que acaecido le había después que del reino de su padre fue robada, pero no le dijo cómo era hija de rey. La reina hubo mucho duelo della, y luego mandó a muchas dueñas y doncellas negras que en la sala estaban que tomasen aquella doncella y le quitasen aquellas ropas que traía y la vistiesen de ropas preciosas y muy ricas, y asimismo mandó que la diesen muy bien de comer y todo lo demás que menester hubiese; las doncellas hicieron luego el mandado de la reina.

Como la infanta estuvo allí algunos días, con el buen tratamiento que la reina le mandaba hacer fue tornada en su entera hermosura. Estando un día la infanta

con la reina entró el rey en la misma sala adonde la reina estaba, y como a la infanta vio fue estrañamente espantado, y dijo a la reina:

—Decidme, ¿adónde hubistes tan hermosa doncella como ésta es? Yo os digo³⁵⁹ de verdad que vós habéis hecho de vuestro daño en la tener en vuestra compañía, ca sabed que la su hermosura es tanta que yo no la dejaré de tomar por mujer juntamente con vos.

Como la reina oyó lo que el rey había dicho fue estrañamente turbada, y calló, que no respondió cosa alguna al rey. Pero si la reina fue turbada, mucho más lo fue la infanta; el rey se llegó a ella y díjole:

—Hermosa doncella, ¿no seréis vos contenta con ser reina y señora de mi corazón?

La infanta le respondió:

—Esa holgura yo no la tomaré si puedo, ca yo no soy de vuestra ley y sería gran daño si vos comigo os casádes.

—Por el daño que a mí venirme puede —dijo el rey— no dejaré de hacer lo que dicho tengo, ca me semeja que no es en el mundo nacida cosa más hermosa que lo vos sois,³⁶⁰ y luego quiero que se haga el casamiento.

Como el rey hablaba desta manera, la infanta pensó morir con pesar, y quisiera por mil veces más ser muerta en las grandes ondas de la espantosa mar que venir a poder de aquel rey tan desemejado, y no sabía qué consejo se tomar. La infanta que en tal fatiga se vio, dijo:

—Mucho os ruego que antes que por vuestra mujer me toméis vos me dejéis holgar algunos días en el vuestro palacio, y por ventura lo que agora haré por fuerza, después deste tiempo será con mi voluntad.

Como el rey esto oyó fue muy contento, ca la deseaba mucho complacer, y mandó que de allí adelante la sirviesen como a la misma reina; y queríala poner en su aposento aparte, pero la infanta no quiso, antes rogó al rey que en compañía de la reina la dejase estar.

—Hágase todo lo que vós, mi señora, mandáis.

Así, se salió del aposento de la reina y se fue al suyo. Como la reina se vio sola con la infanta, comenzó a llorar y dijo:

—Hermosa doncella, por ti pienso yo abajar del grande estado en que puesta me vees.

La infanta la aconhortó diciéndole que no recibiese pena alguna, que antes ella entendía pasar por la muerte que hacer la voluntad del rey. La reina se lo agradeció mucho, y le dijo:

—Dime, ¿si soy tan hermosa como lo tú eres?

—No —dijo la infanta—, que la color negra que tenéis os quita mucha parte de la hermosura.

—¿Ah sí?³⁶¹ —dijo la reina—. Pues yo te quiero mostrar tu ventura y la mía, por que tú me veas cuán más hermosa soy que tú lo eres en la ventura.

Y diciendo esto se levantó y tomó por la mano a la infanta y entráronse en una cámara, y la reina abrió un cofre en que estaban infinitas joyas de gran valor, y

³⁵⁹ 1587: ‘dixo’ (203r).

³⁶⁰ 1587: ‘soy’ (203r).

³⁶¹ 1587: ‘Assi’ (203v).

entre ellas había un grande y hermoso espejo. La reina lo abrió (que estaba metido en una caja) y dijo a la infanta:

—Mira tu ventura cuán fea y desemejada es.

La infanta Amplamira miró, y vio un rostro de una doncella negro, arrugado y mezquino, como de persona que en mucha necesidad estaba. La infanta que aquella triste figura vio, pesole mucho, y dijo:

—¿Cómo sabré yo que esta imagen que aquí se parece es la mi ventura?

—Tenlo por cierto todo —dijo la reina—, ca el espejo ha tal virtud que en él se parece cuál es la ventura de la persona que en él se mira. Agora verás, que te quiero mostrar la mía: mira cuán hermosa y apuesta parecerá.

La infanta la miró juntamente con la reina, y vio una imagen de doncella tan apuesta y hermosa, que no podía en el mundo más ser.

—La mi ventura —dijo la infanta— tengo pensamiento que es tan triste en me ver en poder de vuestro marido.

—No es así —dijo la reina—, que de tu nacimiento tienes la ventura tal cual la vees.

Mucho fue la infanta triste en ver la ventura que Dios le había dado, y fuelo de tal manera que las lágrimas le vinieron a los ojos. La reina que tan cuitada la vio, hubo mucho duelo della, y dijole:

—¡Ay hermosa doncella, no toméis tanto pesar, que yo haré por vos todo aquello que sea vuestra pro.

La infanta se lo agradeció mucho, y le dijo:

—Ya veis vos, mi señora, lo poco que yo valgo; no quiero que la vuestra merced haga otra cosa por mí sino que me diga cómo podré yo irme desta tierra sin que el rey sepa la mi partida.

—Eso haré yo con mucha voluntad por dos cosas: la primera por vos, que sé que holgaréis de salir desta tierra; lo segundo por lo que a mí toca, que soy cierta que si el rey mi señor por una de sus mujeres os toma yo seré del todo aborrescida, según la vuestra gran hermosura. Y por que sepáis del todo la voluntad que yo os tengo —tomó un cofrecico pequeño y abriole, y dél sacó una preciada esmeralda y dijole—: Hermosa doncella, tomad esta pequeña esmeralda, que os hago cierta que ésta será guarda de vuestra hermosura.

La infanta la tomó, muy maravillada de lo que la reina le decía, y dijo:

—Decidme, ¿cómo esta esmeralda ha de ser mi guarda?

La reina le dijo:

—Yo os lo diré: cualquier caballero que el vuestro amor os pidiere, decidle que en ninguna manera no lo haréis si no os da de oro lo que pesa.

—¡Ay captiva —dijo la infanta—, que esta esmeralda muy poca cosa pesa!

—Pesa tanto —dijo la reina—, que todo cuanto oro hay en el mundo que se juntase no pesaría un tercio de lo que la esmeralda cuando la ponen en el peso.

Mucho fue la infanta espantada de ver tal maravilla.

—Amiga —dijo la reina—, esa esmeralda os doy yo para que con ella os amparéis vos del rey mi señor; y cuando el os requiriere de casamiento, pedidle que os otorgue un don, y el don sea que antes que con vos se case os dé de oro fino lo que esa esmeralda pesare, y desta manera seréis libre, ca sabed que él mantendrá lo que primero os prometiere.

Estrañamente fue leda la infanta en oír aquellas nuevas, y quiso besar las manos a la reina, pero ella no se las quiso dar, antes la abrazó diciendo:

—Gran pesar tengo en mi corazón en pensar que os habéis de apartar de la mi compañía, ca es para mí muy agradable.

—¡Ay mi señora —dijo la infanta—, que si yo de vos me partiere jamás olvidaré lo que por mí habéis hecho!

Pasados algunos días que la infanta estaba en compañía de la reina, el rey, que jamás un solo punto de reposo tenía con deseo de haber por mujer a la infanta, un día, acabando de comer, él se vino al aposento de la reina y dijo a la infanta (que con ella halló):

—Mi señora, ya es tiempo que yo de vos reciba las mercedes que mi corazón desea.

La infanta que así le oyó hablar fue muy turbada, que no entendía tener poder para dél se librarr, y díjole:

—Sepa la vuestra merced que yo he hecho juramento de no me casar con hombre que otra mujer haya en su poder.

—Sed vos, mi señora, segura que el día que a vos cobrare no terné memoria de todas las que hoy son nacidas; y por tanto, os ruego que os doláis de la mi cuita y que sea mañana el día de nuestro casamiento.

Como la infanta vio que palabras no aprovechaban con el rey, díjole:

—Pues que yo tengo de hacer lo que vós, señor, me mandáis, la vuestra merced sea de me otorgar un don.

El rey que otra cosa no deseaba sino que la infanta le mandase alguna cosa, díjole:

—Mi señora, yo le otorgo, y mil, si mil quisieredes.

La infanta se le humilló y le dijo:

—Sabed, mi buen señor, que el don que me habéis otorgado es que antes que yo vuestra sea vós me habéis de dar tanto oro fino cuanto esta esmeralda pesare.

Como el rey la vio, rióse de ver el don que la infanta le pidió, y díjole:

—No quiero que se pese, pues vos sois señora de mí y de cuantos tesoros yo tengo.

—No, señor —dijo la infanta—, sino que se ha de pesar y vos habéis de mantener el don que prometistes.

—Eso haré yo de grado —dijo el rey—, y sea luego.

La infanta mandó traer un peso, y en la una parte dél puso la esmeralda pequeña; el rey mandó traer un gran cofre lleno de monedas de oro, y dijo a la infanta:

—Mi señora, lo que pesare la esmeralda y lo que demás en este cofre quedare, todo será vuestro.

—Agora —dijo la infanta— mande poner en esta otra parte de esas monedas de oro.

El rey mandó a un caballero que echase de aquel oro de la otra parte de la esmeralda; el caballero hizo su mandado y comenzó a echar, pero por mucho que el caballero echó no le aprovechaba nada, que la esmeralda pesaba mucho más. Finalmente, que el rey mandó traer todos sus grandes tesoros y echarlos de la otra

parte de la esmeralda; pero todo aprovechó tanto como nada, que mucho más pesaba la esmeralda. Como el rey esto vio fue muy triste, y dijo:

—Conviéñeme morir, pues por tal arte fui engañado —y decía—: ¡Ay de ti sin ventura rey Fredón, y cómo te converná³⁶² morir de mala muerte por esta doncella, que en mal punto vino a la mi corte!

En este tiempo la infanta dijo al rey:

—Paréceme que la vuestra merced no cumple comigo. Pues que así es, sea de se dar licencia, que yo me quiero ir a mi tierra.

El rey sintió tal dolor en oír hablar de aquella manera a la infanta, que se le cerró el corazón y dio consigo de una silla en que estaba abajo. Todos fueron puestos en espanto pensando que el rey era del todo muerto. La reina le tomó en sus brazos, y echándole agua en el rostro, luego el rey tornó en su acuerdo derramando infinitas lágrimas. Mas la reina no le osaba decir cosa alguna, por no le dar pena. El rey decía:

—¡Oh mi señora Amplamira, acordaos de quien más que a sí os ama, y por vos yo entiendo muy cedo perder la vida!

—No perderéis —dijo la infanta—, que yo siempre os amaré y preciaré como si fuésedes mi propio hermano.

El rey le respondió:

—Ya, mi señora Amplamira, no quiero vuestros favores, sino morir con vuestro deseo.

—Eso no moriréis vos —dijo la infanta—; y por no dar mayor pena, yo me querría partir luego.

—Sea cuando mandáredes —dijo el rey—, que sabed que adoquiera que vós, mi señora, vais, va con vos el ánima mía.

La reina dijo a la infanta que cuándo se quería partir; la infanta le dijo que luego, si posible fuese.

—Sea —dijo la reina.

Y mandole traer un palafrén de los suyos, tan ricamente guarnido, que no había quien apreciar lo pudiese, y asimismo le mandó dar una ropa la más estraña y rica que jamás se vio. Mandó el rey y la reina que en su compañía fuesen dos doncellas de las suyas.

—¡Ay mi señora —dijo la infanta—, que son grandes las mercedes que yo de vos recibo.

El rey le mandó dar muchas y muy ricas joyas, diciéndole:

—Tomad, mi señora, estas joyas en señal de la mi muerte, que por vos tan cedo me verná.

La infanta había mucho duelo del rey, ca le vía con demasiada pasión, y díjole:

—Por mejor tengo irme que detenerme, pues tanta pena doy con la vista; y dadme licencia, que luego me quiero partir.

El rey le dijo que atendiese un poco, que ya él había mandado ensillar; la infanta le dijo que haría su mandado. La reina asimismo dijo que ella quería también salir con ella. Así, atendió la infanta una pieza, y de ahí a poco rato trujeron el caballo del rey y un palafrén para la reina muy ricamente guarnido. Y la infanta con mucha

³⁶² 1587: ‘couerna’ (204r).

alegría, y el rey y la reina con mucho pesar (por la partida de la infanta) subieron a caballo, por la tener compañía, más de tres millas, y cuando tiempo fue, el rey y la reina se despidieron. Tanto dolor sintió el rey cuando de la infanta se partió, que si no le tuvieran cayera del caballo; pero sus caballeros le tornaron al palacio y allí estuvo muchos días maldoliente con muchos pensamientos que a la contina tenía, hasta que algún tanto se le fue olvidando la gran hermosura de la infanta, donde los dejaremos por contaros lo que a la infanta acaeció.

Sabed que ella llevaba en su compañía dos doncellas de las de la reina, negras, pero hermosas y bien compuestas. La infanta se dio tanta priesa en su camino, y Dios que la quiso tan bien, que en él no le acaeció nada que se lo estorbase, por manera que aunque con gran trabajo del camino grande, llegó al reino de Francia; y como en él fue supo cómo el rey había guerra con el rey don Velarte de Inglaterra, y que tenía grandes compañías de gentes en el campo, y muchas villas y castillos de Inglaterra por suyos, y asimismo supo cómo el rey don Velarte estaba cercado en una villa que tenía un hermoso castillo gran tiempo había, por manera que el rey estaba en estrema necesidad.

Como la infanta estas nuevas oyó fue muy triste, y a la mayor priesa que pudo se vino para Inglaterra; y como en el campo del rey de Francia se vio, envió a decir al rey (que era caballero mancebo y por casar) con una doncella de las suyas que allí era una doncella que lo quería hablar, pero que había de ser ante la su merced solo, y no ante otro; y para enviar la doncella la infanta, se apartó con la otra en una floresta que cerca de allí había.

La doncella se fue para la tienda donde el rey estaba, y como en ella entró, viole que con sus altos hombres estaba hablando; y como a la doncella negra vieron, mucho fueron espantados de verla tan apuesta, y preguntáronle que con qué demanda venía. La doncella no les entendió, ca no sabía la lengua francesa, más de cuanto conoció al rey por la rica corona que en su cabeza traía, y humillándose ante él le besó las manos y le dio una letra que de la infanta traía en lengua francesa que decía lo que arriba oístes, por cuanto la doncella no hubiera en el real quien la entendiera: tan estraña era su lengua. El rey demandó papel y tinta, y en respuesta le envió a decir que viniese cuando lo tuviese por bien. Y tomando la doncella la letra del rey, se salió de la tienda y se fue adonde la infanta estaba, y como ella vio el mandado del rey fue muy leda. Luego se vistió una ropa asaz rica, de gran valor, que la reina le había dado, y púsose un rico tocado sobre sus hermosos cabellos, y asimismo un antifaz en su rostro, y acompañada de sus dos doncellas se fue a la tienda del rey. Como hubiese algunos caballeros y la infanta no se quisiese quitar el antifaz que en su hermoso rostro traía, el rey le dijo:

— Buena doncella, quitaos el antifaz.

Ella le respondió que no lo haría en ninguna manera hasta que la su merced quedase solo. Como el rey vio la voluntad de la doncella, mandó a los caballeros que en la tienda estaban que luego se saliesen fuera; ellos hicieron su mandado. Como el rey quedó solo con las doncellas, luego la infanta se quitó el antifaz, y como el rey la vio de tan estraña hermosura y tan ricamente guarnida, no pudo acabar menos consigo sino hacerle grande acatamiento. La infanta se humilló ante el rey por le besar las manos, pero el rey no se las quiso dar, antes la tomó por las

suyas, y como tan blancas y hermosas las vio, quiso se las besar, pero la infanta las tiró afuera. El rey la hizo sentar cabe sí diciéndole:

—Hermosa doncella, por bienandante me ternía yo si algo que en vuestro servicio fuese me quisiédeses mandar.

—Mi señor —dijo la infanta con sus hermosos ojos bajos y acompañado de mucha honestad—, yo soy vasalla del rey don Velarte, y como veo la gran destrucción que por el reino de Inglaterra Dios ha tenido por bien de enviar a causa vuestra, yo me determiné de salir del reino e irme muy lejas tierras por no oír ni saber el daño y daños que a los propios de mi naturaleza por vuestro mandado venirles puede. Y antes que de mi tierra saliese quise ver por quién era la causa de mi triste destierro, y agora que a vuestra alteza he visto, la vuestra merced sea de me dar licencia, que yo luego me quiero ir por el mundo ado gentes no vea, por que en ninguna manera yo pueda ser sabidora de tan grandes males como al presente se esperan.

Esto decía la infanta derramando infinitas lágrimas por sus hermosas faces. Agora sabed que fue el rey tan pagado de la gran hermosura de la infanta, que casi estaba fuera de sí, y díjole:

—Señora doncella, mucho os ruego que aquí os detengáis algunos días, y sabremos quién son vuestros padres y parientes y amigos; y de aquí prometo de les hacer tales mercedes que para siempre sean ricos.

—Nunca Dios lo quiera —dijo la infanta— que mis parientes sean libres viendo yo al rey, que es mi natural señor, puesto en tanta necesidad.

Y sin más decir se levantó. Como el rey vio que aquella tan hermosa doncella se quería ir, propuso en sí de no la dejar ir por ninguna manera, por cuanto él entendía morir con deseo de la su vista, y díjole:

—Señora doncella, no vos tiene pro levantaros, que antes perderé la vida que de la mi tienda os deje salir.

La infanta le dijo:

—Si vuestra merced así como lo dice lo hiciese, no sería hecho a guisa de bueno; y por tanto, me dejad ir libre, como cuando a vuestra tienda vine.

—Eso no haría yo —dijo el rey—, porque yo mismo sería causa de mi desastrada muerte; ca sabed, mi señora, que soy preso de la vuestra gran hermosura.

Como la infanta vio que en ninguna manera el rey salir no la dejaba, díjole:

—Pues que vós sois tan pagado de la mi hermosura, bien cierta soy me otorgaréis un don cualquier que yo vos pidiere; y si me lo no cumpliéredes, el rey don Velarte de Inglaterra sea libre de la vuestra guerra y luego alcéis vuestro real y os volváis en Francia.

El rey fue demasiadamente ledo en oír a la infanta (con pensamiento que ya la tenía en su poder), a la cual dijo:

—El don yo le otorgo, aunque me pidáis la mejor villa o castillo que en Francia tengo.

—No quiero villa ni castillo —dijo la infanta.

Y sacando la esmeralda, dijo al rey:

—Lo que yo quiero es que la vuestra merced sea darme tantas monedas de buen oro fino cuanto esta esmeralda pesare.

Como el rey miró la esmeralda rióse, y dijo en su corazón: «Por Dios que la doncella es contenta con poca cosa». Y luego la mandó poner en un peso, y de la otra parte monedas de oro; pero por muchas que echaron no aprovechaba nada, que la esmeralda pesaba tanto que todos fueron espantados. El rey mandó traer grandes tesoros y ponerlos de la otra parte de la esmeralda, pero todo aprovechó tanto como nada, de lo cual todos fueron espantados. Y la infanta dijo al rey:

—Mande la vuestra merced cumplir comigo: o me dé tanto haber cuanto la esmeralda pesa o mande alzar su real; y si esto hacer no quisiéredes, por el mundo me quejaré de vos y a todos los caballeros andantes pediré enmienda del agravio que aquí se me hiciere.

El rey fue muy turbado, más por la pérdida de la doncella que no por el don que le había prometido, y dijole:

—Señora doncella, en todo haré vuestro mandado. Y cumpliré el don que os prometí; pero sea con tal condición: que yo no sea apartado de la vuestra vista.

—Eso no puede ser —dijo la infanta—, que hacer vos conviene lo que me habéis prometido, sin pedirme cosa alguna.

—Señora doncella —dijo el—, vos tenéis razón. Yo, como rey, cumpliré lo que prometí.

Como la infanta esto le oyó quísole besar las manos; el rey las tiró afuera y dijole:

—Dadme vos a mí las vuestras, y pensaré que soy hecho señor del mundo si con la vuestra voluntad me las dais. Una sola cosa os pido en recompensa del daño que con vuestra vista he recibido, y es que me digáis cuya hija sois.

—Yo prometo a vuestra alteza —dijo la infanta— que en siendo en poder de mi padre, de os lo enviar a decir. Y antes no lo diré, porque así conviene que se haga por lo que vuestra alteza después sabrá, cuando yo os haga saber quién soy.

Como el rey vio que al no podía hacer, luego mandó pregonar por todo el campo que lo más presto que fuese posible alzasen su real y luego tomasen su camino para Francia. Todos fueron espantados cuando oyeron la voluntad del rey, y no sabían qué decir; pero al fin acordaron de hacer su mandado, y muy presto fue hecho.

La infanta se despidió del rey; él le dijo:

—Mi señora, ¿adónde atenderé vuestro mandado?

—Adonde la vuestra merced fuere —dijo la infanta—, que yo luego lo enviaré en siendo en la villa adonde el rey está.

El rey se le humilló, y ella asimismo a él, y así, se despidieron el uno del otro. Como la infanta fue salida de la tienda del rey, los altos hombres le dijeron que pues la su voluntad había sido alzar el real, que sería bien que allí no se detuviese más; el rey les dijo:

—Aquí quiero yo atender mi muerte o mi vida.

Los caballeros se callaron, que no le respondieron cosa alguna, porque algunos había que no le entendieron.

Capítulo LXXXIX

De cómo la infanta Amplamira se dio a conocer el rey don Velarte su padre y de las grandes alegrías que por su venida se hicieron; y de cómo envió a decir al rey de Francia quién era.

LA infanta Amplamira valió del real del rey de Francia ricamente guarnida ella y sus doncellas, como ya oístes, y púsose un antifaz en su hermoso rostro por no ser de nadie conocida. Y así, se fue para el castillo adonde a la sazón el rey don Velarte estaba y hizo llamar a la puerta; luego se paró un caballero a una finiestra, y como las tres doncellas vio fue muy espantado en ver las dos negras y tan ricamente guarnidas; a la infanta, como traía el antifaz en el rostro, no vio si era negra o blanca. Una de las doncellas (que de la infanta había aprendido la lengua inglesa) dijo:

—Señor caballero, diréis al rey vuestro señor que aquí es una doncella estraña que quiere hablar con la su merced.

El caballero se fue adonde el rey estaba y díjole cómo allí eran tres doncellas, las dos eran negras, y la otra traía un antifaz, que no sabía si era negra o blanca, que querían hablar con la su merced. El rey las mandó subir, y como en la sala fueron, el rey y la reina pararon mientes en la estrañeza del vestido de la doncella que traía el antifaz, y la reina le dijo:

—Buena doncella, mucho os ruego que os quitéis el antifaz por que gocemos de vuestro rostro así como gozamos de vuestra vestidura.

Una de las doncellas negras dijo al rey y a la reina:

—Mis señores, es mucha razón que honréis a esta doncella, por cuanto hoy sois libres de la guerra que el rey de Francia os hacía, ca sabed que el rey ha ya mandado alzar su real, y sin falta todas las más gentes son idas.

Como la doncella esto acabó de decir, entró en palacio un caballero y dijo al rey:

—Grandes son las maravillas que hoy han acaecido en el real, ca sabed que el rey de Francia alza su real a ruego de una doncella.

—¡Ay Sancta María, valme! —dijo la reina—. Y ¡qué buenas nuevas son éstas para mí!

—La doncella habemos en nuestro palacio —dijo el caballero—,³⁶³ ca sabed que es ésta, y ella debe ser de alta guisa, según en sus atavíos se muestra.

—Buena doncella —dijo la reina—, mucho os ruego que quitéis el antifaz, que tanto deseo he de la vuestra vista como de la infanta Amplamira mi hija; y persona que por su causa tanto bien nos ha venido, no es razón que un sólo punto más se encubra.

—No por cierto —dijo la infanta—, que mayor le tengo yo de darme a conocer que la vuestra merced lo tiene de la mi vista.

Y diciendo esto se quitó el antifaz del rostro. Como el rey y la reina conocieron a la infanta su hija, fue tanto el placer que sintieron, que la reina quedó fuera de sí

³⁶³ 1587: ‘dixo la reyna’ (205v).

por una pieza, y después que en sí tornó, con las lágrimas en los ojos de alegría comenzó a decir:

—¡Oh mi hija Amplamira! ¿Qué buena ventura es esta?

Y diciendo esto la tomó entre sus brazos, y besándola en el rostro le dijo:

—Cuéntame, hija mía, ¿cómo veniste a tiempo de tanta necesidad nuestra y qué doncellas son estas que en la vuestra compañía traes?

—Esa cuenta que la vuestra merced me pide, hay necesidad de tiempo para darla, y yo no lo tengo al presente, porque tengo de enviar mi mandado al rey de Francia, que lo atiende.

Todos los altos hombres que a la sazón estaban en el castillo vinieron con mucha alegría a besar las manos a la infanta, ella los recibió como aquella en quien cabía mucha mesura. Las doncellas que en compañía de la infanta habían venido eran extrañamente espantadas cuando entendieron que la infanta era hija del rey don Velarte. El rey dijo a la infanta:

—Cuéntanos cómo te avino con el Rey de Francia y qué manera tuviste para que alzase su real, que sin razón alguna nos ha hecho gran daño después que el rey su padre murió.

La infanta les contó todo lo que oído habéis que con él le aviniera. Mucho fueron espantados en oír la gran virtud que la esmeralda tenía, y agradecían mucho a la reina que tan buena obra le había hecho en se la dar. La reina mandó mucho honrar las doncellas negras; la infanta mandó que le diesen recado para escribir al rey de Francia, y luego fue hecho su mandado; y escribiendo la letra, la selló con las armas de Inglaterra y la dio a un caballero de los del palacio, y le dijo:

—Dad esta letra mía al rey de Francia y atended la respuesta que os diere.

El caballero la tomó y se fue para el campo adonde el rey estaba, y humillándose ante él, le dio la letra diciéndole:

—Serenísimo príncipe, rey y señor de Francia, la extraña doncella que os prometió en siendo en poder de su padre de os enviar su mandado, a vuestra alteza envía esta letra.

Como el rey entendió que aquel caballero venía con mandado de aquella hermosa doncella en quien él tan ahincadamente había puesto su pensamiento, fue grande la su alegría, y mandó mucho honrar al caballero. Y abriendo la letra con aquel entrañable deseo que los que semejante pasión que él suelen tener de ver y saber lo que en la letra venía, vio que decía así:

Amplamira, infanta de Inglaterra, a ti Desiderio, rey de los franceses, acrecentamiento en tus grandes señoríos te desea. Si la fe y palabra cada uno es obligado a cumplirla y mantenerla, muy excelente príncipe, con cuánta más razón en el caso presente, mirando no solamente a quién se promete, mas quién lo promete, si no lo cumpliese, sería gran menoscabo para su honra. Mirando el daño que no haciendo lo que te prometí venir me puede, te envío ese caballero; y por que la novedad del caso no te tenga suspenso, sabrás que soy Amplamira, hija del rey don Velarte de Inglaterra, a quien tan sin razón y con tanto tuerto procurabas tiranizalle y ocupalle sus tierras. Viniendo a mi noticia, mirando lo mucho que los hijos deben a los padres, queriendo pagar la obligación que a su servicio nos obliga tener por el ser que por ellos después de

Dios en la tierra tenemos, determiné como viste, de ver tu real persona, y viéndola, me prometiste lo que como magnánimo rey poderoso cumpliste.

Como el rey acabó de leer la letra y por ella supo cómo aquella hermosa doncella era la Infanta Amplamira de Inglaterra, fue grande la su alegría, porque luego propuso en su corazón de la pedir al rey su padre en casamiento; y volviéndose al caballero que la letra de la infanta le había traído, le dijo:

—Caballero, vos atenderéis aquí un día o dos, hasta que yo envíe mi mandado a la infanta.

—Atenderé —dijo el caballero— todo el tiempo que vuestra alteza mandare.

El rey de Francia hizo venir a su tienda a todos los altos hombres que a la sazón estaban en el campo, y como fueron juntos, el rey les comenzó a hablar en esta manera:

—Preciados caballeros, vasallos y amigos míos, maravillados estaréis de ver mi acelerado mandamiento, que fue las grandes compañías de gentes que sobre Inglaterra había hecho venir, repentinamente, como vistes, mandé que mi real fuese alzado, y asimismo mandé que todas mis gentes, lo más presto que ser pudiese, fuesen en Francia, dejando libres las villas y castillos que ya por nuestros teníamos, para que el rey don Velarte de Inglaterra tornase a cobrar todo aquello que perdido tenía. Sabréis que todos los que hoy son en el mundo nacidos, de cualquier estado y condición que sean, somos sujetos a la voluntad de Dios; y esto digo porque yo, estando muy fuera de los pensamientos enamorados, no con otro deseo sino de señorear el mundo si posible fuese, comencé la guerra con el rey don Velarte. Como es cosa muy cierta los hombres tener el pensamiento en una cosa, y Dios, que es señor sobre todos los señores, ordenarlas a su voluntad, fue servido que ante mis ojos viese aquella hermosa doncella, de cuya vista todos mis sentidos fueron ciegos y mis altos pensamientos en olvido; y no temiendo la pregonera y divulgada fama, que por el mundo en menosprecio mío en muy poco espacio se estendería,³⁶⁴ mandé con mucha prisa, como ya tengo dicho, que mis compañías de gentes alzasen el real estando a punto de cobrar el reino de Inglaterra. De todo esto fue causa una doncella, sin saber que estado y condición era el suyo, y por ella tengo puesta la vida en aventura. Y sed ciertos que si yo fuera apartado de la su vista, que los mis días fenecieran con mucho dolor. Sabréis que aquella hermosa doncella que ante mí pareció con vestiduras y compañía tan estraña es la infanta Amplamira de Inglaterra, como por su letra parece ser verdad. Yo tengo acordado, si os parece, pues es doncella de alta guisa y tan estremada en hermosura, de la pedir al rey su padre que tenga por bien de me la dar por mujer. Esto quiero yo que sea con voluntad y acuerdo de todos vosotros, y luego me dad la respuesta.

Como los altos hombres oyesen y viesen la voluntad del rey y cómo no les daba tiempo para que en cosa tan ardua tomasen acuerdo, todos a una dijeron:

—En todo se haga vuestra voluntad, que desto seremos contentos, cuanto más siendo la persona de tanto valor como lo es la infanta Amplamira.

³⁶⁴ 1587: ‘entenderia’ (206v).

Como el rey vio la respuesta que sus altos hombres le daban, dioles muchas gracias por la voluntad que de servirle tenían, y luego mandó a dos, los mayores señores que en Francia había, que fuesen con su embajada al rey don Velarte; ellos dijeron que harían su mandado. El rey mandó llamar al caballero que con el recado de la infanta había venido, y como ante él fue, mandole dar grande haber y díjole:

—Amigo, vos os volved a la infanta vuestra señora en compañía de estos dos caballeros que al rey don Velarte van con mi mandado.

El caballero le besó las manos, y así, se fueron todos de consuno a la villa adonde el rey don Velarte estaba, y como supo que el Rey de Francia enviaba sus embajadores, mandolos salir a recibir, y asimismo él los recibió y honró mucho en el su palacio. Los embajadores le besaron las manos, y el rey los mandó asentar. Y como algún tanto hubieron reposado, uno dellos, el más anciano, comenzó su habla desta manera:

—Poderoso rey don Velarte de Inglaterra, el rey Desiderio mi señor te hace saber cómo la gran hermosura de la infanta Amplamira tu hija fue causa que la su grande enemistad y tuya tornase en demasiada amistad y parentesco, si tú dello fuieres contento. Él por nós te envía a decir que si dársela quisieres por mujer, que en ello le harás grandes y señaladas mercedes, y que este casamiento será causa para que la tu amistad y la suya durará para siempre. Y cuanto a esto no hay más que decir, sino atender tu respuesta.

Como el rey don Velarte oyó a los embajadores del rey Desiderio túvose por bienandante en le dar a su hija por mujer, y díjoles:

—Caballeros, diréis al rey vuestro señor que aunque en este hecho no se ganará otra cosa sino la su amistad, yo me tuviera por contento; cuanto más que en ver yo a mi hija en poder de tan preciado rey me terné por muy honrado. Y el casamiento se haga cuando la su merced mandare.

Los embajadores le besaron las manos, y luego se volvieron para el rey su señor y le dijeron la respuesta del rey don Velarte; y como el rey la oyó, estrañamente fue ledo, y luego mandó que sus altos hombres se vistiesen de ricos y preciados paños, y toda la gente que consigo llevasen; y todos aparejados como el rey lo mandó, tomaron su camino para la villa adonde el rey don Velarte estaba.

Sabed que como el rey don Velarte despidió a los embajadores del rey de Francia, luego se fue al aposento de la reina Serinda, y con ella halló a la infanta Amplamira; el rey les contó todo lo que oído habéis que con los embajadores había pasado. La reina fue muy leda de oír tan buenas nuevas, y no menos lo fue la infanta Amplamira, que muy pagada era de la buena apostura del rey Desiderio. El rey don Velarte dijo a la reina que a gran priesa mandase aparejar el palacio para tal menester, y asimismo la infanta se vistiese muy ricamente.

—Hágase todo lo que mandáis —dijo la reina.

Así, salió al palacio y las dejó entendiendo a gran priesa en lo que habían menester. Otro día, a hora de vísperas, supo el rey don Velarte la venida del rey Desiderio; él y todos los que en la villa estaban lo salieron a recibir. Como el rey Desiderio entendió que el rey don Velarte salía allí entre aquellas compañías, cuando más cerca fueron los unos de los otros el rey Desiderio se apeó, y así lo hizo el rey don Velarte. Los reyes se hicieron grandes acatamientos, humillándose el uno al otro. El rey Desiderio pidió la mano al rey don Velarte, demandándole

perdón de los enojos que a su causa había recibido; el rey don Velarte lo abrazó diciéndole:

—Mi buen señor, vos habéis dado tal emienda de lo pasado por donde todos somos muy alegres.

El rey Desiderio se le humilló, y así, tornaron a cabalgar y se fueron a palacio. Los reyes se asentaron, y cuando una pieza estuvieron hablando en lo que más les agradaba, el rey don Velarte envió a llamar a la reina y a la infanta, y ellas oyendo el mandado del rey, luego salieron acompañadas de muchas dueñas y doncellas de alta guisa y de los altos hombres que en el palacio estaban. La infanta Amplamira venía tan hermosa y ricamente guarnida, que espanto ponía a quien la miraba. El rey Desiderio se levantó, y humillándose ante la reina por le besar las manos, la reina las tiró afuera, y como muy graciosa era, le dijo:

—Mi buen señor, tiempos han pasado que si yo ante mi os tuviera como agora, con mis proprias manos tomara de vos la emienda que mi corazón deseaba.

Todos rieron de lo que la reina Serinda dijo, y antes que se tornasen asentar, el rey don Velarte tomó a la infanta Amplamira su hija, y luego vino allí un arzobispo que aparejado estaba, y así, aquella hermosa infanta y el rey Desiderio de Francia fueron desposados con aquellas ceremonias que en los tales tiempos se suelen hacer. Luego comenzaron a sonar los menestriiles altos, y los desposados se sentaron a una parte, y luego la fiesta se comenzó de muchas danzas de caballeros y doncellas que en el palacio había. Como la fiesta se acabó ya era hora de cenar; fueron puestos los grandes aparadores del rey don Velarte, y asimismo las mesas, y todos fueron sentados por orden como sus estados lo merecían, donde fueron servidos como a mesa de tan alto príncipe convenía.

Acabada que fue la cena, los reyes quedaron hablando sobretabla; el rey Desiderio dijo que si por bien lo tuviese, que él se quería velar otro día por la mañana, el rey don Velarte le dijo que se hiciese como lo él mandaba. Esto concertado, todos se fueron a dormir, aunque muy grave le fue al rey Desiderio partirse de aquella que sin la su vista un sólo punto no tenía de descanso. En el mismo castillo estaba hecho el aposento del rey de Francia, y como en su lecho fue, él durmió muy poco, ca no podía reposar pensando en las gracias y hermosura de la infanta Amplamira, y teníase por bienandante en la haber tomado por mujer. La infanta asimismo estaba muy contenta, y daba muchas gracias a Dios que marido tanto a su voluntad le había dado.

Y cuando de día fue, la infanta se levantó y se vistió muy ricamente otro vestido que el día de antes había llevado, y asimismo se tocó un tocado rico y muy hermoso, con tantas perlas y piedras en torno dél, que mucho acrecentaba en la su hermosura. El rey Desiderio asimismo se vistió de muy ricos y preciados paños, y todos los caballeros de Francia. El rey don Velarte se salió al gran palacio, y luego vino el rey Desiderio acompañado de sus altos hombres, y dando los buenos días al rey don Velarte, luego enviaron por la reina y por la infanta. Ellas vinieron bien acompañadas, y como en el palacio fueron, luego se entraron a la capilla, adonde estaba hecho un rico estrado, y allí se humillaron el rey de Francia y la reina Amplamira y diérонles aquellas bendiciones que la Madre³⁶⁵ Sancta Iglesia ordenó,

³⁶⁵ 1587: ‘madra’ (207v).

y como la misa fue dicha, sacaron los novios al gran palacio, y como fueron sentados era ya tarde. Luego los dieron de comer, y fueron servidos como a mesa de tan alto príncipe convenía. Como la comida fue acabada, la fiesta se comenzó, y danzaron muchos caballeros con las doncellas de las reinas de Inglaterra y Francia. Como todos hubieron danzado, las doncellas negras se levantaron y las dos comenzaron una danza a la usanza de su tierra, que dio mucho contento a todos los que mirando estaban.

Aquel día, y otros muchos, se hicieron grandes fiestas. El rey Desiderio envió a decir al rey y a la reina que luego se quería partir para Francia, si le daba para ello licencia; el rey le envió a decir que en todo hiciese a su voluntad. La reina de Francia envió a llamar a las doncellas negras y díjoles:

—Amigas, ¿qué es lo que queréis hacer?

Ellas se le humillaron y le dijeron:

—Mi señora, volvemos para la reina, que somos ciertas que nos atenderá.

—Es mucha razón —dijo la reina.

Y mandoles dar muchas cosas de las de Inglaterra, que en aquellas partes adonde la reina estaba no las había, enviándole sus saludes, y asimismo las envió al rey su marido. A las doncellas mandó dar muchas y ricas cosas de las que allá en su tierra no había, y así, se despidieron de la reina y de todos los que en el palacio había. Subiendo en sus palfrenes, tomaron el camino para la Isla de Alifax, y en todo él no les avino cosa que se lo estorbase. Y como en la isla fueron, la reina Braínda su señora holgó mucho con la su venida, y preguntoles por la doncella adónde la habían dejado. Las doncellas le dieron las donas que la reina de Francia les dio, y le dijeron:

—La doncella que aquí en el vuestro poder teníades es la mayor señora de todos los cristianos.

A la sazón entró el rey, y las doncellas contaron todo aquello que a la infanta acaeció desde que de la isla había partido. Mucho fueron el rey y la reina espantados en oír aquella tan estraña aventura; la reina dijo:

—Por Mahoma os juro que en todas sus cosas ella semejaba ser de alta guisa.

Pues, tornando a nuestro propósito, como la partida otro día de mañana estuviese aparejada, el rey don Velarte mandó ensillar su caballo para salir con ellos, y el rey Desiderio y la reina Amplamira se despidieron de la reina Serinda, la cual los echó su bendición, y no pudo tanto consigo que las lágrimas no le vinieron a los ojos en apartar de sí aquella que era la cosa que más amaba. Y aunque la reina Serinda sentía esta soledad, con mucha alegría se despidieron los unos de los otros. El rey don Velarte salió con ellos cuanto tres millas, y de allí les echó su bendición y se volvió para la villa. El rey y la reina Amplamira llegaron en Francia, adonde les fueron hechos grandes recibimientos en cada villa o ciudad que llegaban, y llegados que fueron en la gran ciudad de París, donde reposaron, se hicieron grandes fiestas.

Capítulo XC

En que se recuenta lo que al infante Lucescanio acaeció cuando de la corte del Gran Turco salió.

YA os habemos contado cómo el infante Lucescanio partió de la corte del Gran Turco llevando en su compañía a su escudero Bridamor. Así caminaron treinta días sin que cosa les acaeciese que de contar sea. En este tiempo, un día a hora de nona vieron venir por un camino dos doncellas en sus palafrenes, bien guarnidas. Ellas se vinieron a gran paso donde el infante estaba, y como junto a él llegaron, el infante las saludó muy cortésmente, y ellas a él asimismo.

—Buenas doncellas —dijo el infante—, mucho os ruego que me digáis para dónde es vuestro camino.

—Eso os diremos de grado —dijo la una de llas—. Nós vamos a ver la doncella que la corona del rey Aquirós en sus manos tiene.

—Mucho os ruego —dijo el infante— que me digáis qué aventura es ésa.

—De grado —dijeron las doncellas— os la contaremos, y si en ella os quisiéredes probar, iréis en la nuestra compañía.

—Iré —dijo el infante—, por ver el aventura de la corona; pero si vos, señora doncella, la sabéis, alegre me haríades si contar me la quisiédes.

—Contaremos —dijeron ellalas—. Sabréis, mi buen señor, que en Altariagreta reinaba un rey llamado Aquirós. Este rey fue muy gran sabidor en las artes, y jamás en el tiempo de su juventud nunca se quiso casar, por manera que cuando en edad mayor entró no tenía sucesor para después de sus días. Los altos hombres de su reino, juntamente con las comunidades, se quejaban mucho, diciendo que si Dios a él le llevaba desta vida, que no dejaba sucesor en el reino. En este tiempo el rey se vio que ya era llegado al fin de sus días, y mandó llamar a los altos hombres de su reino y díjoles: «Mis buenos amigos, muchos tiempos ha que tengo conocido de vosotros la queja que de mí tenéis, y conociendo la mucha razón que teníades, he disimulado hasta que Dios me ha dejado llegar a la fin de mis días, que será muy presto. Y por que después que yo desta presente vida pase no tengáis razón alguna para quejaros de mí, os dejaré por señor uno de dos que a la sazón hoy son en el mundo luz y espejo de toda caballería, con quien viviréis más contentos que vivíades comigo. Y para que conozcáis este caballero quién es, yo dejaré la corona de mi reino que otra persona en sus manos³⁶⁶ no la pueda tomar si no fuere uno destos caballeros que yo os tengo dicho». Los caballeros fueron muy contentos con lo que el rey dijo, y rogáronle que así lo hiciese. Él les dijo que los mucho amaba, y que él lo haría como más bien a ellos les viniese. Los altos hombres le besaron las manos por las mercedes que les hacía en dejarles tan buen caballero por señor. El rey los mandó salir fuera de su palacio y luego tomó sus libros, y hizo sus signos y conjuros por tal arte, que en medio de su palacio pareció un padrón, y encima dél estaba una imagen de una delicada doncella ricamente guarnida, y en sus

³⁶⁶ 1587: mans' (208r).

manos tenía la corona del rey Aquirós, que es la más rica y preciada que jamás fue vista, y de muy crecido valor, por razón de las muchas piedras y perlas que en ella sembradas están. La doncella tiene por tal arte la corona en sus manos, que cualquier caballero que llegare a se la tomar, que no sea aquel que el rey Aquirós dejó por sucesor después de sus días, así como a la corona tocan, sus manos son abrasadas y luego caen tales como muertos en el suelo. Por manera que de todas las partidas del mundo vienen allí preciados caballeros a se probar. Y sabed que el reino de Altariagreta es uno de los grandes señoríos que hay en estas partes.

Después de haberle contado la aventura de la corona comenzaron a caminar por la ribera de un río, y anduvieron tres días sin que en el camino les acaeciese cosa que de contar sea. Yendo de la manera que oído habéis vieron venir por el mismo camino que ellos llevaban un gran caballero en un caballo morcillo armado de todas armas; traía un escudo verde, y el campo dorado, y en él figurada una hermosa doncella vestida una ropa verde. Las armas que traía eran amarillas y lucientes, y en ellas unas bandas verdes. El infante se le paró a mirar, que le pareció aparejado para hacer todo bien. El caballero asimismo miraba mucho al infante, y como cerca llegaron el uno del otro, saludáronse muy cortésmente. El caballero dijo al infante:

—Señor caballero, por la fe que a Dios debéis y a la cosa del mundo que más amáis, que me digáis por qué razón traéis esas armas verdes.

Como el infante se vio conjurar de la manera que oido habéis, díjole:

—Señor caballero, las armas que yo traigo, pues tanto deseáis saber por qué razón son verdes, sabréis que yo ha gran tiempo que ando en una demanda y tengo grande esperanza de haber en mi poder lo que yo tanto deseo; y al fin desto que dicho tengo traigo las armas que veis.

—Agora me decid, ¿qué demanda traéis?

—Eso no diré yo —dijo el infante—, por cuanto no os tiene pro.

—Pues conviene que me lo digáis; y si por bien no me lo queréis decir, en la batalla sois comigo.

—En la batalla seré yo de grado —dijo el infante—, pero vos no sabréis por agora lo que deseáis.

—Por ventura lo sé —dijo el caballero—. Y si la demanda que traéis es desear vos acabar el aventura de Altariagreta, conviene que atendáis a que yo me pruebe antes que vós, y si yo falleciere de la acabar, a tiempo sois de os probar en ella.

—Por esa razón —dijo el infante— quito sois de la batalla, ca sabed que no solamente a vós, pero a todos los que probarse quisieren, la demanda que yo traigo no es la que vós pensáis, que muy poca codicia tengo de reino ni señorío alguno. Pero pues que aquí tan cerca me hallo del reino de Altariagreta, no dejaré de me probar.

—Pues que así es, y no me queréis decir en qué demanda andáis, guardaos de mí como de mortal enemigo.

Y diciendo esto, tomó la lanza a su escudero, y el infante asimismo tomó otra del suyo, y apartáronse el uno del otro todo aquello que les fue necesario y viniéronse a encontrar tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas, y los caballeros se encontraron de los caballos y los escudos de tal manera que el caballero fue tan atordido que estuvo para caer si no se abrazara con la cerviz del

caballo. Como el infante le vio tan desacordado, echole mano del brocal del escudo, y tiró tan recio que le quebró las embrazaduras y dio con el escudo en el suelo. Cuando el caballero se vio sin escudo fue muy mal espantado, y echó mano a su espada y víñose contra el infante. Él le dijo:

—Caballero, ya veis que estáis sin escudo: si la batalla quisieras dejar, hacerlo he de grado.

—No la dejaré —dijo el caballero—, que me sería mal contado. Por tanto, os digo que os guardéis de mí.

—Pues que así lo queréis —dijo el infante—, demos fin a nuestra batalla.

Y diciendo esto se comenzaron a herir de muchos y muy pesados golpes. Pero como el caballero estaba sin escudo pasábalos muy mal, que no le acertaba el infante golpe a derecho que las armas y la carne no le cortase, y muchas veces el infante le hubiera muerto, sino que no lo había gana, porque tenía muy poco enojo dél. El caballero hería al infante muy a menudo, ca sabed que era buen caballero. El infante alzó su espada, y dio tal golpe con ella al caballero encima de la cabeza, que atordido dio con él del caballo abajo. Como el infante le vio en el suelo, muy presto se apeó, y quitándole las enlazaduras del yelmo le puso la punta del espada en el rostro diciéndole:

—Caballero, muerto sois si por vencido no os otorgáis.

El caballero tornó en su acuerdo y dijo:

—Por vencido yo me otorgo, mal que me pese, pues me veo a punto de muerte.

El infante le dijo:

—Caballero, conviene que me digáis quién sois.

—Mucho me pesa deso que me demandáis; pero harelo, pues soy en el vuestro poder. Sabed, señor caballero, que yo he nombre don Clarancel, príncipe de Nápoles.

Como el infante entendió que era caballero de alta guisa ayudole a levantar, y sus escuderos le apretaron las llagas lo mejor que pudieron, y así, tornó a subir en su caballo y dijo al infante:

—Señor caballero, yo me voy para el primer lugar que topare, ca me siento mucho mal herido.

El infante le dijo que fuese con la buenaventura, y así, se despidió el príncipe don Clarancel del infante y de las doncellas y se fue a la mayor prisa que pudo, y en el primer lugar que halló fue curado de sus llagas; pero era demasiadamente triste cuando se le acordaba de lo que le había acaecido, y llamábbase sin ventura porque jamás comenzó cosa que a bien le saliese, y propuso en su corazón, si fallecía de acabar aquella aventura del reino de Altariagreta, de se volver a Nápoles y de allí jamás salir, pues que Dios tan poca ventura le había dado.

El infante y aquellas doncellas anduvieron tanto hasta que llegaron muy cerca de la ciudad de Anipolanda (que así había nombre la ciudad adonde la aventura estaba). Sabed que antes que a la ciudad llegasen vieron venir grandes compañías de gentes, así de dueñas y doncellas como de muchos caballeros; el infante y las doncellas se los pararon a mirar y vieron que entre aquellas compañías venía una hermosa doncella ricamente guarnida, y en su gesto y apostura bien semejaba ser señora de todos. Una de las doncellas que con el infante iban preguntó a un escudero de los que en aquella compañía venían:

— Amigo, que hayáis ventura, si os pluguiere, decidme, ¿quién es esta hermosa doncella que aquí viene?³⁶⁷

El escudero le dijo:

— Buena doncella, de grado os diré lo que deseáis saber. Esta doncella es la princesa de Marmantia, que viene a ver los caballeros que en el aventura del rey Aquirós se han de probar; y todos aquellos caballeros mancebos que en la su compañía vienen son de los que en el aventura se quieren probar. Y si otra cosa mandáis en que yo serviros pueda, hacerlo he de grado.

— Muchas mercedes —dijo la doncella.

Y así, se fue el escudero su camino. En este tiempo el infante y las doncellas llegaron a vista de la princesa; como ella vio al infante Lucescanio con tan ricas y lujantes armas tuvo mucho deseo de saber quién era, y mirábalo muy a menudo, por manera que dijo a un caballero que cerca della iba:

— Mucho deseo saber quién es aquel caballero, que me semeja que debe ser de alta guisa, según las armas trae.

Como el caballero vio la voluntad de la princesa puso las espuelas a su caballo y fuese para donde el infante estaba, y díjole:

— Caballero, la princesa de Marmantia os envía a decir por mí que porque le semeja que sois caballero estraño, le digáis quién sois.

— Caballero —dijo el infante—, decid a la princesa vuestra señora que quién en el mundo sería tan sandio que su mandado no hiciese. La su merced sepa que yo he nombre el Caballero del Esperanza, y soy venido por me probar en el aventura del rey Aquirós.

El caballero se volvió para la princesa y le dijo lo que el infante le había dicho. La princesa tuvo en más de allí adelante al caballero en ver que se quería encubrir, y callose (que no dijo más). Un caballero, mancebo y gran señor, que a la princesa traía de rienda, le dijo:

— Si la vuestra merced para ello me da licencia, yo sabré del caballero su propio nombre.

La princesa que otra cosa no deseaba, le dijo:

— Eso ¿cómo puede ser?

— Si el caballero se quisiere encubrir, hacer que se descubra a mal de su grado —dijo el caballero.

— ¡Ay Validán —(que así había nombre el caballero) dijo la princesa—, por satisfacer a mi voluntad no hágais enojo a quien no lo merece!

— No me pesa a mí —dijo Validán— sino porque el caballero es solo; que si como es uno fueran ciento, yo les hiciera, por vuestro servicio, que hicieran vuestro mandado.³⁶⁸

Y diciendo esto se fue a muy gran prisa adonde el infante estaba, y como junto a él llegó, díjole en alta voz:

— Caballero, conviene que luego me digáis vuestro propio nombre.

El infante le dijo:

— Yo he nombre el Caballero del Esperanza.

³⁶⁷ 1587: ‘vene’ (209r).

³⁶⁸ 1587: ‘hiziera vuestro mando’ (209r).

—Yo no pido ése —dijo Validán—, que por él mal os podemos en esta tierra conocer.

—No vos tiene pro conocerme o dejarme de conocer. Yo os he dicho más de lo que os pensé decir; ca sabed que si como la princesa me lo envía a decir, me lo dijera caballero alguno, yo os hago cierto que de mí no lo supiéradess; pero no hay aquí quien no obedezca el mandado de tan alta señora como lo es la princesa.

—No os aprovecha —dijo el caballero— los muchos rodeos que para encubriros traéis; y si no lo queréis hacer, conviene que lo hagáis a mal de vuestro grado.

El infante le dijo:

—Caballero, no perderíades nada si un poco fuésedes más mesurado de lo que sois, ca sabed que por agora no sabréis más de lo que habéis oído.

—¿No? —dijo el caballero.

—No —dijo el infante.

— Pues en la batalla sois comigo.

—Eso haré yo de grado —dijo el infante— por probar vuestras obras como he oído vuestras palabras. Y guardaos de mí como mi mortal enemigo.

La princesa y toda su compañía habían bien oido lo que los caballeros habían pasado, y todos pararon mientes en lo que harían. Ellos se apartaron el uno del otro cuanto les fue menester, y al más correr de sus caballos se vinieron a encontrar de tal poder que el caballero de la princesa quebró su lanza en el escudo del infante; pero a él le fue mucho mal, que del recio encuentro que recibió dio con él y con su caballo en el suelo. Mucho fueron espantados los que la justa miraban de la gran fuerza del Caballero del Esperanza, y tuviéronlo en más de ahí adelante. Validán estaba en el suelo, que no bullía pie ni mano; todos cuidaron que muerto era. El infante se apeó muy presto de su caballo, y fuese para él y viole que ya se comenzaba a bullir ya cuanto, y muy presto le cortó las enlazaduras del yelmo y le puso la espada a la garganta diciéndole:

—Caballero, muerto eres si por vencido no te otorgas.

—Por vencido yo me otorgo, pues Dios a tal tiempo me ha traído.

—Pues que así es, conviene que vais a vuestra señora la princesa y le digáis que mande venir otro caballero, pues no fuistes para hacer cumplir su deseo. Y esto habéis de hacer forzosamente; si no, muerto sois,

El caballero dijo que haría su mandado.

—Sea luego —dijo el infante—, que tengo muy poco espacio para detenerme aquí.

El caballero se levantó como mejor pudo y subió en su caballo, y fuese a la princesa y díjole:

—Mande vuestra alteza que vaya otro caballero. Con tal condición me dio la vida, que aquel caballero atiende batalla.

—Si la atiende —dijo la princesa—, yo no tengo caballero que le enviar. Baste lo que ha hecho en poco tiempo.

Como la princesa dijo estas palabras, otro caballero de los de su compañía vino ante ella y díjole que si licencia le daba, que él tomaría la emienda del caballero, del daño que Validán había recibido.

La princesa que muy pagada era del Caballero del Esperanza, díjole:

— Así quiera Dios que sea. Esto digo porque me semeja que el caballero defiende bien lo que niega.

— Venturas son —dijo el caballero—. Ya por ventura la falta fue del caballo de Validán.

— Puede ser —dijo la princesa.

Y diciendo esto, el caballero se despidió, y se fue adonde el Caballero del Esperanza estaba y díjole:

— Caballero, conviene que me digáis vuestro nombre; si no, en la batalla sois comigo.

— En la batalla seré yo —dijo el Caballero del Esperanza—, y vos no llevaréis desta vez más recado que vuestro compañero llevó.

Diciendo esto, cada uno tomó del campo aquello que le hacía menester, y vinieron al más correr de sus caballos y encontraronse tan poderosamente que las lanzas fueron quebradas en piezas y el caballero de la princesa voló por las ancas del caballo, y quedó tan maltrecho, que hubo una pierna quebrada, por manera que no se pudo levantar. La princesa y toda su compañía fueron espantados de lo que veían hacer al Caballero del Esperanza; él se apeó y dijo:

— Caballero, paréceme que quisistes tener compañía al otro caballero. Agora me decid si queréis que demos fin a nuestra batalla de las espadas, así como la dimos de las lanzas.

— No —dijo el caballero—, que soy mal quebrantado.

— Pues haced de manera que venga otro de los que en vuestra compañía vienen; si no, muerto sois.

El caballero temió que algún daño le vernía, y luego llamó a su escudero y díjole que fuese a la princesa y que le dijese que si queda salvar su vida, que luego enviase quien con el caballero se combatiese. Cuando la princesa oyó el mandado del caballero, volvió a sus caballeros y díjoles:

— ¿Hay aquí alguno que quiera quitar de la muerte a Bidián? (que así había nombre el caballero derribado).

Como la princesa esto dijo, los caballeros que traía en su compañía, los que tenían edad para entrar en batalla, todos se aparejaban para se combatir con el caballero, aunque no sin algún temor que les aviniese como a los otros, por manera que todos los caballeros de la princesa que para tomar armas eran fueron vencidos por el Caballero de la Esperanza, de lo cual todos se maravillaron en ver la su gran bondad. La princesa llamó a una doncella de las suyas y díjole:

— Vete a aquel caballero y dile que pues todos mis caballeros fueron por él vencidos, que él es obligado de ser mi guardador cuando a Marmantia volviere.

La doncella se humilló a su señora y se vino para el Caballero del Esperanza y le dijo el mandado de la princesa; el Caballero del Esperanza dijo:

— Señora doncella, decid a la princesa que yo no sé cuándo pueda servir a su grandeza las mercedes que me hace en mandarme que yo sea su guardador; que haré lo que su merced manda, pero mucho querría saber si la princesa se ha de detener aquí algunos días.

— Sí —dijo la doncella—, que la su venida es a ver los caballeros que en esta aventura se prueban.

Y así, se despidió del y se fue para la princesa y le dijo lo que el Caballero del Esperanza había dicho. La princesa holgó mucho de lo oír, lo que no hicieron los caballeros que en la su compañía había traído, que todos maldecían al Caballero del Esperanza; porque tanta deshonra por él ellos habían recibido, deseábanle todo mal. Así se entraron en la ciudad; los unos y los otros se aposentaron, y estuvieron allí dos días antes que caballero viniese para se probar.

En este tiempo vino el príncipe don Clarancel (que ya era guardado de sus llagas) y supo cómo por el caballero que a él le venció eran vencidos todos los caballeros de la princesa. Mucho fue espantado de la gran bondad del caballero, y deseaba mucho saber quién era, y decía en su corazón: «¿Si por ventura es este caballero el príncipe don Cristalián, por quien ya fui otra vez escarnido en el aventura de la princesa Penamundi? No sé qué piense de la gran bondad deste caballero: bienaventurado es, pues tanta parte de bondad Dios en él puso».

A otro día que el príncipe llegó a la ciudad de Anipolanda se comenzó la prueba de la aventura, después de mediodía. En este tiempo vino la princesa de Marmantia ricamente guarnida, y como ella era apuesta y muy hermosa doncella, daba grande alegría a quien la miraba. Venían todas sus doncellas asimismo guarnidas de ricas y muy estrañas ropas. En la misma sala del rey Aquirós estaba aparejado un paño de oro, el cual se cubría con un dosel de mucho valor. La princesa fue en él sentada, y todas sus doncellas en torno della. Los caballeros del reino de Marmantia que en la su compañía vinieron, todos entraron ricamente gaurnidos; éstos eran los que traían intención de se probar en aquella aventura.

En este tiempo entró el príncipe don Clarancel maravillosamente guarnido; la princesa paró mientes en él y dijo:

—Si esta aventura se ha de dar cima por venir el caballero ricamente guarnido, éste sin falta acabará lo que tanto deseamos ver.

El príncipe se llegó a una parte de la sala, y venía en cabello, sin cosa alguna en la cabeza, por que si Dios tal ventura le diese que la corona de la imagen pudiese ganar, luego se la poner en la cabeza en señal que ya era rey de Altariagreta. Mucho contento daba a todos las grandes riquezas que el príncipe sobre sí traía. Esto hacía él por mostrar su grandeza.

Capítulo XCI

De cómo el infante Lucescanio se probó en la aventura del rey Aquirós, y asimismo todos los que en el palacio estaban.

ESTANDO todos en el palacio del rey Aquirós de la manera que oído habéis entró por la sala aquel preciado infante Lucescanio armado de aquellas ricas y lucientes armas, y como en la sala fue hizo grande acatamiento a la princesa. Ella lo miró y semejole que jamás viera caballero que tan bien le pareciese armado. El infante se llegó a una parte de la sala, y asimismo eran allí todos los altos hombres del reino aguardando si entre tantos caballeros vernía el que señor de todos había de ser. El infante paró mientes en los caballeros que en el palacio estaban encantados, y entre todos conoció a Liramante de Siria, y como allí lo vio, dijo en su corazón: «¡Ay buen caballero, y cuánta falta hace la tu tardanza en el reino de Siria! Pluguiese a Dios que aquí hubiese tal caballero que del afán en que estás te sacase».

Luego los altos hombres del reino dijeron:

—Señores caballeros, ya es tiempo que os comencéis a probar, porque se hace tarde.

Luego fue un caballero de los de Altariagreta a la princesa de Marmantia para que mandase a sus caballeros que se probasen primero que otros algunos, por cuanto eran muchos los que en la su compañía venían; luego la princesa lo mandó así como el caballero se lo dijo. La prueba se comenzó, y el primero que se probó fue Validán, que era caballero muy preciado del reino de Marmantia; pero así como la corona tomó en sus manos, luego la soltó dando grandes voces del fuego que a las manos se le apagó, y cayó sin sentido alguno. Luego se levantó otro caballero, de los máspreciados que con la princesa venían, y se fue a probar, y avínole así como al primero, que luego cayó en el suelo que no sentía bien ni mal. Tras estos dos caballeros se probaron todos cuantos en la compañía de la princesa venían, y todos fueron encantados, por manera que la princesa quedó sin compañía alguna, y dijo:

—Si aquí no hay tal caballero que a la aventura dé cima, a mí me conviene volverme con sola compañía de dueñas y doncellas.

A esta hora se levantó el príncipe don Clarancel, y su paso a paso se fue para la imagen que la corona tenía, y algo mudada la color de su rostro se llegó para la tomar en sus manos; y como la tomó fue malamente abrasado y a poco rato cayó como los otros. Como don Clarancel cayó, dijo la princesa:

—Paréceme que los ricos y preciados atavíos que este caballero traía no tuvieron poder para le hacer señor del reino de Altariagreta.

Como todos fueron encantados, tenían puestos los ojos en el Caballero del Esperanza, y como el miró a una y a otra parte y en todo el palacio no vio caballero para que probar se pudiese, víñose a gentil paso donde la imagen estaba, y poniendo las manos en la corona, muy presto la imagen la soltó: el infante la tomó en sus manos sin que daño alguno del fuego recibiese. Como los altos hombres del

reino viesen³⁶⁹ que la aventura era ya acabada y que aquel caballero era el que habían de tomar por señor, luego se comenzaron a tañer en el palacio muchos e infinitos instrumentos, y todas las gentes de la ciudad corrían al palacio haciendo grandes alegrías. Dando voces, decían:

—¡Bendito sea Dios, que tuvo por bien de nos dar señor!

Los altos hombres que en el palacio estaban tomaron al Caballero del Esperanza y quitáronle las armas, y como el yelmo le quitaron, todos fueron espantados en ver la su gran hermosura, que lo era más que otro caballero. Luego fue cubierto de un rico manto. Todos los caballeros que encantados estaban se levantaron en todo su acuerdo como de antes, y todos miraban por el caballero que a la aventura había dado cima. Liramante de Siria que conoció al infante, fue extrañamente ledo, y vínose para él diciéndole:

—Vos, mi buen señor, habíades de ser el que a todos hiciédes alegres. ¡Bienaventurado el reino de Altariagreta, que tan preciado caballero Dios tuvo por bien de les dar por señor!

Mucho fueron ledos los altos hombres en oír a Liramante³⁷⁰ de Siria. El Caballero del Esperanza abrazó a Liramante y díjole:

—Mi buen señor, gran falta ha hecho la vuestra tardanza en el reino de Siria, ca sabed que son puestos en gran necesidad de la vuestra ayuda.

Y por entonces no le quiso más decir. Luego trujeron una rica silla adonde el Caballero del Esperanza asentase; los altos hombres le vinieron a besar la mano por señor, y rogáronle que les dijese su nombre y quién era, para que del todo fuesen alegres sabiendo a quién tenían por señor. El infante les respondió con mucha alegría, como aquel que era más mesurado que otro, y díjoles:

—Vosotros, caballeros, tenéis razón en lo que pedís. Sabed que yo he nombre el infante Lucescanio, hijo del emperador Lindedel de Trapisonda.

Cuando los caballeros tan agradables nuevas para ellos oyeron, fue tan demasiada el alegría que a sus corazones llegó, que casi quedaron sin juicio, y daban infinitas gracias a Dios porque tal señor les había dado; y asimismo las daban al rey Aquirós porque tanto bien había procurado aquel reino. La princesa de Marmantia era muy leda en saber quién el caballero era, que por oídas ya lo conocía, que a su noticia había venido los grandes y muy estremados hechos que por el mundo él y don Cristalián su hermano habían dado cima. Luego la princesa llamó a una doncella de las suyas y mandole que fuese a dar la norabuena al infante Lucescanio de su nuevo reino. La doncella hizo su mandado, y fuese adonde el infante estaba y díjole lo que ya oístes que la princesa le enviaba a decir. El infante se levantó y se fue adonde la princesa estaba, y humillándose ante ella, le dijo:

—Mi señora, el señorío que Dios ha tenido por bien de darme, e yo, somos a vuestro servicio.

La princesa le hizo levantar y le dijo:

—Señor Lucescanio, razón es que en algo se me dé la emienda del daño que de vos he rescebido.

³⁶⁹ 1587: ‘viniessen’ (210v).

³⁷⁰ 1587: ‘Lirimante’ (211r).

El infante le dijo:

—Aparejado estoy para que la vuestra merced la tome de la manera que quisiere.

—La emienda que yo de vos, mi buen señor, deseo tomar es que, pues nós somos tan vecinos, la nuestra amistad se confirme para siempre.

—Yo lo prometo de jamás dejar de servir a la vuestra merced mientras yo en este mundo vida tuviere.

La princesa le dijo que no tenía en poco la promesa que le había hecho, teniendo por amigo y señor al mejor caballero que a la sazón conocía. Así, estuvieron el infante y la princesa hablando por una pieza en lo que más les agradaba; cuando fue hora, la princesa se levantó para se ir a su posada, y dijo al infante que allí se quería detener hasta que fuese alzado por rey, el infante se le humilló por la merced que le hacía. Así, se salió del palacio la princesa, acompañada de todos cuantos caballeros en él había. El infante Lucescanio se quedó acompañado de algunos caballeros que allí había, y con ellos se salió a un corredor que sobre una hermosa huerta salía, y como fuera de la sala fue, luego el palacio fue colgado de ricos y muy preciados paños. Cuando fue tiempo, el infante se tornó, y luego pusieron las mesas y el infante se asentó a cenar, y a su cena estuvieron muchos caballeros y grandes señores del reino sirviéndole con mucha alegría. Y como la cena fue acabada entraron en la sala las doncellas que con el infante habían venido, y humillándose ante él, le besaron las manos; el infante las hizo levantar, ellas se le humillaron y le dijeron:

—La vuestra merced sea de nos dar licencia, porque por la mañana nos queremos partir por contar por donde fuéremos las maravillas que visto habemos en el reino de Altariagreta.

—Pues que así es —dijo el infante—, id a la buena ventura.

Y luego mando a Bridamor que les diese mucho haber. Bridamor les dio tanta parte, que para siempre fueron ricas, ellas se salieron del palacio muy contentas y con mucha alegría. El infante se quedó hablando con Liramante de Siria, preguntándole que cómo había venido por aquellas partes. Liramante le dijo:

—Mi señor, muy lueñe de aquí supe desta aventura del rey Aquirós, y como cada cual desea el bien para sí aunque Dios no le da la aventura, propuse de me venir a probar en ella, y avíname como visto habéis.

Liramante preguntó al infante que le dijese si por ventura sabía la necesidad en que estaba el reino de Siria.

—No lo sé —dijo el infante—, más de cuanto me dijo una dueña y doncellas que andaban en la vuestra busca que el reino de Siria era puesto en necesidad de vuestra persona.

Mucho fue triste Liramante en oír aquellas nuevas; el infante le dijo:

—Señor Lustramante, lo que a mí me parece que debéis hacer es que luego os partáis para Siria.

Liramante le dijo:

—Eso, mi señor, no puede ser, que todos juramos de ser en la corte del Soldán de Babilonia, y el año se cumple de hoy en un mes.

—Pues que así es —dijo el infante— y más no se puede hacer, sea la partida desde Babilonia.

— Así será — dijo Liramante — si Dios vida me da.

En esto y en otras cosas estuvieron hablando hasta que fue hora de se ir a dormir; al infante llevaron a una cámara donde estaba un rico lecho aparejado, y la cámara asimismo estaba colgada de paños de oro. El infante se acostó y durmió algunos ratos de la noche, y otros pensaba en su señora Bellaestela, y tenía pensamiento de estar muy poco tiempo en aquella tierra por dar cima a lo que había comenzado. Y así lo dejaremos por contar de Monteclara (que así había nombre la princesa de Marmantia).

Como ella se vio en su aposento, dijo que luego se quería acostar, y así lo hizo. Esta hermosa princesa era tan pagada de la gentil apostura del infante Lucescano, juntamente con la su alta caballería, que su corazón era puesto en grandes pensamientos, y con las lágrimas en los ojos comenzó a decir:

— ¡Ay de ti princesa Monteclara, que has puesto el corazón y los ojos en aquel caballero, que por ventura él es preso del amor de otra dueña, o doncella, según la divisa él en las armas trae, no parando mientes en mi grandeza y hermosura! Si así es, a mí me conviene morir de la más cruel muerte que doncella nunca murió. ¡Oh rey Aquirós, cuánto mal heciste a quien no te lo merecía, que por dar el mejor caballero del mundo por señor a tu tierra y reino diste la muy cruel muerte a la triste princesa Monteclara! ¡Ay de mí, y qué manera terné para que el infante sienta la mi gran cuita?

Y con mucho dolor de no hallar cómo descanso alguno diese a su corazón, derramaba infinitas lágrimas, y de la manera que oído habéis pasó aquella hermosa princesa la mayor parte de la noche; ya cuando el alba quiso venir, vencida del sueño con el mucho llorar, se durmió. Otro día por la mañana el infante se vistió de ricos y muy preciados paños y salió al palacio, donde a la sazón estaban todos los altos hombres del reino; que sabréis que como allí en el palacio del rey Aquirós estaba aquella aventura, y como a todos era notorio que allí había de venir al caballero que había de ser señor de Altaria, continuamente lo más del tiempo residían en aquella ciudad. Todos venían tan ricamente guarnidos, que gran placer era de los mirar. El infante los recibió con alegre rostro y amorosas palabras; ellos le dijeron:

— Señor, vamos, si vuestra alteza manda, a la iglesia, que ya está aparejado para que allí todos, grandes y pequeños, os reciban por señor.

El infante les respondió que cuando fuese hora, que iría. Ellos le dijeron que ya era tiempo.

— Pues vamos — dijo él.

Y así, subió en su caballo. Un caballero, el mayor señor de todo el reino, llevaba en sus manos la rica y muy preciada corona del rey Aquirós. Así como del palacio salieron vieron venir al príncipe don Clarancel, ricamente guarnido, y a todos aquellos caballeros que estaban encantados. Como don Clarancel llegó junto al infante, humillándose, le dijo:

— Señor Lucescano, ya otra vez me acaeció otro tanto como con la vuestra merced con el príncipe don Cristalián vuestro hermano en el aventura de la princesa Penamundi. Vosotros, señores, nacistes para quitar prez y honra a todos cuantos hoy son en el mundo, y pues que así es, yo no me quiero quejar, que soy un solo caballero de poca nombradía. De aquí propongo de jamás dejar de serviros,

porque se me figura que todos los que armas traemos, es deuda debida que así lo hagamos.

El infante se le humilló diciéndole:

—Señor don Clarancel, a mí me pesa mucho del enojo recibido a causa mía, y en recompensa, soy aparejado para os servir así como serviría a don Cristalián mi hermano.

Don Clarancel se le humilló, y así, se fueron su camino. Como a la iglesia llegaron vieron venir a la hermosa princesa Monteclara acompañada de muchas dueñas y doncellas y de todos sus altos hombres. Ella venía en un palafrén blanco guarnido de carmesí, todas las guardiciones sembradas de unos luceros de oro, y en medio de cada lucero venía una gruesa perla; ca sabed que así como del palacio del rey Aquirós salió, luego envió por todos los maestros de labrar oro que en la ciudad había, y a gran priesa hizo hacer aquella divisa que oído habéis. La princesa traía una ropa de cetí morada aforrada en brocado de³⁷¹ pelo verde, y la ropa tenía muchos cortes trabados con unos luceros de oro a manera de prendederos; en medio de cada lucero, un preciado diamante. Las mangas de la ropa eran tan anchas que llegaban al suelo; debajo dellas traía unas mangas justas cortadas por cuatro partes, y entremedias muchos cortes menudos y asimismo trabados con los luceros. Llevaba un rico y muy preciado collar, de tan ricas perlas y piedras, que era de inestimable valor; era tanto el resplandor de las piedras, que acrecentaban mucho en la hermosura de la princesa. Llevaba un tocado estrañamente hermoso, todo sembrado de luceros muy menudos con los mismos diamantes que los del vestido tenían. Las riendas del palafrén eran de unos gruesos torzales de oro; al cabo dellos tenía una borla de aljófar muy fino. En torno de la princesa venían doce doncellas en sus palafrenes, ricamente guarnidas. Como el infante la vio venir, él y toda su compañía movieron para allá, y como junto a la princesa llegaron, el infante se le humilló haciéndole grande acatamiento, la princesa lo recibió como aquella que con la su vista tomaba entero descanso. Todos fueron espantados de ver la hermosura de la princesa, juntamente con el rico aderezo que su persona traía.

Liramante de Siria se llegó junto a ella y le tomó la rienda, y el infante se pasó de la otra parte, y así, se fueron a la iglesia. Como en ella entraron, el infante se apeó y se fue a la princesa, y tomándola en sus brazos la quitó del palafrén y la tomó por la mano y así la llevó hasta ponerla en el estrado que para su asiento estaba aparejado. Como allí la dejó, los altos hombres del reino tomaron al infante, y en la capilla mayor oyeron misa muy solemne, y como fue acabada, allí le juraron por rey y pusieronle la rica corona del rey Aquirós en la cabeza y todos los grandes y menores le besaron las manos por señor. Como esto fue hecho, los menestriles altos comenzaron a sonar su acordado son, y por las calles de la ciudad se comenzaron grandes alegrías; todos a una voz decían:

—¡Altaria, Altaria por el rey Lucescano de España!

Hechas aquellas ceremonias que a aquel acto real convenían, el rey Lucescano se fue adonde la princesa estaba; cuando ella lo vio venir, luego se levantó. El rey se le humilló; la princesa a él asimismo, diciéndole:

³⁷¹ Suplo ‘de’ (212r).

—Mi señor, esta es la primera corona de rey que tomáis. A Dios ruego yo que la segunda sea la que yo deseo.

El rey le respondió:

—Todo aquello que Dios tuviere por bien de hacer de mí, será para servir a vuestra merced.

La princesa dio un pequeño sospiro; el rey, que ya por la devisa de su vestido había entendido algo del pensamiento que la princesa tenía, tomándola por la mano la sacó hasta la puerta de la iglesia, y allí con su ayuda fue puesta³⁷² en su palafrén, y así lo fueron todas sus dueñas y doncellas. El rey Lucescanio subió en su caballo y llegose junto a la princesa, y de la otra parte iban Liramante, príncipe de Siria, y don Clarancel de Nápoles. Y así, fueron hasta el palacio de la princesa, y como a él llegaron, aquellos caballeros se appearon, y el rey tomó en sus brazos a la princesa; apeándola de su palafrén, la tomó por la mano y así la subió, y aquellos caballeros tomaron a las doncellas. El rey Lucescanio se despidió de la princesa; ella le rogó muy ahincadamente que le pulguiese quedarse a comer con ella, el rey le dijo:

—¿Quién, mi señora, sería tan sandio que vuestro mandado no hiciese? La merced es tan grande, que yo me hallo indigno para recebilla.

La princesa le tomó por mano y le hizo sentar cerca de sí, y asimismo hizo sentar a Liramante de Siria y a don Clarancel. Luego fueron puestas las mesas, y los servidores a que aquella comida sirvieron eran aquellas hermosas doncellas que en servicio de la princesa estaban. De la manera que oído habéis fue el servicio que la princesa mandó hacer al rey Lucescanio y aquellos señores, el cual les fue muy agradable, por cuanto las doncellas eran estrañamente hermosas y ricamente guarnidas. La comida fue dada con tanto concierto como jamás fue visto.

Acabando de comer, las mesas fueron alzadas; la princesa demandó una arpa, y luego se la trujeron, rica y maravillosamente obrada; y tomándola en sus manos comenzó a tañer y cantar tan dulcemente que todos los que allí estaban les semejaba que estaban gozando de la música y melodía angélica; daban gracias a Dios cuantos la oían. Liramante de Siria fue preso del amor de aquella hermosa princesa, el cual hasta aquel tiempo había vivido libre; no lo fue de allí adelante, como la historia os lo contará. Antes fue muy turbado cuando mientes paró en la divisa que la princesa traía, pero algo fue aconhortado en se acordar que el rey Lucescanio tenía por señora aquella hermosa Bellaestela. En este tiempo la princesa dejó de tañer; el rey Lucescanio se levantó, y humillándose ante ella, le dijo:

—Mi señora, deme vuestra excelencia esas hermosas manos, por las mercedes que sin haber hecho servicio hoy he recibido.

La princesa las tiró afuera y le dijo:

—Valeroso caballero y rey de Altariagreta, lo que aquí hoy se ha hecho en vuestro servicio, el día y la fiesta que se ha hecho tiene merecimiento para gozar la honra que he tenido por bien de daros.

El rey le dijo:

³⁷² 1587: ‘pueste’ (212r).

—Nunca tan gran merced fue en el mundo como la que hoy a mi se me ha³⁷³ hecho.

Vuestro merecimiento es grande —dijo la princesa.

Y así, se tornó asentar. La fiesta se comenzó de muchas danzas de caballeros y doncellas, y al fin de la fiesta Liramante se levantó, y humillándose ante la princesa le pidió muy ahincadamente le pluguiese danzar con él. La princesa, que muy mesurada era, se levantó y comenzaron a danzar, que fue la más alta cosa de ver que jamás fue vista, por cuanto la princesa era muy gran danzante, y Liramante de Siria asimismo. Acabado que hubieron, Liramante tomó a la princesa y la tornó a su estrado, y como ella iba algo descuidada, al tiempo que se sentó, Liramante le besó las manos, de lo cual fue la princesa muy turbada y Liramante muy ledo, por que la princesa entendiese algo de lo que su corazón sentía. El rey Lucescanio paró mientes en lo que Liramante había hecho, y holgó mucho que amase a la princesa, por cuanto era muy buen caballero y señor de gran tierra, y el rey Lucescanio deseaba todo bien a la princesa, la cual mostró mucha ira contra Liramante por el atrevimiento que había tenido.

En este tiempo fue la fiesta acabada; la princesa dijo al rey que otro día por la mañana se quería partir para Marmantia, el rey le dijo que en todo hiciese su voluntad. Como la princesa así le oyó hablar, levantose, y tomándolo por la mano le dijo:

—Mi buen señor, oídme una palabra en poridad.

El rey se levantó, y la princesa lo hizo asentar cabe sí. Como ella se vio en tiempo que su corazón podía descubrir al rey, díjole con un pequeño suspiro, pospuesta toda vergüenza aparte y acompañada de grandes cuitas que la vista del rey le causaba, cómo ella no se podía en Altaria más detener, que mal contado le sería, y díjole:

—Rey de Altariagreta, si yo libertad tuviese como la vos tenéis, jamás sería partida de la vuestra presencia, ca sabed que el rey Aquirós con su gran saber y artes dio señor al reino de Altariagreta y lo quitó al reino de Marmantia. Esto digo porque si yo en vos, mi señor, conozco al contrario de lo que yo por vos padezco, yo me daré la muerte, tal, que para siempre sea sonada vuestra crueldad si comigo della usáredes.

Y como hubo esto dicho, con disimulado rostro (por los que delante estaban) derramaba algunas lágrimas. Como el rey Lucescanio oyó hablar a la princesa lo que oído habéis fue muy turbado, porque él deseaba todo servicio a la princesa, pero no con pensamiento de un sólo punto errar a su señora, y respondióle:

—Mi señora, yo beso vuestras reales manos por las mercedes que después que en Altariagreta vine de vuestra alteza he recibido; y ésta tengo en tanta como es razón de tenerla, en conocer la voluntad que se me tiene, que es hacerme bienaventurado entre cuantos nacieron. La vuestra merced sabrá que yo ando en una demanda mucho tiempo ha, y yo no puedo dejarla hasta que, si Dios ventura me da, le dé cima. Esto digo porque en ninguna manera yo terné tiempo por agora para serviros como vuestra real persona lo merece.

³⁷³ Suplo ‘ha’ (212v).

—¡Ay rey Lucescanio, y cómo conozco la voluntad que me tenéis en la respuesta que me dais! Mucho os ruego que me digáis si por ventura amáis a otra dueña o doncella; y sabiendo yo esto, no terné razón de quejarme de vos, sino de mí, que miré a quien tiene los ojos y el corazón en otra parte. Y menospreciando vos mi demanda, yo terné razón de quejarme de mi desventura y vos seréis sin culpa de hacerme quejosa, y a mí me converrá tomar la muerte con mis proprias manos por me dar el pago que las que semejantes cosas hacen merecen.

El rey le dijo:

—Mi señora, no quiero consentir en las palabras, cuanto más en las obras. Yo, mi señora, os prometo, mientras Dios a mí vida me diere, de jamás os dejar de servir; y en acabando la demanda en que agora ando yo os haré tal servicio que para siempre seáis alegre. Pero lo que yo, mi señora, tengo dicho es por razón que tengo hecho juramento de no me entremeter en cosa alguna hasta que a la demanda en que ando haya dado cima.

Tales palabras dijo el rey Lucescanio a la princesa, que algo la conhortó, y ella le dijo:

—Yo, mi señor, os atenderé, no solamente hasta que a esa aventura deis cima, mas hasta que los mis tristes días fenezcan, cuanto más que yo tengo esperanza en Dios y en la vuestra gran bondad que vós acabaréis lo que tenéis comenzado con próspero fin.

—Rogaldo vos, mi señora, así a Dios, por que el tiempo que me quedare le gaste en vuestro servicio. Y la vuestra merced me perdone, porque en este camino yo no os podré servir, por razón de lo mucho que al presente tengo de hacer.

—Yo me iré —dijo la princesa—; y sed cierto que aunque vós en esta ciudad no os quedéis, un solo punto no os partiréis de mi compañía. Una cosa quiero pediros que en todo caso por mí se haga, y es que cuando de Altariagreta saliéredes, el vuestro camino sea por Marmantia.

—De grado haré lo que me mandáis —dijo el rey.

—Con sólo eso que me habéis prometido —dijo la princesa— llevo entero contentamiento. Ya es tiempo, pues que ha de ser, que os vais a vuestro palacio e yo me quede en el mío acompañada de vuestra imagen, que jamás de mis ojos se aparta.

Capítulo XCII

De cómo la princesa de Marmantia se partió de la corte del rey Lucescanio, y de lo que en el camino le acaeció.

LA princesa se levantó y luego fueron todos en pie, y el rey se despidió y aquellos señores se fueron en su compañía. La princesa se quedó acompañada de mucha tristeza y de grandes pensamientos, y luego se acostó, y no durmió gran parte de la noche pensando en su triste suerte, y decía entre sí: «¡Ay de ti princesa Monteclara, y cómo eres venida a tiempo de pagar los desdenes y menosprecios que a muchos príncipes y grandes señores has hecho! Conviéneme pasar todo aquello que de mí la fortuna tiene ordenado de hacer». Y así, se durmió la parte de la noche que le quedaba.

El rey Lucescanio, como en su palacio se vio, luego despidió al príncipe don Clarancel. Liramante de Siria se llegó al rey y le dijo:

—¡Ay mi señor Lucescanio, y cómo soy en gran cuita por la princesa Monteclara! Yo conozco que ella os ama, según la divisa que en sus ropas trae; pero desto yo no me maravillo, que todas las del mundo es razón que deseen ser amadas de tal caballero como lo vos sois. Yo soy muy ledo que la princesa haya puesto su pensamiento en vuestra persona antes que en otro caballero, y esto digo por cuanto yo sé que el vuestro corazón es en Bellaestela. Mucho os ruego, mi señor, que os doláis de la mi cuita.

El rey le dijo, abrazándole:

—Liramante de Siria, vos os podéis llamar bienandante en haber puesto vuestro amor en tan hermosa doncella como la princesa lo es. De aquí os prometo de poner todas mis fuerzas por que la princesa tenga por bien de os tomar por marido.

Liramante que con tanta voluntad oyó hablar al rey, quísole besar las manos por las grandes mercedes que le hacía, el rey le dijo:

— Mucho querría que con la princesa os fuésedes hasta Marmantia, por cuanto yo no puedo por el presente salir de Altaria.

—Iré —dijo Liramante—, como aquel que no ha bien sino cuando ante ella me veo.

—Pues así sea —dijo el rey—. Y vamos a dormir, que es ya tiempo.

Liramante se despidió del rey y se fue a su posada, adonde mucha parte de la noche estuvo sin dormir pensando en aquella hermosa princesa. El rey, como Liramante se salió del palacio, luego se entró en su cámara, y como fue en el lecho, fue luego acompañado de aquella hermosa princesa Bellaestela, y contemplando en su gran hermosura se durmió. Venida que fue la mañana, el rey envió al palacio de la princesa un caballero a saber si la su partida era luego; la princesa le dijo:

—Caballero, decid al rey que la mi partida es cierta, que ya estoy aparejada para el camino.

El caballero se volvió con el mandado de la princesa, y halló a Liramante de Siria con el rey y díjoles cómo ya la princesa quería partirse. Él mandó que le ensillasen su caballo, y él y Liramante y todos los que con él estaban se fueron al

palacio de la princesa; y el rey se apeó, y luego ella salió. El rey se le humilló, y así lo hizo Liramante; él rey la tomó de brazo, y Liramante de la otra parte, y así bajaron adonde fue puesta en su palafrén con el ayuda del rey y de Liramante, y como sus doncellas fueron a caballo todos salieron de la ciudad y tomaron el camino del reino de Marmantia.

Yendo de la manera que oído habéis vieron venir a don Clarancel, que a gran prisa venía para acompañar a la princesa, y como cerca della llegó, hízole grande acatamiento. La princesa le habló con alegre semblante, y así, fueron su camino cerca de tres millas, que en este tiempo dijo la princesa al rey Lucescanio:

—Mi señor, no es razón que vais más adelante.

El rey le dijo que la su merced fuese de le dar licencia para que aquel día la sirviese en aquel camino.

—Basta ya el trabajo que hoy por mí habéis tomado. Mi voluntad es que os volváis a la vuestra ciudad, por que más presto vuestros negocios sean acabados, pues que luego ha de ser la vuestra partida.

Esto decía la princesa paso, que nadie no lo podía oír. El rey le dijo:

—Pues la vuestra merced lo manda, yo no puedo al hacer.

—A Dios ruego yo —dijo la princesa— que para siempre tengáis ese conocimiento.

—Jamás le perderé —dijo el rey.

Y despidiéndose de la princesa, le dijo:

—Mi señora, en mi lugar irá con la vuestra merced Liramante de Siria, que es muy preciado caballero, ca sabed que la su caballería es grande: con la su compañía la vuestra merced irá muy segura si algo en el camino le acaeciere.

La princesa le dijo:

—Señor, en ser vuestro amigo yo soy muy contenta de lo llevar en la mi compañía.

Liramante que bien oyó lo que la princesa le había dicho, quísole besar las manos por la merced que le hacía, y así, se despidió el rey Lucescanio y don Clarancel de la princesa y se entraron en la ciudad. La princesa y Liramante y su compañía tomaron el camino del reino de Marmantia, y así, anduvieron gran parte del día. Liramante se llegó a la princesa, y como la miró, vio que demasiadamente iba triste. Ella le dijo, por disimular su tristeza:

—Señor Liramante, ¿qué señorío es el de Siria? ¿Es grande, o pequeño?

—Es el mayor de aquellas partes —dijo Liranante—; pero grande o pequeño, él es a vuestro mandado.

La princesa le dio las gracias. Liramante le dijo:

—Mi señora, las gracias que yo querría es que la vuestra merced fuese de me recibir por su caballero, que de aquí prometo a Dios, con vuestra voluntad o sin ella, de jamás dejar de serviros, aunque por ello pierda mil veces la vida.

Como la princesa así oyó hablar a Liramante fue muy airada contra él, y díjole:

—Liramante, íos luego de aquí. No parezcáis más ante mí; si no, sabed que os mandaré luego dar la pena que vuestro atrevimiento merece.

Liramante le dijo, poniendo la mano en su espada:

—Con ésta me quiten la vida si al presente, después que en la vuestra³⁷⁴ merced conocí la voluntad que me tenía, otra mayor merced se me puede hacer sino ser muerto por vuestro mandado.

—Sabed —dijo la princesa— que si vos con vida quedáis, que será por amor del rey Lucescanio, por cuanto él me dijo que érades su amigo. Y por tanto, idvos luego, no parezcáis ante mí.

Como Liramante la vio con tanta pasión, por no le dar más enojo, sin hablar palabra alguna, haciendo grande acatamiento se fue por el camino adelante quejándose de su ventura que en todo le era contraria. Diose muy gran priesa andar, como aquel que al presente le fuera más agradable la muerte que la vida. Así anduvo por donde el caballo le quiso guiar no llevando otra compañía sino a su escudero. A hora de completas entraron por unas montañas muy espesas de árboles por una y por otra parte, y en medio se hacía una senda muy angosta. Liramante se entró por ella y vio venir por la misma senda un pastor. Liramante le llamó y le dijo:

—Amigo, que hayas buena ventura. Mucho te ruego que me digas para dónde va esta senda.

—Caballero, este es el derecho camino para el reino de Marrnantia.

Como Liramante esto le oyó, dijo al pastor:

—Vete a la buena ventura.

Y él se fue. Liramante asimismo siguió el camino que llevaba, y en aquella espesa montaña le tomó la noche; su escudero le dijo:

—Señor, cosa peligrosa me parece que será dormir en estas montañas, por causa de las bestias fieras que por ellas andan, que pueden hacer gran daño.

—Ya —dijo Liramante— no me puede venir mayor que el que hoy me ha venido. Vengan cuantas bestias fueren, no solamente las de estas montañas, pero todas las del mundo, y despedacen mis carnes con sus agudos dientes y desmesuradas uñas, que sey cierto, amigo, que de ninguna que para mí venga no me defenderé. Tú no tengas temor alguno, que quien a ti te quisiere enojar, le quitaré la vida.

—¡Ay mi señor! —dijo el escudero—. Que si vos dejáis despedazar vuestras carnes, ¿qué seguridad terné yo de la vida? Por Dios, señor, que nos demos priesa y salgamos destas montañas.

—Ya no puede ser —dijo Liramante—, que el corazón me fallece.

Y diciendo esto se dejó caer del caballo tal como muerto. Cuando su escudero lo vio, muy presto se apeó del palafrén, y tomándole en sus brazos, lo vio traspasado, y mirándole al rostro, la color tenía mortal. El escudero pensó que su señor era muerto, y comenzó a hacer muy gran duelo diciendo:

—¡Oh mi señor Liramante, y cómo fenecieron los vuestros días por tan desastrado fin! ¡Oh rey Tinablante de Siria, cuán tristes nuevas serán para ti cuando supieres la muerte de un solo hijo que tenías! ¡Oh triste reina madre suya, yo soy cierto que los tus días fenecerán cuando la desastrada muerte de Liramante tu tan querido hijo supieres! ¡Oh animales, y venid y despedazad mis tristes carnes

³⁷⁴ 1587: ‘vestra’ (214r).

con vuestras sangrientas uñas! Fenecerán los mis tristes días con un solo dolor y no viviré padeciendo tantos viendo a Liramante mi señor muerto ante mis ojos.

Esto decía el escudero dando grandes y crecidas voces, mesando sus cabellos y hiriéndose en el rostro.

Tantas y tan grandes fueron las voces que el escudero de Liramante daba, que su señor recordó del desmayo que tenía. Como el escudero le vio que en su acuerdo tornaba aquel que por muerto tenía, comenzó a decir:

—¡Oh mi señor Liramante! Y ¿qué dolor fue el que sentiste, que casi os llegó al punto de la muerte?

—Amigo —dijo Liramante—, siento grandes congojas en mi corazón.

El escudero le dijo:

—¡Ay mi señor, por Dios esforzaos y no os dejéis morir, que gran daño vernía al reino de Siria con la vuestra muerte.

Liramante se esforzó lo mejor que pudo y tornó a subir en su caballo, y como en él fue comenzó a caminar, y dando muy crecidos sospiros anduvo toda la parte de la noche que le quedaba. Ya cuando Dios tuvo por bien de enviar el día salieron de aquellas montañas y halláronse en una hermosa floresta de muchas arboledas, la más deleitosa cosa de mirar que jamás se vio. Liramante miró a una y otra parte y vio una muy hermosa fuente, y hacia la mano derecha estaban muchos y muy espesos árboles. Liramante dijo a su escudero que allí entre aquellos árboles quería descansar una pieza del día, y luego se apeó de su caballo y dijo a su escudero:

—Toma ese caballo y tu palafrén y llévalos a lo más espeso desta floresta, que los que por el camino pasaren no puedan verlos.

El escudero hizo su mandado y volvióse adonde Liramante estaba. Rogole muy ahincadamente comiese alguna cosa, que había mucho tiempo que no había comido; Liramante le dijo:

—Amigo, come tú, que yo por agora no podré. Déjame y apártate, que los que por el camine vinieren no te puedan ver.

El escudero hizo su mandado.³⁷⁵ Liramante se puso en la parte que oído habéis, por que si por ventura la princesa quisiese llegar a aquella fuente, él pudiese gozar de la su vista. Sabed que como Liramante se partió de la princesa, los que en su compañía iban fueron muy espantados de verlo ir. La princesa, que mucha saña llevaba dél, fue muy leda, y dijo a sus caballeros que se diesen priesa a andar, por que otro día antes de nona llegasen a la fuente de la floresta. Ellos hicieron su mandado, y la noche les tomó cerca de las montañas y allí albergó. Como el día fue venido tornaron a su camino, y luego entraron en la senda de las montañas y comenzaron andar a mucha priesa, por manera que a hora de tercia llegaron a la hermosa floresta que ya oístes. La princesa dijo:

—¿Hacia qué parte está la fuente donde holgamos cuando pasamos por aquí?

Los caballeros guiaron para ella, y como llegaron, la princesa se apeó, y junto a la fuente tendieron un paño de fina seda en que se asentó, y todas sus doncellas en torno della, y los caballeros se andaban a una y otra parte; la princesa demandó de comer, y luego se lo dieron. Liramante de Siria estaba en parte que podía mucho a su placer ver a la princesa, y no partía los ojos de la mirar. Así estuvo gran pieza

³⁷⁵ 1587: ‘mando’ (214v).

contemplando en las gracias y hermosura que su señora tenía. La princesa preguntó que qué hora podía ser, dijeronle que era entre nona y mediodía.

—Pues que así es —dijo ella—, habremos de atender aquí hasta que sea ida gran parte de la calor del sol.

Y dijo a sus doncellas:

—A vosotras, ¿qué os parece de la apostura del rey Lucescanio?

—Parécenos —dijeron ellas— que le hizo Dios estremado entre cuantos nacieron, así en bondad de armas como en apostura de cuerpo y gran hermosura en el rostro.

—Vosotras decís gran verdad —dijo la princesa—, que estremado le hizo Dios entre cuantos nacieron.

En esto y en otras cosas que al rey tocaban estuvieron hablando todo el tiempo que allí se detuvieron. Estando la princesa de Marmantia holgando de la manera que oído habéis a la fuente, de la parte de la montaña vieron venir una muy espantosa sierpe, tal, que grande espanto ponía a quien la miraba. Venía dando grandes saltos y silbos, que en gran parte se oían; ella era de largura de un gran caballo, pero mucho más ancha; había grandes y fuertes uñas. Ella venía a beber a la fuente. Como en la floresta se vio, miró a una y a otra parte, y como vio tanta gente, arremetió con el que más cerca de sí halló, y muy presto lo despedazó con sus fuertes y agudas uñas. Éste era un caballero de la princesa, y luego tras éste despedazó a una doncella.

Como esto vieron los caballeros que en la floresta se hallaron, con el gran temor que de la muerte hubieron, no se acordando de lo que debían a la princesa su señora, ni tampoco de³⁷⁶ lo que se podía dellos por el mundo decir, lo más presto que pudieron fueron puestos en huida, cada uno adonde mejor pensó guarecer. Las doncellas, asimismo muy desatinadas y fuera de juicio del gran temor que llevaban, se escondieron por entre lo más espeso de la floresta, dejando a la princesa sola sin compañía alguna. La cual como así se viese, vencida del temor de la muerte sacó fuerzas de flaquesa y con apresurado correr se metió en lo más espeso de la floresta; y la ventura la quiso guiar hacia la parte donde Liramante de Siria estaba, y como él la vio venir tan mudada la hermosura de su rostro, fue movido a mucha piedad y compasión. Y como ella lo vio, luego conoció a Liramante: bien se puede creer que nunca la princesa tanto holgó con la su vista como en aquel tiempo, que como le vio, díjole:

—¡Ay buen caballero, por Dios os ruego que me acorráis; si no muerta soy!

Liramante le respondió, con semblante algo airado:

—¿Qué se puede perder con la vuestra muerte sino toda crueldad y desconocimiento? Agora pluguiese a Dios que la sierpe viniese y que despedazase a ese tan cruel corazón vuestro, y que fuese ante mis ojos, por que yo tomase alguna emienda del daño que yo de vos he recibido.

Como la princesa así oyó hablar a Liramante fue espantada, y dijo:

—¡Ay señor caballero, por Dios doleos de mí y amparadme, aunque yo os haya sido enojosa!

Liramante le dijo:

³⁷⁶ 1587: 'a' (215r).

—Mi señora, notorio está en todo el mundo no ser en él otro mejor caballero que el rey Lucescanio, y por tanto, a mí me semeja que lo mandéis ir a buscar, ca por cierto él es tan buen caballero que porná la vida por vuestro servicio. Y ved, señora, si algo me manda la vuestra merced, porque yo he qué hacer en otra parte.

Y luego fingió que se quería ir. Como la princesa lo vio, muy recio le trabó de la falda de la loriga, y con muchas lágrimas en los ojos le comenzó a decir:

—¡Ay buen caballero, y por Dios doleos de la mi gran cuita!

—¡Ay mi señora! —dijo Liramante de Siria—. Si la vuestra merced de la mía se doliese, por ventura haría vuestro ruego.

La princesa le dijo:

—¡Ay Liramante de Siria, yo soy puesta en vuestro poder! Podéis hacer de mí a vuestra voluntad con tal condición que yo sea libre de la muerte que tan cercana tengo.

Y diciendo esto comenzó a temblar en tanta manera que Liramante hubo gran duelo della y no quiso darle más pena con sus palabras, porque dar él a la princesa enojo era abrirsele el corazón por muchas partes; y como tan cuitada la vio, él se humilló ante ella y le dijo:

—Mi señora, yo no quiero que hoy por mí se haga otra cosa sino que la vuestra merced sea de recibirme por vuestro caballero.

Como la princesa lo vio hablar de aquella manera llamose en su corazón bienandante, y díjole:

—Liramante, yo haré vuestro ruego, y de aquí prometo que otro no sea señor de mi corazón si lo vos no fuéredes.

Liramante le besó muchas veces sus hermosas manos, y le dijo:

—Mi señora, no temáis cosa, que según las mercedes hoy se me han hecho, no digo yo una sierpe, pero ciento que delante se me pusiesen las ternía en tanto como nada.

Y diciendo esto enlazó su yelmo y embrazó su escudo, y tomó su espada en la mano y vínose su paso a paso adonde la sierpe estaba, que aún no se había mudado de cabe la fuente. Como ella vio venir a Liramante dio un grande y espantoso silbo juntamente con un salto, y luego fue puesta cabe Liramante, el cual se cubrió muy bien de su escudo y muy presto hirió a la sierpe en un costado, pero no la hirió, aunque el golpe fue con demasiada fuerza, por razón de las duras y muy encajadas conchas que tenía. Como la sierpe sintió el golpe, luego tendió sus alas y arremetió con Liramante por le coger entre sus muy fuertes y recias uñas; pero Liramante, que muy ligero era, dio un salto al través, por manera que la sierpe quedó en vacío, y Liramante tornó muy presto a herirla de tal golpe encima de la cabeza, que gran parte della le echó en el suelo; y como la sierpe se sintió tan mal herida, comenzó a dar grandes saltos a una y otra parte en torno dél. Liramante andaba muy ligero, siempre hiriéndola con su espada, por manera que le dio tal golpe en una mano que se la cortó; y como la sierpe daba tantos y tan a menudo los saltos, Liramante desatinó y la sierpe lo cogió con la una mano que le quedaba, trabándole reciamente del escudo con tanta fuerza que le quebró las enlazaduras y el escudo fue muy presto deshecho con sus muy agudos dientes. Como Liramante se vio sin escudo, dijo en su corazón: «A mí me conviene pugnar por le cortar la otra mano y luego seré libre».

Y diciendo esto miró por la princesa y viola que estaba los hinojos en el suelo y las manos alzadas al cielo rogando a Dios que librase a aquel caballero de aquel espantoso animal. Como Liramante vio a su señora puesta en tanta angustia creciole el corazón y él mismo se fue a meter en la sierpe, y pensándola herir en el brazo, la sierpe bajó la cabeza para coger a Liramante. El golpe del espada acertó en la cabeza de manera que la hendió y luego cayó muerta. Liramante dio muchas gracias a Dios por la victoria que le³⁷⁷ había dado, y metiendo su espada en la vaina se fue para la princesa diciéndole:

—Mi señora, no hay de qué temer.

La princesa le dijo:

—¡Ay buen caballero,³⁷⁸ y cuán mal lo miré yo cuando de la mi compañía os envié!

Liramante la tomó por el brazo y la llevó a la fuente. La princesa le dijo:

—¡Ay por Dios, señor Liramante, haced de manera que muy presto vamos de aquí, que este lugar malo es.

Liramante le dijo:

—¿Quién, mi señora, había de tener atrevimiento de os enojar siendo yo ante vuestra hermosura, que mil veces no pasase por la muerte?

La princesa le dijo:

—Comoquiera que ello sea, yo no terné en este lugar reposo.

—Pues que así es —dijo Liramante—, vamos de aquí.

Luego mandó a su escudero que por la floresta fuese a buscar los caballeros de la princesa, y asimismo a las dueñas y a las doncellas que topase, el escudero hizo su mandado. Liramante se desenlazó el yelmo y llegose a la princesa, y besándole las manos le dijo:

—¡Ay mi señora, y cómo hoy he recibido título de bienaventurado! Yo, mi señora, cuando dello fuéredes servida, os daré corona de reina, y pues que ya sois señora de mi corazón, es razón que lo seáis del reino de Siria. Y quiero que la vuestra merced sepa que si el rey Lucescanio es en el mundo tan señalado, así es amado de la más hermosa doncella que hay en él.

Cuando la princesa aquello a Liramante oyó víñole una viva color al rostro, y díjole:

—Si yo al rey Lucescanio hice la honra y servicio que vistes fue por la honra que al reino de Altaria dio en dar cima a aquella aventura, que tantos tiempos había que no venía caballero que luego no fuese encantado, y él, como vistes, tan ligeramente la acabó. Paréceme que es bien honrar a los buenos caballeros, y más por ser aquí tan vecino del rey mi padre. Mucho os ruego —dijo la princesa— que me digáis quién es aquella doncella que del rey Lucescanio es amada.

—Es Bellaestela, la princesa del Monte Libeo: ha tan estraña hermosura cuanto el rey lo es en su alta caballería.

La princesa se calló, que no respondió cosa alguna; pero si algún pensamiento tenía de amar al rey Lucescanio, repentinamente se le quitó cuando oyó que él

³⁷⁷ 1587: ‘se’ (215v).

³⁷⁸ 1587: ‘caualldro’ (215r).

amaba a la princesa del Monte Libeo, y todo el amor que al rey tenía lo mudó en Liramante de Siria, como adelante se contará.

En este tiempo los caballeros de la princesa comenzaron a salir de entre las ramas de la floresta, tan avergonzados, que ante la princesa no osaban parecer; pero cuando ante ella fueron, díjoles:

—Yo pensé que en vosotros traía compañía de caballeros: paréceme que no es sino de dueñas y doncellas, pues así huistes vosotros como lo hicieron ellas.

Los caballeros estaban tan corridos que no respondieron cosa alguna, antes fueron muy espantados cuando vieron la espantosa sierpe muerta, y como vieron a Liramante, bien conocieron que él la había dado la muerte. La princesa fue puesta en su palafrén con el ayuda de Liramante, y todos fueron a caballo y comenzaron a ir su camino, y en todo él no les avino cosa que de contar sea. Cuando la princesa llegó al reino de su padre, dél fue muy bien recibida, y díjole:

—Hija mía, ¿cómo os ha ido en el reino de Altaria?

La princesa le dijo:

—Mi señor, yo he visto grandes maravillas.

Luego llegó Liramante de Siria, y humillándose ante el rey le quiso besar las manos; pero él las tiró afuera y dijo a la princesa:

—Dime ¿quién este caballero es?

Ella le dijo:

—Hónrele vuestra alteza mucho, ca sabed que es príncipe de Siria.

El rey lo alzó por las manos, haciéndole aquel acatamiento que a su persona convenía, y le mandó desarmar y fue cubierto de un rico manto y cerca de sí lo hizo asentar, y dijo a la princesa:

—Cuéntame, ¿quién es el caballero que a la aventura del rey Aquirós dio cima?

—El infante Lucescanio —dijo la princesa—, hijo del emperador Lindedel.

—¡Sancta María, valme! —dijo el rey—. ¿Que hijo es de aquel valeroso emperador de Trapisonda? Bienaventurado se puede llamar el reino de Altariagreta, pues tal señor alcanzó. Agora os digo que fue grande el saber del rey Aquirós, y él quiso mucho bien a su reino, pues tuvo maneras de le dar tan buen señor.

La princesa le contó cómo antes que llegase al reino de Altaria todos sus caballeros habían sido vencidos por el rey Lucescanio, y asimismo le contó de la manera que el rey había ganado la corona y como fueron luego desencantados todos cuantos caballeros estaban en el palacio del rey Aquirós. Mucho fue el rey espantado en oír aquellas maravillas, y dijo:

—Yo os digo de verdad que soy puesto en gran deseo de ver al rey Lucescanio.

La princesa le dijo:

—Él me prometió de venir a Marmantia cuando de Altaria se partiese.

Mucho holgó el rey en oír aquellas nuevas. La princesa dijo al rey su padre lo que había acaecido en la floresta que está junto a las montañas con la sierpe, y cómo ella y toda su compañía fueran muertas si no fuera por Liramante. Mucho fue el rey turbado en lo oír, y dijo:

—¿Qué fue de tus caballeros?

Ella le dijo:

—Yo no sé qué fue dellos, más de cuanto como la sierpe vieron, todos huyeron entre lo más espeso de la floresta.

El rey disimuló, que no les dijo cosa alguna porque vio la afrenta que ellos habían recibido. Él dio muchas gracias a Liramante porque de tanto peligro libró a la princesa, y teníale en mucho más que de antes que supiese su alta caballería. El rey y Liramante estuvieron una pieza hablando en lo mucho que a Dios debían los buenos caballeros.

—Esto digo —dijo el rey— porque el mundo no está lleno sino de las estrañas aventuras que estos dos tan preciados caballeros, príncipe e infante, han dado cima; y en la su compañía me dicen que andan muchos y muy preciados caballeros.

—Así es verdad —dijo Liramante.

—Decidme —dijo el rey—, ¿adónde está el príncipe don Cristalián?

—No lo sé —dijo Liramante—. Cuando yo díl me partí fue por una estraña aventura, por manera que yo no sé adónde él al presente está. Sé decir que la su voluntad era de se ir a la corte del emperador Aliandro de Persia.

—Bienandante se puede llamar el emperador, pues tan preciado caballero en la su corte reside.

Como la princesa oyó nombrar al emperador Aliandro, dijo a Liramante:

—¡Ay por Dios, señor, contadme de la princesa Penamundi, que acá grandes maravillas habemos oído de la su gran hermosura!

Liramante le dijo:

—Es tan estraña, que pone espanto a quien la mira. Bien creo yo que no es en el mundo nacida dueña ni doncella que a la su gran hermosura se le iguale.

—Decidme —dijo ella—, la princesa del Monte Libeo, ¿no es tan hermosa?

—No —dijo Liramante—, aunque es la más hermosa doncella que yo he visto, después de la princesa Penamundi.

—Mucho deseo ver a Penamundi —dijo la princesa—, pues tan estremada la hizo Dios en el mundo.

En esto y en otras cosas estuvieron hablando hasta que fue hora de dormir, que el rey se levantó llevando consigo a la princesa su hija. A Liramante llevaron a un aposento que dentro del palacio el rey había mandado aparejar; y como en él fue, entrose en una cámara y luego se acostó, y como en el lecho fue, comenzó a pensar de qué manera podría servir a su señora que ella más contenta fuese. Él estaba con mucha pasión en pensar que no podía hacer menos sino irse a Siria, por lo que el infante le había dicho; pero él propuso en sí de dar muy presto la vuelta, y con este pensamiento se durmió. La princesa Monteclará como en su cámara entró, luego se acostó en su lecho y mandó que sola la dejasen, y comenzó a suspirar muy fieramente diciendo:

—¡Ay captiva, y cómo soy escarnida en haber puesto mi pensamiento en el rey Lucescanio, amando él y siendo amado de tan hermosa doncella como Bellaestela es! Si yo tuviera tanto saber como voluntad tuve de amarlo, bien hubiera yo de conocer en sus palabras el poco amor que él me tenía, Doy yo muchas gracias a Liramante de Siria porque me sacó del engaño en que mi corazón estaba; que si yo no supiera que él amaba a otra doncella, jamás de mi corazón le partiera, y desto a mí me pudiera venir gran daño. Mucho soy maravillada de Liramante, conociendo

el amor que yo a Lucescanio tenía, tener voluntad de amarme. Pues que él tanta fe tuvo contigo, mal haría yo si no le diese el galardón que su persona merece.

Así estuvo la princesa hablando consigo misma en lo que oído habéis una pieza, hasta que del cansancio del camino fue vencida de sueño, y así, durmió la parte de la noche que le quedaba.

Como el día fue venido, Liramante se levantó y salióse al palacio, adonde halló al rey, y dándole los buenos días, se anduvieron paseando por la sala; Liramante le dijo que luego se quería partir, si la su merced para ello le daba licencia; el rey le dijo:

— ¿Cómo, señor Liramante? ¿Tan presto nos queréis dejar?

— Esme forzado —dijo él—, que tengo de ser el día de Sant Juan en la corte del Soldán de Babilonia, que es postura³⁷⁹ de otros caballeros y mía que forzosamente hemos de ser aquel día en la corte del Soldán. Yo me querría partir luego, si vuestra alteza me diese licencia, para ir a besar las manos a la princesa.

— Id en buena hora —dijo el rey.

Liramante se le humilló y se fue al aposento de la princesa, y hallola que se acababa de vestir; ella le dijo:

— ¿Qué es esto, señor Liramante? Mucho habéis madrugado.

— Mi señora —dijo él—, la mi venida es a saber qué es lo que vuestra alteza manda, por cuanto yo me quiero partir luego.

— Y ¿para dónde? —dijo la princesa.

— Señora, para la corte del Soldán de Babilonia.

Como él esto dijo, la princesa le tomó por la mano y le hizo asentar cabe sí, y díjole:

— Señor Liramante, ¿cómo es la vuestra partida tan acelerada?

— Mi señora —dijo él—, esme forzado.

Y allí le contó cómo había de ir a la corte del Soldán:

— De allí ha de ser la mi partida para el reino de Siria, que me han dicho que han menester la mi ayuda y no sé por qué. En sabiendo la necesidad que de mí tienen, luego me verné a la corte del rey vuestro padre y residiré en ella hasta que la vuestra voluntad sea.

— ¡Ay Liramante —dijo la princesa—, mucho me pesa con la vuestra partida!

— Deso soy yo muy ledo —dijo él—, que si eso fuese verdad, yo iría este camino más alegre de lo que yo pensaba ir.

— Pues sed cierto —dijo la princesa— que no es hoy nacido en el mundo quien a mí pena me diese con la su partida sino solo vos.

Liramante le besó muchas veces las manos, y le dijo:

— Mi señora, yo seré más presto de lo que pensáis a os servir.

La princesa le rogó que así lo hiciese como lo decía, que en ello le haría demasiado placer. Él se lo prometió, y así, se despidió de aquella hermosa princesa acompañado de mucha soledad y tristeza, y la princesa asimismo quedó muy triste. Como Liramante fue en el palacio, dijo al rey:

— Mi señor, ¿qué me manda vuestra alteza, que luego me quiero partir?

³⁷⁹ 1587: ‘postuua’ (216v).

—No sé qué os diga³⁸⁰ —dijo el rey— sino que vaya Dios con vos. Y si por estas partes volviéredes, mucho os ruego que vos veamos.

—Luego volveré a servir a la vuestra merced —dijo Liramante.

—De eso seré yo muy ledo, de tener tan buen caballero como lo vos sois en la mi compañía.

Liramante le besó las manos, y así, se despidió del rey y de todos los que en el palacio estaban y se fue a su aposento, y luego demandó sus armas y fue armado con el ayuda de su escudero y subió en su caballo, y así, se salió de la ciudad y tomó su camino para el reino de Altariagreta.

Capítulo XCIII

De cómo el rey Lucescanio tuvo cortes quince días y de cómo salió del reino en la demanda que ya oístes.

COMO el rey Lucescanio se partió de la princesa Monteclara y se tornó a la ciudad, luego mandó llamar a cortes. Como por todo el reino fue el mandado del rey, lo más presto que pudieron se aparejaron para ser en la corte, y como todos fueron en la ciudad, las cortes se comenzaron. Y el rey Lucescanio vio las leyes del reino, y las que le contentaron dejolas estar, y las otras quitó y muchas puso de nuevo. Mientras que las cortes duraron hizo mucho bien en acrecentamiento de su estado y bien de la república.

Allí dijo a sus altos hombres cómo a él le convenía partirse luego para dar cima a una demanda en que andaba, y que con el ayuda de Dios, en acabándola, luego sería de vuelta. Los altos hombres dijeron que hiciese a su voluntad, que él era señor y ellos sus vasallos que obedecerían. El rey les dio muchas gracias por la voluntad que de servirle tenían. Allí rogó y mandó a uno de sus altos hombres, que era caballero de alta guisa y anciano, que mientras que él iba aquel camino (que no podía escusar) que tuviese por bien de quedar en la gobernación de su reino, y Arbante de Esperta (que así había nombre aquel caballero) le dijo que él le serviría bien y lealmente. El rey le dio muchas gracias por ello.

Y como las cortes fueron acabadas, un día, acabando él rey de comer, entró por la puerta de sala Liramante de Siria, la vista del cual dio mucho contentamiento al rey, y luego fue desarmado y cubierto de un rico manto. El rey le hizo sentar y preguntóle por la princesa Monteclara. Liramante le dijo que había llegado muy buena, y asimismo le contó lo que había acaecido con sus caballeros. Mucho rio el rey de la buena guarda que la princesa llevaba, y preguntóle por el rey, padre de la princesa. Liramante le dijo cómo tenía mucho deseo de lo ver.

—Si así es —dijo el rey Lucescanio—, muy presto se le cumplirá ese deseo, ca sabed que yo estoy de partida.

—¿Para dónde? —dijo Liramante.

³⁸⁰ 1587: ‘dixa’ (216v).

—Para Alejandría, si Dios me diese ventura de acabar esta demanda en que ando.

—Sí dará —dijo Liramante—, que en todo cuanto mano ponéis os da Dios entera victoria.

El rey le dijo:

—Yo me quiero partir luego por la mañana.

—Así lo haré yo —dijo Liramante—, que ya se acerca el tiempo que habemos de ser en la ciudad de Babilonia.

—Pues que así es, vamos en una compañía el tiempo que pudiéremos.

—Ello será muy poco —dijo Liramante.

—Comoquiera que sea —dijo el rey.

Y allí concertaron su partida. Venido que fue otro día por la mañana, el rey y Liramante fueron armados, y con compañía de sus escuderos se salieron de la ciudad y anduvieron en una compañía tres días y medio; en este tiempo el rey Lucescanio dijo a Liramante:

—Ya es tiempo de partirnos, por cuanto vos vais a una parte e yo voy a otra.

Liramante le dijo:

—Partirnos conviene.

El rey le rogó mucho que luego que en Babilonia fuese se partiease para Siria, porque gran necesidad tenían allá dél.

—Así lo haré —dijo Liramante—, que no he otro cuidado sino saber la necesidad que allá de mí hay.

Y así, se despidieron el uno del otro; el rey dio muchas encomiendas para todos aquellos caballeros.

Dice la historia que Liramante de Siria llegó en Babilonia tres días antes que el día de Sant Juan viniese, y luego otro día llegó Dismael y don Veros de Licante, y a otro, que víspera de Sant Juan era, por la mañana llegó Tarance de Lira y Belicante de Ribas, y como la noche fue venida vieron cómo Lustrandor y Guilandoro faltaban. Fueron muy tristes, con pensamiento que algo les había acaecido, pero aguardaron a otro día. Como vieron que no venían, todos de consuno se fueron a la posada de Benzaíme el gran sabidor, y como él los vio, mucho holgó con la su vista. Los caballeros le dijeron:

—Somos muy tristes, porque aquí faltan dos caballeros.

—Vosotros tenéis razón —dijo Benzaíme—, ca sabed que ellos son encantados en poder de una falsa dueña.

Grande fue la tristeza que en Liramante y aquellos caballeros cayó en oír aquellas nuevas, y todos propusieron de salir de Babilonia en aquella demanda, aunque Benzaíme les dijo que no les tenía pro, que ninguno de los que allí estaban no habían poder para los librar.

Allí estuvieron aquellos preciados caballeros en la corte del Soldán algunos días, aunque no fueron muchos. Liramante dijo a Benzaíme y aquellos caballeros las encomiendas del rey Lucescanio, y contoles cómo había dado cima a la aventura del rey Aquirós y cómo era rey de Altariagreta. Mucho fueron espantados aquellos caballeros de la buena ventura del infante. En este tiempo concertaron su partida, Benzaíme les dijo:

—Caballeros, agora que algunas aventuras habéis dado cima por esta tierra os podéis ir adonde más os agradare.

Todos se despidieron dél, y juntos salieron de la ciudad y a tres millas se partieron los unos de los otros adonde la ventura los quiso guiar. Solamente hablaremos de Liramante de Siria, que tomó el camino para su tierra y reino, y en todo él no le acaeció cosa que le estorbase, antes llegó muy presto.

Como en el reino de Siria entró y vio todas las gentes que topaba cubiertas de duelo fue muy turbado, que luego le dio el corazón lo que podía ser; pero él no quiso preguntar a nadie cosa alguna, por no ser conocido, y con demasiada tristeza caminó para la ciudad adonde a la sazón estaba la corte. Y como en ella fue vio mucho más duelo y tristeza que por otras partes había visto, y así, se fue a palacio y allí se apeó, y a la subida de una escalera vio a un doncel (que él bien conocía) bajar cubierto de duelo, y como a Liramante vio, díjole:

—Caballero, ¿a quién buscáis?

Liramante le dijo:

—Al rey Tinablante.

Como el doncel esto oyó comenzó a llorar diciéndole:

—Señor caballero, bien parecéis estraño en la demanda que traéis, ca sabed que el rey Tinablante ya no es en la vida, ca lo mató un vasallo suyo.

—¿La reina es aquí?

—Sí —dijo el doncel—, pero es puesta en grande cuita, que ha gran tiempo que no sabemos de un solo hijo que tiene, que ha nombre Liramante de Siria.

Liramante dijo al doncel:

—Amigo, ¿yo podré estar con la reina?

—No lo sé —dijo el doncel— que sabed que no la vee nadie: no sé si a vos os querrá ver, por ser caballero estraño. Atended³⁸¹ aquí un poco y sabreislo antes que mucho tiempo pase.

Y diciendo esto se tornó a subir y se fue al aposento de la reina y le dijo cómo allí estaba un caballero estraño que la querría hablar. Como la reina esto oyó, diole un salto el corazón y dijo:

—Di a ese caballero que luego me venga a ver, que por ventura me trae nuevas de Liramante mi hijo.

El doncel se tornó para el caballero y le dijo el mandado de la reina; Liramante fue con el doncel que lo guiaba al aposento de la reina, y como en la cámara entró viola toda cubierta de duelo, y luego se desenlazó su yelmo y se humilló ante la reina, y besándole las manos le dijo:

—Mi señora, ¿qué tristeza es esta que en vuestro real palacio he visto?

La reina le tuvo abrazado por una pieza, dando grandes gritos como si al rey Tinablante allí tuviera muerto, diciendo:

—Hijo mío, que es del rey tu padre, que en breve tiempo fuimos todos apartados de la su vista por la mayor traición que jamás fue pensada.

Liramante (aunque con las lágrimas en los ojos) la comenzó a conhortar; la reina le dijo:

³⁸¹ 1587: ‘estraño:tended’ (217v).

—El conhorte, hijo mío, si Dios tuviese por bien de me le dar, sería tomar yo a la misma muerte, porque hasta que yo delante de mis ojos la vea no terné punto de alegría.

Liramante se levantó, y fue luego desarmado y cubierto de un manto negro; y volviendo a la reina, rogó le contase cómo había sido la muerte del rey su padre. Ella se lo contó, aunque no sin muchas lágrimas, como lo habéis oído que acaeció; asimismo le dijo la emienda que de la muerte del rey el infante Lucescanio había tomado. Liramante le dijo:

—Él me dijo que luego me partiease para Siria, pero no me dijo de la muerte del rey.

Allí estuvieron hablando en las cosas pasadas, no sin muchas lágrimas de la reina; pero daba muchas gracias a Dios que ante sus ojos había traído a Liramante.

Como el rey Lucescanio se partió de Liramante de Siria tomó su camino para el reino de Marmantia a cumplir lo que a la princesa había prometido, y como en cosa alguna no se ocupó, muy presto fue en él, y asimismo en la ciudad adonde el rey y la princesa estaban, y como en el palacio fue, sin decir cosa alguna se subió hasta la sala adonde el rey estaba, y como en ella fue, la princesa le conoció en sus ricas y lucientes armas, y dijo al rey su padre (que mirándolo estaba):

—¡Ay mi señor, que este caballero es el preciado rey de Altariagreta!

Como él esto le oyó, luego se levantó, y el rey Lucescanio se quitó el yelmo y se humilló al rey, y él asimismo se humilló a él. Como los reyes se hubieron hablado, el rey Lucescanio se humilló ante la princesa por le besar las manos, pero ella las tiró afuera diciéndole:

—No es razón que manos de persona alguna lleguen a vuestro rostro sino las de aquella hermosa princesa Bellaestela, pues Dios la hizo tal que mereciese tener mando y señorío sobre el más preciado caballero que en nuestros tiempos es.

El rey conoció que Liramante de Siria había desengañado a la princesa, y no le pesó dello, y díjole:

—Mi señora, no es la vuestra merced de menos merecimiento que lo son cuantas hoy hay en el mundo.

—Yo me conozco —dijo la princesa— que valgo muy poco.

Y tomado por las manos al rey lo hizo levantar, y fue luego desarmado y cubierto de un rico manto que el rey le mandó dar. Hízolo asentar cabe sí y le dijo:

—¡Ay mi señor, y cuán deseada ha sido la vuestra vista! Grandes tiempos ha que a mi noticia han venido las grandes maravillas que el príncipe don Cristalián y vos por el mundo habéis hecho. Bienaventurado se puede llamar aquel príncipe que en la su compañía tal caballero como uno de vos tuviere. Esto digo porque me han dicho que el príncipe don Cristalián vuestro hermano reside en Persia.

—Así es verdad —dijo el rey—, que cuando algún tiempo quiere tomar reposo, siempre es en la corte del emperador Aliandro.

—Pues Dios a la vuestra merced nos dio por vecino —dijo el rey de Marmantia—, no es razón que envidia tengamos al emperador Aliandro.

—La vuestra merced sea cierto que adoquiera que yo estuviere os serviré con aquella voluntad que al emperador mi padre serviría.

El rey le dio muchas gracias por el ofrecimiento que le hacía. Allí se detuvo el rey Lucescanio tres días, en los cuales le hicieron grandes fiestas por le servir.

Pasado este tiempo, el rey Lucescanio dijo al rey y a la princesa que si licencia le daban, que él se quería luego partir, que no se podía allí más detener, por cuanto él andaba en una demanda. El rey le dijo que no dejaba de pesarle, pero pues que había de ser, que la su partida fuese cuando él por bien lo tuviese. Luego el rey Lucescanio mandó traer sus armas, y como fue armado, tomando licencia del rey y de la princesa se salió del palacio y subió en su caballo y tomó su camino para el Monte Libeo. Y así lo dejaremos hasta su tiempo.

Capítulo XCIII³⁸²

De cómo la doncella de la aventura del arco vino en Persia a la corte del emperador, y de cómo pidió a don Cristalián el don que le había prometido.

YA os contamos cómo el príncipe don Cristalián quedó en Persia, todo el tiempo que ha dejado la historia de hablar dél, en aquella sabrosa y muy contenta vida que arriba oístes, no viniéndole a la memoria la falta y faltas que por el mundo hacía, ni tampoco el menoscabo de su fama, que ya estaba mucho escurecida, que por el mundo no se hablaba a la sazón sino de la alta caballería del rey Lucescanio. Un día estando el príncipe don Cristalián en el palacio del emperador de Persia, entró una doncella, y cuando bien la miraron conocieron que era la que con el aventura del arco había venido a la corte del emperador. Ella besó las manos al emperador; y como esto hubo hecho, fuese adonde don Cristalián estaba, y humillándose ante él por le besar las manos, le dijo:

—Mi señor, ya es venido el tiempo para que se me cumpla el don que me habéis prometido.

—De grado —dijo el príncipe— lo haré.

La doncella le besó las manos por la merced que le hacía, y le dijo:

—Sabed, mi señor, que ha de ser luego la vuestra partida.

—Hágase como lo vos mandáis —dijo el príncipe.

Y luego se levantó. Como el emperador oyó lo que la doncella había dicho, díjole:

—¡Ay doncella, y cómo nos habéis hecho tristes en llevar a ese tan buen caballero de la nuestra compañía!

La doncella le respondió:

—Mi señor, a mí me pesa del deservicio que yo con mi venida a vuestra majestad hago; pero en los buenos caballeros es el remedio de los que están en angustia y agravio reciben; y aunque este caballero haya dado testimonio de quién es, conviene que no esté por agora más en la vuestra corte, que gran daño viene al mundo de su estada en ella.

³⁸² 1587: ‘Nouenta y quatro’ (218r).

—Comoquiera que sea —dijo el emperador—, a mí me pesa mucho de la su partida.

—Pues conviene que así sea —dijo la doncella— por que cumpla lo prometido.

Luego don Cristalián se levantó pidiendo licencia al emperador para se ir a despedir de la emperatriz y princesa; él se la dio, y luego don Cristalián se fue al aposento de la emperatriz y halló a la princesa. La emperatriz le dijo:

—Señor don Cristalián, ¿qué venida es ésta?

—Señora —dijo él—, vea vuestra alteza qué manda, porque tengo de ir con una doncella a quien prometí un don, y conviéñeme cumplirle.

—Mucho me pesa —dijo la emperatriz.

De la princesa os digo que sintió tanto dolor cuando oyó hablar en la partida de don Cristalián, que toda la hermosa color de su rostro se le mudó. Don Cristalián que a la sazón alzó los ojos a la mirar, fue muy turbado de ver a la princesa tal, y Dios sabe si él quisiera aguardar a tiempo que la pudiera hablar; pero la doncella que por él vino no le dio para ello lugar, y convinole allí en breve tiempo gustar la muerte en partirse de la manera que oído habéis. La emperatriz le dijo:

—Mucho os ruego que, como cumpláis el don que la doncella os pide, luego os volváis a la corte del emperador.

—De grado —dijo don Cristalián— haré vuestro mandado.

—Así os lo ruego yo —dijo la emperatriz—, porque yo sé que el emperador será muy triste con la vuestra partida.

—Así lo soy yo —dijo don Cristalián— en le dejar de servir.

Y luego le besó las manos, y así lo hizo a la princesa; ella le dijo:

—Mirad, señor don Cristalián, que hagáis lo que la emperatriz os ruega.

—Haré lo que su majestad me mande, a todo mi poder.

Y así, se despidió de la emperatriz y princesa y se salió de su cámara. Luego la princesa se fue a la suya, y en ella halló a la infanta Sandalina y a la infanta Minerva, y como ellas tan turbada la vieron, dijo la infanta Minerva:

—¿Qué es esto, mi señora? ¿Cómo viene mudada la hermosa color de vuestro rostro?

—¡Ay señora Minerva —dijo la princesa—, que los mis días serán tristes todo el tiempo de mi vida!

—Mucho me pesa de oír tales nuevas —dijo la infanta—, y gran congoja siente mi corazón hasta saber la causa de vuestra turbación.

—¡Ay mi amiga! —dijo la princesa—. Sabed que el príncipe don Cristalián es ya despedido del emperador y emperatriz y se va luego con la doncella que aquí trujo la aventura del arco a cumplir el don que le prometió.

La infanta Minerva, por consolar a la princesa, le dijo:

—Y ¿todo eso es la gran turbación que mostráis? Por los dioses juro que tuve pensamiento que algún gran daño había acaecido en el palacio del emperador. Por serviros me quiero yo ir en la su compañía.

—¡Ay señora Minerva, así os lo ruego yo que lo hagáis!

—Haré —dijo la infanta—, y con más voluntad de lo que pensáis.

Y diciendo esto se levantó y se salió al palacio, y como a don Cristalián vio, díjole:

— ¿Qué es esto, mi señor? Oído he decir que la vuestra partida ha de ser muy presto.

— Así es verdad.

— Pues a mí me conviene ir en la vuestra compañía.

— Yo soy el que rescibo grandes mercedes en ir tan bien acompañado.

Luego la infanta Minerva se fue a armar (que ya se había despedido de la emperatriz y princesa y infanta Sandalina), y allí se despidieron todos del emperador, y asimismo los que en el palacio estaban. Los cuales quedaban con mucha tristeza por la partida de don Cristalián, salvo don Griolanís, que nunca alegría que aquél la igualase a su corazón llegó como fue ver partir a don Cristalián de la corte del emperador. Él y la infanta subieron en sus caballos, y así, salieron de la ciudad de Larenta en compañía de la doncella del arco, y anduvieron algún tiempo sin topar aventura que de contar sea.

Sabed que un día a hora de vísperas llegaron a la Cruz de las Aventuras. Don Cristalián dijo a la infanta:

— Jamás a esta Cruz de las Aventuras llegó caballero que aventura le faltase a que diese cima.

No acabó don Cristalián de decir esto que oído habéis cuando vieron venir por el camino una doncella en un palafrén a grande andar; y como a los caballeros llegó, díjoles:

— Por la fe que a Dios debéis, que me digáis si es en esta compañía el príncipe don Cristalián.

— Sí es —dijo el—: ved lo que mandáis, que yo soy.

— A Dios merced —dijo la doncella— que con vos me dejó topar. Este caballero ¿es de los vuestros amigos?

— Sí —dijo don Cristalián.

— Pues que así es, conviene que aquí junto a esta cruz os partáis cada uno por sí.

La infanta Minerva se despidió de don Cristalián, él le dijo que le pesaba mucho de la partir de su compañía.

— Ya es tiempo —dijo la infanta— que yo haga alguna cosa en que honra se pueda ganar.

— No se espera menos —dijo don Cristalián— de vuestra real persona.

Y así, se encomendaron a Dios y cada uno tomó su camino, llevando la doncella en su compañía a don Cristalián y a la doncella del arco. Sabed que desde camino libró a Lustrandor y Guiladoro el Rubio de poder de la dueña que encantados los tenía, como ya oístes. Esto hecho, don Cristalián y la doncella del arco tomaron su camino para el reino de Bruteos, y dándose mucha priesa, aunque con harto afán de la doncella por el largo camino. Cuando en el reino de Bruteos fueron, don Cristalián dijo a la doncella:

— Amiga, mucho os agradecería si me dijéredes qué es lo que por vos tengo de hacer.

La doncella le respondió:

— Pues que ya somos en esta tierra, yo haré lo que mandáis. Sabréis que el rey de Bruteos había una sola hija, la más hermosa doncella que en estas partes se hallaba. Y fue su ventura que della se enamoró un caballero de la corte de su padre

que había nombre Garliano. Él era tan apuesto y mesurado, y fueron tales los servicios que a la infanta hizo, que ella fue muy pagada dél, y a cabo de gran tiempo que este caballero la servía, ella secretamente le tomó por marido. Y como no hay cosa en esta vida, por secreta que sea, que andando el tiempo no sea descubierta, por un caballero del palacio lo supo el rey su padre, y fue tan airado contra la infanta y contra Garliano, que sin decir cosa alguna a la infanta su hija envió por un gran sabidor en las artes, y muy secretamente habló con él dándole parte del enojo juntamente con la demasiada deshonra que a su persona real había dado. Díjole: «Amigo, yo no seré satisfecho con dar a mi hija la muerte; por tanto, querría que ella juntamente con Garliano para siempre viviesen en perpetuo captiverio, padeciendo grandísimas penas en recompensa de la grande ofensa que a mi persona real los dos cometieron. Ya os he dicho, dijo el rey, lo que mi corazón desea: ponedlo luego por obra, y sea de manera que nadie nos entienda; que si vos lo hacéis de manera que a mí me contente, yo os haré para siempre rico, y si al contrario hacéis, no os verná ningún bien dello». El sabio temió mucho al rey, que era bravo de corazón y luego tomaba la emienda de quien enojo alguno le hacía. Díjole: «Mi señor, yo haré lo que me mandáis de tal manera que seáis dello bien contento y satisfecho si algún enojo dellos habéis recibido; y luego quiero poner en obra lo que me mandáis». El rey le dio muchas gracias por la buena voluntad que le mostraba de servirle; el sabio se despidió dél y se fue para los campos que llaman de Fetaroca, y en ellos edificó en espacio de tres días una muy hermosa³⁸³ torre, toda ella sin finiestra alguna, sino solamente una pequeña puerta de hierro. Como la torre fue hecha, secretamente lo vino a decir al rey. Sabréis que como la infanta era desposada con Garliano, que algunas veces acostumbraba venirse a la cámara de la infanta. El rey lo dijo al sabio. «Pues que así es, dijo él, conviene que la vuestra merced me diga la noche que aquel caballero viniere al vuestro palacio; porque siendo yo desto avisado, juntamente a la infanta y a Garliano los porné en aquella torre, adonde para siempre vivirán amargamente». El rey le dijo: «Pues conviene que vós no salgáis de mi palacio». «Yo haré vuestro mandado», dijo él. Y así acaeció, que el sabio atendió en el palacio hasta que el rey fue avisado por un caballero que Garliano estaba con la infanta; luego el rey lo dijo al sabio. Súbitamente fueron arrebatados del lecho de la infanta y puestos en aquella espantosa torre, que tal se puede llamar, según lo que fuera en el campo adonde ella está se oye. Esto hecho, el rey fue muy contento de los ver allí. Nadie no puede saber la pena que aquellos dos que tan poca ventura tuvieron tienen, más de cuanto se oyen grandes silbos y bramidos en la torre. Ábrese la puerta que de hierro tiene una vez cada un año. Muchos caballeros, movidos a piedad de la infanta y de Garliano, al tiempo que la puerta se abre se atreven a entrar en la torre por saber lo que dentro está, pero nunca ninguno entró que saliese.

—Decidme —dijo don Cristalián—, ¿quién abre la puerta?

—Nadie lo puede saber —dijo la doncella.

—¿Qué tanto tiempo está abierta?

—Una pequeña pieza —dijo la doncella—, que luego se torna a cerrar. Por tanto, se cree que los caballeros que allá entran, si de espanto no mueren, que

³⁸³ 1587: ‘hermoso’ (219v).

perecen de hambre, por cuanto no han poder de salir hasta otro año que la puerta de la torre se abre. Vos, mi señor, sabréis que fue Dios servido de llevar al rey, padre de la infanta desta vida, y aquel sabio que la torre encantada hizo, como muerto vio al rey, quiso poner en su libertad a la infanta, y asimismo a Garliano; y hizo aquellos encantamientos por tal arte, que los que dentro en la torre estaban no podían ser libres sino por la mano del mejor caballero que a la sazón hubiese en el mundo, que sois vos. Y por que vós, mi señor, no os entremetiédes en cosa alguna cuando esta aventura supiédeses, sino en librar a esta infanta y caballero, fui con el arco, como vistes, a la corte del emperador Allandro, que bien cierta era yo que vós y no otro habíades de acabar el aventura que yo llevaba. Pero fue hecho aquel arco de la manera que vistes por que vós, mi señor, me otorgásedes el don que a la sazón que la aventura del arco acabastes yo os pedí.

—Mucho es de haber piedad —dijo don Cristalián— de la infanta y de aquel caballero que en su compañía está. Muy bien ha hecho el sabio que allí los encantó, pues que en muriendo el rey procuró de los quitar de la pena en que estaban.

Capítulo XCV

De cómo don Cristalián entró en la torre encantada y de lo que en ella le acaeció.

YENDO don Cristalián hablando con la doncella en lo que oído habéis llegaron a vista de la torre encantada, la doncella dijo a don Cristalián:

—Mi señor, veis allí la torre adonde aquellos dos amantes padecen.

Don Cristalián holgó mucho de la ver, que era al parecer muy hermosa, y anduvieron hasta que junto a ella llegaron. Don Cristalián la miró, que estrañamente era labrada, y dijo a la doncella que le dijese por qué tiempo aquella puerta se abría.

—Abrirse ha —dijo ella— de aquí a ocho días.

—Mucho se me hace tarde —dijo don Cristalián—, que tengo deseo de ver lo que dentro está.

Estando don Cristalián y la doncella hablando en lo que oído habéis vieron venir por un camino que cerca dellos estaba una compañía de dueñas y doncellas. Don Cristalián las atendió, y como junto a él llegaron, vio que en aquella compañía venía una doncella asaz hermosa vestida de paños de duelo. Como don Cristalián las vio, saludolas muy cortésmente; aquella hermosa doncella le volvió las saludes, y volviéndose a mirar la torre comenzó a llorar muy agramente diciendo:

—¡Ay encantamientos, maldito sea quien vos hace, y asimismo maldito sea el rey que vos mandó hacer! ¡Ay torre de los dos amantes, que por ti he perdido la cosa del mundo que yo más amaba! ¡Ay de mí, que aquí al pie desta torre fenecerán los mis tristes días!

Esto decía ella llorando muy agramente; asimismo lloraban y hacían gran duelo todos los que en su compañía venían. Don Cristalián se llegó aquella doncella y le dijo:

—Mi señora, ¿quién tuvo atrevimiento de daros tanto enojo como en vuestras palabras manifestáis? Si remedio alguno se pudiese dar, yo haría todo mi poder por daros alegría.

—¡Ay señor caballero —dijo la doncella—, que la mi cuita es muy grande! Y si oírmela quisiéredes, por dar descanso a mi corazón os lo quiero contar.

—Es gran merced la que se me hace —dijo don Cristalián— en me querer dar parte del enojo que tanta pena a vuestro corazón parece dar, pues tan ligeramente tanta abundancia de lágrimas a vuestros hermosos ojos envía.

La doncella le dijo:

—Mi señor, sabréis que de aquí a muy pocos días habrá dos años que mi padre me desposó con un caballero que había tres años que mucho afán pasaba por el mi amor. Mi padre y mis parientes doliéndose de la su cuita, tuvieron por bien de me le dar por marido. Y a mí que no me pesó, que lo amaba de corazón, fue mi ventura tan esquiva, que aquel caballero que mi esposo era supo de la crueldad que el rey de Bruteos había usado con su hija; y como él era uno de los buenos caballeros que hay en estas partes, yo, ni cuantos amigos ni parientes tenía, no tuvimos poder para le quitar que en la torre no entrase. Él estuvo aguardando hasta que la puerta se abrió, y luego se entró dentro armado de todas armas y en su caballo. No ha tornado a salir, porque la puerta no se abre sino cada un año una vez. Agora —dijo la doncella—, de aquí a pocos días es el tiempo que la puerta se abre: yo atenderé aquí hasta ver si mi señor y esposo sale, y si no saliere, aquí fenecerán mis tristes días.

Don Cristalián la aconhortó diciéndole que por ventura él sería vivo.

—¡Ay buen caballero —dijo la doncella—, así sea como vos decís! Vos, mi señor, sabréis que un sabio en las artes me dijo que el caballero que estos encantamientos había de deshacer había de ser un año dentro en la torre, porque los encantamientos no podían ser deshechos, ni en la torre podían entrar ni salir, hasta que este tiempo pasase; y esta esperanza es la que aquí me ha traído.

Estando hablando en esto y en otras cosas oyeron en la torre tan espantables bramidos, y gemidos tan recios y temerosos, que grande espanto ponía a quien los oía; y aquella hermosa doncella se desmayó de los oír en pensar que aquel que ella más que a sí amaba era puesto entre cosas tan espantables.

Don Cristalián la hizo echar agua en el rostro; luego tornó en su acuerdo dando muy fuertes sospiros y llorando muy agramente diciendo:

—¡Ay mi verdadero amigo, y en cuánto afán nos metistes por vuestro bravo y esforzado corazón, que no os dejó al hacer cuando la crueldad del rey de Bruteos oíste!

Don Cristalián le rogó muy ahincadamente que se dejase de hacer aquellos llantos hasta que viese si había causa por qué, y que tuviese por bien de se venir a tomar algún descanso a un lugar que cerca de allí estaba; la doncella le dijo:

—El descanso que yo entiendo de tomar será aquí atender mi muerte o mi vida.

Y luego mandó que junto a la torre una tienda le armasen, y allí dijo que quería aguardar hasta que la torre se abriese, «que no tardará mucho tiempo que abierta no sea».

Como don Cristalián viese que aquella era su voluntad, despidióse della y tomó su camino para un pequeño lugar que cerca de la torre estaba, y allí se detuvo

hasta el día que la torre se había de abrir. Luego se armó y subió en su caballo y tomó su camino para la torre encantada, y como junto a ella llegó estúvose quedo atendiendo a que la puerta se abriese. Aquel día vinieron a ver si había caballero que en la torre entrase gentes de muchas partes; y como vieron a don Cristalián aparejado para entrar, muy ahincadamente le rogaban que no entrase, que supiese que luego sería muerto, porque así lo eran cuantos allí habían entrado; don Cristalián se calló sin responderles cosa alguna. En este tiempo, estando todos atendiendo, fue la puerta de la torre abierta. Como don Cristalián otra cosa no desease, puso las espuelas a su caballo y dijo a Libanor:

—Amigo, no temas y sigueme.

Libanor hizo su mandado, y así como en la torre entraron, luego las puertas fueron cerradas. Cuenta la historia que como las puertas de la torre se abrieron y se tornaron a cerrar, que la doncella que a su esposo atendía vio claramente que allí habían feneido los sus días. Falleció el corazón y tuviéronla como muerta gran tiempo, y cuando en sí tornó, dijo:

—¡Ay mi esposo y señor y verdadero amigo, no sea Dios servido de darme vida sin vos!

Y diciendo esto, tanto dolor sintió, que se le rasgaron las entrañas y repentinamente le salió el alma. Grandes llantos fueron hechos por la muerte de aquella hermosa doncella de todas las dueñas y doncellas que en su compañía habían venido. Todos los que la causa de la muerte de la doncella habían oído loaban mucho el verdadero amor que a su esposo había tenido.

Como don Cristalián entró, él y Libanor su escudero entraron en un gran patio, y miraron a una y a otra parte y no vieron cosa alguna sino una extraña escalera de largo, que al parecer había en ella de altura docientos pasos. Don Cristalián se apeó de su caballo, y miró y vio hacia la una parte del castillo una puerta no muy grande; él se fue para ella por ver lo que dentro había, y vio que no estaba cerrada. Luego la abrió y halló que había dentro muy buen aparejo para el caballo y palafrén, así de aposento como de bastimento. Como don Cristalián lo vio fue muy ledo, y dijo a Libanor que quitase los frenos a su caballo Flordelid y al palafrén. Libanor le dijo:

—Señor, yo bien haría vuestro mandado, pero estas bestias no comerán, que son muertas de sed.

Don Cristalián le dijo:

—Eso es gran daño.

Y mirando a una parte y a otra vieron otra puerta; don Cristalián la abrió y vio que dentro estaba una hermosa huerta de muchos y muy hermosas árboles, y en medio della vio una grande fuente que en una alberca el agua della caía. Don Cristalián dijo a Libanor:

—Sin falta Dios nos hace mayores mercedes que nosotros se las sabemos pedir: dales de beber.

Libanor hizo su mandado, y dándoles del agua, les tornó adonde ya oístes. Don Cristalián se anduvo una pieza paseando por aquella huerta, que muy deleitosa era; y cuando una pieza pasó se salió della, y como en el patio fue, él comenzó a subir por aquella desmejada escalera de alta, y como acabó de subirla entrose en una sala que halló la puerta abierta, y no vio cosa alguna, y estuvo atendiendo una pieza por ver si oiría algún ruido de los que de fuera de la torre se oyeron, pero no

lo oyó. El miró y vio de la otra parte de la sala otra puerta; yéndose para ella, la abrió, y por ella salía un tan mal olor que no había persona que el sentido no perdiere. Don Cristalián no podía pensar qué fuese aquello, y determinose de se entrar dentro y vio que aquel mal olor salía de muchos hombres muertos que en aquella sala había. Él pasó adelante por entre ellos con harta pena: tanto era el mal olor que dellos salía.

Pasando más adelante y entrando por otra puerta, vio otra sala grande a maravilla, y miró por toda ella y vio que en medio estaba un espantoso pozo, mayor que otro que visto hubiese. Don Cristalián se paró a mirar por ver lo que dentro dél había, y mirando, no pudo ver cosa alguna por la mucha escuridad que en él había; y como vio que mirar no le aprovechaba nada, apartose afuera, y no tardó mucho tiempo cuando oyeron tan grandes y espantosos bramidos que grande espanto ponía a quien los oía. Don Cristalián miró a Libanor y viole perdida la color de su rostro; díjole:

—No temas, amigo Libanor, mientras en la mi compañía estuvieres.

—¡Ay mi señor! —dijo Libanor—. No sé quién no temiese oyendo lo que aquí babemos oído sino sólo vos, que temor alguno no entra en vuestro corazón.

Como Libanor esto acabó de decir vieron salir por la boca del pozo un espantoso y desemejado dragón dando grandes silbos y bramidos. Libanor dijo a don Cristalián:

—¡Oh mi señor, que muertos somos!

—No desta vez, si Dios quisiere —dijo don Cristalián.

Y diciendo esto embrazó su escudo y echó mano a su buena espada Filandria y estúvose quedo atendiendo lo que el dragón quería hacer. Como fuera del pozo fue, él los comenzó a mirar, y don Cristalián fue espantado de ver tan gran bestia. El dragón comenzó a estender su cola a una y a otra parte, y daba con ella tan desmesurados golpes por las paredes, que semejaba que cada golpe las quería derribar, pero no se movía nada. Don Cristalián aguardó una gran pieza, pero el dragón estúvose quedo, que jamás los ojos partió de don Cristalián.

En este tiempo, estando de la manera que oído habéis, salió del mismo pozo que el dragón había salido un avecica del tamaño de una paloma, y comenzó a revolar por la sala a una y a otra parte. Fue tan grande el temor que el dragón había della, que no sabía de sí. Esto se vía muy claramente, por cuanto cada que el ave revolaba por encima del dragón se encogía lo más que podía, y bajando la cabeza, se la cubría con sus grandes y temerosas manos, y jamás cesaba de mirar por qué parte la avecica andaba volando, y asimismo no cesaba de dar fuertes y grandes bramidos, como cosa que grande temor en sí tenía.

Don Cristalián fue muy espantado de ver tal maravilla, y deseaba mucho ver el fin de aquella aventura. En este tiempo la avecica se acercó tanto al grande y espantoso dragón, que por mucho que él se cubrió con sus manos, por entre ellas le dio tres picadas en la cabeza. Luego el dragón dio consigo un gran golpe en el suelo, y de la gran caída reventó por medio del cuerpo. De dentro del dragón salieron aquella hermosa infanta hija del rey de Bruteos y su caballero Garliano, tan sanos como si nunca daño alguno hubieran recibido. Mucho fue espantado don Cristalián de ver tal maravilla, y asimismo fue muy ledo de ver muerto el dragón y a la hermosa infanta y a su caballero libres; pero no le duró mucho aquell

placer, porque así como el caballero y la infanta salieron del dragón, luego él fue sano, y repentinamente la infanta y el caballero fueron tragados del dragón y se lanzó por la boca del pozo. Nunca tan gran enojo llegó al corazón de don Cristalián como de ver lo que ante él habéis oído que pasó; él quería morir con pesar, y no sabía qué manera tener para dar cima aquella aventura. Él tenía pensamiento que ya no había remedio alguno, pues que el dragón era tornado al pozo. Estaba con determinación de se entrar tras él si no fuera por Libanor, que se lo estorbó diciéndole:

—¡Ay por Dios, mi señor, y no cometáis tal cosa, que si vos en el pozo entráis y matáis el dragón, por ventura daréis la muerte a aquellos que dentro dél están, y sería gran daño si así aviniese!

Don Cristalián vio que Libanor³⁸⁴ le daba buen consejo, y detúvose diciendo:

—Harta buena cuenta daré yo de mí si de aquí a un año el dragón no torna a salir.

—Eso no puede ser —dijo Libanor—, por cuarto él debe salir cada que da los bramidos que hoy ha dado. Esto digo porque ayer, antes que en la torre entrássemos, oímos lo mismo que hoy; así, me parece que será bien atender hasta otro día, por ver si nos averná la que hoy habemos visto.

—Atender me conviene —dijo don Cristalián—. Si de grado no quisiere, forzosamente me parece que habrá de ser.

Y así, se salió de la sala, por cuanto no se podía sufrir el mal olor de los caballeros muertos que en la otra parte estaban, y juntamente con su escudero se tornó a la huerta que ya oístes. Don Cristalián se desarmó las manos y la cabeza, y junto a la fuente se asentó sobre el manto de su escudero. Agora sabed que don Cristalián siempre acostumbraba traer consigo aquellas tan preciadas joyas que en la parte primera desta historia os contamos que de los Hundos Valles sacó, que en muchas partes por ellas salvó la vida, y sacándolas, comieron él y su escudero todo aquello que la voluntad les pidió; y como hubieron comido, don Cristalián se levantó y anduvose por una y otra parte paseando por aquella huerta viniéndosele a la memoria aquella sabrosa vida que tanto tiempo en el palacio del emperador Aliandro tuvo gozando todas las más noches de la conversación de aquella hermosa princesa; y daba grandes sospiros, que semejaba abrírsele el corazón. En estos pensamientos y en otros gastó gran parte del día.

Libanor se apartó de su señor y paso a paso se fue adonde el caballo y palafrén estaban; y como cerca dellos llegó oyó al caballo Flordelid que ruido estaba haciendo y relinchaba muy a menudo. Libanor se entró adonde estaban, por saber la causa del poco reposo de Flordelid, y vio una espantosa culebra que en torno del caballo estaba por le hacer el daño que pudiese. Como Libanor la vio fue muy espantado; y no quiso decir nada a su señor, sino él acostumbraba siempre, como no podía traer espada siendo escudero, traía una pequeña porra de hierro para defenderse si alguien le quisiese enojar. Antes que el caballo recibiese daño se fue para la culebra, y como ella le vio, vínose para él su paso a paso, y cuando junto a él llegó parose mirándole con la boca abierta y meneando la cola a una y a otra parte; Libanor entendió que la culebra le quería tratar mal si pudiese. Arremetió

³⁸⁴ 1587: 'Linabor' (221v).

con ella muy presto, antes que la culebra tuviese lugar de le hacer daño, y diole tal golpe en la cabeza, que se la hizo pedazos y luego la culebra se estendió con la rabia de la muerte. Pero como muerta fue, no tardó mucho tiempo cuando fue tornada en una hermosa doncella, muerta, y la cabeza hecha pedazos. Como Libanor esto vio fue muy triste, y no sabía qué decir de aquella aventura. Pesábale mucho de lo que había hecho, y fuese adonde su señor se andaba paseando y contole todo lo que oído habéis que acaecido le había. Don Cristalián le dijo:

—Grandes son las maravillas que hoy habemos visto. Llévame adonde esa doncella muerta está.

Libanor lo guió, y como don Cristalián la vio, dijo:

—Yo temo que algún daño te habrá de venir por la muerte desta doncella.

—Si viniere —dijo Libanor—, yo me guardaré lo mejor que pudiere. Yo no he culpa alguna de la su muerte, pues vino para mí en tan desemejada figura. Pero ¿qué haremos desta doncella?

—Dejarla estar —dijo don Cristalián—, hasta que veamos mañana la ventura que Dios nos quisiere dar.

Y así, se salieron por la puerta y se tornaron a la huerta. No anduvieron mucho cuando oyeron que les daban voces:

—¡Atended, atended, que no penseís que así os habéis de librar de la muerte de la doncella!

Don Cristalián atendió, y volviendo la cabeza vio un gran caballero armado de todas armas con su espada en la mano. Don Cristalián embrazó su escudo, y tomando su espada se vino para el caballero; él que venir lo vio, dijole:

—Agora compraréis caramente la muerte de la doncella.

—Vos no tenéis razón en lo que decís —dijo don Cristalián—, por cuanto ella vino en figura desemejada primero quiriéndome hacer daño a mi caballo, que no es poco su valor; y como a mi escudero vio dejose del caballo y volvióse contra él con rabiosa boca para le morder. Él que vio el daño que venir quería, antes que lo recibiese me parece que se quiso amparar, y por tanto, él y yo somos fuera de culpa de la muerte de la doncella.

—De culpa sí —dijo el caballero—, pero no de pena.

Y diciendo esto comenzó a herir a don Cristalián. Él que algún tanto estaba enojado del caballero, recibióle como lo él merecía, dándole grandes y desmesurados golpes, de manera que el caballero se sentía mal dellos. Así anduvieron gran tiempo hiriéndose como mortales enemigos, pero cuando una pieza pasó, ya don Cristalián traía a su voluntad al caballero, y como en él sintió toda flaqueza, diole mucha priesa, ca era mal enojado dél. En este tiempo ya el caballero traía muchas piezas de su arnés quitadas, y por muchos lugares rota la carne, por manera que de su cuerpo el campo era cubierto de sangre. A la sazón le dio don Cristalián tal golpe encima de la cabeza, que se la hendió hasta los dientes y luego el caballero cayó muerto. Agora oiréis una gran maravilla: que como el caballero llegó al suelo, súbitamente fue tornado un grande y hermoso lagarto, y muy presto se fue huyendo por la huerta. Don Cristalián que siguiéndolo iba, vio cómo se lanzó en la fuente y luego desapareció, que no le vieron más. Don Cristalián limpió su espada, y riéndose, dijo a Libanor:

— Amigo. ¿qué te parece cómo al caballero se libró de mis manos lanzándose en la fuente? Cosas extrañas son las que cada día se veen en estos encantamientos.

— A lo menos yo —dijo Libanor—, mucho soy espantado de lo que hoy he visto, según a mí me semeja.

— Más verás antes que de aquí salgamos —dijo don Cristalián.

Así como él hubo la victoria del caballero tornose para la fuente y allí se estuvo hablando con Libanor, el cual le dijo:

— Otra maravilla he yo visto de que soy muy espantado: que el caballo y el palafrén jamás cesan de comer y nunca la paja ni cebada les mengua.

— Desas nuevas —dijo don Cristalián— soy yo muy alegre.

Y así, estuvieron hablando en lo que más placer y pasatiempo tomaban hasta que fue de noche, que Libanor dijo a su señor que adónde quería albergar.

— Adonde estoy —dijo don Cristalián.

Libanor le respondió:

— Yo no lo ternía por seguro, con pensamiento que el caballero no tornase a salir de la fuente en figura de lo que él quisiese, por hacer daño.

Don Cristalián se río de oír a Libanor, y díjole:

— Por eso holgaré yo de quedar aquí; y si por ventura el caballero tornare a salir, veremos lo que hará.

Cuando fue hora, don Cristalián se acostó sobre el manto de su escudero, y así pasaron aquella noche sin que cosa alguna les aviniese. Como el día fue venido, don Cristalián se levantó y se fue para la sala adonde el espantoso pozo estaba, y allí dijo a Libanor que quería atender la ventura que Dios le quisiese dar.

Agora sabed que atendió hasta hora de nona, que no vio ni sintió cosa alguna. En este tiempo comenzaron a oír los fuertes bramidos y grandes silbos que el día antes habían oído; desto fue don Cristalián extrañamente ledo, porque entendió que el dragón tornaba otra vez a salir, y estuvo atendiendo, y no tardó mucho cuando vieron salir por el pozo aquel espantoso y muy desmejado dragón, y como fuera dél fue, comenzó a revolver su cola a una y a otra parte, como lo ya oístes que el día de antes lo había hecho, y parose a mirar a don Cristalián. Él, como parado lo vio, su paso a paso se fue hasta que junto a él llegó. El dragón, aunque cabe sí lo vio, no se movió nada; don Cristalián atendió con su espada en la mano, y no tardó mucho, cuando el avecica salió del mismo pozo y tornó a revolar por la sala, y como el dragón la vio, comenzó a hacer lo que el día antes oístes que hizo con el gran temor que del avecica había, por manera que el ave se acercó tanto al dragón, que tuvo lugar de le herir en la cabeza, como ya oístes; y como lo hirió, luego cayó muerto, y de la gran caída que dio reventó por medio del cuerpo, y por la parte que reventó salió la infanta y su caballero libres sin daño alguno.

Como don Cristalián estaba avisado de lo que el día antes le había acaecido, así como a la infanta y al caballero vio fuera del dragón, antes que él se tornase a levantar le dio tal golpe en la cabeza, que se la hendió, y tras esto le metió muchas veces el espada por el cuerpo; y como vio que el dragón no hacía lo que el día antes había hecho, claramente se vio que era muerto, y limpiando su espada la metió en su vaina y dio muchas gracias a Dios por la merced que le había hecho en darle lugar para que a la infanta y aquel caballero librarse de aquella pena en que estaban.

En este tiempo vinieron ante él Garlano y la infanta; Garlano se humilló ante don Cristalián diciéndole:

—Mi señor, dadme vuestras manos, pues por vos, después de Dios, me veo libre, y asimismo veo a la infanta mi señora quita del mayor afán que jamás nunca personas pasaron.

Don Cristalián lo tomó por las manos diciéndole:

—Señor caballero, a Dios es razón que se den las gracias de los semejantes casos, que en las gentes no habría poder si la su voluntad no fuese. Él fue servido de os sacar del captiverio y prisión en que el rey de Bruteos os había puesto. Juntamente con esta buena ventura que Dios por la su merced os ha enviado, os quiero dar unas nuevas para que del todo seáis alegres, y son que el rey de Bruteos es ya muerto.

Como la infanta lo oyó, aunque por una parte holgó de lo oír, por se ver libre de la ira de su padre, por otra el amor paternal no le dio lugar que alegría del todo tomase, que muy abundantemente le vinieron las lágrimas a los ojos. Garlano la tomó por la mano y la conhortó diciéndole que por todas las cosas que Dios hacía era mucha razón de le dar gracias, y que pues Dios tanta merced le había hecho en la librar de la pena en que estaba, que no era razón de mostrar punto de tristeza. Don Cristalián dijo a Garlano y a la infanta que sería bien salirse de allí, que había muy mal olor.

—Vamos —dijo Garlano— adonde la vuestra merced mandare.

—A una hermosa huerta que está aquí.

—Vamos dijo la infanta—, que yo mucho deseo tengo de salir del todo desta torre, si posible fuese.

—No puede ser —dijo don Cristalián—; que éste es³⁸⁵ el mayor daño que a mí por agora en esta torre me ha venido.

Mucho fue espantado Garlano en oír a don Cristalián, y dijo:

—Pues conviene que de hambre acabemos nuestras vidas si el termino no es breve.

—Un año —dijo don Cristalián—, y hasta este tiempo no se deshacen los encantamientos de la torre.

Mucho fue triste Garlano, y asimismo lo fue la infanta en oír aquellas nuevas. Don Cristalián los aconhortó diciéndoles que cuanto a todo lo que a sus personas hubiesen menester, que no temiesen; aunque en la torre no hubiese bastimentos, que él los traía consigo aunque la estada allí hubiese de ser por cien años; mucho fueron alegres la infanta y su caballero en oír aquellas nuevas. En este tiempo pasaron por la sala adonde los caballeros muertos estaban, la infanta y Garlano fueron muy espantados de los ver, y preguntaron a don Cristalián que qué cosa era aquélla; don Cristalián les dijo:

—Vosotros sabréis que estos caballeros que muertos aquí veis perdieron las vidas por dar a vos la libertad; que como en la torre entraron y la puerta se tornaba luego a cerrar, y no había poder de la tornar abrir hasta otro año, que ella misma se abría, morían de hambre. Esto se puede creer sin duda ninguna.

³⁸⁵ Suplo ‘es’ (222v).

Mucho les pesó a Garlano y a la infanta en oír a don Cristalián de la manera que aquellos caballeros fueron muertos; y así, salieron de aquel aposento y se fueron a la huerta, adonde Garlano y la infanta se asentaron. Don Cristalián dijo a Libanor que le desarmase; él hizo su mandado. La infanta y su caballero fueron espantados de ver la apostura de don Cristalián. Él se llegó a la fuente y se lavó el rostro y las manos, y asimismo se asentó junto a ella. La infanta le dijo:

—¡Ay señor caballero, y cuán alegres nos haríades si nos dijésemos vuestro nombre por que del todo supiésemos quién nos dio la libertad!

— Hacerlo he yo —dijo don Cristalián— por hacer vuestro mandado.

La infanta se lo agradeció mucho; él les dijo:

—Sabed que yo he nombre don Cristalián de España.

Cuando el caballero y la infanta esto le oyeron fueron muy espantados, y Garlano le dijo:

—¡Ay mi señor, por Dios perdonadnos si a la vuestra merced no se le ha hecho aquél acatamiento que vuestra real persona merece! Agora no me maravillo de cosa que en nuestra libertad hayáis hecho, por cuanto somos ciertos de las grandes maravillas que por el mundo andáis haciendo. Bienaventurado se puede llamar el caballero que ha vuestro conocimiento. Grandes tiempos ha que oí hablar del emperador Lindedel vuestro padre; pues siendo vos, mi señor, hijo de tan preciado caballero como lo él es, razón es que no nos espante lo que visto habemos.

Don Cristalián no respondió cosa alguna (que era muy enemigo de se oír loar), y dijo a Libanor que les diese algo que comiesen; Libanor sacó las preciadas joyas que oído habéis, y allí fueron muy abastados de todos los manjares que por su voluntad demandaron. Muy espantada fue la infanta y Garlano de ver una cosa tan estraña; don Cristalián les contó de dónde y cómo había alcanzado en su poder aquellas tan preciadas joyas.

—Ellas están bien empleadas —dijo Garlano.

Don Cristalián le dijo:

—Yo no sé en qué pasemos tiempo todos los días como nos conviene pasar en soledad.

—No lo sé —dijo Garlano.

Don Cristalián le dijo:

—Un arco trae mi escudero que no hay cosa que con él se tire que el tiro yerre; con éste algunos ratos del verano pasaremos tiempo.

Dios sabe la soledad y tristeza que don Cristalián sentía en saber que tanto tiempo había de estar encerrado, por cuanto él por ninguna vía tenía poder para saber de su señora. Este pensamiento le daba gran pena, y tal, que jamás en su corazón tenía un punto de alegría; y como vio que al no podía hacer, sufriose.

Capítulo XCVI

De cómo la infanta Minerva quitó una doncella que unos caballeros llevaban forzosamente, y de lo que sobre ello le acaeció.

CUANDO don Cristalián llegó a la Cruz de las Aventuras, en la su compañía iba la infanta Minerva; cada uno se partió por su camino. La infanta siguió el suyo y anduvo cuatro días sin aventura hallar que de contar sea. Yendo el quinto por su camino, a hora de vísperas vio atravesar por una floresta tres caballeros, y entre ellos iba una doncella en un palafrén llorando muy agramente. Como la infanta se acercó junto a los caballeros, la doncella que con ellos iba, como a la infanta vio, dijo:

—¡Ay señor caballero, doleos de la mi cuita, que me llevan estos caballeros a la más cruda prisión que nunca dueña ni doncella fue puesta!

Como la infanta la vio fue movida a mucha piedad, y dijo:

—Señores caballeros, mucho os ruego, por lo que debéis a la orden de caballería, que pongáis en su libertad a esa doncella.

Los caballeros le respondieron:

—Eso no haremos por vos ni por cuantos hoy sois en el mundo, que esta doncella es muy alevosa y hizo gran daño, y por tanto, es razón que lo pague. Y vos, caballero, ni otro alguno, no curéis de rogar lo que no os tiene pro, que será echar palabras al aire.

—No serán —dijo la infanta—, que si de grado no lo quisiéredes hacer, hacerlo heis forzosamente.

Los tres caballeros se rieron della a manera de escarnio, y comenzaron andar a mayor prisa que antes llevaban; como esto vio, la infanta fue muy airada, y tomando una lanza que Beldaín su escudero le llevaba, les dijo:

—Atended caballeros, que por ventura yo terné poder para haceros tener más mesura de la que en vosotros hay.

Los caballeros dieron al uno en guarda a la doncella, y tomaron sus lanzas y viniéronse para la infanta, que ya los estaba atendiendo, por manera que los dos caballeros encontraron a la infanta de recios y grandes encuentros, pero no la movieron de la silla. Ella hirió con su lanza al uno dellos tan poderosamente, que dio con él y su caballo en el suelo y el caballero quedó mortalmente herido, ca le pasó la lanza bien un palmo de la otra parte; y como la quebró, luego echó mano a su espada. Y el otro caballero se vino para ella y comenzáronse a herir como aquellos que cada uno quería para sí lo mejor; pero como la infanta era de grandes fuerzas y muy viva de corazón, en muy poco tiempo traía al caballero a toda su voluntad. El otro caballero que la doncella tenía en guarda, como vio un caballero muerto y el otro que estaba ya en disposición de caer del caballo, tomó de la rienda al palafrén de la doncella y al más correr se fue huyendo por el camino adelante. La doncella comenzó a dar grandes voces diciendo:

—¡Ay señor caballero, valedme!

Como la infanta oyó las voces de la doncella, volviendo la cabeza vio que el caballero la llevaba, de que fue muy enojada, y alzando su espada dio tal golpe al

caballero con quien hacía su batalla encima de la cabeza, que se la hendió hasta los dientes y luego el caballero cayó muerto. Como la infanta lo vio, no curó más dél, sino poniendo las espuelas a su caballo se fue tras el que la doncella llevaba, diciendo:

—No penséis, don caballero, que por huir os habéis de escapar de mis manos.

Y así, fue una pieza tras él, y como el caballero vio que le iba a los alcances, acordó de dejar la doncella por huir más sueltamente; y así como lo pensó lo puso por obra; dejándola, a rienda suelta se dio a huir. Como la infanta vio que el caballero había dejado la doncella, no curó más dél, sino llegando adonde ella estaba, le dijo:

—Ya desta vez no recibiréis más daño de los caballeros.

La doncella le dijo:

—A Dios merced.

La infanta le preguntó:

—¿Por qué razón estos caballeros os llevaban forzada?

—Eso diré yo de grado —dijo la doncella—. Vos, mi señor, sabréis que aquellos caballeros son del duque de Fonteguerrera, y él es caballero mancebo y muy apuesto. Y así como es gran señor comete cosas fuera de razón y de justicia, y sale con todas ellas, que rey no hay que a la mano le vaya. Este duque se enamoró de una doncella, hija de un caballero que es señor de cuatro castillos y es caballero en quien hay todo bien. La doncella es muy hermosa, y como su padre supo que el duque era tan pagado de su hija, envióle a decir que si por mujer la quería, que él sería muy contento de se la dar; pero que si al entendía de hacer, que le rogaba y pedía muy afectuosamente que no curase más de su hija; si no, que por el mundo se quejaría dél. Y como aquel caballero esto envió a decir al duque, tomó a su hija y metióla en un castillo de los suyos, el más fuerte que tenía, y con ella metió a todas sus doncellas. Como el duque supo lo que Landuer (que así había nombre el caballero padre de la doncella) le enviaba a decir, fue muy airado contra él, y propuso en su corazón de le tomar su hija comoquiera que él pudiese; y desde aquel punto jamás cesó de traer diez caballeros en torno del castillo donde aquella doncella estaba. Acaeció un día que mi señora tuvo necesidad que yo fuese al castillo donde su padre estaba, y como yo salí, luego fui presa destos malos caballeros; y como en su poder me vieron, prometieronme grandes dones por que yo hiciese de manera que el duque entrase en el castillo sin que mi señora lo supiese. Yo como los entendí, dijeles palabras no a su contento, diciendo que si el duque mirase lo que los preciados caballeros suelen mirar, que no andaría procurando la deshonra a las semejantes doncellas; pero que así como era gran señor, era soberbio. Como yo estas palabras dije a los caballeros, mucho fueron airados contra mí, y juraron de me llevar ante el duque y que allí me echarían en la más cruda prisión que nunca fue vista.

La infanta le dijo:

—Vos sois libre del daño que hacer os querían, y de aquí os podéis volver para vuestra señora.

La doncella le rogó muy ahincadamente que le dijese su nombre, para que su señora supiese quién de los caballeros la había librado. La infanta le dijo:

—Amiga, yo soy un caballero estraño, y de tan poca nombradía, que por mi nombre no me conocerán; pero quienquier que yo sea, diréis a vuestra señora que yo soy un caballero que la deseo mucho servir.

Como la doncella vio que se quería encubrir no le dijo más, sino despidióse de la infanta; ella le dijo que fuese a la buena ventura. Como la doncella se partió de la infanta, ella dijo a Beldaín su escudero:

—Amigo ¿qué camino tomaremos?

—Este que llevamos —dijo Beldaín—, que me semeja que es el mejor.

—Pues vamos, en el nombre de los³⁸⁶ dioses.

Y así, comenzaron a caminar y anduvieron una pieza. Ya tarde, a hora de completas, vieron por el mismo camino que ellos iban venir veinte caballeros bien armados. La infanta se los paró a mirar, que le pareció que venían bien aparejados para hacer batalla, y cuando más cerca fueron los unos de los otros, Beldaín dijo a su señora:

—No me creáis si estos caballeros no son del duque, que entre ellos viene el caballero que la doncella tenía en guarda; mucho temor tengo no os venga algún daño, ca son muchos y usados a hacer todo mal.

—No temas, Beldaín —dijo la infanta.

Y diciendo esto volteó su caballo, y hallolo que no parecía en el ser cansado. Y cuando los caballeros fueron cerca de la infanta, ellos se partieron en tres partes, por manera que en medio la tomaron, diciéndole:

—Caballero, sed preso si con la vida quisiéredes quedar, porque sabed que en lugar de la doncella que a los caballeros quitastes, habéis vos de ir ante el duque, para que de vos haga todo aquello que la su voluntad fuere.

La infanta Minerva fue muy airada cuando así oyó hablar a los caballeros, y díjoles:

—Yo me guardaré, si puedo, de ir a poder del duque; que pues veinte acometéis a un solo caballero, no debe de haber en vos tanta bondad como en don Cristalián de España. Y vosotros haced por me prender, que yo pugnaré por me defender.

Y como esto dijo echó mano a su espada, y los caballeros asimismo, que todos así como eran vinieron a herir en la infanta. Ella se combatía tan vivamente, que mucho hacía sentir sus duros y pesados golpes, que al que a derecho alcanzaba, del primer golpe le hacía venir al suelo. Mucho eran espantados los caballeros de ver la gran bondad de la infanta, y uno dellos dijo a grandes voces:

—Matémosle el caballo, y desta manera le podremos prender.

Así, se juntaron lo más que pudieron, y los unos herían a la infanta y los otros a su caballo, y como eran muchos, muy presto se le mataron.

Como la infanta era de bravo corazón, muy ligeramente salió dél, andando hiriendo a una y a otra parte, teniendo a sus pies muertos cinco caballeros y otros heridos de muerte. En este tiempo le fue la ventura tan contraria, que un golpe que encima del brocal del escudo dio a un caballero, el espada se le hizo dos partes. Cuando los caballeros del duque vieron a la infanta sin espada, todos se apearon pensándola prender, y como todos se llegaban ella, se cubría bien de su escudo, recibiendo los golpes en él; y andando de una parte a otra, vio en el suelo una

³⁸⁶ 1587: 'lo' (224r).

espada de uno de los caballeros muertos, y muy presto se abajó por ella, y como con espada se vio, aunque andaba mal herida, comenzó a hacer maravillas, tanto, que un caballero de los que con ella se combatían se salió de la batalla y al más correr de su caballo se fue para el duque su señor, y como él le vio, díjole:

—¿Qué cosa es ésta? ¿Cómo venís así?

El caballero le dijo:

—Señor, si quieres ver el más preciado caballero que hoy es en el mundo, vos podéis venir comigo, que sabed que en veinte caballeros que de vuestro palacio salimos, un solo caballero no se deja prender ni le podemos matar: tan vivamente se defiende.

Como esto oyó el duque fue muy airado contra sus caballeros, y con mucho deseo de ver el caballero, a gran priesa demandó su caballo. Sabed que el duque tenía una hermana doncella, muy apuesta y de gran hermosura. Él la amaba más que a sí, y por la dar placer díjole que si se quería ir con él, que vería un caballero que había hecho y hacía grandes maravillas en armas.

Duante (que así había nombre la hermana del duque) le dijo que iría de voluntad, y luego aparejaron un palafrén, y el duque subió luego en su caballo y con otros diez caballeros a muy gran priesa se fueron adonde la batalla se hacía. A la sazón que el duque llegó andaba ya la infanta muy mal herida. El duque hubo deseo de saber quién el caballero era, y dijo a sus caballeros que cesasen de se combatir; ellos hicieron su mandado. El duque dijo a la infanta:

—Caballero, ya veis que no podéis escapar de la muerte. Por tanto, otorgaos por vencido y³⁸⁷ daos a prisión.

—Eso no haré yo —dijo la infanta— mientras vida tuviere.

—No lo matéis —dijo el duque—, sino prendedlo.

Como él esto dijo, los diez caballeros que con él venían, todos fueron contra la infanta; como ella los vio venir, dijo:

—Morir me conviene: a los soberanos dioses³⁸⁸ encomiendo yo mi ánima.

La hermana del duque hubo mucho duelo del caballero, y dijo a su hermano:

—¡Ay mi señor, y cómo es el caballero preciado, pues tanto tiempo ha que se defiende de tantos caballeros! Gran daño sería si tan buen caballero muriese. La vuestra merced sea de mandar a los caballeros que por una pieza lo dejen: por ventura él se dará a prisión.

El duque que demasiadamente amaba a su hermana, por le hacer placer dijo a sus caballeros que se tirasen afuera; ellos hicieron su mandado. Como los caballeros del duque se apartaron, su hermana se fue para la infanta y le dijo:

—Señor caballero, por la fe que debéis a la orden de caballería, que vós os dejéis prender; y la prisión ha de ser de mi mano, y no de ninguno de los caballeros que aquí están.

Como la infanta miró aquella doncella, díjole:

—¿Quién, mi señora, sería tan malandante que no hiciese el mandado de tan hermosa doncella como lo vós sois?

Y diciendo esto tomó el espada por la punta y diola a la hermana del duque.

³⁸⁷ 1587: ‘o’ (224v).

³⁸⁸ 1587: ‘diose’ (224v).

Ella le dijo:

—Por cierto, señor caballero, pues vós por mi os habéis puesto en prisión, yo ruego³⁸⁹ aquí al duque mi hermano que os la dé tal que no recibáis daño alguno.

La infanta se le humilló. Luego el duque mandó que ayudasen a subir aquel caballero a caballo. Como a la infanta llegaron para la ayudar a subir, vieron que estaba muy mal herida, y ella dijo que no podía subir a caballo. Beldaín trajo su palafrén, y como mejor pudieron la subieron en él, y su escudero con ella, y así se fueron para la villa. Los caballeros del duque iban muy afrentados por lo que les había acaecido. Como al palacio llegaron, el duque y su hermana se apersonaron, y así lo hicieron todos sus caballeros, y tomaron a la infanta del palafrén y subieron todos de consuno, y así como en él fueron, la infanta se desmayó, de la mucha sangre que de las heridas le había salido, y fue tal el desmayo, que todos cuidaron que muerta era. El duque mandó a gran prisa que le quitasen el yelmo, luego fue hecho. Como le vieron el rostro fueron muy espantados de ver la su gran hermosura; la hermana del duque le tomó la cabeza en sus manos, y echándole agua en el rostro, estuvo ya tanto que no la podían tornar; pero con muchos remedios que le hicieron tornó en su acuerdo.

El duque mandó venir maestros que curasen del caballero. Luego desarmaron a la infanta; todos eran espantados de la su gran hermosura, que había las manos y todo lo demás más hermoso que otra doncella. Como en el lecho fue, los maestros le curaron las llagas, y mandaron que luego le diesen de cenar y que no hablase nadie con él, por cuanto estaba muy desvanecido de la mucha sangre que de las llagas le había salido. La hermana del duque preguntó a los maestros si había alguna herida que fuese peligrosa.

—Ha muchas —dijeron los maestros.

—A Dios ruego yo —dijo ella— que tenga por bien de le enviar salud, que gran daño vernía si tan buen caballero como éste muriese.

Ella les rogó muy ahincadamente que curasen dél como si fuese la persona del duque; ellos le respondieron que harían su mandado. Duante se tornó adonde su hermano estaba, y como se asentó, el duque le dijo:

—Mucho soy maravillado de ver la poca edad del caballero y su gran apostura.

Duante le dijo:

—Es mucho más de lo que parece, ca sabed que con las llagas, que había muchas, tenía perdida la natural color de su rostro.

—Mucho deseo es el que tengo —dijo el duque— de saber quién es.

—Yo lo preguntaré a su escudero —dijo Duante.

³⁸⁹ 1587: ‘ruegue’ (224v).

Capítulo XCVII

De cómo la infanta Minerva estuvo en poder del Duque de Fonteguerrera algunos días, y de cómo Raduel el enano vino por aquellas partes en busca de don Cristalián.

Y luego se fue a su aposento, y como en él se vio comenzó a cuidar en la gran bondad del caballero juntamente con su gran hermosura, y llamaba bienaventurada a la doncella que sobre tan preciado caballero tuviese mando y señorío, y propuso otro día de enviar por el escudero que traía y preguntarle quién era aquel caballero; y acompañada de grandes pensamientos se echó en su lecho, y a ratos durmiendo y a ratos pensando, pasó la hermosa Duante aquella noche. Y como la mañana fue venida, luego se levantó, y tomando un doncel suyo, lo envió a la cámara de la infanta diciéndole:

—Llámame acá al escudero de aquel caballero que herido está.

El doncel se fue al aposento del caballero, y halló a Beldaín que a la puerta estaba; él le dijo:

—Amigo, Duante os ruega que si lugar para ello tenéis, que os lleguéis a su aposento.

Beldaín le dijo:

—Vamos, que mi señor duerme.

Así, se fue con él. Él se le humilló; Duante le recibió con mucha alegría y le dijo:

—Amigo, ¿cómo ha estado vuestro señor esta noche?

—Muy malo —dijo Beldaín—, que muy poco della ha dormido quejándose de sus llagas.

—Mal haya quien se las hizo —dijo Duante—, pues tan alevosamente le acometieron.

—Sea la vuestra merced cierta que si como le acometieron veinte caballeros juntos le acometieran uno a uno, y aunque fueran de dos en dos, todos los caballeros del duque fueran muertos: tanta es la su alta caballería.

—No hay necesidad que vós lo digáis —dijo Duante—, que sus obras han dado entero conocimiento de la su gran bondad. Mucho os ruego, así Dios os dé toda la buena ventura que deseáis, que me digáis el nombre deste caballero, que no hay cosa en el mundo que yo más desee saber por agora.

Beldaín que muy sesudo era, le respondió:

—Mi señora, yo hiciera de grado vuestro mandado, pero no sé nada de la su hacienda, que ha poco tiempo que ando en la su compañía. Yo no sé de qué tierra es, que no se lo he preguntado ni él me lo ha dicho.

—Pues ¿qué nombre es el suyo? —dijo Duante.

—Cuanto ha que yo le conozco —dijo Beldaín—, no le sé otro nombre sino el Caballero de Jas Coronas, y este nombre creo yo que tiene él porque la divisa que en su escudo trae son tres coronas de oro en campo azul. Yo quisiera más saber —dijo Beldaín— por satisfacer a vuestro deseo, pero no lo sé.

—Vos me habéis dicho tanto como nada —dijo Duante—, que agora soy puesta en mayor deseo que hasta aquí de saber quién es vuestro señor.

—Por ventura —dijo Beldaín— él lo dirá si la vuestra merced se lo pregunta.

—¿En cuya corte reside?

—No lo sé —dijo Beldaín—: yo no lo he visto sino andando a unas y a otras partes quitando muchos tuertos y acabando estrañas aventuras.

—Dime —dijo Duante—, ¿es este caballero por ventura el príncipe de Trapisonda, o el infante Lucescanio su hermano, de quien tantas maravillas por el mundo se cuentan?

—No —dijo Beldaín—, por cuanto antes que yo al Caballero de las Coronas conociese, viiendo yo con otro caballero conocí a ese príncipe e infante de quien todo el mundo habla.

—Pues que así es, que cosa alguna de lo que yo deseaba saber vos no sabéis, volved a vuestro señor y decidle, cuando despertare, que le ruego mucho que no tenga pena por ser en poder del duque mi hermano, que sea cierto que él le tiene tan buena voluntad que aquí recibirá todo servicio.

Beldaín se le humilló, y le dijo que así lo diría a su señor por darle placer, «ca mucho ha menester toda alegría».

Duante le dijo que fuese con la buena ventura, y así, se salió de la cámara y se fue al aposento de su señor, y hallore despierto. Beldaín le preguntó qué tal se sentía; la infanta le dijo:

—Amigo Beldaín, siéntome mucho mal, ca soy malamente herida.

Él le dijo:

—Pues los maestros dicen que no habéis llaga que de peligro sea.

—No sé lo que tengo, pero siéntome mal herida.

—Los dioses sean servidos —dijo Beldaín— de os enviar entera salud.

—Así se lo ruego yo —dijo la infanta.

Beldaín le dijo todo lo que oído habéis que con la hermosa Duante pasó, y de cómo él la había dicho que se nombraba el Caballero de las Coronas por razón de la divisa que en el escudo traía; la infanta le dijo:

—Beldaín, sesudo eres: tú hablaste mejor que yo te lo supiera mandar. Yo te digo que yo debo mucho aquella doncella hermana del duque.

—Más de lo que pensáis —dijo Beldaín.

—Yo le haré algún servicio —dijo la infanta— para que sea pagado³⁹⁰ en algo de lo mucho que por mí hace.

Así estuvo hablando con su escudero. Como Beldaín se salió del aposento de Duante, ella quedó sola, con mayor cuidado que de antes tenía de saber quién el caballero era, y estando en este pensamiento entró en su cámara el duque su hermano. Duante lo recibió como aquellos que mucho se amaban; el duque le dijo:

— No he sabido cómo está aquel caballero.

Duante le respondió:

— Yo, mi señor, envié a llamar a su escudero por saber díl quién su señor era, pero parécmeme que no lo sabe.

— ¿Cómo puede eso ser? —dijo el duque.

— Por razón que ha muy poco tiempo que él está en su servicio, y dice que no le sabe otro nombre sino el Caballero de las Coronas.

³⁹⁰ 1587: ‘pagada’ (225v).

—No me pasará —dijo el duque— que yo no le pregunte quién es: por ventura él me lo dirá.

Estando el duque y su hermana en estas hablas entró un doncel y dijo al duque:

—Señor, ya los maestros son venidos para curar al caballero.

Como el duque esto le oyó, dijo a su hermana que se fuese con él y que verían curar al caballero. Duante que al no deseaba sino verse en presencia de aquel que en tan poco tiempo tanta pena había dado a su corazón, dijo al duque que de grado haría su mandado, y así, la tomó el duque por la mano y se fueron al aposento del caballero, y como en él fueron, el duque y su hermana se llegaron al lecho y vieron al caballero que muy perdida tenía la color del rostro. El duque le dijo:

—¿Qué es esto, señor caballero? ¿Cómo tan poco esfuerzo ha de tener quien tuvo ánimo para vencer veinte caballeros juntos?

La infanta le respondió, con la voz muy flaca:

—Yo soy el vencido, pues estoy cual aquí me veis, que según las heridas yo tengo, gran maravilla será levantarme de aquí.

—Levantaréis, si Dios quisiere —dijo el duque—. Y agora quiero ver qué llagas tenéis, que aquí son los maestros para curaros.

Desto pesó mucho a la infanta, que no quisiera que por cosa alguna el duque ni su hermana la vieran curar; pero como al no se pudo hacer, ella se calló, por que el duque no sintiese quién era.

Duante le dijo:

—Señor caballero, de hoy más es razón que toméis entera alegría, y esto será mucha parte para daros salud; que el duque mi señor no desea al sino daros todo placer, por lo mucho que vos merecéis.

—Muchas mercedes —dijo la infanta—, que no menos le serviré yo, si con salud de aquí me levanto.

En esto llegaron los maestros para le curar, y como le descubrieron algunas partes de su cuerpo adonde tenía las heridas, el duque fue espantado de ver la gran hermosura del caballero. Porque sabed que su cuerpo era hecho como de alabastro, y era tan bien compuesto y de tan estremada hermosura, que todos los que la vían no sabían qué se decir. Mientras a la infanta curaron el duque la tenía por una mano, que jamás se la soltó, y muchas veces paraba mientes en ella, que era la más hermosa que él jamás había visto. Y estando curando a la infanta le vino a su pensamiento si por ventura aquel caballero era doncella, pues tanta hermosura en toda su persona Dios le había dado; mirábale asimismo el rostro, y no le veía señal de nacimiento de barbas. Desde aquel punto fue puesto el duque en grandes pensamientos, y de ver la gran hermosura de la infanta fue puesta en olvido la hija de Landuer,³⁹¹ que jamás della curó, como adelante lo oiréis.

Pues como la infanta fue curada, el duque preguntó a los maestros que en qué disposición estaba el caballero. Los maestros le respondieron que con el ayuda³⁹² de Dios entendían de darle sano.

—Así plega a Él —dijo el duque.

³⁹¹ 1587: ‘Lauduer’ (226r).

³⁹² 1587: ‘ayude’ (226r).

Y dejando a su hermana con el caballero se fue paseando con los maestros, y díjoles:

—Si el caballero es valiente y esforzado, no le dio Dios menos parte de hermosura.

—Mucho somos espantados —dijeron ellos— de un caballero de tan tierna edad y de tanta hermosura ser tan preciado en las armas como éste lo es.

Una pieza se anduvo el duque paseando con los maestros. En este tiempo Duante dijo:

—¡Ay señor caballero, y cómo fue bien empleado el daño que en los caballeros del duque hecistes, pues tan desmesurados fueron contra vos!

—Yo, mi señora, soy bien pagado si algún daño en ellos hice; que no sé si vivo me levantaré deste lecho: tanto me siento mal llagado.

—Sí levantaréis, si Dios quisiere —dijo Duante—, y será más presto de lo que cuidáis.

En este tiempo entró por la puerta de la cámara Beldaín y dijo a su señora cómo allí era Raduel el enano.

—¡Ay Beldaín! —dijo la infanta—. Y ¿cómo hallaste a Raduel?

—Yo, mi señor, salí al campo en busca de unas yerbas que los maestros me mandaron³⁹³ traer, y vile venir por el camino a gran priesa.

—Mucha parte has acrecentado con esas nuevas mi salud. Llámalo luego.

Duante preguntó que de dónde venía aquel enano.

—No lo sé —dijo la infanta—, creo que viene de la corte del emperador Aliandro.

Mucho fue Duante turbada de ver el alegría que el Caballero de las Coronas había mostrado con la venida de aquel enano, cuidando que el caballero por ventura amaba a la princesa Penamundi, que por el mundo era tan nombrada la su gran hermosura. En este tiempo entró por la puerta Beldaín, y Raduel como llegó al lecho adonde la infanta estaba, díjole:

—¡Oh mi señor Caballero de las Coronas, mucho me pesa de os hallar en tal disposición!

—Raduel amigo —dijo la infanta—, tú vengas en buenhora. Dime, ¿cómo y a qué eres venido?

—Yo vengo en busca de mi señor —dijo Raduel—, y viniendo por estas partes supe lo mucho que en armas hecistes con los caballeros del duque, y esta fue la causa de mi venida en esta tierra cuidando que por ventura seríades mi señor.

Duante le dijo:

—Amigo, ¿quién es tu señor?

—Es —dijo Raduel— el mejor caballero que a la sazón hay en el mundo.

—Por ese nombre yo no le conoceré, por cuanto yo pienso que hay muchos caballeros preciados en él. Aquí, por lo que a este caballero habemos visto hacer, cuidamos que no hay otro en el mundo que ventaja le haga, y por tanto, deseo saber quién es ese caballero.

—Don Cristalian de España —dijo Raduel—, caballero en quien Dios puso la mayor parte de la caballería del mundo.

³⁹³ 1587: ‘mandoron’ (226r).

—Tú tienes mucha razón —dijo Duante—, que grandes son las maravillas que de ese caballero habemos oído hablar.

Raduel dijo:

—Señor caballero, ¿adónde hallaré a mi señor?

—No lo sé —dijo él—, que a la Cruz de las Aventuras nos partimos de en uno, y él solo se fue en compañía de dos doncellas: la una era la que de Larenta le sacó, y la otra una doncella andante que por el camino venía.

—Mucho me pesa de oír estas nuevas —dijo Raduel—, que me conviene buscarlo por todas partes.

En este tiempo llegó al lecho el duque, y dijo:

—¿Cuyo es este enano?

Raduel le respondió:

—Yo, mi señor, ando en busca de un caballero, y pensando que era el Caballero de las Coronas vine a esta villa, adonde soy muy alegre por haber hallado a este caballero, que le no amo menos que a mi señor.

El duque le respondió:

—Tú tienes razón, por cuanto es grande la su bondad.

Y así, se llegó al lecho y dijo:

—Señor caballero, ¿qué tal os sentís después que los maestros de vos se partieron?

—Bueno me siento —dijo la infanta.

—A Dios merced —dijo el duque—. Siempre os irá de bien en mejor con el ayuda de Dios.

Y volviéndose a su hermana, le dijo:

—Vámonos y dejaremos al Caballero de las Coronas hablar con este enano, que me semeja que con la su venida ha tomado mucha alegría.

—Vamos —dijo Duante con un pequeño suspiro a la sazón que del caballero se despidió.

Y tomándola el duque por la mano se fueron a su aposento diversos los pensamientos de cada uno dellos, y casi los corazones con igual pena, por cuanto Duante amaba mucho al Caballero de las Coronas y el duque tenía gran sospecha en su corazón que era doncella y no caballero, según la compostura de su cuerpo y la su gran hermosura. Así como el duque y su hermana Duante salieron de la cámara, lo mejor que pudo la infanta habló a Raduel diciéndole:

—Amigo, ¿qué tal queda la princesa?

—No lo sé —dijo Raduel—, que estoy muy mal con ella; que cuanto ha que en el su servicio quedé no tengo descanso sino cuando don Cristalián es en la corte del emperador. Sabed que cuanto ha que de la corte partistes jamás sale de su cámara sino cuando la emperatriz la envía a llamar; es muy demasiada la su tristeza, tanto, que acordó de me enviar en la vuestra busca. Pero mucho me pesa de lo que me habéis dicho de don Cristalián, que ha tanto tiempo que dél no sabéis. No sé adónde lo vaya a buscar —dijo Raduel.

—Atiende tú aquí hasta que yo sea guarida, que juntamente tú e yo lo buscaremos, y de esta manera llevaremos buen recaudo de lo que a ti se te encomendó.

—La princesa me mandó que os dijese —dijo Raduel— que cumplíesedes con ella todo aquello que le habíades prometido.

—Los dioses, que tienen el poder, lo cumplan —dijo Minerva—, que por agora mal aparejado lo veo.

—Y vos, mi señora —dijo Raduel—, ¿seréis presto guarida?

—No lo sé —dijo la infanta—, que soy mal herida.

—Mucho me pesa —dijo Raduel.

—Dime —dijo la infanta—, ¿cómo fuiste avisado de me llamar el Caballero de las Coronas?

—Fui de Beldaín —dijo Raduel—, que de otra manera pudiera ser que errara contra vuestro pensamiento, que era encubriros en esta tierra.

Todo el tiempo que la infanta Minerva en el lecho estuvo fue muy bien servida del duque y de su hermana Duante. Cuando fue en disposición de se levantar fueron grandes las alegrías que en el palacio del duque se hicieron, por cuanto los maestros no eran muy ciertos de su salud; pero como fueron grandes los remedios que le pusieron, plugo a Dios de se la dar. El primero día que el Caballero de las Coronas se levantó, el duque le envió muy preciadas ropas que se vistiese; luego se salió al palacio, el duque lo recibió con alegre semblante, y díjole:

—Señor caballero, a Dios merced que a tal tiempo os dejó llegar, ca sabed que érades muy mal herido.

—Ya yo lo sé —dijo ella.

Capítulo XCVIII

De cómo la hermosa Duante descubrió su corazón al Caballero de las Coronas y de lo que adelante sucedió.

ALGUNOS días pasaron que la infanta Minerva no salió del poder del duque. Después que se levantó, siendo del todo guarida del daño que había recibido, fue tornada en su entera hermosura. Al duque le crecía cada día el pensamiento, y tanto, que jamás un solo punto tenía de descanso sino cuando ante sí tenía al Caballero de las Coronas. Muchas veces jugaba con él al ajedrez por oírle las graciosas hablas que jugando decía; mirábale siempre a las manos, y más le parecían de doncella que de caballero, y no sabía qué hacer de sí. Rogaba muchas veces a su hermana que honrase mucho al Caballero de las Coronas; ella le respondió que todo servicio le haría.

Acaeció que vinieron a gran prisa un día a llamar al duque que fuese a un lugar suyo, que había mucha necesidad de la su ida. El duque se partió luego, y como fue partido, la hermosa Duante tomó por la mano al Caballero de las Coronas y hízole sentar cabe sí, y con un pequeño suspiro le dijo:

—¡Ay señor caballero, y cómo sería yo bienandante si para siempre hubiésesedes de estar con el duque mi señor.

—Mi señora —dijo él—, adoquier que yo fuere os serviré.

—Decidme —dijo Duante—, ¿holgaríades de estar en compañía del duque?

—Sí —dijo el Caballero de las Coronas—, si para ello yo tuviese lugar.

—Pues ¿quién os lo quita?

—Quítánmelo en muchas partes que aguardándome están; y si el duque me da licencia, yo luego me querría partir, que aquel enano que la vuestra merced vio, no vino por al sino en la mi busca y en la de otros caballeros que fuera de Persia salieron.

Como Duante esto le oyó decir, no pudo tanto consigo que las lágrimas no le viniesen a los ojos. Como el Caballero de las Coronas esta novedad viese en aquella doncella fue muy espantado, y mirándola, le dijo:

—¿Qué es esto, mi señora? ¿Qué señales de tristeza veo en vuestro rostro?

—¡Ay señor caballero —dijo Duante—, señales de muerte creo yo que veréis de aquí adelante! Y pues mi ventura así lo quiere, yo soy dello muy contenta, ca sabed que desde el día primero que en la triste batalla para mí mis ojos os vieron, nunca un punto de reposo he tenido. Y sed cierto que jamás mi corazón otro amará; y si de vos, mi señor, yo desdeñada fuere, yo me daré el pago que mis pensamientos merecen.

Cuando el Caballero de las Coronas estas hablas entendió, estrañamente fue triste, porque vio que Duante haría con el duque que no le diese licencia; pero aunque esto tuvo por cierto, no dejó de le dar las gracias de su buen deseo, y tomándole sus hermosas manos, se las besó diciéndole:

—Mi señora Duante, ¿cuándo podré yo servir las mercedes que hoy se me han hecho en darme parte de vuestro corazón? ¿Quién en el mundo sería tan sandio que no se llamase bienandante en tener por señora a tan alta y hermosa doncella como vos lo sois?

Y diciendo esto, el Caballero de las Coronas se humilló ante ella y le rogó que tuviese por bien de le recibir por su caballero. Duante estaba tan vencida de la gran hermosura de aquel caballero, que tomándole por las manos le dijo:

—Mi verdadero amigo, yo de aquí os recibo por mi caballero, y en os tener por tal pienso ser mayor señora que la princesa Penamundi lo es.

El Caballero de las Coronas le besó las manos muchas veces. Duante, que de gozo no sabía qué se hacer de sí, lo tomó por las suyas y lo hizo levantar, y con demasiada alegría le dijo:

—Ya no hay por qué en mi pensamiento entre punto de tristeza.

—Así os lo ruego yo mi señora —dijo el Caballero de las Coronas—, que siempre vea yo en vuestro rostro señales de mucha alegría.

—Así será —dijo Duante—, que basten los trabajos y pensamientos que siempre en mi corazón han estado aposentados. Agora me decid, ¿cuándo ha de ser la vuestra partida?

—Yo no lo sé —dijo el Caballero de las Coronas—, que esa pregunta tengo yo de hacer a la vuestra merced, por cuanto ya yo no tengo mando ni señorío en mi persona: yo me partiré cuando la vuestra merced para ello me quisiere dar licencia.

—Por agora —dijo Duante— no creo que la ternéis si en mi poder es de os la dar, ca sabed que por algunos días yo quiero gozar de la vuestra vista.

El Caballero de las Coronas se calló, que no respondió cosa alguna, que le pesó mucho de oír lo que Duante había dicho.

En este tiempo entró Raduel el enano y dijo:

—Señor Caballero de las Coronas, ¿qué tanto tiempo habemos de estar en esta tierra?

—No me lo pregunte a mí —dijo el caballero.

—Pues ¿a quién lo tengo de preguntar?

—A esta hermosa doncella en cuyo poder yo estoy.

—¿Cómo? —dijo Raduel—. ¿Sois preso en poder del duque y de su hermana?

—Sí soy —dijo él.

—Mucho me pesa deso —dijo Raduel—, que yo tenía pensamiento que en volviendo el duque nos habíamos de partir. Decidme, señora Duante, ¿por qué razón tenéis preso a este caballero? Catad que le deis libertad, que es máspreciado de lo que pensáis y algún día os podría hacer algún gran servicio por donde seáis pagada³⁹⁴ de lo que por él hiciéredes.

—No tengo yo ese pensamiento, sino que jamás este caballero ha de salir desta tierra.

—Mejor lo haréis que lo decís —dijo Raduel—, que vós es razón que roguéis al duque por la su partida; que yo juro por la fe que a Dios debo que es mucho menester la su ayuda en otra parte.

Esto decía Raduel porque la princesa le había dicho que si por ventura hallase a la infanta y no a don Cristalián, que la trujese consigo, y Raduel quisiera que luego se partiera si fuera posible; pero violo mal aparejado, aunque algún pensamiento tenía que eran burlas lo que Duante le decía, por cuanto no sabía su voluntad.

En este tiempo Duante dijo al Caballero de las Coronas que ya era tiempo que se fuese, por que sus dueñas y doncellas no sospechasen cosa alguna; el caballero lo tuvo por bien, que muy poca voluntad tenía de estar en la su compañía, y levantándose, le hizo su acatamiento y se fue a su cámara acompañado de Beldaín su escudero y de Raduel. Y como en ella fueron, el Caballero de las Coronas mostró semblante de mucha tristeza, y tanto, que no se pudo alegrar. Raduel que así lo vio, díjole:

—¿Qué es esto señora? Y ¿cómo sois puesta en tal pensamiento?

—Yo te lo diré —dijo la infanta—: jamás pienso tener libertad para salir desta tierra.

—Contádmelo —dijo Raduel—. ¿Vos no venistes a ella de vuestra voluntad?

—No —dijo la infanta—, que soy presa en poder del duque.

—Agora me pesa —dijo Raduel— en oír esa razón, ca sabed que me semeja que Duante os tiene demasiadamente buena voluntad, y por su parte no creo yo que vós habréis licencia del duque.

—Eso es lo que yo temo —dijo la infanta.

—Si así es —dijo Raduel—, en mal punto vós parecéis tan apuesto caballero que las doncellas se vayan perdidas tras vós. Aun este es el mejor cuento que yo jamás oí.

Beldaín dijo a su señora:

³⁹⁴ 1587: ‘pagado’ (227r).

—Lo que la vuestra merced ha de hacer, me parece, es, en viniendo el duque, procurar su partida, que yo sé que él os tiene tan buena voluntad que de grado hará vuestro ruego.

—Tiénemela tan buena —dijo la infanta—, que temo que será mala de sacar d'él licencia para mi partida.

—Agora —dijo Raduel— no pensemos en esto hasta que el duque venga, que después que venido fuere todos entenderemos en ello.

Mucho rio la infanta en oír a Raduel, y díjole:

—Tú tienes razón, que quien una persona tiene como la tuya, que a otro que ha menester ruegue no tiene de qué temer.

—Aun no erráis mucho —dijo Raduel—, que a nadie rogué cosa que luego no lo hiciese si no fue aquella ingrata reina de Zizamarán, por quien yo grandes cuitas padecí y fui pagado con demasiado desagradocimiento, que aun en pensarla me fallece el corazón; que de cuantos caminos y carreras anduve por su servicio, de todo me dio mal galardón, que aun hablar no me quiso cuando de mí se partió. Pues no me muera yo hasta que me vengue de aquel traidor de don Ginestacio.

—Amigo —dijo la infanta—, mucho has dejado envejecer tu injuria: ya la reina no se acordará de ti cuando tomares la emienda de don Ginestacio.

—Don Cristalián es el que a mí me ha echado a perder con mandarme siempre estar en el servicio de la princesa, que de otra manera no me faltara a mí caballero que por mí tomara la emienda de don Ginestacio, o por ventura yo me la tomara.

—Déjate de hablar en eso, que me semeja que tomas mucha pasión.

—Tómola yo —dijo Raduel— con mucha razón.

Así se pasó la infanta aquel día con Raduel, aunque nunca apartaba de su pensamiento lo que le había acaecido con la hermana del duque.

Como el Caballero de las Coronas se despidió de Duante, ella se entró en su cámara con demasiada alegría que en su corazón llevaba. Tenía pensamiento que el caballero la amaba, pues que él le había rogado que le recibiese por su caballero; llamábäse bienandante, y algún pensamiento tenía, en haber visto su alta caballería, que era el infante Lucescano o alguno de aquellos preciados caballeros que en compañía de don Cristalián andaban (que ya sabía ella que muchos príncipes y caballeros de alta guisa eran los que en su compañía traía). Comoquiera que ello fuese, estaba muy contenta de lo haber recibido por su caballero, y cuando fue hora se acostó en su lecho, durmiendo muy poca parte de la noche: tantos eran los pensamientos que su memoria revolvía.

Como el día fue venido, ella se vistió muy ricamente; acompañada de sus dueñas y doncellas se salió a la sala, y como en ella fue, no tardó mucho tiempo cuando entró el Caballero de las Coronas. La hermosa Duante le recibió con mucha alegría y lo hizo asentar cerca de sí en una silla (porque en el palacio eran muchos caballeros del duque), y así, comenzaron a hablar en lo que más placer le daba. En este tiempo entró en la sala un caballero de los que el duque había llevado en su compañía, y hizo su acatamiento a Duante, y volviéndose al Caballero de las Coronas le dijo:

—Señor caballero, el duque mi señor os ruega mucho que luego os vais para donde él está, porque un solo punto no se halla sin la vuestra compañía. Dice que no os llevó consigo porque tuvo pensamiento que luego daría la vuelta, pero que

los negocios han sucedido de tal manera que se habrá de detener en aquel lugar algunos días, y el tiempo que él allí estuviere, quiere que le tengáis compañía.

La infanta le respondió que haría su mandado, que luego se partiría. Mucho fue Duante triste en oír estas nuevas, y fuelo tanto, que si todos los que en el palacio estaban en ello quisieran mirar, conocieran en su rostro señales de gran tristeza. Pero el Caballero de las Coronas algún tanto fue ledo por se partir de aquella doncella, y tuvo pensamiento de se ir desde donde el duque estaba, si pudiese; pero no le avino así como lo él pensó. Y luego demandó sus armas, Beldaín se las trujo y fue armado; él se llegó a Duante y le dijo:

—Mi señora, ¿qué es lo que la vuestra merced manda?

—¡Ay señor caballero, y cómo sería yo alegre si en la vuestra compañía me fuese!

—Eso no puede ser —dijo el caballero—, pero muy presto seremos de vuelta.

—Así lo quiera Dios —dijo ella—, que yo mucho soy triste con la vuestra partida.

—Eso no quiero yo que sea así —dijo el caballero—, sino que quede con vos toda alegría; y si así es, yo me partiré contento, y esto ha de ser porque lo pido yo.

—Haré todo mi poder por hacer lo que me rogáis —dijo Duante—, pero habréisme perdonar, que no podrá ser: tanto pesar tengo en mi corazón en ver que no os tengo de ver hasta que la voluntad del duque sea volver a esta villa.

—Eso no podrá ser tarde —dijo el Caballero de las Coronas.

Y con esto se despidió, porque vio con tanta pasión que Duante estaba. Asimismo se despidió Raduel el enano; Duante le dijo:

—Mucho quisiera, Raduel, que te quedaras en la mi compañía hasta que el duque volviera.

—No me lo mandéis —dijo Raduel—, que harto estoy de servir dueñas y doncellas.

—Pues que así es, vete con Dios, que de mala gana no quiero verte.

Así, se salió del palacio en compañía del caballero que el duque había enviado. Duante se puso a una finiestra por ver a su caballero. Él volvió la cabeza (que Raduel le dijo cómo la hermana del duque estaba a las finiestras) y hizole grande acatamiento, y así, se fue su camino. Duante quedó acompañada de demasiada tristeza, y tanto, que no pudo más estar en la sala, sino luego que de las finiestras se quitó se entró en su cámara maldiciendo su ventura, y asimismo al duque su hermano porque había enviado tan presto por aquel caballero, y decía en su corazón: «¡Ay Duante, y cómo tengo creído que viste la muerte el día que al caballero viste! Yo no sé lo que me ha de venir, pero demasiada tristeza siento en mi corazón».

El Caballero de las Coronas y su compañía anduvieron tanto que llegaron cerca del castillo adonde el duque estaba. Cuando él supo que el caballero venía, a muy gran prisa subió en su caballo, y él y todos sus caballeros le salieron a recibir. Cuando el duque junto a él llegó, rogole muy ahincadamente que tuviese por bien de se quitar el yelmo; el caballero hizo su ruego, y no parecía su rostro sino una hermosa clavellina blanca y colorada. Cuando el duque lo vio perdió el sentido en ver tan estraña hermosura, y confirmó en su corazón que aquel caballero era doncella, porque no podía ser en hombre haber tanta beldad junta.

Con estas señales que el duque vía era del todo ledo, y así, se fueron a su castillo, y como se apearon y subieron a la sala, luego el duque mandó desarmar al Caballero de las Coronas, y al tiempo que el yelmo le quitaron, juntamente con él le llevaron la red de oro en que acostumbraba traer sus cabellos cogidos; y como de la red se soltaron, no parecían sino hilos de oro muy fino y de acendrada color. Acrecentó tanto en la su hermosura, que no parecía sino un serafín. Luego que fue desarmado fue cubierto de un rico manto que el duque le mandó dar, y hízole asentar cabe sí. Y el duque estaba sin sentido mirando la estraña hermosura del caballero, y decía en su corazón: «Si verdad es que este caballero es hombre, yo soy muerto verdaderamente, por cuanto en todo el mundo creo yo que no hay doncella que tanta parte de hermosura tenga como él tiene».

Capítulo XCIX

De cómo el duque buscó maneras para dar algún reposo a su atribulado corazón, y de lo que en este tiempo le acaeció.

VENIDA la hora de cenar fueron las mesas puestas, y el duque se asentó y hizo sentar frontero de sí al Caballero de las Coronas, y así, los comenzaron a servir de muchos y diversos manjares. Y como la cena fue acabada, el duque demandó su juego de ajedrez y comenzaron a jugar. El duque tomaba mucho placer en mirar las hermosas manos del caballero, y como una pieza jugaron, el duque dijo que ya era hora de se ir a dormir, y así, dejaron su juego. El duque se levantó, y asimismo el Caballero de las Coronas; él preguntó que adónde tenían aparejado el aposento del caballero. Respondieronle que «en el cuarto nuevo».

— Yo le quiero ir a ver —dijo el duque.

El caballero le dijo que no tomase tanto trabajo.

— No es ninguno para mí, yendo yo en la vuestra compañía.

Y así, se fueron, y como en el aposento entraron, estaba todo colgado de muy ricos paños, vieron un lecho bien aparejado. El duque se asentó en una silla, y el Caballero de las Coronas en otra, y allí estuvieron hablando en algunas cosas de pasatiempo. El caballero dijo al duque que ya era hora que la su merced se fuese a dormir, el duque le respondió:

— La cosa más olvidada que en mi pensamiento está es eso. No tengo gana de dormir por agora; antes os ruego mucho que vós os acostéis, que yo me estaré hablando con vós una pieza hasta que gana de dormir³⁹⁵ me venga.

— Esto no haré yo —dijo el caballero—: yo estaré aquí hasta tanto que la vuestra merced sea de se ir a dormir.³⁹⁶

— No quiero yo que sea de esa manera —dijo el duque—, sino que luego os acostéis.

— No usaré yo de tan mala crianza por agora —dijo el caballero.

³⁹⁵ 1587: ‘domir’ (228v).

³⁹⁶ 1587: ‘domir’ (228v).

Raduel y Beldaín, que mirando estaban al duque, fueron mal espantados, porque se temieron que el duque había entendido que la infanta no era caballero. Raduel dijo a Beldaín:

—Amigo, aun creo yo que en mal punto vino la infanta a tierra³⁹⁷ del duque.

—No hayas temor, cosa captiva: ya que el duque quisiese hacer cosa alguna en deshonra de mi señora, ella le daría el pago que él merece.

—Mucho me has consolado, amigo Beldaín, que gran temor tenía del duque.

—Pues no lo tengas —dijo Beldaín—, que yo ninguno tengo.

—Señor caballero —dijo el duque—, vos habéis de escoger una de dos cosas; o os habéis de ir conmigo a dormir o luego os habéis de acostar.

La infanta fue muy airada en oír al duque, y por que no sospechase que por ser mujer no se quería acostar, y porque vio que estaba en su poder, acordó de acostarse, y dijo:

—De las dos cosas, yo soy más contento de me acostar, porque he gran pesar de dormir con compañía.

—Haced vos lo que mandáredes —dijo el duque.

Luego el Caballero de las Coronas se comenzó a desnudar con el ayuda de Beldaín y del enano; el duque no partía los ojos dól. Al tiempo que le hubieron de descalzar fuele forzado que el duque le vio las piernas de las rodillas abajo, porque si las encubriera, el duque hiciera su sospecha verdadera; aunque no menos la hizo viendo la cosa más hermosa que pintar se pudo. Como el duque vio al caballero en la cama tomó su silla y llegose junto al lecho, y díjole:

—Señor caballero, mucho holgaría si decir me quiséedes quién sois, ca sabed que para todo lo que vós mandáredes soy aparejado.

El caballero le dijo:

—Mi señor, perdonadme, que por agora yo no puedo decir quién soy, que ando en una demanda y hasta que le dé cima no puedo decir mi nombre; y es la demanda hallar un caballero en cuya compañía salí de la corte del emperador Aliandro.

—Y ¿quién es el caballero? —dijo el duque.

—Es don Cristalián de España, y a la Cruz de las Aventuras nos partimos de en uno.

El duque se calló, que no le quiso más preguntar; pero sabed que él estaba tan penado por el caballero, que no sabía de sí parte, ni sabía qué manera se tener para del todo saber la verdad de lo que deseaba, y decía en su corazón: «A mí me conviene morir de la más desastrada muerte que nunca nadie murió si este caballero es mujer. Lo cual yo creo verdaderamente que él lo es, según la compostura de su gesto y cuerpo, y también me pareció que había los pechos mayores que hombre los podía tener. Sin duda ninguna este caballero es doncella, que su delicada habla da testimonio dello».

Y así, con estos pensamientos y hablando se estuvo con el caballero gran parte de la noche, hasta que el caballero le dijo:

—Ya, mi señor, me parece que es bien que os vais a dormir, que ya es pasada gran parte de la noche.

El duque dio un pequeño suspiro, y levantándose, le dijo:

³⁹⁷ 1587: ‘tiera’ (228v).

— ¡Ay Caballero de las Coronas, y cómo no queréis hacer cosa de lo que yo os ruego!

Y despidiéndose dél, se fue a su aposento. Así como el duque salió, el caballero mandó a Beldáin cerrar su cámara; Beldáin le dijo:

— ¿Qué cosa ha sido esta noche ver al duque tan sin gana de dormir?

— No lo sé —dijo la infanta—. Mucho me querría partir de su tierra, si para ello licencia me quisiese dar.

Raduel le dijo:

— Y si no nos la quisiere dar, ya nos podremos ir sin licencia.

— Eso no puedo yo hacer, por cuanto soy puesta en su merced y sin su mandado no puedo salir de su tierra.

— Eso es muy malo —dijo Raduel.

La infanta les dijo:

— Yo mañana quiero pedir licencia al duque por ver si me la dará; y si dar no me la quisiere, conviéñeme estar en su poder todo el tiempo que la su voluntad fuere.

— Yo le veo a él con tal intención que no os dará por agora licencia.

— Si no me la diere, convername sufrir. Dejadme dormir, que es ya pasado la mayor parte de la noche.

Beldáin y Raduel se acostaron. Como el duque se fue a su cámara, no se quiso acostar, sino solo se anduvo paseando gran tiempo, y de rato en rato sospiraba, como aquel que gran cuita tenía en su corazón, que reposo alguno en sí no tenía. Andando de la manera que oído habéis, dijo que se quería acostar, y como en el lecho fue, comenzó a derramar infinitas lágrimas, como aquel que cuita de amor le aquejaba, y no sabía qué hacer de sí. Un caballero de los de su casa, y aun algo su pariente, viendo al duque tan cuitado le dijo, llegándose al lecho:

— Mi señor, sea la vuestra merced de me dar parte de su enojo, que los males que comunicados son, en gran parte descansa el corazón que alguna pasión tiene. Y por tanto, mi señor, dadme parte de vuestros trabajos, pues sabéis que soy persona que porné la vida por vuestro servicio si menester fuere.

— ¡Ay amigo —dijo el duque—, que mi mal no tiene cura!

— ¿Cómo no? —dijo el caballero—. No da Dios mal en la tierra, de cualquier condición que sea, que tras él luego envía el remedio.

— Sabed, amigo mío, que para mi mal no le hay: es incurable la herida que yo en mi corazón tengo.

— No se diga tal —dijo el caballero—³⁹⁸ que sería especie de herejía decir que hay mal en el mundo que para él no hay remedio.

— Dios poderoso es para me lo dar, pero no merezco yo tanto bien.

— Agora —dijo el caballero— dejemos todas estas cosas y dadme parte de vuestra pasión para que sienta yo algo de la pena que vós, mi señor, tenéis, para que juntamente busquemos el remedio, el mejor que dar se pudiere.

Como el duque vio aquel caballero hablar con tanta voluntad en aquel hecho, determinose de le dar parte de su trabajo, que en la verdad era grande, y díjole:

³⁹⁸ 1587: ‘callero’ (229r).

— Vos sabréis que en mal punto el Caballero de las Coronas entró en mi tierra, ca sabed que yo he pensamiento que él es mujer, por razón de la su gran hermosura acompañada con demasiada gracia; y si al contrario es, que no es así, a mí me conviene morir, porque en el mundo no sé podrá hallar mujer que tan apuesta sea. Y por tanto, amigo, sed cierto vos y todos los que bien me quisiéredes, que antes de muchos días vos os veréis sin señor, que a mí me conviene morir muy cedo, según el mal que mi corazón siente.

—No lo querrá Dios —dijo el caballero—, sino que si este caballero es doncella, que vós gocéis muchos años della, aunque sea con amor lícito y honesto, si ella es persona que lo merece.

—¡Ay amigo! —dijo el duque—. Pluguiese agora a Dios que lo fuese, y fuese hija de un hombre que su valor no fuese ninguno, que yo me ternía por bienandante en la tomar por mujer, quienquier que ella fuese. Cuanto más que si ella lo es, no puede ser sino persona de alta guisa, que su gesto y gran hermosura da testimonio dello.

El caballero estuvo por una pieza cuidando, sin hablar palabra alguna, y el duque lo estaba atendiendo como el enfermo que atiende la medicina para su llaga. Cuando el caballero acabó de cuidar dijo al duque:

—Mi señor, yo he pensado un remedio para vuestro mal, y es éste... No sé lo que dél os parecerá.

—Decídmelo —dijo el duque—, que no puede ser sino bueno, siendo de vuestra mano.

—Sabed, mi señor, que yo he en la mi compañía un sobrino de edad de catorce años, persona que todo bien y mal se le entiende. De mañana, Dios quiriendo, yo le haré esconder en la cámara del Caballero de las Coronas, a intención que allí se quede la noche venidera, y si el caballero es mujer él lo sabrá; que viéndose él solo con su escudero y enano, no es posible que él no diga palabras de que se pueda colegir si es hombre o mujer. Y si lo fuere, es razón que toméis mucha alegría, pues la tenéis en vuestro poder; y si hombre fuere, luego os verná contra él un aborrecimiento que no le podréis ver.

El duque se tuvo por bien aconsejado, y diera su estado por ver ya el día y la noche venida para poner en ejecución su pensamiento. El caballero le dijo:

—Agora, señor, dormid y reposad la parte de la noche que os queda con esperanza que muy presto sabréis la verdad de todo lo que deseáis.

Y así, se despidió del duque y se fue a dormir. El duque quedó tan puesto en lo que aquel caballero le dijo, que en la parte de la noche que le quedaba no pudo sueño dormir pensando en su buena ventura si el caballero fuese mujer. Venida que fue la mañana, el duque se levantó, todos los del su palacio fueron espantados de lo ver tan de mañana vestido; él, con solo aquel caballero que oístes que la noche pasaba había hablado, se fue a la cámara del Caballero de las Coronas, y cuando a ella llegó halló que estaba cerrada, que aún él ni su escudero no estaban levantados. El duque holgó mucho dello, y comenzó a llamar a gran priesa; la infanta dijo a Beldaín que respondiese, él hizo su mandado. La infanta conoció que el que llamaba era el duque, y pesole mucho dello y no supo qué hacer, porque si se vestía primero que le abriese, el duque se enojaría de aguardar tanto tiempo, y

mandó a Beldaín que luego abriese la puerta de la cámara. Beldaín la abrió y entró el duque, y fuese para el lecho de la infanta y dijole:

—Mucho dormís, señor caballero. Yo vengo a rogaros que luego os levantéis, y a un monte vedado que muy cerca de aquí tengo nos vamos hoy a cazar.

La infanta le dijo:

—Yo haré lo que la vuestra merced manda, pero yo quisiera que hoy se me diera licencia para partirme desta tierra, que he mucho que hacer en otras partes.

—Esa licencia por agora bien creo yo que no la habréis, por cuanto yo he mucho favor con la vuestra compañía.

Y diciendo esto, el duque no partía los ojos de la infanta, pareciéndole estrañamente hermosa, que no parecía en el lecho sino una rosa acabada de cortar. Y diciendo esto, le dijo:

—Señor caballero, vestíos luego, que os atiendo.

La infanta le dijo:

—La vuestra merced se vaya, que yo me vestiré.

—Eso no lo haré yo —dijo el duque—, que os conozco algo por perezoso, sino que luego os vistáis, que aquí os atenderé.

Como la infanta vio que al no podía hacer, demandó de vestir, y Beldaín se lo dio y allí se vistió en presencia del duque. Lavándose su rostro, se peinó sus hermosos cabellos, y así, se salieron a la sala, donde hallaron todo aparejo para se ir a caza. La infanta demandó sus armas, el duque le dijo:

—Señor caballero, no las habéis menester, que el monte adonde habemos de cazar es muy cerca.

Por manera que el duque no la consintió armar, y así como estaban subieron en sus caballos y se fueron al monte y allí anduvieron gran parte del día, adonde mataron un puerco y dos venados. El duque dijo:

—Volvámonos con nuestra caza.

Todos hicieron su mandado, y como en el palacio fueron, diéronles de cenar. Acabado que hubieron, fueron las mesas alzadas y el duque se quedó hablando sobretabla con el Caballero de las Coronas en el gran señorío del emperador Aliandro, y asimismo le preguntó por la princesa Penamundi. El caballero le dijo:

—Es la más estremada en hermosura que en el mundo fue nacida.

—Así me lo han dicho —dijo el duque.

—Han os dicho gran verdad, ca es una luciente estrella entre todas las doncellas que hoy son nacidas, por la su gran hermosura. Residen en su corte toda la flor de caballería del mundo, y el emperador su padre es el más preciado príncipe que agora hay en estos tiempos, a causa de la gran hermosura de la princesa.

El duque fue espantado de oír al Caballero de las Coronas. En esto y en otras cosas estuvieron hablando, y como se levantaron, el duque tomó por la mano al caballero y lo llevó a un hermoso jardín que dentro en el castillo estaba; y andándose por él paseando vio el duque una muy hermosa rosa que sola en un rosal estaba. El duque la cortó, y teniéndola en sus manos la fue a dar al caballero diciéndole:

—Tomad esta rosa, señor caballero, ca sabed que como ella sola nació en el rosal, así vos sois en hermosura y en todo lo demás solo en el mundo.

La infanta la tomó, y como entendió las palabras que el duque le había dicho víñole una viva color al rostro pensando si por ventura el duque sabía cómo era mujer, porque para hombre no eran las palabras que él le dijo. El duque le miró al rostro y holgó mucho de ver y conocer la mudanza que en él había visto, porque todo aquello era buena señal para lo que él deseaba saber. Así, se anduvieron por aquel jardín hasta que anocheció; el duque dijo que se quería ir a dormir, que no se sentía bien dispuesto.

—Hácelo el madrugar —dijo el Caballero de las Coronas—, que os levantastes muy de mañana.

Y así, se salieron del jardín, y el duque se fue a su aposento y el Caballero de las Coronas al suyo. Agora sabed que el caballero pariente del duque había hecho esconder dentro de la cámara del caballero al doncel su sobrino en parte que nadie lo podía ver, y él (que muy avisado era) estaba bien escuchando si oiría alguna cosa. Entró la infanta Minerva en este tiempo en su cámara, y luego mandó cerrar la puerta y dijo:

—Mucho vengo triste que no puedo entender al duque. No me ha querido dar licencia para que desta tierra vamos; yo no sé que medio me tener con él. Temor tango que alguna persona por ventura me ha aquí conocido y le ha dicho que soy mujer. Yo he cometido gran yerro en descubrirme a todos los que verme han querido, que quien no piensan, las gentes le conocen.

Raduel (que muy gracioso era) le dijo:

—No estéis en eso, que sin que persona alguna se lo dijese, vuestra gran hermosura da testimonio de quién sois. Por tanto, ved lo que os conviene de hacer.

—Los dioses me guíen —dijo la infanta.

Y diciendo esto, la desnudaron, y se acostó en su lecho y durmió, aunque no sin cuidado.

El duque como en su lecho fue, no podía reposar con los muchos pensamientos que en su³⁹⁹ corazón tenía; rogaba a Dios muy ahincadamente que muy presto aquella noche se pasase, porque con el venidero día tenía esperanza que le había de venir entera salud corporal. Ratos durmiendo y ratos pensando, pasó aquella noche. Y venida que fue la mañana no se quiso levantar, sino atender allí su muerte o su vida. Estando en esto entró el caballero su pariente, y el duque holgó mucho con la su venida, y hízole asentar cabe su lecho y díjole:

—Yo tengo acordado de saber aquí las nuevas de mi muerte o de mi vida.

—Es bien hecho —dijo él.

Y así, estuvieron una pieza hablando siempre en el Caballero de las Coronas, porque al duque le eran muy apacibles estas hablas. En estos tiempos el Caballero de las Coronas se levantó y salióse al aposento del duque y allí supo cómo no era levantado, y fuese paseando por los corredores y vio un doncel de los de la cámara del duque, y díjole:

—Amigo, ¿cómo no es el duque levantado? ¿Sabes si está bueno?

—No lo sé —dijo el doncel—, que hoy no le he hablado.

—Por amor de mí —dijo el caballero— que vós me abráis el jardín.

³⁹⁹ Suplo ‘su’ (230r).

El doncel le dijo que atendiese un poco, que iba por la llave; la infanta le dijo que atendería. El doncel se fue a la cámara del duque y díjole:

—Señor, el Caballero de las Coronas me dijo que el jardín le abriese.

El duque le dijo que muy presto a su camarero pidiese la llave, ca sabed que el jardín era tan preciado que nadie no entraba en él sin licencia del duque. El doncel llevó la llave y abrió al caballero y dejolo solo con su escudero y el enano.

Cuando la infanta y su escudero y el enano salieron de la cámara, el doncel, que vio tiempo para poder salir sin ser de nadie visto, vínose para la cámara del duque diciendo muy desatinado de gozo:

—La vuestra merced sea de me dar albricias, ca yo las merezco mucho bien por las buenas nuevas que traigo.

—Yo te las mando —dijo el duque.

El doncel le besó las manos por las mercedes que le prometía, y con sobrada alegría le dijo:

—La vuestra merced sepa que el Caballero de las Coronas es doncella, y la más hermosa que jamás fue nacida

—Llégete acá, amigo mío, y cuéntame mucho de tu espacio cómo lo supiste.

El doncel se llegó al lecho y allí le contó todo lo que oído habéis que visto y oído había. Cuando el duque aquellas nuevas oyó fue estrañamente ledo, y decía (sin tener sufrimiento alguno de poder callar el alegría que en su corazón sentía):

—Hoy soy hecho el más bienandante de cuantos en esta vida nacieron. Ven acá —dijo al doncel—: pídeme todo aquello que te placerá. Pues tú, después de Dios, fuiste causa de me dar la vida, razón es que yo te dé a ti tanto haber que pura siempre seas rico.

El duque le dio aquel castillo, con su villa, adonde estaban, ca era muy bueno, y el duque era señor de gran tierra, que tenía poder para hacer más mercedes que si tuviera título de rey. Luego que hizo esta merced al doncel se levantó y se vistió de ricas y muy preciadas ropas y se salió al palacio y preguntó si el caballero estaba en el jardín; un doncel dijo que sí, que aún no era salido dél. El duque se fue para el jardín, y como al Caballero de las Coronas vio, hízole muy grande acatamiento, mucho mayor que otras veces le solía hacer. Desto fue la infanta muy triste, que era grande el pensamiento que en su corazón tenía después que el duque le había dado la rosa. Él se llegó a ella y le dijo:

—Señor caballero, ya sabéis que sois en el poder de Duante mi hermana, ca todos mis caballeros no tuvieron poder de os prender: tan alta es vuestra caballería. Y por tanto, vos no podéis salir de mi tierra hasta que la voluntad de Duante mi hermana sea. Y esto os digo, señor caballero, por que os aconhortéis, y el tiempo que en esta tierra estuvieredes, lo estéis con entera alegría, que en lugar de prisión, aquí se os hará todo servicio.

Como la infanta oyó hablar al duque de la manera que oído habéis fue muy triste, y díjole:

—Mi señor, si yo viese en vuestra tierra necesidad alguna de mi servicio, con toda voluntad estaría en ella; pero no la habiendo, deteniéndome vos aquí es grande la mi pérdida, ca sabed, mi señor, que ha muy poco que soy caballero y tengo mucha necesidad de ganar honra.

—Asaz ganastes en mi tierra —dijo el duque— para que todo el mundo sepa la vuestra gran bondad.

—Y ¿qué tanto tiempo manda la vuestra merced que yo en esta tierra me detenga?

—Yo no tengo mando alguno —dijo el duque—: esa pregunta se ha de hacer a Duante mi hermana, y si ella libertad os diere, vos podéis iros adonde vuestra voluntad fuere.

La infanta dijo:

—Bien sería que de la hermosa Duante se supiese, pero es gran daño no ser en este lugar.

—Por serviros —dijo el duque— yo enviaré luego por ella.

La infanta se lo rogó muy ahincadamente que así lo hiciese. Luego se salieron del jardín; el duque dijo a un doncel que llamase seis caballeros de los de su casa; el doncel hizo su mandado, y como los caballeros vinieron ante él dijoles que luego fuesen por su hermana Duante y que le dijesen que se viniese para aquel castillo adonde el duque estaba, que era lugar de mucho placer. Ellos hicieron su mandado, y no tardaron mucho tiempo cuando llegaron adonde Duante estaba. Como ella oyó el mandado del duque fue muy leda, ca no deseaba otra cosa sino estar adonde el Caballero de las Coronas estaba, que después que él de aquella tierra había partido, jamás en su corazón había entrado punto de alegría.

Luego Duante mandó aparejar la su partida, y con demasiada alegría subió en su palafrén y así caminaron, y cuando fueron cerca del castillo vieron venir al duque y al Caballero de las Coronas, y en la su compañía muchos caballeros. Cuando fueron cerca los unos de los otros, el duque habló a su hermana con mucha alegría, y ella a él asimismo. El Caballero de las Coronas se llegó a Duante, y haciéndole aquel acatamiento que a su hermosura sé debía, le tomó la rienda diciendo al duque que con su licencia la tomaba. El duque le respondió que para aquello y todo lo demás él se la tenía; el caballero se le humilló. El duque se iba tan cerca dellos que a Duante le pesaba, que no tuvo lugar de hablar palabra a su caballero.

Como en el castillo fueron, el Caballero de las Coronas se apeó y tomó en sus brazos a Duante para la abajar del palafrén, y tomola por la mano, y el duque de la otra parte, y así se subieron al palacio, y como en él fueron, el duque tomó a su hermana y se entraron en su cámara, y dijole:

—Ya sabéis cómo el Caballero de las Coronas es en el vuestro poder por cuanto nadie no tuvo poder de lo prender sino sola vos. Él me ha demandado licencia para se ir desta tierra; yo le respondí que vós se la podíades dar, y no otro. Mucho os ruego que se la neguéis, porque sed cierta que mi estado será mucho acrecentado teniendo tan buen caballero en la mi compañía.

Duante que no deseaba otra cosa sino nunca partir al Caballero de las Coronas de su presencia, respondió al duque su hermano, que con voluntad aparejada haría en todo su mandado.

—Así lo haced —dijo el duque—, que deso seré yo muy ledo, que le precio mucho por la su gran bondad.

Y así, se tornaron a salir de la cámara, y cuando en la sala fueron hallaron al Caballero de las Coronas que se andaba paseando. El duque le tomó por la mano y todos tres se sentaron, y el duque dijo a su hermana:

—El Caballero de las Coronas querría mucho partirse de la nuestra compañía, si vos para ello le diédes licencia.

—Harto sandia sería yo si tal diese. Yo, señor caballero, quiero mucho al duque mi hermano, y querríale ver en compañía de un tan preciado caballero como lo vos sois.

Él le respondió diciéndole:

—No se entiende, mi señora, que porque yo me parta de la compañía del duque, por eso me aparto de su servicio ni del vuestro; que adoquiera que yo fuere os serviré con mucha voluntad, acordándome de las grandes mercedes que en el vuestro poder he recibido.

Duante le dio muchas gracias, y le dijo:

—Señor caballero, por agora no es mi voluntad que vós os vais desta tierra.

—Pues que así es —dijo él—, en todo haré vuestro mandado.

Esto respondió la infanta, pero en lo secreto de su corazón grande era la cuita que sentía. A cabo de una pieza que estuvieron hablando, Duante se levantó y se entró en su cámara; el duque se quedó con el Caballero de las Coronas hablando en lo que más les agradaba. En este tiempo se le cayó al duque una de las lúas⁴⁰⁰ que en su mano tenía, el caballero se abajó por ella y se la dio. Al tiempo que el duque la tomó, tomó juntamente con ella la mano de la infanta y se la besó, que a aquella sazón estaban solos en la sala. A la infanta le vino una viva color al rostro; el duque le dijo:

—Señor caballero, no os espantéis de lo que hice, que no solamente yo, pero todos los del mundo es razón que os la besen, por lo mucho que vós merecéis.

La infanta estaba tan turbada⁴⁰¹ que no le respondió. El duque que con tanta turbación la vio, no le quiso más decir, antes se levantó y se apartó della para mejor pensar qué mañas ternía para la haber en su poder y que fuese con su voluntad. La infanta se fue a su cámara y comenzó a pensar qué manera ternía para se partir del duque. Andándose paseando ocupada de muchos pensamientos, entró un doncel en su cámara y díjole cómo la hermana del duque le enviaba a llamar. El caballero se fue en compañía del doncel, y como en su cámara entró, Duante lo tomó por la mano y lo asentó cabe sí, y a la sazón ella estaba sola. El Caballero de las Coronas le besó las manos; Duante le dijo:

—Mi verdadero amigo, mucho soy triste en ver la voluntad que tenéis de salir desta tierra.

El caballero le dijo:

—Mi señora, doquier que yo sea, entiendo de os más servir que si aquí estuviese.

—¡Ay Caballero de las Coronas —dijo Duante—, que yo no quiero otro servicio sino veros ante mis ojos!

⁴⁰⁰ Guantes.

⁴⁰¹ 1587: ‘tur-|da’ (231v).

—¡Ay mi señora —dijo él—, y si vos quisiédes hacerme el más bienandante de cuantos nacieron!

—No hay cosa que vós, mi verdadero amigo, me digáis que yo no la haga con entera⁴⁰² voluntad, aunque sea ponerme a la muerte por hacer aquello que a vuestro placer fuere.

El caballero le besó las manos muchas veces por la merced que le hacía. En este tiempo vieron venir al duque por un corredor, y el caballero, que venir lo vio, dijo:

—Mi señora, aquí no hay tiempo, por la venida del duque, para descubrirnos el deseo que mi corazón tiene. Si la vuestra merced servida fuese de me hablar esta noche, descansarían algo los mortales deseos de que acompañado ando.

—Caballero de las Coronas —dijo ella—, yo haré de manera que vós vengáis a esta cámara esta noche; y cuando viniéredes tocá dos veces a la puerta y en esta señal yo conoceré que sois vos.

En este tiempo entró el duque, que solo un punto no podía reposar sin la vista del caballero, y tomole por las manos y dijo:

—Bien me parece los caballeros entre las damas.

El Caballero de las Coronas le respondió:

—Mi señor, cada uno pugna por más valer, y por tanto, no es razón que a la vuestra merced le parezca mal hallarme aquí.

—No me parece —dijo el duque— sino mucho bien, ca yo no siento otro descanso sino cuando soy ante ellas.

Y diciendo esto se asentó y hizo sentar al caballero. Allí estuvo el duque hablando palabras de mucho regocijo, y cuando fue hora se salió de la cámara de su hermana, y el caballero en su compañía. Duante quedó con el mayor contentamiento que nunca estuvo, pensando cómo venida la noche había de gozar de su caballero a su voluntad sin que nadie se lo estorbase, y hacíasele muy tarde el tiempo que había desde allí a la hora que lo había de ver.

⁴⁰² 1587: ‘enterra’ (231v).

Capítulo C

De cómo la infanta Minerva habló a la hermana del duque, y del concierto que allí se hizo y de lo que adelante les acaeció.

COMO el duque se partió del caballero, no pudiendo ya resistir las grandes cuitas que por la infanta padecía, propuso en su corazón de se ver con ella esa misma noche en su cámara aunque supiese pasar por mil muertes; que si el Caballero de las Coronas lo matase, que moriría una vez, y no tantas muertes como dada día padecía; y con tener este pensamiento firme en su corazón, deseaba ya la venidera noche, porque en ella tenía esperanza que había de remediar su vida.

Venida que fue la noche, el caballero se aparejó para ir a hablar a Duante, y cuando a él le pareció tiempo, cubierto su manto y su espada en la mano se salió de su cámara y muy paso, por no ser de nadie sentido, se fue a la cámara de Duante, y cuando a ella llegó, él tocó muy poco en la puerta; pero por poco que tocó, luego fue de Duante sentido, y ella misma (que sola en su cámara aquella noche había quedado) le abrió la puerta. Y como el Caballero de las Coronas entró, aquella hermosa doncella le echó los brazos al cuello y pospuesta aparte toda vergüenza le besó en el rostro y tomándolo por la mano lo asentó cabe sí. El caballero le tomó sus hermosas manos y se las besó diciéndole:

—Mi señora Duante, son grandes las mercedes que yo de la vuestra merced hoy he recibido, pero, según la vuestra grandeza, espero yo recebillas muy mayores.

Duante le dijo:

—Señor caballero, yo soy puesta en el vuestro poder: haced de mí a vuestra voluntad y pedidme todo aquello que más vuestro placer fuere, que de aquí os promete de no faltar punto de todo cuanto mandar me quisieredes.

El caballero le besó las manos por las mercedes que le hacía, y le dijo:

— No sé yo, mi señora, con qué pueda pagaros parte alguna de lo que esta noche por mí se hace sino con poneros en parte a donde vuestra hermosura merece; y en casa de vuestro hermano yo no quiero que merced alguna se me haga, ni yo la tomaré aunque se me hiciese, sino solamente quiero pedir a la vuestra merced que un don se me otorgue.

—Con entera voluntad —dijo Duante.

El Caballero de las Coronas le tornó a besar las manos y le dijo:

—Sabed, mi señora, que el don que me habéis otorgado es que os habéis de ir comigo adonde yo, mi señora, os llevare.

—Iré —dijo Duante—, y en ello pensaré que restituyo mi vida, que casi perdida tengo:

El caballero no sabía qué gracias le dar por las mercedes recibidas.

—Pues sabed, mi señora, que yo tengo prometido de no gozar de vuestra hermosura hasta que yo os vea adonde tanto deseo.

Duante estaba muy contenta, pensando que el caballero lo hacía por gozar della más a su voluntad. Así, estuvieron hablando y concertando su partida.

El duque, cuando entendió que toda la gente de su palacio estaba reposada, él se levantó de su lecho, y tomando una espada en la mano y cubierto un manto, muy poco, por no ser de nadie sentido, se fue al aposento de la infanta Minerva y entró en su cámara por un retrete que él el día antes (con la sospecha que tenía) había mandado romper. Él se fue muy poco adonde el lecho estaba, y como a él llegó tendió la mano por todo él, y cuando no halló a la infanta estuvo muchas veces pensando de se dar él mismo la muerte por dar algún descanso a su apasionado corazón; y echándose de pechos encima del lecho, estuvo por una pieza atendiendo, y en aquel espacio de tiempo revolvía muchos pensamientos en su corazón.

Él atendía con pensamiento que el Caballero de las Coronas era ido alguna cosa; pero cuando vio que gran rato tardaba, fue muy triste y no sabía qué hacer de sí, y víñosele al pensamiento si por ventura era ido por que él no supiese quién era. El duque se maldecía, y decía que él mismo era causa de su perdición por lo que hizo cuando el Caballero de las Coronas le había dado la lúa que se le cayó; y cuando deste tiempo se le acordó, él confirmó en su corazón la ida del caballero. Pero todavía acordó de atender otro poco, y no le aprovechó cosa alguna, que Duante holgaba tanto de tener consigo al caballero, que en ninguna manera ella no le dejaba ir. Y como el duque vio que tanto tiempo pasaba y que no le tenía pro, acordó de se volver a su cámara acompañado de toda tristeza. Echóse en su lecho y comenzó a dar grandes y muy crecidos sospiros diciendo:

—¡Ay de ti duque de Fonteguerrera, y cómo te conviene morir, pues la ventura te ha sido tan contraria! ¿Adónde iré yo a buscar esta doncella si por ventura es ida de mi tierra? Ya que yo sea tan bienandante que la halle, pues ella es ida de mi poder, verdaderamente me desama: a mí me conviene morir.

Y diciendo esto daba grandes vuelcos y sospiros, que al parecer de los que en su compañía estaban semejábales que el corazón se le partía. Así estuvo con su pasión hasta que el día fue venido.

El Caballero de las Coronas estuvo con Duante hasta cerca del día, que nunca ella lo dejó venir. En este tiempo concertaron su partida. Duante le dijo que a su parecer sería bien que la su partida fuese luego a prima noche, que lo podían hacer muy seguramente.

—Y esto quiero yo que sea así, por que si el duque si hermano envía gente tras nosotros, que les llevemos alguna ventaja,

—Hágase como lo vos, mi señora, mandáis, que yo lo terné todo aparejado. Y porque ya me parece tiempo, yo me quiero ir.

Duante le dijo:

—Mi verdadero amigo, el corazón se me parte en pensar de me partir de vos, pero conviéneme hacerlo por gozar más largo tiempo de vuestra persona.

Y diciendo esto le abrazó y besó en el rostro. El Caballero de las Coronas se despidió della y se fue a su cámara; luego se echó en su lecho y durmió lo que de la noche le quedaba. Como el día fue venido, él demandó de vestir y diéronselo; él dijo a Beldaín:

—Amigo, a mí me conviene salir esta noche de la tierra del duque, y ha de ser desta manera, llevando comigo a Duante; que esta doncella tiene pensamiento que yo soy caballero, y si comigo no la llevo, no tengo remedio para salir desta tierra.

—Salgamos della —dijo Beldaín— comoquiera que sea.

—Pues conviene que tú tengas cuidado de aparejar un palafrén para Duante, y que mi caballo y palafrenes tenga Raduel, cuando sea pasada una hora de la noche, una milla de aquí y allí nos atienda.

—Yo lo haré así como lo mandáis —dijo Beldaín.

En este tiempo el Caballero de las Coronas se acabó de vestir, y luego se salió al palacio y supo cómo el duque no era levantado, y preguntó la causa por que no lo era y fuele dicho que se había esa noche sentido malo. Él lo entró a ver, y como al duque dijeron que el Caballero de las Coronas estaba allí, verdaderamente podéis pensar que todos cuantos males y pensamientos tenía se apartaron de su persona, ca tenía pensamiento que era ido encubiertamente de su tierra. El caballero le dijo:

—¿Qué es esto, mi señor? Hanme dicho que la vuestra merced se siente maldispuesto.

El duque miró y vio que no había a la sazón persona en la cámara, y dijo:

—Señor caballero, yo me siento tal, que si de vuestra mano a mí no me viene el remedio para mi mal, verdaderamente yo soy muerto.

—Eso no seréis vos —dijo el caballero— si en la mi mano es daros la salud, ca soy muy aparejado para vuestro servicio.

El duque se le humilló y le dijo:

—Con tan buena esperanza como ésa no es razón que yo más esté en el lecho.

Y luego llamó para que le diesen de vestir. Y el caballero le aguardó y juntos se salieron a la sala, y en todo el día el duque no se partió del Caballero de las Coronas. En este tiempo Beldaín aparejó todo lo que su señor le había mandado, y cuando anocheció tomó a Raduel el enano consigo, juntamente con el caballo de su señor y los tres palafrenes, y saliose cuanto una milla fuera de la villa, y dijo a Raduel:

—Amigo, aquí en este verde prado atenderás, que muy presto seremos contigo.

—Amigo Beldaín —dijo Raduel—, haced de manera que la vuestra venida sea muy presto, ca veis el gran peligro en que me dejáis, que por ventura me darán la muerte por me tomar el caballo y los palafrenes. Yo, la verdad que os diga, no quisiera quedar aquí, ca nunca se levanta bien de las cosas semejantes.

Beldaín le dijo:

—Amigo Raduel, no temas, que muy seguro quedas.

—Decid, Beldaín, ¿seguro llamáis quedando solo y en guarda de un caballo y tres palafrenes? Yo os prometo que si con ésta salgo, que pienso haber hecho tanto como hizo vuestra señora en vencer a los caballeros del duque.

—Quédate —dijo Beldaín—, que es ya tarde, que yo me voy.

Y así, se partió Beldaín de Raduel y se fue para el palacio del duque, adonde su señora estaba. Y cuando la infanta le vio ante sí bien conoció que Beldaín dejaba todo recado, y con mucha alegría se estuvo con el duque hasta que fue tarde, que el duque, con pensamiento de hacer lo que la noche pasada había hecho, se fue a dormir. El Caballero de las Coronas se fue a su cámara, y demandó sus armas y armose a gran priesa. Andúvose una pieza paseando por su cámara hasta que la gente del duque fuese reposada, y cuando fue hora, él se fue al aposento de Duante, y tocando a la puerta como la noche pasada, luego fue abierta, y entrando

en la cámara halló a Duante aparejada para su camino. El Caballero de las Coronas le besó las manos y le dijo:

—Mi señora, ya es hora que vamos de aquí.

—Vamos —dijo Duante—, que ésta tengo por la mejor hora y más segura.

—Pues que así es —dijo el caballero—, no nos detengamos más.

—Hágase como lo vos mandáis —dijo Duante.

Y luego el Caballero de las Coronas enlazó su yelmo, y tomó a la hermosa Duante por la mano y díjole:

—Mi señora, quien a vos me quisiera quitar, alta ha de ser la su caballería.

—Con esa confianza —dijo Duante— me pongo yo en el vuestro poder.

Y así, se salieron del palacio del duque sin ser de nadie sentidos, y se fueron a donde Raduel los atendía guiándolos Beldaín. Y como a el enano llegaron, él entendió que allí venía la infanta y dijo:

—A mí me parece, señores, que de Raduel ha sido el mayor peligro dejándome solo a tal hora en estos campos en guarda de un caballo y tres palafrenes; y si por ventura alguno me los quisiera tomar, aquí no había más que hacer sino darlos, y con ellos perder la vida.

—¿Cómo adivinas tú? —dijo el Caballero de las Coronas—. ¿Quién había de ser osado de te los tomar, viendo tu persona?

—Pues sed cierto —dijo él— que si yo armado estuviera, que todos cuantos caballeros el duque tiene no fueran bastantes para me los tomar.

—Ni aun desarmado —dijo el caballero—, que con esa confianza te los encomendé a ti antes que a Beldaín. Calla, que yo te pagaré el trabajo que por me servir aquí has tomado.

—Muchas mercedes —dijo Raduel.

El Caballero de las Coronas tomó a su señora Duante en los brazos y la puso en el palafrén, y él subió luego en su caballo y tomola por la rienda, y con mucha alegría comenzaron a caminar a la mayor prisa que pudieron.

El duque se acostó con aquel pensamiento que ya oístes, y cuando vio que era tiempo, él se levantó, y tomando su manto y su espada como la noche pasada, se fue para la cámara de la infanta, y como en ella entró, muy poco se llegó al lecho, y tentando, no halló persona ninguna en él. El duque fue mal espantado, y acordó de se ir a la cámara de Beldaín y Raduel por ver si estaban allí, y como al lecho llegó, y no los halló, gran cuita vino a su corazón. Él se tornó al lecho del Caballero de las Coronas y allí estuvo una pieza pensando en lo que debía de hacer. Acordó de se acostar en él, por que cuando viniese, si alguna parte era ido, lo hallase en su lecho; y propuso el duque de le descubrir del todo su corazón haciéndole saber cómo él sabía de cierto que era mujer y no caballero, que supiese que otra no había de ser señora de su corazón sino sola ella mientras Dios en este mundo le diese vida. Y con estos pensamientos pasó gran parte de la noche, y era mucho espantado cómo no venía, y con todo esto acordó de aguardar allí hasta la mañana.

Y como el día fue venido y el Caballero de las Coronas no venía, el duque se levantó y comenzó a mirar por la cámara por ver si vería las armas, y como no las

halló, grandemente fue turbado,⁴⁰³ y dijo en su corazón: «¡Ay de ti, duque! Si por ventura este caballero es partido de mi tierra, a ti te conviene morir mala muerte».

Y con pensamientos sin cuento, y rabias, y ansias de la muerte que le tomaban, se fue a la cámara de su hermana con intención de le contar cómo el caballero era doncella. Y como a la cámara llegó y la vio a tal hora abierta fue espantado, y con mucha turbación entró dentro, y como al lecho llegó adonde su hermana solía dormir⁴⁰⁴ y no la halló, ni señal que persona alguna en él se había echado, luego comenzó a llamar a grandes voces a las doncellas. Ellas, cuando a tal hora oyeron al duque, a muy gran priesa salieron de la cámara. Como el duque las vio, dijoles:

—Decidme, ¿adónde es vuestra señora?

Las doncellas miraron al lecho, y como en él no la vieron fueron muy mal espantadas, y dijeronle:

—Señor, nós no sabemos parte adónde mi señora pueda estar, ca sabed que ha dos noches que luego que en su cámara entra nos manda della salir, y esto antes que la desnudemos.

El duque les dijo:

—¡Ay malas! Y eso, ¿por qué no me lo decíades?

Y luego comenzó a dar voces llamando a sus caballeros, y el primero que vino fue aquel que su pariente era, que ya os contamos que le había avisado para saber si el Caballero de las Coronas era caballero o doncella. Y como en la cámara entró vio al duque casi sin sentido alguno, y llegose a él y dijole:

—¿Qué ha sido esto, que hasta agora no he entendido cosa alguna?

—¡Ay amigo —dijo el duque—, que yo soy malamente escarnido del Caballero de las Coronas, ca sabed que se ha ido y consigo llevó a mi hermana Duante!

Cuando el caballero tal oyó, aína saliera de sentido, y dijole:

—¿Cómo puede eso ser, que el caballero verdaderamente era doncella?

—No creo yo que era sino algún pecado que por me escarnecer vino a mi tierra. No sé qué consejo me tome para tomar emienda de tanto daño.

Y diciendo esto se quiso matar con su propia espada si no fuera por aquel caballero, que se la quitó. Y esto hacía el duque más por la pérdida del caballero que no de la de su hermana, ca no sentía deshonra alguna, sino el dolor que en su corazón tenía. Decía a grandes voces que le diesen consejo de lo que debía hacer, y muy presto; si no, que tomaría la muerte con sus proprias manos. Aquel caballero, que muy sesudo era, le dijo:

—Señor, no conviene a una persona como vos hacer los semejantes llantos.

Como aquel caballero que él tanto amaba esta palabra le dijo, fue con tanto dolor y angustia y tristeza atribulado, que el espíritu le falleció, por manera que sin sentido cayó en el suelo, y de allí lo tomaron y lo echaron encima de un lecho, donde estuvo por una pieza perdida su habla. Pero ya después que en sí tornó comenzó un esquivo y doloroso llanto, llorando agramente la pérdida del Caballero de las Coronas juntamente con la de su hermana.

En este tiempo entraron en la cámara muchos de los caballeros del duque, y como tal lo vieron fueron muy espantados, y sabida la causa de su esquivo llanto,

⁴⁰³ 1587: ‘tubado’ (233r).

⁴⁰⁴ 1587: ‘dormia’ (233r).

todos entraron en consejo de lo que sobre tal caso se debía hacer. Como ya el duque estuvo con algún reposo, aquellos caballeros le dijeron que mandase su merced lo que servido fuese, que aparejados estaban para poner las vidas por su servicio. El duque se lo agradeció, y les dijo:

—No sé qué consejo tome; que el Caballero de las Coronas es tal que se sabrá bien librar de ciento que contra él fuesen, cuanto más que ya llevan gran ventaja, que ha gran tiempo que de aquí son partidos. Lo que a mí me parece es que será bien dejallos ir su camino, que no creo yo que tardará mucho tiempo en saber en qué parte están.

Esto decía el duque por que el Caballero de las Coronas no recibiese daño, y no tenía pena ninguna por la pérdida de su hermana porque sabía que yendo en poder del Caballero de las Coronas ella no habría de recibir deshonra; que si el caballero llevó consigo a su hermana, hízolo por se ver en libertad. Y pensando en el su gran señorío, que era el ducado de Fonteguerrera, y asimismo esperaba ser rey de Pasamar después de los días del rey que a la sazón reinaba (que era hermano de su padre del duque y no había otro sucesor sino él), pues él consideraba entre sí mismo que quienquiera que aquella doncella fuese, ternía por bien de le tomar por marido. Estos pensamientos le dieron algún reposo, y mandó que dejasesen hacer a la Fortuna y que ninguno no se moviese para ir tras ellos; todos dijeron que harían su mandado. Y así lo dejaremos hasta su tiempo, por contaros lo que a la infanta Minerva acaeció.

Dice la historia que yendo la infanta Minerva y su compañía su camino, que anduvieron doce días sin aventura hallar que de contar sea. Duante iba muy maravillada de ver al Caballero de las Coronas que palabra alguna de amor nunca le decía, pero ella le amaba tanto, que con gozar de su vista iba muy contenta. Acaeció que yendo un día a hora de vísperas por un camino vieron venir un caballero por una falda de una floresta grande y hermoso; traía unas ricas y lucentes armas todas sembradas de unas esperas⁴⁰⁵ de oro, en su compañía traía solamente un escudero que la lanza le llevaba. Como la infanta Minerva lo vio, mirábale mucho, ca le parecía muy bien. Ella se volvió a su escudero y díjole:

—Beldaín, métete en esa floresta tú y Raduel, porque he mucho deseado de me probar con este caballero; y viéndoos a vosotros, por ventura me conocerá.

Ellos hicieron su mandado. Como el caballero que por la falda de la floresta descendía vio que el caballero había mandado esconder a su escudero y enano, bien vio que lo había hecho por se encubrir, y dijo a su escudero:

—Yo quiero hacer lo mismo que aquel caballero ha hecho: éntrate en esta floresta, que por ventura por ti me conocerán a mí.

El escudero hizo su mandado, y los caballeros siguieron su camino y cuando llegaron el uno cerca del otro saludáronse muy cortésmente; la infanta dijo:

—Señor caballero, si nos quisiéredes decir quién sois a esta hermosa doncella y a mí, haríadesnos muy ledos.

El caballero le respondió:

⁴⁰⁵ Debe aludir a algún símbolo heráldico que no localizo. En *Los amores de Clareo y Florisea*, de Alonso Núñez de Reinoso (Venecia-1552), Felesindos se hace llamar ‘el Caballero de las Esperas Dudosas’ (cap. XXIX).

—Por cierto, señor caballero, si yo a vos y a esa doncella os viese puestos en alguna necesidad por saber quién yo soy, de grado lo diría; pero no habiendo necesidad de lo saber, no entiendo de hacer vuestro ruego.

La infanta le dijo:

—No creo yo que en tan apuesto caballero como lo vos sois habrá punto de desmesura: yo os pido que me digáis quién sois por lo mucho que bien me parecéis.

—Señor caballero —dijo él—, por la fe que a Dios debo que ha muy poco tiempo que cambié mis armas por no ser de nadie conocido. Pues diciéndoos yo quién soy, ya me fuera mejor traer las proprias que antes solía traer.

Duante le dijo:

—Pues conviene que nos lo digáis.

Y volviéndose al Caballero de las Coronas, le dijo:

—Señor caballero, yo no pasaré de aquí sin saber quién este caballero es.

Esto decía Duante por ver a su caballero hacer batalla, que tenía ella pensamiento que todos los del mundo no se le igualaban, tanta era la su gran bondad; y había deseo de le ver hacer batalla con un solo caballero. Como la infanta así oyó hablar a Duante, dijo:

—Ya veis, señor caballero, cómo la voluntad desta doncella es saber quién vos sois. Yo no puedo al hacer sino hacerle todo placer y servicio, ca es mi señora e yo soy su caballero.

—Pues que así lo queréis —dijo el caballero—, comencemos luego nuestra batalla, que por agora yo no he pensamiento de os lo decir.

Y sin palabra hablar se partió el uno del otro y del campo tomaron aquello que hubieron menester y viniérone a encontrar tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas, y el caballero no se movió; la infanta recibió tan grande encuentro que perdió la una estribera, y si no se tuviera al arzón del caballo cayera. Pero como era ligera y viva de corazón, muy presto la tornó a cobrar, y echando mano a las espadas se comenzaron a herir de duros y muy pesados golpes. La infanta era mal espantada de los mortales golpes que recibía, y parecía que en todo el mundo no podía haber más preciado caballero que lo era aquel con quien se combatía. Así anduvieron hiriéndose los dos caballeros una gran pieza. Al cabo deste tiempo se conocía la gran ventaja en el Caballero de las Esperas, de lo cual Duante era demasiadamente triste y no sabía qué hacer de sí; llamábbase malandante en haber sido causa que la batalla se comenzase. En este tiempo ya la infanta traía el escudo partido por medio y las armas rotas por muchas partes, y asimismo la carne, que mucha sangre se le vertía. El Caballero de las Esperas dijo a la infanta:

—Caballero, ya veis el estado en que nuestra batalla está: mucho me pesaría si por cosa tan liviana le diésemos fin. Tened por bien de os ir vuestro camino vos y vuestra doncella, y no tengáis congoja por saber lo no vos tiene pro.

—Señor caballero —dijo la infanta—, ya yo veo que vos lleváis lo mejor de la batalla; pero sed cierto que pasaría por mil muertes antes que perder un punto de mi honra, que grande sería la mi cobardía si yo por temor de la muerte agora en el estado en que estoy dejásemos de dar cima a nuestra batalla. Y pugnad de me herir, que yo pugnaré de me defender si pudiere.

El Caballero de las Esperas fue muy airado, y dijo:

— Para Sancta María, la batalla no deje hasta que yo en ella pierda la vida o vos, don caballero, la perdáis.

Y así, se comenzaron a herir como de principio. El Caballero de las Esperas fue herido en la pierna siniestra de una llaga que le hacía harto enojo; él comenzó a herir al caballero de muchos y muy pesados golpes. El Caballero de las Coronas se vio en gran peligro, y dijo:

— Señor caballero, mi caballo siento que me fallece: si lugar me diésedes para que lo dejase, agradecerloslo hía.

El Caballero de las Esperas le dijo:

— No solamente os daré lugar para que lo dejéis, mas dejaré yo también el mío.

Y diciendo esto, luego dejaron sus caballos. La infanta decía en su corazón: «Sin falta éste es el mejor caballero que hoy es en el mundo, así en bondad de armas como en medida». Como a pie fueron, diéronse muy gran priesa a herir, como aquellos que habían gana de dar fin a su batalla. El Caballero de las Esperas hería tan sin piedad a la infanta, que ya ella se tenía por muerta, y dijo:

— ¡Oh Dios de los cristianos, y líbrame de las manos deste caballero, que yo te prometo de me tornar a tu sancta fe, pues veo las mercedes que haces a los que te sirven!

Como el caballero esto le oyó decir, detuvo su espada y dijo:

— Caballero, paréceme que no sois cristiano. Y por la palabra que os he oído decir yo quiero dejar la batalla y salir della con igual honra.

— No ha de ser así —dijo el Caballero de las Coronas—, sino que nuestra batalla ha de haber fin.

— Pues que así lo queréis —dijo el caballero—, yo juro por la fe que a Dios debo de no haber merced de vos.

Duante hacía gran duelo por su caballero, y rogábales muy ahincadamente que la batalla dejasesen. En este tiempo el Caballero de las Esperas dio tan gran golpe encima de la cabeza al Caballero de las Coronas (que como había perdido mucha sangre andaba ya muy desvanecido), que dio con él en el suelo sin sentido alguno; el Caballero de las Esperas fue sobre él por le cortar la cabeza. En este tiempo vieron venir una doncella por el camino a muy grande andar, y como junto a los caballeros llegó, dijo en alta voz:

— ¡Ay señor Caballero de las Esperas, miémbreseos que me otorgastes un don estando en el monte Sarcino con alguna necesidad de un pequeño servicio que yo os hice!

El Caballero de las Esperas miró a la doncella y conoció que era aquélla, la que el don le había pedido, y díjole:

— Señora doncella, yo os conozco. En dando la muerte a este caballero haré vuestro mandado.

— No quiero yo que sea así —dijo la doncella—, ca sabed que el don que me otorgastes es dar la vida después de Dios a ese caballero que ante vos tenéis.

— ¡Ay doncella —dijo el caballero—, y cómo me habéis hecho triste en mandarme que no dé la muerte a este caballero que la muy bien merece, ca muchas veces le rogué que nuestra batalla dejásemos y nunca lo quiso aceptar por me dar enojo!

— ¡Ay señor caballero —dijo la doncella—, que cuanto sois agora triste por no se la haber dado, seréis alegre cuando viéredes quién es, y me daréis muchas gracias por el afán que en este camino yo he tomado!

— Quienquier que sea, él me ha hecho mucho enojo.

— Quítese toda ira de vuestro corazón y mandad quitar el yelmo a ese caballero.

El Caballero de las Esperas se humilló, y cortándole los lazos del yelmo se le quitó. Cuando él entendió que el caballero era la infanta Minerva, dijo en alta voz:

— ¡Sancta María, valme, y qué gran daño ha venido al mundo por mi propia mano! ¡Oh mi señora Minerva, que muero con pesar!

Ella estaba sin sentido, de los grandes golpes que había recibido, y no la podían tornar. En este tiempo salieron los escuderos de la floresta; cuando el Caballero de las Esperas vio a Beldaín, díjole con gran dolor:

— En mal punto, Beldaín, te escondiste, que si tú con mi señora vinieras, ni ella estuviera en el punto que está ni yo recibiera el dolor que mi corazón siente.

Beldaín, que grandes llantos estaba haciendo de ver a su señora en tal punto, dijo:

— ¡Ay señor caballero, por merced que me digáis quién sois. ¿Si por ventura es algún amigo de mi señora?

El Caballero de las Esperas se quitó el yelmo y fue conocido por Beldaín ser el príncipe don Cristalián. Beldaín le dijo:

— ¡Ay mi señor, y qué mala ventura ha sido la de mi señora venir a caer en las vuestras manos!

— Amigo Beldaín —dijo don Cristalián—, tanto pesar tengo yo dello como lo tú tienes.

En este tiempo tornó la infanta en su acuerdo, y como abrió los ojos conoció a don Cristalián y dijo:

— ¡Ay mi señor, y cuán bienaventurada se puede llamar la mi muerte si con las heridas que de vuestra mano recibí me viene!

— ¡Ay mi señora Minerva —dijo don Cristalián—, y por Dios perdonadme si contra vuestra persona real yo he errado!

— Si yo daño de vos, mi señor, he recibido, yo por mi voluntad me lo tomé. Yo soy la que debo de demandar perdón, pues soy la que os acometí; aunque si yo fuera persona en quien algún conocimiento hubiera, clara cosa era conocer yo vuestros duros y pesados golpes, pues que otra vez mis carnes han sentido los filos de vuestra espada.

— No hay cosa que más atormente mi corazón —dijo él— que venirme a la memoria los yerros que contra la vuestra merced he cometido.

En esto llegó Raduel a besar las manos a su señor, y díjole:

— Agora yo, mi señor, me quiero sufrir, pues veo que no hay tiempo para más. Y diciendo esto se apartó.

Capítulo CI

De cómo Duante supo quién era el Caballero de las Coronas y de cómo la llevaron a la princesa Penamundi.

DON Cristalián tomó en sus brazos a la infanta, y quitándole las armas, la doncella que el don le había pedido le apretó las llagas. En todo este tiempo que oído habéis que llegó la doncella del Monte Sarcino hasta la hora que las llagas apretaban a la infanta estuvo Duante tal como muerta; en el principio lo estaba en ver a su caballero al punto de la muerte, y después de ver que aquel que tanto amaba era doncella pensó morir con pesar; y tanta era la angustia que su corazón sentía, que jamás cesaba de llorar muy agramente maldiciendo su ventura porque tan contraria le había sido, y torcíase las manos con el gran dolor que en sus entrañas tenía. Llámabase triste y escarnida, diciendo:

—¡Ay captiva, y en qué posesión me terná aquella doncella viendo la poca mesura que contra ella tuve pensando que era caballero! ¡Ay de mí —decía ella—, que no hallo conhorte para tan gran yerro cono he cometido!

Sabed que como a la infanta Minerva acabaron de apretar las llagas ella miró por Duante, y como la vio hacer tan gran duelo pesole mucho, y dijo a don Cristalián:

—¡Ay mi señor, mucho os ruego que aconhortéis aquella doncella, que es de alta guisa y por ella soy hoy libre, ca era presa en poder del Duque de Fonteguerera su hermano! Y sabed, mi señor, que ella tuvo pensamiento que yo era caballero, y hasta el punto en que estamos ella no supo otra cosa. Yo, mi señor, la saqué de casa del duque su hermano, y si Dios a mí la vida no me quita, tengo de hacer por ella como si mí propia hermana fuere.

Don Cristalián entendió muy bien a la infanta Minerva, y dijo a Libanor y Beldaín que la pusiesen en un palafrén lo mejor que pudiesen, y él se fue para donde Duante estaba haciendo su duelo, y como a ella llegó, díjole:

—Mi señora, no tenéis razón de ser triste.

—¡Ay señor caballero —dijo Duante— cómo yo sostengo la vida os maravillad, ca soy la más malandante doncella de cuantas nacieron! ¡Ay de mí, que soy escarnida entre todas las doncellas! Vos, mi señor, me dad licencia, que yo me iré a perder por el mundo adonde nunca parezca, ca yo no merezco vivir entre gentes, según la mi mala ventura.

—Señora doncella —dijo don Cristalián—, cese vuestro llanto, y pensad que en siendo en el poder de tan alta doncella como la infanta Minerva lo es, que ella os dará el galardón de lo mucho que por ella habéis hecho.

—El día que yo la vi fue para mí muy triste.

—No consentiré yo que eso se diga —dijo don Cristalián—. que por ventura será el más venturoso de cuantos viviéredes; y esto digo porque no solamente la infanta Minerva os servirá, pero yo y todos sus amigos os ternemos en aquella reverencia que vuestro estado merece.

— ¡Ay señor caballero, parécmeme que me han dado algúñ conhorte las palabras que ante mí habéis dicho! Mucho os ruego que me digáis quién sois, pues tanto conocimiento tenéis con la infanta Minerva.

— Mi señora —dijo él—, yo soy don Cristalián de España.

— ¡Ay mi señor —dijo Duante—, la vuestra merced me perdone si contra vos he errado en no os hacer aquel acatamiento que a vuestra persona se debía! Y pues yo en poder de tales personas estoy, no me quiero quejar de mi ventura.

— Vámonos —dijo don Cristalián—, que la infanta Minerva es mal herida.

— Vamos —dijo Duante.

Y así, movieron contra donde la infanta estaba, que la habían puesto en un palafrén, y su escudero Beldaín tras della por que más descanso tomase. La infanta dijo como mejor pudo:

— ¡Oh mi señora Duante, perdonadme si en algo os he errado! Y sed vos, mi señora, muy cierta que yo os daré tal caballero por marido, que para siempre seáis alegre; y no consentiré, si la vida no pierdo, que punto de tristeza se aposente en vuestro corazón. Y por agora no quiero más decir, que me fallecen las fuerzas.

Y así, movieron su paso a paso, por que la infanta no recibiese pena, y anduvieron toda la parte del día que les quedaba. Ya cuando la noche vino llegaron cerca de un castillo, adonde la infanta fue curada, y asimismo allí se tornó cristiana. La doncella de Membrina dijo a don Cristalián que si la su merced le daba licencia, que ella le quería luego partir para la Ínsula de las Maravillas, que asaz se había detenido. Don Cristalián le dijo:

— Señora doncella, pues que de la vuestra estada en esta tierra se sacó tan buen fruto, es mucha razón que se dé por muy bien empleada.

Y luego llamó a Libanor y díjole que diese a la doncella una joya de las que consigo traía; Libanor hizo su mandado. La doncella besó las manos a don Cristalián, y así, se despidió dél, el cual le dio las saludes para su señora; ella le dijo que en todo haría su mandado, y besando las manos a la infanta y a Duante se despidió de la dueña señora del castillo y subió en su palafrén y tomó su camino para la Ínsula de las Maravillas, y en todo él no le avino cosa que se lo estorbase. Y así, llegó a la ínsula, y cuando su señora la vio venir preguntóle por el príncipe don Cristalián; la doncella le dio muy buenas nuevas dél, y le dijo cómo la infanta quedaba buena.

— A Dios merced —dijo Membrina— que tan bueno fue el camino que tú has andado, pues tanto bien se siguió dél; que verdaderamente puedes creer que si don Cristalián matara a la infanta, que él muriera con pesar.

Mucho holgó Membrina de todo lo que la doncella le contó.

Capítulo CII

De cómo yendo don Cristalián su camino con la compañía que ya oístes topó un caballero y de lo que con él pasó, y asimismo cuenta cómo llegaron en Persia.

COMO la doncella de Membrina salió del castillo de la dueña, la infanta Minerva tomó por la mano a don Cristalián y díjole:

—Mi señor, aconsejadme qué haré desta doncella, ca sabed que yo la querría mucho honrar, que ella por su persona merece todo bien, dejando lo mucho que por mí ha hecho.

Don Cristalián le dijo:

—Señora Minerva, lo que a mí me parece que se debe hacer es que vos, mi señora, os partáis luego con esa doncella para la corte del emperador, y allí la dejaréis por algunos días en compañía de la princesa Penamundi, que todos la serviremos y honraremos como es mucha razón. Aquí no se puede hacer otra cosa por agora.

La infanta se tuvo por bien aconsejada, y dijo que así lo haría como él se lo decía.

—Y luego me quiero partir; por eso, ved qué mandáis para la princesa.

Don Cristalián le dijo:

—Señora, yo sé que la princesa se enojará, y esto será para mí la misma muerte, porque no voy en la vuestra compañía.

—Así es la verdad —dijo la infanta—. Yo no seré cierto tan bien recibida como lo fuera yendo la vuestra merced comigo. Vos, mi señor, podéis y es en la vuestra mano hacerme a mí merced y dar a la princesa alegría y contentamiento.

—¿Cómo podrá eso ser? —dijo don Cristalián.

—Yo os lo diré. Vos, mi señor, os iréis en la nuestra compañía hasta cerca de Larenta, y por amor desta doncella que con nós llevamos, de allí os podéis despedir y decir que os vais adonde la ventura os guiare; y fuera de la ciudad os aposentaréis y secretamente veréis a la princesa. Yendo desta manera, muy poco tiempo os podéis detener. A mí haréis alegre, y a la princesa contenta.

Tantas cosas supo decir la infanta a don Cristalián, que lo convirtió a llevarlo consigo, y luego para otro día se concertó la partida, y así, pasaron aquel día con mucho placer; luego se fueron a dormir. Y venida que fue la mañana, todos se levantaron, y don Cristalián y la infanta se armaron salvo las manos y la cabeza, y así se fueron a oír misa, y como fue acabada, todos fueron luego a caballo y tomaron su camino para el imperio de Persia. El príncipe don Cristalián dijo a la infanta:

—Mucho quisiera oír las razones enamoradas que la vuestra merced a esta señora decía.

A Duante le vino una color al rostro en oír hablar en lo que ella con la infanta había pasado; la infanta le dijo:

—Mi señor, miémbreseos que alguna vez estuve yo ante vos cuando las semejantes razones hablábades; pues no soy yo de tan poco sentido que algo no

había de aprender. Sed cierto⁴⁰⁶ que algo supe, pues mi señora Duante me recibió por su caballero.

En esto y en otras cosas de pasatiempo iban hablando, y caminaron bien seis días sin que en el camino les acaeciese cosa que de contar sea. Al septeno día, yendo a hora de prima, vieron venir un caballero armado de todas armas encima de un hermoso caballo. Don Cristalián lo miró y semejole muy bien, y como el caballero a él llegó, saludáronse muy cortésmente. El caballero dijo a la infanta Minerva (que más cerca della se halló):

—¿Por ventura sabránme en esta compañía decir de un caballero en cuya demanda yo ando?

La infanta Minerva le dijo:

—Decidnos, ¿quién es ese caballero?

—Ha nombre don Cristalián de España, si lo habéis oído decir.

Decidnos quién sois —dijo la infanta—, y por ventura aquí os daremos nuevas dél.

—Yo he nombre Liramante, soy rey de Siria.

Como la infanta Minerva entendió quién el caballero era, díjole:

—No es razón que a persona que aquí tanto se quiere se le niegue cosa alguna.

En aquel tiempo llegó don Cristalián y dijo:

—Mi señor Liramante, veis aquí vuestra servidor y amigo don Cristalián.

Como Liramante tan buenas nuevas oyó, dijo:

—A Dios merced que tan buena ventura hoy me ha dado. ¡Oh mi señor don Cristalián, y cuánto tiempo ha que deseo la vuestra vista, que grandes nuevas tengo del infante Lucescanio vuestro hermano!

—Contádnoslas —dijo don Cristalián—, que mucho ha que dél no supe.

—Pues vos, mi señor, sabréis que ha hecho grandes maravillas en la tierra del Gran Turco. Allí acabó una aventura y ha hecho cosas estrañas, que por aquellas partes no se habla de otra cosa sino en la su gran bondad.

Mucha fue el alegría que al corazón del príncipe don Cristalián llegó cuando oyó decir los grandes hechos en armas que el infante Lucescanio había hecho.

—Decidme, señor Liramante, ¿cómo sois rey de Siria? ¿Qué fue del rey vuestro padre?

Liramante, sospirando, dijo:

—Un caballero vasallo suyo le mató.

Mucho fue espantado don Cristalián de oír tal ventura, y dijo:

—¿Qué emienda tomastes de quien tal traición cometió?

—El infante Lucescanio la tomó, y tal, que para siempre quedará memoria.

Allí contó Liramante todo lo que oído habéis que el infante en el reino de Siria hizo en venganza de la muerte del rey Tinablante. Mucho le pesó al príncipe don Cristalián de la muerte del rey, y dijo a Liramante:

—¿Cómo venís por estas partes dejando el reino de Siria sin señor?

—¡Ay mi señor don Cristalián, que fuerza de amor me sacó de mi tierra!

⁴⁰⁶ 1587: ‘cierco’ (236r).

—Otras cosas más fuera de razón hace hacer esa enfermedad —dijo don Cristalián—. Mucho holgaría que me dijésedes quién es aquella doncella que vós tanto amáis que os hace dejar vuestro señorío y venir por estas tierras estrañas.

—Mucho más merece —dijo Liramante— que por su servicio se haga. Sabed, mi señor, que la doncella que yo amo es la princesa Monteclara de Marmantia, doncella de gran hermosura.

—Pues que así es, todo vuestro trabajo es bien empleado. Mucho os ruego que me digáis adónde podré hallar al infante Lucescanio mi hermano.

—No lo sé —dijo Liramante—, ca sabed que ya él sabe adónde están los padres de Bellaestela.

—Mucho soy ledo en oír esas nuevas —dijo don Cristalián.

—Vos, mi señor, sabréis que el rey del Monte Libeo y la reina Pardabela están encantados en los Campos de Varas, adonde el río de Oriás entra en la mar.

—Grandes nuevas son éas para mí —dijo don Cristalián.

Liramante le dijo:

—Sed muy cierto, mi señor, que andando el infante Lucescanio en esta demanda ha hecho grandes maravillas.

—Ya pluguiese a Dios —dijo don Cristalián— que la hubiese acabado; siquiera seríamos ciertos que él ternía algún reposo.

—Ya no puede mucho tiempo tardar que cima no le dé, pues sabe adónde y en qué parte están encantados.

—Vos decís gran verdad —dijo don Cristalián.

Liramante le rogó muy ahincadamente que tuviese por bien de le decir quién era aquel caballero y aquella doncella que llevaba en su compañía.

Don Cristalián le dijo:

—De grado os diré lo que deseáis saber. El caballero es la infanta Minerva, y la doncella es hermana del duque de Fonteguerrera. Y quiero daros unas nuevas porque sé que os holgaréis de las saber, y son que la infanta Minerva ya es cristiana.

Estrañamente fue ledo Liramante en oír aquellas nuevas, ca todos los que la conocían no habían otro deseo sino de la ver en el verdadero conocimiento; el rey Liramante se llegó a ella y le dijo:

—Mi señora Minerva, con más razón que hasta aquí somos todos obligados de os servir, pues dejastes la mala seta que teníades.

—No me pesa —dijo la infanta— sino porque fue tarde.

—A Dios merced —dijo el rey—, que comoquiera que ello sea está muy bien hecho, y es razón que sobre todos cuantos armas traemos tengáis mando y señorío.

La infanta se le humilló por la honra que le daba. El rey Liramante dijo a don Cristalián que si mandaba que se fuese en su compañía.

—No —dijo él—, sino que vais vuestro camino, que de mala gana iríades con nós torciendo el camino que vuestra voluntad lleva. Nós vamos con esta doncella a la poner en compañía de la princesa Penamundi.

—Pues que así es —dijo el rey Liramante—, yo quiero hacer vuestro mandado y no dejar el camino que llevo, que es del reino de Marmantia. Por tanto, vea la vuestra merced qué me manda.

El príncipe don Cristalián y la infanta Minerva lo encomendaron a Dios. Don Cristalián y su compañía anduvieron sin topar cosa alguna que el camino les

quitase. Cuando fueron cerca de Persia, don Cristalián, por amor de Duante y por que no sintiese cosa alguna de su hacienda allí, ya que las dejaba cerca del imperio de Persia dijo que él se quería ir por el mundo a buscar las aventuras. La infanta le respondió:

—No puede dejar de nos pesar dello, pero habrémonos de sufrir, pues que esa es vuestra voluntad.

Luego se despidió de Duante, y a ella le pesó mucho de lo ver partir, por cuanto era muy pagada de la su buena apostura. Ella y la infanta Minerva lo encomendaron a Dios, y así, partió dellas y tomó otro camino que a la mano derecha se partía. Ellas siguieron el suyo. Raduel quisoirse con su señor, mas él le dijo que no se quitase por entonces del servicio de la infanta Minerva.

—Hacer me conviene lo que me mandáis —dijo Raduel.

Y a pocas jornadas fueron cerca de la ciudad de Larenta, adonde a la sazón el emperador estaba. Raduel el enano dijo a la infanta Minerva:

—Si vos fuésedes tal que me diésedes licencia para que yo fuese a la ciudad de Larenta antes que vós a ella fuésedes, mucho os lo agradecería.

—Hágase lo que quisieres —dijo la infanta.

—Agora os digo —dijo Raduel— que no me pesa por haber venido en vuestra compañía.

Y diciendo esto dio del azote a su palafrén a gran priesa, y tanto anduvo hasta que fue en la ciudad; y fuese al palacio del emperador, y como en la sala entró y fue de todos conocido, el emperador le dijo:

—Ven acá, Raduel, ¿qué nuevas traes?

—Buenas —dijo él—, pues acá vengo vivo y sano.

—Agora me cuenta lo que por allá te ha acaecido.

—¿Qué más queréis —dijo Raduel— que me haya acaecido, sino que traigo nuevas a la princesa cómo su amiga la infanta Minerva es tornada cristiana?

—Ven acá, Raduel —dijo el emperador—, que ésas, grandes nuevas son. Agora nos di cómo le avino, pues que tanto bien la quiso Dios.

—Avínole cosa —dijo Raduel— por donde aína perdiera la vida.

—¿Qué fue? —dijo el emperador.

—Una muy cruda y peligrosa batalla que hubo con don Cristalián.

—Grandes maravillas me cuentas —dijo el emperador—. Y ¿cómo fue eso?

—No sé conociendo el uno al otro, que entrablos llevaban las armas cambiadas; y avínole tan mal a la infanta, que por poco perdiera la vida, y como en tal punto se vio, prometió a Nuestro Señor de se tornar cristiana si de las manos de don Cristalián la libraba. Ella que estaba a punto de perder la cabeza, heos aquí una doncella y demandole un don que don Cristalián le había otorgado en el Monte Sarcino; y el don fue que no quitase la cabeza a la infanta. Mucho le pesó a don Cristalián cuando la doncella se lo pidió, pero más le pesara si le cortara la cabeza.

—Raduel —dijo el emperador— tú nos has contado grandes nuevas.

—Pues que así es —dijo Raduel—, deme vuestra majestad licencia para que las vaya a dar a la princesa.

—Ve —dijo el emperador—; pero antes nos di, ¿adónde dejas a don Cristalián y a la infanta?

— A don Cristalián no lo sé — dijo el enano —; pero deciros he adónde es la infanta, que creo que es en la ciudad de Larenta.

— Ella venga en buena hora — dijo el emperador.

Y así, se entró Raduel al aposento de la princesa, y cuando ella le vio, fue tanta la su alteración, que no sabía de sí. La infanta Sandalina le dijo:

— ¿Qué es esto, mi señora? ¿Cómo tomáis tanta alteración sin saber nuevas?

— ¡Ay señora — dijo la princesa —, que no es más en mi mano! Ven acá, Raduel, dime qué nuevas me traes.

Raduel le dijo:

— Las primeras son hacer saber a vuestra alteza cómo la infanta Minerva es tornada cristiana; las demás, ella queda ya en la ciudad y os las dirá, que tengo pensamiento que holgaréis más con ellas que conmigo.

Mucho se rio la princesa en oír a Raduel. Él les contó todo cuanto oído habéis que al emperador dijo, de lo cual fueron muy espantadas. La princesa dijo a la infanta Sandalina:

— ¿Qué os parece si tal desastre acaeciera que don Cristalián cortara la cabeza a la infanta? Jamás se me figura que tomara punto de alegría. Pero Dios lo hizo, no como nosotras lo merecemos, sino como quien Su Majestad es.

En este tiempo envió el emperador a decir a la emperatriz y princesa que se saliesen al palacio a recibir a la infanta Minerva; ellas hicieron su mandado. El emperador les dijo:

— ¿Qué os parece que grandes nuevas son las que Raduel nos ha traído?

— Mucho soy leda — dijo la princesa — en saber que la infanta es tornada cristiana.

La emperatriz, que inocente estaba de oír aquellas nuevas, fue muy leda, y dio muchas gracias a Dios porque a la infanta había traído a verdadero conocimiento. Estando hablando en esto y en otras cosas entró la infanta Minerva por la sala llevando de brazo a la hermosa Duante.

Cuando el emperador conoció que aquélla era la infanta, fue tanto el placer que tomó, que se levantó; la infanta hincó los hinojos en tierra por le besar las manos; el emperador no se las quiso dar, antes la abrazó diciéndole:

— Señora Minerva, es tanta la alegría que a todos los que os conocen habéis dado con las buenas nuevas que Raduel nos dio, que jamás cesamos de dar gracias a Dios por la merced que en traeros a tal tiempo os ha hecho.

— Así se las doy yo — dijo la infanta —, y le demandé perdón por el tiempo que lo dejé de hacer.

— Ello fue hecho en tiempo; que verdaderamente vos dais testimonio de católica y buena cristiana, pues estando al punto de la muerte pedistes el sancto bautismo. ¡Oh! Quién mirase en las grandezas y maravillas de Dios, ¿cómo jamás dejaría de le dar infinitas gracias por las mercedes que cada momento nos hace? Vos, mi buena señora, pedisteis socorro en la necesidad que estabades a buen señor, pues tan aparejado estaba para os enviar el remedio de lo que menester habíades. Decidme, ¿quién es esta hermosa doncella que en vuestra compañía viene?

La infanta le dijo:

— Es una hermana del duque de Fonteguerrera, que viene comigo a estar en servicio de la princesa Penamundi

En este tiempo llegó Duante a besar las manos al emperador; él no se las quiso dar, sino levantándola por las suyas, le dijo:

—Señora doncella, vos seáis la bienvenida a esta tierra. Vos seréis aquí muy honrada, ca lo merecéis vos por ser hija y hermana del duque de Fonteguerrera, que es uno de los grandes señoríos sin título de rey que yo sé; y después por quien aquí os ha traído, que es persona de quien todos hacemos mucha cuenta.

Duante besó las manos al emperador por las mercedes que le hacía, y asimismo las fue a besar a la emperatriz; ella la abrazó y le dijo:

—Amiga, tal os dé Dios la ventura cual os dio la compostura de vuestro gesto y cuerpo.

Duante se le humilló y luego fue a la princesa, la cual como ante ella se vio, fue tan espantada de la su estraña hermosura, que estaba como atónita mirándola, y daba en su corazón muchas gracias a Dios que tal había criado. Como Duante se humilló ante ella por le besar las manos, la princesa las tiró afuera, y tomándola por las suyas la hizo sentar y le dijo:

—Por cierto, Duante Guerrera, yo no sé la causa de vuestra venida; pero mi corazón siente demasiada alegría con la vuestra vista.

—La mi venida a servir a vuestra alteza es la más estraña que se nunca oyó, y cuando fuere tiempo la vuestra merced la sabrá.

Luego llegó la infanta Sandalina, y habló a Duante con tanta gracia, que ella se tenía por bienandante en haber salido de casa del duque su hermano, pues Dios la había traído en parte adonde tanta cuenta della se hacía, siendo tan grandes señores. En este tiempo fue la infanta desarmada y cubierta un rico manto que el emperador le mandó dar, y luego fue a besar las manos a la princesa. Ella, cuando ante sí la vio, la abrazó tan de corazón, que bien mostraba la voluntad que le tenía. La infanta le dijo (que ninguno lo pudo oír):

—Más favor merezco de lo que vuestra alteza me da.

Mucho fue leda la princesa en oír aquello a la infanta, la cual le dijo:

—Mi señora, si yo algún servicio a la vuestra merced en esta vida he hecho, agora es venido el tiempo en que conoceré la voluntad que de hacerme mercedes tenéis en favorecer y honrar más que a mí a esta hermosa doncella; que sed vos, mi señora, cierta, que por ella después de Dios tengo la vida.

—Mis obras —dijo la princesa— darán testimonio de lo que yo os deseo honrar.

La infanta le besó las manos y se levantó y llegose a hablar a la infanta Sandalina. En este tiempo el emperador llamó a la infanta Minerva, y la hizo sentar cabe sí diciéndole:

—Decidme adónde queda don Cristalián y lo que después que de aquí salistes os acaeció.

La infanta le dijo:

—Don Cristalián y yo nos partimos a la Cruz de las Aventuras, y cada uno de nós fue por su camino. De lo que a mí me acaeció yo bien sabré dar cuenta, y asimismo de lo que a don Cristalián le avino, porque me lo él contó agora, cuando desconociéndole por las armas que cambiadas traía, con él me encontré y hubiérame de costar la vida.

Allí contó la infanta Minerva todo lo que oído habéis que a don Cristalián acaeció. Mucho fueron espantados de oír la aventura de la torre encantada, y todos

cuantos en el palacio estaban decían que mientras don Cristalián por el mundo anduviese no había de haber otro nombre sino «Mengua de caballeros», por razón que todos andaban amenguados y abiltados⁴⁰⁷ no haciendo cosa alguna. La infanta Minerva dijo:

—Son tan grandes las maravillas que Liramante de Siria nos contó en este camino que el infante Lucescanio su hermano por el mundo ha hecho andando en la demanda de los padres de Bellaestela, que es cosa muy estraña de las oír.

La princesa le dijo:

—¿Por ventura sabe ya él quién es Bellaestela?

—Sí —dijo la infanta.

—Decídnoslo —dijo la princesa—, que gran deseo tengo de lo saber.

—Es princesa del Monte Libeo. El rey y la reina sus padres están encantados en los Campos de Varas, adonde el río de Orías entra en la mar.

—Yo os digo —dijo el emperador— que esa princesa es hija del mayor señor que hay en aquellas partes.

—Vuestra majestad sabrá —dijo la infanta— que el infante Lucescanio es otro don Cristalián.

—No sé qué te diga —dijo él—, sino que el emperador Lindedel su padre es más en cargo a Dios que otro en le haber dado dos tan preciados caballeros por hijos; gran cosa es pensar en ello, que de todo el mundo estos dos sean luz y espejo de toda la caballería. Bienaventurado y bien afortunado se puede llamar el padre que tan preciados hijos engendró.

Capítulo CIII

De cómo el príncipe don Cristalián vio a su señora la princesa y de la grande alegría que con su vista recibió.

EL emperador y todos los altos hombres del palacio estuvieron hablando en las maravillas que aquellos dos caballeros por el mundo andaban haciendo; la emperatriz dijo a la infanta Minerva:

—Decidme, ¿adónde dejáis al príncipe don Cristalián?

—No lo sabré decir —dijo la infanta—, por cuanto él se partió de nós y no dijó hacia qué parte iba.

—Mucho lo hizo mal —dijo la emperatriz— en no se venir en la vuestra compañía.

—No lo pudo él hacer —dijo la infanta— porque había qué hacer en otra parte, y era cosa que no la podía escusar.

—Yo así lo creo —dijo el emperador.

En esto y en otras cosas estuvieron hablando hasta que fue tarde, que la emperatriz y la princesa se fueron a su aposento. La princesa llevó consigo a la infanta Minerva y a Duante, y como en el aposento de la emperatriz se vio, luego

⁴⁰⁷ Infamados.

se despidió della y se fue a su cámara llevando consigo la compañía que ya oístes. Tomó por la mano a la infanta Minerva y asentáronse en su estrado; la infanta Sandalina tomó consigo a Duante, por dar lugar a la princesa que con la infanta pudiese hablar. La princesa le dijo:

—¡Ay amiga! Y ¿qué nuevas tengo de don Cristalián?

—Mucho son buenas —dijo la infanta—, pues esta noche le ternemos en esta cámara.

Cuando la princesa tales las oyó, ¿quién podrá contar el alegría que en su hermoso rostro mostró?, y abrazando muchas veces a la infanta, decía:

—¡Ay señora Minerva! Y ¿con qué podré yo pagaros lo mucho que por mí hacéis?

—Yo os lo diré —dijo la infanta—: con hacer del todo las mercedes que don Cristalián merece.

—Mucho hago por él —dijo la princesa—. Por agora no me pidáis más de lo que hasta aquí he hecho.

—Yo —dijo la infanta— no pido nada; pídalo quien dello desea gozar.

La princesa le dijo:

—Por amor de Dios que no comencéis vos desde agora a importunarme. Baste la que yo entiendo tener si Dios a don Cristalián ante mis ojos me trae.

La infanta le dijo:

—Yo quiero callar, pues me lo mandan.

—Cuanto en lo que toca a esto quiero que calléis —dijo la princesa—, pero no en lo demás, ca mucho deseo tengo que jamás ceséis de contarme cómo os avino con don Cristalián y de lo que él sintió cuando os conoció, viéndoos tan mal herida de su propia mano.

—Eso yo no lo sabré decir —dijo la infanta—. Harto fue el pesar que mostró; pero sé deciros que yo me tuve la culpa de mi daño, por cuanto tenía yo presunción de lo vencer o pasar por la muerte, y con este pensamiento no sentía los grandes golpes que recibía.

—Mucho soy espantada de vuestro gran ardimiento.

—Dejemos esta habla y entendamos en lo que más nos va, que es buscar manera como don Cristalián venga esta noche y no salga de aquí hasta que la su partida sea.

—¿Cómo? —dijo la princesa—. ¿Tan poco tiempo piensa estar en esta tierra?

—Él estará lo que vuestra merced le mandare.

—Mucho me pesará —dijo la princesa—: si no quiere que el emperador le vea, señal es que la su estada en esta tierra será poca.

—Eso no lo sabemos —dijo la infanta—. No creo que él saldrá de vuestro mandado en eso y en todo lo demás que mandar le quisieredes.

—Pues ¿qué manera terná para venir? —dijo la princesa.

—Yo no veo otra —dijo la infanta— sino que vuestra alteza diga que esta noche quiere cenar en su cámara; y esto digo por que la venida de don Cristalián sea mientras el emperador cena, que todos los del palacio están ocupados.

—Muy bien lo habéis dicho, pero ¿qué faremos de Duante?

—Aquel tiempo —dijo la infanta— sáquela la infanta Sandalina de vuestra cámara, que después se podrá tornar.

—El día que vós nacistes sea bendito, que tanto saber con vos nació. Mucho bien está concertado. Y ¿adónde lo hallaréis? —dijo la princesa.

—No muy lejos de aquí —dijo la infanta—. Por ventura estará en el palacio.

—Guíelo Dios —dijo la princesa— por manera que de nadie sea sentido.

—Sí guiará —dijo la infanta.

En esto estuvieron hablando gran pieza. Luego entró un doncel en la cámara de la princesa y díjole cómo ya la emperatriz quería cenar.

—Dile —dijo la princesa— que su majestad cene sin mí esta noche, que yo aquí quiero cenar sola con la infanta Minerva.

Y con esto se fue el doncel, y la emperatriz lo tuvo por bien. Como el doncel fue salido de la cámara de la princesa ya era tarde. La infanta Minerva dijo alto (que Duante lo pudo oír):

—Vuestra alteza me dé licencia, porque yo quiero ir a hablar a Beldaín mi escudero.

—Pues sea luego la vuelta —dijo la princesa.

La infanta le respondió que así lo haría.

—Pues mirad que os aguardaré para cenar.

—Yo volveré luego —dijo la infanta.

Y así, salió de la cámara. La princesa dijo a la infanta Sandalina que mientras la infanta Minerva volvía, que sacase a Duante al aposento de las otras doncellas por que tomase algún placer. La infanta Sandalina que no era nada mal entendida, conoció luego lo que era, y tomando por la mano a Duante la sacó de la cámara y la llevó adonde le pareció que algún tanto se deternía, y dejala en poder de las otras doncellas y ella se volvió diciendo que la princesa quedaba sola; y como en la cámara entró, díjole la princesa:

—Señora Sandalina, ¿adónde dejáis a Duante?

—Ella queda bien ocupada —dijo la infanta—. Dígame vuestra alteza, ¿qué nuevas tenemos de don Cristalián.

—No sé deciros —dijo la princesa— sino que esta noche lo veremos aquí, si Dios dello fuere servido, que la infanta Minerva es ida por él.

—A Dios merced —dijo la infanta—. Mucho es lo que se⁴⁰⁸ debe a la infanta Minerva.

—Si Dios quisiere —dijo la princesa—, tiempo verná que de todo será pagada.

—Ella lo merece mucho bien —dijo la infanta—, que grande es la voluntad que de serviros tiene.

Estando hablando en lo que oído habéis ya era algo tarde; sintieron pasos por el corredor, ellas estuvieron escuchando y atendieron un poco, y no tardó mucho cuando vieron entrar por la puerta a la infanta Minerva trayendo consigo aquel caballero que tan deseada era la su vista de aquella hermosa princesa. Como don Cristalián entró, luego la puerta de la cámara fue cerrada, y como se vio ante aquella que nació sin par, hincose de hinojos y besole las manos muchas veces. La princesa lo abrazó, y haciéndolo alzar, lo tomó por las manos y le dijo:

⁴⁰⁸ 1587: 'sr (238v).

—No quiero que aquí en mi cámara nos sentemos, por que si alguno viniere no nos oiga hablar. Vamos adelante, y allí estaremos sin pensamiento de ser de ninguna persona oídos.

A las infantas pareció muy bien lo que la princesa decía, y así, se entraron en otra cámara, adonde se asentaron en un estrado que para cuando la princesa se tocaba estaba hecho. La infanta Sandalina se llegó a hablar a don Cristalián; él le dijo:

—¡Ay por Dios, mi señora, perdonadme; que he tenido la vista tan ocupada en mirar lo que por mí era tan deseado, que no merezco culpa.

—Yo así lo digo —dijo la infanta—, y no quiero por agora más de representarme ante la vuestra merced.

Don Cristalián se le humilló. La infanta tomó por la mano a Minerva y juntas se salieron a la cámara de la princesa. Cuando don Cristalián se vio solo ante aquella por quien su corazón era deshecho con deseo de la su vista, tomándole aquellas sus hermosas manos y besándose las muchas veces, le decía:

—¡Ay mi señora, y si fuese tal ventura la mía que os doliédes de la pasión que a la continua vuestra sabrosa membranza me hace sentir! Sabed, mi señora, que ya las fuerzas me fallecen, que si la vuestra merced no me vale soy muerto: tal dolor siento en mi corazón, que la vida se me acaba. Habed, pues, ya compasión deste vuestro caballero que tan sin ventura nació, pues ante vuestro acatamiento valen tanto como nada las mis palabras. Mire vuestra grandeza que estoy ante vos puesto de hinojos con las manos alzadas esperando en vuestra clemencia. Oigan ya mis oídos lo que tantos tiempos por ellos es deseado.

Y diciendo esto se calló. La princesa fue turbada, y respondió con rostro airado diciendo:

—Don Cristalián, mucho soy triste en oír vuestras palabras, pues en tan poco tenéis las mercedes que de mí habéis recibido. ¿Quién, por preciado caballero que fuera en el mundo, no se tuviera por contento en haber de mí alcanzado la parte que vós? Conozco y veo tanto desagravdecimiento, que doy por mal empleada la mucha voluntad que de mí habéis conocido. Íos luego delante mis ojos, que a mí yo misma me daré el pago de mi locura.

Y diciendo estas palabras se levantó. Cuando don Cristalián vio a su señora con tanta ira contra él fue mal espantado, y tomándola entre sus brazos no la dejó ir, sentándose con ella, diciéndole:

—Desta vez, mi señora, yo entiendo de ir contra la orden de caballería y forzar a vuestra grandeza hasta que yo sienta que parte de la ira que contra mí se tiene es pasada.

Esto decía don Cristalián besándola muchas veces en el rostro, y asimismo le dijo:

—Sed vos, mi señora, segura, aunque mil años en vuestra presencia estuviese, no saldría un punto de vuestro mandado.

Tales palabras le supo decir aquel valeroso príncipe; y con el demasiado amor que ella le tenía, no pasó mucho tiempo que la ira de la princesa fue amansada y con su voluntad estuvieron una pieza gozando aquel bienaventurado caballero de lo que oído habéis que otras veces gozaba.

En este tiempo la princesa llamó a las infantas, y como ante ellos fueron, don Cristalián contó a la princesa todo lo que la infanta había pasado con Duante y cómo ella lo recibió por su caballero. Cuando la princesa esto le oyó rióse con mucha gana, y díjole:

—Señora Minerva, mucho deseo saber las amorosas razones que a Duante decíades: ellas debían ser tales, pues tanta fuerza tuvieron que la sacastes de casa de su hermano.

—Pues ¿qué piensa la vuestra merced? ¿Que todos habemos de ser don Cristalián, que no es para más un día que otro? Sabed que hay por el mundo quien sabe negociar algo mejor que no él; y si Dios tuviera por bien como fui mujer hacerme hombre, sin duda yo fuera venturoso en amores.

—Esa es la que a mí me faltó —dijo don Cristalián—, que yo no nací sino para padecer mil muertes en un solo punto.

—Vuestra es la culpa —dijo la infanta.

La princesa le dijo:

—Señora Minerva, ¿qué es esto? Mucho me parece que sois contra mí.

—Sabed, mi señora —dijo la infanta—, que deste camino he aprendido muchas cosas que no sabía.

—Así me parece —dijo la princesa—, que mucho os veo mudada de lo que solíades ser.

—Persona que pasó por lo que yo, ¿qué no queréis que sepa? Yo me vi en casa del duque de Fonteguerrera, que conocí tanto dél que estaba perdido por mis amores. Yo no sé si él entendió que era mujer, pero esto que digo yo lo sentí muchas veces, y tantas, que no tuve otro remedio sino sacalle a su hermana como vistes, y por esto me libré del duque, que pudiera ser que me aviniera de otra manera.

—Estrañas son las aventuras en que os habéis visto —dijo la princesa— después que de aquí partiste. Mucho duelo tengo yo de Duante, ¡qué dolor sentiría cuando supo que érades mujer!, que averiguadamente ella os debía mucho querer.

—Yo os diré lo que sintió —dijo don Cristalián—: que no podía con ella sino que se había de ir por el mundo adonde gentes no la viesen.

—Por cierto —dijo la princesa— que ella tenía razón de hacer cualquier cosa sobre tal caso.

—Con todas tengo ventura —dijo don Cristalián—, y para con vuestra excelencia me faltó. Esto digo porque Duante, sin me conocer, hizo mi ruego.

La princesa se rio de oír a don Cristalián, como en sus veras mostraba enojo con las palabras que decía. La infanta Minerva dijo a don Cristalián y a la princesa:

—Mis señores, mirad que yo tengo a mi cargo esta doncella, y si poder tuviese para la hacer del mundo señora, yo la haría de muy buena voluntad; y cuando más por ella no pudiere hacer, yo le daré la mitad de mi señorío.

Don Cristalián le dijo:

—Señora Minerva, yo quiero tomar por vos ese cuidado: de aquí me ofrezco delante de mi señora la princesa de dar tal marido a Duante que ella y todos los que bien la quieran sean muy contentos. Y a mi señora Penamundi ruego yo que mientras en su poder estuviere, ella sea tratada como si mi propria hermana fuese.

La princesa se lo prometió. Como la infanta vio la voluntad que aquellos príncipes tenían de le hacer mercedes, humillose ante ellos por les besar las manos; la princesa la abrazó y le dijo:

—Señora Minerva, esto no es nada con lo mucho que yo por vos deseo hacer.

La infanta se le humilló diciéndole:

—Con esa confianza sirvo yo.

Yo soy el que de vos, mi señora —dijo don Cristalián—, recibo cada hora mercedes sin cuento.

—No hablemos más en esto, que si yo a sus palabras respondiese, sería nunca acabar.

—Bien será que la princesa cene, que es ya tarde.

Ella dijo:

—¿Cómo cenará don Cristalián?

—Con la vuestra vista —dijo él—, que yo no he menester otro mantenimiento si cinco mil años ante vos estuviese.

La princesa se rio y le dijo:

—Todavía es menester comer.

—No hayáis cuidado deso —dijo Minerva—: miémbreseos que él trae tal bastimento consigo que puede dar de comer a todo el mundo que consigo tuviese.

—No me acordaba —dijo la princesa.

Y así, se levantó y se salió. La infanta Sandalina cerró con la llave la cámara, y luego entraron y pusieron las mesas, y la princesa se asentó a la una con las dos infantas, y en otra pequeña mesa se asentó Duante junto a la mesa de la princesa, y allí fueron bien servidas, y como la cena fue acabada, fueron alzadas las tablas. La princesa se estuvo una pieza hablando con aquellas señoras; cuando la infanta Sandalina vio que era tiempo, levantose y tomó a Duante consigo diciéndole que ya era tiempo de dormir, y así, Duante se despidió de la princesa y de la infanta Minerva y se fue con Sandalina. Y ella la dejó en la cámara de la doncella con quien había de dormir, y volvió a la de la princesa, y como la infanta Sandalina vino, luego la princesa mandó a las doncellas que en la cámara estaban que se fuesen a dormir; ellas hicieron su mandado. Luego se cerró la cámara, y abriendo donde don Cristalián estaba, halláronlo que se andaba paseando; y cuando el vio aquella hermosa compañía que a visitarle venía, tomó por las manos a su señora y besolas muchas veces; y así, se asentaron, y así estuvieron hablando hasta que fue hora de dormir.

Estuvo el príncipe don Cristalián en aquella sabrosa vida que oído habéis bien quince días, al cabo de los cuales la princesa le dijo:

—Mi verdadero amigo, Dios sabe si yo querría que en cinco mil años nuestra compañía se partie; pero temo que nuestro hecho sea entendido, y esto digo porque ya me parece tiempo para que de aquí salgáis.

Cuando don Cristalián esto oyó fue extrañamente triste, pero no dijo cosa alguna, sino:

—En todo, mi señora, me conviene hacer vuestro mandado: mi partida sea cuando la vuestra merced por bien lo tuviere.

—Yo querría —dijo la princesa— que fuese luego mañana.

—Así será —dijo don Cristalián.

La infanta Minerva le dijo:

—Mi señor, yo me quiero ir en vuestra compañía, y sea desta manera: que yo me despediré mañana del emperador, y sea esotro día la nuestra partida.

—Hágase lo que mandáis —dijo don Cristalián.

La princesa dijo a la infanta Minerva:

—Yo mucho he rogado a don Cristalián que se quede por agora en la corte del emperador, pero él no quiere.

—No es razón —dijo la infanta—, que el mundo pierde mucho en estar este caballero tanto tiempo en una parte: la vuestra merced le había de mandar que jamás un solo punto tomase de descanso, por solamente oír las maravillas que por el mundo dél se dicen.

—Todo eso perdonaría yo por no lo partir de mi compañía —dijo la princesa.

—No tenéis razón —dijo la infanta.

Así estuvieron gran parte de la noche hablando en lo que más les agradaba, y cuando fue hora de dormir se salieron, dejando a don Cristalián aposentado como las noches pasadas lo acostumbraban hacer. Así durmió aquella noche. Venida que fue la mañana, la infanta Minerva se levantó y fuese a oír misa a la capilla del emperador, y hallolo en ella y que la misa se comenzaba; la infanta holgó mucho de llegar a tan buen tiempo. Acabada que fue, el emperador y sus altos hombres se salieron al palacio. La infanta Minerva dijo, hablando en algunas cosas que tocaban a don Cristalián:

—Si vuestra majestad para ello me da licencia, yo me quiero partir a lo buscar, que huelgo mucho de andar en la su compañía.

El emperador le dijo que la licencia ella se la tenía, aunque a él mucho le pesaba de la su partida.

—Yo, señor —dijo la infanta—, me entiendo partir de buena mañana, y en el vuestro palacio dejo a Duante Guerrera para que en lugar mío se le hagan las mercedes.

—Pierde cuidado —dijo el emperador—, que aquí se le hará el mismo tratamiento que a vuestra persona.

La infanta le besó las manos recibiendo las grandes mercedes que en ello se le hacían. Así pasaron aquel día. Venida que fue la noche, la infanta se entró en la cámara de la princesa y allí dijo a don Cristalián cómo había dicho al emperador que otro día por la mañana se había de partir.

—Y vos, mi señor —dijo la infanta—, conviene que antes que el día venga, la vuestra merced salga de Larenta.

—Así será.

Pasose aquella noche no sin lágrimas de la princesa en pensar la partida de don Cristalián; no hubo tal en la cámara que aquella noche se acostase. Dos horas antes que el día fuese venido, la infanta dijo a don Cristalián:

—Mi señor, ya es tiempo que os partáis desta sabrosa vida.

—Partiré —dijo él—, pues mi señora así lo quiere.

—Si lo que yo quiero se hiciere —dijo la princesa—, jamás sería partida vuestra agradable compañía delante mis ojos; mas ya vos veis que hay alguna razón para que se haga no lo que queremos, pero lo que no se puede dejar de hacer, por muchas cosas que en los semejantes casos se ofrecen.

—Mi señora —dijo don Cristalián—, pues vos dello sois servida, en todo se cumpla vuestra voluntad.

Y diciendo esto se humilló ante ella, y tomándole sus hermosas manos, se las besó muchas veces rogándole muy ahincadamente que con ella no quedase punto de tristeza. Como don Cristalián esto le dijo, no pudo tanto consigo que las lágrimas a los ojos no le viniesen, diciéndole:

—Mi verdadero amigo, eso no puede ser, que sed cierto que todo el tiempo que vós estáis apartado de la mi vista jamás en mi corazón entra entera alegría.

—De esas nuevas soy yo muy triste —dijo don Cristalián—, y de aquí adelante no consiento que así sea.

—Yo me forzaré lo más que pudiere —dijo la princesa.

Don Cristalián le tornó a besar las manos, y la princesa lo abrazó; y así estuvieron una pieza, hasta que la infanta Minerva dijo:

—Mi señor, ya es tiempo que salgamos de aquí.

Como la infanta esto dijo, luego se partieron el uno del otro sin que palabra alguna se pudiesen hablar. Don Cristalián se despidió de la infanta Sandalina rogándole muy ahincadamente tuviese mucho cuidado de la princesa:

—Yo tengo ese cargo —dijo la infanta.

Y así, se despidieron los unos de los otros, y la infanta Minerva tomó por la mano a don Cristalián y sacolo de la cámara de la princesa, y asimismo del palacio, y allí lo dejó. Él se fue adonde a Libanor su escudero había dejado, y allí atendió a la infanta. Ella, como a don Cristalián dejó fuera del palacio, se volvió a la cámara de la princesa, y hallola echada sobre su lecho derramando infinitas lágrimas. La infanta Sandalina dijo a la infanta Minerva:

—Hagamos de manera que la princesa se acueste: dormirá la parte que de la noche queda.

—Así será —dijo la infanta.

Y luego la hizo acostar. Ellas hicieron lo mismo, y durmieron hasta que una parte del día fue pasada, y como fue hora, la princesa y las infantas se levantaron. Estándose vistiendo entró en la cámara Beldaín, escudero de la infanta Minerva, y dijo a su señora que quería ser cristiano. Todas holgaron mucho, y dieron gracias a Dios porque lo había traído a conocimiento de su sancta fe católica; y antes que la infanta partiese, él recibió el sancto baptismo y fue confirmado en su propio nombre. La infanta demandó sus armas. Beldaín se las trajo y fue armada, y despidióse de la princesa, y asimismo de aquellas señoras. De allí se fue al aposento de la emperatriz, la cual le dijo:

—¿Cómo, señora Minerva? ¿Ya venís de camino?

—Señora, sí —dijo ella—, y vengo tan tarde porque Beldaín mi escudero es hoy tornado cristiano.

—A Dios merced —dijo la emperatriz—, que mucho he holgado en oír tan buenas nuevas.

La infanta le besó las manos y ella la encomendó a Dios, y así, se fue al palacio adonde el emperador estaba y díjole:

—Vuestra majestad me dé licencia, que luego me quiero partir.

—Así me parece —dijo él—, pues ya venís aparejada para caminar. Decidnos, ¿para dónde es vuestro camino?

— Adonde la ventura me llevare —dijo la infanta—. Yo mucho querría que Dios me guiase adonde don Cristalián está.

— Vos tenéis mucha razón —dijo el emperador— de desear andar en la su compañía. Plega a Dios que por doquier sea en la vuestra guarda.

La infanta le besó las manos, y así, se despidió dél y de todos los del palacio y subió en su caballo llevando consigo a Raduel el enano, y fuese adonde entendió que hallarla a don Cristalián. Y cuando él vio venir a la infanta fue muy ledo, que en la floresta la estaba aguardando. Ella se le humilló, y él asimismo. La infanta le dijo:

— Mi señor, la vuestra merced sea de me perdonar porque me he detenido mucho tiempo, ca sabed que Beldaín es ya cristiano, a Dios infinitas gracias por ello.

Don Cristalián fue muy alegre cuando lo oyó decir a la infanta, y dijo a Beldaín:

— Amigo, da muchas gracias a Dios porque te trujo a verdadero conocimiento.

— Así se las doy yo —dijo Beldaín.

La infanta Minerva dijo a don Cristalián:

— Veis aquí, mi señor, a Raduel, que nunca quiso quedar en el servicio de la princesa.

— No —dijo él—, que soy harto de la servir.

— Lo que tú deseñas ternía otro por bueno.

— Tenga cuanto quisiere, que yo jamás de vuestro servicio me partiré.

Y así, se fueron su camino.

Capítulo CIIII

De cómo Duante hizo saber al duque su hermano cómo ella estaba en casa del emperador Aliandro en servicio de la princesa Penamundi.

COMO la infanta Minerva salió del palacio, la princesa no sabía en qué entender para disimular la gran tristeza que en su corazón tenía. A ella más agradable le era la soledad, pero la infanta Sandalina no se lo consintió, antes le dijo:

— ¡Ay por Dios, mi señora, tomad toda alegría y no se sienta que tristeza alguna tenéis por la partida de la infanta, que os sería mal contado por la mucha amistad que ella tiene con don Cristalián. Antes me parece que será bien que enviéis por vuestras doncellas y con ellas toméis mucha alegría, pues para ello tenéis razón.

La princesa dijo:

— ¡Ay señora Sandalina, y cómo es cosa recia fingir alegría adonde no la hay!

En este tiempo entró Duante Guerrera, y como la princesa la vio, díjole:

— Ya me parece que es partida vuestra amiga la infanta Minerva.

— Dios sabe la soledad que la su ausencia me hace —dijo Duante—; pero en quedar en vuestro servicio siento entero conhorte.

— Aquí, por amor de la infanta, y después por vos que lo merecéis, se os hará todo buen tratamiento.

Duante se le humilló rogándole que para enviar al duque su hermano a hacelle saber en qué parte estaba le diese una doncella; la princesa le dijo que de grado se la daría, y que viese si quería que luego se partiese.

—Sí —dijo Duante—, que tengo mucho deseo de saber qué fue del duque después de la nuestra partida.

La princesa mandó luego venir a una doncella que usada era de andar caminos, y como ante ella fue, díjole:

—Haz todo lo que Duante te mandare.

La doncella se le humilló y le dijo que así lo haría. Duante se levantó, y tomando a la doncella consigo se fue a su cámara y allí le dijo el mandado que a su hermano el duque había de decir; la doncella le dijo que con entera voluntad lo haría, y luego se aparejó de todo lo que le fue menester y se salió del palacio y tomó su camino para donde el duque de Fonteguerrera estaba, y en todo él no le avino cosa que enojo le hiciese.

Un día, a hora de nona, la doncella entró en el palacio del duque y preguntó por él, un caballero del palacio le dijo:

—Señora doncella, si vos habéis de negociar algo con el duque, vos venís a muy mal tiempo, ca sabed que él es maldoliente gran tiempo ha.

—Señor caballero —dijo la doncella—, comoquiera que él esté, me conviene no ir de aquí sin le hablar.

—Pues atended un poco —dijo el caballero—, que yo iré a ver si hay disposición para que podáis hablar con él.

La doncella le dijo que atendería; el caballero entró en la cámara del duque y halló que lo querían dar de comer; el caballero que en tal disposición le vio, díjole:

—Señor, en el vuestro palacio es una doncella que con la vuestra merced quiere hablar.

El duque le dijo:

—Preguntadle que de qué parte viene.

—No lo quiere decir —dijo el caballero—, que ya yo le hice esa demanda.

Como el duque esto le oyó, el corazón se le estremeció, y dijo que muy presto le llamase la doncella. Él hizo su mandado y luego la hizo entrar en la cámara del duque, y humillándose ante él le quiso besar las manos; él no se las quiso dar, antes le dijo:

—Buena doncella, ¿qué es lo que mandáis?

—Mi señor —dijo ella—, yo vengo con mandado de la hermosa Duante vuestra hermana.

Como el duque esto le oyó decir fue salido de su acuerdo; tanto fue el placer que en su corazón sintió, que estuvo una pieza que palabra alguna no pudo hablar; pero cuando en sí tornó, díjole:

—¡Ay buena doncella! Y ¿adónde es mi hermana Duante? Mucho os ruego que me digáis en cuyo poder está.

La doncella le dijo:

—Sabed, mi señor, que ella es en el poder de la princesa Penamundi, hija del emperador Aliandro de Persia; y el caballero que de vuestro poder la sacó es la infanta Minerva, hija del rey Rabdineldo⁴⁰⁹ de Alaponte.

—Grandes son las maravillas que me habéis contado. Mucho os ruego, buena doncella, que me digáis cómo la infanta me llevó mi hermana.

—Eso haré ye de grado —dijo ella—, que a eso soy yo venida ante vos. Sabed, mi señor, que vuestra hermana Duante sabía bien cómo el Caballero de las Coronas era doncella: y sabiendo esto, la infanta Minerva le dijo tales maravillas de la corte del emperador Aliandro, que ella tuvo mucha voluntad de morar en el servicio y compañía de la princesa; y como de vos era tan amada, mucho se temió que no la dejaríades ir este camino, y por tanto, acordó de salir de vuestra casa de la manera que vistes sin vuestra licencia. Ruégaos muy ahincadamente que tengáis por bien de la perdonar si en ello enojo os hizo, y asimismo me mandó que a la vuestra merced dijese cómo en la corte del emperador Aliandro había muchos y muy preciados caballeros en servicio del emperador, adonde el uno dellos es el príncipe don Cristalián, y otros reyes y grandes señores. Y esto dice y os hace saber Duante por la mucha voluntad que tiene de veros en servicio de tan gran señor como el emperador Aliandro lo es.

Como el duque oyó el mandado de su hermana fue estrañamente ledo, y díjole:

—De aquí prometo a Dios, mientras pudiere, de jamás me partir del servicio del emperador. A mi hermana perdono yo el enojo que a los principios me hizo, y soy muy contento que ella gaste su tiempo y vida en servicio de tan alta princesa como Penamundi lo es. Y ella tuvo razón de salir de mi poder de la manera que salió, que si para ello licencia me pidiera, jamás de mi tierra saliera.

Sabed que estando el duque hablando con la doncella que su hermana le envió entró por la puerta de la sala un caballero vestido de paños de duelo. Como el duque lo vio fue muy espantado quién podría ser. El caballero se humilló ante el duque, y tomándole las manos, se las quiso besar; él las tiró afuera. El caballero le dijo:

—Mi señor, bien me las podéis dar, ca sabed que ya sois rey de Pasamar.

—¿Cómo puede ser eso? —dijo el duque.

—Sabed, mi señor, que el rey vuestro tío es muerto habrá seis días. Los altos hombres que en el reino de Pasamar son os ruegan y piden que lo más presto que fuere posible vais a ver vuestra tierra, ca todos tienen mucho deseo de la vuestra vista.

El duque hizo levantar al caballero, y le dijo:

—Amigo, mucho pesar tengo por la muerte del rey mi tío; pero pues vino por la mano de Dios, es razón que por todo lo que Él hace y ordena le sean dadas muchas gracias. Yo seré en Pasamar lo más presto que podré, por dar consuelo a esos caballeros que acá os envían.

El caballero le besó las manos por la buena respuesta que le daba; el duque lo mandó aposentar y dar muy abastadamente todo lo que hubo menester. Como el duque acabó su habla con el caballero, la doncella de su hermana Duante le dijo:

⁴⁰⁹ 1587: 'Raudineldo' (241r).

—Yo, mi señor, me querría luego partir, si para ello licencia me diésedes. Ved si mandáis alguna cosa para vuestra hermana.

—Amiga —dijo el duque—, la infanta Minerva ¿es en la corte del emperador?

—No —dijo la doncella—, ca sabed que es ida en busca del príncipe don Cristalián, que lo perdió en la Cruz de las Aventuras la primera vez que de la corte del emperador salieron.

El duque le dijo:

—Señora doncella, yo me querría luego partir para el reino de Pasamar, que no es muy lejos desta tierra; y en recibiendo corona de rey luego me partiré para la corte del emperador Aliandro. Yo querría mucho que fuésedes en la mi compañía, pues yendo por el reino de Pasamar es camino derecho.

La doncella le dijo:

—Yo, mi señor, no me querría mucho detener.

—No será sino lo más breve que yo pueda.

—Pues que así es —dijo la doncella—, hágase lo que la vuestra merced manda.

El duque se lo agradeció, y mandó que luego a la doncella aposentasen dentro de su palacio y la hiciesen todos aquellos servicios que ser pudiesen; luego fue hecho su mandado, y así como el duque comió, mandó aparejar su camino para se partir por la mañana. La mayor parte del día pasó hablando con la doncella de Persia, preguntándole por la infanta Minerva y por todas las cosas de la corte del emperador Aliandro. Luego otro día por la mañana el duque se levantó y mandó aparejar el palafrén de la doncella y su caballo, y en compañía de sus caballeros tomó el camino del reino de Pasamar, y en todo él no le avino cosa que de contar sea, ca era el camino muy corto.

Él se fue para una ciudad la más principal de todo su reino, y allí le fue hecho grande recibimiento por todos los altos hombres del reino; él los recibió muy graciosamente, como aquél que los amaba como a sí mismo. El duque fue aposentado en el palacio del rey, y luego otro día por la mañana vinieron todos los de su reino ricamente guarnidos y lo juraron por rey y todos le besaron las manos por señor. Esto hecho, el rey se detuvo en aquella ciudad bien quince días, entendiendo siempre en cosas que a la gobernación de su reino tocaban.

A la fin deste tiempo él aparejó su partida para la corte del emperador llevando en su compañía los más preciados caballeros que en el reino de Pasamar había, y como esto fue aparejado, luego otro día por la mañana el rey se partió llevando consigo a la doncella persiana. Anduvo bien siete días sin que le acaeciese cosa alguna; al octavo, siguiendo su camino, vieron venir por un llano dos caballeros armados de todas armas; ellos venían a grande andar, y anduvieron tanto a vista del rey de Pasamar, hasta que llegaron a una tienda que junto a un paso del camino estaba. Los caballeros la miraron una pieza, y vieron que a la una parte della estaban arrimadas muchas lanzas. En este tiempo el rey de Pasamar se acercó más a los caballeros; el un caballero conoció luego al rey, y dijo al otro caballero su compañero:

—Mi señor, tomemos el paso a estos caballeros que aquí vienen, pues aquí tenemos tan buen aparejo, que sabed que entre ellos viene el duque de Fonteguerrera.

El otro caballero le respondió:

—Hágase como vos lo mandáis.

Y diciendo esto se entraron en la tienda, y luego el uno de los dos caballeros se paró a la puerta, y al tiempo que el rey de Pasamar por allí pasó, el caballero le dijo:

—Atended, señores caballeros, que no penséis que tan libres os habéis de pasar, ca sabed que habéis de justar con nosotros. Y si la justa no quisiéredes, cada uno de vos habéis de dejar aquí una pieza de las armas que lleváis, en señal de vencidos. .

Un caballero del rey de Pasamar le respondió:

—Caballero, si la pieza de las armas habemos de dejar sin que la justa se comience, mucho mejor me parece que será probar la ventura. Yo en nombre de todos estos caballeros digo que acepto la justa.

Y luego se aparejaron. El caballero de la tienda salió luego della, y tomando su caballo y una de las lanzas que estaban arrimadas, el caballero del rey tomó la que su escudero le llevaba, y así, se apartaron el uno del otro aquello que les fue menester, y dando de las espuelas a sus caballos se vinieron a encontrar de tan poderosos golpes que las lanzas fueron quebradas en piezas. El caballero de la tienda no se movió de la silla, pero el caballero del rey muy ligeramente fue al suelo. Luego salió al encuentro otro caballero; el de la tienda tomó otra lanza, y asimismo se apartaron el uno del otro y se vinieron a encontrar, pero avínole como a su compañero, y así hizo al tercero y cuarto y quinto.

Como el rey vio la gran destrucción que el caballero de la tienda en sus caballeros hacía fue muy airado, y luego demandó una lanza, y ninguno de sus caballeros le pudo estorbar que dejase la justa, y cuando a la tienda llegó, díjole:

—Caballero, mucho sería ledo que esotro caballero saliese a justar contigo, por quanto vos estáis ya cansado.

—Para quien ha hecho tan poco como yo —dijo el caballero de la tienda—, no tiene necesidad de tomar vuestro consejo.

Como el rey esto le oyó quedó algún tanto corrido, y dijo:

—Pues que así es, venid a la justa.

El caballero de la tienda tomó otra lanza, y el rey se apartó ya cuanto y viniéronse a encontrar de tal manera que las lanzas quebraron en los escudos y los caballeros no se movieron. El caballero de la tienda dijo al rey:

—Señor caballero, tomemos otras sendas lanzas hasta que el uno de nós derribe al otro.

—Hágase como lo mandáis.

Y luego juntos llegaron a tomar sendas lanzas y apartáronse como en la justa primera lo hicieron, y viniéronse a encontrar de las lanzas de tales encuentros que volaron en piezas, y el caballero de la tienda perdió la una estribera, y el rey de Pasamar las perdió entrambas, y si no se tuviera al arzón del caballo cayera, pero él era muy buen caballero y muy presto las tornó a cobrar, y sin hablar cosa alguna, juntos se fueron y tomaron otras sendas lanzas. El caballero que en la tienda estaba rogaba a Dios que guardase a su compañero, porque el que con él justaba le parecía muy buen caballero. En este tiempo los caballeros tomaron del campo aquello que les hacía menester y viniéronse a encontrar cada uno con mucha saña del otro, y fueron los encuentros tan grandes y con tan demasiada fuerza, que al rey de Pasamar le convino venir al suelo. El caballero de la tienda se apeó muy presto, y

tomándole de la mano le ayudó a levantar (que mal quebrantado estaba de la gran caída que había dado) y díjole:

—Señor caballero, ¿queréis venir conmigo?, ca sabed que en aquella tienda se os hará todo servicio.

El rey se maravilló mucho en oír hablar con tanta mesura al caballero, y díjole:

—Iré, señor caballero, porque tengo necesidad de tomar algún descanso.

Y así, se fueron a la tienda, y como en ella entraron, el otro caballero los recibió alegremente, y tomando al rey, lo hizo sentar en una silla que en la tienda estaba, y luego el caballero que le había derribado le quitó el yelmo, por que tomase más descanso. El rey les dijo:

—Señores caballeros, mucho sería alegre si me dijésedes quién sois. Y esto os digo porque tengo mucho deseo de saber quién es este tan preciado caballero; y pues yo no me quise de vos encubrir, mesura haréis en dárosme a conocer.

Como el caballero de la tienda que justado había así oyó hablar al rey, díjole:

—Por cierto, señor caballero, que yo muy de grado haré vuestro mandado.

Y diciendo esto rogó al otro caballero su compañero que le quitase el yelmo, el caballero se le quitó. Cuando el rey de Pasamar paró mientes en el caballero, vio como era la infanta Minerva, aquella por quien él tanta angustia pasaba, y así como la conoció se puso de hinojos ante ella diciéndole:

—¡Ay mi señora, dadme esas hermosas manos por las grandes y muy crecidas mercedes que hoy de vos he recibido! ¡Ay mi señora, y cómo no había necesidad de ser yo otra vez de vos vencido, ca sabed que desde la hora primera que yo os vi, fui y soy vuestro vencido!

Los caballeros del rey fueron muy espantados de ver a su señor puesto de hinojos ante aquel caballero, y no sabían qué se decir; aguardaban a la fin para saber quién podía ser aquel caballero a quien el rey su señor se humillaba. En este tiempo la infanta tomó por la mano al rey y le hizo levantar diciéndole:

—Mi buen señor, yo soy en obligación de os servir por lo mucho que por mí hecistes cuando en el vuestro poder estuve, y mucho os ruego que me perdonéis si enojo alguno os hice por sacar de vuestro poder a la hermosa Duante vuestra hermana; que si yo lo hice, fue hecho por la más honrar, ca sabed que es en el poder de la más alta princesa que hoy es en el mundo nacida.

—Ya, señora, lo sé por una doncella que en la mi compañía viene.

En este tiempo entró la doncella en la tienda, y como a la infanta Minerva vio, humillósele y díjole:

—¡Ay mi señora! Y ese otro caballero, ¿es el príncipe don Cristalián?

—Es —dijo la infanta.

Y luego el príncipe se quitó el yelmo a ruego de la infanta, y como el rey entendió que aquel caballero era de quien en todas las partes del mundo se hablaba, levantose y hízole grande acatamiento, don Cristalián asimismo lo hizo a él. La doncella dijo a la infanta Minerva:

—Mi señora, el duque es ya rey de Pasamar.

La infanta⁴¹⁰ holgó mucho en oír aquellas nuevas, y así, se tornaron a sentar con demasiada alegría del rey, que no sabía de sí en se ver ante la infanta, que era la

⁴¹⁰ 1587: ‘infaeta’ (242v).

cosa del mundo que él más amaba. En este tiempo llegó Beldaín y Raduel a besar las manos al rey; él los abrazó con mucho amor. Raduel le dijo:

—Rey de Pasamar, Dios sabe cuánto miedo yo de ti hube cuando de tu tierra nos partimos, que yo fui el que en más peligro me puse por servir a la infanta.

—Y ¿a quién temías? —dijo el rey.

—A vos y a vuestros caballeros —dijo Raduel.

—Bien parece, Raduel —dijo el rey—, que tú no sabías bien mi pensamiento, que era servir a la infanta y no enojarla en cosa alguna.

—Si tú nos tomaras —dijo Raduel— con la presa que llevábamos, bien creo yo que tomáradess de nós la emienda.

—Tu tienes razón —dijo el rey—, y fuera porque con vosotros no me llevábadess.

—Comoquiera que sea —dijo Raduel—, ello se hizo muy bien.

Estando hablando en lo que oído habéis vieron venir por un camino que frontero de la tienda estaba cuatro caballeros. Ellos venían muy bien armados y guiaron a la tienda donde aquellos caballeros estaban, y como junto llegaron, el uno de los cuatro dijo:

—Caballeros, ¿cómo fuistes osados de os aposentar en la nuestra tienda?

—Caballero —dijo don Cristalián—, como vimos que en ella no había persona alguna, entrámonos a descansar del trabajo del camino.

—No lo hecistes a usanza de buenos caballeros, por razón que no sabíades si enojábadess al señor de la tienda.

—Si en lo que habemos hecho el señor de la tienda se enojó, mucho es sandio por ello, porque daño alguno no le viene porque nós aquí descansamos un rato.

—Si a él no le vino daño —dijo el caballero—, sed cierto que lo que a él no vino os verná a vos. Y salid luego de la tienda si no queréis haber batalla comigo.

—¿Por ventura —dijo don Cristalián— sois el señor della?

—Soy —dijo el caballero.

—Pues si vos tanta parte tenéis de caballería como de soberbia y desmesura, de aquí digo que yo seré el mal librado. Pero comoquiera que me avenga, mucha voluntad tengo de me combatir con vos.

—Más la tengo yo —dijo el caballero— de castigar vuestra locura.

Don Cristalián fue muy sañudo, y muy presto se enlazó su yelmo y subió en su caballo Flordelid, y tomando una lanza se salió de la tienda, y el caballero asimismo tomó otra. La infanta dijo al rey:

—Agora veremos una hermosa justa, si el caballero es bueno.

—No hay cosa, después de la vuestra vista, que yo más desease que es ver hacer batalla a este preciado caballero.

En este tiempo los caballeros se apartaron el uno del otro aquello que entendieron que les era menester, y viniéreronse a encontrar de todo su poder, de tan grandes encuentros, que las lanzas volaron en piezas. Del encuentro que don Cristalián recibió no se sintió mal, ca no se movió de la silla, pero el caballero que con él justó, él y su caballo fueron al suelo a mal de su grado, y fue tal la caída, que no se pudo levantar, ca fue muy mal quebrantado. Don Cristalián que así lo vio, fuese para él y dijole:

—Caballero, ¿qué tal os sentís? No se yo cómo tan presto os faltó vuestro orgullo.

El caballero no le respondió, ca era tanto mal herido que no podía hablar. Don Cristalián que con el caballero estaba hablando, oyó como le daban voces, y como volvió la cabeza vio otro caballero que le estaba aguardando con una lanza en la mano diciendo:

—Venid a la justa don caballero, y no penséis que así os habéis de ir, ca sabed que si aquel buen caballero derribastes, que fue por falta de su caballo y no suya, ca él es muy preciado.

Don Cristalián no le respondió, antes tomó una lanza y fuéreronse a encontrar, y avínole al caballero como a su compañero, que él y su caballo fueron al suelo, y el caballero cayó tan mal herido que muy presto le salió el ánima, ca le salía la lanza por la otra parte bien un palmo. Como don Cristalián le vio, dejole y fuese para la tienda; los otros dos caballeros que tales encuentros vieron hacer al caballero, acordaron de le dejar la tienda libre, y como lo acordaron, así lo pusieron por obra, y dando de las espuelas a sus caballos, muy presto se desaparecieron: así quedó don Cristalián libre de los caballeros. Como en la tienda entró, él fue muy bien recibido de la infanta, y asimismo del rey; la infanta le dijo:

—Quien a vos, señor don Cristalián, os pensase enojar no será muy bueno el su pensamiento, ca le costará la honra o la vida, ca así les ha acaecido a estos caballeros.

Don Cristalián le respondió:

—Hasta hoy vi caballeros de tan poca medida lo eran éstos.

Como don Cristalián entró en la tienda, luego se apeó y allí estuvieron una pieza. Don Cristalián dijo al rey:

—Mi buen señor, ¿qué es lo que mandáis, que no me puedo aquí más detener?

El rey le respondió:

—Mi señor, si la vuestra merced para ello me la licencia, yo querría me ir en la vuestra compañía, que con pensamiento de hallar a la infanta Minerva, o a lo menos saber della en la corte del emperador Aliandro, salí de mi tierra.

Don Cristalián le respondió:

—Gran trabajo sería el que la vuestra merced tomaría si en la mi compañía anduviese, ca jamás tengo un punto de reposo.

—Eso sería para mí —dijo el rey— gran descanso, por ver a mi señora Minerva ante mis ojos.

Como don Cristalián entendió la pasión del rey, dijo a la infanta:

—Señora Minerva, porque yo al presente no puedo volver en Persia, y el rey de Pasamar es mucha razón que vea a su hermana, muy ledo sería yo si la vuestra merced en la su compañía se quisiese ir, porque el rey merece que se le haga todo servicio, pues él tan buena compañía en el su poder os hizo.

El rey que con tanta medida oyó hablar a don Cristalián, quísole besar las manos; la infanta que conoció que aquélla era la voluntad de don Cristalián, díjole que haría su mandado, que se volvería en Persia en compañía del rey. Don Cristalián holgó mucho, ca deseaba hacer mucho placer al rey, y luego subieron en sus caballos, y los unos de los otros se despidieron. Don Cristalián rogó a la infanta

que hablase a su señora la princesa de su parte; la infanta le dijo que de grado lo haría.

Capítulo CV

De cómo el rey de Pasamar y la infanta Minerva llegaron en Persia, y del buen recibimiento que el emperador les hizo.

El rey de Pasamar y la infanta Minerva se partieron de don Cristalián. Él se fue por su camino adonde la ventura lo guiase, llevando en su compañía a Libanor su escudero y a Raduel el enano, adonde lo dejaremos por contaros cómo el rey de Pasamar y la infanta llegaron en Persia.

No se podrá contar el contento que el rey llevaba en ver ante sus ojos a la infanta Minerva, que era la cosa del mundo que él más amaba. Decíale por el camino:

—Mí señora Minerva, ¿cómo la vuestra merced usó de tanta crueldad comigo cuando de mi tierra os partistes sin yo saber cosa alguna de la vuestra partida?

La infanta le dijo:

—Si la mi partida os hiciera saber, bien cierta fuera yo que para ello no me diéradades licencia.

—Con razón se puede creer —dijo el rey.

La infanta le dijo:

—Era yo prisionera de la hermosa Duante vuestra hermana, y ella es tan mesurada, que no solamente me dio licencia, mas hizo aquello que yo le rogué, que fue sacalla de vuestra compañía, adonde ella estaba muy mal empleada, ca la su hermosura no era razón que tan encubierta estuviese, sino adonde a la sazón está, que es en poder de la princesa Penamundi.

—Pues que vós, mi señora, así lo ordenastes, ello es muy bien hecho.

Así les duró aquel camino diez días, con demasiada alegría del rey. A la fin deste tiempo llegaron en la ciudad de Larenta, y armados la infanta Minerva y el rey de Pasamar, se entraron en el palacio del emperador. Como en la sala fueron, todos pararon mientes en los caballeros. La infanta Minerva mandó que el yelmo le quitasen, y cuando fue conocida dio mucha alegría a todos cuantos en el palacio estaban. Ella se humilló ante el emperador por le besar las manos, más el las tiró afuera y dijo:

—Señora Minerva, mucho me maravillo en ser la vuelta tan presto.

—Fueme forzado —dijo ella—, ca sabed que este caballero que comigo viene es el rey de Pasamar, hermano de Duante Guerrera.

En este tiempo llegó el rey a besar las manos al emperador; él no se las quiso dar, antes lo alzó por las suyas, y el emperador estuvo en pie hasta que el rey se asentó y dijo:

—Mucho soy ledo en conoceros, por la mucha mesura y bondad que hay en vos, según la infanta Minerva nos ha informado. Aquí se hará todo aquello que mandáredes. Aquí tenemos a Duante vuestra hermana, que es doncella de mucha mesura y a quien la princesa tiene mucha voluntad por las sus buenas costumbres.

—Ella y yo —dijo el rey— somos venidos en esta tierra para servir a vuestra majestad.

El emperador se lo agradeció mucho, y le dijo:

—Agora me decid si ha mucho tiempo que murió el rey de Pasamar vuestro tío.

—No —dijo él— sino poco.

—Muy bueno era. Vos pugnad de lo parecer y seréis amado de todos los que a vuestro tío trataban y conocían.

El rey se le humilló por el buen consejo que le daba. La infanta Minerva dijo al emperador que su majestad la diese licencia para besar las manos a la emperatriz y princesa; el emperador se la dio, y luego la infanta se levantó y tomando al rey por la mano se entraron al aposento de la emperatriz, y hallaron allí a la princesa. Como la infanta Minerva vio que allí estaba, dijo al rey:

—Agora veréis lo que jamás vistes, que es toda la hermosura del mundo junta.

Como el rey y la infanta entraron en la cámara, la princesa fue muy espantada en ver a la infanta, y díjole:

—¿Qué es esto, señora Minerva? ¿Tan presto nos volvéis a ver?

—Sí —dijo ella—, que un solo punto no me hallo sin la vuestra vista.

—Decidme, ¿quién es el caballero que en la vuestra compañía viene?

—Mi señora —dijo la infanta—, es el rey de Pasamar, hermano de Duante.

A la sazón que la infanta esto dijo llegó el rey a besar las manos a la emperatriz y a la princesa, pero no se las quiso dar, antes lo hicieron asentar. La infanta Minerva besó las manos a la emperatriz, y la princesa no se las quería dar; la infanta le dijo:

—Conviene que me las deis si queréis que yo haga el mandado de quien acá me envió.

Esto dijo la infanta paso, que de nadie no fue oída. Como la princesa esto le oyó, no solamente le dio la una, pero entrabbas, de lo cual la infanta rio mucho. La emperatriz hizo desarmar a la infanta y al rey de Pasamar, y fueron cubiertos de sendos mantos que de la cámara del emperador mandó traer. La infanta dijo a la princesa:

—Dígame vuestra alteza ¿adónde es Duante Guerrera?

—Allá está —dijo la princesa—, con esotras doncellas.

—Pues yo voy por ella —dijo la infanta.

Y luego se salió de la cámara y se fue al aposento de las doncellas, y con la primera que topó fue con la infanta Sandalina, la cual cuando a la infanta Minerva vio fue muy espantada, y díjole:

—¡Ay mi señora Minerva, y cómo soy maravillada de la vuestra vista!

La infanta le dijo:

—¿Cómo? ¿Cosa tan imposible os parece ser yo de vuelta?

—Sí —dijo la infanta—, que no lo soléis vos hacer así. Agora yo juraré que no es sin algún misterio la vuestra venida.

—Vos tenéis razón —dijo la infanta—, que la mi venida es con el rey de Pasamar; es hermano de Duante.

—Pues ¿cómo? —dijo la infanta—. ¿Otro hermano tiene, sin el duque?

—No —dijo Minerva—, que el duque y el rey es todo uno, que ha muy poco que heredó el reino de Pasamar de un su tío.

—Vamos adonde es Duante Guerrera.

—Vamos —dijo la infanta.

Así, pasaron a una sala adonde estaban las doncellas de la princesa, y como Duante vio a la infanta Minerva fue mucha su alegría, y díjole:

—¡Ay mi señora Minerva, y cómo soy leda con vuestra vista!

—Más lo seréis —dijo la infanta— cuando sepáis la causa de mi venida.

—Agora me la decid —dijo Duante.

—Sabed, mi señora —dijo Minerva—, que el duque vuestro hermano es rey de Pasamar y es en este palacio.

Cuando Duante esto le oyó fue tan turbada que no se pudo tener, y por una pieza estuvo que no pudo hablar palabra. Cuando en sí tornó dijo:

—¡Ay captiva! Y ¿osaré yo parecer ante mi hermano? Más querría ser muerta que ante la su vista ser.

—No os pese —dijo la infanta Minerva—, ca sed cierta que yo le supe decir tales razones que él es bien contento con la salida que vós de su tierra hecistes y está con mucho deseo de la vuestra vista. Por tanto, venid comigo.

Duante se fue con la infanta, aunque no sin mucha turbación. Como en la cámara de la emperatriz entraron y Duante vio a su hermano, ella se fue a humillar ante él, y con las lágrimas en los ojos le dijo:

—¡Ay mi señor, y por Dios perdonadme si yo contra vos erré: que si mal hice, esta hermosa infanta fue la causa que yo a vos, mi señor, os hiciese enojo.

El rey la alzó por las manos, que la mucho amaba, y le dijo:

—Señora Duante, no nacistes vos para darmel enojo, que más huelgo yo que vós hagáis el mandado de la infanta Minerva que si propio mío fuese.

Duante le besó las manos y se levantó muy consolada de ver a su hermano con tanta mesura. La infanta Minerva dijo a la emperatriz que mandase su majestad aposentar al rey de Pasamar; ella lo mandó, y muy cerca de palacio. Cuando fue hora, el rey se despidió de la emperatriz, y suplicó a la princesa que por aquella parte del día que quedaba su alteza tuviese por bien de dar licencia a su hermana Duante para que con él se fuese a su posada. La princesa se la dio, y luego el rey se salió luego de la cámara de la emperatriz llevando consigo a su hermana. La infanta salió con él hasta el palacio y allí se despidió. El rey le dijo, con un pequeño sospiro, cuando la infanta dél se partió:

—Mi señora, haya alguna membranza deste vuestro caballero, que su corazón es deshecho en grandes cuitas por el deseo de vuestro amor.

La infanta no le quiso responder, antes se entró en la cámara de la emperatriz, adonde estuvieron hablando en la venida del rey de Pasamar; la princesa dijo:

—Por mi vida que me parece apuesto caballero el rey.

Y así era la verdad, ca había gentil compostura de cuerpo, más alto que bajo; había el rostro hermoso. ca lo tenía muy blanco, y los ojos grandes y muy negros, el cabello caído y negro. Era gracioso en su hablar, por manera que era uno de los gentiles hombres que en aquellos tiempos había.

Una pieza pasada, la princesa pidió licencia a la emperatriz para se ir a su cámara; la emperatriz se la dio, ella llevó consigo a la infanta Minerva. Como entró en su cámara comenzola a abrazar diciéndole:

—Señora Minerva, dadme muy presto nuevas de aquel caballero que jamás un solo punto de mi pensamiento se parte.

—Mi señora —dijo la infanta—, las nuevas que yo dél os puedo dar son que él está muy bueno y con mucho deseo de la vuestra vista; pero mirando a la vuestra grandeza juntamente con el mucho merecimiento vuestro, no puede al hacer sino andar por el mundo buscando las grandes aventuras para que con razón se pueda llamar vuestro caballero. Suplica a la vuestra merced que estéis muy alegre, que lo más presto que él pueda será en la corte del emperador vuestro padre; que si él afán alguno toma, todo es con más voluntad de vuestro servicio. Esto me rogó que de la su parte os dijese, con hartos sospiros que de las entrañas le salían en pensar que por algunos días, aunque pocos, de la vuestra vista se partía.

Como la princesa estas nuevas oyó, no pudo tanto consigo, que luego comenzó a derramar infinitas lágrimas, de lo cual la infanta Minerva se enojó, y dijo:

—Así Dios me salve, que estoy en tiempo, viendo lo que vuestra alteza hace y la poca razón que para ello tiene, de me partir de vuestra presencia y jamás a ella volver: estando ausente no veré hacer las semejantes cosas que van fuera de razón.

La princesa se esforzó cuanto pudo, y limpiándose sus hermosos ojos dijo:

—¡Ay señora Minerva, a Dios ruego yo que antes que desta vida me parta os vea con la pasión que yo tengo! Y en aquel tiempo no ternéis a mal si algún desconcierto me viéredes hacer.

—Mi señora —dijo Minerva—, para eso da Dios el saber a las gentes, para que tengan tan buen rostro a lo adverso como a lo próspero.

—Amiga —dijo la princesa—, no hay en mí tanto saber, que todo juicio me falta al tiempo de mis necesidades.

Muchas cosas dijo la infanta Minerva a la princesa, y asimismo la infanta Sandalina, que a todo se halló presente; la princesa les dijo:

—¿No sabéis qué me parece? Que conviene sufrir todo el mal que me viniere, pues yo y no otro fue la causa dello.

Y así, estuvieron hablando en lo que oído habéis. El rey de Pasamar llevó a su hermana consigo, y luego que en su posada fue se salieron a un corredor que sobre una huerta salía, y como solo con ella se vio, díjole:

—No tengáis pensamiento alguno que jamás con la vuestra partida de mi tierra me pesó, por cuanto yo sabía cierto que el Caballero de las Coronas era doncella; y como yo desto fuese cierto, no tuve otro pesar sino verme partido de la su vista, ca la amaba y amo más que a todas las cosas del mundo, por el su gran valor juntamente con su mucha hermosura. Hecistes mucho por mí en enviarme la doncella de la princesa, y por esto que por mí hecistes soy puesto en obligación de os servir toda mi vida. Porque si yo no supiera adónde la infanta Minerva estaba fuera muerto, y de la más cruel muerte que nunca nadie murió.

—A Dios merced —dijo Duante— que tan bien me guio. Pues que yo sé la vuestra voluntad, mandadme en qué os sirva, porque tengo creído que soy parte para lo hacer.

—¡Ay señora Duante —dijo el rey—, mucho os ruego que os doláis de la mi cuita, que grandes son los dolores que mi corazón cada momento padece!

Duante le dijo:

—Pues de hoy más dejé la vuestra merced a mí ese cuidado, que yo haré tanto por serviros cuanto veréis por la obra.

El rey estaba tan fuera de sí en oír hablar a su hermana Duante, que no sabía qué decir, y díjole:

—Haced de manera que si posible fuere me reciba por su caballero, porque alzando yo esto terné alguna seguridad en mi corazón.

Duante se lo prometió. El rey le dijo:

—Yo no os quería ver un solo punto en la mi compañía, sino que luego os volviésedes al palacio del emperador.

Duante le dijo que haría su mandado, y así, se despidió del rey y se fue al palacio acompañada de los caballeros del rey su hermano. Luego se entró en el aposento de la princesa, y halló que con ella estaba la infanta Sandalina y Minerva; Duante holgó mucho de las hallar allí. La infanta Minerva le dijo:

—Mi señora Duante, ¿cómo queda el rey vuestro hermano?

—Con demasiado afán —dijo Duante.

—¿Cómo puede eso ser? —dijo Minerva—. ¿En qué trabajo es puesto después que del palacio salió?

Duante se humilló ante la princesa y le dijo:

—Mi señora, en el vuestro poder es sacar al rey mi hermano del mayor afán que nunca caballero tuvo. Yo no me levantaré de aquí hasta que vuestra alteza me otorgue un don.

La princesa entendió luego a Duante, y díjole:

—Alzaos, que el don yo os le otorgo. Decidme qué es, que si yo puedo, de aquí prometo que el rey vuestro hermano no lo pase mal.

Duante le besó las manos y le dijo:

—Sépa vuestra alteza que el don que se me ha otorgado es éste: que pues la infanta Minerva no saldrá de vuestro mandado, la vuestra merced mande que tenga por bien de recibir al rey por su caballero.

La princesa le respondió:

—Por cierto, señora Minerva, que se ha de hacer lo que el rey de Pasamar quiere.

La infanta le dijo:

—El mandado de vuestra alteza hacerlo he yo, pero no será con mi voluntad.

—No ha de ser así —dijo la princesa—, sino que lo habéis de hacer de la manera que aquí todas os rogamos.

Duante se humilló ante la infanta Minerva y le dijo:

—Miémbreseos, mi señora, con cuánta voluntad y sobrado amor yo os recibí por mi caballero. Pues en recompensa de lo que yo por os servir he hecho, pido que, aunque yo no lo merezca, se me haga esta merced.

Antes que la infanta respondiese, la princesa le dijo:

—Por amor de mí que se haga lo que Duante pide, pues le sobra la razón por lo mucho que ella hizo por os hacer placer, asimismo por lo que el rey de Pasamar merece; y aquí todas habemos de favorecer al rey y ser contra vos.

Como la infanta así oyó hablar a la princesa, dijo:

—¿Quién sería tan osada que contra lo que vós, mi señora, mandáis fuese? De aquí digo que obedezco y haré lo que vuestra alteza manda.

Como Duante esto le oyó, tomole por fuerza las manos y besóselas muchas veces diciéndole:

—¡Oh mi señora Minerva, y cómo hoy habéis dado la vida a quien casi perdida la tenía con el vuestro deseo!

La princesa la abrazó y le dijo:

—Señora Minerva, el rey de Pasamar es muy gentil caballero y señor de gran tierra, y es razón que vós seáis muy contenta de tener mando sobre tan preciado caballero como lo él es, e yo querría que luego supiese el rey la merced que le habéis hecho.

Y diciendo esto llamó la infanta Sandalina a un doncel, y como ante la princesa fue, díjole:

—Id al rey de Pasamar y decidele que yo le ruego que venga luego a mi aposento.

El doncel hizo su mandado, que luego fue a la posada del rey y díjole que la princesa lo llamaba. Como el rey oyó el mandado de la princesa, el corazón se le estremeció, y dijo:

—¡Sancta María, valme! ¿Qué puede ser esto? Y ¿cómo mi hermana Duante no envía a decir cosa alguna? Yo quiero ir.

Y diciendo esto tomó una ropa y con sola compañía de tres caballeros se fue al palacio del emperador y luego se entró en el aposento de la princesa; y como la vio, humillósele como aquel en quien cabía más medida que en otro; la princesa dijo:

—Rey de Pasamar, todas habemos aquí trabajado por haceros alegre: sabed que la infanta Minerva, a importunación mía, y de la infanta Sandalina y de vuestra hermana, os quiere recibir por su caballero.

Cuando el rey tal palabra oyó a la princesa fuese a humillar ante ella, y besándole las manos, díjole:

—Mi señora, y ¿cuándo serviré yo las mercedes que aquí se me han hecho?

La princesa le dijo:

—Sabed que es razón que sepáis agradecer lo que la infanta hoy por vos ha hecho.

El rey se fue a humillar ante la infanta Minerva, y tomándole sus manos se las besó muchas veces. La infanta, en presencia de la princesa, lo recibió por su caballero.

—¡Ay mi señora —dijo el rey—, y cuán deseado ha sido para mí este día! Hoy, mi señora, me habéis hecho el más bienandante de cuantos nacieron en darmel título de vuestro caballero.

—Sabed —dijo la infanta— que la princesa tiene poder sobre todas cuantas personas hoy en el mundo son; y ¿quién sería tal que el su mandado no hiciese? Esto digo porque a su alteza habéis de agradecer la merced que aquí se os ha hecho; que si la su merced no me lo mandara, aunque todos los del mundo a mí vinieran, yo no hiciera vuestro ruego.

—A Dios merced —dijo el rey— que sin yo haber hecho servicio a su alteza recibiese tan señaladas mercedes.

—Todo esto he hecho —dijo la princesa— por vuestra hermana Duante, que la amo yrecio mucho.

El rey y Duante se le humillaron. Allí estuvo el Rey de Pasamar una pieza, siempre dando quejas a su señora del afán que había pasado desde el punto que la vio, y cuando tiempo fue, él se fue a su posada.

Como don Cristalián se partió de la infanta Minerva y del rey Pasamar, él tomó su camino por donde la ventura lo quiso guiar, y andando a una y a otra parte quitó muchos tuertos a muchos que agravio recibían, y así pasó espacio de dos meses. Al cabo de este tiempo, yendo un día por un camino oyó dar grandes voces, y al parecer eran de hombre; don Cristalián dijo a Libanor:

—Guíemos hacia donde aquellas voces se dan, que quienquiera que es tiene gran cuita.

Y así, movieron para donde las oían, y cuando anduvieron una pieza vieron un escudero venir por un camino mesándose sus cabellos y llorando muy agramente. Don Cristalián se fue para él y díjole:

—Amigo, ¿por qué haces tan esquivo llanto?

—¡Ay señor caballero —dijo él—, porque hoy ha venido gran daño con la muerte de mi señor!

Como don Cristalián esto le oyó fue algo turbado, con pensamiento que no fuese alguno de sus amigos, y díjole:

—Dime quién mató a tu señor y quién es.

—¡Ay mi señor —dijo él—, que el caballero ha nombre Benzalaque!

—¡Sancta María, valme! —dijo don Cristalián—. ¿Es muerto Benzalaque?

—Sí, sin falta —dijo el escudero—, que diez caballeros lo mataron muy alevosamente, que allí yace tendido en aquel camino.

—Mucho es gran daño —dijo don Cristalián— que tan buen caballero como Benzalaque falte en el mundo. Guíame adonde está.

El escudero le dijo:

—No es muy lejos de aquí.

Y así, se fueron, y no anduvieron mucho cuando le vieron tendido en un campo eon un trozo de lanza atravesado, que le pasaba de parte a parte. Don Cristalián que así lo vio, hubo duelo dél, ca lo preciaba mucho por su buena caballería y tenía el pensamiento de lo tornar cristiano si con él lo pudiese acabar, y por no ser cristiano había dél gran dolor, y dijo a su escudero:

—Amigo, ¿quién mató a tu señor?, que de aquí te prometo que él lo compre caramente.

El escudero le dijo:

—Mi señor, matáronle diez caballeros; y dicen que el que lo mandó matar es el duque de Altenzor, gran señor en estas partes.

—¿Tú guiar me has adonde ese duque es?

—Sí —dijo el escudero.

—Pues antes que nos fuésemos querría que diésemos sepultura al cuerpo de tu señor.

Y así fue hecho; don Cristalián dijo a su escudero:

— Amigo, ¿por qué razón aquellos caballeros mataron a tu señor?

El escudero le dijo:

— Vos, mi señor, sabréis que viniendo por este camino, el duque andaba a caza, y acaeció a la sazón que Benzalaque por aquí pasó, que salió una cierva de entre aquellas matas que allí arriba veis muy mal aquejada, que muchos canes venían en pos della. Como la cierva vio a mi señor, como si persona fuera se vino para él halagando la cola como si socorro le demandara. Como Benzalaque era muy mesurado, hubo mucho duelo de la cierva, y tomando la lanza que yo traía la amparó de los perros que daño alguno no recibiese, y fue de tal manera, que la cierva tuvo lugar de se entrar en lo más espeso del monte antes que los perros la pudiesen seguir. El duque y sus caballeros, que en seguimiento della venían, hubieron demasiado enojo, y viniéronse para mi señor diciéndole: «Malandante seáis vos, don caballero, pues tan desmesurado fuistes que así nos tollistes⁴¹¹ nuestra caza. Pero vos lo compraréis raramente, ca seréis muerto por la cierva que amparastes». Benzalaque les dijo: «Si yo, señores caballeros, contra vos erré, aparejado estoy para que de mí toméis la emienda que quisiéredes. No hubiera ahí tal de vosotros que si la cierva os viniera a pedir socorro, así como si persona fuera, como lo hizo a mí, que no se lo diera. Por tanto, si en algo os enojé, mucho os ruego que de vosotros sea perdonado». Como el duque así le oyó hablar, dijo: «No penséis, don caballero atrevido, que no habéis de pagar el enojo que me hecisteis, ca sabed de cierto que habéis de pasar por la muerte». Mi señor le respondió: «Si a herir me viniéredes, yo me ampararé lo mejor que pudiere». Como Benzalaque esto dijo, luego el duque mandó diez caballeros, que en la su guarda traía, que como mejor pudiesen diesen la muerte a mi señor.

Don Cristalián le dijo:

— Amigo, guíame para donde el duque está, si lo sabes.

— Sí guiaré —dijo él—, que por este camino se fue él y toda su compañía.

Sabréis que don Cristalián fue en seguimiento del duque y lo alcanzó, y mató a él y a todos sus parientes y amigos en venganza de la muerte de Benzalaque. Y asimismo cuenta Doroteo que los vasallos del duque tomaron a don Cristalián por señor, y él dio el ducado de Altenzor a la doncella del gavilán y al conde de Mautín su marido en pago de los servicios que estando en los Hondos Valles de Maullín le hizo.

Estando don Cristalián en la tierra del duque acaeció venir por aquellas partes don Bernay de Gratamur, que en busca dél andaba y allí se le dio a conocer. La historia no hace desto entera mención por evitar prolíjidad. Don Cristalián dijo un día a don Bernay:

— Mi señor, no me quiero aquí más detener, y luego querría que la mi partida fuese.

Don Bernay le dijo:

— Hágase como la vuestra merced lo manda.

— Y vos, ¿para dónde queréis ir? —dijo don Cristalián.

— Si la vuestra merced fuese servido, yo, en la vuestra compañía, para aprender algo de la vuestra caballería.

⁴¹¹ Quitastes.

Don Cristalián le dijo:

—Señor don Bernay, yo soy muy contento de llevar en la mi compañía tan buen caballero como sois vos; y pues que así es, vamos luego de aquí.

—Vamos —dijo don Bernay.

Y luego demandaron sus armas y se armaron, y despidiéronse del duque y duquesa. Y así, se salieron de la villa y tomaron su camino hacia las partes de Asia la Mayor, adonde don Cristalián hizo tales maravillas que por muchos tiempos no le llamaron sino el Caballero Temido. Y por agora dejaremos de hablar dél por contaros del rey Lucescanio su hermano.

Capítulo CVI⁴¹²

En que se cuenta lo que al rey Lucescanio acaeció andando en su demanda.

COMO el rey Lucescanio salió del reino de Marmantia con intención de jamás tornar descanso hasta acabar su demanda, así anduvo veinte días sin aventura hallar. En este tiempo llegó a un puerto de mar que llaman el puerto de Felezna, y allí se embarcó para pasar en Alejandría en una nao que halló aparejada para se partir. Sabed que anduvieron por la mar quince días con prospero viento; a los diez y seis vino viento contrario, que ellos que estaban muy cerca de Alejandría, fueles forzado tomar otra vía de la que llevaban. La noche hacía muy escura, los marineros llevaban mucho temor, ca era gran tormenta en la mar, y así, caminaron toda aquella noche sin saber adónde ni a qué parte. Ya cuando Dios tuvo por bien de enviar el venidero día fueron muy ledos, por cuanto habían pasado la noche muy espantosa y escura; el rey Lucescanio preguntó a los marineros que hacia qué parte estaban, ellos le dijeron que no lo conocían.

—Mucho querría —dijo el rey—, si hubiese adónde, que tomásemos puerto.

Los marineros miraron a una y otra parte, y muy lejos vieron unas altas rocas; ellos le dijeron:

—No vemos por aquí señal de tierra si no son aquellas rocas. Allí seméjanos que no hay lugar para tomar puesto.

El rey les rogó muy ahincadamente que comoquiera que les aviniese, guiasen hacia allá la nao. Los marineros, por le servir (que de todos era muy amado), guiaron a las rocas, y a hora de vísperas llegaron a ellas. Los marineros le dijeron:

—A grande afán tomaremos aquí puerto, por cuanto no nos semeja que hay lugar para ello.

El rey les dijo:

—A mí me parece que sí, aunque veo poco lugar. Mucho os ruego que echéis un batel en que yo pueda pasar.

Los marineros que vieron que tanta voluntad tenía de salir a tierra, hicieron su mandado; el rey Lucescanio saltó en él, y asimismo hizo que en él pusiesen su

⁴¹² 1587: ‘cvij’ (246r). El error se mantiene hasta el final.

caballo y el palafrén do su escudero, y muy presto fueron en tierra. Los marineros le dijeron que si le atenderían allí; él les dijo:

—Amigos, si yo hallo camino para poder subir a aquella roca no tengo necesidad de vos; y esto digo porque siendo yo en lo alto luego se verá si es tierra habitable. Y si no lo fuere, yo soy luego de vuelta, y si al contrario, vosotros os podéis ir a la buena ventura.

Los marineros le dijeron que mirase lo que hacía, que muchas veces acaecía en aquellas partes semejantes habitar bravos y esquivos jayanes, y en otras partes bestias grandes y desemejadas.

—Comoquiera que me avenga —dijo el rey—, yo no tengo de dejar este camino.

Y como el salió del batel y en tierra fue, encomendándolo a Dios se fue por un angosto sendero que entre la mar y las rocas había, y por él anduvieron una pieza mirando si por ventura podían subir. Hacia algunas partes hallaban por donde una persona a grande afán podía ir, pero como el caballo y el palafrén no podían, andaban mirando si por ventura hallarían otro camino; y así andando mirando a una y a otra parte vieron una carrera que de lo bajo a lo alto subía, que aunque con grande afán, las bestias podían subir. El rey Lucescano fue muy ledo en haber hallado camino como él lo deseaba, y así, tomó él mismo el caballo de diestro y dijo a Bridamor que tomase su palafrén. Él hizo su mandado y comenzaron su camino; aunque con grande afán por amor de los caballos, que atrás ni adelante no podían andar, subieron en lo alto. Cuando el rey encima se vio dio muchas gracias a Dios, y miró a una y a otra parte y vio un grande y caudaloso río que por entre aquellas rocas descendía a la mar. Por otras partes vio grandes espacios de campos. El rey dijo a Bridamor:

—No puede ser sino que tan buena tierra como ésta sea habitable: bien será que digamos a los marineros que se vayan su camino adonde la ventura los guiare.

—No sé —dijo Bridamor— cómo sea eso: por ventura no hallaremos más que estos despoblados.

—Eso no puede ser —dijo el rey.

Y así, se llegó a las rocas, y en medio dellas se puso, y mirando abajo comenzó a hacer señal a los marineros diciéndoles que se fuesen a la buena ventura. Ellos que vieron las señas que el rey les hacía, luego de ahí a poco rato se partieron, no sabiendo hacia qué parte guiar porque no conocían adónde estaban.

Sabréis que como los marineros fueron su viaje el rey subió en su caballo, y Bridamor en su palafrén. Bridamor dijo a su señor:

—Si por aquí hay grandes despoblados, forzosamente nos faltará el bastimento que llevamos.

—No temas, Bridamor —dijo el rey—, que pues aquí vees agua dulce, de lo demás no nos faltará frutas selváticas que podremos comer mientras por estas partes estuviéremos.

Y así, comenzaron a andar por aquellos espaciosos y grandes campos hasta que la escura noche sobrevino; a esta hora dijo Bridamor a su señor:

—Seméjame que no hay por aquí árbol ninguno adonde nos pudiésemos allegar.

—Adoquiera será nuestro albergue —dijo el rey.

Y diciendo esto se apearon a la ribera de aquel hermoso río; el rey dijo:

—Aquí quiero que alberguemos esta noche.

Y luego tendió Bridamor su manto adonde su señor se sentase. El rey se desarmó las manos y la cabeza y dijo a Bridamor que quitase los frenos a su caballo y al palafrén para que paciesen en el verde prado adonde estaban. Luego Bridamor dio de cenar al rey de aquello que de la nao había sacado. Después que hubo cenado estuvo una pieza hablando con Bridamor su escudero en lo que más les agradaba, y cuando fue hora, el rey se acostó, tomando su escudo por cabecera, y Bridamor se apartó algún tanto a dormir a otra parte.

Como el rey se vio solo comenzó muy fieramente a cuidar en su señora Bellaestela, diciendo consigo cómo la ventura le había sido tan contraria, que cuando pensaba estar más cerca de Alejandría le apartaba adonde no sabía en qué tierra ni provincia estaba. Decía: «¡Ay de ti Lucescanio, y cómo te conviene pasar mucho afán antes que tú veas aquello que tanto deseas! ¡Oh mi señora Bellaestela, y por ventura vos pensaréis que yo tengo algún descanso estando ausente de la vuestra vista! Pues no entre en vuestro real corazón tal pensamiento, que yo jamás le tuve ni terné hasta que del todo yo os haga alegre, si Dios para ello ventura me diere». Y con estos pensamientos y otros que a la continua en su memoria revolvía, se durmió.

Ya que habría un cuarto de hora que el rey dormía oyó una grande y temerosa voz en aquellos despoblados campos; ella fue tal, que muy presto el rey y su escudero fueron despiertos. El rey estuvo muy atento por ver si otra vez oiría lo que primero, porque no lo había bien entendido, como estaba durmiendo. Estando de la manera que oído habéis oyó la misma voz que de antes, asimismo grande y temerosa, que le dijo:

—Rey de Altariagreta, por tu mal emprendiste la demanda de Bellaestela, ca sepas que antes que tú hayas lo que deseas morirás. y de la nás desastrada muerte que nunca nadie murió, por cuanto te hago saber que tú eres en los Campos de Varas, adonde el río de Orías entra en la mar. Y primero que tu hayas en tu poder al rey del Monte Libeo y a la reina Pardabela su mujer has de pasar mucho afán, ca los tiene en su guarda quien te hará morir antes que consienta verlos fuera de su poder. Y por tanto, te conviene muy presto salir destos campos, porque si en ellos más te detienes, sepas que aquí fenecerán tus tristes días.

Y diciendo esto cesó, que no dijo cosa alguna. El rey Lucescanio fue tan ledo en oír que ya la su jornada era acabada y que estaba en los Campos de Varas, que dio muchas gracias a Dios en su corazón, y dijo contra la voz:

—Y ¿quién eres tú, que piensas con tus amenazas espantarme? Mucho te ruego que digas quién eres, para darte las gracias de lo mucho que por mí has hecho en me hacer cierto que yo soy en los Campos de Varas; que no sé si sabes cuánto tiempo ha que ando por ser en ellos pasando grandes afanes.

En diciendo esto oyó otra voz que le dijo:

—No quiero tus gracias, que yo por te hacer daño dije el lugar adonde estabas, que no por te dar placer. Sepas que soy el espíritu del gran sabio Diante, que por las mis artes y gran saber puse en perpetuas prisiones al rey del Monte Libeo y a la reina Pardabela su mujer, por razón que yo hallaba por mis artes que por este

rey y su poder me había de venir mucho daño, y por tener segura la vida que los dioses fuesen servidos de darme hice lo que oído habéis.

—Tú lo hiciste como malo —dijo el rey—. Y pluguiera a Dios que fueras en el mundo, para que yo pudiera tomar la emienda del daño que en el hiciste en tener tan preciados reyes en tan gran captiverio.

—Yo no soy en el mundo —dijo el sabio—, mas tú verás el daño que yo te puedo hacer.

—Por ti ni por lo que me dices no me daré tanto como nada, por cuanto el poder que tu tienes es del Demonio. El que yo he es del que me hizo, que es Jesucristo crucificado, que tiene poder para te destruir; y no solamente a ti, pero a todas las furias infernales, en cuya compañía tú andas. Ya pluguiese a Dios que fuese el día venido, y tu verías cuánto temor tengo de las amenazas que tú me has hecho. Y esto digo porque a la sazón en que estamos hace la noche tan oscura que yo ni mi caballo no veríamos por donde anduviésemos.

—No te congojes por eso —dijo el sabio—, que el día verná muy presto y allí veremos tus fuerzas y esfuerzo para cuánto son.

—Ya estuviésemos en eso —dijo el rey—, porque del todo serían mis deseos cumplidos.

Y como acabó de decir esto estuvo atendiendo por ver si el sabio le respondía, pero nunca más le oyó. Y como el rey entendió que ya debía de ser ido, él se tornó a acostar en el manto de su escudero. Bridamor se llegó a su señor y le dijo:

—Grande y espantoso es el temor que la voz pone a quien la escucha. A Dios ruego yo que con mucha alegría salgamos de los Campos de Varas, que yo gran temor tengo de lo que esta noche he oído.

—Pues no temas —dijo el rey—, que mientras a mí Dios me diere vida yo te defenderé de cualquier que a offenderte viniere. Si por ventura yo me muriere, habraste de aparejar para pasar por lo que Dios servido fuere.

—¡Ay mi señor —dijo Bridamor—, que después de vos muerto yo no quiero vivir un solo punto!

—Agora te ve a dormir —dijo él—. Espera en Dios que de todo mal nos librará.

—Aquí me quiero quedar —dijo Bridamor.

—Sea como tú lo quisieres.

El rey estaba tan ledo de ver la buena ventura que Dios le había dado en traerle a tiempo que él se viese en los Campos de Veras, que no se hartaba de le dar infinitas gracias por las mercedes que dél había recibido. Hacíasele muy largo el tiempo que la noche había de durar, pero como forzadamente le convenía esperar, tan demasiada alegría tenía en su corazón, que nunca pudo dormir esperando a que el día viniese. Y cuando comenzó a amanecer, él llamó a su escudero y díjole que le enlazase el yelmo. Bridamor se levantó y hizo su mandado, y asimismo apretó las cinchas al caballo. Y como esto fue hecho, el rey se echó su escudo al cuello y subió muy ligeramente en él y tomó su camino por una senda que en medio de aquellos campos estaba, y anduvo por ella hasta hora de tercia sin topar cosa alguna, si no eran muchas aves que por aquellos campos andaban volando; y otras estaban sobre aquellas hermosas yerbas haciendo su dulce canto.

Yendo como oído habéis, no anduvo mucho cuando vio hacia la mano derecha un ancho y espacioso camino. Al rey le pareció que lo debía de tomar, y así como

lo pensó lo hizo, que a muy gran priesa se entró por él. Y cuando una pieza por él anduvo vio un grande y muy cuadrado prado. En él estaban muchas y muy deleitosas flores de mirar; en medio dél, un árbol tan grande y tan alto que parecía que al cielo quería llegar; había tantas ramas y tan tendidas, que todo el prado, tan grande como era, cubrían; había la hoja tan fresca y tan verde que no podía ser más. A la sombra de aquel tan hermoso árbol estaban cuatro padrones, en cada uno una imagen, diferentes la una de la otra, que la primera era de cobre y la segunda de acero, la tercera de plata y la cuarta de oro. Las imágenes eran de doncellas, cada una tenía su letrero en la mano. El rey holgó mucho en ver tan hermosa cosa como eran el árbol las imágenes; que una pieza las estuvo mirando, muy espantado de ver la grandeza del árbol, y asimismo de ver las imágenes tan diferentes. Bridamor le dijo:

—Hermosa cosa es lo que hasta aquí habemos visto: no sé qué será lo de adelante.

El rey se llegó al un padrón y miró el letrero que la imagen de cobre tenía en la mano, y vio que decía así:

Si el Temeroso Paso no temieres, ten esperanza que habrás en tu poder lo que deseas.

El rey paró mientes en lo que el letrero decía, y pasose adelante y miró la otra imagen de acero, y vio que el letrero que en sus manos tenía decía:

Sepas, preciado rey de Altariagreta, que si en la grande y Espantosa Laguna no osares entrar, que los tus días fenecerán; y si a entrar emprendieres, tu bravo esforzado corazón dará testimonio de lo que el metal de que yo soy aquí figurada denota.

El rey fue maravillado de ver los letreros, y pasando más adelante a la imagen de plata y mirando el letrero que en las manos tenía, vio que decía así:

Si la preciada sangre de España en la Obscura Morada se atreviere a entrar, tenga por cierto que la fama de su alta caballería para siempre durará, y será tan limpia y tan clara como lo denota el metal de que yo estoy figurada.

El rey pasó adelante y fue a ver el letrero de la imagen de oro, y vio que decía así:

Aquel tan esforzado caballero que con su alta caballería a lo que las tres imágenes le muestran por sus letras diere cima, sepa que luego entrará en el Palacio de la Justicia y allí dará fin a la demanda en que tanto tiempo por el mundo ha andado, sacando de encantamiento aquellos tan preciados reyes del Monte Libeo, y por él serán restituidos en sus grandes estados y señoríos, como lo denota el metal de que yo estoy figurada.

Escribió Doroteo que como el rey Lucescanio acabó de leer los letreros que las imágenes tenían, él se pasó adelante hasta que llegaron a una muy hermosa fuente. En este tiempo era ya hora de nona, y el rey se apeó y dijo a Bridamor que le diese

de comer; él se lo dio de lo que llevaba. Como acabó de comer, luego el rey se levantó, y enlazando su yelmo subió en su caballo, y así, tomaron su camino por una senda que a la mano derecha había y por ella anduvieron hasta hora de vísperas. En este tiempo vieron hacia la una parte un arco de piedra, así negro como si fuera de carbón. El rey se lo paró a mirar y vio que todo era cerrado, y en medio dél estaba una pequeña puerta, no mayor de cuanto por ella cupiese un caballero en su caballo. Ante ella estaba un padrón, asimismo negro con un letrero que decía así:

El caballero que cima quisiere dar a la estraña aventura, sepa que ha de entrar por la puerte que la tristeza semeja, y si esfuerzo tuviere para lo hacer, dará cima a la aventura del rey del Monte Libeo.

Como el rey acabó de leer el letrero, dijo:

— Pues para Sancta María que por temor alguno yo no deje de entrar por la puerta.

Y diciendo esto la abrió (que cerrada estaba) y vio que dentro estaban en un angosto paso seis caballeros armados. Al parecer de quien los miraba, las armas que traían eran todas hechas brasas. Habían los escudos de lo mismo; tenían espadas en sus manos que parecían de viva llama de fuego. Estos caballeros que armados estaban, sabed que no tenían yelmos, sino las cabezas desarmadas. Eran tan feos y desemejados, que no hubiera en el mundo persona que corazón tuviera para los mirar: tamaño espanto ponían sus espantosas figuras. El rey los estuvo mirando, y dio muchas gracias a Dios porque tal cosa había criado.

Y mirando más adelante vio otro arco, así ancho y espacioso, que podrían andar encima dél las personas que quisiesen. Este segundo arco ardía en vivas llamas, y encima dél estaba una silla hecha una viva brasa; cubríala un dosel del mismo fuego. En ella estaba sentado un hombre el más feo y desemejado que en el mundo se podría pensar. Echaba fuego por los ojos y por la boca, por manera que parecía arder en vivas llamas. Mucho fue espantado el rey Lucescanio en ver tan estraña aventura, y dijo:

— Grandes son las maravillas que en estos campos he visto.

Y volviéndose a su escudero, le dijo:

— Amigo Bridamor, tú me atiende aquí, que ya vees el peligro que te está aparejado si comigo quieres entrar. Mucho te ruego que de aquí te apartes por que no te venga daño.

Bridamor lo dijo:

— Y ¿cómo, señor? ¿Por aquí queréis entrar?

— Sí quiero —dijo el rey.

Como Bridamor esto le oyó tívole por muerto, y comenzó de hacer grandes llantos. El rey le aconhortó diciéndole:

— Y ¿cómo, Bridamor? ¿Tan poco corazón es el tuyo y tan poca esperanza tienes en Dios, que temes mi muerte? No consiento que tal pensamiento tengas, sino que estés muy ledo, pues Dios me ha traído a tiempo que veo ante mis ojos lo que tanto deseaba.

Y diciendo esto se le representó delante su señora la hermosa Bellaestela, y dijo a su escudero:

—Agora te queda, que aunque ante mis ojos viese todas los furias infernales, no dejaría de entrar por temor.

Y diciendo esto abrió del todo la puerta del arco, y puso las espuelas a su caballo y llamando el nombre de Jesús se entró por ella. Los caballeros se partieron en dos partes, y al rey tomaron en medio; esto hecho, el desemejado que encima del arco estaba, con una espantosa voz comenzó a decir:

—¡Ea mis caballeros, dalde la muerte que su loco atrevimiento merece!

El rey le respondió:

—Primero descenderéis todos los que aquí estáis a las tristes moradas del Infierno.

Como el rey esto dijo los caballeros, le comenzaron a herir por todas partes. El rey tuvo temor que le matarían el caballo, porque todos seis estaban a pie; y muy ligeramente salió dél, y tomando su buena espada en la mano, bien cubierto de su escudo, se comenzó entre ellos la más cruda y espantosa batalla que jamás se pudo pensar, por cuanto el rey recibía mucha pasión de los golpes que le daban, porque las armas se le calentaron en tanta manera de los golpes que con las espadas hechas fuego recibía, que gran daño venía a su persona. Pero como él se vio en tanto peligro, comenzólos a herir de tantos y tan pesados golpes, que aquellas visiones infernales tomaron mucho espanto, ca sabed que no habían más fuerzas que si hombres mortales fueran.

Pues de la manera que oído habéis duró la batalla grande media hora; en este tiempo el rey Lucescanio vio que le iba mal, por cuanto a él le semejaba que en vivas llamas se quemaba; y con gran corazón y ardimiento hirió al uno de los caballeros por encima de la cabeza, que desarmada traía, que se la hendió hasta los dientes y luego cayó muerto. Los cinco caballeros lo aquejaban malamente, pero el rey, que ya quisiera haber salido de aquella priesa, dio al uno por encima del hombro, pensándole dar en la cabeza, que le derribó el brazo con parte del espalda y luego el caballero cayó muerto. El rey tuvo por bien de se dar priesa, por la mucha fatiga que consigo traía, que andaba herido por algunas partes y recibía tanto dolor como podéis pensar siendo las espadas de fuego.

Con los cuatro que le quedaban se hubo tan poderosamente, que antes que mucho tiempo pasase ya eran los dos muertos, y los dos que le quedaban andaban tan lasos y cansados que casi no se podían mover. El rey que tanta flaqueza en ellos conoció, diose muy gran priesa a los herir, y ellos ansimismo lo herían a él cada que podían; pero no les aprovechó nada el poder que tenían, que muy presto fueron muertos, y dellos y de las heridas que tenían, en lugar de sangre salían grandes llamas de fuego.

El rey se le acababa la vida en estar en aquel fuego, ca las sus proprias armas le quemaban su cuerpo; y como esto vio, tomó muy presto su caballo, que hacia una parte, del temor del fuego, estaba arrimado, y subió en él muy ligeramente. Como el desemejado que encima del arco estaba sentado en la silla de fuego lo vio encima de su caballo, pensó en sí mismo: «Si este caballero el segundo arco en que yo estoy pasa, sin falta los mis prisioneros serán sueltos».

Y como esto dijo se levantó en pie y comenzó a toser a muy gran priesa, y por la boca le salían tantas y tan espantosas centellas de fuego, que todo el arco cubrían; y asimismo se meneaba y sacudía a tanta priesa, que el arco encendió en vivas llamas. Como el caballo el gran fuego vio, no podía el rey con él, sino daba grandes saltos a una y a otra parte. El rey acordó de taparle los ojos con un paño que entre las armas traía. Así como lo pensó lo puso por obra, y como se los tapó, púsole las espuelas y muy presto pasó de la otra parte. Cuando el desemejado lo vio pasado dio una muy espantosa y temerosa voz, y asimismo se levantaron grandes terremotos y torbellinos, tantos y de tal manera, que el rey se cegó, que no vio cosa alguna. Pero esto no duró mucho tiempo, que luego quedó el día muy reposado, y el rey miró adonde los arcos habían quedado y no vio señal alguna dellos, salvo que todo el campo en torno adonde los arcos estaban era como chamuscado.

El rey dio muchas gracias a Dios porque de tal peligro lo había librado, y miró por una y por otra parte y vio un pequeño arroyo que por entre unas yerbas verdes corría; él se fue para allá, y como junto a él llegó apeose de su caballo y luego le dio de beber y quitole el freno por que paciese de la yerba verde; y él asimismo se desarmó de las manos y de la cabeza y se lavó el rostro y manos del mucho calor que había pasado; y era con mucha fatiga, con el gran dolor que algunas heridas que tenía le daban. El rey se determinó de albergar allí aquella noche, que era ya tarde.

Cap. CVII

De cómo el rey Lucescanio entró en la Espantosa Laguna y de lo que allí le acaeció, y asimismo cuenta de cómo entró en la Escura Morada.

COMO el día fue venido, luego él se armó de las manos y de la cabeza; y primero que esto hiciese apretó las cinchas a su caballo y púsole el freno, y muy ligeramente subió en él y volvióse a la carrera que los arcos estaban; y por ella se fue a muy gran priesa y por ella anduvo hasta que fue hora de sexta, que en este tiempo llegó a vista de una grande y muy espantosa laguna. Él se la paró a mirar, y el agua que en ella estaba era muy negra; había tan mal olor, que no había quien lo sufriese. Por aquella laguna andaban muy espesos peces, así negros y espantosos como lo era el agua. El rey fue muy maravillado de ver tan estraña aventura, y miró hacia la mano siniestra y vio un padrón con unas letras que decían así:

Caballero bienaventurado, entra y no temas en el espantoso lago, ca si tu esforzado corazón es tal como en el Paso Peligroso nos has dado a entender, sin falta tu darás cima a la gran aventura del rey del Monte Libeo.

Como el rey acabó de leer el letrero miró bien la laguna, y encomendándose a Dios, puso las espuelas a su caballo; pero por mucho que le hirió no le pudo hacer

entrar. El rey le tapó los ojos, pero no le aprovechó cosa alguna. Viendo esto fue muy enojado, y dijo:

—Ya no me ayude Dios si por ti deje la entrada.

Y diciendo esto se apeó del caballo y encomendándose a Dios se lanzó por el lago. Agora sabed que como en él entró, al principio le daba el agua a las rodillas, y como más dentro fue, la laguna estaba más honda y dábale el agua hasta la cinta. En este tiempo recibió tantos y tan grandes encuentros, no sabiendo de quién, que pusieron la vida del rey en mucho peligro, por cuanto muchas veces le hacían caer de manos y de lado en la laguna, y con el gran peso de las armas, si en él no hubiera tanta fuerza y ardimento, muchas veces fuera ahogado; pero con todo este afán que oído habéis, él pugnaba siempre de pasar adelante, y como en lo más hondo fue, ya le daba el agua a la garganta.

En este tiempo a él le prendieron por entrabmos los pies, y tiraron con tanta fuerza dél, que a mal de su grado le convino entrar todo debajo del agua, que dél no se pareció cosa alguna. El rey se halló en un patio sin recibir daño ninguno del agua, y así seco y enjuto como si nunca en la laguna entrara. Él hincó los hinojos en el suelo y dio muchas gracias a Dios por las mercedes que le hacía sin las merecer. El rey se levantó, y miró por una y por otra parte y vio hacia la mano derecha un padrón con una letra que decía:

Entra, y no dudes, en la Obscura Morada, que si la ventura te guía tan bien que por ella pases, verás el fin de tu gloria.

Como el rey acabó de ver lo que las letras decían, miró, y no vio otra cosa en torno del patio sino una pequeña puerta; el rey se fue para ella y vio que estaba cerrada, que no se podía abrir. El tornó a mirar otra vez el patio, y como no vio escalera ni otra cosa por donde pudiese entrar ni salir, dio un gran golpe con el pie en la puerta y luego fue abierta. El rey se paró a mirar por ella y no pudo ver nada: tanto era la obscuridad que dentro había. Estuvo una pieza atendiendo por ver si vería o oiría cosa alguna, y no la vio ni oyó. Y como la grande obscuridad vio, bien pensó que aquella era la Obscura Morada; pero no vía ni entendía manera por donde a ella pudiese entrar. Y estando pensando lo que haría, tomó su espada en la mano y metiela por la puerta y con ella tentó por una y por otra parte, pero no sintió suelo ni pared. Desto fue el rey muy maravillado, y rogaba a Dios muy ahincadamente que lo guiase como en aquella morada pudiese entrar. Estando en esto oyó una voz que de la morada salía (de tan lejos como si del profundo viniera, que apenas se podía entender) que decía así:

—Tú que los Peligrosos Pasos con tu brazo y esforzado corazón pasaste, ¿osarás entrar acá?

—Osaría —dijo el rey—, si viese por dónde.

—Pues atiende un poco.

El rey dijo que de grado atendería, como aquel que al no deseaba sino entrar. El rey estuvo atendiendo una pieza, y en este tiempo vio asomar por la pequeña puerta un grande y espantoso cuervo trayendo en su grande y crecido pico una cuerda de escalas con un grueso garfio. Estúvose quedo hasta que el rey entendió

lo que era, y le tomó el garfio del pico y vio que eran escalas. Así como el rey se las tomó, luego el cuervo se tornó a entrar.

El rey prendió el garfio de las escalas adonde mejor le pareció que estaría. Y como esto fue hecho, él se encomendó a Dios y se metió por la puerta de la Obscura Morada, y como por las escalas comenzó a bajar no sentía cosa alguna, y tardó en bajar grande espacio de tiempo, ca le semejaba que en grandes honduras estaba; y como puso los pies en el suelo pareciole que pisaba en una cosa muy blanda. El rey se abajo por ver qué cosa podía ser aquello, y como echó la mano por ver qué era lo que en el suelo estaba, repentinamente le trabaron della que le hicieron arrodillar y dar con la otra mano en el suelo.

El rey se hubo tan esforzadamente que muy presto se tornó a levantar, y echó mano por su espada y atendió lo que venir le pudiese. Sabed que en aquella honda y obscura morada estaban grandes y espantosas culebras y serpientes, y esto era lo que el rey pisaba cuando de las escalas descendió; y como él echó mano a su espada, luego le comenzaron a herir de grandes y muy espantosos golpes, y no eran de espada, sino las sierpes lo herían con las colas de tal manera que muchas veces tuvo la vida por perdida, y no sabía qué medio tener para se librara del afán en que estaba. No hacía sino herir a una y a otra parte; y él no vía si hacía daño a quien hería, pero recibía tales golpes que muchas veces le hacían arrodillar y otras dar de manos en el suelo; y él, como era de vivo corazón, muy presto se tornaba a levantar.

En esta batalla que oído habéis estuvo el rey Lucescanio cerca de una hora, que nunca jamás perdió punto de su ardimiento. En este tiempo, ya que el rey tenía por perdida la vida, porque no vía manera alguna para de aquella triste morada poder salir, y la batalla que hacía era con aquellas fieras y muy espantosas sierpes, que en ellas no había razón, acaeció que repentinamente le sacaron el espada de la mano, que las grandes fuerzas que el rey tenía no bastaron para la defender que de su poder no se la quitasen.

Como él se vio sin espada fue extrañamente triste, pero sabed que después que la espada de la mano le quitaron no se sintió más herir. Él atendió una pieza, no sabiendo qué hacer de sí. Estando de la manera que oido habéis le tomaron en brazos y lo sacaron de aquella Obscura Morada sin saber quién, más de cuanto se halló en un muy hermoso prado y su espada en el suelo delante dél. Cuando el rey allí se vio dio infinitas gracias a Dios por las mercedes que le había hecho. Y después que se las hubo dado dijo:

—Pues yo no tomaré descanso alguno hasta que yo vea el cabo de lo que tanto deseo.

Y diciendo esto, aunque muy quebrantado estaba de los grandes golpes que había recibido, tomó su espada y comenzó a andar por aquel grande y espacioso campo, y cuanto por él anduvo una pieza vio una muy rica morada. El rey fue muy ledo en la ver, y fuese para ella, y antes que entrase vio un padrón de cobre que a la puerta estaba con un letrero que decía así:

*Sepa cualquier caballero que la ventura aquí le dejare llegar, que este es el
Palacio de la Justicia.*

Como el rey acabó de leer las letras, que otra razón no decían, puso la mano en la puerta del palacio y vio que abierta estaba, y luego se entró por ella y hallose en un hermoso patio, y miró y vio que el palacio era maravillosamente obrado. El rey se subió por una escalera que estaba hacia la mano derecha, y como en lo alto fue, él se entró en una gran sala, y en ella vio estar sentados muchos caballeros. El rey saludó, pero ellos no le volvieron las saludes. Como el rey bien miró, conoció que todos eran encantados. Mirando aquella grande y hermosa sala, vio por ella muchos rétulos que decían: «Justicia». Miró una y a otra parte y vio al cabo de la sala una puerta; él se entró por ella, y en otro aposento estaban muchas dueñas y doncellas, asimismo encantadas.

El rey se las paró a mirar, y la sala asimismo tenía otros rétulos que decían lo que los de la primera; y miró y vio en el cabo de la sala otra puerta. El rey se fue a entrar por ella y vio que estaba toda colgada de paños de oro, y a la una parte un rico y muy preciado dosel y debajo d'él una silla, y en ella sentada una doncella la más estraña que jamás nunca se vio, ca sabed que la doncella era negra. Había los labios de la boca muy colorados y los dientes muy menudos. que no parecían sino de un cristal; había los ojos verdes como vuna fina esmeralda, y las pestañas y las cejas tan rubias, que no parecían sino que eran hechas de hilo de oro. Había los cabellos de lo mismo, y tan largos, que era muy hermosa cosa de los mirar; la partidura de los cabellos tenía angosta y muy bien hecha, encima dellos una hermosa corona de reina. Había las manos muy bien hechas. Era una de las hermosas cosas del mundo que mirar. Tenía ropa de inestimable valor, ca era vestida de una seda india con guarnición de muchas perlas y piedras. Su cuerpo y gesto era de gentil compostura. Había en la su mano derecha una vara de justicia. El rey la miró y vio que no estaba encantada y hízole grande acatamiento. Aquella hermosa doncella le dijo, levantándose de su silla:

—Caballero, sed preso por el atrevimiento que habéis tenido de entrar en el mi palacio.

El rey se le humilló diciéndole:

—Mi señora, bienaventurado se puede llamar el que en la vuestra prisión fuere.

Aquella hermosa doncella le dijo:

—Caballero, conviene que me digáis cómo o de qué manera acá entrastes, que grandes eran las guardas que yo por guardar la entrada de mi castillo tenía.

—Mi señora —dijo el rey—, todas esas vuestras guardas hicieron su deber para que yo acá no entrase, pero no les aprovechó nada, por cuanto quiso Dios y fue servido de mostrarme tan hermosa doncella como lo vos sois.

La reina le dijo:

—Caballero, en todo lo que me habéis dicho conozco que es así como vos me lo decís. Y porque me parecéis caballero de mucha medida, yo misma os mostraré por quien tanto afán habéis tomado.

Ella tomó por la mano al rey Lucescanio y lo llevó consigo a una hermosa y muy bien labrada cuadra, y en ella estaban ricos y muy preciados paños colgados, y asimismo un rico dosel, y debajo estaban dos sillas y en ellas el rey del Monte Libeo y la reina Pardabela su mujer, pero estaban encantados. En medio de la cuadra era nacido un hermoso y muy crecido árbol; había en él solo una fruta de

muy estraña manera. Encima del árbol estaba un ave no muy grande. Aquella hermosa doncella le dijo:

—Manda la Justicia Mayor, que soy yo, que estos preciados reyes sean desencantados y puestos en su libertad.

Como aquella doncella esto dijo, muy presto aquella ave que ya os contamos que encima del árbol estaba voló en la rama que la fruta tenía y la comió a muy gran priesa. Sabed que así como la fruta el ave comió, luego los reyes se desencantaron. Como ellos fueron en su entero juicio, el rey Lucescanio les quiso ir a besar las manos, pero aquella hermosa doncella se lo estorbó diciéndole:

—Atended, señor caballero.

El rey estuvo quedo, que no se movió. La Doncella de la Justicia se humilló ante los reyes, y besándoles las manos les dijo:

—Altos y muy poderosos reyes y señores del Monte Libeo, sabréis que en el mundo son dos caballeros que son espejo de toda la caballería, y el uno es este que ante vos tenéis, ca sabed que por la su gran bondad él quitó las grandes y muy espantosas guardas que mi castillo tenía por que vuestras personas reales estuviesen a buen recado. Este caballero con su poderoso brazo a todas confundió. Yo, como Justicia Real, acatando a la su alta caballería, pareciome que debía por justo juicio darle en su poder aquello por quien él tanto afán ha tenido por bien de tomar, que son vuestras reales personas, cuya libertad hoy tenéis por la mano deste preciado caballero.

Como la Doncella de la Justicia esto dijo, los reyes se iban a levantar por lo mucho honrar; pero antes que ellos se levantasen llegó el rey Lucescanio por les besar las manos; mas los reyes no se las quisieron dar, antes lo abrazaron como aquellos que lo muchopreciaban, diciéndole:

—Ay bienaventurado caballero, de Dios hayáis el galardón, pues por la vuestra alta caballería somos desencantados!

La Doncella de Justicia les dijo:

—Mis señores, honrad mucho a este caballero, ca sabed que es rey de Altariagreta y hijo de aquel valeroso emperador Lindedel.

Como los reyes esto le oyeron fueron muy espantados; el rey del Monte Libeo dijo:

—Agora no me maravillo si el rey de Altaria ha hecho las maravillas que decís, pues es hijo del mejor caballero que hubo en sus tiempos ni habrá mientras el mundo durare. Dele Dios el galardón de lo que por nós ha hecho, ca yo no he poder de se lo gratificar.

El rey Lucescanio les respondió:

—Mis buenos señores, no quiero que se me agradezca si algún pequeño servicio os he hecho, por cuanto no solamente yo que ha tantos años que ando en la vuestra demanda, pero todos los del mundo eran obligados de tomar el mismo cargo que yo tomé por razón de sacar dos tan preciados reyes de tan perpetuo captiverio.

—Ay buen caballero —dijo el rey—, que bien ha gran tiempo que somos aquí metidos por aquel grande enemigo nuestro el sabio Diante!

La reina Pardabela (que muy hermosa dueña era) le dijo con las lágrimas en los ojos:

— ¡Ay buen caballero, que en aquel tiempo que fuimos encantados perdimos una sola hija que teníamos!

— Agora nos decid — dijo el rey a la Doncella de la Justicia —, ¿cuánto tiempo ha que somos aquí metidos?

— Habrá diez y siete años — dijo la doncella.

El rey del Monte Libeo dijo:

— ¿Si por ventura es en este palacio nuestra hija encantada?

— No es así como lo vos cuidáis — dijo la doncella —, ca sabed que vuestra hija es en el palacio del rey de Romanía. Él ha grandes tiempos que en su poder la tiene, porque el sabio Diante la criaba en su castillo, y como se vio a punto de muerte y a la princesa amaba de todo corazón por la su grande y muy estraña hermosura, la envió al palacio del rey de Romanía, adonde podéis ser ciertos que él la crió y tiene con tanto estado como si su propia hija fuese, y en el su poder es hoy. Y sabréis que es la más estraña en hermosura que jamás en el mundo fue nacida.

Mucha y muy demasiada fue el alegría que en oír aquellas nuevas aquellos preciados reyes recibieron, y daban muchas gracias a Dios por las grandes mercedes que en un solo día habían recibido, y deseaban mucho verse en el Monte Libeo, por razón de la vista de la princesa Bellaestela. En este tiempo entraron todos aquellos caballeros y dueñas y doncellas que ya oístes que eran encantados; como ellos a sus señores vieron fueron muy espantados, y miraron el palacio por todas partes y no sabían dónde estaban. Todos con mucha alegría besaron las manos al rey y a la reina; ellos los recibían con buen talante. La Doncella de la Justicia los sacó de allí y los llevó a un rico aposento que para aquel menester tenía aparejado; los reyes se asentaron en sendas sillas, la doncella dijo al rey Lucescano:

— Mi señor, mucha razón es que os quitéis las armas, que a lo que a mí me semeja, bien lo habéis menester.

Y luego aquella hermosa doncella dejó la vara que en sus manos tenía y se fue a desarmar al rey; él le dijo:

— Mi señora, no soy yo persona que merezco tanto bien.

La doncella le dijo:

— Mi señor, si quisiésemos mirar al mucho merecimiento vuestro, no habría servicio en el mundo que pequeño no fuese para vos.

Y diciendo esto, con sus hermosas manos le ayudó a desarmar, y como el yelmo le quitaron fueron muy espantados de ver la su gran hermosura. Y como fue acabado de desarmar vieronle muchas y muy peligrosas heridas (ca eran hechas con las espadas de fuego), que espanto ponía a quien las miraba. El rey y la reina se levantaron y dijeron a la Doncella de la Justicia:

— Buena señora, ¿cómo habremos recado para que este caballero sea curado, ca mucho es mal llagado? Mal haya quien tales heridas le dio.

La doncella les respondió:

— Son grandes los encantamientos que el sabio Diante aquí dejó, y este preciado caballero por su alta caballería los ha hoy todos deshecho. Pero yo haré de tal manera que él sea muy presto guarido de las llagas que al presente le veis.

El rey Lucescano se le humilló, y deseaba ya ser curado, porque muy grave dolor sentía. La doncella le tomó por la mano y lo llevó a una cámara adonde estaba un rico lecho y allí le hizo acostar, y luego le puso tales medicinas un

maestro, por mandado de la doncella, que gran bien con ellas sintió y luego le aflojaron aquellos grandes dolores que las llagas le daban. La doncella le mandó traer de cenar, y fue hecho su mandado; ella misma lo tomó y se lo dio. Como acabó de cenar entró por la puerta de la cámara Bridamor, el escudero del rey Luescanio; como él vio a su señor fue estrañamente ledo, y díjole, besándole las manos:

—¡Ay mi señor, y cuántos afanes han pasado por vuestra real persona!

—No los tengo yo por tales —dijo el rey—, pues he cobrado lo que tanto deseaba.

Bridamor dijo a su señor:

—Decidme, ¿si son aquellos los padres de Bellaestela?

—Son —dijo el rey.

Bridamor se fue a humillar ante ellos; ellos le dieron las manos, porque conocieron que era escudero del rey. Mucho fue Bridamor espantado de la estraña doncella, y pareciole tan apuesta cuanto otra que muy blanca fuese lo podía ser. Era maravillado de ver su color y cabellos, y loaba mucho a Dios que tal cosa había criado, y llegándose a su señor, le preguntó quién era. Él se lo dijo, y asimismo le preguntó cómo había entrado en aquel palacio. Bridamor le dijo:

—Ya, mi señor, se os acuerda adónde me dejastes acompañado de hartos temores de perderos, según las cosas estrañas ante mis ojos tenía. Yo jamás de allí me mudé un solo punto, y sabed, mi señor, que a la sazón que cima distes a esta aventura, súbitamente los arcos que vistes desaparecieron. Yo, como esta maravilla vi, luego entendí que los encantamientos eran deshechos, y a muy gran priesa me di de andar por una senda, que adonde los arcos estaban apareció, y por ella anduve gran pieza. Siempre iba mirando por una y por otra parte, y vi el caballo que por un verde prado se andaba pugnando por comer, pero no podía, ca tenía el freno puesto. Yo como le vi fui mucho turbado cuidando que algún daño la vuestra merced había recibido, y quitándole el freno, lo dejé pacer un rato, y cuando algún tanto hubo comido, tornéselo a echar y tomando el caballo de diestro comencé a caminar por mi senda adelante. Ya que una pieza hube andado vi ante mis ojos esta tan rica morada, y como en ella entré vi personas muy diferentes las unas de las otras, por quanto las unas eran blancas y las otras eran negras; y pregunté si por ventura habían visto un caballero estraño. Ellas me guiaron hasta aquí adonde estoy.

El rey le preguntó:

—Y ¿no viste otra cosa en todo ese camino?

—No —dijo Bridamor.

—Pues grandes son las maravillas que hay en los encantamientos.

En este tiempo dijo la Doncella de la Justicia al rey del Monte Libeo:

—Mi señor, bien será que dejemos este caballero reposar, que lo ha bien menester.

—Dejemos —dijo el rey.

Y luego se levantaron y se despidieron dél, y la doncella los llevó a una hermosa sala, donde las mesas estaban puestaz; el rey y la reina se asentaron a cenar, y la Doncella de la Justicia se asentó a la mesa de los reyes, donde fueron

muy bien servidos. Como la cena fue acabada, allí estuvieron hablando sobretabla en la gran bondad del rey Lucescanio; la doncella les dijo:

—Si este caballero, o su hermano el príncipe don Cristalián, por estas partes no vinieran, todos los del mundo que aquí fueran no tuvieran corazón para mirar los grandes encantamientos que el sabio Diente en vuestra guarda dejó, cuanto más dar cima a tan estraña aventura como lo ésta fue.

—Agora me decid, hermosa doncella —dijo el rey—, ¿cómo ha tanto tiempo que estáis en esta morada?

—No ha sino muy poco —dijo la doncella—, ca sabed, mi señor, que yo vine aquí porque supe que la vuestra libertad había de ser muy presto. Verdad es que este palacio es mío, pero yo no hago aquí mi habitación, por razón del cargo de Justicia Mayor que tengo.

—Señora doncella —dijo el rey—, mucho os ruego que digáis quién ese cargo os dio, que me semeja que encima de vuestros hermosos cabellos traéis corona de reina.

—Si yo la traigo —dijo ella—, con derecho la puedo traer, ca sabed, mi señor, que soy reina de Atalanta, que es un reino que hay en estas partes hacia los Campos de Varas. Traigo vara de justicia por razón que tengo poder sobre trece reyes, y el poder que yo tengo es éste: que si alguno déstos hiciere enojo o demasia al otro, yo y no otro en el mundo tiene poder para lo castigar, y asimismo darle la muerte si lo mereciere. Y por esta razón, mientras marido no tuviere, me hago llamar la Doncella de la Justicia.

El rey fue maravillado de lo que oído habéis, y díjole:

—Por cierto, señora doncella, así como la hermosura es la más estraña que yo nunca vi, así es cosa estraña lo que nos habéis contado, y téngolo a gran maravilla, porque lo nunca oí. Decidme, ¿qué ley mantenéis?

—La ley que yo mantengo —dijo la doncella—, adorar los ídolos, que son las imágenes de nuestros dioses.

El rey se calló, que no le respondió. En esto y en otras cosas estuvieron hablando una pieza de la noche, y cuando fue tiempo, la Doncella de la Justicia se levantó y les dijo que ya le parecía que era hora de se ir a dormir; el rey y la reina se levantaron, y la doncella los llevó a una cámara donde estaba un rico lecho, y como en ella fueron, la doncella dijo que allí podían descansar.

El rey y la reina le dieron gracias por lo mucho que por los honrar había hecho, y la doncella se despidió y se fue a su aposento acompañada de muchas dueñas y doncellas que para su servicio eran allí venidas, y el rey y la reina quedaron acompañados de los que con ellos habían sido encantados. Y así, durmieron aquella noche con demasiada alegría de se ver en su libertad y con deseo de ver a su hija Bellaestela. Venida que fue la mañana, el rey y la reina se levantaron y luego se fueron al aposento del rey Lucescanio, el rey se llegó a su lecho diciéndole:

—Mi buen señor, ¿qué tal os sentís?

—Siéntome muy bueno —dijo él.

—A Dios merced —dijeron ellos.

—Las medicinas que me pusieron —dijo el rey— fueron de tanta virtud que luego me quitaron el dolor grande que tenía; y el dolor quitado, no hay mal ninguno.

El rey y la reina fueron muy ledos en oír aquellas nuevas, y dijeronle que se esforzase mucho, por que pudiesen ir presto de allí para el Monte Libeo, y que allí le podrían servir conforme a su persona real; el rey le dijo:

—No hay en esta vida cosa que yo más deseo tenga al presente que es verme guardado de mis llagas, y si el maestro para ello licencia me diese, luego me levantaría.

—Ello será muy presto, con el ayuda de Dios —dijo el rey del Monte Libeo.

Y allí estuvieron hablando con él en lo que más holgaban. A esta hora entraron los maestros para lo curar, y en su compañía venía la Doncella de la Justicia muy ricamente guarnida, que mucho deleite ponía a quien la miraba. Los maestros comenzaron a curar al rey, y la Doncella de la Justicia les preguntó qué tales estaban las llagas; ellos le respondieron que estaban muy buenas.

—Muchas gracias a los dioses —dijo ella—, que no he otro deseo sino de ver al rey Lucescanio levantado del lecho. Decidme —dijo a los maestros—, ¿cuándo estará para se poder levantar?

—Más presto de lo que nadie piensa, que pues las medicinas de una vez le han quitado el dolor, señal es que muy presto seré guardado.

—Así quiera Dios —dijo el rey del Monte Libeo.

Los maestros lo acabaron de curar y se salieron de la cámara, y el rey y la reina y la Doncella de la Justicia se quedaron hablando con él.

Cap. CVIII

De cómo el rey Lucescanio fue guardado de sus llagas y de allí se fueron al Monte Libeo.

Alos quince días que la aventura del rey del Monte Libeo se acabó, el rey Lucescanio fue guardado de sus llagas, y con demasiada alegría, con pensar que se le acercaba el tiempo que había de ver a su señora, se levantó del lecho, aunque algo estaba flaco; todos fueron muy ledos en lo ver levantar. Y después que estuvo más recio de sus llagas estuvieron tres días sin se partir, porque así lo mandaron los maestros. En este tiempo el rey del Monte Libeo aparejó su partida, y la Doncella de la Justicia asimismo, por cuanto ella no acostumbraba estar en aquella morada. Y otro día per la mañana el rey Lucescanio se armó y todos fueron a caballo, y la Doncella de la Justicia dijo a los reyes:

—Mis buenos señores, para ir al Monte Libeo forzosamente habéis de pasar por Atalanta.

—En buena hora —dijo el rey del Monte Libeo—, y no nos pesa en oír tan buenas nuevas como éas.

Y así, salieron del Palacio de la Justicia con demasiada alegría y fueron su camino hasta llegar al reino de Atalanta sin que en él les acaeciese cosa alguna. Y un día a hora de nona llegaron a una ciudad que había nombre Bretalia, y allí ya sabían cómo la reina su señora venía, porque ella había enviado a decir que tuviesen aparejado lo necesario que menester fuese, y como los de la ciudad

entendieron que ya venían, salieron bien tres millas a los recibir con muchos juegos y danzas, que gran placer daba a quien los miraba. Sabed que todas aquellas gentes eran negras. Ellos los recibió con muy gracioso semblante, dándoles las gracias por el buen recibimiento que les habían hecho, y así, se fueron al palacio de la reina, que era muy hermosamente obrado, y en la portada tenía muchos rétulos que decían «Justicia». Y como a él llegaron, todos descendieron de sus caballos, y la reina y sus dueñas y doncellas de sus palfrenes. Y como en el palacio fueron, maravilláronse de lo ver tan ricamente obrado, ca sabed que el palacio y todas las paredes y cielo eran doradas, que no había menester paños para que bien pareciesen.

Como todos fueron sentados ya era tarde; luego fueron las mesas puestas, y asentáronse a comer y fueron maravillosamente servidos de muchos y muy preciados manjares, y como la noche vino, la Reina de la Justicia les dio ricos aposentos en que durmiesen. Y allí se detuvieron cinco días a gran vicio, que nunca la reina los dejó partir hasta que este tiempo fue pasado, siempre haciéndoles grandes y muy crecidos servicios, por donde los reyes eran muy pagados de la reina y estaban con mucha obligación de pagar tantas y tan buenas obras como allí habían recibido.

El rey del Monte Libeo dijo que se quería partir otro día; la Doncella de la Justicia le respondió que hiciese a su voluntad, que los dioses sabían si ella dellos se quisiera partir, pues no podía menos ser, por cuanto ellos tenían necesidad de se ir a su reino. Con esto se fueron a dormir. Y como la mañana fue venida, luego el rey Lucescanio se levantó y se armó de sus ricas y lucientes armas, y todos se despidieron de la Doncella de la Justicia, y ella quedó con mucha tristeza por partirse de tan buena compañía, y mandó que todo el tiempo que por su reino fuesen les hiciesen grandes servicios.

Tomaron su camino para el Monte Libeo, y en todo él no les avino cosa que de contar sea. Y cuando en el reino comenzaron a entrar ya todos sabían la libertad de sus señores, porque en siendo luego el rey desencantado envió al Monte Libeo uno de sus caballeros, y por tanto, en cada pueblo que entraban les hacían grandes recibimientos. Y así, fueron con grandes fiestas y alegrías hasta que llegaron a Pelinor, que era una gran ciudad del reino del Monte Libeo, y allí se hicieron muy grandes recibimientos.

Como en la ciudad entraron, muchas eran las gentes que por las rúas y plazas estaban, y tantos, que no los dejaban pasar por ver al caballero bienaventurado que a sus señores había dado libertad, y con gran pena llegaron al palacio, y como en él fueron, luego el rey Lucescanio se desarmó y fue cubierto de un rico manto. Y como sentados fueron, todos los altos hombres del reino les vinieron a besar las manos, y los reyes los recibieron con demasiada alegría, que amaban mucho a sus vasallos. Ante ellos pareció el anciano duque Artilán, que había tenido la gobernación de sus reinos todo el tiempo que el rey y la reina habían estado encantados, y había mantenido los reinos en mucha paz y justicia. Ya los reyes eran informados que los había servido bien y lealmente; el rey y la reina le prometieron grandes mercedes; el duque les besó las manos y dijo al rey:

—Vuestra alteza me mande mostrar aquel caballero en quien Dios puso tanta bondad.

El rey tendió la mano contra el rey Lucescanio y dijo:

—Ese caballero, que es rey de Altariagreta, es en quien Dios pudo toda la caballería del mundo.

Como el duque entendió que el caballero era rey de Altariagreta, fuese a humillar ante él diciéndole:

—Mi señor, dadme vuestras manos, pues tanta alegría hoy habéis dado al Monte Libeo; y pues en vos hay tanta bondad, todos cuantos armas traen es razón que os las besen, siendo sobre todos la vuestra alta caballera:

El rey Lucescanio que vio al anciano duque ante sí de hinojos, levantose, y tomándole por las manos lo hizo levantar diciéndole:

—Duque Artilán, vuestra persona da testimonio de vuestra gran lealtad, y por tanto, es mucha razón que de todos los reyes del mundo seáis muy honrado.

El duque se le humilló, y el rey se tornó a asentar. El rey del Monte Libeo mandó al duque Artilán que se asentase, y esto hacía él por cuanto el duque era muy gran señor, y asimismo era de mucha edad. Allí estuvieron hablando una pieza en las cosas del reino; el duque le respondió que no tenía príncipe tan leales y fieles vasallos como los él tenía.

—Yo les daré el galardón de su buen servicio, si Dios a mí vida me da.

Todos los altos hombres que a la sazón estaban en el palacio preguntaron por la princesa Bellaestela.

—No fue con nosotros encantada —dijo el rey—. Sabréis que del rey Lucescanio somos informados que es en la corte del rey de Romanía en compañía de la princesa Archesidela, mujer del príncipe Bores de Mar su hijo, y asimismo nos dice el rey que la tiene el rey de Romanía en tanto estado como si ella fuese hija del mayor señor que es en el mundo. En mucho cargo soy de le servir las grandes mercedes que en esto me ha hecho.

Todos rogaron al rey que luego enviase por la princesa, el rey les respondió:

—Yo os juro que nunca pienso tener entera alegría hasta que ante mis ojos la vea; pero yo querría que los que por la princesa fuesen llevasen un gran presente al rey de Romanía, y a esta causa no podrá ser tan presto.

Todos le respondieron que era mucha razón que así se hiciese. En este tiempo fueron las mesas puestas, y los reyes y la reina se asentaron a una mesa y allí fueron servidos de muchos y diversos manjares, y en la sala estaban diversos instrumentos que jamás cesaban de tañer. En este tiempo fue la cena acabada y las tablas fueron alzadas. Allí estuvieron hablando en el presente que al rey de Romanía se había de enviar; en fin, acordaron de llevar de todas las cosas que en el Monte Libeo hallasen que fuesen buenas de las que en Romanía no hubiese, y con esto se fueron a dormir. Y de allí adelante entendieron en aparejar todo lo que al rey de Romanía habían de enviar, y el cargo dieron al duque Artilán, porque era hombre muy sesudo.

Capítulo CIX

De cómo el rey del Monte Libeo envió por la princesa Bellaestela y del gran presente que al rey de Romanía envió.

El duque se dio la mayor priesa que pudo en aparejar todo aquello que el rey le mandó, y cuando todo lo tuvo a⁴¹³ punto dijo:

—Ya la vuestra merced puede cada que quisiere enviar por la princesa.

—Pues que así es —dijo el rey— que tan buen cuidado habéis tenido, sea luego mañana la partida. ¿Qué es lo que tenéis aparejado?

—Son muchas y muy estrañas cosas, y tantas, que irán docientos camellos cargados. Vea la vuestra merced quiénes son los que manda que vayan por la princesa.

—Mucho querría, si os pluguiere, que fuésedes vos, y los demás todos aquellos que quisiéredes que vayan en la vuestra compañía.

El duque besó las manos al rey por las grandes mercedes que le hacía en enviarle a él por la princesa. Allí nombró el duque todos los que le pareció que sería bien que fuesen aquel camino, y al rey le pareció muy bien todo lo que el duque ordenó. El rey Lucescanio, que presente se halló en esta habla, rogó al rey que la su merced fuese servido de le dar licencia para se ir en compañía del duque, por cuanto él tenía algunas cosas que hacer en Romanía, y que asimismo, por le servir, se volvería con la princesa. El rey del Monte Libeo le respondió:

—Paréceme, mi buen señor, que yo soy el que había de pedir que esa merced se me hiciese, porque viniendo la princesa en la vuestra compañía, a lo menos no temerá de cosa alguna que en el camino enojar la quisiese, y por tanto, yo seré quito de todo cuidado viniendo en la vuestra compañía. Y sea luego mañana la partida, pues tan buen aparejo tenemos.

Y fuérонse a dormir. Y venida que fue la mañana, el rey Lucescanio se levantó, y él y el duque se fueron a despedir del rey y de la reina; el rey le dio una letra para el rey de Romanía y los encomendaron a Dios. Y el rey Lucescanio se armó de todas sus armas y luego subieron en sus caballos, y todos los caballeros que en la su compañía habían de ir, y así, salieron de la ciudad de Pelinor llevando consigo aquel gran presente que al rey de Romanía llevaban. Tomaron su camino, y anduvieron muchos días sin hallar cosa que de contar sea.

Yendo un día a hora de tercia por una floresta, hacia la una parte que una fuente estaba vieron muchas tiendas armadas. Ellos se las pararon a mirar, que una dellas era muy rica, ca tenía las cubiertas de brocado, y las cuerdas de hilo de plata. El duque dijo al rey:

—No me creáis si aquí en esta floresta no es algún gran señor.

Por entonces no pudieron ver quién en las tiendas estaba, porque habían las cubiertas echadas; en torno dellas andaban muchos donceles ricamente guarnidos, que semejaban que servían a algún gran señor. El rey tuvo mucha voluntad de saber cuyas eran, y llamó a un doncel que cerca dél estaba y díjole:

⁴¹³ Suplo 'a' (253r).

— Amigo, que hayáis buena ventura. Si os pluguiere, decidnos, ¿quién son los que en esta floresta están?

El doncel les respondió:

— Señor caballero, si saber quisiéredes lo que me preguntáis, allá adelante lo sabréis.

Y diciendo esto se fue, que otra cosa no les quiso decir. El rey y toda su compañía se fueron su camino, y a la salida de la floresta vieron un gran caballero armado de unas armas blancas con unas bandas pardas atravesadas por ellas. El caballero guardaba el paso de la floresta, y hacia la mano derecha, a la sombra de unos árboles, estaban otros cinco, asimismo armados de todas armas. Como el rey y el duque quisieron pasar, un enano que encima de un árbol estaba les comenzó a dar voces diciéndoles:

— Atended caballeros, que no penséis que tan ligeramente habéis de salir de la floresta, ca sabed que esos caballeros que ahí veis guardan ese paso por dar placer al rey y a la reina, que allá debajo dejáis en las tiendas.

— Dime —dijo el rey—, ¿de qué manera se guarda este paso y qué condiciones son las que piden a los caballeros andantes que por esta floresta vienen?

— Sabed, señor caballero —dijo el enano—, que el que la floresta quisiere pasar le conviene justar con aquel caballero que el paso guarda; y la justa no ha de ser aquí, sino ante las tiendas adonde el rey y la reina están, que son venidos a esta floresta por tomar todo placer, ca es la reina en cinta; y si el caballero que el paso guarda de la justa de la lanza derribare al caballero aventurero, ha de dejar las armas y el caballo; y si el aventurero fuere tal que derribare al que el paso guarda, asimismo pierde las armas y el caballo, y luego uno de aquellos cinco entra en su lugar, y tal será por todos cinco como es por el primero, si el aventurero a todos los derribare. Agora sabed que ha bien quince días que este paso se guarda, que jamás el caballero de las bandas pardas ha sido derribado de su caballo; pero sed cierto que pasan de cuarenta los caballos que él ha ganado, y todos son de la otra parte de las tiendas, si mirar los quesistes. Dicho os he la costumbre del paso; y si por ventura justar no quisiéredes, dejando las armas y el caballo os podéis ir vuestro camino sin que persona alguna os enoje.

El rey respondió:

— Mala burla sería ir a pie. No creo que verná por aquí tal caballero que haya gana de dejar su caballo. Amigo, mucho te ruego me digas quién es el rey y la reina que en esta floresta tomando placer están.

— Señor caballero —dijo él—, es el rey don Ginestacio y la reina de Zizamarán.

El rey no los conoció, que nunca los había oído decir.

— Y ¿qué tierra es esta en que estamos?

— Vos sois —dijo el enano— en el reino de Zizamarán.

— Pues que así es —dijo el rey— que el paso desta floresta nos quitan, mucho te ruego que digas a ese caballero que la justa sea lo más presto que ser pudiere, por cuanto aquí no me puedo detener.

Como el enano así oyó hablar al rey, no pudo tanto sufrir que no se riese, y dijo:

— Pues ¿cómo, señor caballero? ¿Y tan libre os pensáis ir de la floresta? Por buena fe que si mucha priesa lleváis, que habréis algún espacio si perdéis vuestro caballo.

—Haz tú lo que yo te digo, que yo lo guardaré lo mejor que pudiere.

—Pues atended, señor caballero, que en eso yo haré vuestro mandado.

Y diciendo esto tomó un cuerno que en la cinta tenía colgado y tocole; luego el caballero que el paso guardaba entendió que el caballero pedía justa, y subió en su caballo y enlazó su yelmo y salió del paso que guardaba diciendo al rey:

—Venid, señor caballero, que las justas pasan ante el rey y la reina.

El duque mandó a toda su compañía que ninguno saliese de la floresta hasta que la justa fuese acabada. El rey y el caballero del paso se vinieron ante las tiendas que ya oístes, y asimismo se vinieron los cinco caballeros que en compañía del otro estaban. Luego alzaron las cubiertas de la rica tienda que ya oístes, y vieron que aquella hermosa reina de Zizamarán estaba asentada en un estrado muy ricamente guarnida, y junto a ella estaba el buen rey don Ginestacio. El rey Lucescanio y todos los que a la reina vieron fueron espantados de ver la su grande hermosura, y asimismo la buena apostura del rey. Ante las tiendas era una gran carrera; el rey y el caballero se pusieron el uno de la una parte y el otro de la otra. Cuando el rey don Ginestacio vio pasar al rey Lucescanio con aquellas ricas y lucientes armas dijo:

—Por buena fe, el caballero debe ser preciado, según su apostura lo muestra. Agora veamos la justa, que me semeja que será cosa de ver.

Sabed que el caballero que el paso guardaba era uno de los de más alta bondad que en aquellas partes había. En este tiempo los caballeros tomaron sendas lanzas, y hirieron los caballos de las espuelas y viniéreronse a encontrar tan poderosamente que las lanzas volaron en piezas, y los caballeros ni sus caballos no se movieron ni hicieron desdén que mal pareciese. Mucho fueron los caballeros enojados el uno del otro por los encuentros que habían hecho, y luego tomaron otras sendas lanzas de una astería que detrás de las tiendas estaba, y viniéreronse a encontrar de tal poder que el caballero del paso fue por las ancas del caballo al suelo, tan mal quebrantado, que no se pudo mover. El rey mandó que le tomasen el caballo, y asimismo las armas, como estaba en la postura. Bridamor se fue para el caballero y desenlazole el yelmo, y así como se lo quitó tornó en su acuedro y fue muy triste y muy avergonzado de lo que le había acaecido, y con el ayuda de su escudero y de Bridamor se levantó y se metió en una tienda y allí se acabó de desarmar, y Bridamor tomó las armas y sacolas a la floresta. El rey don Ginestacio dijo:

—Ciento el caballero debe ser de alta caballería

En este tiempo uno de los cinco caballeros se puso a la otra parte de la carrera, y el rey Lucescanio pidió una lanza y luego se vino a encontrar de manera que el caballero del paso y su caballo fueron al suelo y el caballero hubo una pierna quebrada (que el caballo le tomó debajo), y como en el suelo fue, luego el rey Lucescanio le mandó tomar el caballo, y asimismo quitar las armas. Mucho le pesó al rey don Ginestacio de ver tan mal parados a los sus caballeros. Y luego se puso otro caballero en la carrera, y el rey Lucescanio tomó otra lanza y fuéreronse a encontrar, y avínole al caballero del paso así como hizo a sus compañeros; y asimismo derribó al cuarto y quinto y sexto, y a todos les mandó quitar las armas y tomar los caballos. Como esto fue hecho, el rey Lucescanio dijo al duque:

—Aquí no hay más que hacer: ya me parece que podremos ir nuestro camino seguros.

—¡Ay mi señor —dijo el duque—, y cuán bienandante se puede llamar el que ha vuestro conocimiento!

Y diciendo esto, el rey Lucescanio hizo su acatamiento al rey y a la reina, y así, se pasó adelante. Como el rey don Ginestacio vio que aquel caballero se iba su camino, muy presto se salió de la tienda diciendo:

—Señor caballero, atended, por mesura, que jamás sería alegre si tan buen caballero como lo vos sois se fuese sin que yo lo conociese y supiese quién es.

El rey Lucescanio atendió, y dijo:

—La vuestra merced me perdone, que yo no me puedo aquí detener.

—Ya Dios no me ayude si de aquí pasáis sin que yo sepa quien sois.

Y diciendo esto se fue para donde el rey Lucescanio estaba, y tomándole el caballo de diestro, le dijo:

—Esta fuerza sé yo hacer a los preciados caballeros como lo vos sois.

Como el rey Lucescanio vio al rey que la rienda de su caballo le tenía, muy presto se apeó diciéndole:

—¿Quién viendo a la vuestra merced con tanta voluntad de me conocer, podría pasar sin hacer su mandado?

Y diciendo esto se le humilló, y el rey don Ginestacio asimismo a él, y le agradeció mucho lo que por él hacía. Y así, se vinieron para la tienda adonde la reina estaba, y como en ella entraron, el rey don Ginestacio dijo a la reina:

—Mi señora, honrad mucho a este caballero, ca lo merece por su alta caballería.

La reina le habló como aquella que era muy mesurada; el rey Lucescanio se le humilló. Y luego el rey don Ginestacio rogó al rey que se desarmase; él le respondió que no lo haría, por cuanto no se podía detener, que iba con aquel presente al rey de Romanía.

—Decidme, ¿quién se lo envía?

—Envíaselo —dijo él— el rey del Monte Libeo.

—Sancta María, valme! —dijo el rey don Ginestacio—. ¿Desencantado es el rey del Monte Libeo?

—Sí —dijo él.

—Agora me decid, si os pluguiere, quién es aquel buen caballero que a tal aventura dio cima.

El duque Artilán, que junto al rey Lucescanio estaba, dijo al rey don Ginestacio:

—Mi buen señor, el caballero que la grande y espantosa aventura del rey del Monte Libeo acabó es este preciado caballero que ante vos tenéis.

Como el rey esto oyó decir al duque, fue estrañamente ledo, y dijo:

—¡Ay buen caballero, por lo que debéis a la orden de caballería que os desarméis y holguéis aquí en esta floresta hasta la mañana!

La reina asimismo se lo rogó muy ahincadamente, por manera que el rey no pudo hacer sino lo que con tanta voluntad le rogaban; y luego el duque Artilán le desenlazó el yelmo, y como se lo quitaron, el rey y la reina fueron muy espantados de ver su estraña apostura. Y luego fue el rey desarmado y cubierto de un rico manto. El rey don Ginestacio se asentó y hizo asentar cabe sí al rey Lucescanio; la reina de Zizamarán dijo:

—Pues que este caballero es el que la estraña aventura de los Campos de Varas acabó, yo quiero demandarle un don, ca tengo gran menester la su ayuda.

Y diciendo esto le rogó muy ahincadamente que se lo otorgase; el rey Lucescanio se lo otorgó, y la reina se lo agradeció mucho, diciendo:

—Sabed, señor caballero, que yo soy en cinta de tiempo de cinco meses, y cuanto ha que casada estoy no tengo ningún hijo ni hija. Y agora verdaderamente yo sería puesta en grande afán si vuestro nombre no supiese: tanta voluntad tengo de lo saber.

El rey Lucescanio le dijo:

—Por Dios que erraría mucho quien el vuestro mandado no hiciese —y dijo— . Sabed, mi señora, que yo soy el rey de Altariagreta, si lo nunca oístes decir.

—Tanto sé como antes —dijo la reina— si el vuestro propio nombre no me decís.

—Sabed —dijo el rey— que yo he nombre Lucescanio, soy hijo del emperador Lindedel de Trapisonda.

Cuando el rey don Ginestacio y la reina entendieron que aquel buen caballero era hermano del príncipe don Cristalián fueron salidos de su acuerdo: tanta alegría vino a sus corazones. El rey y la reina se levantaron diciéndole:

—¡Ay por Dios, mi señor, perdonadnos si no os habemos hecho aquella honra que vuestra persona real merece.

El rey Lucescanio se les humilló, la reina le dijo:

—Sabed, mi señor, que por el príncipe don Cristalián vuestro hermano, después de Dios, el rey mi señor y yo tenemos la vida, ca sabed que a mí por la su alta caballería me sacó de los Hundos Valles de Maullín, que casi por perdida tenía mi vida estando en la más triste prisión que jamás fue en el mundo vista.

Allí contó la reina las maravillas que el príncipe don Cristalián en los Hundos Valles de Maullín había hecho; mucho fue el rey Lucescanio espantado en lo oír, y decía en su corazón que no había caballero en el mundo, por muypreciado que fuese, que a la bondad del príncipe su hermano igualase. Allí estuvieron hablando una pieza; en este tiempo dijo la reina que había mucho sabor de oír la aventura del rey del Monte Libeo; el duque se lo contó así como al rey lo había oído, la reina dijo:

—Grandes maravillas hay en los encantamientos; mas mucho me hago maravillada de aquella Doncella de la Justicia. Figúraseme que parecería bien.

—Así es verdad —dijo el rey de Altaria—, que estraña cosa era de la ver, ca semejaba más hermosa que otra.

El rey don Ginestacio rogó mucho al rey Lucescanio que le dijese cómo o por qué el rey del Monte Libeo enviaba aquel presente al rey de Romanía. El rey Lucescanio les dijo que porque en el su poder se había criado la princesa Bellaestela.

—¿Qué princesa es ésa? —dijo la reina de Zizamarán.

—Hija del rey del Monte Libeo —dijo el rey Lucescanio.

—Decidme —dijo la reina—, ¿por qué razón el rey de Romanía la tiene en su poder?

El rey Lucescanio se lo contó como esta historia lo ha contado.

—Y agora envía el rey del Monte Libeo al rey de Romanía este gran presente, y asimismo le envía a pedir su hija la princesa.

Mucho fue el placer que el rey y la reina tomaron en oír las nuevas que allí les contaron. En este tiempo entró por la tienda el primer caballero que el rey derribó; el rey don Ginestacio se rio cuando le vio entrar, y le dijo:

—Es verdad, don Verladín, que con mucha razón vos os podéis llamar bienandante en quitaros de aquel paso uno de los dos mejores caballeros que hoy son en el mundo.

—A eso vengo —dijo él—, a dar las gracias por la merced que se me hizo.

Y diciendo esto se humilló ante el rey Lucescanio por le besar las manos, el rey no se las quiso dar, antes lo levantó por las suyas diciéndole:

—Por cierto, señor caballero, en vos hay tanta bondad cuanta puede haber en otro que muy preciado sea; pero las cosas de las armas son todas ventura, que tal pudiera venir por mí como vino por vos.

—Eso no lo quiero yo consentir —dijo don Verladín—, que a la vuestra merced no es hoy nacido caballero que se le iguale.

—Muchos buenos caballeros —dijo el rey— hay en el mundo, y de los mejores vos sois uno, a lo que yo de vos he conocido.

Verladín se le humilló por la honra que le daba. Sabed que el rey don Ginestacio quisiera detener allí al rey Lucescanio algunos días, pero no pudo con él que allí se detuviese más de aquel día. Y luego otro por la mañana se levantó y demandó sus armas, y como fue armado víñose a la tienda del rey y de la reina, y halló que no eran levantados. El rey Lucescanio les envió a decir con un doncel cómo él se quería partir, que si mandaba su alteza que entrase. El doncel hizo su mandado, y como el rey entendió que allí era el rey Lucescanio, envió a decir que porque él no era levantado, que si la su merced por bien lo tenía, que entrase. Y luego el rey Lucescanio hizo su mandado, y en su compañía iba el duque Artilán, y los dos se despidieron del rey y de la reina. Y así, se salieron de la tienda del rey y subieron en sus caballos, y ellos y su compañía salieron de la floresta y se fueron su camino, dejando las armas y los caballos que el rey había ganado a cuyas eran.

FIN DE LA TERCERA PARTE

CUARTA PARTE

COMIENZA LA CUARTA PARTE DESTA HISTORIA.
 TRATA DE CÓMO EL PRÍNCIPE DON CRISTALIÁN
 HUBO POR MUJER A LA HERMOSA PRINCESA
 PENAMUNDI, Y ASIMISMO EL REY LUCESCANIO A
 LA PRINCESA BELLAESTELA. Y TRATA DE
 MUCHAS COSAS QUE EN ESTE MEDIO TIEMPO
 PASARON.

Capítulo CX

De cómo el rey Lucescanio y el duque Artilán y su compañía llegaron a la corte del rey de Romanía, y del demasiado placer que la princesa Bellaestela con su venida recibió

Le rey Lucescanio se partió del rey don Ginestacio y tomó el camino para la corte del rey de Romanía. Iba con tan demasiada alegría, que quien en ello quisiera mirar, bien conociera el contento que su corazón llevaba en pensar que se había de ver ante aquella que era entero descanso de su corazón. Y daba la mayor priesa que podía en el camino, hasta que fueron en el reino de Romanía, y luego preguntaron en qué villa o ciudad estaba el rey, fueles dicho que en la ciudad de Miranter. Ellos guiraron para allá, y como llegaron (que sería a hora de vísperas), el rey Lucescanio envió con su mandado al palacio del rey a un caballero de los que consigo traía. El caballero se fue, y ellos quedaron atendiendo la respuesta antes que en la ciudad entrasen.

El caballero se fue al palacio del rey, y como entró, todos pararon mientes en él, ca parecía muy extraño, y él conoció luego al rey en la majestad que su persona tenía. El caballero iba todo armado, salvo las manos y la cabeza, y luego se humilló ante el rey por le besar las manos; el rey las tiró afuera, que no se las quiso dar, antes le hizo levantar y le dijo:

—Vos, caballero, podéis decir a lo que sois venido.

Él le dijo:

—Mi señor, ¿es en el vuestro palacio la princesa del Monte Libeo?

—Sí —dijo el rey.

—Pues mándela la vuestra merced llamar, porque arte ella me mandaron que mi demanda dijese.

El rey le dijo:

—Pues atended, caballero, que luego la enviaré a llamar.

Y mandó a los altos hombres que en el su palacio estaban que entrasen por la princesa Archesidela y que consigo trujese a la hermosa Bellaestela. Los caballeros se fueron al aposento de la princesa y dijeronle el mandado del rey; luego la princesa Archesidela envió a llamar a Bellaestela, ella vino de su aposento (que muy cerca estaba) y dijole:

—¿Qué es esto, mi señora? ¿Para qué nos envía el rey a llamar?

—Hanme dicho —dijo la princesa Archesidela— que es en el palacio un caballero estraño, y que la demanda que trae ha de ser ante vos.

Como Bellaestela estas nuevas oyó fue muy turbada, y dijo:

—A Dios ruego yo que las nuevas que el caballero trae sean para darme alguna alegría.

—Sí será —dijo la princesa Archesidela—. Vamos luego.

Y así, salieron acompañadas de los altos hombres que por ellas fueron y de muchas dueñas y doncellas, y así entraron en el palacio. La princesa Archesidela llevaba de la mano a la hermosa Bellaestela, y entrabmas se fueron a asentar junto al rey, y el príncipe Bores de Mar se asentó de la otra parte. Y luego el caballero preguntó cuál era la princesa del Monte Libeo; un caballero del palacio se la mostró, y aunque ella era vestida de paños negros, y el tocado asimismo muy honesto, el caballero fue espantado de ver la su estraña hermosura; y fuese a humillar ante ella y tomole las manos para se las besar. La princesa las tiró afuera; el caballero le dijo:

—Mi señora, bien me las podéis dar, ca sabed que yo soy vuestro vasallo.

—Aunque eso sea, por agora yo no os las daré.

Antes lo hizo levantar. El caballero se volvió al rey y dijo:

—Sabrá la vuestra merced que la aventura de los Campos de Varas, adonde el río de Orías entra en la mar y el rey del Monte Libeo y la reina su mujer eran encantados, es acabada.

—¡Sancta María, valme! —dijo el rey—. ¿El rey del Monte Libeo es libre?

—Libre —dijo el caballero—, y es ya en su señorío.

—Y ¿quién es el caballero bienaventurado que la estraña aventura acabó?

—Es el rey de Altariagreta —dijo el caballero

El rey le dijo:

—Agora os digo que no lo conozco.

Cuando Bellaestela oyó que el rey de Altaria había librado al rey su padre de los encantamientos de los Campos de Varas fue muy triste, por cuanto ella tenía en su pensamiento que el infante Lucescanio, pues que en aquella demanda andaba, le había de dar cima. Fue tanta la su tristeza, que las lágrimas, sin las poder resistir, le vinieron a los ojos, por manera que pudo y tuvo más fuerza el amor que al infante Lucescanio tenía que la alegría de la libertad de sus padres. Como la princesa Archesidela la vio llorar fue muy espantada, y dijo:

—¿Qué es esto, señora Bellaestela? ¿Con nuevas de tanta alegría habéis de mostrar señales de tristeza?

—¡Ay mi señora! —dijo ella—. ¿No sabéis vos que con la demasiada alegría muchas veces se muestran las semejantes señales que en mí al presente habéis visto?

—Ya puede ser lo que decís —dijo la princesa—, pero bien pienso yo que sabría deciros la causa de vuestras lágrimas.

Y así, se calló, que no dijo más. El caballero dijo al rey:

—El rey de Altariagreta y el duque Artilán son cerca de la vuestra ciudad, que con grandes compañías vienen por la princesa Bellaestela. El rey de Altaria os envía a decir si la vuestra merced le da licencia para que en la vuestra ciudad entren él y toda su compañía.

El rey le respondió:

—Él y todos los demás que en la su compañía vienen vengan en buena hora, ca yo soy muy ledo con la su venida.

Como el rey acabó de decir lo que oído habéis, el caballero se le humilló y se salió del palacio. Todos quedaron hablando en las grandes nuevas que el caballero había traído, pero la princesa Bellaestela, aunque mucho disimulaba, no pudo tanto que el rey y todos los que en el palacio estaban no entendiesen su tristeza, y el rey le dijo:

—Decidme, señora princesa, oyendo tales nuevas. ¿no mostráis demasiada alegría?

La princesa le respondió:

—¡Ay mi señor! Partiéndome yo de la vuestra compañía, que otro padre después que nací no conozco, y asimismo de la princesa Archesidela, ¿no es razón que parezcan en mí señales de mucha tristeza?

—No —dijo el rey—, ca siempre jamás de aquí os serviremos.

La princesa se le humilló, y así, estuvieron hablando del rey de Altariagreta, y deseábanlo mucho ver. En este tiempo entraron en la gran plaza que ante el palacio del rey estaba los docientos camellos que el presente traían, y asimismo el rey y el duque y toda su compañía; eel palacio se pararon a mirar los camellos, y fueron espantados de los ver. En este tiempo entraron en la sala el rey y el duque; el rey venía todo armado, y el duque no. El rey de Altaria se humilló al rey y a las princesas, y cuando vio a su señora con tan estraña hermosura dio muchas gracias a Dios que la crio; ca sabed que gran parte había acrecentado en su hermosura después que el rey Lucescano della se partió, ca en aquel tiempo era la princesa muy niña, y a la sazón era de diez y ocho años y estaba en toda perfección. Pero fue muy espantado de ver en su rostro señales de tanta tristeza, y no podía pensar qué cosa fuese.

El duque Artilán se humilló ante el rey de Romanía por le besar las manos; el rey no se las quiso dar, viendo aquella persona tan honrada del duque, antes las tiró afuera y lo hizo levantar. El duque se te humilló, y sacando la letra que del rey del Monte Libeo traía, se la dio, y asimismo le dijo del presente que le enviaba. El rey abrió la letra y vio que decía así:

A ti el muy poderoso Tarselio, rey de Romanía, Seralicio, rey del Monte Libeo, salud a tu real persona desea. Si la razón natural nos obliga, serenísimo rey, a pagar los beneficios recibidos, cuán más obligado estoy yo a la vuestra merced, pues sin merecimientos míos tanto bien os plugo hacerme. Esto digo porque ya a vuestra alteza es notoria la larga prisión que por industria del sabio Diante he pasado tantos años en los Campos de Varas. Agora plugo a la Divina

Majestad dolerse de mí y de mis vasallos y de restituirme en mi primera libertad por la mano del valeroso rey de Altariagreta, de quien he sabido cómo en todo este tiempo tuvistes por bien, sin conocerme, de mandar criar a la princesa Bellaestela, mi muy cara y amada hija. Y aunque las mercedes recibidas me compelen con justa razón a que ella haya de permanecer en el vuestro servicio, pero acatando la vuestra merced, que al presente no tengo ni espero tener otro sucesor en todos mis reinos después de mis días, os pido tengáis por bien de la entregar al rey de Altariagreta y al duque Artilán, que con él va.

Como el rey acabó de leer la letra volvióse al duque y díjole:

—Es mucha razón que todos los reyes cristianos tomemos parte del alegría que el rey del Monte Libeo tiene, y yo más que todos, por la crianza que en la hermosa Bellaestela he hecho. Por un cabo tengo gran placer con la vuestra venida, y por otro siento mucha tristeza por partir de mi compañía a la princesa, que no menos voluntad la tengo que si ella fuese mi propia hija. Ella vaya con la bendición de Dios que en este camino la acompañe, que por el descanso de sus padres es mucha razón que no se dilate su ida.

Y diciendo esto se volvió al rey de Altariagreta y le dijo:

—Mi buen señor, muy ledos nos haríades si las armas os quisiédesesuitar, por que a lo menos conociésemos tan preciado caballero como lo vos sois.

El rey de Altaria le respondió diciéndole:

—Mi señor, no acertaría quien el mandado de tan preciado rey como lo vos sois no hiciese.

El rey le agradeció mucho la buena respuesta que le daba, y luego le desenlazaron el yelmo. Y cuando se lo quitaron y fue por todos conocido, fue tan grande la vuelta y la alegría de todo el palacio, que el rey y el príncipe Bores de Mar se levantaron de las sillas y se fueron para él. El rey Lucescano se humilló ante él y quísole besar las manos; el rey lo abrazó diciéndole:

—¡Ay mi buen señor, que vós y no otro habíades de ser el que la estraña aventura del rey del Monte Libeo diese cima!

Él se le humilló, y el rey de Romanía se volvió a asentar. Y el príncipe Bores de Mar le ayudó a desarmar, luego fue cubierto de un rico manto que el rey le mandó dar. Quien a esta hora mirar quisiera a la princesa Bellaestela, bien claramente viera en su rostro la demasiada alegría que en él mostraba tener después que supo quién el rey era. En este tiempo el rey Lucescano se fue a humillar ante la princesa Archesidela; ella lo abrazó y le dijo, muy paso:

—A Dios merced que sois vos el rey de Altariagreta, que de otra manera no creo yo que la princesa llegara viva al Monte Libeo: tanto dolor sintió cuando oyó que el rey de Altariagreta había acabado la aventura de los Campos de Varas. Aun creo yo que le pesó con la libertad de sus padres pensando que vós habíades faltado desta aventura.

El rey se fue a humillar ante Bellaestela, y tomándole las manos se las besó y no le dijo palabra alguna, porque no tuvo lugar por las doncellas que junto a ella estaban, y así, se tornó a asentar. El duque Artilán se salió del palacio y hizo

descargar los camellos, y a los hombres de a pie mandó que subiesen el presente ante el rey de Romanía, luego se hizo lo que el duque mandó.

Primeramente subieron dos aparadores, uno de plata y otro de oro, labrados a la usanza del Monte Libeo, que era la más estraña cosa de ver que se podía pensar. Y tras esto subieron mucha y muy preciada tapicería de oro y de seda, asimismo a la usanza de aquella tierra, que mucho fueron ledos de ver la estrañeza de los vestidos y tocados que las figuras de los paños traían, y asimismo lo fueron del mucho valor que en sí tenían. Tras esto subieron un rico y muy preciado dosel; él era tal y tan estraño en riqueza, que no tenía precio. Y luego subieron una mesa, que eran los bancos de plata maravillosamente labrados, y la mesa de oro muy fino, toda bruñida; había en torno de toda ella muchas y muy preciadas piedras. Esto se ofreció al rey de Romanía.

Tras esto subieron ropas y joyas estrañas y muy ricas para la princesa Archesidela, y tras esto subieron unas muy ricas y lucientes armas pura el príncipe Bores de Mar; eran tales, que todos fueron espantados de las ver; y asimismo muchas ropas para él al modo de aquella tierra. Y sin esto, otras cosas muy estrañas que en el Monte Libeo había y no en las partes de Romanía, que aquí no se cuentan por evitarse la prolijidad.

El rey de Romanía alabó mucho el gran presente que el rey del Monte Libeo le enviaba, y asimismo todos los que en el palacio estaban. El rey mandó que toda aquella gente que en compañía del rey y del duque venían fuesen aposentados y muy abastadamente les diesen todo aquello que hubiesen menester. Luego fue hecho lo que el rey mandó, y todo aquello que en el palacio estaba se mandó guardar. Y el rey de Romanía dijo:

—Yo tengo gran deseo de saber las maravillas que en los Campos de Varas hecistes cuando al rey y a la reina librastes.

El duque lo contó allí todo, así como la historia lo ha contado. Mucho fueron espantados en lo oír, y lo que más les pareció que era razón de temer fue la Escura Morada.

—Pensar en ello —dijo el duque—, no hay quien no pierda el sentido, viendo que las fuerzas de un solo caballero bastasen para acabar lo que a nuestro parecer todos los del mundo que se juntaran no lo osaran mirar, cuanto más acometer.

—Vos tenéis razón —dijo el rey—. ¡Oh, qué bienaventurado se puede llamar el emperador Lindedel, pues Dios tuvo por bien de le dar dos hijos que fuesen flor de toda la caballería del mundo!

—Con mucha razón se puede eso decir —dijo el duque.

El rey preguntó que cómo se llamaba rey de Altariagreta, el duque le respondió:

—Mi señor, porque en Altariagreta acabó la estraña aventura que el rey Aquirós en el su palacio dejó, y como él entre todos los del mundo la dio cima, fue alzado por rey.

—Grandes son las maravillas destos caballeros. Y ¿cuánto ha que la aventura del reino de Altariagreta se acabó?

—No ha mucho tiempo —dijo el duque.

—Gran señorío es —dijo el rey—, pero mayor lo merece quien lo ganó por la su gran bondad.

La princesa Bellaestela se hizo tan lozana en oír las maravillas de su caballero, que no parecía sino que rayos de sol le salían de su hermoso rostro. En esto y en otras cosas estuvieron hablando hasta que fue hora de cenar, que las mesas fueron puestas y luego fueron asentados. Dulce y muy graciosa cena fue aquélla para aquellos que de tan verdadero amor se amaban, ca sabed que ni el uno ni el otro no podían cenar: tanta alegría tenían en sus corazones de se ver. Allí fueron servidos de muchos y diversos manjares. Como la cena fue acabada, estuvieron hablando en las cosas pasadas. Preguntaba el príncipe Bores de Mar por el señorío del Monte Libeo, el duque le dijo:

— Es uno de los mejores que hay en el mundo.

— Mucho deseo tengo de ver aquellas tierras. Yo, si el rey mi señor para ello se da licencia, tengo de ir este camino en compañía de la princesa Bellaestela. Haré dos cosas: servirla he, y veré lo que tanto deseo.

El rey le respondió:

— Sin que vós esa licencia me pidierades, os mandara yo ir en mi lugar, pues a mí la muy anciana edad me escusa que no lo haga.

El príncipe Bores de Mar besó las manos al rey su padre por la merced que le hacía, mas a la princesa Archesidela mucho le pesó. En este tiempo el rey de Romanía se levantó y dijo que ya era hora de se ir a dormir, y así, se fue a su aposento, y el príncipe Bores de Mar tomó consigo al rey Lucescanio y al duque Artilán y llevolos a un aposento que para ellos estaba aparejado, y como en la cámara entraron vieron dos ricos lechos. El príncipe Bores de Mar dijo al rey:

— Aquí, mi señor, dormiréis, y el duque en este otro que está a estotra parte.

El duque se le humilló por la honra que le hacía. Allí se estuvo hablando con ellos, el duque le dijo:

— Mi señor, la vuestra merced holgará mucho de ver el señorío del Monte Libeo, ca es grande y muy hermoso.

El príncipe le dijo:

— Verlo hemos, si Dios quisiere.

El rey Lucescanio dijo:

— Yo querría que luego se aparejase nuestra partida.

— Así será —dijo Bores de Mar—, que poco hay que aparejar: cuando quisiéredes podemos partir.

Y como ya era tarde, despidiose dellos y fuese a dormir. El rey Lucescanio se quedó hablando con el duque en lo que más placer les venía. El príncipe Bores de Mar se fue a su aposento y en él halló a la hermosa Bellaestela, que ella y la princesa estaban hablando en la su partida, y como el príncipe entró, la princesa Bellaestela se levantó y dijo que ella se quería ir a su aposento, que ya era tarde. El príncipe se fue con ella, que muy cerca estaba, y como en él la dejó, él se volvió a su cámara. La princesa Bellaestela dijo a sus doncellas:

— ¿Cuáles de vosotras se querrá ir comigo?

Todas le respondieron que irían de voluntad, y que ya se querían ver en el Monte Libeo.

— Presto nos veremos, si Dios quisiere —dijo la princesa, y díjoles—. Pues no os hallaréis burladas las que comigo fuéredes, que yo os prometo de aquí grandes mercedes.

Las doncellas le besaron la mano, y así, se acostó la princesa con demasiada alegría, y daba muchas gracias a Dios por las grandes mercedes que le había hecho en le traer ante sus ojos al rey Lucescanio, y con tanta gloria y fama de sus grandes hechos. Y con estos pensamientos estuvo gran parte de la noche que no pudo dormir, desvelada pensando en el gran señorío que Dios le había dado; y ya de muy cansada se durmió la parte de la noche que le quedaba. Y como la mañana fue venida, luego se levantó y se vistió muy ricos y preciados paños, y asimismo se peinó sus rubios y hermosos cabellos y tocole un tocado por tal arte que muchas partes se parecían, ca sabed que desde el día que el infante Lucescanio de la princesa se partió en la demanda del rey del Monte Libeo nunca sus hermosos cabellos fueron descubiertos.

Pues como la princesa fue vestida y tocada, era tan estraña la su hermosura, que espanto ponía a quien la miraba; que como era tan leda con la demasiada alegría que en su corazón tenía, había mucho acrecentado en la su gran hermosura. Cuando la princesa Bellaestela se acabó de vestir y tocar, acompañada de sus dueñas y doncellas se fue al aposento de la princesa Archesidela; cuando ella la vio entrar, dijole riendo:

—Mi señora, claramente se muestra en la vuestra gran hermosura el alegría que es en el vuestro corazón. A Dios merced que me dejó veros sin aquellas ropas de duelo que solíades vestir.

La hermosa Bellaestela le dijo:

—¡Ay mi señora, y cuán deseado ha sido para mí este tiempo en que agora estoy!

La princesa Archesidela le dijo:

—Mi señora, asentaos aquí un poco mientras me acabo de tocar, que luego me quiero salir a oír misa a la capilla del rey.

La princesa atendió hasta que del todo estuvo aderezada. En este tiempo entraron por la puerta de la cámara el rey Lucescanio y el príncipe Bores de Mar, que venían por las princesas para que fuesen a oír misa. Cuando el príncipe Bores de Mar vio la hermosa Bellaestela tan ricamente guarnida, fuese a humillar ante ella diciéndole:

—Mi señora, no digo yo señora del Monte Libeo, mas de todo el mundo lo merecías ser, para que todos los nacidos os besen las manos por señora.

La princesa le respondió:

—Mi señor Bores de Mar, el señorío que Dios me dio, grande o pequeño, él y yo somos a vuestro servicio.

El príncipe le tomó las manos por fuerza y se las besó.

El rey Lucescanio estaba como fuera de sí mirando aquella que señora de su corazón era, y llamábase bienaventurado en ser en la gracia y servicio de tan hermosa doncella. A esta hora la princesa Archesidela se levantó, y el rey Lucescanio la tomó de brazo, y Bores de Mar a Bellaestela, y así se salieron al palacio y se entraron a la capilla. El rey estaba en ella atendiendo a las princesas fuesen. Luego la misa se comenzó, y como fue acabada, los reyes y príncipes y princesas se salieron al palacio, y como asentados fueron, el rey Lucescanio dijo al rey de Romanía que si la princesa mandaba y la su merced le daba licencia, que

sería bien que otro día por la mañana se partiesen. El rey le respondió que se hiciese como lo él mandaba, pues que había de ser.

—No porque a mí no me pesa demasiadamente de la partida de la princesa; pero en pensar donde va, es razón, y mucha, que todos quedemos alegres.

El rey Lucescanio se le humilló por la licencia que para su partida les daba. Así, pasaron aquel día con mucho placer, y cuando fue hora se fueron a dormir. La princesa Bellaestela mandó a sus doncellas que todas se aparejasen para otro día, que se habían de partir, ellas hicieron su mandado y luego se acostaron. Venida que fue la mañana, la princesa y todos los del palacio se levantaron; ella se vistió unas ropas extrañas y muy ricas que la reina su madre le envió para de camino. A esta hora entró en su cámara la princesa Archesidela con poca alegría; la hermosa Bellaestela le dijo:

—Mi señora, mucho soy triste con la partida del príncipe Bores de Mar. Leda sería que no fuese en la mi compañía por que la vuestra merced quedase consolada.

La princesa Archesidela le respondió:

—Mi señora, la mi tristeza es por la vuestra partida, ca siento mucha soledad; que en la ida del príncipe, él me ha prometido que muy presto será la su venida, y por tanto, desto no tengo pena ninguna.

Estando hablando en esto entró un doncel y dijoles cómo el rey de Altariagreta y el príncipe Bores de Mar eran ya en el palacio armados y aparejados para se partir. Como las princesas esto oyeron, luego se salieron a la sala, y la princesa Bellaestela se humilló ante el Rey de Romanía pidiéndole las manos como si su propio padre fuera. El rey la tomó por las suyas, y alzándola, la abrazó y diole paz en el rostro con las lágrimas en los ojos, diciéndole:

—Hija mía, bien creo yo que la vuestra partida será causa que esos pocos de días que yo tengo de vivir serán tristes con la vuestra soledad.

La princesa no le respondió, ca no pudo: tanta pena sentía en se partir de aquella agradable compañía adonde se había criado. Y de allí se fue a humillar ante la princesa Archesidela, y ella la tomó entre sus brazos y así estuvieron una pieza sin se poder hablar: tanto dolor sentían en se partir la una de la otra. El príncipe Bores de Mar tomó a la princesa Bellaestela por la mano diciéndole:

—¿Qué es esto, mi señora? ¿Esta partida ha de ser para siempre?

Y luego el rey de Altaria y el príncipe Bores de Mar y el duque se despidieron del rey de Romanía y de la princesa Archesidela, y así, se salieron del palacio y todos fueron a caballo. Salieron de la ciudad acompañados de muchos caballeros que el rey de Romanía mandó que en compañía de la princesa fuesen, y asimismo de los que con el rey y el duque habían venido del Monte Libeo. Con esta compañía que oído habéis fueron su camino con mucho placer, y anduvieron tanto hasta que llegaron al Monte Libeo, y como en él fueron, en cada villa y lugar que entraban les hacían grandes recibimientos.

Un día antes que a la ciudad de Pelinor llegasen, el rey Lucescanio habló a su señora diciéndole:

—¡Ay mi señora, y cómo puedo yo decir [...]!⁴¹⁴ Cuando fuéredes en vuestro reino tened siquiera memoria de las mis cuitas, ca no quiero que de otra cosa se os miembre.

Esto dijo el rey con un suspiro que parecía que el corazón se le quebraba. Y asimismo le dijo:

—Mi señora, dadme la respuesta si queréis que yo entre vivo en la vuestra ciudad de Pelinor.

La princesa le dijo:

—Acatando a los grandes servicios que yo de vos he recibido, no es razón que con vos use de ingratitud: yo haré lo que me pedís.

El rey le quiso besar las manos, pero no hubo lugar para ello, porque el duque Artilán iba muy cerca dellos, y así, fueron su camino. Y otro día a hora de nona vieron venir muy grandes compañías de gentes, y como más cerca fueron, el duque dijo:

—Todas estas compañías son de la corte del rey.

—Así debe ser —dijo el príncipe Bores de Mar.

La princesa Bellaestela iba muy ricamente guarnida, que para entrar en la ciudad aquel día se vistió de ricos y muy preciados paños. Como los de la corte la vieron, fueron muy espantados de la su gran hermosura. Todos le besaron la mano, y ella los recibió como aquella que era la más mesurada que en aquellos tiempos había. Todos eran muy ledos de la ver. Y así, con mucha alegría, después que aquellos caballeros hubieron hablado al rey Lucescanio y al príncipe Bores de Mar, no anduvieron mucho tiempo cuando entraron en la ciudad de Pelinor, donde a la sazón el rey del Monte Libeo estaba.

Tan grandes compañías de gentes eran por las plazas y rúas, que no podían pasar; todos eran allí por ver a la princesa. Ella venía, como ya oístes, rica y estrañamente guarnida. Traía sus hermosos cabellos cogidos, por el camino, en una red de hilo de oro, en ella sembradas tantas y tan preciadas perlas y piedras, que de sí daban gran resplandor. A la mano derecha llevaba al rey Lucescanio, y a la sinistra al príncipe Bores de Mar, y el duque Artilán iba delante, y así llegaron al palacio del rey con mucho trabajo de las gentes que a mirar salían. El rey Lucescanio y todos se apearon; el rey tomó a la princesa en sus brazos, y él de la una parte y el príncipe de la otra, entraron en la sala adonde el rey y la reina estaban. Cuando ellos vieron a la princesa, fueron tan ledos de la ver con tanta hermosura, que no sabían de sí. En este tiempo llegó aquella hermosa Bellaestela y humillose ante el rey su padre y tomole las manos para se las besar; él se las dio, y besándola en el rostro con demasiado placer, la tuvo una pieza entre sus brazos, y tanto, hasta que la reina le dijo:

—Mi señor, dadme parte de esta doncella.

Y así, la dejó. La princesa se fue ante la reina y besole las manos; la reina hizo lo mismo que el rey había hecho, y así, la sentó cabe sí, y luego vinieron todas las dueñas y las doncellas que en el palacio estaban y le besaron las manos; ella las recibió con mucho amor y gracia. Todos eran espantados de ver la su gran

⁴¹⁴ Algo parece haberse extraviado aquí (258r); p ej.: ‘...decir que soy el más malandante de cuantos nacieron’. En el cap. CXII Lustrandor dirá a Merodiana; ‘¡Ay mi señora, y cómo me puedo yo llamar el más bienandante de cuantos nacieron!’.

hermosura, y loaban mucho a Dios que tal cosa había criado. El rey Lucescanio fue a hablar al rey y a la reina llevando consigo al príncipe Bores de Mar, y dijoles:

—Mis señores. veis aquí al príncipe de Romanía, que el rey su padre le mandó que viniese a acompañar a la princesa.

El rey se levantó y lo abrazó diciendo:

—¡Ay mi buen señor, y en cuánto cargo soy yo al rey vuestro padre, pues sin me conocer yo dél he recibido tan crecidas mercedes!

El príncipe se le humilló y le dijo:

—Él y yo las habemos recibido en tener a la hermosa princesa so nuestra guarda y amparo. Aunque en aquella tierra no se le hicieron aquellos servicios fue a su persona real convenían, la voluntad fue grande para le hacer, en todo, placer. El rey mi señor se encomienda mucho en la vuestra merced, y que para siempre terná en su memoria el grande y muy crecido presente que de vos, mi buen señor, recibió.

El Rey del Monte Libeo le respondió:

—Con todo mi señorío no podría yo pagar lo mucho que al rey de Romanía debo.

—Todos debemos —dijo Bores de Mar— la merced que nos hizo en darnos en poder tanto tiempo ha a esta hermosa princesa.

Y con esto se tornaron a asentar. Y luego llegó el duque a besar las manos al rey y a la reina; ellos le recibieron con mucha alegría, y así, estuvieron todos con demasiado regocijo hablando en lo que más les agradaba hasta que la fiesta se comenzó de muchas danzas de doncellas⁴¹⁵ y caballeros, que todos estaban de ricos y preciados paños vestidos para el recebimiento de la princesa. Duró la fiesta hasta bien tarde. En este tiempo mandó el rey que todos los caballeros del príncipe Bores de Mar fuesen aposentados. Para el rey y el príncipe ya estaban hechos aposentos dentro del palacio, allí estuvieron hablando en cosas de mucho placer hasta que fue hora de cenar, que les pusieron las mesas y cenaron. Y como acabaron, las tablas fueron alzadas. De ahí a poco tiempo el rey se levantó y dijo que ya era hora de se ir a dormir, y así, se fueron él y la reina llevando consigo a la princesa, y allá en su cámara la tuvieron otra pieza, que no se hartaban de la ver; y cuando fue tiempo la enviaron a su aposento, adonde se acostó en su lecho y descansó del trabajo del camino. Al rey Lucescanio y al príncipe Bores de Mar, el duque Artilán los llevó a cada uno a su aposento, adonde tuvieron mucho descanso del trabajo pasado. Aunque el rey Lucescanio, en la verdad, muy poca durmió aquella noche pensando en su señora y qué manera podría él tener para gozar de su vista y conversación.

⁴¹⁵ Suplo ‘de doncellas’ (258v).

Capítulo CXI

De cómo la hermosa reina Merodiana llegó a la corte del rey del Monte Libeo llevando en su compañía a aquel esforzado príncipe de la Gran Bretaña.

O TRO día por la mañana la reina envió a saber qué tal había estado la princesa esa noche; el doncel le dijo que la reina mandaba se vistiese y tocase muy ricamente, que en ello le haría mucho placer; la princesa le envió a decir que en todo haría su mandado. Él se fue a la reina con la respuesta de la princesa, y luego demandó de vestir. Ella se vistió una ropa de cetí carmesí con una guarnición de oro de martillo, hecha por tal arte, que en el oro estaban engastadas muchas y muy ricas piedras de inestimable valor. Llevaba sus rubios y muy hermosos cabellos cogidos de manera que mucho acrecentaban en su hermosura; encima dellos, un estraño y muy rico tocado. Y como fue aderezada, luego se pasó al aposento de la reina, a la cual halló ya vestida, que aguardándola estaba. La reina que la vio tan hermosa, tornola a abrazar de nuevo, y díjole:

—Hija mía, vamos a oír misa a la capilla del rey vuestro padre.
—Vamos —dijo la princesa.

Y así, se salieron a la sala acompañadas de muchas dueñas y doncellas, y del duque Artilán, que a la sazón se halló en la cámara de la reina; y como en el palacio fueron, dijéronles que ya el rey estaba en la capilla con el rey Lucescanio y el príncipe Bores de Mar, y que las estaban atendiendo para oír misa. Y así, se entraron en la capilla; el rey Lucescanio y el príncipe les hicieron grande acatamiento, y ellas se asentaron junto al rey del Monte Libeo y luego la misa se comenzó. Y como fue acabada, todos se salieron al gran palacio, adonde estuvieron hasta que fue tarde.

En este tiempo vieron entrar por el palacio un caballero armado de todas armas salvo las manos y la cabeza, Todos pararon mientes en él; él miró a una y a otra parte, y rogó a un caballero de los del palacio que le mostrase entre aquellos señores quién era el rey del Monte Libeo. El caballero se lo mostró, y fuese a humillar ante él y quísole besar las manos; mas el rey no se las quiso dar, antes las tiró afuera y le hizo levantar, y como fue en pie, el rey le dijo:

—Agora podéis decir a lo que sois venido.
El caballero le dijo:

—Mi señor, la hermosa Merodiana, reina de Palestina, manda por mí besar vuestras reales manos; y si vuestra alteza le da licencia para venírselas a besar, ella es cerca de la vuestra ciudad de Pelinor, que en sabiendo la vuestra libertad y de la reina, luego salió de su tierra con deseo grande de la vuestra vista, y asimismo de la reina y princesa.

Como el rey oyó nombrar a Palestina, luego se membró que una hija que él allí hubo había nombre Merodiana, y fue algo turbado, por amor de la reina. Y volviéndose a ella, le dijo:

—Mi señora, a vos habemos todos de pedir licencia para esta venida de la reina; ca sabed por cierto que aunque hasta agora os lo he tenido encubierto, que ella ha parentesco comigo y con la princesa vuestra hija.

La reina que muy entendida era, luego pensó lo que podía ser, por cuanto siendo el rey mancebo había andado mucho tiempo por aquellas tierras, y dijo con muy alegre rostro:

—Pues que a mí se me pide licencia, ella venga mucho en buena hora, que no será con menos alegría recibida que lo fue Bellaestela.

A todos dio mucho contento la respuesta de la reina, y más al rey Lucescanio, que amaba mucho a la reina Merodiana. La princesa Bellaestela dijo al rey su padre:

—Mi señor, la vuestra merced sea de me decir qué edad tiene la reina.

—Habrá un año más que tú.

Y diciendo esto se volvió al caballero y le preguntó si era casada y cuánto había que la reina su madre era muerta.

—Mucho tiempo ha —dijo el caballero— que la reina es muerta, y la princesa Merodiana no se ha querido casar: como supo la vuestra prisión, juró de no tomar marido hasta que vuestra alteza fuese libre de los encantamientos de los Campos de Varas; y agora, como supo que por la mano del rey Lucescanio había sido vuestra libertad luego fue puesta en camino, y es a tres millas de la vuestra ciudad.

El rey dijo al caballero:

—Amigo, vos os volved a vuestra señora la reina y decidle que la su venida sea mucho en buena hora, y que no menos holgaremos la reina y yo de la su vista que holgamos con la de la princesa Bellaestela.

El caballero se humilló al rey y a la reina, y se salió del palacio y tomó su camino para donde la reina su señora estaba, y díjole el mandado que traía y la mucha alegría que el rey y la reina con la su venida habían mostrado, y asimismo le dijo de la gran hermosura de la princesa, que en el mundo no había doncella que más que ella lo fuese. La reina holgó mucho en oír aquellas nuevas, y vistiose muy ricamente para entrar en la ciudad.

Agora sabed que como el caballero de la reina salió del palacio, luego el rey mandó a todos sus altos hombres que saliesen a recibir a la reina, ellos hicieron su mandado. El rey Lucescanio dijo:

—Mucho soy ledo con la venida de la reina Merodiana, porque es doncella de mucho valor.

La reina le dijo:

—Y vos, señor, ¿conoceisla?

—Conozco —dijo él—, que un poco de tiempo estuve en su tierra y allí recibí grandes mercedes.

La princesa Bellaestela le preguntó si la reina Merodiana era hermosa.

—Es tan apuesta —dijo él—, que yo no he visto otra que más que ella lo sea, después de vuestra alteza.

—Mucho soy alegre con la venida de la reina.

—Más lo será la vuestra merced cuando vea su graciosa apostura.

—Vámonos, que es ya tarde, a la recibir.

Bores de Mar y el rey se salieron del palacio y subieron en sus caballos, y juntamente con los altos hombres que en la corte estaban se fueron a recibir a la reina, y cuando fuera de la ciudad salieron vieron cómo ya venía muy cerca. El rey Lucescanio y el príncipe Bores de Mar se adelantaron, y como junto a la reina llegaron, ella conoció al rey y dijo:

—¡Ay Santa María! Y ¿qué es esto que veo?

El rey se llegó a ella y le tomó las manos para se las besar; la reina las tiró afuera y dijo:

—Vos, mi señor, habíades de ser el que la aventura de los Campos de Varas había de acabar; que como mis ojos os vieron, luego entendí que vós habíades hecho alegre el Monte Libeo.

—Si yo —dijo él— algún servicio al rey vuestro padre hice, mucho más le debo yo, según las grandes mercedes que dél he recibido.

En este tiempo llegó el príncipe Bores de Mar, y pidiéndole las manos, no se las quiso dar, y volviéndose al rey le preguntó quién era aquel caballero.

—El príncipe de Romanía —dijo él.

Como la reina supo quién era, hablole con aquel acatamiento que a su estado convenía. Mucho fue espantado el príncipe Bores de Mar de la gran hermosura de la reina, que casi no le hacía ventaja Bellaestela.

Agora sabed que el príncipe Lustrandor venía en compañía de la reina Merodiana, y venía armado, por manera que no le podían conocer, pero él bien conoció al rey Lucescanio; y como aquellos señores acabaron de hablar a la reina, el príncipe Lustrandor dijo en alta voz:

—Ya no es tiempo de más me encubrir.

Y diciendo esto se desenlazó el yelmo. Cuando el rey le conoció fue grande la su alegría, y díjole:

—Mi señor, mucha me hago maravillado en venir en compañía de la reina Merodiana.

—¡Ay mi señor —dijo Lustrandor—, y cómo si supiéredes las mis grandes cuitas no os maravillaríades de la mi venida!

En estas y otras palabras que le dijo entendió el rey el hecho de Lustrandor y de la reina, y no le pesó dello, por cuanto él deseaba todo bien a la reina, por ser hermana de su señora Bellaestela, y holgó mucho porque Lustrandor la sirviese, ca era señor de gran tierra, y él por sí muy preciado caballero.

Así, se fueron para la ciudad. El rey tomó la rienda a la reina, y de la otra parte iba el príncipe Bores de Mar y Lustrandor. Y como en la ciudad entraron, grandes compañías de gentes salían a mirar a la reina, y era mucho ledos de la ver tan hermosa y apuesta; ca sabed que la reina iba ricamente guarnida en un blanco y muy hermoso palafrén, con guarniciones de brocado blanco, y llevaba sus hermosos cabellos sueltos, y eran tan largos que posaban sobre las ancas del palafrén, que parecían hilos de oro muy fino. Encima dellos llevaba una rica y muy preciada corona, con tantas perlas y piedras, que no tenían precio.

De la manera que oído habéis llegaron al palacio, y como en él fueron, aquellos señores se apareon, y el rey Lucescanio tomó en sus brazos a la reina apeándola de su palafrén; y él la tomó de la una parte, y Lustrandor de la otra, y el príncipe Bores de Mar iba delante dellos; a las doncellas que en compañía de la reina venían

tomaron aquellos caballeros de brazo, y así subieron adonde el rey y la reina y princesa estaban. Como en la sala fueron, la princesa Bellaestela se levantó; tomándola el duque Artílán de brazo, se vino a recibir a la reina hasta la puerta de la sala. Cuando la una a la otra se vieron fueron espantadas de ver la su hermosura estremada la una de la otra. Finalmente, que la reina Merodiana se humilló ante Bellaestela por le besar las manos; la princesa las tiró afuera y le dijo:

—Vos, mi señora, me las podéis dar, por cuanto ya tenéis corona de reina.

Así, se abrazaron la una a la otra con demasiado placer, y tomando la princesa Bellaestela por la mano a la reina, la llevó hasta donde el rey estaba, diciendo:

—Por cierto, señor, que yerro de donde tan hermoso fruto salió, yo digo que él fue hecho por la voluntad de Dios.

La reina se hincó de hinojos ante el rey y le besó las manos, y él la abrazó y dio paz en el rostro, y fue muy espantado de ver la su gran hermosura. Y luego la reina se levantó y se fue a humillar ante la reina; ella la tuvo entre sus brazos una pieza, y díjole:

—Por cierto, reina Merodiana, no siento yo menos alegría con la vuestra vista que sentí cuando a la princesa vi ante mis ojos, que siendo vos una doncella tan apuesta y hermosa, y asimismo señora de gran tierra, ¿quién no ha de ser leda con la vuestra vista?

La reina le tornó a besar las manos y se levantó. La princesa Bellaestela, que aguardándola estaba, la tomó por la mano y la asentó cabe sí. Luego llegaron las doncellas y caballeros de la reina y besaron las manos al rey y a la reina. Como esto fue hecho, todos se salieron afuera. Los altos hombres y caballeros que en el palacio estaban no partían los ojos de la reina y princesa, y decían que allí era junta toda la hermosura del mundo. En este tiempo llegó Lustrandor a besar las manos al rey y a la reina, y como ante el rey se humilló por le besar las manos, él no se las quiso dar, antes dijo al rey Lucescanio:

—Decidme, ¿quién es este caballero?

El rey le respondió:

—Es príncipe de la Gran Bretaña, que en este camino topó a la reina y él hizo lo que caballero debía hacer, que se vino en la su compañía.

Como el rey entendió quién el caballero era, abrazolo y díjole:

—Mi buen señor, yo os agradezco mucho la compañía que a la reina hecistes.

Lustrandor le humilló, y luego fue desarmado y asentose entre Bores de Mar y el rey Lucescanio. El rey del Monte Libeo preguntó a la reina Merodiana cuánto había que la reina de Palestina su madre era muerta.

—Mi señor, ha muchos años —dijo la reina—, y tantos, que casi ya no me acuerdo della.

De ahí a una pieza se comenzó la fiesta de muchas danzas de caballeros y doncellas, y todos los caballeros se levantaron para dar lugar a las danzas. El rey Lucescanio hizo de manera que se llegó junto a la reina Merodiana, y como se vio en parte que la podía hablar a su voluntad, díjole:

—¡Ay mi señora, y cómo sois venida a tiempo que es en la vuestra mano hacerme grandes mercedes, ca sabed que nunca tuve lugar para poder dar parte de mis rabiosas cuitas a mi señora Bellaestela! Pues vos, mi señora, sois aquí, mucho os ruego, por lo que debéis a vuestra real persona, que os doláis de tan

grandes afanes como mi triste corazón tan largos tiempos ha que padece. Y si agora en el tiempo en que estoy remedio alguno Dios no me envía, yo soy muerto, porque mi corazón es deshecho con grandes cuitas y mortales deseos que a la continua en él son aposentados.

Y diciendo esto se calló y quedó con semblante muy triste. La reina, que muy mesurada era, hubo mucho duelo dél, y tanto, que le dijo:

—Mi señor Lucescanio, ya pues Dios a mí a estas partes me ha traído, no consentiré que en vuestro corazón haya punto de tristeza, ca sabed que por os servir porné la vida, y ciento que tuviese.⁴¹⁶ Y ved lo que me mandáis que yo haga, que de grado lo porné luego por obra.

.Cuando el rey con tanta gracia oyó hablar a la reina, él le quisiera besar las manos, pero no había a la sazón lugar para ello, y díjole:

—Mi señora, ¿cuándo podré yo servir a la vuestra merced lo que aquí me ha ofrecido? Por cierto, en cuanto el mundo me durare yo no terné fuerzas para ello, ni lengua para poder ni saber dar las gracias de tan grandes mercedes como aquí se me han hecho.

—No se hable más en esto —dijo la reina—, que yo haré lo que tengo dicho, si la vida no me falta.

En este tiempo dijo el rey del Monte Libeo a la princesa Bellaestela que danzase; ella se levantó, y humillándose, le dijo que haría su mandado. Luego se levantó Bores de Mar, y tomándola por la mano comenzaron a danzar. La princesa danzaba tan maravillosamente, que todos cuantos en el palacio estaban fueron muy espantados de la ver. Y como la danza se acabó, luego Bores de Mar tornó a la princesa a su asiento. Y el rey Lucescanio se levantó y rogó muy ahincadamente a la reina Merodiana que quisiese danzar con él; ella hizo su ruego, y luego la danza se comenzó, que no fue menos de ver que lo fue la princesa. El rey holgó mucho de la ver danzar con tanta gracia. Y como acabaron, el rey tornó a la reina a su asiento y allí se detuvieron mirando aquellas danzas que en el palacio se hacían hasta que fue hora de dormir, que el rey se levantó, y la reina, y fuérsonse a su aposento, y la princesa Bellaestela tomó a la reina Merodiana consigo, que no consintió que en otra parte le aparejasen su aposento. Al príncipe Bores de Mar dejaron en la cámara que la noche pasada habían dormido él y el rey Lucescanio; y por que más reposo tuviese, en otro aposento aparejaron dos lechos para el rey Lucescanio y el príncipe Lustrandor. Desto holgaron ellos mucho, por estar más a su placer y hablar en lo que a la sazón ellos más holgaban.

Como la reina y la princesa fueron en su aposento, la princesa Bellaestela holgaba mucho con la compañía de la reina, que le era muy apacible, y díjole:

—Decidme, ¿qué habla tenía con vos el rey Lucescanio?

La reina le respondió:

—Mi señora, al rey ha grandes tiempos que yo le conozco, ca sabed que lo tuve preso en una mi isla.

—Decidme —dijo Bellaestela—, ¿por qué razón lo prendistes?

⁴¹⁶ 1587: ‘uiessc’ (260v).

—Eso no os lo quiero yo por agora decir. El rey Lucescanio, que estuvo en la prisión, sabrá dar mejor razón della que no yo. Él quiero yo, si vuestra alteza manda, que dé larga cuenta de su prisión, y de otra mayor en que al presente está.

Bellaestela entendió muy bien a la reina, y luego vio que aquellas habían sido las hablas del rey y de la reina, y dijo:

—Yo, señora, libre veo a Lucescanio; no sé cómo vos decís que es en prisión.

—Eslo —dijo ella—, y con tanto maltratamiento, que si la vuestra merced no le da libertad, según yo le vi, bien cuido que los sus días serán muy pocos. Y mucha razón es, mi señora, que vos por vuestra parte, que habéis mucho poder, y yo por la mía, aunque es muy poco, le demos el galardón de los muchos y grandes servicios que el rey Lucescanio a la vuestra merced y a mí ha hecho en dar la libertad a nuestros padres con tan grandes peligros de su vida. Y no es razón que aquí la vuestra merced más disimule, sino que se digan las mercedes que se le podrán hacer, por que yo por la mañana le haga cierto dellas, que muy bien merece cualquier cosa que por él se haga.

Como la princesa vio hablar de la manera que oído habéis a la reina, y como era su propia hermana y persona de quien se podía fiar, y asimismo como ella amaba tan demasiadamente al rey Lucescanio tanto tiempo había, díjole:

—Mi señora, cuanto a lo que toca al rey Lucescanio, yo lo pongo todo en vuestras manos, que hagáis aquello que quisiéredes, que yo lo terné por bueno. Y esto digo porque el rey es persona en quien cabrá cualquier merced que se le haga, según lo mucho que yo le debo, que ha grandes tiempos que anda por el mundo tomando grandes afanes por la libertad de nuestros padres; y por tanto, digo que se haga y ordene como lo vos mandáredes.

La reina le quiso besar las manos por la buena respuesta que le daba, pero la princesa las tiró afuera, y así, quedaron entradas con mucha alegría, y luego se acostaron juntas en un lecho. El rey Lucescanio y el príncipe Lustrandor, como en su aposento fueron, luego se acostaron, que tenían el lecho muy cerca el uno del otro; y como en ellos fueron mandaron salir fuera de la cámara a los donceles que los servían, y que los cerrasen la puerta. Como esto fue hecho y ellos se vieron solos, Lustrandor dijo al rey:

—Mi señor, ¿qué hablas son aquellas que con la reina pasastes, ca lo deseó mucho saber? ¿Si fueron por ventura algunas dellas en mi favor.

El rey se rio y le dijo:

—Señor Lustrandor, tanto tengo que hacer en rogar por mí, que no me acordé de vos; pero ya verná tiempo en que yo os podrá hacer algún servicio.

Lustrandor se lo rogó muy ahincadamente, diciéndole:

—Sabed, mi señor, que yo ha mucho tiempo que sufro grandes cuitas por la reina, y tantas, que es gran maravilla haber yo sostenido la vida; y jamás de la reina yo he recibido el menor favor de los que se suelen dar. Agora que soy en la vuestra compañía podrá ser que la reina mude su condición siendo de vos, mi señor, importunada; que después que la su merced fue de me recibir por su caballero no me ha dado lugar para que yo la pudiese dar cuenta de los grandes afanes que por el su amor padezco.

Esto decía Lustrandor con demasiada tristeza; el rey hubo mucho duelo dél, y díjole:

—No sé yo, mi señor, cómo puede dar salud el que tiene la misma enfermedad que vós tenéis; pero yo tengo mucha esperanza en la reina Merodiana que por ella tengo de haber lo que mi corazón tanto desea. Yo, mi señor Lustrandor, os prometo de hacer tanto por vuestro servicio cuanto vos bien veréis, ca sabed que la reina me prometió de hablarme en teniendo lugar para ello.

Como esto oyó Lustrandor, le rogó mucho que tuviese dél memoria; el rey se lo prometió, y Lustrandor quedó algo consolado con tener al rey de su parte, que a la reina rogase por él. Y hablando en esto y en otras cosas se durmieron.

Venida que fue la mañana, todos se levantaron, y la reina y la princesa se vistieron de ricas y muy preciadas vestiduras, y los tocados muy estraños y diferentes el uno del otro, y puestos por tal arte que muy bien se mostraban sus hermosos cabellos; y cuando concertadas fueron enviaron a saber si la reina Pardabela era levantada, y una doncella que a saberlo fue les dijo que sí.

—Pues vamos a la cámara de la reina —dijo la princesa—, y con su alteza nos saldremos a oír misa.

La reina Merodiana lo tuvo por bien, y así, se fueron a la cámara de la reina acompañadas de sus dueñas y doncellas. La reina holgó mucho de las ver tan ricamente guarnidas, ca sabed que era grande el amor que a la reina Merodiana tenía. Pero ella lo merecía, que era muy mesurada y apuesta doncella.

La reina les dijo:

—Bien será que nos vamos a oír misa a la capilla del rey.

—Vamos —dijo Bellaestela—, si vuestra alteza manda.

Y luego la reina envió a llamar al duque Artilán para que las acompañase, y como fue venido se salieron a la sala. El duque llevaba a la reina Pardabela de brazo, y la reina Merodiana y princesa iban asidas de las manos, que no había persona que las mirase que no fuese espantada de mirar tanta hermosura junta, y acompañadas de sus dueñas y doncellas se salieron a la sala, y como en ella fueron vieron cómo el rey del Monte Libeo y todos aquellos caballeros estaban en la capilla. La reina se fue para ella, y como el rey Lucescanio y los príncipes Bores de Mar y Lustrandor la vieron venir, todos salieron de la capilla y tornáronse a entrar con ellas. Luego la misa se comenzó, y allí la oyeron con mucha devoción y se salieron al gran palacio. Y como sentados fueron, el príncipe Bores de Mar dijo al rey del Monte Libeo:

—Mi señor, si la vuestra merced me da licencia, yo luego me querría partir, pues que ya no soy aquí menester.

El rey le dijo:

—Mi buen señor, esa licencia vos os la tenéis; pero yo quisiera, si dello fuérades servido, que aquí os detuvierades algún tiempo, siquiera para descansar del trabajo del largo camino.

—Si yo sintiese que de la mi estada había necesidad, haríalo de grado; y pues no la hay, a mí me parece que será bien que luego sea mi ida, porque así lo prometí a la princesa Archesidela.

—Pues que así es —dijo el rey—, hágase lo que mandáis. Al rey de Romanía vuestro padre diréis que la su merced sea de me enviar a mandar cada que necesidad alguna de mí tuviere; que yo lo haré como para ello soy obligado.

Bores de Mar se le humilló, y le dijo que lo mismo harían él y su padre, que aunque estaban lejos, eran muy cerca para lo servir. Como la partida de Bores de Mar había de ser otro día por la mañana, la princesa Bellaestela aparejó grandes y muy ricas joyas para la princesa Archesidela. Y así pasaron aquel día.

Venido que fue otro día por la mañana, todos se levantaron, y Bores de Mar se armó, y así armado se fue al aposento del rey Lucescanio y díjole:

—Mi señor, ¿qué mandáis para Romanía, que luego me quiero partir?

El rey Lucescanio le dijo:

—Si vos, mi señor, mandáis, yo os haré compagnía en vuestro camino.

—Mucho sería yo sin conocimiento —dijo Bores de Mar— si yo no alcanzase que os haría gran daño quienquiera que del Monte Libeo os partiese; y por tanto, mi señor, vos os quedaréis en esta tierra todo el tiempo que en ella os quisiéredes estar, que vuestra estada en estas partes será muy bien empleada. Y porque se me hace tarde, yo no me quiero aquí más detener: quiero ir a ver si el rey es levantado.

—Sí será —dijo Lucescanio.

—Pues vamos todos al palacio —dijo Bores de Mar.

Y así, se salieron, y Lustrandor en la su compañía, y como en la sala fueron vieron al rey que al tiempo que ellos llegaron salía de su cámara. Bores de Mar se fue para él y dijo:

—¿Qué manda vuestra alteza?

—Mi señor —dijo el rey—, que Dios os lleve con bien a ojos de vuestro padre y de la princesa Archesidela.

Bores de Mar se le humilló y quísole besar las manos, mas el rey las tiró afuera y lo abrazó, y encomendándolo a Dios que en aquel camino le guiase, Bores de Mar se le tornó a humillar y díjole:

—Mi señor, deme vuestra alteza licencia para me ir a despedir de la reina y de la princesa.

El rey le dijo:

—Vos, mi señor, os la tenéis, pues en el vuestro poder la habéis criado.

Y así, se partió Bores de Mar del rey y se fue al aposento de la reina llevando en su compañía al rey Lucescanio y a Lustrandor, que entrabmos se lo habían rogado muy ahincadamente que los llevase⁴¹⁷ al aposento de la princesa cuando della se fuese a despedir. Sabed que como en la cámara de la reina entraron, Bores de Mar se humilló ante ella, y la reina lo hizo levantar y diole muchas saludes para el rey su padre, y asimismo para la princesa Archesidela. Bores de Mar le besó las manos, y de allí se fueron al aposento adonde la princesa y reina⁴¹⁸ estaban, y halláronlas que se acaban de vestir. Bores de Mar le dijo:

—Mi señora Bellaestela, ¿qué manda la vuestra merced para su reino de Romanía?

—Mi señor —dijo ella—, lo que yo mando es rogar a Dios que la vuestra merced haya buen camino, y con bien lo ponga Dios en su tierra.

Bores de Mar se le humilló, y la princesa le dijo:

⁴¹⁷ 1587: ‘llenasse’ (261v).

⁴¹⁸ 1587: ‘rey’ (262r).

—Mi señor, yo quiero enviar a la princesa Archesidela algunas cosas que sé que por Romanía no las hay, que la reina Pardabela mi señora me ha dado después que vine: quiero partir con la princesa.

Y diciendo esto mandó que le diesen una caja de plata muy bien labrada, y dijo a Bores de Mar:

—Esta pequeña caja se me lleve al poder de la princesa Archesidela, que poco embarazo dará a quien la llevare.

Bores de Mar la tomó por hacer su mandado.

Capítulo CXII

De cómo el rey Lucescanio habló con la reina Merodiana y de lo que en aquella habla se concertó.

AQUELLOS señores rogaron a Bores de Mar que allí se detuviese. Él por les hacer placer se sentó con la princesa Bellaestela, y el rey Lucescanio con la reina Merodiana, y Lustrandor se asentó en un asiento de una finiestra que sobre una deleitosa huerta salía. Y mientras allí estuvo, un solo punto no partió los ojos de su señora, ca sabed que muy gran daño recibía por sus amores, y la reina no tenía compasión alguna dél. El rey Lucescanio dijo a la reina:

—Mi señora, ¿qué nuevas tengo de aquella hermosa princesa? ¡Ay por Dios, mi señora, si son buenas dádmelas luego; y si tales no son, asimismo las quiero y deseo saber por dar ya fin a mi triste y miserable vida, que más me valdría que sola una muerte muriese que no tantas como yo cada que a mi señora miro padezco!

Y como esto dijo, abajó los ojos y calló. La reina que tan apasionado le vio, díjole, por le aconhortar:

—Mi señor, ¿no os parece que soy yo persona bastante para solicitar vuestros negocios?

—Sobra para mí —dijo el rey— el merecimiento de vuestra alteza.

—Pues sabed, mi señor, que yo os traigo grandes nuevas.

—¡Ay mi señora —dijo el rey—, dadme vuestras hermosas manos para que yo os las bese antes que las oya!⁴¹⁹ que pues yo veo en vuestro rostro señales de tanta alegría, no pueden ser las mercedes sino como quien cargo tiene de me las hacer!

Y diciendo esto quiso besar las manos a la reina, y ella no se las quiso dar, diciéndole:

—Mi señor, no quiero gracias hasta que hayáis recibido las mercedes, porque yo he trabajado mucho con la princesa que os las hiciese como vuestra real persona merece trayéndole a la memoria las grandes cosas en armas que por el mundo habéis hecho por la servir, y asimismo la libertad del rey mi padre. Y después que esto y otras muchas cosas le hube dicho, como Dios la hizo más mesurada que cuantas doncellas hoy son en el mundo nacidas, después de hechas todas aquellas

⁴¹⁹ Oiga.

diligencias que yo pude por serviros, ella me respondió: «Todo se haga como vos lo mandáredes, que de todo lo que vós hiciéredes yo seré contenta». Cuando yo tan buenas nuevas oí quísele besar las manos de vuestra parte, mas ella no me las quiso dar. Por manera, mi señor, que yo tengo concertado que esta noche vos tengáis manera como entréis en el jardín que es junto al aposento de la princesa, y en él hallaréis una muy hermosa fuente y allí atended la ventura que Dios os quisiere dar. Yo no tengo más negociado: si desto no sois contento, mandadme perdonar.

Cuando el rey aquellas dulces nuevas oyó, aína saliera de sentido, y tomó las manos a la reina, aunque no quiso, y besándoselas muchas veces, dijo:

—Agora, mi señora, quiero yo que se me otorgue un don.

La reina le dijo que lo pidiese, que ella lo otorgaba y prometía de poner la vida por su servicio. El rey le dijo:

—Sabed, mi señora, que el don que me habéis otorgado es que si la princesa mi señora esas mercedes me quisiere hacer, que vuestra alteza ha de hacer las mismas a Lustrandor; ca sabed, mi señora, que él es muerto con el vuestro deseo, y es tal caballero, que todo bien merece más que otro.

Cuando la reina esto le oyó fue muy turbada y víngle una viva color al rostro, y dijo:

—¡Ay señor Lucescanio, y cómo soy triste por el don que me habéis demandado! El don yo le cumpliré, pero no será con mi voluntad, que Lustrandor bien podía por agora pasar sin lo que vós, mi señor, me demandáis.

Y diciendo esto alzó los ojos airados contra Lustrandor. Él que jamás los ojos de ella partía, fue muy espantado de la ver, y no podía pensar qué cosa⁴²⁰ fuese, y dijo en su corazón: «Agora me encomiendo a Dios si mi señora se ha determinado a darme la muerte o la vida. ¡Oh, cuán bienandante sería quien saber lo pudiese!».

El rey Lucescanio que con alguna pasión oyó hablar a la reina díjole:

—Mi señora, no ha de ser así como vos lo decís, sino que le habéis de hablar con tanta alegría como él lo merece; y si esto así no ha de ser, yo no quiero bien ninguno, sino juntamente los mis días fenezcan con los de Lustrandor. Valga yo, mi señora, tanto ante la vuestra mesura, que del todo se me hagan las mercedes que yo deseo

La reina le dijo:

—Mi señor Lucescanio, la princesa se puso en mis manos, que lo hiciese como yo por bien lo tuviese; lo mismo quiero yo hacer: que de aquí me ponga en las vuestras y que se haga todo como vos, mi señor, lo mandáredes.

El rey que así la oyó hablar, fue demasiadamente ledo, y díjole:

—¡Ay mi señora! Y ¿cuándo podré yo serviros las mercedes que hoy se me han hecho?

—Mirad —dijo la reina— de la manera que en el jardín entráis, que no seáis de persona alguna vistos.

—Todo se hará lo más secretamente que ser pudiere.

—Yo ternía por mejor —dijo la reina—, si ser pudiese, que la vuestra entrada fuese mientras el rey cena, porque en aquel tiempo toda la gente es en el palacio

⁴²⁰ 1587: ‘coso’ (262v).

recogida; y si a más tarde aguardáis, jamás cesarán de pasar gentes hasta que el día quiera venir.

El rey le dijo:

—Pues yo haré de manera que a este tiempo tengamos lugar para que se haga como vos, mi señora, lo mandáis.

Luego dijo el príncipe Bores de Mar:

—Mis señores, ya es hora que yo salga desta ciudad.

El rey le respondió que fuese cuando mandase, y así, se despidió de la princesa y de la reina y se salió de aquel aposento y se fue adonde su escudero lo aguardaba, y subió en su caballo, y el rey Lucescanio en el suyo, y Lustrandor asimismo, y salieron con el príncipe cuanto una milla, y no les consintió él pasar adelante; y allí se despidieron los unos de los otros y Bores de Mar tomó su camino para Romanía. Escribe el sabio Doroteo que en todo él no le avino cosa que de contar sea, sino que a su tiempo cierto llegó a Romanía y fue muy bien recibido del rey su padre y de la princesa Archesidela, y preguntáronle mucho por la princesa Bellaestela. Él les dijo que quedaba muy buena, y dio a la princesa las joyas que le enviaba.

Dice la historia que como el rey y Lustrandor se partieron de Bores de Mar, el rey dijo:

—Paseémonos una pieza por este campo antes que a la ciudad tornemos.

—Hágase como lo mandáis —dijo Lustrandor.

El rey mandó a los que en la su compañía iban que se apartasen y los dejases solos, ellos hicieron su mandado. El rey comenzó a contar a Lustrandor todo aquello que oístes que con la reina había pasado; cuando Lustrandor aquellas nuevas tan sabrosas entendió, fue salido de todo sentido, y comenzó a decir:

—Yo, mi señor, siento tal placer y alegría en mi corazón, que no podré sostener la vida de aquí que la noche oscura venga. Siento grandes congojas que me cercan el corazón.

Y diciendo esto se traspasó de tal manera que hubiera de caer del caballo si no fuera por el rey, que le tuvo del brazo. Y llamó a los que en su compañía iban, y como llegaron, tomaron a Lustrandor y abajáronle del caballo, y el rey se apeó y tomole la cabeza entre sus manos. Fue muy espantado de ver tal aventura, y no podía pensar qué dolor Lustrandor podía sentir que tal le parase. Mandó que le trujesen agua y se lo echasen en el rostro; luego fue hecho, y como el agua le echaron tornó en su acuerdo. Y como los ojos abrió y vio los que en torno dél estaban, callose, que no dijo cosa alguna. Cuando ya del todo fue tornado en su acuerdo y color, el rey Lucescanio dijo a aquellos que allí estaban:

—Agora nos podéis dejar solos una pieza, pues que Lustrandor es guarido del mal que al corazón le vino.

Ellos hicieron su mandado, y como solos quedaron, el rey le dijo:

—Contadme, ¿qué sentistes, pues tanta mudanza habemos visto en vuestro rostro?

—No lo sabré decir —dijo Lustrandor—, sino que sentía la muerte.

—Si vos eso habéis de sentir cuando con la reina estuvieredes, mucho daño os puede dello venir.

—No ha sido más en mi mano —dijo Lustrandor.

—Dejémonos desto y concertemos cómo será la entrada del jardín.

— ¿Hacia qué parte es? —dijo Lustrandor.

— Yo lo he muy bien visto: él es de paredes muy altas; no siento otro remedio para poder en él entrar sino subir con puñales.

— Vos decís muy bien —dijo Lustrandor—, ca sabed que yo he en mi poder unas escalas de hilo de seda buenas; el que primero subiere llévelas en la manga y préndalas en subiendo, y por ellas podremos descender de la otra parte.

Mucho le pareció bien al rey, y así, estuvieron hablando hasta que fue hora de comer. Y si el rey del Monte Libeo no los estuviera aguardando, no se movieran de allí hasta que noche fuera; y con pensar que el rey no comería hasta que ellos fuesen, subieron en sus caballos. Y así, se volvieron a la ciudad, y como en el palacio fueron hallaron al rey que quería ya comer. Él les preguntó por Bores de Mar, ellos le dijeron que iba muy bueno, y así, se sentaron a comer.

Sabed que como el príncipe Bores de Mar y aquellos caballeros salieron de la cámara de la princesa, luego la reina tomó por la mano a la princesa y díjole:

— Mi señora, vámmonos un poco a vuestro jardín y allí holgaremos en par de aquella hermosa fuente.

La princesa luego entendió por lo que la reina se lo decía, y mandó que le abriesen el jardín. Como fue hecho su mandado, ellas se tomaron por las manos y se bajaron a él, que muy deleitoso y sabroso era de mirar. Y andando por una y otra parte toparon con la fuente, y viéronla que era a maravilla grande y hermosa, cercada de hermosos rosales blancos y colorados, y asimismo de muchos naranjos y limones y yerbas de suave olor. La reina y la princesa se asentaron allí, y la princesa le dijo:

— Decidme, ¿qué es lo que con el rey Lucescanio pasastes?

— De grado —dijo la reina— os lo contare, que por eso fue la mi venida a este lugar.

Ella contó todo aquello que con el rey oístes que pasó. La princesa le dijo:

— ¡Ay captiva! Y ¿cómo podrá él entrar en este jardín?

— Ese cuidado no lo tengamos nós, que si ver os quisiere, él buscará por donde entrar. Sabed, mi señora —dijo la reina— que él no ha de venir sin compañía, porque ha gran tiempo que Lustrandor, príncipe de la Gran Bretaña, padece grandes cuitas por el mi amor; y cuando yo las alegres nuevas de las mercedes que vós, mi señora, al rey habíades de hacer le dije, él, después de me dar muchas gracias, me demandó un don y yo se le otorgué. El don que me pidió fue que tuviese por bien de hablar a Lustrandor cuando él viniese a vuestro jardín. Ya que yo el don tenía otorgado, no pude al hacer sino cumplirlo.

— Mucho soy de eso leda —dijo la princesa—, ca sabed que Lustrandor me parece muy bien, y es señor de gran tierra y persona que vale y merece mucho.

Asimismo le pareció muy bien a la hora que habían concertado que los caballeros entrasen en el jardín. En esto estuvieron hablando hasta que las fueron a llamar que se viniesen a comer. La princesa dijo que allí en el jardín querían comer; así fue luego hecho como la princesa lo mandó. Como hubieron comido, los que servían alzaron la mesa y ellas se quedaron solas a la fuente hablando en el concierto que tenían hecho, y allí estuvieron con mucho contento de las dos, ca sabed que así la reina como la princesa amaban de muy verdadero amor a aquellos caballeros. Cuando fue tiempo que el sol se quería poner, aquellas hermosa

princesa y reina se subieron a su aposento. Y luego la reina Pardabela envió por la princesa y por la reina, y como ante ella fueron, la reina les dijo:

—¿Qué ha sido esto? ¿Cómo hoy no me habéis visto?

La princesa le dijo:

—Mi señora, nuestra morada ha sido hoy en el mi jardín, que bajamos por un poco de tiempo, y él es tan fresco, que a la fuente de los rosales hice que nos diesen de comer.

—Ello fue bien hecho —dijo la reina—, pues tomastes placer.

A hora de vísperas el rey Lucescanio y Lustrandor entraron en el palacio, y hablando con el rey del Monte Libeo, le dijeron que ellos habían de ir aquella noche a ver un caballero que cerca de allí les habían dicho que estaba en un castillo herido, y que el caballero era de Trapisonda; por tanto, que la su merced fuese de les dar licencia para lo ir a ver. El rey les dijo que fuesen a la buena ventura; ellos le besaron las manos. El rey les preguntó que si se habían de detener allá algún tiempo; ellos le dijeron que no, que luego por la mañana darían la vuelta, y así, se salieron del palacio y subieron en sus caballos y fingieron que se iban a ver al caballero.

Ellos se salieron de la ciudad y se fueron a una floresta que tres millas de allí estaba, y por ella se anduvieron paseando y hablando en la buena ventura que Dios les había dado en el concierto que habían hecho, y nunca saliendo desta habla, les tomó la noche. Ellos dieron muchas gracias a Dios porque a tal tiempo los había dejado llegar, y luego tomaron su camino secretamente y se vinieron a la ciudad; y cuando en ella entraron, apeáronse de sus caballos y mandaron a sus escuderos que secretamente tuviesen los caballos y palafrenes en parte que de ninguno fuesen vistos; ellos hicieron su mandado. Los caballeros se entraron en la ciudad y atendieron al tiempo que el rey estaba cenando.

A aquella hora los dos preciados caballeros se fueron cubiertos con sus mantos y espadas adonde era el lugar del jardín; y como a él llegaron, miraron a una y a otra parte, y no vieron ni sintieron a persona alguna. Y como tan buen aparejo vieron, ellos miraron por dónde podían subir, y hallaron que por la una parte eran las paredes algo más bajas, aunque por todas eran muy altas. El rey Lucescanio tomó en la mano sus puñales, y como aquel que ánimo no le faltaba para acometer cualquier cosa que fuese, comenzó a subir; y como él era muy ligero y de gran fuerza, subió con tanta presteza, que espanto ponía a Lustrandor, que mirándolo estaba. Y como el rey fue puesto en lo alto, luego Lustrandor comenzó a subir, y subió por la misma parte que el rey con menos trabajo. De la manera que oído habéis fueron aquellos caballeros en el jardín de la princesa. Sabed que la noche hacía muy clara, y los dos se fueron paseando, y anduvieron tanto hasta que llegaron a aquella hermosa fuente que ya oístes. Loaron a Dios que tan deleitosa cosa había criado; allí tendieron sus mantos y comenzaron a hablar en la buena ventura que esperaban, y a cada uno se le hacía tarde el tiempo que habían de aguardar.

La princesa y la reina estuvieron en el aposento de la reina hasta que fue tarde, y allí cenaron, que holgaba mucho de las tener en su compañía. Y después que la cena fue acabada, la reina las detuvo más de lo que ellas quisieran hablando en muchas cosas que placer le daban. Ya cuando fue tiempo, la princesa y la reina se

despidieron y se fueron a su aposento, y como en él entraron, la reina y la princesa se apartaron a una parte y dijo la princesa:

—¿Cómo será esto, que mucho habíamos menester alguna persona de quien nos pudiésemos fiar? Yo al presente no la tengo, que una doncella de quien yo me fiaba en Romanía de algunas hablas que con el rey Lucescanio pasé, era de la princesa Archesidela.

La reina le dijo:

—Mi señora, yo he en mi compañía una doncella, que ha nombre Dianidela, que es mi cormana: ésta sabe todo el hecho mío y de Lustrandor, es persona que muy bien della nos podemos fiar en todo lo que quisiéremos.

—Pues que así es —dijo la princesa—, yo soy muy leda en oír tan buenas nuevas. ¿Cómo será que haremos destas vuestras doncellas y más?

—Yo las haré ir muy presto de aquí —dijo la reina.

Y llamolas y díjoles:

—Vosotras os podéis ir a vuestro aposento, que yo soy algo doliente de la cabeza. Y no quede comigo sino Dianidela, que ella me dará recado de lo que menester hubiere.

Las doncellas se le humillaron y luego salieron de la cámara, y la princesa dijo a las suyas:

—Vosotras asimismo os podéis ir a dormir, que aquí queda Dianidela.

Luego se fueron. Como la reina y la princesa solas con Dianidela se vieron fueron muy contentas, y luego se quitaron las ropas que tenían y tomaron otras de cetí blanco. De encima llevaban sus hermosos cabellos cogidos en una red de oro, cada una sembrada de muchas perlas y piedras de inestimable valor. Y solas con Dianidela se bajaron a la puerta del jardín, y como allí fueron, antes que la puerta se abriese la princesa Bellaestela comenzó a temblar, y dijo a la reina:

—¡Ay mi señora, que las fuerzas me fallecen!

La reina le respondió:

—Pues sed cierta que a mí no me sobran, ca sabed que casi no me puedo tener.

Y diciendo esto se asentaron, sin tener fuerzas para poder estar en pie. Allí se detuvieron estas dos que en ellas era puesta la mayor parte de la hermosura del mundo, que no habían poder en sí para se tornar a levantar, hasta que Dianidela les dijo:

—¿Qué es esto, mis señoras? ¿Cómo a tal tiempo os fallece el corazón? Dadme acá esa llave —dijo a la princesa—, que yo iré a buscar aquellos caballeros, que tengo entendido que no les faltará ánimo para venir aquí.

Y diciendo esto tomó la llave, y muy paso abrió la puerta y díjoles:

—Mis señoras, ¿qué es lo que mandáis? Ved si queréis atender aquí o ir comigo.

Ellas le dijeron que se esforzarían; y así lo hicieron, que tanto les supo decir Dianidela que las hizo levantar, y tomándose por las manos, aquellas dos tan hermosa reina y princesa se entraron en el jardín. El rey Lucescanio y Lustrandor, que muy poco reposo tenían en sus corazones atendiendo de verse en toda la gloria que en esta vida se puede tener, se andaban paseando por entre unos árboles que hacia la una parte del jardín estaban, y como las ramas sintieron menear, ellos se vinieron hacia donde el ruido oyeron, y cuando a sus señoras vieron, muy presto se vinieron a ellas. Dianidela les dijo:

—Mis señores, tomad en vuestro poder estas dos hermosas doncellas, ca sabed que mucho han menester la vuestra ayuda, que son muy turbadas en haber comenzado tan gran hecho.

Los caballeros se humillaron cada uno ante su señora, y les dijeron:

—Pues ¿cómo? ¿En vuestras reales personas ha de faltar corazón para hacer las mercedes prometidas? Mucho parece mal un punto de arrepentimiento que en tal caso como éste haya sucedido.

Y diciendo esto les besaron las manos muchas veces, y ellas sin les poder hablar palabra los dejaron una pieza ante sí de hinojos, que no habían poder en sí, hasta que Dianidela les dijo:

—¿Qué es esto, mis señores? Levantaos y no atendáis palabra destas señoras, que ellas son fuera de sí.

Y así, se levantaron aquellos tan verdaderos amadores y cada uno tomó a su señora de brazo, por cuanto en ellas no había poder para se menear: tanta era la turbación que en sus reales personas a la sazón había. El rey Lucescanio y la princesa Bellaestela se fueron a la fuente que ya oístes, y Lustrandor tomó a su señora y llevola debajo de unos frescos y muy deleitosos jazmines y allí se asentaron. Dianidela se apartó a otra parte, por no les dar enojo.

Sabed, que como el rey Lucescanio se vio en el lugar que por él de tan largos tiempos fue deseado, que como junto a la fuente llegaron, él tendió su manto sobre la yerba verde debajo de aquellos hermosos y frescos rosales. Y como en aquel deleitoso lugar se vio, tomó a su señora en sus brazos, y besándole muchas veces sus hermosas manos, le dijo:

—Mi señora, habed compasión deste vuestro caballero y dadme licencia para que algún tanto yo pueda gozar de vuestra hermosura.

La princesa, que ya había tornado en sí, le dijo:

—¡Ay mi verdadero amigo, no tengáis en poco lo que esta noche por vos he hecho!

—Mi señora —dijo Lucescanio—, en eso no se gaste tiempo, que la merced que yo he recibido tengo en tanto como es razón. Y el deseo que yo de serviros tengo merece esto y mucho más que por mí se hiciese.

—Mucho merecéis vos —dijo la princesa—; mas gran cosa es lo que yo por vos he hecho.

—Hasta agora —dijo Lucescanio— yo no he visto nada; y pasase mucho tiempo sin que yo, mi señora, de vos merced alguna reciba. Y sea la vuestra grandeza de me dar licencia; si no, yo me la tomaré, porque en los semejantes tiempos la orden de caballería dispensa con nosotros, que si algún enojo hiciéremos a dueña o a doncella, se nos perdona.

Mucho fue la princesa turbada en oír hablar al rey de la manera que oído habéis, y díjole:

—Si vos a mí enojo alguno me hacéis, vos lo compraréis caramente.

—¿Qué daño me puede venir? —dijo Lucescanio—. Ya pluguiese a Dios que yo fuese muerto y por vuestro mandado; que de aquí prometo a Dios que nunca yo escudo echase al cuello ni espada tomase para me defender, porque no me daría Dios mayor título en esta vida que ser yo muerto por vuestro mandado. Y pues tan grandes mercedes se me prometen, yo quiero dar lugar a que se me hagan.

Y como esto hubo dicho, tomó a la princesa en sus brazos, y besándola muchas veces, le dijo:

—Mi señora, dad algún descanso a este que después que por vuestras hermosas manos tomó la espada en el día primero de su caballería, reposo alguno en su corazón no tuvo.

La princesa fue extrañamente airada contra el rey, pero todo su enojo no le aprovechó nada, que el rey de sus brazos jamás la quiso soltar hasta que la princesa le perdonó. Pero el perdón fue con grandes promesas que el rey le hizo de no la enojar ni della tomar más parte de lo que hasta aquí habéis oído. Con esta promesa que el rey le hizo quedó la princesa muy contenta, y demasiadamente leda en se ver en los brazos de aquel que ella tan ahincadamente amaba. Y con mucho descanso y grande contentamiento de entrabmos los dejaremos por contaros lo que a la hermosa reina Merodiana y su caballero acaeció.

Oído habéis cómo Lustrandor llevó a su señora debajo de unos hermosos jazmines; allí se asentaron, y la reina dijo a Lustrandor:

—Mucho os ruego, mi verdadero amigo, que vós me dejéis reposar una pieza, ca sabed que mi corazón tengo muy alterado y siento mucha pasión.

Lustrandor que muy mesurado era, le dijo que no saldría un punto de su mandado, y así, la tomó en sus brazos sin enojo alguno la hacer, y una pieza la tuvo consigo abrazada hasta que la reina del todo se aseguró. Y cuando Lustrandor vio tiempo, díjole:

—Mi señora, yo conozco que en mí no hay merecimiento para las grandes mercedes que esta noche se me han hecho, pero yo querría que otras mayores se me hiciesen.

La reina le respondió:

—¡Cuán cierta cosa es siempre crecer el deseo! Esto digo porque cuando yo era en mi tierra, si yo hiciera por vos lo que estando en el Monte Libeo he hecho, vos fuérades muy contento. Y agora paréceme que es razón que esto se tenga en mucho y pedís otra cosa que más sea.

Esto decía la reina con palabras muy airadas. Lustrandor le dijo:

—Mi señora, yo no tengo de salir de vuestro mandado; pero sed cierta que antes que mucho tiempo pase vos veréis la mi muerte, y con ella seré yo contento, pues vos, mi señora, así lo queréis y dello sois servida.

La reina le dijo:

—Nunca nadie murió de cosa semejante: palabras son que muy poco duelen.

Como Lustrandor oyese hablar a la reina de la manera que oído habéis, calló, que no le respondió. Sabed que como Lustrandor era uno de los buenos caballeros que a la sazón había, y de muy alto hecho de armas y bravo de corazón más que otro caballero cuando en alguna aventura o batallas se vía, así en caso de amores no había hoy en el mundo doncella que más flaco ni delicado corazón tuviese.

A nuestro propósito tornando, él se calló por una pieza, y en este tiempo le falleció el corazón, que todas las fuerzas se le quitaron; y como a la reina tenía en sus brazos y a la sazón el corazón se le cubrió, él la soltó y quedó tal como muerto. Cuando la reina tal lo vio fue muy espantada, y como la luna hacía clara, ella lo miró al rostro y vio los ojos cerrados y que no bullía pie ni mano, sino como persona que el ánima le faltaba. La reina fue muy turbada, y muy presto se levantó

y se fue para donde Dianidela estaba; y como ella la vio venir, díjole, levantándose en pie:

—¡Qué es esto, mi señora? ¡Qué venida es la vuestra?

—¡Ay captiva! —dijo la reina—. ¡Venid presto conmigo, ca sabed que Lustrandor es tal como muerto!

Dianidela se fue muy presto con la reina; y para ir adonde Lustrandor estaba habían de pasar por un arroyo que del agua de la fuente salía, y Dianidela sacó un paño que en la manga llevaba y mojolo en el agua, y así, fueron su camino. Y cuando a los verdes jazmines llegaron, Dianidela tomó a Lustrandor en sus brazos (que tal como muerto estaba), y del agua que en el paño había cogido le comenzó a echar por el rostro. Y como él lo sintió, luego tornó en su acuerdo, y como bien miró, hallose en los brazos de Dianidela y vio a la reina que junto cabe él estaba. Dianidela le dijo:

—¿Qué es esto, mi señor Lustrandor? ¿Qué poco corazón es el vuestro?

—¡Ay señora Dianidela —dijo Lustrandor—, que el mi dolor es grande, ca sabed que la voluntad de la reina mi señora es que yo muera! Pues ved qué corazón tan fuerte hay en el mundo que pueda resistir los dolores de la muerte. Yo, mi señora, me veo tan cercano a ella, que es el mayor conhorte que mi corazón siente en pensar que tan cedo habrán fin mis cuitas y mortales deseos.

Y diciendo esto se tornó a traspasar, de manera que cuidaron que verdaderamente era muerto. La reina dijo:

—Yo quiero ir a llamar al rey Lucescanio, que en mal punto yo aquí vine.

Dianidela le dijo:

—¡Ay mi señora, doleos de la gran cuita que este buen caballero padece y no esté en vuestro corazón tanta crueldad, que gran daño verná al mundo si por vuestro desgrado⁴²¹ este caballero es muerto!

—¡Ay amiga —dijo la reina—, ya yo haría su ruego si lo viese vuelto en su ser!

Dianidela le dijo:

—Mi señora, si la vida deste caballero queréis, llegaos aquí cerca dél y tomad su cabeza en vuestras manos, por que cuando en sí tornare conozca que tenéis voluntad de le hacer mercedes.

La reina que mucho dolor tenía en su corazón de ver tal a Lustrandor, se llegó junto a él y le tomó su cabeza en sus faldas, y trayéndole sus hermosas manos por el rostro, demandó del agua a Dianidela y ella misma se la echó dos veces, y a la tercera Lustrandor tornó, diciendo con un doloroso suspiro:

—¡Ay mi señora Merodiana, habed merced de mí, que muerto soy!

La reina fue tan leda cuando lo vio tornado en su acuerdo, que le dijo:

—¿Cómo, señor Lustrandor? ¿Tan a veras habéis de tomar lo que burlando se os dice? ¿No sabéis vos que si yo no tuviera voluntad de haceros mercedes, que no viniera en este lugar? Por amor de mí que no toméis más cuidado de las palabras que os he dicho, ca sabed que osrecio y amo sobre cuantos hoy son nacidos; pero sed cierto que, con todo el amor que yo os tengo, no habéis de tomar más parte de mí de la que yo daros quisiere.

⁴²¹ Rechazo.

Lustrandor, que ya en todo su acuerdo estaba, se hincó de hinojos ante su señora, y besándole las manos, le dijo:

—¡Ay mi señora, y cómo me puedo yo llamar el más bienandante de cuantos nacieron! Yo, mi señora, me tengo por contento de obedecer, y prometo a Dios de no salir de vuestro mandado.

—Pues que así es —dijo Dianidela— que tan buen fin ha habido el enojo pasado, yo me quiero ir a pasear por este jardín.

—Mi señora Dianidela, vaya Dios en la vuestra compañía, que bien cierto soy yo que por vuestra causa se me han hecho a mí estas mercedes.

Dianidela se le humilló, y sin les responder se les quitó delante, porque bien entendió ella que en aquello servía más. Como Dianidela de allí se partió, Lustrandor tomó en sus brazos aquella hermosa reina, y besándola muchas veces, le dijo:

—Mi señora, para esto bien creo yo que la vuestra merced me da licencia.

La reina le respondió:

—Paréceme a mí que no aguardáis vos a que yo os la dé.

—Mi señora —dijo él—, cuando vuestra grandeza para ello licencia me diere, será para hacerme del todo alegre.

La reina le respondió:

—Mucha razón es que vós lo estéis con lo que hasta aquí por vos he hecho.

Así estuvieron aquellos dos príncipes gozando de la dulce y agradable conversación de aquellas hermosas reina y princesa la mayor parte de la noche. Y cuando hora fue, la princesa Bellaestela dijo al rey:

—Mi verdadero amigo, ya es tiempo que de aquí nos vamos.

—¡Ay mi señora! —dijo él—. Y ¿cómo podré yo vivir un solo punto apartándome de la vuestra vista?

—Con esperanza —dijo la princesa— que me veréis en este lugar otras muchas veces.

—Con eso viviré yo, y el más contento de cuantos nacieron en esta vida.

—Pues sed cierto que así será como lo yo digo. Y vamos de aquí, que me semeja que muy presto amanecerá.

Y así, se levataron; el rey tomó consigo a la princesa y se fueron por el jardín hasta el lugar adonde el rey sabía que había de hallar a Lustrandor y a la reina. Agora sabed que como el rey Lucescanio y la princesa Bellaestela llegaron adonde Lustrandor y la reina estaban, el rey Lucescanio dijo:

—Mi señor Lustrandor, expreso mandamiento viene que luego salgamos de aquí.

—¡Ay mi señor —dijo Lustrandor—, no esperaba yo de vos tales nuevas!

La princesa le dijo:

—Señor Lustrandor, no es tiempo que aquí más nos detengamos.

—Hágase lo que vuestra alteza manda.

Y luego se levantó y tomó a la reina Merodiana consigo, y Dianidela los iba siguiendo. Y así llegaron a la puerta del jardín y allí se despidieron. Dianidela les dijo:

—¡Ay mis señores, que me semeja que las hermosas estrellas ya pierden su resplandor con el venidero día!

El rey Lucescanio dijo a su señora que les dijese de allí a qué tanto tiempo se les tornaría a hacer otra merced como la pasada.

—No lo sé —dijo la princesa—: cuando hubiere de ser, yo lo diré a Dianidela.

Y con esto se partieron los unos de los otros, no por su voluntad, sino por la fuerza que el tiempo les hacía. La princesa y la reina se subieron a su aposento, y como en él fueron (porque era ya tarde) a gran priesa se desnudaron. La princesa Bellaestela rogó mucho a la reina que en su lecho se acostase; ella lo hizo, por la dar placer, y Dianidela asimismo se fue a dormir. Como aquella tan hermosa reina y princesa se vieron solas en su lecho, la princesa dijo a la reina:

—Agora me contad todo lo que con Lustrandor habéis pasado, que asimismo os contaré yo lo que con el rey pase.

La reina le dijo:

—Haré de grado lo que mandáis. Sabrá la vuestra merced que yo me he visto esta noche en la mayor cuita que nunca jamás me vi, que he tenido a Lustrandor por dos veces tal como muerto.

—Grandes maravillas me contáis —dijo la princesa—. Decidme, ¿por qué razón?

—Porque yo no le quería hablar le hubiera de costar la vida; por manera que me conviene, si su vida quiero, hacer a su voluntad.

—Todo bien merece Lustrandor —dijo la princesa..

—Así es verdad —dijo la reina—. Pero yo estoy muy mal con tan poco esfuerzo como él tiene.

—Nos os maravilléis, que fuerza de amor le fuerza —dijo la princesa.

—Así es verdad —dijo la reina—. Pero gran pena es para quien en la su compañía está, que no le habéis de decir cosa que le pese. Si yo no le tuviera la voluntad que le tengo, muchas veces estuve movida para lo dejar tal cual estaba y me salir del jardín.

—Eso fuera mal hecho —dijo la princesa.

La reina le respondió:

—Membrándome yo de lo que Lustrandor por mí ha hecho, no hice lo que dicho tengo; ca sabed, que si el rey Lucescanio por os servir sacó al rey nuestro padre de los encantamientos de los Campos de Varas, que asimismo yo tengo la vida por Lustrandor.

Y allí le contó lo que oído habéis que Lustrandor hizo por le traer la yerba con que fuese guarida, «que si no fuera por él, por mil veces yo fuera muerta».

—Mucho sois mala y desagradecida —dijo la princesa.

—No soy, que por le dar el galardón de lo que por me servir hizo, he yo hecho lo que visto habéis. Agora me contad lo que con el rey Lucescanio pasastes.

La princesa le cantó todo lo que oído habéis que con él había pasado, y dijo:

—Yo debo y quiero mucho al rey Lucescanio, que ha grandes tiempos que por me servir anda por el mundo pasando grandes y espantosos peligros. Y como él fue el primero que desde mi tierna edad me comenzó a servir, no hay en esta vida cosa que yo más quiera, y si me dé un solo punto apartarse, verdaderamente yo sería muy cedo muerta. Pero él me ha prometido de jamás se partir de la corte de mi padre sin la mi licencia; y pues que así es, tarde la hará de mí, que si honra

quisiere ganar, asaz ha hecho cosas por el mundo que para siempre será nombrado.

En esto pasaron estas hermosas princesa y reina la parte de la noche que les quedaba, sin poder dormir sueño ninguno hasta que fue de día claro, que se durmieron.

El rey y Lustrandor, así como de la reina y princesa se partieron, se salieron del jardín de la manera que en él entraron, y quísolos Dios tan bien, que de persona alguna no fueron vistos, y muy alegres y contentos se fueron adonde habían dejado a sus escuderos, y cuando ellos vieron a sus señores fueron muy ledos. El rey dijo a Lustrandor:

—Conviene que por aquí nos paseemos hasta que el día sea claro, para que nos vamos a vista de todos al palacio del rey.

A Lustrandor le pareció muy bien lo que el rey Lucescanio dijo, y así, se comenzaron a pasear contándose él uno al otro lo que con su señora había pasado. Llamábanse los más bienandantes de cuantos en el mundo habían nacido, pues eran amados de aquellas que, después de la princesa Penamundi, en todo el mundo dos más hermosas doncellas se podían hallar. Lustrandor besó muchas veces las manos al rey, y decíale:

—Mi señor Lucescanio, por vos soy yo el día de hoy puesto en la mayor alteza que nunca caballero lo fue ni lo será mientras el mundo durare. Y sabed que jamás os dejaré de servir las grandes mercedes que yo de vos he recibido.

El rey lo abrazó y le dijo:

—A mí me parece que si vos las habéis recibido, que yo no quedo sin galardón si algún servicio en esta vida a mi señora yo he hecho.

Así andaban estos preciados caballeros muy contentos y alegres de la buena ventura que Dios les había dado. En este tiempo ya era el día venido, y como el día fue claro, el rey y Lustrandor subieron en sus caballos y tomaron su camino para la ciudad, y entraron en el palacio a la sazón que el rey del Monte Libeo salía de su cámara. Cuando el rey los vio, dijoles:

—¡Por buena fe, caballeros, que habéis tomado la mañana!

Ellos le dijeron que así era la verdad, que la tomaron por ser en el palacio a la hora que la su merced se levantase. El rey les preguntó por el caballero a quien habían ido a ver, ellos le dijeron que ya estaba bueno. El rey les dijo:

—Mucho querría que lo trujésedes en la vuestra compañía, que pues vosotros lo conocéis y visitáis, él debe ser buen caballero.

—Él viniera —dijo el rey Lucescanio—, sino que ha mucho que hacer en otra parte, que ya él quedaba de partida.

—Guíelo Dios —dijo él—, pues que así es.

El rey y aquellos caballeros se entraron en la capilla a oír misa, y como acabada fue, el rey se tornó a salir a la sala y envió un doncel a la reina a decirle que ella y la princesa y la reina de Palestina se saliesen a comer con él. El doncel se fue al aposento de la reina y le dijo lo que el rey le mandó; la reina le respondió que en todo se haría su mandado, y luego envió una de sus doncellas al aposento de Bellaestela enviándole a decir que se aparejasen, que habían de salir a comer a la sala. La doncella de la reina entró en la cámara de la princesa, y como las halló durmiendo, recordolas diciendo:

— ¿Qué es esto? ¿Cómo duermen a tan buen sabor, siendo ya tanta parte del día pasada?

La princesa recordó, y díjole:

— Amiga, no dormidos la noche, y al tiempo que nos queríamos levantar nos vino un sabroso sueño, y desta manera nos habéis hallado durmiendo.

La doncella les dijo:

— Pues conviene que luego se vistan, que hay poco tiempo; que el rey ha enviado a decir a la reina que se vaya su alteza a comer hoy con él, y la reina manda que la vuestra merced y la reina se aparejen para salir con ella.

La princesa dijo que haría su mandado, y así, la doncella se tornó al aposento de la reina, y la princesa y la reina Merodiana a gran prisa demandaron de vestir, y luego se lo dieron. Ellas se vistieron de ricas y muy preciadas ropas, como aquellas que del todo tenían sus corazones alegres, y asimismo se pusieron encima de sus hermosos cabellos sendos tocados hechos a manera muy estraña, y eran de oro, maravillosamente obrados, y en cada una juntura estaban perlas y piedras de inestimable valor. Estos tocados había traído la reina Merodiana de Palestina para la princesa Bellaestela, y por salir entrabbas de una manera tocadas y vestidas se los pusieron aquel día. Y como aderezadas fueron, ellas y sus doncellas se salieron al aposento de la reina, y ella que tan apuestas las vio, fue muy leda en su corazón, y díjoles:

— Habeislo hecho muy bien, ca sabed que yo siempre os querría ver como vuestras personas y estados merecen.

En este tiempo entró el duque Artilán y dijo a la reina que ya el rey quería comer, por tanto, que fuese la su merced de salir luego; la reina le dijo que ya iban. El duque tomó a la reina de brazo, y la princesa y la reina de Palestina se tomaron por las manos, y acompañadas de muchas dueñas y doncellas se salieron a la sala, y cuando en ella fueron, el rey holgó mucho de ver la gran hermosura de sus hijas; pero mucho más holgaron aquellos bienaventurados caballeros que de aquellas dos hermosas doncellas eran amados de ver la estraña hermosura de sus señoras; ca sabed cómo el sabio Doroteo arriba escribió que muy poca era la ventaja que la princesa Bellaestela a la reina hacía.

Pues como las reinas y la princesa fueron venidas, luego pusieron las mesas y fueron sentados. Acabado que hubieron de comer y las tablas fueron alzadas, el rey del Monte Libeo dijo a aquellos señores que él se quería ir a caza de monte, que quien con él quisiese ir, que se lo agradecería. El rey Lucescanio y el príncipe Lustrandor le dijeron que de grado irían adonde la su merced fuese, y así, mandó el rey que todos se aparejasen. Así dejaremos estos preciados caballeros en esta sabrosa vida, gozando de sus señoras todas las veces que para ello les daban lugar.

Capítulo CXIII

De cómo el príncipe don Griolanís fue en Trapisonda y cómo fue preso de los amores de la hermosa infanta Lucendra, hija del emperador Lindedel.

YA os habemos contado cómo el príncipe don Griolanís conoció en los grandes desfavores que la princesa Penamundi le daba que le desamaba mortalmente. Él se salió de la corte del emperador Aliandro muy desesperado, y propuso en su corazón de andar gran tiempo por el mundo buscando las aventuras; y así como lo pensó lo puso por obra, que anduvo por muchas partes acabando grandes aventuras y emendando muchos tuertos y agravios que a personas que fuerzas ni poder no tenían se hacían.

En este tiempo la ventura lo guio al imperio de Trapisonda, y como en él se vio, propuso en su corazón de ir a ver la corte de aquel famosísimo emperador Lindedel, aunque en lo secreto de su corazón a él y a todas sus cosas desamaba por razón de la princesa Penamundi. Pero como el príncipe Griolanís era uno de los buenos caballeros que a la sazón en el mundo había, tuvo mucha voluntad de ver al emperador Lindedel, que tanta fama por el mundo había de su alta caballería, y tomó su camino para la ciudad de Triópola, adonde a la sazón el emperador estaba. Preguntó por el palacio y dijeronle que no era en la ciudad, que bien había ocho días que era ido a una floresta que cerca estaba por tomar placer él y la emperatriz y toda su casa. Como don Griolanís esto oyó, preguntó que hacia qué parte era la floresta; a quien lo preguntó se lo dijo. Él salió de la ciudad y tomó su camino para donde el emperador estaba, y a hora de vísperas entró en la floresta y en un prado vio que estaban hermosas tiendas, en especial la del emperador y emperatriz, que era toda cubierta de un paño de hilo de plata, estrañamente guarnida de piezas⁴²² de oro; él la estuvo mirando, y vio que tenía las cubiertas echadas. Junto a ella estaba otra, toda de entro y de fuera de cetí carmesí; asimismo estaba guarnida de piezas de oro; las cubiertas de la tienda eran alzadas. En torno della estaban trebajando muchos donceles pequeños ricamente guarnidos. Don Griolanís dijo al uno dellos:

—Doncel, que hayáis buena ventura, mucho os ruego que me digáis cuya es esta tienda que en sí muestra tanta alegría.

El pequeño doncel le respondió diciéndole:

—Señor caballero, aquella tienda que allí veis de hilo de plata es del emperador Lindedel y de la emperatriz Cristalina. Esta por quien me preguntáis es de la infanta Lucendra, hija del emperador. Y si la ver quisieredes, pasaos de la otra parte, que las cubiertas de las tiendas son alzadas por razón del aire que poco ha que comenzó a andar.

El príncipe don Griolanís dio muchas gracias al doncel por la buena respuesta que le había dado, y así, se pasó de la otra parte de la tienda y vio tendido un paño de hilo de oro, y en él estaba asentada la hermosa infanta Lucendra ricamente

⁴²² 1587: ‘piedras’ (267r).

guarnida, y junto con ella la infanta Canforavereda, las dos estaban jugando a las tablas. Don Griolanis se las paró a mirar y fue muy espantado de la estraña hermosura de la infanta Lucendra. Y luego conoció a la infanta Canforavereda, que ya otra vez la vio en casa del emperador Aliandro de Persia. Don Griolanís estuvo mirando aquellas dos tan hermosas infantas, y semejábale que, después de la princesa Penamundi, no podía haber otra más hermosa doncella en el mundo que la infanta Lucendra. Y luego fue tan preso de sus amores, que jamás mientras vivió la dejó de amar, como esta historia adelante os lo contará.

A la sazón que don Griolanís a la puerta de la tienda estaba no parecía nadie por aquellas partes, que era en medio de la siesta y todas las gentes estaban metidas en las tiendas, dellos durmiendo, dellos holgando. Como don Griolanís vio que persona alguna no parecía, echose de pechos sobre el arzón de su caballo por mejor gozar de la vista de aquella hermosa infanta. Al tiempo que don Griolanís la estaba mirando acabaron su juego y pararon mientes en el caballero que las estaba mirando. La infanta Canforavereda se rio, y dijo a la infanta Lucendra:

—Mi señora, ¿vos no miráis aquel caballero cómo ha pieza que nos está mirando? Si la vuestra merced manda, sepamos quién es, que me parece estraño en la su apostura.

—Y ¿cómo lo sabremos? —dijo la infanta.

—Preguntándoselo —dijo Canforavereda—, que no será él tan desmesurado que mandándoselo tan alta señora como vos sois no haga vuestro ruego.

Y diciendo esto se volvió a don Griolanís y le dijo:

—Señor caballero, mi señora la infanta Lucendra os manda por mí decir que la vuestra mesura sea de nos decir quién sois: si sois estraño o si por ventura sois de los caballeros de Trapisonda.

Don Griolanís, que fuera de sí estaba mirando, le respondió recordando como de sueño, y dijo:

—Mi señora, yo soy caballero estraño, y soy venido a estas partes no a otro fin sino a que esa hermosa infanta me otorgue un don.

La infanta Canforavereda le respondió diciendo:

—Decidnos, ¿qué es el don que queréis demandar?

—Cuando me sea otorgado —dijo don Griolanís— yo pediré la merced que se me ha de hacer. Y a la vuestra merced suplico yo, señora Canforavereda, que, sin yo os haber hecho servicio alguno, la vuestra mesura para comigo sea tanta que me ayude y favorezca con mi señora la infanta Lucendra a que se me haga la merced que yo sin la⁴²³ haber hecho servicio pido.

—¡Ay señor caballero —dijo al infanta Canforavereda—, no debéis vos de ser estraño, pues tan bien sabéis mi nombre!

—Mi señora —dijo don Griolanís—, a la vuestra merced vi yo en la corte del emperador Aliandro de Persia en el tiempo que el príncipe don Sarcelio vuestro hermano allí recibió orden de caballería.

—¡Sancta María, valme! —dijo la infanta—. Luego vos de la corte del emperador debéis de ser.

⁴²³ Suplo ‘la’ (267v).

—No soy —dijo don Griolanís—, mas he estado en ella algún tiempo.

—Pues sed cierto que todo aquello que yo por vos hacer pudiere, que lo haré de voluntad, y mucho deseo he de saber vuestro nombre.

—La vuestra merced lo sabrá —dijo don Griolanís— cuando tiempo sea.

La infanta Canforavereda se humilló ante la infanta Lucendra pidiéndole muy ahincadamente que otorgase el don a aquel caballero.

—¿Cómo queréis vos que yo haga lo que me decís no conociendo quién sea? A lo menos si su nombre decir no quisiere, desármese la cabeza y por su persona veremos si merece las mercedes que demanda.

Canforavereda dijo al caballero lo que la infanta Lucendra mandaba que se hiciese. Don Griolanís dijo:

—Decidle⁴²⁴ que obedezco todo lo que la su merced me quisiere mandar.

Y diciendo esto se apeó de su caballo y luego mandó a uno de sus escuderos que le quitase el yelmo, el hizo su mandado. Sabed que don Griolanís era uno de los apuestos caballeros que a la sazón en el mundo había, ca era muy blanco y colorado, y había muy hermosos cabellos. La infanta Canforavereda luego conoció quién era, pero callose por entonces, que no lo quiso decir, antes dijo a la infanta:

—El caballero yo no sé quién es, pero en su persona él merece cualquiera merced que se le haga.

La infanta Lucendra fue muy pagada de la gentil apostura de don Griolanís, y díjole:

—Caballero, mucho tenéis que agradecerme, pues sin conoceros quiero hacer vuestro ruego: el don que me pedís yo le otorgo.

Don Griolanís que así oyó hablar a la infanta, muy presto se fue a humillar ante ella, y tomándole sus muy hermosas manos, por fuerza se las besó muchas veces, y díjole:

—Sabed, mi señora, que el don que me habéis otorgado es que, sin lo merecer, la vuestra merced sea de me recibir por su caballero.

Como la infanta Lucendra esto le oyó fue muy turbada, y díjole, viniéndole una viva color al rostro:

—Por cierto, caballero, malamente soy de vos engañada. Pero yo soy quita del don que os otorgué si no sois persona que merezcáis llamaros mi caballero.

—Ese merecimiento —dijo don Griolanís— luego yo confieso que no es en mí; pero mi afán ha sido, y es, cada día procurar por más valer. Siendo yo, mi señora, vuestro caballero, ¿quién en el mundo se me podrá igualar?

La infanta Canforavereda que con tanta pasión vio a la infanta Lucendra, le dijo:

—Mi señora, si lo recibir queréis por vuestro caballero, persona es que lo merece, ca sabed que es el príncipe don Griolanís de Roma, de quien ya muchas veces me habéis oído hablar.

Como la infanta entendió quién el caballero era, díjole:

—Caballero, sabiendo la persona que sois y vuestro mucho valor, mal contado me sería si yo no cumpliese mi palabra.

⁴²⁴ Suplo ‘Decidle’ (267v).

Y luego le recibió por su caballero. Cuando don Griolanís vio la merced que la infanta le había hecho, fue tan demasiada la su alegría, que casi salió fuera de sí, y como humillado estaba ante la infanta, tornole a tomar sus manos y besárselas muchas veces; y asimismo las besó a la infanta Canforavereda por las mercedes que le había hecho. Don Griolanís dijo a la infanta Lucendra:

—Mi señora, mándeme vuestra alteza lo que más servida fuere que de mi persona haga, que la mi intención no es otra sino de servir al emperador vuestro padre mientras a mí Dios vida me diere, y jamás saldré de Trapisonda sin el vuestro mandado.

La infanta le agradeció la voluntad que tenía de la servir, y díjole que luego saliese de su tienda, antes que de alguna persona fuese visto.

—Vuestro mandado haré yo de voluntad —dijo don Griolanís—, aunque me es más grave partirme de vuestra presencia que la misma muerte.

Y volviéndose a la infanta Canforavereda, le dijo:

—Mi señora, ¿es en la corte del emperador el príncipe don Sarcelio vuestro hermano?

—Sí —dijo la infanta—, que no menos os servirá en lo que mandar le quisiéredes que lo yo haría.

Don Griolanís se le humilló, y besando las manos a su señora se salió de la tienda llamándose bienandante por la buena ventura que Dios en tan poco tiempo le había dado. Él se entró en lo más espeso de la floresta, por no ser de persona alguna visto hasta que tiempo fuese para besar las manos al emperador. Así como don Griolanís salió de la tienda de la infanta, ella tomó por las manos a Canforavereda y díjole:

—Amiga, en mucha turbación soy puesta de haber hecho lo que visto habéis.

—Mi señora —dijo Canforavereda—, no es razón sino que la vuestra alegría sea grande por haber recibido por vuestro caballero al mejor que hay en el mundo, fuera de vuestros hermanos. ¿Quién es hoy nacido que merezca gozar de vuestra sabrosa hermosura sino este caballero? Su persona ya la veis; pues señoríos, asaz son los que tiene. Mi señora, sed muy leda, ca tenéis mucha razón de lo ser.

La infanta Lucendra le dijo:

—Yo quiero hacer lo que me decís, pues don Griolanís merece tanto.

Gran pieza estuvieron aquellas dos infantas hablando en aquel buen caballero que tan presto alcanzó merecer servir aquella hermosa infanta. Don Griolanís (como ya oístes) se fue a lo más espeso de la floresta. El emperador mandó que las cubiertas de la tienda le alzasen, que andaba aire, aunque no mucho, quedando él y la emperatriz Cristalina que de todas partes los podían ver.

Acaeció que en este tiempo vieron venir por una carrera que en medio de la floresta estaba una doncella en un palafrén, y en la su compañía traía tres caballeros armados de todas armas, todos tres de gentil apostura. La doncella traía de trailla un hermoso can con un rico collar de oro; el can parecía tan bien a quien lo miraba, que les semejaba que en el mundo no podía haber otro que mejor que él fuese. Los caballeros que en compañía de la doncella venían se quedaron frontero de la floresta y la doncella se fue para la tienda del emperador, y apeándose de su palafrén, se humilló ante él por le besar las manos, llevando su can de trailla. El emperador (que muy aficionado era a la caza) dijo:

—Doncella, hermoso lebrel es el que traéis. Decidme, ¿adónde se crían tan hermosos canes?

—Mi señor —dijo la doncella—, si el hermoso lebrel os contenta, él es vuestro; pero con tal condición, que se me ha de otorgar un don cual yo pedir quisiere.

El emperador que muy pagado estaba del lebrel, dijo:

—Doncella, el can sea mío, que el don yo os le otorgo.

La doncella le besó las manos con demasiada alegría, y le dijo, dando el lebrel a un doncel que cerca della estaba:

—Mi señor, sabed que el don que me habéis otorgado es éste: que me habéis de dar en mi poder a la infanta Lucendra vuestra hija para que comigo vaya adonde yo llevar la quisiere.

Como el emperador esto le oyó pesole mucho por le haber otorgado el don, y díjole:

—Doncella, si el can es hermoso, buena es la paga que por él lleváis. Si os pluguiere, decidnos, ¿quién por la infanta envía?

—No lo puede vuestra majestad por agora saber.

—Eso es gran daño —dijo el emperador—. A mí⁴²⁵ saberlo conviene, que esto puéldolo yo hacer por cuanto no lo pedistes en el don que yo otorgue. Yo tengo de saber antes que de aquí saquéis a la infanta quién por ella envía y adónde la habéis de llevar.

La doncella le respondió diciéndole:

—Señor, lo que vuestra majestad saber quiere, en ninguna manera puede ser. Lo que yo por serviros puedo hacer es esto: que en la mi compañía vienen tres caballeros; si en la vuestra corte hubiere tal caballero que con todos tres hiciere batalla y los venciere, que vuestra majestad sea quito del don que prometió y el lebrel sea vuestro, ca sabed que es de gran valor.

El emperador fue demasiadamente ledo en oír a la doncella que en aquella batalla estaba la libertad de su hija, y díjole:

—Doncella, yo soy contento de tal postura. Y los caballeros ¿quieren luego la batalla?

—Sí —dijo ella.

—Pues en el nombre de Dios —dijo el emperador.

Sabed que todos los más preciados caballeros de la corte del emperador hicieron batalla con los tres caballeros y todos fueron vencidos, de lo cual el emperador era muy triste, porque vía que por fuerza había de perder a su hija. La emperatriz no cesaba de llorar, y maldecía muchas veces al lebrel y a la doncella que con tal demanda había venido. Como los caballeros fueron vencidos, la doncella del can se entró en la tienda y le dijo:

—Serenísimo emperador, vuestra majestad cumpla el don que me prometió.

Él le dijo:

—Doncella, vos habéis hoy hecho triste a mi corte. Vos la llevaréis; pero sed cierta⁴²⁶ que tarde o temprano yo sabré en cuyo poder es mi hija, y si mal

⁴²⁵ Suplo ‘mí’.

⁴²⁶ Suplo ‘Vos la llevaréis; pero sed cierta’ (268v).

tratamiento alguno hubiere, aunque todo el mundo se trastorne yo tomaré cruel venganza de quien en el su poder la tuviere.

Y diciendo esto mandó a dos caballeros ancianos que en su tienda estaban que fuesen por la infanta Lucendra. Los caballeros hicieron su mandado, y halláronla que muy triste llanto estaba haciendo, y así, la pasaron a la tienda del emperador, y en su compañía a la infanta Canforavereda. Ella se humilló ante la emperatriz Cristalina llorando muy agramente; la emperatriz la tomó entre sus brazos, y besándola en el rostro le decía palabras de tanto dolor, que no había persona que la oyese que no fuese movida a mucha piedad. A la sazón que esto pasaba en la tienda del emperador entró el príncipe don Griolanís (que ya sabía todo el hecho cómo pasaba). Él venía armado de todas armas, y humillándose al emperador, le dijo:

—Mi señor, sea vuestra majestad servido de me dar licencia que yo tome la batalla por la infanta Lucendra vuestra hija con los tres caballeros de la doncella.

El emperador le dijo:

—Caballero, en vuestra mano está de la tomar, y tal ventura os dé Dios que seamos tornados en nuestra alegría.

Don Griolanís se levantó, y haciendo su acatamiento se salió de la tienda y subió en su caballo, y tomando la lanza de su escudero se fue adonde los caballeros estaban y dijoles:

—Atended caballeros, y no penséis tan ligeramente sacar a la infanta de Trapisonda; y guardaos de mí como mis mortales enemigos.

Uno de los tres le respondió diciendo:

—Caballero, mucho venís orgulloso. Pues presto llevaréis la victoria que vuestros compañeros han llevado.

Don Griolanís no le respondió, antes tomó del campo aquello que hubo menester y puso las espuelas a su caballo, y uno de los tres caballeros le salió al encuentro y hiriéronse de tanto poder que las lanzas fueron quebradas y el caballero de la doncella fue por las ancas del caballo a tierra malamente herido, ca un trozo de la lanza llevó metido por el cuerpo. Y como en el suelo fue, don Griolanís se apeó por le cortar la cabeza, y como el yelmo le quitó, el caballero movió la cabeza a una y a otra parte, como aquel que muy cercano estaba a la muerte. Don Griolanís le puso la punta de la espada a la garganta diciéndole:

—Caballero, muerto sois si no os otorgáis por vencido.

El caballero no le respondió, antes comenzó a tremer muy grandemente, y tanto, que don Griolanís fue muy espantado. Y estando en esto, el caballero se estendió con la rabia de la muerte y luego le salió el alma. Como don Griolanís lo vio muerto, metió su espada en la vaina y tornó a subir en su caballo. El emperador, que mirando estaba lo que habéis oído que había pasado, dijo:

—Por buena fe que es grande la bondad del caballero: atendamos qué fin habrá con estos otros dos caballeros.

—A Dios ruego —dijo la emperatriz— que la haya tal cual la hubo con el primero.

En este tiempo don Griolanís pidió batalla al segundo caballero, y tomando cada uno su lanza, se vinieron a encontrar de los caballos y escudos con tanta fuerza que el caballero de la doncella y su caballo les convino venir al suelo, y don

Griolanís no hizo desdén que mal pareciese. El caballero de la doncella salió muy presto de su caballo, y aunque mal quebrantado estaba de la caída, con su espada en la mano se vino para don Griolanís, y sin le decir cosa alguna le dio tal golpe en el caballo, que le cortó la una pierna y luego cayó en el suelo. Don Griolanís salió muy presto dél, y con su espada en la mano se fue muy airado contra el caballero diciéndole:

— Para Sancta María, don caballero, vos compraréis caramente el daño que a mi caballo hecistes.

Y diciendo esto le dio tal golpe encima del hombro, que no le prestó armadura que trujese, que el brazo con parte de la espalda le echó en el suelo. Como el caballero se vio tan mal herido, luego soltó la espada de la mano con el gran dolor que sintió, y de ahí a poco rato cayó muerto. Don Griolanís se fue para él y quitole el yelmo por le cortar la cabeza, y viole que ya estaba muerto, y limpiando su espada, la metió en la vaina. En este tiempo el emperador Lindedel envió un caballo a don Griolanís. Él subió luego en él y tomó otra lanza, y fuese para el tercero caballero y pidiole la batalla. El caballero de la doncella que tan presto vio muertos y vencidos a sus compañeros, estaba mal espantado, y pospuesto todo temor, porque vio que no podía al hacer, tomó la lanza a su escudero y vínose para don Griolanís, que esperándolo estaba, y encontráronse de tal poder, que las lanzas volaron en el aire hechas piezas, y el caballero de la doncella recibió tal encuentro que dio con la cabeza sobre las ancas del caballo. Pero como era caballero de gran fuerza, muy presto se enderezó en la silla, y echaron mano a las espadas y comenzaron entre sí una muy cruda batalla, ca se herían con mucha voluntad: el caballero de la doncella porque se vía a punto de muerte, y don Griolanís porque estaba ante su señora y ante el emperador Lindedel, que había sido y era flor de toda la caballería del mundo. Y pensando cómo lo estaban mirando, creciole tanto ardimiento, que comenzó a herir a su enemigo de tantos golpes y con tanta fuerza que muy presto lo trajo a toda su voluntad. Y como en él conoció tanta flaqueza, comenzole a aquejar por todas partes, de tal manera, que el caballero de la doncella desatinó con los recios golpes que de don Griolanís recibía, y sin ningún sentido cayó del caballo abajo, tal, que ni bullía pie ni mano.

Como la doncella que el don pidió al emperador vio caído al tercero caballero, no se tuvo por muy segura, y dando del azote a su palafrén se fue huyendo a la mayor priesa del mundo. El príncipe don Griolanís se apeó de su caballo y se fue para el caballero de la doncella por le cortar la cabeza; en este tiempo llegó un doncel del emperador y dijo a don Griolanís:

— Señor caballero, el emperador mi señor os ruega mucho que si el caballero de la doncella no es muerto, que no le matéis hasta que sepa dél por cuyo mandado son aquí venidos.

Don Griolanís dijo al doncel que haría lo que el emperador le enviaba a mandar, y así, quitó el yelmo al caballero y vio que no estaba muerto. Púsole la espada de punta en el rostro, y rompiéndole ya cuanto de la carne, le dijo:

— Caballero, muerto sois si no os otorgáis por vencido.

— Por vencido yo me otorgo —dijo el caballero—. Y por Dios, señor caballero, no me matéis: habed merced de mí, si por bien lo tuviéredes.

Don Griolanís le dijo:

—Yo la habré, pero ha de ser con tal condición, que me digáis por cuyo mandado sois aquí venidos.

—Si la vida se me otorga, yo diré todo lo que vós, señor caballero deseáis saber.

El caballero de la doncella le dijo:

—Sabréis, señor caballero, que nós y aquella doncella somos aquí venidos por mandado de la sabia Drumelia. Ella nos prometió muy grandes dones si a la infanta Lucendra a su poder llevábamos, por cuanto desama mucho al emperador Lindedel y a sus hijos y a todos cuantos bien le quieren, y por se vengar del infante Lucescanio, que para siempre la hizo triste, ella quería tener en el su poder a la infanta Lucendra, con intención, si sus hermanos la fuesen a buscar, darles la muerte de cualquier manera que ella pudiese. Dicho os he toda la verdad de lo que me habéis preguntado.

—Dios destruya tan mala cosa —dijo don Griolanís—. Vosotros tenéis el pago que merecéis, pues hacéis mandado de tan alevosa doncella.

Y así, lo dejó y mandó a su escudero que lo ayudase a levantar; él hizo su mandado, y cuando el caballero fue en pie, dijo a su escudero y al de don Griolanís que lo pusiesen en un palafrén. Ellos lo hicieron, y así, lo llevaron a la ciudad de Triopola y allí fue curado hasta que fue guarido. Como don Griolanís supo del caballero de la doncella lo que oído habéis, luego limpió su espada y subió en su caballo. En este tiempo llegaron adonde don Griolanís estaba los altos hombres de la corte del emperador, y todos le tomaron entre sí loando mucho su alta caballería, y así, lo llevaron adonde el emperador estaba. Y cuando fue junto a la tienda, don Griolanís se apeó del caballo y fue a besar las manos al emperador, el cual se levantó y lo hizo levantar diciéndole:

—Caballero, vos habéis hoy dado tanta alegría al imperio de Trapisonda, que es razón que de todos seáis muy honrado.

Y estando el emperador en pie mandó a sus caballeros que lo desarmasen. Como el yelmo le quitaron, luego don Griolanís fue a besar las manos a la emperatriz, y fue muy espantada de ver su buena apostura. No le quiso dar las manos, antes le dijo:

—Ay buen caballero, y cómo fuistes enviado por la mano de Dios a tan buen tiempo, ca sin falta perdiéramos nuestra hija si por vos no fuera!

Don Griolanís le besó las manos, aunque la emperatriz no se las quería dar, y asimismo se fue a humillar ante la infanta Lucendra por le besar las manos; mas la infanta las tiró afuera, y dijo alto, que todos lo oyeron:

—Señor caballero, al emperador mi señor ruego yo que os dé el galardón de lo que hoy por mí habéis hecho.

Don Griolanís le dijo paso, que ninguna persona le pudo oír:

—De vos, mi señora, espero yo y quiero las mercedes, que no del emperador ni de cuantos hoy son en el mundo.

Y diciendo esto se desarmó y luego fue cubierto de un rico manto. El emperador mandó venir un gran maestro que a la sazón en la corte había, y curó a don Griolanís de algunas llagas que tenía, aunque eran pocas, y díjole que no había llaga por que en el lecho hubiese de estar. Mucho fue ledo don Griolanís en oír aquellas nuevas. El emperador le dijo:

—Caballero, mucho seríamos alegres si nos dijésedes vuestro nombre y quién sois.

Don Griolanís le respondió:

—Mi señor, mal haría yo si vuestro mandado no hiciese, pues no vine a esta tierra a otro fin sino a serviros todos los días que Dios a mí vida me diere.

Mucho fue alegre el emperador en oír aquellas nuevas, que lo tenía por muy buen caballero y preciáballo mucho.

—Sabed, mi señor, que yo he nombre don Griolanís; soy hijo el emperador de Roma.

Cuando el emperador Lindedel oyó quién era don Griolanís levantose a abrazarlo, y díjole:

—Señor don Griolanís, perdonad si no os he hecho el tratamiento que a vuestra real persona convenía.

El príncipe don Griolanís se le humilló, y así, se tornaron el emperador y él a asentar.

Capítulo CXIII

De cómo el emperador Lindedel y toda su compañía se fueron a la ciudad de Triópola y de lo que don Griolanís con su señora pasó.

CUANDO el emperador estaba hablando con don Griolanís la infanta Canforavereda dijo a la infanta Lucendra:

—¿Qué os parece, mi señora, que fuera de vos si por aquel caballero no fuera?

—Mucho mal —dijo Lucendra.

—Mirad, mi señora, que es mucha razón que se le dé algún galardón por el servicio que hoy os ha hecho.

—A Dios ruego yo —dijo la infanta— que me deje gratificarle algo del afán que por mí ha pasado.

—Poder tenéis vos —dijo Canforavereda— para le hacer el más bienaventurado de cuantos nacieron.

—Pues que así es —dijo la infanta—, yo soy muy alegre, y haré todo cuanto por él pudiere hacer.

La infanta le quiso besar las manos, por cuanto ella amaba mucho a don Griolanís desde el punto que en la corte del emperador Aliandro lo vio. Y en esto estuvieron aquellas dos hermosas infantas hablando por una pieza. La emperatriz Cristalina dijo:

—Señor don Griolanís, contadnos quién era el que acá envió la doncella y los caballeros.

—Era —dijo don Griolanís— la falsa Drumelia, y ella quería tener a la infanta Lucendra en su poder por razón que sus hermanos el príncipe y el infante la fuesen a buscar para darles la muerte de cualquier manera que ella pudiese.

—Antes la destruya Dios —dijo la emperatriz— que tal poder le dé.

—Sí destruirá —dijo don Griolanís—, pues tan buenas obras por el mundo anda haciendo.

Mucho fue el emperador espantado en oír que Drumelia tenía intención de le enojar en todo lo que pudiese, y dijo:

Yo juro por vida de la emperatriz, que si yo la he a mis manos, que a ella le pese de los enojos que por su causa yo he recibido.

Así estuvieron hablando gran pieza en la falsedad de Drumelia. En este tiempo el emperador dijo que sería bien que se fuesen a la ciudad.

—Vamos —dijo la emperatriz—, que yo no tengo voluntad de más estar en esta floresta.

Y así, se levantó el emperador y emperatriz e infanta, y todos fueron puestos a caballo y con mucha alegría tomaron el camino de la ciudad de Triópolis. Don Griolanís tomó la rienda a la infanta Canforavereda y dijo:

—Mi señora, mirad que no he en esta tierra ni en todo el mundo otro bien sino a la vuestra merced no, y que según lo que a mí me semeja, es en las vuestras manos hacerme el más bienaventurado de cuantos en el mundo nacieron.

—Mi señor —dijo la infanta—, yo os serviré en todo lo que pudiere.

—Muchas mercedes —dijo don Griolanís.

Y quísole besar las manos; la infanta no se las quiso dar.

En esto y en otras cosas fueron hablando hasta que entraron en la ciudad, y como en el palacio fueron era ya de noche, y luego fueron las mesas puestas y sentáronse a cenar. Y como hubieron acabado, estuvieron hablando sobretabla una pieza, y cuando fue tiempo, el emperador dijo que sería bien que se fuesen a dormir, y mandó al rey Vandiano (que a la sazón estaba en la corte) que llevase a don Griolanís al aposento que dentro del palacio el emperador había mandado aparejar; él hizo su mandado, y así, se fueron todos a dormir. Como el rey Vandiano dejó a don Griolanís en su aposento, él se acostó luego en su lecho, y gran parte de la noche estuvo pensando en la estremada gracia y hermosura de la infanta Lucendra; y como él estaba mal con la princesa Penamundi, decía que mucho más hermosa era la infanta Lucendra, y propuso en su corazón de le hacer tantos y tales servicios que ella tuviese por bien de tener por su caballero. Y así como lo pensó lo puso por obra, aunque esta historia no hace dellos entera mención.

Pasados ya muchos días que don Griolanís estaba en la corte del emperador, siempre favorecido de su señora la infanta solamente en mirarle, como persona que mucho amaba, en este tiempo el príncipe don Sarcelio entró en el palacio (que a la sazón que pasó lo que oído habéis de la infanta no estaba en la corte). Después de haber besado las manos al emperador y emperatriz, el príncipe don Griolanís y don Sarcelio se hicieron grande acatamiento, que de la corte del emperador Aliandro habían gran conocimiento y jamás él y don Griolanís se partían de en uno; y era tanta la su amistad, que muchas veces don Sarcelio dormía con don Griolanís, y como él tenía tanta pasión por la infanta Lucendra, no tenía reposo alguno de noche ni de día, tanto, que don Sarcelio le dijo, durmiendo una noche con él:

—Mi señor, mucho soy triste, por cuanto yo tenía pensamiento que no había otro en el mundo que más cercano a vuestro servicio fuese que lo yo soy; y

parécheme que no es así como lo pensaba, pues veo que no me dais parte de la mucha tristeza que vuestro corazón tiene. Agora veo que no es verdadera la nuestra amistad, pues que de mí se encubre lo que a vuestra persona da pena.

Como don Sarcelio acabó de hablar, don Griolanís le respondió diciéndole:

—Mi señor, tengo yo en tanto vuestra persona, que no querría que sintiésemos un punto de la pasión que mi atribulado corazón siente. Y callo, que no doy a nadie parte de mi mal porque veo que no tiene cura.

Como don Sarcelio tan apasionado le vio fue muy espantado, y dijo:

—Mi señor, mucho os ruego, por la fe que a Dios debéis, que vos me digáis quién es la causa de vuestro enojo, que de aquí prometo a Dios de os servir en todo lo que mandar me quisieredes; y si por ventura a mí se me hubiera dado parte, yo diera remedio para que no recibierades la pasión que vuestro corazón siente. Decidme quién es la causa de vuestra tristeza.

—Mi señor y verdadero amigo —dijo don Griolanís—, danme tanta esperanza vuestras sabrosas palabras, que no dejaré de daros parte de mi vida. Sabed que yo muero por la infanta Lucendra, y la su merced fue de me recibir por su caballero, pero no hay medio de acabar con ella que otra merced, para dar algún descanso a mi corazón, se me haga.

—Mi señor —dijo don Sarcelio—, sed muy ledo, y de hoy más no entre en vuestro corazón un punto de tristeza, que yo os seré tan buen amigo que os daré todo el descanso que vuestro corazón desea.

Como don Sarcelio esto dijo, fue tanta el alegría de don Griolanís, que aína saliera de sentido, y abrazaba muchas veces a don Sarcelio diciéndole:

—Mi señor, mirad lo que me habéis prometido que sea así, que con esa esperanza yo terné vida.

En este tiempo fue el día venido, y luego don Sarcelio se levantó y dijo a don Griolanís que en el lecho atendiese.

—Haré vuestro mandado —dijo él.

Luego se fue al aposento de la infanta Lucendra y halló que no era levantada, y asimismo estaba en su lecho la infanta Canforavereda. Don Sarcelio entró muy paso, que le dijeron que la infanta Lucendra dormía, y pasose al lecho de su hermana. Y como la infanta le vio fue muy espantada, y dijo:

—¡Ay señor don Sarcelio! Y ¿qué venida es esta tan de mañana?

—Mi señora —dijo él—, la mucha necesidad de vuestra ayuda me hizo venir a vuestro aposento a tal hora.

—¡Ay mi señor! —dijo ella—. ¿Qué necesidad es la vuestra?

—Sabed que don Griolanís es a punto de muerte, y si vos no le dais remedio, él es muerto.

—Mucho me pesa de esas nuevas —dijo la infanta—, que yo quiero bien a don Griolanís, que es buen caballero y todos es razón que lo queramos y sirvamos.

Don Sarcelio dijo:

—Pues vos habéis de ser la que en ese hecho habéis de dar algún medio para que don Griolanís vea a la infanta.

—¡Ay captiva —dijo Canforavereda—, que no lleva más remedio eso que pedís acabarlo con ella que si persona no fuese; que gran tiempo ha que no tengo otra lid con ella sino que le hable una noche, y no lleva medio!

—Yo os diré cómo sea —dijo don Sarcelio—. Tened vos abierta esta puerta que la infanta no sepa nada, que después que don Griolanís aquí sea todo será bien hecho.

—Mi señor don Sarcelio —dijo la infanta—, y ¿cómo osaré yo hacer tal cosa?

—Mucho bien —dijo don Sarcelio—, y sin temor alguno.

Tantas cosas le dijo, hasta que la infanta le prometió que haría su mandado, que a la medianoche hallarían la puerta abierta.

—Pues yo me quiero ir —dijo don Sarcelio— a dar esas nuevas a don Griolanís.

Y así, se despidió de la infanta y se salió de la cámara y se fue al aposento de don Griolanís. Cuando por la puerta entró, dijole don Griolanís:

—Mi señor, ¿qué nuevas tenemos?

—Mucho buenas —dijo don Sarcelio —pues se hará todo lo que deseáis.

—¡Ay mi señor don Sarcelio —dijo don Griolanís—, y cómo fue buena la hora que yo os conocí! Contadme las nuevas que de mi vida tengo.

—Ésas os diré yo de grado —dijo don Sarcelio.

Y echándose de pechos sobre el lecho le contó todo lo que con su hermana dejaba concertado.

—¡Oh mi señor don Sarcelio —dijo don Griolanís—, y cómo soy por el vuestro conocimiento de buena ventura!

Y luego demandó de vestir las más ricas y preciadas ropas que tenía, y así se salió al palacio del emperador. Sabed que aquel día había gran fiesta en el palacio, y después de mediodía salieron a la sala la emperatriz y infantas muy ricamente guarnidas, que gran placer ponía a quien las miraba. Como la infanta Lucendra vio a don Griolanís tan ricamente guarnido, dijo a la infanta Canforavereda (que cabe ella estaba):

—Señora Vereda, ¿qué buenas nuevas son venidas a don Griolanís, que me semeja que le veo con más alegría que otras veces, y asimismo le veo ricamente guarnido?

La infanta Canforavereda dijo:

—No puedo saber qué cosa sea, a lo menos de vuestra parte no creo yo que él terná mucha alegría.

—Por eso hace él bien —dijo la infanta—; que si yo no se la diere, él me parece que es persona que se la sabe buscar.

—Hácelo él muy bien —dijo la infanta Vereda.

En este tiempo la infanta Lucendra miró con ojos airados a don Griolanís, como aquella que le pesaba de verle con tanta alegría no sabiendo la causa ni razón por que lo estaba. Don Griolanís (que jamás los ojos de su señora partía) fue muy espantado de la ver con rostro airado contra él, y dijo a don Sarcelio:

—No sé si mi señora la infanta sabe algo de nuestro concierto, ca sabed que la su merced me ha mirado con ojos airados: no sé qué pueda ser.

—No hayáis cuidado ninguno —dijo don Sarcelio—, que lo que yo os tengo dicho, forzosamente se ha de hacer.

—Ya pluguiese a Dios —dijo don Griolanís— que el día fuese fenecido y acabado y viniese la obscura noche, pues ha de ser medicina para la llaga mortal que mí corazón tiene.

Grande fue la fiesta que aquel día hubo en el palacio del emperador Lindedel de muchas danzas de caballeros y doncellas. Venida que fue la noche, como todos hubieron cenado, cada cual se fue a su aposento. Y como la infanta Lucendra y Canforavereda fueron en el suyo, Lucendra se acostó luego, y como en el lecho fue, la infanta Canforavereda mandó a todas sus doncellas que se fuesen a dormir; ellas hicieron su mandado. La infanta se fue a la puerta de la cámara y fingió que la quería cerrar y dejala abierta, y apartó la vela que en la cámara tenía a una parte y echose encima de su lecho, y asf estuvo atendiendo a don Griolanís.

Sabed que como don Sarcelio y don Griolanís fueron en su cámara, luego mandó a todos sus servidores que se fuesen y que los dejase solos. Y como así se vieron, don Griolanís se aparejó, y cuando fue hora que todos los del palacio estaban reposados ellos salieron de su cámara lo más paso que pudieron, por no ser de nadie sentidos, y se fueron al aposento de las infantas. Y don Sarcelio lo más paso que pudo abrió la puerta de la cámara, y como don Griolanís y él fueron dentro, luego cerraron la puerta y muy poco se fueron al lecho de la infanta Canforavereda. Y ella que no dormía, tomó a su hermano por las manos y díjole:

—Mi señor, ¿cómo haremos que la infanta no tome mucho enojo?

—Dejaos de eso —dijo don Sarcelio—, que si lo tomare, desenojarla hemos. Levantaos y dadnos aquella vela.

La infanta se levantó y tomó la vela y todos tres se fueron al lecho de la infanta, y como a él llegaron viéronla que estaba durmiendo; y como ella era muy niña y más hermosa que otra doncella, no parecía sino una rosa: tanta blancura y color tenía en su hermoso rostro. La infanta dijo:

—¿Qué haremos?

—Recordémosla —dijo don Sarcelio.

Don Griolanís estaba casi fuera de sí pensando en el lugar y tiempo que Dios le había traído. La infanta Canforavereda le dijo:

—Señora, recordad, que no es tiempo de dormir tan sosegado: haced compañía a los que velan por vuestro servicio.

Como la infanta esto dijo, la infanta Lucendra recordó, y abriendo sus hermosos ojos vio los que en torno de su lecho estaban. Ella fue tan espantada y turbada que no pudo hablar. Don Griolanís se humilló ante el lecho, y tomándole sus hermosas manos, se las comenzó a besar muchas veces diciéndole:

—¡Ay mi señora, y sea la vuestra merced de perdonar mi atrevimiento, que si yo aquí vine sin el vuestro mandado, la cuita de la muerte me hizo caer en tal yerro, que la tenía muy cercana!

La infanta, que algo se había reposado de la alteración que había recibido, le dijo:

—Por cierto, don Griolanís, vos sois digno de gran pena, y quitaosme luego delante, que gravemente me habéis enojado.

Don Griolanís le dijo:

—Mi señora, yo haré vuestro mandado.

Don Sarcelio le dijo:

—Mi señor, la voluntad de la infanta me parece que es ver el fin de vuestros días. Vámonos, y echaos en vuestro lecho y allí haced lo que por bien tuviéredes de vuestra vida.

La infanta Canforavereda, que hasta allí no había querido hablar, dijo a la infanta:

—¡Ay por Dios, mi señora, y no consintáis que tan buen caballero muera! La vuestra merced sea de le perdonar.

La infanta Lucendra, que de verdadero amor amaba a don Griolanís, dijo a la infanta Canforavereda:

—Yo quiero hacer vuestro ruego.

Como la infanta esto vio fue muy leda, y dijo:

—Señor don Griolanís, bien será que antes que os vais mi señora la infanta os perdone el enojo que a causa vuestra esta noche ha recibido.

Don Griolanís que más muerto que vivo estaba, se llegó al lecho, y como allí fue, la infanta Canforavereda se levantó y tomó a su hermano por la mano y fuese a asentar con él encima de su lecho. Como don Griolanís se vio solo con su señora tomole las manos, y besándoselas muchas veces, le dijo:

—Mi señora, ¿en qué veré yo que la vuestra merced me ha perdonado?

La infanta dijo:

—¡Ay don Griolanís, y cómo habéis sabido hacer bien vuestros hechos! Ya sabéis vos que, pues os tengo ante mí, que es cierta señal para haberos perdonado; pero ha de ser con tal condición, que no salgáis de mi mandado.

—Mi señora —dijo don Griolanís—, en todo haré vuestra voluntad el tiempo que Dios vida me diere. Pero esta noche la vuestra merced sea de me perdonar, que no lo entiendo de hacer.

Y diciendo esto la tomó, y besándola muchas veces, le dijo:

—Agora, mi señora, mandad hacer de mí aquello que la vuestra voluntad fuere, que ya no me podré llamar sino el más bienandante de cuantos nacieron.

La infanta fue muy airada contra don Griolanís, pero él tuvo tan buena gracia, que toda la ira que la infanta contra él tenía tornó en mucho placer y descanso de los dos, no gozando más don Griolanís de la infanta de lo que oído habéis. Y así estuvieron gran parte de la noche; y cuando fue hora, don Sarcelio se levantó, y asimismo la infanta Canforavereda, y se fueron adonde aquellos señores estaban, y don Sarcelio dijo:

—Mi señor don Griolanís, vamos de aquí, que es ya muy tarde.

—Vamos —dijo don Griolanís—, pues me es forzado partir de la cosa del mundo que más amo.

Y diciendo esto se despidió de su señora rogándole tuviese por bien de le ver otra noche siguiente, y no quiso de allí partirse hasta que la infanta se lo prometió. Y con esta promesa fue don Griolanís muy contento, y cuando se salía dijo a la infanta Canforavereda:

—Mi señora, yo serviré algo de las grandes mercedes que esta noche se me han hecho.

Y así, se salieron y se fueron a su cámara, y echándose en sus lechos durmieron la parte de la noche que les quedaba.

La infanta Canforavereda se fue a la infanta y le dijo:

—Mi señora, mucho más merece don Griolanís de lo que esta noche por él se ha hecho: mucho soy leda de que le habéis dado algunos favores.

La infanta Lucendra le dijo:

—Mucho os ruego que me contéis cómo don Griolanís y don Sarcelio vinieron aquí esta noche.

La infanta Canforavereda contó el concierto que ella y su hermano habían hecho por dar la vida a don Griolanís, que era a punto de muerte.

—Agora sabed, que el alegría de don Griolanís era del concierto que teníamos hecho.

—Grandes fueron las traiciones que ayer contra mí se ordenaron sin yo saber cosa alguna dellas.

—Pues no valiera nada si la vuestra merced lo supiera. Si me dais licencia, yo me quiero ir a dormir.

Y así, se fue y se echó en su lecho, y durmieron la parte de la noche que les quedaba.

Capítulo CXV

De cómo la doncella de Drumelia llegó adonde su señora estaba y del gran pesar que Drumelia sintió cuando la vio venir sin la infanta, y de lo que pensó hacer por se vengar de todos los parientes y amigos del infante Lucescanio.

COMO la doncella de Drumelia salió de la floresta y vio al tercero caballero a punto de muerte, tomó su camino para donde su señora estaba, y cuando en el su castillo entró, ella comenzó de hacer muy gran duelo. Drumelia (que en unos corredores estaba asentada) que la vio, dijole en alta voz:

—¡Ay amiga! Y ¿cómo vienes así con tal cuita? ¿Qué fue de los caballeros que en la tu compañía llevaste?

—Todos son muertos —dijo la doncella—, y por la mano de un solo caballero.

—Dime, ¿quién es?

—Eso no diré yo —dijo la doncella—, que lo no conozco ni sé quién es. Paréceme que era extraño, que no era de la corte del emperador.

Allí le contó cómo los tres caballeros habían vencido a los caballeros que a la sazón había en la corte del emperador, y cómo ya tenía a la infanta en su poder si aquel caballero no sobreviniera.

—Alguno de los falsos de sus hijos creo yo que debe de ser, pues tanta bondad tenía.

Sabed que Drumelia (como ya os habemos contado) era sobrina de Algamaz, de linaje de moros, y por amor de aquel caballero su amigo que el infante Lucescanio mató, ella se tornó cristiana; pero como ya su amigo era muerto, prometió a Mahoma de renegar la fe de los cristianos y tornarse a la primera que tenía, por tomar venganza de toda la cristiandad por razón del daño que de Lucescanio había recibido, que desta manera se vengaría, y no de otra, porque era grande la bondad de los dos hermanos príncipe y infante. Y así como lo pensó, luego lo puso por obra, que haciendo grandes llantos ella subió en un palafrén no

llevando en su compañía sino una doncella y dos escuderos, y así, con demasiada tristeza tomó su camino para el reino de Rosia y en todo él no le avino cosa que el camino le estorbase. Y cuando en Rosia llegó, ella se fue a una ciudad que había nombre Partidafleta, en que a la sazón estaba el rey. Ella se fue para el palacio, y acabando el rey de comer entró por el palacio, y como en él fue, humillose ante el rey, y besándole las manos le dijo:

—Sabrá la vuestra merced que yo soy Drumelia la encantadora, gran sabidora en las artes mágicas sobre todos los mágicos; soy sobrina de Algamaz el gran sabidor. La mi venida por estas partes es para hacer saber a la vuestra merced cómo yo por mis artes y gran saber he alcanzado que toda la mayor parte de la cristiandad ha de ser perdida y ganada de moros. Cuáles hayan de ser los que esta empresa hayan de tomar yo no lo sé, ca mi saber no lo alcanza. Pues viendo yo que vuestra alteza es el mayor señor de toda la morisma, a vos antes que a otro conviene tomar voluntad de señorear el mundo, pues para ello tenéis poder y fuerzas llevando en vuestra compañía a todos los reyes vuestros vasallos, y asimismo a los amigos y parientes. Y el primer señorío de cristianos adonde vuestra alteza vaya sea en Persia, por cuanto en los tiempos pasados aquel gran señorío fue de moros: a Alá ruego yo que a ellos torne. Sabrá la vuestra merced que el emperador Aliandro de Persia a la sazón tiene en la su corte muy poca compañía de caballeros que buenos sean.

—Decidme —dijo el rey—, ¿no es en la su corte aquel gran batallador don Cristalián de España, de cuya fama todo el mundo está lleno?

—No —dijo Drumelia—, que anda por tierras estrañas buscando las aventuras. Mirad, rey de Rosia, que si la vuestra merced quiere, que os están aparejados grandes señoríos. Si para ello tenéis entera voluntad, señorearéis la mayor parte del mundo. Agora me decid si queréis tomar esta empresa; si no, iré por cuantos reyes paganos hay en toda la morisma hasta hallar quien todo mal y daño haga a los cristianos.

Sabed que el rey de Rosia era caballero mancebo y muy orgulloso, y como era por casar fue movido a mucho deseo de hacer lo que Drumelia le dijo, ca sabed que era el mayor señor de toda la morisma, porque tenía diez y ocho reyes todos sus vasallos, y tenía mucha voluntad de haber debajo de su mando grandes señoríos, y díjole:

—Amiga Drumelia, yo te agradezco tu buena voluntad. No tienes necesidad de pasar más adelante para que tu deseo sea cumplido, que yo te prometo que antes que mucho tiempo pase tú veas en mi cabeza la corona de Persia.

—Si la vuestra merced en el su poder la tuviere —dijo ella—, yo tengo cierto que habréis la de Constantinopla y Trapisonda, y asimismo seréis señor de la cristiandad, si en esto que tanto va ponéis entera diligencia.

—Yo la porné tal que tu seas muy contenta; y mucho te ruego que no te vayas desta tierra hasta que juntos nos partamos para Persia.

—De grado —dijo Drumelia— haré lo que mandáis, que yo no he que hacer en ninguna parte, pues quiso nuestro profeta Mahoma que tan buen recaudo hallase en que mi deseo hubiese buen fin. Yo os hago cierto —dijo Drumelia— que si a Persia tomáis, que habréis en el vuestro poder a la más hermosa doncella que hoy es en el mundo, que es la princesa Penamundi, hija del emperador Aliandro. Si

esta doncella, o la hija del rey del Monte Libeo, tuviese la vuestra merced en su poder, podríase llamar bienandante, porque a la sazón éstas son toda la flor de la hermosura del mundo, y son amadas de los dos hermanos don Cristalián y Lucescanio, hijos de aquel falso emperador Lindedel de Trapisonda.

— Yo te hago cierta —dijo él— que pues que la hermosura de esas doncellas a mi noticia ha venido, que antes de mucho tiempo tú las veas en el mi poder.

— Así lo ruego yo a Alá —dijo Drumelia—, que de esa manera yo seré vengada de quien tanto mal me hizo.

Muy contento estaba el rey de Rosla de lo que Drumelia le había hecho saber, y parecíale a él que ya se vía señor de la mayor parte de la cristiandad. Y con estos pensamientos le creció mucho el corazón, y dijo a Drumelia:

— Amiga, aquí podéis holgar mientras se apareja nuestra partida.

Ella le dijo que así lo haría, que por le servir ella aguardaría hasta que de consuno se partiesen para Persia. Sabed que luego el rey de Rosia llamó a cortes a todos los altos hombres de su reino y díjoles todo lo que tenía acordado de hacer, y para ello les demandó su parecer y ayuda. Muchos hubo en aquella congregación de la opinión del rey, y éstos eran caballeros mancebos; pero otros había allí que le dieron su parecer sobre este caso, y uno, el más anciano, habló diciéndole:

— Si la vuestra merced para ello me da licencia, diré mi parecer sobre hecho tan arduo como el que vuestra alteza quiere emprender solamente por consejo de una mujer que por ventura la su venida ha sido por desasosegar de sus señoríos a quien tanto descanso y reposo como la vuestra merced a la sazón tiene. Gran poder es el que se requiere, y aunque vuestra alteza le tiene, pero a los cristianos no les falta. Cuanto más que vos vais a buscar a ellos sacando de vuestra tierra grandes compañías de gentes, yendo con ellas largos y muy trabajosos caminos; los cristianos están en sus casas y tierras, y podrán hacer su guerra con mucho descanso, y para vos y vuestras compañías están aparejados grandes afanes y desasosiegos y fatigas. Dad gracias al Criador que tan gran señor os hizo y que tan sin trabajo señoreáis la mayor parte de la morisma; no os mueva codicia, pues sois uno de los más bienafortunados príncipes de cuantos hoy son en el mundo y debajo de vuestro mando tenéis tantos y tan grandes señoríos; no curéis tentar la ventura que Alá os quisiere dar.

Con esto aquel anciano moro dio fin a su habla. El rey, que muy atento estaba escuchando, le dijo:

— Matizabel —que así había nombre aquel caballero—, yo por el presente no me tengo por bien aconsejado en todo cuanto vos aquí me habéis dicho, por cuanto yo estoy en edad y tiempo, y tengo grandes tesoros y compañías de gentes para conquistar, no solamente el imperio de Persia, mas todo el mundo se me hace pequeño. Y ninguno de vos sea osado de me decir al contrario de lo que yo quisiere hacer.

Todos le dijeron que le obedecerían y en todo harían su mandado. Matizabel pidió perdón al rey si en lo que había dicho le había dado enojo. El rey no le respondió, ca era mal enojado con todos aquellos que de su pensamiento y propósito le querían quitar; y así, se salió de la sala del consejo llevando en su compañía a aquellos caballeros que a su sabor en las cortes habían hablado. Y como en el palacio fue, luego despachó correos para todas partes enviando a mandar a

aquellos diez y ocho reyes que sus vasallos eran, que muy presto viniesen aparejados todos a punto de guerra, cada uno con el mayor poder de gentes que tuviesen; y hízoles saber la conquista que quería tomar, y no solamente lo envió a decir a sus vasallos, pero a todos sus parientes y amigos.

Despachados y enviados todos sus mensajeros, él a gran priesa mandó hacer gente en toda su tierra, y mandó asimismo que todos se aparejasen lo más presto que ser pudiese, por que, placiendo al Criador, venido que fuese el mes de abril, con el buen tiempo partiesen de Rosia. Así como el mandado del rey oyeron, luego todos se aparejaron para la guerra. Cuando el mes de marzo fue venido ya eran en Rosia treinta y seis reyes coronados; cada uno déstos venía con el mayor poder de gentes que podía traer. En este tiempo ya la gente del rey estaba aparejada para cada que los mandase caminar.

Pues como aquellos reyes y grandes señores fuesen en Rosia ayuntados por el ruego y mandado del rey, él mandó que un día señalado todos se juntasen en el su gran palacio, y luego fue hecho lo que el mandó. Y los que allí se juntaron fueron estos: primeramente, el rey de Salmatar, y el rey de Aribín, y el rey de Dragonera, y el rey de Reinoca, y el rey de Esmaninática, y el rey de Lenore, y el rey de Polisnagua, y el rey de Bubalaz, y el rey de Arboir, y el rey de Tarcisano, y el rey de Tramitante (este rey era caballero mancebo y muy orgulloso, y aplacíale mucho la guerra); y asimismo venía el rey de Latanda, y el rey de la Bruta, y el rey de la Sierra de Norte, y el rey de Pasalanda, y el rey de Biolante, y el rey de Pantavinos, y el rey del Monte Calino, y el rey de Alicorán, y el rey de Marlidón, y el rey de Albanes, y el rey de Marzialán, y el rey de Cornibano, y el rey de Bradamabal, y el rey de Cardunel, y el rey de Arcabona, y el rey de Latrulla, y el rey de Floidonia, y el rey de Gradamuer, el rey de los Arcabanos, y el rey de Marbailón, y el rey de la Puente de Marcizarano, y el rey de la Gran Baltalina, y el rey de los Ramolices, el rey de Hortalibaaz, y el rey de Saba, que era así grande y muy poderoso rey. Todos estos reyes se juntaron en el palacio del rey de Rosia, sin otros jayanes y príncipes y grandes señores que allí fueron juntos; y como ante él fueron, les comenzó a hablar en la manera siguiente:

—Poderosos reyes y príncipes y grandes señores que en el mi gran palacio a ruego mío sois ayuntados: yo os agradezco mucho el afán que los unos por me servir, y los otros por me honrar, en esta jornada habéis tomado. Ya por mis cartas y mensajeros sabréis la causa para que yo procuro juntar tantas compañías de gentes; y como la empresa que yo he tomado sea tan sancta y tan buena, no creo yo que a ninguno de vos verná por ello desgrado, siendo con intención de acrecentar nuestra sancta ley y servir a nuestro muy sancto profeta Mahoma; y demás desto, de aquí no se nos puede seguir sino mucha honra y provecho, según las grandes compañías de gentes irán en la nuestra ayuda. Quiero deciros la gente que en el reino de Rosia tengo hecha, que son sesenta mil de caballo y trescientos mil peones: mucho deseo saber la gente que cada uno de vos consigo trae.

Luego habló el rey de Salmatar diciendo:

—Poderoso rey, yo traigo para ayuda desta sancta guerra quince mil de caballo y cuarenta mil peones.

Así dio cuenta cada uno destos reyes de la gente que traía (que se deja de contar por evitar prolijidad); finalmente, fueron por todos cuatrocientos mil de caballo; la

gente de pie era tanta que casi no se podía contar. Como el rey vio en tan breve tiempo juntas tan grandes compañías de gentes dio muchas gracias a Alá por las grandes mercedes que le hacía, y rogó muy ahincadamente a todos aquellos reyes y príncipes y grandes señores que a muy gran priesa aparejasen su partida, para que demediado el mes de abril ellos estuviesen en el imperio de Persia, que Alá no era ya servido que aquel gran señorío estuviese en poder de los cristianos. Todos dijeron a una que estaban aparejados para se partir otro día, si menester fuese. El rey les dio muchas gracias por la gran voluntad que en todos conoció, y rogó y mandó a todos que de allí en quince días estuviesen a punto para se partir; ellos respondieron que harían su mandado.

Sabed que en este espacio de tiempo que habéis oído vino en Rosia el bravo y muy temido jayán Jarahon trayendo en su compañía a los dos más bravos jayanes que en las Ínsulas de⁴²⁷ Gerión había, de donde ellos eran señores, los cuales habían nombre, el uno Cuadrabamón, y el otro Manucro. Cada uno destos jayanes traía gente de su tierra. Como en Rosia fueron, estando el rey en el su gran palacio acompañado de muchos reyes y grandes señores entró en la sala un caballero armado de todas armas salvo las manos y la cabeza, y preguntó por el rey de Rosia y luego se lo mostraron. El caballero se humilló ante él y le besó las manos. El rey le mandó levantar diciéndole:

—Amigo, ¿qué es lo que queréis, ca me parecéis extraño?

El caballero le dijo:

—Mi señor, yo soy aquí venido por mandado del jayán Jarahón, que mi señor es. Hace saber a la vuestra merced cómo él es en la vuestra ciudad con gran compañía de gentes para os servir en esta sancta guerra. Trae en la su compañía a los dos más bravos jayanes que en todas las Ínsulas de Gerión hay. Mandaos por mí decir que, si licencia le dais, él os verná a besar las manos.

El rey le respondió:

—Amigo, diréis al jayán Jarahón que él sea el bien venido en estas partes, que Alá le dará el galardón del afán que ha tomado por me servir y honrar, que yo soy muy alegre con la su venida, que grandes días ha que yo soy informado de la su alta caballería. Que vengo luego, que soy puesto en gran deseo de la su vista.

El caballero del jayán se salió del palacio y se fue para donde su señor estaba y díjole la grande alegría que el rey había mostrado con su venida, y que le rogaba que luego le fuese a ver, ca tenía mucho deseo de la su vista. El jayán se aparejó luego para ir a besar las manos al rey, llevando consigo aquellos dos jayanes que con él venían. Y así, se fue para el palacio, y como en él entró, el rey y todos los que en el estaban fueron espantados de la su grandeza; ca sabed que eran tan desemejados, que espanto ponía a quien los miraba. El jayán Jarahón se fue a humillar ante el rey por le besar las manos, mas él lo hizo levantar, abrazándole y con mucha alegría le dijo:

—Bien venga la flor de la caballería del mundo.

El jayán se levantó, y humillándose, se apartó ya cuanto para dar lugar a que los otros jayanes llegasen, y como ante el rey fueron, ansimismo los hizo levantar, abrazándolos con demasiado placer, por cuanto le semejaba que aquellos tres

⁴²⁷ 1587: 'del' (273v).

jayanes eran para conquistar todo el mundo, según era grande y espantable la su vista a todos cuantos los miraban. El rey los hizo asentar, y luego el jayán Jarahón dijo:

—Poderoso rey de Rosia y muy gran señor en toda la morisma, estando yo en Gerión supe la sancta y muy justa conquista que habéis tomado, y asimismo supe las grandes compañías de gentes que habíades mandado juntar. Pareciome a mí que, llegando a mi noticia, me fuera muy mal contado y no hiciera lo que a bueno debía si con todo mi poder no viniera en vuestro favor y ayuda, y luego junté toda la más gente que pude, y asimismo rogué a estos dos jayanes, que mis amigos son, que lo mismo hiciesen. Ellos hicieron mi ruego con muy entera voluntad, como por las obras se ha visto. Así que veisme aquí aparejado para os servir.

El rey le dijo:

—Amigo Jarahón, yo os agradezco mucho la vuestra venida. Nuestro muy sancto profeta Mahoma, en cuyo servicio vamos, os dé el galardón si a mí no me diere vida para podérnoslo dar; y sed cierto que, con el ayuda suya, desta jornada no podemos sino ganar mucha honra. Y pues en esta vida no tenemos otra cosa que más valga, es razón que con mucha alegría vamos a acrecentarla.

Todos allí juntamente con los jayanes juraron, si menester fuese, de perder las vidas en aquella conquista; el rey les dio muchas gracias.

Capítulo CXVI

De cómo el rey de Rosia con sus grandes compañías salieron de la su ciudad de Partidasfleta y tomaron su camino para el imperio de Persia.

VENIDO que fue el tiempo de la partida todos estaban a punto, aparejados y con muy gentil orden, llevando cada uno cargo de su gente, yendo el rey de Rosia por caudillo mayor de todas aquellas compañías. Fueron su camino, y diéronse tanta priesa a andar, que en poco espacio de tiempo llegaron en el imperio de Persia, y en aquellas villas y ciudades que al principio hallaron estaban las gentes dellas muy descuidadas, y los paganos se entraban sin resistencia haciendo gran daño, de manera que en muy poco tiempo casi todos los pueblos por donde entraban dejaban asolados, porque a chicos y a grandes ponían a cuchillo.

Estas nuevas vinieron a oídos del emperador Aliandro, y estando un día en el su gran palacio entraron por la sala dos doncellas haciendo muy gran duelo. Como el emperador y todos los que en el palacio estaban las vieron entrar con señales de tanta tristeza fueron muy espantados, y el emperador les dijo:

—Buenas doncellas, mucho os ruego que me digáis la causa de vuestro tan doloroso llanto.

La una dellas dijo, con grandes sospiros:

—Sepa vuestra majestad que son llegadas en el imperio de Persia grandes compañías de gentes, y han entrado por él muy pocos días ha haciendo grandes crueidades, ca sabed que no dejan persona, de cualquier edad y condición que sea,

que todas no las pongan a cuchillo. Todos los lugares por donde vienen han asolado, y después que han muerto las gentes que en ellos son ponen fuego para que del todo queden destruidos. Dicen los que por el campo andan, que son tan grandes las compañías de gentes que vienen, que no tienen cuento.

El emperador fue muy espantado, y dijo:

—Qué gentes pueden ser estas que en mi tierra venidos? ¿Son moros o cristianos?

—Moros son —dijo la doncella—, y dicen que gentes del rey de Rosia y que él viene por caudillo mayor. Trae en la su compañía treinta y seis reyes, y tres jayanes los más bravos y desemejados que en el mundo se pueden hallar.

El emperador hizo llamar luego a los altos hombres que a la sazón en la su corte estaban, y como venidos fueron enviaron por el consejo de la guerra y el emperador les hizo saber las nuevas que las doncellas habían traído. Y aunque a la sazón en la corte del emperador no había otros caballeros de quien cuenta alguna se pudiese hacer si no era la infanta Minerva y Tarance de Lira, sobrino del emperador, y el rey de Pasamar; pero aunque el emperador se halló tan solo como oído habéis, no por eso dejó de mostrar grande ánimo y esfuerzo, diciendo:

—¿Qué enemistad es la que el rey de Rosia tiene contigo, que con tan grandes poderes de gentes me ha venido a buscar a mi tierra haciendo en mis vasallos tan grandes daños como a mi noticia son venidos? Vaya luego toda esa gente de guerra que para la guarda del imperio siempre está hecha, y póngase en reparo de aquellos lugares que tanto daño reciben mientras se hace gente, que en mal punto el rey de Rosia salió de su tierra.

A todos pareció muy bien lo que el emperador decía, y luego mandaron a muy gran priesa que se hiciese gente. La infanta Minerva rogó al emperador que le diese licencia para ir con la gente de guerra que estaba hecha en reparo de aquellos lugares por donde los del rey de Rosia entraban, y asimismo el rey de Pasamar dijo que si licencia le daban, que él iría en compañía de su señora la infanta, y enviaría sus mensajeros al reino de Pasamar que luego hiciesen gente a la mayor priesa que ser pudiese. El emperador se lo agradeció, y le dijo que fuese con la buena ventura. Luego se puso por obra lo que el emperador y los del su consejo y altos hombres ordenaron. Y la infanta Minerva se fue para el aposento de la princesa y hallola que estaba en la cámara de la emperatriz, y como ante ella fue, díjole:

—¡Oh señora, y qué grandes nuevas son venidas al palacio del emperador!

La emperatriz le dijo:

—Contádmelas.

—Vuestra majestad sabrá que son venidas grandes compañías de gentes sobre el imperio de Persia, y son paganos; en breve tiempo han hecho mucho daño en ciertos lugares que han tomado. Las gentes son del rey de Rosia, y en la su compañía vienen treinta y seis reyes. Yo, mi señora, me quiero partir con la gente de guerra, y asimismo yo en mi compañía el rey de Pasamar.

Mucho fue turbada y triste la emperatriz en oír tales nuevas, y no se pudo tanto sufrir que las lágrimas le vinieron a los ojos, y dijo (pensando en los grandes daños que aparejados estaban):

—Pluguiera a Dios que fuera en esta tierra aquel buen caballero don Cristalián de España, que si él aquí estuviera, a todo el mundo no temiera.

—No pasará mucho tiempo —dijo la infanta que estas nuevas por el mundo no se estiendan, y en viniendo a oídos de don Cristalián no tardará mucho tiempo que en la nuestra compañía no sea muy presto.

—Así lo ruego yo a Dios —dijo la emperatriz.

La infanta Minerva dijo a la princesa:

—Mi señora, ved qué me mandáis, que yo luego me voy a armar.

La princesa se levantó y se fue con ella a su cámara, y como en ella entró, las lágrimas le vinieron a los ojos y dijo:

—Ay señora Minerva, y cuán tristes han sido para mí las nuevas que nos habéis contado! No siendo en esta tierra don Cristalián, puesto es el emperador mi señor en grandes afanes; y yo en mayores, faltándome en este tiempo aquel buen caballero. Y lo que yo más siento es no saber en qué partes está.

—Saber lo hemos muy presto —dijo la infanta Minerva —. Y sed vos, mi señora, muy alegre, que con las nuevas desta guerra lo veréis ante vuestros ojos.

La princesa no le pudo responder: tanta angustia tenía en su corazón. La infanta se despidió luego de la princesa y de la infanta Sandalina y fuese a armar, y saliose al palacio del emperador y halló al rey de Pasamar armado, que ya la estaba aguardando, y los dos se despidieron del emperador llevando consigo la gente de armas que a la sazón estaba en la corte. Luego enviaron por toda la otra gente de guerra que cerca de la ciudad de Larenta estaban todos aposentados, enviándoles a decir que fuesen la vía de Altanaris, porque para aquella villa tomó el rey de Pasamar y la infanta su camino por cuanto habían sabido que la gente del rey de Rosia estaba sobre ella.

Como el rey de Pasamar y la infanta Minerva salieron de la ciudad de Larenta, el emperador Aliandro dio cargo a Tarance de Lira su sobrino de los bastimentos de la ciudad para que la pruveyese lo más presto que ser pudiese, a muy gran priesa. Asimismo dio cargo a otros caballeros de los reparos della, aunque la ciudad de Larenta era una de las más fuertes, de grandes y altos muros y mejor cercada que el emperador tenía en todo el imperio; pero como había grandes tiempos que el emperador estaba sin pensamiento de guerra, tenía la ciudad alguna necesidad de reparo, y en esto se entendió luego.

El rey de Pasamar y la infanta Minerva y la gente de guerra que llevaban se dieron muy gran priesa a andar de día y de noche, por cuanto cada día topaban gentes que venían a la corte del emperador a le hacer saber cómo la villa de Altanaris estaba en mucha necesidad, y con oír estas nuevas se dieron mayor priesa a andar, y un día a hora de completas llegaron a la villa, y como los de dentro vieron que el emperador les enviaba socorro, tuvieron manera como la infanta y el rey de Pasamar entrasen dentro. La infanta y el rey (que muy buen caballero era) comenzaron a esforzar mucho a la gente que dentro en la villa hallaron, que todos estaban ya muy fatigados, que se hablan mantenido contra la gente del rey de Rosia cinco días y los más principales eran ya muertos. La infanta Minerva les dijo:

—Amigos, todos podéis tomar agora algún descanso, y los heridos se curen, que yo y la gente que comigo traigo defenderemos la entrada algún tiempo a nuestros enemigos.

Ellos hicieron lo que la infanta les dijo, que mucho lo habían menester. La infanta Minerva, como de noche fue, anduvo mirando la villa y haciendo algunos

reparos, que fueron bien menester, y a las partes más flacas mandó poner la mejor gente de guerra que llevaba. Pero todo le valió nada, porque sabréis que otro día que la infanta Minerva y el rey de Pasamar entraron en la villa llegaron aquellas grandes campañas que el rey de Rosia consigo traía, y como hallaron a ciertos capitanes que estaban sobre aquella villa, dijeronles que se diesen aquella noche tanta priesa que en todo caso la villa se entrase, porque se detenían mucho, que el rey de Rosia tenía voluntad de llegar a la ciudad de Larenta, adonde el emperador estaba, antes que él hubiese juntado grandes campañas de gentes. Sabed que Drumelia venía siempre en compañía del rey, y ella le daba gran priesa por razón que antes que a noticia de don Cristalián viniese él hubiese destruido al emperador Aliandro, y esta era la causa por donde el rey de Rosia daba tanta priesa a sus capitanes.

Como ellos oyeron el mandado del rey, cada uno pugnaba ser el primero que en la villa de Altanaris entrase, y por muchas partes pusieron escalas y mucha gente de guerra probaban a subir por ellas; pero hallaban arriba tal recebimiento que muy presto tornaban a caer muertos de los duros y pesados golpes que recibían. Mucho fueron espantados los paganos de ver la buena gente que en la villa estaba. Al rey, que mucho se había acercado a la villa por ver lo que pasaba, dijeronle cómo no había nedio de entrar, que tenían tan buena gente dentro, que todos los que subían caían muy presto muertos.

—Pues que así es —dijo el rey—, pongan luego fuego a todas las puertas de la villa, y desta manera será entrada o por una parte o por otra.

Luego fue hecho lo que el rey mandó, y a muy gran priesa pusieron a todas las puertas grandes fuegos. Cuando el rey de Pasamar y la infanta Minerva vieron que las puertas ardían en grandes llamas tuvieron por perdidos, y a gran priesa repartieron la gente por las partes que el fuego ardía, y la infanta y el rey andaban a una y a otra parte animando la gente de guerra. Pero todo le valió tanto como nada, ca sabed que así como las puertas de la villa fueron quemadas entraron las gentes de los paganos, tantos y tan sinuento, que para cada uno de los de la villa habla más de mil. Allí en aquella entrada viérades maravillas grandes en armas que la infanta Minerva hacía, y el rey de Pasamar, que viendo a su señora hacer lo que oído habéis, bien se puede creer que no holgaba, que con su espada en la mano andaba por una y por otra parte haciendo cosas estrañas. Y era tanta la mortandad que los paganos hacían en los de la villa, que gran dolor era de mirar, que por mucho que el rey de Pasamar y la infanta Minerva hacían, no los podían amparar. La infanta andaba tan brava, que no acertaba a derecho golpe a ninguno que luego no daba con él muerto en el suelo. Y así andaban el buen rey de Pasamar y la infanta Minerva, siempre amparando su gente; pero a la fin ellos fueron vencidos y la villa tomada por los paganos.

Sabed que como la infanta Minerva vio que no llevaba medio poder con tan poca gente como ella tenía en la villa resistir a sus enemigos, amparando su gente siempre ella y el rey de Pasamar en los delanteros haciendo cosas estrañas, de manera que los enemigos no les hacían daño (ca temían mucho los mortales golpes que la infanta Minerva les daba); y así, su poco a poco se salieron de la villa, y como fuera se vieron, la infanta se apartó algo (por que los paganos no parases mientes en ellos) y miró por su gente para ver y saber qué tantos le faltaban de los

que en su compañía había traído. Como los hubo contado, halló un tercio menos de su gente. Fue muy triste la infanta, y con la que le quedó se tornó para la ciudad de Larenta. Sabed que el rey de Rosia entró en la villa de Altanaris, y los capitanes de la gente que en ella estaban dijeron al rey las maravillas que solos dos caballeros habían hecho, y tanto hicieron, que sacaron toda la gente de guerra de la villa.

—Grandes maravillas me habéis contado —dijo el rey—. Mucho fuera alegre si aquellos caballeros que me decís los hubiérdades preso para saber quién eran, si son por ventura los dos hermanos don Cristalián y Lucescanio.

—No son ellos —dijo Drumelia, que junto al rey estaba—. Pero no sé quién puedan ser, que yo sé cierto que en la corte del emperador no hay a la sazón caballero que de cuenta sea.

El rey de Rosia y toda su gente se detuvieron en aquella villa solamente tres días, y luego mandó que pasasen adelante. En este tiempo ya la infanta Minerva y el rey de Pasamar llegaron a la ciudad de Larenta, y como en el palacio del emperador fueron, él dijo a la infanta:

—Pues, señora Minerva, ¿qué nuevas tenemos?

—Mejores las quisiera yo traer —dijo la infanta—, pero no podemos salir de lo que Dios tiene ordenado. Sabrá vuestra majestad que la villa de Altanaris es en poder de los paganos.

Y allí le dieron la infanta y el rey cuenta de la manera que la villa fue entrada, como lo habéis oído, y asimismo le dijeron las grandes compañías que el rey de Rosia consigo traía. Mucho le pesó al emperador en oír aquellas nuevas, pero nadie no conoció en su rostro semblante de tristeza, antes dijo con alegre rostro:

—De aquí a la villa de Altanaris no hay villa ni lugar que fuerza alguna tenga: el rey de Rosia es muy presto sobre la nuestra ciudad de Larenta. Aquí tomaremos emienda de los daños que los mis lugares dél han recibido.

La infanta Minerva le dijo:

—Porque yo había visto la poca defensa que en las villas y lugares había, no me quise detener en ninguna dellas; antes de mi parecer sería bien, si a vuestra alteza parece, que los enviase a mandar que ninguno no se defendiese, pues no podrían al hacer sino recibir mucho daño.

Al emperador le pareció muy bien lo que la infanta Minerva decía, y así lo envió a mandar, que pues fuerzas no tenían, que se diesen al rey de Rosia por que daño no recibiesen. Y así como esto envió a decir, hizo a toda la gente de guerra que se entrasen en la ciudad de Larenta, y un día antes les había hecho hacer alarde,⁴²⁸ y eran por todos treinta mil de caballo y cien mil peones. Todos los que en la ciudad entraron eran veinte mil de caballo y quince mil peones; eran gente muy escogida. La otra gente mandó aposentar en parte que, si menester fuesen, entrasen en la ciudad. Estando el emperador en el su palacio entró Tarance de Lira su sobrino, y el emperador le dijo:

—Sobrino, ¿qué bastimentos ternemos en Larenta?

—Mi señor —dijo Tarance—, la ciudad tiene bastimentos para tres años. Agua no nos puede faltar, pues dentro de la ciudad hay hartas fuentes.

⁴²⁸ Formación general.

—Mucho soy alegre —dijo el emperador— en oír esas nuevas, pues mientras ese tiempo pasare Dios nos dará la victoria, si dello fuere servido. Agora venga el rey de Rosia, que aquí le recibiremos como él lo merece.

El emperador dio cargo al rey de Pasamar y a la infanta Minerva de toda la gente que en la ciudad estaba, que todos estuviesen debajo de su amparo y gobernación y en todo los obedeciesen como a su misma persona; así lo hicieron como el emperador lo mandó. La infanta Minerva entró en el aposento de la princesa y hallola sola con la infanta Sandalina, con semblante en su rostro muy triste; y como a la infanta vio, con las lágrimas en los ojos le dijo:

—¡Ay señora Minerva, y cómo son tristes las nuevas que hoy nos habéis dado!

—Tras éstas espero yo en Dios —dijo la infanta— que vernán muy presto otras de mucha alegría.

—No habrá nuevas de alegría para mí hasta que yo sepa adónde don Cristalián está.

—Presto lo sabréis —dijo la infanta Minerva—, que yo os hago cierta que esta guerra será mensajeros para que muy presto sea la su venida.

La princesa preguntó a la infanta Minerva cómo le había ido en Altanaris.

—Ya vos, mi señora, lo sabéis —dijo Minerva—: son grandes las compañías que el rey de Rosia consigo trae, y muy pocas las fuerzas de Altanaris; y después que la villa fue entrada, había para cada uno de los de la villa mil de los del rey, y desta manera nos fue forzado desampararla.

—Destruyalo Dios —dijo la princesa—, pues que tanto pesar y desasosiego nos ha dado.

—Muy presto será aquí —dijo Minerva—, que de aquí a Altanaris no hay fuerza ninguna que defender se pueda. Desto sed vos, mi señora, muy alegre; que Larenta es de tanta fuerza, que con la gente que en ella estamos tomaremos la emienda del enojo que el rey de Rosia os ha dado.

Sabed que muy poco tiempo tardó el rey de Rosia en llegar a la ciudad de Larenta, haciendo grandes mortandades en las villas y lugares que en aquel camino hallaban. Y cuando cerca de Larenta llegó, la infanta Minerva y el rey de Pasamar con su gente bien ordenada salieron a le defender que no asentase su real junto a la ciudad, por manera que ellos por llegar, y los de la ciudad por les quitar que junto a ella no llegasen, hubieron una buena refriega, en que murieron muchos de la una parte y de la otra. Allí viérades las grandes maravillas en armas que la infanta Minerva aquel día andaba haciendo, que no había ninguno que delante se le parase que no fuese muerto o mal herido. Juntamente con la infanta hacía maravillas el rey de Pasamar y Tarance de Lira, sobrino del emperador, que muy buen caballero era. Finalmente, que fueron parte para quitar al rey que junto a la ciudad no asentasen su real, pero no le pudieron quitar que, aunque fuese algo lejos, no tomase campo para toda su gente, y allí asentó un grande y fuerte palenque, que al parecer de quien lo miraba parecían grandes ciudades juntas.

Esto hecho, muchos días los de la ciudad salían, siempre muy concertados, llevando por capitán y caudillo mayor de todos aquella preciada infanta Minerva, y cada que con su gente salía hacía gran daño en los del real. Las más veces que ella y su gente salían era de noche, a sazón y tiempo que siempre tomaba descuidados a los del real, haciendo grandes mortandades en aquellos paganos.

Tanto hacía la infanta Minerva, y con tanto concierto, que el emperador Aliandro tenía en ella, después de Dios, toda su esperanza.

De la manera que oído habéis estuvieron algunos días. Y así los dejaremos por contaros lo que aquel valeroso príncipe don Cristalián hizo cuando supo que el rey de Rosia estaba en Persia.

Capítulo CXVII

De cómo el príncipe don Cristalián supo por un mercader todo lo que en Persia pasaba y de lo que luego pensó hacer para venir en socorro del emperador Aliandro.

OÍDO habéis cómo don Cristalián y don Bernay se partieron del conde de Mautín y de la Doncella del Gavilán su mujer, que a la sazón les había dado el ducado de Altenzor. Partiose dellos con intención de se ir por el mundo a buscar las aventuras llevando en su compañía a don Bernay de Gratamur. Por doquiera que iba hacía grandes maravillas en armas, dando cima a grandes aventuras y quitando muchos tuertos a muchas personas que no tenían poder para se amparar de quien las enojaba. Estando don Cristalián a la sazón en las partes de Asia la Mayor, en una ciudad que llaman Latidinar, donde había dado cima a una aventura que llamaban de los Tres Ídolos, esta ciudad estaba muy cerca de un puerto de mar, y andando un día don Cristalián y don Bernay paseándose por la marina vieron una nao que allí acababa de tomar puerto. Don Cristalián se llegó junto a la orilla del agua por saber de qué parte venía, y de un hombre que salía en un batel supo cómo venía de Persia. Demasiada fue el alegría que don Cristalián sintió cuando oyó aquellas nuevas, por saber de aquella tierra. Comno el hombre que en el batel venía fue en tierra, don Cristalián se llegó a él y le dijo:

—Amigo, que hayas buena ventura, mucho te ruego que me digas, pues que de Persia vienes, nuevas del imperio.

El hombre le dijo:

—Señor caballero, yo os las diré, aunque no son muy buenas. ca sabed que el emperador Aliandro y toda su tierra es puesto en la mayor cuita que jamás lo fue.

—Decidme por qué —dijo don Cristalián.

—Por razón que el rey de Rosia con grandes poderes de gentes es venido en Persia y ha hecho grandes daños, que todos los lugares que toman los ponen a cuchillo; y el rey de Rosia y todas sus compañías, que son infinitas gentes, son sobre la ciudad de Larenta y allí ha mucho tiempo que tienen cercado al emperador. Oí decir que en la su corte a la sazón no había caballero que de cuenta fuese si no era la infanta Minerva, que era caudillo mayor de toda la gente del emperador, y su sobrino Tarance de Lira y el rey de Pasamar; estos tres eran puestos en grandes afanes, por razón que el rey de Rosia y treinta y seis reyes que consigo trae aquejaban mucho aquella ciudad por tomar en ella al emperador y emperatriz y princesa.

—No lo consentirá eso Dios —dijo don Cristalián.

Y cuando del hombre supieron todo lo que deseaban, don Cristalián y don Bernay se entraron en la ciudad; don Cristalián dijo:

—Yo, mi señor don Bernay, me quiero luego partir para Persia. Por tanto, ved lo que mandáis.

—Ir a serviros —dijo don Bernay—, si para ello me dais licencia.

Don Cristalián se lo agradeció mucho, y le dijo:

—Yo, mi señor, quiero enviar de aquí a Libanor a Trapisonda, y a Raduel a España, para que lo más presto que ser pudiere me envíen gente, porque bien creo que será menester, pues tan grandes compañías de gentes son ayuntadas sobre Persia.

—Mucho me parece bien lo que habéis acordado de hacer —dijo don Bernay—. Así, quiero yo enviar a mi escudero a Gratamur, que tierra es adonde se hará muy buena gente de guerra y muy presto, más que en otra parte.

Don Cristalián holgó mucho de lo que don Bernay quería hacer, y con aquel acuerdo se fueron a sus posadas. Don Cristalián dijo:

—Amigo Libanor, conviene que tú vayas a Trapisonda a la mayor priesa que puedas, y darás esta carta de creencia al emperador mi señor; y como la carta hubiere visto, darle has cuenta de la gran necesidad en que está el emperador Aliandro de Persia, y que la su merced sea de me enviar toda la más gente de guerra que ser pudiere, y con brevedad. A la emperatriz mi señora y a la infanta Lucendra darás mis saludes.

Libanor le dijo que de grado haría su mandado, pero que la gente de guerra, ¿adónde había de venir?

—A Persia —dijo don Cristalián.

Libanor besó las manos a su señor y tomó su camino para Trapisonda. Don Cristalián dio otra carta de creencia a Raduel el enano, y díjole lo mismo que a Libanor y que su camino fuese para España. Raduel le dijo:

—Yo, mi señor, iré, y agora somos a tiempo que conoceréis en mí la voluntad que de serviros tengo, y asimismo en quien tenéis mejor servidor, en Libanor o en mí.

Aunque don Cristalián estaba con demasiada pena, no pudo dejar de reír viendo la buena voluntad que Raduel mostraba tener en su servicio, y a gran priesa aparejó su palafrén; tomó su camino para España. Don Bernay tomó a su escudero y díjole:

—Amigo, contigo yo no tengo necesidad de enviar carta de creencia, sino que tú digas al rey mi padre cómo yo ando en servicio del príncipe don Cristalián y que a la sazón él tiene necesidad de alguna gente de guerra, que la su merced sea servido de me lo enviar y lo más breve que ser pudiere, y la gente que enviare tome su camino para Persia, que allí nos hallarán.

El escudero de don Bernay tomó su camino para Gratamur. Don Cristalián y don Bernay tomaron sendos escuderos, y luego, sin se un punto detener, tomaron su camino para Persia, y Dios que tan bien los guio, en todo él no les avino cosa en que detener se pudiesen, sino como os habemos contado, dándose la mayor priesa que pudieron fueron en breve tiempo en Persia, y un día a hora de vísperas llegaron a vista de las grandes compañías del rey de Rosia.

Don Cristalián y don Bernay enlazaron sus yelmos, por no ser de nadie conocidos, y así se anduvieron paseando por el real de los paganos hasta que fue bien tarde mirándolo por todas partes; y cuando bien lo hubieron visto fuéreronse para la ciudad de Larenta, que, como ya os contamos, la infanta Minerva y su gente hicieron apartar el real a los paganos de la ciudad, por manera que ligeramente podían entrar y salir quien quisiese. Don Cristalián llamó a una de las puertas de la ciudad, que estaba cerrada, y fue luego respondido por un hombre que encima de una garita estaba, diciendo:

—Señor caballero, ¿qué es lo que mandáis?

—Amigo —dijo don Cristalián—, diréis al emperador que son aquí dos caballeros extraños muy aparejados para le servir en esta guerra; que si para ello nos da su majestad licencia, que luego nos mande abrir.

El hombre dijo que haría su mandado. Él se fue al palacio del emperador y halló que con él era la emperatriz; él se humilló y dijo:

—Señor, a la puerta de la ciudad están dos caballeros extraños. Rogáronme muy ahincadamente que viniese a vuestra majestad a le decir que ellos vienen con intención de os servir en esta guerra, si para ello vuestra majestad les diese licencia. Ellos quedan atendiendo la respuesta.

El emperador dijo:

—Ábranles la puerta, que pues ellos con tal demanda vienen y dicen que son extraños, no pueden ser sino buenos caballeros.

El hombre fue con el mandado del emperador, y luego los abrieron la puerta; ellos se fueron al palacio. Todos pararon mientes en su buena apostura; el emperador dijo en viéndolos:

—Por cierto los caballeros son aparejados para hacer todo bien.

Ellos se llegaron a él y hicieron grande acatamiento sin le besar las manos, porque traían los yelmos puestos. La princesa Penamundi dio un suspiro, y volviéndose a la infanta, le dijo:

—Ay señora Sandalina, si fuese tal mi ventura que el uno destos caballeros fuese don Cristalián!

—Ya puede ser —dijo la infanta—. Atendamos, que sabremos quién son.

En este tiempo el emperador dijo a los caballeros que, si por bien lo tuviesen, que se diesen a conocer quitándose las armas. Don Cristalián dijo que era mucha razón de hacer el mandado del mejor príncipe que a la sazón en el mundo había, y luego se desenlazó el yelmo y se le quitó. Cuando por el emperador y todos fue conocido ser don Cristalián, aquel que era toda la caballería del mundo, ¿quién os podrá decir la grande alegría que en el palacio había? El emperador se levantó y lo tomó entre sus brazos, y casi las lágrimas le vinieron a los ojos con la demasiada alegría que sentía su corazón; y teniéndole así consigo abrazado, le dijo:

—Valeroso príncipe, en sola vuestra vista tengo yo muy cierta la victoria de mis enemigos. Agora conozco en vos la voluntad que me tenéis, pues en tiempo de tanta necesidad sois venido en esta tierra. Decidme, ¿quién es ese otro caballero que viene en vuestra compañía?

En este tiempo ya don Bernay tenía desarmada la cabeza, y humillose ante el emperador diciéndole:

—Mi señor, dadme vuestras manos, que no menos voluntad tengo yo a vuestro servicio que el príncipe don Cristalián.

El emperador no se las quiso dar, que bien entendió que pues él venía en compañía de don Cristalián, que debía de ser preciado caballero. Don Cristalián dijo:

—Vuestra majestad sabrá que este caballero es don Bernay, príncipe de Gratamur.

El emperador lo tornó a abrazar. Y luego el príncipe don Cristalián se fue a humillar ante la emperatriz por le besar las manos; mas ella no se las quiso dar, antes lo abrazó diciéndole:

—¡Ay buen caballero, y cuánta alegría nos ha dado la vuestro vista! Pues que vos sois en la nuestra ciudad, ya no tenemos a quien temer.

—El rey de Rosia —dijo don Cristalián— comprará caramente el atrevimiento que ha tenido de enojar al emperador.

Y diciendo esto se fue a humillar ante la princesa, la cual tenía tanta alegría consigo, que no sabía de sí parte. Don Cristalián le besó las manos y le dijo pasó:

—Mi señora, agora he yo menester los vuestros favores: la vuestra merced sea de me ver esta noche, por cuanto tengo jurado de me ver mañana con los paganos.

—Yo haré vuestro ruego —dijo la princesa.

Y con esto se levantó don Cristalián. Ya don Bernay había besado las manos a la emperatriz, y luego se humilló ante la princesa, que casi estaba fuera de sí mirando su estraña hermosura; don Bernay le besó las manos, y luego pensó en su corazón que don Cristalián debía amarla, pues tanta voluntad tenía al servicio del emperador. Luego los caballeros fueron desarmados y cubiertos de ricos mantos, el emperador los mandó sentar. En este tiempo llegó el rey de Pasamar a besar las manos a don Cristalián, y asimismo Tarance de Lira; don Cristalián los abrazó con mucha alegría y preguntó por la infanta Minerva y por la hermosa Duante. El emperador le dijo:

—Ella está mal herida en el lecho, que son cosas estrañas las que ha hecho contra los paganos; y bien creo yo que, pues que Duante no salió aquí con la princesa, que estará con la infanta Minerva.

—Así es verdad —dijo la infanta Sandalina.

—Decidme —dijo el emperador— ¿adónde supistes la nueva de nuestra guerra?

—Súpela —dijo don Cristalián— muy lejos de aquí, de unos mercaderes que iban de acá del imperio de Persia, por la mayor ventura⁴²⁹ del mundo.

—Comoquiera que ello sea —dijo el emperador—, soy yo muy ledo de que vos lo sepáis.

Allí estuvieron hablando en las cosas de la guerra una pieza, y cuando don Cristalián supo en la disposición que estaba, pidió licencia al emperador para ir a ver a la infanta Minerva; el emperador se la dio, y don Bernay se fue con él, que mucho deseo tenía de verla, que le habían dicho que era una hermosa doncella, y más delicada que otra, y era muy espantado haber en ella tan alta caballería.

⁴²⁹ 1587: ‘auentura’.

Cuando don Cristalián entró por la cámara de la infanta, fue tan demasiada el alegría que ella sintió, que le dijo:

—Mi señor don Cristalián, sin duda yo soy guarida de mis llagas con la vuestra vista.

Don Cristalián se llegó junto al lecho y humillose a la infanta, como aquel que la mucho amaba, diciéndole:

—Mi señora Minerva, todos estos trabajos y afanes que por servir al emperador habéis tomado son a mi cargo.

—Mi señor —dijo la infanta—, en pensar yo que os servía era mi trabajo ninguno. Agora seré yo del todo alegre por el descanso del emperador y emperatriz, que sé yo por muy cierto que teniendo él a vuestra persona no temerá al mundo que enojar le quisiere.

La infanta preguntó a don Cristalián quién era aquel caballero que en su compañía venía.

—Mi señora —dijo él—, don Bernay de Gratamur, que viene en la mi compañía por servir al emperador en esta guerra.

Don Bernay se humilló a la infanta, y fue muy pagado de la su buena apostura. En este tiempo se humilló la hermosa Duante ante don Cristalián; él la recibió como aquel que entre todos los del mundo tenía más mesura, y hubo mucho placer de la ver, que estaba muy buena; y asimismo habló Duante a don Bernay, y allí estuvieron una pieza hablando en las cosas de la guerra. En este tiempo don Cristalián dijo a don Bernay y a Duante que le diesen lugar, porque⁴³⁰ él quería hablar un poco en poridad con la infanta Minerva; luego don Bernay se salió a un corredor y Duante se entró en una cámara. Como don Cristalián se vio solo con la infanta, díjole:

—Ay mi señora, y cuánto mal me hacen a mí las vuestras llagas! Si yo supiese quién tanto daño a vos y a mí habrá hecho, comprarlo hía caramente. Yo soy muerto sin el vuestro favor y ayuda. Yo tengo licencia de mi señora para la hablar esta noche, pero yo no veo manera como se pueda hacer estando vos, mi señora, de la manera que estáis.

Y diciendo esto le vino una tristeza al rostro que casi no pudo hablar. Como la infanta con tanta pasión le vio, díjole:

—Mi señor don Cristalián, no vea yo en vuestro rostro punto de tristeza, que yo moriré o vos os veréis esta noche con la princesa.

—No sé cómo pueda eso ser.

—Yo os lo diré —dijo la infanta—. Así como el emperador haya cenado veníos luego a mi cámara, que yo daré lugar como se haga lo que vós tanto deseáis.

Don Cristalián le quiso besar las manos, la infanta las tiró afuera, y él le dijo:

—Con esta esperanza que se me ha dado sosteneré la vida hasta que vea a mi señora la princesa.

—Tanta necesidad tiene ella de la vuestra vista como la tenéis de la suya, que sabed que jamás eran sus ojos sino fuentes, derramando infinitas lágrimas cada que sola se hallaba, que jamás cuidaba de veros ni aprovechaba con horte ninguno que le dábamos.

⁴³⁰ 1587: ‘para que’ (278r).

Don Cristalián dio un suspiro diciendo:

—¡Oh mi señora, y cuánto es lo que yo a vuestra grandeza debo! —y díjole—. Yo me quiero ir, que don Bernay me aguarda. En cenando el emperador, luego soy aquí, adonde entiendo de hallar remedio para mi vida.

Y así, se despidió de la infanta y se salió al corredor, y allí halló a don Bernay que lo atendía, y juntos se fueron al palacio, y como en él entraron, el emperador los mandó asentar y dijo:

—Decidme, ¿qué tal queda la infanta Minerva?

—Buena —dijo don Cristalián.

—A Dios merced —dijo el emperador—, que mucho es lo que yo le debo.

—Por mi fe —dijo don Cristalián—, todos somos obligados de la honrar.

Y así estuvieron hablando mucho placer. En este tiempo entró en el palacio una espía de los que el emperador traía por el real de los paganos, y dijo en alta voz:

—Yo no sé qué se han habido hoy en el real, que gran revuelta traen los unos con los otros y mucha priesa se dan a aparejar armas y caballos. No he sentido otra cosa.

Estando en esto entró otra espía y dijo:

—Grandes nuevas son las que yo he sabido. Vuestra majestad sabrá que en la compañía del rey de Rosia viene la falsa Drumelia. Ella por sus artes ha sabido cómo don Cristalián está en Larenta, y como los paganos esto oyeron, todos se aprejaron.

—Mucho soy ledo —dijo don Cristalián— que sepan la mi venida; y por les dar mayor placer, mañana les quiero dar una vista.

—Y ¿cómo será eso —dijo el emperador—, que habemos muy poca gente en la ciudad para el gran poder dellos?

—Yo no he menester gente, sino sola mi persona; y esta vista será para hacellos ciertos de la mi venida a Larenta.

El emperador y todos los que en el palacio estaban estuvieron hablando en el gran saber de Drumelia y cómo lo empleaba en hacer todo el mal que podía. Hablando en esto y en otras cosas se pasó aquel día, y cuando fue hora de dormir, el emperador se fue a su aposento con más alegría que otras veces solía. A don Cristalián aposentaron en el palacio, y el rey de Pasamar llevó consigo a don Bernay. Así como don Cristalián fue en su aposento envió a su escudero a la cámara de la infanta Minerva, que muy poco le dijese si era tiempo de ir. Él hizo su mandado; hallola que estaba sola, y dijo lo que su señor le mandó. La infanta le respondió:

—Amigo, di a tu señor que luego venga.

El escudero dio el recado a su señor. Don Cristalián que aparejado estaba, luego salió de su cámara, quedando en ella su escudero para que si alguno le viniese a buscar le dijese que estaba durmiendo. Él se fue adonde la infanta Minerva estaba; como ella le vio, díjole:

—Mi señor, conviene que os entréis detrás de las cortinas de mi lecho hasta que sea hora de os ir al aposento de la princesa. Y esto se hace por si Duante aquí viniere, que no os vea a tal hora en mi cámara.

Don Cristalián se tuvo por bien aconsejado, y luego se puso tras las cortinas y allí estuvo gran pieza. En este tiempo entró Duante, que venía a visitar a la infanta

y una pieza estuvo hablando con ella, y cuando fue hora se fue a dormir. Esto hecho, la infanta mandó a Beldaín su escudero que cerrase una puerta que estaba en su cámara, que salía al aposento de Duante; Beldaín hizo su mandado. La infanta dijo a don Cristalián:

—Agora, mi señor, podéis salir, y atenderéis aquí un poco hasta que tiempo sea.

Don Cristalián salió. Allí estuvo atendiendo, y cuando la infanta sintió que sería ya tiempo, díjole:

—Agora, mi señor, podéis ir, que ya toda la gente del palacio es reposada.

Don Cristalián, que otra cosa no era su deseo sino verse ante su señora, luego se despidió de la infanta, y así, se salió y se fue al aposento de la princesa lo más paso que pudo. El tocó a la puerta de la cámara; la infanta Sandalina, que atendiéndolo estaba junto a la puerta, luego sintió la su venida, y muy poco abrió tanto cuanto don Cristalián pudo bien entrar. Y como él fue en la cámara abrazó muy de corazón a la infanta Sandalina (que la mucho amaba), y dejándola, se fue a su señora la princesa, que lo atendía en pie, y humillándose ante ella por le besar las manos, la princesa lo tomó entre sus brazos y así estuvieron una pieza, como aquellos que de tan verdadero amor se amaban, y luego se asentaron. La princesa le dijo:

—¡Ay señor don Cristalián, y cómo fue la vuestra venida para dar la vida a quien tan cercana estaba de la muerte como yo pensando en los grandes afanes que al emperador mi señor le han venido en tiempo que no tenía en su compañía sino a la infanta Minerva, que ha hecho maravillas contra los paganos, y en tiempo de tantas tribulaciones no sabíamos adónde ni en qué parte estabades!

—No podía yo tardar la mi venida —dijo don Cristalián—, porque adoquiera que yo estuviera, forzosamente se había de sonar esta guerra, y sabiendo yo, mi señora, que a vos os daban enojos, vine como visto habéis, adonde los paganos comprarán caramente el daño que en Persia han hecho. Y por tanto, mi señora, esta noche ha de ser en la que se me han de hacer infinitas mercedes, con protestación que en mí se parezcan cuando a vista de los paganos saliere.

La princesa lo abrazó y besó en el rostro diciéndole:

—Ya vos, mi verdadero amigo, sabéis que antes pasaré yo por la muerte, que daros más favores de los que hasta aquí os he dado; y por tanto, os ruego mucho que no me deis más pena de la que en mi corazón al presente está.

Don Cristalián la tomó en sus brazos y le prometió de no le hacer enojo más de gozar de aquella parte que licencia tenía. Y así estuvieron la princesa y don Cristalián la mayor parte de la noche, que al parecer de los dos no había sido una hora; y cuando fue tiempo, la infanta Sandalina vino y dijo:

—Ya, mis señores, es hora que el príncipe se vaya.

—Iré —dijo él—, pues no me consienten aquí más estar.

Y así, se levantó y se puso de hinojos ante su señora pidiéndole su bendición; ella se la dio, y alzando sus hermosas manos, le dijo:

—Aquella victoria os dé Dios, en todo lo que mano pusièredes, que yo deseo.

Don Cristalián le besó las manos y le dijo:

—Con tal bendición no dejaré yo de acometer a todo el mundo, cuanto más a la gente del rey de Rosia.

Y diciendo esto se despidió de la infanta Sandalina y se fue a su aposento, y luego se acostó y durmió la parte de la noche que le quedaba. La princesa hizo lo mismo, que luego se echó en su lecho y durmió con más reposo que otras noches solía.

Venida que fue la mañana, don Cristalián se levantó y se salió al gran palacio, y halló al emperador que se andaba paseando con el rey de Pasamar y el duque Nardos. Don Cristalián dio los buenos días al emperador; él le dijo:

—Vámonos a oír misa, que ya es hora.

Y así, se entraron en la capilla. La misa se comenzó, y como fue acabada salieronse al palacio. Don Cristalián dijo al emperador:

—Mi señor, pues los paganos saben mi venida en Larenta, yo quiero ir hoy a verme con ellos.

El emperador le dijo que en ninguna manera lo hiciese, ca le podía venir algún daño yendo su persona sin compañía. En este tiempo entró por la sala don Bernay de Gratamur, y como vio lo que don Cristalián quería hacer, rogole muy ahincadamente que lo llevase consigo. Don Cristalián le dijo:

—Mi señor don Bernay, eso no puede ser, por cuanto vos no habéis tan buen caballo como es el mío y podría os venir mal de haber allá salido.

Todos dijeron que tenía razón, y así, don Bernay dejó su ida. Don Cristalián dijo al emperador que si su majestad le daba licencia, que él quería enviar un caballero de su parte al rey de Rosia, pues era caudillo mayor de los paganos.

—Hágase lo que vós quisiéredes —dijo él—, pero yo mucho temo la vuestra ida.

Don Bernay dijo a don Cristalián que él quería ir con su mandado, por ver la manera que los paganos tenían.

—Esa es gran merced para mí —dijo don Cristalián.

Y luego don Bernay se armó salvo las manos y la cabeza y don Cristalián le dijo lo que al rey había de decir. Y así, se salió del palacio y subió en su caballo y fuese para el real de los enemigos. Y como todos los del real le vieron las manos y la cabeza desarmada, luego conocieron que venía con algún recado, y así, lo dejaron pasar hasta que llegó a la grande y muy rica tienda del rey de Rosia. Él se apeó y entró dentro, dejando su caballo a su escudero. Luego conoció al rey, que en una rica silla estaba asentado, y en torno dél eran siete reyes, sin otros caballeros mancebos que dentro de la tienda eran; hacia la mano siniestra estaba sentada Drumelia la encantadora. Y como don Bernay en la tienda entró, todos pararon mientes en él, ca bien conocieron que debía de venir de la ciudad. Don Bernay no hizo acatamiento alguno al rey, sino así como entró le dijo:

—Rey de Rosia, yo soy aquí venido de parte de un caballero que ha nombre don Cristalián de España, si lo nunca oístes nombrar. Envíaos por mí a decir que si no sabéis la su venida, que es bien que lo sepáis, porque en él teneis mortal enemigo, y que si Dios la vida no le quita, él tomará de vos y de todos los que en vuestra compañía traéis la emienda del enojo que al emperador Aliandro por causa vuestra le ha venido; y que os hace saber que él solo, sin otra compañía, quiere hoy dar una vista a vuestro real. Y esto os envía a decir para que quien quisiere salir contra él esté aparejado, agora salga uno o diez o ciento, o si quisieren, todos

cuantos son en la vuestra compañía. La su venida será a hora de vísperas. Yo he dicho a lo que soy venido: agora, rey de Rosia, responde lo que te placerá.

El rey le dijo:

—Caballero, diréis a don Cristalián de España que gran tiempo ha que yo tengo noticia de la su alta caballería, y por ser él tan buen caballero le haría yo aquella honra que su persona merece, si a tiempo Alá le trujese que me hubiese menester. Pero direisle que si él es muy buen caballero, que muchos traigo yo en la mi compañía que son tales como él, y aun por ventura le harán alguna ventaja; y que él puede venir cada que quisiere, que asaz hallará caballeros que con él hagan batalla si señalar se quisiere. Y con esto os podéis volver, y direisle que no respondo a sus amenazas porque me parece que no conviene a mi grandeza.

Don Bernay se salió de la tienda del rey y subió en su caballo y fuese a la ciudad de Larenta. Todos holgaron con la su venida, por saber nuevas del real del rey; él se humilló al emperador y dijo:

—Verdaderamente⁴³¹ el rey de Rosia muestra su grande estado en la rica y muy preciada tienda que tiene: él estaba sentado en una silla alta, que a mi parecer ella no tenía precio: de tanto valor me semejaba; había ricos y muy preciados vestidos, y en su cabeza tenía una corona en que había en ella piedras y perlas de gran valor. En torno dél estaban siete reyes, y a la mano siniestra tenía a Drumelia la encantadora.

Finalmente, que don Bernay contó allí todo lo que el rey de Rosia le había dicho. Don Cristalián fue muy ledo de lo oír, y no vía la hora que se ver entre los paganos. El emperador le dijo:

—Verdaderamente es razón que temamos al rey de Rosia, pues él tantos caballeros trae que tales son como don Cristalián.

Luego el príncipe hizo aparejar sus armas y su caballo de todo lo que hubo menester.

⁴³¹ 1587: 'Verdaderamedte'.

Capítulo CXVIII

En que se cuenta lo que el rey de Rosia y sus caballeros hicieron después que don Bernay salió de su tienda.

ASÍ como don Bernay salió de la tienda del rey de Rosia, Drumelia la encantadora dijo al rey:

—Mi señor, conviene que se haga todo aquello que yo en este caso ordenaré, porque aquí nadie sino yo conoce este caballero. No se ha de usar con él gentileza ni cortesía alguna, sino que los más preciados de la hueste se aparezcan para hacer todos de consumo batalla con él, porque si este caballero fuese muerto o preso, la fin de nuestra guerra era venida. Esto conviene que se haga, y no otra cosa.

El rey le dijo:

—Amiga Drumelia, ya yo os tengo dicho que un punto no saldré de lo que vos ordenáredes, pero paréceme que será bien que se dé cuenta desto a todos los preciados caballeros de nuestra hueste.

—Hágase como lo vós mandáis —dijo Drumelia.

Luego el rey mandó dar un pregón por el real para que todos los más preciados caballeros de la hueste se juntasen a su tienda. Como el pregón fue dado, todos a muy gran priesa vinieron. El rey les dijo lo que don Cristalián le había enviado a decir, y asimismo les contó lo que él había respondido. Bien pareció a todos la respuesta que el rey dio. Muchos hubo allí que rogaron al rey que les otorgase aquella batalla; pero él no quiso, diciéndoles lo que Drumelia había dicho y que él no había de salir de lo que ella ordenase. Todos callaron, que ninguno no respondió, salvo el rey de Tramitante, que muy preciado caballero era. Este rey dijo en voz que todos lo oyeron:

—Mucho soy maravillado, adonde está la mayor parte de la caballería del mundo, que se consienta y sufra una cosa tan fuera de razón y de que tanta ofensa la orden de caballería reciba. Esto digo, y no lo callaré aunque vuestra alteza alguna pasión tome; yo quiero recibir el castigo de mi atrevimiento por que no se publique por el mundo que entre nós no haya tal caballero que ose hacer batalla con don Cristalián de España. En lo que ha emprendido hacer muestra la gran caballería que en él hay; y nós, si hacemos lo que Drumelia tiene ordenado, damos a entender nuestra flaqueza y poco ánimo que todos cuantos hay en la vuestra compañía tenemos. Si la vuestra merced para ello me da licencia, yo tomo la primera batalla con don Cristalián; y por nuestro sancto profeta Mahoma, que yo sería más contento de morir a sus manos que no de ver lo que está concertado.

Así como el rey de Tramitante acabó de hablar se levantó el jayán Jarahón, y dijo que el rey de Tramitante había hablado como buen caballero; que si don Cristalián al rey vencía, que tomaba la segunda batalla, y si por ventura entrablos muriesen en ella, que después de ellos muertos se hiciese la voluntad de Drumelia. El rey de Rosia otorgó las batallas al rey de Tramitante y al jayán Jarahón, diciéndoles:

—Mis buenos amigos, no tengo en menos la vuestra alta caballería que tengo la de don Cristalián, que por todo el mundo es loado; pero por no salir un punto de lo que Drumelia ordenase tuve por bueno su consejo, pues por el su gran saber alcanza que en la muerte o prisión deste caballero es nuestra guerra fenecida.

—Por ventura —dijo el rey de Tramitante— fenecerá con acrecentamiento de vuestra grandeza; y si de otra manera fuese, no se podía en ninguna manera dello gloria recibir.

Drumelia que así oyó hablar al rey de Tramitante y al jayán Jarahón, díjoles que pues las dos batallas primeras tomaban a su cargo, que hiciesen como quienes eran, que fuesen ciertos que don Cristalián era el mejor caballero que en todo el mundo a la sazón había.

—Mucho soy ledo de oír esa palabra —dijo el rey de Tramitante—, porque siendo él tan buen caballero, si yo le venciere a él, grande será la gloria que dello me puede venir; y si yo soy muerto o vencido, soy lo por la mano del mejor caballero del mundo. Muchas gracias doy a Mahoma, que a tal tiempo me ha traído. Yo me voy a aparejar mis armas y caballo, que muy poco tiempo de aquí a hora de vísperas.

Y diciendo esto se salió de la tienda y se fue a la suya. Todos quedaron hablando en el gran esfuerzo y ardimiento del rey de Tramitante, y los que le conocían loaban mucho la su caballería ante el rey de Rosia. Todos dijeron que Alá le diese tal ventura que por la su mano fuesen del todo alegres con cobrar la corona del imperio de Persia. El jayán asimismo se fue a su tienda y aparejose de todo lo que le fue menester para entrar en la batalla. En este tiempo ya era muy tarde, y luego comieron todos. El rey de Tramitante, cuya era la primera batalla, hizo aparejar un muy hermoso caballo, y asimismo se armó de unas frescas y muy lucientes armas, todas sembradas de unas medias lunas de oro.

Como en el palacio del emperador acabaron de comer era ya tarde; luego don Cristalián se fue a su cámara y se armó de todas sus armas con el ayuda de don Bernay, y asimismo estaban con él el rey de Paramar y muchos caballeros del palacio del emperador. Él se entró en la cámara de la infanta Minerva y le dijo:

—Señora, dadme vuestra bendición, para que comigo vaya todo el favor que en esta vida se me puede dar.

—Vaya con vos, mi señor, la de Dios, y Él os ampare y favorezca contra aquellos enemigos de su sancta fee católica. Mucho soy triste —dijo la infanta— en no poder yo ir en la vuestra compañía, no para pelear, sino para ver las maravillas que hoy habéis de hacer.

Don Cristalián le dijo:

—Mi señora Minerva, si yo tal compañía comigo llevara, no pudiera volver sino victorioso.

Y con esto se despidió de la infanta y se salió al aposento de la emperatriz, por ver si por ventura podría ver a su señora, y fuele la ventura tan favorable que la halló en su cámara. Y como don Cristalián armado entró, la emperatriz le dijo:

—¿Qué es esto, hijo mío? ¿Cómo venís armado?

—Vengo —dijo don Cristalián— a que vuestra majestad me dé su bendición, que quiero ir a ver el real de los paganos.

Como la emperatriz esto le oyó, díjole:

—Señor don Cristalián, aquella Madre de Dios vaya en vuestra compañía, y Ella os ampare de aquellos enemigos de nuestra sancta fee católica.

Don Cristalián se le humilló y luego se fue a la princesa, que más muerta que viva estaba de ver a don Cristalián en tanto peligro de su persona. Él le pidió su bendición; la princesa se la dio mientras la emperatriz estaba hablando con el rey de Pasamar. Don Cristalián fue el más contento de cuantos nacieron, y dijo a su señora:

— Con tal bendición como la que yo hoy he recibido, el mundo se me haría pequeño si a todo él hubiese de conquistar, cuanto más el real de los paganos.

Y así, se levantó; besándole las manos se humilló a la emperatriz, y ella lo encomendó a Dios. Y así, se salió al gran palacio, y como en él fue, el emperador le dijo:

— Paréceme, señor don Cristalián, que ya venís aparejado para hacer todo bien.
Él le dijo:

— Ya, mi señor, es llegada la hora.

— Pues no me quedará que yo no vea lo que pudiere desde los muros de la ciudad —dijo el emperador.

Don Cristalián se despidió dél, y halló a su escudero que le tenía aparejado su caballo Flordelid. Don Cristalián le miró las cinchas y hallolo que estaba bien aderezado, y luego muy ligeramente, más que otro caballero, subió en él, y así subieron a caballo el rey de Pasamar y don Bernay y Tarance de Lira y otros muchos caballeros de la corte del emperador, y se salieron con él hasta fuera de la ciudad. El emperador en compañía de los sus altos hombres se fue a los muros por ver a don Cristalián con los paganos, que lo habían a gran maravilla un solo caballero atreverse a salir contra tanta gente que no tenía cuenta. Don Cristalián y los que en su compañía llevaba se iban acercando al real de los enemigos, y cuando más cerca fueron vieron al rey de Tramitante asimismo armado, que se andaba paseando con otros caballeros, y como a Don Cristalián vio, él se le paró a mirar y esuvo quedo. Don Cristalián que lo vio, dijo:

— Aquel caballero me atiende: dame la lanza —dijo a su escudero.

Él se la dio, y así como en las manos la tomó, le dijo:

— Tú te vuelve a la ciudad, por que no recibas algún daño.

Y asimismo se despidió de aquellos caballeros, y ellos lo encomendaron a Dios que lo guiase y luego se entraron en la ciudad. Y don Cristalián dijo, poniendo la lanza en el ristre:

— ¡Oh mi caballo Flordelid, haz de manera que con mucha honra salgamos del campo de nuestros enemigos!

Luego él comenzó a relinchar, y sin que don Cristalián le pusiese las espuelas, Flordelid no parecía sino que un ave iba volando. Como el rey de Tramitante, que mirándolo estaba, lo vio venir, muy presto le⁴³² salió al encuentro. El rey de Rosia y todos los más preciados caballeros paganos los estaban mirando. Los caballeros se encontraron de hermosos y grandes encuentros, por manera que las lanzas volaron en piezas, y don Cristalián no se movió cosa alguna; mas el rey de Tramitante perdió la una estribera: tan desatinado golpe recibió. Pero como era

⁴³² 1587: 'se' (280v).

muy buen caballero, muy presto la tornó a cobrar, y luego echaron mano a sus espadas y comenzose entre ellos una brava y muy espantosa batalla, que no parecía sino que de cada parte se herían diez caballeros: tantos y tan a menudos golpes se daban. Don Cristaliánpreciaba mucho al rey por su buena caballería; los paganos que la batalla miraban eran puestos en grande espanto de ver herir a don Cristalián, y decían los unos a los otros que en todo el mundo era mucha razón que fuese loado por el mejor caballero que en él había. En este tiempo se conocía ya mucha mejoría de la parte de don Cristalián; el emperador Aliandro decía a sus altos hombres que los paganos lo hacían muy bien en salir uno por uno a se probar con don Cristalián. Y como los de la una parte y los de la otra estaban mirando la batalla, vieron cómo don Cristalián⁴³³ dio un golpe al rey de Tramitante por encima del yelmo, tal y con tanta fuerza, que las enlazaduras le quebró y el yelmo fue rodando una pieza por el campo. Mucho le pesó al rey de Rosia de ver al rey de Tramitante en tanto peligro con su cabeza desarmada, y tuviéronlo por perdido. Don Cristalián le dijo:

—Caballero, vuestra cabeza tenéis desarmada. Por la mucha bondad que en vos he conocido, no querría que recibiéredes daño alguno. Si os otorgáis por vencido, yo terné por bien de salir de la batalla; y si hacer no lo quisieredes, veniros ha mucho mal dello.

—Ya yo de vuestra mano, señor caballero —dijo el rey—, no puedo sino recibir mucho bien comoquiera que me avenga; que más quiero morir a vuestras manos que quedar con la vida vencido. Y por tanto, señor caballero, no hayáis ningún duelo de mí, que yo no lo habré de vos si la ventura os me diese en mi poder así como yo soy en el vuestro.

Y diciendo esto comenzó a herir a don Cristalián a gran priesa sin temor alguno, aunque la cabeza tenía desarmada. Don Cristalián estaba tan bien con el rey, que no le había gana de hacer mal ni daño, y pensó cómo le podría herir sin que mucho mal le viniese. Como el rey andaba con la cabeza desarmada, don Cristalián le dio de llano con su espada en ella, que atordido le echó del caballo abajo. Como don Cristalián así lo vio, muy presto se apeó de su caballo y fue sobre él, y poniéndole la punta del espada en la garganta le dijo:

—Caballero, muerto sois si no os otorgáis por vencido.

El rey tornó en su acuerdo y dijo:

—Caballero, por vencido yo me otorgo, y por ello no me tengo por escarnido, pues lo soy de vuestra mano.

Como don Cristalián con tanta mesura oyó hablar al rey, él mismo le ayudó a levantar, y juntos subieron en sus caballos. En este tiempo venía ya el jayán Jarahón armado de unas muy fuertes hojas de acero, y en las sus manos traía un fiero venablo cortador; y como a don Cristalián vio, díjole:

—¿Piensas, captivo caballero, que lo has de haber comigo como lo hubiste con el rey de Tramitante? Ca sepas que yo soy el jayán Jarahón, si me nunca oíste decir, y dígote que te guardes de mí como de tu mortal enemigo.

Y diciendo esto le arrojó el venablo, de tanta fuerza, que si no torciera el cuerpo, lo pasaba de parte a parte. Y como el jayán erró el golpe, el venablo entró en el

⁴³³ 1587: 'Ghristalian' (280v).

suelo bien una braza, de que todos fueron espantados. Luego echó mano a una gran maza de hierro que atada traía al arzón de su caballo, y vínose contra don Cristalián,⁴³⁴ que atendiéndole estaba; y como a él llegó comenzáronse a herir como aquéllos que cada uno quería para si la honra de la batalla. El jayán hería muy a menudo con su maza, pero muy pocos golpes, o no ninguno, acertaba a don Cristalián; y la causa dello era la ligereza del caballo, que andaba tan a menudo a una y otra parte, que gran maravilla era cuando golpe acertaba a derecho. Desta manera anduvieron una gran pieza; el rey de Rosia era muy espantado de ver la gran bondad de don Cristalián, y decía:

—Si Jarahón es muerto o vencido por la mano deste caballero, esto será gran daño, porque él es el hombre de mayor bondad en armas que hay en toda mi hueste.

Drumelia, que junto al rey estaba, le dijo:

—Mi señor, de eso no tengáis duda, y así mismo haría a todos los de la hueste si uno a uno se viniesen a combatir con él; por tanto, conviene que enviéis a avisar a vuestros caballeros, si la victoria desta conquista queréis, que así como el jayán sea muerto o vencido, que luego sean todos de consuno contra él.

El rey se tuvo por bien aconsejado, y luego envió a mandar que estuviesen a punto, y que si por ventura Jarahón fuese muerto o vencido, que todos de consuno hiriesen en don Cristalián, y que el que lo matase o prendiese le haría caudillo mayor de toda su hueste; todos respondieron que harían su mandado.

En este tiempo ya el jayán andaba muy mal herido, ca perdía mucha sangre de las grandes heridas que había recibido, y al parecer de todos ya andaba lazo y muy cansado. Don Cristalián conoció luego que las fuerzas le faltaban más por falta de aliento que por la sangre que perdía, por la muy demasiada presa que don Cristalián le daba. Como el jayán vio que la vida se le acababa, alzó su maza con entrambas manos por herir a don Cristalián; pero no le avino así como lo él pensó, que don Cristalián le dio tal golpe en el asta de la maza que se la hizo caer, y muy presto le tornó a dar otro en el brazo que se lo cortó; y como él andaba muy cansado, dio consigo en el suelo tan gran golpe que fue mal quebrantado, y no bullía pie ni mano. Don Cristalián se apeó de su caballo y fue muy prestó sobre él, y quitándole las enlazaduras del yelmo le comenzó a herir en el rostro con la manzana del espada diciéndole:

—Muerto eres si no te otorgas por vencido.

Con los golpes que el jayán recibía tornó en su acuerdo y dijo:

—Por vencido yo no me otorgaré aunque sepa mil veces morir, que ninguno de mi linaje jamás lo fue. Menos lo seré yo: agora haz de mí aquello que te placera.

Como don Cristalián vio que aquel jayán no se quería otorgar por vencido, díjole:

—Si tú quieres salir con honra de mis manos y no ser vencido, tórnate cristiano, y yo te prometo de no te faltar mientras Dios a mí vida me diere; tenerte he por verdadero amigo y siempre seré aparejado para hacer todo aquello que te cumpliere.

El jayán fue tan airado en oírle decir aquello, que le dijo:

⁴³⁴ 1587: 'Christaian' (281r).

—No me tengas más en pena, que por peor tengo lo que me has dicho que la muerte que me has de dar.

—Pues que así es —dijo don Cristalián—, yo te enviaré presto al Infierno.

Y diciendo esto le cortó la cabeza. Así como la cabeza del jayán fue cortada, viérades tan gran revuelta y alarido en el real, que no parecía sino que el mundo se hundía. En este tiempo don Cristalián tomó su caballo, y mirando si tenía menos alguna pieza de sus armas, vio que ninguna le faltaba, y desto fue él muy alegre, y con su espada en la mano estuvo atendiendo batalla. Pero no fue como lo él pensó, que él atendía un solo caballero y vinieron contra él más de trescientos; todos eran los más preciados que en toda la gente del rey de Rosia venían.

Así como oído habéis le acometieron todos de consuno. Aquí viérades hacer maravillas a aquel valeroso príncipe hiriendo a una y a otra parte con su buena espada Filandria, y no alcanzaba golpe a derecho que la vida no le costaba a quien acertaba a herir, por manera que en poco espacio de tiempo quitó la vida a más de treinta caballeros. Como el emperador Aliandro vio la maldad del rey de Rosia, rogaba a Dios muy ahincadamente que guardase a aquel caballero de poder de sus enemigos, y asimismo lo envió a decir a la emperatriz, que rogase a Dios por don Cristalián, que le hacía saber que todos los de la hueste del rey de Rosia eran contra él. Cuando esta nueva llegó la princesa estaba allí; y como la emperatriz oyó aquellas nuevas, así como mujer fuera de sentido se fue a su capilla y allí a grandes voces llamaba a Dios y a Sancta María que fuesen escudo y amparo de don Cristalián; y esto rogaba ella muy de corazón, porque después de Dios en solo aquel caballero tenían toda su esperanza. Como la emperatriz se fue a su capilla, la princesa se fue a su cámara y luego dijo a la infanta Sandalina que le cerrase la puerta. Así fue hecho. Y como allí sola se vio con la infanta, comenzó a herirse en el rostro diciendo:

—¡Ay buen caballero, y cómo tu esforzado corazón ha de dar fin a tu vida!

La infanta Sandalina le tomó las manos diciéndole:

—Mi señora, si bien queréis a don Cristalián, rogad a Dios por él y no curéis de hacer esos llantos, que traen muy poco provecho. Pues al presente está vivo y sano, espero yo en Dios que él saldrá de la batalla con tanta victoria que para siempre será loado, que Dios no consentirá que tan buen caballero tan cedo pierda la vida.

Como el caballo de don Cristalián vio a su señor en tan gran necesidad y entendió que todas aquellas gentes venían contra su señor, viéradesle hacer maravillas dando saltos a una y a otra parte, y cuando sentía otros caballos cerca de sí, dábales coces, tantas y con tanta presteza, que a todos los hacía apartar, por manera que don Cristalián y su caballo hacían corro por doquiera que andaban. En esta priesa duró este valeroso príncipe desde las cinco horas hasta las seis, hiriendo siempre y matando en aquellos enemigos de nuestra sancta fee. Como ya él viese que el sol se quería poner y en este tiempo los campos eran cubiertos de la gente que contra él venía, miró hacia la ciudad de Larenta y pareció cosa imposible poder él entrar en ella, según la muchedumbre de gentes en el camino había, y todos contra él; pero aunque esto que oído habéis vio, él se esforzó, en Dios primeramente, y en su gran corazón y ardimiento, y dijo:

—¡Oh mi buen caballo Flordelid, salgamos desta priesa, si ser pudiese!

Y diciendo esto, viérades a Flordelid hacer maravillas. Dando vueltas y relinchos, y don Cristalián con su espada en la mano hiriendo a quien delante se le paraba, aunque con grande afán, rompieron por aquellas compañías de gente y a pesar de todos entraron en la ciudad de Larenta. Cuando el emperador le vio, dando muchas gracias a Dios se abajó de los muros, y subiendo en su caballo, él y todos los altos hombres se fueron para don Cristalián; el emperador le dijo:

—Invencible caballero, ¿qué tal os sentís?

—Siéntome el más alegre que lo nunca fui, pues estoy en el vuestro servicio y hame hecho hoy Dios más mercedes de las que yo merecía en darme lugar para salir de poder de los paganos. A Dios doy yo infinitas gracias, porque Él lo ha hecho como quien Su Majestad es.

Y así, se fueron al palacio. Don Cristalián se apeó de su caballo diciendo a su escudero:

—Amigo, mira que cures de Flordelid como curarías de mi persona misma, ca lo nunca conocí, cuanto ha que en el mi poder lo tengo, sino el día de hoy.

Su escudero le dijo que él haría su mandado, y así, se subieron el emperador y don Cristalián al gran palacio; y como en él fueron, el emperador envió a decir a la emperatriz y princesa que se saliesen a la su sala y que verían aquel preciado caballero. Ellas hicieron su mandado, que luego la emperatriz con demasiada alegría envió por la princesa, y así, se salieron al palacio. Y como don Cristalián vio a la emperatriz, fuese a humillar ante ella diciéndole:

—Mi señora, la bendición que vuestra majestad hoy me dio me ha hecho ser victorioso.

—A Dios merced —dijo ella.

Y tanto era su regocijo, que no sabía parte de sí. Así como todos fueron sentados, don Cristalián miró a su señora y vio que los ojos tenía colorados de lo mucho que había llorado, y pesole de así la ver. Luego don Cristalián fue desarmado por la mano de don Bernay y otros caballeros que estaban en el palacio; y como las armas le quitaron, viéreronle que estaba por muchas partes herido. Luego vinieron grandes maestros, y le hicieron echar en su lecho y le curaron de las heridas que traía; el emperador preguntó a los maestros que si había alguna herida que fuese peligrosa, ellos le respondieron que no.

—Muchas gracias doy yo a Dios por tan buenas nuevas como éas son para mí.

Y dándole a comer de una conserva, para que reposase una pieza lo dejaron y se salieron a la sala. La emperatriz preguntó al emperador qué llagas tenía don Cristalián.

—Hartas tiene, pero no son peligrosas.

—A Dios merced —dijo la emperatriz.

Y así, se sentaron todos y estuvieron una pieza hablando en los grandes hechos en armas que don Cristalián había hecho. Todos eran espantados cómo tanto tiempo le habían durado las fuerzas.

—Hízole Dios escogido en el mundo; y verdaderamente es Dios en él, que fuerzas de hombre humano imposible era tanto durar.

En este tiempo ya era tarde, y como acabaron de cenar, el emperador mismo dijo:

—Tráyanme la cena de don Cristalián, que yo se la quiero ir a dar.

Luego le trajeron lo que los maestros habían mandado aparejar, y el emperador se levantó y se fue a la cámara de don Cristalián; y como en ella entró vio que no estaba durmiendo, y díjole:

— A tan buen caballero como lo vos sois, conviene que tal maestresala como yo os dé de cenar.

Y diciendo esto se asentó junto al lecho y él mismo le dio de cenar con sus propias manos, ca sabed que don Cristalián había una llaga en el brazo derecho y no le podía por entonces menear. Como hubo cenado besó las manos al emperador por las mercedes que le hacía. En este tiempo entró por la puerta de la cámara aquella hermosa infanta Minerva, tan flaca de las heridas que tenía, que casi no se podía tener. Como el emperador la vio fue muy espantado, y díjole:

— ¿Qué es esto, señora Minerva? ¿Cómo habéis tenido atrevimiento de os levantar estando tan mal herida como estábades?

— ¿Cómo? —dijo ella—. ¿Era yo tan sin sentido que había de tener sufrimiento de no ver a este gran batallador?

Luego el emperador la hizo asentar; la infanta dijo:

— Mi señor don Cristalián, estando en mi lecho supe las grandes maravillas que hoy en el real de los paganos habéis hecho mostrando vuestra real persona a toda la hueste del rey de Rosia. Verdaderamente, vuestro merecimiento es tan grande que es razón que todos los del mundo que orden de caballería recibieron os obedezcan y tengan por señor. Puesta soy en grande espanto de lo que el rey de Pasamar me contó que con los paganos habíades pasado.

— Yo hice primeramente batalla con el rey de Tramitante —dijo don Cristalián—, que es uno de los buenos caballeros que yo sé, y en quien hay mucha parte de mesura; si yo le viese en algún peligro, a todo mi poder le sacaría dél, ca todo bien merece: El segundo con quien yo hice batalla era el jayán Jarahón; este jayán quiso más la muerte que llamarse vencido, diciendo que ninguno de su linaje nunca jamás tal palabra confesaron, que menos lo quería él ser, y así, quiso más que la cabeza le cortase; luego fue hecho. Los demás con quien hube batalla no lo sabré decir.

En esto y en otras cosas estuvieron hablando una pieza. Los maestros entraron, (que nunca de allí se partían); dijeron al emperador que ya era tiempo que dejases al príncipe.

— Hágase lo que decís —dijo él.

Y así, se levantaron todos y se salieron de⁴³⁵ la cámara dejando a don Cristalián no con otra compañía sino con la de su escudero. Así como el emperador salió entró en la cámara un doncel, y llegándose al lecho, le dijo:

— La princesa mi señora envía a saber qué tal se siente la vuestra merced después que cenó.

— Amigo —dijo don Cristalián—, decid a su majestad que con esta merced que su grandeza me ha hecho, que no me puede ir sino mucho bien.

Y así, se volvió el doncel a la princesa y le dijo el mandado de don Cristalián. Y como el doncel salió de su cámara, ella dio muchas gracias a Dios por las mercedes que dél todo aquel día había recibido. Y en este tiempo ya era tarde y

⁴³⁵ 1587: 'a' (282v).

hora de dormir, y así, fueron todos en sus lechos con demasiada alegría, teniendo mucha esperanza en Dios primeramente, y después en aquel buen caballero, que por el su grande esfuerzo se habían de ver libres de sus enemigos.

Capítulo CXIX

En que se cuenta lo que el rey de Rosia y los de su hueste hicieron.

LA misma noche que don Cristalián salió del campo de los paganos con la victoria no pensada, el rey de Rosia mandó que los principales de los de la hueste se juntasen en su tienda, y como on ella fueron, el rey les dijo:

—Muy esforzados y más que valientes reyes y príncipes y caballeros, puesto soy en grande espanto de ver lo que a solo un caballero del emperador Aliandro hoy habemos visto hacer: primeramente, él venció al rey de Tramitante, y después del vencimiento deste preciado rey dio la muerte a aquel esforzado Jarahón, que era uno de los pilares que nuestra hueste sostenía. A todos juntamente pido consejo de lo que debemos hacer, que no sin mucho acuerdo es razón que este hecho se mire. Y vos, Drumelia, que presente estáis, asimismo decid vuestro parecer de lo que hacer se debe.

Y así dio fin a su habla. El rey de Salmatar (que más anciano era) habló en nombre de todos diciendo:

—Poderoso rey de Rosia, lo que a todos cuantos en el vuestro servicio y ayuda estamos nos parece que debemos de hacer es esto: nós tenemos nuestro real asentado sobre la ciudad de Larenta, hechos grandes palenques y bien fortalecido. Hasta aquí habemos perdido muy poca de nuestra gente, muchas gracias a Mahoma. Cuanto ha que aquí somos, siempre nos ha ido bien, salvo hoy, que por la gran bondad de aquel caballero nos sucedió lo que visto habéis. Bien somos ciertos que en la ciudad de Larenta el emperador tiene muy poca gente. Digo que es mi parecer que luego se pida batalla campal al emperador Aliandro, antes que más gentes a su ayuda se alleguen. Esto digo por las grandes compañías que nós tenemos, y en ellas hay muchos y muy preciados caballeros. Pues no es razón que adonde es hoy junta toda la flor de la morisma se tema un solo caballero que el emperador tiene en su compañía, que ya sabemos que en la ciudad no hay otro que más que él valga; pues uno solo, aunque consigo traiga la gente toda que es en la ciudad, todos son tanto como nada mirando a las grandes compañías que en el vuestro servicio son aquí ayuntadas. Yo he dicho mi parecer en nombre de todos estos señores: mande vuestra alteza que se haga aquello que mejor le pareciere.

Al rey de Rosia y a todos les pareció bien lo que el rey de Salmatar había dicho, y todos acordaron que sería bien que luego otro día enviasen al emperador Aliandro a le pedir batalla campal. Drumelia, que hasta allí nunca había hablado, dijo que ella era de aquel parecer, antes que el emperador Aliandro allegase mayores compañías, porque a la sazón tenía muy pocas, y que le enviasen a decir que en aquella batalla se diese fin a la guerra; que si los de Larenta fuesen vencedores, que el rey de Rosia les dejase libres y que luego alzaría su real y sin

hacer daño alguno se tornaría a su tierra; y si por ventura los de la ciudad fuesen vencidos, que el emperador y emperatriz y princesa fuesen puestos en la merced del rey de Rosia.

Todos decían que era muy bien acordado lo que Drumelia decía. El rey dijo ante todos que era muy triste por la muerte de Jarahón, y mandó que con mucha honra sacasen su cuerpo del campo y lo llevasen a su tienda. Y con haber acordado lo que oído habéis se fue cada uno a reposar a su tienda, y el rey quedó en la suya, no con tanto orgullo como solía otras veces quedar; y así, durmieron aquella noche, no sin muchas guardas y velas que quedaron en el real. Venida que fue la mañana, el rey de Rosia hizo llamar a dos caballeros muy preciados en armas, y así lo eran en su saber, que había nombre el uno Laumacén y el otro Zediquelamón, y como estos caballeros fueron ante el rey, él les dijo:

—Amigos, conviene que os vais a la ciudad de Larenta y habléis al emperador Aliandro de mi parte.

Los caballeros le dijeron que harían su mandado; el rey les dijo aquello que ya oístes que la noche pasada se concertó. Los caballeros besaron las manos al rey y luego se armaron, salvo las manos y la cabeza; tomaron sus caballos y fuéreronse para la ciudad, y como a ella llegaron, dijeron a una de las guardas que encima de los muros andaban:

—Diréis al emperador Aliandro que aquí son dos caballeros del real que a su alteza quieren hablar de parte del rey y de aquellos señores de la hueste.

La guarda le dijo que atendiesen, y como ante el emperador fue, díjole:

—Allí están dos caballeros de los del rey de Rosia: quieren estar con vuestra majestad.

El emperador le dijo:

—Pues abridles la puerta y entren: sabremos qué demanda traen.

Luego fue hecho, y los caballeros entraron en la ciudad. Y como en el palacio del emperador fueron, sin le hacer ningún acatamiento le dijeron:

—Emperador Aliandro, no te hacemos aquella medida y acatamiento que a tu real persona conviene hacer por cuanto somos venidos aquí por mandado del rey de Rosia, que tu capital enemigo es.

Este caballero que con el emperador hablaba era Laumacén, que era de los dos el más anciano, aunque no pasaba de cincuenta años. Él dijo la embajada al emperador como ya lo oístes que en la tienda se concertó la noche pasada. Como el emperador entendió lo que los caballeros querían, díjoles:

—Caballeros, diréis al rey vuestro señor que yo acepto la batalla, y con todas las condiciones que piden, pero que por agora no puede ser, por cuanto el caudillo mayor de mis gentes es herido, que es el valiente y muy esforzado príncipe don Cristalián. Diréis al rey de Rosia que en siendo guarido yo le prometo que luego se haga lo que pide, que yo no he otro mayor deseo sino ver el fin desta guerra. Y pues él quiere que en esta batalla fenezca, que yo soy muy contento dello, y que así se hará como lo envía a pedir.

Como el emperador dio su respuesta, luego los caballeros se salieron del palacio y se fueron para el real de los paganos, y así como en la tienda del rey fueron, ellos dijeron la respuesta que traían. A la sazón estaban en la tienda catorce reyes de los de la hueste. El rey de Rosia les dijo:

—Conviénenos sufrir hasta que don Cristalián sea guardado, porque aunque daño alguno queramos hacer, no tenemos para ello lugar si los de la ciudad no quieren salir; y esto será gran daño, porque en este tiempo pueden venir gentes al emperador.

—Por muchas que le vengan —dijo el jayán Manucro—, le tenemos gran ventaja.

Y quedáronse hablando en lo que les convenía hacer.

Así como los caballeros del rey de Rosia salieron del palacio, el emperador Aliandro con los altos hombres que en su compañía estaban se entraron en la cámara de don Cristalián y halláronle que lo acababan de curar. El emperador se asentó junto a su lecho y le contó todo lo que el rey de Rosia le envió a decir, y asimismo le dijo lo que él había respondido. Mucho fue ledo don Cristalián de la respuesta que el emperador había dado, y dijo:

—¿Tanta voluntad tiene el rey de Rosia de ver el fin desta guerra? Él lo verá, y será por su mal, si Dios por bien lo tuviere.

El emperador le dijo:

—Muy poca gente tenemos: menester es que mientras vos seáis guardado, que se haga toda la gente que se pudiere hallar.

—No será menester —dijo don Cristalián—, pues que toda la mejor gente de guerra que hay en Persia es en la ciudad y fuera della. Yo, mi señor, envié por gente al emperador mi padre: no creáis que tardará de ser llegada; y asimismo envié a España. Pues teniendo esta ayuda no habemos menester allegar más gentes. Don Bernay envió a su padre el rey de Gratamur por toda la gente más escogida de guerra que le pudiese enviar. Todos creo yo que vernán a un tiempo.

—Mucho soy alegre —dijo el emperador— de oír tan buenas nuevas: de esa manera no es razón de temer a nuestros enemigos.

—Pues vuestra majestad tome mucho placer y a mí me dejé el cargo de este hecho, que con el ayuda de Dios el rey de Rosia llevará el galardón de su locura.

—Teniéndoos yo a vos en la mi compañía —dijo el emperador—, no es razón que yo temiese al mundo todo que viniese contra mí.

Y así, estuvieron hablando en las cosas de la guerra una pieza. A la sazón que el emperador se quería ir entró por la puerta de la cámara una de las guardas que las puertas de la ciudad tenían a cargo, y dijeron al emperador cómo allí estaban seis caballeros que decían que ellos venían para servir a su majestad en aquella guerra, que los mandase abrir si era la su merced de los tomar en su servicio. El emperador mandó que los abriesen, y luego fue hecho; y los caballeros entraron y se fueron al palacio, y de allí los guiaron al aposento de don Cristalián, y como en él fueron, los caballeros holgaron mucho en ver a don Cristalián, y todos seis se humillaron al emperador. Don Cristalián dijo:

—Señores caballeros, si por bien lo tuviéredes, quitaos los yelmos y conoceremos quién sois, pues decís que venís a servir al emperador en esta guerra.

El uno dellos respondió diciendo:

—Señor caballero, ¿quién en el mundo sería tan sandio que no hiciese vuestro mandado?

Y diciendo esto, luego el caballero se quitó el yelmo y fue por don Cristalián conocido ser Dismael de la Roca; él fue estrañamente ledo, y dijo:

—Señor Dismael, decidme quién son esotros caballeros que en la vuestra compañía traéis.

—Sabed, mi señor, que son el rey Liramante de Siria y Mirantenor, príncipe de Inglaterra, y don Veros de Licante príncipe de Hungría. Este otro caballero es Guiladoro mi hermano, y ese otro es Torcano el Crespo.

Cuando el emperador vio tan preciados caballeros en su compañía, y personas con quien don Cristalián mostraba tanta alegría, cuidó que debían de ser de alta caballería, según en sus personas se mostraba. Don Cristalián dijo al emperador:

—Mi señor, honre vuestra majestad mucho a estos caballeros, que lo merecen por cuanto todos ellos son escogidos en el mundo.

En este tiempo los caballeros llegaron a besar las manos al emperador, pero él no se las quiso dar, antes los abrazó con mucho amor y luego los hizo desarmar y cubrir de ricos mantos. Y como sentados fueron, don Cristalián dijo:

—Mis señores, ¿qué ventura a tal tiempo os ha traído por estas partes?

Dismael de la Roca dijo:

—Guiladoro mi hermano y yo estábamos en Armenia, adonde la vuestra merced sabe que mi corazón es captivo. Y allí estando un día ante la reina mi señora, entró un caballero que las nuevas desta guerra nos dijo. Yo como las oí, pareciome que en venir a servir al emperador hacía lo que debía; Guiladoro mi hermano tuvo el mismo deseo que yo, y así, tomando licencia de la reina nos partimos para este imperio, y viniendo nuestro camino, en una floresta topamos al rey de Siria, que venía de Marmantia con intención de servir al emperador. A Mirantenor y a don Veros de Licante y Torcano hallamos tres millas de aquí, que venían a lo mismo que nós veníamos.

—A Dios merced —dijo don Cristalián— que a tal tiempo nos juntó aquí a todos.

Grande era la alegría que el emperador tenía en su corazón de ver a tanto buen caballero en su compañía. Los caballeros preguntaron al emperador por el estado en que la guerra estaba; don Cristalián se lo contó todo como lo habéis oido. Ellos fueron muy ledos por haber venido a tan buen tiempo por ser en la batalla. Asimismo preguntaron por la gente del emperador. Don Cristalián dijo que a la sazón tenían muy poca, pero que cada día lo esperaban. Estando en esto y en otras cosas hablando entró un doncel de la emperatriz y dijo al emperador:

—La emperatriz mi señora ruega mucho a vuestra majestad que le dé parte destos caballeros que agora nuevamente son venidos, que los mucho desea ver por cuanto ya sabe quién son.

El emperador les dijo:

—Señores caballeros, la emperatriz envía por vos, que ha mucho deseo de la vuestra vista.

Ellos se levantaron. Haciendo su acatamiento al emperador, se fueron con el doncel al aposento de la emperatriz y allí hallaron a la princesa Penamundi con ella. Ellos fueron espantados de ver la su gran hermosura, y luego cuidaron todos (así como era)⁴³⁶ que don Cristalián la amaba, pues tanta voluntad tenía al servicio del emperador. Los caballeros besaron las manos a la emperatriz, y asimismo a la

⁴³⁶ 1587: ‘eran’ (284r).

princesa; ella los recibió como aquella que era la más mesurada doncella de cuantas en su tiempo habían nacido. La emperatriz les dijo:

—Mis buenos señores, mucho es lo que el emperador mi señor os debe en le venir a ayudar a tiempo de tanta necesidad.

—Nós recibimos gran merced —dijo Dismael de la Roca— en se querer el emperador servir de nuestras personas, y esto haremos con mucha voluntad. Y si su majestad hubiere menester gente, somos aparejados de enviar a nuestras tierras por toda la que menester fuere.

La emperatriz les dio muchas gracias por la ayuda y buena voluntad que al emperador mostraban tener. La princesa pregunta a Dismael de la Roca que en qué tierra estaba cuando supo de la guerra que el emperador con los paganos tenía.

Dismael le dijo:

—Mi señora, yo estaba en Armenia en servicio de la reina Libida.

La princesa le dijo:

—Hanme dicho que esa reina de Armenia es una de las apuestas doncellas que hay en aquellas partes.

—Así es verdad —dijo Dismael—, y con mucha parte de hermosura que Dios le dio, no le dio menos de medida, que lo es más que cuantas nacieron.

Y allí estuvieron con la emperatriz y princesa hasta que el emperador los envió a llamar. Y antes que al emperador fuesen entraron en el aposento de la infanta Minerva, y ella holgó mucho con la vista de aquellos caballeros. Y cuando hubieron con ella estado una pieza fuéreronse adonde el emperador estaba. Y así los dejaremos hasta su tiempo, por contaros de las gentes que en Persia vinieron en ayuda del emperador Aliandro.

Capítulo CXX

De cómo la gente del emperador Lindedel de Trapisonda llegaron en Persia y de la mucha alegría que el emperador Aliandro con ello hubo.

PASARON bien quince días antes que don Cristalián del lecho se levantase. Ya que él estaba muy bueno y guarido de todas sus llagas, y la infanta Minerva asimismo en sus enteras fuerzas, estando todos un día en el gran palacio del emperador entró por la puerta un caballero arruado de todas armas salvo las manos y la cabeza. El caballero se humilló ante el emperador y le dijo:

—Poderoso emperador Aliandro de Persia, el emperador Lindedel de Trapisonda, mi señor, me mandó que a vuestra majestad besase las manos de su parte, y asimismo que os dijese que él tiene mucho deseo de os servir, por las nuevas que de vuestra grandeza por el mundo suenan. El príncipe don Cristalián le hizo saber la necesidad en que a la sazón vuestra majestad estaba, y él, por os servir y os hacer buena obra, os envía cincuenta mil de caballo, y todos gente muy escogida, y asimismo envía docientos mil peones. Toda esta gente viene pagada por este año, y si más fuere menester, que lo pagará por diez y por veinte. Por caudillo mayor viene el príncipe don Griolanís, que a la sazón en Trapisonda se

halló; en la su compañía viene el príncipe don Sarcelio. Debajo de su mano vienen muchos capitanes, todos caballeros muypreciados y escogidos. El príncipe don Griolanís pide a vuestra majestad le mande ir con su gente donde servido fuere.

Cuando el emperador entendió el gran socorro y ayuda que el emperador Lindedel le enviaba, volvióse a don Cristalián y díjole:

—No sé yo con qué pueda servir al emperador vuestro padre el gran socorro que en tiempo de tanta necesidad me hace. Dios que tiene el poder le dé el galardón, que mi estado ni fuerzas no bastan..

—Mi señor —dijo don Cristalián—, el emperador mi señor hace lo que debe y es obligado, y por tanto, él ni ninguno que en esta guerra os sirvieren no merecen gracias.

El emperador se volvió al caballero y le dijo:

—Amigo, id a don Griolanís y decidele de mi parte que él sea el bienvenido, y que traiga su gente bien recogida y que se venga por estotra parte de la ciudad.

El caballero se humilló al emperador y se fue a besar las manos a don Cristalián; él le recibió con demasiada alegría. El caballero le dijo:

—Señor don Cristalián, el emperador mi señor os envía por mí a decir que fue muy ledo cuando vio a Libanor vuestro escudero con la demanda que iba; que os ruega y manda que cualquier necesidad, así de tesoros como de gente, que el emperador Aliandro tenga, que se la hagáis saber, que luego enviará todo aquello que menester fuere; y es grande la su alegría porque en servicio de tan alto príncipe gastáis vuestro tiempo.

—Amigo —dijo don Cristalián—, no esperaba yo menos del emperador mi señor, sino que en todo me había de hacer mercedes. Id a don Griolanís y decidele que lo más secreto que él pueda traiga su gente destotra parte de Larenta, que allí le saldré a hablar.

El caballero se le humilló, y así, se fue para donde don Griolanís estaba y contóle el buen recibimiento que el emperador le había hecho, y asimismo le dio las saludes de don Cristalián y le dijo lo que ya oístes que de su gente había de hacer, que don Cristalián le saldría a hablar. Don Griolanís hizo recoger toda su gente lo mejor que pudo, y así, a pequeño paso comenzaron a venirse su poco a poco hacia la ciudad, por manera que cuando fue la medianoche ya don Griolanís estaba de la otra parte de Larenta y allí hizo recoger toda su gente, por que no hiciesen bullicio ninguno.

No había mucho tiempo que don Griolanís había llegado cuando don Cristalián de España subió en su caballo y se salió fuera de la ciudad, y a poco rato llegó donde la gente de Trapisonda estaba. Cuando don Griolanís y don Sarcelio, que a caballo andaban, vieron a don Cristalián, luego se apareon de sus caballos, y don Cristalián hizo lo mismo, y cuando fueron juntos hicieron grandes acatamientos los unos a los otros, como aquellos que cada cual era príncipe y gran señor. Después que se hubieron hablado, don Cristalián dijo a don Griolanís:

—Mi señor, no sé yo cuándo pueda servir la gran merced que se me ha hecho en querer tomar este afán, que no es poco regir y gobernar tanto número de gente.

Don Griolanís le respondió:

—El emperador Lindedel, no mirando a mi poco merecimiento, me hizo caudillo mayor de toda su gente. Aunque mi valor sea poco, el deseo que yo de

servir al emperador vuestro padre tengo es mucho, y bien creo yo que su majestad conoció en mi esta voluntad que yo le tengo y durará mientras a mí Dios vida me diere.

Don Cristalián le dijo:

—El emperador mi señor supo bien lo que hizo en dar el cargo de su gente a tan preciado caballero como lo vos sois.

Y así, se volvió a don Sarcelio y le dijo:

—Vos, señor don Sarcelio, siempre me parece que habéis residido en Trapisonda después que la infanta Canforavereda en compañía de la infanta Lucendra llevastes.

Como don Griolanís oyó nombrar a la infanta Lucendra dio un pequeño sospiro. Don Cristalián, que en ello paró mientes, luego cuidó que don Griolanís amaba a la infanta su hermana, y no le pesó dello, por cuanto era muy buen caballero, y asimismo era señor de gran tierra. Don Cristalián dijo a don Griolanís:

—Mi señor, bien será que esta gente se junte más a la ciudad.

—Así sea como lo vos, mi señor, mandáis.

Y luego su poco a poco se llegó y allí armaron tiendas, todas las que fueron menester para todos los principales, y asimismo hicieron otras estancias para todas las otras gentes. Esto no se pudo hacer tan secretamente que del real de los paganos no fuese sentido, y luego el rey de Rosia envió a saber qué gentes eran aquellas que de la otra parte de la ciudad estaban. Supo cómo eran de Trapisonda. Mucho fue triste el rey de Rosia en oír aquellas nuevas, aunque no lo dio a entender, y dijo:

—Mucho querría saber qué tanta gente es la que de Trapisonda vino.

—Grandes compañías son —dijo un caballero que fue a saber qué cosa era.

—Con estas gentes que agora son venidas, luego el emperador nos dará batalla —dijo el rey de Salmatar.

—Sea como nuestro muy sancto profeta lo ordenare —dijo el rey de Rosia—, que yo no dejaré de dar la batalla cuando bien me estuviere.

Como la gente de Trapisonda fue junto a la ciudad, don Cristalián tomó consigo a don Griolanís y al príncipe don Sarcelio y juntos se entraron en Larenta. Y como ante el emperador fueron, don Griolanís se humilló por le besar los manos; el emperador no se las quiso dar, antes lo abrazó y le hizo levantar diciéndole:

—Señor don Griolanís, en los tales tiempos se parecen los amigos.

—Yo por servidor grande me tuve siempre de vuestra majestad —dijo don Griolanís.

Siempre os tuve yo —dijo el emperador— por uno de los preciados caballeros que yo sé.

—Mi señor —dijo don Griolanís—, en presencia deste preciado caballero no hay quien cosa alguna valga. Yo valgo ante él menos que nadie.

—Vos, mi señor, valéis, ante mí y ante cuantos son en el mundo, mucho —dijo don Cristalián.

En este tiempo llegó don Sarcelio y besó las manos al emperador; él lo recibió con mucha alegría. En esto entró en el palacio Libanor y besó las manos a su señor; él le recibió con mucha alegría, preguntándole cómo le había ido en aquel camino...

—Muy bien —dijo Libanor—, que en ser en el vuestro servicio cualquier trabajo tengo yo por bueno.

Cuando con Cristalián con aquellos caballeros en la ciudad entró ya era muy cerca del día, y sabed que el emperador nunca se había querido acostar, atendiendo al príncipe don Griolanís por le mucho honrar. Y como ya era la hora que oído habéis, no se detuvieron allí mucho, más de cuanto don Griolanís dijo al emperador cómo el emperador Lindedel se le encomendaba por muchas veces, y que todo cuanto menester hubiese para aquella guerra lo hallaría en él, como persona que lo mucho amaba.

—Por las obras lo hemos visto —dijo el emperador.

Y con esto se fueron a dormir cada uno a su aposento. A don Griolanís y don Sarcelio aposentaron en el palacio, adonde durmieron la parte de la noche que les quedaba. Y como el día fue venido, luego aquellos caballeros se levantaron. Don Griolanís y don Sarcelio fueron a besar las manos a la emperatriz y princesa. Ellas los recibieron con mucha alegría, como aquellas que hubieron demasiado placer con la su venida. La infanta Minerva entró a la sazón que los caballeros estaban en la cámara de la emperatriz; don Griolanís y don Sarcelio se le humillaron por le besar las manos, pero la infanta no se las quiso dar. Don Griolanís le dijo:

—Mi señora Minerva, paréceme que gran tiempo con vuestro bravo corazón y valiente brazo os habéis mantenido con los paganos, según el príncipe don Cristalián me lo ha contado.

—Valgo yo tanto como nada —dijo la infanta—, pero el deseo que yo de servir al emperador tengo hizo parecer que alguna cosa hacía.

—Fueron muchas y muy señaladas las que la vuestra merced en esta guerra ha hecho, y muy dignas de memoria, por ser hechas de la mano de una hermosa doncella como lo vos sois.

La infanta se le humilló por la honra que le daba, y así, se asentaron todos y estuvieron hablando en lo que entre manos tenían, que era la guerra. En este tiempo vinieron a llamar a don Griolanís de parte del emperador, que ya era levantado. Don Griolanís que oyó su mandado, se despidió de la emperatriz y princesa y infanta, y lo mismo hizo don Sarcelio y juntos se salieron al palacio, adonde fueron muy bien recibidos del emperador, y díjole:

—Señor don Griolanís, yo os hice llamar para haceros saber que don Cristalián y yo queremos salir a ver la gente de Trapisonda.

—Vamos cuando vuestra majestad mandare.

Luego les ensillaron los caballos, y como aparejados fueron, el emperador y aquellos príncipes, con todos los altos hombres que en el palacio estaban, se salieron fuera de Larenta. Y como el emperador tendió los ojos por aquellos campos, vio que todos a gran priesa estaban armando tiendas y pabellones. Los más principales que con don Griolanís habían venido vinieron a besar las manos al emperador; él los recibió como aquél en quien había más mesura que en otro príncipe que en el mundo fuese. El emperador fue muy pagado de ver tanta y tan lucida gente, y como una vuelta dio al campo, tornáronse él y aquellos caballeros que con él salieron a entrar en la ciudad.

Aquel mismo día que el emperador salió a ver la gente de Trapisonda vino un gran señor pagano que había nombre el Gran Lautendor. Traía consigo grandes

compañas de gentes; y como el rey de Rosia supo la su venida, él y los máspreciados de la hueste le salieron a recibir, y cuando fueron cerca los unos de los otros, el Gran Lautendor se apeó, y el rey asimismo, ca sabed que era mayor señor que si rey fuera. El Gran Lautendor se humilló ante el rey de Rosia, haciéndole grande acatamiento. El rey asimismo le hizo aquella cortesía que a un rey se debía hacer, y después lo abrazó con mucha voluntad. El Gran Lautendor le dijo:

—Mi señor, estando en el mi gran señorío oí decir la conquista que vuestra alteza había tomado. Pareciome que era cosa muy justa y sancta que no quedase persona en toda la morisma que en vuestro favor y ayuda no viniese, y considerando la guerra ser contra los enemigos de nuestra sancta ley, a gran priesa mandé que en toda mi tierra se hiciese gente. Y como fue hecha, puse luego mi persona en camino, pospuesto cualquier trabajo que en él se pudiese tomar, con deseo de servir a la vuestra merced en esta guerra. En mi compañía vienen treinta mil de caballo y cien mil peones, toda gente escogida y muy bien aderezada, y con ellos mi persona, que os obedecerá como el menor que hay en toda la hueste.

El rey le dio muchas gracias por la buena ayuda que a tal tiempo le hacía. El rey llevó al Gran Lautendor a su tienda, y allí estuvo hasta que una rica y muypreciada tienda fue aparejada.

Oído habéis cómo Drumelia nunca salía de la tienda del rey de Rosia. El Gran Lautendor preguntó que quién era aquella dueña que en la su compañía estaba, el rey le dijo:

—Vos, mi buen señor, sabréis que ésta es Drumelia, la gran sabidora en las artes.

Drumelia se levantó y se humilló al Gran Lautendor; él la hizo asentar y le dijo:

—Grandes tiempos ha que tengo de vos noticia, y es razón que todos os honremos y tengamos en mucho, pues vuestro gran saber empleáis en hacer todo mal y daño a los cristianos.

Drumelia se le humilló por la honra que le daba. Todos los reyes y grandes señores vinieron a la tienda del rey de Rosia, y allí hablaron al Gran Lautendor. Y asimismo se concertó que de ahí a tercero día se diese la batalla, antes que al emperador Aliandro le viniese más gente de la que tenía. Este concierto hecho, cada uno se fue a su tienda para aparejarse de todo aquello que les era menester. El rey de Rosia envió un caballero al emperador Aliandro pidiéndole batalla campal para el tiempo que ya oístes; el caballero hizo su mandado, y luego se fue a la ciudad y dijo a las guardas que venía con mandado al emperador. Como vieron que un caballero solo era, luego lo dejaron entrar; y él se fue al palacio del emperador, y sin hacer acatamiento alguno le dijo:

—El rey de Rosia mi señor me envía a vuestra majestad, y dice que él ha sabido cómo el príncipe don Cristalián es ya guarido de sus llagas; que la vuestra merced sea contento que la batalla se dé de hoy en tercero día; que si así lo quisiéredes hacer, que él es contento de pasar por la postura que los días pasados os envió a decir. Y que si al contrario quisiéredes hacer, haceos saber que no dejará villa ni ciudad del imperio de Persia que todo no sea puesto a fuego y a sangre.

El emperador le respondió:

—Caballero, decid al rey que la batalla se dará para el día que la pide, y que yo espero en Dios que será el día de su perdición, y este mal le ha de venir por la gran

soberbia que consigo trae. Decidle que yo quiero que así sea como él lo pide, que nuestra guerra fenezca en esta batalla. Y con esto os podéis ir, que no hay más que os decir.

El caballero se salió del palacio, sin hacer acatamiento, y se fue para el real, adonde el rey estaba, y le dio la respuesta que del emperador Aliandro traía, como lo habéis oído. El rey de Rosia fue muy ledo en oír la respuesta que el caballero le habla dado, porque él tenía por muy cierta la victoria si la batalla se diese. De la una parte y de la otra no se entendía en otra cosa sino en aparejarse los unos y los otros de todo lo que les era menester.

Sabed que la víspera del día que la batalla se había de dar, a hora de vísperas llegó la gente de España, que serían por todos treinta mil de caballo y ciento y setenta mil peones. Esta gente española era maravillosamente lucida; venía por caudillo mayor un sobrino del rey Bracamor que había nombre el Fuerte Dardanio, caballero mancebo y muy preciado en armas. Fueron muy bien recibidos del emperador y de don Cristalián, y holgaron mucho, porque la gente española es entre todas las naciones muy preciada. Raduel vino a besar las manos a su señor; don Cristalián holgó mucho con la su vista, y dijole:

—Raduel amigo, mucho eres buen mensajero, pues has traído tan buen recado.

—Dejaos de eso, mi señor —dijo Raduel—, que yo nunca fui conocido. Pero estuve en muy poco de dejar la vuestra compañía: tanto soy pagado del rey Bracamor y de la reina Pinalba vuestros abuelos. Grandes mercedes son las que allá se me hicieron, y sobre todas fue la mayor darme tan buen recado de la demanda que yo llevé.

—No podía ser menos —dijo don Cristalián—, enviando yo tal mensajero como tú.

Estando todos de la manera que oído habéis entró por la puerta de la sala un caballero, y haciendo su acatamiento, dijo al emperador:

—Señor, muy cerca es de aquí la gente del rey de Gratamur.

—Y ¿cómo lo sabéis vos? —dijo el emperador.

—Yo la encontré, que queda de aquí cuatro o cinco millas.

Mucho fue ledo don Bernay en oír estas nuevas, que le pesaba mucho porque la batalla se había de dar sin que su gente fuesevenida, y dijo al emperador:

—Yo me quiero ir a ver qué gente es la que el rey mi padre envía.

Don Cristalián dijo que él iría en su compañía, y así, se salieron luego del palacio, y subieron en sus caballos y tomaron el camino que el caballero los guio, y no anduvieron mucho tiempo cuando vieron la gente del rey de Gratamur. Y como cerca llegaron los unos de los otros, un caballero anciano, que por caudillo mayor venía, conoció a don Bernay y luego se apeó por le besar las manos, y como junto al caballo de don Bernay llegó, él le dijo:

—Amigo, hablad al príncipe don Cristalián, que es este caballero que comigo veis.

El anciano caballero le pidió las manos; don Cristalián no se las quiso dar, antes lo abrazó. Y de allí se fue a don Bernay, y después que le besó las manos le dijo:

—Señor don Bernay, el rey mi señor envía aquí toda la más gente que él en breve tiempo pudo juntar, que son veinte mil de caballo y cincuenta mil peones. Él queda con mucho deseo del servicio del príncipe don Cristalián, por cuanto lo debe

al emperador Lindedel su padre. Y mandome decir que si necesidad hubiese, que él en persona vernía con toda la gente de su reino.

Don Cristalián le respondió:

—No haría yo menos en cosa que a él le tocase. Bien ha mostrado la voluntad que al emperador mi padre tiene.

Don Bernay dijo:

—Vamos de aquí, que es muy tarde.

El caballero de Gratamur subió en su caballo, y así, se fueron para la ciudad dejando toda aquella gente en el lugar que habían de hacer su asiento. Y así, se fueron al palacio del emperador, y el caballero de Gratamur, que había nombre Gristolano, besó las manos al emperador. Don Bernay dijo:

—Vuestra majestad perdone que la gente que el rey mi padre envía no son sino veinte mil de caballo y cincuenta mil peones, pero es gente bien aderezada para la guerra.

—Ello es mucho —dijo el emperador—, y vengan con la buena ventura, pues a tal tiempo han llegado.

En el palacio del emperador estaban a la sazón todos los altos hombres de su imperio, y asimismo los principales de su campo, y allí contaron toda la gente que el emperador tenía y hallaron que eran una parte de la que el rey de Rosia tenía, que eran sin cuento con la gente que el Gran Lautendor había traído.

—Nós tenemos —dijo don Cristalián— mucha y muy lucida, a Dios merced, que aunque el mundo estuviese en el campo del rey de Rosia, no dejaría de acometerlos con la gente que de nuestra parte tenemos, que es mucha, y toda gente muy escogida. Salgamos luego de aquí, que no es tiempo de tomar tanto reposo. Pues mañana es el día de la batalla, conviene que cada uno se apareje de lo que menester hubiere.⁴³⁷

Así, se levantaron todos y se fueron a sus posadas. Don Cristalián y la infanta Minerva se fueron juntos, y cuando en el aposento de don Cristalián fueron, él le dijo:

—Mi señora Minerva, haced de manera, si queréis que Dios mañana la victoria me dé, que yo vea a mi señora la princesa esta noche.

La infanta dijo que por le servir haría su mandado.

—Vos, mi señor, me atended aquí en vuestra cámara, que cuando tiempo fuere yo verné por vos.

Don Cristalián le quiso besar las manos, y le dijo:

—Si vos, mi señora, mandáis, yo haré otro tanto por vos, que llevaré comigo al rey de Pasamar.

—Esas mercedes yo por agora no las quiero recibir.

—Hágase como lo mandáredes, que yo no querría enojaros en solo un punto.

Y así, se anduvieron paseando y hablando en lo que más les agradaba hasta que fue hora de cenar, que la infanta Minerva se despidió de don Cristalián y se fue a cenar con la princesa. Cuando en su cámara entró, hallola que estaba sola con la infanta Sandalina, y con mucha tristeza. La infanta Minerva le dijo:

⁴³⁷ 1587: ‘hnuiere’ (286v).

—Mi señora, ¿qué es la causa por que en vuestro hermoso rostro veo señales de tanta tristeza?

—¡Ay señora Minerva! —dijo la princesa—. ¿No veis la razón que para ello tengo? Ser mañana el día final de nuestra victoria o nuestro vencimiento, ¿quién no ha de sentir el tiempo en que estamos, viendo las grandes compañías de gentes que el rey de Rosia tiene, que son tres veces más que las que de nuestra parte tenemos?

—Mucho soy maravillada —dijo la infanta Minerva— de una persona de tan poco corazón como lo vos sois. ¿Por ventura tiene el rey de Rosia otro don Cristalián en su compañía como vuestro padre lo tiene? Vistes que no ha muchos días que con sola su persona puso todo el ejército del rey de Rosia en arrebatado temor de ser todos perdidos; ¿qué hará teniendo de su parte tantos y tan preciados caballeros como hoy son juntos en Larenta? Nunca mi corazón estuvo con tan demasiada alegría como lo agora está; y tengo mucha razón, pues mañana ha de ser el día de nuestra gloria.

—Así lo ruego yo a Dios —dijo la princesa— que mañana a estas horas seamos todos con demasiada alegría.

—Sí estaremos —dijo la infanta Minerva—. Y si vuestra alteza manda, cenemos.

Luego fue la mesa de la princesa puesta y cenaron con mucha alegría, que la infanta Minerva no cesaba de decir cosas por donde la princesa tomaba mucho placer. Y como la cena fue acabada, la infanta Minerva dijo a la princesa:

—Mi señora, esta es la noche que a don Cristalián habéis de dar infinitos favores, porque sed cierta que como vos lo favoreciéredes, así lo hará él mañana en la batalla.

—¡Ay señora! —dijo la princesa—. Y ¿qué favores le puedo yo dar más de los que hasta aquí le he dado?

—Yo no me entremeto en nada de eso, pero vos haréis como quien sois y como lo él merece.

En esto y en otras cosas estuvieron hablando hasta que fue hora que la infanta Minerva fuese por don Cristalián; y luego se salió de la cámara de la princesa y se fue adonde don Cristalián estaba, y hallolo asentado en una silla, solo en su cámara. Y como ella entró díjole:

—¡Ea buen caballero, venid comigo, que aquella hermosa princesa os atiende!

Don Cristalián recordó como de sueño (que mucho estaba cuidando en el fin que Dios había de dar en sus amores), y luego se salió de la cámara dejando en ella a Libanor, y ellos dos se fueron muy paso hasta que en la de la princesa entraron. Luego la infanta Minerva cerró. Don Cristalián se fue a su señora, y humillándose ante ella le besó las manos muchas veces, y díjole:

—Mi señora, ¿qué tristezas son estas que me ha dicho la infanta Minerva que tenéis? No es tiempo sino de mostrar demasiada alegría, pues veis en vuestro servicio toda la flor de la caballería, que es estos caballeros que por os servir son aquí venidos.

—Si yo no tuviese —dijo la princesa— más esperanza en la vuestra ayuda que en la suya, por ventura sería más triste de lo que soy; que después de Dios, toda

mi esperanza tengo puesta en la vuestra alta caballería, aunque temor no me falta que algún daño no os venga.

Esto decía la princesa besándole en el rostro (que ya la infanta Minerva y Sandalina eran apartadas de allí).

—¿Qué daño me puede a mí venir —dijo don Cristalián—, recibiendo yo de vos, mi señora, tantas y tan crecidas mercedes?

Y diciendo esto la tomó en sus brazos; y allí estuvieron una parte de la noche. Y cuando fue hora que don Cristalián se fuese, la princesa sacó de sus hermosos pechos un pequeño relicario de oro maravillosamente obrado, guarnido con piedras y perlas de mucho valor, y diolo al príncipe don Cristalián diciéndole:

—Mi buen amigo, este relicario llevaréis vos por amor de mí, que dentro están grandes y muy preciadas reliquias.

Don Cristalián lo tomó, y por él besó las manos a su señora, y poniéndose de hinojos ante ella le pidió su bendición. La princesa se la dio con las lágrimas en los ojos, que no pudo menos hacer: tanto dolor sintió en verlo apartar de sí considerando en cómo otro día era día de la batalla. Don Cristalián la tornó a abrazar y luego se despidió, y salió de la cámara de la princesa y se fue a su aposento, y se acostó y durmió la parte de la noche que le quedaba. La princesa e infantas Minerva y Sandalina asimismo se echaron en sus lechos y durmieron hasta que el día fue venido, que la infanta Minerva se levantó, y como fue vestida, ella se salió muy poco, por no despertar a la princesa, y se fue al aposento de don Cristalián, y cuando en él entró, aunque muy de mañana era, ya él estaba vestido, que quería ir al aposento del emperador. La infanta le dijo:

—Bien parece, mi señor, que anoche os acostastes algo temprano, según habéis tomado la mañana.

Don Cristalián se rio, y así, se salieron de la cámara y se fueron al gran palacio, donde hallaron al emperador que ya era levantado.

Capítulo CXXI

En que se cuenta la dolorosa batalla que entre el emperador Aliandro de Persia y el rey de Rosia se dio y de lo que aquel día les acaeció.

Ala sazón que la infanta Minerva y don Cristalián entraron entró por la sala una doncella ricamente guarnida y de gentil apostura; traía a su cuello un pequeño barrilete de oro muy bien labrado. La doncella se humilló ante el emperador, y después que le hubo besado las manos le dijo:

—Serenísimo emperador de Persia, el emperador Lindedel de Trapisonda mi señor me mandó que a vuestra majestad diese este barrilete de agua, que a la sazón no tenía otra cosa que de más valor fuese para os servir; que sepa vuestra majestad cómo es de la Fuente de Pretenda, que ha tal virtud, que cualquier herida que con ella se lava es luego sana. Asimismo jamás se acaba, porque una gota que echen en gran cantidad de agua, tiene la misma virtud.

—Buena doncella —dijo el emperador—, el don que el emperador vuestro señor me envía es muy grande. Yo le tengo en tanto cuanto es razón que tan preciado don se tenga. No sé yo con qué pueda servirle tan crecidas mercedes como en tiempo de tanta necesidad yo he recibido. Amiga, diréis al emperador que si Dios con bien del tiempo en que estamos nos saca, que entiendo de ir a holgarme con él a Trapisonda, solamente por ver y conocer su persona real antes que los mis días se acaben.

La doncella le besó las manos, y dijo que luego se quería partir, si su majestad le daba licencia para ir a besar las manos a la emperatriz y princesa. El emperador mandó a un caballero que con la doncella se entrase al aposento de la emperatriz. Él hizo su mandado, y la doncella se humilló ante ella, y besándole las manos, le dijo:

—La emperatriz Cristalina mi señora manda por mí besar vuestras reales manos, y que no tiene otra cosa con que servir a vuestra majestad sino con rogar a Dios muy afectuosamente que Él sea servido de dar la victoria al emperador Aliandro. En todos los templos de Trapisonda no se entiende en otra cosa sino en hacer grandes oraciones después que allá se supo de la guerra.

—Amiga —dijo la emperatriz—, diréis a la emperatriz Cristalina que Dios le dé el galardón de tan buena obra como nos hace, que de una manera y de otra son grandes las mercedes que de parte del emperador y suya habemos recibido.

La doncella dijo a la emperatriz que la su merced fuese de le dar licencia para ver a la princesa Penamundi de parte de la infanta Lucendra. La emperatriz mandó dar grandes dones a la doncella, y asimismo la mandó llevar al aposento de la princesa. Y como ante ella fue, maravillose mucho de ver la su estraña hermosura, y humillándose, le quiso besar las manos; la princesa se las dio. La doncella le dijo:

—Mi señora la infanta Lucendra me mandó que a vuestra alteza sus reales manos besase, y que no tiene otro deseo sino de os servir, oyendo la vuestra grandeza y estremada hermosura; y que reciba vuestra alteza los servicios del príncipe don Cristalián su hermano en lugar de los que ella a la vuestra merced desea hacer.

La princesa Penamundi le dijo:

—Amiga, diréis a la infanta Lucendra que si ella tiene deseo de la mi vista, que yo no la tengo menos de la suya, que no ruego a Dios otra cosa sino que me traiga a tiempo que yo la pueda servir. Amiga —dijo la princesa—, ¿qué tanto tiempo os deternéis aquí?

—Luego me quiero partir —dijo la doncella.

—Por mi amor —dijo la princesa— que os detengáis hasta que la batalla sea pasada, pues ha de ser hoy, siquiera porque llevéis las nuevas de la ventura que Dios nos quisiere dar.

La doncella le respondió que haría su mandado, pues que tan cedo había de ser la batalla; la princesa holgó mucho dello. La doncella le dijo que quería ir al palacio del emperador, que había de hablar al príncipe don Cristalián «antes que entre en la batalla».

—Id a la buena ventura —dijo la princesa.

Y luego la doncella se salió de la cámara y se fue al palacio del emperador, y en él halló a don Cristalián. Y humillándose ante él, le besó las manos y le dio las saludes que para él traía: y de allí se fue al príncipe don Griolanís y a don Sarcelio, y a don Griolanís dijo:

—Mi señor, la infanta Lucendra mi señora os envía esta cruz haciéndoos saber que por ninguna cosa vos no entréis en la batalla sin ella, que ha dentro grandes reliquias.

Don Griolanis la tomó con demasiada alegría viendo que su señora se acordaba dél en tal tiempo. Asimismo la doncella dio a don Sarcelio las saludes de la infanta Lucendra y Canforavereda, y de allí se tornó al aposento de la emperatriz.

En este tiempo no sería más tarde que hora de prima, porque como la batalla se había de dar aquel día, todos se habían levantado de buena mañana. En el tiempo que la doncella habló con el emperador aquellos señores se habían ido a armar. Don Cristalián, que caudillo mayor era de todo el campo del emperador, dijo:

—Señor, dadnos vuestra bendición, que nos vamos a concertar nuestra gente.

—La de Dios vaya con vosotros —dijo el emperador.

Y luego los caballeros se le humillaron y se salieron al campo. En este tiempo ya toda la gente estaba aparejada. Don Cristalián repartió las haces de la manera que oiréis. A don Griolanís dio una haz de la gente de Trapisonda, que había en ella diez mil de caballo; otra dio a don Sarcelio de siete mil de caballo, y entre otros preciados caballeros que de Trapisonda vinieron repartió las otras haces. A don Bernay dio una haz de la gente de Gratamur de diez mil de caballo, y de la otra gente que quedaba dio la mitad a Gristolano, el caballero que de Gratamur había venido, y la demás dio a Torcano. La gente de España repartió de la manera que oiréis: al Fuerte Dardanio, sobrino del rey Bracamor, dio una haz de diez mil caballeros, y a Dismael de la Roca otra de otros diez mil, y a Liramante, rey de Siria, dio otra de otros diez mil. Toda la gente de España y de Persia repartió juntamente. A Guiladoro el Rubio dio otra de ocho mil caballeros, a don Veros de Licante otra de seis mil, y a Mirantenor otra de siete mil. De toda la gente que quedaba hizo tres haces: la una dio a la infanta Minerva y la otra dio al rey de

Pasamar, que muy buen caballero era, y la última tomó para sí, poniendo por su lugarteniente a Tarance de Lira, sobrino del emperador.

Todas las haces concertadas, puso en la delantera la suya, para que como él moviese, luego partiesen la de don Bernay y la de la infanta Minerva, y que asimismo moviesen las otras a discreción de los capitanes que las gobernaban, y adonde viesen que más necesidad había, allí socorriesen. Todos le dijeron que harían su mandado y en todo le obedecerían. Esto hecho y concertado, el emperador se subió en los muros de la su ciudad (porque ya él estaba en edad de no tomar armas); la emperatriz y princesa y infanta se fueron a un monasterio de monjas a rogar a Dios que amparase y favoreciese a los cristianos. En este tiempo ya los paganos habían concertado sus haces. Eran tan grandes compañías de gentes las de los paganos que los campos cubrían, que semejaba a quien los miraba que para un cristiano había tres mil moros. Estando todos a punto, los de la una parte y los de la otra mirándose los unos a los otros, aquel valeroso príncipe don Cristalián batió⁴³⁸ las piernas a su caballo Fiordelid con tanto furor, que no parecía sino que la tierra se hundía por donde el caballo pisaba.

Al encuentro le salió el rey de Aribín, que con la primera haz del rey de Rosia venía, y encontráronse tan poderosamente, que la lanza del rey de Aribín falsó el escudo a don Cristalián y le pasó por la raíz de la carne; más quísole Dios tan bien que no le hizo daño; pero el príncipe don Cristalián le encontró con tal poder, que al rey de Aribín y su caballo les convino venir al suelo malamente herido, que no se pudo más mover. Don Cristalián le quisiera cortar la cabeza, por cuanto conoció que aquel que había derribado era rey, porque traía la corona encima del yelmo, según era la usanza de moros; y no le dieron lugar, que en socorro del rey de Aribín vino luego el rey de Lenore, que tenía a su cargo la segunda haz, y como bravo león se vino contra don Cristalián, que andaba con su espada en la mano hiriendo de duros y muy pesados golpes a quien delante se le paraba.

El rey de Lenore le encontró por un lado con su lanza, de manera que le hizo algo torcer y aun le hizo una llaga en el costado; pero no se tardó mucho tiempo que el rey de Lenore no llevase su pago, que don Cristalián paró mientes en quién le había herido, y con su espada en la mano se fue para él y diole tal golpe por encima del hombro, que no le prestó armadura que trujese que el brazo no le cortase, con parte del costado, y luego el rey de Lenore cayó muerto. Como los paganos le vieron, luego por le vengar sobrevinieron contra don Cristalián. El rey de Polismaga y el rey de Latanda y el rey de la Bruta vinieron con sus haces, y de gran poder todos encontraron a don Cristalián de tal manera que le convino venir al suelo; pero él, como era uno en el mundo nacido escogido batallador, fue muy presto en pie con su espada Filandria en la mano haciendo maravillas, que nadie no se le paraba delante que a él y a su caballo luego los hacía venir al suelo muertos. De su caballo Flordelid os digo que era cosa espantosa de lo ver, que como vio que a su señor habían derribado, un solo punto no se partía del, antes daba tantas coces y saltos en torno dél, que espantaba a los caballos de los que le venían a herir. Como los paganos vieron su gran fortaleza, todos a una voz decían:

⁴³⁸ 1587: ‘bate’ (288r).

— ¡Muera, muera, que éste es don Cristalián de España, en quien los cristianos tienen su esperanza!

Y como con las espadas no le podían herir, todos tornaron a tomar lanzas para le encontrar; pero no tuvieron lugar para lo hacer, que en este tiempo, como los cristianos vieron a don Cristalián en el suelo, luego a muy gran priesa movió la infanta Minerva y el rey de Pasamar con sus haces en socorro del príncipe, y con el gran poder que llevaban los paganos no le pudieron encontrar; antes como la infanta y el rey de Pasamar llegaron, don Cristalián tuvo lugar de subir en su caballo (que muy cerca de sí lo halló), y como en él se vio fue gran daño para los paganos, que a ninguno alcanzaba a derecho que luego no venía al suelo.

La infanta Minerva se encontró con el rey de Latanda de tan recios encuentros que las lanzas fueron quebradas en piezas, y luego echaron mano a sus espadas y entre ellos se comenzó una espantosa batalla; pero no duraron mucho tiempo en ella, que la infanta Minerva dio tal golpe al rey de Latanda por encima de la cabeza que se la hendió hasta los dientes y luego el rey cayó muerto. Como los paganos vieron de su parte ya muertos aquellos dos tan preciados reyes, y asimismo vieron el daño y gran mortandad que don Cristalián en los suyos andaba haciendo, el rey de Rosia mandó que todas sus haces moviesen; y él asimismo entró en la batalla, pero toda la gente que con él venía andaba en su guarda.

Como los cristianos vieron que todas las haces de los paganos eran en la batalla, a gran priesa Dismael de la Roca y Guiladoro el Rubio y todos movieron y se mezclaron los unos con los otros. Allí viérades una cruda y muy dolorosa batalla, pero eran los cristianos tanto como nada con la muchedumbre de gentes que eran los paganos. Allí viérades la mortandad de entrabbas las partes, y viérades aquellos grandes campos las yerbas verdes todas tintas en sangre, y en tanta cantidad, que de la sangre y del polvo casi los caballos no podían andar. Viérades tantos caballos sin señores andar sueltos por el campo, las voces y clamores de los heridos, que gran dolor ponía a quien los oía. Triste y muy doloroso fue aquel día para muchas dueñas que quedaron sin maridos, y muchos hijos pequeños sin padres, y muchos padres que ante sus ojos veían morir a sus hijos; de manera que nunca tal crueldad en gran tiempo fue vista.

A esta hora don Cristalián andaba hiriendo por muchas partes, pero aunque muchas heridas tenía, no por eso andaba holgado, que siempre miraba adónde la mayor priesa había, y como por una y por otra parte andaba discurriendo, vio uno de los dos jayanes que el rey de Rosia en su compañía traía, que andaba haciendo gran daño en los cristianos, que no acertaba a ninguno con una gruesa maza (que contino con ella y no con otra cosa hería) a derecho golpe que luego no le daba la muerte. Don Cristalián tomó una gruesa lanza que un doncel en las manos traía, y a gran priesa se fue para el jayán, y encontrole tan poderosamente que lo hizo desatinar y el jayán soltó la maza que en las manos traía. Don Cristalián que casi desacordado le vio, muy presto echó mano a su espada, y comenzole a herir de tales golpes que dio con él muerto del caballo abajo.

Don Cristalián comenzó a andar por una y por otra parte por ver adónde había más necesidad de su ayuda, y vio a la infanta Minerva que la habían derribado de su caballo, que estaban más de tres mil hombres sobre ella, y Dismael de la Roca con pieza de caballeros estaba en grande aprieto por la defender; pero no podía

ampararla, que eran sin cuento los paganos que allí se llegaron. Como don Cristalián esta priesa vio, fue muy presto para donde la infanta estaba por que algún daño no recibiese, y como cerca la priesa llegó y la viese tan mal parada y con tanto corazón defenderse, hubo mucho duelo della y fue muy airado. ¿Quién os podría contar las grandes maravillas que en este tiempo don Cristalián hizo?, que con su espada Filandria en la mano, a pesar de todos los que allí estaban, hiriendo a una y a otra parte llegó junto adonde la infanta era, y allí hizo tales maravillas, que la infanta tuvo lugar de tornar a tomar su caballo, y como en él fue comenzó a herir en sus enemigos, que muy presto llevaron el pago del daño que había recibido. La infanta andaba muy mal herida, y don Cristalián asimismo, y él dijo a la infanta:

—Señora Minerva, bien será que nos entremos en la ciudad, que yo he una mala herida en un costado, y asimismo veo que vós estáis malamente herida: desta manera no podremos mucho durar en la batalla.

A la infanta le pareció bien el consejo de don Cristalián, y juntándose los dos, se salieron del campo y se fueron para la ciudad. Como el emperador Aliandro los vio venir, luego los conoció, y dijo:

—Gran daño es éste, que don Cristalián y la infanta Minerva son éstos: mal heridos deben venir.

El duque Nardos (que junto al emperador estaba) le dijo:

—Ellos lo han hecho muy bien, que serán guardados y podrán tornar luego a la batalla.

El emperador descendió de los muros, y a esta hora entraron por la puerta don Cristalián y la infanta; el emperador les dijo:

—¡Ay mis buenos amigos! ¿Qué tales venís?

—Algo venimos heridos: mande vuestra majestad darnos muy presto del agua de Pretenda.

—Aparejada está —dijo el emperador.

Y luego se entraron en una sala y allí los lavaron; y como aquella agua en las llagas les tocó luego fueron guardados. El emperador les dijo que comiesen alguna cosa; don Cristalián no quiso, la infanta Minerva comió de una conserva y bebió un jarro de agua, y a muy gran priesa se tornaron a armar y luego subieron en sus caballos; dejando la infanta Minerva el suyo, porque era muy cansado, tomó otro que el emperador le hizo aparejar. Flordelid comió el tiempo que allí estuvieron, y tomada licencia se tornaron a la batalla, y como de refresco entraron, viérades las grandes maravillas en armas que hacían, que así huían los paganos de sus espantosos golpes como de la misma muerte. Fue tan mirada entre todas las compañías del emperador la gente de España, que uno dellos valía por ciento. Mucho fueronpreciados los españoles en aquella guerra, porque grandes fueron las cosas en armas que los caballeros de España en ella hicieron, tanto, que todos pararon mientes en ellos.

En este tiempo, como las compañías del rey de Rosia eran grandes, y la gente del emperador era una parte y la del rey de Rosia era tres, con el gran poder que tenían los paganos, los cristianos iban algún tanto retrayéndose hacia la ciudad. A esta hora aún el Gran Lautendor con toda su gente no había entrado en la batalla,

y como él vio que la gente del emperador se iba retrayendo, él movió con toda su gente.

Capítulo CXXII

De cómo el Gran Lautendor entró en la batalla con toda su gente y de lo que aquel día les acaeció.

PUES como el Gran Lautendor entrase en la batalla, como toda era gente escogida y ellos entraron holgados, y como la más de la gente del emperador Aliandro estaba cansada y muchos dellos mal heridos, verdaderamente fueran desbaratados si no fuera por aquel gran batallador don Cristalián de España, que como vio que su gente se iba retrayendo, él se puso ante todos como un bravo león; y en la su compañía estaba aquella hermosa infanta Minerva, que en toda la batalla jamás de su lado se partió; y asimismo estaba en los delanteros don Griolanís, y el rey de Pasamar y Dismael de la Roca y Guiladoro su hermano, y don Bernay de Gratamur y Mirantenor y don Veros de Licante y el rey Liramante de Siria y don Sarcelio, y asimismo Tarance de Lira y Torcano y otros preciados caballeros.

Todos hacían grandes maravillas en armas; pero todo no les valió nada, porque su gente estaba ya tan mal parada que no había en ellos resistencia alguna. Aquellos preciados caballeros que por escudo y amparo de todos en las delanteras estaban se ofrecieron a la muerte con juramento de no salir de la batalla hasta que sus vidas feneciesen o hubiesen la victoria, y con este pensamiento acometieron a los paganos dando en ellos grandes y mortales golpes. El jayán Cuadrabamón, que era el que grande estrago hacía en los cristianos, como viese los mortales golpes que daban, no paró descurriendo entre toda la gente hasta que se encontró con don Cristalián, y con una voz ronca le dijo:

—Don Cristalián, vente para mí, que yo soy el que tengo de dar cima en esta batalla dando fin a tus días.

El jayán traía una gran cuchilla en sus manos con que hería. Don Cristalián que cerca de sí lo vio, víñose para él con su espada alta diciéndole:

— En mal punto, Cuadrabamón, te veniste a meter en mis manos.

Y diciendo esto le hirió en el brazo derecho de tal golpe que se lo cortó; y como el jayán se vio tan mal herido, dio una voz tan grande y espantosa que gran temor puso a quien lo oyó, diciendo:

—¡Ay de ti, Cuadrabamón, y cómo eres muerto!

No hubo él dicho esta palabra cuando don Cristalián le hirió de otro golpe en el muslo siniestro que se lo cortó, y del gran dolor que el jayán sintió luego cayó del caballo abajo. Allí fue tanta la priesa de la una y de la otra parte, los unos por amparar al jayán cuidando que no era tan mal herido, los cristianos por ayudar a don Cristalián en tan gran priesa como a la sazón estaba. En este tiempo era ya tarde; el emperador Aliandro estaba muy triste mirando la perdición de su gente,

y como bueno y católico cristiano daba muchas gracias a Dios, y dijo al duque Nardos:

—¿Qué os parece cómo somos a punto de perdernos si Dios por su merced no envía remedio?

En esta hora que el emperador esto dijo vieron venir por una parte del campo grandes compañías de gentes; el emperador Aliandro fue muy turbado de las ver, y dijo:

—Agora os digo que Dios tiene por bien que del todo sea la mi perdición.

El duque Nardos no respondió cosa alguna, porque vio que ya no había medio. El emperador dijo:

—A mí me conviene morir en esta batalla por no me ver preso en poder de los paganos.

Y diciendo esto, luego se bajó de los muros y se armó a gran priesa, y subiendo en su caballo, y en su compañía el duque Nardos, la señá del emperador llevaba Tarance de Lira su sobrino, que a la sazón había llegado a la ciudad herido. Y aquel viejo y honrado emperador se ofreció a la muerte por no ver la perdición de su tierra. Como la emperatriz supo en el estado que la batalla estaba y cómo el emperador era en ella, luego entendió que todos eran perdidos, y comenzó grandes y muy esquivos llantos, ella y sus doncellas diciendo palabras de mucho dolor. Como la princesa Penamundi estas nuevas oyese, muy a menudo le venían grandes desmayos, por manera que cada que la tomaban pensaban que muerta era.

Sabed que a la sazón que el emperador Aliandro entró en la batalla llegaron aquellas grandes compañías de gentes que ya oístes que por los campos venían, y como junto al real fueron, los de la una parte y los de la otra eran espantados de los ver, que ninguna de las partes sabían si eran moros ni si eran cristianos, y como se llegaron junto hacia las espaldas de los moros, los unos y los otros cuidaron que moros eran. Un caballero que ante aquellas compañías venía armado de unas ricas y lucientes armas dijo:

—¡Ea caballeros, hiramos en estos perros enemigos de nuestra santa fe!

Y como aquel caballero esto dijo, luego todas aquellas gentes hirieron en los paganos, y como los tomaron por las espaldas, en poco rato les hicieron gran daño; y como los cristianos vieron el gran socorro que en tiempo de tanta necesidad les venía, cobraron gran corazón, y de una parte y de otra herían con gran poder en los enemigos. El emperador Aliandro andaba animando sus gentes diciendo:

—¡Ea caballeros, que hoy es el día de nuestra victoria!

Don Cristalián que ya algún espacio tenía con el buen socorro que les había venido, miró por el rey de Rosia, y andando por una parte y por otra vio las grandes maravillas en armas que dos caballeros andaban haciendo de los que venían en la delantera con aquellas gentes que en ayuda del emperador vinieron, en especial el que las ricas armas traía, que gran campo hacía por donde andaba, que no había tal caballero, por esforzado que fuese, que delante se le osase parar. Don Cristalián deseaba mucho saber quién el caballero era, y preciábale grandemente.

Sabed que como el rey de Rosia y el Gran Lautendor vieron el daño que los suyos rescebían, no se partían de en uno, con pensamiento, si sus gentes del todo

se perdiessen, de se salir juntos de la batalla. Don Cristalián que rato había que en su busca andaba, como juntos los vio, tomó una lanza a un escudero de los que en la batalla sirviendo andaban, y poniendo las espuelas a su caballo Flordelid enderezó contra el rey de Rosia. El rey de Rosia y el Gran Lautendor que contra sí lo vieron venir, entrambas juntas arremetieron contra él, y encontráronle tan poderosamente que los dos quebraron en él sus lanzas; pero él no se movió ni hizo desdén que mal pareciese. Pero del encuentro que él hizo derribó al Gran Lautendor por las ancas de su caballo malamente herido.

Don Cristalián le quisiera prender, sino que no hubo lugar, porque a la sazón vio la seña del emperador Aliandro cabe sí; y miró por el emperador y viole con su espada en la mano, y asimismo vio al rey de Biloante que con su espada alta venía a herir al emperador. Don Cristalián dejó al rey de Rosia, que contra él venía, por amparar al emperador, y parándosele delante recibió el golpe del rey de Biloante; pero no tardó mucho en le volver el galardón del golpe que había recibido dándole con su espada Filandria por encima del yelmo de tal poder que las enlazaduras le quebró y en la cabeza le hizo tal llaga, que muy desacordado dio consigo del caballo abajo tal como muerto. Don Cristalián lo dejó, que no curó más dél; antes rogó al emperador muy ahincadamente que se saliese la batalla, porque si en ella estaba, él no se partaría dél, y desta manera no podría hacer de sí lo que quisiese, y podríales venir gran daño. Como el emperador vio que la su ayuda era poca, acordó de hacer el ruego de don Cristalián y salirse de batalla, y así, armado como estaba se arrimó a las puertas de la ciudad con intención de no se partir de allí hasta ver el fin que Dios les quería dar.

En este tiempo ya era muy tarde, y tanto, que el sol se quería poner. Ya los paganos andaban muy mal parados; como de entrambas partes los herían con tal poder como habéis oído, ellos comenzaron a desmayar, y los que al emperador socorrieron, como más holgados estaban, dieron en ellos con gran priesa, a grandes voces diciendo los unos: «¡Libeo, Libeo!», y los otros «¡Altaria, Altaria!». A esta hora fue la vuelta tan grande, que juntamente hirieron en los paganos toda la gente del emperador, por manera que les fue forzado huir a rienda suelta. Todos aquellos preciados caballeros los iban en alcance, hiriendo y matando a muchos dellos, y siguieron la victoria tanto hasta que la obscura noche sobrevino, que dieron la vuelta para la ciudad.

Grande era la voluntad que don Cristalián tenía de saber quién eran aquellos dos tan preciados caballeros que con aquellas gentes habían venido, y no podían conocer quién fuesen. El príncipe don Cristalián andaba mirando por una y por otra parte, pero como era la noche ya cerrada no los podía ver; él andaba con mucha pena, y acordándosele de la sortija que consigo traía, que en los Hundos Valles de Maullín habla cobrado, muy presto la sacó y rogó a un escudero que la armadura de la mano derecha le quitase; y metiéndola en el dedo, dio tanto resplandor como si dos antorchas encendidas trujera en la mano; y así comenzó andar por una y por otra parte, siempre mirando por el caballero de las armas ricas. Y andando de la manera que oído habéis encontrado con la infanta Minerva y con Dismael de la Roca, y como ellos de lejos lo conocieron, luego se vinieron para él. Don Cristalián les dijo si por ventura habían visto o conocían aquellos dos tan

preciados caballeros, que andaba en la su busca por les hacer aquella honra que sus personas merescían.

—Decid —dijo Dismael— de dónde sale tan gran resplandor, y daros hemos nuevas de esos caballeros que buscáis.

Don Cristalián les mostró la sortija, diciéndoles:

—Ésta hube yo de los Hundos Valles de Maullín.

—Por cierto —dijo Dismael— ella es joya de gran valor. Sabed —dijo Dismael— que aquellos caballeros recogen toda su gente detrás de un recuesto que arriba de aquel camino se hace.

—Guiadme adonde están.

Y así, movieron todos, y anduvieron tanto hasta que llegaron adonde los caballeros estaban; y como ellos vieron a don Cristalián fueron muy espantados de ver el resplandor que de la mano derecha salía. Don Cristalián les dijo:

—Mis buenos señores, gran rato ha que yo ando en la vuestra busca, y pues Dios tan bienandante me hizo que con vosotros, señores, topase, por lo que debéis a la orden de caballería os ruego que vais comigo a la ciudad de Larenta, por que sepa el emperador por quién hubo la victoria de sus enemigos.

El caballero le respondió:

—Señor caballero, muy claro habemos visto que por la vuestra alta caballería fueron los paganos desbaratados. Yo, mi señor, si para ello me dais licencia, me quiero estar aquí esta noche con mi gente, y de buena mañana iré a besar las manos al emperador.

—No ha de ser así —dijo don Cristalián—, sino que vuestra gente se quede aquí, y vos, mi señor, y esotro caballero habéis de ir en la mi compañía.

—De grado haré vuestro mandado —dijo el caballero—, que yo no vine a esta tierra por al sino por os servir.

Don Cristalián se lo agradió mucho, y así, fueron todos para la ciudad. Don Cristalián mandó apregonar por todo el campo que ninguno fuese osado de entrar en las tiendas de los paganos sin la su licencia, so pena de perder la vida, hasta otro día de mañana. Yendo de la manera que oído habéis, con la mucha claridad que don Cristalián consigo llevaba vieron un caballero entre los muertos que muy dolorosamente se estaba quejando. Don Cristalián se lo paró a mirar, y vio que ricas armas traía, y dijo a aquellos caballeros:

—Sepamos quién es el caballero que aquí yace herido.

Y luego don Cristalián mandó a Libanor que se apease y sacase al caballero de entre los muertos; él hizo su mandado, y desenlazándole el yelmo y quitándole mucha sangre que en los ojos y en el rostro tenía, don Cristalián le conoció que era el rey de Tramitante. Y como lo vio fue muy ledo, ca lepreciaba mucho por sus buenas costumbres y su alta caballería, y díjole:

—¡Ea buen caballero, esforzaos, que aunque seáis en poder de los cristianos, no por eso recibiréis menos servicios que si fuérades en poder de los paganos!

El rey de Tramitante estaba tan mal parado que no tuvo fuerza para le responder. Don Cristalián lo mandó tomar a Libanor y que buscarse manera como lo llevasen a la ciudad. Y así, lo dejaron y fueron su camino, y cuando a la ciudad llegaron hallaron al emperador Aliandro en su caballo, desarmado las manos y la cabeza, que atendiendo a don Cristalián estaba; y como le vio venir trayendo en su

compañía aquellos preciados caballeros fue estrañamente ledo, y como junto a él llegaron, el emperador les dijo:

— Bien venga toda la flor de la caballería del mundo.

Los caballeros se le humillaron. Estando en esto llegó el rey de Pasamar, y Guilandoro el Rubio y don Griolanís y todos los otros caballeros que ya oístes que a Larenta habían venido en ayuda del emperador Aliandro. Como el emperador los vio, dio muchas gracias a Dios porque ninguno de aquellos preciados caballeros faltaba. El emperador les dijo:

— Entrémonos en la ciudad, que hasta que en el mi palacio seamos no quiero preguntar quién los caballeros son.

Y así, movieron todos, y cuando en el palacio fueron hallaron a la emperatriz en él, y con ella aquella hermosa princesa Penamundi, ricamente guarnida, acompañada de muchas dueñas y doncellas de alta guisa, que como la nueva de la victoria supieron, dando muchas gracias a Dios se fueron al gran palacio. El emperador holgó mucho de las ver, y díjoles:

— Honradme mucho a estos caballeros, que por ellos es hoy el imperio de Persia libre de sus enemigos.

Luego el emperador fue desarmado y cubierto de su manto; y como asentado fue, rogó a los caballeros que se desarmasen. Ellos hicieron su ruego; todos fueron desarmados, y algunos dellos estaban mal heridos. Don Cristalián rogó a los dos caballeros que se desarmasen; ellos dijeron que de grado harían su mandado y luego se comenzaron a desarmar, y cuando el caballero de las ricas armas se quitó el yelmo fue conocido por don Cristalián, ca sabed que era Lucescanio, rey de Altariagreta. Don Cristalián lo fue a abrazar con mucho deseo de su vista tenía. El rey Lucescanio se humilló ante él por le besar las manos; don Cristalián lo levantó por los brazos diciendo al emperador:

— Mi señor, vea vuestra majestad un solo hermano que Dios tuvo por bien de darmel.

Como don Cristalián esto dijo, el rey Lucescanio humilló ante el emperador por le besar las manos; él no se las quiso dar, y abrazándole, dijo:

— ¡Ay buen caballero, que no de menos valor os hizo Dios que a vuestro hermano don Cristalián!

El rey de Altaria se le humilló y se fue a besar las manos a la emperatriz, la cual le recibió con aquel amor que persona que tales servicios había hecho merecía, y de allí se fue a humillar ante la princesa. Cuando ella vio aquel caballero que era hermano de aquel que ella tanto amaba, recibiólo con tanta alegría como si el mismo don Cristalián fuera; las manos no se las quiso dar, antes lo hizo levantar diciéndole:

— De parte de don Cristalián nos había de venir el fin de nuestra gloria.

El rey Lucescanio se le humilló, y luego fue desarmado, y en la pierna derecha tenía una gran herida. Y como el otro caballero que en compañía del rey Lucescanio venía fue desarmado, luego fue conocido ser Lustrandor, príncipe de la Gran Bretaña. Él se fue a humillar ante el emperador por le besar las manos; él no se las quiso dar, antes le hizo levantar preguntándole quién era aquel caballero. Luego le fue dicho, y de allí se fue a besar las manos a don Cristalián; él lo recibió con mucha alegría. El emperador mandó traer allí el agua de Pretenda, para que

todos los que heridos estaban fuesen sanos; luego fue hecho como lo él mandó, y en lavándose con ella fueron guaridos de las llagas.

La infanta Minerva asimismo se lavó con el agua, que muchas heridas tenía, y como en el palacio fue, humillose al rey de Altariagreta diciéndole:

—Mi señor, no menos soy yo vuestra servidora que del príncipe don Cristalián vuestro hermano.

El rey Lucescanio fue muy espantado, ca tenía a la infanta por caballero. Don Cristalián dijo al rey de Altaria:

—Señor Lucescanio, sabed que esta hermosa doncella es la preciada infanta Minerva, si la habéis oído decir.

El rey, que por oídas mucha noticia tenía della, se le humilló haciéndole grande acatamiento, y asimismo la infanta se humilló al rey, y luego fueron todos sentados.

Mucho era espantado el rey Lucescanio de ver la estraña hermosura de la princesa, y no podía partir los ojos della, por cuanto en muchas cosas le semejaba a su señora Bellaestela. Allí contó ante todos Liramante de Siria cómo el rey Lucescanio había ganado el reino de Altariagreta. Mucho fueron espantados en oír tal aventura, y mucho más lo fueron del gran saber del rey Aquirós, pues que tal aventura dejó en su palacio.

—Decidme —dijo el emperador al rey de Altaria—, ¿en qué parte estábades cuando supistes la nueva de nuestra guerra?

—Mi señor —dijo Lucescanio—, yo estaba en el Monte Libeo y allí oí decir cómo toda la mayor parte de la morisma se juntaba para venir sobre Persia. El rey del Monte Libeo, que mucho es mi señor, tuvo por bien de me dar toda la gente que de presto en su reino se pudo juntar, para que Lustrandor y yo, que a la sazón en la mi compañía estaba, viniésemos a os servir; y asimismo yo envié a Altaria por toda la gente que hacer se pudo, y como todo se enderezaba para servicio de Dios y de vuestra majestad, llegamos a la vuestra ciudad en el tiempo que vistes.

—Muchas gracias doy yo a Dios —dijo el emperador—, y asimismo os las doy yo a vos, mi buen señor, que a tal tiempo de vuestra gente y persona yo fui socorrido.

Y diciendo esto le preguntó cómo el rey del Monte Libeo salió de los encantamientos en que estaba. Lustrandor contó al emperador cómo el rey Lucescanio había acabado aquella grande aventura de los Campos de Varas, adonde el rey del Monte Libeo era encantado. Mucho fueron espantados de lo oír; el emperador le dijo:

—Por manera, mi buen señor, que no valéis vos menos que el príncipe vuestro hermano, de cuya fama todo el mundo está lleno.

La princesa Penamundi dijo:

—Mucho soy en deseo de ver aquella Doncella de la Justicia, que me semeja que no parecía mal.

—No parecía sino muy bien —dijo el rey Lucescanio.

Estando hablando lo que oído habéis entró por la sala Libanor y otros dos escuderos que al rey de Tramitante traían herido. Como don Cristalián lo vio, dijo al emperador:

—Mi señor, éste es el rey de Tramitante, pagano, que entre los muertos hallamos malamente herido. Yo lo mandé traer para que no muriese por falta de ser curado. Vuestra alteza lo tenga por bien, por cuanto es uno de los buenos caballeros que yo he visto, para ser pagano, y en quien más mesura hay.

El emperador le dijo:

—Todo lo que vós hiciéredes tengo yo por bien hecho.

Don Cristalián se le humilló, y luego hizo desarmar al rey de Tramitante, que estaba tan mal herido que casi le quería salir el alma de la mucha sangre que había perdido. Como don Cristalián en tal disposición le vio, a gran priesa demandó del agua de Pretenda, y como lo lavaron, luego fue guardado. Y cuando él se vio en el palacio del emperador fue muy espantado y no sabía qué hacer. Don Cristalián le dijo:

—Señor rey de Tramitante, vuestra venida al palacio del emperador fue verdaderamente por quitaros de la muerte, que a ella estábades muy cercano.

Y allí le contaron de la manera que fue traído, y asimismo le dijeron cómo los paganos fueron desbaratados. El rey de Tramitante se humilló ante don Cristalián por las mercedes que le había hecho, así en sacarle del campo como en sanarle de sus llagas en tan breve tiempo, y díjole:

—Mi señor, si me recibir quisieredes en vuestro servicio, yo os serviré bien y lealmente; y demás desto, yo soy puesto en la vuestra merced.

Don Cristalián le dijo:

—Yo, mi señor, pues que vós así lo queréis, os terné en lugar del rey Lucescanio mi hermano, porque conozco que la vuestra mesura lo merece.

El rey de Tramitante se le humilló, y de allí fue a besar las manos al emperador y emperatriz, y asimismo se humilló a la princesa. Como todos fueron sentados, luego fueron las mesas puestas y cenaron con demasiada alegría, y como la cena fue acabada estuvieron hablando una pieza en la cosas de la guerra, y cuando fue tiempo, todos se fueron a dormir.

Venida que fue la mañana don Cristalián se levantó, y asimismo la infanta Minerva y todos aquellos caballeros. Don Cristalián subió en su caballo; acompañado de aquellos señores se salió adonde los paganos tenían su real, y hallaron en él grandes haberes, así de plata como de oro, y muchas y muy ricas joyas de gran valor, especialmente en la tienda del rey de Rosia, que hallaron una silla y una corona y un sceptro real que no tenía precio: tan grande era su valor.

Don Cristalián mandó tomar la corona y la silla y el sceptro real, y enviole al emperador, y asimismo le envió a decir que tomase su majestad aquella corona y silla y sceptro en lugar de la que el rey de Rosia tenía en pensamiento de tomar por fuerza. Todos aquellos grandes tesoros, así de muchas monedas como de joyas de gran valor, repartió entre todas aquellas compañías de gentes que al emperador vinieron a servir, de manera que todos fueron muy contentos, y loaban mucho la gran magnificencia de don Cristalián. Esto hecho, mandó enterrar los cuerpos muertos de los cristianos, y para los cuerpos de los paganos hizo hacer grandes hogueras por aquellos campos y hízolos quemar en ellas. Todo esto que oído habéis se cumplió como don Cristalián lo mandó, y antes que en la ciudad tornase a entrar envió ciertos caballeros para que fuesen en seguimiento de los paganos y

del todo supiesen su hacienda. Esto proveído, todos se tornaron a la ciudad; el emperador dijo a don Cristalián:

—Ricas joyas me enviastes.

—Mi señor —dijo él—, el rey de Rosia usó de buena crianza con vuestra majestad, que él venía con intención de llevar la corona de Persia y pareciole que era mal caso y acordó de dejar la suya.

—Si él con esa intención lo hizo, yo se lo agradezco; pero creo yo que su buena voluntad para comigo fue no poder más hacer.

—Dignas son de crédito las palabras de vuestra majestad —dijo don Cristalián.

Y así, estuvieron atendiendo algunos días, que nunca a persona de los de la hueste del emperador despidieron hasta saber nuevas si los paganos eran idos a sus tierras. En este tiempo vinieron los caballeros que don Cristalián había enviado, y dijeron al emperador cómo el rey de Rosia y el Gran Lautendor con toda su gente se habían pasado en sus tierras. Mucho fue ledo el emperador de oír estas nuevas, y luego mandó despedir aquellas grandes compañías de gentes que allí eran venidas para le servir en aquella guerra, enviando grandes ofertas para todos aquellos que su favor y ayuda le enviaron. El emperador dijo:

—Mucho deseo tengo de saber qué fue de Drumelia la encantadora.

El rey de Tramitante dijo:

—Esas nuevas yo, mi señor, os las daré mejor que otra persona alguna: cuando ella vio que el rey Lucescanio con aquel poder de gente vino sobre los paganos, luego a gran prisa, sin decir nada a persona, subió en su palafrén y se salió de entre aquellas gentes y se fue, pero yo no sé adónde. Por doquiera que fuere la destruya Dios —dijo el rey de Tramitante—, que no es nacida tan mala mujer como lo ella es.

Así pasaron aquel día y otros muchos siempre haciendo grandes alegrías en la ciudad de Larenta. Sabed que de todos era muypreciado el rey de Tramitante, y hallábase tan bien en la corte del emperador, como en ella habla tanpreciados caballeros, que no tenía gana de tornar a su tierra, y así, era de todos muy amado.

Capítulo CXXIII

De cómo estando el emperador Aliandro en el su gran palacio en compañía de aquellos preciados caballeros entró una doncella, y de cómo demandó al emperador un don y él se lo otorgó.

UN día que se hacían grandes fiestas en el palacio del emperador Aliandro, la emperatriz y princesa se hallaron en ellas ricamente guarnidas, y en la su compañía muchas dueñas y doncellas de gran valor, y asimismo eran en el palacio todos aquellos reyes y príncipes y caballeros. Estando de la manera que oído habéis entró por la puerta de la sala una doncella; venía ricamente guarnida, en la su compañía traía dos caballeros armados de todas armas salvo las manos y la cabeza. Como la doncella fue en el palacio, ella miró a una y a otra parte y luego conoció al emperador en la majestad de su rostro y fuese a humillar ante él. Y como las manos le besó, díjole:

—Serenísimo príncipe, y más poderoso que cuantos hoy son en el mundo nacidos, pues en la tu compañía tienes a toda la flor de la caballería que hay en él. Yo vengo de tierras muy estrañas, ca sabed, mi señor, que yo tengo andada la mayor parte del mundo, así de moros como de cristianos, y todos ellos me han hecho grandes mercedes. Pues no menos, serenísimo emperador, las espero de vuestra majestad.

—Agora nos decid —dijo el emperador— la causa de vuestra venida, que aquí se os dará todo lo que pedir quisiéredes, pues tanto afán habéis tomado en venir en esta tierra.

La doncella le dijo:

—Antes que yo diga lo que se me manda, vuestra majestad tenga por bien de me otorgar un don.

El emperador se lo otorgó. La doncella fue tan leda, que conocieron el en semblante de su rostro el demasiado placer que su corazón sintió, y díjole:

—Vuestra majestad sabrá que el don que se me ha otorgado es que aquella hermosa princesa ha de ir a se probar en el aventura de la Victoria, adonde van a la misma prueba todas las altas doncellas que hoy son en el mundo; porque grandes días ha que yo ando por él, y en todas las partes adonde alguna hermosa infanta o princesa hay, todos los reyes y grandes señores me han hecho la misma merced que yo aquí he recibido. El don que me habéis otorgado es en acrecentamiento de vuestro estado, pues veo en la princesa Penamundi toda la hermosura del mundo junta, y acabando ella la estraña aventura de la Victoria, en gran parte sonará la fama de vuestro gran valor y de su crecida hermosura. La mi venida es agora de Trapisonda, y aquel valeroso emperador Lindedel luego mandó a la hermosa infanta Iucendra que se aparejase para se ir a probar en el aventura de la Victoria.

—Decidnos —dijo el emperador—, ¿qué aventura es ésa?

—De grado haré vuestro mandado —dijo la doncella—. Vuestra majestad sabrá que el señorío de Casilante le señoreaba un bravo y esquivo jayán. Él era tal, que de todos sus vasallos y de los comarcanos de su señorío era muy desamado, ca no

holgaba de otra cosa sino de hacer mal de cualquier manera que fuese. Y demás desto, este jayán era muy gran sabidor en las artes, y tan grande, que en aquellos tiempos no le había mayor. El rey de Seliza, que su cormano era, recibía mucho daño dél, y grandes enojos, y allegó muchas compañías de gentes, y todos vinieron a servir al rey con mucha voluntad, con intención de se perder del todo o tomar la emienda del jayán, y como el rey tuvo sus gentes allegadas, fue sobre el señorío de Casilante. El jayán, que gran sabidor era en las artes, supo la su venida. Al tiempo que vio que a su señorío habían llegado, repentinamente el día escureció, y como los del rey de Seliza esta maravilla vieron, no supieron qué hacer de sí; estuvieron quedos aguardando la ventura que Dios les quisiese dar. Estando de la manera que oído habéis fueron todos los más dellos muertos y presos. El rey de Seliza fue preso en poder del jayán, y como en su poder lo vio, díjole: «Rey de Seliza, yo te daré tal pena, que a ti sea castigo y a otros escarmiento». Y diciendo esto, en aquel su señorío, en un gran campo, hizo una gran jaula de hierro tan recia y fuerte que no hay persona que en ella pueda entrar ni salir. Hay grande espacio dentro de la red; hizo poner allí al rey de Seliza, diciéndole: «Ahí estarás como la más captiva cosa que hoy es en el mundo nacida, ca tu beber será del agua de esa fuente que dentro de esa red esta, y tu comer será aquello que la mi voluntad fuere; y cuando te faltare, comerás de la yerba del campo». Y así lo dejó. El rey ha hecho su vida en esta jaula que oido habéis todo el tiempo que el jayán vivió, porque mientras fue vivo ninguno fue osado de le sacar de allí. Y cuando el jayán vio que el fin de sus días era llegado hizo por sus artes hacer el aventura de la Victoria. Vuestra majestad sabrá que junto a la jaula de hierro adonde el rey de Seliza está hizo hacer una estancia de la manera que oiréis: veinte y cuatro pilares de una piedra jalde muy bien labrada sostienen un hermoso cielo, debajo del cual está un trono cubierto de un paño de hilo de oro, y junto a él está un rico dosel, y debajo dél están dos muy preciadas sillas, y en ellas están asentadas la deesa Palas, que es deesa de las batallas, y junto a ella Venus, que es de la hermosura; estas dos deesas han en sus manos sendos ramos. La doncella que llegare a tomar a la deesa Venus el ramo de palma lleva la victoria de toda la hermosura del mundo; y asimismo el caballero que Dios tal ventura le diere que alcance a tomar el ramo de laurel de la deesa Palas habrá toda la victoria de la caballería del mundo. En el un pilar de los que el cielo sostiene está una imagen de cobre con una trompa en la mano que hace tal son, que así es entendida como si hablase. Aquella imagen con su trompa llama a los caballeros y doncellas que se vengan a probar, ca sabed que cada doncella ha de llevar un caballero en su compañía, cual la imagen nombrare. Y aquí es una maravilla, la mayor que jamás fue vista, que sabed que el caballero y la doncella que la imagen nombrare, estos dos verdaderamente han de ser casados; y esto será así sin falta, que el jayán lo alcanzó a saber por sus artes.

—Por cierto —dijo el emperador—, grandes maravillas nos habéis contado que hay en esa estraña aventura. Agora os digo que las doncellas y caballeros irán ledos a se probar, pues que en esa prueba han de saber quién es aquel o aquella que han de haber por mujer o por marido. Decidnos si han de pasar alguna cosa que peligro alguno les avenga para se probar.

—Sí, señor —dijo la doncella—: el que tal fuere que no merezca probarse en aquella aventura, si allá porfiare a entrar, ahogarse ha en un hondo río que a la

entrada está; y los que allá merecieren entrar, el agua del río les parecerá estar tan baja que no se mojen solamente sino los pies. Pasado aquel grande y hermoso río, a la entrada adonde las deesas están hay una red de hilo, tan delgado, que apenas se puede devisar haber allí red. Y los que el río pasan y no son de tanta bondad ni hermosura que a las deesas merezcan llegar, por mucha y gran fuerza que pongan no pueden quebrar aquellos delgados hilos de que aquella red es hecha. Y los que tales son que allá merecen entrar, muy ligeramente rompen la red y llegan adonde las deesas están. Esto se hace según el grado de la hermosura de las doncellas y bondad de los caballeros en armas; que ya pueden llegar y no ser de tanto merecimiento que los ramos de la Victoria hayan en su poder, que como los van a tomar, ellos se salen de las manos de las deesas y se suben tan altos que al cielo de donde ellas están quieren llegar, y allí se están hasta que los dos dan la vuelta y se tornan a salir. Así como el caballero y doncella son fuera, luego los ramos se tornan a las manos de las deesas hasta que aquel tan valeroso y esforzado caballero se vaya a probar llevando consigo a aquella que en el mundo sola en hermosura sea nacida; estos dos caballero⁴³⁹ y doncella darán cima a esta aventura, y luego como los ramos sean en su poder, el rey de Seliza será libre y terná poder para salir de la jaula o red adonde el jayán lo dejó, por cuanto él hizo esta aventura por que ninguno tuviese poder de al rey sacar de allí si no fuese el caballero y la doncella que a la aventura de la Victoria diere cima. Agora ha muy pocos días que el jayán es muerto, y como el rey lo supo, luego me envió por todo el mundo de la manera que oído habéis, para que todos los caballeros y doncellas fuesen allí juntos por librarle de la prisión en que está. Y sepan el caballero y la doncella que a esta aventura dieren cima, que habrán en su poder el señorío de Casilante, que es asaz grande. Dicho he lo que vuestra majestad me mandó, y si licencia me dan, yo luego me querría volver.

—Buena doncella —dijo el emperador—, mucho nos habéis hecho alegres con vuestra venida en nos hacer saber la estrañeza de esa aventura, que tal y tan buena me parece, que los mozos para se probar en ella, y los viejos para ver esas maravillas, es bien que la vamos a ver; y de aquí propongo, en compañía de la princesa mi hija, de ser en el señorío de Casilante.

La doncella besó las manos al emperador y emperatriz y princesa, y luego se salió del palacio y tomó su camino para el señorío de Casilante. El emperador y todos los que en el palacio estaban quedaron hablando en el gran saber del jayán. Luego don Griolanís y don Sarcelio demandaron licencia al emperador para se tornar a Trapisonda. El emperador le dijo:

—¿No seréis con nosotros en la prueba de la Victoria?
 —Seré si Dios quisiere, que desde Trapisonda pienso tomar ese camino.
 —Pues que así lo queréis —dijo el emperador—, id a la buena ventura.

Agora sabed que la doncella que con el agua de Pretenda vino de Trapisonda, como vio que don Griolanís y don Sarcelio se querían partir, luego se levantó y pidió licencia al emperador y emperatriz y princesa para se ir en compañía de aquellos dos príncipes; ellos se la dieron. La princesa mandó sacar la arpa que don

⁴³⁹ 1587: ‘caualleros’ (293v).

Cristalián le envió de los Hondos Valles, que en los tesoros del rey Mida se halló, y tomándola, dijo a la doncella:

—Amiga, esta harpa daréis a la infanta Lucendra, y direisle de mi parte que no he otro deseo sino de la servir. Y que pues a la aventura del señorío de Casilante ha de ir, que allá serán los mis deseos cumplidos.

La doncella tomó la harpa y dijo a la princesa que en todo haría su mandado. Y luego don Griolanís y don Sarcelio se armaron, y besaron las manos al emperador y emperatriz y se salieron del palacio llevando en su compañía a la doncella y tomaron su camino para Trapisonda, y en todo él no les avino cosa que de contar sea.

Un día a hora de vísperas, estando el emperador Lindedel en el su gran palacio, y la emperatriz Cristalina y la infanta Lucendra, entraron en la sala aquellos dos príncipes don Griolanís y don Sarcelio, y asimismo la doncella que en su compañía llevaban. Los príncipes entraron las manos y las cabezas desarmadas, y como el emperador los vio hubo mucho placer con la su venida. Ellos se le humillaron por le besar las manos, mas el emperador no se las quiso dar, antes con mucha alegría los recibió y los hizo levantar. Los caballeros se le humillaron, y luego fueron a besar las manos a la emperatriz y a la hermosa infanta Lucendra; ella los recibió con demasiada alegría, como aquella que mucho deseaba la su vista. La doncella que el agua de Pretenda había llevado besó las manos al emperador y emperatriz y díjoles el mandado que ya oístes que el emperador Aliandro les enviaba, y de allí se levantó y se fue a humillar ante la infanta Lucendra diciéndole:

—Mi señora la princesa Penamundi se encomienda en la vuestra merced muchas veces, y es la más mesurada doncella que nunca fue nacida; ha mucho deseo de la vuestra vista. Envíaos esta rica y muy preciada arpa que el príncipe don Cristalian vuestro hermano sacó de los Hondos Valles de Maullin de los tesoros del rey Mida. La princesa Penamundi dice que será en vos, mi señora, muy bien empleada.

La infanta Lucendra tomó la arpa en sus manos, y mirándola, dijo:

—Yo no he visto cosa más hermosa en mi vida, ni de más rica guarnición.

El emperador Lindedel la miró y dijo:

—Hija, hermoso don es este que te ha enviado la princesa Penamundi, y tal, que yo nunca vi otro que más que él valiese.

La infanta le dijo:

—Pues vea vuestra alteza que jamás fue vista cosa de tanto valor. Toda es guarnida de ricas y muy preciadas piedras.

El emperador la tomó en sus manos, y mirándola, la preció más viendo lo mucho que valía; la infanta mandó guardar la arpa. Los príncipes fueron desarmados y cubiertos de ricos mantos, y como fueron sentados contaron al emperador todo lo que oído habéis que en la guerra al emperador Aliandro acaeció, y asimismo le dieron las saludes y gracias que el emperador Aliandro enviaba por las mercedes recibidas en tiempo de tanta necesidad. El emperador holgó mucho en oír tan buenas nuevas. Don Griolanís dijo al emperador:

—¿Por ventura sabe vuestra majestad por acá del aventura de la Victoria?

—Sí sabemos —dijo el emperador—. Ya estamos de partida para allá, ca me semeja que será grande y muy hermosa cosa de ver.

—El emperador Aliandro —dijo don Griolanís— también queda de partida, que él quiere ir en compañía de la princesa Penamundi su hija por ver aquella aventura.

Mucho holgó el emperador Lindedel en saber que el emperador Aliandro había de ir con su hija la princesa, por lo ver y conocer, ca tenía mucho deseo de la su vista. Luego mandó que se aparejase la partida para el señorío de Casilante, y mandó llevar grandes y muy ricos aparejos para poder estar a su placer riberas del río de la aventura. Y como fue todo aparejado, luego se partieron llevando consigo muchos preciados caballeros y muchas doncellas estrañamente hermosas. Tomaron el camino del señorío de Casilante con mucha alegría de la infanta Lucendra, y no menos de su caballero el príncipe don Griolanís.

Así como don Griolanís y don Sarcelio salieron del palacio del emperador Aliandro luego entró en él Libanor, y humillándose ante don Cristalián le pidió muy ahincadamente que le otorgase un don. Don Cristalián fue muy espantado, y no podía pensar qué era lo que Libanor quería, y díjole:

—Amigo Libanor, tú pide lo que quisieras, que todo se hará como lo pidieras.

Libanor besó las manos a su señor y díjole:

—Sabed, mi señor, que lo que yo quiero pediros es que antes que os partáis a esa aventura, la vuestra merced sea de me armar caballero.

—Por cierto, Libanor, eso haré yo de grado; y luego haz que te sean hechas unas armas noveles, como a tu persona convienen.

Libanor besó las manos a su señor y le dijo:

—Yo las tengo ya aparejadas.

—Pues que así es, velarás esta noche las armas ado te placera, y de buena mañana serás caballero.

Libanor hizo lo que su señor le mandó, y otro día recibió orden de caballería en la capilla del emperador, por le más honrar. El emperador y toda su compañía se fueron al gran palacio, y como todos fueron sentados, a Libanorizaron las armas por mandado del emperador y fue cubierto con su manto. El rey Lucescanio dijo al príncipe don Cristalián que él se quería luego partir para el reino del Monte Libeo; el príncipe don Cristalián le rogó que no se fuese hasta que se probase en el aventura de la Victoria; el rey Lucescanio le dijo:

—Mi señor, la vuestra merced me perdone, que yo no soy libre para poder servir a nadie sino a quien mi corazón tiene en su poder.

Como don Cristalián esto le oyó, no quiso estorbar su camino, aunque mucho le pesó de su partida. En esto el rey Lucescanio y Lustrandor y Dismael de la Roca y Liramante de Siria se levantaron y pidieron licencia al emperador para se partir; él les dijo:

—No me deja de pesar en ver que tan preciados caballeros se apartan de mi compañía, pero sufrir me conviene. A lo menos quisiera que primero fuéramos en la aventura de la Victoria.

—Vuestra Majestad me perdone —dijo Lucescanio—, porque yo no le puedo servir en este camino; pero allá nos veremos todos.

El emperador, que muy entendido era, luego pensó que el rey Lucescanio se iba a aquella sazón por ir en compañía de alguna doncella, y díjoles que fuesen con la buena ventura. Ellos besaron las manos al emperador y emperatriz y princesa,

y asimismo a don Cristalián, y luego se armaron, y se salieron del palacio y tomaron su camino cada uno adonde su señora estaba, para ser con ellas en la prueba de la Victoria.

Sabed que como aquellos caballeros fueron partidos de la corte del emperador, luego él mandó que se aparejase la su partida, y que llevasen aparejos para armar ricas tiendas y pabellones y todo lo demás que para su estado convenía. Tardose en aderezar su partida bien quince días, por gran priesa que se quisieron dar. Y como todo fue a punto, el emperador se partió un lunes por la mañana con mucha compañía de preciados caballeros, y asimismo de muy hermosas doncellas todas ricamente guarnidas, y anduvieron bien ocho días sin que aventura hallasen que de contar sea. En este tiempo vino una doncella ante el emperador y pidiole un caballero para que un tuerto vengase; el emperador se lo dio, y sabed que fue Libanor, y para emienda de lo que le pidieron mató tres caballeros en batalla, y hízolo tan bien, que fueron espantados de ver su alta caballería. El emperador dijo:

— Bien nos ha dado Libanor a entender en la compañía que ha andado.

Don Cristalián fue⁴⁴⁰ muy ledo de ver lo que Libanor había hecho, y asimismo lo iba en ir aquel camino en compañía de aquella hermosa princesa Penamundi, y cada que podía se llegaba a hablarla; cuando para esto tenía lugar daba descanso a su apasionado corazón.

Yendo de la manera que oído habéis llegaron un día a hora de nona al señorío de Casilante, adonde vieron aquel grande y espantoso río del aventura de la Victoria. Cuando la princesa Penamundi lo vio fue muy espantada, y dijo:

— Temor grande me pone este espantoso río: no creo yo que habrá persona en el mundo que cima dé a esta aventura por razón deste gran río que ante ella está.

— Mi señora —dijo don Cristalián—, para los que poco valen este río es hondo y temeroso; pero para las personas que han en sí⁴⁴¹ todo el valor del mundo será muy bajo y apacible de pasar.

— Comoquiera que sea —dijo la princesa—, tengo gran temor.

— Por buena fee —dijo la infanta Minerva— que ese temor no tengo yo; que aunque valgo tan poco como veis, tengo de ser en la prueba desta aventura.

En este tiempo llegaron junto al río, y riberas dél vieron muchas y muy ricas tiendas asentadas. Entre ellas vieron dos tiendas maravillosamente ricas y grandes, de mucho valor. El emperador Aliandro dijo:

— Paréceme que otros son venidos primero que nós. Mucho deseo saber cuyas son aquellas ricas tiendas.

Luego que el emperador esto dijo, lo fue a saber un caballero de los de su casa de un doncel que cerca de las tiendas estaba. Él dijo cómo eran la una del emperador Lindedel y la otra de la infanta Lucendra su hija, y con estas nuevas se volvió al emperador.

Cuando don Cristalián entendió que allí era el emperador su padre fue demasiadamente ledo, y haciendo su acatamiento al emperador, le rogó muy ahincadamente que lo atendiese allí, que él iba a hablar al emperador; él le dijo que haría su ruego. Don Cristalián se le humilló y se fue a la tienda del emperador su

⁴⁴⁰ 1587: 'fee' (294v).

⁴⁴¹ Suplo 'sí' (294v).

padre; él iba armado de todas armas salvo las manos y la cabeza. Luego fue del emperador y de la emperatriz Cristalina conocido, con la vista del cual fueron demasiadamente ledos. Él se humilló ante el emperador su padre, y besándole las manos, él lo abrazó con aquel amor que padre debe a tan preciado hijo como lo era don Cristalián. Y luego fue a besar las manos a la emperatriz; ella lo tuvo abrazado consigo una pieza, y besándole en el rostro, le dijo:

—Hijo mío, a Dios doy yo infinitas gracias porque me ha dejado verte, que no había cosa que yo más desease que la tu vista.

Don Cristalián se le humilló. El emperador Lindedel mandó que luego fuese desarmado; don Cristalián le dijo:

—Mi señor, no tengo para ello lugar, ca sabed que es aquí el emperador Aliandro y la princesa.

Mucho fue alegre el emperador Lindedel de oír aquellas nuevas, y dijo a don Cristalián:

—Hijo, ve al emperador y dile de mi parte que la su merced sea de se apear en la mi tienda, que aquí rescebirá todo servicio entre tanto que las suyas se arman.

Don Cristalián le dijo que haría su mandado, mas que primero quería ver a la infanta Lucendra su hermana.

—Así sea: en esa tienda la hallarás.

Don Cristalián se salió de la del emperador y se fue a la de su hermana (que junto a la otra estaba), y como por la puerta de la tienda entró luego fue conocido por la infanta Canforavereda, y con una voz alta dijo a la infanta Lucendra:

—¡Ay mi señora, que aquí es el príncipe don Cristalián!

Como la infanta entendió que aquel caballero era el príncipe su hermano fue muy turbada de lo ver, y luego se levantó. En este tiempo llegó don Cristalián; la infanta se humilló por le besar las manos. Don Cristalián, que tan hermosa la vio, díjole:

—Mi señora, dadme vos las vuestras.

Así se hablaron aquellos dos hermanos, que jamás se habían visto. La infanta le rogó que se desarmase.

—Mi señora, no puede ser por agora, ca sabed que es aquí el emperador Aliandro y la princesa Penamundi su hija.

Mucho fue leda la infanta Lucendra con oír aquellas nuevas, que no había cosa en el mundo que ella más desease que la vista de la princesa Penamundi. Luego, sin se sentar, don Cristalián se despidió de aquellas dos infantas; ellas se le humillaron, y así, se salió de la tienda y se fue adonde el emperador Aliandro estaba, y díjole:

—El emperador Lindedel mi señor ruega mucho a vuestra majestad tenga por bien de se apear en la su tienda, que es asaz grande, hasta tanto que las de vuestra majestad se armen.

—Por cierto —dijo el emperador— que lo errase yo si no hiciese ruego de una persona que yo tanto amo sin le haber visto.

Y diciendo esto movieron todos para las tiendas del emperador Lindedel, y como junto a ellas fueron, todos se apoyaron. El emperador y la princesa Penamundi entraron juntos, y aquellas dos infantas Minerva y Sandalina, y con ellas iba la hermosa Duante, hermana del rey de Pasamar. Como el emperador Aliandro entró

en la tienda, el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina salieron a los rescebir hasta la puerta, y como se vieron, humilláronse los unos a los otros haciéndose grandes acatamientos, según a sus estados reales convenía. Y como los emperadores se hubieron hablado, la princesa Penamundi se humilló ante el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina por les besar las manos; el emperador y emperatriz la tomaron entre sus brazos diciéndole:

—Señora princesa, todo el mundo os debe besar las vuestras, pues vuestra gran hermosura lo meresce.

La princesa se les tornó a humillar, y la emperatriz Cristalina la tomó por la mano, y así, se fueron todos a asentar. Mucho fueron espantados de ver la hermosura sin par de la princesa Penamundi; pero no menos lo fueron el emperador Aliandro y princesa de ver a la emperatriz Cristalina, que estrañamente estaba hermosa para ser de la edad que era. Los emperadores comenzaron a hablar en el gran deseo que se tenían de ver el uno al otro, y asimismo el emperador Aliandro dio muchas gracias al emperador Lindedel por el gran socorro que le había hecho en el tiempo que tanta necesidad tenía. El emperador le dijo:

—La vuestra merced me perdone porque no fui yo mismo a serviros en aquella guerra; pero dejelo cuando supe que en mi lugar estaba don Cristalián mi hijo, y asimismo el rey Lucescanio.

—Dios los guarde —dijo el emperador Aliandro—, que por esos dos caballeros es hoy el imperio de Persia en su libertad.

—A Dios merced —dijo el emperador Lindedel— que en alguna cosa sirvieron a tan alto príncipe como lo vos sois.

Estando en esto entró en la tienda aquella hermosa infanta Lucendra trayéndola de brazo el príncipe don Cristalián su hermano; y en la su compañía venía la infanta Canforavereda, y asimismo el príncipe don Griolanís y don Sarcelio. Como en la tienda entró, los emperadores se levantaron. La infanta Lucendra se humilló al emperador Aliandro por le besar las manos; mas él no se las quiso dar, antes haciéndole grande acatamiento la levantó. La infanta se le humilló, y luego se fue a la princesa, que en pie la estaba aguardando. Humillose la una a la otra pidiéndose las manos entrambas, y como hablado se hubieron, luego fueron todos tornados asentar. El príncipe don Criolanis y don Sarcelio llegaron a besar las manos al emperador Aliandro y princesa, los cuales fueron rescebidos con mucha alegría; luego los príncipes se asentaron. La princesa y la infanta Lucendra eran muy espantadas de se ver la una a la otra; a cada una le semejaba que era muy estremada la hermosura de la otra. La princesa Penamundi se maravilló de ver a la infanta Canforavereda ya tan grande y tan hermosa. El emperador Lindedel dijo:

—¿Cuál de aquellas dos señoras es la preciada infanta Minerva, de quien en el mundo hay tanta noticia de los sus grandes hechos?

Como él esto dijo, la infanta Minerva, que muy ricamente estaba guarnida, fuese a humillar ante el emperador diciéndole:

—Mi señor, dadme vuestras manos, que si yo he dejado de besároslas, ha sido por las muchas ocupaciones que vuestra majestad ha tenido.

El emperador Lindedel, que más mesurado era que otro, se levantó haciéndole grande acatamiento; don Cristalián dijo al emperador su padre:

—Mi señor, grande es la deuda que yo debo a esa preciada infanta, que grandes y muy crescidas mercedes son las que yo della he rescebido.

El emperador Lindedel le dijo:

—Señora Minerva, muchos días ha que yo tengo deseo de la vuestra vista así como lo tenía de don Cristalián mi hijo, por las maravillas que muchas veces de vuestra alta caballería he oído hablar.

La infanta se le humilló, y de allí fue a besar las manos a la emperatriz Cristalina y a la infanta Lucendra, y de todas fue rescebida como su real persona lo merescía.

Capítulo CXXIII

En que se recuenta los grandes señores y señoras que se vinieron a probar en la famosa aventura de la Victoria.

SABED que gran pieza de tiempo estuvieron aquellos señores en la tienda del emperador hablando en lo que más les agradaba hasta que fue hora de cenar, y luego fueron las mesas puestas y fueron servidos de muchos y muy preciados manjares. Después que la cena fue acabada estuvieron hablando sobretabla una pieza. En este tiempo entró por la tienda Raduel el enano, y miró a una y a otra parte y dijo:

—¿Quién es aquí el emperador Lindedel mi señor?

Todos los que le conocieron pararon mientes en él. Don Cristalián le mostró al emperador. Raduel se fue a humillar ante él diciéndole:

—Mi señor, dadme vuestras reales manos, que también⁴⁴² las merezco besar como Libanor; que si él ha hecho algunos servicios al príncipe don Cristalián vuestro hijo, muchos mayores los ha rescebido de mí, que yo solo en persona fui a España al rey Bracamor, vuestro padre y mi señor, y por lo que yo merescía el rey me mandó hacer grandes mercedes. Y después de hechas truje grandes compañías de gentes para que al emperador Aliandro ayudasen en su guerra. Y esto digo porque todos saben que es verdad.

—Por cierto, Raduel, tú tienes mucha razón —dijo el emperador Aliandro.

El emperador Lindedel le dijo:

—Por cierto, amigo, tú mereces grandes mercedes, según me parece que a don Cristalián has servido.

—A él doy por testigo —dijo Raduel— de los grandes trabajos en que me he visto andando en su compañía. No sé lo que hará, que hasta agora no he visto nada; hace las mercedes a quien no las merece, y a quien le ha servido como yo lo he hecho, no se acuerda de mí.

Así, se partió Raduel del emperador y se fue a humillar ante la emperatriz Cristalina; y como las manos le besó, la emperatriz le dijo:

—Amigo Raduel, todo el bien te verná junto.

Raduel le respondió:

⁴⁴² Igual, lo mismo.

— Así lo quiera Dios que sea como yo lo deseo.

Y luego se fue a humillar ante la infanta Lucendra, la cual holgó mucho con la vista de Raduel. Él miró contra la princesa, y díjole:

— Por buena fee, mi señora, que habéis hallado par de vuestra hermosura: veis aquí a la infanta Lucendra, que aún me parece que es más hermosa que vos.

— En eso, Raduel, yo confieso que tienes razón.

La infanta le dijo:

— Amigo, mucho es lo que yo te debo, según la honra que hoy me has dado.

— Vos os lo merecéis, que es grande la vuestra hermosura.

— No sé qué es esto —dijo la princesa Penamundi—. Raduel, después que Libanor recibió orden de caballería estás mal con todos tus amigos.

— Si lo estoy —dijo Raduel—, tengo mucha razón.

Y así, se calló. En este tiempo entraron en la tienda del eemperador Lindedel el duque Nardos y Libanor, y humillándose al emperador Lindedel le besaron las manos. El emperador habló con mucha alegría a Libanor, dándole la enhorabuena de su caballería. Libanor le tornó a besar las manos por las mercedes que le hacía, y así, se levantó; y dijeron el duque y él cómo ya las tiendas del emperador Aliandro estaban aparejadas. El emperador que esto oyó, luego se levantó, que era ya tarde; y todos hicieron lo mismo y se despidieron los unos de los otros, y el emperador Aliandro y su compañía se fueron a sus tiendas hallándolas muy bien aparejadas. La tienda del emperador era tan grande, que en ella se hizo el aposento de la princesa Penamundi. El emperador Aliandro dijo a don Cristalián:

— Mi buen señor, no es razón que esta noche os ocupéis en cosa ninguna, sino que os vais a la tienda del emperador vuestro padre.

Don Cristalián se le humilló y le dijo que él haría su mandado; y haciendo su acatamiento se salió de la tienda y se fue a la del emperador Lindedel, adonde todos holgaron mucho con la su venida. El emperador mandó a los caballeros que en su tienda estaban que cada uno se fuese a dormir; todos se le humillaron y luego se salieron de la tienda. El emperador y emperatriz e infanta tomaron consigo a don Cristalián; la infanta Lucendra dijo:

— Mucho soy espantada de ver la estraña hermosura de la princesa Penamundi; con razón es por el mundo loada por una sola en él.

La emperatriz dijo:

— Decidme, ¿cómo al infante Lucescanio llamen rey de Altariagreta, que de los que en la guerra vinieron habemos sabido estas nuevas?

El príncipe don Cristalián se lo contó así como lo habéis oído, cómo por su alta caballería dio cima aquella grande aventura del palacio del rey de Altaria. El emperador y emperatriz dieron muchas gracias a Dios por las crecidas mercedes que a la contina les hacía. Don Cristalián dijo:

— Él verná a la prueba desta aventura.

— Así quiera Dios —dijo la emperatriz.

— Sin falta verná en compañía del rey del Monte Libeo, ca mucho es su amigo, qu'él lo sacó de los grandes encantamientos de los Campos de Varas. Y él se partió de la corte del emperador Aliandro cuando supo la nueva desta aventura, y por esto tengo cierta la su venida.

—No habría cosa en esta vida —dijo la emperatriz— con que yo más holgase que con la su vista.

En esto y en otras cosas estuvieron hablando una pieza, y cuando fue hora todos se fueron a dormir, que dentro de la tienda del emperador hicieron el aposento de don Cristalián. Como la noche fue pasada y el día venido, don Cristalián se levantó y se vistió muy ricamente, y él y don Bernay, y don Veros de Licante y Mirantenor y Torcano, se salieron a pasear por la ribera del río con deseo de saber quién eran los señores de aquellas tiendas; y andando por una y por otra parte vieron un enano que a la puerta de una rica tienda estaba. Don Veros de Licante le dijo:

—Amigo, que hayas buena ventura, mucho te ruego que nos digas cuya es esa tienda.

—Es de la infanta Belandia —dijo el enano.

Cuando don Bernay estas nuevas oyó, que allí era la infanta Belandia de Tracia, fue salido de todo su sentido: tanto placer tomó de saber que su señora había venido a se probar en aquella aventura. Todos holgaron mucho de la alegría de don Bernay; él dijo al enano:

—Amigo, ¿cómo sabremos si la infanta es levantada?

—Sí es —dijo el enano.

—Pues mucho te ruego que le vayas a decir que es aquí un caballero que la desea mucho servir, que si la su merced para ello me da licencia, que entrare y le besaré las manos.

El enano le dijo:

—Pues atended un poco, que yo se lo voy a decir.

Ellos aguardaron una pieza, y a poco rato el enano tornó a salir y dijo:

—Mi señora la infanta quiere saber quién es el caballero que la desea ver.

—Amigo —dijo don Bernay—, dile que es aquí don Bernay de Gratamur.

El enano tornó a la infanta y le dijo cómo el caballero había nombre don Bernay de Gratamur; la infanta le mandó entrar. Don Bernay dijo a don Cristalián y a aquellos caballeros que en la su compañía llevaba si querían entrar a ver a la infanta; todos le respondieron que sí, y luego fueron a la tienda y hallaronla sentada en un rico estrado. Como don Bernay la vio, fuese a humillar ante ella, y besándole las manos le dijo:

—Mi señora, ¿cómo fue tan buena ventura la mía de hallaros en esta tierra?

—Cuatro días ha que estoy aquí —dijo la infanta—, que soy venida a la prueba de la Victoria.

—Ay mi señora! —dijo don Bernay—. La vuestra merced sea de hablar a estos caballeros, ca sabed que es aquí el príncipe don Cristalián de Trapisonda y don Veros de Licante, príncipe de Hungría; y este otro caballero ha nombre Mirantenor, es príncipe de Inglaterra.

Luego el príncipe don Cristalián se llegó a humillar ante la infanta; ella le hizo grande acatamiento, que por oídas sabía muy bien quién don Cristalián era, y como él la hubo hablado, luego los otros caballeros le besaron las manos. La infanta los hizo asentar, y era extrañamente leda con la vista de su caballero don Bernay. Allí estuvieron una pieza con la infanta, ca sabed que era una doncella que tenía

muchas partes de hermosura, y asimismo era graciosa y de buen donaire. Don Cristalián dijo a don Bernay:

—Bueno será que nos vamos a saber quién son venidos a se probar en esta aventura.

La infanta Belandia le dijo:

—Yo, mi señor, os lo diré, porque luego que aquí vine lo procuré de saber. Son aquí el emperador Lindedel de Trapisonda, y asimismo el emperador Aliandro, y Dinamardos, príncipe de Austria, y Lucandria su mujer; y es aquí la reina de Armenia y su caballero Dismael de la Roca; es aquí la princesa de Marmantia y su caballero Liramante de Siria, y asimismo dos infantas moras que han nombre la infanta Casidora y la infanta Persalia; la una dellas es hija del Gran Turco. Por agora no creo yo que son venidos más a se probar en esta aventura. De aquí a que la prueba haya de ser bien creo que vernán más de los que agora están.

—¿Cuando ha de ser?

—Creo yo que será de mañana en ocho días, según yo lo he oído decir.

Mucho fue ledo don Cristalián en saber quién eran los que habían venido a se probar en aquella aventura, y luego se levantó, y así lo hicieron los que en la su compañía estaban. Y don Bernay se quería ir con don Cristalián, mas él no se lo consintió, diciéndole que no era ya razón que un solo punto se apartase del servicio de la infanta. Don Bernay se le humilló y le dijo que en aquello y en todo lo demás haría su mandado, y así, se salieron de la tienda y se fueron a la del emperador Aliandro, porque ya era tarde y bien cuidaron que serían levantados. Don Bernay quedó gozando de la vista de su señora, que grandes tiempos había que por ella pasaba cuitas y mortales deseos.

Como don Cristalián y aquellos caballeros llegaron a la tienda del emperador fueron muy bien recibidos; él les preguntó de dónde venían. Ellos se lo contaron como lo habéis oído, y le dijeron asimismo quién eran los que habían venido a se probar en el aventura de la Victoria y cuando se había de comenzar la prueba.

—Ya lo quería ver —dijo el emperador—, ca no he otro mayor deseo.

Estando hablando en lo que oído habéis vieron venir por un camino grandes compañías de gentes. El emperador dijo:

—Atendamos, que alguna persona de alta guisa debe venir aquí. Conviene saber quién es.

Luego don Cristalián dijo a Libanor su escudero:

—Ve y sabremos cuyas son aquellas compañías de gentes.

Libanor fue, que no se detuvo, y supo quién eran los que venían, y tornose a la tienda del emperador y dijo:

—Vuestra majestad sabrá que allí viene el rey del Monte Libeo, y dicen que trae consigo a la princesa Bellaestela su hija, que es una de las hermosas doncellas que a la sazón hay en el mundo; y asimismo viene la reina Merodiana, que hija bastarda es del rey del Monte Libeo. Dicen que ha tanta hermosura como la princesa Bellaestela.

—Mucho soy ledo —dijo don Cristalián— con la venida de estos señores, porque aquí viene el rey Altariagreta.

—Agora atendamos —dijo el emperador.

Así, estuvieron mirando. El rey del Monte Libeo y toda su compañía se apearon en un hermoso llano y allí mandaron que armasen sus tiendas. El emperador Lindedel que supo cómo allí era el rey del Monte Libeo, luego envió a dos caballeros de su casa pidiendo al rey ahincadamente que tuviese por bien de se venir a descansar a su tienda hasta que las suyas se aparejasen. Cuando los caballeros del emperador llegaron acaeció que el rey Lucescanio estaba hablando con el rey; él fue estrañamente ledo en saber que el emperador su padre era en aquella tierra, y rogó muy ahincadamente al rey que hiciese lo que el emperador le enviaba a rogar.

—Harelo —dijo el rey—, porque tengo gran deseo de la vista de tan preciado príncipe como lo es él, y asimismo porque a mí me está muy bien, pues no tengo adonde estar.

El rey del Moneo Libeo dijo a los caballeros:

—Amigos, diréis al emperador que yo iré por hacer su mandado, y que mucho tiempo ha que no he otro deseo sino de lo servir.

Los caballeros se fueron, haciendo su acatamiento, y dijeron al emperador el mandado del rey del Monte Libeo. El emperador holgó mucho de lo oír; la infanta Lucendra dijo:

—Decidme, ¿si vistes a la princesa Bellaestela?

—No —dijeron los caballeros—, ca no era donde el rey su padre estaba.

—Presto la verás —dijo la emperatriz.

El rey del Monte Libeo dijo a la princesa Bellaestela y a la reina Merodiana que luego se aparejasen para ir a la tienda del emperador Lindedel; ellas dijeron:

—No podemos por agora tomar otro aparejo más deste que traemos de camino. Pues así lo queréis, vamos luego.

La princesa y la reina se tomaron por las manos, y el rey Lucescanio iba de la parte de la princesa Bellaestela y Lustrandor iba con la reina Merodiana, y así, movió el rey. En la su compañía iban muchas dueñas y doncellas de alta guisa, y asimismo muchos y muy preciadas caballeros. Como en la tienda del emperador entraron, el rey se humilló al emperador, y el emperador asimismo se humilló a él, haciéndose grandes acatamientos; y luego fue el rey del Monte Libeo a se humillar ante la emperatriz. Ella lo hizo levantar, haciéndole aquel acatamiento que al estado del rey convenía. La princesa Bellaestela y la reina Merodiana se humillaron al emperador; él que muy mesurado era, se les humilló, y tomándolas por las manos dijo:

—Llamen a la infanta Lucendra para que vea a toda la hermosura del mundo junta.

Luego la princesa y la reina se fueron a humillar ante la emperatriz; ella las recibió con demasiada alegría, que bien entendió que pues el rey Lucescanio tales servicios había hecho al rey del Monte Libeo, que amaba a la princesa Bellaestela. Luego el rey de Altariagreta se humilló ante el emperador su padre; el emperador lo abrazó y le besó en el rostro, y de allí se fue a la emperatriz, y besándole las manos, la emperatriz lo tuvo consigo abrazado una pieza, que lo amaba mucho, por cuanto se había criado en la su compañía.

En este tiempo entró la infanta Lucendra trayendo en su compañía a la infanta Canforavereda; todos le hicieron aquella medida que a tan alta doncella convenía.

En este tiempo llegó el rey Lucescanio, y la infanta se humilló ante él por le besar les manos; él la alzó y le hizo grande acatamiento, y díjole:

—Mi señora Lucendra, bendito sea Dios que me cumplió el deseo que de la vuestra vista tenía.

La infanta se le humilló y tomó consigo a la reina y princesa y se sentaron cabe la emperatriz. Todos loaban mucho la gran hermosura de Bellaestela, que casi igualaba con la de la princesa Penamundi, y asimismo la de la reina Merodiana. El rey del Monte Libeo dijo al emperador:

—Mi señor, yo soy puesto en obligación de os servir todo el tiempo de mi vida por los grandes beneficios que yo del rey de Altariagreta vuestro hijo he recibido; ca sabed que si por él no fuera, que hasta el fin del mundo estuviera puesto en perpetuo captiverio. Por la su gran bondad y alta caballería yo salí de los encantamientos de los Campos de Varas, que aquel gran sabidor Diante por me hacer todo mal allí tenía hechos. Por la mano deste bienaventurado caballero yo fui libre y puesto en todo descanso y alegría.

El emperador le respondió:

—Cuando acá se oyeron esas nuevas que vós, mi señor, érades libre, grande fue la nuestra alegría en pensar que Dios había tenido por bien de sacar a la vuestra merced de la pena en que estaba.

—Yo, mi señor —dijo el rey—, no sé con qué servir a este caballero tanto tiempo como gastó por me hacer todo bien. Mi reino y estado y persona le he ofrecido muchas veces, pero no se quiere servir de mí en cosa alguna.

—Él es el que ha de servir —dijo el emperador.

—Dél he yo recibido muchas y grandes mercedes —dijo el rey.

Y así, estuvieron hablando en lo que más les agradaba hasta que fue hora de comer, que fueron puestas las mesas. En este tiempo entró el príncipe don Cristalián y aquellos caballeros don Veros y Mirantenor, y don Griolanís y don Sarcelio; todos se humillaron al rey del Monte Libeo, y él asimismo se humilló a ellos, en especial al príncipe don Cristalián, que él tenía mucho deseo de lo ver y conocer por la fama que por el mundo dél volaba. El rey Lucescanio se humilló ante el príncipe su hermano. Y allí fueron don Cristalián y aquellos caballeros a hablar a la hermosa Bellaestela y a la reina Merodiana. La princesa se humilló mucho al príncipe don Cristalián, que lo amaba de corazón por ser hermano de su caballero el rey de Altariagreta. Como se hubieron hablado los unos a los otros, luego se asentaron a comer, y fueron maravillosamente servidos de muchos y muy preciados manjares. Y como la comida fue acabada y alzadas las mesas, estuvieron hablando en la aventura de la Victoria. El rey del Monte Libeo preguntó al emperador Lindedel si era por ventura allí la princesa Penamundi, de cuya fama de hermosura todo el mundo estaba lleno.

—Sí —dijo don Veros de Licante—. Aquí es el emperador Aliandro, que es venido por ver la prueba del aventura. Pues que tanta parte de hermosura Dios dio a la princesa Penamundi, bien creemos que llevará el ramo de la Victoria.

Capítulo CXXV

De cómo la Doncella de la Justicia, reina de Atalanta, vino a se probar en el aventura de la Victoria, y asimismo cuenta de cómo se vinieron a probar en aquella aventura la reina de Archimora y de Caucán y de cómo la prueba se comenzó.

DESPUÉS que aquellos señores estuvieron una pieza hablando en lo que más les agradaba todos se levantaron y mandaron alzar las cubiertas de las tiendas, y junto a la puerta se tornaron asentar por poder mirar a su placer las gentes que venían. Vieron a la una parte del llano que a gran priesa armaban una rica tienda; ellos estuvieron mirando por saber cuya era, ca tenía las cubiertas de hilo de oro, y ricamente guarnida. Como fue armada, luego salieron dos hombres y comenzaron por toda ella a poner muchos rétulos. El emperador y el rey del Monte Libeo quisieron luego saber qué decían, y enviaron a un doncel que lo supiese. El doncel fue, y vino ante el emperador diciendo:

—Señor, los rétulos no dicen al sino «Justicia».

—¡Santa María, valme! —dijo el rey del Monte Libeo—. Aquí tenemos a la Doncella de la Justicia, reina de Atalanta. Mucho soy ledo con la su venida, ca mucho es buena y de gran medida.

El emperador preguntó quién era la Doncella de la Justicia; el rey se lo contó. Todos fueron muy espantados y puestos en gran deseo de la su vista, creyendo que en el mundo no había nacido cosa tan estraña. El rey Lucescanio dijo que la quería salir a recibir; en la su compañía fueron el príncipe don Cristalián y todos aquellos caballeros con deseo de la ver, y cuando una milla hubieron andado vieron venir a la reina en unas ricas y muy preciadas andas; asimismo eran todas, de dentro y de fuera, de hilo de oro; venían todas sembradas de rétulos que decían «Justicia». La reina venía ricamente vestida de muy preciadas ropas; traía sus rubios y hermosos cabellos sueltos por las espaldas, y encima dellos una rica y muy preciada corona; en las sus manos traía una vara de justicia. Finalmente, por quitar prolividad, aquellos caballeros la hablaron y se vinieron en su compañía hasta su tienda. Y asimismo vino aquel día la reina de Archimora y Caucán.

Todas estas reinas e infantas que a la prueba de la aventura vinieron fueron a besar las manos al emperador Aliandro y a la princesa Penamundi, y asimismo lo fue el rey del Monte Libeo y la hermosa princesa Bellaestela y la reina Merodiana. Y como se hablaron los unos a los otros, la princesa Penamundi era espantada de ver la gran hermosura de Bellaestela; y hasta allí ella tenía por muy cierta la victoria ser suya, pero como vio a la princesa, dudaba probarse en ella. El emperador Aliandro dio muchas gracias al rey del Monte Libeo por el buen socorro que en tiempo de tanta necesidad le había enviado.

—Esas gracias —dijo el rey— debe vuestra majestad dar al rey Lucescanio, que me parece que nació para ser escudo y amparo de todos aquellos que agravio reciben.

—Déselas dios, que las gentes no han poder de se las dar, según es grande el merecimiento destos dos hijos del emperador Lindedel.

Gran pieza estuvieron hablando en la su alta caballería. En este tiempo en todas partes se oyó cómo la imagen de la aventura tocó la trompa; todos dijeron:

—Ya es tiempo que se comience la prueba, pues la imagen ha tocado su trompa.

Luego a gran prisa todas aquellas reinas y princesas se aparejaron lo más ricamente que pudieron, cada cual pugnaba de salir ricamente vestida, que todas aquellas señoritas tenían hechas nuevas ropas señaladamente para aquel día. Y todos aquellos caballeros asimismo salieron muy galanes, tanto, que era cosa de ver. Los emperadores y asimismo las reinas y princesas e infantas se salieron a la ribera del río; los caballeros sentados en sus sillas, y las doncellas en paños de oro y de seda, cada una como era su valor. Cosa muy deleitosa era de mirar aquellas riberas del río de la aventura. Escribió Doroteo que mientras el mundo durase jamás serán juntas tantas y tan hermosas doncellas, todas a una mano, ni tantos ni tan preciados caballeros. Pero eran espantados de ver la estraña hermosura de la reina de la Justicia, ca todos cuantos en aquella ribera estaban no se hartaban de la mirar: tanto parecía de bien.

Así que estando todos de la manera que oído habéis oyeron un dulce son que la imagen con su trompa hacía; y el son era de tal manera que claramente oyeron cómo llamaba a la prueba a Liramante, rey de Siria, y a la princesa de Marmantia. Liramante se levantó, que muy gentil caballero era, y fuese para donde su señora la princesa estaba, y tomándola del brazo le dijo:

—Mi señora, a Dios ruego yo que en la vuestra merced fenezca la prueba de la Victoria.

La princesa no le respondió cosa alguna, ca sabed que como ella era la primera que se iba a probar iba algo turbada. Y al tiempo que en el río quiso entrar, ella se cogió sus faldas de manera que de la ropa que encima llevaba no se podía mojar. Encomendándose a Dios comenzó a entrar por el río adelante llevándola su caballero del brazo, y así, fueron dándoles el agua no más de hasta cubrillos los pies hasta la mitad del río; de allí adelante comenzó el río a crecer algún tanto, de manera que el agua les daba cerca de la rodilla, y mientras más adelante pasaban, más crecía el río. La princesa dijo a Liramante:

—¡Ay por Dios, señor Liramante, tornemos a salir del agua, que siento grande afán, que verdaderamente la mi hermosura no es tanta que yo merezca solamente pasar este grande y espantoso río!

Liramante le rogó muy ahincadamente que se esforzase, que ya poco tenían por pasar.

—¡Ay mi verdadero amigo —dijo la princesa—, que a mí mucho se me hace!

Tanto se lo rogó Liramante, que con grande afán pasaron el río, ca sabed que aquella princesa de Marmantia era una de las hermosas doncellas que en aquellas partes había. Como el río hubieron pasado fue grande la su alegría, y sin parar ni tomar descanso alguno luego se fueron a la puerta de la red que a la entrada del aventura estaba. Y como a ella llegaron, semejoles el hilo de que la red estaba hecha tan delgado que casi no le devisaban. Liramante quiso quebrar la red, pero aprovechóle tanto como nada, que el hilo de la red eran tan fuerte que las fuerzas

del rey Liramante no bastaban para lo quebrar. Como vio que no les tenía porfiar la entrada, dijo a la princesa:

—Mi señora, vamos de aquí, que bien cierto soy yo que si vos dejáis de dar cima a esta aventura, que es por la compañía que vós, mi señora, trujistes. Por tanto, es razón que la vuestra merced sea muy leda, pues la falta es mía y no vuestra.

La princesa le respondió algo, corrida:

—Vamos señor. Ya pluguiera a Dios que yo al señorío de Casilante no hubiera venido.

Liramante la conhortó diciéndole:

—Mi señora, no toméis pesar, que las cosas de los encantamientos, tales son como las habéis visto.

—Vamos dijo la princesa.

Liramante la tomó de brazo y tornaron a pasar el río muy sin pasión, que no les cubría el agua los pies. La princesa se fue a su tienda, y luego la desnudaron y la echaron en su lecho, que muy malcontenta venía del agua, que mucho se había mojado. Pues como Liramante, rey de Siria, y la princesa de Marmantia se probaron, todos aquellos que a Liramante conocían le daban la norabuena de cómo había de tomar por mujer a la princesa de Marmantia. Liramante estaba extrañamente ledo.

Todos los que a la ribera estaban se tornaron a asegurar, y de ahí a poco rato oyeron cómo la imagen comenzó a hacer su dulce son. Todos pararon mientes y oyeron cómo llamaba a la prueba al príncipe don Clarancel, que allí era venido a se probar en aquella aventura, y asimismo llamó a la reina de Archimora y Caucán. Sabed que cuando el príncipe don Clarancel se partió del reino de Altariagreta él tomó su camino para el reino de Caucán, y a la sazón halló allí aquella hermosa reina y él fue pagado della, aunque jamás él pudo acabar con ella que por su caballero le recibiese: tanto temor tenía de lo que con el rey de Archimora le había acaecido. Mucho tiempo anduvo don Clarancel por el reino de Archimora y Caucán, y como allá fue la doncella del rey de Seliza, don Clarancel se vino en compañía de la reina aquel camino. Y sabed que la reina lo amaba, pero no se lo daba a entender, y como los dos se oyeron nombrar para la prueba, a ninguno dellos les pesó.

El príncipe don Clarancel fue a tomar de brazo a la reina, y así, los dos se llegaron a la orilla, y la reina cogió sus faldas y encomendándose a Dios comenzaron a entrar por el río adelante, y avínoles así como a la princesa de Marmantia y Liramante. Cuando la reina de Archimora se vio en medio del río y que comenzaba a crecer, fue tun grande el miedo que tomó, que ni el príncipe don Clarancel ni todos los que a la orilla del río estaban dándoles voces que pasasen adelante, nunca con la reina se pudo acabar; antes decía a don Clarancel:

—Yo sé cierto que la doncella y el caballero que a esta aventura han de dar cima, el agua no les ha de cubrir los pies. Pues que ya a nós por el nuestro poco merecimiento nos pasa el agua por encima de la rodilla, sandia cosa sería porfiar a pasar, pues no nos tiene pro.

Y diciendo esto dio la vuelta, y don Clarancel la tomó del brazo, y así, se tornaron a pasar muy ligeramente. La reina dijo a don Clarancel que la llevase

adonde estaba la princesa Penamundi; el príncipe hizo su mandado, y cuando ante ella fueron, la reina de Caucán le dijo:

—Mi señora, en balde tomamos afán las que en esta aventura nos probamos siendo vos, mi señora, en el mundo en quien toda la hermosura se aposenta.

La princesa se rio de ver a la reina tan mojada, y dijo:

—Mucho soy triste por haber venido a esta prueba, pues veo la poca honra que en ella hacen a las doncellas.

—Mi señora —dijo la reina—, no han todas tanta parte de hermosura como la vos habéis.

Y con esto se despidió y se fue a su tienda, y luego fue echada en su lecho.

Todos aquellos señores que a la ribera del río estaban estuvieron atendiendo una pieza, y no tardó gran rato cuando el son de la trompa llamaba a la prueba a don Bernay de Gratamur, y a la infanta Belandia. Don Bernay se levantó con mucha alegría, y tomó a la infanta por el brazo y encomendáronse a Dios. Y cuando comenzaron a entrar en el río dábales el agua por encima del pie bien cuatro dedos; pero sabed que el río nunca les creció, sino que muy ligeramente lo pasaron. Cuando ellos se vieron de la otra parte, ¿quién os podría decir el alegría que los sus corazones sintieron, que cuidaron que el aventura sería de aquella vez acabada? Con mucho placer se fueron a la puerta de la red. Pareciole a don Bernay que muy ligeramente podría entrar por ella, y pugnó por quebrar aquellos delgados hilos; pero no pudo, con toda su fuerza. Mucho fueron tristes don Bernay y su señora de ver que no valían ellos más que los que se habían probado; y no se quisieron más detener, que luego se tornaron. Y pasando el río muy ligeramente, don Bernay llevó a la infanta a su tienda, y con el enojo que llevaba, luego se quiso echar en su lecho. Don Bernay se despidió della y se fue adonde don Cristalián estaba, y díjole:

—Yo no sé cómo somos tan sandios en probarnos en esta aventura estando vos, mi señor, presente, que sois toda la flor de la caballería del mundo. El amor que a aquellas señoras tenemos nos hace caer en tal yerro por las contentar.

Don Cristalián le respondió:

—Mi señor, en la mano de Dios está dar la gloria desta aventura a quien le pluguiere.

—Así es —dijo don Bernay.

Agora sabed que los dos emperadores estaban juntos sentados, y la emperatriz Cristalina tenía a par de sí a la princesa Penamundi y a la infanta Lucendra su hija, y asimismo a las otras infantas Minerva y Sandalina y Canforavereda, y la princesa Archesidela, que en aquel tiempo había venido, ella y Bores de Mar, no a se probar, por cuanto no había lugar, que eran ya casados, sino a gozar de la vista de los que se probaban. Muchos fueron los que se probaron en poco espacio de tiempo, pero tales hubo que poco ni nada no pudieron entrar en el río; otros porfiaban a entrar, y como en el río fueron daban voces que los socorriesen, que se ahogaban, y de presto les convenía salir del agua.

Como éstos se hubieron probado, luego la imagen tocó su trompa y por ella llamó a la prueba a Tarance⁴⁴³ de Lira, sobrino del emperador Aliandro, y a la

⁴⁴³1587: ‘Tarante’ (299v).

infanta Sandalina. Tarance fue muy ledo, ca sabed que había grandes tiempos que amaba de corazón a la infanta, aunque ella era de tal condición que jamás le quiso dar favor alguno. Luego Tarance de Lira tomó a la infanta por el brazo. La princesa Penamundi le dijo paso, cuando se levantaba:

—Señora Sandalina, dejá para nosotras alguna honra, no os la llevéis toda.

—Eso no podrá ser —dijo Sandalina—. ¿No miráis la mi estremada apostura?

Todos se rieron. Luego se encomendaron a Dios y se fueron para el río y comenzaron a entrar por él, y anduvieron cuanto seis pasos y no pudieron pasar más adelante y luego se tornaron a salir. Tarance de Lira tornó a su señora adonde de antes estaba; ella dijo a la princesa:

—Mi señora, si yo no pasé más adelante fue por serviros, que si algún tanto porfiara, por ventura pasara a algunos de los que aquí están.

—Asf se cree —dijo la princesa.

Y luego se asentó y estuvieron atendiendo, y no tardó mucho cuando llamaron a la prueba a la infanta Minerva y al rey de Pasamar. El rey se levantó y tomó de brazo a la infanta y llevola junto al río, y allí se encomendaron a Dios y comenzaron a ir adelante, ca no se mojaban sino tres dedos encima de los pies, y así pasaron todo el río. Cuando de la otra parte fueron fueron⁴⁴⁴ estrañamente ledos, y luego se fueron para la puerta de la red y pugnaron a entrar, pero no pudieron. Allí estuvieron una pieza mirando las imágenes de las deesas; Minerva dijo al rey de Pasamar:

—Cosa es demasiada probarse ninguno en esta aventura siendo en el mundo el príncipe del Cristalián y la princesa Penamundi.

Y diciendo esto se tornaron a salir. El rey de Pasamar tornó a su señora adonde antes estaba. La princesa le preguntó que cómo le había ido.

—Fueme muy mal, pues no di cima a esta aventura. Vuestra alteza no nació en el mundo sino para llevar la victoria a todas cuantas en él son.

—Así quiera Dios que sea —dijo la princesa— como lo vos decís.

—Así será —dijo Minerva.

Como la infanta fue sentada, luego la imagen llamó al rey de Tramitante y a la infanta Persalia. El rey se levantó muy ledo, que era muy pagado de la hermosura de aquella infanta, y tomándola por el brazo la llevó a la ribera del río. El rey de Tramitante era muy preciado caballero, y la infanta Persalia tenía mucha parte de hermosura. Ellos se fueron por el río adelante pasándolo muy ligeramente, y cuando de la otra parte fueron, sin se detener llegaron a la puerta de la red y pugnaron por entrar, pero no pudieron. Allí estuvieron una pieza mirando las imágenes, y luego dieron la vuelta. Y como del río salieron, el rey de Tramitante llevó a la infanta Persalia a su lugar.

Luego la trompa llamó a la prueba a la infanta Casidora y al rey de Otalías, que era pagano asimismo como ella, y luego se aparejaron para se probar. Y avínoles así como a la infanta Persalia; el rey la volvió a su lugar. Todos fueron muy pagados de la hermosa apostura de aquellas dos infantas. Y atendieron una pieza y luego la trompa llamó a la prueba a la reina de la Justicia y a un gran señor pagano que a la prueba era venido, que había nombre Aragabín. Éste era muy

⁴⁴⁴ Suplo fueron (299v).

preciado caballero; él se levantó y fue adonde la Doncella de la Justicia estaba, y tomándola por el brazo le dijo:

— Venid, mi señora, que vós sois hoy la que a todas las doncellas haréis tristes con vuestra estremada hermosura.

Y así, se fueron para la entrada del río parando todos mientes en ella, ca parecía muy bien a maravilla. La reina de la Justicia y Aragabín pasaron el río muy ligeramente, y como de la otra parte fueron, estuvieron mirando la puerta de la red y luego se fueron para ella, y queriendo entrar la red se rompió ya cuanto; pero no hicieron lugar por donde entrar pudiesen, por mucha fuerza que en rasgar la red Aragabín puso, y como vio que no les aprovechaba nada, dieron la vuelta. Mucho fue loada la hermosura de la reina de la Justicia, pues llegó a más que ninguna de cuantas se probaron, ca se rompió parte de la red; pero tornose a juntar como della se partieron.

Luego que la reina fue puesta en su lugar, luego la trompa llamó a la prueba a la infanta Canforavereda y a don Veros de Licante, que después que aquella hermosa infanta vio en compañía de la infanta Lucendra fue muy pagado de la su buena apostura, y asimismo a ella no le pesó cuando oyó nombrar a don Veros de Licante. Luego él se levantó y tomó a la infanta Canforavereda de brazo. Comenzaron a entrar en el río, y no les daba el agua más alto de cuanto les cubría los pies, y así, pasaron a la otra parte y llegaron a la puerta de la red, y rompieron ya cuanto della, pero no fue tanto que por ella pudiesen entrar, y por mucha fuerza que don Veros de Licante puso no le aprovechó cosa alguna, y como esto vieron, luego se tornaron a pasar. Don Veros de Licante llevó a su señora adonde la tomó.

Acabándose de probar don Veros, estando todos atendiendo a quién la imagen llamaría, vieron venir por el llano mucha compañía de gente. Todos se volvieron a mirar qué cosa fuese, y cuando bien pararon mientes vieron una doncella maravillosamente guarnida; ca traía una ropa de hilo de oro toda sembrada de ricas y muy preciadas piedras. Asimismo traía encima de su cabeza un tocado muy extraño, con tantos diamantes y rubíes sembrados por él, que a lo que semejaba no tenían precio. Estas perlas y piedras, de lejos daban gran resplandor. El emperador Lindedel dijo, ya que llegaban más cerca:

— Yo no sé qué me diga de la hermosura de aquella doncella. A lo que de lejos semeja, cosa triste y fea parece.

Agora sabed que aquella doncella era más negra que blanca; había el rostro ancho y muy corto; la frente, grande y muy alta; los cabellos eran negros y muy revueltos hacia arriba; había las narices algo anchas y crecidas, que le cubrían la mayor parte de su rostro; la boca, tan pequeña que era gran maravilla de la ver, tanto, que extrañamente afeaba su rostro; tenía los labios muy grandes, que no había persona que la mirase que la risa pudiese tener con las faciones que en su rostro tenía; había los ojos grandes y hermosos, pero era el uno blanco y el otro negro. Ella venía encina de un unicornio; en torno venían seis doncellas que ninguna tenía parte de hermosura; todas venían en bestias fieras. El caballero que en compañía desta doncella venía había gran cuerpo, pero era muy desmejado, porque tenía el rostro tan pequeño para la grandeza del cuerpo, que a maravilla parecía feo; asimismo lo era en todas las faciones de su rostro. Mucho fueron espantados todos los que a la ribera del río estaban en ver dos personas tan

desemejadas, y tenían mucho deseo de saber quién fuesen. El emperador Lindedel dijo contra la princesa Penamundi:

—Paréceme, mi señora, que fuera bien haberos probado antes que esta hermosa doncella que aquí es venida, porque ella os llevará la victoria.

—Puesta soy en gran cuidado —dijo la princesa.

El emperador Aliandro respondió:

—Sepamos quién son el caballero y la doncella.

Luego un doncel se fue para la gente de aquel caballero y la doncella y preguntó a un hombre que en la su compañía venía quién eran el caballero y la doncella.

—Amigo —dijo él—, esta doncella es señora de la Isla Otabena, que es un gran señorío muy rico de perlas y piedras que en muchas partes de aquella isla se crían. El caballero es su vecino, señor de otra isla que ha nombre Vitalia; es asimismo señor de gran tierra.

El doncel se volvió al emperador y dijo quién eran el caballero y la doncella. Mucho fueron espantados de ver cosas tan desemejadas, y asimismo lo fueron de cómo vino a su noticia la prueba siendo de tan apartadas tierras. El caballero y la doncella y su compañía se vinieron a la ribera del río, y allí les pusieron sendas sillas que no tenían precio: tan ricas eran. Y como fueron sentados, la trompa comenzó su son y llamó al caballero, señor de Vitalia, y a la doncella desemejada, señora de la Isla Otabena. Y como ellos se oyeron nombrar, con demasiada alegría el caballero se levantó, y tomando de brazo a la doncella, le dijo:

—¡Ea mi señora, que para nós es guardada esta victoria, que me semeja que no hay aquí persona que a la vuestra hermosura iguale!

La doncella le respondió:

—Menos habrá caballero que pase la vuestra alta caballería.

El caballero se le humilló por la honra que le daba, y luego se entraron por el río adelante; y no anduvieron tres pasos cuando viérades crecer el río tan alto que les llegaba el río a la cinta, por manera que todos cuidaron que el caballero y doncella fueran ahogados. El caballero era de gran corazón, y esforzaba mucho a la doncella diciéndole que aquello que no era nada, que pasasen adelante, que en las semejantes aventuras se pasaban grandes trabajos por les dar cima.

—Mi señora —dijo él—, no dejéis de llevar la mayor honra que nunca doncella ganó.

La doncella se esforzó todo cuanto más pudo, pero no les aprovecho nada, que así como otro paso anduvieron, fue el agua del río tan alta que casi los cubrió, y como esto vieron, no osaron ir más adelante. El caballero sacó a la doncella lo mejor que pudo, y como fuera del río fueron, todos hubieron mucho duelo dellos, que eran todos mojados. El emperador Aliandro mandó a uno de sus caballeros que les dijese que, pues que no tenían tienda, que se entrasen a una de las suyas, y que allí holgarían todo el tiempo que quisiesen. El caballero fue con el mandado del emperador, y como lo dijo al caballero y a la doncella, ellos no respondieron cosa alguna, sino así mojados como estaban subieron en sus bestias y a gran prisa se tornaron por el camino que habían venido. Mucho rieron todos de los ver ir, que bien cuidaron que de corridos habían tomado tan presto el camino. Y atendieron, que por ver a la doncella desemejada, todos o los más se habían levantado.

En este tiempo ya la imagen llamó con su dulce son a la reina Merodiana y a Lustrandor, príncipe de la Gran Bretaña. Luego Lustrandor se levantó; tomando a su señora de brazo se fueron a entrar en el río, y pasaron por él tan sin afán que no se mojaban sino muy poca cosa de los pies. Cuando de la otra parte fueron, Lustrandor dijo:

—Mi señora, vamos a la puerta de la red.

Sabed que la reina Merodiana, era tanta la su hermosura, que así como a la puerta llegaron toda la red se rompió, y muy ligeramente entraron dentro y anduvieron dos pasos, pero no pudieron pasar más adelante por mucho que en ello se trabajaron, ca sabed que no era suya la victoria. Como esto vieron, a gran priesa se tornaron, y cuando desta otra parte fueron humilláronse ante los emperadores. Ellos les dijeron:

—Bien vengan tan hermosa doncella y tan preciado caballero, pues tan poco os faltó para acabar esta aventura.

Ellos se les humillaron por la honra que les daban. Y luego Lustrador llevó a la reina a su lugar y todos atendieron a quién llamaría a la prueba. Y luego la trompa llamó a la hermosa Duante y a don Sarcelio, ca sabed que después que don Sarcelio la vio fue della pagado. Mucho holgaron don Cristalián y la infanta Minerva, por cuanto le deseaban todo bien. Y luego se levantaron; don Sarcelio tomó de brazo aquella doncella y se fueron a entrar por el río, y pasaron por él llegándoles el agua a la mitad de los pies; y así, fueron de la otra parte y llegáronse a la puerta de la red por entrar. La red se rompió ya cuanto, ca sabed que Duante era una de las hermosas doncellas que había en gran parte. Ellos probaron a poner todas las fuerzas, pero no les aprovechó, y como esto vieron, luego se tornaron desta otra parte del río; don Sarcelio tornó a su señora adonde la había tomado. El rey de Pasamar, que muy ledo estaba en pensar que tal marido había de haber su hermana, se levantó y tomó al príncipe don Sarcelio consigo, y estuvieron atendiendo una pieza.

La imagen comenzó a hacer su dulce son y llamó a la prueba a la hermosa infanta Lucendra y al príncipe don Griolanís. Luego como los oyeron nombrar, todos los caballeros y doncellas se levantaron en pie. El príncipe don Griolanís tomó a su señora por el brazo y comenzó a pasar por su río adelante mojándose muy poca cosa, y cuando de la otra parte fueron y a la puerta de la red llegaron, muy ligeramente pasaron por ella, y anduvieron un paso más adelante que la reina Merodiana había pasado. Y pugnaron por ir adelante, y a grande afán llegaron junto al trono donde las deesas estaban, pero no pudieron pasar más, por mucho que en ello se trabajaron. Y como esto vieron, luego se volvieron, diciendo el príncipe don Griolanís:

—En vano se trabajan todos en probar en esta aventura estando presente don Cristalián y la princesa Penamundi.

Y luego se tornaron a pasar el río; y cuando llegaron adonde los emperadores estaban, el emperador Lindedel dijo a la infanta:

—Mucho me pesa que de cobardes no llegastes a las imágenes.

La infanta le respondió:

—No lo dejé por eso, sino porque me faltó ventura, que no soy yo tal que merezca dar cima a este hecho.

Y diciendo esto y haciendo su acatamiento a los emperadores se asentó.

Las princesas le preguntaron que cómo le había ido; ella les respondió:

—Fueme muy bien hasta que cerca del trono de las imágenes llegué, que jamás de allí pude pasar. Así me parece que acaece a todo: los que la victoria no han de ganar.

Estando en esto, la imagen llamó a la prueba a la reina de Armenia y a Dismael de la Roca. Dismael se levantó, y tomó a su señora la reina de brazo y comenzaron a entrar por el río, y pasaron de la otra parte sin trabajo alguno, que no les cubría el agua los pies. Y como habéis oído, era grande la hermosura de la reina de Armenia, y mucha la bondad de Dismael de la Roca. Y como de la otra parte del río se vieron, luego se fueron para la puerta de la red, y como a ella llegaron, se rompió ligeramente y entraron dentro en la cuadra cuanto un paso; pero de allí nunca pudieron pasar por más que se trabajaron. Y como esto vieron, luego se tornaron a salir de la cuadra y pasaron el río. Dismael de la Roca llevó a su señora al lugar donde la había hallado. De todos fue loada la gran hermosura de la reina de Armenia, y así, estuvieron un rato atendiendo.

En este tiempo, luego la imagen llamó a la prueba a la hermosa Bellaestela y al rey Lucescanio. Él se levantó, y asimismo se levantaron todos aquellos preciados caballeros. El rey tomó de brazo a la hermosa princesa Bellaestela, y haciendo su acatamiento a los emperadores se entraron en el río, y no se mojaron cosa sino las suelas de los pies, y así, pasaron a la otra parte y muy ligeramente se entraron por la puerta de la red; y anduvieron tanto hasta que llegaron al trono donde las imágenes estaban y comenzaron a subir por las gradas, que eran diez y seis. Cuando por las gradas los vieron subir, todos a una dijeron que los dos rey y princesa llevaban la victoria, y atendieron el fin que habían de haber. Cuando a las imágenes llegaron fueron estrañamente lados. El rey Lucescanio rogó a la princesa que ella fuese la que tomase primero el ramo de la victoria; la princesa hizo su ruego y tendió la mano por tomar el ramo que la imagen de la deesa de la Hermosura tenía, y repentinamente se salió de la mano de la diosa y se puso tan alto que por mucho que la princesa se alzó no lo pudo alcanzar. Muy triste fue aquella hermosa princesa en no dar cabo aquella aventura, que era la cosa que ella más deseaba. El rey la miró, y como vio la hermosa color de su rostro mudada, fue muy triste por la pena que la princesa sentía, y díjole:

—Mi señora, no vea yo en vuestro hermoso rostro señales de tanta tristeza.

La princesa le dijo:

—Mi verdadero amigo, no puedo dejar de sentir la falta que en mi persona hay. Pugnad por tomar el ramo a la deesa Palas, y a Dios ruego yo que la falta que en mi hubo, ésa no haya en vos.

Luego el rey Lucescanio echó mano por el ramo, mas avínole así como a su señora, que no lo pudo alcanzar: tan alto se subió. Y como esto vieron, el rey dijo a la princesa:

—Mi señora, vamos de aquí, que otro caballero hay en el mundo que más que yo valga.

Y así, la tomó de brazo y se tornaron a bajar; y luego volvieron a mirar las imágenes y vieron como ya los ramos se les habían vuelto. Y no se detuvieron más, sino luego se salieron de la cuadra y la puerta de la red fue cerrada como de antes.

El rey y la princesa pasaron el río, y cuando llegaron adonde el rey del Monte Libeo estaba, la princesa le hizo su acatamiento, y así, se asentó. El rey le dijo:

—Paréceme, hija, que la tu hermosura no fue tal que mereciese la victoria.

—Esa falta no quisiera yo que en mí hubiera —dijo la princesa.

Sabed que no hubo nadie en la ribera del río que no cuidase que aquellos dos rey y princesa habían de dar cima a aquella aventura; pero así como el río acabaron de pasar, en todos los pilares que el cielo tenía se parecieron en cada uno su imagen, cada una con su trompa, y no tardó mucho tiempo cuando comenzaron a hacer tan dulce son que todos estuvieron espantados, ca sabed que era la más dulce cosa de oír que jamás fue vista. Las imágenes estuvieron una pieza haciendo su acordado son, que no parecía sino que allí era junta toda la melodía del mundo, y cuando un rato hubieron tañido, todas las imágenes cesaron, y luego la que a la prueba llamaba nombró con su trompa a la princesa Penamundi y al príncipe don Cristalián que a probar se viniesen.

Luego aquel valeroso príncipe se levantó, y humillándose ante aquella hermosa sobre cuantas nascieron, le pidió tuviese por bien de se ir a probar. La princesa se levantó, y haciendo su acatamiento a los emperadores se fueron a entrar por el río, y vieron una gran maravilla, que el agua se apartó a una y a otra parte, de manera que cosa alguna no se pudieron mojar. Y así, pasaron, y luego se fueron a entrar por la puerta de la red, y pasaron por ella tan ligeramente como si red no hubiera, y anduvieron hasta que llegaron a las gradas del trono y allí pararon a mirar las imágenes. A esta hora todas las imágenes de los pilares comenzaron a hacer su dulce son, de tal manera que don Cristalián y la princesa no se pudieron mover oyendo aquella dulce melodía, y así estuvieron una pieza. Todos los que de la otra parte del río miraban tuvieron por muy cierta la victoria en aquellos dos príncipes, porque ellos y no otros habían en el mundo nascido estremados, la princesa en hermosura, y don Cristalián en alta caballería.

Luego los dos soberanos príncipes comenzaron a subir por las gradas arriba, y cuando las acabaron, la princesa se humilló ante la deesa Venus, y allí estuvieron una pieza rogándose el uno al otro cuál primero tomaría su ramo. Finalmente, que la princesa tendió su mano por alcanzar el ramo de la Victoria, y así como ella lo iba a tomar, luego la deesa de la Hermosura se humilló en el trono haciendo grande acatamiento a la princesa; y tendiendo su mano, le puso el ramo de la Victoria en la suya, y luego la imagen se tornó asentar. Y don Cristalián tendió su mano para tomar el ramo de la deesa Palas, y la imagen se humilló ante él, y tendiendo su mano, le puso el ramo de la victoria en la suya. La imagen se tornó a asentar. Como aquellos tan preciados príncipes vieron en sus manos los ramos de la victoria fueron estrañamente ledos, y tomándose por las manos bajaron las gradas, y así como fuera de la cuadra salieron, súbitamente la cuadra y cielo e imágenes desaparecieron. Desta maravilla fueron todos espantados; y así como esto fue hecho, miraron por el río y no le vieron.

—Agora os digo —dijo el emperador Lindedel— que los encantamientos del jayán son deshechos. Vamos todos a ver el rey que en la jaula de hierro está metido.

Así, movieron todos para donde el príncipe y la princesa estaban, y como a ellos llegaron, los príncipes se humillaron a los emperadores; ellos los saludaron con demasiado placer. Todos aquellos reyes y príncipes, e infantas y princesas se

llegaron a dar la enhorabuena de la victoria que habían habido. La infanta Minerva les dijo:

—Mucho lo hizo mal el jayán que hizo los encantamientos en querer así avergonzar tantos y tan preciados caballeros, y asimismo a tantas doncellas de alta guisa como aquí se han probado. Pero todo es razón de se lo perdonar, pues lo hizo por más honrar estos tan preciados príncipes.

Mucho era ledo el emperador Aliandro en saber que aquel valeroso príncipe había de ser señor del imperio de Persia, y no menos lo fue el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina de ver aquella hermosa princesa en compañía de don Cristalián. Así, movieron todos a ver al rey que en la jaula encantada estaba, y como a ella llegaron viéronle que mucho dolor puso a quien lo miraba, y tanto, que todos fueron movidos a mucha piedad; ca sabed que había tantos años que allí estaba, que no parecía sino un salvaje, que tenía los cabellos de su cabeza tan largos que casi le llegaban a los pies, y asimismo las barbas; tenía su cuerpo todo cubierto de vello, su rostro era tan negro como si de su nacimiento lo fuera. Como aquellas grandes compañías en torno de su jaula vio, luego él entendió que la aventura de la Victoria era acabada. Y humillándose en el suelo alzó los ojos y sus vellosas manos al cielo, y derramando infinitas lágrimas daba muchas gracias a Dios por las grandes mercedes que le había hecho.

El emperador Lindedel mandó que luego quebrassen la red, y así fue hecho, ca se pudo hacer muy ligeramente después que los encantamientos fueron deshechos. Y como la red fue quebrada, el rey que en ella estaba paró mientes por ver quién era el caballero y la doncella que la victoria habían ganado, y como los vio, él fue muy espantado de ver la estremada hermosura de la princesa, y no menos lo fue en ver la del príncipe don Cristalián. Él se fue a humillar ante ellos diciéndoles:

—Mis señores, dadme vuestras manos, pues por la vuestra estraña hermosura y alta caballería soy libre de la más triste prisión que nunca nadie tuvo.

Esto decía el rey derramando infinitas lágrimas: tanto era el placer que su corazón sentía. La princesa, ante quien él humillado estaba, hubo duelo dél, y díjole:

—Mi buen señor, mucho os ruego que os levantéis, que Dios sabe el dolor que mi corazón tiene en ver vuestra real persona puesta en tanta necesidad. Pero conviene que de hoy más vos toméis entera alegría, pues sois ya puesto en vuestra libertad.

El rey no se quiso levantar (aunque mucho la princesa porfió que se levantase) hasta que le besó las manos; y luego fue ante el príncipe don Cristalián y asimismo le pidió las manos para se las besar; don Cristalián lo tomó por los brazos y lo hizo levantar diciéndole:

—Mi buen señor, todos somos aquí venidos por os servir.

El rey se humilló diciéndole:

—De Dios hayáis el galardón, vos, mi señor, y aquella hermosa doncella, del bien que por vuestras personas yo he hoy recibido.

Capítulo CXXVI

De cómo el sabio Doroteo llegó adonde aquellos señores estaban trayendo en su compañía a su hija Belsael, y de la mucha alegría que con su venida recibieron.

ESTANDO todos aquellos señores con el rey de Seliza hablando en la triste vida que en tan largos tiempos había pasado, vieron venir por el camino que a la mano derecha estaba cierta compañía de gente. Todos se pararon a mirar por ver qué cosa podía ser, y vieron que derechamente venían adonde aquellos señores estaban; y cuando más cerca dellos fueron, luego fue por todos conocido ser el señor de aquella compañía el jayán Doroteo, y asimismo conocieron a la doncella Belsael. Grande fue el alegría que todos aquellos señores hubieron con la venida de aquellas dos personas que tanto querían. En este tiempo el jayán Doroteo y Belsael se apearon; Doroteo dijo en alta voz:

— Todos es razón que me perdonéis, por cuanto yo quiero primero hablar a los dos a quien Dios dio tanta parte de buena ventura.

Y diciendo esto se fue a humillar ante la princesa Penamundi y don Cristalián, y muy ahincadamente les pidió las manos; pero ellos no se las quisieron dar, antes lo hicieron levantar con demasiado placer, diciéndole:

— Buen amigo, mucho habéis hoy acrecentado nuestra alegría con la vuestra vista.

Luego el jayán se levantó y besó las manos a los emperadores y emperatriz, y Belsael asimismo. El sabio Doroteo habló a todos aquellos reyes y príncipes y grandes señores, y a las reinas y princesas e infantas. De todos fue con mucha alegría recibido. Y luego se fue a hablar al rey de Seliza diciendo:

— Mi buen señor, bendito sea Dios que os libró de los encantamientos del jayán señor desta tierra. Agora, mi señor, tomaréis entero placer, que mucho sois deseado en vuestro señorío y gran duelo tienen todos por la pérdida de tan buen rey como vos lo sois.

El rey le respondió:

— Buen amigo, muchas gracias doy yo a Dios y aquellos dos tan preciados príncipes, que por el su gran valor soy puesto en mi libertad.

El rey rogó al jayán Doroteo que rogase aquellos señores de su parte que tuviesen por bien de se ir a su tierra, pues que muy cerca estaba, y que allí podían descansar todo el tiempo que servidos fuesen. El sabio Doroteo lo suplicó a aquellos emperadores, reyes y príncipes y grandes señores; todos tuvieron por bien de hacer el ruego del rey de Seliza, y luego lo tomaron y lo cubrieron con su manto, y subieron todos a caballo y tomaron su camino para el reino de Seliza.

Yendo un día por la falda de una floresta vieron venir por un camino muchas compañías de gentes; los unos miraban a los otros. En este tiempo los que por el camino venían enviaron a preguntar si por ventura era acabada la prueba de la Victoria, y quien lo vino a saber era una doncella. La emperatriz Cristalina la hizo llamar; la doncella fue ante ella, y díjole:

— Amiga, mucho os ruego que me digáis quién viene en aquella compañía.

—Mi señora —dijo la doncella—, allí viene la infanta Celia, señora del Monte Pelio, y la infanta Gradabela, que vienen a la prueba de la Victoria, y hanme dicho que ya es acabada.

La princesa holgó mucho con la venida de aquellas dos infantas, y asimismo don Cristalián y todos los que a las infantas conocían.

—Amiga —dijo la princesa—, decid a esas señoras que en estas compañías viene una la doncella que es muy leda con la su venida, que les ruego yo muy ahincadamente que tomen trabajo de me venir a ver.

La doncella le dijo que haría su mandado (que bien le semejaba que debía de ser aquella que a las infantas enviaba a mandar que la viesen doncella de alta guisa), y fue muy presto adonde las infantas estaban, y humillándose, les dijo cómo ya la aventura de la Victoria era acabada y que en aquellas grandes compañías de gentes venía una muy hermosa doncella que muy ahincadamente les rogaba que la fuesen a ver. Las infantas le dijeron:

—¿No supiste quién era?

—No —dijo la doncella—, más de cuanto me parece la más hermosa que jamás vi.

—¡Santa María, valme! —dijo la infanta Celia—. ¿Si es por ventura la princesa Penamundi?

Y así, movieron para donde aquellos señores iban, y cuando cerca dellos llegaron, luego conocieron al emperador Aliandro y a la princesa y príncipe don Cristalián. Las infantas se iban a apear, mas el emperador Aliandro les dio voces que no lo hiciesen, porque no había lugar de detenerse allí por razón del mucho calor que hacía; ellas hicieron el mandado del emperador. Desde sus palafrenes hablaron a aquellos emperadores y reyes, y asimismo a todas aquellas reinas y princesas e infantas. Todos holgaron mucho con la venida de aquellas dos infantas. pero sobre todos holgaron Guiladoro el Rubio y Mirantenor, ca sabed que como las vieron, ellos fueron muy pagados de la su gran hermosura, y luego llegaron a ellas para las servir en aquel camino.

Y así, comenzaron a andar con mucho placer. Al sexto día que del señorío de Casilante partieron llegaron a una ciudad del reino de Seliza que había nombre Belamuel. El rey Tanarselo (que así había nombre el rey de Seliza) dijo a aquellos señores:

—Esta es una hermosa ciudad, adonde podrán holgar algún tiempo.

En aquella ciudad había muchas casas principales de muchos caballeros que allí hacían su habitación, y asimismo había unos palacios del rey maravillosamente obrados. En ellos aposentaron a los emperadores y rey del Monte Libeo, y a Bores de Mar y la princesa Archesidela. Como todos fueron aposentados, el rey Tanarselo mandó dar muy abastadamente todo lo que menester hubiesen. Allí se detuvieron ocho días, que en todos ellos jamás cesaron de hacer grandes fiestas y alegrías por mandado del rey Tanarselo.

En este tiempo el rey se cortó la barba y los cabellos, y asimismo se había vestido de ricas y muy preciadas ropas. Sabréis que cuando el jayán señor de Casilante puso en el encantamiento al rey, que no había sino diez y ocho años, y quince que estaba en aquella jaula, por manera que a la sazón habría treinta y tres años. Había gentil compostura de cuerpo; era rubio, que parecían sus cabellos de

oro. Estando un día ante los emperadores, el rey dijo, que todo aquel señorío de Casilante era de los que dieron cima al aventura de la Victoria.

—Pues que así es —dijo don Cristalián, volviéndose a la princesa—, a vuestra grandeza pido tenga por bien de dar este señorío a Belsael, hija del sabio Doroteo, pues muy bien lo merece, según los afanes ha tomado por nos servir.

La princesa le dijo:

—Por cierto a mí me pesa, porque el señorío es muy poco, según lo mucho que Belsael merece.

Don Cristalián besó las manos a la princesa por la merced que a Belsael había hecho, y luego la llamó que besase las manos a la princesa, que le había dado el señorío de Casilante. Belsael se humilló ante ella; como la besó las manos, luego se humilló a don Cristalián; él la hizo levantar, y se salió con ella a un corredor y le dijo:

—Amiga Belsael, ya sabéis lo mucho que yo a vos y a vuestro padre Doroteo debo. Yo querría gratificároslo, no como vos lo merecéis, porque sería imposible. Ya veis el señorío que la princesa os ha dado: yo querría juntamente con él daros marido, y tal, que vós fuésedes contenta y vuestro padre muy alegre. Decidme si es vuestra voluntad de casaros con el rey Tanarselo, que, como sabéis, es señor de gran tierra, y como el vuestro señorío y el suyo son juntos, a él le estará muy bien si vos sois contenta de le tomar por marido.

Cuando Belsael (que muy entendida doncella era) vio que el príncipe don Cristalián la quería hacer tan señaladas mercedes, hincó los hinojos en tierra y besole las manos diciéndole:

—Mi señor, grandes son las mercedes que yo de vuestra alteza he recibido. Yo soy muy contenta de tomar al rey Tanarselo por marido y por señor, y dello me terné por muy honrada.

—Pues que así es —dijo don Cristalián—, quiero hablar luego al jayán Doroteo.

Y así, se partió de Belsael, y paseándose por un corredor envió a llamar al sabio y díjole todo lo que a su hija Belsael oístes, rogándole que lo tuviese por bien. Doroteo se humilló por le besar las manos; don Cristalián le hizo levantar, el sabio le dijo:

—Mi señor, nunca yo esperé de vuestro conocimiento sino haber mucho bien: de mi hija y de mí haced a vuestra voluntad.

Don Cristalián le dijo:

—Pues que dello sois contento, yo quiero hablar al rey Tanarselo luego, porque deseo mucho, antes que de aquí nos vamos, dejar a vuestra hija con corona de reina.

El jayán Doroteo se le humilló y se partió dél. En este tiempo llegó el rey Tanarselo a don Cristalián; él le dijo:

—Ya vos, mi buen señor, habéis visto cómo la princesa Penamundi tuvo por bien de dar el señorío de Casilante a aquella hermosa doncella hija del jayán Doroteo. Por lo mucho que a su padre debo, querría luego darle marido, y tal con que ella fuese muy contenta y su padre muy honrado. Y asimismo yo no querría darle marido que enojo alguno os hiciese. Si vos, mi buen señor, supiéredes algún caballero que sea de sangre real, pariente vuestro, yo holgaría de se la dar y hacerle señor de Casilante.

Como el rey así oyó hablar a don Cristalián, díjole:

—Mi señor, yo no tengo otro pariente más cercano que mi propia persona; y tener me he yo por muy contento en haber por mujer una doncella que vós, mi señor, tanto amáis.

Don Cristalián le dijo:

—Pues que vós así lo queréis, a mí ternéis todos los días que yo fuere vivo por verdadero amigo vuestro, ca os ayudaré y favoreceré cada que menester lo hubiéredes con mi propia persona y estado.

El rey se le humilló; don Cristalián le dijo:

—Mi buen señor, yo querría que luego se hiciese el casamiento, antes que estos señores de aquí partiesen.

—Hágase luego —dijo el rey (que muy pagado era de la hermosura de Belsael).

Y luego él y el rey Tanarselo se entraron en el palacio; el emperador Aliandro dijo a don Cristalián:

—Mi buen señor, ¿qué es en lo que habéis entendido?

Don Cristalián le respondió:

—Ya vuestra majestad sabe lo mucho que todos debemos al sabio Doroteo, y asimismo a Belsael su hija. Yo he rogado al rey Tanarselo que tenga por bien de la tomar por mujer, pues ella es tan apuesta doncella y señora de Casilante. El rey es muy contento de lo así hacer como yo se lo ruego, y asimismo lo es el sabio Doroteo y su hija Belsael.

Mucho fueron ledos todos cuantos en el palacio había de ver hecho aquel casamiento, que de todos era muy amado el sabio Doroteo.

—Y ¿cuándo se ha de hacer? —dijo el emperador Lindedel.

—Hágase luego —dijo don Cristalián.

Y diciendo esto llamó a la doncella Belsael y tomola del brazo. Los emperadores tomaron al rey consigo y luego fueron desposados por la mano de un arzobispo que presente se halló. Hecho el desposorio, hubo aquel día gran fiesta en el palacio por honrar al rey Tanarselo y al sabio Doroteo. De ahí a dos días fueron velados y muy contentos el uno del otro, y no menos lo fue el sabio Doroteo de ver a su hija puesta en tan grande alteza. Él dijo a don Cristalián:

—Mi señor, no sé cuándo pague yo tantas y tan señaladas mercedes como a mí se me han hecho.

—No se ha hecho nada —dijo don Cristalián—, según lo mucho que vós merecéis.

Doroteo le quiso besar las manos, mas don Cristalián no se las quiso dar. Y así, pasaron aquel día con mucho placer. Venida que fue la noche, estando todos sobretabla, el rey del Monte Libeo dijo que ya era tiempo para se volver a su tierra. Antes que ninguno hablase, el jayán Doroteo se levantó diciendo que si licencia le daban, que él diría lo que se convenía hacer. Todos holgaron mucho de oír a Doroteo, y le dijeron que dijese, que ninguno saldría de lo que él ordenase. Doroteo se humilló a todos aquellos señores y les dijo:

—Los que de aquí se han de partir e irse a sus tierras, son estos que yo diré: la reina de la Justicia y las dos infantas Persalia y Casidora. Éstas se vayan, por cuanto son fuera de nuestra ley. Y los demás, de mi parecer es que todos juntos sean en Persia; y pues que ya sabemos por el gran saber del señor de Casilante cómo todos

los que la imagen a la prueba llamó han de ser en uno casados, allí es muy bien que estas solemnes bodas se celebren con aquella solemnidad que sus reales personas merecen.

A todos pareció muy bien lo que el sabio Doroteo dijo, y así, concertaron su partida que fuese luego otro día siguiente. Mucho le pesó al rey Tanarselo y a la reina Belsael en ver que tan presto había de ser la partida de aquellos señores; pero sufrieron, pues no podía ser otra cosa. Como otro día fue venido, todos se aparejaron para se partir, y despedidos que fueron del rey Tanarselo y de la reina Belsael, se salieron de la ciudad y tomaron su camino para el imperio de Persia. La princesa Penamundi miró a Raduel, que siempre iba de camino junto a ella, y vió que iba muy triste; la princesa le dijo:

—Amigo Raduel, ¿quién te ha enojado?

Raduel la miró con rostro muy airado.

—Mira, Raduel, que me espantas —dijo la princesa— si presto no me dices lo que has.

—¿Qué os tengo de decir? —dijo Raduel—, siendo vos la que me habéis enojado?

—Mucho me pesa deso que dices —dijo la princesa—. Dime, ¿qué daño es el que por mí te ha venido?

Raduel le dijo:

—¿Pareceos que habéis de mí recibido vos y don Cristalián mayores servicios que de Belsael, que fuistes a dalle el señorío de Casilante, que no os lo dejaré de decir aunque venga aquí el sabio Doroteo su padre, que no le tengo miedo, por mayor saber que tenga de lo que tiene? También pareciera yo señor de Casilante como lo parece Belsael. No saben estos señores sino hacer mercedes a quien no se las merece.

—Y ¿desto estabas enojado, amigo Raduel? —dijo la princesa.

—Sí —dijo él—, que así como distes cima vos y don Cristalián a la aventura de la Victoria yo me vi señor de Casilante, según los grandes servicios que de mí habéis recibido.

—Raduel, mucho me pesa de tu tristeza —dijo la princesa—. Si yo a Belsael di el señorío de Casilante, no faltará qué demos a ti. Mucho deseo saber los servicios que a don Cristalián has hecho.

—Aun si me parase a contarlos, todos cuantos aquí son se espantarían de los oír. Y no dejaré de decir algunos dellos: ¿no me encantó a mí la falsa Drumelia en la Triste Montaña? Y no quiero más decir, que sería nunca acabar.

—Agora, Raduel, asosiégate, que yo te haré gran señor.

—Sí asosegaré, pero ya yo lo había de ser.

Así fueron una pieza pasando tiempo con Raduel.

Capítulo CXXVII

De cómo todos aquellos señores llegaron a Persia y de las grandes fiestas que se hicieron por el aventura que la princesa dio cima.

YENDO de la manera que oído habéis vieron por el camino venir al rey Lucescanio, que con la reina de la Justicia y las infantes Persalia y Casidora había salido del reino de Seliza y fue con ellas algún tanto del camino, ca las mucho deseaba servir, y con Casidora envió muchas encomiendas para el Gran Turco y para muchos caballeros amigos suyos que en la su corte estaban. De todos fue el rey de Altaria muy bien recibido, y más lo fue de su señora la princesa Bellaestela, que lo amaba de todo corazón. Y como junto a ella llegó, la princesa le dijo:

—Ya yo tenía pensamiento que os pasábades en Turquía en compañía de las infantes Persalia y Casidora, según el mucho tiempo que en la su compañía fuistes.

—Mi señora —dijo el rey Lucescanio—, mucho es lo que yo aquellas dos infantes debo del tiempo que en la corte del Gran Turco estuve; pero si yo supiera que en salir con ellas os enojaba, antes muriera que erraros en un solo punto, y si yo en algo os he enojado, la vuestra grandeza sea de tomar de mí luego la emienda.

—La emienda que yo de vos quiero tomar —dijo Bellaestela— es que este poco de camino que nos queda no os apartéis un solo punto de mí.

Como el rey de Altaria conoció el grande amor que su señora le tenía túvose por bienandante, y daba muchas gracias a Dios porque tan buena ventura le había dado, y dijole:

—Mi señora, en esto y en todo lo demás entiendo yo hacer vuestro mandado.

Y así, caminaron diez días, y al oncenio a hora de nona entraron en el imperio de Persia, y en una villa les fue hecho grande recibimiento, y muchas fiestas y alegrías que jamás cesaban de hacer por la victoria de la princesa. Y de allí se partieron para la ciudad de Larenta (porque aquella era la principal ciudad del imperio de Persia), y cuando a ella llegaron, salieron al recibimiento todos los altos hombres del imperio que estaban en Larenta con la emperatriz. Estos caballeros salieron tres millas de la ciudad, y como vieron con el emperador su señor venir tan grandes compañías fueron muy espantados. Todos besaron las manos al emperador y princesa, y hacían grandes alegrías por la victoria que Dios tuvo por bien de le dar.

La emperatriz había mandado que todas las calles de la ciudad de Larenta por donde aquellos señores habían de pasar se colgasen de ricos y muy preciados paños, y las calles estaban cubiertas de muchas verduras y flores, y rosas de muy suave olor, que gran descanso era de las mirar. Así entraron en la ciudad, y tantas eran las gentes que por las rúas a mirar venían, que no podían pasar. Y llegaron al gran palacio del emperador, y como en él fueron, estaba tan estraña y ricamente guarnido, que mucho fueron aquellos señores espantados de ver la grandeza del emperador Aliandro. La emperatriz, con demasiada alegría, les salió a recibir hasta la puerta del palacio; allí se le humillaron todos, y ella los habló a cada uno como a su estado convenía. Como todos fueron en el palacio, sentáronse. Mucho

fue leda la emperatriz con la venida del sabio Doroteo, y asimismo holgó⁴⁴⁵ de saber las mercedes que a su hija Belsael se le habían hecho. La emperatriz les dijo:

—Decidme, ¿cómo os fue en la prueba de la Victoria?

Allí se lo contaron como lo habéis oído que pasó. Mucho fue leda en ver el marido que Dios había de dar a la princesa tan preciado y escogido en el mundo. Allí estuvieron hablando en lo que más les agradaba, y todo el más tiempo hablaron en la prueba de la Victoria (que la emperatriz holgaba mucho de lo oír), y asimismo hablaron de la desemejada doncella y caballero que se vinieron a probar y de lo que les acaeció en la prueba. Mucho rieron aquellos que no lo habían visto. Cuando fue tiempo, todos se fueron a dormir.

Venida que fue la mañana, aquellos señores y señoritas se levantaron y se vistieron muy ricamente, y los que fuera del palacio estaban vinieron a hora de misa y hallaron al emperador Aliandro que ya estaba en su palacio, y no tardó mucho cuando entró el emperador Lindedel, y como en la sala fue, hicieronse grande acatamiento los emperadores el uno al otro y juntos se fueron a oír misa, y como la oyeron, luego se salieron al gran palacio. Sabed que Guiladoro, y Mirantenor eran muy pagados de las hermosas infantas Celia y Gradabela, y a ruego de don Cristalián ellas fueron desposadas con ellos. Cuando los desposorios de aquellas señoritas se hicieron, la infanta Minerva y Celia, y Gradabela se fueron a la cámara de la princesa, y la infanta Minerva le contó los casamientos que don Cristalián había concertado, diciéndole:

—Guiladoro el Rubio y la infanta Celia, y Mirantenor con la infanta Gradabela.

Mucho fue leda la princesa en oír aquellas nuevas, ca deseaba todo bien a aquellas infantas, y abrazándolas, les dijo:

—Paréceme que aunque no llegastes a tiempo de ser en la prueba de la Victoria, que ya sabéis quiénes han de ser aquellos que por maridos habéis de tomar. Por cierto Guiladoro y Mirantenor son muy preciados caballeros, tales cuales vuestras personas reales los merecen.

Las infantas se le humillaron, y allí se estuvieron en su compañía hasta que fue hora de comer. La princesa les mostró el vestido y el tocado que tenía hecho para el día de los desposorios, y asimismo les mostró otras muy ricas y preciadas joyas que para aquel día tenía aparejadas: todo era maravillosa cosa de ver. Celia y Gradabela le dijeron:

—¡Ay de quien no tiene nada aparejado!

—De eso no tengáis cuidado, que yo os daré tales ropas con que salgáis como vuestras personas merecen.

Las infantas le besaron las manos; la infanta Minerva dijo:

—Yo tengo un preciado vestido a la usanza de mi tierra, que parecerá muy bien.

La princesa les dijo:

—Yo querría mucho saber el vestido que tiene la princesa Bellaestela.

—Eso —dijo la infanta Minerva— no puede ser, porque no tenemos con ella conocimiento ninguno. Yo he sabido que la reina de Armenia ha hecho cosas

⁴⁴⁵ 1587: ‘holso’ (304v).

estrañas, y asimismo la reina Merodiana; pero no he sabido cosa ninguna de Bellaestela, que todo se ha hecho muy secretamente.

—Habrémonos de sufrir —dijo la princesa—, pues que no lo podemos saber. Cada cual pugne por salir lo mejor que pudiere.

Allí estuvieron aquellas señoras hablando en lo que oído habéis hasta que las llamaron que fuesen a comer. Don Cristalián hizo saber a Dismael lo que había concertado; él fue muy ledo de lo oír, y quísole besar las manos por las mercedes que a Guiladoro su hermano había hecho. Don Cristalián le dijo:

—Es bien que antes que os vais sepáis cómo Mirantenor quiere por mujer a la infanta Gradabela.

—Mucho es bueno para mí oír esas nuevas, que gran daño fuera si Mirantenor quedara libre; y así, es muy bien que todos en un tiempo perdamos la libertad de caballeros mancebos, pues que en un tiempo recibimos orden de caballería. La infanta Gradabela —dijo Dismael— merece todo bien, que es doncella muy mesurada.

—Así es verdad —dijo don Cristalián.

Y hablando en esto y en otras cosas se anduvieron paseando una pieza hasta que fue hora de comer, que los llamaron, y como hubieron acabado, sobretabla concertaron que otro día se hiciesen los desposorios. Don Cristalián dijo al emperador Aliandro cómo Guiladoro y Mirantenor estaban concertados de tomar por señoras a la infanta Celia y Gradabela. Mucho holgaron aquellos señores en oír tales nuevas, que de todos eran muy preciadas aquellas dos infantas. El emperador Aliandro envió a decir a la princesa Penamundi, y asimismo a todas aquellas señoras, se aparejasen, que otro día habían de ser los desposorios. Cuando el doncel entró en la cámara de la princesa con el mandado del emperador halló que estaban en su cámara la infanta Minerva y Sandalina, y Celia y Gradabela. La princesa respondió al doncel del emperador que harían su mandado; la infanta Celia dijo:

—Oí decir a una doncella de la infanta Lucendra que era cosa maravillosa de ver la riqueza del vestido que la infanta tenía hecho.

—Mucho querría saber qué manera de vestido sacó —dijo la princesa.

—Eso no puede ser —dijo la infanta—: mañana se verá.

Gran parte de la noche aquellas señoras no entendieron en otra cosa sino en aparejar algunas cosas que les faltaban, y cuando todo fue a punto, luego se fueron a dormir. Esperando el día venidero, no tenían sosiego en sus corazones.

Venida que fue la mañana, todos aquellas señoras se levantaron y se comenzaron aparejar para salir al palacio. La princesa Penamundi se vistió una ropa de altibajo blanco aforada en tela de plata; y era de la cinta abajo abierta por doce partes, solamente el altibajo blanco: la tela de plata quedaba sana debajo. Todo aquello cortado era tornado a juntar con unas cifras de oro maravillosamente obradas, ca había en ellas ricas y muy preciadas piedras. La ropa era con mangas tan anchas que casi llegaban al suelo, con muchos cortes en ellas por una y por otra parte, que a maravilla parecían bien, trabados con las mismas cifras. Luego le pusieron unas mangas de cetí blanco, todas cortadas, y a cada parte de las cortaduras había un rico y muy preciado joyel, por manera que extraña cosa era de ver: tan bien parecía. La cinta que ceñida llevaba era de la manera que oiréis: un

rico y muy preciado cordón hecho de perlas orientales, y por cabo tenía una hermosa borla de perlas que no eran tan gruesas. Y peináronle sus hermosos cabellos, y encima dellos le pusieron un tocado greciano (que, como ya en la historia os habemos contado, este tocado le estaba a la princesa muy bien). Pusieron los cabellos cliznados al rostro por muy gentil compás,⁴⁴⁶ y los demás revolvían por encima del tocado. Al lado derecho tenía una lazada de los mismos cabellos, en la atadura della era puesto un diamante de punta tan grande que no se podía apreciar; asimismo, todo el tocado era cubierto de diamantes de gran valor. Como fue vestida y tocada pusieronle un collar de hombros tal que no parecía sino que rayos de sol salían de las piedras que por él estaban sembradas. Aderezada que fue la princesa, pusieronle su silla en que se sentase. Luego ella mandó que sacasen ricas y muy preciadas ropas para las dos infantes Gradabela y Celia, y luego fueron vestidas y aparejadas, y asimismo lo fue la infanta Sandalina, y todas aquellas señoras se vistieron y tocaron tan ricamente que estraña cosa fue de las ver.

Capítulo CXXVIII

De cómo el príncipe don Cristalián y la princesa Penamundi, y el rey Lucescanio y la princesa Bellaestela, y todos aquellos príncipes y reyes, y princesas y reinas e infantas, fueron desposados con grandes fiestas y solemnidad.

LOS dos emperadores y emperatrices, y asimismo el rey del Monte Libeo y Bores de Mar, salieron al gran palacio ricamente guarnidos; en compañía dellos salieron los altos hombres del imperio que a la sazón eran juntos en Larenta. El gran palacio del emperador estaba ricamente guarnido, todo colgado de paños de oro. A la una parte de la sala había colgados tres doseles ricos y muy preciados; el emperador Aliandro y la emperatriz se asentaron en dos sillas que debajo del dosel de en medio estaban, y debajo del dosel de la mano derecha del emperador Aliandro se asentaron el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina. A la mano siniestra estaba el tercer dosel; se asentó el rey del Monte Libeo, y junto a él Bores de Mar príncipe de Romanía. Los altos hombres estaban en el palacio atendiendo si el emperador cosa alguna los mandaba. Entonces entró el sabio Doroteo, y el emperador Aliandro le dijo:

— Mi buen amigo, ya no atendemos sino a vos.

Doroteo se le humilló y dijo:

— Pues que ya es todo aparejado, bien será que oyan misa antes que los desposorios se hagan.

— Así sea como lo vos decís —dijo el emperador—, que me parece mucho bien.

Y como esto dijo, luego se levantaron y se fueron a la capilla. La misa se comenzó y todos la oyeron con mucha devoción, rogando a Dios muy

⁴⁴⁶ Rizos sueltos sobre la frente, se entiende.

ahincadamente que aquello que tenían concertado de hacer fuese hecho en su servicio. Como la misa se acabó, todos se tornaron al gran palacio, y los emperadores y reyes se asentaron como ya oístes. En el palacio estaba el cardenal de San Juan. Y como todo estaba aparejado, el emperador Lindedel se levantó; el emperador Aliandro le dijo que para qué se levantaba.

—Para ir por la princesa Penamundi —dijo él.

El emperador Aliandro le rogó que no lo hiciese, que asaz había en el palacio personas de alta guisa que podían salir con ella. El emperador Lindedel que muy mesurado era, le dijo:

—Mi señor, pues que yo estoy en el vuestro palacio, razón es que reciba esta merced.

—Mi señor —dijo el emperador Aliandro—, la merced todos la recibimos.

Y diciendo esto se humillaron el uno al otro, y el emperador Lindedel se fue adonde la princesa Penamundi estaba; haciéndole grande acatamiento, le dijo:

—Mi señora, sea la vuestra merced de venir conmigo.

La princesa se levantó, y humillándose al emperador, él la tomó de brazo, y la falda le llevaba la duquesa, mujer del duque Nardos, y en la su compañía venían muchas dueñas y doncellas do alta guisa, y con el emperador entraron muchos de los altos hombres que en el palacio estaban, y así salieron. Cuando en la sala fueron, todos se levantaron en pie y el emperador Aliandro tomó consigo al príncipe don Cristalián; y como se juntaron⁴⁴⁷ cerca el uno del otro para desposarlos, todos a una voz en el palacio decían que Dios los había criado escogidos entre cuantos nascieron, que allí era junta toda la hermosura del mundo. Luego el cardenal llegó y les dijo aquellas palabras que para los desposar convenían.

Y como fueron desposados, luego se comenzaron a hacer grandes alegrías en el palacio, sonando tantos menestriales y otros muchos instrumentos, que gran conhorte daba a quien los oía. Antes que se asentasen los dos emperadores fueron por la princesa Bellaestela, y como en el palacio entraron, don Cristalián tomó consigo al rey de Altaria y el mismo cardenal los desposó. En todo el palacio se hizo el mismo regocijo que al desposorio de la princesa Penamundi se había hecho.

Luego fueron el rey del Monte Libeo y el príncipe Bores de Mar, y don Cristalián y el rey Lucescanio, por la infanta Lucendra; como tan bien guarnida y hermosa la hallaron fueron muy alegres con la su vista. La infanta se levantó, y el rey del Monte Libeo la tomó de la una parte, y de la otra el príncipe Bores de Mar, y así la llevaron, y como en el palacio fueron, todos se maravillaron del rico y muy preciado vestido que traía. Luego entró el príncipe don Griolanís, que ricamente venía guarnido, y el emperador Aliandro le tomó consigo y luego el cardenal los desposó.

Y como esto fue hecho fueron por la reina Merodiana el príncipe don Cristalián y el rey de Altariagreta, y tomándola de brazo la trujeron al gran palacio, y como en él fue, luego entró Lustrandor, príncipe de Gran Bretaña, y los emperadores lo tomaron consigo; luego fueron desposados. Finalmente, todos aquellos señores y

⁴⁴⁷ 1587: 'jontaron' (306r).

señoras fueron desposados por mano del cardenal, con todas las ceremonias que se requería, cada uno por su orden.

Después de acabados los desposorios, los emperadores y emperatrices, y el rey del Monte Libeo y Bores de Mar, se asentaron, y luego fueron sentadas todas aquellas señoras reinas y princesas e infantas, asimismo junto a ellas aquellos señores que por maridos habían tomado. Aquí podéis pensar el mucho descanso que en los ánimos de aquellos caballeros estaban viéndose ya señores de aquellas por quien tanto afán habían tomado. La princesa Penamundi era tan leda en ver el fin que Dios había tenido por bien de le dar en sus hechos, que con el demasiado placer que en su corazón tenía, gran parte había acrecentado en su hermosura.

Grandes fueron las fiestas que en el palacio del emperador se comenzaron a hacer, y asimismo se hicieron por toda la ciudad, ca sabed que el emperador Lindedel puso una joya de gran valor, que era un estoque tal que la guarnición era muy estraña, toda sembrada de muchas piedras de muy crecido valor.

—Este estoque —dijo el emperador Lindedel— sea para el caballero que más gentil hombre en esta fiesta entrare, con tal condición que don Cristalián y Lucescanio no tengan que ver en el estoque, que no quiero que ninguno dellos lleve la gloria del más gentil hombre si por ventura lo fuere.

Luego la emperatriz Cristalina sacó un rico y muy preciado collar con piedras y perlas de gran valor, y dijo:

—Este collar quiero yo que lleve la más gentil doncella que en esta fiesta saliere; y no quiero que en él tenga parte la princesa Penamundi ni la princesa Bellaestela ni la infanta Lucendra, sino todas las demás pugne cada una de llevar la joya. Jueces sean el duque Nardos, de los caballeros, y la duquesa su mujer de las doncellas.

Mucho regocijo dieron en la fiesta las joyas que el emperador y emperatriz pusieron, y la fiesta se acrecentó gran parte, que vinieron muchos caballeros de la corte que no acostumbraban venir a palacio en tales tiempos. Estando de la manera que oído habéis entró Raduel; la princesa Penamundi le dijo:

—Amigo Raduel, ¿qué has, que me semeja que vienes algo enojado?

—No vengo —dijo él—; pero si lo viniese, tengo mucha razón de estallo, que en los tales tiempos se conocen los amigos. Y esto digo porque cuanto ha que de la prueba de la Victoria venimos no ha habido persona en el palacio del emperador que de mí se acordase. Ni aun a la infanta Gradabela jamás a la memoria le vinieron los muy crecidos servicios que en los Hondos Valles le hice.

—Pues ¿qué querrías agora, tú, Raduel? —dijo la princesa.

—¿Queréis que os lo diga? —dijo él—. Ser señor también como vos, que no tengo de servir toda mi vida; que veis ahí al emperador Lindedel, que yo he sabido que a Espanil su enano hizo señor de la Ínsula del Mar. Pues ¿qué menos servicios han sido los míos que los de aquél fueron? Pues ya no me queda esperanza ninguna, que ya veo que sois casados y no me habéis dado nada.

Don Cristalián le dijo:

—Raduel, no te quiero ver quejoso. ¿Tú serás contento con el condado de Sebín, que es de Libanor?

—Sí —dijo él.

—Pues mira cuánto más te quiero a ti que a Libanor, que le quitaré el condado y te le daré a ti.

—Si eso viesen mis ojos —dijo Raduel—, bienandante me podía llamar; que yo terna dos cosas que mucho deseo: la una, la overme señor, y la otra verme vengado de Libanor.

Diciendo esto volvió la cabeza por ver si Libanor le oía. El emperador Aliandro le dijo:

—¿Qué miras, Raduel?

—Mi señor —dijo él—, miraba si Libanor me oía.

—Anda, velo a llamar —dijo don Cristalián.

Raduel fue, y no se tardó mucho cuando encontró con él y díjole:

—Libanor, venid comigo, que el príncipe os llama.

Libanor se fue con él, y humillándose ante don Cristalián, le dijo que qué era lo que su alteza mandaba, que Raduel le había llamado.

—Amigo Libanor, la mi voluntad es que sea de Raduel el condado de Sebín, de que el emperador Escanio te hizo merced, porque hoy no es día de ver a Raduel quejoso.

Libanor le dijo que de grado haría su mandado, y luego le dio en condado de Sebín ante todos los que en el palacio estaban. El primero que llamó conde a Raduel fue la princesa Penamundi, que le dijo:

—Conde Raduel, necesidad tenéis de poner casa.

—Eso haré yo muy cumplidamente.

Y luego se humilló ante don Cristalián y la princesa y besoles las manos por la merced que le habían hecho, y así, se salió del palacio. Los donceles del emperador que en el corredor estaban, como le vieron salir, todos le hacían grande acatamiento diciendo:

—¡Aparta, aparta, que pasa el conde de Sebín!

Y él pasó por ellos muy mesurado, fingiendo ya con el señorío tener gravedad. Todos aquellos preciados caballeros danzaron con las doncellas que en el palacio del emperador estaban, y asimismo danzaron todos los desposados. Duró la fiesta hasta que fue hora de cenar. En este tiempo fue acabada, y de las doncellas de más gentil, ganó el precio la reina de Armenia, y de los caballeros Dismael de la Roca; él fue estrañamente ledo, porque su señora había ganado el precio de la más gentil dama que había en el palacio del emperador. Y dieron los precios a quien los había ganado y luego comenzaron a cenar, y como hubieron acabado, todos estaban en muy gran regocijo, y cuando fue tiempo se fueron a dormir. Duraron las fiestas quince días.

Capítulo CXXIX

De la triste nueva que al palacio del emperador Aliandro vino, y de cómo al emperador Lindedel y al príncipe don Cristalián y al rey de Altariagreta convino luego salir de la corte del emperador.

ESTANDO todos aquellos señores en el regocijo que oído habéis entró en el palacio una doncella vestida de paños de duelo, y asimismo traía en su compañía cuatro caballeros vestidos de lo mismo. Y como en medio del palacio fueron hicieron su acatamiento y preguntaron si por ventura era allí el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina. Un caballero de los del palacio del emperador Aliandro se los mostró diciéndole:

—Buena doncella, veis allí al emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina.

La doncella se fue para ellos, y tomándoles las manos, se las besó y dijo:

—Serenísimo emperador Lindedel, yo no quisiera venir ante vuestra majestad en tiempo de tanta alegría a dar nuevas de tanto dolor. Sabed mi señor, que el emperador Escanio ha bien treinta días que pasó desta vida, y la emperatriz está tal que no puede mucho durar. Ruegaos muy ahincadamente que vuestra majestad tenga por bien de se ir para Constantinopla; y si en disposición estuviere de no poder ir, que luego le envíe al príncipe don Cristalián, que si sus ojos lo veen antes que desta vida vaya su ánima, llevará mucho descanso.

Cuando la emperatriz Cristalina entendió que el emperador su padre era muerto comenzó a hacer muy gran llanto, y tanto, que el emperador Aliandro y todos los que en el palacio estaban se levantaron por la aconhortar. El emperador Lindedel la tomó en sus brazos diciéndole palabras de mucho conhorte, y asimismo se las decía el emperador Aliandro y la emperatriz y todos los que en el palacio estaban. Y cuando la emperatriz cesó de hacer su llanto dijo que luego se quería ir a su aposento, y así, la llevaron. El emperador Lindedel se fue en su compañía que nunca un momento se partía della como con tanta pasión la vio. Todo el palacio del emperador Aliandro, que de tantos placeres y regocijos estaba lleno, fue tornado en muchos llantos que la emperatriz Cristalina y sus dueñas y doncellas hacían. El emperador Aliandro mandó otro día de mañana que descolgasen el palacio de aquellos ricos y muy preciados paños de que estaba colgado, y todo lo mandó colgar de paños de duelo.

La emperatriz Cristalina y el emperador Lindedel estuvieron quince días que no salieron de su cámara, ni persona alguna los vio sino el emperador Aliandro y la emperatriz y el rey del Monte Libeo. Después que este tiempo pasó acordaron de se partir a Constantinopla, por el consuelo de la emperatriz. Luego lo pusieron por obra, y aparejando su partida, se despidieron de todos aquellos señores. En la su compañía llevaban al príncipe don Cristalián y al rey Luescanio y a la princesa Lucendra, y asimismo se fueron en su compañía todos aquellos reyes y príncipes y grandes señores, todos iban vestidos de duelo.

Yendo con la tristeza que oído habéis tomaron su camino para Constantinopla. El príncipe don Cristalián y rey Luescanio, era demasiada la tristeza que llevaban, no por la muerte del emperador Escanio, sino por se ver apartados de aquellas que

sus corazones tanto amaban. Así anduvieron ocho días sin que en el camino nada les acaeciese. Al nono día, yendo todos de la manera que oído habéis, caminando por la falda de una floresta vieron venir una doncella en un palafrén blanco a muy gran priesa, y en su compañía dos escuderos. Todos pararon mientes en ella, que venía cuberto de duelo. Como la doncella llegó a donde el emperador estaba, hízole grande acatamiento y dijo:

— ¿Es aquí el rey de Altariagreta?

— Es —dijo el emperador—. Decidme qué lo queréis.

— Quiérolo —dijo la doncella— ver, y después le diré el mandado que traigo.

El emperador se lo mostró, que junto con él iba; como la doncella lo vio, humillose a él y díjole:

— Mi señor Lucescanio, la vuestra merced sea de me otorgar un don, pues vengo de luengas⁴⁴⁸ tierras por que me lo otorguéis.

El rey de Altaria la miró, y le dijo a la doncella:

— El don yo os lo otorgo: decidme qué es lo que queréis.

La doncella le besó la falda de la loriga en señal de las grandes mercedes que en le otorgar el don le había hecho, y díjole:

— Sabed, mi señor, que el don que me habéis otorgado es que habéis de ir comigo a donde yo os quisiere llevar.

— Iré —dijo el rey Lucescanio— adonde quisiéredes, pues que ya el don os otorgué.

Mucho le pesó al emperador y emperatriz de la ida del rey, pero sufriéronse, pues no le podían quitar que no fuese, por el don que a la doncella había prometido. Luego el rey Lucescanio se despidió del emperador y emperatriz y príncipe, y asimismo de la princesa Lucendra y de todos aquellos señores. El sabio Doroteo, que en compañía del emperador Lindedel iba, dijo al rey Lucescanio:

— Mi señor, antes que os vais os quería decir una palabra.

El rey se llegó a él, y el sabio le dijo:

— Porque no sabemos guardarnos de los peligros desta vida, os quiero dar una sortija que jamás de la mano derecha vos no la quitéis por bien ni por mal que os avenga. La sortija ha tal virtud que mientras con vos la trujéredes no temáis encantamiento que contra vos hacer quisieren. Y esta sortija os doy yo porque no sé ni alcanzo cuya es esta doncella, y esto me pone en gran sospecha que viene con alguna traición.

El rey Lucescanio dijo a Doroteo:

— Amigo, llevando yo contigo el remedio contra los encantamientos, de lo demás no tengo de qué temer.

El sabio lo encomendó a Dios. El emperador Lindedel lo llamó y le dijo:

— Dime, ¿qué te quería el sabio Doroteo?

— Darme esta sortija —dijo el rey—, que ha tal virtud que encantamiento ninguno no pueda empecerme.

— Por cierto —dijo el emperador—, mucho es lo que al sabio debemos. Vete con la bendición de Dios y mía.

⁴⁴⁸ 1587: ‘lengas’ (307r).

El rey Lucescano le besó las manos, y así, se fue con la doncella no llevando consigo otra persona sino a Bridamor. Como el rey de Altariagreta se partió del emperador, fueron su camino sin les acaecer cosa alguna que de contar sea hasta que entraron en Constantinopla, donde les fue hecho gran recibimiento de todos los altos hombres del imperio que en Constantinopla los estaban aguardando. El emperador y emperatriz los recibieron con mucho amor, aunque no sin lágrimas de la emperatriz, que gran dolor sentía en su corazón de la perdida del emperador su padre. Y luego se fueron al palacio, donde hallaron a la emperatriz en el lecho, que después que el emperador había muerto nunca se había levantado. Como el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina entraron y ella los vio, comenzó a hacer grandes llantos. La emperatriz Cristalina se llegó a ella llorando muy agramente, y la tomó las manos y se las besó; el emperador Lindedel asimismo le besó las manos, y la comenzó a conhortar diciéndole que no se debían sentir tanto las cosas que por la mano de Dios venían, que el mejor consuelo que para semejantes dolores había era pensar que otro día irían los que vivos quedaban.

Mucho fue el consuelo que la emperatriz tomó con la venida de sus hijos, y como algo apaciguada fue de su llanto llegó el príncipe don Cristalián y la princesa Lucendra a besalle las manos. Ella los recibió con mucho amor, como aquella que los amaba, y holgó mucho de ver a la princesa Lucendra tan hermosa, que nunca la había visto. El emperador Lindedel rogó muy ahincadamente a la emperatriz que se levantase, ella lo hizo por les hacer placer. Allí estuvieron ocho días que no se entendió en cosa alguna sino en el consuelo de la emperatriz. En este tiempo los altos hombres del imperio se juntaron un día, acabando el emperador de comer, y le dijeron que si su majestad dello era servido, que sería bien que luego tomase las coronas del imperio de Constantinopla. El emperador los respondió:

—Amigos, la mi voluntad y de la emperatriz es que toméis por señor al príncipe don Cristalián, nuestro caro y amado hijo, ca nós no queremos más señorío del imperio de Trapisonda.

Todos a una le respondieron que no saldrían de su mandado, y que cuando su majestad mandase recibirían al príncipe don Cristalián por señor.

—Sea luego mañana —dijo el emperador.

Todos dijeron que así fuese como lo él mandaba, y a gran priesa aparejaron para otro día todo lo que era menester para semejantes actos. Venido que fue el día de la coronación, el emperador Lindedel y el príncipe don Cristalián se vistieron muy ricamente, y asimismo todos los grandes del imperio, y así, se fueron a la iglesia mayor sin otro regocijo alguno por la muerte del emperador; y como en ella fueron, el príncipe don Cristalián recibió las coronas del imperio después de haber oído misa. Y luego se fueron a una parte de la iglesia adonde estaban hechos dos muy ricos asientos, y el emperador Lindedel se asentó, y junto a él el emperador don Cristalián. Luego vinieron todos los altos hombres del imperio y le besaron las manos por señor, y asimismo lo hicieron los grandes y chicos que en Constantinopla se hallaron.

Y como esto fue hecho se levantaron y subieron a caballo y fuéreronse al palacio, y antes que entrasen adonde las emperatrices estaban se quitaron aquellas ropas y se vistieron de paños negros. El emperador don Cristalián se humilló ante ellas y les besó las manos; ellas lo abrazaron con las lágrimas en los ojos rogando a Dios

que lo guardase y le dejase gozar el estado y señorío que le había dado. Luego el emperador y aquellos señores se asentaron y estuvieron hablando en las cosas del imperio hasta que fue hora de comer.

Capítulo CXXX

En que se recuenta lo que al rey Lucescanio acaeció con la doncella que ya os contamos que el don le demandó.

DICE la historia que, partido el rey Lucescanio y la doncella, anduvieron todo aquel día a muy gran priesa, y como la noche vino albergaron junto a una fuente que en una floresta estaba; hacía la luna muy clara. El rey dijo:

—Buena doncella, si os pluguiese decirme qué es lo que tengo de hacer, o quién es el que a llamarre envía, mucho os lo agradecería.

La doncella le respondió:

—Mi señor, por la fe que mantengo, que yo no he poder de os lo decir, que de voluntad hiciera vuestro mandado.

—Decidme —dijo el rey— si ha de ser muy largo nuestro camino.

—Sí —dijo la doncella—, que bien caminaremos quince días antes que lleguemos adonde está quien acá me envió.

Como el rey vio que no podía saber por entonces nada de lo que deseaba, callose, y cuando fue hora, la doncella se apartó a una parte de la floresta, y el rey se quedó junto a la fuente, y allí albergaron aquella noche. Venida que fue la mañana, el rey se armó las manos y la cabeza y subió en su caballo, y la doncella en su palafrén, y anduvieron hasta que fueron a vista de un hermoso castillo, alto y muy torreado, salvo que todo él estaba labrado de canto negro, y asimismo eran negras las pinturas que el castillo había. El rey dijo a la doncella:

—Hermoso castillo es éste: mucho debe ser triste el señor cuyo es, pues en él hay señales de tanta tristeza.

—Mi señor, en él es la señora que a vos me envió, y por la vuestra mano,⁴⁴⁹ y no por la de cuantos en el mundo son, ha de ser restituida en su entera alegría.

—Así lo quiera Dios —dijo el rey— que yo sea parte para quitar tanta tristeza como ella en su morada muestra tener.

Hablando en esto y en otras cosas llegaron al castillo, y luego la doncella envió a uno de sus escuderos que a la puerta llamasen. El escudero hizo su mandado, y luego se paró a ventana una doncella cubierta de duelo, y como vio a la doncella que con el rey venía, no les dijo cosa alguna, antes muy presto se fue a su señora y díjole:

—Mi señora, albricias; que mi cormana viene y trae consigo el caballero por quien la enviastes.

⁴⁴⁹ 1587: ‘nano’ (308r).

—Grandes nuevas son éas para mí —dijo la dueña—. Vayan luego y abran, y el caballero venga ante mí.

Por mandado de la señora del castillo fue la puerta abierta, y el caballero y la doncella entraron. El rey se apeó de su caballo, y la doncella de su palafrén, y dijo al rey:

—Mi señor, venid comigo adonde es mi señora.

Y así, subieron al castillo y entraron en una gran sala toda colgada de paños de duelo, y las ventanas de la sala estaban cerradas, y a la una parte había unas velas encendidas, y de la otra estaba un estrado asaz grande, y en él una dueña asentada cubierta de paños de duelo. Y como ella vio al rey cerca de sí, levantose y hízole grande acatamiento; el rey asimismo se le humilló, que a lo que semejaba parecía persona de alta guisa. La dueña le dijo:

—Mi señor, la vuestra merced perdone el atrevimiento que he tenido en os enviar a buscar; que sabed que gran necesidad me hizo caer en este yerro. La mi cuita es muy crecida; yo no puedo de un agravio que se me ha hecho tomar la emienda sino por la vuestra mano. Y por tanto, mi señor, sea yo de la vuestra merced perdonada

El rey le dijo:

—Buena señora, no es razón que perdón se pida, pues yo he recibido merced en hacer vuestro ruego, que los caballeros no recibimos para al orden de caballería sino para desagraviar los que agravio reciben, y por tanto, yo soy muy ledo de os venir a servir en lo que mandar me quisiéredes.

Como la dueña así oyó hablar al rey quísole besar las manos, pero él no se las quiso dar, antes la levantó y la hizo asentar. La dueña lloraba muy agramente, y el rey la aconhortaba lo mejor que podía. La dueña le dijo:

—Mi señor, mucho os ruego que sea la vuestra merced de se quitar esas armas, que aquí no hay personas sino los que han de servir.

El rey le dijo:

—Buena señora, yo por agora no tengo necesidad de me las quitar, ca siempre acostumbro de andar armado.

La dueña le dijo:

—Mi señor, no quiero consentir que estando en el mi castillo estéis con trabajo.

—No es trabajo para mí —dijo el rey—, sino demasiado descanso verme con mis armas.

Finalmente, que nunca la dueña pudo acabar con él que las armas se quitase.

—Pues que así es —dijo ella—, hágase lo que la vuestra merced manda.

Y luego mandó que le diesen de comer. Como la comida fue acabada, el rey dijo a la dueña:

—Buena señora, mucho sería ledo si decirme quisiédes qué es lo que tengo de hacer en vuestro servicio.

—Mi señor —dijo la dueña—, la vuestra merced sabrá que ha muy poco tiempo que vino a este mi castillo un gran sabidor en las artes que muy mal quería a un caballero que mi marido era. y así como en el castillo fue, puso una candela de cera a mi marido en la mano, y él no tuvo poder en sí sino de la tomar, y como en la mano la tuvo ardiendo una pieza, la candela se acabó, y así como fue muerta, luego mi marido cayó sin sentido, tal como muerto. Yo, como tal lo vi, comencé a dar

grandes gritos cuidando que era muerto. A esta hora mi castillo se escureció como si la medianoche fuera, y todos los que en él estábamos quedamos sin sentido alguno. En este espacio de tiempo el sabio hizo grandes encantamientos en una cámara deste castillo, y como él los hubo hecho, el día tornó tan claro como de antes estaba. El sabio se fue para mí y díjome: «Si a vuestro marido queréis ver vivo, traed tal caballero que sin temor alguno ose cortar la cabeza a una imagen que en vuestro castillo queda». Yo, como aquella que gran dolor tenía por su marido, echeme a sus pies rogándole muy ahincadamente que me dijese quién había de ser el caballero que había de hacer mi corazón alegre. El sabio se dolió de mi cuita, y me dijo que no podía ser mi marido tornado en su ser sino por la mano del rey Lucescanio, hijo del emperador Lindedel. Y Dios por la su merced guio a la mi doncella de tal manera que topó con la vuestra merced.

El rey le dijo:

—Buena señora, vamos a ver a vuestro marido y después iremos a ver la imagen que el sabio dejó.

La dueña le dijo:

—Mi señor, no podemos ver a mi marido hasta que a la imagen sea cortada la cabeza.

—Pues que así es —dijo el rey—, vamos luego a ver la imagen.

—Vamos —dijo la dueña.

El rey se levantó, y la dueña asimismo, y tomando al rey por la mano lo llevó a una cámara que cerrada estaba con siete candados, y la dueña por su mano la abrió. Y como en la cámara fueron, el rey vio en medio della una imagen de un ídolo grande a maravilla, que parecía imagen de un jayán. Sabed que dentro de aquella imagen se oía tan grande ruido de agua como si cerca de un río estuvieran. El rey dijo a la dueña:

—Mucho soy maravillado en oír este ruido.

—No sabemos qué cosa pueda ser —dijo la dueña.

El rey le preguntó que a qué tiempo se había de cortar la cabeza a la imagen; la dueña le dijo que no daba más a una hora que a otra.

—Pues que así es —dijo el rey—, en el nombre de Dios que yo luego quiero probarme en esta aventura.

—Plega a Dios —dijo la dueña— que así os avenga como yo lo deseo. Pues sabed, mi señor —dijo la dueña—, que vós solo habéis de quedar en la cámara, y las puertas se han de cerrar como de antes las vistes.

—Pues que así es —dijo el rey—, hágase luego.

La dueña se salió con demasiada alegría, y cerrando las puertas con sus llaves dijo en su corazón: «Muchas gracias doy yo a Mahoma, pues que a tan buen tiempo me ha traído que han de ver los mis ojos lo que tanto tiempo ha que yo tengo deseado». Y así como la puerta cerró, luego envió a llamar cinco caballeros cormanos suyos, y como ante la dueña fueron, ella les dijo con demasiada alegría:

—Cormanos míos, ya es venido el tiempo de mi alegría.

Los caballeros holgaron mucho de oír aquellas nuevas, y dijeronle que adónde era el rey de Altaria. La dueña les dijo:

—Ya es encerrado en la cámara: desta vez no me quedará que yo no sea del todo alegre.

—Grandes maravillas habemos oído —dijeron los caballeros—. Mucho querriámos ver cómo le va.

—Eso no puede ser, pero muy presto se sabrá, que de aquí a una hora yo tornaré abrir la puerta y podréis ver lo que tanto deseáis.

—Agora atendamos —dijeron los caballeros.

Y así, estuvieron esperando hasta que la puerta se abrió. Así como la dueña se salió de la cámara y las puertas cerró, el rey echó mano a su buena espada y dijo:

—Otra cosa debe haber más en este hecho que cortar esta cabeza.

Y diciendo esto diole tal golpe que dio con la cabeza de la imagen en una pared. Así como la cabeza fue cortada, en lugar de sangre salió un caño de agua tan grueso como la garganta de la imagen. Desto fue el rey muy espantado, y pensó en sí que si la puerta no se abría, que muy presto se hincharía la cámara de agua y él lo libraría mal. Y con este pensamiento fue muy presto a la puerta de la cámara y dio grandes golpes para que le abriesen, pero por mucho que él llamó no le aprovechó, que le quisieron abrir. Cuando la dueña oyó los golpes que el rey daba, dijo en alta voz:

—A Mahoma doy infinitas gracias que ya es llegado el fin de quien tantas angustias me ha dado en esta vida. Pésame a mí que la muerte que yo le he dado es muy buena, según el mucho mal que él me hizo; pero yo no le podía dar la muerte de otra manera, según la su gran caballería. A poco de rato él será ahogado. Pluguiera a Mahoma que yo tuviera aquí a don Cristalián su hermano y a todo su linaje junto por que yo muertos los viera.

Sabed que la dueña decía esto tan alto que el rey lo oyó muy bien. Luego él entendió que la dueña era la falsa Drumelia, y fue muy airado contra ella, y decía en su corazón que si a las manos las había, que por ninguna manera la dejaría que muerta o presa no fuese, pues tanto daño por el mundo hacía.

Agora sabed que la sortija que el sabio Doroteo dio al rey Lucescanio le libró de la muerte, que aunque la cámara estaba llena de agua, no llegaba al rey con una braza en torno. El rey agradeció mucho al sabio el buen socorro que le había dado, y estuvo atendiendo una pieza, y cuando este tiempo fue pasado sintió como la puerta se abría y oyó cómo Drumelia decía:

—Ya él será ahogado y muerto de mala muerte.

El rey que esto oyó, fue estrañamente ledo, y apartose a la una parte de la cámara adonde no le pudiese la dueña ver. Así como Drumelia abrió la puerta, muy presto echó sobre el agua unos polvos, y repentinamente el agua que hasta el cielo de la cámara estaba, todo se lanzó por la imagen. Y como la cámara se vació, luego Drumelia entró en ella, diciendo a sus cormanos que entrasen con ella por que juntamente gozasesen de la alegría que ella tenía en su corazón.

El rey que a Drumelia vio dentro de la cámara, muy presto fue con ella, y tomándola del brazo la arrojó a una parte, y luego salió della echando el candado por de fuera y con una espada en la mano fue corriendo tras los cormanos de Drumelia, que mal espantados de lo ver vivo habían echado a huir; pero no les aprovechó nada, que muy presto los alcanzó, y como desarmados iban, y él vio que moros eran, les dio la muerte. Y fue por el castillo buscando por una y otra parte si vería a la doncella que allí lo había traído, pero no la halló a ella ni a otra persona, que todos eran idos huyendo cuando sintieron al rey que con los

caballeros andaba revuelto. Él vio a Bridamor su escudero atado pies y manos a una columna de piedra desnudo en camisa, que no se podía mover. Cuando el rey así lo vio, fuese muy presto para él y dijole:

—Amigo Bridamor, quien tal te paró no te amaba mucho.

Y muy presto le cortó las ataduras.

—¡Ay mi señor —dijo Bridamor—, bendito sea Dios que tantas mercedes nos ha hecho en librarnos de tan mala gente como aquí hay! Yo fui atado por mandado de la dueña señora deste castillo, y ella estaba presente cuando me ataban, y decíame: «Agora, don traidor, llevaréis vos el pago de los servicios que a Lucescanio habéis hecho, que la muerte que a él no puedo dar, ésa llevaréis vos. Y por que más dolor sientas, no to la quiero dar hasta que a tu señor veas muerto ante ti».

—Dios la destruya —dijo el rey—, que creo yo que por agora no hará más mal.

—¡Ay mi señor! —dijo Bridamor—. Decidme, ¿si es muerta?

—No —dijo el rey—, que matarla de presto no es muerte para ella. No será bien sino que viviendo muera. Vístete: iremos adonde ella está.

Bridamor se vistió muy presto, y el rey se fue para la cámara, y abriéndola, halló a Drumelia en el suelo tendida: tal dolor sintió en su corazón de ser ver en poder del rey Lucescanio, de congoja cómo sus artes no valían nada contra aquellos que sus enemigos eran. Y bien se puede creer que ella fuera muerta si tuviera con qué se matar; pero como no había con qué, ni la cámara tenía ventana alguna, no tuvo lugar para se dar la muerte. El rey la tomó por un brazo y dijo:

—Dueña, conviene que os levantéis, que habéis de andar un poco de camino.

Drumelia que esto oyó, dijole:

—¡Ay señor, por lo que debéis a la orden de caballería que ruego me deis la muerte!

—Pensamiento tengo —dijo el rey— que si yo hiciese vuestro ruego perdería la orden de caballería que recibí, y por tanto, no pienso hacer vuestra voluntad, sino la mía.

Como Drumelia vio que no le aprovechaba nada sus ruegos calló (que no quiso más hablar). El rey dijo a Bridamor:

—Amigo, apareja mi caballo y tu palafrén, y asimismo apareja otro palafrén para Drumelia.

Bridamor le dijo que haría su mandado, y volviéndose a Drumelia, le dijo:

—Mirad quién soy yo, que vós me queríades dar la muerte y voy a serviros.

—Agora pluguiese a Dios —dijo Drumelia— que tú me pagases en darme la muerte que yo a ti te quería dar, y no en servirme como tú dices.

Y callose, que no dijo más. Bridamor se salió de la cámara muy ledo, porque Dios lo había hecho tan bien con el rey su señor. El rey cerró la puerta de la cámara, por que Drumelia no se le fuese, y paseándose atendió a Bridamor, y no tardó mucho cuando volvió, y llamando a la puerta, el rey le abrió y le dijo:

—Amigo, ¿has hecho?

—Señor, sí —dijo Bridamor.

—Pues toma tú esa dueña y vamos luego deste castillo, que yo no quiero que aquí nos tome la noche.

Bridamor se llegó a Drumelia, y tomándola por el brazo le dijo que se levantase; ella estaba tan muerta de lo que visto había, que no se podía tener. Bridamor le dijo otra vez que se levantase, ella le respondió que no se podía mover.

—Pues que así es —dijo el rey—, conviene que la lleves a cuestas, que en todo caso quiero salir luego deste castillo.

El rey se llegó a ellos, y tomó a Drumelia y púsola encima de Bridamor para que la llevase, que ella no se podía mover. Y así, la pusieron en su palafrén, pero ella no se podía tener: tal estaba. El rey dijo a Bridamor:

—Hay necesidad que busques con que esa dueña vaya bien ligada, de manera que no se pueda caer.

Bridamor fue por el castillo a una y a otra parte y halló una cuerdas de cáñamo, y como las vio fue muy ledo, y vínose adonde su señor estaba y ligó muy bien a Drumelia. El rey subió en su caballo, y Bridamor en su palafrén y tomó de rienda el palafrén de Drumelia, y así, se salieron del castillo. Bridamor dijo a Drumelia:

—Veis aquí, señora, como todo lo que Dios hace es por mejor, que si yo fuera muerto, no tuviérades quien en este camino os sirviera.

Drumelia no le respondió: tan mal enojada iba de lo que le había acaecido.

Capítulo CXXXI

De cómo el rey de Altariagreta llegó a Constantinopla llevando en su compañía a Drumelia, y del gran placer que con la su venida hubieron.

COMO el rey Lucescano partió del castillo de Drumelia, llevándola consigo, anduvo su camino todo sin le acaecer cosa que de contar sea, y un día a hora de completas llegó a Constantinopla, y como en el palacio fue, se apeó de su caballo y dijo a Bridamor que apease a Drumelia y la subiese. Como el rey subió y entró en la sala fue por todos los que en el palacio estaban conocido; mucha fue el alegría que con él hubieron, y desenlazándose el yelmo fue a besar las manos al emperador y emperatriz y luego preguntó por el príncipe don Cristalián de que no le había visto. La emperatriz le dijo:

—Hijo mío, aquí cerca es ido a quitar un agravio.

El rey fue desarmado y cubierto de un manto. A esta hora entró por el palacio el sabio Doroteo, y como vio al rey fue estrañamente ledo, y dijo:

—Bendito sea Dios que en esta ciudad os vemos, que aunque yo no lo he querido decir, grande sospecha tenía que algún mal os había de venir en ir en compañía de aquella doncella.

El rey lo abrazó y le dijo:

—Mi buen amigo, yo fuera muerto si no fuera por la sortija que me distes.

—¡Santa María, valme! —dijo la emperatriz—. Agora me cuenta todo lo que en este camino te ha acaecido.

El rey se sentó y dijo al emperador:

—Vuestra majestad sabrá que la doncella que consigo me llevó era de Drumelia, y sin falta ella trabajó todo lo que pudo por darme la muerte; pero no le

dio Dios lugar para que hubiesen la fin que ella quería sus malos pensamientos y hechos.

El rey contó todo lo que con Drumelia le había acaecido; mucho fueron espantados todos los que en el palacio estaban de ver la maldad de Drumelia, la emperatriz le dijo:

—Hijo mío, y ¿qué fue de esa mala mujer?

—Mi señora —dijo el rey—, agora parecerá ante vuestra majestad, que Bridamor quedó con ella para la subir.

—No hay cosa en esta vida —dijo la emperatriz— que a mí más alegre me hiciese que ver a tan mala mujer como Drumelia es.

Es este tiempo entró Bridamor por la puerta de palacio trayendo a Drumelia de brazo, y no paró hasta que la puso ante las emperatrices y el emperador. La emperatriz Cristalina le dijo:

—Di, mala mujer, ¿qué males has recibido tú del linaje del emperador Lindedel, que tanto mal le deseas? Mira como eres venida a tiempo que pagarás todo lo que debes. Yo mucho sería leda —dijo la emperatriz— que luego le diesen la muerte.

El rey Lucescanio dijo:

—Si vuestra majestad manda, yo no querría que por agora muriese hasta que la reina Bellaestela la viese y la emperatriz Penamundi asimismo, que no hay cosa que ellas más deseen.

—Pues mira —dijo la emperatriz— que la pongan a muy buen recado, por que no se vaya con sus malas artes.

—No irá —dijo el sabio Doroteo—, que Dios no es ya servido que ella haga más mal de lo hecho. Ya Drumelia no tiene poder de hacer daño ninguno, ca no lo puede hacer si los sus libros no tiene. Dime, mala más que otra, ¿para qué aprendiste las artes para usar mal del saber que Dios te dio?

—Lo que yo al emperador y a su linaje deseо —dijo Drumelia—, eso les venga, que por ellos soy triste y lo seré mientras viviere, ca me mataron la cosa del mundo que yo más amaba, y por esto les deseо todo mal; y no solamente a ellos, pero a todos los que sus amigos son.

—Destruyate Dios —dijo la emperatriz Cristalina—, que tanto mal hay en ti. ¿Es verdad que se arrepiente del mal que hasta aquí ha hecho?

—No me pesa —dijo Drumelia— sino de lo que no hice.

—Quítensemela luego delante —dijo la emperatriz—, que no nació más mala mujer en el mundo que ésta es.

Luego el rey Lucescanio mandó llamar unos maestros que labraban yerro, y díjoles:

—¿Vosotros podreisme hacer una jaula de hierro para una mujer, que forzosamente de noche y de día jamás della ha de salir?

Los maestros le dijeron que sí harían.

—Ha de ser muy presto —dijo el rey.

Ellos dijeron que lo harían luego de manera que a todos contentasen, y así salieron del palacio y se fueron a sus casas y a la mayor prisa que pudieron comenzaron a hacer en su jaula, y ella era de tal manera hecha que a todos parecía bien, por tal arte que por la red se podría muy claramente ver. Tenía un

apartamiento la jaula hecho dentro, adonde pusieron un lecho en que Drumelia se acostase. Hecha la jaula, los maestros la trujeron al palacio del emperador, y como el rey de Altaria la vio fue muy contento, ca le parecía que era muy recia y muy buena. Luego en presencia de todos mandó que trujesen a Drumelia, y venida que fue, el rey le dijo:

—Drumelia, ves aquí la casa que has de tener mientras vivieres.

Drumelia la miró y dijo contra el rey:

—¡Ay mal caballero, que bien adivinaba yo el daño que por vos me había de venir! Con mucha razón deseaba yo todo mal al rey Lucescanio. Lo que yo por mis libros alcancé a saber, agora lo tengo ante mis ojos presente, no sé como la vida no se me consume estando yo en presencia de mis mortales enemigos. Haced de mí lo que quisiéredes, que los mis días serán muy pocos, y pues Mahoma así lo ha querido, yo le doy por ello muchas gracias.

Y diciendo esto, mandó el rey de Altaria que luego la tomasen y la metiesen en la jaula, que allí estaría ella como merecía, y por fuerza la metieron dentro. Y como ella allí se vio, aína muriera con pesar; mesaba sus cabellos y torcía las manos con el gran dolor que sentía. Así, la mandó poner el rey de Altaria a la una parte del palacio por que todos cuantos entrasen luego parases mientes en ella. Esto hecho, la emperatriz Cristalina dijo:

—Por cierto, Drumelia, yo no te querría ver de mis ojos.

—Menos querría yo ver a vosotros —dijo ella.

—Luego no estamos engañados —dijo la emperatriz.

Así quedó la falsa Drumelia enjaulada por algunos días, adonde todos los del palacio del emperador pasaban mucho tiempo con ella, en especial los donceles, que jamás pasaban por donde ella estaba que no le arrojaban alguna cosa. En este tiempo vino el emperador don Cristalián de quitar un tuerto que a la sazón en el imperio se había hecho; él se quitó el yelmo, con la vista del cual todos holgaron mucho. El rey Lucescanio se humilló ante el emperador don Cristalián, él lo abrazó y le dijo:

—Grande alegría es la que a mi corazón ha dado la vuestra vista, ca mucha pena nos dio la vuestra partida en no saber adónde ni cómo aquella doncella os llevaba.

El emperador Lindedel le dijo que se desarmase, que grandes maravillas sabría. Luego fue desarmado y cubriéronle un manto. El emperador Lindedel se levantó y tomó a su hijo por la mano y llevólo adonde Drumelia estaba, que porque todos la hacían mucho mal la tenían cubierta con un paño; el mismo emperador lo alzó y dijo:

—Mirad bien esta dueña: veamos si la conocéis.

El emperador don Cristalián dijo:

—O yo tengo perdido el sentido, o esta dueña es Drumelia la encantadora.

—Ella es —dijo el emperador.

Y luego se volvieron asentar y el emperador Lindedel contó como oído habéis lo que al rey de Altariagreta con Drumelia le acaeció. Mucho fue don Cristalián espantado de oír tal maravilla, y dijo:

—A Dios merced que fue servido que esa tan mala mujer no hiciese más mal de lo hecho. No es en esta vida cosa que a mí al presente más me hiciese alegre que

ver a Drumelia de la manera que agora está, a lo menos gozarán de la su vista la emperatriz Penamundi, y la reina Bellaestela, que creo que no han ellas en esta vida persona que tan mal quieran como es a Drumelia.

—Tienen mucha razón —dijo la emperatriz Cristalina.

En este tiempo entró en el palacio el sabio Doroteo, y dijo al emperador don Cristalián:

—Mi señor, las nuevas de la vuestra venida son las que acá me traen.

Y diciendo esto se le humilló por le besar las manos; mas él no se las quiso dar, antes le abrazó, y así, se tornaron asentar.

—Grande es el placer —dijo el emperador— que yo he recibido en saber la prisión de Drumelia.

—¿Qué os parece? —dijo Doroteo—. Yo no pude alcanzar adónde el rey Lucescanio iba, y por esto tuve siempre pensamiento que algún daño le había de venir, y por tanto, le di la mi sortija.

—Por ella —dijo el rey— salvé la vida.

Allí estuvieron hablando en lo que al rey con Drumelia le acaeció.

Capítulo CXXXII

De cómo el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina y sus hijos partieron de Constantinopla y de lo que en el camino les acaeció.

DESPUES que el emperador don Cristalián vino en Constantinopla estuvieron en la ciudad quince días. A la fin deste tiempo, acabando un día de comer, el emperador Lindedel dijo a la emperatriz:

—Si vuestra majestad nos da licencia, bien sería que nos volviésemos a Persia, porque allí nos atienden, y muy presto serán de vuelta el emperador don Cristalián y la emperatriz Penamundi, que es una persona con quien vuestra majestad terná mucho descaso. Yo de allí me iré a Trapisonda.

La emperatriz le respondió:

—Paréceme que esto es cosa que por fuerza se ha de hacer, y por tanto, conviénenos haber paciencia. Vosotros id con la buena ventura, y haced de manera que muy presto sea la venida del emperador y emperatriz Penamundi.

—No se deternan cosa alguna —dijo el emperador Lindedel—, que muy presto serán aquí.

—Guíelo Dios como más su servicio sea.

El emperador Lindedel mandó que para otro día todos se aparejasen para se partir, y así fue hecho como lo él mandó, y cuando fue tiempo, todos se fueron a dormir. Y venida que fue la mañana se levantaron y se aparejaron para la partida, y como fueron en el palacio entráronse a oír misa a la capilla de la emperatriz (que estaba en su aposento), y como la misa fue acabada, luego el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina se despidieron de la emperatriz, y asimismo el emperador don Cristalián y el rey Lucescanio y la princesa Lucendra. La

emperatriz los abrazó a todos no sin muchas lágrimas, y ellos le besaron las manos y ella les dio su bendición; y así, se salieron del palacio y fueron todos a caballo.

El emperador don Cristalián mandó que tomasen la jaula de Drumelia y la pusiesen sobre un camello, que allí iría muy bien. Grande fue la risa de todos aquellos que al emperador servían de ver a Drumelia encima del camello; ella lloraba muy agramente, torciéndose las manos; dábale grandes golpes con la cabeza en las verjas de hierro. Los donceles la aconhortaban tirándola con lo primero que hallaban, por manera que Drumelia iba con aquella honra que sus obras merecían. Como todos fueron a caballo, luego salieron de Constantinopla y tomaron su camino para Persia, y anduvieron quince días sin que cosa alguna hallasen que de contar sea.

Sabed que aquellos señores trocaron el camino que a la venida hablan ido, y acaeció que yendo un día por una floresta vieron una fuente asaz grande y hermosa. En este tiempo era entre nona y mediodía, la emperatriz Cristalina dijo al emperador:

— Bien será que aquí a esta fuente descansemos una pieza del trabajo pasado del camino.

El emperador le dijo que se hiciese como lo ella mandaba, y luego se apearon y se asentaron todos junto a aquella fuente, que de grandes y frescos árboles estaba cubierta. Y como una pieza estuvieron holgando, la emperatriz dijo que les diesen de comer; luego se lo dieron y todos comieron con mucho placer teniendo a Drumelia ante sus ojos. Cada cual decía lo que con ella le había acaecido, la princesa Lucendra dijo:

— Pues a mí no me ha hecho mal ninguno, yo la quiero poner en su libertad; pero ha de ser con juramento que ha de mudar las obras que hasta aquí ha hecho en otras tan virtuosas como ella lo es.

— No querrá la emperatriz Penamundi —dijo el emperador don Cristalián—, que es muy airada contra Drumelia, que ha recibido grandes daños della, que la puso en el poder del rey de Laujamán. Agora, pues ella está en tiempo que haga penitencia de los males que en su vida ha cometido, es muy bien que no se le dé la libertad, porque tiene a muchos quejoso. Allí está el conde Raduel, que daría él parte de su señorío a quien le pidiese albricias de la prisión de Drumelia, ca es grande enemigo suyo.

Estando hablando en lo que oído habéis oyeron gran ruido de las hojas secas que de los árboles se habían caído, y cuando bien miraron, vieron venir una doncella en un palafrén amargamente llorando, y ella se venía derecha adonde aquellos señores estaban; y cuando bien la miraron, vieron que traía en las sus manos una cabeza de un caballero muerto; todas aquellas señoritas fueron muy espantadas de ver tal aventura. Como la doncella llegó junto a ellos, díjoles (no sin muchas lágrimas):

— Guarde Dios tan hermosa compañía. Mis señores, ¿sabríadesme decir si es ésta la fuente que ha nombre del Esperanza?

— No lo sabemos —dijeron ellos—, que somos de tierra estraña y no ha mucho tiempo que llegamos aquí.

A la sazón que la doncella esto⁴⁵⁰ preguntaba pasaba por allí un pastor; ella se volvió a él y le dijo:

—Amigo, que hayas buena ventura. ¿No me dirás cómo ha nombre esa fuente?

El pastor dijo:

—Ha nombre del Esperanza.

—A Dios merced —dijo la doncella— que aquí me dejó llegar.

El emperador Lindedel le dijo:

—Buena doncella, si os pluguiere, decidnos quién os ha enojado, pues tan agramente lloráis, que aquí remediaríamos vuestro daño si la ayuda de alguno de nós hubiésesedes menester.

—Muchas mercedes —dijo la doncella—, que la mi cuita es muy grande y no tiene remedio alguno.

Y diciendo esto arrojó la cabeza del caballero que en las manos traía. Así como la cabeza llegó al agua, fue luego toda la fuente tinta en sangre; y como esto hubo hecho juntó el palafrén a la fuente y muy presto se lanzó en ella, que de nadie no pudo ser socorrida. Luego ella y la cabeza del caballero se hundieron debajo del agua y tornó la fuente tan clara como de antes estaba. Todos fueron estrañamente espantados en ver tal aventura, y mirábanse unos a otros, y todos juntos miraban al sabio Doroteo. Él les dijo:

—Mis⁴⁵¹ señores, el mi saber no es tan grande que yo alcance el secreto desta aventura. Miremos la fuente si ha grande hondura.

Luego la miraron, pero era el agua muy baja, y no sabían qué decir.

—Grandes son las maravillas que por el mundo hay —dijo el emperador Lindedel.

Ellos que estaban hablando en esto que acaecido les había, vieron venir por el mismo camino otra doncella, y en la su compañía traía un hermoso doncel. Ella se vino adonde aquellos señores estaban. La doncella era estrañamente hermosa, y tanto, que todos cuantos allí estaban fueron muy espantados en la ver. Venía ricamente guarnida; traía una hermosa ropa de hilo de oro con muchas perlas y piedras de gran valor; encima de su cabeza traía un estraño tocado de mucho precio, y hecho por tal arte, que mucho bien se le parecían sus hermosos cabellos. La doncella venía llorando muy agramente, y el doncel que consigo traía asimismo, que muy pequeño era. Como a aquellos señores llegó saludolos muy cortésmente, pero derramando infinitas lágrimas. Ellos le volvieron las saludes con mucha cortesía, que semejaba doncella de alta guisa. Y con una voz triste y muy desconsolada, los comenzó a hablar diciéndoles:

—Mis señores, ¿ha mucho tiempo que sois en esta floresta?

—No —dijeron ellos—; pero querriámos saber por qué lo preguntáis.

—Preguntelo —dijo ella— por saber de vos si habéis visto una doncella por ventura llegar a esta fuente.

—¿Qué señas traía? —dijo el emperador don Cristalián.

—Traía señas de gran dolor para mi vida: una cabeza de un caballero en sus manos.

⁴⁵⁰ 1587: ‘estro’ (312v).

⁴⁵¹ 1587: ‘Mi’ (311v).

El emperador don Cristalián le dijo:

—Señora doncella, mucho deseo tenemos de saber cuya era la cabeza que la doncella en sus manos traía, y mucho seríamos ledos si contar nos lo quisiesedes; ca sabed que la doncella por quién preguntáis ha muy poco tiempo que aquí llegó, y vimos una gran maravilla: que ella y la cabeza que consigo traía se lanzaron en esta fuente. Desta aventura somos todos muy maravillados y puestos en mucho deseo de saber el fin della.

La hermosa doncella les respondió:

—Verdaderamente, mis buenos señores, yo holgaría de hacer vuestro mandado, pera si yo la mi gran cuita contaros quisiese, los mis días fenecerían ante vos sin tener remedio alguno de mi vida.

Esto decía la doncella derramando tantas lágrimas que mucho dolor ponía a quien la miraba. Y volviéndose al doncel que consigo traía, le dijo:

—Amigo, dame aquello que en guarda te di.

El doncel sacó una bolsa de hilo de plata; la doncella la tomó, y sacando lo que dentro estaba (que eran unos anillos de gran valor), luego se apeó de su palafrén y humillándose a aquellos señores les rogó muy ahincadamente tuviesen por bien de le otorgar un don. Eso decía ella con muchas lágrimas, que al no podía hacer sino derramarlas en mucha abundancia. Todos aquellos señores se le humillaron y le dijeron que el don, que de grado se le otorgaban. La doncella les quiso besar las manos, pero ellos no se las quisieron dar, antes la hicieron grande acatamiento. Luego la doncella tomó los anillos que ya oístes que el doncel le había dado, y dando a cada uno de aquellos señores el suyo, salvo al emperador Lindedel y al sabio Doroteo, así como los anillos hubo dado, les dijo:

—Sabed, mis señores, que el don que me habéis otorgado es que guardéis estos anillos así como a vuestras proprias personas, y que jamás no los habéis de partir de vos, porque verná tiempo que yo os lo torne a pedir y será gran daño si alguno dellos faltase.

Todos le prometieron de lo hacer así como ella lo pedía. La doncella se les humilló diciéndoles que si le guardaban lo que le habían prometido, que ella sería restituida en su primera alegría; y diciendo esto, sin les dar más lugar a que otra cosa preguntasen tomó al doncel por la mano y lanzose dentro en la fuente, y así como en ella fue, luego se hundió como la primera doncella, y los palafrenes en que ella y el doncel habían venido luego desaparecieron. Todos quedaron admirados de ver lo que oído habéis, y mucho más lo estaba el sabio Doroteo, que no alcanzaba a saber cosa alguna de aquel secreto.

—Grandes son las maravillas —dijo la emperatriz Cristalina— que hoy a esta fuente nos han acaecido. Vámonos antes que algún daño nos avenga.

—No verná —dijo el emperador don Cristalián.

—Por amor de Dios —dijo la emperatriz— que no nos detengamos aquí más, que gran temor tengo.

Y diciendo esto se levantó, y luego fueron todos en pie y subieron a caballo. La emperatriz les dijo:

—Mirad que guardéis mucho los anillos de la doncella, que este debe ser algún gran hecho.

—Así es mucha razón que se haga —dijo el emperador Lindedel—, ca son grandes los casos que en esta vida acaecer pueden.

Y así, salieron de la floresta hablando en lo que les había acaecido. La infanta Lucendra dijo:

—Si por ventura preguntásemos este hecho a Drumelia, ella nos daría las nuevas que deseamos. Atendamos un poco a que ande el camello con nós, que yo se lo quiero preguntar.

Luego como la infanta esto dijo, tomaron el camello y llegáronlo junto a ella. La infanta dijo:

—Drumelia, tú nunca heciste a mí daño y téngote muy buena voluntad. Ruégote mucho que me digas si tu saber alcanza qué es lo que hoy en la floresta habemos visto.

La infanta aguardó una pieza, pero Drumelia no le dijo cosa alguna, aunque otra vez se lo tornó a preguntar. Mucho fue la infanta enojada, y díjole:

—Calla, que tú haces de tu daño en no me responder

Ni uno ni otro no aprovechó con Drumelia que palabra hablase, así, la dejaron y fueron su camino, y aquella noche albergaron en un castillo de un caballero anciano. Como otro día de mañana fue venido, todos aquellos señores oyeron misa y luego fueron a caballo, y así, se salieron del castillo y siguieron el camino que llevaban para Persia. Y anduvieron muchos días sin aventura hallar, y como llevaban mucha voluntad de ser ya en Persia, dábanse mucha priesa, y un día a hora de vísperas llegaron a seis millas de la ciudad de Larenta y luego se supo cómo aquellos señores venían.

El emperador Aliandro mandó que le aparejasen un caballo, y él y todos los altos hombres que en el palacio estaban, y asimismo todos los caballeros de la corte, los salieron a recibir bien cuatro millas de la ciudad. En este tiempo se vieron los uno a los otros, y como más cerca llegaron, así a caballo se abrazaron los unos a los otros. El emperador Aliandro habló al emperador don Cristalián dándole la enhorabuena del nuevo señorío que Dios le había dado; él se le humilló diciéndole que todo era para servirle. Y con mucha alegría entraron en la ciudad, y cuando en el palacio fueron, la emperatriz y todas aquellas señoras salieron hasta la puerta y allí se recibieron todos con aquel amor que podéis pensar que los unos a los otros se tenían.

Así entraron al palacio. Los emperadores se sentaron, y todos aquellos señores, cada cual con aquella que señora era de su corazón. Don Griolanís dijo a la emperatriz Plenialda cómo ya don Cristalián era emperador de Constantinopla; ella holgó mucho de oír aquellas nuevas y diole la enhorabuena, el emperador don Cristalián se le humilló. El emperador Lindedel llamó allí ante todos al rey de Altariagreta y le dio el reino de España después de los días del rey Bracamor su padre, y rogó y mandó al emperador don Cristalián que lo tuviese por bien. El emperador le dijo:

—Vuestra majestad puede hacer de todo como de cosa suya. Cuando vuestra majestad eso no hiciera, yo era obligado de lo hacer.

Luego el rey Lucescanio besó las manos al emperador su padre, y aquella hermosa Bellaestela se levantó y besó las manos al emperador Lindedel, y

asimismo a la emperatriz. Ellos la abrazaron con mucho amor que le tenían; la reina se tornó a asentar. Luego el rey Lucescano mandó que subiesen a Drumelia.

—¡Santa María, valme! —dijo la reina Bellaestela—. ¿Quién es Drumelia? ¿Es por ventura aquella de quien tantos enojos habemos recibido?

—Ésa misma —dijo el rey.

Y luego el sabio Doroteo contó allí ante todos cómo el rey Lucescano la había prendido; estrañamente fueron ledos en oír aquellas nuevas. La emperatriz Penamundi dio mucha priesa por que se la subiesen, diciendo:

—Agora me pagará el grande enojo que me hizo cuando me puso en poder del rey de Laujamán

En este tiempo la subieron. Cuando aquellas señoras la vieron en la jaula fueron muy espantadas, y mandaron que junto a ellas la llegasen; la emperatriz Plenialda le dijo:

—¡Pecadora de mujer, y cuántos hay que tienen queja de tus malas obras!

—Aquí estoy yo —dijo la emperatriz Penamundi—, que nunca persona recibió tanto daño de otra como lo yo rescebí de Drumelia poniéndome en aquel captiverio de la torre de cristal.

La reina Bellaestela dijo:

—Yo no tengo queja della; no sé qué mal tan grande era el que yo le hice, que viva me quería quemar; y no solamente a mí, sino a todos cuantos en el palacio del rey de Romanía estábamos. Si no fuéramos socorridos por el rey mi señor, muertos fuéramos: tanto era el calor que sentíamos.

La emperatriz Cristalina dijo:

—Esta mala mujer merece que viva la quemen.

—Por cierto —dijo el emperador Aliandro— ella no merece sino estar como está, que si una muerte le diesen, ninguno de los que ella ha enojado tomaría emienda de su daño; pero viviendo, cada día y cada hora le pueden dar mil muertes.

—Esa es la verdad —dijo el emperador Lindedel.

Estando todos aquellos señores hablando en lo que oído habéis entró en la sala el conde Raduel diciendo a todos en general que le perdonasen porque no había salido al recebimiento, que dos días había que andaba cazando por una floresta, que tenía los mejores cazadores que había en la corte del emperador Aliandro; y diciendo esto llegó a besar las manos al emperador don Cristalián; él le dijo:

—Raduel, ¿tan ufano vienes con tener cazadores, que no paras mientes en tu amiga Drumelia? ¿Tú conocerla hías si la vieses?

—Y ¡cómo! —dijo Raduel—. Decidme adónde está.

—Vuelve la cabeza y verla has.

Raduel se levantó muy presto (que estaba hincando de hinojos ante el emperador), y como paró mientes en la jaula y vio dentro della a Drumelia, luego la conoció, y dijo:

—Díganme luego quién aquí la puso y quién la prendió, para darle todo mi estado y quedarme hecho un pobre Raduel como de antes lo era. Díganmelo presto, que salgo de seso con placer.

—Sábete, Raduel —dijo la emperatriz Penamundi—, que el rey de Altaria la prendió y la puso como la ves.

Raduel fue muy presto al rey Lucescanio y besole las manos muchas veces diciéndole:

—Mi señor, agora pluguiera a Dios que fuérades un pobre caballero desheredado, ca luego os diera el condado de Sebín, que es de los buenos señoríos que hay en toda Constantinopla.

—Más vale —dijo el rey— que te quedes tú con él que no ser yo lo que tú dices.

—Dejadme con ella.

Y diciendo esto se levantó y se fue para donde estaba Drumelia, y como junto a la jaula fue, díjole:

—Dime, ¿acuérdate con cuánta falsedad nos llevaste a tu castillo y allí nos diste con que nos tornásemos aves y nos mandaste ir a la Montaña Despoblada hiriéndonos con una vara, y después nos metiste en la prisión que tú sabes? Pues por vida del emperador don Cristalián que sois venida a tiempo que pagaréis algo de lo mucho que debéis, aunque no todo.

Y luego demandó a un doncel suyo que le diese una vara. El doncel se la trajo y Raduel la tomó, y como⁴⁵² las verjas de la red eran ralas, Raduel por ellas no hacía sino dar a Drumelia con ella por doquiera que le acertaba, diciendo así:

—¿No nos echaste a palos de tu castillo? Agora se me miembra de uno que me diste en el brazo derecho que por un día entero me duró el dolor. Y por esta memoria que yo de ti tengo, quiero que tú la tengas de mí.

Y diciendo esto daba por donde podía con la vara a Drumelia, que la hacía revolver a una parte y a otra, diciéndole:

—Sal de la jaula, que aun tú no mereces tener tal aposento.

Todos cuantos en el palacio estaban eran muy ledos de ver a Raduel con tanta voluntad de se vengar de Drumelia, y como fue harto de darla de palos, demandó agua, y como mejor podía no hacía sino coger agua y mojarla por todas partes, tanto, que algunos eran movidos a piedad de la ver puesta en tanta fatiga. Cuando Raduel fue cansado, dijo a aquellos señores:

—Por agora quiero dar algún descanso a Drumelia de aquellos que ella a mí me daba, que si yo algo la dejaré descansar será porque estoy cansado, pero yo tornaré presto y la haré gustar de aquellos placeres que ella nos daba en la Montaña Despoblada.

—Déjala, por tu vida —dijo la emperatriz Plenialda—, que de risa me duele la cabeza.

Raduel hizo su mandado, y así, estuvieron con demasiado placer. Sabréis que aquel mismo día a la emperatriz Penamundi el rey de Paltania le había enviado a la infanta Galinda su hija para que en su servicio estuviese. Como el conde Raduel acabó con Drumelia, miró a una y a otra parte y vio a la infanta Galinda. Él la estuvo mirando una pieza y contentole mucho, que era una de las hermosas doncellas del mundo; y él se fue adonde el emperador don Cristalián estaba, y humillándosele, le dijo:

—Mi señor, yo me vestí tan ricamente como veis para venir a ver esta hermosa infanta. Yo soy muy contento de la su buena apostura; si vuestra majestad para ello me diere licencia, luego la querría comenzar a servir, por ser yo el primero que

⁴⁵² Suplo ‘como’ (313r).

en su servicio estuviese en la corte del emperador; pero yo no haré este comienzo si vuestra alteza no me promete de me ayudar con todo su poder, que en los semejantes casos se parecen los amigos.

—Raduel —dijo el⁴⁵³ emperador—, yo haré por ti todo aquello que tú mereces.

—Decidme, mi señor, si será bien que la vaya luego a besar las manos.

—Sí —dijo el emperador—. Ve, por que tome en cuenta tu servicio desde el día que en Larenta entró.

—Bien me aconsejáis —dijo Raduel.

Y como esto dijo, luego fue adonde la infanta estaba, y humillándose ante ella, le dijo:

—Mi señora, dadme vuestras hermosas manos, que os las quiero besar. Y si os quisiéredes informar de quién yo soy y qué estado tengo, allí está el emperador don Cristalián mi señor, que a la vuestra merced informará.

La infanta lo estaba mirando, y todos los que en el palacio estaban se reían con mucho placer de ver a Raduel ante la infanta, que bien entendieron que era ya enamorado della. El emperador don Cristalián le dijo:

—Mi señora, sea la vuestra merced de le dar al conde de Sebín las manos, que lo merece por ser persona de grande autoridad en la corte del emperador, y asimismo es persona de quien se hace mucha cuenta, como adelante la vuestra merced lo sabrá.

Como el emperador esto dijo, la infanta Galinda lo miró; él le hizo de señas que las diese, ella se las dio. Como Raduel le besó las manos fue el más ledo que cuantos en el mundo⁴⁵⁴ nascieron, y allí se le ofreció por su caballero. La infanta le habló muy graciosamente, porque vio que todos holgaban dello. Raduel se levantó, haciendo grande acatamiento a la infanta, y se volvió adonde el emperador estaba y díjole:

—¡Oh mi señor, y cómo me distes la vida en llamarle conde cuando estaba ante mi señora la infanta, que yo bien la puedo llamar mi señora, pues me dio sus manos con tanta voluntad! Tanto aprovechó aquello como si me recibiera por su caballero. Mas ¿cómo no me las quería dar hasta que ella oyó decir que era yo conde de Sebín? Agora digo que pueden mucho los grandes señores como lo yo soy, y más con tener el favor de vuestra majestad. La infanta Galinda es mi señora.

Y con este pensamiento creció tanta locura a Raduel,⁴⁵⁵ que no hacía sino pasearse por la sala a una parte y a otra por que la infanta viese su buena disposición.

⁴⁵³ 1587: 'al' (313v).

⁴⁵⁴ 1587: 'mando' (313v).

⁴⁵⁵ 1587: 'Rduel' (313v).

Capítulo CXXXIII

De una estraña aventura que en el palacio del emperador Aliandro de Persia acaeció.

ESTANDO de la manera que oído habéis riendo con Raduel, entró un caballero del emperador en el palacio, y dijo ante todos:

—Aquí es una doncella estraña que demanda licencia para entrar.

El emperador Aliandro le dijo:

—Decidle que entre, que de grado oiremos la demanda que trae.

El caballero volvió adonde la doncella estaba y díjole el mandado del emperador. Como ella licencia tuvo, luego subió al gran palacio. Venía toda vestida de paños de duelo; en su rostro traía un antifaz negro, y detrás della venían diez hombres que un gran sepulcro traían; venían vestidos de paños de duelo. El sepulcro pusieron en medio de la sala, y los hombres se apartaron afuera. La doncella se humilló ante aquellos señores quitando el antifaz que en el rostro traía, y vieron cómo la doncella era muy apuesta, sino que mostraba en su rostro señales de demasiada tristeza. Ella se humilló ante el emperador Aliandro y díjole:

—Poderoso príncipe y más que cuantos en el mundo son, pues en la vuestra corte es hoy toda la flor de la caballería del mundo, y asimismo toda la hermosura que en él hay, a vuestra majestad pido, por lo que debe a su persona imperial, mande a todos estos señores que en el palacio están que se prueben en abrir aquel sepulcro que aquí en el vuestro palacio veis; y si fuese tal mi ventura que yo aquí hallase caballero que le abriese, del todo sería mi cuita fenecida.

Y diciendo esto tendió la mano con una gran llave de oro y diola al emperador para que mandase aquellos señores que se probasen en aquella aventura. El emperador tomó la llave en sus manos y dijo a la doncella:

—Por cierto, amiga, vos habéis venido a la mi corte a tiempo que yo creo que seréis alegre, por cuanto son aquí juntos todos los mejores caballeros que hay en el mundo.

Y diciendo esto rogó aquellos señores que luego la prueba se comenzase; todos le respondieron que harían su mandado. Así como el emperador esto dijo oyeron tan gran ruido en el sepulcro, que grande espanto ponía a aquellas señoritas que lo oían, y asimismo los caballeros deseaban mucho saber qué cosa era aquella que tanto ruido hacía. Luego se levantó a ruego del emperador don Bernay de Gratamur, y tomando la llave se fue para donde el sepulcro estaba, y alzando un paño de encima comenzó a probar a abrir, pero no pudo, que la llave era muy grande, así como si para aquella cerradura no fuera. Y como él esto vio, dijo a la doncella:

—Esta llave, imposible me parece a mí que será abrir con ella esta cerradura, por cuanto es muy grande y la cerradura es pequeña.

La doncella le tomó la llave de las manos y le dijo;

—Sabed, señor caballero, que la llave no verná justa a la cerradura sino cuando fuere en la mano de aquel caballero que la ha de abrir.

—Ese secreto no sabía yo —dijo don Bernay—. Pues desta vez cierto soy que no llevaré la honra desta aventura.

Y luego se fue a asentar cabe la infanta Belandia, y hallola que estaba muy triste porque había don Bernay faltado en aquella aventura. Él la comenzó a conhortar y le dijo:

—Mi señora, no estéis triste, que no pasará mucho tiempo que yo en el palacio no tenga muchos compañeros que a la aventura cima no den.

Oído habéis cómo el conde Raduel estaba junto al emperador don Cristalián, y como a don Bernay vio que había faltado, dijo al emperador:

—Mi señor, ¿aconsejáisme que me vaya a probar en esta aventura, pues ya soy caballero de mi señora la infanta Galinda?

—Sí —dijo el emperador—, pero no querría que acabases la aventura y te viniese algún daño.

—¿Qué daño me puede a mí venir? —dijo Raduel.

—Yo no sé —dijo el emperador—: hasta agora no sabemos lo que en el sepulcro está.

—Mucho me corro de eso —dijo Raduel—. Yo no soy persona que me sabré amparar de cualquier cosa que en el sepulcro sea, cuanto más que yo no haré sino dar la vuelta con la llave, y vos, mi señor, alzaréis el cobertor del sepulcro.

—Tú lo has dicho muy bien —dijo el emperador—. Vete a probar, pide la llave.

Raduel se levantó muy apriesa y fuese adonde la doncella estaba, y pidiéndole la llave, le dijo:

—Señora doncella, no desconfiéis si don Bernay de Gratamur no dio cima a esta aventura, que muchos buenos caballeros son en el palacio del emperador.

La doncella le miraba y no se la quería dar; el emperador Aliandro le hizo de señas que se la diese, la doncella hizo su mandado. Así como Raduel tomó la llave en sus manos, toda la color de su rostro se le mudó cuidando que había de ser muerto en ver lo que en el sepulcro estaba, y así mortal estuvo una pieza, que no se pudo mover, y cuando fuerzas y corazón cobró volviese a la infanta Galinda y dijo con voz muy corta:

—Mi señora, válgame la vuestra mesura, pues por vuestro servicio voy en aventura de muerte.

Fue tanta la risa que en el palacio hubo de ver a Raduel con tanta turbación, que no se podían valer; pero todos pararon mientes en él, que iba paso a paso, y como junto al sepulcro llegó, él se santiguó tres veces, y mirando a todos dijo:

—Todas las cosas puestas en Dios no pueden haber mal fin. Y ¿qué sé yo si está el Diablo en este sepulcro y haciendo yo la señal de la cruz luego será desaparecido?

—Muy bien dices —dijo el emperador Lindedel—. Pruébate.

—En el nombre de Dios —dijo Raduel— que aquí han de fenercer los mis días.

Y con mucho esfuerzo alzó el paño del sepulcro, y él que se empinó para alcanzar a la cerradura, fuele la ventura muy contraria, que en aquella sazón comenzó el gran ruido del sepulcro, y al tiempo que Raduel tocó con la llave en la cerradura fue tan grande la alteración y miedo que tomó, que así como persona sin sentido arrojó la llave de la mano, y por echar a huir iba tan desacordado que

tropezó y dio consigo en el suelo. Y como cayó, cuidó que muerto era y tomado de lo que en el sepulcro estaba, y a grandes voces comenzó a decir:

—¡Ay emperador don Cristalián, mi señor, socorredme y no me dejéis así matar! ¡Membraos de los grandes servicios que de mí habéis recibido!

Tanta fue la vuelta y la risa que en el palacio estaba, que la doncella que con el sepulcro venía, aunque toda la tristeza del mundo estaba en ella, no se podía valer de risa. El emperador don Cristalián dijo:

—Raduel amigo, torna en ti, que no abriste el sepulcro para tener temor de la muerte.

En este tiempo ya Raduel había tornado en sí; como vio que una pieza había pasado, y que lo que en el sepulcro estaba no había llegado a él, levantose, su rostro mortal, y dijo contra la infanta muy airado:

—Nunca nadie por servir se debe poner a punto de muerte como lo yo hice.

El emperador don Cristalián lo llamó diciéndole:

—Ven acá, Raduel. ¿Qué es lo que tú has sentido en esta prueba?

—No estoy para estar en el palacio, que me siento malo.

Y sin hacer acatamiento ninguno se salió y se fue a su posada. Y luego como en ella entró se echó en su lecho, como aquel que gran afán de su espíritu había pasado.

Así como Raduel fue salido del palacio, luego se levantó Tarance de Lira por mandado del emperador, y tomando la llave a la doncella se fue para el sepulcro y pugnó por le abrir, pero no pudo, que la llave venía muy grande, y como él vio que no le aprovechaba nada probarse en aquella aventura, tornó la llave a la doncella diciéndole:

—Señora doncella, bien creeréis que hay otros mejores caballeros en el palacio del emperador que den cabo a lo que yo falté.

Tarance de Lira se tornó asentar cabe su señora la infanta Sandalina. Luego se levantó Liramante, rey de Siria, y fuese a la doncella, y ella le dio la llave diciéndole:

—Señor caballero, a Dios ruego yo que vuestra persona dé fin en esta prueba.

Liramante le respondió:

—Eso no puede ser, por cuanto nació en el mundo otro que más que yo vale.

Y diciendo esto se fue para donde el sepulcro estaba, y alzando el paño probó abrir, pero él hizo tanto como los que primero se probaron, y tornando a cubrir el sepulcro se tornó a la doncella. Y cuando por donde el emperador don Cristalián estaba pasó, díjole:

—Mi señor, levantaos de ahí y dad cima en esta aventura vos o el rey de Altaria, y no queráis que a todos los que en el palacio estamos nos avenga como a Raduel.

El emperador se rio de lo que Liramante dijo, y él volvió la llave a la doncella, y sin nada le decir se volvió a asentar adonde la princesa de Marmantia estaba, y díjole:

—Mi señora, aconhortaos, que a todos cuantos en el palacio son les averna como a mí, salvo a uno que dé cima a lo que todos faltaremos. Así, me parece que forzosamente nos habemos de aconhortar.

Luego se levantó don Veros de Licante por ruego del emperador Lindedel, y haciendo su acatamiento a los emperadores se llegó adonde la doncella estaba, y

pidiéndole la llave, fue al sepulcro. Y alzando el paño se probó, pero no le pudo abrir, y volviendo a cubrir el sepulcro se tornó a la doncella y le dio la llave. La doncella la tomó y le dijo:

—Mucho soy triste que se han probado tantos buenos caballeros y no han hecho más que si ninguno se hubiera probado.

—No os fatiguéis, señora doncella —dijo don Veros—, que en el palacio del emperador está el que os ha de hacer alegre dando cima a lo que vós tanto deseáis.

—Así lo quiera Dios —dijo la doncella— que se haga como lo vos decís.

—Sí hará —dijo don Veros—, sin ninguna duda.

Y de allí se fue a asentar cabe la infanta Canforavereda; la infanta le dijo:

—Mal haya la doncella acá adonde vino, pues aquí no viene honra sino a un solo caballero.

—Así es —dijo don Veros—. Todas cuantas aventuras hay tienen esa propiedad, que no son hechas sino para que un solo caballero les dé cima.

En este tiempo se levantó don Clarancel, príncipe de Nápoles, diciendo contra el emperador don Cristalián y el rey Lucescano:

—No sería mucho, pues en dos aventuras que en la vuestra compañía me he probado falté, que la gloria désta se me diese.

—Bien creo yo —dijo el emperador— que la vuestra merced nos quitará del trabajo de la prueba.

—Eso no creo yo —dijo don Clarancel—, que tengo mala experiencia en las aventuras pasadas.

Y diciendo esto se pasó adelante, y tomó la llave de la mano de la doncella y fuese a donde el sepulcro estaba, y alzando el paño se probó, pero no le aprovechó nada, que la llave venía grande. Don Clarancel se volvió de la prueba riendo, y tornando a echar el paño del sepulcro, dijo:

—¿Como me maravillo no dar cima a esta aventura, según yo he sido venturoso en otras que me he yo probado?

Y diciendo esto pasó por delante de los emperadores y díjoles que no consintiesen que más tiempo se gastase «en que más caballeros se prueben: pruébese ya aquel para quien todas las glorias del mundo son guardadas».

Y diciendo esto se fue a asentar. Y luego que don Clarancel se probó se probaron todos los preciados caballeros que en el palacio del emperador estaban; pero todos hicieron tanto como nada, que jamás la llave pudo entrar en la cerradura. Don Griolanís, príncipe de Roma, se levantó, y sin decir cosa alguna se fue adonde la doncella estaba, y tomándole la llave de la mano se fue al sepulcro, y alzando el paño se probó; pero avínole tan bien que hizo tanto como los que hasta allí se habían probado. Y sin más se detener, se fue adonde su señora la princesa Lucendra estaba y díjole:

—Tuve yo, mi señora, pensamiento que siendo vos hermana de aquellos tan venturosos y bien afortunados caballeros me había a mí de caber parte de la su buena ventura, y con esta esperanza y confianza me probé en el aventura del sepulcro.

La princesa Lucendra se rio. El emperador Lindedel dijo al rey de Altariagreta que se levantase y se fuese a probar. El rey se levantó luego, y haciendo su acatamiento a los emperadores, se volvió al emperador don Cristalián y le dijo:

—Sea la vuestra merced de se levantar a la prueba, pues que aquí somos todos muy ciertos que no hay otro que cima le dé si la vuestra merced no se la da.

El emperador se levantó, y humillándosele, le dijo:

—Señor Lucescanio y poderoso rey de Altariagreta, príncipe de España, a lo que vós cima no diéredes, mucha duda terné yo de lo acabar.

Y rogole muy ahincadamente que se fuese a probar. El rey hizo su acatamiento y se fue para donde la doncella estaba, y pidiéndole la llave se fue para el sepulcro. Y como a él llegó alzó el paño y abajándose probó la llave: vino justa a la cerradura, y pugnó por abrir, pero no pudo. El rey la dejó, que no puso mucha fuerza por abrir, que bien entendió que no estaba para él guardada aquella aventura, y tornando a sacar la llave se volvió, y dándola a la doncella se tornó adonde su señora Bellaestela estaba, la cual lo recibió con muy alegre semblante diciéndole:

—Mi señor, esa aventura debe ser del emperador don Cristalián, y por tanto, ninguno de los que en ella se han probado debe ser quejoso de su ventura. Agora atendamos, que mucho deseo tengo de ver lo que en sepulcro está, y no creo yo que tardará mucho tiempo que no sepamos lo que en él haya, pues ya no hay otro caballero que probarse pueda si no es el emperador don Cristalián. Ya me parece que los emperadores lo hacen levantar.

Y como fue en pie, haciendo su acatamiento y poniendo los ojos en su señora se fue para la doncella, la cual se humilló y le dio la llave. El emperador se fue adonde el sepulcro estaba, y alzando el cobertor probó la llave y muy ligeramente el sepulcro fue abierto. A la sazón que se abrió, en todo el palacio fue hecho tal ruido que todos cuantos en él estaban cuidaron que muertos eran, y todas aquellas señoras se cayeron amortecidas, y algunos de los caballeros que en el palacio estaban; pero aquel invencible y tan esforzado emperador por grande y espantoso que fue el ruido no se movió, sino allí junto a él se estuvo quedo por ver lo que dentro estaba.

Sabed que salió del sepulcro, así como abierto fue, un caballero cortada la cabeza, y repentinamente pareció en el palacio, a la una parte dél, un trono así alto que para subir a él tenía diez gradas. El trono estaba todo cubierto de un paño negro, y el caballero sin cabeza se subió por las gradas, y cuando encima dél fue, luego se tendió así como un hombre muerto que le faltaba la cabeza. Todos fueron muy espantados de ver tal aventura, y volvieron a mirar a la doncella y a los hombres que el sepulcro allí habían traído para preguntarles qué maravilla era aquella que visto habían; pero ni vieron la doncella ni los hombres a quien preguntar pudiesen. Todos miraron al sabio Doroteo (que presente estaba) cuidando que así como el su saber era tan grande, alcanzaría qué maravillas eran aquéllas. El sabio les respondió diciéndoles:

—Yo, mis señores, no sé nada que deciros pueda, que mi saber no es tan grande que pueda pasar al que estos encantamientos hace.

Todos callaron, que no le respondieron; y cuando tornaron a mirar el trono vieron que a la nona grada estaba una imagen de un ídolo asentada, y tenía en las sus manos un letrero que decía así:

*El día que las soberanas bodas destos príncipes y grandes señores se celebraren
verná la hermosa doncella a pedir los anillos, y como los caballeros cumplirán*

lo que prometido tienen, mi cuerpo, que apartado de mi cabeza está, habrá sepultura tal cual a mi persona real conviene.

Todos pararon mucho mientes en lo que las letras de la imagen decían. El sabio Doroteo dijo:

—Sin falta la cabeza que en la fuente se hundió debe ser la deste caballero.

Todos dijeron que tenía razón, que aquello debía de ser así como lo él decía.

—Mala será de haber la cabeza —dijo el emperador Lindedel—, pues que en la fuente se hundió. No sé ni entiendo cómo esto pueda ser: bien será dejar las cosas su tiempo, entonces veremos el cabo y fin desta aventura.

En todo aquel día no se habló en otra cosa. El emperador Aliandro dijo:

—Bien será que nos vamos desta sala a otro aposento, que aquélla no es imagen para tenerla presente, que es enojosa cosa de mirar.

Todas aquellas señoras lo rogaron al emperador, y él hizo su ruego, que luego se fueron de allí.

Capítulo CXXXIII

De cómo estando aquellos señores muy espantados de lo que les había acaecido entró por el palacio una doncella, y de la demanda que traía.

ASÍ como de la sala de la aventura fueron a la otra parte pasados vieron entrar por el palacio una doncella estraña ricamente guarnida, y asaz hermosa y de gentil compostura. Ella miró a una y otra parte y dijo:

—Guardé Dios tan hermosa compañía.

Y volviéndose a un caballero, le rogó muy ahincadamente que mostrase cúal de aquellos señores era el emperador Lindedel de Trapisonda; el caballero se lo mostró. La doncella se fue a humillar ante él diciéndole:

—Poderoso emperador, sea la vuestra grandeza de me otorgar un don, ca sabed, mi señor, que daño alguno de me lo otorgar no puede veniros, sino grande acrecentamiento en vuestra honra.

El emperador, que era el más mesurado príncipe que en el mundo había nascido, le respondió diciéndole:

—Señora doncella, comoquiera que me avenga, el don yo le otorgo.

Como el emperador esto dijo, la doncella fue demasiadamente leda, y besándose las manos, dijo:

—Saben, mi señor, que el don que me habeís otorgado es que vuestra majestad ha de venir conmigo adoquiera que le lleve.

—En el nombre de Dios —dijo el emperador—, vamos adonde la vuestra voluntad fuere.

Como la emperatriz y todos aquellos señores entendieron que la doncella quería llevar al emperador fueron muy turbados; la emperatriz dijo:

— Doncella, mucho os ruego que la ida del emperador se deje por agora, y llevad con vos a otro caballero de los que en el palacio están, que todos son muypreciados a maravilla.

En este tiempo se levantó el emperador don Cristalián y se fue adonde la doncella estaba y le dijo:

— Buena doncella, ¿vos conoceisme?

— No —dijo ella—, más de cuanto me semejáis persona de alta guisa.

— Pues sabed que yo soy el emperador don Cristalián, y si dello os agradáredes, yo iré con vos adoquiera que llevarme quisiéredes, con tal condición que el emperador mi señor sea quito del don que le pedisteis.

La doncella lo conoció (que por oídas había oído decir de la su alta caballería), y humillándosele, le dijo:

— Valeroso emperador, la vuestra ida comigo a mí no me tiene pro; porque sabed, mi señor, que el emperador Lindedel es el que ha de librar mi hecho, y otro caballero no de cuantos hoy son nacidos. Por tanto, vos, mi señor, me perdonad, que en cuanto a esto yo no puedo hacer vuestro mandado.

El emperador Lindedel se volvió a la emperatriz, que demasiada tristeza mostraba tener, y le dijo:

— Mi señora, no conozca yo en vos punto de tristeza, sino que en la mi partida me debéis entera alegría, que con el ayuda de Dios yo seré muy presto de vuelta.

— ¡Ay mi señor! —dijo la emperatriz—. Y ¿cómo mostraré yo alegría viendo ir a vuestra majestad y no sé adónde? Aun si yo esto supiese quedaría con algún descanso; pero sabéis los peligros grandes que hay en todo el mundo con estos encantamientos, que si uno que las artes sabe aprovecha con su saber, hay cien mil que dañan y no entienden sino en hacer todo mal.

El emperador le respondió:

— Ésa será sola Drumelia. Pues de ésa ya no hay de qué temer, que está purgando sus pecados. Por tanto, mi señora, por amor de mí que quedéis muy alegre, por que esa misma alegría lleve yo comigo.

Como la emperatriz vio la voluntad del emperador, esforzose cuanto más pudo por que el emperador fuese alegre. Luego él demandó sus armas, y como fue armado con el ayuda del emperador don Cristalián y el rey Lucescanio, y asimismo de todos aquellos señores que en el palacio estaban, el emperador Aliandro, y el rey del Monte Libeo fueron espantados de cómo el emperador Lindedel era tan apuesto caballero armado, y todos cuantos en el palacio estaban decían a una que bien tenían sus hijos a quien parecer en el apostura y en todo lo demás.

El emperador Lindedel se humilló al emperador Aliandro y al rey del Monte Libeo, y asimismo a las emperatrices, y todos cuantos en el palacio estaban se le humillaron, y él asimismo a todos, y con la bendición de Dios salió del palacio. Como la emperatriz Cristalina lo vio que ya era ido, dijo:

— ¡Ay doncella que en mal punto veniste a la corte del emperador; que así heciste triste mi corazón, que jamás terné un punto de alegría hasta que ante mis ojos vea al emperador!

Todos asimismo quedaron muy tristes con la su ida, pero pugnaban de aconhortar mucho a la emperatriz, que jamás cesaba de llorar. El sabio Doroteo se fue para ella y le dijo:

—Mi señora, no crea vuestra majestad que el emperador en este camino que agora con la doncella va le averná daño ninguno, ni habrá nadie poder de lo enojar.

—Así lo quiera Dios —dijo la emperatriz— que sea como lo vos decís.

—Sin falta ninguna será así —dijo Doroteo—. Por tanto, es mucha razón que vuestra majestad se alegre.

—Agora —dijo la emperatriz— con esas nuevas que vós me habéis dado yo lo seré, lo cual no fuera aunque todos los del mundo me dijeran lo que vós me habéis dicho.

Hablando en esto y en otras cosas los dejaremos por contaros adónde la doncella llevó al emperador Lindedel. Sabed que así como del palacio salió con solos dos escuderos, uno que la lanza le llevaba, y otro el escudo, en compañía de la doncella, anduvieron bien ocho días que no hallaron quien el camino les estorbase. Yendo un día por la ribera de un grande y hermoso río, anduvieron por aquel camino gran pieza, y siempre riberas del río, hasta que la obscura noche vino. El emperador dijo a la doncella:

—Aquí en esta ribera nos converná albergar esta noche.

Así lo hicieron. Los escuderos tendieron sus mantos, el emperador se asentó, y luego se desarmó las manos y la cabeza y cenaron. El emperador dijo:

—Buena doncella, si os pluguiere decirme adónde me lleváis, mucho sería ledo, y si no, habremme de sufrir.

La doncella le respondió:

—Mi señor, agora que somos fuera de Persia, en todo se hará vuestro mandado. Sabed, mi señor, que yendo el rey de Orsona por un camino a caza, repentinamente perdió la vista de los ojos, y como esto vieron los que con él iban, muy tristes lo llevaron a la ciudad y pugnaron todos de buscar remedio para su salud, y unos fueron por una parte y otros por otra; anduvieron todo el mundo en busca de quien remedio le diese. Hallaron lo que vuestra majestad sabrá, y fue esto. Que en el reino de Platartina estaba un ídolo, sobre una puerta de la ciudad, que la una mano tenía cerrada. Dice un sabidor en las artes que aquel ídolo tiene en la su mano, que cerrada tiene, un escripto que en él dice con qué el rey cobrará la vista, pero que cuantos hoy son en el mundo no se lo sacarán de la mano si no fuese Lindedel de España, emperador de Trapisonda. Yo, mi señor, he pasado mucho afán hasta llegar a Persia en la vuestra demanda; yo no osé decir en el palacio del emperador Aliandro para lo que vuestra majestad venía, con miedo que la emperatriz Cristalina estorbara la vuestra partida en pensar que vuestra majestad había de ir tan luengas tierras.

—Buena doncella —dijo el emperador—, por cosa que avenirme pudiera yo no dejara de venir este camino habiéndooslo prometido. A Dios ruego yo que la ida sea tan provechosa que el rey de Orsona se restituido en su vista.

—Sí será —dijo la doncella—, con el ayuda de Dios.

—Mucho huelgo —dijo el emperador— que la ida sea hacia esas partes que me decís, por cuanto son tierras que las nunca anduve.

En esto y en otras cosas estuvieron hablando una pieza hasta que fue hora de dormir, que la doncella se apartó a una parte de la ribera y el emperador se quedó adonde estaba con sus escuderos, y poniendo el escudo en que la cabeza pusiese, se durmió.

Venida que fue la mañana, el emperador dijo a la doncella que cuando quisiese podía caminar. La doncella le respondió que cuando su majestad mandase.

—Vamos luego —dijo él.

Y así, tomaron el camino del reino de Platartina y anduvieron a muy gran priesa, por manera que lo más presto que ser pudo llegaron y preguntaron por la ciudad adónde estaba el ídolo. Allí les dijeron que aún era muy lueñe, y anduvieron hasta llegar a la ciudad adonde el ídolo estaba, y como en ella fueron. anduvieron en torno hasta que llegaron a la puerta dorada adonde estaba el ídolo. El emperador se lo paró a mirar, y vio que estaba hecho un hermoso arco encima de la puerta maravillosamente obrado, ca era todo dorado y sembrado de muchas estrellas de esmalte verde y carmesí. Debajo de aquel arco estaba una silla asimismo toda dorada; en ella era sentado un ídolo de grandeza de un hombre; tenía en su cabeza una rica corona de oro; en la su mano derecha un pargamino muy apretado, que no había persona en el mundo que ase lo pudiese. Como el emperador lo estaba mirando, y como a los de aquella tierra (que gentiles eran) pareciese extraño, un caballero se llegó a él y díjole:

—¿Por ventura, señor caballero, queréis probar a tomar el pargamino al ídolo?

—Sí —dijo el emperador—, que a eso soy venido a esta tierra.

—Por la fe que mantenéis os ruego que no os probéis hasta que el rey que es en esta ciudad lo sepa, que será muy ledo de lo ver.

El emperador le dijo que atendería todo el tiempo que él quisiese, por le hacer placer

—Muchas mercedes —dijo el caballero—. Yo voy luego.

Y despidiéndose del emperador se fue adonde el rey su señor estaba, y no tardó mucho cuando el emperador vio venir al rey, el cual saludó al emperador muy cortésmente; él se le humilló. El rey le dijo:

—Caballero, ¿sois venido a quitar el pargamino al ídolo?

—Sí —dijo el emperador—, que la vuestra merced sabrá que el rey de Orsona es sin vista, que la perdió un día viniendo de caza, y no la puede cobrar, según dicen grandes sabios, hasta que este pargamino sea visto, porque dicen que en él está escrito el remedio con que el rey ha de ser guardado.

—Grandes son las maravillas que me habéis contado —dijo el rey—. Muchos caballeros de mi reino y estraños se han probado para se lo quitar de la mano, pero no han tenido poder. Agora fuesen los dioses servidos que a lo que todos han faltado diésedes vos cima. Decidme, ¿cuándo queréis subir adonde el ídolo está?

—Luego —dijo el emperador—, que no me puedo aquí mucho tiempo detener.

Y diciendo esto dejó su caballo y subió por una angosta escalera que a la mano siniestra estaba de la puerta, y cono fue con el ídolo, el emperador se llegó junto a él, y tendiendo la mano contra la del ídolo, lo trabó del pargamino (que parte dél tenía de fuera), y así como el emperador lo tomó, luego el ídolo abrió la mano soltó y el pargamino. Como el emperador lo vio en su poder fue estrañamente ledo. El rey y los altos hombres que con él estaban decían:

—Sin falta éste es el mejor caballero que a la sazón hay en el mundo, pues los nuestros dioses han hoy hecho tantas maravillas por él.

El emperador no quiso ver lo que en el pargamino estaba escrito hasta que ante el rey fuese. Y como acabó de bajar, el rey se apeó por lo más honrar (que lo

tenía en mucho, pues había dado cima a aquella aventura), y como el emperador junto a él llegó, el rey lo abrazó diciéndole:

—Caballero, quienquier que vós seáis, habéis honrado mucho a mi corte. No querría que el pargamino se descogiese hasta que fuésemos en el mi palacio.

—Hágase como lo vos mandáis —dijo el emperador.

El rey se lo agradeció mucho, y luego subieron a caballo y se fueron al palacio. El rey se asentó y rogó al emperador muy ahincadamente que se desarmase, él hizo su ruego. Todos los que en el palacio estaban holgaron de ver su buena apostura. El rey le mandó dar un rico manto e hízolo sentar cabe sí, y asimismo mandó que se asentase la doncella del rey de Orsona que con el emperador había venido. El rey dijo a sus altos hombres que fuesen por la reina y por la princesa antes que el pargamino se viese; ellos hicieron su mandado, la reina y la princesa se salieron a la sala acompañada de muchas dueñas y doncellas. El emperador se levantó e hizo grande acatamiento a la reina y princesa, como aquel en quien estaba toda la medida del mundo. La reina y la princesa lo miraban y decían:

—Sin falta el caballero debe ser de alta guisa, pues que no se humilló ante la reina.

Esto dijo la princesa, y luego se asentaron. El rey dijo al emperador:

—Agora veamos lo que en el pargamino está.

El emperador lo dio a un caballero de los que en el palacio estaban, y descogiéndolo, vieron que decía así:

Valeroso y muy preciado príncipe Lindedel de España, emperador de Trapisonda, por la tu mano, y no por la de cuantos hoy son en el mundo, ha de ser restituido en su vista el rey de Orsona; que tú y no otro terná poder de tomar la hermosa yerba que encima del monte Abisando está junto a la grande y muy espaciosa fuente; aquella yerba que en parte del mundo no nace si allí no. Pero hay grandes y muy espantosas guardas que la yerba defienden que no sea de allí tomada. Y habiéndola en el vuestro poder, el rey de Orsona cobrará la vista que perdida tiene.

Como acabaron de oír lo que en el pargamino escrito estaba, el rey y todos los del su palacio entendieron que aquel caballero era el emperador de Trapisonda. Fueron muy espantados; el rey se levantó, y humillándose ante él, le dijo:

—Mi señor, sea la vuestra merced de me perdonar si yo contra vos he errado.

El emperador le hizo levantar; el rey tomó al emperador por la mano y lo hizo sentar en la su silla diciéndole:

—Mi señor, por los dioses inmortales os juro que no hay en esta vida persona con que yo tanto holgara como es con vuestra majestad; que cuanto ha que yo soy hombre fue grande el deseo que yo siempre de la vuestra vista tuve oyendo las grandes maravillas que por el mundo andábades haciendo. A la vuestra merced pido muy ahincadamente que yo sea tenido por uno de los más principales que vuestro servicio desean.

El emperador le dijo:

—Teneros he yo por uno de los mayores amigos que en esta vida tengo, para hacer por vos aquello que por don Cristalián mi hijo podría hacer.

El rey se le humilló y se asentó en la silla que el emperador antes estaba sentado, y allí estuvieron hablando en lo que más les agradaba una pieza, y cuando fue hora, cenaron. Otro día por la mañana el emperador se armó, y asimismo se despidió del rey y de la reina y princesa.

Capítulo CXXXV

En que se recuenta cómo el emperador Lindedel fue al monte Abisando por cobrar la hermosa yerba, y de lo que allí le acaeció.

LUEGO tomó su camino para el monte Abisando, y en todo él no le avino cosa que de contar sea. El monte no era muy lueñe, porque estaba en el señorío del rey de Platartina (aunque muy apartado de toda conversación de gentes, que jamás por allí persona alguna osaba pasar). El emperador llegó al monte un día a hora de nona, y antes que en él entrasen se apareon en un hermoso prado y comieron de lo que los escuderos llevaban. El emperador dijo a la doncella que allí se podía quedar con el uno de sus escuderos; ella le respondió que lo haría como su majestad lo mandaba.

—Pues sea así.

Y luego se levantó, y subiendo en su caballo, y un escudero que la lanza le llevaba, se entró por el monte a muy gran priesa, y a hora de vísperas llegó a vista de la grande y muy espaciosa fuente. Y como la vio diose más priesa a andar, y como junto a ella llegó vio que era estrañamente hermosa, porque el espacio adonde el agua caía era así verde como si una esmeralda fuera. Los caños por donde el agua salía eran dorados, hechos por estraña manera, que a maravilla parecían bien. Había en torno de la fuente cuatro pilares de piedra jalde que sostenían un cielo que toda la fuente cubría; era de la misma color verde como la fuente. Él miró por la yerba y vio que estaba nascida junta a ella, y era cosa de ver, que era de muchas y muy hermosas colores, y no era sino sola una rama tan alta como una braza; había las hojas muy menudas, cada una de su color; eran tan finas aquellas colores, que no había otra cosa más hermosa en el mundo que ver. El emperador dijo:

—Por agora yo no veo ninguna de las guardas que me dicen que esta fuente suele tener. Paréceme que sin afán ninguno quienquiera puede haber en su poder aquella hermosa yerba.

Así como el emperador esto acabó de decir vio salir detrás de unas ramas cinco doncellas muy bien guarnidas; ellas traían un paño de oro en sus manos, y todas cinco se llegaron a la fuente y junto a la yerba tendieron el paño que en sus manos traían, y dejándole, se tornaron por donde vinieron. Y no tardó mucho cuando vieron salir detrás de unas altas ramas que cerca de la fuente estaban otra muy hermosa doncella; venía tan ricamente guarnida, que espanto ponía a quien la miraba. Era tan estraña la su hermosura, que parecía al emperador que hacía mucha ventaja a la princesa Penamundi, y fue muy espantado de la ver, que no podía pensar quién aquella tan hermosa doncella fuese.

Ella se vino a asentar encima de aquel paño de oro; las cinco doncellas se asentaron encima de aquella yerba, y a poco rato aquella hermosa doncella demandó que agua a manos le diesen. Luego una de sus doncellas se levantó, y tendiendo ante ella una rica toalla, puso encima una fuente de oro; ella se comenzó a lavar sus blancas y muy delicadas manos. Sabed que el emperador vio una gran maravilla, que las gotas de agua que en la fuente de oro de las manos caían, todas se tornaban muy hermosas perlas. Desto fue el emperador muy espantado, y no sabía qué se decir de lo que visto había. Así como la doncella se acabó de lavar, aquella doncella que de agua la sirvió tomó la fuente, que casi estaba llena de gruesas y muy preciadas perlas, y diolas a las cuatro doncellas, y ellas a gran prisa las comenzaron a poner en un hilo. El emperador dijo a su escudero:

—No me quedará que yo no sepa estas maravillas que aquí habemos visto.

Y diciendo esto se apeó de su caballo y se fue adonde aquella hermosa doncella estaba, y díjole (haciéndole gran acatamiento, que bien mostraba ser persona de alta guisa):

—Mi señora, he visto grandes maravillas en ver la vuestra estremada hermosura. Si la vuestra merced fuese de me decir quién sois, yo sería obligado todo el tiempo que de mi vida me queda de gastarlo en vuestro servicio.

—Caballero —dijo la doncella—, si vos sois maravillado de ver la mi estremada hermosura, no menos lo soy yo de ver vuestro grande atrevimiento. Y querría mucho saber qué es la causa de vuestra venida en estas partes.

—Mi señora —dijo el emperador—, la mi venida es en busca de aquella yerba que allí está.

—Y ¿para qué la queréis vos? —dijo la doncella.

—Quiérola —dijo el emperador— para dar la vista al rey de Orsona, que mucho tiempo ha que perdida la tiene.

La doncella le dijo:

—Esa vista no cobrará él a todo mi poder, que no he criado yo aquella hermosa yerba con poco trabajo, y no es mi voluntad que vós ni cuantos hoy son en el mundo de aquí la lleven.

Al emperador le pesó de ver hablar así aquella hermosa doncella, y decía en su corazón: «Por mi fe, mayores guardas tiene esta yerba de las que yo cuidaba; que si diez jayanes la guardaran, yo tuviera esperanza de cobrarla, y guardándola esta doncella, yo no sé cómo ir contra su voluntad. Conviéneme detenerme aquí hasta que la su merced sea de me la dar».

—Mi señora —dijo el emperador—, a mí me conviene ser en el vuestro servicio tanto tiempo hasta que la vuestra voluntad sea de me dar aquella yerba.

—Yo tengo personas de grande estado que están en mi servicio, y vos os podéis ir luego de aquí, que no es mi voluntad veros más ante mis ojos. Y si desmesuráros quisiéredes a tomarme la yerba, sed cierto que yo he tal poder que muy presto por ello perderéis la vida.

—Dios me guarde —dijo el emperador— de hacer cosa que vuestro deservicio fuese: las mercedes que yo espero han de ser con vuestra voluntad, que sin ella yo no las quiero.

—Idvos luego delante mis ojos —dijo la doncella—, que son mucho enojosas para mí vuestras palabras.

El emperador entonces no la quiso más enojar, antes se levantó (que ante ella estaba de hinojos) y apartose ya cuanto, y yéndose adonde su escudero estaba, le dijo:

— Yo no sé qué medio me tenga para haber en el mi poder aquella yerba, que no es la voluntad de aquella doncella de me la dar.

El escudero le dijo:

— Bien será que atendamos a que ella de allí se vaya, y así cobraremos lo que el rey de Orsona tanto ha menester.

— Eso no haré yo por cosa del mundo —dijo el emperador—, que ya yo iría contra la voluntad de aquella doncella.

Y así, se anduvo paseando una pieza por el monte, siempre pensando cómo habría en su poder la yerba. Estando de la manera que oído habéis vio cómo aquella hermosa doncella se levantaba, y pasando adonde la yerba estaba, ella misma con sus muy hermosas manos la cortó. Desto pesó mucho al emperador, y cuidó no la poder haber en su poder. Así como la doncella cortó la yerba, luego se fue de la fuente llevando las cinco doncellas en su compañía. El emperador se fue en pos della, y semejábale que andaban tanto que no las podía alcanzar. Desto era él muy espantado, y así anduvieron gran pieza. Al cabo deste tiempo el emperador llegó junto a las doncellas, y ellas se metieron por entre unas altas peñas, y el emperador en pos dellas, y llegaron a una peña que por medio estaba abierta. La hermosa doncella se volvió al emperador y le dijo:

— Caballero, no emprendáis de entrar acá; si no, sed cierto que luego perderéis la vida.

— Aunque pierda ciento que tuviese —dijo el emperador—, yo no dejaré de entrar si la yerba no me dais.

— Pues que así es —dijo la doncella—, ya vos desta vez no la llevareís.

Y como esto dijo, luego se entró por la peña ella y sus doncellas. El emperador dijo:

— Por cierto, estremada es la hermosura desta doncella.

Y diciendo esto se entró tras de ella. Sabed que vio grandes maravillas, que la doncella que tan hermosa le semejaba se tornó de tan fea figura que no siente persona humana que la mirase que de espanto no muriese; pero aquel tan esforzado emperador Lindedel, aunque mucho se maravilló de lo que visto había, no por eso dejó de seguir las doncellas, y la cinco que iban en compañía de la que hermosa parecía asimismo eran tornadas feas y muy espantosas; pero mucho más lo era la que más hermosa parecía.

Como el emperador las iba siguiendo, una de las cinco doncellas tendió la mano para detener al emperador, y púsosela en el brazo siniestro. Él sintió tanto calor, que cuidó que el brazo tenía hecho una brasa, y fue muy espantado. En este tiempo entraron en una cuadra, que al parecer toda ella era dorada, y la doncella se asentó en una rica y muy preciada silla, siempre teniendo la hermosa yerba en sus manos. Así como la doncella fue sentada, luego ella y la silla comenzaron a arder en vivas llamas, y ella estaba tan espantosa que el emperador le falleció el corazón; pero como era valiente y muy esforzado, membrándose en aquella tan gran necesidad del santísimo nombre de Jesús, así como le nombró, la doncella y

las que en su compañía estaban se desaparecieron con tan grande estruendo que parecía que todo el mundo temblaba.

El emperador que como fuera de sí estaba de lo que visto había, miró por la yerba y viola que en el lugar donde la doncella estaba sentada la había dejado. El emperador fue muy ledo, y tomándola, se salió de la peña adonde halló a su escudero tendido en el suelo como muerto del estruendo grande que había oído. El emperador hincó los hinojos en tierra y dio muchas gracias a Dios por las grandes mercedes que le había hecho en le librar de aquella priesa en que visto se habla. Y después que hubo hecho su oración levantose, y trabando del brazo a su escudero le hizo levantar; él recordó estrañamente espantado, y como vio al emperador, díjole:

—¡Ay mi señor, a Dios doy yo infinitas gracias que veo a vuestra majestad sano y vivo, que yo cuidé que todo el mundo era asolado cuando aquel tan crecido estruendo sonó!

—Amigo —dijo el emperador—, sábete que aquella hermosa doncella que viste era el Demonio.

Y allí le contó lo que oído habéis que visto había después que entró en la peña; mucho fue maravillado el escudero en oír tal cosa. El emperador le dijo:

—¿Adónde es mi caballo?

—No lo sé —dijo el escudero—, que cuando aquel espantoso ruido sonó, el caballo y palafrén se fueron huyendo.

—Vamos —dijo el emperador—, que cerca de aquí estarán.

Y así, se fueron el emperador y su escudero en busca de los caballos, y no anduvieron mucho cuando los vieron que arrimados a una peña estaban. El escudero los fue a tomar, y estaban tan espantados que no podía con ellos. El emperador subió en su caballo, y así, se salieron del monte con demasiada alegría. Cuando la doncella y el escudero vieron salir al emperador fue demasiada la su alegría, que tenían pensamiento que todos habían perecido cuando oyeron aquel espantoso ruido. La doncella que vio la yerba en la mano del emperador, díjole:

—¡Ay mi señor, bendito sea el día en que vós nacistes, pues en todo os hizo Dios tan venturoso. ¡Ay, qué buenas nuevas llevaré yo al rey mi señor!

El emperador dijo a la doncella que subiese en el palafrén, que luego se quería partir de allí. Ella hizo su mandado, y así, fueron su camino, y en él se dio mucha priesa, por cuanto tenía deseó de se ver en Persia. En todo él no le avino cosa que de contar sea. Llegando un día muy cerca del reino de Orsona, la doncella dijo al emperador:

—Mi señor, sea vuestra majestad servido de me dar licencia para que yo vaya al rey mi señor con tan grandes nuevas como éstas.

El emperador le dijo que hiciese lo que por bien tuviese; la doncella le besó las manos y se partió dél.

Por evitar prolijidad deja la historia de contar el recibimiento y grandes fiestas que el rey de Orsona mandó hacer al emperador Lindedel, y asimismo cuenta cómo tocándose el rey de Orsona los ojos con las hojas de la yerba cobró la vista que perdida tenía. Allí se le hicieron grandes servicios en dos días que se detuvo, y dijo que luego se quería partir. Mucho le pesó al rey en oír aquellas nuevas, que él tenía pensamiento de hacer grandes fiestas por servir al emperador, y rogole

muy ahincadamente que allí se detuviese algunos días. El emperador le dijo que no lo podía hacer, por cuanto él había de ser en Persia lo más presto que pudiese a los casamientos de todos aquellos príncipes.

—Pues que así es —dijo el rey—, habrémonos de sufrir.

Luego el emperador se armó, y se despidió del rey y de la reina y tomó su camino para el imperio de Persia, y en poco tiempo llegó a la ciudad de Larenta y sin hacer saber su venida se fue al palacio, y cuando en él entró fue luego conocido, con la vista del cual dio a todos gran placer, y más a la emperatriz Cristalina, que nunca pensó verle ante sus ojos. Después que el emperador Aliandro y todos aquellos señores con demasiada alegría hubieron recibido al emperador Lindedel, luego fue desarmado por el emperador don Cristalián su hijo y el rey Lucescanio y cubierto de un rico manto, y fueron todos sentados. La emperatriz Cristalina dijo al emperador Lindedel:

—Sea la vuestra merced de nos decir todo lo que allá habéis hecho después que con la doncella salistes de Larenta.

Los escuderos que con el emperador fueron lo contaron todo así como lo habéis oído; todos fueron muy espantados de oír tal aventura. El emperador don Cristalián dijo:

—Sin ninguna duda aquella hermosa doncella era el Demonio.

—Bien lo mostró —dijo el emperador— ser así verdad.

—Grandes son las maravillas que por el mundo hay —dijo el sabio Doroteo—. Mirad adónde tuvo Dios por bien de criar aquella yerba en quien tanta virtud había. Sin falta algún gran sabidor puso la yerba las guardas que oístes, y fue el que al ídolo encerró el pargamino en la su mano.

Todos loaban el grande ánimo del emperador. En esto y en otras cosas que mucho placer les daba estuvieron hablando hasta que fue hora de cenar, y como la cena fue acabada estuvieron hablando sobretabla en que fuesen de ahí a ocho días las velaciones, por cuanto ya era tiempo que todos aquellos señores se fuesen cada uno a su tierra. Todos acordaron que así fuese, y cuando fue tiempo se fueron a dormir.

Capítulo CXXXVI

De cómo todos aquellos grandes señores fueron velados y de lo que el día de las velaciones acaeció.

TO DOS aquellos ocho días se tardaron en hacerse grandes atavíos, no solamente los novios y novias, mas todos los caballeros y grandes señores que en la corte del emperador había, que eran muchos y de muy estrañas tierras. Cuando el día fue venido que asignado estaba para que las velaciones se hiciesen, todos aquellos príncipes y reyes y grandes señores, ricamente guarnidos, vinieron al gran palacio del emperador Aliandro, el cual estaba todo colgado de paños de oro. Luego los emperadores Lindedel y Aliandro y el rey del Monte Libeo vinieron con ropas guarnidas con piedras de gran valor; el emperador don Cristalián venía tan ricamente guarnido, que espanto ponía a quien lo miraba, y asimismo venían ricos y bien guarnidos el rey Lucescanio, y el príncipe don Griolanís (que éstos posaban dentro en el palacio del emperador). La capilla estaba maravillosamente concertada; eran en la sala muchos menestriiles altos. El emperador Aliandro dijo:

—Vayan a saber si aquellas señoras son aparejadas.

Luego entró un caballero del emperador y vio cómo ya salían, y así, se volvió. Los emperadores y todos aquellos señores se fueron para salir con ellas, y topáronlas a la puerta de la sala. Contaros la estraña hermosura de la princesa Penamundi y Bellaestela, y Lucendra y Merodiana, sería nunca acabar, y asimismo de todas las otras reinas y princesas e infantas y grandes señoras; pero parecía la emperatriz Penamundi una lucente estrella entre todas ellas, por cuanto a la su hermosura no había quien se le igualase. Cosa maravillosa fue ver los ricos y preciados atavíos que aquellas señoras aquel día sacaron.

El emperador Aliandro tomó de brazo a la emperatriz Cristalina, y el emperador Lindedel tomó a la emperatriz Plenialda, yendo en su compañía el rey del Monte Libeo y el príncipe Bores de Mar. El emperador don Cristalián tomó a la emperatriz Penamundi, y el rey Lucescanio a la princesa Bellaestela, y don Griolanís a la princesa Lucendra, y así, todos aquellos señores que desposados eran tomaron a sus señoras de brazo. Raduel iba junto a la infanta Galinda ricamente guarnido con una ropa toda de oro; iba con tanta presunción, que no llevaba pensamiento de ser el que menos valía de aquella hermosa compañía.

De la manera que oído habéis llegaron a la capilla, adonde estaba hecho un rico estrado de un paño de oro ricamente guarnido, con almohadas de lo mismo guarnidas de ricas perlas, y las borlas eran de un aljófar muy escogido. En ellas se asentaron la emperatriz Penamundi y el emperador don Cristalián. Padrinos eran el rey del Monte Libeo y la emperatriz Cristalina. Ya un arzobispo estaba vestido de pontifical, y luego la misa se comenzó, y cuando fue tiempo les dieron aquellas bendiciones que la Madre Santa Iglesia ordenó. Luego el rey Lucescanio y la reina fueron velados, y todos los otros príncipes y señores, y luego se salieron al gran palacio y comenzaron a sonar aquellos menestriiles altos y todas cuantas maneras

de músicas había. Cada uno se asentó como a su estado convenía. Raduel se humilló ante su señora Galinda diciéndole:

—Mi señora, ¿cuándo será aquel día que la vuestra merced y yo estemos en el estado que todos estos señores están?

Como la infanta así oyó hablar a Raduel, no pudo tanto sufrir que no riese con mucha gana, tanto, que todos pararon mientes en lo que Raduel decía. Él muy enojado, le dijo:

—No os riáis, señora Celinda, que pocos más señoríos habéis vos que yo, pues tenéis hermano que herede el reino de vuestro padre.

Y muy airado se levantó, proponiendo en su corazón de nunca más la servir. El emperador don Cristalián le dijo:

—Vuelve acá Raduel; no vayas tan enojado, que los caballeros que sirven, mucho han de sufrir a sus señoras.

—¿No sabéis vos —dijo Raduel— que no soy yo de los que sufren cosas semejantes? No era yo conde cuando servía a la reina de Zizamarán, y mayor señora era que la infanta Galinda, pero nunca así con tan poca medida me desdenó; que si ella me dejó a mí por don Ginestacio, ¿qué sabemos si ellos allá en su tierra se habían desposado? Que yo creo que así fue, pues que ella hizo lo que hizo siendo la más mesurada doncella que yo jamás vi. He dado esta cuenta por que sepa la infanta quién soy yo, que no es ella la primera doncella a quien yo serví.

Y así, se salió de la sala, que jamás quiso volver, por ruegos del emperador don Cristalián ni de cuantos en el palacio estaban. Todos quedaron riendo del enojo que Raduel llevaba.

A la sazón entró en la sala Libanor. El emperador don Cristalián le llamó, y dijo contra el emperador Lindedel su padre:

—Mi señor, hoy es el día de hacer mercedes a quien tan bien como Libanor las merece.

—Vos lo decís muy bien —dijo el emperador—, acatando los grandes servicios que dél habéis recibido, y asimismo es razón que se mire el parentesco que con el rey don Velarte tiene: es mucha razón que grandes mercedes se le hagan.

Como el emperador Lindedel esto dijo, el emperador don Cristalián le dio un gran señorío que estaba en el imperio de Constantinopla, que sabed que después del emperador no había otro mayor señor. Como Libanor entendió la gran merced que el emperador le hacía, humillose ante él besándole las manos, y asimismo las besó a la emperatriz Penamundi.

En este tiempo fueron puestos aquellos grandes aparadores de muchas vajillas de plata y de oro, y asimismo fueron las mesas puestas y todos se asentaron a comer. Las emperadores se asentaron a una mesa, y los reyes en otra, y los príncipes en otra, y allí fueron servidos de muchos y muy preciados manjares; mientras la comida duró jamás cesaron infinitas maneras de músicas. Cuando acabaron de comer, luego fueron las mesas alzadas, y quedaron todos hablando sobre tabla en cosas que les daba mucho placer. Estando todos de la manera que oído habéis entraron en el palacio dos doncellas; en su traje y apostura bien parecían extrañas, aunque ricamente venían guarnidas. Ellas se humillaron en medio del palacio a todos aquellos señores y señoras haciéndoles grande

acatamiento, y la una dellas se estuvo queda en el palacio y la otra se fue a humillar ante el emperador Aliandro, y después de haberle besado las manos le dijo:

—Serenísimo emperador de Persia, sea vuestra majestad servido de me dar licencia para hacer lo que la mi voluntad fuere en este vuestro palacio, ca no será cosa de que enojo alguno os avenga, que no soy yo venida en estas partes sino para os servir, y asimismo a todos estos señores.

El emperador que tan apuesta vio a la doncella, díjole:

—Amiga, vuestro gesto no puede hacer cosa sino que muy buena sea. La licencia que vós pedís yo os la doy, para que hagáis todo aquello que vuestra voluntad fuere.

La doncella le tornó a besar las manos, y levantándose haciéndole grande acatamiento, fuese adonde la doncella su compañera estaba, y volviéndose a aquellas señoritas, rogó a los caballeros muy ahincadamente que se apartasen a la una parte de la sala. Ellos hicieron su ruego de voluntad, y como la doncella vio que los caballeros estaban a la una parte y las doncellas a otra, la otra doncella que aguardando estaba le puso una arpa en las manos, y ella se llegó a una parte de la sala y comenzó a tañer y cantar tan dulcemente que fueron espantados de la oír. Y no tardó mucho tiempo cuando todos los que en el palacio estaban quedaron sin sentido alguno, que a quien los miraba semejaba que todos dormían. Y así estuvieron una pieza, y de ahí a poco rato recordaron como quien recuerda de un pesado sueño, y como fueron en su acuerdo vieron que por medio del palacio corría un grande y hermoso río al parecer de quien lo miraba, y semejábales que estaba el palacio abierto por dos partes; de la una y de la otra estaba una verde y muy fresca ribera de anchos árboles y ramas muy tendidas, tanto, que llegaban a dar en las faldas de aquellas señoritas; todas aquellas ramas eran llenas de muy hermosas frutas de diversas maneras. Todos fueron muy espantados de ver cosa tan extraña y mucho hermosa de mirar. Sabed que en medio de aquel río estaba un grande y hermoso árbol, y encima de la rama más alta vieron un enano con una trompa en la mano, haciendo un tan dulce son, que todos fueron muy ledos de lo oír, y con mucha voluntad atendían el fin de aquella aventura.

El enano tocó la trompa tres veces, y a la tercera que acabó de hacer su dulce son, repentinamente vieron en aquel grande y muy espacioso río muchos barcos estrañamente frescos, ca eran todos cubiertos de muy frescas ramas llenas de hermosas flores de diversas colores. En aquellos barcos venían hermosas doncellas, en cada uno dos; todas venían en cabello, con guirnaldas de frescas rosas encima de ellos. Así anduvieron por el río a una y a otra parte. En este tiempo todas aquellas doncellas llegaron los bordes junto a la orilla del río, y con grande acatamiento rogaban aquellas señoritas que se entrasen en aquellos barcos a tomar un poco de placer, ca era la calor grande y ellas tomarían mucha frescura. La emperatriz Cristalina les respondió

—Buenas doncellas, de sola la vista de vuestra frescura todos cuantos aquí somos la recibimos, y por tanto, no queremos quitaros vuestro placer.

Una de las doncellas la respondió:

—Mi señora, si vuestra majestad es servida de no entrar en el agua, puédelo hacer, pero estas señoritas novias es razón que en día tan señalado hagan grandes mercedes.

Y de allí la doncella se volvió a los emperadores que rogasen a aquellas señoras que tuviesen por bien de entrar en el agua. Los emperadores Aliandro y Lindedel se lo rogaron, y les dijeron que ellos entrarían en su compañía. La emperatriz Penamundi que cerca estaba de la emperatriz Cristalina, le dijo:

— Verdaderamente yo he gran temor que de entrar en el río no nos avenga algún daño.

Y como a la emperatriz habló, volvióse al emperador y díjole:

— Mi señor, de grado haremos vuestro mandado, pero no entraremos en el agua sino por el mandado del sabio Doroteo.

Como la emperatriz esto dijo, el sabio se levantó y le dijo:

— Seguramente pueden entrar en los barcos sin que daño alguno venir les pueda.

Como Doroteo esto dijo, luego todas aquellas señoras se levantaron y con mucha alegría se fueron a la ribera del río. Como las doncellas que en el agua andaban las vieron venir, llegaron los bordes junto a ellas, y en un barco entró la emperatriz y la reina Minerva,⁴⁵⁶ y así, entraron todas aquellas señoras en aquellos barcos, que mucho placer era de las ver. Así anduvieron una pequeña pieza, y todos aquellos señores las estaban mirando que gran placer tomaban. En este tiempo el enano que ya oístes que estaba⁴⁵⁷ encima del árbol que en el río estaba comenzó de hacer su dulce son, y así como una pieza estuvo tocando la trompa, súbitamente el río y todos los que en él andaban se desaparecieron. Grande fue la turbación que en todo el palacio hubo en ver aquella aventura; todos aquellos señores estaban muy turbados de ver lo que había acaecido; las dos emperatrices lloraban agrámente por la pérdida de sus hijas. Como el sabio Doroteo vio aquellos señores puestos en tanto cuidado, levantose y díjoles que no tuviesen pena ninguna de su pérdida, que muy presto la tornarían a cobrar.

Como el sabio estas palabras les dijo, todos se aseguraron. Atendieron una pieza, y no tardó mucho tiempo cuando vieron en la una parte de la sala un hermoso jardín adonde había flores de diversas colores. Cuando bien miraron, vieron a todas aquellas señoras que ya oístes que en los barcos andaban por el río que a gran prisa cogían de aquellas hermosas flores, y entre ellas andaba una dueña con un antifaz en su rostro. Esta dueña que oído habéis andaba asimismo cogiendo de las mismas flores, y cuando cada una hubo cogido una manada de las que más les agradaba, aquella dueña que con ellas andaba les dijo:

— Mis señoras, todas os podéis tornar a vuestros lugares cuando por bien lo tuviéredes.

Y así, se fueron cada una adonde de antes estaba sentada, llevando sus flores en la mano. Aquella dueña que el antifaz en el rostro traía se fue a humillar ante el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina presentando a cada uno un manojo de las flores que cogido había; el emperador Lindedel le dijo:

— Amiga, yo no tomaré las flores hasta que sepa quién es la que de mí se acordó estando en aquel hermoso jardín.

⁴⁵⁶ ‘Infanta’ se la llamó hasta este punto. Se entiende que se desposó con el rey de Pasamar, con quien participó en la aventura de la Victoria.

⁴⁵⁷ Suplo ‘ya oístes que estaba’ (320v). Más abajo se leerá: ‘aquellas señoras que ya oístes que en los barcos andaban por el río’.

—Mi señor —dijo la dueña—, sabed que la que de vos se acordó es aquella que jamás faltará de vuestro servicio.

Y diciendo esto se quitó el antifaz que en su rostro traía, y luego fue conocida por todos los que visto la habían ser la sabia Membrina. Demasiado fue el placer que el emperador con la su venida hubo, y le dijo:

—Bien sea venida la mi buena y verdadera amiga.

Membrina le respondió:

—Pues, ¿qué pensaba vuestra majestad? ¿Que habían de pasar estas fiestas sin que yo las viese? No tuve tanto sufrimiento, ca tenía mucho deseo de ver a estas señoras.

—No menos tiene todo el mundo de veros a vos —dijo el emperador—: tanta es la vuestra bondad.

Membrina le besó las manos, y asimismo las besó a todos aquellos señores y señoras que en el palacio estaban. Ellos la recibieron con mucho amor, y después que Membrina les besó las manos se fue ante la emperatriz Penamundi, y humillándose ante ella, le dijo:

—Mi señora, dadme vuestras manos, que el deseo de la vuestra vista me sacó de mi tierra.

La emperatriz la habló con mucho amor, que sin conocerla la tenía, por las buenas nuevas que della había oído. Ella se fue adonde el sabio Doroteo estaba, y el uno al otro se hicieron grandes acatamientos. Membrina dio muchas gracias a Doroteo por el lugar que había dado a lo que en el palacio en su venida ella había hecho; el sabio le respondió:

—Ha sido cosa de tanto placer de mirar, que a todos ha dado grande alegría; pero si por mí no fuera, en mucha alteración habíades puesto a estos señores cuando las novias fueron desaparecidas.

—No les diera yo esa pena si vos, mi señor, no estuviérades en el palacio, que della los sacárades.

Después que estos dos sabios se hablaron, Membrina se tornó a asentarse junto a la emperatriz Cristalina (que ella no la consintió sentar en otra parte, que holgaba mucho con la su vista). En este tiempo fueron puestos aquellos grandes aparadores, y asimismo fueron las mesas puestas.

Capítulo CXXXVII e final

En que se recuenta lo que aquella noche, después de haber cenado, en el palacio del emperador Aliandro acaeció. Y en este capítulo fenece esta historia.

LOS emperadores se asentaron, y luego todos aquellos señores y señoritas, cada uno en el lugar que a su estado convenía, y cenaron con demasiado placer con todas las maneras de músicas que en el mundo pensar se pueden. Cono la cena fue acabada, entró por la puerta de la sala una muy hermosa doncella ricamente guarnida. Ella venía sola, sin ninguna compañía salvo un pequeño doncel. Como en el palacio fue, muchos había en él que no la conocieron, por quanto nunca la habían visto; pero como más cerca de aquellos señores llegó, luego fue conocida por el emperador Lindedel y la emperatriz Cristalina, y asimismo lo fue de todos aquellos señores novios; ca sabed que aquella hermosa doncella era la que a la Fuente del Esperanza dio los anillos aquellos señores.

La doncella se humilló ante todos haciéndoles grande acatamiento, pero a ninguno de los que en el palacio estaban pidió las manos para se las besar, porque en su persona bien mostraba ser persona de alta guisa. Ella se llegó junto adonde el emperador don Cristalián estaba, y todos los novios eran cerca dél. La hermosa doncella les dijo a todos:

—Mis buenos señores, a tiempo sois de me cumplir el don que me prometistes.

Todos a uno le dijeron que de grado harían su mandado, y cada uno le dio el anillo que la doncella les había dado (que como era de gran valor, cada uno lo tenía consigo). Ella los tomó, y dijo contra aquellas señoritas novias:

—Mis señoras, la vuestra medida sea de me personar si en la mi venida recibíéredes enojo, que yo os hago ciertas, por la fe que a Dios debo, que daño alguno estos señores no reciban.

—¡Ay buena doncella! —dijo la emperatriz Cristalina—. Y ¿por ventura habéis de llevar con vos alguno destos caballeros?

La doncella no le respondió, sino, volviéndose al pequeño doncel, le dijo:

—Amigo, poné a muy bien recado estos anillos.

El doncel los tomó, y muy presto los metió en una bolsica que consigo traía. Sabréis que como el doncel puso los anillos en el lugar que oído habéis, repentinamente la doncella y el doncel se desaparecieron del palacio llevando consigo al emperador don Cristalián y todos los novios sin ser vistos de persona alguna. Muy grande fue la turbación que en todo el palacio del emperador Aliandro hubo en haber perdido aquellos caballeros por tal aventura; el sabio Doroteo y Membrina asimismo eran muy espantados de ver lo que oido habéis, que con todo su saber no podían pensar qué cosa fuese. Todas aquellas señoritas no cesaban de llorar muy agramente por la pérdida de aquellos caballeros. El sabio Doroteo las conhortó diciéndoles que no recibiesen pena, que donde tantos y tan buenos caballeros iban en una compañía, poco daño podían recibir.

—Mal haya la doncella —dijo el rey del Monte Libeo— que a tal tiempo nos hizo tristes. Atendiera a que algunos días pasaran y no los llevara a tiempo que tanto daño los hizo en los apartar destas señoras.

—Mi señor —dijo el sabio Doroteo—, sin falta son grandes las maravillas que por el mundo hay. Por ventura aquella doncella no habría en el su poder lo que ella tanto deseaba si un punto estos señores aquí más se detuvieran. No puede ser sino ganar mucha honra en este camino que han hecho, porque sin falta el aventura es muy estraña. Agora vamos al otro aposento y veremos si es allí el cuerpo sin cabeza.

Y diciendo esto, el sabio Doroteo se levantó y tomando una antorcha se fue a la sala adonde el cuerpo estaba, pero como en aquel aposento entró no halló trono, ni al cuerpo sin cabeza ni lo demás que oístes que allí estaba, que era la imagen que el rétulo en las sus manos tenía. Doroteo fue muy espantado, y así, se volvió al aposento adonde los emperadores y emperatrices estaban, y como en la sala entraron, dijo:

—Grandes son las maravillas que hay en este hecho, ca sabed que el cuerpo sin cabeza es desaparecido.

Todos quedaron espantados de lo oír, y no sabían qué se decir de lo que visto habían. El emperador Lindedel y el emperador Aliandro y el rey del Monte Libeo tomaron al sabio Doroteo y a la sabia Membrina y pidieronles consejo de lo que debían hacer; los sabios estuvieron una pieza cuidando, y cuando acordaron, Doroteo dijo:

—Lo que a la sabia Membrina y a mí nos parece es que aquí atendamos la venida de aquellos señores, que pues todos fueron juntos, no pueden mucho tardar.

En esto que aquellos dos sabios dijeron se acordaron todos de así lo hacer.

EN el libro segundo de los invictos y magnánimos caballeros don Cristalián de España, emperador de Constantinopla y príncipe de los dos imperios Persia y Trapisonda, y del infante Lucescanio su hermano, rey de Altariagreta y príncipe de España y del Monte Libeo, escribe el sabio Doroteo que sabréis las grandes maravillas que en dar cima a esta estraña aventura acaecieron.

FIN DE LA OBRA

*Impreso en Alcalá por Juan Íñiguez
de Lequerica, impresor de libros.*

Año 1587.